Amalia

Domingo

Soler

TE PERDONO

(MEMORIAS DE UN ESPÍRITU)

Comunicaciones obtenidas por el médium parlante del Centro Espiritista "La Buena Nueva" de la ex-villa de Gracia
COPIADAS Y ANOTADAS POR AMALIA DOMINGO SOLER

¡TE PERDONO!
(MEMORIAS DE UN ESPÍRITU)

Comunicaciones obtenidas por el médium parlante del Centro Espiritista “La Buena Nueva” de la ex-villa de Gracia

COPIADAS Y ANOTADAS POR

AMALIA DOMINGO SOLER

PRÓLOGO

Entre las muchas comunicaciones que se han obtenido en el Centro Espiritista La Buena Nueva, figuran en primera línea las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU, relato histórico verdaderamente interesante, que aunque tiene sus defectos, no son éstos hijos del espíritu que dio las comunicaciones que comenzaron en los primeros días del año 97 del pasado siglo y concluyeron a mediados del 99. En tan largo plazo sufrieron algunas interrupciones por causas diversas, así es que, la obra en conjunto, tuvo que resentirse de falta de ilación en algunos capítulos, en los que, las principales figuras aparecen borrosas, con poco relieve, desligados los acontecimientos unos de otros, pero como hemos querido que dichas MEMORIAS conservasen, en todo lo posible, su sabor especial, o sea el estilo peculiar del espíritu que de tan buen grado nos contó una parte de sus penas, dándonos enseñanzas verdaderamente evangélicas, e instrucciones morales, de tal valía, que son, se puede decir, un tratado perfecto de moral filosófica social.

En las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU, hay que saber leer entre líneas, no hay que fijarse únicamente en la letra, hay que buscar el espíritu que da vida a aquellas frases hiperbólicas.

El médium parlante daba la comunicación, y aunque hablaba muy despacio, y yo trataba de escribir muy deprisa, para no perder ninguna de sus palabras, en estas dos transmisiones, la comunicación perdía una gran parte de su valor intrínseco, pero no disponiendo de ningún taquígrafo, había que valerse de los medios que poseíamos, que aunque muy deficientes, eran los únicos de que disponíamos, teniendo únicamente a nuestro favor, la gran voluntad que nos animaba, tanto al médium como a mi, que los dos hubiéramos querido ser tan fieles intérpretes del espíritu, que éste, hubiera podido extenderse en consideraciones filosóficas, dando a la escuela espiritista una obra de estudio, una obra de consulta, una obra verdaderamente inmortal, porque el espíritu que dictó sus MEMORIAS podía muy bien legar a la humanidad un recuerdo imperecedero de su paso por la tierra si hubiese escogido otros transmisores de sus pensamientos. Mas no lo hizo, prefirió valerse (Dios sabe por qué) de dos seres de buena voluntad, que pusieron a su disposición sus buenos, sus vehementísimos deseos de interpretar fielmente sus elevados pensamientos; por eso la obra aparece con algunos defectos, que en manera alguna, he querido corregir, no estando ya en este mundo el médium que la obtuvo. Me parecía una profanación, hacer la más leve corrección en el original.

Muchos espiritistas han pedido a los Editores Carbonell y Esteva, S. en C., la publicación del ¡TE PERDONO!, que es como le llaman vulgarmente a las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU. Dichos señores, atendiendo más a complacer a sus hermanos en creencias, que no a sus propios intereses, van a publicar una obra que merece ser leída y estudiada detenidamente. ¡Cuan cierto es que la buena voluntad es el lazo divino que une a los obreros del progreso! Ayer Eudaldo y yo, recogimos anhelantes las comunicaciones de IRIS; hoy se han unido a nosotros Carbonell y Esteva, para dar mayor publicidad a las MEMORIAS DE UN ESPÍRITU, ¡unirse para hacer el bien! ¡unirse para difundir la luz! ¡unirse para demostrar la grandeza de la única religión!... ¡qué unión tan hermosa!...

¡Qué bueno es comenzar una gran obra! Comenzamos Eudaldo y yo, nos siguieron después Carbonell y Esteva y centenares de espiritistas que envían su

óbolo para ayudar a la reimpresión de mis obras.

¡Espiritistas! A todos os saludo, a todos os envío la expresión de mi gratitud; digamos todos juntos: ¡Bendita sea la verdad! ¡porque la verdad, es la primogénita de Dios!

AMALIA DOMINGO SOLER
Gracia 5 Enero 1904.

CAPÍTULO I

Entre los muchos espíritus que se comunican en el centro de *La Buena Nueva, hace* algún tiempo que se comunica uno que viene contando una serie de sus borrascosas existencias, a cual más interesantes y terribles todas ellas; demostrando vivos deseos de que yo escriba algo sobre su agitada y novelesca vida; no precisamente que escriba la historia de cada una de sus encarnaciones, sino un conjunto de todas ellas, en particular las que ha tenido perteneciendo al sexo femenino, que han sido muchas y consecutivas.

Dicho espíritu quiere demostrar, que dado el primer paso, se desciende rápida mente por la pendiente del vicio y del crimen, y que cuando es más rápido e! descendimiento, más a fondo se llega de la profunda sima de la perversidad, hasta llegar a la superficie plana donde crecen las aromáticas virtudes; que debe evitarse la *caída* por las funestas consecuencias que siguen al primer paso, porque, aunque e! tiempo es eterno y el pasado es un átomo comparado con el infinito del porvenir, con todo, el espíritu pensador se impresiona profundamente, cuando contempla sus hechos de muchas existencias, en las cuales, no ha cometido más que actos punibles; y cuando considera que sus actividades y sus energías, y su poderosa voluntad. empleadas en el bien le hubieran dado días de gloria, goces purísimos, delicias inefables, adelanto asombroso y por haberlas empleado en el mal, se encuentra postergado, envilecido, sumergido en el hondo abismo de la degradación, ¡cuánto sufre el espíritu que comienza a pensar y comprende su triste y humillante situación!

Esto le acontece al espíritu que nos va contando algunos episodios de su turbulenta historia, se conoce que está triste, muy triste, y evoca sus amargos recuerdos como si con ellos quisiera dar a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, él mismo se acusa y se defiende, y en sus acusaciones manifiesta que no quiere sincerarse, quiere al contrario, quemar con el fuego de sus recuerdos la honda herida de su remordimiento; mas escuchemos al espíritu, que cuando dio su primera caída se llamaba Iris.

CAPÍTULO II

En la noche de los tiempos, en una época muy lejana, y en uno de los pueblos más florecientes de la tierra, donde las artes desplegaban sus creaciones maravillosas, donde el comercio enriquecía a fecundas comarcas, donde la industria producía telas preciosísimas y objetos bellísimos, donde una civilización exuberante de vida y de riqueza llevaba el bienestar y la abundancia lo mismo a los palacios que a las casas humildes, bajo un cielo de luz y de colores, donde todo hablaba a los sentidos, donde el alma sentía la influencia del arte y del amor, allí, bajo un pabellón de verde follaje y de rosas hermosísimas, di mis primeros pasos en la senda de mi vida terrena, pues si bien ya contaba mi espíritu muchas encarnaciones terrenales, en ninguna de ellas había hecho nada de notable, ni en la sublimidad de la virtud, ni en la abyección del vicio; mi alma dormida, ¡por qué no fue mi sueño eterno!... ¡Ay!, porque ningún espíritu duerme eternamente, porque todo se muere, porque todo se agita, porque todo evoluciona; porque la evolución es la ley de la vida universal, desde el átomo, hasta el mundo más voluminoso, todo gira dentro de su órbita de rotación, y mi espíritu no podía eximirse de cumplir la ley; lo

que pudo evitar fue su caída, porque nadie nos empuja, ni nos impulsa a caer; cuando el espíritu no *quiere,* no cae, cuando se deja llevar de la corriente y escucha sin rechazar los malos consejos, es porque siente simpatía, porque le atrae lo malo, lo pernicioso, lo abyecto, lo miserable. Se dice, que sin el conocimiento del mal no se puede apreciare! bien, que es necesario caer, para conocer el goce divino de la ascensión; todo eso son palabras para disfrazar la verdad, porque si es preciso caer para sentir el deseo de subir a los cielos, bastará una caída, pero aquellos que caen y se encuentran *bien* en el fondo del abismo, y en lugar de mirar hacia arriba, miran hacia abajo, y en vez de atraerles la luz, les atrae la sombra, y descienden buscando más horrores, y hieren y matan y siguen descendiendo como a mí me sucedió, es porque el espíritu en uso de su libertad, hace *mal uso* de su libre albedrío como lo hice yo. ¡Cuántos siglos he perdido...! ¡cuántos...! Es verdad que el tiempo no tiene fin, porque el tiempo es el símbolo de Dios. Desaparecen los pueblos, se hunden las ciudades más populosas, los monumentos que levantan las civilizaciones caen bajo la pesadumbre de los siglos, las convulsiones de la tierra sumergen en el fondo de los mares montañas gigantescas, islas preparadas ya por la naturaleza para ofrecer albergue a tribus nómadas; se abren negros abismos y en ellos se precipitan torres, murallas, centenares y centenares de casas con sus habitantes, donde ayer frondosos bosques ofrecían su tienda hospitalaria, hoy sólo se encuentran rocas diseminadas y agua salobre, pero sobre todas las desolaciones, sobre todos los hundimientos, sobre todas las catástrofes, hay el sol con sus rayos vivificantes, la noche con su sombra, la luna con su plateada luz, la aurora con sus esperanzas luminosas, el crepúsculo vespertino con sus sombríos presentimientos, la vida en fin, vida sin término, vida infinita, esa es la vida de los espíritus, esa vida es la mía, pero... ¡que amarga!... ¡cuántos recuerdos... y ninguno bueno! quiero huir de mí misma y es imposible, ¡cómo desprenderme de mi historia, si mi historia es mi vida! Yo soy aquella que nació "bajo un pabellón de verde follaje y de rosas hermosísimas", en una de las ciudades más florecientes de la tierra, "donde las artes desplegaban sus creaciones maravillosas, donde el comercio enriquecía a fecundas comarcas, bajo un cielo de luz y de colores, donde todo hablaba a los sentidos, donde al alma sentía la influencia del arte y del amor", allí di mis primeros pasos en la senda del crimen, en la senda de la más horrible traición. ¡Parece mentira que mi espíritu no sintiera aquella influencia divina de tantos y tantos genios como florecían en torno mío!, donde una generación de espíritus adelantadísimos le daban vida a las piedras rivalizaban con sus cantos con las aves cuyas melodías contaban historias de amor, hombres eminentes anunciaban una época de redención, y hablaban en las academias, en las plazas públicas, en todas partes donde las multitudes detenían sus pasos. Se vivía la vida del arte, del estudio, del invento, todo lo que me rodeaba era grande, sublime, ¡maravilloso!... vivía en la luz... en la plena luz que difundían los artistas, los poetas, los sabios, los hombres admirables, cuyas obras habían de servir de base a otras civilizaciones. Yo asistí al despertar de un pueblo, que despertó para el bien, para el adelanto, para la más grandiosa de las civilizaciones que registran los fastos de la historia, pero mi alma se despertó en sentido contrario. ¿Por qué? no puedo explicármelo, y esta impotencia de mi razón, a veces me desespera, deseo hablar mucho, mucho, quisiera encontrar muchos médiums a quienes comunicar mis pesares, ¡son

tantos!... ¡me reconozco tan culpable! yo tuve a mi alcance la felicidad, sí la dicha suprema, porque fui amada por el más noble, por el más grande, por el sabio más eminente que ha encarnado en la tierra. Como he dicho antes, nací en una de las ciudades más hermosas de ese mundo, rodeada de espíritus adelantadísimos, y aunque con ninguno me unían los lazos de la carne, llegaba hasta mi el efluvio de sus ideas, eran astros cuyo valor vivificante reanimaba al pueblo en masa, y a esa masa pertenecía yo; mis padres, honrados hijos del trabajo, me vieron crecer admirando como todos mi espléndida hermosura, me llamaban Iris, y mi madre decía que yo era el iris de la mañana. Muchos artistas le habían pedido a mi padre que me dejasen servir de modelo para crear sus diosas y trasladarlas al lienzo y al mármol, pero mi padre nunca quiso acceder a sus artísticas pretensiones. ¿Por qué se negó a dejarme en los brazos de la luz, y accedió complacido a entregarme al gran sacerdote de la religión que, en aquel pueblo de artistas, quería imponer su voluntad? ¡No lo sé!, pero es lo cierto, que al cumplir yo quince inviernos, se celebraron grandes fiestas en mi ciudad natal, para celebrar la victoria que habían obtenido los bravos combatientes que, meses antes, habían ido a conquistar un pedazo de tierra habitado por héroes; entre los artísticos festejos, se organizó una procesión de las cuatro estaciones; el otoño, el invierno, la primavera y el verano, las simbolizaban tres gallardos mancebos, vestidos con la mayor propiedad y la primavera la representé yo; el gran sacerdote le pidió a mi padre su cooperación, y el autor de mis días, gozoso y satisfecho, me llevó al templo, donde las sacerdotisas me abrazaron diciendo: -¡Que hermosa eres...!

Cubrieron mi cuerpo con una amplia y larga túnica de una tela preciosísima que llevaba mi nombre, porque se llamaba *Iris, y* efectivamente era un tejido maravilloso que tenía todos los colores del arco luminoso; mi cabellera, que era abundantísima, me cubrió con su manto y en mis ondulantes rizos sembraron rosas hermosísimas; en mi diestra colocaron una copa de oro con piedras preciosas, llenas de rosas de embriagador perfume, aquella copa simbolizaba la vida, y mi cuerpo engalanado la primavera: más de doscientas jóvenes vestidas de blanco, y coronadas de flores me rodeaban, y yo entre todas ellas, era, ¡la más hermosa!, la más hermosa de cuerpo, ¿por qué no lo fui de alma?

Se puso en marcha la procesión y una inmensa muchedumbre invadió las calles y las plazas para ver las *cuatro estaciones,* un murmullo de admiración llegaba hasta mi, todos decían: ¡es Iris!, ¡qué hermosa es!... Llegamos a una gran plaza donde los artistas, los poetas y los sabios, ocupaban estrados lujosísimos, en medio de todos aquellos príncipes del talento, destacaba un hombre de edad mediana, vestido sencillamente, su noble figura atraía todas las miradas, era el rey de la ciencia, el sabio de los sabios, el profeta, el enviado, el precursor, el astrónomo, el hombre que poseía todos los conocimientos humanos, el mentor de aquella juventud adelantadísima, el fundador de una escuela filosófica, que amenazaba derribar los templos de la idolatría; era Antulio, el casto Antulio, que sin pronunciar votos, ni vivir ascéticamente en ningún desierto, estaba tan consagrado a sus estudios y a sus observaciones astronómicas, que ninguna mujer, ninguna, había hecho latir su corazón; la ciencia era su amada, su inseparable compañera, para ella habían sido las mejores horas de su juventud y los primeros días de su segunda edad; a las mujeres y a los niños los compadecía, diciendo que vivían sin vivir,

porque todo el tiempo que se están en la tierra sin relacionarse con la ciencia, se vive a semejanza del bruto. La pureza de sus costumbres, su dulzura y su sencillez le habían captado la simpatía de todas las clases sociales, sólo una le odiaba, la casta sacerdotal; los sacerdotes juraron perderle, juraron hacerle caer de su pedestal, y yo fui la elegida para llevar a cabo tan inicua obra; por eso me engalanaron, por eso me escogieron entre todas las jóvenes de la ciudad, porque yo era la más hermosa, por eso al llegar ante el estrado que ocupaban los artistas, los sabios y los poetas, recibí orden de detenerme, más aún, me dirigí a Antulio y le alargué la copa de la vida para que se dignara coger una rosa; el sabio, al ver mi ademán, se acercó a mí, y quedó deslumbrado; escogieron los sacerdotes la hora más oportuna para mi presentación, los últimos rayos del sol poniente daban más belleza a mi traje simbólico, mi rostro iluminado con los resplandores de la juventud y de la vanidad satisfecha, tenía todas las seducciones. Antulio, aunque sabio, ¡era hombre!, y al verme, lanzó un grito de admiración, diciendo: -¡Qué hermosa eres!... ¿Cómo te llamas? -Iris.-Nombre merecido; porque eres, por tu espléndida hermosura, iris de la vida;-y volviéndose a sus discípulos, exclamó:-Hijos míos, acercaos, admirad a esa mujer, que es la obra más perfecta del escultor universal; en sus ojos está la promesa divina de todos los placeres, su cuerpo reúne todas las perfecciones. Dios, al moldear esta figura, hizo la estatua de la belleza humana, es una maravilla del arte divino, admirad conmigo esta obra de Dios, ¡obra única!, hija de la luz, yo me postro ante ti, porque la hermosura, la corrección de tus formas, me dice que existe Dios; porque sólo Dios pudo crearte tan hermosa.

Las palabras de Antulio fueron escuchadas con religioso silencio; yo no sabía lo que me pasaba, ignoraba entonces el papel que yo representaba, únicamente mi vanidad quedó satisfecha, porque Antulio era venerado como un Dios, y al verle ante mi, se despertó la niña, sonrió la mujer y creyó que era justo el homenaje del sabio ante su belleza.

El primer paso estaba dado, ya no volvía a casa de mis padres; las sacerdotisas y el gran sacerdote se encargaron de mi educación. Antulio en tanto, me busco por todas partes y al no encontrarme se entristeció; ya los libros no tuvieron para él tantos atractivos, ya las estrellas no atrajeron por completo su atención, ya las ciencias exactas no las encontró tan exactas, faltaba la unidad entre tantos guarismos, había un hueco que no lo llenaba ninguna cantidad, a veces escribía mi nombre, sonriendo con amargura, así se pasó más de un año. Una mañana, cuando estaba dando lección a sus numerosos discípulos, me presenté en su academia acompañada de mi padre, el cual le pidió que terminara mi educación, pues demostraba disposición para los estudios superiores. Antulio, como si viera un abismo abierto a sus pies, como si escuchara una voz que le dijera: sálvate, se quedo algunos momentos mirando a mi padre sin darle contestación, pero al fijar sus ojos en mi, yo que estaba muy bien aleccionada, le miré de un modo que el hombre, antes que sabio, fue hombre, y cogiendo mi diestra, me dijo con voz temblorosa: si es tu alma tan hermosa como tu cuerpo, a no creer yo que Dios es único, diría que tú eres una fracción de su ser.

Desde aquel día, Antulio se encargó en instruirme y yo de perderle; fue un trabajo muy laborioso el mío, porque como Antulio era tan sabio y conocía tan a fondo a la humanidad, a veces me miraba y decía:-En la tierra, la perfección no

existe, tú eres hermosísima, llevas en tus ojos las promesas de todos los placeres, hay en tu boca el néctar de la vida: tu voz es acariciadora, tus hombros, tu cuello, tu talle, tus manos tus pies, todo es perfecto; los escultores, al mirarte, rompen sus estatuas porque las encuentran deformes, los pintores rasgan sus lienzos, porque sus ninfas y sus diosas son figuras vulgares y groseras comparadas contigo, tienes inteligencia suficiente para ser la primera entre mis discípulos, ¿dónde escondes la imperfección humana? ¿dónde?

Yo me sonreía y le acariciaba con la mayor ternura, y lentamente, sin que él conociera el abismo en que caía, fui apoderándome de su voluntad, hasta hacerle completamente mío; halagándome muchísimo al ver aquel grande hombre rendido a mis plantas, motándome de su sabiduría, que sabía leer en las estrellas y no sabía deletrear en mi corazón. Le hice mi juguete, quise que conspirara y conspiró, quise que ambicionara y ambicionó; sin embargo, a lo mejor me miraba con profunda tristeza y me decía:-¿Por qué te habré conocido? yo era feliz antes de conocerte, la ciencia llenaba mi vida, hoy... ¡ya no la llena! necesito de ti, ¡de ti! ¡de tu hermosura! tú eres la vida, pero ¡ay! también eres el dolor, porque me empujas, porque me precipitas y me arrojas en una senda que no es la mía. Yo no quiero honores, yo no quiero riquezas, me basta con el producto de mi trabajo. ¿Por qué no te contentas con mi medianía? ¡Seríamos tan felices!... Mas yo aconsejada por el gran sacerdote y satisfecha al mismo tiempo mi vanidad de hacer de aquel sabio mi juguete, no perdoné medio alguno para perderle.

El gran sacerdote y sus secuaces prepararon hábilmente una emboscada, y Antulio, el sabio astrónomo, el enviado, el fundador de la primera escuela filosófica del mundo, el adorador del Dios único, fue acusado de traidor a su patria, apareció como el jefe de una terrible conspiración, se probó que tenía hecho pacto sacrílego con los genios del mal, se le acusó de perversión de menores, y cuando se le hizo comparecer ante el tribunal que debía condenarle a muerte, yo me presenté para dirigirle las más terribles acusaciones.

Al verme Antulio, el dolor y el asombro se pintó en su semblante, y al escuchar mis calumniosas acusaciones se sonrió con amargura, diciendo:-Aunque tarde, ya sé donde escondes la imperfección humana, lo que no puedo comprender es como a un cuerpo tan hermoso puede estar unida un alma tan perversa. ¡Oh ciencia! ¡qué poco enseñas! ¡Oh sabiduría! ¡qué poco vales!... Y volviéndose a sus jueces les dijo:-No os canséis en acusarme, ya sé que en mí no queréis matar al hombre, queréis matar la idea filosófica que en mi se anida y que ha formado escuela; pensáis que muerto el jefe, mis adeptos, mis discípulos, sentirán miedo y para no morir como su maestro, enmudecerán, se diseminarán para no encontrarse y caer en la tentación de propagar mis ideales; todo esto esperáis y esperáis fundadamente, mas no por esto será vuestra la victoria, porque yo no muero, no; destruiréis mi cuerpo, me daréis a beber el tósigo que helara mi sangre y petrificará mi corazón, mi carne, mis huesos los reduciréis a polvo, pero mi alma, mi espíritu es inmortal, ese volverá a su centro de acción y desde allí ordenará su nuevo plan de batalla y volverá a la tierra para decir y probar que no hay más que un solo Dios, que el espíritu vive eternamente, habitando, según su progreso, en los mundos que contemplamos durante las horas de la noche. Abreviad la acusación, dictad la sentencia, no perdáis tiempo, aprovechadlo en algo más útil que en condenar a un

inocente.

Después mirándome dulcemente me dijo con ternura:

-Y tú, ¡pobre Iris! ve a ocultar tu oprobio donde nadie te conozca, prepárate a sufrir y a seguir mis huellas. Yo seré tu cielo y su infierno a la vez. Yo te he amado sobre todas las cosas de la tierra, yo te he brindado un hogar tranquilo y una vida honrada, yo he querido que tu alma fuera tan hermosa como tu cuerpo, instruyéndote, elevándote, acercándote a Dios por medio de la ciencia. Y no cejo en mi propósito, cuando vuelvas a mí, seré para ti lo que ya he sido, te amaré y te acercaré a Dios por medio del amor y de la ciencia; pero antes que yo reanude mis tareas cerca de ti, pasarán muchos siglos, tienes que llorar mucho, tienes que ir juntando, átomo tras átomo, el mundo de felicidad que hoy tu infamia ha destruido. ¡Pobre Iris!... ¡tan hermosa! ¡tan amada! dueña de un corazón que sólo por ti latía... ¡infeliz!... ¡cuánto te compadezco!... porque, antes de recobrar lo que hoy pierdes... ¡cuántas espinas herirán tu corazón! Adiós iris, ¡te perdono! te perdono porque te amo, y como siempre te amaré, siempre resonará en tus oídos la última palabra que pronunciaré al dejar la tierra. ¡Te perdono!

Los jueces estaban emocionados, pero era necesario matar a Antulio, porque sin él, podría dominar más tiempo y el sabio llegó al martirio tranquilo y sonriente; rodeado de sus discípulos apuró la copa del veneno que debía privarle la vida, y al caer la última gota sobre sus labios dijo a su discípulo más querido:-Ve y dile a Iris, ¡que la perdono!

CAPÍTULO III

El gran sacerdote inmediatamente me hizo acompañar muy lejos de la población, porque con el entierro de Antulio, se promovió una verdadera revolución, pero varios de sus discípulos fueron presos y los otros, como predijo su maestro, se ocultaron y a los pocos días, quedó el orden restablecido y la casta sacerdotal quedó tranquila, dueña del campo para mucho tiempo.

A mi me llevaron lejos, muy lejos del teatro de mi infamia, me dejaron lo indispensable para que no sintiera la angustia del hambre, prohibiéndome terminantemente que dejara aquel triste lugar. Aunque tarde, conocí entonces mi torpeza y mi infamia. Yo creía que el gran sacerdote, satisfecho de mi proceder, seguiría protegiéndome, haciéndome brillar en la sociedad, mas no fue así, me apartó de su lado como si yo llevara en mi el germen de la peste o la influencia maligna, y sola, completamente sola, porque mis padres habían muerto, me encontré en la ciudad donde me desterraron; y aunque nadie sabía mi historia, los habitantes de aquel lugar me miraban con desconfianza, con recelo, con prevención; todos convenían en que yo era muy hermosa, pero que parecía que llevaba una sombra conmigo; y no se engañaban, no; llevaba la sombra de mi remordimiento, porque, cada día que pasaba, veía más claro mi crimen; recordando al sabio Antulio, tan bueno, tan dulce, tan sencillo, tan amante, tan confiado, comparaba su sencillez con mi astucia, su lealtad con mi traición; recordaba sus lecciones, cuando mirando al cielo en las templadas noches del estío, me hablaba de Dios, de los mundos habitados por otras humanidades más perfectas, del porvenir sin limites que tenemos las almas progresando eternamente. ¡Cuánto echaba de menos aquellos ratos, aquellas instrucciones!, aquella sociedad selecta de los discípulos del sabio, aquel enjambre

de artistas y poetas que zumbaba en tomo mío diciéndome todos ¡qué hermosa eres...! bien dice el maestro, eres ¡la obra única! ¡no hay más que tú, eres el prototipo de la belleza humana!

¡Qué cambio! ¡que transición tan violenta! aquella vida tan monótona se me hacía insoportable, irresistible, y huyendo de la soledad, me uní a un hombre que no le amaba primero por no estar sola, segundo por satisfacer mi vanidad; mi esposo se unió a mi seducido por mi hermosura, aunque soldado rudo no pudo resistir a la seducción de mis encantos, le atrajo la hembra, el instinto brutal, la necesitad imperiosa que sienten todos los seres irracionales y los que parecen racionales a unirse los dos sexos; él buscó mi cuerpo, yo busqué... lo que no encontré. Tuve dos hijos y los recibí con alegría, porque eran hijos de aquel hombre que mientras más lo trataba más antipático se me hacía; pensaba en Antulio y me desesperaba, recordaba sus últimas frases, cuando me dijo:-¡Pobre Iris! ve a ocultar tu oprobio donde nadie te conozca, prepárate a sufrir y a seguir mis huellas. Yo seré tu cielo y tu infierno a la vez. Yo te he amado sobre todas las cosas de la tierra, yo te he brindado un hogar tranquilo y una vida honrada, yo he querido que tu alma fuera tan hermosa como tu cuerpo, instruyéndote, elevándote, acercándote a Dios por medio de la ciencia. Y no cejo en mi propósito, cuando vuelvas a mi, seré para ti lo que ya he sido, te amaré y te acercaré a Dios por medio del amor y de la ciencia; pero antes que yo reanude mis tareas cerca de ti, pasarán muchos siglos, tienes que llorar mucho, tienes que ir juntando átomo tras átomo, el mundo de felicidad que hoy tu infamia ha destruido. ¡Pobre Iris! ¡tan hermosa! ¡tan amada!...dueña de un corazón que sólo por ti latía... ¡infeliz! ¡cuánto te compadezco!... porque antes de recobrar lo que hoy pierdes... ¡cuántas espinas herirán tu corazón!

Antulio fue profeta, porque espinas innumerables herían todo mi ser, y como mis instintos eran tan malos, como no me contentaba con las caricias de mis hijos, como quería separarme del hombre que sólo quería mi cuerpo, puse en juego mis seducciones, mis encantos, y otros hombres me brindaron su amor, y mi esposo no tuvo más remedio que batirse con su rival, el que lo dejó muerto en el acto.

Al quedar viuda respiré, pero mis hijos vengaron la muerte de su padre, especialmente el mayor, que enterado de todo, me dijo: ¡Pobre mujer! me avergüenzo de que seas mi madre, y si no muero pronto, me haré matar en el campo de batalla, porque no quiero sufrir tal afrenta. Y se alistó con los guerrilleros, muriendo en la primera acción en que tomó parte.

El más pequeño fue más clemente, no me dirigió ningún reproche, pero sus miradas me atravesaban el corazón, revelaban una compasión ¡tan inmensa!... enfermó gravemente y en los últimos momentos, al verme llorar, me dijo: ¡Pobre mujer! ¡llora! ¡llora!... sé quién eres y motivos sobrados tienes para llorar; la maldición va contigo, todo lo que se pone en contacto con tu ser, muere. Murió el sabio Antulio, murió mi hermano, y muero yo... ¡Pobre mujer!... ¡cuánto daño te haces!... ¡Detente en tu camino, párate y reflexiona! ¡Pobre madre mía! ¡yo te perdono!...

Al oír sus últimas frases me levanté queriendo huir de mi misma, pero mi hijo me detuvo y expiró; entonces me pareció ver junto al cadáver una sombra, y escuché una voz lejana que repetía: -¡Te perdono!... ¡te perdono!

CAPÍTULO IV

Tantas y tan violentas emociones abatieron mi organismo; una horrible enfermedad me tuvo postrada mucho tiempo en el lecho del dolor, cuando pude levantarme parecía un esqueleto; completamente decrépita, no precisamente por los años, sino por la lucha de mis pasiones. Un incendio espantoso había destruido la finca cuyo producto me servía para mi sustento, quedé reducida a la miseria, y tuve que pedir de puerta en puerta una limosna por piedad.

En tan triste estado viví mucho tiempo, y durante las noches veía en mis sueños a Antulio, que me hablaba y me decía:-¡Aprende mujer! ¡aprende! mira a dónde te ha conducido tu infamia. ¿Dónde está tu belleza? ¿dónde están tus encantos? ¿dónde tus seducciones? ¿dónde tus atractivos? reflexiona, lo que eres y lo que has sido; la dicha que has destruido y el remordimiento que te has creado; no olvides la lección que en esa existencia recibes. ¡Ay de ti si la olvidas! mujer, vuelve a mí tus ojos, porque yo soy tu puerto, yo soy el que te daré mañana el agua de la vida, porque te he amado, porque te amaré eternamente, por eso te digo y te diré siempre, Iris de un día que aún no ha brillado! ¡Yo te perdono!

En uno de esos sueños dejé la Tierra, y para tormento de mi espíritu asistí a mi entierro, y vi dos cuadros a la vez; por un camino solitario, en las últimas horas de un día de primavera, iban cuatro hombres del pueblo vestidos pobremente: sobre sus hombros descansaban unas tablas mal unidas, dentro de aquella caja tosca iba un cadáver medio desnudo; aquel cuerpo sin vida ¡era el mío! llegaron ante su barranco, que servía de fosa común y allí me arrojaron pronunciando una blasfemia, lamentando el tiempo que habían empleado en el camino llevando una carga tan despreciable.

El otro cuadro que se presentó ante mis ojos, ¡qué distinto era! Una gran plaza rodeada de pórticos y estatuas, estrados lujosísimos ocupados por magnates, por mujeres hermosas, en el más anchuroso de todos ellos, se agrupaban los artistas de más renombre, los poetas y los sabios, entre ellos se destacaba un hombre de edad mediana vestido sencillamente; su noble figura atraía todas las miradas, era el rey de la ciencia, el sabio de los sabios, el profeta, el enviado, el precursor; el hombre que poseía todos los conocimientos humanos, el fundador de una escuela filosófica que amenazaba derribar los altares de los dioses, y derrumbarlos templos de la idolatría; la plaza estaba invadida por centenares de jóvenes vestidas de blanco, coronadas con rosas, entre ellas se veía, en primer término, a una mujer hermosísima que simbolizaba la primavera, cubría su cuerpo una amplia y larga túnica de una tela preciosísima, era un tejido maravilloso que tenía todos los colores del iris; aquella mujer, privilegiada por su hermosura, tenía una espléndida cabellera que se asemejaba a su vestido, pues según se la miraba cambiaba el color; sus ondulantes rizos sostenían rosas hermosísimas y en su diestra llevaba una copa de oro llena de flores que simbolizaba la copa de la vida, aquella mujer se detuvo ante el sabio de los sabios, que al verla lanzó un grito de admiración, diciendo: ¡qué hermosa eres...!

¡Aquella mujer era yo...! ¡eres Iris! Iris antes de su caída y junto a ella, veía su cadáver medio desnudo, un esqueleto repugnante y mal oliente.

¡Que contraste, Dios mío! ¡qué contraste...! Iris antes de su caída era el símbolo de la belleza, y de la juventud; su cuerpo exhalaba el más delicioso perfume;

su traje parecía hecho por las hadas; rosas hermosísimas adornaban sus blondos cabellos, en su diestra sostenía una copa del más rico y codiciado metal, embellecida por piedras preciosas y aromáticas flores; jamás la primavera ha sido representada por una alegoría más encantadora, ni la vejez y el crimen han estado mejor simbolizados, que por mi cadáver que parecía una momia, pareciendo hasta imposible que aquellos restos negruzcos y apestosos, hubiesen asombrado a las gentes por serla obra única del escultor universal.

No sé cuanto tiempo estuve contemplando mis envolturas terrenas; sólo sé que así como atrae el abismo, me atraían aquellas dos figuras: la una palpitante, llena de juventud y de vida, la otra inerte, repulsiva; miraba a la vez la aurora de un día espléndido, y la sombra de una noche de horror, que quería huir de mis restos putrefactos, mas no me era posible; quería coger una flor de la copa que sostenía en su diestra la primavera, y al tocarla, se desprendían sus hojas que se convertían en impalpable ceniza; mi angustia fue en aumento, hasta que una mano poderosa me levantó, y una voz melancólica murmuró en mi oído:-"Tienes que ir juntando, átomo tras átomo, el mundo de felicidad que tu infamia ha destruido, ¡infeliz!, ¡cuánto te compadezco! Adiós, Iris, te perdono, te perdono porque te amo, te amaré siempre, y siempre resonarán en tus oídos mis frases de amor".

¡Aquella infamia era obra mía!, yo había gozado en tan inicua acción, porque si una voz maldita me decía:-¡hiere!-yo estudiaba con placer el modo de herir mejor. La sabiduría de Antulio me hacía reír, el hacerle juguete de mis caprichos, satisfacía mi vanidad, y decía: el triunfo de la materia sobre el espíritu es un hecho; mi hermosura puede más que todos los volúmenes de los sabios; la seducción de una mujer hermosa vence a todos los filósofos, y parodiando las palabras que muchas veces repetía Antulio, exclamaba poseída de un júbilo maligno: ¡Oh, ciencia!, ¡qué poco enseñas! ¡Oh, sabiduría!, ¡qué poco vales!, mi voluntad es superior a todas vuestras enseñanzas.

¡Qué horrible rué mi despertar en el espacio!, a mi mayor enemigo no le daría semejante tormento; veía claro, muy claro, no se me ocultaban las funestas consecuencias de mi crimen, veía a muchos discípulos de Antulio, que, dominados por el miedo, se había estacionado, muchas antorchas que iluminaban el abismo de la ignorancia, por mí se había apagado antes de tiempo, había producido más daño en el mundo de las ideas, que cien y cien conquistadores arrasando ciudades y quemando bosques frondosos; mi pasado era horrible, mi porvenir... mi porvenir ¡el caos!

De vez en cuando veía en lontananza un foco luminoso en medio destacábase la figura de Antulio que me decía con la mayor dulzura: No tiembles, no te amedrentes, si tuviste energía y voluntad bastante para precipitarte en el abismo, ¿crees que te faltará para desandar lo andado? No, la tierra te espera, vuelve a cruzar sus valles, asciende por sus montañas, créate nuevas familias, ama a tus hijos, honra a los que te den su nombre, el infinito es tuyo, puedes amar, puedes progresar, puedes arrojar la túnica de tu degradación, y cubrirte con el manto de la ciencia y la sublimidad: ¿qué es un momento de extravío ante la inmensidad de lo desconocido? sígueme, te espero, te espero porque te amo, y porque te amo te perdono!

¡Cuánto bien me hacían las palabras de Antulio...! un sueño reparador (no

encuentro otra frase), me devolvía mis gastadas fuerzas, la esperanza me sonreía, y llena de nobles deseos, me decía a mi misma:-Volveré a la tierra y seré ¡muy buena...! ¿lo fui...? Por hoy no puedo continuar, necesito coordinar mis recuerdos... ¡cuántos siglos perdidos...! pero... ante el infinito, ¿qué son los siglos? menos que átomos; me queda la eternidad. Sin la eternidad Dios no hubiera amado a sus hijos; y Dios... ¡es amor!

CAPÍTULO V

El espíritu de Iris ha seguido dando sus comunicaciones semanales, siempre que el médium de que se vale, le ha podido conceder una hora de tiempo, hora deseada, muy deseada por los espiritistas que asisten a las sesiones, pues la historia de Iris es interesantísima por muchos conceptos.

No describiré con todos sus detalles sus borrascosas encarnaciones, pues en todas ellas hay asunto para escribir muchos tomos en folio, y el deseo del espíritu no es que yo me encargué de un trabajo tan extenso; éste, quizá, se lo encargará a otro médium que reúna mejores condiciones que yo, que dejando aparte mis escasos conocimientos, la pertinaz dolencia de mis ojos, me impide dedicarme a un asiduo trabajo.

Yo bien quisiera trasladar al papel todo cuanto escucho en las sesiones en que Iris evoca sus recuerdos, mas no siendo esto posible, escribiré sobre los episodios que me parecen más interesantes; y no se crea que mi tarea es fácil, que a mi me sucede lo que dice el adagio: "Para bien escoger, hay mucho que entender". En verdad, tanto es así, que mi cabeza parece una olla de grillos, pensando y preguntando a mi guía invisible qué episodio debo elegir para continuar el relato de Iris. Al fin me decido, o me deciden, (mejor dicho) y continúo mi trabajo, refiriendo el comienzo de la segunda encamación de Iris después de su caída, ella dicta y yo escribo.

CAPÍTULO VI

Pasó tiempo, mucho tiempo, al menos a mí me lo pareció, porque el quietismo del alma, es una medida inexacta que no sirve para precisar, con rigurosa exactitud, si transcurren siglos o segundos; sólo sé que escuché una voz que me dijo:-Vuelve a la lucha, el que cae, está obligado a levantarse.

¿Me levanté? no; ¿encarné? sí; en un lugar tranquilo y apacible, donde brillaba el sol y las flores bordeaban los senderos, donde la brisa murmuraba amores, donde todo era luz y armonía, allí abrí los ojos alegrando con mi venida el humilde hogar de dos seres unidos por el amor. Crecí entre halagos y dulces sonrisas, me pusieron por nombre Aurora, y mi nombre era una alegoría de mi gentil figura, porque todo en mi anunciaba que sería bella, parecía una flor arrancada de su tallo antes de tiempo porque mi cutis era blanco, muy blanco, pero sin color, mis ojos eran grandes, muy grandes, pero sólo los entreabría, parecía que no tenía aliento para abrirlos, mi talle era flexible, muy flexible, pero se doblegaba y parecía una palmera marchita; crecí en poco tiempo, era alta, pero sin gallardía, mis facciones correctas, pero sin expresión, era una verdadera estatua, me faltaba el alma del amor. Llegó un momento en que la niña sintió en su ser un algo desconocido, lloré sin saber por qué lloraba, suspiré sin darle dirección a mis

suspiros, tuve deseos de correr y corrí sin cansarme, y como por encanto, mis ojos se abrieron, mis mejillas se colorearon, mis labios se enrojecieron, mis formas se redondearon, y todos al verme pasar decían: -¡Qué hermosa es Aurora...!

Mi organismo adquirió desarrollo, y mi alma soñó, ¿qué soñó? amores, amores imposibles, porque yo amaba una figura que veía en mis sueños. Una mañana un rumor lejano y densas nubes de polvo me anunciaron que gentes extrañas se acercaban; se oyeron gritos, relinchos, se aumentó el ruido, y al fin aparecieron legiones extranjeras que iban a llevar la civilización a otros pueblos; hombres y caballos invadieron el pequeño lugar donde nací, y el jefe de aquellos guerreros, que era un hombre arrogante, se acercó a mi y mirándome fijamente me dijo con acento de mando:

-¿Cómo te llamas?

-Aurora.

-Aurora, que anuncias un hermoso día, escucha, atiéndeme,-y acercándose más a mí, estrechó mi diestra entre sus manos, y suavizando el tono de su voz me dijo:-Aurora; tú y yo formaremos un hermoso día, espérame, yo voy muy lejos, pero volveré, y volveré para llevarte conmigo, para darte mi nombre, para hacerte mi esposa; te llevaré muy lejos de aquí, te llevaré a un punto de la tierra donde las flores brotan entre las piedras, donde el sol da más calor a los cuerpos, donde todo sonríe, donde todo renace con una fecundidad prodigiosa. No te impacientes por mi tardanza, porque mi camino es largo y mi empresa ardua, pero alcanzaré la victoria y volveré por ti, para que te den sombra los frondosos laureles de mi gloria. Suceda lo que suceda, no te atrevas a enlazarte a otro hombre porque te arrancaré de sus brazos, destruiré tu hogar, y fenecerán tus hijos. Evita una serie de crímenes, viviendo consagrada a mi memoria: leo en tus ojos que ya tus sueños son de amores, sea yo la realidad de tus sueños, ¡espérame que volveré! y ¡ay de ti, si no me obedecieras!

Yo enmudecí; no tuve palabras, pero tuve miradas y lágrimas... que él bebió afanoso con sus labios de fuego; ¡qué sensaciones experimenté! Aquel hombre era la realidad de mi sueño, me estrechó en sus brazos diciéndome:

-¡No me olvides!, ¡volveré!

Se fue el guerrero seguido de su gente y volvió a quedar el lugar tranquilo, pero no mi corazón; una profunda tristeza invadió todo mi ser, y pasaba días y días sentada en una peña a la orilla del mar. Mis padres se desesperaban y para ver si me reanimaban me hablaron de un casamiento ventajosísimo, con el joven más rico de aquellos contornos, pero yo les conté lo ocurrido y les dije que estaba dispuesta a esperar al caudillo. Mi padre cegó de ira, mi madre dudó de mi virtud, de mi pureza; el amante desairado inventó, para vengarse, la historia más calumniosa, historia que fue creída, porque una mujer hermosa tiene innumerables enemigos, comenzando por las mujeres que la rodean, y aunque yo protestaba de mi inocencia, mi madre se exasperó hasta el punto que perdió la razón y mi padre huyendo de su deshonra, se arrojó a un abismo desde la alta cumbre de una montaña y yo quedé sola sin amparo de nadie; señalada con el dedo por todos los habitantes del lugar y de los pueblos cercanos. Hubo momentos que pensé decirle a mi calumniador: seré tuya, dame tu nombre, pero al instante recordaba las frases del caudillo: -"Suceda lo que suceda, no te atrevas a enlazarte a otro hombre, porque te arrancaré de sus

brazos, destruiré tu hogar y fenecerán tus hijos. Evita una serie de crímenes, viviendo consagrada a mi memoria".

Me resigné con mi triste suerte, que era bien dolorosa; todas las jóvenes me volvían la espalda, sus madres me dirigían miradas compasivas, miradas que hacen más daño que cien dardos envenenados- y lo peor del caso era, que no podía abandonar a tantos ingratos porque tenía que esperar la vuelta del caudillo.

Cuando menos lo esperaba sentí el frío de la fiebre, después el calor más sofocante, me zumbaron los oídos y quedé sin movimiento. ¿Qué hacer? quise andar, quise gritar pidiendo auxilio, quise... pero no pude realizar mi deseo, gracias que, como nunca el desgraciado está solo, un anciano, intimo amigo de mi padre, era el único que no me había abandonado, el único que creía en mi inocencia, en mi virtud y desafiando necias murmuraciones me visitaba con frecuencia y aquel día vino a verme, llevando sus palabras la tranquilidad a mi corazón, puesto que me prometió cuidarme en mi enfermedad como si fuera su propia hija. Gracias a él, no estuve sola en aquellos días de tribulación, en que la viruela negra dejó en todo mi cuerpo huellas indelebles. Cuando pude abandonar el lecho, el nombre de Aurora era un sarcasmo para mí. Noche tenebrosa debieron llamarme, porque mi rostro estaba ennegrecido, mis ojos no tenían pestañas, mis cejas habían desaparecido, mis cabellos eran escasos, escasísimos, parecía un monstruo, yo misma me inspiré repulsión, pensé en el suicidio, pero después repetía con amarga ironía: "Suceda lo que suceda, no te atrevas a enlazarte a otro hombre, porque te arrancaré de sus brazos, destruiré tu hogar" ¡y esperé...! esperé primero con desesperación, después con esperanza. porque reflexionaba y decía:-Es verdad que mi belleza ya no existe, ya no será mi rostro lo que ha sido, pero mi alma es la misma, mejor dicho no es la misma, es mejor, mucho mejor que antes; yo conozco que mi sentimiento se ha desarrollado, ahora ya sé compadecer, que antes no lo sabía; me conmuevo con suma facilidad; indudablemente soy más buena, y la belleza del alma es muy superior a la del cuerpo, porque éste enferma, se desfigura, pero el alma no está sujeta a semejantes descalabros y cuando venga él tendrá compasión de mí y me dirá:-Reposa en mis brazos que merecido lo tienes. Y con estas dulces ilusiones viví muchos meses; mi semblante fue perdiendo sus manchas rojizas, mis cabellos comenzaron a brotar, ¡era aun tan joven! Un día, (nunca lo olvidaré) sentí el rumor de mucha gente que se acercaba, nubes de polvo obscurecieron el horizonte, mi corazón me dijo que él llegaba y apresuradamente salí al camino seguida de la mayoría de los moradores del lugar, avanzaron los guerreros y rodeado de sus capitanes venía el caudillo con el rostro más ennegrecido por los ardientes rayos del sol, pero con más luz en los ojos; sin miedo a los caballos me adelanté hasta llegar al pie de su corcel; el noble bruto relinchó con fuerza al sentir que le tiraban de las riendas, se detuvo y el jinete desmontó con viveza, y dirigiéndose a mi, me miró con asombro y murmuró con desaliento:-¿Eres tú Aurora?

Sí, yo soy. Me dijiste: "Suceda lo que suceda, no te atrevas a enlazarte a otro hombre porque te arrancaré de sus brazos", y heme aquí abandonada de todos por serte fiel.

¡Pobre criatura! ¿pero qué has tenido? ¿qué has hecho de tu maravillosa belleza? tu tez de nieve, tus mejillas nacaradas, tus cabellos, tus arqueadas cejas, tus rizadas pestañas, ¿dónde están...?

La viruela se llevó mi hermosura, pero el dolor ha engrandecido mi alma.

¡Pobre criatura! con el alma no tengo yo bastante para hacer mi cruzamiento de razas; yo te quería para llevarte a mi país como un modelo de perfección humana, quería que mis hijos fueran tan hermosos como eras tú: y eso... ya es imposible, pero... no temas, si por serme fiel te ves abandonada de todos, te llevaré con mi numerosa servidumbre; reposaré un momento y prepárate a seguirme.

Hay sensaciones que no pueden describirse, y yo no puedo describir el dolor que sentí al oír hablar a aquel hombre que yo adoraba y por el cual había sufrido tanto: ¡todo lo había perdido por él...! mis padres, mi reputación, una posición desahogada y honrosa... ¡todo...! ¡todo, por serle fiel...! y al encontrarme fea, lo único que me concedía era ir con su servidumbre. ¡Qué infamia...! ¡Qué ingratitud...! pero... quedarme en el lugar de mi nacimiento también era horrible, porque todos me volvían la espalda menos aquel anciano, los demás... ¡todos...! ¿qué hacer...? no titubeé mucho tiempo, y no titubeé porque a pesar mío, si antes amaba al caudillo, al verle sentí lo que nunca había sentido, ¡me pareció tan hermoso! ¡tan apuesto! ¡tan gentil...! si me iba podría verle y después... ¡quien sabe...! la esperanza no se pierde nunca, porque la esperanza es la savia de la vida; y dominada por el dolor y por un amargo placer le dije:-Me voy contigo, ya que por ti lo he perdido todo.

El me miró fríamente y murmuró con tristeza: ¡qué lástima...! ¡qué lástima de belleza que no dio fruto!

En aquella época la mujer era puramente un instrumento de placer o una hembra necesaria para la multiplicación de la raza; a su sentimiento, a su dulzura, a sus demás dotes no se le concedía la menor atención; así es que la ternura de mi alma y mi desarrollo intelectual pasó completamente desapercibido. Durante el viaje procuré acercarme a él, pero todo fue en vano, únicamente al mirarme decía: ¡qué lástima...! ¡qué lástima de belleza que no dio fruto!

Llegamos al término del viaje y a los pocos días de habitar en el palacio del caudillo, me llamó éste a su presencia y me dijo:

-Prepárate a tomar por esposo al hombre que te he destinado: si por mí lo has perdido todo, yo te doy con quien formar familia; y acto seguido hizo entrar uno de sus servidores, hombre vulgarísimo, feo, repulsivo, que parecía idiota: al verle, me sentí tan herida y tan humillada, que no supe que contestar, pero... ¿qué puede hacer el esclavo más que obedecer?... obedecí, me uní a aquel hombre que odié desde el momento de verle y me encerré en mi morada para llorar a mares y para odiar a todo el género humano".

Mi marido era un ser envilecido, capaz de cometer todos los crímenes si se los pagaban bien; por desgracia mía, fui madre, me avergonzaba de serlo, me parecía imposible que yo estuviera unida a aquel miserable y que las leyes naturales nos hubieran acercado lo bastante para tener yo un hijo; tras el primero vinieron otros, ¡infelices criaturas...! por ser hijas de aquel hombre me eran repulsivas: quise una separación sin ruido ni escándalo, pero él se opuso, porque le gustaba mi cuerpo, y tanto me desesperé, que lo envenené para verme libre de su sombra, mas no lo conseguí, porque siempre lo veía y hasta sentía su respiración; pasaba noches angustiosísimas, y eso que me rodeaba de todos mis hijos, que muerto su padre no me eran tan repulsivos; pero mi vida era horrible porque odiaba

y amaba a un mismo tiempo al autor de mi desgracia; al valiente caudillo que ni siquiera se dignaba a dirigirme una mirada. El amor y el odio son dos sentimientos que se confunden entre sí, porque entre un hombre y una mujer podrá existir amor sin odio, pero no existe odio sin amor; cuando una mujer odia a un hombre, o un hombre odia a una mujer es porque la ama, y yo le amaba a él con toda mi alma, por eso le odiaba con todo mi corazón. ¡Cuánto sufría al verle...! ¡Cuánto! ¡cómo recordaba sus besos de despedida! mis sueños, mis esperanzas, mi constancia en esperarle ¡y todo para qué...! para entregarme por su voluntad a un hombre que nunca, nunca pude querer.

Dado el primer paso se dan otros muchos, y más cuando se lleva un infierno en el corazón; yo lo llevaba, yo no podía sufrir ver a aquel hombre rodeado de todos los placeres, mientras yo vivía en medio de todos los dolores. Yo me arrojé a sus plantas, le pedí compasión, le dije que no podía vivir sin él, y él entonces mirándome con el mayor desprecio exclamó:

¿Crees que ignoro lo que has hecho? lo sé todo, y por no perderte no te he dado el castigo merecido, pero mi clemencia no llega a descender hasta ti para recibir tus caricias; vete a ocultar tu crimen y no desafíes a la justicia.

En aquel instante juré vengarme de aquel hombre y me vengué; la leona estaba herida, ¡qué horror...! esperé algún tiempo, no mucho, ¡tenía sed! ¿de qué? de amor, sí de amor, ¡le quería tanto...! tanto... y le odiaba de tal manera, que necesitaba o su amor o su vida: me negó su amor... y le quité la vida, él y yo no cambiamos en la tierra. Mi crimen quedó oculto, después... después... ríos de lágrimas y ríos de sangre, visiones espantosas y momentos de asombro al oír una voz que me decía:-¿Hasta cuando, infeliz, hasta cuando seguirás descendiendo...? Detente, y no bajes más ¡te costará tanto trabajo subir!

Corramos un velo sobre el final de aquella existencia, pongamos unos cuantos puntos suspensivos, para significar la encarnación que siguió a la anterior...y entremos de lleno en la existencia en la cual mi alma se despertó. * * * * * *

Nací en un lugar donde el sol abrasaba los campos, hija de padres muy pobres y rudos, que no se ocupaban de sus muchos hijos más que en sus primeros meses, porque en cuanto los niños se arrastraban por el suelo, ya no se fijaban más en ellos, la naturaleza era muy pródiga y se encargaba de vigorizar a los pequeñuelos. Yo crecí en el campo, mi color era moreno, muy moreno, no era fea cuando niña, pero estaba muy lejos de ser hermosa, si bien mis ojos brillaban extraordinariamente y mi cabellera era negra, rizada, muy rizada y abundante; ligera y esbelta, me enroscaba por los troncos de los árboles, me deslizaba entre las peñas, me escondía entre la maleza y los chicuelos me llamaban *El Reptil,* sobrenombre que conservé hasta mi juventud.

Contaría pocos años, cuando en unión de otros muchachos abandoné mi hogar, donde no lamentaron mi falta, por estar acostumbrados a mis largas y frecuentes correrías; anduve largo rato con mis compañeros de expedición, y después, entré sola por un atajo y seguí adelante hasta encontrar poblado, allí me detuve y una pequeña tribu que en aquel lugar reposaba, me brindó su apoyo para seguir con ellos cruzando el mundo. Yo acepté muy gozosa, porque era mi espíritu muy dado a las aventuras; y emprendí mi marcha en unión de aquellos vagabundos

que de todo me enseñaron, menos a ser buena. Cuántas impurezas, cuántos engaños, cuántas malas artes se pueden conocer en la tierra, todo lo conocí viajando con aquellos desgraciados, que me llamaban El Reptil, y lo era en realidad; pero mi espíritu comenzó a cansarse de aquella vida, y aprovechando una ocasión propicia, los engañé, diciendo que iba a probar fortuna y me dirigí a un hombre que me pareció a propósito para secundar mis planes. Le conté del modo que me hacía trabajar esa gente, engañando a unos, robando a otros, mintiendo siempre, y le pedí su apoyo para libertarme de aquella esclavitud.

El hombre me escuchó atentamente y dijo:-Salvada estás, si quieres salvarte, tengo autoridad suficiente para reclamarte; y cuando mis compañeros llegaron en mi busca, mi protector les dijo que si no se alejaban inmediatamente todos quedarían encarcelados. Ante tal peligro me dejaron en paz, aunque con mucha pena, pues yo les era muy útil.

Respiré mejor cuando me encontré sola en aquel puerto de salvación, donde mi trabajo no era mucho y nadie me molestaba. Allí reposé bastante tiempo, hasta que me cansé de aquella vida tan monótona y una mañana, sin despedirme de nadie me dirigí a la ciudad en busca de aventuras.

En aquella época había llegado al completo desarrollo de la juventud, y era hermosa para mi daño, porque en la gran ciudad donde me detuve, caí con placer en el abismo del vicio; me entregué al libertinaje de tal manera, que me hice célebre por mis locuras, y a tanto llegó mi desenfreno, que caí enferma con la más repugnante dolencia; estuve meses y meses entre la vida y la muerte, parecía imposible que pudiera salvarme, pero triunfó la juventud y al fin me levanté pálida, débil, convertida en un esqueleto, no podía sostenerme en pie; para recuperar mis gastadas fuerzas abandoné la gran ciudad y me detuve en una aldea pintoresca, donde bosques frondosos me brindaban su tienda hospitalaria, donde manantiales de agua cristalina convidaban a saciar la sed, donde árboles frutales y gentes sencillas ofrecían alimento y grata compañía. Pocos eran mis ahorros, pero tenía lo suficiente para vivir, algunos meses en aquel delicioso retiro, y allí me instalé. Bien necesitaba mi cuerpo y mi alma de aquel descanso, de aquel reposo, de aquella quietud inalterable. Sin darme yo cuenta del cambio beneficioso que en mí se operaba, me pasaba horas y horas sentada en el bosque, a veces me rendía al sueño, y sin temor ni sobresalto me dormía profundamente, sintiendo al despertar un bienestar inexplicable. Me aficioné a las costumbres de aquellos aldeanos que se levantaban con la aurora, y se acostaban en el momento que en el horizonte desparecían las tintas rojizas del crepúsculo vespertino. Aquella vida metódica de aquellas pobres mujeres que durante el día no reposaban ni un segundo, me atraía dulcemente; aquel buen ejemplo llenaba mi alma de nuevas aspiraciones, contemplaba a las jóvenes que vivían tranquilas bajo la tutela de sus padres, y recordaba mis compañeras de libertinaje; veía a las aldeanas tan sanas, tan robustas, tan llenas de vida, y me contemplaba a mi misma, mustia, marchita, agotada... ¡Qué contraste!, y yo era aún ¡muy joven...! bien podía ensayar un nuevo plan de vida, ¿y por qué no? no era ningún imposible, lo que debía hacer era huir de la gran ciudad, porque allí caería nuevamente, pero en el campo, en contacto con la naturaleza, allí mi salvación era segura. Mas... ¿y los medios para vivir? porque mis recursos tocaban a su fin, era necesario trabajar. ¿Dónde? ¿en qué? ¿dónde? en

un punto donde no me conocieran, ¿en que me ocuparía? en lo más humilde, en lo más sencillo, en guardar ganado; era necesario romper con mi pasado, era preciso cubrir mi ayer con un velo tan espeso que yo no viera sus odiosos encantos; me fui al bosque y allí confesé a los árboles todos mis pecados, la brisa movía el frondoso ramaje y parecía que contestaban a mis quejas los hijos de la selva; mientras más hablaba, más deseo de hablar tenía, no oculté a mis confesores mi mas leve desacierto, todo se lo conté, todo, y los árboles inclinaban sus verdes ramas como si me dijeran: -"Estamos conformes". Yo así lo CREI, y se confirmó mi certidumbre al escuchar una voz que me dijo: -¡Ya era tiempo...! ¡qué prisa te has dado para caer...! es necesario que tengas la misma para levantarte. Mira bien tu pasado, es indispensable que contemples toda tu infamia, toda tu criminalidad, para que no te duelan los sacrificios que tu expiación te exija, que serán muchos, y muy dolorosos; no te engañes a ti misma, no confundas la alucinación con la realidad, pregúntate cien y cien veces a dónde quieres ir, si a coronarte de flores o de espinas: no pierdas el tiempo en vacilaciones, has perdido muchos siglos, has cometido muchos crímenes, hora es ya que pienses en la regeneración, ésta será lenta, muy lenta; no se pierden los malos usos y las añejas costumbres en breves segundos, como tampoco no se cometen todos los crímenes a un tiempo. Todo necesita sus horas, sus días, sus meses, sus años, sus siglos; tú te levantarás, tú darás un paso en la senda del bien, y dado el primer paso ascenderás rápidamente, el bien te atrae, y el bien te abre los brazos; mira lejos, muy lejos, y verás en la noche de tu pasado una figura luminosa, mírala, ¿no la ves? ella te mira dulcemente, ¿no oyes lo que te dice? yo te lo repetiré, te dice: -¡Te perdono! ¡Te perdono, porque te amo!, ¿ves? no estás sola, hay quien te alienta, hay quien te ama, y el ser que es amado, no está solo.

En realidad, yo no sabía lo que me pasaba, pero era feliz, ¡muy feliz!, iba a ser buena, ya no serviría para satisfacer los impuros caprichos del hombre, dejaría de ser cosa para ser mujer, ¡oh!, la mujer valía mucho dentro de su hogar, me rodeaban muchas mujeres felices, y yo quería vivir como ellas vivían. Me orienté, pregunté por otro pueblo donde hubiera mucha luz, mucha vegetación, y me encaminaron a un lugar tranquilo, donde la naturaleza sonreía; llegué, y me detuve ante una granja rodeada de árboles seculares; un hombre de edad mediana estaba sentado al pie de un árbol, me dirigí a él, y le pedí albergue y trabajo; él me miró con tristeza y murmuró con melancolía:-Mucho pides, pero al que mucho pide, mucho se le da. Vienes de muy lejos, se conoce que traes cansancio en el cuerpo y en el alma, necesitas trabajo moderado y muchas horas de reposo y de meditación; ¡has vivido tan deprisa...! ¡has corrido tanta cuesta abajo...! estás muy fatigada, pero aquí reposarás. ¿Ves todas esas aves domésticas...? ¿ves esos humildes irracionales? ¿esos corderillos que triscan por la pradera? pues tú cuidarás de que no les falte alimento y agua; lo primero aquí lo tienes de sobra, lo segundo has de ir a buscarlo a gran distancia, pero el camino es llano, en sus bordes crecen sándalos floridos, las avecillas en ellos entonan sus cantares, ese camino te conducirá más tarde a tu patria eterna, recórrelo con la alegría en el corazón y la esperanza en tu mente.

Las palabras de aquel hombre me sirvieron de gran consuelo, y al día siguiente comencé mi trabajo. Con verdadero afán cogí dos grandes ánforas y me dirigí a la fuente: en verdad que mi protector no había mentido; el camino era delicioso, sombreado por árboles floridos, innumerables pájaros se contaban sus

amores, de rama en rama, y la fuente, oculta entre breñas y verdes arbustos, era un verdadero oasis. ¡Qué paraje tan encantador...! parecía que aquel lugar agreste no era de este mundo: allí respiraba mejor, allí me parecía que me desprendía de mi manchada túnica y me cubría con el sayal de la virtud. Ir a la fuente era mi trabajo favorito, ¡allí me encontraba bien!, me parecía que acababa de nacer, que nunca había pecado que mi mente era un libro en blanco, y que ningún mal pensamiento había manchado sus hojas. Una tarde al llegar a la fuente, me sorprendió en gran manera encontrar un hombre entre las breñas, un hombre que no se parecía a ningún habitante de la tierra por más que iba vestido como un hombre de pueblo, pero su cabeza y su rostro eran de una belleza majestuosa, sus largos cabellos descansaban sobre sus hombros, su frente de un blanco mate no tenía la menor arruga, sus ojos, ¡ah...! sus ojos brillaban de un modo extraordinario, sus labios se plegaban con una sonrisa dulce y triste, jamás había visto un hombre tan hermoso, pero su hermosura no hablaba a los sentidos, al mirarle no se deseaba tenderle los brazos, involuntariamente se doblegaban las rodillas y se sentían deseos irresistibles de preguntarle:

-¿Eres Dios...?

Yo me quedé absorta, le miré extasiada y no tuve valor de dirigirle la palabra, él en cambio me dijo:

-Mujer, te espero en esta fuente para que me des agua.

-¡Agua...! pues ¿qué?, ¿vos necesitáis agua?

-Sí, pero no esta agua que sacia la sed del cuerpo, yo quiero que me des el agua que calma la sed del espíritu.

-¡Pobre de mí, señor!, si yo he sido una gran pecadora, ¿qué podré daros...?

-El agua de tus buenos propósitos, el agua de tu sincero arrepentimiento, el agua de tu enérgica voluntad, para seguir por la senda del bien.

-¡Ah...! entonces bebed. Señor en la humilde fuentecilla de mi pensamiento, ¡quiero ser buena...!, ¡quiero purificarme!, ¡quiero amar!, no amar a un hombre, ¡amar a un Dios...!

-Lo sé, por eso he venido a buscarte para decirte: el ideal de tus amores hoy se encuentran en la tierra, con él te reunirás cuando llegue la hora; trabaja en la purificación de tu espíritu y aguarda el día de tu regeneración. Vuelve a tu hogar, yo iré contigo.

Yo no sabía lo que me pasaba; dejó de pesarme mi cuerpo, recorrí aquel sendero sin que mis pies tocasen a tierra; y al llegar a la Granja, aquel hombre me dijo:-No te impacientes, cuando llegue el momento de reunimos, yo saldré a tu encuentro; dio algunos pasos y despareció sin poderme explicar qué camino había tomado.

Cuando volvió mi protector, le conté lo ocurrido y me dijo sonriéndose:

-Cuanto me dices, todo es producto de tu imaginación, todo es obra de tu buen deseo, es la cosecha que recoges antes de tiempo por lo bien que has abonado la tierra de tu redención.

-¡Ah, no, no!; -replique con viveza,- no puede mi imaginación crear una figura tan hermosa, yo le he visto, yo le he oído, es una realidad superior a todas las alucinaciones.

Desde aquel día viví consagrada al recuerdo de aquel hombre-Dios, porque para mí, no era un hombre como los demás; sus ojos y sus palabras no eran de ese mundo, y tanto me encariñé con su recuerdo, y tales ansias sintió mi alma para verle y adorarle, que formé el plan de ir en su busca, plenamente convencida que le encontraría, ¿dónde? lo ignoraba, pero yo sentía el soplo de su divino aliento; y decidida a todo, me dirigí a la fuente, para despedirme de aquel oasis, cuando al llegar, lo encontré a él que me dijo con dulce reproche:

-¿Así obedeces mis mandatos? ¿no te dije que yo te avisaría la hora de salir a mi encuentro? ¿por qué te impacientas? ¿por qué te adelantas? ¿por qué quieres coger la fruta sin madurar?

-¡Señor!, porque necesito veros y adoraros.

-Vuelve a tu hogar, habla con tu conciencia y pronto recibirás el aviso deseado. Acompáñame si quieres, y emprendió el camino hasta llegar al borde de un abismo que había entre dos montañas; allí se volvió, me miró, y caí de rodillas mientras él, como si todo fuera tierra plana, cruzó el abismo y subió a la cumbre de la montaña; allí vi deshacerse su figura como se deshace la bruma con los rayos del sol, y murmuré: -¡ese hombre no es un hombre, es un Dios!

Algún tiempo después me dijo mi protector:

-Prepárate a recoger tu segunda cosecha; las espigas que te pertenecen están muy lejos de aquí, que lo que mucho vale, mucho cuesta. Despídete de este albergue, que hemos de acudir al llamamiento de un Redentor.

Acompañada de aquel hombre que tan bueno había sido para mí, emprendí una marcha muy larga, larguísima, ¡cuántas noches!, ¡cuántos días sin llegar al punto deseado!, había momentos que me dejaba caer en el camino y mi compañero me decía:-Descansa, mujer, descansa, recobra fuerzas para ser dichosa.-Al fin, una tarde, llegamos al lugar donde se encontraba el hombre-Dios, rodeado de un pueblo numeroso; al vernos, se sonrió con dulzura, y me dijo: -Siéntate y reposa, ¡que cansada vienes...!

Habló con mi compañero y éste seguido de muchos hombres, se dirigió no sé dónde; al fin nos quedamos solos, y me dijo: -Estoy contento de ti, te has espiritualizado, te has elevado sobre el lodo de tus vicios, te has propuesto tu regeneración y estás dispuesta al sacrificio. Yo he venido a la tierra para curar a los enfermos, porque los buenos no necesitan médico; yo he venido a dignificar a la mujer, que digna debe ser la madre del hombre; yo he venido a trabajar con el pueblo y para el pueblo; yo necesito enviados, que en mi nombre, lleguen a los lugares apestados por los vicios y las prostituciones, por los crímenes y los más horribles atropellos; Sos sabios y los buenos no necesitan redentores, porque ellos se redimen por el amor y la ciencia, pero a las mujeres perdidas y a los hombres degradados hay que ir a buscarles a sus antros de perdición, hay que descender hasta ellos, y en medio de sus festines, y en medio de sus delirios, hay que hablarles de otra vida, de otra vida que no acaba, de otra vida donde el alma se engrandece por sus méritos, se eleva por sus sacrificios, se acerca a Dios por su progreso. Tú, que ayer pecaste, tú, que sabes cómo las mujeres lloran en medio de los festines, tú volverás a esos antros de degradación, tú volverás a sentir las espinas del dolor cómo se clavan en tu cuerpo y en tu alma, pero, ¡qué importa el martirio cuando se conduce al puerto a infelices náufragos que estaban condenados a desaparecer

bajo las olas del crimen y de la prostitución...!

-Sí, mujer, prepárate a volver al lugar donde fuiste piedra de escándalo, y allí, entre aquellas desventuras, entre aquellas almas encenagadas en todos los vicios, siembra la semilla de la esperanza en otra vida mejor. Si decidida estás a regenerarte, no creas que la regeneración se consigue separándose de todo contagio; la vida contemplativa, como medida temporal, es buena, pero a perpetuidad es el máximum de todos los egoísmos: ¡No sentir...! ¡no llorar! no compadecer ni tomar parte en el dolor ajeno, es trabajar para el endurecimiento del corazón, y de un corazón endurecido no brotará jamás el agua del consuelo. Tú has creído, mujer que para alcanzar la felicidad suprema, basta con abstenerse de pecar, y estás en un error; hay que procurar que los otros no pequen, hay que evitar la caída de los demás. Te era necesario el reposo y la contemplación para sanar tu cuerpo y tranquilizar tú alma, y ya que has conseguido lo que te era preciso conseguir, vuelve al lugar donde los cuerpos se venden y las almas se degradan; y entre aquellas mujeres, entre aquellas desventuradas, da comienzo a tu hermoso trabajo. Diles a las mujeres, que harto tiempo han sido esclavas de la tiranía del hombre, y que necesario es, que se dignifiquen, que comprendan lo que valen y lo útiles que pueden ser para redimir a la humanidad. Vuelve, sí; no te detengas, han llegado los momentos anunciados por los profetas; se hablará en todas las lenguas, y en todas partes resonará este grito:

¡¡redención!!

Pero señor, murmuré con tristeza, es que tengo miedo de volver a la lucha, me creéis más fuerte y más buena de lo que soy en realidad; estoy arrepentida de mi pasado, me horroriza pensar en mis culpas, necesito veros y oíros para engrandecerme, esto es todo, no sirvo para más.

-Mujer de poca fe, que aún necesitas tocar las cosas para convencerte, te hago falta para tu regeneración, y crees que no viéndome y no oyéndome te encontrarás sola, perdida en la inmensidad de las pasiones y de los vicios. Mujer, no seas tan material, yo estaré contigo, aunque inmensa distancia nos separe, porque para las almas no existen las distancias.

-¡Ah; pero no podré veros...! ¡y sin veros! y sin veros, señor... es imposible, no haré ninguna obra buena...

-Mujer, tú dices que amas mi espíritu, pues amando mi espíritu no te hace falta contemplar mi envoltura.

-¡Oh! sí, sí, ¡yo necesito veros!

-Me verás en tus sueños, y recibirás instrucciones; ahora duerme, mientras yo velo, duerme para despertar a una nueva vida de lucha y de victoria; de estudio, de progreso para ti y para otros. Y, extendiendo su diestra sobre mi cabeza, me quedé dormida.

CAPÍTULO VII

Jamás olvidaré lo que vi durante mi sueño; pasaron ante mí millones de seres de distintas razas, vi ciudades populosas, templos gigantescos, monumentos admirables, que ante mis ojos quedaban reducidos a polvo; y sobre tantas ruinas se

levantaban figuras luminosas, hermosísimas; cuando ya mi espíritu comenzó a sentir cansancio, oí una voz que me dijo:-¡Mira bien! miré, y vi un espacio inmenso, oleadas de luz lo llenaban, aquel oleaje levantaba montañas de fuego y sobre ellas caía una lluvia de diversos colores, era como si un arco iris lo envolviera todo. ¡Qué maravilloso espectáculo...! yo no me cansaba de mirar; en el fondo de aquel cuadro luminoso, se aumentó la luz, ¡qué efecto tan prodigioso! no es posible describirlo. ¡Ah! no, no; después, aquella luz vivísima se amortiguó, olas de blanca espuma invadieron el centro de aquella órbita incandescente, y de aquellas olas, brotaron dos figuras, eran dos hombres: el uno apoyaba la cabeza en el hombro del otro. Miré... miré asombrada y lancé un grito, porque aquellos dos hombres, el uno era el sabio Antulio y el otro... el hombre-Dios, el que yo adoraba; el sabio reclinaba su cabeza con dulce abandono en el precio de aquel que quería la dignificación de la mujer. Yo miraba, miraba fijamente y vi que Antulio movía los labios, presté toda mi atención y escuché estas palabras:

-¡Iris...! ¡cuánto has tardado! pero ya no me dejarás, ya serás mía por los siglos de bs siglos. Mi ciencia no pudo redimirte, pero mi amor... mi amor lo consiguió.

Entonces vi al hombre-Dios que estrechó en sus brazos al sabio Antulio, y al abrazarle, el sabio arrojó su envoltura corpórea y ¡cosa extraña! me parecía que aquellos dos espíritus formaron uno solo, y en el hombre-Dios yo reconocía a Antulio, y en Antulio al hombre-Dios, ¡transfigurado! ¡hermosísimo! con esa hermosura incomparable, que no hay en la tierra tipo que se le asemeje. Aquella figura adorable, me tendió sus brazos y yo me refugié en ellos, y escuché de nuevo: -"¡Iris...! ¡cuánto has tardado...! ¡pero ya no me dejarás, ya serás mía por los siglos de los siglos! Mi ciencia no pudo redimirte, pero mi amor... mi amor ¡lo consiguió!

Al tiempo se le han dado diversas medidas, pero nadie ha sabido medir todavía el tiempo feliz; así es, que yo no sé si fueron horas o breves segundos los que permanecí soñando; sólo sé que me desperté y vi al hombre-Dios sentado sobre una peña rodeado de muchos niños que le acariciaban. Me levanté, y él me dijo: Mujer, ya has reposado lo bastante, prepárate a emprender tu viaje. ¿Sola? No está solo el que ama y es amado. Ya te inspiraré, ya me verás en tus sueños, y vendrás cerca de mí, cuando tu trabajo se acabe en el lugar al cual te diriges.

Yo titubeaba, mas él me miró de aquella manera que él solo sabe mirar, extendió su diestra sobre mi cabeza y emprendí mi marcha triste y gozosa a la vez.

No quise volver a la gran ciudad sin visitar la Granja donde encontré mi salvación; allí me detuve breves momentos, y me dirigí a la fuente, al oasis de mi vida.

Las avecillas parecía que daban su adiós; todas cantaban a un tiempo; ¡cuánto las envidié...! ¡ellas podían vivir entre flores! ¡yo iba a vivir entre espinas...!

Llegue a la gran ciudad, y al punto muchos de sus habitantes me reconocieron; todos me encontraron ¡muy hermosa! de mis antiguas compañeras algunas habían muerto, otras seguían su miserable vida, y muchas jóvenes, casi niñas, daban sus primeros pasos en la senda de la degradación. La dueña de aquel centro de los vicios me recibió con los brazos abiertos, dispuesta a guardarme como su más preciado tesoro. Yo oculté cuidadosamente mis propósitos, impuse condiciones y evité, cuanto me fue posible, volver a ser juguete de los libertinos.

Todos encontraban en mí algo extraño, me hallaban más hermosa que antes; pero mi hermosura tenía un tinte especial, era que mi alma ennoblecía mi cuerpo, era que mi alma sentía asco en aquella sentina de todos los vicios. Con habilidad suma, comencé a tender mis redes, y algunas de aquellas desgraciadas me dijeron: Llévanos contigo, iremos donde tú quieras, siempre que nos salves y nos apartes de este inmundo lodazal.

¡Qué noches tan horribles eran las mías viendo aquellas escenas y aquellos atropellos de tantas y tantas jóvenes que aún recordaban sus juegos infantiles! ¡cuántos ríos de oro para satisfacer impuros caprichos, mientras centenares y centenares de hambrientos morían por las calles de la gran ciudad!

Milagrosamente me iba salvando de sufrir aquellas humillaciones; pero fijó sus ojos en mí, uno de los jefes del estado, y tuve que acceder a sus deseos; mas puse ventajosas condiciones, oro en abundancia y un permiso, autorizado por él, para poder salir libremente de la gran ciudad, en unión de cuantas mujeres quisiera llevarme conmigo. A todo accedió, porque yo tenía sobre él un ascendiente poderosísimo, tanto es así, que me decía con tristeza: -No veo en ti a una mujer; tú eres algo más; ya no sirves para los placeres impuros, te miro, quiero acariciarte... y te respeto, siendo un temor inexplicable, me parece una profanación lo que quiero hacer contigo y, sin embargo, el fuego del deseo me consume. ¿Para qué has vuelto aquí...?

¡Qué noche tan horrible fue aquella para mí...! tenía que fingir lo que no sentía pasa conseguir la realización de mi plan, oro y el documento firmado por él para librarnos de la persecución de la dueña de aquel centro de corrupción.

Al fin brilló la aurora, el salón donde se había celebrado un gran festín, presentaba un aspecto desolador y repugnante, repugnantísimo; mujeres beodas, hombres embriagados se entregaban al sueño; entre aquellas mujeres había muchas que me habían jurado obediencia, ya estaban advertidas y habían evitado la embriaguez; me acerqué a ellas y les dije: No hay momento que perder, aprovechemos los instantes; la libertad nos espera, ¡la luz! ¡el aire! ¡las flores!

La mayor parte de las conjuradas me obedecieron, y antes que la gran ciudad se despertara, salimos al campo y, apresurando el paso, nos alejamos de aquel infierno, deteniéndonos en un bosque para descansar.

¡Cuánto gocé entonces...! di por bien empleada mi noche de infamia, puesto que, por mi martirio, salvaba a tantas infelices de su horrible esclavitud. Recordaba las palabras del hombre-Dios y decía; ¡Cuánta razón tiene! La vida contemplativa, como medicina temporal, es buena, pero a perpetuidad es el máximum de todos los egoísmos. ¡No sentir!, ¡no llorar!, no compadecer ni tomar parte en el dolor ajeno, es trabajar para el endurecimiento del corazón, y de un corazón endurecido no brotará jamás el agua del consuelo. Estas mujeres son jóvenes, algunas aún casi niñas, ¡cuan útiles, pueden ser a la humanidad! muchas de ellas se crearán familia, ¡tendrán un hogar! ¡se verán amadas! y toda su felicidad ¡será obra mía!

Con nuevo ardor emprendí la marcha seguida de mis compañeras, hasta llegara la Granja, a mi puerto de salvación; me adelanté a ellas, y encontré al dueño de aquel escondido paraíso, que me recibió sonriendo.

No vengo sola, le dije algo confusa. Ya sé quien te acompaña, he tenido aviso; entra tú con ellas, reposa el tiempo necesario para recuperar tus gastadas

fuerzas, y después vuelve nuevamente a rescatar esclavas.

Mis compañeras encontraron franca hospitalidad, y yo después de descansar el tiempo indispensable, me dirigí a la fuente, a mi oasis, al lugar en que mi alma se despertó cuando vio aquella figura hermosísima, que me dijo:-"Mujer, te espero en esta fuente para que me des agua".

Allí me senté con la esperanza de verle aparecer, pero... esperé en vano, apoderándose de mi alma tan honda y tan profunda tristeza, que creí desfallecer. Me horrorizaba volver a la ciudad, allí, ¿qué me esperaba? no tenía amigos, no conocía más que a mercaderes que quisieran comprar mi cuerpo, y mi última noche de infamia, con todo y haberme sido provechosa, me espantaba, y me avergonzaba su recuerdo. Es verdad que había salvado a muchas víctimas, es verdad que poseía un permiso o salvo conducto del gobernador de la ciudad, con el cual podía salir y entrar libremente en la población, y podía visitar sus cárceles y sus fortalezas; había conseguido mucho en pocas horas, pero ¡ay...! aquellas horas ¡cuánto me humillaba su recuerdo! Me parecía imposible que antes me hubiese encenagado por mi propia voluntad. Pensaba en el hombre-Dios, y no encontraba frases para demostrarle mi inmensa gratitud, ¡cuánto le debía!, ¡cuánto!, por eso debía obedecer sus mandatos por eso debía rescatar esclavas. ¡Ah!, sí, sí, él lo quería, y lo que él quería, debía quererlo yo. Y animada con tan nobles pensamientos seguí mi camino; mas al llegar cerca de la ciudad, el desaliento se apoderó nuevamente de mí, sentí miedo, ¡mucho miedo!, al fin entré en aquella inmensa población, preguntándome: ¿dónde llamaré? en los lupanares, imposible, en todos me conocían y en ellos peligraba mi vida, porque no podrían perdonarme mis trabajos de redención, los explotadores de aquellas desventuradas. Pensé presentarme a mi protector, al gobernador, pero... no, porque estaría furioso contra mí, por la fuga de las meretrices. Miraba a todos lados y no veía ningún semblante amigo; al fin me detuve en una gran plaza donde había una torre célebre en la historia, que servía de morada a muchos centenares de soldados; miré la sombría fortaleza, y de pronto sentí en todo mi ser una sensación dolorosísima, como si millones de punzantes espinas, todas a la vez, me las clavaran en mi cuerpo, era que había visto a un hombre que cruzaba la plaza y se acercaba a mí, quise huir, pero él me cerró el paso, y poniendo sus manos en mis hombros, me dijo sonriendo con alegría infernal: -¡Ya te tengo!, ¡ya te tengo!, y lo que es, ahora no te escaparás.

Aquel hombre era el jefe de la pequeña tribu en la que bajo sus órdenes pasé mi infancia, el que hizo de mi cuanto quiso, el que me pervirtió y me enseñó todos los vicios.

¡Qué momentos tan horribles...! creí morir de dolor al verme sujeta por aquel hombre; mi cuerpo cayó al suelo y él me levantó diciendo: -Es inútil, no te escaparás, viva o muerta te llevaré conmigo-mas... no pudo conseguirlo, porque acudió un pelotón de soldados y uno de ellos me separó de él, diciendo: -No es hombre el que atropella a una mujer. -Esa mujer es mía, me la vendieron sus padres, me pertenece. Era mentira, mis padres no habían tomado parte en tal infamia, era yo la que los había abandonado porque padecía hambre y sed y no podía saciarla.

Al verme protegida, pedí que me llevaran a presencia del gobernador; aquel miserable tembló de ira y los dos comparecimos ante la autoridad. Mi protector al verme me miró con enojo, pero al enterarse de lo ocurrido dijo:-Ese hombre queda

preso e incomunicado; de esta mujer me encargo yo.

Al quedamos solos, me postré ante él y besé sus manos profundamente conmovida, él me levantó y mirándome con tristeza me dijo con dulzura: -"Debía estar muy enojado contigo, porque has promovido un verdadero escándalo, pero no sé lo que tienes que te quiero, te compadezco y te admiro. Nunca olvidaré mi última noche de placer, escuché frases de tus labios que nunca había oído, me hablaste de un hombre a quien llaman el hijo de Dios, y comprendo que tú eres algo más que una mujer perdida, creo más aún, creo que estás purificada por tu martirio, y, para menguar tu sufrimiento, desde hoy, por cuenta mía, tienes casa y alimento en una de las dependencias de mi palacio; puedes salir y entrar libremente, nadie te pedirá cuenta de tus actos, porque sé que todos ellos sólo tienen un objetivo, ¡el bien!

Mi alegría no tuvo límites cuando me vi sola en un gran aposento donde encontré todo lo necesario: alimento para mi cuerpo desfallecido y blando lecho donde reposar.

Seguí activamente mi trabajo de redención y muchas infortunadas escucharon mi ruego; tantas fueron, que llamó seriamente la atención mi trabajo, produciendo gran descontento entre los libertinos y los explotadores de la juventud; y sólo por estar protegida por el gobernador me libré de ser atropellada. Mi protector se vio precisado a decirme que era necesario que me ausentase de la ciudad, porque él no respondía de lo que pudiera sucederme, porque los ánimos de los más fuertes estaban en contra mía, porque les arrebataba sus horas de placer, las mujeres más bellas, las que alegraban las sombras de la noche, las que eran vida de los festines.

Triste y pensativa me dirigí a la Granja, a ver a mis antiguas compañeras, las que al verme me rodearon y me colmaron de caricias; parecía mentira que entre tanto cieno pudiera germinar la gratitud, y, ¡germinaba...! germinaba, sí; la mayoría de aquellas mujeres demostraron más tarde lo que querían.

El dueño de aquel lugar al verme, me dijo con extrañeza:

-¿Por qué vienes? ¿No sabes que aún no puedes permanecer aquí?

-Es que allí no puedo estar, (y le conté lo ocurrido).

-Pues allí has de volver. El lo quiere y tú tienes que obedecer.

Me dirigí a la fuente con esperanza de ver al hombre-Dios, pero no estaba, ¡cuánto le llamé, y no vino...! seguí mi penosa jornada y a la mitad del camino no puede continuar, me dejé caer al pie de una enramada y me quedé dormida. Durante mi sueño vi al amado de mi alma, se acercó a mí, y poniendo su diestra en mi frente me dijo con dulzura:

-Mujer de poca fe ¿ya no me quieres? ¿ya te has cansado de hacer obras buenas?, pues para llegar hasta mí, tienes que continuar el trabajo emprendido, ¡sígueme! ¡yo lo quiero!

Me desperté súbitamente y encontré ágil y fuerte, seguí andando y entré en la ciudad pensando en mi hermoso sueño; abismada en mis pensamientos, me perdí en las tortuosas calles de la gran ciudad y me encontré en un callejón tan estrecho, que abriendo los brazos tocaba los ennegrecidos muros que lo formaban. Aquel paraje sombrío me causó una impresión tristísima, quise retroceder, y no podía salir de aquel laberinto, seguí adelante y no se acababa aquella estrechísima vía; de pronto, sentí gritos horribles, lamentos desgarradores, aullidos,

imprecaciones, voces débiles que decían:-¡Piedad!, ¡socorro!, ¡auxilio!-Me quedé aterrada, no sabía donde dirigirme; los gritos continuaban y yo me volvía loca porque no veía más que los paredones y estrechas aberturas muy altas; al fin tras de dar muchas vueltas, me encontré en una plaza solitaria en la cual se levantaba un viejo caserón cuya gran puerta estaba cerrada; hasta allí llegaban los gemidos, y dominada por una terraza extraña, llamé con vigor a la cerrada puerta, que abrieron inmediatamente, y presentando el permiso del gobernador, dije a los hombres que me rodeaban: Quiero visitar esta prisión.

Se miraron unos a otros, y alguien de ellos dijo: -Dejadla pasar, el gobernador la protege, aquí no hay miedo, que rescate esclavas. Uno de aquellos hombres me acompañó y me hizo correr largos corredores donde había muchas puertas numeradas; después me hizo bajar una larguísima escalera, entramos en una especie de cueva, y mi acompañante me dijo:-Aquí os espero, el piso es plano, podéis recorrer el subterráneo sin temor de tropezar, no os asustéis si al tocar la pared tocáis cuerpos, son las prisioneras que llenan este lugar; y se sentó en el último peldaño, dispuesto a esperarme.

Al verme en aquel sitio, al que no llegaba más que un débil rayo de luz, me detuve espantada, asombrada de mi arrojo, pero ya estaba dentro y no debía ni podía retroceder, porque resonaba en mis oídos una voz lejana que me decía: -Sigue, no temas, ¡sigue!,-y seguí, mas seguí a tientas, sin ver, escuchando lamentos y sollozos y voces entrecortadas por el dolor. ¡Ay!, nunca he sufrido tanto como en aquellos momentos; mis manos extendidas tropezaban con cuerpos humanos, y al sentir el contacto, sollozaban aquellas infelices y otras blasfemaban enloquecidas por el martirio. Quise hablar y no pude, el espanto me hizo enmudecer, seguí andando hasta que toqué la pared del fondo de aquel abismo, y al volverme, vi allá lejos, muy lejos, el débil rayo de luz que penetraba por la angosta escalera.

Cuando llegué a la puerta, mi acompañante se levantó, y tuvo que sostenerme porque yo ya no podía resistir el peso de mi angustia, sólo pude decirle: -¡Aire!, ¡aire!

El hombre aquel fue compasivo, me cogió como el que coge a un niño y subió la escalera rápidamente; al cruzar los corredores, vi a varios magnates que me miraron con asombro, diciendo uno de ellos:

-¿Hasta aquí llega esa mujer...?

Cuando me vi en la calle me pareció mentira, corrí como una loca por aquellos desiertos callejones, hasta que llegué a la gran plaza. Procuré en seguida ver al gobernador, y al contarle donde había ido, me dijo espantado:

-¿Qué has hecho, desgraciada? ¿dónde has ido? tú quieres perderme.

-¿Por qué?

-Porque hasta aquellas mujeres tú no puedes llegar, son traidoras a su patria, han derribado los altares de los dioses, adoran a otro Dios; rechazan los sacrificios y los antiguos ritos, no te atrevas, ¿entiendes? no te atrevas a volver allí, porque me veré obligado a lanzarte de esta ciudad, y lo sentiré, porque te quiero, te compadezco y te admiro.

-Pero aquellas infelices deben ser atormentadas cruelmente.

-Créeme, no toques al fuego porque te envolverán las llamas.

CAPÍTULO VIII

Comprendí que debía callarme y disimular; me retiré a mi aposento, y hasta en él me parecía que escuchaban los lamentos de aquellas desventuradas. Al día siguiente y en los sucesivos, no hice otra cosa que rondar la prisión, y convencerme que era imposible toda tentativa de evasión, pero pensé y dije: -Yo sola no puedo, pero muchos brazos, ¡quién sabe...! y dominada por el más noble de los deseos, me dirigí a la Granja, conté a mis antiguas compañeras el descubrimiento que había hecho, les pedí su ayuda, y la mayoría de ellas dijeron entusiastas: ¡Te seguiremos...!-Mas, cuando enteré de mi plan al dueño de la Granja, me dijo severamente:

-Pronto quieres recoger la cosecha, aún no es tiempo, estas mujeres te seguirán más tarde, aún no es hora, vuelve a tu puesto.

-Será inútil, (dije desesperada), ¿qué haré yo sola ante aquellos muros? es imposible la salvación de aquellas desventuradas; y muchas juntas promoveríamos una revolución.

-El imposible no existe; vuelve a escuchar los lamentos de las que adoran a un nuevo Dios.

-Pero, ¿qué haré? ¿qué haré con escucharlos?, ¡si mi impotencia es tan grande como mi dolor!

-Mujer de poca fe, espera en ti misma, y vuelve a la ciudad.

Volví al punto de mis luchas, y durante el camino oré con tanto fervor, que nunca he orado como entonces, es decir, no oraba, hablaba con él, con el hombre-Dios, le llamaba, le decía:-¡Inspírame!, ¡dame aliento!, ¡dame fortaleza!, ¡yo quiero llegar hasta ti, yo quiero redimir a los cautivos, yo quiero decirles que te adoren porque tú eres la verdad y la vida!

¡Cuan largo se me hizo el camino...! y al mismo tiempo ¡qué corto me parecía!, porque no encontrando solución al problema, temía llegar a la gran ciudad no sabiendo qué resolución tomar. El gobernador estaba furioso contra mí, con él no podía contar, y sin embargo, ¡a quién dirigirme sino a él!

¡Qué horas tan amargas fueron las de aquella jornada para mí!, ¡me encontraba tan sola...! ¡y es tan triste la soledad...! me detuve varias veces en el camino diciendo con la mayor angustia: ¡Señor...! ¡Señor!, concédeme la dicha de morir, ¡no puedo más!, me estrello ante lo imposible; quítame la vida o tápame los oídos para que no lleguen hasta mí los lamentos de aquellas desventuradas... ¿pero qué digo? quítame el entendimiento, porque a tan larga distancia no es posible que con los oídos de la carne escuche sus lamentaciones; es mi alma que está con ellas. Sí, sí, percibo claramente las voces de aquellas infelices, que me dicen: -¡Sálvanos! ¡socórrenos!, ¡ampáranos!, ¡ven...! ¡ven!, ¡ve, que te esperamos!

¡Que me esperan...! ¿y para qué, Dios mío? ¡si yo no puedo hacer nada por ellas, si mi impotencia iguala a mi deseo, si soy una mujer perdida, de todos abandonada...!

Al fin entré en la gran ciudad, ¡qué horrible me pareció! Redoblé mis esfuerzos y pude llegar al punto donde sabía que encontraría descanso y alimento. Cuando me vi sola, dentro de aquel anchuroso aposento, me encontré mejor, inmediatamente tomé posesión del lecho y dormí mucho tiempo, no con el sueño ordinario, sino con el letargo que produce el cansancio, la fatiga, la tristeza, el

abandono, el doloroso convencimiento de la propia inutilidad.

Al despertarme me encontré mucho mejor, durante mi sueño había visto a las prisioneras, me habían hablado suplicándome que no las abandonara, que velara por ellas; había oído también la voz del hombre-Dios, que me decía: Tú sola puedes abrir aquellas puertas, ¡ten fe en ti misma!, ten fe, que estoy contigo.

Como si una fuerza superior me impulsará, salí de mi aposento, y pedí ver al gobernador; al verle, me postré a sus plantas llorando amargamente, y tanta era mi pena y mi congoja, que él se conmovió y levantándome con la mayor ternura me dijo:

-Debía estar muy enojado contigo, pero al verte tan desesperada te encuentro tan hermosa, no de cuerpo, de alma, que me atraes, me seduces, y tengo el presentimiento que tú serás mi perdición. Cuéntame, ¿qué tienes? ¿qué te pasa? ¿qué te angustia?

-Aquellas infelices cuyos lamentos escucho siempre, ¡siempre! ¿entendéis? ¡siempre! las veo en mi pensamiento, me cercan, me hablan, y yo enloqueceré si las sigo escuchando. Vos que sois potente, que podéis tanto... yo no os digo que les devolváis la libertad, pero al menos, ¿no podríais cambiarlas de prisión? ¿no podríais amenguar su tormento? ¿no podríais ser para ellas más que un Dios?

-Es que cuando están allí, es porque han pecado mucho; no sólo están las que adoran a otro Dios, están las adúlteras, están las rameras de inclinación, que son más culpables que las que venden su cuerpo; las mujeres que allí gimen han sido la deshonra de su familia, han causado la desesperación de muchos hombres de estado, y su castigo es justo.

-Por grande que sea un crimen, es más horrible la pena que sufren; hay que verlo, ¿no lo habéis visto?

-No.

-¿Y no podéis visitar las prisiones?

-Sí que puedo.

-Pues id, señor, id; ¿queréis que yo os acompañe? dejadme ir con vos, dejadme que les prodigue alguna palabra de consuelo, que tengan una esperanza, ¿verdad que iremos?

-Eres mi tentación; ¡te quiero tanto...! que por no verte llorar iré donde tú quieras; ahora vete, no salgas de tu aposento, no te dejes ver por la ciudad, no te impacientes esperando, ten fe en mi promesa, iremos a ver a esas desventuradas. Y mirándome con la mayor ternura, me acompañó hasta la puerta de su estancia.

Llegue a mi aposento que no sabía lo que me pasaba, me parecía imposible que me concedieran lo prometido. Esperé muchos días, muchos; al fin una mañana recibí orden del gobernador, me presenté a él y acto continuo me dijo: -Partamos.

CAPÍTULO IX

¡Qué hermosa me pareció aquella mañana! ¡El sol brillaba con todo su esplendor! y era que el sol de la esperanza iluminaba mi espíritu. Mi compañero iba silencioso, preocupado; llegamos a la prisión y acompañados de muchos servidores que llevaban antorchas, bajamos a los subterráneos donde gemían aquellas desventuradas. Si horrible encontré aquel lugar en la sombra, espantoso me pareció con la roja luz de las antorchas; ¡qué mujeres! algunas de ellas eran muy hermosas,

y las más bellas eran las más cruelmente castigadas. ¡Qué de ligaduras...! ¡qué torturas inconcebibles! casi desnudas enseñaban sus cuerpos ensangrentados; al vernos, todas querían hablar, todas pedían: ¡piedad!, ¡misericordia!, ¡perdón! El gobernador estaba visiblemente conmovido; yo en voz imperceptible, le dije, Concededles la gracia de que os digan algunas por qué están aquí. El accedió a mi ruego y una joven hermosísima dijo: No he cometido más delito que adorar a un nuevo dios, he conocido a un hombre que sana a los enfermos, que levanta a los muertos, que habla de la igualdad entre los hombres, que promete una vida mejor, es un profeta, un enviado; yo le vi, y al verle tan hermoso, le adoré de hinojos y él me dijo:-Levántate, mujer, que yo no quiero que adores más que a mi Padre que está en los cielos; yo vengo a levantar a las mujeres para que adoren a un solo Dios, porque él es la verdad y la vida. Este es mi crimen, señor, adorar al enviado de un solo Dios.

Otras mujeres confesaron sus culpas, el gobernador las escuchó atentamente y al terminar las confesiones, me dijo: Espérame aquí, mas no te atrevas a dirigirles la palabra, no destruyas la obra comenzada. Obedecí, callé, pero en cambio, ¡cuánto oí! aquellas infelices me decían: Lo que veis no es nada en comparación de otros martirios. Enterradas en vida, que sólo la cabeza está fuera de su sepultura, y sobre la cabeza tocan ligeramente varillas candentes y gotas de agua helada. ¡Esto es horrible...! ¡horrible!

Cuánto sufrí en aquellos momentos al no poder dirigirles las palabras de consuelo; pero los hombres que me rodeaban todos me miraban y temiendo empeorar la situación, guardé silencio hasta que vino él, que con acento compasivo las dijo:-Vuestras suplicas serán atendidas, vuestro suplicio toca a su fin.

Si aquellas infortunadas hubieran podido moverse, todas se hubieran puesto de rodillas, pero sus ojos ¡cuánto dijeron! mucho más que sus frases entrecortadas.

Salimos de aquel tristísimo lugar, y él me dijo: Siento haber venido, porque me sucede como a ti, que oigo sus gemidos dentro de mí. ¿Por qué te habré conocido? ¿por qué?-Para practicar el bien, señor, ¡feliz el que puede hacerlo!

Nos separamos, encargándome que me abstuviera de salir. A solas conmigo misma me encontré satisfecha de mi obra, al mismo tiempo que asombrada, porque me parecía imposible el paso que había dado mi protector; pasaron algunos días y una tarde recibí aviso del gobernador para que pasara a su estancia; al verle me dijo sonriéndose:

Prepárate para recibir muchas impresiones y todas agradables; ya está casi resuelta la traslación de aquellas desgraciadas a otro punto donde puedan *vivir,* y las menos culpables recobrarán la libertad; para ultimar detalles, esta noche nos reuniremos muchos hombres de armas y de estado, celebraremos un festín y tu asistirás a él; no te propongo una noche de infamia, no, es una noche de placer más puro, noche que nunca olvidarás, pero te has de vestir bien, has de estar muy hermosa, ¿tienes otros trajes?

Ninguno, señor, más que éste. Lo presumía; ahora le conducirán a un salón donde te vestirán como corresponde.

Efectivamente, dos horas después me contemplé con asombro: un riquísimo traje blanco adornado con piedras preciosas, y un peinado artístico sobre el cual descansaba una corona de pequeños soles, me habían transformado por

completo; estaba realmente hermosa, y mi muerta vanidad resucitó por algunos momentos.

Cuando entré en el salón del festín acompañada del gobernador, resonó un voto de aprobación, ocupé un lugar preferente y comenzó el banquete que fue espléndido; a! terminarse, se acordó trasladar a las prisioneras a lugar más sano, de mejores condiciones y ultimar las causas pendientes de las menos culpables; después de tan humanitario acuerdo, se habló de un hombre que no era como los demás hombres, que era un genio, un mago, un profeta, que se deslizaba sobre la tierra sin dejar huella, que se elevaba por los aires sin tener alas, que hablaba de un Dios único que era el puerto y el camino de la vida, que hacía curaciones milagrosas, que prefería la compañía de los humildes, y que preparaba una verdadera revolución.

Enseguida comprendí que hablaban del hombre-Dios; temblé cuando dijeron que querían prenderle, y al mismo tiempo pensé: no le prenderán, no es un hombre como los demás, él pasa los abismos sin caer al fondo, pero con todo me disgustaba el giro de aquella conversación y más aún, cuando el gobernador dijo:

-Esta lo conoce, esta lo ha visto y ha oído su voz: puede hablamos de él.

-Sí, exclamé con entusiasmo, lo he visto, es un hombre muy hermoso, pero su hermosura no habla a los sentidos; al verle se sienten impulsos de adorarle y se cae de rodillas sin saber lo que se hace; su cabellera es abundante y sedosa, sus ojos, ¡ah! sus ojos son dos soles.

-¡Dos soles! (replicó al gobernador).

-Sí, dos soles, brillan de un modo que yo no he visto otros como los suyos. Pues mira, favor por favor, te hemos concedido la salvación de aquellas infortunadas, en cambio ayúdanos para encontrar a ese hombre; si es Dios, él se salvará, y si es hombre, quedará sujeto a la justicia humana.

Al oír tales palabras sentí frío, pero al momento comprendí que debía disimular para no perder lo ganado, y pedí que me concedieran la palabra como última gracia de aquella noche.

Accedieron a mi ruego y hablé del hombre-Dios con todo el entusiasmo; pinté la sociedad tal como se encontraba en aquella época y la necesidad que había de un renacimiento, de una redención. Estuve elocuente, tanto, que al final el gobernador me besó en la frente diciendo:

-Tú eres una de las redimidas; yo te admiro y te respeto.

Todos me saludaron, no como a la mujer perdida, sino como a una esperanza de otra época mejor.

Al terminar la fiesta mi placer era inmenso por haber conseguido mejorar la situación de aquellas desventuradas, y aunque me dieron el horrible encargo de ir al lugar donde había encontrado al hombre-Dios y allí entretenerle para que pudieran apoderase de él, tenía el íntimo convencimiento de que no lograrían sus inicuos fines.

Cuando me quité mi precioso vestido blanco y desprendí de mi cabeza la luminosa corona, miré aquellos adornos con tristeza; no eran míos, mas al quererlos devolver, me dijeron que me pertenecían, y confieso ingenuamente que me alegré muchísimo, guardando el traje y los joyas con sumo cuidado; y cuando más atareada estaba, pasó ante mis ojos un rayo de luz rojiza, y escuché la voz del

hombre-Dios que decía:-¡Aún renace en **t** la vanidad!, aún te gustan las galas, renuncia a ellas, que es otra tu misión que la de lucir joyas.

Me quedé muy triste, al fin era mujer, y muy joven todavía; tenía sed de algo, quería amar y ser amada, porque los hombres sólo habían buscado mi cuerpo, mi alma estaba completamente virgen, verdad que adoraba al hombre-Dios, pero... ¡estaba siempre tan lejos de mí! y yo aún era muy débil, muy pequeña, me daban una misión superior a mi inteligencia, así es que, a lo mejor, desmayaba y caía en los más tristes desfallecimientos.

Para recuperar mis gastadas fuerzas me acosté, y durante mi sueño, me trasladé a la prisión, asistí a la traslación de aquellas infelices, que al verse libres de sus ligaduras se postraban ante mí, y me adoraban llamándome su salvación.

Cuando desperté, mi júbilo era inmenso, me vestí apresuradamente con mi pobre traje, y me dirigí a la fuente, segura de encontrarle allí, mas no le encontré, sólo estaban los pájaros más habladores que nunca, los unos cantaban, los otros parecía que hablaban y me daban la bienvenida, y yo decía: Así cantarán aquellas desgraciadas cuando estén fuera de la prisión. ¡Qué hermosa es la libertad!... es decir, yo soy libre y no soy feliz; ¡vivo tan sola...! ¿por qué no vienes? ¡si sabes que te espero! ¡si sabes que te necesito tanto... ¡Bebí agua por calmar mi inquietud, y mirando el horizonte, vi una nubecilla que se fue condensando, y al condensarse se fue formando una figura, aquella figura era ¡él!, él, que sin yo darme cuenta me lo encontré a mi lado sonriendo dulcemente; al verle, me quise postrar de hinojos, y él lo impidió diciendo: -Yo vengo a libertar a las mujeres, sólo los esclavos se postran, siéntate y escucha: -¿Te has convencido una vez más de que basta querer para conseguir? mucho has hecho por las víctimas de la intolerancia y mucho más podrás hacer.

-Pero para luchar necesito veros.

-Ya me estás viendo.

-Esto no basta, yo tengo una sed que con nada se sacia.

-¡Tienes sed de infinito! sed que yo tengo desde la noche de los siglos, y apenas, apenas, me es permitido humedecer mis labios con una gota del néctar divino que calma el ansia de las almas que quieren progresar. Cuando pasen muchos, muchos siglos, también caerán sobre tus secos labios algunas gotas del rocío divino que hace vivir.

-¡Pero señor! ¡estoy tan sola!

-¿Sola, y siempre oyes mi voz? ¿sola, y sabes que yo no te abandono?

-No es bastante, no es bastante. Es más de lo que mereces, ¿crees tú que el amor de las almas se asemeja a la atracción de los cuerpos? mucho se le concede, no pidas más, y no retrocedas en la senda emprendida si no quieres sufrir más de lo que has sufrido.

-¡Ah! no, no; si todo mi afán es veros porque os amo, no como a un hombre, no, como a un Dios; dejadme seguir vuestras huellas, dejadme respirar vuestro aliento.

-Sigues mis huellas y respiras mi aliento trabajando en mi obra de redención; no es ocasión ahora de místicos deleites, sino de lucha, porque la persecución se acerca.

-¡Ah! sí; quieren prendemos.

-Por ahora no será, todo vendrá a su tiempo; pero tú no te inmutes por cuanto de extraordinario suceda: tú firme en la brecha, rescatando mujeres; y deja que me persigan, y deja que me prendan, y deja que el pueblo se revolucione y cumpla cada cual con su deber, como tú y yo lo cumpliremos. Yo te asocio a mi obra, yo te doy parte en mi empresa, pero iremos por distinto camino; en la tierra sólo otra vez podrás hablar conmigo.

-¡Señor! ¡señor! ese castigo es demasiado cruel.

-No es castigo, mujer, es el cumplimiento de una ley sabia y justa, los buenos trabajadores no están todos abriendo el mismo surco, hay que labrar mucha tierra y hay que diseminarse por distintos valles; no me verás, pero mi voz siempre llegará a ti, siempre que tú no desandes el camino andado.

-¡Ah! no, no; ¡eso es imposible! ¡os quiero tanto...!

-Ya era tiempo, mujer, que me quisieras.

-Os he amado desde el momento en que os vi.

-No, me has amado desde el momento en que me has comprendido, desde el instante en que mi amor hacia la humanidad conmovió tu corazón; la ciencia ablanda las peñas, pero no los corazones; la ciencia nos hace ver las estrellas, pero no las profundidades del corazón humano, sobre todos los sabios de los mundos están los niños cuando con sus brazos abiertos se enlazan al cuello de sus padres diciendo: ¡dadme un beso porque te quiero mucho! y hay que trabajar para que los pueblos, a semejanza de los niños, se abracen a los libertadores, a los iniciadores de nuevas doctrinas, diciendo:-¡dadnos el pan del alma!, ¡dadnos el agua de la salud!, ¡dad la igualdad para no gemir en la esclavitud!

-¡Cuánto hay que trabajar!, ¡cuánto hay que sufrir! Mujer, nuestra obra, no es de un siglo, ni de dos, ni de ciento, ni de mil; no tiene plazo fijado, como no lo tiene el progreso de las almas; hoy arrojamos la semilla, y pasarán muchos, muchos siglos, antes que fructifique; pero, ¿qué importa? ¿dejará por esto de ser nuestra obra beneficiosa? ¿dejarán sus flores de tener aroma, porque durante mucho tiempo no puedan entreabrirse sus capullos? La impaciencia es muy mala consejera, la perseverancia es la mejor amiga del hombre. Mujer, continúa tu obra, sigue sin desmayos ni desfallecimientos, estás unida a mí por tus propósitos de redención, porque has visto la luz, porque amas al que te amó y al que te perdonó.

Al pronunciar las últimas palabras, el hombre-Dios me estrecho en sus brazos y una lágrima suya cayó en mis labios, me pareció que me elevaba que perdía tierra, después... después... me vi envuelta poruña densa bruma, un rayo de sol la deshizo, y me encontré junto a la fuente. En aquellos instantes, me encontraba llena de vida; aquella lágrima del hombre-Dios que cayó en mis labios, me había devuelto la salud y la vida: ¡cuan dichosa me creí entonces! y en realidad era mi dicha superior a todos los placeres que pueden soñar los terrenales; porque en la tierra cuantos goces se sueñan y se imaginan, cuantos deseos agitan al hombre, el objetivo de todos ellos es el placer material; saciedad de nutritivos alimentos, abundancia de bebidas espirituosas, festines, banquetes, orgías, unión de cuerpos mientras más bellos mejor, éstos son todos los sueños de la tierra; y lo que yo sentí, lo que yo gocé, al caer en mis labios aquella lágrima del hombre-Dios, aquella tibia gota de su llanto, no hay en el lenguaje humano palabras que puedan expresar aquel deleite, aquel placer purísimo, en el cual no toman la menor parte las

agitaciones sensuales. No; por eso cuando me vi sola, mi dolor fue inmenso, ¡aterrador!, ¡sola, después de haber estado en el dintel del paraíso!, ¡sola, después de haber sentido la opresión de aquellos brazos que daban calor con su contacto!, ¡sola después de haber visto los cielos en aquellos ojos tan hermosos...! ¡ojos que no he vuelto a ver en la tierra, sólo él descendió a ese mundo con aquellos dos soles que tanto brillaban!, ¡que tanto atraían!, ¡que tanto fascinaban!, que tantas y tantas dichas prometían; por eso yo le llamo el hombre-Dios, porque nadie era como él; en los viajes que he hecho en la tierra, ni antes ni después de conocerle, he visto a ningún hombre que se le asemejara; especialmente la cabeza; se puede decir que su cuerpo era del barro común, pero su cabeza era de otra sustancia, de otra materia más delicada, más radiante, porque su cabellera, había momentos que parecía compuesta de hilos luminosos, su rostro dulce y melancólico, en determinados instantes, especialmente al anochecer, todo él despedía una luz suave entre blanca y azulada; por eso al sentir su aliento; y al mirarle de tan cerca, fui tan dichosa. Mas ¡ay!, ¡fue tan breve aquel momento!, ¡desapareció tan pronto!, fue una transición tan violenta la que experimenté, que mi pobre organismo sintió la sacudida, y me quedé sin movimiento: me quise levantar y caí, probé nuevamente y me convencí de que había gastado todas mis fuerzas, todas, y ante la realidad de mi impotencia me desesperé, mas pronto el llanto afluyó a mis ojos y me tranquilicé algún tanto, quedándome aletargada; cuando desperté, me levante ágil y fuerte, sintiendo sobresalto al ver que había perdido un tiempo precioso, porque el horizonte cubierto de nubes rojizas anunciaba la proximidad de la noche; irme a la Granja no podía ser, pues ya sabía que no tenía allí cabida, y el regresar a la ciudad era casi imposible antes de la noche, porque me separaba de ella una gran distancia; pero no había tiempo que perder, era necesario llegar antes que cerraran las puertas y eché a andar precipitadamente; anduve largo rato, y tan abismada iba en mis pensamientos, que no advertí que había equivocado el camino hasta que tropecé con un árbol gigantesco; entonces miré en tomo mío y desconocí por completo el sitio donde me hallaba; las sombras de la noche se habían enseñoreado de una parte de la tierra; sólo el fulgor de las estrellas me dejaba ver que estaba a la entrada de un bosque; ¡me había perdido...! no sabía donde estaba; por todas partes encontraba árboles, aquello era un laberinto formado por la naturaleza; temblé de espanto porque llegaban hasta mí sordos rumores, formados por los graznidos de las aves de rapiña, por los rugidos de las fieras, por mil zumbidos extraños que yo no podía clasificar, pero que todo formaba un conjunto aterrador, y con las sombras todo se agiganta, todo es monstruoso. ¿Qué hacer? ¿qué partido tomar? ¿qué ruta seguir? ¡ninguna! porque desconocía el terreno; pero, como la inacción no ha sido nunca mi consejera, comencé a andar, pero el terreno era pedregoso, mis pies sentían agudos dolores, porque a cada instante quedaban prisioneros entre dos piedras punzantes, y al salir de las piedras, mi túnica quedaba prendida entre zarzas espinosas; espinas por todas partes, porque extendía mis brazos, y mis manos también tocaban troncos espinosos ¡Qué situación tan horrible! ¡Dios mío! no podía ni dejarme caer, porque hubiera caído en un lecho de espinas; entonces, desesperada, loca, grité:-Tú que dices que nunca me dejas, ¿por qué me abandonas? eres cruel para conmigo, ¿por qué me llevaste a las puertas del paraíso, si me habías de dejar caer en este infierno...? ya no puedo más,

¡misericordia! ¡Señor!, ¡misericordia!

Al terminar mi súplica, sentí que las ramas de los árboles se agitaron violentamente, rompiéndose muchas de ellas, y una voz cavernosa dijo con ira reconcentrada: Buena caza es la de los espías, y un brazo de hierro sentí que rodeó mi cuello, después me levantaron y con la rapidez del rayo, sintiendo en mi rostro un aliento de niego, me encontré en el fondo de una caverna donde varios hombres avivaban el fuego de una hoguera. Al verme todos dijeron al que me llevaba:

-¿Qué traes, Arael?

-Una espía.

-Al fuego con ella, al fuego.

-No, antes que hable, dijo el que parecía jefe; y entonces me ataron a un poste, diciendo: Confiesa y después veremos.

Pedí clemencia porque las ligaduras se me clavaban en las carnes y el mismo jefe me desató, escuchando atentamente mi confesión. Se lo conté todo, todo, y al hablarle del hombre-Dios, Arael se acerco más a mí, y con acento más humano, me preguntó:

-¿Tú también le amas?

-¡Que si le amo! ¡él es mi Dios!, ¡mi vida!, ¡mi amor...! por él me sacrificaré eternamente.

-Como yo y los míos, dijo Arael; por él velamos, por él sufrimos, por él destruiremos sin piedad a todos los enemigos; muy cerca has estado de la muerte, pero ya eres sagrada para nosotros; no te salva el documento que llevas del gobernador, te salva tu amor a EL. Esta noche dormirás aquí, al amanecer, con los ojos vendados, saldrás de este lugar y te dejarán en el camino de la gran ciudad. Tú y yo nos volveremos a ver, que tendremos quizá que luchar juntos.

CAPÍTULO X

Al amanecer, me hicieron levantar, me vendaron los ojos y levantándome en el aire como si llevaran a un niño, en breves momentos llegamos al camino real, me quitaron la venda y me dejaron sola, quise ver a mis acompañantes, pero éstos habían desaparecido con la mayor rapidez. Miré mi pobre túnica y me avergoncé; toda estaba desgarrada, mis pies ensangrentados, mis cabellos en completo desorden. ¿Cómo entrar en la ciudad de aquel modo? Mas como no tenía otro remedio, apresuré el paso cuanto pude y llegué al punto de mi descanso dominada por la fiebre.

Inmediatamente me acosté y estuve muchos días enferma, lo que me contrarió extraordinariamente, porque en mi aposento no hacía más que sufrir sin ser útil a nadie. Al fin me levanté y pedí ver al gobernador; éste me recibió con sequedad, diciéndome:

-¿Qué tienes? estás desconocida, ¿has vuelto a caer?

-No, no; mi cuerpo ya está muerto, mi alma es la que vive, mi alma es la que necesita besos, sí, besos; las almas también se besan, las almas tienen perfumes que no logran destruir los vicios de la tierra. Mi alma está sedienta de amor, de amor sin deleites sensuales, y la soledad en que vivo es horrible.

-Pero... ¿y tu pasado, mujer? ¿y tu pasado...? ¡hace tan poco tiempo que eras una perdida...! ¡quién no recuerda tu desenfreno...! ¡tus locuras...! ¡tu sed de

placeres...! Cierto que no pareces la misma, que hay en ti algo que conmueve, que emociona dulcemente, por eso te he concedido albergue, por eso no quiero que vivas a merced de nadie, pero... no pidas más de lo que tienes; ¡has caído tantas veces!

-Es verdad pero mi alma dormía, rodaba por la pendiente del vicio, sin gozar del placer de la caída; y al despertar, si fuera posible, yo quisiera vivir sin este cuerpo que me avergüenza contemplarle, me odio a mi misma; esta carne me inspira la repulsión y el asco de un cadáver en putrefacción.

-¡Ah! eso no; ¡eres tan hermosa! a pesar que estáis marchita, que tus ojos han perdido su brillo; ¡eres tan bella...! que sin querer pasar contigo noches de placer, me es grato contemplarte y aun quererte, pero... eres mi tentación, me has hecho cometer muchas imprudencias y no puedo, no debo tener intimidades contigo.

-Acaso ¿os he inclinado al crimen?

-Según se mire, sí; ahora vete y cuídate, que estás muy enferma.

En realidad lo estaba, había en el ambiente algo que me hablaba y me contaba muchas historias tristes, muchas, de noche, durante mi sueño, veía muchedumbres amotinadas que gritaban pidiendo libertades y derechos; durante el día, observaba movimiento en el palacio del gobernador; una tarde le vi salir rodeado de altos funcionarios y de muchos soldados; los seguí y vi que penetraron en el templo, donde permanecieron hasta el anochecer, no eran aquellas las horas de rendir culto a los dioses; esperé que salieran y los vi salir graves y silenciosos; al llegar al palacio se detuvo el gobernador con otros dos jefes, y oí que les decía: Ante todo, y por encima de todo, hay que defender a nuestros dioses, formemos sus altares con las cabezas de sus enemigos.

Aquellas palabras me llenaron de espanto, y loca fuera de mí, pedí ver al gobernador; al verle le dije:

-¿Qué pasa? ¿qué ocurre? os he visto salir y entrar en el templo, ¿se caen vuestros ídolos?

-No, porque los sabremos sostener, y a propósito, desde hoy en adelante, todos los días nos veremos, cambiarías de aposento, estarás más cerca de mí, tú has dicho que obedecerás mis órdenes, pues prepárate a obedecerlas, el movimiento popular aumenta, ese hombre lleva tras si a los pueblos, tras él se irían los dioses, y hay que evitar la caída de lo existente.

Mi carácter aventurero no se conformaba con estar en estado de reposo, pero al pensar que EL peligraba, hubiese querido la quietud absoluta; me acosté muy triste presagiando días de luto, durante mi sueño vi al hombre-Dios más hermoso que nunca, que mirándome dulcemente, me dijo: No olvides lo que te he dicho, me encontrarán cuando yo quiera que me encuentren, me prenderán cuando yo quiera que me prendan, y harán uso de su poder los hombres cuando llegue la hora de sellar con mi sangre mi testamento. Una es nuestra obra, trabaja en ella, no desmayes un solo minuto, que si retrocedieras, tu dolor sería espantoso tu expiación terrible, porque al que mucho se le da, se le exige mucho, y a ti se te ha dado ciento por uno, has pedido besos para tu alma, y besos has recibido; más que besos, ha caído sobre los labios una lágrima de aquel que tú vendiste y que te perdonó de aquel que te quiso elevar por la ciencia, y hoy te purificará con su amor.

Al despertar, me encontré llena de vida, con el cuerpo tan ligero, como si no estuviera compuesto de carne y huesos; me levanté alegre, satisfecha; brillaba el sol, y salí fuera de la ciudad para pensar mejor. Los alrededores de la populosa capital eran muy pintorescos; había jardines encantadores hechos por la mano del hombre, y había bosques inmensos y dilatadas llanuras donde sólo la naturaleza había trabajado. Cruzando una de aquellas llanuras, vi a un hombre que me miraba fijamente; ambos cortamos la distancia y reconocí al que me arrancó de aquel lecho de espinas, al fuerte Arael, que era un hombre de formas atléticas, de mirada de fuego, y de semblante adusto; al verme se dulcificó un poco su semblante y me dijo:

-¿Qué buscas por estas soledades?

-Aire y luz.

-¿Nada más?

-Es cuanto yo necesito, por ahora.

-¿Qué sabes?

-Que se conspira.

-Eso lo sé yo también.

-¿Le habéis visto?

-Sí, ¿y tú?

-Anoche en sueños.

-¿Y qué te dijo?

-Lo de siempre: que le encontrarán cuando él quiera que lo encuentren, que lo prenderán cuando él quiera que lo prendan, y que harán uso de su poder los hombres, cuando llegue la hora de sellar con su sangre su testamento.

Esas son sus palabras, a mí también me las ha repetido muchas veces; yo le vi nacer, y desde pequeñito me decía: Arael, yo vengo a redimir a los cautivos, mi sangre será la savia generosa que después de muchos siglos, fertilizará la tierra, y las humanidades serán libres practicando mi ley, mis palabras ahora no las entenderán, mis actos no podrán ser comprendidos, mi sangre parecerá que resbala sobre piedra lisa, pero mis palabras resonarán más tarde, mis actos serán sometidos al análisis científico, mi sangre abonará la tierra, y en terrenos fértiles se agruparán los pueblos redimidos bendiciendo mi nombre.

-¡Ah! ¡qué hermosas palabras!

-Más hermosos son sus hechos, atiende; yo te daré aviso siempre que necesitemos vemos, que desde hoy será con mucha frecuencia, no faltes nunca a las citas, porque tenemos que unimos para luchar por EL, y mirándome casi con ternura se separó Arael, dejándome dentro de la ciudad.

Al verme sola en mi aposento, sentí alegría y tristeza a la vez, ¡con qué familiaridad me trataban los hombres! aunque ya no quisieran mi cuerpo, todos me hablaban en son de mando; era una hoja seca que todos tenían derecho para lanzarla de un punto a otro, pero... no debía quejarme; mi protector tenía razón, aún vivían los hombres que habían sido testigos de mis locuras, gracias que no tuviera necesidad de acercarme a ninguno.

Cuando más me abismaba en mis amargas reflexiones, recibí orden de trasladarme a otro aposento mucho mejor que el que ocupaba: allí estaba el gobernador, que sonriendo con tristeza me dijo: Los momentos se acercan; tu hombre-Dios se atreve a tocar los altares de los dioses, dice que no hay más que un

Dios; y todos los problemas sociales han costado a los pueblos ríos de sangre.

CAPÍTULO XI

En mi nueva habitación estaba más contenta, pero... la tristeza me consumía, tanto es así, que me quedaba muchas veces como aletargada y duraba el letargo días y días; aquel sueño me reanimaba y además todo aquel tiempo que pasaba durmiendo, dejaba de pensar en mi impotencia, que era mucha, porque comprendía que después de haber arrebatado a unas cuantas víctimas del encierro en que gemían, ya no era posible visitar de nuevo aquellos lupanares porque estaba expuesta a dos peligros: a morir, o a verme obligada a ofrecer mi cuerpo a los libertinos, y esto último me horrorizaba, no quería de ninguna manera descender de nuevo al abismo del vicio, la virgen más casta no podrá sentir mayor repulsión que la que yo sentía pensando en mi pasado. Sabía que tampoco podía hacer nada útil por las prisioneras, pues un paso imprudente de mi parte me hubiera malquistado con el gobernador que al fin era mi providencia en la tierra, pues gracias a él, tenía albergue y alimento, no tenía que rodar por la ciudad, no tenía que sufrir los desprecios de los unos, ni los desdenes de los otros; mi nombre casi lo habían olvidado los libertinos. Cuando salía, como mi traje era tan modesto y tan humilde, pasaba completamente desapercibida; ¿qué mayor placer podía yo esperar? ¡no ser vista!, ¡no ser conocida...! no ver la sonrisa burlona y despreciativa de las mujeres honradas y el gesto desdeñoso de los hombres, era un bien inmenso para mí, pero como nunca el alma está satisfecha, no lo estaba la mía, ¡vivía tan sola...! tan aislada si estaba enferma, no veía a nadie junto a mi lecho; es verdad que el gobernador me había ordenado que diariamente me presentaba a él, pero no le obedecía por no cambiarme de traje, todo trabajo me era enojoso. Un día me levanté tan aburrida de mi misma que salí de mi aposento buscando alguna distracción y recorrí todas las dependencias del palacio-fortaleza que habitaba el gobernador, que era inmenso, rodeado de jardines, de bosques, de innumerables casitas para los jardineros, de moradas suntuosas para las oficinas y habitación de altos empleados, y todo esto guardado por altas murallas.

Conseguí distraerme recorriendo tantos salones maravillosamente amueblados, con un lujo deslumbrador; visité un salón en cuyo fondo se levantaba un trono donde los artistas habían empleado todo su ingenio para combinar piedras preciosas y metales riquísimos, jaspes y púrpura y cuanto bello y admirable encierra ese mundo. ¡Cuánta riqueza! ¡cuánto arte...! ¡qué hermoso era todo aquello que me rodeaba...! y no sólo aquel salón anchurosísimo, sino los demás salones adornados de magníficos tapices, de jarrones artísticos, de flores maravillosas, de fuentecillas de las cuales manaban aguas perfumadas por las más delicadas esencias. Al ver tanta riqueza, mi pensamiento voló y retrocedí hasta llegar a una aldea miserable, compuesta de casuchas de tierra y chozas de paja; en una de estas últimas vi a mis padres y a mis hermanos medio desnudos, y entre ellos me vi muy pequeñita; después, seguí mis propios pasos cuando me encaminé con otros chicuelos dirigiéndome al pueblo cercano; allí contemplé el grupo de vagabundos que se apoderó de mí, y explotó mi niñez y mi inocencia, enseñándome a mentir, a engañar, a hurtar de mil modos; vi a aquel hombre odioso que a viva fuerza manchó mi frente con sus lascivos besos, y me estrechó en sus brazos convirtiendo a la niña en

desenvuelta ramera; me vi pobre, hambrienta, cubierta de harapos, después... joven, hermosa, envuelta con sedas y encajes, y luego... luego en un lecho miserable con el cuerpo ulcerado con la más repugnante enfermedad. ¡Cuántos horrores...! ¡cuánta miseria para el cuerpo y cuánta miseria para el alma...! ¡qué contraste formaba mi vida con aquellas estancias suntuosas donde sobraban las superfluidades del lujo! ¿qué era yo en aquellos salones? una partícula de polvo que venía a posarse sobre uno de sus divanes. Salí de allí triste, muy triste, y acusé a Dios de injusto, lo confieso; seguí andando, y vi entre bosques de rosas y palmeras cargadas de fruto, una serie de pabellones que parecían nidos de hadas, con unas torrecillas de marfil caladas que parecían formadas por finísimos encajes, y guardando aquella mansión encantadora, había varios soldados que me dijeron con sequedad: Aquí no se puede entrar porque aquí habita la familia del gobernador. Entonces, miré con más afán aquel paraíso murmurando: Este es el templo donde mi protector tiene sus verdaderos ídolos, ¡su familia...! ¡su familia...! la mujer que lleva su nombre no ha rodado como yo por el mundo, ¡qué dichosas son las mujeres honradas...! pero, ¡Dios mío!, cuando yo me perdí, no sabía la profundidad del abismo donde me arrojaron; y febril, contrariada, cansada de todo me dirigí a mi aposento, que entonces lo encontré pobre y mezquino; en él me esperaba el gobernador, que al verme me cogió las manos diciéndome con dulzura:

-¿Qué haces? no se te ve por ninguna parte, de eso estoy contento, veo que me obedeces, mas no en todo, porque te tengo dicho que quiero verte diariamente y no te veo; además, estás muy desmejorada, no pareces la misma, ¿has estado enferma?

-Sí, de cuerpo y de alma, la vida se me hace insoportable ¡vivo sola!, no puedo ir a rescatar esclavas, porque, mis enemigos me inutilizarían; no puedo visitar las prisioneras temiendo molestaros; no puedo tener ninguna amiga, porque una mujer honrada no querrá intimar conmigo; no puedo ir a visitar a mis compañeras rescatadas, porque allí no me quieren; no puedo seguir las huellas del hombre-Dios, porque éste me dice: Yo quiero trabajadores en mi obra, no quiero adoradores de mi figura; no tengo más que a vos, y vuestro afecto es tan frío.

-¡Pobre mujer! te quejas con razón, tu vida es muy triste, no es para ti la inacción en que vives; mereces que yo me ocupe más de ti, de lo que hasta ahora me he ocupado, yo te prometo dulcificar tus horas y va a ser desde ahora mismo. Cámbiate de traje, no te pongas galas, no ostentes más lujo que la blancura de tu modesta túnica, prepárate a recibir muchas y variadas impresiones; no tiembles ni te intimides por nada, porque eres mi protegida, y más aún, eres mi aliada; me necesitas y te necesito; para mi ha muerto la mujer perdida y ha nacido una mujer sin historia; vístete que te espero.

En breves momentos me cambié de traje y el gobernador al verme se sonrió con ternura y murmuró con tristeza:

-Tú siempre serás mi tentación.

-Salimos, y cuál no sería mi asombro cuando vi que se detuvo delante de los pabellones de las torrecillas de marfil.

-¿Aquí vamos a entrar?-le pregunté con espanto.

-Sí, aquí; es la hora de la comida y desde hoy comerás en mi mesa.

-¡Ah! señor, ¡eso es imposible! ¿qué dirá vuestra familia?

-No te preocupes por eso; tú resiste con valor el primer empuje, lo demás, ya correrá de mi cuenta. Entramos, y los cielos de las religiones no son tan hermosos como aquella morada: ¡cuántas flores...! ¡cuántos perfumes! ¡cuántos pajarillos entre redes de seda y oro...! Damas, niños, jóvenes y apuestos donceles rodeaban una gran mesa cubierta de manjares. Al entrar el gobernador, todos, como movidos por un resorte se levantaron y rodearon a una mujer muy hermosa, a la cual se dirigió el gobernador llevándome de la mano; yo miraba sin ver, he dicho mal, sólo veía a aquella mujer, que parecía la diosa de la ira; tanto revelaba su mirada, ¡qué ojos aquellos!, ardía en ellos todo el fuego de los infiernos; quedé aterrada, sentí que me flaqueaban las rodillas, cerré los ojos porque parecía que hierros candentes se me hundían en ellos; pero al mismo tiempo, sentí que el gobernador me apretaba la mano con fuerza inusitada, y haciendo un esfuerzo supremo me mantuve de pie; él dirigiéndose a su esposa le dijo con firmeza:

-Azara, te presento a una mujer, a la cual he tomado bajo mi protección, por serme muy útil su trato y su confianza; podrá servirme de mucho en época de revolución, te la recomiendo, y espero que a ti su trato te será útil.

Nadie contestó a las palabras del gobernador; su esposa nos miró con toda la rabia, con todo el despecho de una mujer celosa, y él, como si nada comprendiera, me hizo sentar a la mesa a su izquierda, mientras su esposa se sentaba a su derecha.

¡Cuántos manjares!, ¡cuántos dulces! ¡cuántas maravillas!; yo no podía comer al principio, me ahogaba, pero después pensando en el hombre-Dios le pedí auxilio, aliento, energía y súbitamente sentí en mi rostro una ráfaga de su aliento, el nudo que tenía en la garganta se deshizo y me alimenté porque desfallecía de angustia; terminó la comida y pasamos a otro salón donde esclavas hermosísimas servían dulces, bebidas y pastas maravillosas que alegraban el ánimo. Yo rehusé todas aquellas superfluidades de la gula. Azara, en tanto no cesaba de mirarme, se sentó cerca de mí, y su conversación con otras personas fue para zaherirme despiadadamente; yo sufrí en silencio aquellas horas de martirio, hasta que el gobernador dio orden a uno de sus empleados de que me acompañara hasta dejarme en mi aposento, y que diariamente fuera en mi busca para que asistiera a su comida de familia. Cuantos escucharon sus palabras enmudecieron; yo saludé a todos con una leve inclinación, y Azara, agitada y temblando de ira, me dijo con ironía:

-Entonces... hasta mañana.

Cuando salí de aquel nido de hadas, miré las torrecillas de marfil iluminadas por los destellos de la luna, y dije entre mí: "Nunca creí que en el cielo existieran los tormentos del infierno; en esa mansión hay muchas flores, pero creo que es mayor la cantidad de espinas, ¡qué mal se está ahí dentro!, yo no vuelvo, no; no volveré, suceda lo que suceda, aunque lo pierda todo; las miradas de Azara son irresistibles para mí, todo el desprecio que sienten las mujeres honradas hacia las rameras, lo he visto en sus ojos, ¡cuánto daño me han hecho sus miradas!"

Cuando me vi en mí aposento respiré, me acosté en seguida, y durante mi sueño vi al hombre-Dios más hermoso que nunca; me miró con dulzura y apoyando su diestra en mi frente, me dijo con tristeza:

-Mujer de poca fe, qué pronto olvidas mis consejos: ¿no sabes que sin lucha,

no hay victoria? yo he sido el que he inspirado a tu protector para que te presentara a su familia; y aquella mujer cuyas miradas te han hecho tanto daño, necesita de ti y de mí: es un alma que se muere de pena, y necesita consuelo, es una enferma que necesita el médico y su médico serás tú.

-Pero señor, ¡si me odia!, si hay en sus ojos todas las amenazas, todas las injurias, todo el furor de los celos.

-Pues ten de ella compasión, que una mujer celosa es una loca sin cura.

-No puedo, señor, no puedo.

-Podrás, porque lo quiero yo, porque lo quiere la ley del amor universal, ten fe en mis palabras y te responderán los hechos. ¿No dices que me amas? pues el que ama cree.

-¿Que si os amo, señor? si os quiero sobre todas las cosas de la tierra, si quisiera poseer todas las virtudes para ser digna de acompañaros en vuestra peregrinación por el mundo, si no quisiera separarme de vos. ¡Ay!, ¡quién fuera buena!

-Lo serás, mujer, lo serás, porque quieres serlo; mas no creas que por ser la misma virtud yo consentiría que recorriéramos juntos el mismo camino, cada cual debe llevar su arado por distinto sendero; los trabajadores deben reunirse para cambiar impresiones y tomar aliento, y después cada cual a su faena, que la buena predicación y el buen ejemplo, deben ser como la lluvia que cae en todas partes, deben ser como los rayos del sol que en la cumbre de la montaña y en la hondonada del valle, esparcen su calor y dan la vida a los bosques y a los sembrados. Vuelve al punto donde está la mujer de los ojos de fuego, que tras aquel fuego hay muchas lágrimas. Cuando desperté, recordé confusamente las palabras del hombre-Dios; y me encontré fuerte y animosa, tanto, que salí al campo, y a los pocos pasos me encontré a Arael, que me dijo:

-Te esperaba, cuéntame cuanto sepas. Le conté todo lo ocurrido y mi sueño con el hombre-Dios, y Arael me dijo:

-Esas son sus palabras, él no quiere adoradores, él quiere trabajadores, obedece su mandato.

-Sí, yo le obedeceré, y vos que le veis, decidle que le adoro con toda mi alma, que necesito verle, pero no en sueños.

-Es inútil cuanto dices, pues nada le diré.

-¿Por qué?

-Porque cuando le hablo, él me dice: No prosigas, lo sé todo, sé los que me quieren y los que me aborrecen, los que darían su vida por mi; y los que gozan pensando en mi muerte; sigue sus mandatos y no me ocultes cuando te suceda; acude a mi llamamiento siempre que yo te avise, que la hora se acerca de la persecución para el justo.

Me separé de Arael y volví al palacio, y maquinalmente me dirigí a los pabellones de las torrecillas de marfil; entré sin saber lo que hacía, y antes de darme cuenta de por qué habían entrado, Azara salió a mi encuentro diciéndome:

-Has hecho bien en venir, tenemos que hablar las dos.

Entramos en una habitación preciosa; ella se sentó en un diván y a mí me señaló un almohadón a sus pies; yo me dejé caer de rodillas y mirando sus ojos que arrojaban llamas, le dije temblando:

-¡Por Dios!, ¡por Dios!, ¡no me miréis así!

-¿Y crees tú que yo puedo mirar de otro modo a las mujeres perdidas que mi marido me obliga a recibir en mi morada? ¿No sabes que yo le amo, y que me muero de celos...? Anoche te miraba y algo se calmó mi enojo porque vi que no vales nada, eres una rosa seca.

-¡Ah!, sí, tenéis razón, mi cuerpo ya no tiene atractivos y de ello estoy contentísima.

-¡Sí! ¿es cierto lo que dices?

-Escuchadme y os convenceréis de la verdad; y entonces le conté toda mi vida, toda; mi amor al hombre-Dios, mis deseos, mis sueños, mis esperanzas. Conforme yo hablaba, la mirada de Azara iba perdiendo su fuego, y al terminar mi relación, hubiera llorado conmigo, si una de sus esclavas no hubiese llegado diciendo:

-¡El niño, el niño se muere!

Azara se levantó como una loca y salió corriendo y yo tras de ella; llegamos a un aposento donde había un niño de pocos años revolcándose en el suelo por horribles convulsiones.

-¡Este también... gritó Azara, este también...! Y volviéndose a mí me dijo:

-¡Todos mis hijos se mueren así, todos, todos...!

A sus gritos acudieron toda la servidumbre del palacio, individuos de la familia, esclavas, médicos, el gobernador; era una confusión indescriptible; los médicos transportaron al niño a su lecho, quisieron que tomara algunas medicinas, pero el niño tenía los dientes tan juntos, que no hubo fuerza humana que separara aquellos dos hilos de diminutas perlas; entonces los médicos dijeron con desaliento: Este niño está dominado por espíritus malignos, la ciencia es impotente para alejar las influencias de los hijos de las sombras; vengan los sacerdotes y en nombre de los dioses quizá consigan lo que la ciencia no puede conseguir. Azara, al oír tal razonamiento, dijo con acento iracundo:

Corred, volad, traedme a los sacerdotes, a los inspirados, mas yo reniego de los dioses que dejan atormentar a un inocente. ¡Mi hijo! el hijo de mi alma, ¡que es tan bueno! tan bueno, que no puede ver llorar a un esclavo... esto es para volverse loca...

Vinieron los sacerdotes con sus blancas túnicas, rodearon el lecho del enfermo, quemaron mirra y otras substancias y nubes aromáticas llenaron de humo la habitación, elevaron plegarias, imprecaron a los espíritus malignos, les mandaron dejar el cuerpo del paciente, y el pobre niño gritaba como un endemoniado y decía:

-¡Que me matan...! ¡que me azotan...! ¡que me arrastran...! ¡madre!, ¡madre mía!, ¡sálvame...! Azara, frenética, estrechó a su hijo contra su corazón y exclamó:

-¡Fuera!, ¡fuera todo el mundo!

Todos obedecieron y sólo quedamos en la habitación Azara, el niño colocado en su lecho, su padre y yo; Azara y su esposo cayeron en brazos el uno del otro diciendo: ¡Qué desgraciados somos...! Al verlos, sentí una conmoción extraordinaria, oí al hombre-Dios que me decía: "Obra en mi nombre; ¡sálvale!, ¡sálvale!" Yo entonces les dije:

-Escuchadme: ¿queréis que yo pruebe a ver si le salvo...?

-¡Tú...! dijo él con asombro.

-¡Tú! replicó ella con inmensa alegría, sí, sí; haz lo que quieras, devuélveme a mi hijo y yo te querré sobre todas las cosas de la tierra.

-¿Qué le darás? preguntó él con temor.

-Nada, dejadme obrar los dos me abrieron paso, me acerqué al niño que gemía débilmente y pensando en el hombre-Dios y oyendo su voz potente, puse mi diestra sobre la frente del niño, y le dije-: ¡Duerme!, duerme con el tranquilo sueño de tu inocencia, duerme y al despertar quiero que estés libre de todo sufrimiento, quiero que no te acuerdes, ni en sueños, de los que ahora te atormentan, duerme y despierta sano para ser la alegría de tu madre, duerme, ¡yo lo quiero!

Y extendiendo mis manos sobre el niño, fui tocando ligeramente su cuerpecito hasta las puntas de sus pies; entonces, el niño respiró libremente, se sonrió como sonríen los ángeles, y, abriendo los brazos murmuró dulcemente: ¡Madre mía! La madre temblorosa, sin saber lo que le pasaba, no se atrevió a tocar al niño; comprendió que algo muy grande operaba entre nosotros; yo, dominada por una fuerza extraña y una convicción en mí desconocida, dije:

-Azara, tu hijo está salvado. El, El, sólo El ha podido salvarle.

El niño se volvió para dormir mejor; sus padres escucharon anhelantes su respiración dulce y tranquila, su rostro lívido se coloreó, sus labios se entreabrieron y sonriendo murmuró: ¡Madre mía! Y entonces, Azara se lanzó a mis brazos y de aquellos ojos de fuego brotó un raudal de llanto, diciendo con voz balbuciente: Si tú me devuelves mi hijo, yo juro quererte *sobre todas las cosas de la tierra.*

Las dos mezclamos nuestras lágrimas, mientras el padre, contemplando al niño, decía conmovido y gozoso:

-¡Hijo mío!, ¡hijo mío! quien te vuelve a mis brazos no lo sé, algo misterioso me rodea, algo invisible me ha devuelto la vida. ¡Fuerza desconocida!, ¡amor inmaterial!, ¡Ser que adivino!, yo te adoro sobre todos los dioses, que un solo Dios es el que debemos adorar en la tierra.

Y postrándose ante el niño dormido, el padre elevó su ferviente plegaria, en tanto que Azara y yo, estrechamente enlazadas, llorábamos silenciosamente, y una voz resonaba en mis oídos que repetía: *Ten fe en mis palabras y te responderán los hechos.* Y en realidad, más pronto no podían responder; pocas horas antes Azara me hubiera dado muerte por su mano, y ante la idea de salvar a su hijo, me estrechó contra su corazón y sus lágrimas cayeron como rocío bendito sobre mi rostro; al fin se serenó algún tanto y se sentó junto al lecho de su hijo para velar su tranquilo sueño; yo, entonces, al encontrarme sin el sostén de ella, sentí súbitamente una angustia indefinible, miré al niño y me pareció que palidecía y que su cuerpecito se agitaba, y temblando ante la idea que le volviera la convulsión, pedí permiso para retirarme, porque me encontraba fatigadísima; me lo concedieron, diciéndome Azara con el mayor cariño: Sí, sí, descansa mientras yo velo su sueño; si algo sucediera te llamaré enseguida.

Salí de la estancia y como si tuviera alas salvé el gran trecho que me separaba de mi aposento, corriendo con una rapidez asombrosa; cuando me vi en el punto donde nadie podía verme, caí sobre mi lecho llorando amargamente; me parecía una pesadilla horrible todo lo sucedido, mas ¡ay! era verdad, yo me había atrevido a poner mi diestra sobre el niño enfermo, les había dicho que El, que sólo El había podido salvarle; ¡y si todo era alucinación de mis sentidos...! ¿y si el niño al

despertar se quejaba nuevamente...? ¡Ay! ¡qué angustia tan horrible! yo debía huir, buscarle a El y decirle la torpeza que había cometido. ¿Quién era yo para servir de intermediaria a su potente voluntad,..? es verdad que mi intención había sido buena, muy buena, pero ¡ay! si los había engañado, si aquellos padres volvían a ver a su hijo retorciéndose como una serpiente hambrienta, todas las torturas, todos los martirios les parecerían pocos para castigarme; lo mejor era irme, sí, sí; yo allí estaba muy mal, yo allí me ahogaba; es verdad que no sabía dónde refugiarme, porque en la Granja no me querían, y en la ciudad todos me conocían, y las gentes honradas me negarían el pan y la sal de la hospitalidad y hasta los medios de trabajar, y en los lupanares no quería volver a entrar; pero buscaría a Arael, le diría lo que había hecho a ver qué me aconsejaba; y siempre pensando en lo mismo pasé algunas horas espantosas, hasta que me decidí, y levantándome apresuradamente me dispuse a salir, cuando vi entrar al gobernador; al verle, creí que venía a decirme que el niño había empeorado, y me postré a sus plantas y cogí sus manos pidiéndole misericordia. El me miró asombrado, me hizo sentar, y me dijo con dulzura:

-Pero, ¿qué tienes? ¿qué te pasa?

-El niño...

-El niño duerme tranquilamente, y su madre le contempla extasiada porque es el último que nos queda.

-¡Ay! señor, ¡no sabéis cuánto he sufrido!

-¿Por qué?

-Porque yo decía: ¿si me habré alucinado? ¿si no sería su voz la que escuché? ¿si habré mentido sin querer mentir...? ¿si los habré engañado en lo más grande, en lo más sagrado para ellos: en la curación de su hijo...? ¡cuánto he sufrido, señor! ¡cuánto he sufrido!

-Desecha tus temores; tengo la íntima convicción de que has salvado a mi hijo, y vengo a verte porque necesito decirte, que si ayer busqué en ti noches de placer, hoy eres para mí, la mujer más sagrada, mi hija más querida; veo en ti todas las sublimidades de la virtud, te adoro como a un ser sobrenatural, y no sólo te quiero a ti, sino que le quiero a EL, a El, al hombre-Dios, al que deseo ver, al que deseo hablar, al que tú irás a buscar en cuanto veamos que mi hijo no necesita de ti. Ahora ven conmigo, necesitamos todos tomar algún aliento y Azara nos espera.

Sin poderlo remediar, al pensar en Azara, yo temblaba como la hoja en el árbol, y pensaba: por mucho que me agradezca la vida de su hijo, quizá en el fondo de su pensamiento, en lo más recóndito, allá... allá muy lejos, donde ella no se atreva a mirar, estará latente su odio hacia mí, envidiando mi poder en la curación de su hijo; el odio es un fuego que cuesta apagarlo, el agua de la gratitud no siempre es bastante, pero... cumpliré con mi deber.

Llegamos junto al lecho del niño, y éste dormía algo intranquilo; entonces, le miré fijamente y el enfermo abrió los ojos, se incorporó y abrazó a su madre con la mayor ternura, después se volvió hacia mí, diciendo:

Me sienta muy bien tu medicina, ya estoy bueno - y se dejó caer dulcemente en los almohadones, cerrando los ojos. Entonces, sintiendo de nuevo la influencia de EL, le dije:

-No quiero que duermas, quiero que te alimentes, quiero que te levantes.

¿No dices que estas bueno?

-Si que lo estoy-dijo el niño alegremente.

Saltó de su lecho, y abrazando a su madre, corrió velozmente delante de nosotros dirigiéndose al comedor; Azara me cogió por el talle, y dijo gravemente:

-Lo veo y no lo creo, te debo mi hijo, sí; mi hijo está curado, le creí una mujer perdida, pero no lo eres, no; hasta el cieno no puede llegar lo que a ti ha llegado; tan grande como fue mi odio, será mi cariño para ti-y estrechándose contra su corazón, me besó en la frente y aquel beso me tranquilizó.

Durante la comida, el niño habló y rió alegremente y toda la familia y la servidumbre, que antes me miraban con el mayor desprecio, aquella noche trataban de acercarse a mí y tocaban con disimulo los pliegues de mi túnica; ¡qué diferencia!

Terminada la comida, el gobernador insistió en su ruego de que sin demora buscara al hombre-Dios; le prometí salir al día siguiente, y me retiré a descansar; pero, durante aquella noche sueños horribles me atormentaron, vi multitudes bañadas de sangre, oí himnos de gloria y pregones de muerte, vi a los sacerdotes ofreciendo víctimas a sus dioses y muchedumbres que gritaban:-" ¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad...!"

¡Qué movimiento!, ¡qué tumulto!, ¡qué perturbación!, yo corría preguntando a unos y a otros: -"¿Dónde está EL?" y todos me decían: -"¡Allá!, ¡aquí...! ¡En todas partes!" "Eso no es posible", decía yo, y corriendo y preguntando pasé la noche y me desperté tan rendida, que no me encontré con valor para salir, no podía moverme; pasé el día triste, muy triste, muy abatida; el gobernador vino a verme, extrañando mucho encontrarme en mi aposento, repitiéndome: Yo te lo ruego, reanímate, concédeme lo que te pido, dile que quiero verlo, que soy inmensamente desgraciado, que busco los placeres terrenales y sólo me producen hastío; que en mi hogar, efecto de mis vicios, no me aman; que has visto morir a todos mis hijos y sólo me queda uno, que entre El y tú habéis salvado; que los dioses ya no me inspiran confianza, que a los sacerdotes les considero tan imperfectos como yo, y que necesito creer en un solo Dios; dile que mi alma necesita de El.

Aquella noche dormí tranquilamente y a la mañana siguiente salí fuerte y animosa, recorrí los alrededores de la ciudad, y noté mucho movimiento, grupos de hombres, corrillos de mujeres, enjambres de niños, todos hablaban de EL; del *hombre* que curaba, del *Profeta* que anunciaba días de redención, pero nadie me sabía decir dónde estaba EL; así pasé todo el día, yo buscaba a Arael, y tampoco aparecía; ya comenzaba a obscurecer y me dispuse a volver a palacio, cuando vi a Arael reunido con otros muchos; en cuanto me vio se separó de ellos y se acercó a mí diciéndome con cariño:

-¿Qué quieres?

-Verte y preguntarte por EL...

-Ante todo cuéntame cuanto sepas. Le conté todo lo ocurrido, y se puso muy contento, diciéndome:

-¡Dichosa tú!, que ya curas en su nombre, y curas al hijo de un hombre que nos puede hacer mucho bien; porque la hora se acerca, los sacerdotes están furiosos, rugen como leones hambrientos, amotinan a su rebaño, hablan a sus siervos y les dicen que sólo los dioses se les mostraron propicios; que ese hombre que se llama el *Profeta,* es un embaucador que quiere perderlos, y el pueblo lucha

entre las predicaciones del hombre-Dios y las amenazas de los sacerdotes; así es, que el gobernador, si se afilia a nuestra causa, es una adquisición preciosa; estoy contento de ti, porque sabes trabajar. Ahora vete a descansar, no sé dónde se halla EL; mañana nos veremos y te daré mejores noticias.

Al llegar al palacio, el gobernador salió a mi encuentro y me dijo sonriendo: Ya sé que no les has visto; tu marchito semblante me lo indica; pero yo en cambio, sin salir de aquí, tengo que darte muy buenas noticias.

-¿Cuáles son?

-¿No lo adivinas?

-No. ¿Nada te han dicho?

-¿De quede su venida a la ciudad?

-¡A la ciudad!, ¿se atreve a venir aquí?

-Si; se atreve, que es mucho atrevimiento .

-Y vos, ¿qué haréis?

-Cumplir con mi deber.

-¿Y cual creéis que es vuestro deber?

-Evitar que promueva tumultos, y cuidar de que nadie le insulte; El viene dispuesto a hablar y hablará en la gran plaza, delante del templo, delante de las autoridades divinas y humanas; yo haré que le escuchen, pero que no le aclamen; yo no perderé ninguna de sus palabras, pero me guardaré de hacer mi nueva profesión de fe, para no perjudicarle ni perjudicarme; sabré oír para aprender, y sabré hacer uso de mi autoridad para no permitir las expansiones de los entusiasmos, ni los alaridos de los fanáticos. Tú, procura estar junto a él y háblale de mí.

Aquella noche me pareció un siglo, ¡nunca amanecía!; al fin la aurora apareció con su manto de nubes rojizas y alegre y ágil, como si tuviera quince abriles, salí al campo para orientarme, pasar saber por qué parte venía. Todos los caminos estaban llenos de gente; un anciano venerable me dijo:

-¿Por qué corres tanto?

-El viene a la ciudad, ¿no lo sabes? ¿no te lo dice el gran movimiento del pueblo?

-Pero, ¿por dónde viene?

-Por allá-y me indicó un camino-, se ha detenido en una aldea y se detendrá en todas las que encuentre a su paso, porque en todas partes hay enfermos del cuerpo y enfermos del alma; todos le llaman, y El sana a todos los que creen en sus palabras. ¿Ves esta niña? los médicos la daban por muerta, pues yo se la llevé, y El, sin tocarla, no hizo más que mirarla, y sonriendo dulcemente me dijo: -"Vuelve a tu hogar con ella, que ya está curada", y desde entonces mi hija rebosa salud.

Yo no quise permanecer en la ciudad; yo quería hacer el camino con El y anduve mucho, mucho, y anduve llena de júbilo, porque todos hablaban de El, y hablaban con un entusiasmo, con un delirio, que yo no cabía en mí de satisfacción: ¡todos le amaban!, y yo le quería amar más que todos ellos.

Llegué al fin a la aldea donde me dijeron que El se encontraba; me indicaron una casa muy grande, y me aseguraron que allí estaba reposando algunos momentos y esperando enfermos; me senté junto a la puerta aguardando que saliera, y otras muchas personas siguieron mi ejemplo; llegaron varios enfermos

que entraron y salieron; después la puerta no volvió a abrirse; pasó el tiempo y llegó la noche, los individuos que me rodeaban, algunos se cansaron y se fueron; por fin se abrió la puerta, y un hombre de semblante bondadoso nos miró y nos dijo:

-¿Qué esperáis?

-Que salga el *Profeta-dijo* una mujer.

-¿Que salga...? ¿pues no le habéis visto salir?

-No, exclamamos todos.

-Pues no hace mucho tiempo que ha salido y ha pasado por entre nosotros; ¿cómo no le habéis visto?

El asombro de todos fue indescriptible, y mi dolor inmenso, porque ya no iría junto a El, camino de la ciudad; no tuve más remedio que pedir albergue por algunas horas en una casa de aquel lugar, y mucho antes de amanecer, emprendí la marcha con otros muchos, con todos los habitantes de la aldea, puede decirse, porque todos tenían ansia de estar junto a El.

¡Qué mañana más hermosa! El cielo sin una nube, los árboles cargados de flores, los niños cogiendo ramas de los árboles, las mujeres con sus pequeñuelos en brazos, diciéndose las unas a las otras: "¡mi hijo se curará! ya haré que toque su túnica"; los ancianos achacosos también decían: "Hoy naceré de nuevo porque el *Enviado* me curará"; ¡y todos confiaban en El!

Llegué ante la ciudad y esperé que abrieran sus puertas, que todas fueron estrechas para dejar pasar aquellas oleadas de gente, que se fue acomodando en la gran plaza, que, a pesar de ser una extensión inmensa resultó pequeña para contener a tantos sedientos de justicia y a tantos hambrientos de salud. Yo, con el afán de mi deseo, ya no pude hacer el camino en su compañía, me coloqué en el mejor lugar, al pie de las gradas del templo, que era donde había un pequeño círculo formado por los hombres de armas que contenía a la multitud, que sin ellos hubiera subido sobre los altares de los dioses; tanto era el entusiasmo de la muchedumbre.

¡Qué contento estaba mi espíritu! ¡iba a verle...! entonces no se me escaparía, y le vería en plena luz; los rayos del sol iluminarían su sedosa cabellera, oiría su voz muy cerca, muy cerquita, yo me acercaría todo lo posible, ¡necesitaba tanto su aliento! ¡qué momentos tan dichosos me esperaban...! era necesario serenarme para no morir de felicidad.

Al fin se escuchó un rumor lejano que fue aumentando hasta el punto que parecía que el mar embravecido levantaba montañas en sus rugientes olas y, en verdad, que era el mar de las pasiones humanas el que se agitaba violentamente. ¡Qué tumulto! ¡qué de gritos! ¡qué de aclamaciones! ¡qué de suplicas...! porque los enfermos todos querían estar cerca de El; es imposible, del todo imposible trazar a grandes rasgos el cuadro que ofrecía la gran plaza, donde estaban confundidas todas las clases sociales, donde los sofismas del pasado y las verdades del porvenir, estaban dispuestas a sostener un reñido combate. ¡Que agitación! ¡qué bullicio...! al fin, apareció El, y como si su figura calmara todos los ánimos, aquella inmensa muchedumbre enmudeció, y le abrió paso a El y a centenares de niños que, solícitos, le rodeaban. Jamás olvidaré aquellos momentos solemnes; el hombre-Dios, más hermoso que nunca, con su cabellera luminosa, con su frente que irradiaba, con sus ojos que despedían rayos de luz, con su melancólica sonrisa, con aquella expresión que no he visto en ningún rostro humano, se detuvo ante las gradas del templo, y ya

los hombres de armas fueron innecesarios, nadie se movió, nadie traspasó las gradas del lugar sagrado; todas las miradas estaban fijas en El, todos los oídos atentos para no perder una sola de sus palabras; el hombre-Dios paseó sus miradas por la multitud, se fijó en el gobernador y en los sacerdotes, y dijo así:

-Aquí me tenéis, vengo a disipar dudas, y a desvanecer temores, vengo a deciros que yo no soy la ley, pero que soy el amor; que no vengo a recoger, únicamente vengo a sembrar, y la semilla que hoy arrojo, pasarán muchos siglos antes que se pueda recoger la cosecha. Vengo a deciros que no hay más que un solo Dios, al que debéis adorar en espíritu y en verdad, un Dios único, que es mi Padre que está en los cielos; vengo a deciros que los dioses y sus templos están llamados a desaparecer, y sobre sus piedras levantarán las humanidades otros templos para el saber; vengo a deciros que no hay más que una religión: ¡El BIEN! con un solo mandamiento: (*amaos los unos a los otros);* yo vengo a redimir la humanidad por medio de mi amor y mi martirio; yo vengo a curar a los enfermos porque éstos necesitan el médico del alma; no me cerréis el paso, dejadme hacer el bien, dejad que vuestros niños me rodeen, que traigo para ellos todo el amor de mi Padre, que está en los cielos; mi Padre quiere mucho a los niños porque son limpios de corazón, y sólo para ellos será el reino de la paz y la justicia. Dejad venir los niños a mí, y vosotros, poderes de la tierra, asemejaos a los niños, porque sólo los limpios de corazón entrarán en el reino de los cielos. Recordad mis palabras: *no hay más que una religión:* ¡EL BIEN!, *con un solo mandamiento:*

(amaos los unos a los otros)

Mucho más habló el hombre-Dios, pero la síntesis de su peroración fue la que imperfectamente queda escrita, que no es posible hacer el trabajo de otra manera, dados los medios de que puedo disponer, aunque agradecidísimo está mi espíritu, a los dos seres que con la mayor voluntad transmiten *mis memorias,* y conste para satisfacción de ellos, que he preferido su buen deseo a la sabiduría de otros.

Cuando terminó de hablar el hombre-Dios, la multitud le abrió paso respetuosamente, y seguido de los niños y de centenares de enfermos, abandonó la ciudad. Yo me quedé inmóvil en mi puesto, no sabía lo que me pasaba; tanto que le quería haber dicho, tanto que pensaba hacer y no hice nada... sí, algo hice, ¡le adoré!, mi alma se postró ante EL y no se creyó digna de levantarse; me pareció que si yo le seguía le profanaba; ¡qué era yo ante EL!, partícula de polvo confundida entre la arena que alfombraba los caminos.

De pronto me levanté, miré al palacio y dije:

-No, ahí no entro sin hablar con EL; ¿qué diría el gobernador? diría que no sé agradecer sus bondades para conmigo, y debo ser agradecida; además, yo necesito hablarle, aquí ha hablado por todos y conmigo tiene otro lenguaje que lo comprendo mejor.

Y decididamente me dirigí a la Granja. Allí encontré a su dueño que me recibió cariñosamente diciéndome:

-Te esperaba, descansa, que merecido lo tienes.

-¿Y mis compañeras?

-Están en la ciudad, fueron a verle y a oírle, y a trabajar en su obra. Descansé algunos días, que bien lo necesitaba, porque no podía tenerme en pie; una tarde oí rumor de muchas voces, y le pregunté al dueño de la Granja qué ocurría.

-Nada de particular, que hoy nos reunimos aquí para tomar precauciones, porque EL está amenazado de grandes peligros, y aunque salió ileso de la gran ciudad, sabemos que se le preparan temibles emboscadas.

Efectivamente; llegaron muchos hombres, muchos; hablaron, discutieron, se pelearon, no estuvieron conformes los unos con los otros, y cuando estaban más acalorados, de improviso se presentó EL; yo no los veía, pero oí cuando hablaban recostada detrás de una puerta.

Al verle, todos enmudecieron, y EL con triste acento les dijo:

-Qué lastimosamente perdéis el tiempo, qué mal seguís mis consejos. Os tengo dicho que por mi no os preocupéis que lo que ha de ser, será; "que me encontrarán cuando quiera que me encuentren, que me prenderán cuando yo quiera que me prendan, y que se cumplirá la ley cuando llegue la hora que la sangre de un hombre tenga que fertilizar la tierra." Hombres de poca fe, trabajad con más provecho, que rencillas y rencores nunca hicieron nada bueno.

Los hombres se alejaron y EL se quedó a la puerta de la casa; yo quise salir a su encuentro y no me pude levantar, mi cuerpo estaba helado, sin movimiento; al verme en tan triste estado, grité angustiosamente:

-¡Dios mío!, ¿me quedaré así...? Entonces oí su voz que me dijo:

-¿Por qué no vienes? te espero.

Entonces mi cuerpo adquirió su agilidad, y levantándome llegué hasta El, que me miró dulcemente diciéndome con ternura:

-¿Por qué te empeñas en seguirme? ¿no sabes que no puedes venir conmigo?

-Ya lo sé que no soy digna de ello.

-Si no es esa la causa, es que cada uno tiene que trabajar por distinto camino; ya te he dicho que no quiero *adoradores de mi figura, sino trabajadores de mi obra,* y estoy contento de ti porque en mi nombre sanas los enfermos.

-¡Ah, Señor!, ¡cuan grande fue mi atrevimiento!, ¡y cuánto me arrepentí después!

-Porque no tienes fe.

-Y... ¿se salvará el niño?

-Si, se salvará porque tú lo quieres que se salve.

-Y... ¿no tomáis ninguna precaución para evitar una catástrofe?

-Procura por ti, que de mí nadie tiene que pasar cuidado, que fijado está el día y la hora en que el hombre sea venido para regenerar a la humanidad; procura por ti, que mucho tienes que andar por la tierra.

-¡Ay Señor!, ¿viviré muchos años?

-¿Años has dicho? muchos, muchos siglos andarás por la tierra. Mira al cielo, ¿qué ves?

-La azul inmensidad.

-¿Nada más?, mira bien.

Miré fijamente al cielo, y tanto miré, que me pareció que en el fondo de la

bóveda azulada, veía al hombre-Dios bajé los ojos para mirarle a EL, y vi el cielo en sus ojos, y, confundida, miré hacia arriba y le vi a EL, en el cielo, miré hacia abajo y encontré el cielo en sus ojos y le dije emocionada:

-Veo el cielo y en el cielo a vos, y a vos os miro, y encuentro el cielo en vuestros ojos.

-Mira, mira, y algo más verás.

Miré, y allá... lejos, muy lejos, vi un arcoiris, y en medio del círculo luminoso una mujer de maravillosa hermosura; temblé sin saber por qué, y el hombre-Dios me dijo con tristeza:

-Mira bien, esa mujer rodeada de luz, cuando en la luz vivía, se llamaba como el arco luminoso que la rodea; de un salto se precipitó al abismo del crimen y al lodazal del vicio; por el sacrificio y el martirio ascenderá hasta llegar a la órbita luminosa de la cual descendió; para llegar más pronto necesitaba del perdón de un hombre, y aquel hombre la perdonó.

¿Qué sentí entonces? no lo sé, me pareció que perdía mi cuerpo, que mi alma se desligaba de mi envoltura y que más libre y más dichosa navegaba por mares para mi desconocidos; indudablemente debí quedarme aletargada como me sucedía siempre que hablaba con EL; letargo justificado, porque realmente lo que yo experimentaba en su presencia, era tan distinto de todas las emociones terrenales, que necesariamente mi organismo tenía que rendirse, tenía que doblegarse ante una conmoción tan grandiosa, tan extraordinaria, tan sorprendente, tan fuera de los límites del espacio en que mi ser vivía.

Mi letargo debió durar mucho tiempo; no puedo medirlo con las medidas que tenéis en la tierra; sólo sé que al darme cuenta que aún vivía, sentí un gran desconsuelo; me encontré sola en la Granja, que era un caserón inmenso, no había nadie, absolutamente nadie. ¡Qué tristeza...! ¡qué abandono...! ¡qué soledad...! ¡qué frío sentí en el alma y en el cuerpo...! recordaba lo que El me había dicho, que ya no le vería más en la tierra, y para no verle ¡a qué vivir...! ¿qué haría yo en el mundo? era una hoja seca arrancada del árbol de la vida; no tenía casa ni hogar, porque el albergue que me concedía el gobernador no llenaba mi alma; me sentía en todas partes tan abatida, me veía tan abandonada, que ya no podía más, morir era lo mejor. El no me quería a su lado, más aún, no le vería más. ¡Dios mío! ¡Dios mío...! cuánto me pesaba la vida, tanto me pesaba, que nuevamente perdí el sentido y me quedé como muerta. En aquel estado verdaderamente angustioso, sentí fuertes golpes dados en la puerta, me levanté maquinalmente, y como si alguien me guiara, abrí la puerta y a la débil luz de las estrellas, vi a un hombre que no conocí; el recién llegado me dijo con voz cariñosa:

-Mujer, haz luz, que en bastante sombra vivimos los dos, no la aumentemos con las sombras de la noche.

Hice luz y entonces reconocí a Arael; los dos nos miramos con profunda tristeza y él me dijo:

-¿Has hablado con El?

-Sí; por última vez le he visto y estoy sin vida.

-Yo también, aunque por distinta causa; por eso he venido, porque necesito que alguien me consuele, ¡soy tan desgraciado...!

Mientras Arael hablaba yo sentía que mis ojos, a pesar mío, se cerraban y

que mi cabeza buscaba apoyo en alguna parte; él entonces me dijo con amargura:

-¡Qué grande es mi infortunio...! vengo aquí para escuchar una frase de consuelo y el sueño te rinde; duerme mujer, duerme; quien ha esperado toda la vida, esperará una noche más.

Yo sin poderme tener, me levanté bamboleándome y me dirigí a mi aposento; allí me dejé caer y pasé muchas horas soñando, sufriendo, luchando, con recuerdos y presentimientos, con desalientos y esperanzas, con dudas y certidumbres, con alegrías y desesperaciones; al fin los rayos del sol iluminaron mi estancia, y entonces me levanté algo más fuerte, me dirigí al lugar donde se había quedado Arael, y lo encontré dormido, pero su sueño no era más tranquilo que el mío, lloraba y reía, blasfemaba y murmuraba palabras dulcísimas llamando a su madre; al oírle me estremecí, porque súbitamente pensé en la mía, en mi padre, en mis hermanos; ninguno de ellos siguió mis huellas, ninguno de ellos, me amó, porque si alguno de ellos me hubiera querido, hubiera corrido presuroso para encontrarme. Pero ninguna corrió tras de mí. ¡Qué pena tan grande...! ¡qué abandono tan cruel...! Al ver que Arael seguía llorando, le desperté diciéndole:

-¿Qué tenéis? ¿por qué lloráis?

-Porque sufro mucho-replicó él con profunda tristeza, porque he despertado del sueño del crimen, y al despertar sólo veo el castigo, y reconociendo mi bajeza deseo lavar la mancha de mi culpa, y con mis lágrimas no hay agua bastante, necesito las lágrimas de otro, de otro ser que me ame y me compadezca. Leo el asombro en tu semblante, veo que miras mi rostro bronceado y te parece imposible que una figura tan rudamente modelada tenga un alma sensible, sedienta de caricias y de amor. ¿Te estremeces? ¿tiemblas? ¿crees acaso que aprovechando la soledad en que estamos, buscaré a la hembra para satisfacer impuros apetitos? tranquilízate mujer, tranquilízate; necesito de ti, es verdad, por eso he venido a buscarte, pero no a buscar tu cuerpo, vengo a pedirte algo que vale mucho más, vengo a pedirte compasión para la culpable, lágrimas para el delincuente, plegarias para el muerto, porque yo voy a morir, ¿no lo sabes? me buscan como lo buscan a El, aunque son distintas las causas que motivan la persecución: a El lo persiguen porque temen que derribe los altares de los dioses, y a mí me buscan porque la justicia humana hace tiempo que me tiene condenado a muerte afrentosa, muerte merecida, muerte buscada por mis malas obras, por mis instintos feroces; lo que ignora la justicia humana, es que estoy arrepentido de mis crímenes, que escuchando la palabra divina del hombre-Dios he llorado mucho, mucho; mi llanto ha quemado mi rostro, y al mismo tiempo ha sanado mi corazón. Sí, ya no soy malo, ya me conmueve el llanto del niño, ya me impresiona el desamparo de un anciano, ya me quedo sin pan para darlo al hambriento, ya me quedo sin agua para calmar la sed de mis semejantes, pero esto no es bastante, aunque yo lo diga, nadie me creerá, porque los jueces de la tierra no saben juzgar las almas, destruyen los cuerpos, matan al que mata, pero no le preguntan ¿qué sientes?, ¿qué piensas?, ¿qué esperas?, ¿en qué crees?, por eso sé que voy a morir, porque es justo que muera; no he muerto ya porque he burlado la justicia, porque he huido a tiempo, y huía porque quería vivir para El, porque quería serle útil, porque convertido en espía, yo sabía dónde se ocultaban sus perseguidores; mas ¡ay! El nos ha dicho últimamente, que no trabajemos para El, que procure cada uno trabajar para sí; que

son inútiles las asechanzas de los unos y el espionaje de los otros, que se acerca la hora, y es necesario que cada uno esté firme en su puesto, y mi puesto en la tierra está al pie del madero afrentoso donde mutilarán mis manos que tanto daño han hecho; pero no tengo valor para ir solo, necesito alguien que me acompañe, no para que muera conmigo, sino para que me llore, para que diga a las gentes: -"¿Veis ese hombre que fue tan malo? pues El lo hizo bueno. El con su predicación conmovió su corazón de bronce y le hizo llorar mucho, mucho, y el tigre se convirtió en cordero; y el que a nadie había amado, porque se encontró solo en el mundo, suspiró por escuchar un suspiro con cariño, soñó con un rincón debajo tierra, y tener allí lo que tienen hasta las fieras menos él, unos cuantos pedazos de su corazón, alimentados y cuidados por su ternura." Sí; yo quiero que se diga todo esto, y como estaré muerto lo creerán; y he buscado, he buscado afanoso una mujer que comprendiera mi penosa situación, y tú que has pecado mucho, tú que también has ido rodando como rueda la piedra desprendida de la montaña, tú puedes ser la que digas a las gentes quién fue Arael, y al decirlo, haces dos buenas obras; me concedes lo que te pido, y manifiestas el poder de la palabra de *Aquel* que dice: "Dejad venir los niños a mí, porque los niños son los limpios de corazón," dile a las gentes que yo he visto nacer al hombre-Dios, y que desde pequeñito, al fijar su mirada en mí, me hacía temblar; y cuando me encontraba me decía:

"¿Hasta cuándo serás criminal? ¿no estás harto todavía?", y yo avergonzado de mí mismo, cruzaba las manos y le decía: "¿Quién eres, niño, que hablas como un hombre?" "Soy el Enviado de mi padre que está en los cielos", decía el niño. Cuenta todo esto a las gentes, diles que debo mi redención al hombre-Dios, que su voz ha resonado en mi mente, y que ya no soy criminal; que hace mucho tiempo, que cuando veo a una hormiga evito triturarla con mis pies; diles que todo se lo debo a El, que quisiera tener mil vidas y todas emplearlas en el bien, ¡todas...!

Las palabras de Arael me conmovieron profundamente, y admiré la delicadeza de su sentimiento, comprendiendo lo que valía la palabra del hombre-Dios, que de la dura roca hacía corazones de blanda cera, que se derretían al calor divino del amor. Miré a Arael con admiración y le tendí mi diestra diciéndole con ternura: Tenéis razón, nadie mejor que yo puede comprenderos, porque yo sé cómo se vive despreciado de todos, sin hogar propio, sin oír una voz cariñosa que le pregunte a uno, ¿por qué lloras? Yo también me encuentro de más en la tierra, desde que El me ha dicho que no le volveré a ver; así es, que yo os prometo que si la ley se cumple y una muerte afrentosa destruye vuestro cuerpo, yo estaré cerca de vos para que me veáis y digáis al expirar: "Hay alguien que llorará por ti."

Arael al escuchar mis palabras se conmovió profundamente; de sus ojos brotaron abundantes y copiosas lágrimas y levantándose con sus brazos de hierro me oprimió contra su corazón diciendo:

-¡Qué contento estoy! ya no estoy solo, ya puedo morir tranquilo, tú llorarás por mí, tú dirás a las gentes que odio el delito, que abomino mi pasado y que sueño con mi redención. Yo, entonces, como si me sintiera inspirada, le dije:

-Sí, sí; yo diré que queréis redimiros y... ¡quién sabe si podremos conseguirlo...! Se me ocurre una idea: el cuerpo lo tritura la muerte, pero el alma... el alma debe ser inmortal, y siendo inmortal, de alguna manera tiene que manifestarse;

trabajando en su perfeccionamiento, quizá vuelva a la tierra con distintos cuerpos y siendo así, el criminal de hoy será mañana el inocente niño que reciba los besos de su madre y sea la alegría de su hogar.

-¡Ah! sí, tienes razón-exclamó Arael con entusiasmo-, eso tiene que ser así irremisiblemente, mis propósitos de enmienda no pueden quedar sepultados con mi cuerpo; lo que hay en mí de divino no puede confundirse con estas manos que un día se mancharon de sangre de mis semejantes; la grandeza, la sublimidad de mis pensamientos no puede semejarse al fuego fatuo; la predicación del hombre-Dios, tiene que ser más útil, tiene que dar mejores resultados; para ayudar a bien morir a los criminales no vienen los redentores a los mundos; su palabra tiene que ser más beneficiosa, tiene que resonar siglos y siglos en los corazones de los hombres redimidos. ¡Qué alegría tan grande experimenta mi alma...! ¡mujer! seremos otra vez niños, tú has dicho la verdad. El debe haber habitado por tu boca; dichosa tú y dichoso yo que he podido escucharte; mi corazón me lo decía que en ti encontraría consuelo, ¡consuelo! ¿sabes tú lo que es encontrar consuelo? es renacer a la vida de la esperanza y de la felicidad; cuando deje este mundo sé que tú llorarás por mí, sé que dirás a las gentes que el hombre-Dios que me ha convertido de tigre en cordero, y sé que al despertar mi alma más allá de la fosa te encontraré, ¡oh, sí, te encontraré! Ahora sí que me voy contento; ya no me ocultaré; mi trabajo en la tierra está terminado; que se cumpla la ley de los hombres y yo cumpliré con la ley de Dios, que es vivir eternamente, progresando siempre; tú lo has dicho y el hombre-Dios ha hablado por tu boca. Adiós mujer, ¡adiós!

Y levantándome en sus brazos, me dio un beso en la frente diciéndome con la mayor ternura:

-Al despertarme en la eternidad recordaré este beso para esperar y amar, porque seré muy bueno... ¡ya lo verás...!

¡Que impresión me causó el beso de aquel desventurado!, le vi partir y se me angustió el corazón, pero al mismo tiempo una esperanza dulcísima me hizo sonreír; yo iba a serle útil, yo endulzaría sus últimos momentos; y más allá, ¡oh!, más allá Dios sabe lo que podría hacer por él; porque a mí me acontecía lo que le sucedía a Arael, él en su larga conversación me había dicho: "Yo adoro al hombre-Dios, pero, como es un Sol, me deslumbra, no puedo mirarle, no puedo acercarme a El, porque me parece que entre El y yo debe existir siempre una distancia inmensa, y aunque sus palabras me han hecho comprender que navegan en la sombra los que delinquen, y que en la sombra no se vive; pero esto no es bastante para un alma abandonada a sí misma; lo humano necesita sus atracciones humanas, lo divino maravilla, extasía, pero no se le puede estrechar en los brazos; hay algo que lo impide." Esto, esto mismo me pasaba a mí con el hombre-Dios, cuando estaba cerca de mí; de tanto como mi ser sentía dejaba de sentir, como su ser era tan superior al mío, el mío se anonadaba y yo también necesitaba algo para mí, algo culpable y pequeño como yo; pensé mucho, divagué mucho, y concluí por entristecerme al ver que nadie volvía a la Granja, ¿qué hacer...? comencé a sentir miedo y ya me decidía a volver a la ciudad, cuando llegó el dueño de aquel lugar y me dijo con agrado:

-Has cumplido como buena guardiana: ahora ya te puedes marchar.

-Si, me preparaba a hacerlo.

-Antes de irte, contempla bien estos parajes; ¿oyes? míralos atentamente, despídete de ellos, porque ya no volverás a descansar bajo un techo hospitalario.

-¿Qué no...? ¿y por qué me arrojáis de aquí?

-Yo no te arrojo, es que me voy para no volver jamás, porque ya esta casa no es mía, otros son sus dueños.

-¿Y dónde iréis?

-Tras el hombre-Dios, tras del Profeta, tras del Enviado, y si El se pierde, con El me perderé. Adiós, mujer, quedo contento de u, prosigue tu obra, y sé fuerte en la lucha.

Y haciendo un ademán de despedida me señaló el camino de la fuente. ¡Cuantas impresiones distintas!, pero el resultado de todas ellas siempre era el mismo: ¡la soledad!, todos me dejaban; por perder, hasta aquel refugio donde mi alma encontró la salud. ¡Cuánta pena me despedí de aquellos lugares!; hasta los pájaros estaban mudos, ¡cuánta tristeza!, ¡cuánto silencio! sólo la fuente seguía murmurando su eterna historia; el agua caía sin interrupción sobre las abruptas peñas, sin aumentarse ni disminuirse su caudal; y mirando al agua, dijo con íntima convicción:

¡Así debe ser el amor de Dios! ¡eterno!, ¡inmutable! Dios debe amar a sus criaturas sin sentir, jamás, aumento ni disminución su cariño; debe habernos creado de toda eternidad, y con nosotros leyes que se cumplen. Yo no comprendo por qué he caído, pero sí me arrepiento de todo corazón de no haber seguido la buena senda. ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡todo se me acaba!, ya no veré al hombre-Dios; Arael dice que va a morir; este lugar cambia de dueño y ya en un momento de apuro no sabré dónde refugiarme, sólo me queda el palacio del gobernador, pero allí no es mi puesto, estoy fuera de mi centro, y sin embargo, allí he de volver, y pronto, porque la noche se acerca y no quiero quedarme en el campo.

Y recobrando fuerzas, seguí el camino y llegué a la gran ciudad poco antes de que cerraran sus puertas. Corrí presurosa y llegué a mi aposento acostándome inmediatamente; lo necesitaba, mi cuerpo pedía reposo y lo disfruté durante la noche; al día siguiente me dirigí hacia la mansión encantadora de las torrecillas de marfil, y al entrar, lo primero que pregunté a las esclavas fue por el niño, y antes que aquellas me contestaran salió Abelín a mi encuentro tendiéndome los brazos con el mayor cariño, diciéndome:

-Eres muy mala, ¿por qué te vas? ¿no sabes que yo te quiero mucho, porque por ti estoy bueno? mi madre te aguarda, mi padre te espera, todos te queremos y tú te vas;

-¿por qué te vas?

Abelín, fijando en mí sus dulces miradas me dio un beso en la frente; al sentir la impresión de sus labios recordé el beso de Arael, y no pude menos de hacer comparaciones entre aquellos dos besos: el beso del primero era un lazo de unión para consolar a un desventurado, aquel beso vibraba aún en mi cerebro; aquella mañana al despertarme lo había sentido como si me dijera: "Acuérdate de tu promesa, espero tus plegarias en la tierra, y tu alianza conmigo en el espacio; y el beso de Abelín, de aquellos labios que aún no habían manchado las impurezas, me parecía que era algo que me hablaba de otra vida mejor, ¡oh!, sí la voz del niño era la voz del porvenir abriendo las puertas de los cielos, de los cielos de mi redención.

¡Cuándo me conmovió el beso de Abelín!, tan turbada me quedé, que no supe corresponder a sus caricias, y el niño sonriendo me dijo:

-¿Y tú, no me besas?

-Sí, hijo mío, sí y le besé en la frente.

-¿Y en la mejilla, no?

-Sí, hijo mío -y besé una de sus mejillas.

-¿Y la otra no? mi madre dice que los besos han de ser completos, y ella me besa en la frente, en la boca y en las mejillas; bésame tú así también. Y el hermoso niño me presentaba su carita repitiéndome:

-Bésame, bésame.

-¡Cuánto bien me causaba su inocente insistencia!; besé a Abelín con toda mi alma, y guiada por él entré en el aposento de su madre; ésta me recibió con la mayor alegría diciéndome:

-¿Por qué has tardado tanto? ¿no sabes que te esperábamos? ¿has visto al hombre-Dios?

-Sí, lo he visto.

-¿Y qué te dijo del niño?

-Que vivirá.

-¿Sí? ¿mi hijo vivirá para consolarme de tantas amarguras? ¡Ah!, ¡cuánto te debo mujer!, ¡cuánto te debo!, no lo sabes aún, no lo sabes; tú crees que sólo se sufre rodando por el mundo, y también aquí dentro, entre ricos tapices, habiendo mecido mi cuna más de un soberano, rodeada de todas las grandezas, ¡también se llora!, también se pasan noches sin sueño y días sin pan, pues sobra todo cuando el alma llora; el cuerpo desfallece de hambre, pero no hay aliento para beber ni para alimentarse. Los hombres no sólo tratan mal a las mujeres perdidas, también desprecian a la madre de sus hijos, también le abandonan en sus horas de tribulación. Llegó el gobernador y me miró con ansiedad diciéndome:

-¿Le has visto? Sí; le he visto y me ha dicho que vuestro hijo vivirá.

-¿Vivirá...? Cuánto le debo a El, y a ti; tenemos mucho, mucho que hablar, tanto es así, que después de la comida te acompañaré, porque es preciso que hablemos.

Terminado el banquete, porque allí la mesa siempre era espléndida, el gobernador me acompañó a mi estancia, me hizo sentar, y sentándose en frente de mí, me dijo con gravedad:

-Han llegado los momentos de prueba, y yo tengo que cumplir con dos deberes: primero, el deber de hombre de estado; segundo, el deber de padre agradecido. Todos mis hijos han muerto atormentados por los malos genios; Abelín se ha salvado porque el hombre-Dios se valió de ti para salvarle, y mi conciencia me grita y me dice: "Avísale, dile que su venida a la ciudad ha colmado la medida y ha hecho rebasar la copa; los sacerdotes trabajan con ardor incansable para perderle, valiéndose de todas las infamias imaginables; han comprado a buen precio a muchos hombres sin conciencia, y éstos se fingen enfermos y dicen que cuando vino el Profeta junto a El, se sintieron heridos de muerte, porque le rodean los malos genios; las rameras cuentan las historias más escandalosas diciendo que el Enviado tiene todos los vicios; las muchedumbres ignorantes gritan que el hombre-Dios les aconseja que cometan todos los crímenes, que destruyan todos los

poderes", y tanto y tanto se ha dicho y se ha mentido, que el rey ha ordenado su persecución, su prisión y su muerte, todo esta dispuesto, y yo quiero que tú salgas en su busca, y le digas, que si como gobernador tengo que prenderle, como padre agradecido le aviso que se aleje, que desaparezca de estos contornos, que yo no quiero ver su muerte porque ha salvado a mi hijo. Vete enseguida, no te detengas.

-Pero, señor, si es inútil, si El dice, *que lo prenderán cuando El quiera que lo prendan.*

-Eso no es cuenta tuya, tú vas a hablarle en mi nombre; no eres tú la que le dices que se vaya, soy yo el que se lo ruego; mañana temprano te pondrás en marcha; yo sé donde se encuentra.

-No tuve más remedio que obedecer, y emprendí el camino convencida de que nada conseguiría; anduve tres días a buen paso, y al fin llegué al punto donde se encontraba el hombre-Dios; una muchedumbre inmensa le esperaba en el campo; centenares de enfermos estaban colocados formando un círculo; un grito unánime me hizo comprender que El había llegado; oí su voz que dirigía palabras de consuelo a los enfermos; miré por todas partes y no le vi; quise andar y abrirme paso y me encontré sin movimiento, pero lo que más me angustiaba era no verle, no pudiendo explicarme por qué a todos los veía menos a EL.

-¿Qué tienes? ¿por qué no vienes?-me preguntó con dulzura el hombre-Dios.

-Porque no puedo, Señor, porque no puedo, porque estoy sin movimiento y lo que es peor aún, os oigo, pero no os veo. Señor, ¿me he quedado ciega?

-Ciegan todos aquellos que se entregan a la idolatría; tú me idolatras, y por eso no me ves, porque yo no quiero idólatras de mi figura, quiero trabajadores para mi obra de redención. Di al que te envía que todo lo sé, que por mí no se preocupe, que la hora se acerca de grandes trastornos, que me prenderán para conmover al mundo, no para conmoverme a mí, porque al venir a la tierra sabía todo el camino que tenía que recorrer, sabía que sin el martirio mi obra no tendría cimientos; vuelve al lugar de donde has venido y dile al que te envía, que no dé un paso por mí, que en su día ya nos encontraremos todos, y cada cual a su tiempo cumplirá con su deber."

CAPÍTULO XII

Las palabras del hombre-Dios resonaron mucho tiempo en mis oídos, mucho, y como no le había visto teniendo vista, la impresión fue más profunda y más duradera y más dolorosa, porque yo no podía resignarme a no verle, era un sacrificio superior a mis fuerzas y a mi voluntad. ¡No verle...! ¡no verle, yo que le quería tanto! ¡tanto...! ¿Por qué todos eran más felices que yo? ¡ingrato...! ¡ingrato! ¿Acaso quiero yo al hombre? quiero su ambiente, quiero su alma, todo lo que es EL, menos su cuerpo, su cuerpo no; me parecería la profanación más espantosa considerarme digna de acercarme a EL; mi afán es otro, mi deseo es más grande, más puro, más inmenso; ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡yo no puedo vivir sin EL...!

¡Cuánto sufrí! ¡cuánto! ¿Pasé allí la noche? ¿pasé algunos días? no lo sé, no se puede medir el tiempo que se llora, y lloré mucho; en torno mío acampaban otras gentes que se preparaban para volver a sus lugares, pero alguien dijo:

Los que se quieran ir deben correr mucho si no quieren que les alcance la tormenta, porque esas nubes tan negras por un lado y tan rojizas por otro, anuncian

una lluvia torrencial; sálvese el que pueda, pero no ha de correr, ha de volar.

Los más jóvenes, los más ágiles, los más animosos, corrieron a la desbandada, pero los débiles, los achacosos y los ancianos, procuran guarecerse lo mejor posible en las cavidades de las rocas; yo fui de estos últimos, no podía moverme; el dolor me tenía anonadada y tanta era mi pena, que murmuré con dolorosa satisfacción:

Se acerca la tormenta, dicen que será horrible, yo no puedo moverme, si me arrastra el aluvión, mejor, así acabaré de una vez, ¿de qué sirvo yo en este mundo? Al formular la pregunta anterior, oí la voz de EL que me decía:

¡Anda, egoísta!, ¡anda!, ¿no decías que querías obras en mi nombre? pues obra.

Al oír su voz me avergoncé de mi flaqueza, le pedí perdón con mis lágrimas y me refugié a tiempo bajo unas peñas. La tormenta de la naturaleza estaba en consonancia con la tormenta de mi alma; ¡qué lluvia tan copiosa! parecía que las nubes habían recogido el agua de todos los mares del universo, y que la tierra iba a desaparecer arrastrada por la impetuosa corriente de aquel mar que se precipitaba destruyendo cuanto hallaba a su paso.

¡Qué lucha sostenía mi espíritu! cuando el rayo iluminado el espacio, mi cuerpo sentía violentísimas sacudidas y con íntimo placer, decía:

Lo que es hoy sucumbo; mas por otra parte no quisiera morir sin volverle a ver. Y escuchaba su voz que me decía:

Te quiero adorando a la humanidad, no adorándome a mí; quiero que me quieras, no que me adores.

Esto decía El, que no le adorara, y yo no podía menos que adorarle; y ante la idea de no volverle a ver me desesperaba; tanto es así, que cuando pasó la tormenta, cuando brilló el sol y los caminos quedaron en disposición de transitar por ellos, en lugar de volverme a la ciudad, me decidí a seguir a las gentes que iban en busca del hombre-Dios; entre las muchas familias que se dispusieron a ponerse en marcha, me fijé en una compuesta de un matrimonio y una niña de pocos años que no podía andar; el padre era anciano, la madre era más joven, pero los tres parecían enfermos; me acerqué a ellos y entablamos conversación; el anciano estaba muy desanimado y me dijo con tristeza:

He llegado tarde, como mi hija no puede andar y mis fuerzas son escasas para sostenerla en mis brazos, entre su madre y yo la hemos traído y llegamos cuando el Profeta ya se había marchado; hay que andar mucho para llegar al punto donde el Profeta descansaba, así es, que desisto de ir en su busca, y que los dioses vengan en mi ayuda para que sane mi pobre hija.

-¿Los dioses? los dioses no harán lo que hace el hombre-Dios, ¿Qué tiene vuestra hija?

-Que no puede andar.

Yo entonces recordé al hijo del gobernador, al hermoso Abelín, y sintiéndome impulsada como entonces me acerqué a la niña que estaba echada en el suelo, apoyando la cabeza sobre las rodillas de su madre, y mirándola fijamente la dije:

-¡Levántate...! levántate y anda.

La niña me miró con asombro y trató de levantarse; consiguió sentarse, yo

le cogí las manos y la dije con imperio:

-¡Levántate y anda!

Y la niña se levantó aturdida diciéndome al verse en pie:

-Suéltame.

Solté las manos y la niña loca de alegría dio algunos pasos, abrió los brazos y cayó al suelo, dándonos a todos un gran susto. Yo me quedé ano nadada, el padre me amenazó con el puño cerrado, diciéndome:

-Sí mi hija se muere te haré pagar cara su muerte.

La madre lloraba en silencio y la niña se sonreía; yo a pesar de mi espanto, pensé en EL, le pedí ayuda y nuevamente me acerqué a la niña diciéndole:

-¡Levántate y anda! ¡EL lo quiere!

Y la niña se incorporó con presteza, dio algunos pasos, y se arrojó en mis brazos diciéndome con la mayor ternura:

-¡Alma mía! ¡te lo debo todo! ¡ya estoy buena!

Su padre quedó pasmado, miraba andar a su hija, y no podía creerlo, extendiendo los brazos para que no se volviera a caer, pero la niña rechazaba su apoyo diciéndole:

-Déjame, déjame, ¡ya estoy buena! Y me abrazaba de nuevo y volvía a correr.

Mucho hablamos el anciano y yo del hombre-Dios, y tanto hablé que al fin se decidió a ir en su busca, y por más que él decía:

-Si ya has curado a mi hija, ¿a qué he de ir? a mi no me curará porque el peso de los años sólo se aleja con la muerte. Mas yo estaba tan contenta de haber encontrado aquella familia, que le dije:

-Si tanto agradecéis la curación de vuestra hija, dadme una prueba de vuestro agradecimiento acompañándome hasta que le encontremos.

Accedió el anciano a mis súplicas, y unidos a otros muchos, emprendimos el camino; la niña no quería separarse de mí y sus padres la miraban embelesados; los que nos acompañaban al enterarse de lo ocurrido me miraban con respeto, con veneración, y seguimos tranquilamente la jornada hasta llegar a un punto donde había un sendero muy estrecho, al borde de un abismo; siguiendo aquel atajo, se acortaba el camino de tres partes, dos, pero era tan peligroso que ninguno quiso ir por él, sólo yo me empeñé en ganar tiempo; la niña decididamente dijo a sus padres:

-Yo no me quiero separar de la que me ha salvado la vida, con ella quiero ir al fin del mundo. El anciano no estaba conforme con el parecer de su hija, pero su pobre madre, sí, y él, entonces, no tuvo más remedio que ceder. Ninguno quiso seguirnos y los cuatro seguimos por el desfiladero uno tras otro. Era tal el delirio, el frenesí, el deseo que tenía mi alma de acortar el camino para llegar más pronto al lugar donde El se encontraba, mejor dicho, donde llegaría que no me paraba a reflexionar como lo hacía el anciano, que al poco tiempo de ir por aquella senda tan estrecha y tan peligrosa, me dijo:

-Mujer, detente, detente, porque yo no puedo más; no sé si los buenos genios te acompañan, porque en realidad has curado a mi hija, mas aquí creo que todos pereceremos porque no hay sitio ni para reposar, y mis piernas se doblan y mis sienes parece que sirven de yunque a seres invisibles que me golpean.

Al oír esas palabras me conmoví profundamente, reconocí mi locura y

pensando en El, le dije al anciano:

-¡Miradme y os haré volar!

Y volviéndome-no sé cómo-apoyé mis manos en sus hombros mirándole fijamente al mismo tiempo que le decía con íntima convicción:

-Tú llegarás sano y salvo, porque El lo quiere, ¿oyes? El lo quiere, y lo que El quiere, es justo. El anciano se estremeció y murmuró:

-Parece que por mis venas se precipita nueva sangre, mujer, no sé lo que eres, pero tus obras son buenas: estoy más fuerte, sigamos.

Efectivamente, no se volvió a quejar, pareciéndole imposible cuando concluimos de pasar el desfiladero, que él hubiera podido pasar por allí: yo también miré con asombro el insondable abismo en cuyo estrecho borde habíamos estado tan expuestos a morir, pero, ¿qué importaba todo lo pasado, si habíamos ganado muchísimo terreno?, fuimos de los primeros que llegamos al lugar donde esperaban al Enviado; el anciano contó a varios lo que le había sucedido en el camino conmigo, y la curación de su hija, y cundió la voz inmediatamente si yo era El, pues contaban que se aparecía de distintas maneras, ¡cuánta era la ignorancia de aquellas gentes!, confundían la luz con la sombra, el ser más grande que ha pisado la tierra, con la mujer más débil y más pecadora.

Se esperaba que llegasen muchísimos enfermos; allí como en todas partes, tenía El muchos enemigos, muchos adversarios, y éstos decían: A ver si el profeta curará a un ciego de nacimiento.

Llegó éste, que era un hombre de mediana edad, de rostro simpático, me acerqué a él y le dije:

-¿No veis nada?

-No, a poco de nacer quedé ciego, pero dicen que hay un hombre que hace milagros y vengo a ver lo que hará conmigo.

Sin darme cuenta de lo que hacía, puse mis manos sobre sus ojos y le dije pensando en El:

-¿Qué ves?

-¡Ay!, no sé, pero no estoy en la obscuridad, no puedo explicarme, pero no estoy como antes.

-Mira, mira bien; y delante de sus ojos desmesuradamente abiertos, puse mis manos a corta distancia; el ciego lanzó un grito y se levantó gritando:

-¡Veo una mano...!, ¿quién eres, mujer? ¿quién eres?

Otros se levantaron haciendo lo que yo hice, pero el ciego no veía más mano que la mía; esto dio lugar a muchos comentarios, y unos decían que yo sería una de las muchas que El había seducido y enseñado a engañar, y otros que los buenos genios me habían elegido para curar en nombre de los dioses; todos hablaban a la vez, discutiendo algunos tan acaloradamente que parecía que se iban a destrozar los unos a los otros; el anciano que me había seguido hablaba muy bien y refiriéndose a El, decía con gravedad: es indudable que grandes trastornos veremos, porque parece que los dioses caen y que Dios se presenta a los hombres con toda su imponente majestad. Todos los que le han visto dicen que sus ojos despiden luz, cuya luz ilumina al mundo. Al oír esto, yo decía con amarga tristeza: ¿por qué lo que ilumina al mundo a mí me ciega...?

Mucho hablaron todos, mucho, hasta el momento que El se presentó... ¡qué

murmullo de admiración resonó entonces!, gritos de aclamación, voces entrecortadas por los sollozos pidiendo misericordia; lamentos de los enfermos exigentes que todos querían ser los primeros, aullidos (no encuentro otra frase) de los tullidos que desde sus camastros gritaban:

-Ven no te olvides de mí. ¡Ah! ¡si yo pudiera levantarme! ya vería si todo es verdad.

Aquello era una confusión indescriptible; a tal punto llegó, que El dijo con severidad a los que no dejaban dar un paso:

-Apartaos, no me encerréis en tan estrecho círculo, vengo a vosotros para daros luz, para curar vuestros cuerpos e iluminar vuestras almas: iré a todos los parajes donde resuene un grito de dolor. ¡Padre mío! ¡Padre mío!, todos me queréis y sin embargo, no me entendéis; mis palabras resonarán siempre, pero ahora... ahora no encontrarán eco, porque los que ahora me seguís, seguiréis siendo tan egoístas como antes; abridme paso y sanaré los cuerpos ya que no puedo sanar las almas.

La multitud le obedecía por un momento, ensanchaba el círculo y El avanzaba, pero era tal la atracción del hombre-Dios, que no había medio de alejarse de El; imposible el que conseguía estar cerca de El, no podía moverse. Yo no le veía, pero apoyada en el anciano me abría paso y me acercaba a El todo lo posible; mi compañero que nunca le había visto, me decía:

-Tienes razón, el cielo se ve en sus ojos, todo él es hermoso, pero su frente y sus ojos son admirables.

Innumerables enfermos recibieron de El consuelo y vida; sanó al ciego; llegó a la casa de una mujer que según decían era víctima de los malos genios... la infeliz se retorcía como una serpiente hambrienta; una convulsión horrible la destrozaba, y El acercándose a ella, le dijo con dulzura: ¿Me conoces? La mujer le miró asombrada, se acercó más a El y murmuró:

-No creo que te haya visto nunca y creo que te he visto siempre.

-Mujer, mujer, ¿porqué te empeñas en vivir esclava? has pecado, pero has sufrido, y sana quedas.

-¡Dios mío!... Tú eres mi Dios. Y la mujer se postró en tierra.

-No, tu Dios y el mío está en la naturaleza; levántate, mujer, no quiero esclavos; acuérdate siempre de mis palabras: mientras ames, serás libre cuando odies, serás esclavo.

Es imposible detallar minuciosamente las curas que hizo en aquel lugar y las palabras que pronunció; era tal el entusiasmo de la multitud, que se disputaban llegar hasta El para coger los pliegues de su túnica y aplicarlos si podían a sus llagas; El entonces les decía: "-No vengo únicamente a curar cuerpos, vengo a dar luz a las almas; no os acerquéis tanto a mí, si esto no es lo que yo quiero, no me sigáis, pero en cambio, id en mi nombre y haced el bien; yo necesito generaciones que piensen, no generaciones que crean. La humanidad de rodillas siempre será esclava, y yo quiero a la humanidad de pie, mirando al cielo. ¡Id! volad con vuestras bondades, pensad en mí, pedid y de buena fe os daré inspiración, calor y vida. Trabajad en mi nombre, trabajad, corred en todas direcciones, ayudadme en mi obra, que es la obra de los siglos".

Cuando El hablaba todo se iluminaba, las multitudes por harapientas, por

repulsivas que fueran, por su ignorancia, parecía que se transfiguraban; todos aquellos seres levantaban la cabeza, miraban al cielo, y la luz de la inteligencia brillaba en sus ojos; el anciano que me acompañaba parecía rejuvenecido, yo lo veía todo, todo... menos a El y tanto era mi pena y mi angustia, que hubiera caído en tierra si mi compañero no me hubiera sostenido; lágrimas de fuego quemaron mis mejillas y oí la voz de El, que me decía con ternura, con aquella ternura que tanto daño y tanto bien me hacía: "¡Cómo me sigues para buscarte disgustos! ¿por qué me sigues? ¿por qué? ¡si tienes tanto que hacer...! ¿qué, tiemblas por mi muerte? si no se muere nunca, mujer, si viviremos eternamente; desanda el camino andado, no sigas mis huellas, que otros tienen que seguir las tuyas".

Mientras El hablaba, yo me sentía morir y renacer a la vez, pero sufría tanto no pudiéndole ver, que tomando una rápida resolución, le dije con profunda amargura:

-Te obedeceré, no vendré en tu busca, la luz de tu espíritu me ciega y yo no quiero vivir sin verte. ¡Adiós! ¡Adiós hermoso sueño de mi vida! ¿dónde iré, Dios mío? ¿dónde iré?

-A trabajar replicó El con imperio.

Quedé como anonadada, pero dispuesta a no seguirle, porque sufría horriblemente; la multitud se fue alejando, y El, seguido de otros muchos, se dispuso a marcharse, según me dijo el anciano; entonces sentí el vértigo de la desesperación, y loca, frenética, le dije al anciano:

-¿Has oído lo que ha dicho el hombre-Dios? a ti te habló directamente diciéndote que tú también podías hacer el bien en su nombre, porque si llevas sobre ti el peso de los años, también llevabas la dulce carga de tus virtudes, que te servían de contrapeso.

-Yo he salvado a tu hija; por Dios te pido que emplees toda la voluntad de tu agradecimiento en hacerme ver al hombre-Dios, siquiera por un momento.

-El anciano dominado y exaltado por todo lo que había visto y oído, sintiendo indudablemente lo que no había sentido jamás, me colocó en el mismo camino por el cual se alejaba lentamente, levantando su diestra sobre mi cabeza, dijo así: "Que el poder de mi inmensa gratitud te haga ver lo que deseas". Y vi, sí; vi pero no vi nada de la tierra; los caminos, los valles, los cerros, todo desapareció de mi vista; en cambio vi una mar de luz; el oleaje lo formaban innumerables soles; el cielo, que a lo lejos se unía con aquel mar de fuego, también era luminoso, pero de tonos muy distintos, porque era una luz blanca, suave, parecía que muchas gasas plateadas cubrían el fondo azul del firmamento; las olas luminosas levantadas montañas de espuma que tenía los colores del iris, y tan altas fueron, que tocaron al cielo y éste se abrió y vi un camino, (no es esta la frase, pero en vuestro lenguaje no hay otra), vi un camino muy ancho; en él brotaban flores hermosísimas que yo nunca había visto, flores maravillosas, y con tal profusión que bien se puede decir que era aquello un mar de flores; de pronto las flores se inclinaron y se inclinaron porque El avanzaba, como si ellas quisieran saludarle. El al pasar extendían los brazos y las flores levantaban sus corolas y esparcían embriagador perfume y crecían sus tallos como si buscaran la luz que irradiaba en los ojos del hombre-Dios. El no estaba triste como en la tierra, no; se sonreía como no le había visto nunca sonreír; se detuvo y las flores crecían buscando la luz de sus ojos... ¡qué cuadro

más admirable! ¡más encantador! todo era luz y vida, todo era belleza indescriptible. El miró a un punto que yo no pude ver y con voz armoniosa, exclamó: "¡Paz en la tierra a los hombres que quieran trabajar...! ¡Paz en la tierra a las mujeres que quieran ser virtuosas...!"

CAPÍTULO XIII

El eco de su voz harmoniosa resonó mucho tiempo en mis oídos, mucho; después cuando me di cuenta de que existía, escuché las cariñosas frases del anciano, que me dijo:

-Es preciso que continuemos nuestro camino.

Anduvimos largo trecho y llegamos ante el desfiladero; el anciano, entonces, miró con tristeza el peligroso sendero y murmuró con desaliento:

-No me encuentro con valor para exponerme de nuevo; Dios, con ser grande, no quiere que sus hijos abusen de sus fuerzas; las mías están gastadas con tantas emociones: tú sigue tu camino que yo me vuelvo a mi hogar.

-Entonces faltáis a vuestra promesa; al salvaros a la niña me dijisteis: Ya tienes familia que te seguirá donde tú vayas.

-Se habla muchas veces sin saber lo que se dice.

-Pues dejadme vuestra hija, ¡necesito tanto de cariño y de consuelo!

-Mujer, tú deliras, no le pidas a un padre que se separe de su única hija, porque pides un imposible.

Yo comprendía que mi petición era imprudente, pero... ¡estaba tan sola!, tenía tanta necesidad de cariño, que lloré amargamente cuando besé a la niña por última vez; ellos también lloraron, pero... se fueron y yo quedé a la entrada del desfiladero. ¡Qué hermoso parece el abismo cuando el alma está sola...! Un redentor podrá redimir un mundo, y sin embargo, no consuela a un alma; la mía estaba inconsolable al perder la esperanza de verle y de oírle; me quedé sin aliento, es verdad que le había visto en un mar de flores, es verdad que sus palabras resonaban en mi corazón, pero, ¡estaba El tan alto...! ¡tan lejos de mí...! ¡Ay!, mientras más pensaba en su grandeza, más se aumentaba la distancia que me separaba de El. ¡Nunca le alcanzaré! ¡nunca...! entonces, ¿por qué se acercó a mí...? ¿también los redentores son crueles...? ¡cuánto sufría!, ¡cuánto, miré el abismo! y dije con ironía: la muerte no consuela al espíritu, pero... con la muerte, mi cuerpo servirá para alimento de algunas aves y nada quedará de mí; perder algo de mi ser, ya es ganar algo; probemos. Y emprendí mi marcha creyendo buenamente que me despeñaría en el abismo, pero no fue así; llegué a la llanura sin saber cómo, y caí desplomada creyendo que había llegado mi última hora; perdí el habla, pero no el oído; la vista material, pero no la del alma, y creí que al fin habían terminado por entonces mis amarguras; mas no fue así; sentí que unos brazos robustos me levantaban, y que una voz viril decía:

-¡Pobre mujer!, yo creo que no está muerta.

-No, no-dijo otra voz, el agua la reanimará.

Me llevaron a un manantial cercano, y efectivamente, consiguieron su humanitario deseo de volverme a la vida; abrí los ojos y vi a dos hombres del pueblo que me miraban compasivamente; uno de ellos dijo:

-¿Ibas en busca del hombre que hace milagros?, nosotros vamos también,

si quieres iremos juntos; dicen que hace milagros y prodigios, que da vista a los ciegos y agilidad a los tullidos.

-Ya lo he visto y no me ha curado; id vosotros si tenéis fe.

-¿Y no te ha curado?

-Mi enfermedad es incurable, porque no se cura el vacío del alma, pero las otras dolencias las cura; tanto es así, que no es necesario correr a su encuentro, basta invocarle. El transmite su poder (que es la savia del bien) a todos aquellos que con fe le llaman.

-Mejor es verlo, sólo nos asusta pasar el desfiladero.

-Pensad en El y seréis salvos.

-¿Lo crees así?

-Lo creo, y además, vosotros me habéis vuelto a la vida, y yo os pagaré favor por favor; yo también sé curar, y mi voluntad os dará aliento para que no tengáis el menor desfallecimiento; id, que no os bambolearéis, andad, andad, pensad en El y en mi.

Los dos hombres me miraron asombrados, pero dominados por mi voluntad pasaron el desfiladero sin vacilar; cuando los vi fuera de peligro, murmuré con tristeza:

¡Dichosos ellos que van a verle y hablarle! ¡dichosos los que pueden alcanzar tanto bien!, yo también he vivido mucho tiempo con esa esperanza,"hoy... todo ha concluido para mi. No quiero ni verle ni hablarle, ¿para qué...? para qué, ¡si El no me quiere…! yo le llamo el hombre-Dios, y... no, no es Dios; por eso no me quiere porque no es Dios, si fuera Dios me querría, porque Dios debe ser todo amor, todo misericordia, y el Profeta, el Enviado es cruel para mí, para mí ¡que le he querido tanto...! ¡Cuánto cuesta renunciar a toda esperanza!, ¡cuánto pesa la vida cuando en nada se espera...! en fin, volveré a la ciudad, allí tengo albergue, y corriendo por el mundo todo me falta, no encuentro más que desvíos y desengaños, ya no me moveré más, no; terminaron mis viajes, tengo necesidad de reposo. Y aligeré el paso cuando pude para llegar más pronto a la gran ciudad. Nunca me parecieron sus muros más hermosos; miré con cariño sus torreones y entré presurosa hasta llegar a mi morada; a poco de haber llegado, recibí aviso del gobernador y pasé en seguida a verle; me recibió con cariño, me miró fijamente y me dijo con tristeza:

-¿Qué tienes? tu semblante está muy marchito.

-He sufrido mucho, muchísimo.

-¿Le has visto? ¿le has hablado?

-Le he hablado, pero no le he visto.

-No te entiendo, mujer, no te entiendo.

-Pues es muy sencillo; cuando estoy cerca de El, lo veo todo, todo lo que me rodea, menos a El, ¡porque El no quiere que le vea! ¡se ha cansado de mí...! ¡también los redentores son ingratos!

-Es muy extraño lo que me cuentas.

-Pero muy cierto; he oído cuanto les ha dicho a los enfermos, y a los demás que le rodeaban; he oído las palabras que me ha dirigido, aconsejándome que no siga sus huellas porque otros tienen que seguir las mías, y tanto me desesperé al ver que tenía que renunciar a la dicha de ir con El, que pedí a Dios verle un solo

momento, uno sólo... Y le vi, pero, ¡de qué modo le vi!

-¿Cuándo le viste?

-¡Ay! muy lejos, entre nubes, entre mundos, vi un mar de fuego; el oleaje lo formaban innumerables soles; el cielo que a lo lejos se unía con aquel mar incandescente también era luminoso, pero de tonos muy distintos, porque era una luz suave, blanca, parecía que muchas gasas plateadas cubrían el fondo azul del firmamento; las olas luminosas levantaban montañas de espuma que tenían los colores del arcoiris, y tan altas fueron que tocaron al cielo, y éste se abrió y vi un camino muy ancho; en él brotaban flores hermosísimas, flores maravillosas y con tal profusión que bien se puede decir que era aquello un mar de flores; de pronto, las flores se inclinaron y se doblegaron porque El avanzaba, como si ellas quisieran saludarle. El, al pasar, extendía los brazos y las flores levantaban sus corolas y esparcían embriagador perfume, y crecían sus tallos como si buscaran la luz que irradiaba en los ojos del hombre-Dios. El no estaba triste como en la tierra, no; se sonreía, como no le había visto jamás sonreís; se detuvo, y las flores crecían, si, crecían buscando la divina luz de sus ojos; ¡qué cuadro más admirable! ¡más encantador! todo era luz y vida, todo era belleza indescriptible. El miró a un punto que yo no pude ver, y con voz harmoniosa exclamo: -"Paz en la tierra a los hombres que quieran trabajar…! ¡Paz en la tierra a las mujeres que quieran ser virtuosas...!" Me impresionaron tanto sus palabras, que no me di cuenta de nada, mas, dejé de ver, pero no de oír, y mientras más escuchaba sus frases, más me convencía de que entre El y yo, hay una distancia tan inmensa, que ni El descenderá hasta mi, ni yo ascenderé hasta El, y este convencimiento me anonada.

-Déjate de anonadamientos, mujer, que aún tienes mucho que trabajar en la tierra; por lo pronto, hay un sentenciado a muerte que pide verte, y a todo el que quiere oírle le habla de ti.

-¿Quién es ese hombre?

-Arael, el terror de los caminantes, el genio del mal encarnado en ese miserable, que ha cometido más crímenes que cabellos cuenta en su abundante cabellera.

-¿Y al fin se ha dejado coger?

-Se puede decir que él se ha presentado, contrito y confeso.

-Arael ha tenido en su corazón un mundo de deseos jamás satisfechos, ha vivido como yo, solo y abandonado, y ahora no le importa morir porque tendrá quien le llore.

-¿Y eres tú la encargada de llorarle?

-Si, porque merecen ser llorados hasta los seres más abyectos de la tierra; se sabe la continuación de muchas historias, pero no su principio, no el primer paso dado en la senda del crimen; muchos caen porque no encuentran una mano compasiva que los detenga.

-Tienes razón; pues bien, ese infeliz quiere verte.

-Y yo iré a verle en cuanto me lo permitáis.

-Espera un poco, que no es fácil como tú crees visitarle en su prisión, porque Arael no es un criminal vulgar, es un agitador del pueblo; dice que vio nacer al hombre-Dios; cuenta cosas maravillosas, cuenta su conversión al bien; dice que el Profeta, de tigre lo ha convertido en cordero; entusiasma al pueblo con sus

narraciones, y los habitantes de muchas aldeas se han ido tras él, para escuchar lo que cuenta del hombre-Dios; así es, que su captura se considera como asunto muy importante; está incomunicado, para que en la prisión no haga propaganda, y por eso veo muy difícil que lo puedas visitar por ahora.

-Pues yo insisto más que nunca en verle, señor: que me acompañen vuestros soldados, que me lleven atada si queréis, pero que él me vea, porque tenemos hecho un pacto; no creáis que hay en este pacto miserias terrenas, no; nos hemos jurado protección mutua en la otra vida y en las postrimerías de ésta; él morirá pronto, yo no tardaré en seguirle; de dos condenados a muerte nada hay que temer, dejadme verle, señor, dejadme, señor.

-No seas impaciente, para todo habrá tiempo; Arael no morirá tan pronto, porque toda la atención está fija en el hombre-Dios; el rey lo entrega a los sacerdotes, y éstos ansiosos de devorar su presa, no perdonan medio ni ocasión para amontonar calumnias e inventar infamias; muchos hombres pagados, muchos, siguen al Profeta aclamándole y vitoreándole, para luego decir que le abandonan porque los pervierte, porque les enseña todos los vicios, todas las inmortalidades, todas las impurezas que puede enseñar el ser más degradado y más envilecido: los sacerdotes se reúnen muy a menudo para cambiar impresiones y formular la acusación más inicua, para perder a un inocente. Ahora bien, ¿esta cuestión no te parece más importante que la prisión y muerte de Arael?

-Para el mundo, para la sociedad, desde luego interesante mucho mas la persecución del justo, que el castigo de un criminal; pero yo, que pertenezco a los caídos, que no puedo levantar mi frente entre las gentes honradas, que no puedo ver al hombre-Dios, porque El no quiere que le vea, para mi es de gran interés la prisión y muerte de Arael; es de los míos, es de los caídos, es de los vencidos, es de los regenerados por el hombre-Dios; entre Arael y yo, hay análogas circunstancias.

-No, mujer; tú perdiste tu cuerpo pero no tu alma; si tu infancia fue impura no tuviste la culpa de ello; pero tú no has matado a nadie, tú no has hurtado cuando comprendiste que era malo hurtar, y Arael ha persistido en el mal años y años.

-Por eso vale tanto su conversión al bien, y por eso necesita más consuelo, porque ha sido más horrible su enfermedad; cuanto de más hondo se asciende, más falta hace que le ayuden a uno a subir, yo lo sé por mí, y por eso quiero consolar al criminal arrepentido; en cambio, el hombre-Dios nos dice que procuremos por nosotros, que a él le prenderán cuando él quiera que le prendan.

-Será todo lo que tú quieras, pero yo no olvido que le debe la vida, de mi hijo, y cumplo con mi conciencia haciéndole saber que lo persiguen; en cuanto a tu criminal arrepentido, ya le verás, pero no hoy ni mañana; alguien te espera con los brazos abiertos, ¿no lo adivinas? ¿no te figuras quién pueda ser?

-¡Ay! no; ¿quién puede esperarme?

-Yo-gritó Abelín que se arrojó en mis brazos y me besó en la frente muchas veces, después me miró de hito en hito y me dijo con enfado-: Siempre que te vas vuelves más fea, y yo no quiero que te pongas fea; estas mejillas (y me las tocaba) están quemadas por el aire, por el sol, y por el llanto, tú debes haber llorado mucho, ¿verdad que sí? no me engañes, dime la verdad: ¿has llorado?

-Sí, hijo mío; sí, he llorado a mares.

-Si, se te conoce, sí, vienes muy fea, y yo quiero que estés muy hermosa,

porque quiero que no te separes de mí; cuanto te vas me da miedo de ponerme enfermo, porque si tú no estás ¿quién me curará?

-En cuanto a eso no tengas miedo alguno, tú nunca estarás enfermo.

-Nunca, ¿lo crees tú así?

-Lo creo, lo sé.

-Bien, bien, vente conmigo, para no irte más, estoy triste sin ti. Y Abelín me abrazó de nuevo, y se puso a jugar con mis cabellos. Su padre nos miraba embelesado, diciéndome en voz baja:

-No nos dejes, no; mi hijo te necesita.

¡Cuánto me conmovieron aquellas palabras!, ¡un ángel me necesitaba!, ¡qué buenos son los niños! bien decía Ángel, *dejad venir los niños a mí, que son los limpios de corazón.* Abelín tiene razón, aquí me quieren y no me ciegan, no debo moverme de aquí.

Llegó la hora de alimentar el cuerpo, y cuantos me vieron a la mesa me agasajaron, especialmente Abelín, que repartía sus besos por igual entre su madre y yo.

Cuando me retiré a mi aposento y me acusé, noté que la completa obscuridad que antes reinaba en mi estancia, se había trocado en una dulce claridad crepuscular, claridad que fue aumentando como si la aurora se acercara en su carro de fuego; miré al techo y éste había desaparecido, puesto que veía el firmamento sembrado de estrellas.

¡Dios mío!, ¿estaré loca? tan pronto no veo nada como veo lo que los otros no ven, ¿por qué unas veces veo lo desconocido, y otras me ciegan?

Ciegan los que lo quieren todo, ciegan los exigentes, ciegan los desagradecidos, dijo una voz en la que reconocí la voz de Arael.

-¡Dios mío!, ¿has muerto? ¿cómo me hablas desde tan lejos?

-Porque mi cuerpo duerme y mi alma vela, vela buscando el bien, y como para mí, el bien eres tú, por eso vengo a recordarte tu promesa, porque la hora se acerca de mi muerte y quiero verte en el momento de expirar para llevar tu imagen en mi mente y no separarme de ti. ¿Te acuerdas de nuestro pacto sellado con un beso?

-No lo olvido, no.

-¡Cómo tiemblas!, ¡pobre hoja seca!, tantas emociones no puedes resistirlas, y sin embargo; ¡cuántas te quedan aún que experimentar!

-Se presentan obstáculos para visitarte en la prisión, ¿nos podremos comunicar así?

-No lo creo, mas no temas, nos veremos cuando menos lo esperes, tengo tantos deseos de verte, que te veré. Adiós.

La claridad se fue amortiguando, y me quedé profundamente dormida. Pasaron algunos días sin poder visitar a Arael; el gobernador no se ocupaba de otra cosa que del complot sacerdotal; una tarde vino y me dijo:

-Ven, quiero que veas y oigas a los calumniadores del hombre-Dios.

-Me llevó al templo por un camino subterráneo, y me hizo subir muy alto, nadie podía verme y yo lo dominaba todo; allí me dejó diciéndome:

-No temas, yo vendré por ti, conviene que te enteres de tanta infamia.

Yo agradecía el afán del gobernador porque yo me enterase de todo, para si

preciso fuera darle aviso a El; pero recordaba sus frases y del modo que le vi la última vez, y decía entre mí:

Si El todo lo ve, si El todo lo sabe, si El ascenderá a los cielos entre soles y flores, ¿qué le pueden importar los trabajos de los reptiles? Nada, absolutamente nada; lástima de tiempo el que aquí perderé; cuánto mejor aprovechado sería visitando al criminal arrepentido, al pobre Arael, ¿qué escucharé aquí? Infamias, infamias nada más.

Fueron entrando los sacerdotes revestidos con sus mejores vestiduras; cuando llegó el jefe supremo, comenzó la sesión, en la cual, por mucho que yo esperaba oír iniquidades, la realidad superó a todas mis suposiciones. Aquellos hombres con su magnificencia, con sus lujosísimas vestiduras, parecían dioses engañando a la humanidad; esto parecían los grandes sacerdotes; dioses parecían; dioses parecían por las telas riquísimas que los envolvían, por las piedras preciosas que adornaban sus trajes, pero los hombres despojados de su atavío, parecían tigres hambrientos, hienas rabiosas, leones enfurecidos sedientos de carne humana.

Todas las acusaciones las encontraban débiles, todas las monstruosidades que inventa la calumnia, eran cuentos sencillos; se necesitaba más, mucho más, para derribar al coloso; entre los sacerdotes había un anciano que nada decía, y al preguntarle qué cargos tenía que hacerle al perturbador del pueblo, él contestó con la mayor serenidad:

-Ninguno, porque no le conozco; cuando él vino no le vi, y lo que dicen que dice no es bastante para que yo formule una acusación en toda regla; los que han visto sus hechos, no son testigos de toda mi confianza, y mi conciencia necesita testigos oculares; he de ver yo para juzgar.

-La conciencia no necesita testigos de ninguna especie-replicó el sumo sacerdote-sois parte del cuerpo sacerdotal y por consiguiente nuestra causa es la vuestra.

-Es que vuestra causa es el odio, el odio sacerdotal que es el más horrible, del cual no participa mi alma porque mi alma necesita un río de amor para calmar su sed y no puedo odiar a nadie; por lo tanto, yo no odio a ese hombre, y propongo que se le llame, que se le pregunte, que se le oiga y después...

-Y después-contestó el sumo sacerdote-que muera; la institución religiosa es lo primero, sálvese la institución y muera el hombre osado que pretende derribar los altares de los dioses.

Cuando el gobernador volvió por mí, le dije con amargura:

-¿Y esos hombres son los intérpretes de la voluntad divina de los dioses? pues en verdad os digo, que si la justicia imperara en la tierra, todos esos sacerdotes debían morir de muerte violenta; ¡qué modo de calumniar! ¡qué modo de mentir para condenar a un inocente!, ¡qué leyes tan injustas son las leyes de la tierra!

-Calla, mujer, calla, que las paredes tienen oídos.

-¡Dios mío...! ¡Dios mío!, ¡cuánta iniquidad!

Salí del templo muy triste, no por la muerte que le esperaba a El, pues comprendía que El era superior a todo que entraba en sus planes ser martirizado; sabía que El confiaba en la utilidad de su martirio; yo no comprendía toda la

grandeza de su plan, pero se me figuraba que ocuparme de su suerte era lo mismo que si una partícula luminosa quisiera colocarse junto al sol; ¿qué era yo en comparación de El? ¿de Aquél que vi ascender a los cielos entre soles y flores?

Volvieron a reunirse los sacerdotes, conspirando de nuevo con más bríos, si cabe, que en la sesión anterior; acordaron llamarle y pedirle que volviera a la gran ciudad, y volvió a negarse el anciano sacerdote que escuchaba la voz de su conciencia, a formular acusación ninguna contra el hombre-Dios: pero... ¿qué era un hombre entre ciento? todos le miraron con el más profundo desprecio y todos dijeron a una:

La institución religiosa es lo primero, sálvese la institución y muera el hombre.

¡Cuánta infamia!, ¡cuánta iniquidad!, sufrí mucho escuchando la discusión de los sacerdotes; ninguno de ellos tenía corazón; sólo uno, sólo uno entre tantos, quería ver para juzgar."

CAPÍTULO XIV

Renuncio a describir los tormentos morales que sufrí después de haber asistido a las sesiones de los grandes sacerdotes: el orgullo ciega la razón, muy especialmente a las colectividades religiosas; las palabras de aquellos miserables (que no merecen otro nombre), resonaban continuamente en mis oídos: "Sálvese la institución y muera el hombre, mueran los reformadores y vivan las instituciones de los siglos."

¡Qué horror!-pensaba yo-, estos sacerdotes son más pequeños y más despreciables que yo, y eso que se llaman los ejecutores de la ley de Dios. ¡Cuánta infamia!, ¡con qué sangre fría piensan en la muerte de un inocente! ¡con qué saña persiguen al justo...! y si eso hacen con el que practica el bien y da la salud del cuerpo y del alma ¿qué harán con los demás, Dios mío...? Vendrán momentos crueles, ¿qué haré yo entonces? ¡llorar y llorar en mi soledad! ¿Si me prenderán a mi también...? ¡qué horrible debe ser perecer lentamente en la prisión...! y tan tristes y tan lúgubres eran mis pensamientos, y tan mala influencia ejercieron los sacerdotes sobre mi espíritu, que sentí los horrores del miedo, los espantos del terror, las angustias de los condenados a muerte; todo me asustaba, todo me hacía temblar, todo me producía penosísima impresión, y lo peor era que huía de la gente cuanto me era posible, me pasaba horas y horas en mi aposento sin acordarme siquiera de que tenía que alimentar mi cuerpo, y tanto me debilité, que al fin el gobernador se fijó en mi escuálida figura y a solas conmigo me dijo:

-¿Qué tienes? ¿ya no tienes esperanza? ¿todo está muerto para ti? Su voz me despertó de mi letargo, y le dije:

-Tenéis razón, todo lo veo negro, todo, y vos tenéis la culpa; quisisteis que oyera lo que decían los grandes sacerdotes y desde entonces, no sé que pasa por mi: tiemblo ante sombras que ni toco ni veo, huyo de la gente porque todos me parecen crueles sayones; quisiera morir y no tengo valor para buscarme la muerte, nunca he sufrido tanto, creedme:

-Lo creo, ¿y sabes por qué sufres?

-¿Por qué?

-Porque nunca fuiste tan ingrata como ahora.

-¡¡Yo ingrata...!!

-Sí, tú ingrata, ¿cuándo, como ahora, has olvidado tú a los desgraciados?

-¡Yo...! ¿pues a quién tengo en olvido?

-Al infeliz Arael que continuamente te llama y pide que le den todos los tormentos si con eso ha de conseguir verte:

-Tenéis razón, nunca he sido un ente tan despreciable como ahora, y ahora comprendo mi sufrimiento; me agobia el peso de mi oprobio, me vence y me doblega el peso de mi ingratitud. ¡Dios mío! ¡qué pequeña y qué miserable me he vuelto! pensando y temblando ante la idea de que pudieran prenderme he olvidado al infeliz prisionero que sólo verá la luz del día en el momento de morir. ¡Ah! tenéis razón, me avergüenzo de mí misma, bien hace Aquél en no querer que le vea, ¡los ingratos no merecen ver el sol!

-Déjate de exclamaciones, mujer, no siempre se puede estar en la misma altura; el daño causado puedes remediarlo, ve a verle y consuélate, que es lo menos que se puede hacer por un condenado a muerte.

Agitada, convulsa, muy descontenta de mí misma-que es el peor de todos los descontentos-, me dirigí a la prisión para ver a Arael, ¿para verle? para oírle, se puede decir, porque era tan horrible el lugar donde se encontraba, que la luz del día no penetraba ni poco ni mucho en su sombrío calabozo; en una galería subterránea estaban varios condenados a muerte; una estrecha abertura era el único medio de comunicación que tenían aquellos desgraciados, con sus guardianes, abertura por el cual no se podía ver ni la mitad del rostro del prisionero, ni mucho menos pasar una mano, y confesando mi flaqueza, diré que al verme en aquel lugar se apoderó de mí un miedo horrible y murmuré con espanto:

¡Si me sepultaran en vida...!

-¡Al fin llegas!-exclamó Arael-, ¡cuántos días han transcurrido, cuántos...! es decir, días no, noches, ¡noches interminables! pero has venido al fin y tú no sabes el bien que me has hecho.

La voz de Arael me conmovió profundamente; lágrimas de fuego brotaron de mis ojos, y lloré de vergüenza y de dolor; procuraba ahogar mis sollozos y no podía, y tanta fue mi angustia, que Arael muy alarmado me dijo:

-No llores tanto, mujer, no llores con ese desconsuelo; quiero que me quieras, quiero que me recuerdes y recojas mis restos cuando la ley se cumpla; quiero que cumplas con mi deber recordando nuestro pacto, y recordando también lo que hemos hablado de nuestra vida futura.

-¿Te acuerdas de lo que dijiste en la Granja?

-Sí, lo recuerdo, ¿y qué?

-¿Qué? que viviremos mañana y después y siempre, y llegaremos a ser tú una mujer virtuosa y yo un hombre honrado, que ganaré nuestro pan con el sudor de mi frente, porque tú y yo formaremos una familia; veo en lontananza luz, mucha luz; mi cuerpo purificado por el sufrimiento, formará parte de los cimientos del mañana, guárdalo bien. Acércate, los desgraciados tenemos que estar cerca los unos de los otros, aplica tu oído a la abertura; ¿me querrás mucho? yo presiento que seremos muy felices.

Las palabras de Arael me parecían melodías de los cielos; pero en aquellos momentos supremos, me parecía inicuo engañarle y le dije:

-No sé lo que sucederá mañana; no sé el rumbo que tomará mi espíritu, pero yo quiero decirte la verdad; a ti te amo por compasión, pero toda la fuerza de mi amor es para Aquel que me rechaza y me ciega.

-No me importa que el móvil de tu cariño sea la compasión, porque es lo único que yo te puedo inspirar; que no es todo uno, los hombres con sus miserias y los redentores con sus grandezas. Yo también adoro al que tú adoras, El nos ilumina y nosotros le adoramos; tú me amas del modo que puedes amarme, yo también le he querido sin pensar ni un segundo que amaba a una mujer; ¿qué es tu cuerpo comparado con tu sentimiento? un poco de barro y un raudal de luz, y tu luz es la que yo quiero para que me ilumine. Luchemos, mujer, luchemos, tú hacia la vida llorando y pensando, yo hacia la muerte del cuerpo y la libertad del alma.

-¡Cuánto habló Arael, cuánto! llegó a estar elocuente, tanto, que me consoló y me animó para la lucha, diciéndome por último:

-Ten presente mis instrucciones y nuestro pacto: cuando los cuerpos de los malos caen, las almas de aquellos se levantan buscando luz. Tú ya eres luz, y a ti te buscaré. Adiós, adiós, hasta el día de mi muerte; dile al gobernador que nunca olvidaré la gracia que me ha concedido, que no me importa sufrir todos los martirios que me impongan, ya te he visto, y nada me resta que hacer aquí, con verte en la hora de mi muerte me creo feliz.

Salí de la prisión impresionadísima; llegué a mi morada en muy mal estado; sentía un cansancio tan grande, que me dejé caer en mi lecho porque ni sentada podía estar; recordaba las frases cariñosísimas de Arael, y recordaba al hombre-Dios con su desvío y su desdén; y llorando amargamente decía: ¿Acaso el sol se niega a dar calor a un átomo? ¿también los grandes de los cielos son ingratos? yo desfallezco, ¡Dios mío! yo no puedo más. Y en realidad el sufrimiento era tan superior a mis fuerzas, que enfrenté al fin; quise levantarme y no pude, quise gritar y la voz se ahogó en mi garganta, quise pedir misericordia y mi pensamiento rebelde se negó a implorar lo que creía que de derecho me pertenecía y acusé nuevamente al hombre-Dios, llamándole ¡ingrato...! El gobernador, no viéndome a su mesa a la hora de costumbre, vino a verme; creyó que me moría, y me habló con rigores de mando y dulzuras de ruego; me acusó de ingrata, me dijo que le parecía imposible que fuera yo la misma mujer que había intervenido en la curación de su hijo.

-¡Ay señor! ¿no sabéis que a veces se levantan rocas enormes y no se puede levantar un alma?

-Pero mujer, ¿tan mal estás? ¿qué te falta?

-¡Todo...! porque El no quiere que le vea; no me acuséis de ingrata, yo besaré la tierra que pisen vuestros pies, yo quiero a vuestro hijo con la mayor ternura, perdería mi vida por salvar la suya, pero... al considerar que El me ha condenado a no verle, me siento desfallecer, quiero recobrar mis fuerzas y veo que todas las he gastado ya; dejadme morir, y no me acuséis de ingrata.

Inmediatamente hizo venir a un médico anciano, en el cual tenía el gobernador mucha confianza; el sabio me miró fijamente y me dijo con voz sentenciosa:

-Mujer, muy debilitado está tu cuerpo, pero más debilitada está tu alma. Yo curo cuerpos, pero no almas, yo te daré unas gotas maravillosas, que al tomarlas, hasta los moribundos recobran sus fuerzas; no sé a ti qué efecto te producirán, mi

deseo es que vivas, une tu deseo al mío.

Sacó un botecito de oro y dejó caer en mis secos labios tres gotas de aquel licor precioso; cerré los ojos y al poco rato sentí en todo mi ser una sensación agradabilísima, mis miembros agarrotados se pusieron flexibles, un sudor abundante devolvió a mi piel su calor y suavidad, y emocionada y sorprendida abrí los ojos y miré al anciano que me miraba fijamente.

-Estoy mejor-exclamé con alegría.

-Estás curada, mujer, estás curada; yo lo sé, yo respondo de tu cuerpo sano, ¡así pudiera responder de tu alma! esa continúa enferma, y... dime, mujer, tú tienes ojos de iluminada, dime con lealtad si también te ha alucinado ese hombre prodigioso, que devuelve la vista a los ciegos, y el movimiento a los tullidos.

-Alucinar no es la palabra, señor; yo no estoy alucinada, yo estoy convencida por los hechos, de que ese hombre es superior a todos nosotros.

-¿Dices que te han convencido los hechos? ¿y no sabes que los hechos también se prestan a engaño?

-Los hechos a que me refiero no se prestan a engaño, porque yo misma he tomado parte en ellos.

-¡Tú!

-Yo, sí, señor, yo; pensando en El, pidiendo auxilio, he dicho a una niña tullida: "¡levántate y anda!" y la niña se ha levantado loca de alegría.

-¿Y qué medios empleas?

-Mi voluntad unida a la de Aquel que habla de un solo Dios.

-Ya sé que hay unas fuerzas desconocidas, y puesto que tú las posees, mañana vendrás conmigo y visitarás a una hermana mía, que sufre una postración que yo creo incurable. Al día siguiente vino el anciano por mí, y muy reanimada me dirigí con él a su casa; por el camino él insistió en que yo debía curarme el alma, a lo cual le contesté:

-Cuando el alma llora, no puede curarse a sí misma; las heridas del alma suelen ser incurables.

-¿Y crees tú que otro pudiera curarte?

-Sí; El, porque yo idolatro sus ojos luminosos, el ambiente que le rodea, la magia de su voz, todo su ser; en fin, yo le adoro sobre todas las cosas, porque la luz está en El, y El es la luz.

Llegamos a la morada del anciano, y antes de entrar en el cuarto de la enferma, me dijo seriamente:

-Te advierto que no quiero ningún procedimiento que se parezca al que emplean los Augures; no quiero palabras, quiero hechos como resultantes de fuerzas para mí desconocidas.

Entramos en el aposento de la enferma y vi a una mujer anciana recostada en un diván rodeada de lujosos almohadones; en su rostro se retrataba el sufrimiento, a la vez que la resignación; abismada en sus pensamientos ni se volvió a mirarnos, y como mi acompañante me había prohibido hacer uso de la palabra, tuve que esperar largo rato para conseguir que la enferma me mirara y poderme aprovechar de su natural curiosidad. Yo, en tanto, sin pensar en nadie más que en la enferma, considerando lo bueno que sería curar a aquella mujer, por la clase a que pertenecía, empleé toda mi fuerza para que levantara la cabeza, y al mirar sus ojos,

me sentí dominada por una fuerza inmensa, y olvidando el mandato del médico extendí mis manos hasta tocar ligeramente los hombros de la enferma y le dije:

-¡Mujer! estás curada, *levántate y anda,* para que lo sepa todo el mundo.

La mujer, con la docilidad de un niño, separó los almohadones que la sostenían y se puso en pie; su hermano dio un grito queriendo sostenerla, pero ella lo rechazó sonriendo y anduvo por la habitación hasta dejarse caer en mis brazos llorando de placer.

El médico me miró de hito en hito, y me dijo:

-Dime la verdad ¿a qué Dios has pedido auxilio?

-A ninguno, he llamado en mi auxilio, a mis fuerzas, a mi buen deseo, a un algo que presiento, que adivino, a una fuerza desconocida.

-Fuerza que existe, es indudable, esa fuerza es la que tendrá el hombre-Dios; por encima del saber humano hay otro saber, ¡mujer! ¿quién te dará esas fuerzas? tú has conseguido en un minuto lo que no ha conseguido mi ciencia en tantos años, pero esto... esto... es un hecho aislado.

-Pues de otro hecho reciente os puedo dar cuenta: ¿recordáis el niño del gobernador?

-A ese le curó la ciencia.

-No es cierto, le curé yo, mejor dicho, le curó El, que a El invoqué temblando de pavor.

-¿Qué hiciste?

-Lo que ahora, es decir, hoy no he llamado a nadie, si El está...! ¡no le veo...! ¡que ya no le puedo ver...!

La enferma se había sentado, escuchaba nuestro diálogo y levantándose de nuevo, dijo profundamente conmovida:

-Mujer, me has dado la vida, y si das la salud pensando en El, yo creo en El, como tú crees, yo le amaré como tú le amas. El médico la miró con enojo diciéndole:

-¿Cómo te atreves a olvidar el poder de los dioses?

-Desde que su poder y tu ciencia han sido impotentes para mi curación.

-Señor, sois un sabio, y por lo mismo debéis reconocer que hay fuerzas desconocidas, veis sus efectos, pues nadie está más obligado que vos a buscar su causa.

-Tienes razón, mujer, pero los dioses...

-Creedme, señor, los dioses caen cuando la ciencia se levanta.

Y llena de vida y de esperanza salí de aquella morada donde cuando menos lo creía había sido útil con mi voluntad.

Llegué a mi aposento porque necesitaba estar sola, no sabía lo que me pasaba; me causaba profunda extrañeza haber realizado aquella curación sin haber pensado en aquel instante en El; yo reconocía mi pequeñez, no me creía capaz de nada bueno entonces. ¿Iría El conmigo? ¿estaría allí, en casa de la enferma? ¿estaría más cerca de mí de lo que yo me podía figurar? ¿velaría por mí sin yo saberlo? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡cuánta luz y cuánta sombra encontraba en mis pensamientos...! Al fin sentí aquel desvanecimiento, precursor del letargo que tantas veces había postrado mi cuerpo, reanimándose en cambio mi espíritu. No tuve tiempo más que para dejarme caer en mi lecho, y entonces sentí una voz dulcísima que me decía:

Mientras seas ingrata, nada verás ni oirás, y cuando obres y hagas bien, irás viendo, irás oyendo, irás poniéndote en relación con los seres que amas.

Aquella voz era muy dulce, pero no era la voz de El, no; ¿era quizá la voz de mi conciencia...? ¡Dios mío...! ¡Dios mío! ¿habría perdido la razón? Yo quería ser buena, yo quería practicar el bien, pero necesitaba algo más que lo que tenía, y sintiendo lo que no me podía explicar, dije:

-Señor, estoy muy sola, tengo sed de vida, sed de amor, ¿no habrá una gota de rocío para calmar mi sed de infinito? ¿no habrá una voz que me diga...? En aquel instante, oí la voz de El, que decía:

-Mañana, después, en lo eterno, en lo presente, en todas partes tendrás mi protección.

-¡Señor! ¡Señor! os oigo, pero no os veo: ¡tened piedad de mí!

-Pues mira al hombre, míralo bien.

Miré... ¡y le vi! y tanto quería mirarle que no le veía; al fin le vi, le vi tan hermoso como siempre, como le veía en la fuente, con la hermosura del hombre, no con el resplandor divino que irradiaban sus ojos. Me sorprendió verle sin el atributo de su grandeza y le dije:

-¿Eres el hombre? ¿el hombre nada más? ¿por qué no irradia la luz de tus ojos, como otras veces?

Entonces El se transformó, tomando sus ojos el estado lumínico con que le había visto siempre en mis sueños.

-Mírame bien-dijo El sonriendo dulcemente-, sacíate de mirarme, que han de morir algunos hombres para que las generaciones piensen y sientan; la hora se acerca ¡mírame bien!

-Os veré siempre, porque yo recogeré vuestros despojos. Al decir yo que recogería sus despojos El se transfiguró de tal modo, que sin perder su naturaleza humana, se desprendían de todo su ser fosforescencias lumínicas de tal modo y en tal forma, que yo no encuentro frases para decir que El todo era luz y en que tomo suyo arco iris luminosos se confundían con su blanca túnica y todo era luz. Yo le miraba extasiada y El me dijo:

-Se recogen los cuerpos de los criminales y de los faltos de virtud; recoge tú el que te has comprometido a recoger, y no pases cuidado por recoger el mío, pues éste no necesita ya que haya quien lo recoja; su composición atómica revoloteará, cuando se rompa el lazo que una mi alma a mi cuerpo.

-Pero Señor, si no puedo recoger el cuerpo del hombre, ¿para cuándo me quedan mis esperanzas?

-Mujer-replicó El con la mayor ternura-, recogerás uno por uno, todos los átomos de este cuerpo a su debido tiempo, será tuyo el hombre, y con ellos formarás el más hermoso galardón de tu fuerza humana y de tus virtudes y lo que tú deseas para alcanzar la grandeza de tu espíritu, allá en los tiempos en los cuales tu espíritu hacia mí, entonces y sólo entonces me habrás comprendido. Mírame bien ahora, que las moléculas de mi cuerpo tardarás muchos siglos en recogerlas; no son los átomos los que yo cosecharé en la tierra, son las virtudes de los hombres las que yo buscaré para con ellas iluminar un mundo que hoy dejaré en tinieblas.

Le vi elevarse, le vi perderse lentamente en un horizonte sin fin, dejando tras de sí una estela luminosa; me vi envuelta en aquella luz y con ella me sentía

renacer; mis temores, mis ansiedades, mis angustias, desaparecían ante la esperanza de que llegaría un día en que sería mío *el hombre,* aquel hombre tan amado: en cuanto a comprender la grandeza de su espíritu... creía que el tiempo con ser infinito, no me daría tiempo de comprenderle.

CAPÍTULO XV

Aquel sueño (llamémosle así), fue para mí muy reparador; las fuerzas de mi organismo se equilibraron por completo; mi cuerpo, muy desfallecido, había recobrado aliento anteriormente con las gotas balsámicas del anciano doctor; pero mi alma se había quedado dominada por el dolor, que no son las medicinas del cuerpo las que dan aliento al alma; pero después de haberle visto, después de haber oído sus palabras, mi espíritu renació a la vida de la esperanza, y tener esperanza es vivir. Me levanté tan risueña tan sonriente, que a mí misma me pareció imposible encontrarme tan ágil y tan buena. Deseaba correr, jugar como los niños; deseaba decirle a las flores y a las avecillas que mi alma esperaba un día de felicidad. Pensé en Abelín y fui a buscarle; el niño salió a mi encuentro y al verme se iluminó su hermoso semblante con la esplendente luz de la alegría, se arrojó en mis brazos, y mirándome fijamente, me dijo con la mayor ternura:

-¡Qué hermosa estás! Hoy brillan tus ojos; hoy tus mejillas no están marchitas por el llanto, así quiero verte siempre, así, y no quiero que te vayas, ¿oyes?, porque yo quiero salir contigo; quiero tenerte siempre a mi lado, porque cuando tú estás junto a mí, me encuentro mucho mejor. Ven, vamos a los jardines, que quiero enseñarte unas flores muy bonitas.

Iba a seguir el niño, cuando de pronto sentí en todo mi ser un estremecimiento extraño; cruzó por mi mente el pensamiento de irme al campo, pero sin demora, y besando al niño, le dije:

-Mira, ahora recuerdo que no he cumplido un encargo que me han hecho: me voy y volveré muy pronto. Abelín me miró enojado y me dijo:

-Siempre me dejas, me dejas subiendo que cuando tú no estás conmigo estoy muy triste.

La voz del niño me conmovió profundamente: pero al mismo tiempo sentía vivísimos deseos de salir al campo; le di muchos besos, le prometí que volvería pronto y me dirigí a mi aposento; miré varias veces hacia atrás, y vi que Abelín se había sentado muy pensativo. ¡Pobre niño! Necesitaba del calor de mi alma; pero a pesar de todo, no dejé de arreglarme y salí de la ciudad precipitadamente. Cuando me vi en el campo, no pude menos de decir con extrañeza: "He salido, pero ¿para qué he salido?" Anduve mucho por un camino estrechito bordeado de flores y sombreado por árboles floridos; era un caminito delicioso; cruzándolo se sentía amor a la vida, porque todo lo que se miraba era bello, tan bello era, que insensiblemente anduve más despacio para contemplar mejor lo que me rodeaba. Al fin salí de la florida senda y encontré una inmensa llanura tapizada de una verde alfombra sombreada ésta por añosos olivos; al pie de uno de éstos vi a una mujer sentada en el suelo, reclinando su cabeza en el tronco del árbol; parecía una mendiga por la pobreza de su traje, cubierta por un manto negro, no le veía desde lejos el rostro; me fui acercando lentamente hasta llegar junto a ella; la mujer no hizo el menor movimiento al verme llegar; parecía que miraba sin ver, era relativamente

joven; pero su semblante estaba tan ajado y tan marchito, que parecía una anciana sin serlo. Se adivinaba en su rostro las huellas de la belleza, sus ojos especialmente eran muy grandes y hermosos, pero estaban empañados, sin brillo alguno, y en sus largas pestañas se detenían las lágrimas sin resbalar por sus demacradas mejillas. A pesar de la pobreza de su traje, no parecía una mujer vulgar, imponía respeto, al menos a mí me lo impuso; me postré ante ella y la pregunté con cierto temor:

-¿Estáis enferma?

-Sí-contestó la mujer.

-¿Qué os duele? ¿Qué lesión tenéis en vuestro cuerpo?

-Tengo enferma el alma.

Y cerró los ojos, como si diera por terminada la conversación. Yo entonces pensé y dije: "¿Si podré ser útil a esta mujer? Probemos." Y tratando de cogerle una de sus manos, le dije con cariño:

-Parece que estáis muy abatida, ¿queréis morir?...

-Si pudiera, sí; sufro mucho.

-Los desgraciados deben ser muy amigos; los desgraciados se comprenden fácilmente, y creo que vos y yo nos comprenderemos; miradme bien. La mujer se incorporó con trabajo y abriendo sus grandes ojos, me miró fijamente. ¿Qué leí yo en aquellos ojos? ¿Qué encontró ella en los míos? No lo sé, pero lágrimas abundantes bañaron su rostro y respiró con menos dificultad. Yo entonces estreché sus manos entre las mías; las suyas estaban secas, ardientes rígidas. ¡Pobre mujer! Sentí por ella una compasión inmensa, estaba sola como yo; quería hacerla hablar, pero ella sólo contestaba: "Sí, no", y eso haciendo un esfuerzo. Al fin me dijo:

-Dejadme: necesito reposo, estoy muy cansada; vengo de muy lejos.

-Bueno, ya reposaréis; esto no es lugar a propósito para descansar; aquí estáis muy mal.

-No, que estoy muy bien; estoy sola, lejos de los hombres.

-No, no; no me convencéis; vendréis conmigo, y en mi aposento encontraréis un lecho blando, y allí podréis dormir.

-Pero... ¿dónde vivís?

-En la ciudad, en el palacio del gobernador.

-¡Allí! ¿Vivís allí?... Pues allí no quiero ir; no quiero entrar en las grandes ciudades, porque en ellas la justicia comete injusticias: se persigue a los inocentes, y no quiero que me persigan como le persiguen a El.

-¿Y quién es El? -le pregunté temblando, porque inmediatamente pensé que aquella mujer se refería al hombre-Dios.

-¿Que quién es El? No lo sé, le voy siguiendo, pero nunca le encuentro, ¡siempre llego una hora más tarde!...

Y la mujer se cubrió el rostro con las manos y lloró con el mayor desconsuelo. Yo, al verla tan desconsolada, sentí celos, sí, celos terribles; aquella mujer le quería y era muy hermosa: valía mucho más que yo. ¡Ah! Necesitaba saber por qué le seguía, y con tono imperioso, la dije:

-Estoy celosa de vos, ¿quién sois? ¿Qué lazos os unen al hombre-Dios?

-Todos... y ninguno; son misterios de familia.

-¿Misterios de familia? ¿Luego no le amáis como se ama al hombre?

-No, mujer, no; le amo sobre todas las cosas de este mundo; por El sentí el

placer más puro que siente la mujer en la tierra; le he besado antes que nadie le besara; le he sentido llorar antes que nadie le sintiera; le he visto andar antes que nadie le tendiera sus brazos para sostenerle; ese hombre es mío... y no lo es; tengo poder sobre su voluntad y mi voluntad obedece sus mandatos; hay entre El y yo todos los amores, y sin embargo... ¡hace mucho tiempo que no le veo!...

Cuando hablaba aquella infeliz, sus miradas divagaban de tal modo, que creí que estaba loca; pero necesitaba cerciorarme de ello; así es que le dije:

-Bueno, bueno, aquí no podéis permanecer.

-Pero si no puedo andar.

-Sí, podréis, porque lo quiero yo. Y pensando en El, le dije:

-Mujer, levántate y anda.

Y la mujer se levantó dócilmente, sin saber lo que le pasaba. Rodeé su cintura con mi brazo y emprendimos la marcha; la mujer caminaba en silencio, pero al ver los muros de la ciudad, se detuvo y dijo:

-Ahí no quiero entrar.

-Entrarás, porque lo quiero yo.

La mujer se resistió violentamente; pero como estaba tan débil, al fin se rindió; yo pedí auxilio a unos hombres de armas; éstos me ayudaron a conducirla, porque la mujer estaba sin conocimiento. Al llegar a mi morada, la coloqué en mi lecho, y me dije contemplándola: "De aquí no saldrá hasta que yo sepa si está loca o cuerda. Es muy hermosa esta mujer; está marchita por el dolor y yo estoy celosa de su hermosura y de esa intimidad que ha tenido con El.

Ahora busquemos un médico. Y me dirigí en busca del gobernador, para contarle lo que me pasaba. Abelín salió a mi encuentro, amenazándome con sus blancas manecitas y abrazándome después, diciéndome:

-¡Siempre te vas! Me voy convenciendo de que no me quieres.

En esto llegó el gobernador y le conté mis cuitas, pidiéndole la asistencia de un médico.

-¿Por qué no la curas tú? -me dijo el gobernador -, ¿ya no recuerdas el poder que tienes?

-Tenéis razón.

Y corrí presurosa, mientras Abelín lloraba pidiéndole a su padre que me detuviera.

Entré en mi aposento y la enferma seguía desmayada; apoyé mis manos en su frente, pensé en El y el rostro de la mujer se fue coloreando, sus labios secos se humedecieron, sus manos crispadas se abrieron y las dirigió a su corazón; abrió los ojos y miró asombrada en tomo suyo; al fin me vio y se incorporó con viveza, dicién-dome:

-¡Otra vez nos encontramos!

-Es que no os he dejado, porque quiero saber vuestro secreto; quiero saber por qué antes que nadie le habéis besado; por qué antes que nadie le habéis oído llorar, por qué antes que nadie le habéis visto andar, a ese hombre que es mi vida, que es mi salvación. Yo ya hace tiempo que le conozco: le conocí junto a una fuente; allí me habló con la mayor dulzura; allí me prometió que pasando muchos siglos volveríamos juntos a la tierra; ¡ese hombre es mi vida! ¿lo entendéis? Yo no puedo tolerar que nadie le quiera más que yo; si otra mujer le quisiera más que yo, me

moriría de angustia y de dolor, al pensar que sería de ella y que yo tendría que renunciar a su posesión. La mujer me miró compasivamente y me dijo con ternura:

-No me extraña tu lenguaje apasionado, cuantos le ven, le quieren, ¡es tan hermoso!... ¡es tan bueno!... habla de un solo Dios y de una sola familia; antes que nadie yo escuché su palabra divina, y le quiero sobre todas las cosas de la tierra; le quiero en el seno de los placeres celestiales; no te lo quitaré ni como hombre, ni como Dios: las madres aman a sus hijos, y yo amaré siempre al hijo de mi alma.

-¿Qué dices? ¿El...?

-El... es ¡¡mi hijo!! Al oír esto, yo caí de rodillas ante ella, besé sus manos diciéndole:

-Si El es tu hijo, yo debo idolatrarte como le idolatro a El.

Ella me levantó y me estrechó contra su corazón diciendo:

-Ámale, sí, ámale mucho, porque mi hijo merece ser amado; y ahora que sabes mi secreto, ahora que me has devuelto la vida, déjame partir, acompáñame hasta dejarme fuera de la ciudad, que yo en las ciudades me ahogo, y además necesito verle a El. ¡Hace tanto tiempo que no lo veo!

-Bien, ya os iréis; pero yo no quiero que vayáis de esta manera: parecéis una mendiga, y vos no debéis mendigar mientras El va dando celos a cuantos le quieran oír; no quiero tampoco que vayáis sola; yo haré que una persona os acompañe, y ésta os tendrá en relación constante. No temáis, yo lo arreglaré todo, todo; y como para ir por el mundo se necesita oro, yo tengo un pequeño tesoro en piedras preciosas, que lo cambiaré por un puñado de útiles monedas, las que os entregaré para que podáis adquirir noticias ciertas de vuestro hijo.

Y acto seguido saqué mi hermoso traje blanco, aquel traje que yo guardaba como el último recuerdo de mi juventud, y desprendiendo de él las ricas joyas que lo adornaban, la dije:

-Esperadme, pronto vuelvo.

Ella me dejó hacer, y yo salí presurosa; pero a los pocos pasos, Abelín salió a mi encuentro, diciéndome:

-¿Dónde vas? Te estoy esperando, y ahora ya no te escaparás. Y la inocente criatura se abrazó a mí, sin quererme soltar. Llegó en esto el gober nador, y debió leer en mi rostro la angustia y la contrariedad, porque me dijo:

-¿Qué tienes? ¿qué te pasa? Nunca estás tranquila, dime la verdad. Yo entonces le dije cuanto me había ocurrido y a dónde iba.

-Ibas a deshonrarme-replicó él con enojo-; vuélvete con tus joyas, que tuyas son, mas no para que te desprendas de ellas, y en cuanto a esa mujer, yo veré si es una impostora, que quizá lo sea, pues no puedo creer que un hombre que promete cielos y vida eterna, tenga a su madre mendigando por esos mundos.

Viendo que notenía más remedio que obedecer, volvía con el gobernador a mi aposento; la mujer, al verle, sin duda, le reconoció, porque se arrojó a sus plantas diciendo:

-¡Perdón!

-¡Levántate!-replicó él-. Sólo los criminales necesitan ser perdonados, y como no sé si tú lo eres, me abstengo de darte lo que es probable que no necesites. Esta me ha dicho algo muy importante sobre ti: quiero saber la verdad de todo; siéntate y habla, que te escucharé con atención y te defenderé si alguien te acusa y

no debes ser acusada.

La mujer, animada por aquel lenguaje casi cariñoso, se sentó; lo mismo hicimos el gobernador y yo; ella parecía que coordinaba sus recuerdos, porque se pasaba la mano por la frente, hasta que al fin habló, y habló largamente; de su extenso relato sólo diré la síntesis, por no ser de interés capital la relación con todos sus detalles. Dijo que pertenecía a una familia noble; que casi niña, la casaron contra su voluntad con un hombre, que a pesar de ser bueno, le fue a ella tan profundamente antipático, que en la noche de bodas le pidió como una gracia especial que no hiciera uso de sus derechos conyugales; el marido accedió a los deseos de su infantil esposa; y al día siguiente se marcho de la población, quedando la niña libre del yugo marital; ella, pasado algún tiempo, encontró su situación muy dificultosa, murmurada de unos y de otros, sin dar en realidad motivos para ello; y arrepentida de su irreflexión, se fue en busca de su marido, suplicándole que la recibiera en sus brazos, que arrepentida volvía a ellos reconociendo y sintiendo su infantil ligereza; el marido reconoció que el yerro de su esposa debía ser perdonado; y con ella volvió a su hogar; en él vivieron algunos meses, hasta que la joven esposa dio a luz un niño admirable por su belleza y por la expresión de sus ojos; y a pesar de que aquel niño era el encanto de cuantos le veían, no lo fue de su padre, que siendo aún el niño muy pequeño, abandonó a su esposa y a su hijo, yéndose a vivir muy lejos de ellos; quedó la madre con su hermoso niño, que antes del tiempo prefijado por la Naturaleza habló y anduvo, asombrando a las gentes por su rara belleza, por su precoz inteligencia y por algo superior que no tenía nombre. Contaría el niño pocos años, cuando un día salió con otros niños a jugar al campo; los demás volvieron a sus hogares; pero él no volvió; la madre le buscó desolada, hasta que no faltó quien le dijera que de su hijo se había encargado una asociación religiosa, asociación que no seguía la religión del Estado, pero que era tolerada, porque sus enseñanzas eran muy buenas; la pobre madre pidió ver a su hijo, pero no lo consiguió; mas no por esto desistió de su maternal empeño; siempre estuvo cerca de la fortaleza donde sabía que estaba su hijo, hasta que al fin supo que su hijo iba a recobrar su libertad, dando sus mentores por terminada su educación; la madre solícita estaba segura de que le conocería entre mil; sabía que con su hijo saldrían otros muchos, y se colocó junto a la puerta por la cual habían de salir las alegrías y las esperanzas de otras tantas madres. Comenzaron a salir varios jóvenes; de pronto, la infeliz mujer lanzó un grito de júbilo, porque había visto a su hijo más hermoso que nunca; ya no era el niño, era el hombre en lo más florido de su juventud, apuesto, gallardo, con una cabellera hermosísima, con unos ojos que parecían soles; con una sonrisa celestial. Su madre, al verle, se lanzó a su encuentro, gritando:

"¡¡¡Hijo mío!!! ¡¡¡hijo mío!!!" Quiso abrazarle, y el joven la rechazó con frialdad, diciéndole: "Aparta, mujer; no te reconozco, no tengo madre; mi madre no está en la tierra; mi madre es la Naturaleza.

CAPÍTULO XVI

Las frases de aquella desdichada nos impresionaron profundamente, especialmente al gobernador; éste demostró su asombro diciendo:

-Mujer, tengo formado de tu hijo muy buen concepto; si mi posición social

hubiera sido otra, hubiese ido tras de él para escuchar su palabra divina, y me parece imposible que un hombre que tanto atrae, que quita sufrimientos crueles sólo con su voluntad, tenga a la vez tan malas condiciones no queriendo a su madre; y a no ser que me pareces muy sencilla, que revelas gran sentimiento y que hay en tus ojos algo inexplicable que habla en tu favor, te creería una impostora, un instrumento de los enemigos del hombre-Dios, y si así fuera... ¡Oh!, si así fuera, no saldrías de aquí, que hay encierros en mi palacio para los viles acusadores.

La pobre madre miró fijamente al gobernador y le dijo:

-No he mentido jamás: ese hombre que quiere redimir al mundo, es mi hijo; lo he sentido agitarse en mis entrañas, he recibido sus primeros besos, y buscándome ha dado sus primeros pasos; me amenazáis con un encierro: ¡encierros!... ¡Qué más encierro que ir por la tierra buscando lo que no encuentro!... Mi dolor es inmenso, es el dolor de los dolores.

-Ciertamente que tu semblante no desmiente tus palabras, porque tu rostro llora, y en verdad que motivos tienes para llorar, porque debe ser horrible verse abandonada por un hijo, que para los demás vale tanto, que para los otros dispone de tantos bienes y a ti te abandona diciendo: *Mí madre es la Naturaleza.*

-Es que yo ahora comprendo que mi hijo no es hombre como los demás, y no creáis que al contaros lo que El me dijo, lo haga para acusarle de ingratitud, no; porque siento por El un amor que no tiene nada de humano; desde que sé que El cura y sana, le busco con empeño para que cure mi alma; no tengo sed de ser su madre, mejor dicho, de que El me considere como a tal: quiero que me quiera como si en mi viera algo superior a lo terreno, sin exigencias de ninguna especie. Yo sé que El viene a destruir las preocupaciones humanas diciendo que no hay mas que un Dios, que no tiene hijos predilectos, y aunque sé muy bien que soy su madre en lo humano, no deseo hacer valer mi maternidad, prefiero que me considere como su hermana en la Naturaleza, porque para ser su madre me parece que valgo muy poco; esto es lo que yo quiero decirle y nunca le encuentro.

-En verdad, mujer, que no te comprendo, porque una madre siempre tiene derechos sobre sus hijos; tu hijo te rechaza y casi casi estás conforme con su abandono.

-Es que el hombre-Dios-repliqué yo-, no parece un hombre como los demás, porque sólo a El he visto yo atravesar los abismos sin caer al fondo, y elevarse a los cielos en medio de oleadas de luz.

-¿Pero en qué quedamos entonces? ¿Su cuerpo es como el nuestro? Sí que lo es, puesto que esta mujer asegura que lo ha llevado en sus entrañas; los demás dicen como tú, que salva las simas más espantosas, y que en las cumbres de las montañas le ven envuelto en nubes luminosas elevándose majestuosamente hasta perderse en las profundidades de los cielos. ¿Quiénes son los que mienten, la madre o los otros?

-Ninguno, señor, ninguno-le dije yo-, su madre dice la verdad, y los demás también; yo le he visto como un simple mortal al lado de la fuente, hablándome con la mayor sencillez, y en aquel mismo lugar le he visto perderse en las nubes, cubierto su cuerpo con una túnica de luz, siendo El todo luz.

-Pues hay que confesar que ese hombre es un ser incomprensible que atrae y seduce; yo por mí lo confieso, siendo por El una especie de adoración, y ya que

con El no puedo hablar ni me es dado protegerle, sirva mi protección para su madre; mujer, dispón de mí; pide cuanto quieras, que todo te será concedido.

-Pues entonces dejadme marchar tranquila, y digo tranquila porque aquí dejo amigos de mi hijo. Y volviéndose a mí, dijo sonriendo con dulzura:

-¡Celos tenías de mí! ¡Pobre criatura!... ¿Tú no sabes que yo quiero los cielos de sus dulzuras y no los cielos de sus deleites? Si El muriera, te quiero a mi lado, necesito aliento, y este aliento está en ti.

Y se arrojo en mis brazos llorando silenciosamente.

El gobernador estaba impresionadísimo, y aunque entre el sentimiento del hombre y de la mujer hay una distancia inmensa, como el gobernador era muy bueno en el fondo, el dolor de aquella madre sin ventura le impresionó profundamente, y tuvo para aquella desdichada frases de consuelo, facilitándole además un guía para que la acompañará y todo lo necesario para que no careciera de lo más indispensable, encargándole mucho que dijera a su hijo que en él tenía un amigo, porque le debía la vida de su hijo. Ella se mostró muy agradecida de tantas atenciones, y emocionadísima se marchó, prometiendo tenemos al corriente de todo cuanto le aconteciera.

Cuando nos quedamos solos, me dijo el gobernador:

-No sé qué misterio hay en ese hombre: cuanto se relaciona con él es misterioso; esa madre sin ventura disculpa la ingratitud de su hijo, y éste, que parece un Dios, repartiendo bienes y consuelos, tiene para su madre un proceder incalificable; tú que has estado cerca de El, también eres un problema indescifrable, eres buena, eres agradecida, y al mismo tiempo eres ingrata. Mi hijo, que tanto necesita de ti, el pobrecito apenas puede disfrutar de tu compañía; a lo mejor te vas sin dar la más leve explicación, sabiendo que aquí haces mucha falta, porque Azara se entristece cuando Abelín le pregunta por ti, y llora desconsolada. Yo también te necesito, te quiero con todos los amores, y a pesar de todo, cuando te da por irte, te vas...

-No creáis que me voy por capricho, ni que disfruto lejos de aquí, al contrario: este lugar, es mi puerto de salvación; las caricias de vuestro hijo son un cielo para mí; pero cuando me impulsa una fuerza desconocida, si no pudiera salir por las puertas, creo que me arrojaría desde la mayor altura; más, descuidad, que por ahora me encuentro muy tranquila.

Y efectivamente, estuve muchos días consagrado al niño. Abelín estaba hermosísimo; corría por los jardines, y su mayor placer era cubrir de flores el sendero que él me indicaba para que por él fuera, diciéndome muy entusiasmado:

-¿Ves? Esto debías encontrar por todas partes, flores, porque tú eres muy buena; pero eres tan buena como desdichada; tus desdichas las llevas pintadas en tus ojos, ¡tienes unas miradas tan tristes!... No te separes nunca de mi lado, que soy el único que te dará flores, ¿entiendes? el único. Yo le escuchaba y me conmovía su cariño y hacía todo lo posible por complacerle; su madre me agasajaba y todo marchaba bien, cuando una tarde sentí la inquietud y la ansiedad precursora de mis deseos de salir; Abelín lo conoció, y poniéndose muy triste, me dijo:

-No me digas nada, sé lo que vas a decirme, que te vas.

-Volveré pronto, hijo mío.

-Sí, como siempre. Azara trató de detenerme, diciéndome:

-¿Dónde quieres ir? El cielo amenaza tempestad, la noche se acerca, espera que sea de día.

-No, no; no puede ser; alguien me dice que me vaya.

-¿Pero dónde?

-No lo sé: si yo no puedo explicarme lo que pasa por mí; sólo sé que una voluntad superior a la mía me dice: *Levántate y anda,* y me levanto y me voy.

Abelín, enojado, me negó sus besos, refugiándose en los brazos de su madre, mientras yo, dominada por un deseo vehementísimo, cogí el salvoconducto, o sea el permiso del gobernador, y me dirigí a una de las puertas de la ciudad, que ya estaba cerrada por ser de noche. Cuando me vi en el campo, me pregunté con angustia: "¡Dios mío! ¿Me voy enloqueciendo?... ¿Por qué he salido de noche? ¿Quién me llama? ¿Quién me espera? Nadie;" y allí tenía un ángel que encuentra el cielo en mis brazos. Miré por todos lados, y maquinalmente seguí un camino que luego reconocí: era el que conducía a la Granja; anduve apresuradamente porque las nubes se amontonaban formando negras montañas; comenzó a llover a torrentes: brilló el rayo y retumbó el trueno y yo seguía preguntando: "Pero... ¿a dónde voy?"

Al fin llegué a la Granja, llamé sin saber por qué llamaba, y una mujer me abrió la puerta; no tuve tiempo más que de atravesar el dintel y me dejé caer sin aliento; cuando recobré el sentido, me encontré con dos de mis antiguas compañeras, por mis consejos, redimidas.

-¿A qué vienes?-me dijeron.

-No lo sé; y vosotras, ¿qué hacéis aquí?

-Estamos de paso; mañana seguiremos nuestro camino; pero tú, ¿por qué has venido?

-¿No os digo que no lo sé? Y tanto es así que no lo sé, que en cuanto cese la lluvia me iré.

-¿Pero a dónde?

-Donde encuentre lo que busco.

-¿Pero qué buscas?

-Saberlo quisiera; pero no está aquí lo que yo busco, porque me sigue la misma ansiedad, la misma inquietud; dejadme, dejadme salir. Aquellas pobres mujeres, que me querían, con harto sentimiento me dejaron salir; al verme sola, respiré mejor: la lluvia había cesado, las estrellas brillaban de un modo sorprendente; el viento movía los árboles, y las ramas, al agitar sus hojas, dejaban caer el agua contenida en ellas, viento y agua que calmaban mi angustia; instintivamente, entré en el caminito que conducía a la fuente. ¡La fuente! Mi paraíso en la tierra, ¡mi templo! ¡mi oasis!... Llegué y me senté sobre una piedra; el agua brotaba y caía con la abundancia de siempre, y aquellas gotas, al caer parecían palabras que repetían su himno a Dios.

Al encontrarme en aquel lugar delicioso, respiré con viva satisfacción; perdí aquella tirantez y rigidez de mis miembros que tanto me molestaba, evoqué mis recuerdos y todos acudieron en tropel; pero no cesaba de preguntarme: "¿Para qué habré venido? Porque para evocar mis recuerdos no era necesario abandonar mi tranquila estancia, ni hacer aquel viaje desafiando a la tempestad. Esperemos", me dije a mí misma; y mirando las estrellas estuve un corto rato; de pronto, me pareció

oír algunas pisadas; escuché atentamente y sentí también el leve rumor de algunas palabras; comprendí inmediatamente que yo había ido allí a escuchar, y busqué el hueco de una peña donde guarecerme para que nadie me viera; apenas me había colocado, cuando dos hombres salieron de la espesura; uno de ellos se acercó a la fuente y comenzó a beber tan ansiosamente, que pareció que el pecho de aquel hombre era un volcán que necesitaba las cataratas de los cielos para apagar el fuego que le consumía.

Su acompañante no bebió; se sentó, y con tono imperioso, exclamó:

-Pero, Isaac, ¿a qué hemos venido aquí, a beber o a recibir mis órdenes?

-Dispensadme, señor, tengo una sed abrasadora, y ¿quién se resiste a calmarla ante un buen manantial?

-Bien, bien, despachemos, que no tardará mucho en ser de día, y no quiero en manera alguna que nadie nos vea juntos.

-¿Me despreciáis, eh? -dijo Isaac con amarga ironía.

-No, hombre, no; es que no nos conviene ni a ti ni a mí, y vamos al asunto: ¿Te decides a delatar a ese hombre y a entregarlo a los sacerdotes como perturbador del orden público, que conspira contra el rey y los dioses?

-Sí, me decido; pero... para dar semejante paso necesito garantías para mi porvenir.

-Por ser dueño de inmensos tesoros no te apures; ya sabes que el oro nos sobra; lo que nos falta hace algún tiempo es la tranquilidad, la estabilidad en nuestros destinos; ya el pueblo no es el manso corderillo que acude a nuestro llamamiento; se permite pensar por sí mismo desde que ese hombre dice a las multitudes que no hay más que un solo Dios y que éste no tiene hijos predilectos; que la humanidad ha sido creada para ser libre y que los que crean en sus palabras sanarán si están enfermos; y efectivamente, legiones de pordioseros llenos de calamidades le rodean y le dicen: ¡Danos la salud! Y El los sana con su palabra y su mirada de amor; y su mirada de amor; y este movimiento, este despertar de las inteligencias es necesario ahogarlo en sangre; y como ese hombre tiene tantos partidarios, el rey no se atreve a luchar con su pueblo; es necesario formular una acusación en toda regla, tú que vas con El, tú que sabes sus más íntimos secretos, eres el más indicado para perderle, porque tienes motivos para repetir sus propias palabras dando el sentido subversivo que nos conviene; tú que ves las mujeres que le siguen, puedes acusarle con pruebas de que es un hombre inmoral que arrastra tras de sí la paz de los hogares, y como es tan querido de todos, es necesario que la acusación sea terrible, para que incline la balanza y venza por el peso de sus iniquidades a la admiración que el pueblo en general siente por El; hay que inventar todos los abusos, todas las ambiciones, hay que hacerle aparecer como un hombre sediento de poder, que quiere ser adorado como Dios y como rey, absorbiendo todos los poderes en uno.

-Es que no es tan fácil como os parece perderle, porque yo mismo, lo confieso, cuando escucho sus palabras, me siento dominado por El y...

-¿Y acaso tienes tú libertad de pensar? ¿No sabes que sólo puedes obedecer? ¿Has olvidado que si has dejado la prisión, adonde tus crímenes te habían conducido, ha sido únicamente para servir como un esclavo a los grandes sacerdotes? ¿No sabes que no tienes más que dos caminos?

-¿Cuáles son?

-Si acusas a ese hombre en la forma que yo te diga, tendrás por tu trabajo una crecida recompensa y libertad absoluta para irte donde quiera que no seas conocido; y de no querer cumplir mis órdenes, volverás ala prisión, de la cual no saldrás sino para morir, como mueren los criminales.

-La elección no es dudosa, disponed de mí, que a todo estoy dispuesto; pero... ¿me daréis mucho oro?

-Ya te lo he dicho: tendrás más de lo que tú sueñas; los sacerdotes son aún los reyes del mundo, y para sostener su reinado dan minas de oro. Ahora nos separaremos, tú te unes a El, y cuando yo te avise vienes a la ciudad y presentas la acusación; lo demás corre de mi cuenta, y no sólo presentarás la acusación, sino que lo entregarás cuando se disponga prenderle. No te muevas de aquí hasta dentro de una hora.

Isaac se inclinó humildemente y desapareció su interlocutor, en el cual reconocí a uno de los grandes sacerdotes que en el templo apoyó la proposición de hacer morir al hombre-Dios.

Cuando Isaac se quedó solo, volvió a beber con afán; ¡qué horrible me pareció aquel hombre! ¡La traición estaba simbolizada en él!, y ¡pensar que aquel miserable estaba tan cerca de El, que sabía sus secretos, y yo que tanto le amaba no me era dado verle...! Yo creía volverme loca. En esto la aurora comenzó a difundir su indecisa claridad, y yo temblé al pensar que Isaac podría verme, y entonces... sabe Dios lo que me sucedería, y en aquellos momentos yo no quería morir.

Aprovechando un instante que Isaac se volvió para buscar donde sentarse, salí de mi escondrijo y di la vuelta por detrás de la fuente, mas no con tanta ligereza que Isaac dejara de verme; por el contrario, me vio, y lanzando un rugido se abalanzó a mí diciendo:

-¿Qué haces aquí? ¿Has venido a espiar mi traición? ¿Y tú no ves que yo mato sin piedad? Ya te conozco: tú eres la mujer que tanto entra y sale en el palacio del gobernador, ¿qué haces aquí?

En aquel instante tuve miedo de morir, porque las manos de Isaac rodeaban mi garganta; pero súbitamente sentí una sacudida violentísima y mis manos débiles y flacas, adquirieron una fuerza extraordinaria, y cogiendo las de Isaac; que ya oprimían mi garganta, las separé con un empuje tal, que aquel miserable se bamboleó y cayó de espaldas sobre las rocas; entonces, mirándole fijamente, le dije:

-¿Sabes por qué estoy aquí? Para detener sus pasos; para dejar paralizado tu cuerpo; para que tu lengua no pueda moverse; para evitar el mayor crimen que han visto los siglos.

Isaac me miraba espantado: quiso recobrar su serenidad y lanzó una ruidosa carcajada, diciendo:

-¡Pobre mujer! Tú deliras; ¿quién eres tú para sujetarme? Y quiso levantarse, pero no pudo, porque extendí las manos hasta él y quedó como paralizado, porque así lo quiso mi voluntad. Entonces le dije:

-Ahí te quedas encadenado mientras yo voy a delatar tu crimen, que no merece andar aquel que corre para hacer el daño, y tú querías consumar la traición

más horrible que han visto los tiempos. ¿Y estando tan cerca de El, cómo puedes ser tan miserable? Parece imposible que junto al ser más grande de la tierra se arrastren los reptiles como tú. ¿Cómo su luz no te ciega? ¿Cómo al escucharle no le adoras? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tú eres la perversidad encamada en la tierra!... ¡Mujer, no sé qué poder tienes que me encadenas; corre a delatarme, no me importa, mi suerte está echada!"

CAPÍTULO XVII

Las últimas palabras de Isaac me parecieron una sentencia inapelable, y por lo mismo que parecía imposible que aquel miserable dejase de cometer un crimen tan horrible, por lo mismo mi desesperación aumentaba y mi odio hacia aquel malvado se acrecentaba más y más, por eso le cogí las manos con el deseo de triturárselas, y le dije, loca de dolor:

-¿Conque tú serás un ser tan infame que cometerás el más horrible de los crímenes?

-Ya te he dicho que "mi suerte está echada", no tengo más que dos caminos: o matar, o morir.

-¿Y no sabes que es preferible morir antes que matar? ¿No sabes que El será siempre luz, y tú serás siempre sombra? ¿No sabes que no es hombre el que vende a otro hombre, y más siendo el acusado un inocente, y no sólo un inocente, sino un ser perfecto que quiere redimir a la humanidad? ¡Ah! Tu infamia no tiene nombre.

-Cualquiera, al oírte, diría que eres un ser perfecto, y yo sé que tienes una historia muy poco edificante, puesto que hasta hace poco eras una mujer perdida, y entre las rameras y los maltrechos hay poca diferencia. Sé quién eres, lo que has sido, porque todo el mundo te conoce.

-Tus frases no me ofenden, y mi pasado oprobio me sirve para reconocerla grandeza de ese hombre divino, que salva con su palabra, encanta con sus ojos y seduce con sus sentimientos. El en la dura piedra hace brotar flores de embriagador perfume, y yo, en agradecimiento de buenas obras, sacrificaría la eternidad de inacabables goces y deleites, por vivir de hinojos ante El, por adorarle como se adora a Dios, porque ese hombre es la verdad y la vida.

-Acabemos de una vez; vete de aquí, que no puedo moverme mientras te miro; siga cada cual su camino y no perdamos el tiempo inútilmente.

Sentí entonces que una voz lejana me decía: "Déjale".

Solté sus manos, y sus brazos cayeron sin fuerzas, revelando su semblante el más profundo asombro.

-Te dejo-le dije-porque me ordenan que te deje solo con tu infamia.

Y llorando tristemente, abandoné la fuente, antes lugar de reposo para mí, y que la iniquidad de miserables ambiciosos había convertido en antro de sombras y de horror. Hasta me causaba enojo el agua que corría incesantemente, me parecía que hasta el manantial debía tomar parte en el desconsuelo; Isaac, entretanto, se reía ruidosamente, y me decía:

-Llora, llora, que para tiempo tienes, "mi suerte está echada".

Las carcajadas de Isaac resonaban en mis oídos lúgubremente, de un modo tan siniestro y tan aterrador, que, por no oírle, apresuré el paso. "¿Dónde

iré-me pregunté-que no encuentre hombres infames? ¿Volveré a la ciudad? No, conozco que tengo algo más que hacer, que no he salido únicamente para enterarme de la más horrible traición que han visto los siglos; queda en mi mente ansiedad; queda en mi corazón angustia; quedan en mi deseos de conocer nuevos dolores. Pero, ¿a dónde iré? Y maquinalmente me dirigí al punto donde conocí al infeliz Arael y a sus compañeros; llegué a la cueva y llamé a la pequeña puerta que cubría su estrecha entrada; a corta distancia vi aparecer la cabeza de un hombre entre unas piedras: era un hombre más que feo, antipático; me miró fijamente y me dijo:

-Ya te conozco, estuviste aquí una noche, y gracias que Arael te salvó de una muerte segura, pues todos te creíamos contraria a nuestra causa. ¿Qué buscas aquí? Arael se fue para no volver.

-Ya lo sé; vengo para saber qué noticias tenéis del hombre-Dios.

-Ninguna; nuestro jefe siguió en mal hora a ese hombre, y por El se ha perdido; los demás no queremos morir por ese embaucador, que con su predicación ha hecho más daño de lo que parece; promete cielos y por seguirle, sólo se encuentran sombríos calabozos; las únicas que han salido ganando son las mujeres perdidas: esas se han enamorado del hombre que las perdona, y le siguen, como le sigues tú, fanatizada por sus palabras.

Amonesté cuando pude a aquel desgraciado, que escuchó mis frases sin conmoverse en lo más leve; él sólo sentía que sujete estuviera encerrado; los demás todo le era indiferente; comprendí que aquel hombre no podía dar más de sí, y le dejé sumergido en las sombras de su ignorancia y de su degradación. Cuando se encuentran seres miserables, ¡cuánto se sufre! ¡qué sensaciones tan dolorosas se experimentan! Cuantos más seres abyectos encontraba, más se engrandecía ante mis ojos la majestuosa figura del hombre-Dios; con los ojos del cuerpo admiraba su escultural belleza; con los ojos del alma, la elevación y la grandeza de su sentimiento; le veía tan superior a los demás hombres, que mi amor hacia El se espiritualizaba de tal manera, que se apagaban mis deseos de ir en su seguimiento; su ideal llenaba mi alma de purísimos deleites, no tenía que correr para encontrarle, porque le sentía en mí, me parecía que su aliento refrescaba mi frente, y era dichosa sintiéndole en mí misma. Me detuve algunos momentos en un caminito bordeado de flores, y allí me dirigí a El; allí le conté todo lo que sentía, y allí le supliqué que no me alejará de su lado en el momento de su sacrificio; que sellara mi boca, para que no gritara, pero que me dejara verle hasta su último momento. Allí en la más completa soledad, le llamaba diciéndole: "¡Amor mío! ¡Amor de mis amores!... ¡Vida de mi vida! ¡Cielo de mis ilusiones!..." Allí se desahogaba mi alma; todo cuanto me rodeaba era bello; bien necesitaba mi espíritu aquellos instantes de reposo.

Comencé a sentirme fatigada; conocí que mi organismo necesitaba alimento y me dirigí a un pequeño lugar donde encontré muchos niños jugando; éstos, al verme, llamaron a un hombre, y de una casita salió un anciano que me reconoció enseguida: era el padre de una niña que yo curé en medio del campo; mucho me agasajó, mucha alegría demostró al verme, brindándome su hogar para dar a mi cuerpo alimento y reposo. Allí encontré a la niña, que me abrazó diciendo:

-No te he olvidado nunca; te quiero porque me has devuelto la vida, y mi padre, cuando me ve triste, me dice tus mismas palabras y me reanimo enseguida.

Pasé en aquel humilde hogar unas cuantas horas tranquilas, entre seres buenos y sencillos, y ¡se está tan bien al lado de seres buenos!... Conté al anciano cuanto había oído en la fuente. El pobre viejo se indignó y me dijo:

-El peso de los años me abruma, pero para evitar la consumación de ese crimen, creo que recobraré mis energías juveniles, y en unión de otros muchos rodearemos al hombre-Dios y le salvaremos o moriremos con El.

-Yo también iré, padre mío-dijo la niña-, porque desde que vi a aquel hombre rodeado de luz, que vive en mi pensamiento, le veo despierta y dormida, ¡qué hermoso es! a un serían hermoso no debemos dejarle morir, ¡le quiero tanto!... ¡tanto como a ti!

Y la niña se arrojó en mis brazos, besándome con la mayor ternura.

Cuando pasan horribles tempestades ¡qué hermoso es un rayo de luz! Escuchando a la niña y a su padre mi alma se regocijaba, y me despedí de ellos, persuadida de que se pondrían en camino con otros muchos para seguir al hombre-Dios, mejor dicho, para rodearle y evitar que hasta El llegara el traidor Isaac.

Seguí mi camino con el cuerpo fortalecido y el alma serena; estaba contenta de ellos y de mi, porque iba despertando a las almas que dormían; cuando más embebida iba en mis reflexiones oí gritos y blasfemias, giré y vi a dos mujeres que se insultaban violentamente y se disponían a destrozarse la una a la otra; inmediatamente me puse entre ellas, conseguí separarlas después de luchar mucho y escuchar insultos a cual más grosero y soez; la que los profería era una mujer hermosa en cuyos ojos brillaban las llamas de los celos; la otra se sinceraba, mas se conocía que no estaba exenta de culpa; la mujer celosa no se dejaba convencer por mis argumentos, pero tanto me esforcé, que al fin le dijo a su rival: te dejo entregada a tu infamia, que el tormento de la infamia es el más horrible. Tu le has salvado la vida a esa mujer,-me dijo ofendida.-te prometo dejarla abandonada a sí misma, me has evitado un crimen, nunca te olvidaré; se alejó la mujer celosa, mientras la otra avergonzada y confusa siguió otro sendero sin dirigirme una mirada; el peso de su oprobio la abrumaba por completo.

Aquella escena me impresionó profundamente, y me decía a mí misma: Las mujeres que matan es porque aman, ¡amar! ¡amar a un hombre! ¡qué hermoso debe ser! pero a un hombre de carne y hueso, a un hombre que no se eleve por los aires, el amor de la tierra con sus luchas, con sus tormentos, pero con sus goces delirantes al fin. ¡A mi nadie me ha querido! yo no he podido disputar mi presa, ni yo he amado ni me han amado, luego no he vivido; ¡qué más morir que sufrir el deseo de todos!... ¡la soledad! ¡el abandono! ¡siempre sola! Aquí, ahora lo reparo, en esta llanura, sí, aquí es, el hombre-Dios ni aún quiso que le viera, ¡me cegó! ¡qué inhumanidad!... ¡qué crueldad! ¡no verle!... ¡no verle cuando verle era mi vida!... ¡y aún vivo!... ¿y para qué? ¿para qué? para hacer algo bueno, no debo quejarme de esta jornada, he conocido al traidor, y he dado sus señas a muchos, para que le conozcan y le denuncien; he dado aviso a una familia buena, y ésta reunirá gente y se irán de avanzada por el camino que quiera recorrer el hombre-Dios; ahora mismo he podido evitar la consumación de un crimen, ¿y aún me quejo? ¡Oh! soy una ingrata. Y reanimada nuevamente descendí por una pendiente que era una senda deliciosísima sombreada por árboles floridos; a corta distancia se veían unas

cuantas casitas tapizados sus muros de floridas enredaderas, parecían aquellas casitas pequeños paraísos, me detuve a contemplar las y dije:

¡Qué dichosos serán los dueños de esos oasis! ¡vivir entre flores! respirar un ambiente perfumado, eso, eso será vivir, pero como si un ser invisible me dijera: no juzgues por a pariencias, escuché un leve gemido, y tras de aquel otros y otros, y muchos lamentos, miré por todas partes y no comprendía en qué casita estaban los que gemían amargamente; de pronto, de uno de aquellos paraísos salió una mujer joven y hermosa, con el cabello suelto y el traje en desorden, miró al cielo, como si le acusara de su dolor; y exclamó:

-No puedo más; y se dejó caer al pie de un árbol. Yo corrí hacia ella, y le pregunté qué tenía; la mujer me miró sorprendida y contestó con sequedad:

-Dejadme; mi dolor no tiene remedio.

-Todos los dolores lo tienen.

-¡Cómo se conoce que no sois madre!; y si lo sois; no habéis perdido ningún hijo; tengo un hijo y éste ¡¡se muere!!, y la mujer lloraba sin consuelo.

-Calmaos un poco, si aun vive hay esperanza; corred en busca del hombre-Dios.

-¿Quién? aquel que pasó hace poco por aquí; nunca hubiera venido, curó a muchos, es verdad, pero mi hijo estaba bueno, enfermó en cuanto El se fue, y se muere poco a poco.

-Dejadme que lo vea.

-¿Qué?, ¿sois también de esas alucinadas que le siguen? iros de aquí que no quiero ver ni su sombra.

Bajé la cabeza y me alejé, pero a los pocos pasos me detuve, porque oí que la madre desesperada me decía:

-¡Venid! ¡venid! ¡pronto! ¡pronto...!

Subí la cuesta y entré con la mujer en una casita; en ella, sobre blandos almohadones había un niño que tendría unos doce años; su rostro estaba cadavérico, miró a su madre, y la miró con cierto enojo. Yo, dominada por una fuerza superior a la mía, y dotada en aquellos instantes de maravillosa lucidez, miré al niño y poniéndole la mano en la frente le dije:

-¿Por qué te quejas? ¿por qué te quejas, si tu cuerpo está bueno? lo que tú tienes es otra enfermedad.

-¿Cuál?-preguntó la madre.

-El vehemente deseo de ser amado. Tú amas a un hombre, ese hombre no es el padre de tu hijo, y tu hijo, aunque niño, odia al que ocupará en tu tálamo el sitio de su padre; no te cases, mujer, no te unas a otro hombre si quieres la vida de tu hijo. La mujer me miró asombrada, miró al niño, y éste le dijo:

-Vive para mí, y yo viviré para ti; venció la madre a la mujer, la madre abrazó a su hijo y murmuró en su oído algunas palabras que debieron ser una promesa, porque el niño se sonrió gozoso y volviéndose a mí me dijo:

-Acábame de curar, que ahora quiero vivir, desde que tú has entrado me parece que ha renacido.

-Nada tengo que hacer, curado estás, porque el amor de tu madre era la medicina que tu cuerpo y tu alma reclamaban; y tú, mujer, si la fortuna te sonríe, si no tienes que darla por la vida, conságrate a tu hijo, agradece tu fecundidad,

muéstrate agradecida y gozosa de ser un árbol que ha dado tan hermoso fruto, ¡dichosa la mujer madre! ¡dichosa la que es útil a la humanidad, enlázate a tu hijo, quiérele mucho, ¡dichosa tu mil veces que tienes un hijo a quien querer!

La madre y el niño se abrazaron de nuevo, y yo salí de la estancia satisfecha de mi obra. Cuando me vi en el campo me encontré tan fuerte, tan contenta que me dije a mí misma: curo los males, leo historias íntimas, ¡qué fuerte soy! soy el bien, y en el bien se encuentra el prado florido de la esperanza, el bien es la vegetación del espíritu. Yo puedo hacer mucho porque he vencido a la flaqueza humana. ¡Ya puedo regenerar a un mundo! después... después se entibió mi entusiasmo y murmuré con desaliento:

¿Cómo quieres dar agua a la fuente? una cosa de utilizar lo que se recibe, y otra trazar la órbita en que deban girar los demás; y luchando entre desalientos y esperanzas, recordé al pobre Arael, y me acusé de ingrata; solo una vez le había visitado en tu prisión, dejaba lo cierto por lo dudoso; dejaba de consolar al más necesitado de consuelo y daba a los desconocidos lo que a él le pertenecía. ¡Ay! yo era tan pequeña y tan ingrata como los demás, ¡y quería regenerar un mundo...!

Anduve por la orilla de una vertiente; un salto de agua derramaba en distintas direcciones la fecundación y la vida; pequeños riachuelos se ensanchaban gradualmente y por todas partes se veían arroyos y prados floridos, el lugar no podía ser más delicioso; pero las brumas de la tarde extendieron su manto de nieblas, la humedad comenzó a dejar sentir su influencia, mis piernas flaqueaban y no podía descansar en ningún paraje porque todo era pantanoso; ¡el agua corría por todas partes en mayor o • menor cantidad! y me vi obligada a seguir andando; la noche llegó con su silencio a la vez que sus misteriosos ruidos, y yo rendida de cansancio andaba sin poder; al fin, me pareció que lejos, muy lejos, distinguía una tenue claridad y era preciso llegar hasta allí, que indudablemente en aquel paraje habría alguna casa hospitalaria; bebí agua para recobrar fuerzas y ¡qué agua tan buena era aquella! Caminé largo rato a la orilla de un río, sus aguas eran tranquilas, en la orilla opuesta me parecía que se destacaban montañas gigantescas, y sobre una de ellas era donde yo veía una tenue claridad. De pronto me asaltó la idea de atravesar el río como El los atravesaba, ¿no curaba yo como El? pues sirviendo a los otros bien podía serme útil a mí misma; si yo pudiera flotar como flotaba El, cuánto camino adelantaría. Probemos, y ya mis pies se hundían en el margen del río, cuando escuché una voz potentísima que dijo airada:

-No te atrevas a dar un paso, no puedes pasar flotando, que los cuerpos no vuelan, las fantasías solo sirven para turbar las almas, retrocede y encontrarás lo que deseas.

Retrocedí, y efectivamente a los pocos pasos encontré un puentecito, que aunque endeble, era lo suficiente para ganar la otra orilla, donde el terreno era firme y seco; altas montañas elevaban sus cimas buscando las nubes, trepé por una de ellas y al llegar a la cumbre, vi que la débil claridad que yo había visto desde la hondura del valle, era... ¡la luz de la aurora...! había caminado toda la noche con la esperanza de encontrar un puerto; del mismo modo caminamos todos por el erial de la tierra esperando llegar al paraíso que nos ofrecen los distintos ideales religiosos o filosóficos, según el adelanto de las épocas, y el desarrollo de las civilizaciones.

Con el nuevo día contemplé un paisaje hermosísimo, una gran ciudad

medio oculta entre árboles y flores; sus murallas, anchos caminos, sombreados por frondosos árboles; me parecía imposible que hubiese andado tanto tiempo; me sentía fuerte; de pronto; oí voces cerca de mí, y vi a dos hombres de buena apariencia que hablaban acaloradamente de El; ajusté mi paso al de ellos y escuché su conversación, que era muy fácil de oír, porque hablaban poco menos que a gritos, tanto y tanto se iban exaltando, el uno hablaba muy mal de El; el otro, más reflexivo, decía:

-Para juzgar hay que ver.

-¡A mí me basta para odiarle saber que habla de un solo Dios y que pretende desvirtuar el poder de los dioses.

-Cuando le oiga y me haga cargo de sus argumentos, entonces lo acusaré o le adoraré.

-¿Serias capaz de dejar la religión de nuestros padres?

-Si el Dios de que me hablan, habla de mi alma, desde luego.

-Pues yo había de ver morir a toda mi familia y si ese hombre quería y podía salvar a mis deudos, los dejaría morir a todos antes que El les diera la salud.

-Pues yo tengo a mi esposa como muerta y si el genio del mal me dijera que él curaría, admitiría sus servicios para ver volver a la vida a la madre de mis hijos.

Yo aproveché aquel momento para dirigirle la palabra y ofrecerle mis medios de curar; el hombre me miró asombrado pero me cogió de la mano y me dijo:

-Corre, si puedes, tanto como yo, que la salud, la vida, venga a donde venga, yo la quiero.

El contrario se enfureció más y más con mi compañía y dijo que El, si bien curaba en el acto, sus curaciones eran falsas, porque los enfermos recaían de nuevo; a lo que yo le dije:

-Las almas las cura El, pero si las almas persisten en ser malas enferman de nuevo.

-El no levanta a los muertos.

-Pero despierta a los que duermen como los despierto yo.

Al fin llegamos a la casa de la enferma; ésta era joven aún y simpática, descansaba sobre su lecho rodeada de sus deudos y amigos que eran muchos; me acerqué a ella y todos me miraron con desdén y desconfianza diciendo una mujer:

-Pero, ¿qué viene a hacer esta aquí si ya está muerta? Yo no hice caso y me incliné sobre la enferma; efectivamente no respiraba y tenía los ojos cerrados, pero su corazón latía débilmente.

-Esta mujer no ha muerto, su corazón late.

-Late tu mano, replicó un anciano, no profanes a los muertos. Yo sintiéndome impulsada por El, dije con la mayor energía: Mujer, abre los ojos. La muerta abrió los ojos y dominado por mi voluntad se incorporó y se sentó en su lecho. Su marido, loco, delirante, la estrechó en sus brazos y me preguntó:

-¿Quién eres...? quien quiera que seas, tuya es mi vida, ya que la vida has dado a mi Raquel.

Pintar la confusión que allí se produjo es imposible, todos me asediaban a preguntas, hasta que Raquel pidió que reinara el silencio para contar cuanto había sufrido, pues quedó su cuerpo inmóvil, pero no su entendimiento; éste funcionaba admirablemente, así es que pudo medir el abismo de su tumba a donde todos

estaban dispuestos a llevarla menos su marido; éste se empeñaba en no enterrarlo; sintió sobre sus labios los besos de sus pequeños hijos, cayeron sobre su rostro las amargas lágrimas de sus padres y de su esposo, y solo al escuchar mi voz pudo abrir los ojos.

-Pero ¿quién eres-me decía Raquel, que me has devuelto a las caricias de mis hijos, a los cuidados de mis padres, al amor de mi marido, que es mi Dios en la tierra?

-Soy una hoja seca que El levantó del polvo; soy una pobre mujer que adora al hombre-Dios.

-Yo también le adoraré, dijo Raquel.

-Pues levántate y sal a su encuentro; ve a esperarlo y dile que en su nombre yo te he curado.

CAPÍTULO XVIII

Después de la curación de Raquel, me despedí de aquella familia, deseosa de adelantarme a la multitud para salir al encuentro del hombre-Dios, pues oí decir a muchos que ya estaba muy cerca de la ciudad; salí presurosa y una legión de infortunados me indicó el camino que debía seguir, ¡cuántos enfermos! ¡Dios mío! ¡cuántos seres inútiles! cojos, mancos, ciegos, paralíticos, colocados en distintos puntos, leprosos, otros que gritaban como locos rabiosos haciendo contorsiones y dando saltos y corriendo en todas direcciones sin poder descansar un segundo. Me llamó la atención un pobre que estaba parado alargando los brazos y enseñando las manos roídas por repugnante enfermedad; aquel desdichado tenía un semblante muy expresivo, especialmente los ojos que eran muy grandes y muy hermosos; los dos nos miramos y él me dijo en son de mofa:

-¿Por qué corres? ¿no sabes que nunca llegarás al reino de los cielos? ¿que para ti no hay sitio en el reino de Dios?

La voz de aquel desventurado me impresionó tristemente; me detuve sobrecogida, pero oí dentro de mí misma otra voz que me decía: ¡adelante! ¡adelante!

Seguí andando, pero conforme me acercaba a El, se iba apoderando de mi un amor inexplicable, temblé ante la idea de si no me dejaría verle, y decidí ocultarme entre unas matas para verle pasar y luego seguirle; así lo hice, me senté al pie de unos arbustos floridos y allí esperé, ¡cómo latía mi corazón!; en las sienes, parecía que una mano invisible armada de un martillo las golpeaba sin piedad; mis ojos se cubrían de lágrimas, ¡qué inquietud! ¡qué angustia...! ¡qué zozobra! aumentó el rumor, todos hablaban a un tiempo, todos pedían misericordia; de pronto oí la voz de El, dulce, acompasada, armónica, hablaba con un anciano venerable de luenga barba blanca, al que le decía:

-¡Cuántos me esperan...! pero... ¡cuántos me rechazan...! vengo a sembrar, no a recoger, vengo no para que me sigáis sino para que trabajéis en mi obra, y os enlacéis en mi obra; allí donde impera el bien está la paz de las almas, una es la ley y uno es el bien. Todos le escuchaban en silencio, porque su voz tenía una vibración tan particular que sin hablar a gritos, resonaba a larga distancia; eran sus frases una melancolía divina. ¡Qué hermoso estaba! se detuvo delante de los arbustos que me ocultaban y pude mirarle, adorarle y bendecirle. El, sin mirar al punto donde yo

estaba, se sonrió con dulzura y dijo a media voz:

-Levántate mujer, y ven, ven y verás mis obras y lleva en tu alma la impresión de cuanto veas.

-¿Cómo me levanté? no lo sé, no me di cuenta de ello, solo sé que me vi muy cerca de El, tan cerca que podía tocar su túnica; no me saciaba de mirarle y de escucharle, porque cada palabra suya era una sentencia. De pronto se escucharon muchas voces que gritaban: ¡abridle paso! ¡que nadie le toque! los enfermos se retiraron y se adelantó un hombre terrible, todo su cuerpo estaba ulcerado, un lienzo manchado de sangre y materia sujeto a la cintura le cubría hasta las rodillas, pero su pecho, sus espaldas y sus brazos presentaban llagas asquerosísimas, su cabeza estaba deforme, mal cubierta con vendas ensangrentadas. El infeliz al ver al hombre-Dios se detuvo avergonzado, no tuvo valor para mirarle. ¡Qué contraste formaba los dos! ¡el uno era tan hermoso! ¡el otro tan horrible! ¡el uno tan bueno, tan sano, tan fuerte, tan poderoso...! ¡el otro tan débil, tan enfermo, tan repugnante...! ¡el uno era la fuente de la vida y de la salud! ¡el otro el manantial del virus ponzoñoso! porque todas sus llagas arrojaban un líquido amarillento y apestoso. El hombre-Dios se detuvo y mirando a aquel desventurado le dijo con tristeza:

-¡Ay! ¡qué horrible es la herencia del pecado...! ¡qué expiación tan espantosa es la tuya...! ¡infeliz! tu sufrimiento debe asemejarse a tu culpa... ¡cuántos siglos de sombra se cuentan sobre ti! pero acércate, ¿no te acercas? pues yo iré junto a ti, que yo he venido a este mundo para curar a los enfermos; ¿no lo crees tú así? Y uniendo la acción de la palabra, el hombre-Dios se acercó al enfermo que estaba inmóvil en medio del círculo sin atreverse a dar un paso, avergonzado sin duda por las miserias; el hombre-Dios le cogió la diestra y apoyándola en su mano izquierda, miró con interés sus llagas y le dijo:

-¡Pobrecito! debes sufrir mucho ¿verdad?

-Mucho, Señor.

-Pero tú quieres curarte, ¿es cierto?

-¡Ah...! ¡si se pudiera!

-Todo se puede habiendo voluntad. Yo trataré de curar tu cuerpo, ayúdame tú curando tu alma. Y mirándolo fijamente: yo sanaré tu materia putrefacta, haz tú el mismo trabajo con tu espíritu, haz tantas obras buenas como abusos has cometido; quiero que tu organismo esté sano, ¡quiérelo tú también! Y apoyando ligeramente su diestra sobre la mano del enfermo, los más cercanos vieron con asombro que aquella mano de la cual destilaba agua sanguinolenta, como por encanto quedó enjuta al igual que todo su cuerpo. El desdichado se estremeció de júbilo y quiso arrodillarse diciéndole: ¡tú eres Dios! ¡tú eres Dios! ¡bendito seas! más El le detuvo diciéndole:

-Los hombres no se arrodillan, los hombres se levantan y se elevan trabajando y haciendo el bien; el cielo es grande como es grande la esperanza; cura tu alma, que a medida que ésta se cure sanará tu cuerpo.

No es posible pintar ni describir aquella curación maravillosa; el cuerpo de aquel desdichado adquirió fuerzas instantáneamente, sus llagas quedaron secas, el infeliz se miraba los brazos, las manos y el pecho, reía y lloraba y pronunciaba frases ininteligibles, que cuando mucho se siente todas las manifestaciones del sentimiento parecen pocas para demostrar el placer y el asombro que embargan el

ánimo.

Los otros muchos enfermos que había a lo largo del camino extrañaban la tardanza del hombre-Dios, y comenzaron a murmurar, era la impaciencia del dolor. El escuchaba aquel murmullo sonriendo melancólicamente; al fin siguió su camino y extendiendo los brazos exclamaba mirando a la multitud:

-¡Sálveos vuestra fe! ¡sed sanos para ser más buenos! resucitad para la vida del bien, de la abnegación y el sacrificio.

Sus palabras resonaban repitiéndolas el eco, ¡qué voz la suya tan sonora, tan dulce, tan melódica! ninguna he oído que le asemeje.

El anciano que le acompañaba le propuso hacer alto, y que los enfermos de la ciudad salieran al campo, que allí estaría mejor; mas El replicó:

-No, más bien debemos apresurar el paso, que son muchos los que me esperan y es mi deber acudir a su llamamiento.

Y efectivamente, entramos en la ciudad y visitó a muchos desgraciados dejando en todas partes el consuelo y la esperanza. Llegamos ante una casa cuyo dueño al verle venir salió a su encuentro diciéndole:

-¡Ah! ¡señor! vos no sois hombre, sois un Dios.

-No digas que soy más que un hombre, soy un hombre que vengo a hablaros para que mañana me escuchéis.

Entraron en la casa, y el dueño medio entornó la puerta para evitar sin duda que entraran los demás; muchos hombres entraron, pero yo no me atreví a entrar, porque ninguna mujer entró; todas se quedaron en la calle; pero como yo no me cansaba nunca de verle y admirarle, me coloqué junto a la puerta pensando como entraría; en esto, oí la voz de El que me dijo con dulzura:

-¿Ahí estás? ¿qué quieres ver? tú que trabajas y en mi nombre curas, entra y mírale.

Me faltó tiempo para entrar y ponerme a su lado; y entonces nos dirigimos a una habitación donde había un joven al parecer muerto. El me dijo:

-Mírale, a ver qué te parece. Me acerqué, toqué su frente y la encontré helada, puse mi diestra sobre su corazón, y no sentí el menor latido.

-¿Qué te parece? habla.

-Yo señor, creo que está muerto.

-¿Por qué?

-Porque su corazón no late.

-¿Y tú crees que se muere?

-Yo... yo sí.

-Pues no se muere porque se renace eternamente, y si hay cuerpos que permanecen inmóviles, en cambio las almas se despiertan, en éste, o en otro mundo mejor.

Todos escuchaban nuestro diálogo; El entonces mirando al enfermo que parecía un cadáver le dijo:

-Vuelve a la vida, que lo quiero yo; el muerto se incorporó, e hizo más aún, porque se puso en pie y quedó inmóvil, junto a su lecho.

-Esto no es bastante, reanímese la estatua, circule la sangre por sus venas, brillen sus ojos; y conforme iba dando órdenes, el enfermo las iba obedeciendo. Una mujer gemía en un rincón, y el hombre-Dios la dijo:

-Mujer abraza a tu hijo y concluye mi obra; la mujer abrazó al resucitado y con sus besos delirantes coloreó sus mejillas y dio brillo a sus ojos; el padre en tanto le decía a El:

-¡Señor! ¡tú eres Dios!

-No, no soy un Dios, voy en busca de Dios. Cuando salimos de aquella casa, las mujeres que se habían quedado en la puerta me dirigieron los insultos más soeces; yo me avergoncé y hasta me arrepentí de haber entrado, sintiendo que El oyera aquellos insultos hijos de la envidia; más El las miró a todos diciendo con tristeza:

-¡Queréis curar y atropelláis...! ¡queréis curar y sembráis el mal! ¡Pobres generaciones! ¿cuándo comprenderéis que solo la paz es el bien?

Siguió curando a todos aquellos que lo reclamaron; al fin se detuvo ante una casita rodeada de árboles, y al ver que muchos no estaban enfermos le seguían, exclamó:

-¿Queréis seguir mis huellas? ¡cuánto vais a llorar! Alguien le dijo que El era grande como Dios, y El replicó:

-No soy grande como Dios, soy grande, porque soy un hijo de Dios. Hoy las muchedumbres me siguen con sus miserias, mañana me seguirán con sus vicios. Estoy cansado de alma, ¡ah! ¡si no fuera por el progreso eterno yo también desfallecería! pero viviendo eternamente no debemos desfallecer. Y mirando al cielo, sus ojos se iluminaron, su rostro adquirió aquella transparencia especial, que yo no acierto a describir, todo su ser se revistió de aquel encanto inexplicable, todo El era luz, rostro, cabellos, traje, y lo que parecía más extraño era que se elevaba, que parecía su estatura gigantesca, y al mirarle todos atónitos y asombrados, El, descendiendo a la tierra (no encuentro otra frase), murmuró con ternura:

-¿Veis cómo me engrandezco? pues así creceréis vosotros.

El anciano que le acompañaba le suplicó que entrara en su casa para tomar algún alimento, pues mucho debía ser su cansancio. El aceptó diciendo:

-Demos fuerzas al cuerpo, que de ese modo daremos después fuerzas al espíritu; y volviéndose a mí añadió: Entra tú también y siéntate aquí, por ser la última vez que estarás junto a mí en la tierra. Muchos fueron los que se sentaron en tomo de la mesa, yo me senté junto a El; gran número de hombres y mujeres se quedaron de pie dentro y fuera de la casa. Mientras la conversación se generalizaba, yo aproveché la ocasión para decirle a El:

-Os quieren prender muy pronto, he conocido al traidor en la fuente... ¡lo sé todo!

-Yo también.

-¿Y qué haréis?

-Esperar que se cumpla la ley. Y... ¿no le has visto hoy cerca de mí?

-No, ¡ay! no; ni Dios quiera que le vea.

-Pues debe estar, porque la hora se acerca; ¿le conocerías?

-Entre mil que le viera.

-Pues menos somos aquí dentro, mira bien, a ver si le encuentras.

-Miré con temor a todos cuantos rodeaban la mesa y le dije gozosa:

-No está.

-Mira bien, mujer; si tiene que estar muy cerca.

Miré de nuevo y descubrí en un rincón de la habitación a un hombre sentado cubriéndose el rostro con las manos. El me miró sonriéndose y como si con su voluntad le ordenara que se descubriera, el hombre levantó la cabeza, y yo ahogué un grito, porque reconocí a Isaac.

-¿Ves cómo estaba muy cerca?

-Pero, señor, por piedad, libraos de ese miserable. ¡Oh! cuánto le aborrezco, si mi odio puede perseguirle yo le maldeciré eternamente.

-¿Y por qué? ¿porque él se ha empeñado en ser pobre como tú te empeñaste en ser cruel, cuando a un hombre vendiste y acusaste siendo el acusado un inocente? No maldigas ni odies a nadie que él, como tú, expiará su culpa; él, como tú, pedirá misericordia, y ni el eco le contestará; él, como tú, será mártir de sí mismo, y en mi seguimiento sufrirá el martirio, como lo sufrirás tú; él, es más perverso que tú, tú pecaste por vanidad tu belleza le cegó, y te quisiste convencer del poder de tu hermosura; ¡hermosura fatal que cegó a un hombre jefe de la primera escuela filosófica de este mundo! El y tú, seguiréis mis huellas, y solo mi recuerdo os dará aliento para sufrir el martirio; pero tú siempre me verás, ¡siempre! vivirás para mí, yo seré en tu soledad el único rayo de sol que ilumine tu encierro, que cuando se arrancan las flores y se malogran los frutos, hay que buscar luego sus raíces en las profundidades de las tumbas, que tumbas harán los hombres a la sombra de mi nombre.

Como El y yo hablábamos tanto, los demás demostraron sus celos mal reprimidos y El entonces les dijo poniéndose de pie:

-No murmuréis; esta mujer me pertenece desde la noche de los siglos, como me pertenecéis algunos de vosotros; me seguiréis perteneciendo practicando la ley del bien: no murmuréis de nadie, que la murmuración es fuego que nunca se extingue su llama, y ¡ay! de los murmuradores. Seguid mi ejemplo, yo no vengo a perder a nadie, vengo a perdonar y a todos perdono.

Isaac entonces se levanto y, acercándose a El, le dijo:

-¿Y a quién habréis de perdonar, si nadie puede haceros daño?

-A los niños y a los hipócritas; a los niños porque no saben lo que hacen, a los hipócritas porque forjan los eslabones de sus cadenas.

-¿Y creéis, Señor, (díjole uno) que os harán mal los niños y los hipócritas?

-De todo habrá, que yo vengo a sembrar, pero no a recoger, y volviéndose a mí me dijo con aquel acento de autoridad que El sólo tenía, y que El solo hermanaba con la mayor ternura: Tú vete y ve a cumplir tu deber; Arael te espera, con él hay otro desventurado: aquél con quien hablaste en la cueva; al separarte tú le prendieron, te cree la causa de su prisión y te odia, ve a desvanecer su odio (en lo que puedas), que morir odiando es morir de mala muerte; a mi lado ya nada tienes que hacer, y al lado del que te odia puede ser útil tu consejo; ve a cumplir con tu deber y no llores jamás por mí, llora por los vicios de los hombres; no busques mi cuerpo cuando muera, busca mis obras y yo te prometo, que luego, más tarde, mucho después, cuando nuevas civilizaciones saneen la tierra, yo te daré una felicidad que no has conocido aún.

Extendió su diestra como El solo la sabía extender, señalándome la puerta, y yo dominada por su voluntad sin saber lo que hacía, bajé la cabeza y no sé si anduve; sólo me di cuenta de que existía, cuando me vi. entre los árboles, quise

buscar el camino de la ciudad para cumplir su mandato visitando a los presos, pero no pude emprender mi marcha, se hizo de noche y tuve que refugiarme en un paraje para descansar, ¡qué noche más horrible...! veía un mar de sangre, veía insondables abismos, ¡qué más abismos que mi existencia...! ¡qué horas tan amargas me aguardaban! "pero luego, más tarde, después, cuando nuevas civilizaciones saneen la tierra", (El me lo dijo), gozaré de felicidad que no he conocido aún."

CAPÍTULO XIX

Con la dulce esperanza de sus palabras, aunque pasé una noche espantosa, me levanté animada pensando en un día de felicidad, y aunque para alcanzarla tenían que transcurrir muchos siglos me hacía cargo que lo que mucho vale mucho cuesta, así es, que emprendí el camino deseando llegar a la ciudad para cumplir la orden del hombre-Dios, visitando a los presos.

Antes, como era muy justo, fui a ver al gobernador; éste me recibió con el mayor cariño, le conté todo lo ocurrido y él me dijo sonriendo tristemente:

-¡Si tú vieras cuántas infamias se ponen en juego...! centenares de enfermos curados por El han sido comprados a buen precio, y éstos declararán que les curaba por medio de sortilegios, mujeres perdidas contarán historias repugnantes y escandalosas, en las cuales El será el protagonista; todo cuanto malo, absurdo y cruel puede inventar el hombre, todo se ha inventado para hacer morir a un hombre que da salud del cuerpo y la vida del alma, ¡qué horror!

Le hablé al gobernador del jefe de bandidos, preso últimamente, al que tenía orden de visitar.

-Mujer, ¿qué dices? ¿tú sabes quién es ese hombre? su boca es un cráter de inacabable fuego, es una fiera enfurecida que todo lo rompe, todo lo destroza, los hierros más fuertes en sus manos crujen como una débil caña en manos de mi Abelín; no, no quiero que vayas.

-El me lo ha ordenado y tengo que obedecerle.

-Pero si te odia, si te maldice, si dice que tú le has delatado, (lo que es mentira), pero que él lo cree así.

-Pues por lo mismo he de ir: donde hay más sombras y más aberraciones es donde hace más falta la luz de la razón.

El gobernador, viendo mi decisión, ordenó que me acompañaran varios de sus servidores, y me dirigí a la prisión; al compañero de Arael lo tenían separado de los demás presos, porque parecía una fiera rabiosa: rugía como rugen los leones hambrientos, agarrado a los barrotes de una gran reja, ésta temblaba al impulso de sus violentas sacudidas; uno de los hombres que me acompañaba se acercó a la reja, (pero quedándose a prudente distancia) y le dijo:

-Aquí está la mujer que tanto odiáis, a la que maldecís constantemente. Al oír sus palabras, el preso lanzó una carcajada horrible, el rostro de aquel desventurado se iluminó con una sonrisa aterradora, y, como hambrienta hiena que olfatea su presa, acercó su cabeza a la reja diciendo con voz cavernosa:

-Acércate, que te quiero destrozar, tanta sangre que he vertido en este mundo, no me ha dejado satisfecho, necesito la tuya para no morir rabiando; por ti me ha perdido, por ti me veo enjaulado.

-Te engañas (le dije con serenidad), tus delitos sin cuento son los que te han perdido, tus crímenes son la causa de que todo concluya, para ti.

¡Cómo se puso! sus cabellos erizados parecían hilos candentes, su luenga barba se abultó extraordinariamente, y sus ojos, ¡ah! sus ojos pugnaban por salir de sus órbitas; estaba horroroso, amenazador, parecía el genio del mal dominado por el vértigo de la locura.

-Vengo (le dije), porque El lo quiere, porque El quiere que te consuele.

-Pues se aumenta mi odio hacia ti al saber que El te envía, porque tu venida es una burla sangrienta. Si El me ha perdido y tú le has ayudado, ¿qué consuelo me podréis dar? yo era libre, ¿sabes tú lo que es ser libre? ¡ser libre es ver la luz! es correr tanto como se quiere, es luchar y vencer; y aquí estoy sin luz, porque los hachones que ahora me dejan verte, solo iluminan este subterráneo cuando me bajan el alimento, después... la noche me rodea, ¡yo que era el rey del bosque...! pero acércate, estás lejos.

Mis guardianes me obligaban a estar muy separada de la reja, pero yo quise acercarme a aquel desventurado enloquecido por el dolor; me acerqué más y le miré fijamente; él también me miró y algo debió sentir, porque soltando los barrotes y dejando caer sus brazos hercúleos, dijo con cruel ironía:

-¿Y por qué quieres consolarme? ¿no sabes que yo te odio? ¿no sabes que no tengo más sentimiento que no haberte dado muerte en la noche que pasaste en la cueva?

-Pues por lo mismo que me odias quiero injustificar tu odio, y yo puedo injustificarlo de otra manera que haciéndote todo el bien posible; devolver bien por mal es el único mandamiento de la ley de Dios: el bien, es la savia productora de que debemos transmitirnos en la eternidad de los tiempos; ahora déjame comenzar mi trabajo, ¿cuando naciste, te miraron al nacer tu padre y tu madre?

-No, no; no sé quienes fueron mis padres, ni quiero recordar los comienzos de mi vida, ¡porque fueron más desgraciados mis primeros años...! ¡qué dejo tan amargo me dejaron...! aún saboreo la hiel que bebí entonces...! aún saboreo la hiel que bebí entonces...

-Pues mira, el abandono en que pasaste tus primeros años, atenúa en gran parte tu delito, nadie te dijo que te hicieras grande, y tú, entregado a ti mismo, quisiste ser grande y lo fuiste por el crimen, se hablaba de ti, y esto halagaba tu feroz vanidad; te ahoga la sangre de los inocentes que por ti han muerto; hoy tu popularidad te abruma y tal vez quisieras desandar lo andado y ser, si posible fuera, un hombre inofensivo.

-No sé lo que quiero, pero... tienes mal modo de consolar, porque me recuerdas más crímenes.

-¿Y qué más consuelo que el reflejo de todo el mal causado, para comenzar a practicar el bien?

-Esta sí que es buena; ¡comenzar a practicar el bien! ¿y cuándo? si ya estarán levantando el cadalso donde he de morir?

-¿Y por qué no esperas la muerte como el principio de otra vida?

-Nunca he creído más que en la vida de aquí; *ese hombre funesto* que a todos nos ha perdido, consiguió que Arael, nuestro jefe, creyera en sus palabras, y muchas veces, muchas, nos buscaba a todos, nos reunía en tomo suyo y nos

hablaba de las delicias que se encuentran en la práctica del bien. ¡Qué hermoso estaba cuando hablaba así! todo El era luz, luz que alumbraba como si El fuera un Sol; más de una vez, mirándome fijamente me decía:

-Cuando dejes este mundo no recuerdes tus crímenes, recuérdame a mí, que moriremos juntos, porque juntos se sacrificarán la virtud y el vicio. Y ahora, ahora que voy a morir, recuerdo sus palabras y siento haberlas escuchado, y maldigo su memoria, y al mismo tiempo no me explico por qué a un hombre como El lo han de comparar con los asesinos. ¡Ay! matan los grandes porque abusan de su poder, y matan los chicos porque nadie se ocupa de ellos, todos matamos, la igualdad existe en el crimen...!

-No delires, no delires, las injusticias sociales son hijas de muchas causas que no me puedo explicar.

-No te las explicas porque tú también has sido de los abandonados y fuiste una mujer perdida como otras muchas, todas creen lo mismo; también en las rameras existe la igualdad, es decir, mientras más te escucho y más te miro, veo que tú ya no eres como las demás, hay en ti un rayo de luz, de aquella luz que a El le rodea cuando habla de su Dios, y... no quiero conmoverme; vete, vete, que un hombre como yo, se ríe de los redentores y de las rameras arrepentidas.

Hablamos largo rato, el preso, tan pronto blasfemaba y nos maldecía a El y a mí, como se quedaba meditabundo y murmuraba: Eso de vivir siempre... ya es algo; pero vivir, ¿qué alegrías produce?, a mí no me ha producido ninguna.

-Porque has vivido en el crimen.

Se volvió a exasperar y comprendí que era conveniente dejarle solo; me insultó de nuevo y me dijo que no volviera más, que no volviera a verle nunca, pero al verme marchar, me dijo con febril impaciencia:

-¿Volverás mañana?

-No; necesitas más tiempo para reflexionar.

Cuando salí de la prisión, me parecía que había sido víctima de una horrible pesadilla; llegué a mi lugar de reposo y en él encontré al hermoso Abelín; ¡pobre niño! ¡con qué alegría me tendió sus brazos! ¡con qué afán besó mi rostro marchito...! ¡qué diferencia entre aquel ángel de luz y el hijo del crimen! ¡y los dos eran hijos de Dios...! seguí al niño que ya no me dejó hasta llevarme junto a su madre; ésta me miró atentamente y me reconvino por haber ido a la prisión, diciéndome:

-Los miserables no merecen ni el agua que beben, cuando menos un sacrificio.

-Pues El no dice eso, al contrario, dice que los criminales son enfermos gravísimos que necesitan más cuidados y atenciones que ningún otro. El gobernador me llamó y me dijo:

-¿No lo sabes? todo está preparado y esta noche lo prenderán.

Cuando la crisis se espera, se duda, pero ante la realidad, ¡qué horrible es la verdad del hecho...! ¡cuánto se sufre! el gobernador me prometió hacer cuanto pudiera por El. y esta promesa me reanimó, quería pensar y no podía unir dos pensamientos; mi inteligencia estaba petrificada, maquinalmente me dirigí a mi aposento y me deje caer en mi lecho como cae la piedra por la ley de gravedad, el peso de mi dolor me hizo caer. Dormí toda la noche, sin recordar nada; ¡qué bien...!

Al día siguiente supe que El aún estaba libre, y mi alegría fue inmensa; recibí aviso que el preso quería verme y acudí a su llamamiento; cuando llegué a la prisión ¡qué diferencia del día anterior! aquel infeliz ya no rugía, lloraba en silencio; al verme me dijo:

-Mírame, tus ojos son luz en mi lóbrega soledad; tú no te ves tu luz, pero la tienes; todo cuanto te he maldecido, hoy quiero llorar contigo, no tengo a nadie más que a ti, necesito saber que mi condenación no será eterna.

El llanto a veces habla más que todos los oradores del universo, porque el que llora empieza a sentir: aquel desgraciado me conmovió profundamente, cuando me pidió que le quisiera. Yo le prometí compadecer sus penas, pero él no tuvo bastante con mi compasión, quiso más, mucho más: y como hay mentiras piadosas le dije:

-¿Quieres que te quiera como una madre a su hijo?

-Sí: ámame como las madres aman a sus hijos y yo te seguiré en la eternidad.

Me estremecí ante semejante sorpresa, porque aquel desventurado me hacía el mismo efecto que si fuera para mi una horrible y espantosa pesadilla; pero había que endulzar los últimos momentos de aquel desgraciado, y le hablé con entusiasmo de la continuidad de la vida. del mucho bien que podría hacer en sus existencias sucesivas: le hablé de El. de sus trabajos de redención, de su serenidad esperando la muerte; y él a su vez, me habló largamente del hombre-Dios, me contó sus predicaciones, sus paternales consejos, todo, todo, y hablando aquel infeliz parecía que se despojaba de su repulsiva fealdad, porque aquel hombre era muy feo, pero hablando de El parecía otro. Al final me dijo acércate bien a la reja, el hueco que deja este barrote roto, me permitirá darte un beso en la frente, tus ojos ya los tengo aquí dentro, puesto que tengo su luz, pero necesito otro ambiente, y éste lo tendré dándote un beso.

Mis guardianes y los suyos se opusieron a que yo me acercara tanto, yo también (lo confieso), tuve miedo, porque nunca he creído en las conversiones rápidas, y más, hechas por mí: titubeé algunos momentos, y él me dijo:

-¿Te acuerdas la noche que pasaste en la cueva?

-Si que me acuerdo.

-¿Y qué te sucedió?

-Nada. nadie se acercó a mí: sola me dejaron sobre un montón de hierba seca.

-Pues cuenta que los hombres allí reunidos no respetaban ni a sus madres, pero dieron palabra y la cumplieron de no acercarse a ti; pues palabra te doy de no hacerte el menor daño, ¡cómo quieres que enturbie la última gota de agua que beberé en este mundo...!

Verdaderamente conmovida, rechazando a los que me rodeaban, me acerqué a la reja cuanto pude, apoyé mi cabeza en el hueco y los labios de él buscaron mi frente, sus labios de fuego se apoyaron en ella y un beso ardiente y prolongado sació la sed de aquel infeliz, que me dijo con satisfacción inmensa:

-Este beso, será nuestro lazo en la eternidad; yo me sacrificaré por ti, yo te amaré tanto como te he odiado, y seré tu hijo en lo eterno.

CAPÍTULO XX

Después de aquel acto me fui con una impresión muy distinta de las otras impresiones que me había causado aquel pobre ser. Aquel beso tan expresivo, tan apasionado, dado por un hombre que parecía una fiera enjaulada, ¡cuántas ideas hizo surgir en mi mente! ¡cuántas...' ¡Cuántos hombres habían comprado mis caricias! ¡cuántos libertinos habían deseado mi cuerpo: y sólo dos hombres que han vivido fuera de la ley, son los que al besar mi frente han sentido un placer inmenso, despojado de todas las impurezas!; ¡dos besos sin lascivia! ¡dos besos prometiendo amarme en la eternidad! aquellos desgraciados, ¿SERÍAN quizás mis deudos de mañana? ¡quien sabe...! ¿no merecería yo tener familia? aunque bien considerado, ¿quién era yo para desdeñar a aquellos infortunados? ¿Cómo había vivido? antes de hastiarme el placer, ¿qué papel había yo representado en la sociedad? ¿y qué era yo en la actualidad? ¿qué familia tenía? ¡ninguna! ¿con qué derecho rechazaba mi espíritu la oferta cariñosa de aquellos dos seres que juraban amarme en la eternidad? ¿qué orgullo tan infundado me hacía creer que era digna de otra compañía mejor? ¿sería yo también ingrata? ¿se me había desarrollado un defecto que en mi no conocía antes? ¿o es que siempre lo había sido y mi bajeza de sentimiento no me había dejado conocer mi flaqueza? Me perdía en un mar de conjeturas: tan pronto me veía muy pequeña, como me consideraba muy grande, y luchando conmigo misma, recorrí el camino que me separaba de mi aposento: cuando entré en él, involuntariamente miré el mueble donde estaba guardado mi traje de gala, recordé mis noches del pasado y murmure con desaliento: Con todas mis joyas y adornos no conseguí el amor de ningún hombre: hoy, con mi humilde traje, con mi rostro marchito, con mis ojos nublados por el llanto, dos hombres arrepentidos de sus crímenes han jurado amarme en la eternidad: es preferible la humildad y la pobreza, si en ella se encuentran los gérmenes de la futura felicidad: ¡ser amada...! ¡vivir en otro ser! ¡en uno solo! y de aquel recibir el aliento y la vida. ¡qué hermoso será vivir así...! Y pensando en un mañana más risueño me dejé caer en mi lecho: allí descansó mi cuerpo; ¿descansó también mi espíritu? no: en mi sueño anduve muy aprisa, y llegué hasta el fondo de un lugar encantador, una llanura inmensa y allá lejos, altos montes cubiertos de verdor. ¡cuánta vegetación! ¡cuánta belleza...! ¡cuánta lozanía! ¡qué árboles tan frondosos! ¡qué arbustos tan floridos! ¡que enramadas tan encantadoras! al pie de una de ellas me senté, y le vi venir a El, ¡al ídolo de mi alma! ¡al amado de mi corazón! ¡qué distinto de cuando le veía en la tierra! tenía una envoltura que no puedo describir: su ropaje parecía un conjunto de trofeos, de símbolos, de alegorías de todas las edades: sus ojos brillaban más que nunca, sus cabellos agitados suavemente despedían chispas diamantinas. Yo, al verle, exclamé gozosa: Llega, llega, amado de mi alma, llega que te espero, llega para mi sola, tus ojos tienen el brillo de los soles, mis ojos todas las dulzuras del amor, ¡la luz y el amor! ¡qué unión tan hermosa!

Seguí mirando y vi que no venía solo, una muchedumbre inmensa le seguía; conforme se iba El acercando, ¡que fragancia en las flores...! ¡qué frondosidad en los árboles!

El se detuvo cerca de mí, diciendo con dulce autoridad:

-Acercaos, que aquí es mi despedida; joven me creéis y no lo soy porque he asistido al despertar de muchas humanidades; no corráis que no llegaran primero al

reino de la felicidad los que atropellen a los otros para llegar antes.

¡Qué hermoso golpe de vista presentaba la llanura! ¡qué conjunto de trajes tan extraños y tan diversos! todos querían estar cerca de El, que los miraba sonriéndose bondadosamente, diciéndoles:

-Dejad, que para todos habrá lugar, yo también quise acercarme, pero no pude moverme ni separarme de la enramada; esto me contrarió profundamente; yo quería estar muy cerquita de El, como estaban otros, y El a media voz, sin mirar el punto donde yo estaba, me dijo:

-Calla y no murmures, eterna descontenta, que ya me oirás; su reproche me sonrojó, ¡cómo leía en mi pensamiento...! traté de moverme y al ver que podía levantarme me tranquilicé; El, paseó sus miradas sobre la multitud y con ellas impuso silencio, entonces dijo:

-Yo he venido a la tierra no a promover la guerra, sino a implantar la paz. Yo hablo con Dios porque empiezo a comprender su grandeza; nuestro padre es amor. Dios único nos ha creado para amar, y se va hacia El trabajando, amando, progresando; no verán a nuestro Padre los que quieran vengarse y levanten altares a los dioses; no estarán con El en el reino de los cielos los que turban la paz de los trabajadores sencillos que están limpios de corazón. ¡Hijos míos! ¡hijos míos! hoy me despido de vosotros porque ha llegado mi hora; no me compadezcáis que yo no he venido entre vosotros para despertar vuestra compasión hacia mí, sino para que aprendáis a compadeceros los unos de los otros. La semilla que yo he sembrado se confundirá con la semilla del orgullo, del lujo y de la vanidad: pero a pesar de todo, pasará el tiempo, mas no pasarán mis palabras; allí donde hagáis el bien, allí mis palabras resonarán.

-Llévanos contigo (dijeron muchos). El movió la cabeza como diciendo: ¡es imposible! y mirando al cielo exclamó:

-Se acerca mi hora, que a algunos les parecerá terrible, esta mi hora en lo humano significará el advenimiento de otra edad. Los que más me amáis sufriréis el martirio, que nunca perdona el pasado al presente, si éste trae aparejado el progreso y con él la libertad. Me despido de vosotros diciéndoos que no sé que haya odiado a nadie ni causado daño a ningún ser de la creación, no me he ocupado más que de probaros que Dios es grande, único e inmutable; he procurado enseñaros cómo se resiste el dolor, porque saber sufrir es la ciencia de vivir; cuando yo deje la tierra no me elevéis monumentos consagradme vuestros recuerdos, pero que éstos no se manifiesten más que en vuestra mente, sin olvidar jamás que todos los regeneradores no llegarán al puerto de la felicidad, si no han cifrado todos sus desvelos en hacer que los hombres se amen los unos a los otros; no os apuréis por mi suplicio, apuraos por vuestra ignorancia, que es la ignorancia la que en todas las épocas se ha ocupado en levantar cadalsos.

Hablo largamente sobre las evoluciones de las humanidades, yo logré acercarme mas a El, y El me dijo:

-Tu cuerpo descansa tu espíritu está aquí temeroso de perderme pronto, después de haber dejado la tierra no busques mi cuerpo, busca mis obras, y vosotros, hijos míos, marchad tranquilos, que el reinado de la justicia hará de la tierra un paraíso, volved a vuestros hogares y recordad siempre que Dios es amor.

La multitud se fue alejando y yo también, mas no pude resistir el deseo de

verle otra vez. y me volví para mirarle; le vi sentado en un ribazo y parecía que la tierra era su solio, le miré más y más, y escuché que hablaba con las flores y con las ramas: me sorprendió oírle hablar y El, leyendo en mi pensamiento, me dijo con melancolía:

-Si, les hablo a las plantas que son más dóciles que los hombres, ellas dan sus perfumes, da tú perfume de tus buenas obras.

Me desperté alegre y satisfecha, recordando perfectamente cuanto había visto y oído, salí a los jardines donde Abelín me aguardaba, que al verme gritó:

-¡Gracias a los dioses que estas aquí...! y me abrazo tan estrechamente y me dio tantos y tantos besos, que al ver aquel niño tan hermoso y tan expresivo, dije: ¡que bueno será en la tierra tener un hijo! y correspondí con largueza a las caricias de Abelín.

Vino a turbar mi inocente felicidad el gobernador, que muy demudado y casi convulso, me dijo:

-Llego el momento, está preso.

-¿Desde cuándo?

-Desde ayer al anochecer.

-¿Y qué ha sucedido? ¿se ha promovido trastorno?

-No; El ha dicho: llegó mi tiempo, me doy por preso.

-¿Y en dónde está?

-Aquí en las prisiones de este palacio.

-¿Y qué haré yo ahora?

-Eso digo yo: ¿qué haré ahora? estoy loco ¡prender a un hombre que vive entre los que sufren! ¡que consuela a los padres afligidos! ¡que sana a los enfermos...! Nos separamos y yo seguí divagando por los jardines, diciéndome a mí misma: ¡qué calma la mía! ¡ya no me muevo...! mi cuerpo me pesa, parece que arrastro una montaña de plomo: me acosté y dormí: dormí, si, pero mi sueño no me tranquilizó.

-Al día siguiente me dijo el gobernador: ¿quieres verle?

-No, no: y me escondí entre arbustos en flor; ¡cuánto lloré! mi razón flaqueaba, y en mi delirio les decía a las flores: ¿por qué no cerráis vuestras corolas? ¿por qué seguís exhalando vuestro perfume? ¿no sabéis que El va a morir? ¡cielos! ¿porqué ostentáis vuestra belleza? ¿por qué no os cubrís con negros nubarrones? ¿no sabéis que El va a dejar la tierra?

Sentí pasos y vi pasar a muchos hombres de armas, grandes sacerdotes, altos empleados, entre ellos el gobernador, que me miró como diciendo: éste no es tu lugar.

Tiene razón, dije yo, yo que puedo entrar en el templo sin que me vean, allí debía haber ido para enterarme de lo que pasaba. ¿Dónde está mi humanidad? ¿dónde mi voluntad? ¿dónde mi energía? quise andar y no pude, pero redoblé mis fuerzas y anduve, llegué cerca del templo y me pareció oír una voz que gritaba: que entre el reo; miré y nada vi. quise correr y caí desfallecida hiriéndome la cabeza de la cual brotó mucha sangre, porque la herida fue muy honda. Se enteró el gobernador de mi caída; y vino en seguida a verme, diciéndome:

-No te conozco, ahora que debías estar más fuerte que nunca, ahora te encuentran medio muerta en los jardines, ahora que necesito de ti, es cuando más

solo me dejas. Los sacerdotes quieren su muerte, hay sacerdote que él mismo le mataría, yo he procurado ganar tiempo y otro tribunal le juzgará: el Consejo Supremo.

-¿Y si le condenan a muerte, dónde morirá?

-No hables de muerte, mujer, que me dejas la muerte en el alma; yo agitaré la tierra y la tierra dirá que matarán a un inocente.

Las palabras del gobernador me dieron nueva vida, ¡qué hermosa es la esperanza! por ella se renace y se lucha, pero mi cabeza herida no me dejó por entonces luchar, tuve que resignarme a un completo reposo, en el cual pasé algunos días. hasta que por orden del médico, sostenida por dos esclavas, salí a pasear por los jardines. Cuando me vi mi rostro en el cristal de una fuente me asombré: había envejecido diez años: mirándome en el agua estuve un corto rato, quería andar y oí una vocecita que me decía:

-No vayas aprisa que nada tienes que hacer.

-¡Dios mío! ¡que soñando le vea! y efectivamente, aquella noche le vi rodeado del populacho comprado que le insultaba: El estaba sereno y tranquilo aunque le amenazaban con pegarle; yo en mi sueño contuve a un miserable que acercó su mano a su mejilla, y El me dijo:

-Vete a despertar tu cuerpo; cumplí perdiendo la razón; la ciencia se declaró impotente creyendo que mi locura era incurable...

CAPÍTULO XXI

Cuánto sufrí durante mi delirio ¡qué vértigos! ¡qué arrebatos! ¡qué ataques tan violentos de desesperación...! porque yo veía cuanto estaba sucediendo sin salir de mi aposento, quería hablar y no podía, y tal era mi turbación, que no llegaba a comprender si estaba despierta o estaba dormida, si soñaba era la realidad lo que veía; lo único que sabía era que sufría horriblemente, que dentro de mi cabeza parecía que tenía un yunque donde herreros incansables daban fuertes martillazos para dar nueva forma a la cavidad de mi cerebro; otras veces creía que plomo derretido llenaba por completo mi cabeza y que se derramaba copiosamente por mis ojos y mis oídos; veía en tomo del lecho al gobernador, a su esposa, al anciano médico que en otra ocasión tanto bien le procuró a mi cuerpo, veía en todos ellos un dolor sincero, sentían en realidad mi horrible padecimiento, y su tierna compasión me consolaba, me daba fuerzas para seguir sufriendo. No estaba sola ni abandonada, decían que era una lástima que me muriera o que me quedase loca, porque yo era útil a la humanidad curando a los enfermos y propagando la buena nueva. Aquellas almas generosas corriendo un velo sobre mi pasado, solo se ocupaban de mis buenas obras; la madre agradecida recordaba la curación de su hijo, de su hermano Abelín, y las palabras sinceras de aquella mujer ¡cuánto bien me hacían!; miraba mi cuerpo desplomado y me decía a mi misma: Necesito mi organismo, no quiero perderlo, no; de ninguna manera, pero cuando más decidida estaba a dominar mi atroz dolencia, le veía a El rodeado de una muchedumbre enemiga que gozaba viéndole entre sayones; escuchaba un murmullo amenazador, unido a gritos ahogados, a sollozos comprimidos; adivinaba, más que veía, una tempestad que amenazaba destruir una parte de la tierra, y El, sereno y tranquilo, caminaba lentamente como si le abrumara, a pesar suyo, el enorme peso de la

iniquidad humana. Yo al verle le dije:

-Me voy contigo, no te dejo más. El se sonrió melancólicamente y me dijo con voz muy débil.

-No vengas, cuida de tu cuerpo, que mucho reposo necesita; y como sus palabras eran mandatos para mi, me acerqué más a mi cuerpo decidida a consérvalo a todo trance. Ya no vi nada extraordinario, me concreté a observar a mis enfermos, que de todo hablaban menos de El, lo que aumentaba mi dolorosa ansiedad, mi febril impaciencia, preguntándose continuamente: ¿que le acontecerá? ¿que harán con El...? Al fin la ciencia, unida a mi deseo de vivir, triunfó, venciendo a mi terrible enfermedad: al anciano médico hizo prodigios, no me abandonó un solo momento, y sonrió gozoso cuando me vio levantada, débil, pero tranquila.

El gobernador me reconvino con dulzura diciéndome: cuando más te necesito, cuando más útil me puedes ser. con tus delirios, con tus locuras, me dejas solo para luchar contra innumerables contrariedades y penosísimos deberes, que no siempre en las alturas del poder se vive gozoso y satisfecho. Te considero, no como a una mujer, sino como a un amigo leal dispuesto a secundar mis planes; prepárate, pues, para marchar inmediatamente, irás bien acompañada por dos de mis mejores servidores, los que no te abandonarán y permanecerán contigo en el punto a donde irás.

-¿Y qué he de hacer allí?

-Ya lo verás en cuanto veas a la persona que allí se encuentra, comprenderás por qué te he obligado a salir de aquí.

Sin perder momento me puse en camino hasta llegar a un punto donde había una casucha miserable, medio arruinada, y en el único aposento cuyas paredes se sostenían en pie, encontré a una mujer que al verme se arrojó en mis brazos lanzando uno de esos gritos que lanzan las madres cuando ven a un hijo al borde de la tumba, ¡qué grito el de aquella madre sin ventura...' debió resonar de mundo en mundo, nunca he oído otro igual, el dolor de aquella mujerera tan inmenso, tan profundo, que se puede decir que eran todos los dolores formando un solo dolor, era esposa sin esposo, madre sin hijo, mujer sin hogar, para ella no había en la tierra un árbol que le prestara sombra; al verme se aumentó su sobresalto, yo traté de consolarla diciéndole que El estaba muy tranquilo, que todo iba bien, pero ella rechazando mis caricias, me dijo con amargura: -No mientas mujer, no mientas, no digas que todo va bien, que tú lo sabrás como yo.

-¿El qué?

-Que ya están arreglando el lugar del sacrificio.

-¡Ah! no, ¡eso es imposible!

-No, no es imposible, yo siento en mi corazón todos los martillazos que dan en aquel paraje.

Había otra mujer en compañía de aquella madre sin ventura, y entre las dos procuramos tranquilizarla, pero todo fue en vano, todo, y más se aumentó su pena cuando vino un emisario del gobernador con la orden que inmediatamente nos trasladáramos a otro punto donde estaríamos mucho mejor.

Nos pusimos en camino; la madre de El iba apoyada en mi brazo; desgraciadamente encontramos a un hombre que mirándola fijamente dijo en mal hora, ¡infeliz madre...! bastaron aquellas palabras para que ella, deshaciéndose de

mi brazo tambaleara como si quisiera retroceder y cayó al suelo causándose mucho daño; yo no caí, lo que hice fue improvisar una especie de camilla con ramas de árboles, donde colocamos a la infeliz madre que no podía andar, víctima en aquellos momentos de uno de esos seres ignorantes que gozan en dar malas nuevas, cuando no son capaces de dar satisfacciones.

Llegamos a una hermosa llanura, pero llanura que a mí me pareció lugar pedregoso surcado de abismos, porque todo lo veía a través de mi dolor; en aquel paraje se alzaba una gran casa de campo, entramos en ella y allí encontré a muchas de mis antiguas compañeras, de aquellas infelices que yo separé de la senda del vicio. ¡Cuánto se alegraron de verme! todas me rodearon. Yo deseaba hablar con ellas, pero antes colocamos cuidadosamente a la madre de El en un lecho, la infeliz no podía moverse, no tenía ningún miembro fracturado, pero el dolor de su alma trituraba todos sus huesos. La dejé al cuidado de varias mujeres, y pregunté a una de mis compañeras:

-¿Qué sabes? ¿van a matarle?

-Sí, sí; me contestó en voz muy baja, en estos momentos dicen que se consumará el sacrificio.

-¡Ah! pues yo quiero verlo, si no despierta, dormida; y me fui a un bosquecillo cercano seguida de mi compañera a la que dije:

-Quiero dormir mi cuerpo, y luché por dormir pero fue en vano; comprendí que una fuerza extraña luchaba con mi voluntad, me declaré vencida y exclamé con amargura: El no quiere que le vea, si soy la última en saber su muerte, seré la primera en buscar su cuerpo; al fin me dormí, pero no veía nada, pedí fuerzas, lucidez, ¡todo inútil! Pasaron dos días, y el emisario del gobernador me dijo a solas:

-Ya todo concluyó, ha sufrido mucho, pero ha perdonado a todos sus enemigos, y aún ha hecho más, ha curado a uno de sus más crueles acusadores que estaba paralítico, al pasar por delante de su casa le vio a la puerta y deteniéndose le dijo:

-¡Levántate y anda! y ven a ver lo que hacen los hombres del pasado con un hombre del porvenir. Muchos han llorado, muchos, que siempre se llora tarde el bien de la humanidad.

La madre de El, postrada en el lecho del dolor, adivinaba, presentía que el sacrificio se había consumado, pero como todos guardaban un piadoso silencio sobre lo ocurrido, y su cuerpo, debilitado y lastimado gravemente por la caída, no le permitía moverse, permaneció acostada acompañada por buenas mujeres que se disputaban el velar su sueño y adivinar sus menores deseos. Yo, que sabedora de todo temía cometer una indiscreción, sin despedirme de nadie, acompañada del emisario del gobernador regresé a la ciudad cuyos muros me parecieron más negros que nunca, las casas las creía nidos de víboras, y las ventanas abiertas me parecían las bocas de los calumniadores vomitando infamias.

Al entrar en mi aposento pensé mucho en El, diciendo:

-¡Aquí le he visto en mis visiones! ¡aquí le he visto y ya no le veré...! necia afirmación la mía, porque en aquel momento sin estar dormida, vi que mi estancia se iluminaba. que desaparecían sus paredes y que una atmósfera azulada todo lo invadía, y en el fondo de aquel cielo improvisado le vi a El sonriente, más hermoso que nunca, que extendiendo su diestra me dijo con dulzura ve, y sigue mis huellas

en el dolor, que mañana las seguirás en mi gloria; ve al lugar donde me sacrificaron que allí me volverás a ver.

-Iré, señor, iré, para besar los rastros de tu sangre.

Al terminar mis palabras, sin haber visto la desaparición de cuanto contemplaba, vi de nuevo las paredes de mi aposento.

El gobernador me llamó y acudí a su llamamiento, le conté lo que había visto, y él me dijo con tristeza:

-Los grandes infames siempre pueden más que los hombres de bien. Los sacerdotes, los altos dignatarios del Estado, las harapientas muchedumbres compradas a buen precio todos han formado un pacto para condenar a un inocente; la religión, principalmente, ha sido la autora de tan horrible crimen, pero su homicidio ha sido inútil, los dioses caerán, y caerán con tal estrépito que se romperán en mil pedazos, y las piedras de los altares no teniendo que sostener a los ídolos, ellas solas rodarán al abismo del olvido; mi conciencia está tranquila, un padre agradecido ha mostrado su agradecimiento, evitándole al inocente reo todas las humillaciones y los insultos de aquellos que, sumisos a mis órdenes, le hubieran martirizado sin piedad a mi más leve indicación. He procurado que su infeliz madre estuviera lejos del lugar del suplicio lo mismo que tú que tanto le has amado y aún le amas. Leo tu intención en tus ojos, sé a donde quieres ir, libre eres, adivino el plan de tu nueva vida, síguele en buena hora, y acuérdate siempre que aquí dejas verdaderos amigos; mi esposa te quiere porque le devolviste su hijo, yo te quiero porque me has hecho pensar y conocer mis yerros, por ti he renacido a una nueva vida y quizá no esté lejano el día en que públicamente adore a tu Dios.

Cuánto lloró Abelín al despedirme, ¡pobre niño! entonces no me reconvino, parecía que él comprendía que algo grande y doloroso me separaba de él, ¡con qué fijeza me miró! ¡qué hermoso estaba! sin darme cuenta del por qué, pensé en El. y al niño y al hombre los uní en mi pensamiento; el hombre había cumplido su misión en la tierra, el niño aún tenía que cumplirla, ¿llegaría a ser tan grande como El? ¡quién sabe! Abelín era muy bueno, amaba el bien sobre todas las cosas de la tierra, y en su corta edad ya era libertador de todas las aves prisioneras, el mediador con su padre para que no azotaran a los culpables y a los esclavos, era un alma toda amor, y el amor es la redención del hombre.

Antes de partir me detuve algunos momentos en mi estancia, puerto de salvación en mis horas de agonía, involuntariamente miré el mueble que guardaba mi traje de gala, allí lo dejé, era el último vestigio de la mujer mundana: jamás cubriría ya mi cuerpo con sedas ni brocados, que otras eran mis aspiraciones y otros mis deseos; di un adiós a todo cuanto quedaba en aquel aposento, y acompañada, por orden del gobernador, de algunos hombres de armas, me dirigí al lugar del suplicio, durante el camino me fueron diciendo mis acompañantes: Aquí se detuvo el mártir, allá se sonrió, más lejos habló a la muchedumbre; yo escuchaba con místico recogimiento cuanto aquellos hombres me decían, hasta que me parecía que era una profanación ir por el mismo camino que cruzó el hombre-Dios; al fin llegamos al lugar donde se realizó la sentencia; mis acompañantes se diseminaron y cada uno buscó una peña donde reposar; yo me senté algo separada de ellos y pensando en El, dije te espero, cúmpleme tu promesa. Miré fijamente y a poco le vi venir, pero muy poquito a poco; era el mismo, con sus hermosos ojos, con su luenga

cabellera, con su sencilla túnica como la que usaba en la tierra, tal como le vi en la fuente, era el hombre sin el menor aparato de su grandeza divina, se fue aproximando hasta que llegó junto a mi. Yo, temiendo que se desvaneciera la visión, ni me atrevía a respirar, inmóvil, abriendo los ojos cuanto podía, me preparé a escucharle, pues le vi mover los labios, y habló al fin diciéndome:

-Aquí estoy; en la tierra tenéis el mal de creer que se muere; mujer, mírame bien, no muere el hombre porque le asesinen; el hombre queda porque quedan sus obras, porque subsisten sus ideales, que a través de los siglos florecen y dan fruto. Tú has venido a este lugar para borrar con tu llanto el rastro de sangre que debió dejar mi cuerpo, y te asombra y te maravilla porque no ves sangre por ninguna parte, mírame bien y la verás sobre mí, pero esta sangre que tú ves en mi cuerpo no es la mía, es la sangre que verterán mis verdugos cuando mañana defienda mis ideas y muera por ellos... Mira, mujer, levántate, me han insultado, porque no saben lo que dicen, me han calumniado porque no me conocen, me han dado muerte porque ignoran que el hombre no muere; no les guardes rencor a mis verdugos, no les odies ni les tengas mala voluntad, porque ellos han hecho lo que tú has hecho otras veces: también por ti murió un hombre inocente de todo pecado; no tenía otra culpa que amar a la humanidad como yo la he amado. Levántate, ve y dile al mundo que me has visto, que me has oído; diles a los que me seguirán cuando me necesiten iré con ellos y con ellos trabajaré, que no he muerto porque viven mis obras, porque desde la noche de los siglos vengo trabajando en el engrandecimiento de la humanidad y seguiré trabajando eternamente porque eterna es la vida, eterno el amor de Dios y eterna su sabiduría.

Esto dijo el hombre-Dios, y con la misma lentitud que se fue aproximando a *mí,* con la misma lentitud se alejó sonriendo como sonríen los mártires, contentos de sus hechos, gozosos por su sacrificio.

Pregunté a mis acompañantes si habían visto al mártir, y varios de ellos renegaron y blasfemaron por haberse dormido con sueño extraño, durante el cual habían visto ríos de sangre, montañas de fuego y muchedumbres degolladas. Me acusaron de haberles embrujado puesto que durmieron contra su voluntad, y yo les dije: volved a la ciudad que ya no os necesito, y decidles a todos cuantos e ncontréis que ha resucitado el hombre-Dios.

Cuando me quedé sola, me sentí ágil y fuerte, y hablando conmigo misma exclamé: Esta noche descansaré, en el primer pueblecillo que encuentre, allí preguntaré sobre su muerte, me darán detalles de su cruel suplicio y entonces yo les diré lo que El me ha dicho, y evocando su recuerdo curaré enfermos, daré creencias a los desesperados, les hablaré de los cielos a los desvalidos, haré de la noche día, y todas las horas, todas, las emplearé en practicar el bien, no quiero perder un solo segundo; y entonces oí la voz de El que me decía: Dios da el tiempo para que se curen sus hijos que se han hecho daño, no corras tanto, mujer, que el tiempo es una tela con hilos tan delgados, que se rompen fácilmente si el urdidor no trabaja muy despacio, y pierde el tiempo todo aquel que trabaja muy aprisa.

CAPÍTULO XXII

Después de un descanso breve, como si hubiese pasado por una crisis beneficiosa, por una de esas crisis violentas que resucitan a un muerto, parecía que

las fuerzas de mi cuerpo renacían con más vigor que nunca, y mi entendimiento, como si entonces comenzara a funcionar, no recordaba mi horrible pasado, una nueva vida me brindaba sus anchos caminos y sus dilatados horizontes, lo único que recordaba eran las palabras de El "que pierde el tiempo todo aquel trabajo muy aprisa".

Es verdad, me decía a mí misma, yo debo trabajar despacio porque no quiero trabajar en vano; quiero ser grande, quiero ser buena, quiero ser útil a la humanidad; y para conseguirlo he de vivir la vida de la esperanza, la vida del amor universal; practicaré, aunque embrionariamente, las virtudes de los buenos, quien me llame me encontrará, curaré a los enfermos que reclamen mi auxilio, aconsejaré a los atribulados, consolaré a los desvalidos, acompañaré a los abandonados. ¡Se puede hacer tanto bien...! tanto, que la eternidad con no tener fin, es corto tiempo para desarrollar todas las actividades de un espíritu en bien de sus semejantes; como el alma es amor, pues por amor ha sido creada, el raudal de su ternura es inagotable; en todas las edades el hombre puede ser útil, hasta querer serlo y a mi me sobraba la voluntad; con auxiliar tan poderoso pronto me puse en relación con muchos de los que habían seguido al hombre-Dios y habían presenciado su cruento sacrificio, estudiando en ellos los efectos causados por la predicación de *Aquel* que tanto había amado a la humanidad.

Desgraciadamente eran los menos que le habían comprendido, la mayoría se habían fanatizado y le adoraban, preguntándose muchos de ellos si yo creía que El era Dios, a lo que les contestaba: que aquel hombre, comparado con nuestras miserias, con nuestros egoísmos, con nuestra perversidad, efectivamente en parangón con nosotros era un Dios, pero... no era Dios, porque éste era superior a todo lo creado, Dios era la luz, era la savia de la naturaleza, era el todo viviendo en el todo.

Siguiendo a la multitud, me dirigí a las orillas de un caudaloso río, donde se celebraban ceremonias religiosas para honrar la memoria de unos héroes que habían muerto matando a los que no adoraban a sus ídolos.

¡Qué mundo tan triste! para los fanáticos el aplauso, para los hombres virtuosos el desprecio primero, y el martirio después...

Pensativa y pesarosa seguía la muchedumbre que acude a todos los lugares donde se celebra algo extraordinario, fui encontrando a muchos de los míos con los cuales cambiaba miradas de inteligencia; un anciano de luenga barba me dijo con triste acento:

-Los sacerdotes se creen más grandes que Dios, ¿no lo crees tú así, mujer?

La voz de aquel hombre, bien ataviado, me hizo estremecer, me parecía que no era aquella la primera vez que aquel hombre me hablaba; él leyó en mi pensamiento y prosiguió diciendo:

-Tus ojos me dicen que crees lo que yo creo, ¿no me conoces? ¿no me recuerdas? ¿tan cambiado estoy? Es verdad que he sufrido mucho, y el sufrimiento envejece más, mucho más que los años; soy el antiguo dueño de la granja donde comenzó tu redención.

¡Que alegría tan inmensa experimenté! aquel hombre me recordaba los días más grandes de mi vida; cuando por mi propio esfuerzo rompí las ligaduras que me unían al vicio y a la holganza y amé el trabajo, el aislamiento y la virtud; él

comprendió cuanto por mí pasaba, y me dijo con dulzura:

-¿Qué haces aquí? aquí se celebran honras para los que han muerto matando a los débiles y a los indefensos, no presenciemos este acto de injusticia, vámonos más lejos, yo sé donde hay una choza inhabitada y en ella nos resguardaremos de los ardientes rayos del sol.

Apresuramos el paso, yendo siempre por la orilla del río, hasta llegar al punto indicado por mi compañero que era un cobertizo formado con frondoso ramaje; entramos y sobre haces de hierba seca nos sentamos, ¡qué hermoso panorama se descubría desde allí! era un lugar deliciosísimo; mi compañero y yo sentimos la dulce influencia de aquel paraje que hablaba al alma, la emoción nos embargaba, hasta que él dijo:

-Llora, mujer, llora y hablemos, ¡tenemos tantas cosas que decimos!, ¡hemos sufrido tanto!

¡Cuánto hablamos! ¡cuánto! él me contó muchos pormenores que yo ignoraba, y yo a mi vez le di cuenta de otros sucesores que él desconocía por completo. Yo, al verle, tan comunicativo, me animé, le conté lo que pensaba hacer, y le dije por último:

-Una mujer sola en el mundo, aunque la inspire un redentor, parece una hoja seca impelida por el viento. ¡Estoy tan cansada de vivir sola! me decís que ya no tenéis a nadie en el mundo, yo tampoco, ¿y los demás que trabajaban con vos?

-Tenemos que trabajar separados porque desde que El murió, todos sus discípulos riñen, es decir, reñimos continuamente, porque todos quieren ser los primeros; cada uno quiere ser su representante en la Tierra, y esto ocasiona desavenencias, ruidosos altercados y desunión completa.

-¿Y a El no le habéis visto? yo si lo he visto.

-No, mujer, tú deliras, yo no le he visto, y si El se apareciera, no sería a una mujer, que al fin y al cabo fue una mujer perdida.

¡Cuánto me hirieron las palabras de mi compañero...! Me bebí mis lágrimas y ahogué mis sollozos, y él comprendió el daño que me había hecho, diciéndome: No te aflijas, mujer, no te aflijas, ya sabes que yo digo lo que siento sin idea de ofender ni a ti ni a nadie; pero créeme, no digas a nadie lo que has visto; que eres impostora sin quererlo ser, no lo digas, que serías piedra de escándalo; si a alguien se hubiera presentado, indudablemente yo tenía que ser el preferido, pues por El sacrifiqué familia, bienes y cuanto tenía. ¡Qué gloria, mujer, si yo le pudiera ver: por eso, eso... es imposible!

Yo. en tanto que mi compañero hablaba, le pedía a El que se presentara, y efectivamente, se iluminó la choza con una claridad muy distinta de la del día, y aparecía El ¡qué hermoso estaba! mi compañero palideció, ahogó un grito de asombro y se levantó maquinalmente extendiendo los brazos como si quisiera tocar aquella hermosísima figura; El sonriéndose dijo:

-Aquí estoy, y aquí estoy porque esta vida es mía, y nadie me la puede arrebatar, es el producto de mi trabajo, de mi constancia, de mis esfuerzos en bien de la humanidad; la naturaleza es la servidora de las almas y de ella tomo los elementos necesarios para reconstituir la figura con la cual me habéis conocido ahora.

-¡Señor! ¡tú eres Dios! y mi compañero se arrodilló ante El.

-No, yo soy un hijo de Dios; Dios es el amor supremo, es la ley, es la justicia, es la sabiduría, yo soy uno de sus hijos, levántate, mi fiel amigo, y diles a los que en mi creyeron que no pasen el tiempo pensando quién será el *primero,* que serán los *primeros* los trabajadores de buena voluntad y serán los últimos los perturbadores del amor universal. Mi fiel amigo, acompaña a esa mujer en su peregrinación por la tierra, que ha sufrido mucho y merecedora es ya de encontrar un alma generosa que le preste apoyo.

Dicho esto desapareció, y mi compañero, absorto, sin saber lo que le pasaba, me miró y me dijo:

-Tenías razón, mujer, perdona mi ofensa, ven conmigo y yo seré para ti un padre cariñoso, ya no estarás sola, nos aconsejaremos mutuamente y en nombre de El haremos cuanto podamos en bien de la humanidad.

¡Cómo se animó mi alma con tan dulce promesa! Emprendimos la marcha y anduvimos muchos días, ¡con qué entusiasmo predicaba mi compañero! sus palabras eran sentencias y la multitud le escuchaba atentamente cuando él decía:

-¡Despierten los pueblos! ¡despierten a la vida de redención! ¡a la vida del trabajo! ¡a la vida del mutuo sacrificio! ¡a la vida del progreso y del amor!

Cuando encontrábamos enfermos, si eran hombres él les decía: ¿queréis curaros? pues sanos quedáis porque yo lo quiero y vosotros me ayudáis con vuestro deseo. Y sin imposición de las manos, sólo con mirarles fijamente quedaban curados; si eran mujeres, yo a mi modo las aliviaba y hasta las curaba, y siempre pensando en el bien llegamos a una ciudad donde debíamos reunimos muchos de los que le siguieron hasta el lugar del sacrificio; entre ellos estaba el anciano médico que me curó, ¡cuánto me alegré de verle! era muy bueno. Nos reunimos, empezó la discusión y uno de los asistentes preguntó:

-¿Quién será el representante de El en la tierra?

-El ha dicho (dijo mi compañero), que SERÍAN los "primeros los trabajadores de buena voluntad, y SERÍAN los últimos los perturbadores del amor universal, que SERÍAN los primeros los virtuosos y SERÍAN los últimos los que pusieran guerra entre pueblo y pueblo."

-¿Y a quién ha dicho eso?

-A esta mujer y a mí, que conmigo va cumpliendo su mandato.

-¿A vosotros, eh? ¿y los demás no son dignos de oírle?

-El ha dicho que acudirá siempre que le llamen: Señor, Señor, yo os pido que vengáis.

Las palabras de mi compañero causaron diversas impresiones; se miraron unos a otros, y sus miradas revelaban en unos el asombro, en otros el miedo, en los menos el deseo de verle, todos enmudecieron y vieron una niebla luminosa que se deshizo cuando El apareció; apareció andando se detuvo en medio de todos (que temblaban la mayor parte), y les dijo sonriendo:

-Aquí estoy, miradme bien, aquí estoy, acercaos a mí y ved si soy yo.

Los más resueltos se acercaron y los más tímidos siguieron su ejemplo; el círculo se estrechó hasta el punto de que le podían tocar perfectamente, y El abriendo su ancho ropaje, se le vio que debajo llevaba la túnica del sacrificio manchada de sangre; y El les dijo:

-Esta sangre que veis no es mi sangre, es la vuestra, porque aun necesita

más sangre la humanidad para regenerarse. Todos callaron, yo no me acerqué, y El dijo:

-Acércate, mujer, y no olvides mis palabras, para que la humanidad sienta y crea, hacedle beneficios. Yo volveré entre vosotros cuando pasen los tiempos prefijados, y volveré, no para buscar a los que me idolatren, sino a los que trabajen en mi nombre; y extendiendo sus brazos formó con ellos un arco iris, el arco luminoso se agrandó rápidamente y mientras contemplábamos aquella maravilla celeste El desapareció.

Muy provechosa fue su aparición, porque los ánimos se apaciguaron, los envidiosos calmaron sus rencores al ver que El no tenía preferidos, que todos le habían visto, que todos habían tocado su túnica del sacrificio. La reunión resultó beneficiosa, se suavizaron asperezas, se acortaron distancias, se habló y se discutió razonablemente, y se decidió al fin que debíamos diseminarnos para seguir la obra comenzada por El, porque todos juntos seriamos sospechosos para la tranquilidad pública; en parejas de dos y en grupos de tres, se fraccionó aquella gran masa de hombres dispuestos, en su mayoría, a morir defendiendo su causa; íntimos amigos, compañeros de la infancia, parientes muy cercanos, se dieron el último adiós para emprender cada cual su apostolado, su trabajo de redención. Algunas lágrimas se derramaron, que no hay sacrificio que no se bautice con el llanto; todos convinieron en ir a lejanas tierras, pues en aquellos lugares ya nada teníamos que hacer; El lo había hecho todo; después de su martirio; aparecíamos todos tan pequeños, que empequeñecíamos su obra; El era el Sol, y los demás, fuegos fatuos. Dimos un adiós a aquellos lugares que El había recorrido, y nos dispusimos mi compañero y yo a emprender un largo viaje, y contemplando aquellas montañas y aquellas, dijo mi compañero:

-Mujer, todo lo que El dispone está bien dispuesto y estoy contento de tenerte junto a mi porque nos prestaremos aliento mutuamente, y si hemos de ir al sacrificio, ¡qué mayor gloria que morir por El!

-No, no; hemos de evitar sacrificios inútiles; El no quiere que se derrame sangre. El quiere que instruyamos a la humanidad. El no quiere que formemos una legión de mártires para que nos adoren después; acordaos de lo que El dijo: "Yo volveré entre vosotros cuando pasen los tiempos prefijados, y volveré, no para buscar a los que me idolatren, sino a los que trabajen en mi nombre."

-Pues también dijo enseñando su túnica manchada de sangre: "Esta sangre que veis no es mi sangre, es la vuestra, porque aún necesita más sangre la humanidad para regenerarse."

-Pero, al decir esas palabras, ¡cuan triste era su entonación! lamentaba el tristísimo estado de la humanidad, que aún necesitará por largo tiempo de verdugos implacables y de víctimas inocentes, y nosotros debemos procurar hacer desaparecer, con racionales enseñanzas, los códigos infamantes que matan sin compasión y conservan, con sus crueles procedimientos, la ignorancia del pueblo. No lo creáis, no; después de su muerte nosotros debemos enseñar su doctrina de amor, de mansedumbre, de tolerancia; yo tengo la intuición que su sacrificio no dará fruto sino después de muchas evoluciones sociales. No seremos nosotros los continuadores de su obra, los que lograremos hacer comprender al pueblo lo que El valía, no, lo estoy viendo; ahora, porque le hemos visto a El, se han acallado un

poco las ambiciones; útil ha sido la separación de los adeptos; pero habrá más de uno que se llamará representante de El en la tierra. Evitemos el derramamiento de sangre, amigo mío, no queramos herir de frente a los que nos pueden asesinar. Yo no puedo explicar lo que siento, lo que adivino, lo que veo en el porvenir; pero tengo la intima convicción de que los continuadores de su obra no seremos dignos de El.

-Pues yo si creo que lo seré; mientras El estuvo en la tierra fui su amigo fiel. El lo ha dicho, recuerdo que dijo: *Levántate, mi fiel amigo,* pues fiel seré a su memoria dando mi vida por El.

-Dad vuestras enseñanzas y será mejor, dad vuestro ejemplo practicando buenas obras, y no queráis que la humanidad se manche con un crimen más; es necesario hundir los cadalsos, porque mientras éstos se levanten, la humanidad no reconocerá la grandeza de Dios.

CAPÍTULO XXIII

Mi compañero y yo fuimos a muchos puntos habitados; él era el que llevaba la palabra y en verdad que por él hablaban otros seres más adelantados, pues no era su educación ni su instrucción la que producía aquel torrente de arrebatadora elocuencia, estaba inspiradísimo, y estaba tan poseído de su papel y tan satisfecho en su misión, que soportaba heroicamente todas las privaciones y molestias de un interminable viaje, no perdonando medio ni ocasión propicia para hablar de *Aquel* que tanto amó a la humanidad.

Muchos nos brindaron sus hogares para descansar por largo tiempo, otros querían seguirnos en nuestra peregrinación, pero él no quería formar tribu y les decía:

-Reunios en nombre de *Aquel,* pero sin hipocresía, sin intención de lucro; pensad únicamente en amaros (si podéis) y si no os sentís inclinados al bien, no os reunáis. Son muchos los que piden y pocos los que desean. Son muchos los que nos escuchan y después nos critican. No lo extraño (le decía yo), siempre entre los hombres y las mujeres habrá misterios y debilidades.

¡Cuánto anduvimos! ¡cuánto! pero nuestro trabajo era fructífero, porque hicimos curaciones asombrosas; él parecía que daba la vida con sus palabras, y yo con la firme voluntad de curar en nombre de El, devolvía la salud a muchos enfermos y la satisfacción intima que experimentábamos mi compañero y yo, al ver que nuestros afanes eran coronados con el mayor éxito, nos daba fuerza y resistencia bastante para no desmayar en nuestra empresa, muy en particular a mi compañero, que nunca se encontraba cansado; a mi a veces el cansancio me rendía y le preguntaba a él:

-Pero, ¿siempre andaremos?

-Siempre, ¡el mundo es tan grande! quiero ver el mar, ¡hace tanto tiempo que no lo veo...! ¿has visto el mar?

-No, le decía yo, solo grandes ríos.

-¡Ah! pues el mar es hermosísimo, es la imagen de Dios; sólo el mar nos habla del Infinito: cuando el Sol lo ilumina, cuando la luna se mira en sus aguas, cuando la tempestad ruge, cuando la bonanza sonríe, en todo tiempo el mar es maravilloso, tiene todos los colores, todas las bellezas, todas las grandezas que el hombre puede soñar y quiero verlo otra vez, quiero verlo.

Después de una jornada hicimos noche en un pueblo rodeado de montañas, de hondos precipicios, de sombríos bosques y espesos matorrales; era un lugar triste; muy triste, sus habitantes eran hospitalarios y nos dieron albergue con muy buena voluntad; mi compañero y yo descansábamos siempre en habitación separada, y aunque la murmuración se cebaba en nosotros, era bien injustamente, porque aquel hombre estaba tan desprendido de los deleites de la carne, que solo pensaba en hacer prosélitos para que adorasen a nuestro Dios, y yo por mi parte, agostada por el sufrimiento, avergonzada por mis extravíos, tenía tanta sed de consideración social, que gozaba en aquella vida en la cual solo pensaba en El, en mi Dios, porque para mi era Dios el amor de mis amores; había vivido tan humillada , que el verdadero respeto que me guardaba mi compañero me llenaba de íntima, de profunda satisfacción, y comprendía que gracias a El, comenzaba a sentir el tranquilo placer de la virtud; y las sonrisas maliciosas de los unos y las palabras intencionadas de los otros, aunque me mortificaban, como yo sabía del modo que vivía, decía entre mi gozosa: No es verdad, mi conciencia está tranquila, sólo le amo a El, con El sueño, en El espero, en El confío, mi cuerpo se agita en la tierra, pero mi alma está muy lejos de aquí.

Siguiendo la costumbre establecida, mi compañero se acostó en un paraje y yo en otro bastante separado. Me dejé caer sobre un blando montón de hierbas aromáticas y aquel suave perfume me reanimó hasta el punto que, a pesar de sentir un gran cansancio me desvelé por completo y comencé a sentir esos extraños ruidos que se sienten en el campo y sobre todo cerca de los bosques, donde viven tantos seres ocultos entre las malezas y la hojarasca. Me llamo la atención entre tantos ruidos diversos, una especie de gemido hondo, muy hondo, seguido de una hueca carcajada; presté toda mi atención, creyendo que era una alucinación de mis sentidos y volvía a oír el gemido y la carcajada; me levanté maquinalmente, y me acerqué a una pequeña abertura que había en la pared, por la cual vi un pedacito de cielo muy estrellado; como los gemidos continuaban, decidí salir al campo y como mi estancia estaba separada de la parte principal de la casa y tenía una puerta que daba al camino, sin temor de molestar a nadie, salí decidida a ver quien era el que se quejaba y se reía a la vez, siendo su risa más dolorosa aun que su lamento.

Mucho me costó orientarme, primero porque no conocía el terreno, segundo porque aunque las estrellas brillaban espléndidamente, no daba su fulgor la luz necesaria para distinguir bien los objetos, y tercero, porque tan pronto se oía el gemido muy cerca, como retumbaba la carcajada muy lejos. Dando vueltas, avanzando y retrocediendo, encontré por fin una vereda definida por ambos lados por zarzas espinosas en las cuales se desgarraban mi túnica y mis manos; pero avancé por ella porque comprendí que era el camino más recto para encontrar al que tan amargamente se quejaba; oí más cerca aquel grito aterrador y aquella siniestra carcajada, y entré en un bosque segura de encontrar al que buscaba, pensando si sería un loco el que se quejaba y se reía , continuaron los lamentos y yo dije en alta voz:

-¿Quién necesita mi auxilio? ¿quién sufre? el que sufra que se acerque; mi voz retumbaba de un modo asombroso, y el eco repetía mis palabras del modo más extraño, porque tan pronto parecían un murmullo de la brisa como el ronco grito de la tempestad. Yo estaba aturdida de oírme a mí misma y más me aturdí cuando oí

una voz muy cercana que decía:

-¿Quién me busca? el que me busca que se vaya, porque yo mato como el rayo, y no quiero matar más.

Yo seguí avanzando, porque mi carácter aventurero amaba el peligro, lo buscaba, y con la-mayor osadía al ver una sombra, (que a mí me pareció gigantesca) dije: Aquí estoy, ¿qué tenéis? ¿por qué os quejáis? la sombra entonces lanzó una carcajada interminable, y sin explicarme el por qué, pensé inmediatamente que la sombra y yo nos conocíamos.

Esperé a que se calmara y le dije:

-¿Habéis perdido la razón?

-Sí, la he perdido, pero tú me hacías falta, ya te tengo, y ahora no podrás como la otra vez detenerme.

Aquellas frases fueron un rayo de luz para mi ofuscada inteligencia; recordé entonces a Isaac, al miserable que vendió a mi Dios, ¡Dios mío! está loco, ¡infeliz! ¡infeliz...!

La sombra se adelantó y vi sus ojos que parecían de fuego; verle más de cerca y sentir renacer en mí la ira más terrible y el odio más implacable, fue obra de un segundo, y dominada por el furor le dije:

-¿Qué?, ¿quieres matarme? ¿no te basta haber asesinado al hombre-Dios? ¿al ideal de mi vida? mas no me matarás, no; esperemos al nuevo día, necesitamos vernos para gozar en nuestro exterminio, porque al miramos nos destruiremos el uno al otro; matar sin ver es la mitad del goce.

-Si, si: tienes razón, te odio tanto que necesito verte para completar mi obra, esperemos el nuevo día, y comprendí que se dejó caer. Yo no sabía lo que me pasaba; parecía que plomo derretido circulaba velozmente por mis venas, todos mis malos instintos reaparecieron, pensaba únicamente en destruir a aquel miserable, quería vengar la muerte del hombre-Dios y pedía fuerzas hercúleas para destrozarlo; en qué estado estaría mi ánimo, que me dejé caer encima de un montón de zarzas cuyas espinas se clavaban en mi carne y no sentía el menor dolor, no hacía más que mirar al cielo esperando ansiosa que la luz del alba difundiera su dulce claridad; y apenas comenzó a clarear nos levantamos, nos miramos frente a frente, y le dije con todo el odio que por él sentía: ¡Maldito...! ¡maldito seas!

El se acercó a mí con ademán terrible lanzando espantosas amenazas; yo también le amenazaba ciega de ira, le miraba y crecía mi furor, retardaba el golpe gozando en el próximo exterminio, y al dar un paso con la idea de estrangular a aquel miserable, me quedé inmóvil, porque oí la voz del adorado de mi alma que me decía:

-¡Insensata! ¡insensata! ¿te he dado yo la fuerza para matar? Respétale, que es un infeliz, es un miserable como fuiste tú, no es él el que me ha llevado al sacrificio, es la ignorancia de los hombres, el egoísmo de los poderes, la ambición de los acaparadores, un crimen es solo el resultado de muchos crímenes.

Las palabras del hombre-Dios las oía perfectamente, y sin embargo, no me conformaba con no matar; la fiera humana estaba hambrienta, y no se saciaba con palabras. Isaac estaba inmóvil como yo; parecíamos dos colosos petrificados por una fuerza desconocida. Isaac luchaba para avanzar y no podía, diciendo al fin:

-Te prometí que hoy sería el último día de tu vida, mas tú estableces algo

entre los dos que me detiene y desarma mi brazo. Conozco, sin embargo, que tú y yo tenemos los mismos deseos de destruirnos el uno al otro, esperemos a recobrar nuevas fuerzas, no nos demos por vencidos; sigamos juntos; que el choque de dos piedras al fin produce fuego.

Yo quería marcharme y no podía, así es, que desahogué el furor de mi impotencia, insultando a Isaac con la mayor rabia; él por su parte no perdía el tiempo, sacó a relucir mi pasada vida y parecíamos dos fieras rabiosas; hasta que oí de nuevo la voz de El, que me decía:

-¿Así perdéis el tiempo? ¡desgraciados...! entonces quise andar y me caí, y al caer; vi que Isaac caía cerca de mi, como herido de un rayo; vi los dos cuerpos llenos de sangre, mezclábase la sangre de Isaac con la mía, y sufrí horriblemente al ver que los dos manantiales rojos iban a parar al hueco de una peña, confundida su sangre con la mía ¡qué vergüenza! ¡qué oprobio! ¡qué horror...! la sangre de aquel miserable y la mía componían un licor rojo, ¡se confundía la substancia de nuestra vida...! ¿será también una nuestra infamia? esta idea me enloquecía, mi sufrimiento era inexplicable hasta tal punto, que luchaba mi espíritu por separarme de aquel lugar hasta que oí la voz de El que me decía:

-Mujer, levántate y no vuelvas a ver ese hombre, eres buena para idolatrar, pero no eres buena para perdonar.

Tan aturdido y obcecado estaba mi espíritu, que no lograban sus palabras hacerme comprender mi torpeza; había descendido nuevamente al abismo de todas las más bajas pasiones y no tenía fuerzas para salir de él, necesitaba ver al hombre-Dios y así debió El comprenderlo porque de pronto se iluminó el espacio y le vi a El junto a mi diciéndome:

-Mujer, levántate; al mismo tiempo le dio la mano a Isaac, y le dijo:

-Anda, no tengo yo la culpa de que seas tan pequeño, no te suicides, tu crimen no es el más grande que se ha cometido, es un crimen con los demás crímenes. Isaac y yo nos miramos y él me dijo:

-Estoy como atontado, creo que he visto a tu Dios, El nos separa; mi odio hacia ti no sé por qué se ha entibiado, y mirándome de un modo indefinible se alejó lentamente; al fin desapareció y entonces oí otra vez su horrible carcajada, pero antes que ésta resonara escuché la voz de Isaac que me decía desde lejos:

-Nos veremos otra vez donde los tormentos no se acaban; el eco repitió sus palabras, y después su espantosa carcajada y un grito de agonía, una maldición dirigida no sé a quien y luego... luego un ruido sordo, como si un cuerpo chocara contra las piedras y fuera rebotando hasta llegar al fondo del abismo. Al creer que habría muerto, tuve deseos de verle, encontré heroico su procedimiento y en la perturbación de mis sentidos exclamé: ¡qué hermoso estará...! ¡Ay! ¡con cuánta facilidad descendía mi espíritu! no era digna de que El velara por mi.

Resuelta a regresar al punto de donde salí, no sabía qué senda tomar, cuando oí la voz de mi compañero y de otros hombres que me buscaban, los que azuzaban a sus perros para que olfatearan mi rastro. Era la primera vez en mi vida que al perderme me buscaban, y aquella muestra de compasivo interés por parte de mi compañero, me conmovió profundamente. Este, me riñó con aspereza pidiéndome explicaciones de aquella salida tan extemporánea; yo avergonzada de lo ocurrido; dije que había tenido una visión y había visto a un hombre dispuesto a

morir y había corrido en su auxilio perdiéndome en la espesura sin poderle encontrar.

-Ya le habrán encontrado las fieras, y es muy extraño que no haya sido víctima esa mujer, -dijo uno de aquellos hombres que habían salido en mi busca.

Mi compañero dispuso que me dieran alimento y me retirara a descansar, porque daba pena verme con la túnica desgarrada, manchada de sangre por la mucha que me habían hecho verter las punzantes espinas de las zarzas al clavarse en mi carne. A mi misma me avergonzaba verme en aquel estado tan miserable, diciendo con amargura: ¡Cómo he retrocedido...! Me acosté, y durante mi sueño le dije a El:

Perdóname, odio a aquel hombre porque te entregó a tus verdugos, odio a Isaac Porque te calumnió infamemente; y entonces... no vi a El como le había visto siempre, oí su misma voz pero se presentó bajo otra figura allá... muy lejos... en lontananza, tan lejos, que me costaba mucho trabajo verlo, hasta que me fijé mucho; entonces vi muchos arcos iris formando bóvedas y columnas; en aquel templo luminoso había un hombre anciano, más anciano por las penas, que por los años; a sus pies estaba Isaac, la figura de aquel hombre era verdaderamente majestuosa, extendió su diestra y con el índice señaló a Isaac diciéndome: ¿Tú me perdonas? pues yo sí, yo siempre he perdonado a mis enemigos, por eso a ti te perdoné hace muchos siglos, y siempre resonará mi voz en tus oídos diciendo: ¡te perdono!

CAPÍTULO XXIV

Reparadas mis fuerzas y concluido nuestro trabajo en aquel lugar hospitalario, me dijo mi compañero:

-Seguiremos nuestro camino y no quiero que te separes de mí sino las horas indispensables para el reposo; y te advierto que te prohíbo terminantemente que salgas a ninguna hora sin permiso, pues con tus caprichos y tus locuras, y tu carácter aventurero, provocas disgustos que te dejan en muy mal estado; agotas tus fuerzas sin recordar que necesitas hacer uso de ellas en bien de tus semejantes.

Como mi compañero hablaba con sobrada razón, yo enmudecía, y enmudecía por respeto y al mismo tiempo porque en realidad me faltaban fuerzas en absoluto; notaba en mi cuerpo un cansancio extremado, y en mi alma una pena profundísima, mi encuentro con Isaac me había herido de muerte, la bajeza, la vileza, el ruin proceder de aquel miserable, habían despertado mis malas pasiones adormecidas por mis propósitos de enmienda. Mas ¡ay! que cuando se ha vivido entre el cieno, éste sube a la superficie en cuanto se arroja sobre su fondo la piedra del odio. ¡Cuánto me avergonzaba el recuerdo de la escena del bosque! cuando ni la voz de El conseguía calmar mi rabiosa ira ¡qué bien me comprendía El! era buena para idolatrar, pero no era buena para perdonar: y lo peor del caso era que confusamente, sin poderme dar cuenta de lo que sentía, al decirme El, que siempre resonaría su voz en mis oídos diciéndome: *¡te perdono!* y que ya me había perdonado hacia muchos siglos... ¡Qué me había perdonado! prueba innegable que yo le había ofendido a El, ¡al justo! ¡al bueno...! ¡al sabio...! ¡qué vergüenza...! ¡qué oprobio! ¡qué horror...! y como la carga que más pesa es la de nuestra inferioridad, la de nuestras miserias, había momentos que materialmente no podía dar un paso, ¡me abrumaba el peso de mi infamia! Mi compañero lo comprendía y redoblaba sus

paternales atenciones diciéndome:

-Trabaja en bien de tus semejantes, y verás cómo se aligera el peso de tu pasado.

Yo bien quería trabajar, pero... no podía. Llegamos a otro punto y fueron tomados nuestros trabajos en gran consideración; especialmente los de mi compañero, porque yo, aunque le pedía fuerzas a El, ni oía su voz, ni le veía: justo castigo de mi perversidad. El me habló bien alto y desoí su voz; ahora que le llamaba no respondía. Mas... otra sería la causa, porque El perdonaba siempre; ¿sería que mi cuerpo se preparaba para dejarse caer en la fosa? Mi compañero, en medio de su habitual rudeza me miraba a veces y me decía:

-No quiero que te *vayas,* deja, que cuando contemples el mar, te sentirás renacer. ¡Oh! si, si; renacerás.

Tanto afán tenía mi compañero de llegar al término de su viaje, que dejó la propaganda de nuestra doctrina para mejor ocasión, y no descansando más que lo que yo necesitaba, avanzamos bastante hasta llegar al pie de una colina; subimos la pequeña altura y mi compañero al ver el mar lanzó un grito de inmensa satisfacción, diciendo: Ya he realizado mis deseos. ¡Gracias a Dios...!

Yo, por mi parte, miraba y no veía; una espesa niebla cubría mis cansados ojos, mi compañero lo advirtió y mirándome fijamente me dijo:

-¡Yo quiero que veas! y un poquito después miré y... vi el mar que todo me pareció cielo, agua y horizonte, quedé maravillada, y mi compañero entusiasmadísimo me decía:

-El mar encierra preciosidades admirables; hay en su fondo vegetaciones que parecen los rizos de los ángeles que deben poblar los cielos.

Vinieron a encontramos dos hombres que abrazaron a mi compañero estrechamente, llorando los tres en silencio; yo también lloré con ellos comprendiendo que lloraban lamentando la muerte del hombre-Dios.

Me llevaron a una casita situada a la orilla del mar, aquella casita parecía el emblema de la poesía. Habló mi compañero contando lo acontecido a raíz de la muerte del hombre-Dios; las divisiones y las rencillas entre sus adeptos por ver quién sería el *primero:* demostró lo útil que sería unirse para trabajar y no para reñir por obtener honores mundanos; sus oyentes estuvieron conformes con él, y todos juraron ser fíeles a la memoria del hombre-Dios. Yo mientras tanto miraba el mar y al chocar las olas contra las peñas me decía a mí misma:

-¿Ves? ahí dentro también hay dolores; esas gotas son otras voces del infinito contando la historia de las generaciones; ahí dentro deben haberse desarrollado escenas terribles, se habrán vengado antiguos odios ¡si ahí nos hubiéramos encontrado Isaac y yo...! ¡qué horror!

Nos quedamos en aquella poética casita; yo no pude dormir escuchando el continuo rumor de las olas; al fin abrí una ventana y miré al sol al brotar del agua, ¡qué hermoso espectáculo! me parecía contemplar el arco iris de otras veces, gozaba y sufría, temía y esperaba; ante tanta grandeza me miraba y no sabía encontrarme; el átomo de mi individualidad, desaparecía ante mi vista contemplando el mar y el cielo; ¿qué es una partícula ante el infinito? Salí a la orilla y al contar a mi compañero mi desvelamiento me dijo él:

-¡No, no: no puede dormirse cuando por primera vez se oye hablar al mar.

Nos hicieron ir a visitar muchos enfermos, y entre todos recuerdos a una anciana, dulce y tranquila, que me miró, se sonrió con ternura, y me dijo:

-Yo te conozco.

-¿Sí? ¿Dónde me habéis visto?

-En mis sueños.

-¿Si...?

-Si, si; y muchas veces tú corrías... corrías... ibas en busca de agua.

-¿Dónde?

-A una fuente escondida entre peñas y follaje.

-¿Y no visteis nada más?

-Si, en la fuente vi a aquel hombre tan hermoso, que luego pasó por aquí. El te hablaba, ¿verdad que le quieres mucho? yo también le quiero, ¡era tan bueno!

Las palabras de aquella mujer ¡cuánto bien me hicieron! Ellas me recordaron los días más felices de mi vida, los días que pasé separada de los hombres, en contacto con la naturaleza, viendo a mi salvador y escuchando su voz divina. Miré a la anciana y ¡qué hermosa me pareció en su tranquila vejez! si yo hubiera tenido una madre como ella... ¡quién pudiera decirle madre mía!

¿Me curó ella o le curé yo? porque las dos juntitas estábamos muy bien; ella me decía:

-No te fatigues, soy una viejecita y me iré pronto del mundo; a ti también te conviene irte, tu cuerpo está muy abatido y más abatida aun tu alma, porque por esta vez no has vivido. Yo si, tengo una prole numerosísima; tú cuando vuelvas también la tendrás, porque necesitas flores para tu alma. Tú no has amado ni te han amado, por eso no has vivido; y definió la anciana el amor de un modo maravilloso; hablando de las inefables dulzuras que proporciona la familia; cerró los ojos y pensé que había muerto; mas no murió, abrió nuevamente los ojos, me miró y me dijo:

-No tengas miedo, no me puedo ir sin ver a mi numerosa prole, ya vienen todos ¡benditos sean! y la anciana se incorporó sonriente para recibir a su gran familia. ¡Qué cuadro tan hermoso! hombres, mujeres y niños todos rodearon a la anciana y ella los bendijo dulcemente; todos lloraban al mirarla y ella les decía:

-No lloréis, ya he cumplido con mi deber, fui buena hija, honrada esposa y madre diligente; jamás deseé salir de este lugar, aquí adoré a Dios sirviendo a mi familia, ella era mi mundo, mi única felicidad; no me lloréis, no mueren los que aman, y yo... he amado mucho. No os fatiguéis, no me podéis curar, sólo el hombre-Dios haría lo que no podéis hacer vosotros. Mas... ya he vivido bastante, todos os amáis, he sembrado entre vosotros el amor y ha florecido; mirad ¡qué florecitas tan preciosas! y señalaba a un enjambre de niños que la miraban y trataban de subir a su lecho, ¡qué cuadro tan hermoso! todos sus hijos la rodearon, la miraron, consultaron entre sí, mientras la anciana, cogiendo mi diestra me decía al oído:

-La paz y la familia darán consuelo a tu espíritu; no tardarás en seguirme, aquí ya no tienes nada que hacer, las dos hemos cumplido el plazo, tú serás mañana lo que yo he sido por esta vez; "la paz y la familia darán consuelo a tu espíritu." Me apretó la mano y luego suavemente, sin la menor fatiga, dibujándose en sus labios una sonrisa dulcísima se durmió para no despertar en la tierra. Su gran familia rodeo el cadáver y todos la fueron besando con religioso respeto.

Hay momentos que no se pueden describir; aquel cuadro imponente y

conmovedor me impresionó profundamente, y ante aquella mujer, ¡qué pequeñita me vi! ¡qué pequeñita, Dios mío! parecía un ángel dormido; aquella mujer no había odiado, yo en cambio... ¡qué horror! ¡qué contraste! recordé la escena del bosque y me avergoncé ante el cuerpo de la anciana.

Dejé con pena aquel lugar encantador y aquellas gentes tan buenas que adoraban al hombre-Dios; mi compañero los admiraba por su inmensa fe, y se oía la voz de El que nos decía:

-No quiero humanidades que me adoren, quiero generaciones que trabajen en mi nombre. Yo le dije a mi compañero lo que El decía y el primero replicó:

-Para todo habrá tiempo, los hombres antes de pensar adoran, porque es mucho más fácil creer que saber, ahora han cambiado de ídolos, algo es algo.

Seguimos nuestra marcha y llegamos a un punto muy agreste, muy triste; sus moradores la mayoría estaban enfermos ¡qué mal me encontraba yo allí! ¡tenía un miedo! mi compañero me reprendió diciendo: Aquí: aquí es donde nosotros hacemos falta, los lugares tranquilos convidan a la meditación, al goce íntimo, y ni tú ni yo estamos preparados para esas dulzuras; al contrario, hemos de vivir entre espinas que hieren, pero enseñan a cumplir tu deber; y por obedecerle entré en un casucho, donde una mujer de mediana edad rugía con la mayor desesperación sin poder mover más que la lengua ¡qué repulsiva me fue aquella infeliz! ¡Abandonada de todos, en medio de la mayor suciedad, sobre un lecho de inmundicias estaba aquella desventurada, a la que yo no podía mirar, ¡imposible! Mi compañero comprendió mi repugnancia y me dijo por lo bajo:

-Aquí, aquí, aquí has de trabajar y pedir.

-No puedo.

-Si puedes; quiere y podrás; y dando media vuelta se alejó y yo me quedé con la mujer paralítica, y venciendo mi repugnancia le dije:

-¿Sufrís mucho?

-Muchísimo.

-Quiero curaros.

-Pues hazlo y si me curas, te seguiré, pero antes te diré que he matado a todos mis hijos.

-¿Por qué?

-Porque para mi género de vida me estorbaban.

-Y si yo os curara y de nuevo fuerais madre, ¡querríais a vuestro hijo?

-No, no he nacido para ser madre, pero si me curas te seguiré para aprender a ser buena.

-No, conmigo no podéis venir.

-Pues me iré a otro punto, aquí odio y me odian, aquí desprecio y me desprecian.

Interesada ya por aquella miserable criatura, le dije: ¡levántate, mujer! y emplea bien tus fuerzas.

Levantose la mujer, y más que un grito, lanzó un aullido, diciéndome:

-¡Qué maravilla' has hecho!

-Yo no te he curado, le ha curado El. Aquel que hizo tanto bien en la tierra y que murió siendo inocente.

-¡Ah! me haces recordar que por aquí pasó, yo le tiré piedras y El dijo:

-Los brazos que tiran esas piedras, te quedarán sin movimiento, y solo en mi nombre te curarán después.

-Quedaste paralizada porque tu conciencia fue la que te paralizó las fuerzas mal empleadas se inutilizan. La mujer me miró moviendo la cabeza en señal de duda diciéndome:

-Te prometo que mis fuerzas ya no las emplearé en el mal, no sé adorar a tu Dios, pero ya no le insultaré.

De allí pasamos a un pueblecillo insalubre donde sus escasos habitantes eran víctimas de horribles fiebres, por lo pantanoso del terreno. Yo dije a una mujer: ¿Y por qué no abandonáis este lugar infecto?

-Porque aquí somos tablas de salvación para los náufragos; en la embocadura del río hay siempre continua marejada; el mar oculta entre sus olas y sus espumas un monstruo insaciable que se traga las embarcaciones, y si algún tripulante o navegante se salva, encuentra en nuestros tristes hogares un momento de reposo y un guía que lo llevé a otro punto mejor. Por aquí pasó El, en el instante que se desarrolló una espantosa tempestad, había un buque que zozobraba y le pedimos a El que salvara la embarcación y El nos dijo:

-¿Tenéis fe? ¿tenéis fe en mí? pues todos mirad al mar, miramos y El extendió los brazos sobre las olas enfurecidas diciendo:

-Paso, paso, sálvense los que fluctúan y ¡se salvaron los náufragos! y El nos dijo:

Los que viven sufriendo por ser útiles a sus hermanos, tendrán salud eterna; por eso nosotros no abandonamos este lugar, porque salvar la vida de un hombre proporciona un placer tan inmenso, que hay que pagarlo a gran precio.

Desde allí, desde aquel rincón hospitalario, nos dirigimos a un punto del cual me dijo mi compañero que era el peor de cuantos habíamos visitado, porque sus habitantes, si bien tenían el cuerpo sano, tenían lepra en el alma; recorrimos inmensas llanuras bañadas por las olas salobres, allí todo es amargo y entre manantiales de hiel, veremos lo que nos sucede y del modo que salimos.

CAPÍTULO XXV

Mi compañero tenía razón, el lugar donde llegamos estaba poblado por gente sana de cuerpo, y enferma, muy enferma del alma; abundan de tal manera los *manantiales de hiel,* que apenas si se encontraba una fuente de agua pura. Mi compañero no se arredró por eso, habló mucho y muy bien sobre la misión que desempeñó en la tierra el hombre-Dios, efectuó también curaciones asombrosas, y yo hice lo que pude, que ya muy poco podía; mi espíritu languidecía por momentos, el medio ambiente que me rodeaba, era tan nocivo a mi cuerpo y a mi alma, que aunque yo quería luchar y vencer, en la lucha quedaba siempre vencida. Allí había muchísimos adoradores del hombre-Dios, se reunían con frecuencia para discutir sobre las enseñanzas del mártir, y ¿creéis que alguna vez estuvieron, conformes en sus opiniones los unos con los otros? viviríais engañados si tal creyerais; allí reinaba siempre la más intolerante divergencia, solo sobre un asunto pensaban todos de igual manera, en quién sería *el primero;* todos querían serlo, todos alegaban méritos que no tenían, todos mentían descaradamente queriendo hacer creer a los otros que el hombre-Dios les había dado instrucciones y órdenes terminantes para hacer

prevalecer su voluntad.

Nuestra llegada les contrarió muchísimo; todos nos miraban de reojo, a mí en particular, y no perdonaban medio ni ocasión para zaherirme cruelmente, diciendo que las mujeres ya tenían bastante con la rueca y el huso, y fuera de sus trabajos domésticos en todas partes hacían estorbo y servían de piedra de escándalo.

Mucho me hirieron las palabras de aquellos hombres, y más me lastimaron cuando me dijeron que si yo curaba era por mediación del genio del mal, porque el hombre-Dios no era posible que inspirara a una pecadora como yo. ¡Cuánto lloré, Dios mío...! mi compañero se impacientaba con mi tristeza y me decía:

-Ya te dije que este lugar era un nido de víboras, compadécelos, porque los de su ralea son muy dignos de compasión.

Mi compañero hacia todo lo posible por convencerme y persuadirme que las injurias siempre se deben perdonar. Yo les perdonaba a mis enemigos de buen grado, pero no podía mirarles cara a cara, me aterrorizaban; ¡eran tantos...! ¡y es tan triste para una mujer verse despreciada de todos...! porque hasta mi compañero, con todo y ser muy bueno para mí, dada la rudeza de su carácter, o que a veces se contagiaba, es lo cierto que sin él darse cuenta, también me hería en el alma a la vez que me lastimaban los demás; pero cuando conocía su torpeza, no sabía qué hacerse para consolarme y al verme morir poco a poco, me decía con el mayor cariño:

-No quiero que te mueras, aún llegaremos a la fuente y allí descansaremos; allí en aquel paraje de tan dulces recuerdos para ti, fijaremos nuestra residencia en aquella Granja donde cada piedra es un libro abierto para ti, allí viviremos; yo también necesito reposo. Yo le agradecía muchísimo sus frases de consuelo, pero comprendía perfectamente que yo no vería más aquellos sitios tan deliciosos; estábamos muy lejos de aquellos parajes, nos separaba una distancia inmensa y era del todo imposible que yo pudiera recorrerla, ¿cómo? si apenas podía moverme, y lo que más tristeza me daba, que durante mi sueño nada veía, y despierta mucho menos: yo bien llamaba al "amor de mis amores", pero éste no acudía a mi llamamiento; estaba sola, completamente sola, y aquella soledad era mi muerte.

Mi compañero, probando por todos los medios el volverme a la vida, recurrió a las mujeres, que suelen ser más generosas que los hombres si se sabe despertar su sentimiento, reunió a muchas para que me escucharan porque él quería que yo les dijera cómo murió el hombre-Dios. Todo preparado y bien dispuestos los ánimos, me presenté en el sitio donde estaban reunidas las mujeres, me recibieron muy bien, y allí hablé de la esperanza que encierra la juventud, les referí el martirio del hombre-Dios, llegué a estar hasta elocuente, porque veía que me escuchaban con agrado; les pinté mis tristezas, mi desaliento, mis presentimientos de mi próxima muerte y el grato recuerdo que de ellas me llevaría a los cielos, si es que los cielos se abrían para mí.

Al hablar me reanimé, me parecía que había vuelto a los hermosos días de mi despertar; me conmoví profundamente al despedirme de ellas, prometiéndoles que, si mi salud lo permitía, nos reuniríamos con frecuencia.

Muchas demostraron que deseaban oírme nuevamente, pero una de ellas de edad mediana me miraban sin pestañear, como si quisiera reconocerme; tanto y

tanto me miró, que aunque yo apenas veía, por efecto de mi abatimiento, me llegó a preocupar su insistencia; la miré también pareciéndome que aquella mirada escrutadora no era aquella la primera vez que se fijaba en mi; sentí como si me hirieran por la espalda, volvía la cabeza y a nadie vi porque confundí el recuerdo del pasado con un dolor físico; la mujer entre tanto no cesaba de mirarme hasta que al fin hizo un ademán como si se dijera a si misma; si que es ella; y de su hallazgo hizo participe a la que tenía junto; ésta hizo un movimiento de asombro, me miró con desprecio, y así como el fuego corre presuroso incendiando un bosque y de árbol en árbol va sembrando la muerte, de igual manera el fuego inacabable de la murmuración, corrió velozmente dando vuelta al gran círculo de mujeres que me rodeaban, y aunque ninguna habló, todas me dijeron con sus ojos que me despreciaban, y todas se alejaron luciendo contorsiones y ademanes, como si se hubiesen sentido acometidas por la enfermedad del asco, hasta el punto que algunas escupieron al pasar junto a mi.

Yo no sabía lo que me pasaba; solo me preguntaba a mí misma quién era aquella mujer que me había reconocido; sentí nuevamente que me herían por la espalda, me volví a mirar, y entonces en mi mente vi... lo que no hubiera querido ver. Allá lejos, muy lejos, una casa muy grande, donde había un lupanar, la dueña de aquel bazar de carne humana era la mujer que mirándome con tanta fijeza me había reconocido, y había dicho con sus ojos: *sí que es ella,* y en verdad que yo había sido primero una de sus esclavas, después la que le arrebaté sus mujeres más hermosas para llevarlas a la Granja despojadas de sus galas y de sus vicios; mi redención había perjudicado en gran manera a aquella mujer y me juró un odio a muerte, odio que no se había extinguido, porque sus ojos me lo dijeron, y aunque allí no se ejercía, su infamante tráfico, y parecía una mujer respetable como si nunca hubiera salido de su hogar, lo cierto es, que aprovechó la ocasión para vengarse de mi, diciendo sin duda lo que yo había sido; yo en cambio, ni a mi compañero dije lo que había sido ella; ¿para qué? me bastaba con el recuerdo de mi infamia, y éste, no sería menos amargo para sacar a relucir la infamia de otro; cada cual tiene bastante con su propia carga y a mi me sobraba con la mía.

Mi compañero no podía comprender aquel cambio tan repentino; en breves segundos corrió de boca en boca que yo había sido una ramera, y la humanidad es tan miserable que, aunque la conversión de una mujer la llegue a convertir en un modelo de virtud, se recuerdan con afán sus vicios, para disminuir sus virtudes; el mal se acepta siempre, sin la menor objeción; en cambio, para creer en la virtud, se amontonan tantas dudas, tantas... que se concluye por no creer en ella.

Mi compañero llegó a asustarse, y me dijo muy contrariado: Tenemos que irnos, dícese que tú has sido... lo que has sido en realidad, que tú y yo juntos simbolizamos la prostitución, que somos unos farsantes y unos impostores y piedras de escándalo para las gentes honradas. Yo entonces, no pude menos que sonreírme con amargura porque la mujer que dio el grito de alarma y me señaló con el dedo, había sido más culpable que yo, había representado en la comedia humana el papel más odioso y más repugnante, pero me callé, no aumenté mi bajeza con una delación, devoré en silencio mi profunda pena, y apoyada en el hombro de mi compañero, porque no podía sostenerme por mi sola, salimos de aquella población donde apuré hasta las heces el cáliz de la amargura, porque al ponemos en marcha

los mismos adoradores del hombre-Dios, los que reñían continuamente por saber quién sería el primero, todos entonces quisieron ser también los primeros en arrojamos piedras; las mujeres que para una obra buena les estorbaban, para hacer el mal las llamaron en su ayuda y todos de común acuerdo nos fueron persiguiendo un gran trecho, hasta que lo escabroso del camino les estorbó el paso; una de las piedras dio en el blanco abriéndome tal brecha en la cabeza que derramé abundante sangre; al sentir brotar mi sangre tuve un momento de místico regocijo; yo también sufría como El, yo también era mártir en la tierra, aquella herida me acercaba a El, aquel dolor inmenso de mi alma me purificaba, porque yo había perdonado con mi silencio a la mujer que había promovido aquella serie de atropellos.

Llegamos a otro pueblo, y como las malas noticias han tenido siempre alas y han volado más que todas nuestras águilas, allí también sabían que yo no había sido honrada, pero una mujer de las más respetables de aquel lugar salió a mi encuentro diciéndome:

-Si aquí vivimos para salvar a los náufragos que zozobran en la embocadura del río, justo es también que salvemos a los náufragos que se hunden en el mar de la miseria humana; ven conmigo, mujer, y a mucha honra tendré, si te mueres en mi casa: y efectivamente me cedió su mejor lecho, y ella y sus hijos se disputaban por velar mi sueño. Mi compañero estaba afectadísimo, no eran para su rudo carácter aquellas tristezas, no podía ver morir, así es que huía de mí, llevando la muerte en el alma porque en verdad me quería como si hubiera sido su hija, y tanto me quería que me reconvenía por mis pasados extravíos, lamentando amargamente que los hubiera tenido. Mis enfermeras me cuidaban muy bien, pero yo cada día me sentía peor; la ingratitud de los adoradores del hombre-Dios me hirió de muerte, no por ser yo el objeto de sus iras, sino por ver realizadas las profecías de Aquel, que confiaba a los siglos lo que sus adeptos no realizarían, jamás. Entregaba su obra en manos del progreso realizado por muchas generaciones, no por aquellos que le decían: ¡Señor!, ¡Señor!, llévanos a tu reino.

El desencanto, la muerte de mi esperanza mató mi cuerpo; mi organismo se descomponía rápidamente, yo comprendía que debía estar desfiguradísima, me veía en los ojos de los otros que me miraban; diciéndome su asombro que me moría. Al fin, mujer, quise ver mi semblante y me vi en un espejismo, quedándome satisfecha de mi misma, porque ya no había en mi ni rastro de lo que fui; no quedaba nada de aquella mujer perdida que muchos hombres encontraron hermosa; mi rostro pálido y demacrado no conservaba el menor vestigio de su belleza, y, sin ser una muerta, mejor dicho, una moribunda repugnante, no había en mi ni la más leve sombra de lo que había sido, todo se había borrado en mi cuerpo... faltaba que también se borrase en mi alma.

Comprendí que me iba, por el murmullo de muchas voces juntas, por el hábito de los que se acercaban y me miraban para conocer en mis ojos el estado de mi cuerpo, y entonces le llamé a El diciéndole: ¿Cómo acercándose mi muerte no vienes? ¿quieres que me vaya con tanto desconsuelo? ¿tú también serás ingrato...? Muchas veces le llamé, pero... no vino. Mi lecho lo hice acercar a una gran ventana desde la cual se veía el mar. ¡Con qué afán miré aquel espejo de los cielos! mirando, mirando sin cesar, abriendo mucho los ojos, para ver mejor, sentí como si una brisa

perfumada trajese hasta mi aromas y esencias de muchas flores; oí como el piar de muchos pajaritos, escuché, escuché con atención, y entre aquel murmullo me pareció que decían muchas voces, por Fin, ¡murió! Al oír esto quise hablar y no pude, sentí que con sumo cuidado me cerraron los ojos, y entonces vi. todo lo que me rodeaba; mi compañero me miraba en silencio sin derramar una lágrima, muchas mujeres se ocupaban en envolver mi cuerpo con un lienzo muy blanco, y yo decía entre mí; ¿pero habré muerto? no puede ser, si yo lo veo todo a través de mis ojos cerrados; ¿si me enterrarán viva? aunque no me parece que he muerto, porque veo mi cuerpo más blanco que el lienzo que lo envuelve, en el cual no hay un átomo de vida; mi rostro no dice nada, inmovilidad completa; luego vi que anocheció y tuve mucho miedo, mucho; pensé en El y le dije: ¿Por qué me has abandonado, amor mío? no te veo, ¿por qué no vienes...? después, me pareció que me separaba de algo, no sé de qué me separaba, pero me sentí más ligera, y anduve mucho, muchísimo; ¿andar? no, volaba y volaba mi pensamiento al impulso de mi voluntad; ¿flotaba mi inteligencia? si que flotaba; haciendo muchos esfuerzos llegué a ver una débil claridad que inundaba el horizonte, lo suficiente para que se destacara en el fondo del cielo una montaña; quise subir a su cumbre y al llegar más cerca vi que no había mole maciza, no podía subir por parte alguna porque la montaña no existía, era la montaña de mis ilusiones que se deshacía al soplo de la realidad; ante aquel desengaño me quedé muy perpleja, porque ya no vi mi cuerpo, comprendía que estaba muy lejos de él y de cuantos me habían rodeado en mi lecho de muerte; pero ¿dónde estaba? y entonces oí una voz que me dijo con bastante sequedad:

-Ya has muerto, prepárate para nuevos trabajos.

-¡Nuevos trabajos! dije yo, ¿y en dónde...? ¿con quién? yo tengo mucho miedo, ¡estoy tan sola...! y al decir esto, una aurora espléndida, el horizonte, ¡era de día! ¡El día de la eternidad! ¡el día del infinito! ¡el día del ajuste de cuentas! ¡el día eterno de las almas! ¡qué hermoso día! pero estaba sola, no tenía a quien decirle el goce y el dolor de mi alma, y con la soledad, el día se hace de noche; ¡sola! ¡qué horror! y pensando en mi desventura miraba el cielo iluminado con rojos celajes; éstos fueron cambiando de color, hasta formar múltiples arco iris y bajo aquellos arcos luminosos, lejos, muy lejos, vi la figura de Antulio, de aquel hombre que llegó a la ancianidad por las penas y no por los años, le vi, majestuoso y sereno, que extendiendo su diestra como si se señalara su nuevo camino, me decía con firmeza, a la vez que con ternura:

-Lucha, trabaja y cumple con tu deber.

CAPÍTULO XXVI

El relato de la existencia que acabo de contaros, ha producido en los terrenales diversas impresiones, ha sido aceptada por unos con el más vivo interés y rechazada por otros con disgusto y desvío, encontrando poca ilación en los acontecimientos y truncada la narración en sus episodios más interesantes; lo que en verdad no es extraño, porque en la relación de mi historia, los personajes que figuran en ella, no están bien delineados porque no era mi objeto hablar de ellos, mi único propósito era relatar la historia de mi espíritu; sus caídas, sus ascensiones, sus estacionamientos, sus éxtasis, sus delirios, sus vértigos, todo lo concerniente a mi yo; por eso al ocuparme de los demás, aunque alguno de ellos haya sido

considerado por la humanidad como un espíritu superior, como no era mi ánimo relatar su historia, sino la mía por eso no he sido fiel cronista de todos los hechos de *éste* ni de *aquél* y no he referido más que los actos que más me impresionaron y más influencia ejercieron en mi porvenir.

En la tierra, por apasionamiento de los unos, por estrechez de miras de los otros, por desconocimiento de los más, de que la verdad de hoy suele ser el sofisma de mañana, y que sólo hay una verdad eterna, la verdad del infinito: en la tierra, repito, que tanto os fijáis en las figuras y no en las enseñanzas, el relato de mi historia ha promovido disturbios entre vosotros que, Dios sabe, no estaba en mi ánimo promoverlos.

No vengo a engañaros, hago un trabajo muy mío, soy una flor que nace sola, yo os la brindo; si la queréis, aspirad su perfume, y si no, dejadla, que su esencia por eso no dejará de llenar el espacio y de unirse a otros aromas, que no hay alma que no tenga su fragancia, ¿qué son las almas? son las *siempreviva*s de los jardines del universo; no hay alma sin esencia, porque no hay alma sin amor.

Entremos de lleno en otra encarnación, en ella no hay nada nuevo, es una relación sencilla de una vida tranquila, pero que sirven de enlace entre la existencia que he referido y la que contaré después: hay encamaciones de espera, de reposo relativo, sin esos momentos de descanso, el espíritu no podría continuar su eterno viaje.

Antes de relatar mi nueva existencia, permitidme que contemple un espejismo, que mire el espacio donde permanecí no sé cuanto tiempo; allí no hay ni *ocasos ni auroras,* el día es eterno: ¡eterno...! la noche la lleva el espíritu en si mismo, la sombra es propiedad de cada uno.

Después de ver a Antulio bajo las arcadas luminosas de los múltiples *arco-iris,* después de escuchar sus palabras-lucha, *trabaja y cumple con tu deber,-me* quedé sola, ¡sola! ¡sola! si, sola; porque ver allá lejos... muy lejos figuras confusas, yo creo que se aumenta la soledad. No sé el tiempo que permanecí sin saber dónde dirigirme, porque en el espacio no hay ni arriba ni abajo, ni esta dirección ni aquella, todo es un mar de luz. Yo me desesperaba, corría, volaba, volaba diciendo: quiero llegar a un punto sea cual sea; con la velocidad de mi carrera, mi ser irradiaba luz; una luz que no se confundía con la otra luz, me alegraba ver mi propia luz, pero me entristecía a! mismo tiempo verme sola, ¡siempre sola! así estuve mucho tiempo, mucho. Yo preguntaba: ¿dónde están los que me quisieron? y al hacer esta pregunta veía a lo lejos legiones de espíritus; ¿por qué no se acercan? amigos o enemigos quiero verlos y entonces... se aumentó la luz del espacio y vi más cerca a muchos enemigos que me amenazaban con su implacable odio; en cambio, otros espíritus se postraban ante mi pidiéndome luz para vivir ¡qué contraste! los unos odiándome, los otros adorándome como a una divinidad; aquello era la continuación de muchas historias en las cuales, indudablemente, yo había desempeñado muy distintos papeles. Ya veía muchos espíritus, pero también me encontraba sola, porque ninguno de ellos permanecía a mi lado; al fin me fijé en un grupo de espíritus que me fueron muy simpáticos, huyeron como los demás y a aquellos los seguí y los vi penetrar en la atmósfera de la tierra; tras de mí venían otros espíritus que me decían al pasar:

-Prepárate para luchar, ¡anda! ¡anda...! y entre tanta confusión me

encontraba mal, tan mal, que recordaba la tierra con placer, y decía: Allí se trabaja, quiero ir a la tierra, quiero ir, y otra vez vi la tierra, ¡qué hermosa me pareció! quise verla más de cerca, y... ¡qué bellas me parecieron sus flores, me fijé en un lugar donde la vegetación era hermosísima, encantadora! Entonces recordé las lecciones de Antulio sobre todos los ramos del saber humano, y por primera vez me encontré bien, después de haber dejado la tierra estudié mucho en aquellos manantiales, otros tantos libros escritos por la mano de Dios mismo, y allí leía mi alma con avidez recordando al hombre que me enseñó a leer en ellos; mas ¡ay! que al recordarle recordaba mi caída, ¡cuánta luz y cuánta sombra!

Llegó un momento que vi a dos terrenales reñir por una mujer; eran dos hombres fuertes y hermosos, me inspiraron interés y dije a uno de ellos:

-No mates; el hombre se estremeció, porque era médium y me oyó perfectamente, y luego dirigiéndome al otro, añadí:

-Esa mujer no será ni para aquél ni para mí. Será para ti, le dije, ella te quiere, quiérela tú; y dominado por mi voluntad fue en busca de la mujer amada. Yo fui con él, me gustó mucho ella, era muy hermosa, y sobre todo muy buena, escuché con placer sus juramentos de amor, y más tarde legalizaron sus amores ¡qué bien, cuando se enlazan dos espíritus a la par que los cuerpos! ¡que unión tan hermosa...! yo me encantaba contemplando aquel nido de amores; no sabía separarme de allí, espiaba sus besos, sus caricias, quería sorprender sus más íntimos secretos, quería adivinar sus menores deseos, quería ser carne de su carne, y huesos de sus huesos, y sentí como si descendiera de una altura inmensa y fuera rodando sin hacerme daño hasta llegar... no sé a donde.

No recuerdo nada durante la formación de mi ser, pero después de nacer, miraba a mi madre y su mirada magnética me adormecía, ¡cuánto me quería mi madre! mi padre también, pero mi madre era un delirio lo que sentía por mí y yo por ella ¡cuántas caricias! ¡cuántos desvelos! ¡cuántos temores, si las dolencias que la niñez se apoderaban de mi!; el médico de mis padres (que era un sabio) se reía bondadosamente de tantos extremos y hasta prohibía que me besaran con tanta exaltación, porque me impresionaban demasiado, pero... ¡eran tan jóvenes!, se querían tanto, que su amor hecho carne, despertaba en ellos la exaltación divina del amor. Yo era obra suya, la personificación de sus besos, la luz de sus ojos la encontraban en los míos, que eran grandes, lumínicos, tenía ojos de iluminada y todos decían: los ojos de esta niña no tienen semejanza con los ojos de otros niños; tuve más hermanos y éstos ya no tuvieron en sus ojos la magia que había en los míos.

Tuve el defecto de ser muy celosa; mi primer hermano lo recibí muy mal, estaba tan sedienta de cariño que todo lo quería para mí.

Crecí entre aromas y flores, siendo el encanto de mi familia, el sabio médico de mis padres se encargó en mi educación, y llegó a quererme tanto que no podíamos pasar el uno sin el otro; él me decía siempre:

-Abre los ojos, mírame fijamente que en tus ojos hay algo escrito que yo quiero descifrar ¡Qué bien nos entendíamos los dos! ¡Cuánto me hablaba de Dios! del Dios de mis amores, y me decía:

-Hay que buscar a Dios en todo cuanto palpita en el universo.

Cuando me hablaba de Dios ¡cuánto se entusiasmaba mi espíritu! mis

padres adoraban a los dioses, y el médico a un solo Dios.

Mi madre adoraba a los dioses y yo le decía: Para alumbrar el mundo hay un solo Sol, de igual manera un solo Dios ilumina el orbe, yo a Dios le veo, ¡qué hermoso es!

-¿Ves a Dios? (decía mi madre con asombro) ¿y cómo es? ¿qué figura tiene?

-No lo puedo definir, es luz, ¡todo luz! es amor, ¡todo amor! no veo, no encuentro su semblante, y siendo su aliento que me acaricia, que me da la vida.

Mi madre movía la cabeza, como si dudara del equilibrio de mi razón, y yo me sonreía persuadida que estaba en la verdad, que Dios era, porque la vida daba fe de su existencia.

Llegó la primavera y se hicieron grandes fiestas religiosas, fiestas primaverales en las cuales todas las jóvenes tomaban parte, vestidas de blanco y coronadas de flores, iban al templo a ofrecer a los dioses las ofrendas de la primavera de su vida. Yo no quise ir al templo y mis padres apelaron al ruego, después me amenazaron, todo fue inútil, hasta mi maestro, el sabio médico, me dijo que transigiera. No (les dije a todos), si me obligáis a ir, mi cuerpo estará en el templo, pero mi alma se habrá separado de él buscando a su Dios.

Ante la firmeza de mi voluntad me dejaron tranquila, se fueron mis padres y mis hermanos y yo me quedé sola con mis flores y mis libros, y los libros y las flores me decían que adorará a un solo Dios.

Ocho días duraron las fiestas religiosas; durante ese tiempo estudié con afán la historia de los dioses y me convencí que la suma de las bondades de los dioses formaban un solo Dios.

Volvió mi familia cansada y enferma, y yo le decía a mi madre:

-Créeme a mi, no hay más que un Dios, y éste, no impone a sus hijos, ni peregrinaciones ni sacrificios, ni ofrendas ni jornadas violentas, ni nada que altere su salud y su tranquilidad. Dios es la ley inmutable, es la vida en su eterno desarrollo y desenvolvimiento, ¿necesita el águila para remontarse al cielo, rezos ni plegarias? no; vuela porque la vida la lleva en sus alas; ¿las flores del bosque necesitan de vuestras oraciones para abrir sus corolas y embalsamar el ambiente? no; dan sus perfumes y ostentan sus colores porque en sus raíces tienen los componentes de su vida y de su belleza; ¿y Dios, que es alma de cuanto existe, necesitará de vuestras religiosas protestas para colmaros de beneficios? Os dio el beneficio de la vida eterna y en esa vida están todos los goces, todas las actividades, todos los progresos, todos los perfeccionamientos del espíritu.

Cuando yo hablaba, mi madre enmudecía, y mi maestro me miraba y decía a los demás:

-¡Cuánto hay dentro de esa cabeza! dará sus frutos y muy sazonados, ya lo veréis.

Llegué a la edad de los amores, muchos hombres me pidieron a mi madre; yo imperturbable, les decía a todos que no; mi madre me aconsejaba que no me fiara de mi juventud, porque ésta, a semejanza de las rosas, se agotaba rápidamente, pero yo le decía:

-Quiero casarme como te casaste tú, muy enamorada, ¿ya no te acuerdas de tus primeras horas de amor? yo si, y yo pronunciaba aquella afirmación sin saber

en verdad lo que decía.

Mi maestro no encontraba tampoco ningún hombre digno de mí, encargándose siempre que no me uniera con ningún hombre que adorase a los dioses, sino que adorase a un solo Dios, para que me conceptuase como uno de sus ángeles.

Yo no me impacientaba, me veía tan amada de todos, que no soñaba con nuevos amores, pero mi maestro encontró lo que él deseaba: un hombre que amase a uno solo Dios, reuniendo juventud, distinción, talento y mediana riqueza; loco de contento me presentó su protegido, al verle dije entre mi: este es el mío, y mi pretendiente al verme exclamó: ¡esta es la mía! Nos miramos y nos entendimos enseguida.

-¿Amáis a los dioses? le pregunté y él me contestó:

-No; amo al Dios que vino a sacrificarse por la humanidad.

-¿Qué decís? Dios no vino a la tierra. Dios radica en la naturaleza, el Dios único es la sonrisa eterna de su obra, no puede personalizarse, no hay mundo que pueda contener su gloria.

Seguimos discutiendo acaloradamente hasta que oí una voz que me decía:

-No seas temeraria, todo es cuestión de nombre y de comprensión, no extrañes que crean que fue un Dios el que habló a los hombres en nombre del autor de la naturaleza, no quieras recoger antes de sembrar.

Con tan saludables instrucciones, dulcifiqué mi lenguaje; mi adorador estaba embelesado, y estrechando mi diestra murmuró:

-Dejemos a los dioses, ¿estamos entendidos?

-Si; le dije yo; hace mucho tiempo que os esperaba.

-El mismo quizá, (replicó él sonriéndose), que yo soñaba con una mujer, con una mujer que llevase en sus ojos la promesa de un eterno amor; nos miramos y la unión de nuestras almas fue un hecho, ¡qué hermoso es el amor! para el amor no hay noche, ¡todo es día! ¡pero es tan breve el día del amor...!"

CAPÍTULO XXVII

Dije al terminar el capítulo anterior que era muy breve el día del amor, mas en verdad yo puedo decir que en aquella existencia, mi día de amor no tuvo ocaso; tan sedienta estaba mi alma de felicidad, que sin el agua del placer no hubiera podido permanecer en la tierra; hay crisis en la vida del espíritu, que es preciso, es indispensable un cordial de amor para proseguir más tarde con la lucha comenzada.

Mi prometido al estrechar mi mano entre las suyas, se puede decir que formamos una alianza eterna; nos encadenamos el uno al otro con cadenas de flores. Nuestras relaciones fueron siguiendo, y eran mis días una serie no interrumpida de dulcísimos ensueños. ¡Es tan hermoso hacer el programa de la vida usando el lápiz de la esperanza...! Nuestras relaciones fueron un poema de amor, de ese amor que entreabre los cielos de la felicidad.

Éramos tan felices, que a veces a él y a mí, nos preocupaba la idea, de si después de casados seríamos tan felices, si teniendo prole se aumentaría o se disminuiría nuestra felicidad, porque era ésta tan inmensa, que nos parecía imposible que pudiera ser duradera.

Concluyeron nuestras relaciones con el matrimonio; dicha ceremonia fue un

verdadero acontecimiento en la ciudad; amigos y enemigos de mi familia, todos acudieron para vernos con nuestras mejores galas coronados de flores; pisando hojas de rosas y cayendo sobre nuestras cabezas una lluvia de florecitas blancas cuyo perfume embalsamaba el ambiente; al vernos pasar, las gentes murmuraban:

-Pronto se acabará tanta dicha, tanta dicha es un insulto a los dioses: sólo éstos tiene derecho a una imperturbable felicidad; los que nos amaban, nos auguraban días de gloria, y éstos fueron inspirados profetas, porque si dichosa había sido con mis padres, con mis hermanos y con el sabio médico que me sirvió de maestro, al entrar de lleno en la vida de la mujer casada, mi ventura se aumentó extraordinariamente, con siete hijos que fueron llegando uno tras otro, mediando únicamente el tiempo marcado por la naturaleza para su completo desarrollo. Cada vez que venía un nuevo vástago, mi compañero sonreía gozoso, y se aumentaba su amor hacia mí, demostrando en delicadísimas atenciones que yo sabía apreciar debidamente, lo mismo que mis padres que compartían con mi esposo el amor que me profesaban, y en cuanto a mis hijos, querían a sus abuelos más que a sus padres. Era mi morada un nido de amor, se adivinaban los pensamientos los unos a los otros, no había necesidad de hablar, bastaba mirarse para comprenderse; mis hermanos me querían tanto, que cuando me casé, el mayor de ellos se emocionó tanto que se puso enfermo, el exceso de la alegría también hace daño; cada vez que yo daba a luz era para mi familia un día de gloria, todos rivalizaban en hacerme presentes, a cual mas delicados, y como sabían mi afición a las flores, las más raras y las más hermosas adornaban mis habitaciones. ¡Todo me sonreía! ¡todo...! pero como las leyes naturales por nada ni por nadie se truncan, la muerte se presentó en mi hogar y extendió su diestra sobre mi madre; ésta se estremeció de espanto, quiso en un abrazo despedirse de sus deudos, y... faltándole las fuerzas para acariciar a sus hijos, se quedó muerta; mi padre, que siempre había sido dichoso, al perder a la compañera de su vida se encontró tan solo... ¡tanto! que a pesar de mis cuidados y del cariño de mis nietos, sin exhalar una queja, sin molestar a nadie, fue languideciendo hasta el punto que cerró los ojos sin estertor, sin agonía, se apagó la lámpara de aquella vida tranquila y honrada al faltarle la esencia del amor, que había vigorizado su existencia.

Yo era feliz con mi esposo, feliz con mis hijos, feliz con mis padres, y al perderlos ¡cuánto sufrí! enfermé, y enfermé moralmente; el anciano médico que había sido mi profesor y continuaba siéndolo de mis hijos mayores, y era el maestro y el consejero de toda mi familia, hizo prodigios para devolverme a la vida, diciéndome con la mayor ternura: ¿quieres morir? ¿y tus hijos? ¿y todos los que te aman? yo espero de ti... no sé lo que espero, pero tengo la íntima convicción, que he de recibir de ti revelaciones admirables. ¿Cómo? ¿de qué manera? lo ignoro, no lo adivino, pero leo en tus ojos algo que no me explico; hay en ellos extraños resplandores, hay promesas de dulzuras inexplicables, hay, no sé lo que hay, pero estoy seguro que no me engaño; tú no eres una vulgaridad, hay en ti una atracción y un sentimiento que no he visto en ninguna mujer; tú hablas de los cielos sin hablar, tú revelas lo desconocido en el fondo de tus ojos. ¡Ah! tus ojos son dos páginas del infinito y quiero leer en ellas.

Las palabras del anciano me reanimaban y luchaba enérgicamente para combatir mi debilidad física; mi esposo, por su parte, procuraba distraerme, era

afortunado en sus empresas, y sin ser rico, rodeaba a su familia de todas las comodidades posibles siendo yo su obligado consejero, pues todo lo consultaba conmigo. Una tarde cerca ya de anochecer, contándome sus planes y sus esperanzas me decía:

-No quiero que mueras, ¿qué sería de mi sin ti? yo le oía, y (cosa extraña), no le hacía caso, miraba las plantas que me rodeaban (pues estaba en el campo) como si en ellas quisiera encontrar la solución de los más arduos problemas, nata que al fin vi como si se abriera la tierra, y al abrirse, vi planicies cubiertas de verdor rodeadas de profundos abismos; de uno de ellos vi salir a mis padres que se buscaban el uno al otro llamando a sus dioses, para que éstos con su poder divino los unieran de nuevo. Yo al verles tan claramente, les dije: qué ¿no me veis a mí? ¿no sabéis que muero por vosotros... ? yo os llamo, venid a mí que os quiero con toda mi alma, venid a mí que os amo sobre todas las cosas; mis padres oyeron mis palabras y así como mi padre inmediatamente atraído por mi voz se acercó a mi, mi madre al oírme retrocedió, quiso huir sin saber por dónde, se asomaba al borde de todos los abismos y ninguno le parecía bastante hondo para arrojarse, y... cosa extraña, perdió su envoltura de mujer y adquirió la de un hombre velludo y repugnante, pero a pesar de aquel disfraz, yo adivinaba que aquel ser era mi madre y le decía:

-Seas como seas, te quiero junto a mí, pero el espíritu de mi madre no acudió a mi llamamiento, se perdió en las entrañas de la tierra, en tanto que mi padre me abrazaba tiernamente.

Me dio un accidente y creyó mi esposo que había muerto; vino el anciano médico y su fuerza magnética me devolvió a la vida, preguntándome.

-¿Qué tienes? ¿nos quieres matar a todos?

-No, (le dije) no es la muerte la que me rodea, es que tenían dos flores aquí, mi madre ha huido y se ha transformado y yo quiero tenerla junto a mí.

Desde entonces siempre veía a mi padre junto a mi tranquilo y sonriente; yo hablaba con él, y el anciano médico me decía con acento suplicante:

-Por Dios, hija mía, no pierdas la razón.

-No temáis, replicaba yo, estoy más cuerda que nunca, aunque veo lo que nadie ve;

¿no decíais que en mis ojos encontrabais un algo extraño? pues ese algo será que veo a los muertos, y los veo como viven, como luchan, como sufren, lo que no puedo comprender es la transformación de mi madre.

El médico, entusiasmadísimo, me decía: yo espero mucho de tus ojos, quiero que hablemos solos, que nadie te distraiga para que mires al infinito; tú tienes que ver muchas cosas, yo lo sé, alguien me lo dice, dame detalles minuciosos de cuanto veas.

Yo Queriendo complacerle entré en mi cuarto de estudio, me senté cómodamente apoyé los codos sobre mi mesa y mi frente en mis manos y esperé: No tuve que esperar mucho tiempo, los muros que me rodeaban cayeron sin estrépito, y vi campos hermosísimos y montes admirables que parecían sus simas de transparente cristal: y allá lejos una inmensa llanura cuya superficie plateada formaba ondulaciones, ¡era el mar! el mar en calma, ¡qué maravilloso me pareció...! Y yo iba diciéndole a mi compañero cuanto veía y él con afán creciente me

preguntaba ¿y no ves a nadie? mira bien, abre los ojos, pero mis ojos se cerraron y vi cómo mi madre huía de mi ¡con qué velocidad! ¡qué modo de poner tierra por medio! es decir, tierra no es la frase, espacio, mucho espacio; yo también volaba tras ella, quería que volviera junto a mi, y quedó mi organismo inerte, mis brazos cayeron a lo largo de mi cuerpo y mi cabeza buscó apoyo en el alto espaldar del sillón que ocupaba; mi anciano compañero se asustó muchísimo, mas yo le dije:

-No me muero, no; llegaré a ser muy anciana; me lo dicen, es decir, ya comprendo que me hablan, sin oír frase alguna.

Quedé un rato en silencio, mirando cómo los montes y el mar se unían, y entre olas de luz, vi al hombre-Dios, y le dije a mi compañero: Aquí está nuestro Dios, es alma de almas, es amor de amores. ¡Ah! también se transforma como el espíritu de mi madre; ¡qué hermoso está! es un joven, casi un niño, apacienta corderillos, todos le rodean y él los acaricia. ¡Ay! ahora es un viejo, rodeado de libros, de hornillos, de crisoles, parece un sabio, un mago, un adivino, ¡qué figura tan majestuosa...! todo se desvanece y veo un templo formado por árboles cuyas copas se pierden en los cielos, unas piedras toscas sirven de altares y aparece El, es el Sumo Sacerdote: ¡qué imponente! ¡qué grave! ¡qué severo...! luego... ¡Ay! los árboles que forman el templo han sido destruidos por los rayos ¡qué desolación! los sacerdotes huyen atemorizados, y el Sumo Sacerdote contempla con melancolía serenidad la tremenda catástrofe, desciende una nube de fuego que le sirve de sudario al gran sacerdote. Ahora veo una populosa ciudad: es el emporio del arte y la belleza; en una gran plaza rodeada de artísticos y grandiosos edificios, una multitud inmensa contempla un estrado donde hablan y discuten muchos sabios; allí está El, es un filósofo eminente, todos le aclaman como el soberano del saber, la juventud estudiosa le llama su maestro. ¡Cuánta luz hay en sus ojos! ¡cuánto fuego en sus palabras! es el símbolo de la sabiduría humana, su ciencia le hará inmortal. ¡Ay! ¡ahora parece un Dios! de sus manos brotan mundos, ¡qué hermosísimo está! ¡qué cabeza tan admirable! ¡qué cabellera tan magnifica...! es la figura más arrogante y más hermosa que ha pisado la tierra. Las multitudes le siguen ávidas de escuchar su palabra divina, habla para todos, pero me mira fijamente y dice:

-El amor hace transformaciones y la ciencia las utiliza. Ya que tanto has visto, oye ahora las armonías universales; ¡qué concierto! ¡qué armonías! ¡todo canta! ¡todo habla! ¡todo expresa sentimiento y amor! No puedo describir lo que escuchaba, no puedo... ¡qué lástima que no podáis oír lo que oigo yo!

Mi compañero gozaba tanto con mis descripciones, que no le hacía falta oír, y solo se preocupaba en dictarme preguntas diciéndome:

-Dile si volverá a la tierra, que aquí hay muchas guerras y muchas calamidades; y mientras el médico hablaba desapareció mi Dios y vi muchos espíritus luchando desesperadamente ¡qué odios tan implacables! ¡qué procedimientos tan crueles...! al fin vencieron los menos agitando un signo de redención, y al saberlo el médico exclamó:

-Sean el amor y el martirio los que triunfen sobre la ferocidad humana; y al hablar el médico, vi venir sobre él un torbellino luminoso que lo rodeó por completo, y entre aquellas ráfagas luminosas vi un rostro sonriente en cuyos ojos se leía:

-¡Hijo mío! ¡yo te bendigo!

El médico cayó desmayado y yo le dije: Despertemos los dos: él recobró el

conocimiento, pero yo no pude abrir los ojos. ¡Dios mío!, (exclamé) ¿me quedaré así? ¡Dios mío! ¡Dios mío! vuélveme a la vida real; y entonces vi un caminito estrecho, al final de aquella senda tortuosa había una fuente que arrojaba copiosamente su liquido espumoso; junto a la fuente había una mujer con el vestido descompuesto y el semblante macilento; quise reconocerla pero me atrajo mi atención un hombre odioso, miserable, un ser maldito, el desgraciado Isaac que hablaba con ella, se acercaba, se separaba y al separarse se reía horriblemente; yo le llamé y le dije: Por infame que hayas sido, si es que has sido mi madre, ven a mi, no sé porqué mi madre ha perdido su hermosa envoltura y se ha cubierto con tu maldito ropaje, misterio es éste, que ahora no puedo descifrar, pero si has sido mi madre ven a mi; y el espíritu de Isaac lloraba y corría impulsado por la desesperación, pero a pesar de la distancia le veía perfectamente, y separando de él el hermoso rostro de mi madre, la llamé y me dijo:

-No me llames más: trabajo para ti, mas no te quiero; como espíritu cumplo una ley y nada más; y cuando se alejó me dijo: Adiós, hasta otro tiempo: en negro, muy negro volveré a tu lado, en negro te seré útil, como ahora te lo he sido en blanco, y se cubrió su rostro con una nube mientras allá lejos, muy lejos, se agigantaba la figura de Isaac, sin poder yo comprender por qué se había interpuesto entre mi madre y yo.

Quise abrir los ojos, pero me fue imposible y entonces grité verdaderamente acongojada: ¡Dios mío! ¡abridme los ojos! esperé y oí una voz que me decía:

-Despierta, cumple tus deberes en tu actual existencia, haz que todos crean en un solo Dios, ama a Dios que de Dios hemos de hacer las obras." Quedé como muerta y luego desperté muy lentamente; el médico se puso contentísimo cuando me vio con los ojos abiertos:

-¿No recuerdas lo que has visto?

-No, no lo recuerdo.

-Pues se ha cumplido mi profecía, tus ojos ven el infinito, y las maravillas que ves dejan algo en tus ojos tan bello, tan atractivo, tan encantador, que si tu contaras a las multitudes lo que ves, las muchedumbres te adorarían de rodillas; vive, vive para mi ciencia, tus ojos son astros que necesito verlos siempre abiertos.

CAPÍTULO XXVIII

Después de aquella crisis, el anciano médico hizo cuanto pudo por vigorizar mi organismo, porque quedaba tan débil después de mis *contemplaciones o videncias,* que pasaban muchos días antes de volver a ser una mujer activa, cuidadosa de sus hijos y de su casa; y tantos eran los estragos que en mi causaba el *mirar al infinito,* que el mismo médico, que tanto deseaba saber *algo* del *más allá,* era el primero que me prohibía que me entregara a la contemplación, teniendo a mi cargo tantos deberes que cumplir, porque mis hijos me querían tanto, que no se contentaban con las atenciones que les prestaban otros parientes y las personas dedicadas a su servicio, era necesario que yo me cuidara de ellos en todo y por todo; no les bastaba la vigilancia de su padre querían la mía; mi esposo se reía y me decía:

-Desengáñate, las madres tienen que ser como los manantiales, nunca se ha de agotar su cariño y su paciencia, y en verdad que el compañero de mi vida

tenía razón, porque cuando una madre quiere cumplir con su deber, no vive ni descansa, haciendo en la noche días.

Entre mis hijos había uno muy triste, necesitaba de muchísimo cariño; una vez de las que se puso enfermo me dijo:

-Tú puedes curarme, no cumples bien conmigo, puedes hacer mucho más de lo que haces, me miras como a un niño enfermo, y no es eso lo que yo quiero.

-¿Pues qué quieres?

-Quiero alma, quiero calor, quiero vida, mírame bien, pero mírame con el alma.

-Es que las madres siempre miran con el alma.

-Bueno, ya lo sé, es que no me explico bien, o que tú no quieres entenderme; deseo que me mires así..., así..., como tú miras algunas veces, que parece que salen de tus ojos raudales de salud.

-No sé lo que quieres decir, pero si deseo tienes tú de sanar, más deseo tengo yo de que sanes; ¿quieres curarte? pues curado estás; y miré a mi hijo de una manera que el niño se estremeció, lanzó un grito de alegría y... cosa extraña, se curó rápidamente, y mejor dicho, instantáneamente y desde entonces siempre me decía mi hijo: quiéreme mucho ¿oyes? no me olvides, veo tus ojos en todas partes, en todas, y mirándolos parece que mi ser se vigoriza.

Mis otros hijos, se encelaron y tuve que consagrarme a todos ellos, prodigándoles todos mis cuidados para evitar disgustos domésticos, que son los de peores consecuencias por ser los más cercanos y los más continuos.

Fueron creciendo mis hijos, y eran buenos y hermosos, uno de ellos después da corta enfermedad murió, y su muerte me impresionó de tal manera, que más y más me aficioné a mis hijos, y estaba celosa de todos ellos. Mi esposo también los quería mucho, pero su predilecta era yo; llegamos a la ancianidad, envejecimos juntos, nuestros cuerpos perdieron sus atracciones juveniles, pero quedó el calor de nuestras almas, el perfume de nuestros sentimientos. ¡Qué existencia tan feliz fue aquella!

Enfermó gravemente uno de mis hijos, y también me dijo:

-¡Mírame, madre mía! le miré... y se puso bueno; la ciencia médica se asombró al ver que yo le curé y desde entonces todos al enfermar me decían: ¡mírame, madre mía! Mas ¡ay! no siempre mi maternal deseo se realizaba, porque perdí a otro hijo y... ¡que doloroso es perder al que ha vivido dentro de nuestro ser! ¡se quiere tanto a los hijos...! no hay explicación posible para decir lo que una madre siente cuando contempla a su hijo sin movimiento, le parece a una un sarcasmo horrible que brille el sol y que canten las aves; que las flores abran sus corolas y exhalen sus perfumes. Mi hijo al despedirse de mí, me estrechó la mano diciéndome:

-Tienes que ser más buena aún, y eso que eres muy buena; pero tú ¡puedes hacer tanto bien...!

Yo entonces desconocía la potencia curativa que había en mí, y como no siempre conseguía salvar de la muerte al que sufría, eso me desalentaba muchísimo, y eso que curé a muchos niños con sólo la imposición de mis manos sobre su frente y sus hombros.

Pasó algún tiempo, y el primer hijo que reclamó mis cuidados para curarse,

que se había hecho un arrogante mozo, vino a decirme muy agitado:

-Madre mía, me han insultado hablándome mal de ti, y hoy he matado al calumniador.

-¿Le has muerto?

-Si: no volverá a insultarte.

-Pero has hecho muy mal: nadie tiene derecho a la vida de otro.

-Tampoco nadie tiene derecho a insultarte, madre mía.

Gravísimo disgusto originó el violento arranque de mi hijo; éste enfermó la tristeza, más al fin todo se arregló por tener mi esposo muchas y muy buenas relaciones, y después de dudas y temores se consiguió el destierro para el vengador de mi honra. Antes de irse mi hijo, una tarde estaba yo muy acongojada pensando que por mí, mi hijo se había convertido en un asesino y exclamando: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡por mí se ha vertido sangre...! ¡qué horror...! Y, temblando de espanto, me quedé dormida y vi un ancho campo lleno de plantas con flores que tenían manchas rojas, y allá lejos, muy lejos, oí una voz que decía:

-La sangre que se vierte por defender a una madre honra al que la vierte.

Aquellas palabras no me consolaron, estaba muy triste, miraba al cielo, y el horizonte se cubrió de una claridad vivísima, no se veía el sol, pero se le adivinaba; vi también un camino arenoso y caminando por él a una mujer débil y andrajosa, iba muy despacio, y un hombre de mala catadura la seguía muy de cerca riéndose de la infeliz que andaba con mucha dificultad, la mujer tropezó y cayó, y el hombre aumentó sus insultos y su risa, y yo indignada le dije: ¿Hasta cayéndose te ríes? El hombre se acercó a mí, y quise reconocerle, me miró con desprecio y dijo irónicamente:

-¡Bah!, ¡bah!; ¿desde cuándo defiendes a los desvalidos? ¿no sabes que esa mujer es muy mala? y yo repliqué:

-Y ¿quién eres tú para juzgarla? ¿con qué derecho la insultas y te ríes?

-Con el mío, ya verás como la pisaré si no se levanta aprisa, y unió la acción a la palabra; pero yo de un salto me coloqué junto a la mujer caída y la levanté instantáneamente diciéndola: Ven conmigo, yo te salvaré, y la cogí en mis brazos, y sin pesarme la carga corrí, corrí mucho huyendo de aquel miserable cuya risa repetía el eco. Después no anduve, tendí el vuelo siempre con aquella mujer en mis brazos... subí alto, muy alto; sentí una sacudida violentísima y me desperté sin saber lo que hacía.

Llamé a mi hijo, a mi defensor, y al verle, le dije maquinalmente:

¡Cuánto te quiero hijo mío! ¡cuánto...! me quedé mirándole y le vi transformarse en aquella mujer débil y andrajosa que había visto en mi sueño, ¡era ella! si; ¡era ella! y era él mi hijo amadísimo; mi defensor, mi vengador, ¡dos en uno, y uno en dos! yo no comprendía entonces el significado capitalísimo de aquellas transformaciones, pero me llamaban extraordinariamente la atención.

Mi hijo marchó al destierro, se fue muy lejos, pero se fue contento de su obra, y yo me quedé con mi numerosa familia, triste porque me faltaba uno de sus miembros, pero contenta al verle libre de asechanza.

Tras un dolor viene un pesar, como un destello del primero, y el anciano médico, mi maestro, mi padre intelectual, me llamó a su lado porque se sintió morir; acudí a su llamamiento y... ¡qué viejecito lo encontré! en pocos días había

envejecido cien años; al verme sonrió gozoso, diciéndome:

-Mírame, hija mía, mírame, llega el momento que más te necesito, me voy de este mundo sin obtener la certeza que yo he deseado; y habló largamente de sus dudas sobre la otra vida; me conmoví profundamente al escucharle y mirándole con fijeza, vi despierta lo que otras veces había visto dormida y le dije:

-Maestro, veo mucho.

-Pues habla, habla.

-Veo muchos hombres, muchos, de diversos países, con trajes y armaduras muy distintas en la forma, todos le miran, y algunos con mucho cariño, y entre ellos hay una mujer que llora y ríe a la vez, porque lo que desea lo conseguirá.

-¿Cómo es su figura? me preguntó con ansiedad el moribundo. La detallé minuciosamente sin omitir el menor gesto y él exclamó gozoso:

-Esa es mi madre, no cabe duda, ¡es ella! y se acerca ¿verdad? siento mucho frío, y ahora un dulce calor.

-Si, si; calor quiero que sintáis, porque habéis estudiado mucho, habéis sido muy útil a la humanidad y debéis iros entre flores y armonías; y para que os forméis una idea de la transformación que sufriréis, escuchadme: y repitiendo fielmente lo que me iba dictando un espíritu, que sostenía al moribundo como sostiene la madre de su hijo enfermo, hablé largo rato, y él me decía:

-¡Qué lástima! ¡cuánto tiempo hemos perdido...! ¡habla, habla hija mía! y yo le hablaba del desprendimiento de las almas de su despertar en el espacio y él decía:

-¡Oh!, ¡gracias!, ¡gracias!, veo que mi organismo desata sus lazos, mi madre me espera, no te muevas, tú, no; escúchame: Dios vino al mundo a curar a los incrédulos; yo he sido muy ingrato, mucho, Dios es amor, y yo no he reconocido su ternura que palpita en cuanto vive, ¡cuánto tiempo he perdido...! la ciencia... qué mal comprendida está. Mírame, hija mía, mírame... y se quedó dormido. Abrió de nuevo los ojos, me miró y me dijo:

-Adiós, cuídate mucho de tus ojos, mucho, que ves con ellos lo que los sabios no saben ver; y se durmió para despertar quizá en los brazos de su madre.

Si mucho había sentido la pérdida de mis hijos y la de mis padres, la de mi anciano amigo no lo fue menos, ¡había sido tan bueno para mí y para todos... que sólo me consolé de su ausencia, recibiendo en mis brazos al hijo de uno de mis hijos! ¡qué hermoso me pareció aquél niño...! era una carita formada con las hojas de las azucenas y las rosas... pero... de pronto en vez de aquella carita sonrosada vi un rostro venerable que quise reconocer, yo le había visto, ¿dónde? ¿cuándo? no lo recordaba; después me pareció ver una lluvia de flores que cayendo sobre mis rodillas perfumó el ambiente, miré a mi nietecito y vi su carita de nieve y rosa, y al verle de nuevo tan precioso, murmuré:

-¡Gracias, Dios mío!, me dais más de lo que he merecido.

CAPÍTULO XXIX

Por un espacio de tiempo estuve satisfecha de la vida; con mis nietecitos disfrutaba muchísimo, ¡me querían tanto...! todos se desvivían por mi, especialmente el primero; aquel tenía por mi un verdadero delirio, su cuna había sido mis brazos, jamás conciliaba el sueño si no apoyaba su hermosa cabeza en mi

pecho; era un espíritu amorosísimo, y tan amoroso como fuerte y despierto, era una inteligencia tan desarrollada que asombraban a propios y extraños sus agudezas y sus razonadas observaciones; pero como todo no se puede poseer, su envoltura material era verdaderamente raquítica, tanto, que sin ser deforme, sin tener inservible ninguno de sus miembros, sin tener protuberancias ni en el pecho, ni en la espalda, como su hermosa cabeza tenía completo desarrollo y el resto de su cuerpo no, parecía lo que no era, y muchos decían:

-¡Qué giboso tan extraño! no se le ve la joroba. Yo sufría mucho al ver que con años crecía su inteligencia, pero no su envoltura material, y tanto me preocupaba su debilidad física, que un día me dije a mí misma: Tanto como quiero a mi Ebraín, y qué inútil le es mi cariño, pues yo he curado a muchos niños; es verdad que entonces era joven, pero por probar nada se pierde; no diré a nadie mi buen propósito para que no se rían de mi, pero Dios que ve mi buena voluntad, quizá me ayude en mi obra; y comencé a poner en práctica mi plan; todos los días me llevaba a Ebraín a paseo, y en el campo, en un bosquecillo, sin que Ebraín se diese cuenta de lo que yo hacía, apoyaba mis manos sobre su frente, sobre sus hombros, le miraba fijamente y el niño, insensiblemente se fue acostumbrando a mis pases magnéticos, y me decía con infantil alborozo:

-Mírame, abuelita, mírame así, con esa fijeza, ¿eh? no te distraigas, no mires a nadie más que a mi, porque tus ojos me dan la vida, siendo en todo mi ser una sensación más extraña, parece como si me estiraran los brazos y las piernas, y como si el pecho me lo abrieran, pero sin hacerme daño; mírame, abuelita, mírame, y Ebraín abría sus hermosos ojos y me miraba de tal modo, que no se sabía quién magnetizaba a quién, si era él a mí, o era yo a él, porque yo sentía correr la sangre por mis venas mucho más aprisa que de ordinario, y Ebraín a su vez saltaba gozoso y corría sediento de vida, diciéndome:

-Me siento más fuerte; si continúo a sí, cuando llegue a ser hombre ¡cuántas cosas grandes haré! y las haré, si, ya verás abuelita qué valiente seré y qué arrojado. Yo predicaré como predicó *Ángel,* diciendo que no había más que un solo Dios y un solo bien.

Yo a veces al ver al niño tan entusiasmado, me arrepentía de mi obra y decía: ¿Si haré un mal creyendo hacer un bien? ¿si arrojaré a la lucha una víctima más? débil y raquítico no se hubiera separado de mi, y ahora que se va desarrollando y robusteciendo, ya sueña con tender el vuelo y ser mártir de su idea; porque yo a mis nietos siempre les hablaba de un "solo Dios y de un solo bien. "Entre mis hijos había adoradores del Dios único, y fanáticos idólatras de los Dioses, pero como todos me querían tanto, ninguno se oponía a que yo inculcara en los hijos mis ideas religiosas, y yo me complacía de contar a mis nietos cuanto sabía de la historia de *Aquel* que murió perdonando y compadeciendo a sus verdugos. Todos mis nietos eran espíritus despiertos, muy dispuestos a pelear por implantar el culto de su Dios, especialmente Ebraín; éste, hasta en juegos de niño demostraba sus inclinaciones, siempre pronunciaba discursos enumerando las virtudes del hombre-Dios.

Sea que la naturaleza en sus sabios leyes ejerció su benéfica influencia sobre mi Ebraín, sea que mi plan curativo lo apliqué a tiempo, es lo cierto, que el niño raquítico endeble y enfermizo, se desarrolló, y sin llegar a ser un Goliat, fue lo

bastante robusto para luchar con ventaja siempre que se presentaba la ocasión de hacer valer sus fuerzas en juegos peligrosos, en cacerías y en otros ejercicios propios para el desarrollo y esparcimiento de la juventud.

Yo estaba contenta de mi obra, obra que pasó desapercibida para todos menos para Ebraín y yo; el primero siempre me decía: ¡Cuánto te debo abuelita mía! ¡cuánto te debo! por ti seré grande, ya lo verás. Sé que unos cuantos hombres inspirados por el mismo Dios, van a comprender un largo viaje para difundir en otros pueblos la nueva religión, y yo me quiero ir con ellos, tengo sueños reveladores, veo la figura de *Aquel* que murió perdonando a sus asesinos: ¡qué hermoso es, abuela mía! tiene unos ojos que se parecen a los tuyos, cuando El mira parece que de sus ojos brotan raudales de amor, y de vida; ¡qué hermoso es, abuela mía!

Como el cariño en la tierra es tan egoísta, al oír a mi nieto me arrepentí de mi obra, ¡iba a perderle! ¡y era tan bueno! ¡tan cariñoso! ¡tan expresivo! ¡tan servicial! tan amigo de dirimir contiendas, que era el pacificador entre sus hermanos, parientes y amigos; y tenía una inteligencia tan bien equilibrada, que en todas las cuestiones estaba siempre en el justo medio, de todo sabía lo bastante sin hacer alarde de su perfecto conocimiento de las cosas, era un genio sin orgullo ni vanidad; tenía todas las buenas cualidades que puede tener un hombre en la tierra; así es, que sus deseos de marchitar fueron combatidos por toda la familia, pero él se impuso a todos con su dulzura, con la magia de su palabra, con lo razonado de sus argumentos, y dirigiéndose a mí, me dijo:

-Mírame bien, ¡abuelita mía! ¡quiero llevarme tu recuerdo bendito, quiero que la luz de tus ojos inunde mi ser! Yo hice cuanto pude por disuadirle, pero todo fue en vano, y entonces le dije que el que convence y consuela es el que practica la ley de Dios. Mucho le hablé, mucho le aconsejé, y Ebraín me escuchó con religioso silencio, después se postró ante mi y me pido mi bendición. ¡Con qué emoción apoyé mis manos temblorosas sobre su sedosa cabellera...! ¡qué mirada la suya! cuando me dijo sin hablar: ¡¡adiós!!

Cuánto sentí su marcha, ¡cuánto! yo no tenía consuelo, siempre le veía en mi pensamiento, ¡siempre! Mi esposo en tanto se desvelaba por mí, y me decía cuando me veía muy triste: ¿Te acuerdas? ¿te acuerdas? tú antes veías muchas cosas y te consolabas viéndolas, ¿por qué no miras a ver si ves? Es preciso que busques todos los medios para vivir, porque yo te necesito mucho, mucho, ¡qué sería de mí sin ti! nuestros hijos me aman, es verdad, pero en ti encuentro yo el complemento de mi vida. ¡Ah! no, no; yo no quiero que te mueras.

Hay confesiones de amor que se necesitan más en los últimos años de la vida que en los floridos días de la juventud, ser amado al borde de la tumba, es la mejor preparación para una muerte tranquila; cuando todos los atractivos físicos se acaban, es cuando las palabras de amor resuenan en los oídos como una música divina; cuando el espíritu no tiene que hacer uso de su cuerpo para goces fugaces, es cuando se vislumbran nuevos horizontes donde brilla el sol de la eternidad; por eso las palabras de mi esposo me sirvieron de inefable consuelo, ¡ser amada! ¡ser indispensable para la vida del padre de mis hijos! ¡Oh! yo debía vivir, y vivir sin tristezas, sin vacilaciones, sin melancolía, vivir para dar aliento, vivir para ser un rayo luminoso inundando la luz del paraíso de mi hogar. Si, si; era preciso vivir; y si antes pudiera ver a mi nieto, si yo viera a Ebraín ¡qué felicidad...! ¿y por qué no he

de verle? no es capricho ni antojo, es necesidad perentoria; mi esposo me reclama, yo reclamo a mi nieto. ¡Qué es la vida sino una serie de reclamaciones! y dicho y hecho: llamé a mi esposo y sentada junto a él como niña mimosa, dije con imperio: ¡Quiero ver! y vi... Me quedé como extática, mirando al fondo del salón donde nos hallábamos, y vi que se desarrollaba en torno mío una envolvente nebulosa, que yo iba rompiendo cada vez que una nube quería estrechar el círculo en que me encontraba, y con tanta energía iba yo rasgando velos y brumas, diciendo:

-Quiero ver a mi nieto, quiero vera mi Ebraín, al amado de mi corazón, ¡al encanto de mi vida! quiero ver la realidad por horrible que ésta sea; y vi a lo lejos un punto habitado que creí reconocer; me fui acercando y vi una gran ciudad, un poblado inmenso fortificado por graníticas murallas, por sombrías fortalezas, por torres gigantescas que les preguntaban a las nubes los secretos de la creación; fuera de las murallas había campos fértiles cruzados por arroyos cristalinos y en las márgenes de los arroyos había mucha gente que reposaba a la sombra de árboles floridos y hablaban todos a la vez; quise escuchar y me fue fácil oír; los unos hablaban de *buenas doctrinas* que practicaban unos hombres que venían de lejanas tierras; los otros se mofaban y se reían y decían que todo era una farsa, que los embaucadores pronto serían juzgados, que el tribunal se reuniría en la plaza para que todos oyeran la sentencia.

¡Ay! dije entre mí, entre esos condenados estará mi nieto, mi amado Ebraín, ahora más que nunca quiero verle, y con la fuerza de mi voluntad entré en la ciudad y me interné por sus calles hasta llegar a una plaza grandísima, de una extensión inmensa, rodeada de grandiosos edificios con escalinatas de mármol y esbeltas columnas de jaspe y estatuas de alabastro y cuanto bello encierra el arte en sus aplicaciones arquitectónicas y escultóricas. ¡Que plaza aquella! parecía que allí se habían dado cita todas las maravillas del mundo y todas habían acudido llamadas por el arte y la belleza.

Una masa compacta la llenaba en toda su extensión; sólo en el centro había un ancho círculo que custodiaban hombres de armas, porque en él se alzaba un estrado tapizado de púrpura donde debían subir los jueces para juzgar a *los perturbadores del pueblo;* entre aquellos *perturbadores* estaba mi Ebraín, aquel niño raquítico que pasó su infancia entre la vida y la muerte. ¡Ay! ¿por qué me hice cómplice de su desarrollo? quise enmendar la plana a la naturaleza, y, ¡qué caro pagaba mi osadía!

Mientras más miraba la plaza más me persuadía que no era aquella la primera vez que yo entraba en ella; traté de colocarme en el mejor sitio y vi muchos hombres de armas que rodeaban a unos cuantos hombres jóvenes y hermosos, entre todos sobresalía mi Ebraín, no precisamente por su estatura, sino por su belleza, por su cabeza verdaderamente artística, por sus ojos de iluminado, por la dulce sonrisa que entreabría sus labios, por algo que no tiene nombre pero que le hacía superior a los demás; y tanto es así, que sus compañeros, quizá sin darse cuenta, le concedían tal superioridad que ninguno iba a su lado, todos le seguían a él, sólo avanzaba tranquilo y sereno, mirando a la muchedumbre y a los sacerdotes que en el estrado le esperaba para juzgarle.

Ante sus jueces se detuvieron los acusados y un sacerdote preguntó a mi Ebraín por qué predicaba un nuevo credo. La frente de mi nieto se nubló y yo

reuniendo todas mis fuerzas me acerqué a él, y mi espíritu invisible para la multitud le abrazó cariñosamente, le envolvió con el fluido de su amor, y entonces mi nieto, como si despertara de un penoso letargo, se irguió con majestad y habló admirablemente; habló mucho de Dios pero ¡qué conceptos tan sublimes! su elocuencia era verdaderamente arrebatadora, hasta los sacerdotes a pesar suyo le escuchaban absortos y se miraban entre sí comunicándose su asombro y su admiración; cuando mi Ebraín hablaba, tenía tal resonancia su voz, que en toda la plaza se oían sus palabras, reinando tal silencio en la multitud, que una bandada de palomas que cruzó el espacio, se percibió perfectamente el leve ruido que produjeron sus alas al perderse en la inmensidad. Hablaba la verdad y la verdad se impone siempre.

Después de mi nieto hablaron sus compañeros, y uno de ellos, tanto quiso decir, se emocionó de tal manera, que cayó como herido del rayo, y ante aquel incidente inesperado, el tribunal no dictó sentencia y mandó retirar a los presos.

Yo los seguí y los vi entrar en una fortaleza; los encerraron a cada uno de su calabozo y yo entré en el de Ebraín, ¡pobre hijo mío...! ¡cómo pensaba en mí! ¡qué poco sabía él que mi espíritu le abrazaba y le daba aliento para luchar! abrazada a él, grité:

-¡Dios mío! quiero libertar a mi nieto, me lo disteis para mí, ¡es mío! ¡Dios mío! necesito fuerzas, dádmelas como me las disteis otras veces. Yo os quiero, yo os amo, yo nunca os olvido, auxiliadme para prestar auxilio a los míos; ¡piedad, piedad para Ebraín! ¡piedad para mí! Mi nieto se quedó dormido sonriendo como deben sonreír los ángeles y yo salí de la prisión impulsada por una fuerza superior, se dilató la atmósfera que me envolvía, y vi a muchos seres queridos que me saludaban amorosamente, otros espíritus ni me miraban siquiera, seguían su camino, y yo, dirigiéndome a todos aquellos que me querían escuchar les decía: ¡Quiero ser grande! y tú ¡alma de mi alma, alma que vea sin ver, que te llevo conmigo, que estás en mi como estoy en ti, que eres mi Dios! escucha mi ruego: ¡¡¡Quiero ser grande...!!! Resonó mi voz y la repitió el eco; las legiones de espíritus desaparecieron y me encontré sola, y vi lejos, muy lejos, campos hermosísimos, pléyades de jóvenes bellísimas recogían flores y formaban ramos artísticos que entregaban a muchos sabios que a corta distancia de ellas rodeaban a un hombre hermoso que todos aclamaban era una figura majestuosa, que sonreía con la bondad inefable y que para todos tenía una frase cariñosa. ¡Cuánto decía la frente de aquel hombre! su menor palabra era escuchada con avidez por sus jóvenes discípulos que se disputaban el estar a su lado para respirar su aliento; aquella juventud estudiosa no le quería como a un sabio, le adoraba como a un Dios; de pronto, una mujer joven y bella se abrió paso entre ellos y acercándose al sabio con ademán triunfante dejó sobre sus sienes una corona de laurel y rosas blancas; yo al ver a aquella mujer lancé un grito horrible y quise abalanzarme a ella; ¡qué fea me pareció! y eso que era muy hermosa me detuvo porque oí la voz de aquel hombre que le decía:

-Por si algún día eres cruel para mí, y envenenas mi existencia *¡¡yo te perdono!!*

Al oír aquellas palabras quise decir a aquella mujer: ¡¡maldita seas...!! pero rayos de sol me detuvieron, y quedé rodeada de múltiples *arco iris* y oí de nuevo la

voz de aquel hombre que me decía:

-Si, *yo te perdono,* ¿por qué te empeñas en maldecir...?

Se fueron estrechando los anillos luminosos y después... después desperté y me encontré rodeada de mi familia que lloraba en tomo mío; mi esposo parecía un cadáver, creyó que mi espíritu se había ido para no volver, tantas horas estuve como muerta sin dar la menor señal de vida, y como él era el que me había aconsejado que mirara al infinito, su desconsuelo era mayor todavía que el de los demás, porque se creía causa inocente de mi muerte; cuando vi aquel dolor tan verdadero, me alegré de haber muerto algunas horas para resucitar en la gloria, porque ser amada como yo lo fui en aquella existencia, es vivir en los cielos, gozando de las bienaventuranzas eternas.

CAPÍTULO XXX

Transcurrió el tiempo y llegaron noticias ciertas sobre el paradero de mi nieto y de sus compañeros, sentenciados todos a muerte por difundir la luz de la verdad, por decir que no había más que "un solo Dios y un solo bien." Los padres de mi nieto, de mi hermoso Ebraín, del amado de mi corazón, se impresionaron tan profundamente, se despertaron de tal modo, que cayeron enfermos con tanta gravedad, que los médicos dudaron de poderlos salvar. ¡Pobres padres! ¡cuánto lloraron! ¡cuánto lamentaron que su Ebraín hubiese salido de su estado de raquitismo y endebles!: mi esposo estaba aterrado, me miraba con tanto desconsuelo que me inspiraba inmensa compasión y toda la familia llegó al extremo de la consternación. Yo por mi parte no sabía lo que me pasaba, porque eran múltiples mis dolores: quería a mi Ebraín más que a todos los seres que me rodeaban, le amaba con delirio, y como él era también superior a los demás, se hacía querer; ¿qué digo yo querer? se hacía adorar, por eso tanto trabajé para que se robusteciera y se desarrollara, porque quería que tuviera todas las perfecciones. Mas ¡ay! que con mi amor le había conducido a la muerte; toda aquella tragedia ¡era obra mía! Si hubiera permanecido raquítico Ebraín, no se hubiera lanzado a la lucha de la propaganda; y aunque mi familia ignoraba la parte que yo había tomado en su crecimiento y desarrollo, sabía muy bien que me miraban con enojo y prevención: y era que el enojo y la prevención los llevaba yo en mi espíritu, porque sentía el tormento de la duda, y la duda engendrada el remordimiento. ¿Había hecho bien despertando en mi Ebraín su amor a un solo Dios? ¿había cumplido con mi deber, desarrollando y educando a un gran propagandista de la verdad? ¿qué pesaba más en la balanza de la vida, una familia numerosísima que le adoraba, y que creía morir al perderle, o la humanidad embrutecida y fanatizada, que necesitara mártires para despertar de su penoso letargo? El amor universal me hacía inclinar el platillo de la balanza que contenía el embrutecimiento y la ignorancia de la humanidad, y el amor íntimo, el amor egoísta, el amor que lo quiere todo para sí, ese me acusaba cruelmente y me hacía sentir los horrores del remordimiento.

¿Qué lucha tan terrible sostuvo mi alma? Un espíritu que a si mismo se hace el pro y el contra, es un condenado del infierno, ¡cuánto sufrí entonces...! Sólo uno de mis nietos comprendía mi tortura, y sin decirme nada sobre la batalla que sostenía mi espíritu, mirándome fijamente me decía:

-Desengáñate abuelita, los héroes nacen, no se hacen, no; mira yo tengo un

plan admirable para salvarlos a todos, pero... no me atrevo a resolver nada, y estoy tan convencido como Ebraín de que no hay más que un solo *Dios* como no hay más que *un solo bien.*

Mucho me consolaban las palabras de mi nieto, caían como bálsamo bendito sobre mi triturado corazón, porque al mismo tiempo, en el fondo de mi conciencia, allá lejos, muy lejos, sin querer yo alegrarme, sentía una satisfacción inmensa de dar a mi Dios lo que yo más amaba en la tierra. Yo creía necesario el sacrificio para que la redención de la humanidad fuera un hecho; sobre mis afectos terrenales, sobre el amor de mi numerosa familia, había en el fondo de mi alma otro amor más grande, más puro, más inmenso, mi amor al hombre-Dios; en mis sueños, en mis arrobamientos, en mis éxtasis, yo vivía de otra vida, confusos recuerdos se agitaban en mi mente, y al volver a la vida real, quedaban en mi imaginación imborrables vestigios del ayer, por eso eran tan encontrados mis pensamientos, porque mi espíritu servía a dos causas distintas a la vez. Hablando de un solo Dios, refiriendo el martirio del que vino a redimir al mundo, servía a la causa de mi redención, al amor de mis amores, al ser a quien yo estaba unida desde la noche de los siglos, al que yo amaba porque tenía necesidad de amarle, porque su generosidad me encadenaba a El, y creándome una familia dulce y armónica, dando a sus miembros una parte de mi ser, dividiéndome por ellos, asegurando su felicidad con mis desvelos, con mis atenciones, con mis delirios, también servía a la causa del progreso formando una familia modelo y en medio de aquel amor, de aquella armonía, de aquellos goces purísimos, yo misma arrojaba el fantasma de un muerto adorado, al que yo había ayudado a crecer y había mecido su cuna entonando mis himnos a Dios. No; no es posible transmitir al papel mis sentimientos, hay luchas en la vida que no tiene explicación.

El dolor se enseñoreó de mi hogar, mi esposo se abrazaba a mí y lloraba como un niño, diciéndome:

-Por Dios, ¡no te vayas tú también! ¡no me dejes! ¡no me dejes! yo te necesito para morir tranquilo.

Mis hijos y mis nietos parecían sombras, nadie hablaba en la casa; una tarde salí sola, me escapé y me fui al campo, a unos sembrados que pertenecían a uno de mis hijos. ¡Qué triste lo encontré todo! hasta las plantas parecían que estaban de duelo, porque se inclinaban mustias y ajadas, el cielo se cubrió de nubes y todo parecía que lloraba en torno mío, y era porque yo todo lo miraba a través de mis lágrimas; me senté sobre una piedra y como si me ayudaran a caer, me fui resbalando y me desmayé sin sentir la menor fatiga, ¿cuánto tiempo estuve allí? mucho, según medida de la tierra, y únicamente el necesario para ver lo que vi.

Mi espíritu ansioso de ver, deseando saber la verdad con todos sus detalles, se fue al lugar donde debía derramarse sangre inocente por la intolerancia y el orgullo de los grandes; llegué a la misma ciudad donde los había visto anteriormente, busqué a los sentenciados y no los encontré, quise preguntar y nadie hablaba de ellos; triste, y desconsolada abandoné la ciudad y me quedé sin saber dónde dirigirme, elevé entonces mis ruegos a Dios, y pedí con tanto dolor, que sentí como si el viento se encargara de transportarme en sus alas; porque inmediatamente contemplé otra gran ciudad, dominé sus torres y vi el hormiguero de sus casas y de sus palacios, quise bajar al fondo de aquel abismo de pasiones, (pues no otra cosa

son las grandes ciudades) y oí una voz que me decía:

-Será muy amargo lo que verás.

-No importa, repliqué, quiero ver a Ebraín; y descendí muy hondo, me encontré en una extensa llanura invadida por numerosos grupos que se iban aumentando hasta que formaron una masa compacta. Todos hablaban a la vez; ¡qué confusión! ¡qué ruido...! sonaron trompetas, parecía que anunciaban la muerte, aparecieron muchos hombres de armas, unos a pie y otros a caballo, y todos rodeaban a los sentenciados que caminaban lentamente; al primero que vi fue a mi nieto, a mi Ebraín, al amado de mi corazón, tan hermoso y tan arrogante como siempre, llevando en sus grandes ojos los resplandores de los cielos; le seguían sus compañeros y otros acusados entre los que figuraban mujeres y niños. ¡Pobrecitos! ¡todos iban a morir...! ¡Cuántas víctimas! ¡cuánta sangre inocente derramada por las absurdas religiones!

En medio de aquel campo se levantaba un tablado cubierto con paños negros, en él estaban los jueces y ante ellos se detuvieron los acusados, que escucharon en silencio la lectura de la sentencia, por la cual los más *culpables* morirían inmediatamente. Mi Ebraín fue el primero que se arrodilló apoyando su hermosa cabeza sobre una especie, de tajo y sobre aquellos caballos que habían sido mi encanto, cayó una masa de hierro que aplastó por completo el cráneo que había encerrado tan sublimes pensamientos. Olas de sangre brotaron de aquella cabeza triturada, olas rojizas que se transformaban en rayos luminosos que esparcían brillantes fosforescencias, parecía la aplastada cabeza una catarata de luz; agua luminosa brotaba de ella, que esparcía una lluvia de oro, y entre aquellas fosforescencias vi a mi nieto que me decía:

-¡Abuelita mía! matan ahí el cuerpo, pero no el alma, y mi Ebraín se remontó alejándose del lugar del suplicio; yo le seguí y él volviéndose a mí, con la magia de sus ojos, con la ternura de su sonrisa, con sus brazos extendidos hacia mi cabeza, me llevo al punto donde estaba mi cuerpo dormido, y allí me dijo:

-¡Abuelita mía! no me llores, que estoy contigo como hace mucho tiempo, y no te abandonaré; recoge tu cuerpo que aun haces falta en la tierra; yo voy a despojarme de las miserias terrenas para seguir la obra comenzada. ¡Adiós, abuelita mía! ¡nunca te dejaré! ¡te debo tanto...!

Mi familia notando mi falta me buscó hasta encontrarme, y mi esposo, más apesadumbrado que nadie, me dijo al verme con los ojos abiertos:

-Por Dios ¡te pido no te mueras...!

Mi familia, pasada la terrible crisis de la muerte de Ebraín se fue tranquilizando, y al tranquilizarse volvió sus ojos a mí, y me devolvió con creces todas las caricias que me había rehusado en el paroxismo de su desesperación. Había también otra causa, como mi familia era muy notable, la muerte de Ebraín llamó muchísimo la atención, hombres doctos estudiaron las enseñanzas del hombre-Dios y se afiliaron a la nueva religión; el heroísmo de mi nieto sirvió de ejemplo, y lo que al pronto pareció una deshonra a mi familia, fue un poco más tarde un timbre de gloria, y aquella gloria venía de reflejar sobre mis blancos cabellos, porque yo era la primera que había roto los viejos moldes de la religión pagana, y a la que había instruido a mis nietos para que adoraran a un solo Dios. Muchas cosas se reunieron para que mis últimos días fueran, no días de felicidad, pero si de paz y

entrañable amor. Todos los míos se propusieron alargarme la vida, pero mi alma estaba muy triste, no podía resignarse con la ausencia de Ebraín, y en mis diálogos con las flores siempre les decía:

-He perdido una flor cuya esencia era mi vida.

Enfermó mi esposo de vejez, y como una luz que se apaga, así se acabó su tranquila existencia, teniendo mis manos entre las suyas, sonriéndose como un bienaventurado, diciéndome:

-Quiero esperarte en el espacio para ir contigo.

Alma hermosa, ajena a los rencores de la vida, no vivió más que para mí, yo fui su Dios, y él mi sombra protectora, mi defensa, mi apoyo, mi escudo, el esposo por mi soñado y no encontrando hasta entonces, el aliado fiel para sostenerme en mi empresa. Mucho bien le debí, aun le soy deudora de muchas horas de felicidad, ¡bendita sea el alma generosa que dio a mi espíritu tantas horas de plácido solaz!

Después de su muerte, me encontré muy sola; y durante algún tiempo tuve sueños de sangre y de horror; al despertarme me entristecía y decía a mis nietos: ¡Maldita tierra! la ponzoña de las religiones todo lo envenena, ¡hasta los sueños...!

Mis hijos y mis nietos me trataron tan bien, me miraron tanto, que llegué a mecer la cuna de mis biznietos, pequeños ángeles que no querían más cuna que mis brazos.

Entre mis nietos hubo algunos que siguieron la carrera de las armas, y uno de ellos, muy parecido a Ebraín, me decía muchas veces:

-¡Abuelita mía! triunfa el hombre-Dios, y la muerte de Ebraín no ha sido estéril, jóvenes de la nobleza han seguido sus gloriosas huellas, yo trabajo en el ejército y legiones enteras ya son mías, hasta el rey, abuelita mía, hasta el rey se viene a nuestro bando, y muchos sacerdotes también; lucharemos, pero venceremos. Si; si; venceréis (le decía yo); pero, ¡qué bueno sería el triunfo sin derramamiento de sangre! ser la humanidad una sola familia ¡con un solo Dios...! pero un Dios sin odios, sin castigos, sin cadalsos, sin ejércitos fratricidas, ¡qué hermoso sueño...!

Los ideales de mi Dios triunfaban, los dioses se hundían para no levantarse en mucho tiempo, y a pesar de mi vejez, me reanimaba y decía: No me importa vivir en este estado de inutilidad, si al morir oigo decir en torno mío que mi Dios es comprendido, y todos dicen que no hay más que "un solo Dios y un solo bien."

Por mucho que me cuidaban los míos, mi organismo se fue debilitando hasta el punto que los médicos me rodearon no sabiendo qué hacer conmigo, y yo les dije: La ciencia enseña que todo tiene su fin, mejor dicho, su transformación; me quedé dormida y todos creyeron que no despertaría, pero desperté para despedirme de mi familia, para recibir los besos de mis hijos, de mis nietos y de sus pequeños hijos; estos últimos invadieron mi lecho, todos querían ver y besar a la abuelita, para todos tuve una frase y una caricia diciéndoles en último término: Adiós, pensad en mí por la redención!

Acompañando a mi cadáver, fueron los aplausos y las censuras, unos celebraron mis actos, otros me acusaron por la muerte de Ebraín, y por el destierro de uno de mis hijos que mató a un calumniador de su madre, pero fueron más los amigos que los enemigos los que acudieron a mi entierro y fui sinceramente llorada por los míos; yo en tanto decía separándome de mi cuerpo: ¡Dios mío! ¿dónde están

mis espíritus queridos? no quiero estar sola, no; si he de volver con una cruz, dádmela pronto ¡Dios mío! ¡Dios de mi alma! ¡Dios de mi amor...! y corrí mucho huyendo de la soledad, hasta que me detuve en un punto para mi muy querido, ¡en la fuente...! todo allí estaba verde y hermoso, ¡las mismas enramadas! ¡las mismas piedras! ¡y el agua de la salud brotando de ellas! ¡allí estaba El, el alma de mis sueños, el hombre Dios!; al verme me dijo:

-Fuente de vida has encontrado aquí, y fuente de vida volverás a encontrar, ahora has venido a reparar, después vendrás a conquistar, y serás piedra de escándalo para los que quieran comerciar y engañar con mi religión.

CAPÍTULO XXXI

Antes de relatar mi nueva encamación, justo es, que me detenga haciendo algunas consideraciones.

Después de mi última impresión al pie de la fuente, donde vi al que era el alma de mi alma, el amor de mis amores, la hermosísima realidad de todos mis sueños, lo más bello, lo más grande, lo más sublime que yo había encontrado en la tierra; después de verle, después de escuchar sus palabras proféticas, sentí en todo mi ser un anonadamiento especial, anonadamiento no es la frase mejor empleada, pero los medios de que me valgo y la pobreza de vuestro lenguaje, no me permiten expresarme como yo quisiera. Me quedé satisfecha y esperanzada, y sin moverme-digámoslo así-: ¡cuánto anduve!, ¡cuánto!, vi en mi largo viaje mis múltiples encarnaciones en las cuales mi espíritu había ido desarrollando sus buenas y sus malas facultades, las últimas estaban en mayoría, sin faltarme por eso periodos históricos en los que había brillado por mi audacia, por mi arrojo, por mi temeridad y mi energía, y tanto se aficiona el espíritu a la lectura de su historia, que se siente una satisfacción inmensa volviendo a ver lugares y parajes en los cuales se ha luchado, se ha sufrido, y se ha fortalecido el alma con los reconstituyentes del dolor y con los bálsamos de la esperanza. Después, llega un momento en que el espíritu no puede avanzar más, encuentra un límite. ¿Cuál? un punto luminoso del espacio, donde parece que cortinajes gigantescos ocultan lo desconocido entre sus pliegues de fuego, y allí ante aquel escenario del infinito, se siente la eterna curiosidad; allí, a través de telones de transparente gasa se ven mundos rodando entre fuego, como ruedan las almas impulsadas por el divino fuego del amor.

¡Cuánto se ve Dios mío...! ¡cuánto se ve! ¡todo muere y todo renace! ¡todo pierde su forma para adquirirla más bella! ¡Qué sabio eres! ¡Dios mío! tú das el tiempo a los espíritus para su perfeccionamiento, y les concedes permanecer en el espacio para que lean detenidamente la historia de las humanidades y se convenzan que la cuenta de las existencias, es una liquidación eterna del alma.

En el espacio se aprende mucho y se estudia con aprovechamiento, siempre que el espíritu no se encuentra muy turbado por el recuerdo de sus crímenes, porque el crimen, es verdaderamente la realidad del infierno que pintan las religiones; el remordimiento es un fuego inextinguible, el perdón sincero de las víctimas no da al verdugo la tranquilidad perdida; la generosidad de los atormentados le hace ver más claro al culpable toda su bajeza, toda su ruindad y degradación. ¡Ay del criminal...!

Mucho se trabaja en el espacio cuando el espíritu quiere formarse un

cuerpo que le sirva de útil instrumento para sus buenos fines; después de este trabajo, el espíritu, para tomar aliento, para orientarse, busca a *aquel.* ¿Y quién es aquel? -diréis vosotros-, *Aquel,* es el motor de nuestro adelanto, el espíritu que nos dijo: ¡*levántate y anda!,* y se le busca con afán indecible antes de tomar nueva encamación, y a veces se le encuentra donde menos se espera y suele emplear mucho tiempo, y mucho trabajo en esa peregrinación, pero, ¡se goza tanto al encontrar a aquel.

Así como gozáis vosotros, cuando pensando en los seres ausentes contando los días y los minutos, decís "-¡Vendrá tal día! ¡le veré!, ¡le abrazaré!", y soñáis con los seres queridos, y hasta adiviná is el momento en que se dejarán caer en vuestros brazos, pues ese goce, para vosotros inmenso, es muy pequeño en comparación de la alegría sin límites que sientes los espíritus en el espacio, cuando se encuentran con sus amigos, con sus compañeros, con los campeones que los llevaron a la victoria o a la derrota, pero que los asociados a su obra y los hicieron participes de sus glorias o de sus fatigas.

¡Qué encuentros tan hermosos!; cuando se vislumbran los espíritus dentro de sus círculos lumínicos, de sus arcos luminosos, de belleza incomparable, indescriptible, arcos y círculos formados por la atmósfera que se forma cada espíritu, también hay espíritus rodeados de fuego, el fuego de la desesperación y del remordimiento, esos espíritus no sienten, no comprenden la compasión que inspiran; así me pasó a mí en la erraticidad, vi rodando a un espíritu en su inmensa desesperación, ¡era… Isaac!, ¡con cuánta angustia me fijé en él!, aquel desventurado no encontraba ni padre ni madre que le quisiera recibir para volver a la tierra, y transcurría el tiempo y aquel infeliz a cuantas puertas llamaba ninguna se abría para él, ¡nadie le quería!, ¡nadie...! hasta que en una noche de crápula aprovechó un momento de confusión y de locura y encarnó en una ramera, que maldijo su estado, al comprender que iba a ser madre, esperando el instante del alumbramiento para *deshacerse* de aquel enojoso estorbo, arrojando a un muladar al pobre niño pocos momentos después de nacer, ¡cuánta sombra...! ¡cuánta degradación!, ¡pobre Isaac!, ¡en qué estado tan horrible volvió al espacio...! Entonces le hablé, pero él no podía oírme, ¡imposible...! mediaba entre los dos una distancia inapreciable para los terrenales, pero si él no me oía, me oía yo misma, y eso me bastaba, y exclamé verdaderamente compadecida:

-¿Nadie te quiere?, pues quiero que conmigo vivas.

Y entonces me pareció que se abría el infinito para mí, escuché armonías de las que en la tierra no se tiene la menor idea, y oí voces tan dulces, tan amorosas, tan expresivas, que yo no sabía si había llegado para mí la hora bendita de entrar en el reino de los cielos.

No creáis que es tan fácil encontrar padre y madre, y yo empleé bastante tiempo en formar mi nuevo nido, miré detenidamente quiénes habían de ser mis adversarios para luchar, pero sin odios, y me propuse continuar mi historia, y tomar encamación para seguir propagando la moral más pura y más perfecta, haciendo brillar una nueva luz sobre las caducas religiones. Ahora me propongo, hermanos míos, hablaros de una encamación que tan mal se ha comprendido y tan mal de ella se ha hablado, que yo misma, con ser la protagonista, no encuentro el menor rasgo de mi personalidad en la historia que de mi se ha escrito, inexacta en absoluto. Ya

dijo uno de vuestros filósofos que *la historia mal escrita, es una gran conspiración contra la verdad,* y yo puedo asegurar que han conspirado contra mí, todos mis historiadores.

Después de maduro examen me preparé el camino, y no fue mi encarnación agradable. ¡Ah! no; cumplí con el deber que me había impuesto y nada más.

Tuve madre virtuosa y padre desgastado, tuve hermanos que algunos no brillaron por su sabiduría ni por sus buenas intenciones: mi padre tuvo dos mujeres, yo encarné en la segunda, así es, que ya encontré mi hogar lleno de familia. Por la misión que yo quería desempeñar elegí el suelo español, ahora puedo decir que vine a la tierra española, tierra de hidalgos y de soñadores, tierra de guerreros y de fanáticos, tierra de artistas y de frailes, tierra donde se arraiga lo más grande, lo más sublime, y lo más bajo y lo más perverso; donde hay toda la luz de una naturaleza espléndida, y toda la sombra del fanatismo religioso. Anteriormente no precisé nombres ni lugares porque como aún en la tierra no se aprecia el fondo de las cosas ni la idea que entrañan, y se juzga únicamente el valor de un relato por los nombres que en la relación se encuentran, por eso me abstuve de citar nombres y fechas que no hacían falta, para que el ramo de flores que yo presentaba esparciera su penetrante aroma; ahora, tratándose únicamente de mi, seré algo más explícita.

Cuando llegué a mi nuevo hogar; fui muy bien recibida, me quisieron mucho, especialmente mi madre, ésta, ¡ésta me idolatraba! ¡pobre madre mía! desde muy pequeñita, antes de balbucear ya quería que yo pronunciara el nombre de Dios, era una perfecta cristiana; religiosa sin gazmoñería, ella misma me enseñó a leer y a escribir. ¡Con qué alegría miré la primera pluma que me entregó! para mí fue el mejor tesoro, el juguete más preciado, mi espíritu adivinaba todo el valor que una pluma tiene en manos de una mujer.

Desde pequeñita leí con afán y mi vocecita infantil era el encanto de mi familia; en las veladas del invierno yo era la distracción de mis deudos, leía y recitaba poesías con gran sentimiento; y decía mi padre dirigiéndose hacia mí:

-Esta cabeza nos dará mucho que sentir. Y decía mi madre, besándome con ternura:

-No, no; esta cabeza nos dará mucho que gozar.

Mis hermanos me envidiaban, pero yo entonces no sufría, porque tenía los brazos de mi madre; ésta, volvió a ser madre, y se entristeció profundamente, diciéndome muchas veces:

-Sentiré morirme, porque ¡te dejo tan niña...!

Yo procuraba alentarla, pero la verdad es que tenía tristes presentimientos. Al fin dio a luz un niño muy bonito, pero yo al verlo sentí un horror inexplicable, que traté de dominar acariciándole, pero yo temblaba como si tuviera entre mis manos un reptil venenoso.

Mi madre vivió dos años más, y al fin murió como mueren los ángeles, como la calma del justo; mi madre fue una santa.

Su desaparición me tornó de niña a mujer, mi familia en el fondo no me quería, me envidiaba por mi despejo natural, por mi facilidad en el decir y en el aprender; sólo mi hermanito, mi pequeño Benjamín, era el que no podía vivir sin mi; continuamente se caía por salir a mi encuentro, se hería con frecuencia y al ver correr su sangre me decía el inocente:

-Cúrame, cúrame.

Y él mismo aplicaba mis manos sobre su herida seguro de curarse. Mi familia, como he dicho antes, no me quería, mis hermanos eran hipócritas, pero muy religiosos, muy devotos, pero en apariencia nada más, y mis pacientas que eran muchas y en buena posición, se encargaron de bastardear mis sentimientos despertando mis dormidas sensaciones; en apariencia, todo era santidad, pero en el fondo, ¡ah! en el fondo ¡cuánta perversidad!

A mí me gustaban las palabras halagüeñas, y como yo no era fea, me agradaba que me dijeran que era bonita, y mis parientas, conociendo mi flaco me llevaron a sitios muy recónditos, donde encontré hombres dedicados al servicio de Dios, que también me dijeron que era hermosa, pero aquel lenguaje galante no fue de mi agrado en aquellos lugares donde había imágenes en altares y en retablos. Yo no comprendía aquella falta de respeto ante efigies de Santas y Santos, y no faltó quien me dijera, que era justo satisfacer los deseos del organismo, con lo que yo no estaba conforme, porque yo nada impuro deseaba; creía firmemente que el tiempo mejor empleado era el que se empleaba orando. Yo cuando oraba, oraba de verdad; amaba a Dios sobre todas las cosas y después a mi hermanito, a mi Benjamín, quise quererlo y lo quise, "sin que por esto dejase de sentir algunas veces la mayor repulsión hacia él, pero cuando esto me acontecía, me postraba de hinojos y pedía a Dios sus efluvios de amor, y corría después a buscar a mi hermano para devolverle con creces las caricias que interiormente le negaba. Esta lucha me hacía llorar, y al ver mis lágrimas me decía Benjamín:

-No llores, cuando yo sea más grande-tenía entonces cuatro años-, nos iremos los dos al campo y allí viviremos mejor. Mira, aquí no te quieren, ni a mi tampoco.

El niño no se engañaba; mi familia, las mujeres en particular, no perdonaban medio ni ocasión para lanzarme al abismo de la prostitución encubierta, de aquella que se oculta bajo altas torres en lugares sombríos, donde se obliga a las mujeres a cometer actos impuros.

Aquella continua asechanza de la que yo me salvaba milagrosamente, me produjo inmensa tristeza, veía un abismo abierto a mis plantas, y huyendo de él, muchas veces me iba con Benjamín al campo y allí me decía él:

-¡Qué contento estoy a tu lado! ¡cuánto, cuánto te quiero!

Yo también le quería mucho, pero cuando me abrazaba sentía dos sensaciones distintas, atracción y repulsión a la vez.

Transcurrió algún tiempo y yo fui notando que me sitiaban por completo, que de una manera muy embozada se iban apoderando de todas mis horas, para no dejarme libertad ninguna; siempre había fiestas religiosas a que acudir, santos y santas que adornar y vestir, pláticas que escuchar, consejos que obedecer, y se puede decir que sólo las horas del descanso nocturno eran las que me dejaban para mis meditaciones.

Yo no veía nada, pero adivinaba que una sombra me perseguía, sombra que se agigantaba y que de un modo invisible me oprimía entre sus brazos, y ¿a quién volver mis ojos? mis hermanos eran cómplices con mis parientas y era inútil demandar auxilio a ellos; Benjamín era un niño, sólo mi padre era el único que podía escucharme, aunque tenía que luchar con su indiferencia y su egoísmo; era avaro

de su tranquilidad y por nada del mundo se hubiera malquistado con ningún prelado ni otra persona respetable por cuentos de una *chiquilla embustera, como* él me llamaba cuando yo le quería participar lo que veía en las dependencias de algunas iglesias; mas esto no fue un óbice para que yo me formalizara y me dijera a mí misma:" -Hablaré con mi padre quiera o no quiera, y tomaré una resolución"; y como yo pensaba en voz alta, me oyó Benjamín y arrojándose a mis brazos, me dijo sollozando:

-No pretendas irte sin mí, porque si me separan de ti, me tiraré (te lo juro), al precipicio más hondo.

¡Qué angustia sentí entonces! me pareció ver a un hombre horrible que tirándose desde lo alto de una montaña iba su cuerpo rebotando de peña en peña y a cada choque que daba lanzaba una estridente carcajada; estreché a Benjamín en mis brazos, y le dije:

-No, no; tú no puedes morir, y quiero que vivas para que adores a Dios como yo le adoro.

CAPÍTULO XXXII

Muchas fueron las dificultades que se crearon alrededor mío, hijas de las influencias religiosas que dominaban en aquella época: llegué a cumplir diez y ocho años y mi situación se fue haciendo muy difícil, por las condiciones de mi familia, por las galanterías de los unos y de los otros; en privado, especialmente, me repetían que era hermosa y que debía consagrarme a Dios; al mismo tiempo leía mucho, y las lecturas caballerescas y religiosas desorientaban mi alma y no sabía qué camino tomar; en tales apuros, Dios era mi paño de lágrimas, a El me dirigía pidiéndole apoyo, porque en los demás no lo encontraba; mi padre me quería a su modo, fríamente; mis hermanos no se tomaban el trabajo de quererme, sólo mi hermanito Benjamín era el que me quería, pero... ¡era tan niño! Los religiosos me demostraban mucho cariño, mucho, pero encontraba en ellos algo tan hondo... tan confuso, tan inexplicable, que a veces me exasperaban sus alardes de ternura, y me decía a mí misma: "-¿Qué quieren esos hombres?, me hablan de un cielo y yo no quisiera cielos entre sombras, no quiero antros, quiero campos, bosques, flores, montañas, fuentes, raudales copiosos brotando entre las peñas, quiero la esplendidez de la naturaleza; no creo que para ser buena sea preciso renunciar a la contemplación de la grandiosa obra del Creador."

Una noche, después de mis rezos, oí que me llamaban, yo estaba medio dormida y me desperté azorada, parecía que en mi cabeza había un archivo de pensamientos; me levanté, y maquinalmente cogí una pluma y escribí rápidamente rasgando hasta el papel, miré después y vi que había letras y frases; "¿Qué tengo yo?-exclamé-¿será "algún genio malo que me inspira?", y en aquel momento oí que me llamaban de nuevo y que me decían:

-Ten más templanza, ordena tus escritos.

Y entonces escribí mi primera poesía; era una plegaria a Dios, pequeñita, muy pequeñita, pero dulce y armónica; oí que me decían:

-Fírmala.

Y la Firmé emocionadísima, guardando mi primer escrito, como guarda el avaro su tesoro.

Al día siguiente, recordé de una manera embrionaria lo ocurrido, leí de nuevo la poesía y... ¡qué hermosa me pareció...! hablaba sola y decía: "¡Qué hermosa es...! pero... ¡no es mía...! y, sí que es mía, bien me dijeron que la firmara. Sí, sí; mía es." Y la copié cuidadosamente y me la guardé en el seno, contra mi pecho; era la primogénita de las hijas de mi pensamiento.

Pasaron muchos días y vino a verme una religiosa que tenía fama de virtuosa, y traía encargo de mi padre de encauzar mis ideas religiosas; la escuché atentamente y le dije:

-Obedeceré y complaceré a mi padre dedicándome al servicio de Dios, pero... mi padre quiere que yo sea religiosa como vosotras, que sois siervas sumisas de éste, o de aquel prelado, y yo he de ser religiosa, hablando, escribiendo, viajando, difundiendo la luz de la verdad, adorando a Dios con mis hechos y no con mis plegarias, con buenas obras, con sacrificios, con actos de firme abnegación, de verdadero desprendimiento de las pompas mundanas.

La religiosa me escuchó en silencio, y después con humildad me dijo, que tenía sobre todo que librarme de las tentaciones del genio del mal, a lo que yo le contesté:

-Mirad, el genio del mal, ¿sabéis lo que es?

-Es el demonio... y los diablos.

-Estáis en un error; esos diablos no existen, los diablos son nuestros vicios, y éstos no se combaten con *exorcismos* sino con virtudes, con heroicos sacrificios.

-La ley de la Santa Madre Iglesia manda creer en el diablo.

-Pues manda creer en un absurdo que la razón rechaza; el diablo es el vicio, y no son las plegarias de las vírgenes las que alejan al diablo, porque tras de las plegarias está el soborno, el engaño, el lazo, el crimen, la degradación más espantosa; no basta decir: "¡Señor!, ¡Señor...!", hay que llamarle con el alma, no con los labios.

La buena religiosa me escuchaba con la boca abierta; nunca había oído lenguaje semejante y tomando mi mano la estrechó entre las suyas, diciéndome con voz conmovida:

-Nunca se romperá nuestra amistad, te quiero y te admiro, te lo confieso; mas... tiemblo por ti, Dios quiera que no cierren tu boca, que no te cohíban, que te dejen avanzar por la senda de la luz; mas... temo por ti.

La buena religiosa y yo, quedamos muy amigas, y de aquella amistad di muchas gracias a Dios por la ayuda que me prestaba; tenía yo mucho miedo a la vida y necesitaba seres amigos en tomo mío; tanto me llegó a querer la buena religiosa, que llegué a ser su consejera y no hacía nada en su *casa de Oración* que no lo consultara conmigo; llegó un día quiso celebrar una gran fiesta, y yo le indiqué que el capellán que tenían era un pobre hombre y nada más, por consiguiente no era el más apropósito para ocupar la cátedra del Espíritu Santo; que yo conocía a un predicador eminente que daría con su fácil palabra mayor lucimiento a la fiesta. No fue aceptado mi consejo por temor de disgustar a su capellán; éste supo lo que yo había dicho y enojándose y resistiéndose porque yo dije la verdad, fue a encontrar a mi padre para decirle y asegurarle que yo tenía los diablos en el cuerpo, y que era necesario libertarme de tan crueles enemigos. Mi padre me llamó enseguida y me dijo:

-Tienes una precocidad admirable, eres lo que se llama una mujer de talento, pero tiene una gran falta, y es que te prodigas demasiado dando consejos.

Sostuvimos un animado diálogo y quedó decidido que yo sería religiosa por sentir verdadera vocación para luchar en campo abierto, defendiendo las sublimes verdades del cristianismo, que no me importaba alcanzar la palma del martirio, si conseguía arrancar de raíz la viciosidad que corroía a la religión del Crucificado.

Mi padre tembló ante mi martirio, y demostró deseos de verme casada y tranquila, en lugar de llevar tocas que me sirvieran de tormento; pero mi alma, verdaderamente religiosa, enamorada de sus creencias, no cejó en su empeño, y convine con mi padre en entrar en un convento muy pobre, donde las monjas carecían de bienes de fortuna, siendo muy ricas en virtudes, pues se dedicaban a cuidar enfermos sin la menor retribución.

Mi entrada en el convento fue un verdadero acontecimiento para la comunidad; la Superiora me recibió con los brazos abiertos, diciéndome:

-Ya sé que eres buena; aquí sólo se piensa en hacer el bien, creo que has tenido buena elección. Abracé a aquella santa mujer con toda la efusión de mi alma; fue el primer abrazo que di en ese mundo con intima, con inmensa satisfacción; aquella religiosa era la realidad de mis sueños.

Me iniciaron en sus sencillas prácticas, recorrí todo el convento y pregunté a la Superiora:

-¿Tenéis libros?

-¡Qué más libros que los libros del dolor! mi comunidad lee en los hechos de los enfermos, en los ayes de los moribundos.

-Tenéis razón, esa lectura es muy útil, pero yo quiero que tengáis libros.

-¿Cuáles?

-Los míos; los que yo escribiré; aquí dejaré mi archivo, diré en mis libros lo que es la verdadera religión.

Las monjas me escuchaban muy admiradas; una de ellas, de cuerpo débil y enfermizo, me miraba más que ninguna, y yo sin darme cuenta de lo que hacía, le puse mis manos en sus hombros y se estremeció violentamente, diciendo asustada:

-¡Ay...! ¿qué es lo que siento?

-¿Qué sentís? ¡fuerzas, vigor, aliento, que por mediación mía Dios os hará! ¡Cuánto se alegró la religiosa!, conseguí curarla con la imposición de mis manos. Cuando estuve enterada de todo, pedí a la Superiora salir a velar enfermos, y tanto me querían todas, que no querían que desempeñara tan rudo trabajo, pero yo insistí, y con otra compañera comencé mi meritoria tarea.

-No, no tiemblo, pero... y si yo cogiera la enfermedad, asquerosísima, una especie de lepra, unas llagas donde hormigueaban diminutos gusanos, que al moverse despedían un hedor insoportable. ¡Qué cuerpo el de aquella infeliz! ¡cuánta miseria...! ¡cuánto dolor! Me acerqué mucho y la pregunté:

-¿Es verdad que sufrís mucho?

La enferma exhaló un hondo gemido por toda contestación; aquel gemido me conmovió extraordinariamente y me dije a mí misma: ¡Si yo pudiera hacer algo por esta mujer!, probemos. Me acerqué más aún, y la miré fijamente, al principio la enferma parecía como que rehuía el mirarme, pero con tal fijeza la miré, que la infeliz me miró también y leí en sus ojos todos los anhelos, todas las súplicas de un

condenado a muerte; redoblé mi energía y rayos de luz debieron brotar de mis ojos, porque la enferma se sonreía y temblaba, al temblar ella, yo también temblé y sentí un calor sofocante, asfixiante, después una dolorosa picazón en las manos; al sentir aquellos síntomas tan alarmantes, pensé: ¿Si me habré contagiado?, y oí una voz que me dijo:

-Cobarde, ¿apenas comienzas, y ya tiemblas?

-No, no tiemblo, pero... y si yo cogiera la enfermedad ¿me dejaríais sola? Nadie me contestó, y yo seguí velando y curando a la enferma. Cuando llegué al convento me bañé, hice uso de la mayor limpieza, pero la fiebre me dominó, tuve sueños horribles y comencé a sentir agudos dolores; la Superiora se disgustó muchísimo, vino mi padre acompañado de varios médicos y todos aseguraron que aquella infeliz me había pegado su horrible enfermedad; me llevaron a mi casa, y en ella pasé mi larga y penosa dolencia; durante mis horas de reposo oía voces que me decían: "Los temerarios pagan cara su temeridad"; y otras voces más dulces murmuraban en mis oídos: "Los verdaderos religiosos deben cumplir con su deber; has casi curado a aquella infeliz y te bendice". Al oír esto, ¡qué alegría sentí...! me pareció que el cielo me abría sus puertas y que veía a mi madre que salía a mi encuentro. Al fin me puse buena y quise volver al convento; mi padre se opuso a que volviera, y para hacerme cambiar de propósito, me hizo ir a un templo para que hablara con un sacerdote, tan bueno como sabio; era un hombre simpático, agradable, y en nombre de mi padre me hizo presente todos los peligros a que me exponía, mas yo insistí en querer ser útil a los que sufrían; me preguntó si tenía confesor fijo,

-Sí, que le tengo-y le dije su nombre.

-¿Te confiesas tú con él, o él se confiesa contigo?

-De todo hay, yo le cuento mis penas, y él me cuenta las suyas, por eso me confieso con él, porque somos dos buenos amigos.

-¿Quieres que yo sea tu consultor?, puedes hacer mucho si estás bien dirigida.

-¿Queréis haceros dueño de mis pensamientos?

-No; quiero ordenar tu existencia.

-Agradezco vuestra buena voluntad, consultaré con vos mis escritos porque sois un sabio; pero mi voluntad íntima, los anhelos de mi alma, los sueños de mi espíritu, sólo a Dios los confesaré, éste es mi verdadero confesor, a El se lo digo todo, para El no tengo secretos, y Dios es tan bueno para mí, que me llama por mi nombre, y me consuela, y me alienta, y me guía por la senda del amor y del sacrificio por mis semejantes.

-Pues ese confesor que tú tienes, es el genio del mal, es el diablo.

-Mentís; ¿dónde está el diablo?, ¿dónde sus obras?, no existe.

-Pues yo soy quien entiendo del diablo, y tendré que emplear contigo los medios de que se vale la iglesia para librarte de la posesión infernal ¡¡¡estás poseída!!! el diablo se ha apoderado de ti.

-Pues si yo tengo el diablo y vos creéis que tenéis a Dios, a ver quién vence a quién. Como decís mentira, como faltáis a la verdad divina, como desconocéis a Dios, no quiero que habléis.

Y el sacerdote quedó sin voz, abrió la boca y no articuló un sonido, se quiso

levantar de su ancho sillón, y no pudo, revelando sus ojos el enojo y el asombro más profundo; yo entonces le dije:

-¿Os persuadís que no es el diablo quien va conmigo? vos sois el que tenéis el diablo del orgullo de la sabiduría, que negáis lo que no comprendéis. Dios es único en su poder, todo es obra suya, y el diablo sería la negación de su omnipotencia. Yo os daré mis escritos, porque sabéis en esto más que yo; y ahora seamos dos buenos amigos, resuene vuestra voz para prodigar consuelos, muévase vuestro cuerpo para ir en pos del desvalido.

Y poniendo mi diestra en su hombro, el sacerdote se levantó mirándome con verdadera estupefacción. Yo le repetí:

-Quiero que seamos dos buenos amigos, necesito de vos para levantar a gran altura la religión del Crucificado. El sacerdote me tendió su diestra diciéndome con tristeza:

No te odio, me has hecho un juego que no comprendo, serás perseguida, serás calumniada, serás piedra de escándalo, sin ser culpable; siempre que te suceda algo extraordinario, acuérdate de mí.

CAPÍTULO XXXIII

Después de haber terminado aquella conferencia, cuando me vi sola en mi hogar, tuve miedo a la vida, temblé ante mi porvenir y lloré amargamente como nunca había llorado en mis anteriores existencias; y es que nunca había sido tan osada, nunca le había dicho a un padre de la iglesia que mentía, me asombraba mi arrojo, me espantaba mi audacia; un padre de la iglesia en aquella época era un semi-Dios y atreverse a decirle: "Mide tus fuerzas conmigo", y vencerle después, era demasiada temeridad, era desafiar la ira sacerdotal, que es la peor de todas las iras, porque en las luchas de la vida, perdonan todos los enemigos más tarde o más temprano, pero un enemigo tonsurado, no perdona jamás; y no perdona jamás, porque no está educado su sentimiento, porque no han ablandado la tirantez de sus fibras, los gemidos de sus hijos enfermos, porque no han llorado ante una cuna vacía, porque no han sostenido el tardo paso de su padre paralítico; separados del santuario de su hogar se ha endurecido su corazón, y no se le puede pedir a la roca la impresionabilidad de la sensitiva; cada cual da el fruto apropiado a las condiciones en que vive, al medio ambiente en que se desarrolla su existencia: por eso yo temblaba recordando al sabio y orgulloso sacerdote, cuando le dije: "Pues si yo tengo al diablo y vos creéis mentira, como faltáis a la verdad divina, como desconocéis a Dios, no quiero que habléis." Y el sacerdote quedó sin voz, abrió la boca y no articuló un sonido, se quiso levantar y no pudo... su enojo fue igual a su asombro. ¡Ay! no estaba perdida para siempre, después de aquel alarde de extraordinaria fuerza, reconocía mi flaqueza física, mi impotencia y lloré... lloré como nunca, que el llanto es el único consuelo de los débiles. ¿Quién era yo? una mujer, casi niña, sola en la tierra, porque mi familia no hacía caso de mí, me miraban como a una loca pacífica; mis nobles aspiraciones, como no las comprendían, no merecían mas que burlonas sonrisas, y yo tan débil, tan insignificante me había puesto frente a frente de una lumbrera de la iglesia católica. ¿Quién me había dado fuerzas para hacer lo que hice con aquel sacerdote...? ¿Si estaría loca en realidad...? y mientras más lloraba, más justificado creía mi llanto. ¡Cuánto sufrí! ¡cuánto! mi

anterior enfermedad, con ser tan horrible como fue, no me causó tanto estrago como aquella crisis violentísima que dejó mi cuerpo poco menos que paralizado, porque aunque mis miembros no perdieron su natural movimiento, lo que es sostenerme en pie era imposible. Tendida en mi lecho o reclinada sobre mullidos almohadones podía estar tranquila, pero al tratar de levantarme se doblegaba mi cuerpo como se doblegan los débiles arbustos al empuje del vendaval; y lo que más me entristecía, era que todos los días al despertarme veía claramente la sombra del sacerdote ofendido, el que mirándome con enojo me decía con aspereza:

"-¡Me has vencido! ¡eres una atrevida! tu audacia no tiene nombre. ¡Ay de ti...!"

Estas aspiraciones y estas audiciones, ¡cuánto daño me hacían...! mi médico me desesperaba y le decía a mi padre:

-El alma de esta *niña-mujer* lucha demasiado, no hay lesión orgánica ninguna, ninguna absolutamente, pero su cuerpo cada día se debilita más.

El médico decía la verdad, cada día me sentía más débil, la única ventaja que tenía, que dormía mucho, siempre estaba dispuesta a dormir y a orar, oraba mucho, pero mi oración no me alentaba, ¿qué es orar sin sentir? Cuando la oración no resuena en el alma, no es oración, y yo estaba insensible a toda sensación que no fuera el miedo, y el miedo más temible, el miedo a mí misma. Tenía miedo de ofender si hablaba con alguien, así es que no quería ver a nadie y me pasaba días y días sola en mi aposento con los ojos cerrados y las manos juntas, sin saber yo misma si estaba despierta o dormida.

En tan triste estado pasé mucho tiempo, muchísimo, y un día cuando estaba más tranquila, sentí abrir la puerta de mi aposento y apareció en cuerpo y alma el sabio sacerdote a quien yo había humillado, quise salir a su encuentro y pedirle perdón, pero... me quedé sentada, no sólo porque mi cuerpo se negaba a moverse, sino porque había *algo* en mí, que rechazaba aquel acto de humildad.

El sacerdote me miró y se quedó extático, y yo le dije:

-Acercaos y me daréis una prueba de que me habéis perdonado.

-¿Perdonado? ¿de qué?-dijo él con dulzura-; sólo te he recordado siempre para admirarte, y hoy vengo a verte, no para hablarte de nada enojoso; me has hecho pensar mucho y he leído mucho más, he leído toda nuestra historia filosófica, y no he podido explicarme lo que sucedió entre nosotros. No temas, no temas nada de mí, no quiero vengarme, quiero aprender, tu alma joven y entusiasta puede ser útil a nuestra religión.

Cada palabra del sacerdote era un martillazo que recibía mi cerebro, y al choque de aquellos golpes, mi ser despertaba y yo decía: ¡Qué hermoso es despertar!

El habló muy bien, era un sabio, un orador elocuentísimo, y mi ser se reanimaba escuchándole, cuando terminó me dijo:

-Ahora habla tú.

-Acercaos más-le dije-, estoy tan débil que apenas puedo hablar.

Se acercó y vi que estaba muy pálido, más que pálido, lívido, pero la expresión de su rostro me tranquilizó; no era la del hombre orgulloso y amenazador, muy al contrario, su semblante tenía un tinte amoroso y compasivo; al verle en aquel estado, me reanimé y le dije:

-Padre, durante mi larga enfermedad no me he confesado con nadie, tengo miedo a los sacerdotes, me parecen reptiles, ¿será esto en mí soberbia? yo no lo sé; clamo a Dios porque quiero ser útil, no me importa sufrir el martirio si puedo dejar implantada más pura y más hermosa nuestra santa religión. Hay momentos que creo que seré grande, y luego oigo carcajadas y voces que me dicen: "¿Quién eres tú, mentecata...?", reconozco entonces mi pequeñez, pero vuelvo a pensar en lo mismo; yo quiero que impere la verdadera religión, no esta religión pagana que hoy domina en la Tierra, borrando las huellas del Crucificado. Hay momentos que odio a mi familia porque ninguno de ellos me comprende y digo: "¡Dios mío!", ¿de qué me sirven mis deudos?" ¡Ay, Padre mío! ¿seré ingrata con mi familia y en particular con mi padre? ¿Dios castiga a los hijos ingratos...?

El sacerdote trató de tranquilizarme con sus dulces palabras, miró atentamente mi semblante demacrado y me dijo:

-No entienden tu enfermedad.

-Pues bien. Padre mío, con vuestra oración, podréis hacer mucho por mí. El sacerdote estaba confuso, no sabía decirme lo que le pasaba, nos quedamos tristes, no sabíamos entendemos.

-¿Qué resolvemos?-le dije.

-Que mucho hemos hablado-dijo él.

-¿Y no me consolaréis? yo quiero ser grande. ¿Cuál es vuestra resolución? El extendió su diestra sobre mi cabeza y dijo:

-¡Dios te bendiga! me voy enfermo.

Quedé sola, triste y turbada pensando en el sacerdote si se pondría enfermo. Vino mi médico y le conté la visita que habían tenido y los temores que abrigaba de que no me entendía mi enfermedad.

-Sí que la entiendo; tu alma está enferma y debilita tu cuerpo, y de ti depende reconstituirte; hay fuerzas en ti misma que sólo tú puedes utilizar.

-Entonces, quiero salir, quiero ver campos, flores, pájaros, fuentes, molinos, vida, en fin.

-No sé, no sé, son esos muchos antojos, pero ¿y sostenerse en pie?

-Vos me acompañaréis si mi padre lo consiente. El médico habló a mi padre, y éste muy conmovido entró en mi aposento y me dijo:

-Iremos al campo y allí oirás los cantos de las aves y contemplarás bellísimos paisajes.

-¿Y allí tendré con quien hablar?

-Tendrás todo lo que quieras, mi deseo es verte buena y feliz.

Salimos al campo, a una propiedad de mi madre, ¡qué hermoso lugar!, ¡cuántos pájaros!, ¡cuántas armonías! mi padre me dijo:

-Si esta casa te gusta, será tuya exclusivamente, aquí puedes hacer cuanto quieras.

Mucho le agradecí a mi padre su cariñosa oferta, no por lo valioso de la dádiva, sino por su deseo de complacerme. Traté de andar y... ¡qué alegría! después de tanto tiempo ya me sostenía de pie, no me quedaría paralítica; pasaron días, y apoyada en el brazo de mi médico, anduve muy despacito primero y más aprisa después; mi médico era un hombre muy amante de la ciencia médica, y siempre me hablaba de medicina, hacía estudios en mi rostro y me decía:

-No sé que leo en tus ojos, que unas veces comprendo en ellos que rechazas las medicinas que te doy, y otras me miras de un modo que me dices: "¡Cúrame...!", y yo te doy agua y aquella agua te es provechosa. ¡Qué lenguaje tan elocuente el de tus ojos!

Aquellas conversaciones me eran muy agradables; yo también hablaba y él me escuchaba muy atentamente cuando yo le decía:

-Los médicos y los sacerdotes son dos factores poderosísimos para la humanidad: el médico para mirar los cuerpos, el sacerdote para mirar las almas, pulsando su sentimiento; pero ni el médico ni el sacerdote cumplen su cometido; el sacerdote ora sin sentir y el médico da la medicina por rutina. Dos voluntades que quieran, son dos astros que iluminan las más densas tinieblas. La ciencia y la religión son las dos palancas del universo, si estuvieran unidas, la humanidad sería feliz.

Salía siempre con mi médico, y un día llegó el sabio sacerdote en ocasión de estar yo sentada al pie de un árbol frutal, esperando que el médico agitara las ramas cargadas de sabroso fruto para recoger alegremente aquel delicado manjar de la naturaleza. Al ver al sacerdote di un grito de alegría diciendo: "Se han realizado mis sueños... ¡bendito sea Dios!" y eran mis sueños entablar polémica y discutir con aquellos dos grandes hombres.

Al día siguiente los conduje a un sitio agreste donde el agua brotaba entre peñas y zarzas y flores, y allí les dije a mis acompañantes:

-¡Qué hermoso, qué grande es Dios!, esos árboles gigantes son la imagen de la humanidad buscando el porvenir.

Yo hablaba y ellos me escuchaban embelesados; les hablé de amor, de amor divino y de amor humano, de astronomía, de Dios, de los mundos, describiendo sus diversas rotaciones, de las almas luchando eternamente para salir de su pequeñez y llegar a ser grandes; hablé mucho sin sentir el menor cansancio y mientras más hablaba, más grato me era hablar, terminando mi discurso con estas palabras:

-No me importa sufrir el martirio si mi voz la repiten los ecos; millones de siglos, repitiendo: *No hay más que un solo Dios y un solo bien.* El estaba encantado y dijo:

-Es imposible, aquí no ha hablado la mujer, han hablado los genios, sois una máquina preciosa, que es preciso respetar y estudiar. Y el médico añadió:

-Siempre he creído que la inteligencia no tenía más extensión que la estatura del cuerpo, mejor dicho, que la cavidad del cerebro; pero oyendo a esta mujer, reconozco que la inteligencia es una luz que viene de otra parte, ¿de dónde?, no lo sé, pero la luz existe y sus destellos han llegado hasta nosotros por mediación de una *niña-mujer* a la que hay que concederle respeto y admiración. El sacerdote extendiendo su diestra exclamó:

-Juremos protegerla el médico y el sacerdote, seamos su brazo fuerte. Al escuchar aquellas palabras pensé en mi padre, y éste apareció, que había estado escuchando mi discurso detrás de unas ramas y se arrojó en mis brazos diciéndome muy conmovido:

-¡Hija mía!, por encima de todo piensa siempre en tu padre, quiero que vivas como quieras, tú eres algo superior a nosotros, ¡bendita seas...! El sacerdote

radiante de gozo dijo:

-Ya somos tres para protegerla, todo está muy mal en el sentido religioso, efecto de la mala instrucción que se da al pueblo y a la clase alta; en todas partes se ven diablos y genios del mal, y los clérigos son los primeros en sostener tales absurdos y en querer quemar a los innovadores que pretenden implantar otros ideales. Tenemos mucho que hacer. Y el médico replicó:

-Yo puedo hacer mucho estudiando en esta naturaleza, en esta *niña-mujer* cuyas fuerzas, bien aplicadas, serán muy útiles a la humanidad.

Hay momentos de placer que no se pueden describir; éramos cuatro voluntades unidas para el bien, yo sentía lo que nunca había sentido; ¡mi padre...! ¡el médico que curaba mi cuerpo! ¡el sacerdote que velaba por mi alma! tres personas distintas y una sola voluntad; y yo absorbiendo todos aquellos efluvios de amor y de admiración, ¡qué feliz era en aquellos instantes...! yo no sabía cómo demostrar mi alegría y mi gratitud; miré el manantial que brotaba espumoso y dije:

-Bebamos, bebamos el agua de este raudal, brindemos por nuestra alianza y después, todos unidos, trabajaremos en bien de la humanidad.

CAPÍTULO XXXIV

Las afecciones morales trascienden mucho al organismo humano, y si éstas son tristes y dolorosas, enferma el cuerpo o se aumenta su mal extraordinariamente; pero si por el contrario las impresiones que se reciben son halagüeñas, se aligera muchísimo el peso de la enfermedad, y esto me sucedió a mi después de la escena de los entusiasmos del sacerdote, del médico y de mi padre, *tres personas distintas y una sola voluntad,* tan favorable para mi, que me devolvió la vida, porque el amor se puede decir que es el único componente de cuanto existe. Me vi amada, y quise vivir, pero a pesar de mis vehementes deseos de curarme, tardé mucho tiempo en restablecerme, y eso que habitaba en un verdadero paraíso, porque aquel paraje reunía todas las bellezas y todas las comodidades apetecibles; tenía bosques muy cercanos, fuentes por doquiera, riachuelos, hondonadas, grutas deliciosísimas; en una de ellas establecí mi gabinete de estudio; la mayor parte del día lo pasaba en la gruta, cuya entrada era una bóveda de verde follaje, y allí, sentada en una piedra, reclinada sobre una tosca mesa escribía muchísimo, pero no siempre estaba contenta de mis escritos, porque yo quería conservar integra mi inteligencia y mi razón, y conocía que muchas veces, lo que yo escribía no era mío, y esto me disgustaba; quería ser yo la autora de todo, y tanto me enojaba a veces, que decía: "-No escribiré", y entonces mi cabeza era un volcán, pensaba cosas admirables y era tal la diversidad de mis pensamientos, que era el remedio casi peor que la enfermedad; y volvía a escribir para desalojar de mi mente la multiplicidad de ideas que hacían estallar mi cerebro, todas a cual más hermosas y más sublimes. Yo me encantaba, porque llevaba en mi mente un archivo de pensamientos asombrosos, y al mismo tiempo se unía a mi admiración un gran temor, temor que yo expresaba diciendo:"-Pero esto tan bueno, no puede ser mío, yo no he estudiado, yo no me he instruido, ¡Dios mío...! ¡Dios mío! ¡tened piedad de mí! ¿será el genio del mal quien me inspira? ¡Ah! Señor, ¡tened misericordia de mi...! Yo quiero hacer trabajos religiosos, sin lucha, sin oponer rudamente mi opinión a la de los otros." Mas era inútil mi ruego, porque había en mi mente una verdadera batalla; y una vez, llegué a

tanto, que parecía que mi cabeza se deshacía por el delirio; yo buscaba mis ideas, y éstas no podían tomar forma, porque otras muchas en tropel les tomaban la delantera, y en este estado verdaderamente aflictivo, oí una voz muy suave que me decía: "Escribe lo tuyo, no lo de otras figuras que como tú han luchado, han sufrido y han vencido. Escribe con mesura, con dulzura, con método." "¿Quién será el que me habla?", decía yo. Seguí escribiendo mucho y rompiendo mucho también; yo quería que mi inteligencia quedara libre y dueña de su voluntad y luché con tanta energía, que al fin vencí.

Vino a verme a mi retiro mi hermano Benjamín, quejándose amargamente de mi larga ausencia. "-¿Sabes-me dijo-, que aprendo mucho? quisiera ser como tú para hablar contigo y discutir." ¡Cuánto decían sus ojos!, pero yo sentía frío al escucharle, luchaba como siempre había luchado, entre una antipatía profunda y un deseo imperioso de vencerla; cuando estaba Benjamín a mi lado, me parecía que un reptil espantoso se enroscaba a mi cuerpo, y cuando estaba lejos de él, me recriminaba mi aversión y hacía firmes propósitos de enmienda. Como Benjamín tenía un entendimiento muy claro, conocía que yo luchaba con algo sin nombre y me decía con profunda amargura: "-No, no; no podemos estar juntos; en realidad creo que no me quieres, y si eso fuera, ¡oh! si eso fuera... ¡me mataría!"

Sus palabras siempre me hacían daño, pero cuando fue a verme a la casa de campo, mucho más, porque después de tan larga ausencia aquel reproche, merecido, ¡cuánto, cuánto me lastimó! ¡Matarse! ¡qué horror...!

-No, mi Benjamín-le dije-, yo te quiero muchísimo, no te mates, no, hijo mío, yo moriría de dolor. El me miraba y dudaba de todo.

-Bueno-dijo él-, quiero estar junto a ti algunos días, ya estás mejor y no te molestaré.

Y al decir esto, me abrazaba con verdadero delirio. Yo hice un esfuerzo sobrehumano y tomé parte en su contento, y Benjamín estaba loco de alegría; juntos recorrimos toda la finca, me enseñó lugares que yo nunca hubiera visitado, me hizo dar saludables paseos, y era muy agradable pasear en su compañía, porque cada lugar que visitábamos despertaba sus recuerdos de otros tiempos, y hablaba con pasmosa serenidad, de otros países donde había lugares parecidos al sitio donde nos encontrábamos. Después de hablar tan juiciosamente me abrazaba diciéndome:

-Juguemos, hermana mía, juguemos. Otras veces, si el paraje era muy agreste, si los árboles formaban capillas naturales con altas cúpulas de follaje, me decía: "-Aquí se está muy bien, aquí podemos orar", y miraba al suelo con tristeza.

-¿Qué tienes?-le decía yo.

-Que este lugar convida a la oración, y sin embargo, yo no puedo orar, ¡mira que es triste!, sólo soñando creo que es cuando oro; despierto, quiero... y no puedo, ¿porqué no sabré orar?

Una tarde estábamos hablando de nuestra próxima separación, por tener Benjamín que reanudar sus estudios; mirábamos los dos la puesta de sol que era bellísima como suelen serlo en el otoño, cuando se unen en estrecho abrazo las tristezas del invierno y los rojizos resplandores del verano.

-Mira-me decía Benjamín-, ¡qué hermoso se refleja en tu rostro el color de las nubes!, ¡qué hermosa estás, hermana mía! Y el niño se extasiaba mirándome y

yo le dije:

-¡Qué hermoso es Dios!, déjame algunos momentos, quiero escribir, ¡qué hermoso es Dios!

Fue la primera vez que por mí sola escribí; estaba inspiradísima pero era mi espíritu el que se elevaba, el que se engrandecía, el que se sublimaba, el que veía pasar legiones de guerreros, de mártires, de pequeñuelos huérfanos, de sabios eminentes, de pobres harapientos, de enfermos, de vírgenes, de matronas, la humanidad en todas sus edades y condiciones, y todos decían al pasar junto a mí:

"¡Qué hermoso es Dios!"

Mi hermano me decía: "-¿No concluyes?, ¡deseo tanto saberlo que escriben!" Al fin nos retiramos, y entonces los árboles me parecían sombras aterradoras que me perseguían sin piedad. Llegamos bajo techado y allí me dijo Benjamín con impaciencia: "-Lee, pronto, lee." Y leí, y mi pobre hermano lloró profundamente conmovido, cuando con vivísimos colores yo describía la locura del ateo; Benjamín lloraba con verdadero desconsuelo, pero luego se consoló, y se iluminó su semblante con las más dulce sonrisa, cuando le pinté las inefables dulzuras de la redención, cuando le hice comprender que la grandeza de Dios, vence todas las *terquedades* de los dementes, y hay que reconocer su omnipotencia en el monte y en el llanto, en el desierto y en la gran ciudad. ¡Con qué atención tan profunda me escuchaba Benjamín!, cómo se animaban sus ojos al oír que para Dios no había pecadores, no había más que hijos pródigos que, al volver a la casa de su padre, encontraban sitial junto a su mesa y brazos de amor donde reclinarse. Aquellas promesas de perdón y olvido, resonaban en los oídos de Benjamín como una música divina, ¡qué contento me abrazó!, y qué sorprendido estaba de mi saber, le maravillaba la fecundidad prodigiosa de mis pensamientos.

Se marchó mi hermano y le dije al partir:

-Nunca pienses que ya no te quiero.

-Quiero creerte-me dijo él con profunda tristeza-, necesito de esa consoladora certidumbre, sin ella... odio la vida, sin ella... reniego de haber nacido, sin ella... llegaría al crimen, porque odiaría a toda la humanidad.

Cuando se alejó, murmuré con espanto: "¡Pobre Benjamín!, ¡cuánto me quiere!, y yo... ¡Dios mío...! ¡¡yo no le quiero...!! que este horrible secreto de mi alma nunca salga a la superficie.

Me quedé triste, muy triste, porque ante lo incomprensible siempre se ha rebelado mi espíritu, y el amor de mi hermano y mi aversión hacia él, era un problema de tan difícil solución, que mi impotencia, mi falta de saber hasta me indignaba; para consolarme, escribí con verdadero ahínco, con incansable afán, siendo mi voluntad exclusiva la que dictaba. Cuando más embebida estaba en mis trabajos, me anunció mi padre la visita de uno de sus mejores amigos, amistad contraída muchos años antes por los padres de ambos, y seguida por los hijos con gran contentamiento de las dos familias; el amigo de mi padre era un hombre de mediana edad que nunca me fue simpático por su aire orgulloso y su desdeñosa mirada; nunca se fijó en mi durante mi niñez, mas yo si me fijé en él, y siempre creí ver en él un enemigo de la mujer instruida; así es, que cuando mi padre me nuncio muy contento su visita y me manifestó que pasaría con nosotros algunos días, lo sentí, oculté como era natural mi disgusto, y recibí al amigo de mi padre con las

atenciones que ordena la buena educación; pero como hay algo que las formas sociales no consiguen ocultar, como los ojos son los incorregibles indiscretos, él y yo, nos miramos y nuestros ojos ¡cuánto se dijeron!, pero nada satisfactorio, fue el *desdén* con el *desdén;* mi padre, por supuesto, poco ducho en el lenguaje de los ojos, nada comprendió de nuestro mudo diálogo, y muy contento, muy satisfecho, y muy complacido por disfrutar algunos días de la gratísima compañía de su amigo de la niñez, se deshacían en halagos y en lisonjas, que su huésped recibía como justo homenaje rendido a su talento, porque era tan cumplido caballero como excelente literato, hombre muy erudito, esclavo de la forma, eran sus escritos correctos, intachables, pero estaba orgulloso de su saber y el orgullo destruía el perfume de sus vastos conocimientos. Sabido es, que en los convites a la hora de los postres, satisfecho el cuerpo con nutritivos manjares, sirve de buen intermediario al espíritu para expresarse con facilidad y elocuencia, y el amigo de mi padre, al final de las comidas hacía gala de su perfecta oratoria; se habló de mis escritos, y él con irónica benevolencia, como si hablara con una chiquilla, me pidió que le mostrase algunos de mis escritos. Yo entonces, herida en mi amor propio, le dije: "-Sí, deseo leeros uno de mis trabajos, un pequeño poema que he titulado: "¡Qué grande es Dios...!" Se lo leí, y él escuchó en silencio; al terminar; viendo que él nada decía, le pregunté con impaciencia:

-Y bien, ¿qué os parece este canto de mi alma?

-Es simplemente un desahogo de la niñez, no tiene forma literaria.

-Pues yo le guardaré porque es canto mío, porque palpita en él mi amor a Dios, y mi admiración a todas sus obras, porque es la esencia de mi alma, consagrada en absoluto a Dios.

El literato, acostumbrado a ser considerado como un maestro, y escuchado como si fuera un oráculo, al ver que yo no seguía la conducta de los otros, me miró con malos ojos y no se recató de decirle a mi padre que yo no serviría para nada, ni para servir a Dios ni a los hombres; y francamente, con lealtad me declaró la guerra zahiriendo sin piedad mis aficiones literarias; era enemigo declarado de las literatas, para él la mujer no debía moverse en otro espacio que en la cocina y en la alcoba meciendo la cuna de sus hijos. Y no se crea que su aversión al adelanto de la mujer fuese efecto de sus convicciones religiosas, porque hablaba de religiones y de los religiosos sin piedad, considerando a las instituciones y a sus agregados como vergüenza y oprobio de los pueblos. Mi padre, que era cristiano rancio, se escandalizaba y sufría, y yo, harta de tantos insultos, le dije con severidad:

-Ciertamente que hay que corregir muchos vicios religiosos, pero también hay muchas vanidades que censurar y muchos sabios orgullosos que amordazar.

Hablé tanto, y con tal energía, que mi padre me escuchaba asombrado, en tanto que su amigo no podía ocultar su disgusto y su contrariedad, diciéndole al fin a mi padre:

-Esta muchacha nunca valdrá nada.

Yo me levanté y me retiré, diciendo que una mujer decente no podía permanecer en un lugar donde no se la consideraba como era debido. Mi padre, que era un niño grande, bueno y confiado, que sentía por su amigo una admiración que rayaba en culto y a mí me consideraba como a una niña caprichosa, aparte de mis dotes excepcionales, trató de reconciliamos, porque él había hecho venir a su amigo

con la suma intención de que me guiara en mis trabajos, y fuera para mi tan buen maestro, como había sido buen amigo para él; pero mi padre no contó con la vanidad del sabio, ni con el egoísmo del hombre; mi padre, aunque no era ilustrado, como yo era su hija, gozaba con mis triunfos; antes que hombre, era padre, y padre bueno y sencillo; en cambio, su amigo, era la personificación del orgullo y del egoísmo, de ese egoísmo de sabio, que no le importa vivir entre ciegos, siempre que él solo tenga el privilegio de saber mirar a las estrellas, y de saber medir los más hondos abismos; por eso, nuestra reconciliación era imposible, mucho más que los dos éramos leales, no sabíamos mentir; sus ojos me decían: *-No serás nunca nada.* Y yo le contestaba: *-Lo veremos.*

Mi padre, firme en sus trece, le pedía humildemente sus consejos, y él contestaba con el mayor desprecio: "-¿Qué quieres que te diga?, no sé por dónde empezar para corregir, porque créeme, lo que tu hija escribe no vale nada; con el tiempo, tal vez, estudiando mucho, sujetándose a los autores clásicos, lo que pierda su facilidad, ganará su buen decir." Y tratándose como si en realidad yo fuera una chiquilla, se despidió de mí, diciéndome con burlona sonrisa:

-Espero sus escritos.

-Se los mandaré-le dije con sequedad y nos despedimos harto descontentos el uno del otro.

Al quedarme sola, sentí angustia; las miserias humanas me hacían el mismo efecto que el lento ataque de los reptiles; pero era mi alma fuerte; el abatimiento era en mi pasajero, pensé en Dios, y dije: "Cuando se siente, *escribir es orar,* pues *oraré escribiendo,* y ya que dicen que escribo tan imperfectamente, estudiaré." Y estudié sin descanso retórica, poética, cuantos tratados encontré referentes al *buen decir;* mi padre me compró cuántos libros le pedí, el sacerdote y el médico me proporcionaron muchos más; el sacerdote se encargó de enseñarme el latín, y hacerme conocer las obras de los mejores latinos, yo quería escribir mucho y bien, sobre todo bien, yo siempre decía: "No quiero ser una *marisabidilla,* ni una *libérala fatua,* quiero ser una mujer instruida, a la cual se le respete como es, debido. No leí, devoré, y mientras más leía, más quería leer; como primer fruto de mis estudios, escribí un largo discurso sobre los tiempos religiosos, *su pasado, su presente y su porvenir;* se lo leí al sacerdote; y éste dijo:

-No hay ningún teólogo que lo haga igual, pero tú dices que los templos están llamados a desaparecer, y hablas de una religión sin altares y sin ritos, pero dejas... dejas un vacío.

-De intento lo he dejado-repliqué-, es para que mi contrario lo llene.

-No veo el fondo del escrito-dijo el sacerdote.

-Ya lo veréis cuando le conteste a mi adversario con mi réplica.

CAPÍTULO XXXV

Pasó algún tiempo, en el cual me dediqué a contemplar la instrucción que me hacía tanta falta; y tanto la completé, que mis maestros estaban asombrados de mis rápidos adelantos, y era que yo me había llegado a convencer que la instrucción es la piqueta que derriba todas las preocupaciones y todos los fanatismos, la que abre las puertas de todos los conocimientos útiles y provechosos. Mi afán era instruirme para que nadie me despreciara, quería valer por mis propios méritos, no

por la antigüedad de mi abolengo, pues era mi padre de las familias más nobles de su época, y la nobleza era en aquellos tiempos de gran estima, apreciándose más un amarillento pergamino, que centenares de alforjas llenas de escudos, pero mi espíritu, que se adelantaba a su siglo, no concedía ni a los pergaminos ni a los tesoros la mayor atención, creía que los unos y los otros debían ser fieles servidores del talento, de la ilustración, de la ciencia; por eso con incansable afán devoraba los libros, quería ser grande por mi misma, tenía intuición de lo que vale el espíritu conquistándose su gloria.

Ya casi no me acordaba del primer trabajo que envié al amigo de mi padre, al orgulloso literato, que tanto despreció mi canto a Dios, cuando recibí su contestación, que era un trabajo hermosísimo, tan correctamente escrito que no tenía la sombra de una falta, pero... aquellas frases tan bellas carecían de fondo, no contestaba ni a uno solo de mis argumentos, sus frases habían resbalado sobre mi escrito como el agua por el mármol pulimentado; no habían dejado la menor huella. Confieso ingenuamente que quedé satisfecha de mi misma, porque aquel sabio era pequeño ante mí, y contenta de mi triunfo, le contesté muy lacónicamente diciéndole:

Amigo mío: me decís que me contestáis y yo no encuentro la contestación, puesto que no descubrís la incógnita de mi trabajo; vuestra carta es una nave muy hermosa, pero sin velamen, de consiguiente, no puede ir a ninguna parte. Tengo el sentimiento de deciros que no me contestáis.

Y le dije a mi padre: "-Vuestro amigo no profundiza las cuestiones: sus escritos son como flores sin aroma."

Mi padre me escuchó con asombro, porque no podía creer, ni remotamente, que yo valiese más que su amigo para tratar cuestiones religiosas; desconfiaba de mis conocimientos, no le cegaba la pasión de padre, me creía inferior a lo que yo era en realidad. Yo, por mi parte, sin ser orgullosa, comprendía perfectamente, que, en asuntos teológicos, estaba en terreno firme; así es, que saboreé mi triunfo en mi gabinete de estudio, y escribí con más entusiasmo que nunca. Mis trabajos eran dulces, armoniosos; escribí un poema dedicado a un niño tullido, que cada estrofa era un ramillete de preciosos pensamientos, y cuando leía con más deleite mis composiciones, oía una vocecita que me decía: "-Goza en tus glorias, pero recuerda siempre, que cuando más se siente y más se sabe, más terrible es el desengaño y la caída."

Estos avisos turbaban mis inocentes goces, me preocupaban y decía: "-¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿hago mal en cantar mis impresiones?, ¿hago mal en preguntarle qué ha hecho ese niño tullido, y si para él será el reino de los cielos?"

Siempre canté al dolor y a la virtud, nunca a la dicha ni al placer. Un día vino mi padre temblando con un pliego en la mano, y me dijo con la mayor severidad:

-Tú produces disgustos donde quiera que te hallas, con tu amor propio tan excesivo, tú no tienes respeto a nadie, lee y aprende.

Y me entregó el pliego que lo leí sintiendo el mayor despecho, porque le decían a mi padre: "Tienes una hija que está loca, hace cantos a los pobres y se los lee, su trabajo hacer daño, porque rebela a los pobres contra los ricos, y para evitar escándalos, se han dado las órdenes convenientes para que la Iglesia se haga de nuevo cargo de ella y la encierre."

-¿Qué pensáis hacer?-dije a mi padre.

-No podemos estar así.

-Pues si se me encierra tendré que renunciar a todos mis cariños, no tengo vocación para ser religiosa, pero lo seré por complaceros. Ya soy literata, y seré religiosa, mas no como las otras, porque yo quiero la religión santa y pura, no pervertida por los abusos ni por el lucro.

Llegó el momento, y fui a buscar el estado de religiosa; tranquila y serena, pronuncié mis votos y le dije a mi padre:

-Soy ave que vuela, y aquí dentro... también volaré; dicen que yo sublevo a los pobres, y no es verdad, yo les hablo de Dios porque están necesitados de consuelo, de amor y de esperanza.

Me abrazó mi padre profundamente conmovido, sentía, aunque tarde, nuestra separación; volvió de nuevo y me dijo: "-Creo que voy a morir". Entonces le abracé y le pedí perdón por cuanto le había hecho sufrir. ¡Cuánto lloró mi padre...! diciéndome: "-Me das la vida, pero llevo la muerte en mi corazón".

Seguí viviendo muy vigilada; cuando escribía siempre estaba una monja a mi lado, tenía un confesor que diariamente me hacía confesar por la mañana, pintándome el infierno con los más vivos colores; y el infierno, creo yo que lo llevaba el sacerdote en su corazón, puesto que en su semblante ya se veían los destellos de la ira y de la crueldad. Por la tarde venía otro sacerdote que haría el papel de consejero en literatura, y era un pobre hombre que quería pasar por sabio y daba sueño oír sus soporíferos discursos. Las monjas, ¡pobrecillas!, eran un manso rebaño, ninguna sabía pensar, y sí únicamente obedecer. La Superiora me llamó un día y me dijo:

-Vuestro padre se está muriendo.

-¿Cuándo han traído el aviso?

-Hace algunos días.

-¿Y cómo no me lo habéis dicho?

-Porque las noticias mundanas aquí no despiertan interés alguno.

-Pues yo quiero ver a mi padre inmediatamente.

-Es que no podéis salir, aquí es primero el amor a Dios antes que al padre terrenal.

-Pues yo quiero salir al momento.

-Hay antes que consultarlo con la autoridad eclesiástica.

-Pues id a consultarlo. Y yo mientras hacían la consulta me impuse a la tornera y le dije:

-A las mujeres de mi clase no se les cierra el paso; mi nobleza me da derecho para romper la clausura y acudir a recibir el último suspiro de mi padre, abrid pronto, os lo mando.

Y la pobre mujer maquinalmente me dejó pasar, y yo salí como una flecha dirigiéndome a la casa de mis mayores. Encontré a mi padre moribundo, pero cuando me vio se reanimó muchísimo; le puse la diestra en la frente y le di unos pases magnéticos-como decís ahora-, le hablé con el mayor cariño, le consolé muchísimo, diciéndole para distraerle:

-¿Me queréis mucho, verdad?, pero os hubiera gustado más que yo hubiera sido hombre, para que vuestro noble apellido hubiese adquirido más honores, pero

aunque soy mujer, por desdicha mía, los adquirirá, yo os lo prometo, y no os muráis sin decirme que me queréis mucho; ¿no me contestáis? vuestro silencio me hace mucho daño.

-Es que me muero-y abriendo los brazos me dijo-: Si que te quiero, pero siempre me has causado espanto...

-No os apuréis por mí, honraré mi linaje, mi amor propio nadie lo humillará.

-Bueno, bueno, llama a tus hermanos, diles que vengan a recoger mi último suspiro.

Entraron mis hermanos. Yo me quedé a la cabecera y los demás rodearon el lecho del moribundo; éste, hizo un esfuerzo y trató de incorporarse, diciendo a sus hijos:

-Hijos míos: no abandonéis a vuestra hermana que será muy desgraciada, abrazaos los unos a los otros y miraos con amor.

El primero que me abrazó fue Benjamín, los demás nos dimos la mano con tal violencia que todos experimentamos la misma sensación que si hubiéramos tocado hierros cadentes; todos se retiraron al lado de mi padre, éste, entró de lleno en la agonía, que fue breve. Acerqué mi diestra a sus ojos y dije: "¡Dios mío! acógele en tu seno, que no ha sido malo, y si no ha sido más bueno, ha sido por dejadez, no por mala voluntad."

Entraron de nuevo mis hermanos y varios sacerdotes, a los que dije: "-Habéis llegado tarde, rogad por él"; y entonces-cosa extraña-, vi a mi padre por duplicado, el uno muerto, el otro en pie, sonriente, se acercó a mi y conocí que quería besarme, le presenté mi frente y me besó como nunca me había besado, murmurando:

"¡Adiós!" "¡Bendito seas, padre mío!" exclamé con exaltación, y abandoné la estancia mortuoria dejando a mis hermanos orando sin sentir, eran unos cuantos muertos que rezaban por un vivo.

Volví a mi encierro y allí oré pidiéndome a Dios misericordia, pues aunque mi padre no había sido nunca para mí un modelo de amor, sentí muchísimo su muerte, era uno menos; ya no tenía en la tierra quien me quisiera, y oí una voz que me decía:

"Vete con cuidado, modifica tu temperamento, que tienes que sufrir mucho, te creces demasiado. ¡Ay! de los vanidosos.

Estos avisos me eran muy provechosos, pero a pesar de todo pasé días muy tristes, ¡estaba tan sola en el mundo! Recordé a Benjamín y recriminé mi olvido para el pobre huérfano; le hice venir y vino, me encontró desmejoradísima porque en realidad había sufrido mucho. ¡Todo lo veía tan sombrío!, creí quedarme de nuevo paralítica, tal era mi postración, y le pedía a Dios clemencia diciéndole:

-¡Dios mío!, ¿es un crimen sentir y elevarme hasta ti? Dame mi cuerpo. Señor, quiero ser útil a los demás. Benjamín al verme me abrazó, diciendo:

-No te mueras hermana mía, que yo no podría vivir sin ti.

-No me asesines amenazándome con tu muerte.

-Es que sin ti yo no podría resistir el peso de la vida.

-¿Y qué piensas hacer cuando seas hombre?

-Quiero ser como tú, religioso. Le miré con tristeza y le dije:

-¿Y si te enamoras? Serías muy desgraciado. ¡Ah!, no, no; no quiero que

seas sacerdote.

-Seré lo que tú quieras.

-Pues serás hombre de armas, defenderás a tu patria y a tu rey, honrarás el nombre que has heredado, reconocerás el mundo, vivirás, hermano mío, vivirás, que no se vive dentro de los claustros. Ve y dile a mi médico que venga a verme, y al buen sacerdote que me sirvió de maestro.

A los dos vi al día siguiente; los dos me encontraron muy desfigurada, pero el médico desvaneció mis temores de quedarme paralítica. ¡Cuánto se lo agradecí...! el sacerdote me miró fijamente y me decía:

-¡Qué cosa más extraña!, por bueno que me encuentre, cuando estoy a tu lado me encuentro malo. Y yo le dije con tristeza:

-¡Qué lástima que vos y yo seamos religiosos!, más joven vos, y ambos libres...-él me miró y palideció.

Hablé mucho con mis dos buenos amigos, quejándome amargamente de mi confesor y de mi consultor en literatura.

-¿No podríais venir vos?-le dije al sacerdote-, vos podríais desempeñar ambos cargos.

El sacerdote se levantó tembloroso, y acercándose a mí me dijo muy bajito:

-Calla, tú insultaste a un hombre poderoso y él se vengará de ti, haciéndote sufrir mucho. Yo haré lo posible por ti, pero tú no cometas imprudencias.

-No las cometeré si prometéis visitarme; tenemos que estar en relación directa por si salgo de aquí.

-¡Salir de aquí... ¡-dijeron los dos con asombro-, ¡que locura...! Y me dijeron triste y preocupada, pero después de reflexionar mucho, me dije a mí misma: "La venganza de un hombre orgulloso, herido en lo más vivo su amor propio, quiere hacerme sufrir toda una serie de humillaciones; pues veremos a ver quién vence a quien. ¿No son los cánones los que me obligan a vivir martirizada con esa vigilancia intolerable?; pues yo me impondré a esta caterva de necios que me han puesto para guardarme; la lucha está empezada, veremos quién consigue la victoria.

Y desde aquel día comencé a imponerme, comenzando por corregir los muchos vicios de que adolecían mis compañeras, algunos de ellos tan inmorales, que no se pueden mencionar; hasta en sus oraciones cometían faltas garrafales, y yo les decía:

¡Infelices! ¿cómo queréis dirigiros a Dios, si no sabéis hablar entre nosotras mismas? ¿Acaso ser religiosa es carecer de sentido común?"

Las monjas no volvían de su asombro, al ver en mí un cambio tan repentino, pero a pesar suyo me respetaban; una de ellas cayó gravemente enferma y yo me constituí en su enfermera, sin dejarla de noche ni de día; la pobre reclusa me decía:

-¿Qué os he hecho yo para merecerme tanto bien?, vos sois noble, parecéis la superiora, todas os obedecen, ¿qué he hecho yo para ser digna de vuestro solícitos cuidados?

-Eres mi hermana ante Dios, y te pondré buena porque yo lo quiero. Efectivamente, le impuse mis manos, y como ya estaba la enfermedad vencida, instantáneamente se curó, y yo le dije:

-Seguirás estando bien si no practicas el mal; el alma que es ingrata para con Dios, no puede tener salud ni en el cuerpo ni en el alma.

-Yo quiero ser buena, decidme, ¿qué debo hacer?

-Háblale a Dios como yo le hablo. Y la monja oró repitiendo mis sencillas palabras, le di algunas instrucciones, y le dije:

-Quiero que seas mi aliada.

-Lo seré.

-Me contarás cuanto de mí se diga, no me hagas traición, porque te la harías a ti misma.

Y desde aquella fecha me preparé para resistir la emboscada; la monja era mía porque la dominaba mi voluntad, y el servicio que le había prestado, que era de gran valía, porque le evité una penosa convalecencia, y aunque no es la gratitud la moneda corriente de la humanidad, a ver el egoísmo se cubre con sus galas, y por temor de salir perjudicado, suele el deudor aparecer agradecido; aquella monja vio utilidad para ella en servirme, por eso accedió de buen grado en mi ser aliada.

CAPÍTULO XXXVI

A medida que me iba proporcionando entre aquellas pobres religiosas algunas afecciones, se me iba cercando por fuera; mi aliada, cumpliendo fielmente su promesa, me tenía al corriente de todo lo que se trataba de hacer conmigo; tan pronto me querían trasladar a otro convento, como tenerme presa en mi celda sin dejarme acudir al templo en unión de mis compañeras; otras veces se proyectaba hacer junta de médicos y que éstos me declararan loca rematada; ya se optaba por someterme a horribles penitencias para conseguir que los diablos me abandonaran; era tal el cúmulo de infamias que contra mi se querían cometer, que me horrorizaba pensar en ellas, y al entregar mi cuerpo al descanso, decía con el mayor desaliento: "¡Dios mío...! ¡Dios mío!, yo quiero ser buena y no me dejan serlo; aquí, me rodean pobres mujeres, en otro convento quizá serán más crueles; desde que se fue mi padre la persecución ha ido en aumento; su sombra, me daba sombra, imponía respeto a mis enemigos la noble figura del autor de mis días"; con su muerte veía más sombrío mi porvenir, no tenía a quién volver mis ojos, porque hasta mi hermanito Benjamín me había abandonado; tampoco habían vuelto a verme ni mi médico ni mi maestro el sacerdote; todos me habían olvidado, ¡qué horrible soledad...!

Una noche, tuve mucho miedo, creí escuchar una voz que me decía: "-El diablo está en ti, él te da esas fuerzas ficticias." Y vi figuras extrañas, burlonas unas y feroces otras; luego cuadros de la vida real, escenas de amor-negadas para mí-, mujeres hermosas y gallardos mancebos unidos en amoroso abrazo, niños preciosos revoloteando como las mariposas; luego vi campos de batalla cubiertos de cadáveres y aves de rapiña cubriendo con sus enormes alas los cuerpos de los héroes, ¡qué horror...! cerraba los ojos para no ver y veía del mismo modo; me levanté desesperada y grité: "-¡Señor! ¿por qué me habéis abandonado?, ya no tengo inspiración, ¿he sido mala hija?, ¡pero si nadie me ha querido!, ¡si mis hermanos me han odiado!, si la envidia me ha hecho sentir sus punzantes mordeduras, porque sólo envidiosos me han rodeado, si yo he querido amar y no me han dejado; ¡Dios mío...! ¡Dios mío...!" Y antes de amanecer me levanté como una loca, temblaba convulsivamente, tanto, que al dirigirme al templo, una monja me miró con espanto diciéndome:

-¿Qué tenéis?, ¿estáis enferma?

Me postré ante la imagen del Crucificado, y oí voces que me decían: *Aquí no estás bien.* ¿Y adonde ir?, si ya me rodeaban las religiosas y se dio comienzo a las ceremonias de cada día; ¡y qué pobre era todo aquello!, ¡qué predicador tan vulgar!, ¡qué oraciones tan faltadas de sentido común! Salía del templo más triste y más desesperada que había entrado; tanto luchaba mi espíritu, y tanto padecía, que al fin mi organismo quedó en la postración más completa, postración que desaparecía después de algunas horas de reposo, para sufrir violentas convulsiones. ¡Cuánto sufrí, Dios mío!, ¡cuánto sufrí!, y lo que más me entristecía era que nadie se acercaba a mi lecho, ni mi aliada siquiera; para no despertar sospechas, la Superiora fue la única que al fin se acercó y me dijo:

-Vendrá un médico, pero creo que no os curaréis, porque los diablos son los dueños de vuestro cuerpo.

Oír estas palabras y enfurecerme, todo fue uno; me levanté, la cogí por el cuello y le dije:

-¡¡Miserable...!! ¿qué sabes tú, infeliz, lo que me acontece? Y la tire contra la pared con tal fuerza que su cabeza chocó contra el muro, yo caí en mi lecho diciéndole:

-¡Vete...!, di a los esbirros a quienes sirves, que he querido matarte para quitar una víbora de la tierra.

La Superiora salió gritando: "¡Favor!, ¡auxilio!, ¡que aquí está el infierno...!" Vino entonces mi aliada y me dijo:

-¿Qué habéis hecho?, la Superiora está como una loca, grita como si en realidad tuviera los demonios en el cuerpo.

-Pues ve y dile, que si no calla la mataré, que quiero acabar con todo.

Fue mi aliada y habló con la Superiora diciéndole cuando yo le había dicho y mucho más, lo cierto es, que no pude enviar mejor parlamentario, porque la Superiora enmudeció desde entonces: le inspiré miedo y su temor contribuyó a serenar la atmósfera del convento; vino un médico, me dio varios calmantes y me alivié, y entonces pensé seriamente en mi situación que no podía ser más triste ni más violenta, porque yo que sólo quería amor, me era dolorosísimo tener que apelar a los medios de la fuerza, para que me respetaran, ¡qué contrario a mi modo de ser era todo cuanto me rodeaba...! ¡y tan sola, ni mi hermano, ni mi médico, ni mi maestro, ninguno se acordaba de mí...!

Por una orden incalificable, hacía mucho tiempo que no se me permitía bajar al huerto del convento, que aunque no tenía nada de particular, comparado con los obscuros claustros y la sombría iglesia, era un verdadero paraíso. Una mañana, jugando el todo por el todo, me fui al huerto, y al respirar aquel ambiente perfumado exclamé gozosa: "¡Señor! ¡Señor!, aquí vivo, yo no quiero los templos sin sol, porque son las tumbas de los vivos." Y corrí por el huerto con la alegría de una niña feliz; después busqué un rinconcito donde había un almaciguero de arbustos sombreado por varios nogales; al pie de uno de éstos, había una tosca piedra y allí me senté rendida por mi rápida carrera, y cuando estaba más contenta mirando al cielo a través del follaje, oí una voz clara, clarísima, que me decía: "¡Ah!, tú tienes la culpa de cuanto te sucede; tus violencias me apresuraron la muerte. ¿Quieres cielos? pues háztelos tú misma, ábrete paso, pero recuerda siempre que

tu carácter es tu verdugo, ten calma y prudencia.

Tras de aquella voz creí escuchar una dulcísima melodía, melodía que no había escuchado nunca en la tierra. "-No hay duda-exclamé con alegría -, es el alma de mi padre quien me habla; mas... ¿y si fuera el diablo? Pero ¿por qué pienso así, si yo no creo en el genio del mal? ¿Qué son los infiernos?, ¿qué son los diablos? ¿Qué es Dios? ¿Qué es el cielo?, ¿qué es todo? Yo quiero escribir para convencerme de lo que yo soy, de lo que he sido, de lo que seré"; volví al convento, y las monjas al verme hicieron la señal de la cruz; una de ellas, que siempre me había dirigido hipócritas sonrisas, se santiguó al verme y hasta cerró los ojos para no ver a la *endemoniada,* y entonces le dije:

-¿Por qué me haces la señal de la cruz y antes te sonreías hipócritamente?, ¿por qué me hacéis la cruz?, ¡infelices...! ¿soy tan mala?, le pediré perdón a la Superiora, haré cuanto queráis, pero no me odiéis. Entonces me miró la monja y me dijo:

-Yo no tengo la culpa, hago lo que me mandan, nos mandan que demostremos odio.

-Pero, ¿vosotras me odiáis? La pobre monja bajó la cabeza sin contestar, y yo entonces la cogí por la cintura y le dije:

-Mírame, mujer, mírame; tú que eres tan hermosa no debes emplear la luz de tus ojos en mirar odiando; ¡qué lástima...! Eres joven, bella, robusta, podías haber hecho la felicidad de un hombre creándote una familia...

Al decir yo esto, la monja me miró y de sus ojos brotaron algunas lágrimas, y entonces hablamos mucho, y yo le repetí, cien y cien veces, que sólo deseaba que todas me quisieran, y al separamos me dijo la monja con dulce acento:

-¡Si algún día pudiéramos salir de aquí...! no lo olvidéis.

Pocos días pasaron y salí de nuevo al huerto, llevando conmigo papel, pluma y tintero, me senté al pie del nogal y dije en alta voz: "¿Qué es el infierno?, si es verdad, vea yo los diablos, las serpientes de fuego, los reptiles arrastrando garfios candentes, los lagos de betún hirviendo, las cataratas de llamas, todo el conjunto de los tormentos, de los suplicios de las horribles torturas que sufren los condenados; y si no existe, cúbranse de flores los árboles, extiéndase sobre el suelo, verde tapiz, canten los pájaros su himno de gloria: quiero saber la verdad." Y entonces oí una voz que me decía:

-¡Pobre loca en principios!, escribe, yo te diré quién es el diablo.

-¿Y quién eres tú?

-Soy el que todo lo puede, soy quien le ha dado a la tierra sus auras de libertad, ¡soy el que en nombre de la ciencia hablé a los pueblos de un solo Dios!, ¡soy el que llevé a las multitudes por el camino de la redención! ¡soy el que derramé mi sangre para fertilizar la tierra!, ¡soy el que derrumbé los altares de los dioses, para levantar el altar del progreso y en él adorar a un solo Dios! ¡Soy el que destruí las tiendas de los mercaderes y pronuncie el credo de la eterna religión! ¡Escucha, mujer!, ¡escucha, viajera de los siglos!, no hay más infierno que la ingratitud, no hay más diablos que los odios creados por la envidia y por la desmedida ambición; y no hay más cielo que el amor de los unos a los otros, el cielo es el amor, porque en el amor caben todas las abnegaciones, todos los sacrificios, todos los heroísmos!, escribe, mujer, escribe.

-No, no; ahora no quiero escribir, quiero oírte, quiero escucharte, quiero recobrar aliento oyendo tu divina palabra, después escribiré. ¡Qué grande es Dios! será la continuación de mi primer canto, ¡qué hermoso es Dios...!

Una brisa suave acarició mi rostro, aspire con delicia la fragancia de muchísimas flores, sentí rumor de alas, algo que tocaba mi frente y mi corazón; mis manos, siempre heladas, se suavizaron con un tibio sudor; me pareció que me elevaba, que me encontraba en el aire, y después... después miré al huerto y vi a la Superiora que me espiaba, llegó hasta mí, me levanté y la besé la mano; ella me dijo:

-Aunque el sitio es estrecho podemos sentamos las dos, -nos sentamos, y prosiguió diciendo-: He oído vuestras plegarias y me han gustado, ¿aquí oráis mejor que en la iglesia?

-Si, señora, este templo no tiene muros y es más bello que los templos sombríos. La Superiora me miró con dulzura y me dijo:

-No os quiero mal y eso que motivos tengo para no quereros bien; tenéis un enemigo cruel cuyo poder es terrible, pero yo... no quiero servirle más; y hasta siento haberle servido.

Al oír las palabras de la Superiora, creí que los cielos me habrían sus puertas de marfil y oro, le besé la mano repetidas veces, y le dije con la mayor ternura:

-Soy muy agradecida, os convenceréis de ello, pedidme cuanto queráis; los más grandes sacrificios yo los haré con tal que todos me quieran. La Superiora se levantó y me dijo:

-Seremos buenas amigas, aunque me habéis hecho mucho daño física y moralmente, pero me he convencido, que quereros inutilizar, es querer apagar los rayos solares que, en todas partes penetran llevando la fecundación y la vida. No sé lo que sois, pero me he convencido que no sois mala, porque a vuestra invocación Dios ha respondido; yo he visto abrirse todos los capullos de un árbol florido que aun no era tiempo que abrieran sus corolas; yo he visto el césped brotar en torno vuestro, y tales maravillas no pueden ser obra del diablo; así es, que cumplamos cada cual con nuestro deber; si queréis, cambiaremos de confesor.

-¡Oh!, si, si.

-¡Bueno, bueno, no os exaltéis! ¿Conocéis a un buen sacerdote? Yo recordé a mi maestro, pero enmudecí; nos despedimos, y desde aquel día reinó la paz en el convento; entonces aquellas paredes me parecieron hermosas, y mirando al crucifijo decía: "-Aquí está el dolor, pero también está la redención."

Insistió la Superiora en el cambio de confesor, y entonces hice venir a mi maestro y al verle le abracé con toda la efusión de mi alma... ¡le quería tanto! él me miró sorprendido y la Superiora se sonrió bondadosamente diciendo:

-Ha estado muy enferma, y se nos ha vuelto niña.

-Si, niña es, pero niña con cabeza de hombre; muchísimo me alegro que al fin comprendáis lo que ella es, porque si la dejamos hacer, será luz de nuestra iglesia, será antorcha de las religiosas. Yo, satisfecha y contenta, le dije a la Superiora, señalando al sacerdote:

-Este, es otra víctima mía, antes de tiraros contra la pared, a él le dejé mudo y sin movimiento. ¿No me guardáis rencor ninguno de los dos? Los dos se miraron y

se sonrieron, diciendo el sacerdote:

-Aun no he podido explicarme lo que sucedió entonces; sólo sé que vales mucho, que eres águila que vuelas y que no debemos dejarte sin alas.

La Superiora le pidió que fuera nuestro confesor; los dos nos miramos, y al despedimos, le pedí que me llevará para dicho cargo un hombre eminente.

-Vos no podéis venir-le dije-, los dos juntos no podríamos orar, iríamos muy lejos, con todo y ser distinta nuestra edad; pero... ¿queréis ser mi confesor íntimo?

-No, no.

-No temáis, no os hablaré de nada que os agite.

-No, no; no juguemos con fuego, te traeré un buen sacerdote, es un alma buena y grande, escucha sus palabras y será un buen auxiliar para ti.

Pasaron algunos días y vino el nuevo confesor; era un hombre de talento, un carácter, lo miró todo, lo inspeccionó todo y se entristeció, porque allí todo era pobre y mezquino, el convento, el templo y la comunidad; aquel hombre allí se ahogaba. Yo lo comprendí y le dije:

-Ya sé que vos no estáis en vuestro centro, porque vos necesitáis lujosas vestiduras, nubes de incienso, templo anchuroso; aquí todo es pequeño, pero las almas son buenas, son florecillas del campo, pero... tienen perfume; aquí no hay púrpura ni oro, pero hay buenas voluntades.

El sacerdote me miró sorprendido, y volviendo la vista a todos lados, dijo:

-Creo que tenéis razón, que en este nido hay amor y elevación de almas, lo que a veces no se encuentra donde la riqueza reparte con profusión sus tesoros. Mis ocupaciones son muchas, pero haré cuanto pueda por cumplir dignamente con mi nuevo cargo.

CAPÍTULO XXXVII

Con el cambio de confesor, mejor dicho, de consultor, se aligeró aquella situación tan pesada, se mejoró notablemente en sus procedimientos la comunidad; se me facilitaron muchos libros con vidas de santos y mientras más leía libros religiosos, yo era menos religiosa. ¡Cuánto rechazaba mi alma aquellas santidades inverosímiles!; las figuras de los santos, ¡qué imperfectas las encontraba!, ¡qué virtudes tan exactas...!, y la mayoría de los elegidos de Dios, todos eran de alta alcurnia, el uno había sido Papa, el otro Emperador, aquél Obispo, ese otro príncipe, ¿y ninguno había pecado?, ¡qué impostura! Entre los santos, había uno que decía que no era posible ser santo en la tierra, y que las mujeres eran más propensas a estar endemoniadas por la violencia de las tentaciones, que el diablo está muy cerca de los que quieren llegar al estado de santidad, que entre Dios y el diablo está la lucha empeñada... ¡Qué absurdo, Dios mío! ¡Dios luchando con su propia obra! ¡Cómo se sublevaba mi alma ante tan erróneas afirmaciones! ¡con cuánto enojo tiraba los volúmenes diciendo: "Y esto escriben los padres de la Iglesia..."! Recuerdo que decía un santo, que tuvo unos amores puros, y tuvieron tal pureza, que amó a un ser *irracional,* y en cambio llamaba a la mujer la endemoniada, la poseída, la tentadora, la serpiente venenosa que se enroscaba al cuerpo del hombre, hasta conseguir su perdición y su entrada en el infierno.

Mientras más leía, más se indignaba mi espíritu; yo que tenía tan buen concepto de la mujer, yo que la consideraba como el coronamiento de la obra divina,

puesto que en ella depositaba el hombre todas sus esperanzas, todos sus ensueños, que de la mujer se nutría, que de ella aprendía a bendecir a Dios, que sin ella no era posible la vida... ¡qué desconocimiento de la ley natural...! ¡y aquellos libros se llamaban obras religiosas!, obras de impureza eran en realidad, y las encontré tan despreciables y tan indignas, que quise escribir sobre la santidad del alma; quería decir, que un alma es santa cuando hace el bien a sus semejantes y el alma es pobre, y es indigente y endemoniaba, cuando sólo trabaja por su egoísmo, por su goce particular; y es santa y es angélica, cuando emplea su talento en dar luz a los demás sin cansarse nunca de prodigar el bien.

Pedí a mi confesor que me hiciera un discurso sobre la santidad del alma cuando habita en la tierra; y él me dijo:

-La santidad del alma ha sido un punto de batalla en todas las religiones, pero es muy difícil que el alma alcance la santidad, y, tanto es así, que son muy pocos los santos que entran en el reino de los cielos.

-También lo creo yo así, también, porque la verdad es, que las almas religiosas, ¡escasean tanto...! Yo no me tengo por mala, y sin embargo, cuando rezo *el padre nuestro* me aturdo, porque me espanta la oración sin alma, y ¡cuántos rezos sin sentir...!

-Os aconsejo-replicó mi confesor-, que no escribáis sobre la santidad del alma, porque ya tiene la iglesia sus sabios, no escribáis, no; que podrían ser quemados vuestro escritos, y podríais ser severamente castigada por la autoridad eclesiástica; escribid filosóficamente sobre los obstáculos que encuentran el alma para ser santa.

Id con cuidado que se os vigilan mucho.

-Descuidad, escribiré sobre la santidad del alma, dividiré mi trabajo en tres partes, os consultaré, y si no os gustan mis escritos, los quemaremos.

Escribí la primera parte, y me puse al habla con mi *ángel,* hice preguntas muchas, y el *ángel* contestaba admirablemente. Mis preguntas eran las flores y su delicada esencia las contestaciones del *ángel.* Yo me elevé a gran altura, y el *ángel* me decía:

"¡Tiende tu vuelo!"

Cuando concluí mi trabajo, se lo leí a mi confesor que me miraba muy asombrado, porque mis preguntas y las contestaciones las encontraba que iban muy a fondo, tanto, que me dijo con profunda tristeza:

-Ese escrito es una piqueta que destruye la liturgia, la teología; nuestros hábitos no nos permiten destruir lo que hemos encontrando hecho, antes al contrario, tenemos obligación de reconstruir lo que veamos que se hunde.

-Bueno, pero, ¿es bueno mi trabajo?

-¿Si lo es...? ¡ya lo creo...! pero… si se pudiera modificar.

-¡Ah!, eso no; ¿se pueden modificar los rayos del sol y las leyes de la naturaleza? pues del mismo modo es imposible quitarle el alma de los escritos, es preferible destruirlo. ¿Qué hacemos?, ¿lo quemamos?

-¡Ah!, eso no, pero... es muy comprometido guardarlo.

-Yo no tengo miedo de conservarlo.

-Entonces... esconded bien ese escrito, yo miraré si se puede corregir, y entre tanto, escribir la segunda parte.

Yo sentía mucha pena, mucha, de que me corrigieran mi trabajo, pero por respeto enmudecí. Comencé la segunda parte maldiciendo una iglesia que tiene horizontes tan estrechos. "Moriréis-les decía a los sacerdotes-de asfixia, vuestra propia sombra os hará temblar." Me detuve en mi trabajo y contemplando la naturaleza, exclamaba con dolorosa impaciencia: "Si todo se mueve, si todo se agita, si la evolución permanente es un hecho, ¿por qué la religión que yo profeso quiere la inmovilidad?, ¿por qué es tan pobre en sus miras?, ¿por qué es tan pequeña en sus aspiraciones?

Cuando más embebida estaba en mis pensamientos, me dieron aviso que una señora me esperaba: mucho sentí que me interrumpieran en mis meditaciones, porque nada más doloroso que cuando se rompe el círculo que el escritor se forma en tomo suyo; y contrariada y mohína, me presenté en el locutorio donde me esperaba una mujer de alta clase; no había más que verla, para adivinar que sus pies no había pisado más que alfombras, y sus ojos no habían contemplado más que ricos cortinajes de púrpura y brocado; me saludó con esa benevolencia con que saludan los personajes, diciendo con dulce acento:

-He venido para conoceros, deseo relacionarme con vos, soy admiradora de lo bello y de lo grande, y quiero que juntas hagamos algo en bien de la humanidad, pues ya sé lo que valéis y de lo que sois capaz. No me parecieron mal sus palabras, y le demostré sencillamente mi gratitud; hablamos sobre religión y le dije que encontraba muchos lunares en la religión de mis mayores.

-Esos lunares son sus malos ministros-dijo la señora-, la religión en sí ya es buena, y para ella quiero que trabajemos.

-No deseo otra cosa, porque el mundo no me atrae, si me atrajera, dejaría las tocas, pero hoy por hoy estoy enamorada de mi religión y para ella quiero escribir.

-Yo también quiero ser útil a mi religión, seamos hermanas.

-Bueno, nos trataremos y unidas, quizá podremos hacer mucho bien, vos en lo alto, yo en mi obscuridad.

-Nos despedimos cariñosamente y ella me brindó su valiosa protección.

Me entusiasmé con aquella visita; pensé en la segunda parte de mi trabajo, escribí algunas hojas y de pronto, oí cómo el trueno retumbaba muy lejos; se truncaron mis ideas, no pude continuar y me exasperé; oí otra vibración más cercana y me causó profunda extrañeza, porque el cielo estaba sereno, y el sol brillaba con toda su esplendidez; oí la tercera vibración mucho más cercana, y después estas palabras: "No escribas más, ¿tú no sabes que la traición te rodea? No escribas sobre la santidad, escribe sobre la virtud, escribe sobre la doctrina religiosa de tu tiempo, pero no sobre sus doctrinarios, que no mereces tal expiación; quema la primera parte de tu trabajo; ya escribirás más tarde, en otros tiempos y otros lugares donde la religión es el amor y la santidad es el conjunto de todas las virtudes."

Miré y a nadie vi. "¿Será una voz humana?-pensé-, ¿alguien atenta contra mi reposo?" "No, no-oí que decían-, no es voz humana." Di algunos pasos y encontré a la Superiora, que al verme, temblorosa y desfallecida derramando copioso llanto, me dijo con maternal solicitud:

-¿Por qué lloráis?, ¿qué tenéis?

-Es que el cielo me dice que queme mis trabajos.

Me fui a mi celda, cogí mis papeles y los quemé diciendo: "¡Ahí se van mis pensamientos...!" Y lloré mucho; y oí una voz que me decía: "¡Ingrata...!, ¿no se te ha dicho que esos escritos te perjudicaban?, ¡ingrata...!, ¡ingrata...!"

-Tiene razón mi *ángel;* no escribiré mas sobre la santidad, escribiré sobre asuntos más dulces, más humanos, mejor dicho, sobre las luchas de la vida humana; pero es necesario ver para sentir; pediré dispensas para poder salir; mi nueva protectora me ayudará y visitaré a los pobres, y oiré sus lamentaciones y escucharé a las mujeres perdidas que quieran hacer penitencia, y confesaré a las madres moribundas que me entreguen sus pobres hijos extenuados por la miseria, seré útil a mi religión y a la humanidad.

Por la noche me acosté y sentí que mi lecho se movía, parecía que manos invisibles lo levantaban del suelo; después mi celda se iluminó por una vivísima claridad, mucho más hermosa que si entrara la luz del día, porque todo era luz: suelo, lecho, paredes; parecía que me había transportado al espacio; aun no había salido de mi asombro, cuando vi una figura envuelta en un manto blanco, de cabeza hermosísima, con una espléndida cabellera y unos ojos divinos; yo le pregunté:

-¿Eres mi Dios? ¿El prototipo de mi religión?

-No; tú deliras. ¿Cómo piensas que yo puedo ser Dios...? soy un espíritu como tú...

-¡Ay...! ¿serás el diablo?

-¡Infeliz!, ¿por qué dudas? ¿No sabes que no hay más infierno que la ignorancia?, ¿que la ignorancia es el demonio tentador de la humanidad? Vengo a decirte que quiero que trabajes sin tanta lucha; yo desarrollaré tus visiones, para que, viendo los espíritus, adquieras fortaleza. ¿Quieres salir para ver las luchas de la vida?, pues saldrás, yo te acompañaré, y tu me verás, y contarás a tus confesores cuánto veas. Pasarás por endemoniada, tus trabajos más importantes te los combatirán rudamente, pero... ¿hay acaso rosas sin espinas?-y sonriendo el espíritu con la mayor ternura, prosiguió diciendo-: Las espinas se convertirán después en días de sol. ¡Tu dicha será inmensa!, ¡insaciable...!

-Tengo un recelo, una duda.

-Si, ya lo sé; te harán una traición.

-¿Si...?

-Sí; pero la traición no triunfará y tus últimos momentos serán dulcísimos; escribirás mucho, tus obras se traducirán por todas partes, y se multiplicarán, y habrá cisma en la iglesia por ti.

Al día siguiente conté a mi confesor lo ocurrido; él se disgustó mucho porque había quemado mi escrito y concluyó diciendo:

-No hay más recurso, hay que estudiar mucho.

-¿Podrá ser el diablo?

-No; el diablo nunca aconseja el bien.

-Entonces, confesad que Dios está conmigo.

-Dios está con todos; recordad las vidas de los santos, casi todos han sido objeto de manifestaciones sobrenaturales. Cada vez que tengáis visiones, decídmelo todo, y cuando os suceda y... preguntad a vuestro *ángel* por mi, ysi os dice que yo os quiero, preguntadle si es pecado la admiración que siento por vos.

-Descuidad, le preguntaré cuanto deseáis, pues creo que al complaceros, cumplo con un deber sagrado.

CAPÍTULO XXXVIII

Fue transcurriendo el tiempo y me dediqué a escribir sobre motivos y conceptos sintetizados sobre la fe de la religión que profesaba y sobre las prácticas y costumbres religiosas. Tuve por entonces una época de pacificación en mi espíritu, y mi confesor estaba contento de mí, preguntándome si veía algo extraordinario, y si oía voces del cielo.

Llegó un momento en que él me dijo: "-Sería conveniente que pudierais salir de aquí para estudiar en el mundo lo mucho que hay que ver y observar."

El deseo de mi confesor, que al pronto me sorprendió y hasta me puso en guardia, pues la persecución que había sufrido me había vuelto recelosa, pero como yo deseaba vivamente salir de la clausura, aproveché la ocasión que me presentaba, y acto seguido llamé a mi médico y a mi maestro y les puse al corriente de mis aspiraciones patrocinadas por mi buen confesor; mis amigos estuvieron conformes con mis deseos, si bien no me ocultaron, que no era tan fácil obtener lo que yo deseaba, y por lo mismo que lo creían muy difícil, trabajarían con más empeño por conseguirlo.

Algunos días después, vino mi noble protectora, la encumbrada dama que tantos ofrecimientos me hizo-al parecer con la mayor espontaneidad-. Al verla, involuntariamente sentí en todo mi ser un estremecimiento doloroso, a pesar mío, un sentimiento de repulsión se apoderó de mí. ¿Porqué?, no lo sé, sentía el efecto, ignorando entonces la causa; me dominé como era natural y la recibí como ella, por su elevada clase, se merecía; la dama se mostró cariñosísima conmigo, y desde aquel día me visitó con mucha frecuencia, y aunque yo al verla, sentía siempre un *malestar* sin nombre; como ella era tan cariñosa, tan expresiva, tan amable, tan halagadora, la miel de sus palabras endulzaba mis dudas y mis incertidumbres y concluía por hacerse dueña de mis pensamientos, procurando, por todos los medios imaginables, ganarse mi confianza diciéndome con la mayor dulzura:

-Podéis ser un astro en nuestra religión; yo haré que vuestros trabajos se lean en los palacios. Yo fundaré una comunidad, y ésta será vuestra: vos las dirigiréis, y yo seré la intermediaria entre ellas y vos. El plan ya era bueno, pero yo le dije:

-Debo advertiros, señora, que yo no tengo medios materiales para ayudaros en vuestra noble empresa, pues aunque soy de buena clase y, por añadidura no debo ser pobre, pues mi madre llevó en dote valiosas haciendas, es lo cierto que desde que me hice religiosa, mi familia no me ha dado nunca la menor cuenta de la renta que deben producir mis bienes; mi padre jamás me habló de intereses, y mi hermano mayor siguió su ejemplo, así es, que yo me encuentro en disposición de trabajar mucho, aquí y fuera de aquí, pero... no dejo de conocer que me falta lo más esencial: el oro, para poner los cimientos de muchas fundaciones religiosas.

-Por el oro, no os apuréis, ese me sobra, y si libertad necesitáis, aquí traigo el permiso eclesiástico.

Y me entregó un documento en toda regla, por el cual yo tenía completa libertad para dejar mi clausura y habitar en el claustro y fuera de él, pudiendo viajar

y hacer noche donde mejor me pareciera.

Muchísimo me alegré de poder salir para consolar a muchos infelices, y mi protectora se puso muy satisfecha al ver mi alegría, dándome palabra de fundar, cuanto antes, una notable continuidad, pues todas las religiones pertenecerían a la nobleza.

Confieso ingenuamente que apresuré mi salida del convento; aquellas paredes se me caían encima, y al salir a la calle sentí tristezas y alegrías infinitas; pensé que el espíritu vive aspirando el aire libre, que el encierro no eleva a las almas, ante al contrario, las estaciona; que la sombra de los claustros y de los templos, apaga el fuego de las aspiraciones generosas; que orar mirando al suelo, es vivir como los topos, y orar en medio del campo mirando las nubes rojizas del crepúsculo vespertino, es ensayar el vuelo de las águilas que se pierden entre las capas atmosféricas.

Al verme en medio de la calle, sentí, sin embargo, frió en el alma, que no se puede vivir sin tener un muro donde asirse; pensé en la casa de mis mayores, y aunque allí no tenía el calor de la familia, porque mis hermanos eran más que extraños para mí, sin embargo, creí cumplir con mi deber, visitando primeramente la casa donde nací, y donde murieron mis padres. Llegué al hogar de mis antepasados, y apenas nadie quiso reconocerme; mi hermano mayor, de muy mal talante, me dijo con el mayor desagrado:

-¿Has hecho alguna de tus locuras?, ¿has huido del convento?, pues aquí no hay refugio para los que abandona la casa del Señor.

-Vengo a visitar este santuario, que santuario debe ser para" el hombre la casa donde nace, y donde ve morir a sus padres; y para satisfacer este deseo, tengo autorización del Papa, y le enseñé el permiso eclesiástico; al ver dicho documento, mi hermano cambió por completo, de huraño se volvió en amable, de agresivo en cortés, y me brindó hospitalidad por algunos días.

Yo la acepté gozosa, necesitaba mi alma evocar sus recuerdos de la infancia y de la juventud, y cuántos, ¡cuántos se despertaron al entrar en la cámara de mi padre!, todos los muebles estaban en el mismo sitio, el ancho lecho matrimonial estaba cubierto con sus largas colgaduras de brocado; llamé a mi padre, y éste acudió en seguida a mi llamamiento, diciéndome:

-¡Ah!, ¡loquilla! ¡loquilla!, mucho se espera de ti, escucha la voz de los que sufren, corresponde a la protección que te dan.

¡Cuánto me conmovió la voz de mi padre!, entonces le pregunté:

-¡Padre mío!, ¿debo fundar comunidades religiosas? yo no tengo vocación para ello, se sufre mucho en los conventos, son las tumbas de la inteligencia, los desesperados que en ellos se refugian, enloquecen.

-Pues aún es preciso fundarlos; tus innovaciones vienen antes de tiempo, tu predicación para los pobres no serán bien recibida de todos y necesitas levantar templos para que éstos te sirvan de refugio. Tu protectora, no te quiere, fundará una comunidad, pero no será para el ejercicio de la virtud, sino para la vanidad, el orgullo y las concupiscencias humanas.

-Entonces, ¿he de huir de ella?

-No; en ese mundo se necesita trabajar con cautela, con prudencia, no hay que romper ningún hilo, que todos hacen falta para la urdimbre social.

Sentí después un beso de mi padre en la frente, y me quedé largo rato junto al lecho donde dejó su envoltura; tristes pensamientos me asaltaron, y huyendo de ellos, salí en busca de mi hermano mayor diciéndole:

-Nada te vengo a pedir, sólo que me dejes recorrer nuestros dominios y visitar a nuestros parientes pobres y ricos.

-Podrás satisfacer cumplidamente tu deseo, a todos los verás, hasta a Benjamín, que ha pedido licencia para reposar de sus fatigas de la academia.

Al oír el nombre de mi hermano Benjamín, me avergoncé de mi olvido, no me había acordado de él al entrar en mi casa, ¡qué ingratitud!, ¡y eso que trataba de ser buena!, ¡cuánta miseria hay escondida bajo el hábito de santidad...! Me recriminé sinceramente por mi olvido y me retiré a mi aposento, que también estaba como yo lo dejé, con sus muebles en orden y mi pequeño lecho envuelto en blancos cendales; me senté junto a mi mesita y allí escribí un poemita titulado *Mi vuelta al hogar.* Empleé en mi trabajo algunos días y al concluirlo llegó Benjamín hecho un arrogante mozo; al verme me abrazó con la mayor efusión, diciéndome:

-¡Qué hermosa estás!, ¡cómo te pareces ahora a nuestra madre...!

Y lloró Benjamín como si fuera un niño.

-¿Sufres?-le pregunte-, ¿qué tienes?, ¿qué te pasa?

-Nada de particular, cumplo tus órdenes, te obedezco, sin ti nada quiero; pensando en ti, deseo llegar a general en poco tiempo; delante de ti, si no llorara, me ahogaría y separado de ti, soy un celoso; mis compañeros me temen y mis jefes me respetan.

Yo le miraba y le encontraba hermoso, era una figura noble y gentil, y sin embargo, sentía por él la misma repulsión, pero me dominé, y estuve con él muy cariñosa, con lo cual, él se llenaba de inmensa satisfacción.

Acompañada de mis hermanos visité a toda mi familia que era numerosísima, y prodigué bastantes consuelos con la unión de mis palabras, sembrando la mejor semilla entre los desgraciados y los desvalidos.

Un día después de andar mucho, dijo mi hermano mayor: "-Nos quedaremos en esta casa de campo, y mañana veremos la salida del sol en la cumbre de una de esas montañas."

Los dueños de la casa, me miraron con alguna prevención, no me conocían; yo miré en torno mío, y encontré *sombra* en aquel lugar, y eso que allí reinaba la abundancia; la casa era cómoda, muy espaciosa, había mucha familia, ancianos, jóvenes, niños, trabajadores robustos, debía reinar allí la alegría, y sin embargo, no reinaba; entre los niños había un pequeñuelo olvidado de todos, y entre las mujeres, había una de mediana edad que me llamó la atención por su gravedad y compostura, hablaba poco y bien; mis hermanos se acostaron para descansar y levantarse muy temprano; me ordenaron cariñosamente que yo hiciera lo mismo, pero yo demostré deseos de oír alguna de esas historias que se cuentan al amor de la lumbre, y la mujer que habían llamado mi atención, me dijo por lo bajo:

-Yo os contaré una, pero no aquí, en vuestro aposento; dad las buenas noches y yo os acompañaré.

Accedí a su deseo, y cuando llegamos a mi estancia, nos sentamos y la mujer me dijo:

-Desde que la he visto, he sentido por vuestra merced una atracción

particular, parecía que me decían al oído: "Cuéntale la pena que te aflige."

-Pues habla pronto, no titubees.

Y entonces, la campesina me contó una historia de amores muy desgraciados, en los cuales *él* tuvo que huir, y *ella...* murió dejando un niño en poder de mi interlocutora, mas este niño era idiota, era a veces loco; porque gritaba desaforadamente diciendo: "-¡Tía!, ¡tía!, no me abandones, que esos infames me quieren coger para martirizarme; pero no saben que pronto llegará mi tiempo, y entonces los arroyos de sangre enrojecerán el agua de los ríos, y los ríos enrojecerán el mar, y los templos caerán minados por su base, y sus cúpulas se hundirán en las profundidades de los abismos."

-¡Pobrecito mío!, ¡pobrecito de mi alma!, crea vuestra merced-me decía la mujer-, que ese niño me tiene el corazón partido.

Y la infeliz lloró en silencio, pero tan amargamente, que comprendí al punto que la heroína de aquella historia era ella, y mirándola fijamente la dije:

-Indudablemente, mujer. Dios ha tocado en tu corazón, porque al contarme esa historia ha buscado la curación de tu hijo, porque..., no mientas, ese niño es hijo tuyo, tus ojos me dicen que no me engaño; no mientan tus labios. La mujer me miró asombrada y cayó a mis plantas, murmurando:

-Pequé, señora, pequé; pero en la culpa he llevado la penitencia, porque mi hijo es mi mayor tormento.

-Pues dejará de serlo, llévame al lugar donde duerme el niño.

La mujer me obedeció dócilmente y me llevó a un pequeño cuarto, donde en un lecho pobre, pero muy limpio, se encontraba el pobre idiota; éste al verme me dijo con la mayor naturalidad:

-Os esperaba.

Y habló mucho, muchísimo, pero muy disparatadamente. Yo le pregunté:

-¿Ha llegado tu tiempo? Y el niño dijo:

-Sí, si; ha llegado la hora, sufro mucho, me atacan despiadadamente millones de hombres, poneos en guardia que a vos también quieren atacaros.

Y efectivamente, sentí violentísimas sacudidas, vahos de alientos que me quemaban la frente, dolores agudos en todo mi ser, vacilaciones en mi cuerpo, como si manos invisibles me quisieran arrojar violentamente al suelo, y angustiada, dije:

-¡Dios mío!, clemencia para el infortunado.

Y entonces vi legiones de espíritus que se batían en retirada, amenazándonos con sus armas; al retirarse, la más viva claridad fue un hecho, ¡todo fue luz!, y oí una voz dulcísima, que me decía:

-¡Cúrale...!

-¿Cómo?

-Imponiéndole tus manos.

Y oí gritos horribles, blasfemias amenazantes, estallidos de ira que se exhalaban diciendo: "¡Malditos!, ¡malditos!, ¡ella y él sucumbirán!" Y se alejaron las legiones de espíritus y oí de nuevo la voz, pero más potente, que me decía:

-¡Cúrale!

Obedeciendo las órdenes del cielo, envolví al niño con mi fluido, le hice pases magnéticos hasta que el enfermito quedó completamente dormido; yo le dije

pasado un corto rato:

-¡Despierta!

-No;-dijo el niño-, déjame en calma, lo necesito, vete, que ya me has curado. Mañana te abrazaré.

La pobre madre se había desmayado; la reanimé y la dije que respetara el sueño de su hijo, que a la mañana siguiente lo vería curado.

La infeliz me besó las manos, y no sabía cómo demostrarme su gratitud; quise acostarme pero no pude, mis hermanos se había levantado para ver la salida del sol. Yo no me hice esperar, y aunque no había dormido, me encontraba ágil y buena, con las ideas muy despejadas y muy contenta; al despedirnos de aquellas buenas gentes que se empeñaron en acompañamos largo trecho, la madre agradecida no pecó de perezosa; fue la primera que se puso en marcha a mi lado, mirándome fijamente. Ya habíamos perdido de vista la casa, cuando vimos que venía corriendo el pobre idiota, mas... sus ojos no tenía aquella fijeza de la muerte, su boca no se entreabría por un gesto repugnante. ¡Ah!, no; sus ojos brillaron extraordinariamente; su boca se abrió para decirme:

-¡Me has dado la salud! ¡Bendita seas!

Y abrazándome con verdadero delirio, me besó en la frente con el mayor respeto. Los demás, no acababan de comprender lo que era aquello; la pobre madre quedó como aletargada y el niño prosiguió diciendo:

-Sí, si; tú me has dado la salud, y será mi oración la oración del ángel de tu guarda.

Hice que la madre disfrutara de la resurrección de su hijo; no me separé de ella hasta que el niño cubrió de besos el rostro de su madre y decía a gritos:

-¡Ya estoy bueno!, ¡ya no se reirán de mi...!, ¡ya ganaré mi pan con el sudor de mi frente!

El asombro de todos fue inmenso, y me alejé de aquel lugar contentísima: ¡había sido útil a mis semejantes!, ¿qué mejor práctica religiosa?

Llegamos a la cumbre de la montaña, y vimos la salida del sol; pero yo veía muchos soles, y oí una voz que me decía: "-Esto es hermoso, pero es más hermosa un alma virtuosa; ¿ves estas alturas?, pues mira también hacia abajo, y verás profundos abismos, en todas partes hay que trabajar, no te envanezcas con las alturas, prefiere trabajar en los abismos."

Yo escuchaba extasiada, y Benjamín, que me miraba desde lejos, corrió hacia mí diciendo con asombro:

-¡Ay, hermana...!, parece que te rodea una nube de fuego. Yo le dije sonriendo:

-Es el fuego de mi alma que busca los amores del infinito; miro las cumbres y los abismos...

-No hables de abismos-dijo Benjamín-, cuando miro un abismo pienso en la muerte y me horrorizo.

Yo también al escucharle me estremecí y me horroricé, diciendo, para mí: "-¡Pobrecito! ¡Pobrecito!, teme a los abismos... Indudablemente, su razón tendrá.

CAPÍTULO XXXIX

Descendimos de aquella altura y nos fuimos en derechura a otro paraje muy

escabroso y muy pintoresco, donde había bosques que era preciso ir cortando las zarzas espinosas para penetrar en ellos, y en aquel lugar tan apropósito para cazar, mis hermanos organizaron una cacería, quedándome yo en un punto muy agradable, en una hondonada donde había varios manantiales que formaban una especie de cascada, cuyo juego de aguas se elevaba a gran altura, cayendo con estrépito sobre un riachuelo espumoso que corría a perderse entre peñascos y hojarasca.

No pude elegir mejor lugar para mis meditaciones; allí estaba sola y tranquila y me dispuse a escribir mis impresiones, sin contar con que las aguas al chocar en sus juegos y saltos, interrumpirían mis meditaciones; porque sin darme cuenta dejé la pluma y presté atento oído a lo que las aguas decían; y oí distintas voces, sí, las oí, no me quedó la menor duda que hablaban entre sí las generaciones que pasaron, los labios que florecieron, los mártires que lucharon y murieron defendiendo sus ideales, pero todos hablaban con amargura, con profunda pena, se habían ido muy descontentos de la tierra; enmudecieron un momento, y yo exclamé: "¡Dios mío!", ¿por qué las humanidades siempre luchan?, ¿por qué los pobres sufren?, ¿por qué los fuertes abusan de su poder?, ¿por qué no hay más misericordia, Dios mío?" Larga fue mi plegaria, más que plegaria fue una interrogación al Eterno, pidiéndole luz porque yo no veía más que sombras, y tanto me elevé, tanto me separé del punto donde me hallaba, que me fui a otra parte del mundo... ¿dónde? no lo sé, pero era lejos, muy lejos del lugar, donde quedó mi cuerpo reclinado sobre una piedra, en tanto que mi espíritu ansioso de ver justicia, ascendía todo lo que su adelanto le permitía ascender, y vi generaciones que pasaban sonriendo, y con su sonrisa se transmitían sus pensamientos, y todos trabajaban en el progreso universal, y todos se sonreían cambiando sus impresiones: los espíritus se entendían de un modo admirable; vi mujeres hermosísimas que cantaban dulcemente... ¡qué cantos más armoniosos!, no eran los cánticos de las pobres vírgenes encerradas en los sombríos claustros, eran las mujeres dichosas en su hogar adorando a sus hijos, exhalando el perfume de su sentimiento en sus besos de amor... ¡qué besos aquellos...! no era la aproximación de los labios, bastaba el suave calor del aliento, ¡qué caricias tan delicadas! ¡qué generaciones tan felices!, ¡qué niños tan encantadores!, ¡qué preciosos eran! sus miradas decían: "¡Madre, yo te amo!"

Yo miraba aquella muchedumbre de jóvenes y niños, y me causó profunda extrañeza no ver ningún anciano, y pregunte a un niño: "-¿No hay ancianos en este lugar?" el niño me miró como si no entendiera mi pregunta, y al momento vi pasar ante mí figuras graves, respetables, que llevaban en sí el patrimonio de su sabiduría... ¡qué hermosos me parecieron!, no eran los viejos decrépitos y alelados de la tierra, eran hombres severos y afables al mismo tiempo.

-¿Y los enfermos, dónde están?-pregunté de nuevo al niño.

Entonces vi que millones de seres me miraban compasivamente, y oí una voz que me dijo:

-Aquí no hay más enfermo que tú.

-¿En qué mundo estoy?

-En la tierra.

-¿En la tierra?

-Sí, en la tierra, cuando ese mundo alcance su redención.

-¿Así serán felices los terrenales?

-Así serán-dijo una voz sonora.

Miré, y vi que la tierra era un vergel, un paraíso; ¡cuántos elementos de vida!, trabajaban los hombres sin derramar el sudor de su frente... trabajaban con máquinas y ellos iban sonriendo detrás del artefacto que abría hondos surcos, y arrojaban en ellos producto ra semilla.

-Y los templos de la fe, ¿dónde están? Oí entonces como el retumbar del trueno, y vi un edificio inmenso, asombroso por su atrevida arquitectura; sus múltiples torres llegaban al cielo; al ver aquella mole gigantesca dije: "-¿Aquí será donde oran los creyentes...?" Entré y me aturdí, dentro no había ídolos, sólo se veían multitudes entonando cánticos dulcísimos, parecían coros angélicos. Entonces dije:

-¿Estas almas oran? Y me respondió una voz:

-Si, oran. La humanidad está en Dios, cuando toda se cobija en el templo de la fraternidad universal.

¡Qué hermoso era aquel templo!, ¡cuántas bellezas!, ¡innumerables!, por encima de su anchurosa cúpula había un globo que se movía incesantemente, y allí resonaba una voz que decía: "-Este globo es el símbolo del trabajo de la humanidad."

Yo quise subir al globo y llegué y vi que en el espacio todo se movía, todo giraba, y dije:

-¿Aquí no hay campanas?, ¿no hay bronces?

-Sí; aquí hay bronces, pero no en metales, en inteligencias; bronce fuiste tú, fuerte para herir, y con el bronce de la ingratitud, te herirán como tú heriste; no te aturdas sé fuerte para trabajar como lo fuiste para el engaño y la intriga, lucha y escribe, y cuando tus fuerzas se extingan, ten valor para sufrir el más horrible desengaño.

Sentí una sacudida violentísima, y me encontré en la hondonada donde había dejado mi cuerpo reclinado sobre una piedra, me apresuré a escribir y escribí velozmente; pero de una manera poco menos que ininteligible.

Volvieron mis hermanos, y Benjamín repasando mi escrito, dijo con asombro:

-¡Qué mal escribes ahora!, no se entiende nada.

Emprendimos de nuevo la marcha y yo iba muy triste; mis hermanos procuraron distraerme, pero no lo consiguieron; volvimos a la casa de campo donde curé al niño idiota, y me retiré a mi aposento inmediatamente: quise dormir, pero no pude; vi todos los actos de mis existencias anteriores, vi cuando yo era una mujer perdida... ¡qué vergüenza!, ¡qué horror!, ¡qué suplicio!, me desperté malísima... ¡había visto tantas infamias!, ¡tantas bajezas!, ¡tanta degradación!, ¡tantas miserias...! Mis hermanos, al verme tan enferma, se detuvieron en aquel lugar hasta que yo estuviera mejor, y el niño que yo curé fue mi constante compañero... ¡Cuánto me quería!, ¡y qué inteligencia tan clara tenía! Comprendió, desde luego, que la mujer que él llamaba tía, era su madre, y me decía con vehemencia:

-¿Es verdad, que es mi madre?

-Si, es tu madre, porque te ama.

-No, no; no es eso, es mi madre por naturaleza, pero... su marido no es mi padre.

-¡Calla, desgraciado!

-No, si nadie nos oye, pero yo quiero convencerme que ella es mi madre; lo necesito.

Yo le vi tan obstinado, que temí un retroceso en su curación y le dije:

-Si, es tu madre, pero... de tu silencio depende su vida.

-Descuidad, descuidad, yo se lo diré con mis besos; no hay necesidad de hablar cuando se siente.

Mis conversaciones con aquel niño me servían de medicina, y él me decía sonriente: "-¿Verdad que nos hemos curado mutuamente?"

Lloró mucho cuando me despedí de él; su madre contuvo su llanto, pero sus ojos me dieron el adiós más tierno.

Llegamos al hogar de mis mayores y allí mi hermano mayor redobló sus atenciones y me dijo: "-Quiero confesarte lo que he sido para ti antes no te quería, hoy te quiero, te protegeré, y recuerda que cuando salgas de aquí dejas en mi un protector, un segundo padre; tú no me querrás mucho, porque yo en realidad no lo merezco."

Al oír las palabras de mi hermano, tuve necesidad de llorar mucho, muchísimo, y tan copioso fue mi llanto, que él me dijo:

-¿Te he ofendido?

-No; es que tu amor fraternal me dará la vida; mira; mis bienes materiales son para ti, y cuando Benjamín termine su carrera, protégele, y de mi herencia emplea en el lo que tú quieras. Yo, para mi, poco necesito, y... ¡bendita la hora en que me has dicho que me quieres!

Después de esta escena, volvía a mi trabajo con nuevo ardor; cuando le dicen a uno que le quieren, ¡con qué placer se trabaja!, hasta dediqué un canto a mis hermanos, canto que guardé, no tuve valor para leerlo.

Seguí en mi casa respetada y atendida; vino Benjamín una noche muy triste, porque el día siguiente tenía que ingresar en la Academia y me dijo:

-Me voy, mi deber me llama; que pienses en mí, que no me quieres como yo quisiera ser querido.

-Cuando tengas tus amores ya me olvidarás y ni te preocuparás si te quiero poco o mucho.

-¡Ah!, no, no; sin tu amor yo no podría vivir; ya quiero a una joven de la nobleza para perpetuar mi nombre, pero necesito de tu amor para vivir; sin ti veo abismos y me veo rodando de peña en peña... ¡no me olvides!, ¿oyes? ¡no me olvides...!

Y yo decía: "¡Dios mío...! ¡Dios mío!, ¡si él supiera que no me acuerdo de él...!" Pero me dominé y le dije:

-Te quiero, sí, te quiero, no lo dudes.

-Bueno, ruega siempre por mí, porque, créeme hermana mía, yo no sé la causa, pero... soy muy desgraciado.

Se marchó Benjamín y yo... yo me alegré que se fuera, sin él respiraba mejor, y como castigo a mi ingratitud, poco duró mi tranquilidad, porque me dijo mi hermano mayor:

-Prepárate, que tendremos muchas visitas, entre ellas, aquel amigo de nuestro padre, con el cual rompiste lanzas.

-Pues entonces, si tú me lo permite, me iré; ese hombre me da miedo, me he hecho mucho daño, mucho; tú no lo sabes.

-¡Ah!, no, no; quédate, yo te lo ruego, no te vayas, se ofendería, viene justamente porque tú estás aquí; es hombre muy poderoso y su enemistad es temible; si te vas, me perjudicarás mucho.

-Entonces me quedaré. Llegó el amigo de mi padre con el séquito de un príncipe; se presentó ante mí con dulzura, diciendo en alta voz para que todos lo oyeran:

-Estoy satisfecho de que me hayáis esperado, y os ruego que me perdonéis mi falta de conocimiento en no haber comprendido a tiempo vuestro valor y se volvió a mi hermano diciendo-: Vuestra hermana será gloria de nuestra religión y de nuestra patria.

Yo le hice presente que mi credo me ordenaba perdonar las ofensas, y traté de corresponder a su inusitada amabilidad.

El y mis hermanos se fueron de cacería, y cuando volvieron, me dijo el amigo de mi padre:

-Quiero hablar con vos, no para mortificaros, no para ofenderos, sino para ensalzar la virtud y el talento de una mujer.

Al día siguiente me llamó, y ante él me creí muy pequeña, ni valor tenía para sentarme, y él me dijo:

-Sentaos, estáis muy impresionada, recordáis involuntariamente lo mucho que os he ofendido, pero al ver mi dulzura ya no miráis en mí el enemigo; y os veis muy pequeñita, porque iguala vuestra modestia a vuestro talento; hoy, en memoria de vuestro padre, ved en mi a un amigo, a un protector, pero no me creáis más grande de lo que soy; sois más grande que yo en vuestras concepciones, lo que yo soy es más instruido que vos.

Sus palabras me tranquilizaron, y dueña de mi misma le miré frente a frente sin temor y sin arrogancia; él con su indisputable talento había equilibrado mis fuerzas; él habló mucho, y concluyó diciendo:

-Hoy en la religión se trabaja *mal* y *para el mal,* yo oigo muchas quejas, y se necesita en esta época de hipócrita descreimiento, que alguien levante la voz. Entre los hombres de nuestro tiempo, hay lumbreras, hay sabios, pero... no hay almas virtuosas, y se necesita una inteligencia grande, y un alma buena como la vuestra. ¿Estáis dispuesta a obrar en bien de la humanidad?

-Si; estoy dispuesta, tanto es así, que mi salida del convento obedece a tan nobles deseos; una dama que vos debéis conocer, que se sienta muy cerca del trono, me consiguió el permiso para dejar la clausura y me ha ofrecido su valiosa protección.

-Con mi protección, no necesitaréis el apoyo de nadie; mucho más que esa mujer quiere el escándalo, y yo quiero el orden más perfecto, la moralidad en absoluto.

-Entonces... ¿seré realmente protegida por vuestro valimiento?

-Lo seréis, pero preparaos para trabajar, donde haya vicios que corregir estaréis vos, donde se pronuncie el santo nombre de Dios en vano, allí resonará

vuestro anatema.

Durante muchos días me estuvo dando instrucciones; ¡qué bien conocía aquel hombre el corazón humano!, era un pozo de sabiduría y de amarga hiel; mientras más hablaba más se engrandecía ante mi, ¡era un sabio...! y había leído tanto en las conciencias como en los volúmenes; al despedirse se quitó un anillo riquísimo que ostentaba en su dedo índice y me dijo con gravedad:

-Ponedlo en vuestro dedo, y en las horas de tribulación, cuando os persigan, cuando os infamen, cuando os acusen, presentad ese anillo y aterrados enmudecerán, y vos sin descanso trabajad en bien de los pobres, de la religión, de nuestra patria y de su rey. Sois la llamada, sois la elegida, responded al llamamiento, que de no hacerlo así, se os pediría estrecha cuenta de vuestros actos; vuestro padre os bendice, y yo os hago mi aliada; trabajad sin demora, que para los buenos trabajadores serán las abundantes cosechas.

CAPÍTULO XL

Cuando se hubo marchado mi nuevo protector, quedé libre de las exigencias sociales y me quedó más tiempo para reflexionar sobre los múltiples cargos que me habían conferido. Hablando ingenuamente, me puse orgullosa con mi elección porque es muy grato ser preferido, aunque la preferencia acumule sobre nosotros trabajos y responsabilidades; ser algo en el mundo, es la aspiración natural de todo aquel que se precia de entendido, y yo que trataba de serlo, me puse contentísima, haciendo firmes propósitos de elevarme por mis buenas obras, como antes había procurado hacerlo por mis constantes estudios. Me dejaban ancho campo para maniobrar, no ponía límites a mis trabajos y yo me dije a mí mismo: "-Pues, ¡adelante!" Ordené mis pensamientos, y oí una voz que me decía:

-Piensa bien en las *necesidades* de los plebeyos, y en las *viciosidades* de los grandes. Aquella advertencia me fue muy útil, puesto que por ella pensé inmediatamente en fundar un *Refugio* para las huérfanas, tratando de que la ceremonia de colocar su primera piedra, fuera un verdadero acontecimiento para todas las clases sociales. Consulté con mi hermano mayor, y éste me dijo:

-Te ayudaré en todo y por todo, hasta con medios materiales, que todo te lo mereces.

-Bueno-le dije a mi hermano-, me voy y no sé aún dónde me dirigiré; deseo pongas en mi seguimiento dos de tus mejores servidores, que me guarden sin ir muy cerca de mí, y el conductor que me guíe que sea de toda tu confianza.

Mi hermano se hizo cargo de cuanto le dije, y puso a mi disposición cuanto le pedí; marché, al fin, despidiéndome de mi hogar paterno como nunca lo había hecho, llevando en mi mente recuerdos dulcísimos de mi familia; subí en una dócil y amaestrada caballería, diciéndole a mi conductor, hombre entrado en años y muy campechano:

-¡Qué hermoso es el campo!, me parece que recuerdo estos sitios, y... decidme: yo quiero visitar a muchos pobres, a muchos desgraciados.

-Pues por eso, señora, no os apuréis, que pobres y desgraciados brotan en todas partes como la mala hierba.

-Es que yo quiero detenerme en aldeas miserables.

-Pues si eso es lo que abunda, señora; al mediodía llegaremos a un

pueblecito, que es muy bonito por fuera y muy feo por dentro.

Efectivamente, llegamos a un lugar montañoso, donde las casitas escalonadas en la montaña parecían blancas palomas en niños de flores, tantas eran las florecillas silvestres que se balanceaban en los ribazos y las plantas aromáticas que trepaban y se enredaban en los añosos árboles. Llegamos a la posada y allí descansamos y tomamos el alimento necesario; en cuanto comí, quise salir de paseo; mi conductor quiso acompañarme pero yo quise ir sola, segura que a prudente distancia irían los servidores de mi hermano.

Paseé largo rato, admirando la belleza de aquel lugar, la frondosidad de la campiña, que contrastaba dolorosamente con los habitantes de la aldea, pues todos parecían enfermos por lo pálido y demacrado de su semblante, hasta los niños eran endebles y raquíticos, ¡pobrecillos! Me senté al fin junto a una casita y un grupo de chiquillos que allí jugaban interrumpieron su juego y me miraron con la mayor extrañeza; algunas niñas, más atrevidas, llegaron hasta mi, tocaron mi manto, y una de ellas me dijo sonriéndose: "¡Qué bonita eres!" Yo premié con un beso su salutación, y aquel beso me atrajo el grupo infantil; todos los niños me rodearon, entablándose entre ellos y yo el más animado coloquio; me fueron diciendo sus nombres, y yo les iba adivinando los años que cada uno tenía; sus gritos de asombro atrajeron a las mujeres y pronto me vi rodeada de un triple círculo.

Mirando a todos lados me fijé en una jovencita-casi niña-pálida y triste, iba cubierta de sucios harapos, y era la única que no me miraba. Yo la miré mucho, y me pareció muy buena, me levanté, y dirigiéndome a la niña la dije:

-Creo que te conozco. La niña se ruborizó y me contestó con voz débil:

-No podéis conocerme, porque nunca he salido de aquí.

-No importa, te conozco desde este instante, y te conozco tanto, que o mucho me engaño o tú eres muy desgraciada.

-¡Cá!, ¡cá!, no señora-dijo una anciana-, esa muchacha es una pilluela. ¡si la conocierais!

-¿Tienes padres?

-No, señora.

-¿Y hermanos?

-Como si no los tuviera, porque están sirviendo al Rey. Yo dirigiéndome a la niña la dije:

-¿No es verdad que tú quisieras ser buena? La jovencita rompió a llorar amargamente, y yo la dije:

-No te apures, hija mía, yo te ampararé.

Hablé mucho sobre la práctica de la caridad; la niña no cesó de llorar, hasta que yo ciñendo con mi brazo su delgada cintura dije a los demás:

-Me llevo esta niña.

-¡Ah!, eso no-dijo la anciana que la había acusado-, esa niña me pertenece.

-Pues si es tan mala, ¿para qué la queréis?

-Eso no es cuenta vuestra, y además, ¿quién sois vos?, ¿qué sé yo si sois una mujer que busca niñas para comerciar con ellas?

-Tiene razón, mujer, tú no me conoces, pero pronto sabrás quién soy. Vamos niña, vamos, ¿tienes miedo de mí?

-Si, señora.

-¿Por qué?

-No lo sé.

Me impresionó aquella franca confesión y repliqué:

-Ya perderás ese miedo, ahora ven y cenarás conmigo, y cenarás muy bien.

Ante esta promesa tan halagüeña, la niña se dejó querer, y yo fui diciendo por el camino que la ampararía y la haría feliz.

Llegamos a la posada seguidas de la muchedumbre que se disolvió cuando nos vio desaparecer dentro del caserón. Ya en mi cuarto, hice que nos sirvieran una abundante cena, y la niña hambrienta comió primero con gran timidez, mas tantos fueron mis ruegos, que la infeliz, perdiendo la cortedad, comió con avidez, con la avidez del hambriento. ¡Cuánto daño me hacía verla comer!, era la confesión más explícita de una vida de tormento y de horrible miseria, aunque sus repugnantes harapos ya publicaban su desamparo.

Después de cenar, la niña se animó y me contó sencillamente sus cuitas, lamentándose que la vieja que la tenía recogida le daba unas palizas horribles, que tenía el cuerpo acribillado de golpes; quise ver si era verdad, y efectivamente, la infeliz criatura no había mentido; menos la cara y las manos su cuerpo era el de un Ecce-Homo, lleno de cicatrices, de grandes cardenales y de pequeñas heridas de las cuales manaba sangre que se coagulaba en sus bordes. ¡Pobre niña!, había sido un mártir; de pronto, cuando la víctima me contaba sus penas, entró en la habitación su verdugo gritando desaforadamente para que le devolviera la niña, y tan furiosa estaba, que se arrojó sobre mí, me arañó el rostro y mis servidores acudieron a sus gritos y hubo necesidad de hacer venir al alcalde con quien sostuve un serio altercado, porque el infeliz no sabía dónde tenía la mano derecha; tuvo que venir el juez del partido, que al presentarle mi anillo se postró en tierra, porque en él estaba grabado el sello real, y dio orden a todos los que allí estaban que obedecieran mis órdenes como si yo fuera el mismo rey. Redujeron a prisión a la furiosa vieja, y yo di orden que la trataran bien, que yo pagaría su manutención.

Después de tantas peripecias nos acostamos y la pobre niña se durmió en seguida; su sueño reposado y tranquilo me llenó de alegría, y al día siguiente la dije:

-¿No tienes otra ropa que la puesta?

-No, señora, y como no llevo camisa, no he podido lavarla.

-No te apures, todo se andará, ya te lavaré yo misma y te haré hacer inmediatamente dos vestidos que aquí no faltará quién los haga; mientras te los hacen, no perdamos el tiempo, salgamos al campo, y paseando me dirás, si hay aquí algunos enfermos.

-Sí, muchos; aquí siempre hay atacados de calenturas malignas.

-No, yo te pregunto por esos enfermos de muchos años que no se pueden mover.

-¡Ah! ya sé; si que hay una mujer que está tullida, no sé cuantos años; yo nunca la he visto andar.

-Pues llévame a verla.

-¿A verla?, si nadie va; la comida, cuando se la llevan, se la ponen sobre un manojo de cañas y sin entrar en la choza se la tiran encima porque allí dentro está la peste.

-¡Qué más peste que la humanidad!, ¡llévame, llévame, cuanto antes al

tugurio de esa desventurada!

La niña me condujo por muchos vericuetos hasta que llegamos a una cueva; entré en ella, y en un rincón vi un bulto, un montón de harapos, que nadie hubiera creído que allí había una persona; estaba encogida como un caracol; al verme murmuró con débil acento:

-Dejadme a ver si puedo acabar de morir.

Me incliné a mirarla, y entonces la enferma me miró, pintándose en sus ojos el mayor asombro.

-¿Qué tenéis?

-No sé, no acabo de morirme; hace muchos años, muchos, ya he perdido la cuenta, que estoy aquí sin poderme levantar; le he rogado a Dios día y noche y Dios no me oye, ¡se habrá muerto...!

Y la mujer quiso reírse irónicamente, ¡y me horrorizó la expresión de sus ojos!, ¡cuánto odio revelaban...!

-¿Y no viene el médico del pueblo?

-¿Médico?, ¿médico quiere usted decir...?, pues si el alimento me lo dan en la punta de una caña... Si aquí está la peste, ¿usted no lo sabe?, por eso habrá venido.

-Ya sé lo que hay aquí; por eso he venido, porque Dios no abandona a ninguno de sus hijos.

-Pues entonces yo no seré hija suya, porque me tiene completamente abandonada.

-No blasfemes, mujer, no blasfemes; es que habrás pecado mucho en tu juventud, o que habrás hecho pecar a otros.

-¡Maldito sea!-murmuró la mujer y miró al techo con la mayor ira.

¿A quién maldecía?, no lo sé; no era entonces ocasión de preguntárselo; me incliné más hacia ella y le dije:

-No maldigáis, que con vuestras maldiciones no me dejáis obrar; vamos a ver, moved un brazo-la mujer lo movió-. Moved la cabeza-y la movió también. Entonces levanté sus harapos, y nunca he visto más inmundicia junta, los gusanos hormigueaban contentos de su festín... ¡qué horror...!, ¡allí había una inteligencia que creía en la muerte de Dios...!

-¿Quieres-dije a la niña, que permanecía fuera de la cueva-ayudarme a levantarla?

-¡Ah!, no, no; ese cuerpo es muerto.

-¡Muerto, no!-dijo la enferma-, yo creo que si me cuidaran me salvaría, porque hay momentos que yo siento en mí... no sé... no me puedo explicar pero... yo no estoy muerta.

-Tenéis razón, y en prueba de ello, dadme vuestras manos.

Se las tomé, y aunque temblaban las mías, sentía correr por mis dedos oleadas de fuego, viendo sobre ellas llamas azuladas; aquel fuego se comunicó a mis brazos, y a todo mi ser; me vi envuelta entre llamas que no me quemaban, y uniendo la acción a la palabra, dije: "-¡Mujer!, ¡levántate!" Y la mujer se levantó lanzando un grito de alegría y de espanto, grito terrible, grito que asustó a la niña que salió huyendo gritando a su vez. La tullida que parecía un esqueleto, al ver que estaba completamente desnuda, la hice que se acostara de nuevo diciéndole:

-Así no podéis venir conmigo, esperadme que yo volveré y traeré todo lo necesario, y ahora, ¿creéis que *vive* Dios?

-¿Que si creo?, si para mi sois Dios, sólo Dios resucita a los muertos.

-No, tu cuerpo no estaba muerto, porque nada hay muerto en la creación; confía en mí.

Volví inmediatamente a la posada, hice que viniera el alcalde, y le ordené que se cuidara-pagando yo-a la infeliz tullida; me obedeció dócilmente, y, cuando volví a la cueva de la enferma volvió de muerte a vida; sobre paja limpia habían extendido buenas mantas, sábanas y un cobertor; dos mujeres, una de noche y otra de día acompañaban a la enferma; el médico la visitó, pero sus visitas de nada servían; era mi voluntad, era la fuerza que me daban los invisibles lo que obraba maravillas con aquella infeliz que en muy pocos días conseguí levantarla y sacarla a paseo; la infeliz el primer día que salió no sabía si llorar o reír, si cantar o rezar, si abrazarme o besarme los pies; su júbilo fue inmenso; la niña también me miraba con el mayor asombro y me decía:

-Yo no creía en la resurección de los muertos, pero ahora si creo.

-A mi no me basta que creas, quiero que me ayudes en mis buenas obras y en ésta no me has ayudado.

-Es verdad, me espanté, lo confieso.

-Pues en la primera ocasión que se presente me ayudarás; no pienses nunca en el mal que te han hecho, sino en el bien que puedes hacer.

La enferma fue adelantando en su curación de un modo maravilloso: su arrugada piel de un color ceniciento, fue cambiando de matiz, la nutrición se operaba en ella a ojos vistas, y tuve que sostener con el médico serias polémicas, porque él me decía que era rayano en la temeridad mi proceder; a lo que yo le replicaba, que él había rayado en la inhumanidad, abandonando a aquella infeliz, cuando tenía otro deber que cumplir: hasta el cura del pueblo intervino en aquel asunto, reconviniéndome por haber ido a un lugar apestado, donde era más fácil recoger mal que bien. Yo lo miré con lástima y no quise enemistarme con él, pues ya estaba escarmentada de los pequeños enemigos; me contenté con hacer valer mi autoridad y en verdad que mi anillo producía verdaderos milagros, porque todos me obedecían sin replicar.

Cuando vi que la enferma se sostenía bien en pie, le propuse venirse conmigo, ya que de aquel pueblo sólo tenía amarguísimos recuerdos; la infeliz me aseguró que me seguiría al *fin* del mundo, que me serviría de rodillas, porque yo era su Dios; y efectivamente, aquella mujer me miraba como ningún idólatra miraría a su Dios; sus ojos parecían de fuego, y miraban tan fijamente, que hasta lastimaba su fijeza; sin embargo, yo sostenía su mirada porque en ella leía mil historias, ¡cuánto se veía en aquellos ojos!, asomaban a ellos todas las amarguras, todos los rencores de la enferma abandonada; yo creo que si hubiera podido manejar un hacha bien afilada, hubiera cercenado todas las cabezas de los que la abandonaron, ¡cuánto odio revelaban sus ojos!, en cambio, cuando me miraba se le llenaban de lágrimas, se ponía triste y alegre, y yo mirándola a ella y a la pobre niña, limpia y vestida humildemente, sin aquellos repugnantes harapos, sin aquella expresión de amargura en su lindo semblante, daba gracias a Dios y decía: "-Estas dos infortunadas, serán las primeras piedras sobre las cuales levantaré un *Refugio* para

las huérfanas. ¡Qué bueno es hacer bien...!, ¡qué bueno es buscar a los desgraciados!, ¡qué inútil en cambio es la vida en la reclusión...!, ¡sin ver penas...!, ¡ni oír quejas!, ¡sin conocer las miserias humanas!, creo firmemente que no se puede conquistar el reino de los cielos, sin antes haber saneado el infierno de la tierra.

Quiero hacer constar, que al referir las curaciones que hice en mis múltiples existencias, y muy especialmente en la última que estoy refiriendo, no es para darme visos de *santidad,* pues bien claramente he referido, que pasé por todas las humillaciones y las degradaciones del vicio antes de conocer la grandeza de Dios; quiero demostrar únicamente, que en la naturaleza -arsenal infinito-, se encuentran fuerzas disponibles, que puede hacer uso de ellas todo aquel que tiene buena voluntad y firme propósito de ser útil a sus semejantes. Si yo dispuse de ellas, que tan pocos méritos tenía, ¡cuántos milagros podrán hacer los que ya no se acuerden de haber pecado!, ¡los que cuentan siglos y siglos de ascensión continua...! ¡todo es luz en la creación!, ¡bendita sea la luz, porque ella es la imagen de Dios!

CAPÍTULO XLI

Estuve unos cuantos días más en aquel lugar ocupándome de atender a las necesidades más apremiantes de los enfermos, y mientras estuve allí, como si una aurora de protección irradiara en torno mío, como si una legión de espíritus angélicos me dirigiera palabras de consuelo y de esperanza, lo cierto es, que hice verdaderos prodigios, pues yo tan débil y tan imperfecta, hice mucho bien con mis palabras y mis hechos; moralicé a muchas mujeres; no así lo conseguí con los hombres; a los viciosos y a los holgazanes no se les puede redimir tan fácilmente; están tan apegados a sus vicios, que necesitan muchas existencias para renacer a la vida del espíritu.

Con la enferma ya curada, con la buena mujer que no sabía dónde ponerme, tan agradecida estaba de haber vuelto de la muerte a la vida, y la niña salvada de la miseria y del martirio, con aquellos dos seres buenos y sencillos, la bondadosa Marta y la humilde María, emprendí mi marcha nuevamente, dejando a mi conductor, pues ya no me eran necesarios sus servicios, por ser Marta muy conocedora del país y llevar de retaguardia los dos servidores de mi hermano.

¡Qué modo de viajar tan delicioso! Marta y María me habían tomado tanto cariño que parecían de carne de mi carne y huesos de mis huesos; ¡qué atenciones tan delicadas tenían conmigo!, ¡cuánto bueno hay escondido entre la miseria y el abandono!, ¡cuántas almas, como pájaros sin alas, viven fuera de su medio ambiente...! ¡qué contenta estaba de mis buenas obras!, ¡qué compañeras tan agradables eran para mi Marta y María!, la una por su experiencia, la otra por su inocencia y su candor.

Llegamos a otro pueblo y allí pregunté si había víctima del dolor; un hombre me dijo con amargura:

-¿Por dolores pregunta usted, señora?, ¿de qué país viene?, si este mundo es un puro dolor; aquí tenemos enfermos de sobra y pobres con tal abundancia, que no sabemos qué hacer para remediar tantas penas, pero en particular hay una familia que es digna de compasión, una pobre viuda con cuatro hijos; el mayor es un joven que apenas nació comenzó a sufrir horribles convulsiones, sufre

espantosamente y él ha sido la ruina de su familia; su padre murió de pena y su muerte y sus tres hermanas han llegado al extremo de la miseria, porque han gustado cuanto tenían en hacer venir médicos para que vieran a su pobre enfermo, que pasa la vida en la cama, y la mitad del tiempo atado, porque cuando le da la convulsión, se levanta en el aire y parece que quiere volar; aquello es espantoso, por eso lo atan cuando conocen que le va a dar el ataque, y el infeliz maldice entonces la hora en que nació y le quiere pegar a su madre, en fin, no hay desgracia mayor que la de esa pobre familia, ¡son tan pobres...!, ¡y tan buenos al mismo tiempo...!, que, vamos, hay cosas que no sé cómo Dios las permite.

-Pues acompáñame enseguida a ver a esos desgraciados, y veremos a ver lo que puedo hacer por ese enfermo; si me es posible quitarle los accidentes.

-Señora, ¿está usted en su juicio?, si han venido los mejores médicos y todos han dicho:

-Aquí no hay nada que hacer.

-Es que para Dios no hay nada imposible; y si ese infeliz merece el término de su expiación, su expiación terminará.

-No, señora, no; podrá usted aliviar su miseria, y hará una buena obra, porque el enfermo come más que toda la familia junta, y le digo que están pereciendo y como es gente que han estado muy bien, su pena es mayor, porque creen que la pobreza deshonra.

-Pues vamos cuanto antes.

El buen hombre me miraba muy sorprendido y moviendo la cabeza en señal de incredulidad, dijo:

-Vamos.

Y echamos a andar seguidos de Marta y de María.

Llegamos ante una casita muy limpia, rodeada de flores, entramos y la madre del enfermo nos recibió con triste amabilidad; sus hijas, débiles y enfermizas, revelaban la amargura de su vida, mi guía les hizo presente mi pretensión de curar al enfermo, y las pobres mujeres se sonrieron amargamente, moviendo la cabeza como quien dice:

"¡Pretensión vana!, ¡se han agotado todos los medios!" Entramos en una habitación muy limpia, donde no había más que unas cuantas sillas y una cama con las sábanas y almohadas más blancas que la nieve, y dentro de aquel nido estaba el joven enfermo, fuertemente atado, pues hacía poco que había tenido el accidente; parecía dormido, le toqué la frente y se despertó, me miró el vestido, no el rostro, y le pregunté:

-¿Hace mucho tiempo que sufres? Me miró fijamente, hizo esfuerzos para hablar, y dijo al fin:

-No puedo, me oprimen, me cortan las carnes, me desgarran la piel, ¡me matan!, ¡me matan!

-¡Por Dios!-me dijeron las mujeres-, no le hagáis hablar.

-Dejadme obrar, quiero curarle, si él quiere curarse.

-¿Qué si quiero?-dijo él-, sí que quiero curarme o morir. Y entonces blasfemó, gritó, rugió, aulló, y, al fin, se quedó tranquilo, se sonrió burlonamente y me dijo:

-Vamos, si eres valiente, cúrame, aunque más valiera que te volvieras al

convento porque aquí nada tienes que hacer, deja sufrir a los que sufren.

Yo al oír aquellas palabras sentí fuerzas gigantescas, corrientes de fuego circularon por mis venas, mis ideas era luminosas, sentí desbordarse en mi un amor inmenso hacia los que sufrían y mientras en mí se operaba aquel fenómeno, el enfermo deshizo sus ligaduras con la rapidez del rayo, y yo oí la voz de siempre que me decía: "-¡Cúrale...!, ¡adelante!, ¡no temas!" Y en verdad que bien necesitaba que me dieran ánimo, porque espantaba ver el cuerpo del enfermo cómo rechazaba mi fluido; a mis pases magnéticos respondía con sacudidas violentísimas, el cuerpo resbalaba, caía y se levantaba y volvía a caer, y yo decía: "-Quiero que se cure y se curará." Y el enfermo rugía desesperadamente, y me insultaba del modo más grosero; pero yo comprendía que eran estallidos de los malos genios que abandonaban a su víctima; tras una lucha verdaderamente horrible, el enfermo quedó como muerto; le puse la mano en la frente y la tenía helada, fría, con ese frío que sólo se apodera de los muertos. Tuve un momento de vacilación, de cruel incertidumbre, pensé si se habría muerto, si habría yo confiado demasiado en mis fuerzas, y temblando interiormente, le dije: "-¡Despierta...!, ¡despierta!" El joven abrió los ojos y me apresuré a seguir mi curación dándole pases magnéticos desde la cabeza a los pies, y entonces, ¡cuan inmensa fue mi satisfacción!, aquel rostro enjuto, cadavérico, se coloreó, sus ojos brillaron, sus labios secos se humedecieron, el suave calor de la vida fue quitando el entumecimiento a sus miembros, y blandamente se movió de un lado a otro, revelando su semblante el más dulce bienestar.

-¿Qué sientes?-le dije.

-He vuelto a la vida, he muerto y he resucitado; creo que hasta podría levantarme.

-Pues levántate, incorpórate, siéntate en tu lecho. El joven, sin el menor esfuerzo se sentó y entonces palideció, diciendo:

-¡Ay, se me cae el corazón!

Dirigí mi diestra al punto señalado por el enfermo, y pronto el joven exhaló un suspiro de satisfacción; de nuevo había vuelto a la vida.

-¿Quieres bajar del lecho?

-¡Que si quiero...!, ¡llegó ya el tiempo!

-Si, ha llegado, baja. Bajó; ordené que le abrigaran, que le vistieran.

-¿Con qué?-dijo una de sus hermanas-si nunca ha tenido ropa... si no la necesitaba... ¡ahora si que se la haremos...!

Y las pobres mujeres estaban tan asombradas que reían, lloraban, se abrazaban unas a otras, sin atreverse a tocar al enfermo, temiendo que se deshiciera el encanto. Hice acotar al resucitado y me quedé completamente anonadada, tan decaída me sentí, que pensé si algún espíritu maléfico se habría apoderado de mí, y oí la dulcísima voz de un niño que me decía: "-Pides males y obras bienes, tú deliras, gózate en tus obras sin orgullecerte, pero goza en tus hechos." Y entonces, ¡cuánto lloré!, lloré de amor, de reconocimiento. Marta, viéndome llorar, decía:

-¿Lloráis y sois la Providencia de los enfermos? Con su voz me animé y la dije:

-Es que oraba.

Y en verdad que mentía, porque en aquellos momentos fui tan ingrata, que no supe dar las gracias a Dios; ¡me avergüenza mi ingratitud...!

Cuando salí de la casa, todos me bendijeron; quisieron besarme las manos y yo estreché contra mi corazón a aquellas cuatro mártires de la miseria y del dolor, asegurándoles que sus penas habían terminado.

Me apresuré a volver a la posada y me encerré en mi cuarto; necesitaba estar sola; hay momentos que se necesita la soledad para hablar con Dios, y le dije: "-¡Señor!, ¿qué ha pasado?, ¿quiénes fueron aquellos seres que tanto mortificaban a aquel infeliz?"

Al hacer yo tal pregunta me pareció ver una lluvia de chispas luminosas, y sentí agudos silbidos, rugidos de fieras, aullidos extraños, pero yo exclamé: "-Es inútil vuestro trabajo, seres imperfectos: no hay más fuego que el fuego del amor." Y de nuevo repitieron los silbidos, los rugidos y las maldiciones, mas yo repetí: "-No, no; no me haréis creer en la existencia de seres infernales; en la creación no hay más sombra que la del delito, pero el delito no es eterno, el pecador se arrepiente, y el arrepentimiento es luz." Y recobrando mi serenidad, seguí viendo la lluvia luminosa hasta que sentí lo que otras veces había sentido, que al parecer me elevaba en el aire, y me vi flotando en la atmósfera; era azul cuanto me rodeaba, y encantada exclamé:

"¡No hay más que tú, Dios mío!, ¡no hay más que tú!, tú que te envuelves con el manto azul del firmamento; cuando vi que en la atmósfera azulada que me envolvía, se abría un hueco más azul todavía que mi envolvente; aquel hueco se fue agrandando hasta formar una bóveda grandiosísima, que se fue llenando de oleadas luminosas, y en medio de ellas vi la figura de siempre, la imagen hermosísima de *El* y llegó tan cerca de mí, que sentí hasta su aliento, y ¡no sé entonces lo que sentí!, acepté su mano que era su luz de luz y me dijo:

"No dudes, ya sabes lo mucho que te quiero; por fin ya vas haciendo mis obras; ya ves, aquellos que no me quisieron murieron y vuelven a estar en la tierra levantando iglesias que no son mías; tú, por tu parte, edifica, que ya harán contigo lo que conmigo hicieron.

Yo al oírle, me acercaba a *El* más y más, pero *El* retrocedía más y más, y yo le dije con dolor:

-¿Por qué os alejáis de mi?

-Porque no es éste el camino para acercarte a mí, tu camino es el dolor y el deber.

-¡No me abandonéis, Señor! ¡Mi Señor, tened misericordia de mi!

-No soy Dios, soy uno de sus profetas, no me adores como a Dios.

-Pero si yo no he visto nada más hermoso que vos, dejadme adoraros.

-Mujer, Dios palpita en la Creación, no me adores.

-Bueno; no os llamaré mi Dios, os llamaré ¡mi amor!

Y al decir esto, tomaron sus ojos una expresión, una dulzura, un sentimiento... ¡qué ojos aquéllos...! ¡me enloquecían...!, ¡me arrebataban...!, ¿cómo me quedé...?, ¿mi *yo se* iba con *El o* se quedaba *suyo* conmigo? ¡Ay! aquello era vivir mil siglos por segundo, y morir no sé cuántas veces en un instante; mirando sus ojos me quedé dormida, y entonces contemplé mi cuerpo con sentimiento, con ternura, con pena; me daba mucha lástima de mi envoltura, no era fe, no, su

conjunto era agradable; miré con cariño aquel instrumento que me servía dócilmente, compadecía su privación de goces terrenales, porque era un cuerpo fuerte y vigoroso que hubiera resistido todos los embates de la maternidad, ¡pobre cuerpo mío...! en tomo de él vi muchos espíritus que luchaban entre si, otros temían; ¡cuánto vi...! después... completo reposo.

Desperté contenta, alegre y tranquila, motivos tenía para estarlo; hablé largamente con Marta y María sobre mis planes futuros. Visité a muchos enfermos, y por indicación de Marta, fuimos a un pueblo pequeñito, donde ella tenía una amiga de su juventud, que no la veía desde que cayó enferma. Efectivamente, encontramos a la amiga de Marta, que era una viejecita muy agradable. Se asombró de ver a Marta, pues había llorado su muerte años atrás; me miró con mucha fijeza y me dijo: "-¡Cuánto hay en esos ojos...!, tú puedes hacer mucho..." Y entablamos las dos una conversación tan útil y tan interesante, que las horas a su lado parecían segundos, ¡qué bien comprendía aquella viejecita la vida espiritual!, negaba el cielo y el infierno, y aceptaba las exigencias sucesivas y el progreso indefinido del alma. Hizo un examen de conciencia admirable; descubrió su vuelta al espacio, que parecía que ya estaba en él, y me dijo por último: "-¡Nos volveremos a ver, porque en cuanto pueda, me presentaré a ti, y tú me verás porque tus ojos ya están acostumbrados a ver las almas! ¡Has visto tantas, y las que verás!

Por aprender, me quedé muchos días en aquel pueblecito, y la viejecita decía muy contenta: "-Por fin he hablado en este mundo con una persona que me entiende; lo que te he dicho ati no se lo he dicho a nadie, porque nunca he salido de este rincón, y aquí nadie me hubiera entendido, me hubiesen creído loca y he vivido encerrada en mi misma, recordando indudablemente lo que en otro tiempo aprendí."

Cuando me despedí de la viejecita, sentí la misma impresión que si dejara a un antiguo amigo, y de muy buena gana me la hubiera llevado conmigo, pero ella me dijo sonriendo:

-Ya es tarde; mi cuerpo es un montón de ruinas, tampoco te haré falta, porque llevas contigo buenos elementos. María es una niña buena, emplea sus fuerzas.

-Eso quiero yo-replicó la niña-, si Dios es el que hace las curaciones que yo he visto, y sólo basta querer para curar, yo quiero ser útil a mis semejantes.

-Y lo serás-le dije-, pide a Dios aliento y Dios te dará fuerzas.

-Si te las dará-replicó la viejecita; y como si en aquellos momentos estuviera inspirada, nos abrazó a los tres en un solo abrazo exclamando-: ¡Benditas sean las almas de buena voluntad...!

La bendición de aquel sabio ignorado, me conmovió profundamente, ¡cuánto valía aquel espíritu!, admirándole y recordando sus instrucciones, me puse en camino para una ciudad; quería en un centro más grande engrandecer mis trabajos... aunque bien considerado, nunca sabemos dónde está lo grande ni lo pequeño, que a veces se encuentra donde menos se piensa, lo que yo encontré en la viejecita: ¡un sabio ignorado!

CAPÍTULO XLII

Nos fuimos de aquel lugar y pasamos a otra población más grande, de más importancia; busqué albergue cómodo para todos y desde allí comencé a enterarme

de las miserias de la gran ciudad. Difícil tarea me impuse, pues tropecé con muchos inconvenientes para saber lo que ocurría, por ser sus habitantes muy hipócritas y muy fanáticos; callaban como muertos antes de descubrir sus interioridades y llegué a cansarme de su obstinada reserva, empleando mi tiempo en pasear por el campo, donde había sitios muy deliciosos; allí la naturaleza era muy pródiga, daba flores y frutos en abundancia y árboles centenarios brindaban con su frondoso ramaje apacible sombra. Una mañana, salí sola y me fui a un paraje muy ameno, donde nunca encontraba a nadie y podía entregarme más a mi gusto a las meditaciones, que todas iban encaminadas a un mismo fin, a mis vastos planes de fundaciones religiosas. De pronto, me detuve sorprendida, porque en un recodo donde había una plazoleta muy pequeñita rodeada de toscas y anchas piedras, en una de ellas vi sentado a un anciano pobremente vestido, sus manos se cruzaban sobre un nudoso bastón medio extendido, y sobre sus manos se apoyaba su barba en tanto que sus ojos se fijaban no sé dónde, porque era tal su fijeza y su inmovilidad, que parecía que miraban sin ver; tan abstraído se encontraba el anciano en sus reflexiones, que muy amargas deberían ser, por el desaliento que se leía en su semblante; como el avaro que encuentra un tesoro, así me alegré yo de encontrar aquel nuevo ejemplar del dolor, y comencé a dirigir mis preguntas al pobre viejo, que sólo contestó a ellas con monosílabos, demostrando bien a las claras que le importunaban mis preguntas, y su desagrado subió de punto, cuando vio que me senté cerca de él y le dije:

-¿Os estorbo?

-Si, señora; vine aquí para estar solo, y veo que ni aquí puedo estar tranquilo.

-¿Sufrís mucho, quizá? Leo en vuestros ojos penas y azares.

-¿Sois gitana que adiviná is dolores?

-No soy gitana, que no se necesita serlo para leer de corrido en el corazón humano, y leo en todo vuestro ser que sufrís mucho, muchísimo.

-Pues sabéis leer muy bien, señora, porque estoy despreciado de todos, y... ¡todo me falta!, hasta valor para pedir limosna; estoy harto de todo y de mi mismo, he de luchar con todas las penalidades, nunca me he espantado, y siento espantarme ahora que poco debe quedarme de vida, porque soy muy entrado en años, y porque yo acortaré el plazo, que el mal camino debe andarse pronto.

-No habléis así, no penséis en mataros, ¿para qué? después de tanta lucha debéis iros cuando Dios os llame, que vos no tenéis derecho a adelantar las horas en el reloj de la vida.

Y sobre tan hermoso tema hablé mucho, y hablé bien; el pobre hombre me escuchó con mucha atención, diciéndome al fin con triste sonrisa:

-La verdad es que me consoláis, pero... momentáneamente; vuestro lenguaje me persuade, vuestras razones me convencen, pero esto se parece a los rayos del sol en un día de invierno, que duran poco; yo, señora, tengo el frió del hambre, y debo morir porque no puedo vivir, porque no tengo con qué alimentarme; me llevarán a un lugar donde a los hombres se los trata peor que a los perros guardianes de las casas de campo, donde la suciedad impera, y no me encuentro con valor suficiente para vivir entre tanta miseria y tanta inmundicia.

-Ya estoy contenta de haber venido aquí, porque os seré útil, me parecéis digno y venerable; me inspira respeto vuestro infortunio y remediaré vuestra

imperiosa necesidad. El pobre viejo al oír mis palabras se fue acercando a mí diciendo:

-Nunca he sentido una voz de consuelo, y eso que he tenido mucha familia, y si yo pudiera pedir, os diría: "No me abandonéis ya que decís que tengo derecho a ese sol, no me dejéis entregado a la inclemencia."

-No temáis, yo os brindo mi amistad; acabaréis vuestra existencia amparado y respetado, y no me deis gracias a mí, dádselas a Dios, que es el padre de todos. Los ancianos, los débiles, los niños, son mi familia; esperadme, que pronto volveré.

Le alargué la mano, y el anciano, antes que yo pudiera impedirlo, la besó con el mayor respeto... con qué ternura me miró cuando le dije: "-Adiós, hasta luego."

Contentísima de mi encuentro, volví a mi albergue y le dije a María: "-Ven conmigo; quiero que me ayudes en una obra buena." La niña me abrazó para demostrarme su regocijo, y los dos fuimos a comprar lo indispensable para que se alimentara el anciano... María se encargó de arreglarlo todo, y nos fuimos las dos a encontrarle; cuando nos vio llegar, ¡qué contento se puso!, ¡pobrecito!, con qué afán miraba a María que le presentaba sabrosos manjares; todo lo encontraba bueno, y María contentísima de empezar su apostolado de la caridad se desvivía por dárselo todo muy bien partido, como si fuera un niño pequeñito que apenas supiera comer. Yo me retiré un poco para que el anciano comiera más a sus anchas, y observé que comía con finura y pulcritud, preguntándole a María si era mi hija.

-No-dijo ella -, pero la quiero más que si lo fuera.

-¿Tienes padres?

-No, tengo hermanos, pero éstos no se acuerdan de mí.

-Entonces estás como yo; yo tengo hijos y nietos y huyen de mí, porque... ¡soy pobre!

-¡No temáis, ya os vendréis con nosotras!

¡Cuánto me gustaba ver aquel cuadro! María, como si toda su vida hubiera estado al lado del anciano, le hablaba con el mayor cariño, y él le contaba sus desdichas con la mayor naturalidad; ella le inspiraba más confianza que yo; los niños y los viejos se suelen entender muy bien, se asemejan, la aurora y el ocaso tienen crepúsculo; también lo tienen los niños y los viejos, los niños con su inocencia, los viejos con su decrepitud.

Terminada la comida, que aunque muy sencilla, para él fue opípara, me dijo muy contento:

-Señora, estoy a vuestra disposición.

-Bueno, pues, ahora bien comido y bien bebido, disfrutad de tan hermoso día y antes de anochecer volved a este lugar, que María vendrá a recogeros y os acompañará a mi albergue; aprovechad las horas de sol, que el sol es el mejor amigo de los pobres en un día de invierno.

Volví a la ciudad y entré en un templo y hablé con el capellán mayor, preguntándole si había un asilo para los pobres, al cual yo pueda llevar un anciano.

-Eso es difícil, señora, porque hay tantos que esperan turno, que pasarán años antes de entrar su protegido.

-Bueno, de eso ya hablaremos; antes de todo, os ruego que me acompañéis

a ver el asilo.

-Antes, señora, he de saber a quién acompaño.

-No os importa saber mi nombre, básteos saber que soy delegada de la *junta de damas nobles,* y en prueba de ello mirad-y le mostré mi anillo.

Al verlo, se quedó asombrado; me miró con algún recelo, y se puso a mis órdenes. Llegamos al asilo y me quedé pasmada, ¡qué establecimiento benéfico!, hay perreras más limpias y aseadas... ¡qué miserias, Dios mío!, ¡qué lugar tan lóbrego!, ¡qué mal olor!, aquello era irresistible; ¡qué patio central!, los pobres viejos estaban medio desnudos, llenos de inmundicia, de insectos, abundando en ellos las enfermedades cutáneas; las hermanas de la caridad tenían más traza de sepultureras que de enfermeras; pedí ver a la directora del establecimiento, y se presentó una mujer altanera y desagradable, el capellán me presentó a ella diciéndole el cargo que yo desempeñaba, y la mujer se puso más altiva aún. Yo le indiqué al capellán que su misión había terminado, y éste se retiró muy a pesar suyo; entonces la dije a la directora:

-Siento deciros, señora, que esto no es una casa de beneficencia, es un montón de inmundicias; aquí no hay limpieza ni en el sentido más rudimentario.

-No admito vuestras censuras.

-Es que este establecimiento es repugnantísimo y si me quejo es que la razón me sobra; vengo a dejar a un pobre y quiero que no viva como un irracional, sino como deben vivir los hombres.

-Pues parta usted del principio que aquí no caben más pobres, de consiguiente, nada tiene usted que ver con este asilo, su pobre aquí no entrará-y no miró con el mayor desprecio.

-¡Infeliz!, ignoráis con quién habláis, no tengáis tanto orgullo con esa toca, que con ella os creéis *ser algo,* no sabéis mañana dónde iréis a morir, que en las comunidades religiosas se pasa muy fácilmente del sillón abacial a la mazmorra.

-Soy noble.

-Yo también y es lástima que vuestra nobleza no os haya dado más que soberbia, y no la comprensión necesaria para compadecer el dolor de los necesitados.

-Es que de intento no quiero compadecer, quiero que todos sufran por honra y gloria de Nuestro Señor Jesucristo.

-Ya os haré entender después cómo se debe honrar la religión de Cristo; si es matando a los pobres por medio del hambre, de la suciedad y del frío, o amparándoles y consolándoles y haciendo más llevadera su miseria con el sano alimento, con la limpieza y el abrigo necesario.

La directora me miró con el mayor desprecio y me volvió la espalda. Yo salí de aquel lugar verdaderamente afligida, ¡vi tantas infamias...! Llegué a mi albergue y le pedí a María que fuera por el anciano; llegaron los dos, y María le dio de cenar y le enseñó el cuartito que para él había preparado; el pobre viejo lloró de alegría, ¡qué hermoso es hacer el bien!, no hay placer que le iguale; aquella misma noche le escribí a mi hermano dándole cuenta de mi plan sobre el asilo, y mi hermano me contestó que no me ocupara de dicho establecimiento, que era meterme en la boca del lobo, pero yo insistí en mi propósito, y él cedió a mis ruegos y a mis razones, enviándome cuanto le pedí; mientras todo se arregló me ocupé en estudiar las dos

tendencias que dominaban en aquella población: la nobleza era católica, apostólica, romana y fanática hasta la exageración, y la clase media, judía de origen, hipócrita y avara, ¡cuántas miserias vi, Dios mío!

Pasaron días, y al fin recibí un pliego lacrado que contenía la destitución de la directora del asilo y el nombramiento de nueva superiora. Fui al asilo y al presentarle la destitución a su directora, ¡cómo se puso aquella mujer...!, me insultó groseramente, me dirigió los epítetos más calumniosos, me amenazó y hasta quiso pegarme, pero la contuve con mi voluntad, diciéndole únicamente que se fuera en paz.

-No me iré; no me iré; me han de sacar arrastrando.

-Salid del modo que os acomode; la autoridad eclesiástica se encargará de enseñaros el camino.

Y tuve que acudir a ella para que aquella furia infernal se decidiera a obedecer, pero al marcharse me amenazó diciendo que se vengaría de mí sin piedad.

Vino la nueva superiora y nos costó mucho a ella y a mí, poner en claro los medios con que se contaba para sostener el establecimiento, y en verdad que eran muchos; se contaba con saneadas rentas de cuantiosos legados; el asilo era una rica fundación; poseía para su sostenimiento, buenas haciendas, inmensos terrenos de tierras laborales, molinos de aceite y harineros, y tanta renta se empleaba... en cometer el más horrendo de los crímenes: en hurtar a los pobres lo que legítimamente era suyo.

¡Qué cambio tan radical se operó en el establecimiento! se hizo limpieza general; sus paredes se pusieron más blancas que la nieve, hice poner fuentes por todas partes, arreglé y amueblé habitaciones, hice labrar la tierra de dos magníficos huertos anexos al edificio, hice construir baños, doté al establecimiento de médicos, de botica, de todo el personal facultativo necesario para cuidar a centenares de ancianos, que volvían de la muerte a la vida; porque hice que se bañaran, que los vistieran con ropa nueva y que se quemaran todos sus harapos; y cuando todo estuvo arreglado, cuando aquel caserón parecía un paraíso, le dije al anciano que había estado en mi albergue todo aquel tiempo: "-Venid conmigo." El pobre viejo me siguió, y al entrar en el asilo se conmovió, y me pidió clemencia, diciendo:

-No me dejéis aquí.

-No temáis, no estaréis recluso, la superiora tiene las mejores intenciones respecto a vos, y saldréis diariamente, comeréis con ella, haceos cargo que viviréis con una hija; es una mujer buena, que está dispuesta a cumplir con su sagrado deber.

-Pero, y a vos, ¿cuando os veré?

Para consolarle mentí entonces, le dije que muy pronto volvería a verle; el pobre no sé si me creyó, sólo sé, que lloró como un niño cuando me vio salir y que la directora, al abrazarme, me dijo conmovida:

-No temáis por ese pobrecito, le consideraré como si fuera mi padre. Cuando salí, miré el *rejuvenecido* edificio, blanco y alegre, y dije: "-Aquí no he puesto la primera piedra, pero he dejado una buena administración; los pobres aquí acogidos, vivirán mucho mejor que antes, ¡pobrecitos!, están limpios, abrigados, tienen camas, sillas, dos huertos hermosísimos donde poder pasear. ¡Gracias, Dios

mío!" Volví a mi hogar y me dijo Marta:

-Estáis muy animada, pero creedme, en las grandes ciudades hay muchos ingratos.

-No importa, aquí he podido hacer mucho bien; cierto es, que una víbora me ha jurado vengarse de mi, su odio me lastima, lo confieso, me espantan las explosiones del odio.

Me acosté y pasé mala noche; no dormí ni vi nada bueno, al fin, oí una voz que me decía: "-Adelante, no temas; los odios de hoy, son las humillaciones de mañana." Me dormí al fin, y muy entrado el día me desperté, y vi a Marta que me miraba sonriendo, diciéndome:

-¡Qué hermosa estáis dormida!, y aunque aquí penetran los rayos del sol, vos tenéis otra luz que os ilumina, tenéis luz propia.

-No, Marta, no; soy demasiado imperfecta todavía para irradiar luz; si es que no os engaña vuestra imaginación, si en realidad la luz me rodea, es el destello de otros espíritus, que Dios permite que a mí se acerquen.

-¡Como que sois tan buena!

-No, Marta, no; yo aún no soy buena.

-Pues si todos fueran como vos, la tierra ya sería un cielo.

-Y lo será; cuando la humanidad piense en amarse, no habrá necesidad de que vayan las mujeres por el mundo como voy yo, ni se necesitarán hombres que mueran en la cruz para salvar a la humanidad; la humanidad amándose, no necesitará de redentores.

-¡Qué bien se vivirá entonces!, ¡dichosos los que estén en este mundo!

-Ya volveremos a disfrutar de esa dicha, y ahora prepara todo lo necesario para ponernos en marcha, que quiero volver a casa de mi hermano, para que conozca a mis nuevas servidoras, y vea que mi trabajo es útil, pues María como es muy niña, tendrá tiempo sobrado de practicar el bien; y tú como has sufrido mucho, me ayudarás a compadecer a los enfermos, y como eres muy agradecida, tu gratitud será el ramo de violetas que perfumará el ambiente de mi vida.

Marta me abrazó llorando, y sus lágrimas, cual rocío benéfico, inundaron mi rostro; María nos abrazó a las dos, y los ángeles debieron sonreír al ver el grupo que formábamos la inocencia, la gratitud y el deber.

CAPÍTULO XLIII

Regresé a mi casa solariega, donde fui muy bien recibida por mi hermano; me instalé en mi antiguo aposento; coloqué a Marta y a María muy cerca de mí, y durante muchos días me dediqué a escribir mis impresiones de viaje, consagrando sentidos recuerdos a todos aquellos a quienes había sido útil con mi buena voluntad. Escribí con tanta facilidad, que no me quedó la menor duda de que estaba muy bien inspirada, y así como otras veces después de escribir me quedaba rendida, en aquella ocasión, mientras más escribía mejor me encontraba, con más lucidez en las ideas, con más razón en mis argumentos, sosteniendo conmigo misma un diálogo interesantísimo; entre otras cosas me pregunté: ¿Cuál es el mejor sacerdocio? ¿Es bueno pasar la juventud sin pasiones, sin ilusiones mundanas, sin ensueños terrenales, y encontrar consuelo, únicamente amparando a los desvalidos y velando por los huérfanos? ¿Se debe preferir a todas las dichas de la tierra, el

enjugar una lágrima? ¡qué bueno es hacer el bien...! Y todo mi ser se conmovía pensando en los inefables goces que proporciona la práctica de la caridad, virtud superior a todas las virtudes, amor más inmenso que todos los amores, estampando en el papel mis impresiones, y haciendo un concienzudo examen de conciencia, pasé largos días; y en tan buen ejercicio recuperé mis perdidas fuerzas, gastadas en las molestias del viaje y en las curaciones de mis enfermos; me puse tan bien con aquella temporada de reposo, que me encontré de nuevo ágil y fuerte, dispuesta a luchar como antes, y decidida a arrancar todas las *raíces del mal,* ¡vana quimera!, lo que se arraiga con millones de siglos, no se desarraiga en breves segundos.

Una mañana, ansiosa de aire, de luz y de vida, me fui sola a pasear por el campo, no con el único objeto de pasearme, porque yo tenía la costumbre de emplear mi tiempo en varias cosas a la vez, acariciaba la idea de encontrar un lugar a propósito, para en él levantar mi primer convento de religiosas, o asilo benéfico donde mi religión abriera sus brazos a los desamparados, aprovechando la oferta de mis dos poderosos protectores: la ilustre dama y el profundo sabio; anduve largo rato hasta encontrar un paraje deliciosísimo; subí una cuesta suave, ya en la altura, quedé maravillada contemplando tantas bellezas juntas; entre prados matizados de flores, se veían las ondulaciones del río, allá lejos las casas de labranza, con sus rebaños y sus pastores, que tranquilamente vivían más felices en su apartamiento, que los habitantes de las grandes ciudades; cuanto me rodeaba estaba impregnado de ese perfume que tiene el reposo y la quietud. ¡Qué hermosa es la naturaleza en sus periodos de calma!, en aquel sitio verdaderamente encantador, elevé mi pensamiento a Dios, y le p regunté qué era más beneficioso, si consolar a un alma, o levantar un templo; y como hice mi pregunta en alta voz, el eco repitió fielmente: "¿Qué es mejor, consolar a un alma o levantar un templo?" Mi razón me dijo que era preferible consolar a un alma; pero recordé a mi protectora, y me hice cargo que había que satisfacer las vanidades humanas, aunque más se edifica consolando a los débiles, que levantando torres de granito; mas tenía que complacer mis protectores, y me decidí aquel mismo día a escribir a la ilustre dama, diciéndole que viniera para ver si le gustaba el punto por mi elegido para dar comienzo a nuestras fundaciones. Mi protectora no se hizo esperar, vino acompañada de un célebre arquitecto, que era una especialidad en construcciones religiosas, y a los dos les gustó mucho el lugar por mi elegido; se procedió inmediatamente a la compra del terreno, y como era para un objeto piadoso, el propietario cedió una gran parte gratuitamente; ¡poder del fanatismo...!

Con gran pompa se colocó la primera piedra; a dicha ceremonia asistió gran concurrencia; dentro de una ánfora se colocaron monedas, pergaminos y cuantos objetos es costumbre poner en estos casos; mi protectora me dúo:

-¿Y vos no ponéis nada?

-Si, esta pequeña poesía.

-Pues colocadla en su lugar.

-Antes quisiera leerla.

-¿Para qué?, no se ha leído ningún otro documento, escribid sencillamente, que vos habéis elegido este sitio admirable, y la poesía ya la leerán los que a su tiempo derriben lo que hoy levantamos.

-¡Ah!, no-dijo el sacerdote que debía bendecir la primera piedra-, esa poesía

debe leerse, porque indudablemente compone parte de los cimientos: leed.

Temblando y contrariada por mi protectora, leí mi poesía cuyo asunto era alusivo al acto, pues decía, que para edificar en la tierra basta dinero y voluntad, y para edificar en las almas, se necesita del amor de Dios, y su amor pedía, para llevar a cabo mi obra de redención.

Después de terminada la ceremonia, se celebró una pequeña fiesta, a las cuales comprendí que era muy aficionada mi protectora, afición desarrollada por vivir rodeada de placeres y vanidades. Cuando todo se dio por terminado; sentí un miedo inexplicable que se aumentó cuando me dijo mi protectora muy secamente:

-Tenemos que hablar.

-Bueno, mañana; hoy no me encuentro en disposición más que de entregarme al reposo. Al día siguiente me dijo con más amabilidad:

-Sois humilde, pero exigente; ayer quisisteis leer, y esto me incomodó; y he de advertiros que las obras las dirigiré yo, sin que por eso deje de admitir vuestra ayuda.

Yo al oírla, le iba a decir, que la dejaba de muy buen grado el cargo de todo, y que ella sola hiciera y deshiciera; pero oí una voz que me decía: "-Cuidado, no te resbales, levántese el edificio y adelante." Ante aquel mandato, cambié de rumbo y dije a mi protectora:

-Haced cuanto queráis, señora, ya que vos costeáis la obra.

Ella entonces, más cariñosa y comunicativa, me habló de sus vastísimos proyectos, dejándome comprender que más quería hacer un centro de placeres que no un lugar de oraciones. Yo, la verdad, sufría muchísimo viendo el giro que ella le daba a la fundación; le hice algunas objeciones, y ella trató de convencerme que eran vanos temores; que yo dirigiera las obras del convento y de la iglesia, y las edificaciones anexas al edificio ella se cuidaría de construirlas a su gusto, puesto que pasaría largas temporadas en aquel puesto, y justo era que tuviese su morada en armonía con sus gustos, con su rango, con su modo de vivir, espléndidamente regio.

Mucho me disgustaba tal vecindad para el convento, pero enmudecí, y me quedé al cuidado de las obras que se comenzaron con gran número de obreros trabajando por tandas de día y de noche. Mis paseos todos eran hacia aquel lugar, y cuando veía a los trabajadores moviendo penosamente moles de granito, yo decía: "-¿Qué verán estas piedras?, ¡quién sabe...!" Las obras, aunque mucho se trabajaba, para mi se hacían con desesperante lentitud, porque me cansaba de no moverme, de no ser útil a nadie; escribí mucho, pero esto no me bastaba; un día, como de costumbre, me dirigí a ver las obras que ya estaban bastante adelantadas; en el centro del templo estaban colocando unas columnas gigantescas, cuando de pronto oí gritos horribles, espantosos; los obreros, desatentados, se tiraron muchos de ellos de sus andamios por llegar más pronto en auxilio de sus compañeros, los que en gran número habla quedado sepultados por un hundimiento de tierras. Trabajaron con ardor incansable por sacar los enterrados, cuanto antes, de su improvisada fosa... ¡qué cuadro, Dios mío!, ¡qué cuadro!, los unos heridos, los otros alocados, ¡dos muertos!, eran jóvenes, en los más hermoso de la vida; yo, al verlos, dije:" -¡Dios mío...!, y en un templo tuyo, ¿pueden morir los hombres? ¡Ah!, no, no es este tu templo; esta es una *casa más* levantada por la vanidad humana; aquí no se

te adorará."

Ante los dos muertos lloré con el mayor desconsuelo; pregunté dónde habían vivido e inmediatamente me encargué de hacer saber a las familias de los muertos que habían perdido a su jefe.

Los dos eran casados, con una caterva de hijos, todos pequeñitos. ¡Ay!, cuando se enteraron de mi triste mensaje, ¡con qué enojo me miraron!, ¡pobres mujeres!, una de ellas, de ojos de fuego, me dijo con amarga ironía:

-Ese templo será sagrado, pero para mí es un lugar maldito, porque en él se han sepultado todas mis esperanzas y las alegrías de mis hijos... ¡era su padre tan bueno...!

Yo procuré consolar a aquellos infelices dejándoles bastante dinero y dándoles palabra de no abandonar a los huérfanos.

¡Me miraron con bastante desconfianza!, ¡pobrecitos...! volví a mi hogar avergonzada de poner piedras que mataban hombres. ¡Cuánto lloré!, ¡cuánto!, no se apartaban de mi las imágenes de los obreros muertos, con aquellos ojos tan abiertos, ¡infelices!, ¡infelices!, les había sorprendido la muerte en lo más florido de su vida. Tan desesperada estaba con aquel contratiempo, que oí una voz muy clara y muy potente que decía:

-Es necesario edificar.

-¿Para qué?, ¿para matar?

-Para dar pan a los pobres que se mueren de hambre.

-Pero... ¿y los que mueren entre los escombros?

-No te fijes en los pocos que mueren, piensa en los muchos que se alimentan; tú no puedes hacer otra cosa, tú no puedes adelantar los sucesos.

Confieso que en aquella ocasión no me convenció mi compañero invisible; yo veía los muertos, las viudas y los huérfanos; confundía mis lágrimas con las suyas, y... nada más; mil mundos rebosando vida no hubieran podido atraerme con sus alegrías; el dolor de unos pocos, pesaba más en la balanza de mi pensamiento.

Me acosté buscando reposo y no lo encontré, y eso que mi estancia se iluminó como otras veces, pero no me halagó aquella manifestación espiritual; vi después aquella claridad inmensa precursora de una aparición divina, que no se hizo esperar, no; vi otra vez aquella figura hermosísima que me dijo con dulce reproche:

-¡Cómo te espantas...!, ¡cómo te aturdes!, ¡cómo te asombras!, ¡cómo te turbas...!-y acercándose más a mí, prosiguió diciendo con más autoridad-: Mira, ¡mira bien...! Miré y vi muchedumbres escuálidas, haraposas y hambrientas.

-¿Ves?-replicó él-, ¡cuántos hombres se mueren de hambre y cuántas madres ven morir a sus hijos! Pues hay que dar pan al hambriento, y esos momentos en la tierra no hay más pan que el que se gana levantando templos y mansiones religiosas, más tarde habrá otros medios.

-Si, sí; lo veo todo, pero... ¡qué horrible es esta tierra!

-¿Qué quieres? esa tierra es muy tuya y tienes que vivir entre víctimas y verdugos.

-Luego... ¿aquí está el infierno?

-Si: ese infierno creado por la ingrata humanidad. ¡Despierta!, necesitas tu vida para la lucha.

En realidad desperté sin estar dormida; vi mi cuerpo abatido y vi mi espíritu flotando en el espacio como si buscara nuevas energías, y luego vi que aquella figura hermosísima iba perdiendo luz y forma, hasta quedarse convertida en un hombre envejecido, que toda la vida la tenía en los ojos, y éste me dijo con tristeza:

-Sufre ahora, que mucho has hecho sufrir en la tierra; sufre, recuerda y escucha la voz del pasado, tu voz que repiten los ecos siempre que un siglo sucede a otro siglo, y una civilización a otra civilización; la voz del pasado es eterna, ¿la oyes?, ¿la oyes bien?, dice... *¡te perdono!*

CAPÍTULO XLIV

Después de aquella videncia y de aquellas últimas palabras dichas por el ser que yo tanto amaba, que se había transformado el joven en viejo, no conservando de su hermosura más que sus ojos de divina luz, sus últimas palabras no podía explicármelas, ni tampoco su transformación... ¿qué simbolizaba aquella metamorfosis?, ¿era Dios y su hijo el Redentor?, pero... ¿y el Espíritu Santo, dónde estaba? ¡Ah!, no; ¡qué locura!, ¿y quién era yo para merecer tales mercedes y satisfacciones? Además, yo recuerdo que El me dijo: "-Yo no soy Dios, soy uno de sus hijos como lo eres tú, y lo son todas las generaciones."

-"¿Si será El, el que se presentó ante mi, anciano como fue antes y joven como fue después?" Y pensando continuamente en lo mismo, recordaba sus frases, *¡te perdono...!* "Para perdonar habré pecado; ¿pero... en realidad, yo he vivido antes?, ¿he sido antes de ahora?, ¿este *¡te perdono!* es para mi sola, o es para toda la humanidad? Yo me vuelvo loca, porque quiero saber la verdad, ¡Señor! dame pruebas de mis pasadas existencias y no me quejaré jamás, aunque el pico de los cuervos se hunda en mi carne, y el fuego calcine mis huesos. Dame, Señor, una prueba innegable de mi ayer.

-La primera vez que esto pedí, me pareció que mi cuerpo se remontaba al espacio y yo decía: "-¿Cuándo veré si he vivido antes?" Y pensando siempre en mi ayer perdido en la sombra, seguía mis habituales ocupaciones, visitando diariamente las obras del convento, donde me retenía largas horas mirando a los obreros cómo penosamente levantaban altísimas paredes que debía encerrar a débiles mujeres secuestradas de sus hogares... ¡qué horror!

Mucho me llamaban la atención los pobres obreros; la mayoría de ellos eran muy ignorantes, y los menos, los inteligentes; unos muy torpes, cuantas piedras cogían, rodaban desgraciadamente sobre sus pies, que a veces se ensangrentaban, mientras otros listos y ágiles trepaban por las gruesas maromas como si fueran monos, y yo al ver tanta diferencia entre unos y otros, decía: "-¡Dios mío!, ¿por qué la torpeza es el patrimonio de los más, y la inteligencia y la comprensión la poseen los menos?, ¿por qué son tan distintos los unos de los otros? Si tú eres tan bueno, tan justo, tan sabio, ¿por qué permites estas injusticias aparentes? ¿Por qué para unos pocos los goces del talento y para la mayoría de tus hijos la esclavitud de la ignorancia?, ¿Por qué para unos pocos los goces del talento y para la mayoría de tus hijos la esclavitud de la ignorancia?, ¿por qué hay hombres que se asemejan al bruto y sabios que todo lo saben?

Una tarde, al salir del convento, sentí en todo mi ser una sensación muy extraña, frío hasta tiritar dando diente con diente y calor sofocante hasta

molestarme el ligero manto que me cubría; tuve miedo de caer vencida por un vértigo y traté de apresurar el paso, pero mis pies parecían de plomo, que a duras penas los podía mover, y pensando en la vida de ayer, comprendí que algo extraordinario iba a operarse en mí, y no me engañé; pues ante mí vi que la tierra se abría, retrocedí entonces para no caer y vi cómo se fue ensanchando aquel hondo abismo, que se convirtió en un río de fuego... ¿qué digo río?, en mar, cuyas oleadas levantaban montañas, unas veces de luz y otras de sombra; después, aquel mar en fuego tomó forma esférica y giró vertiginosamente dentro de aquel negro abismo; al girar arrojaba una lluvia de chispas luminosas que se elevaban a gran altura, la esfera de luego se fue agrandando y llenó por completo el abismo, y de las chispas que de continuo brotaban, se iban formando extraños seres irracionales que corrían y se atropellaban unos a otros sobre la tierra fértil y exuberante de vida; tierra que como por encanto se presentó a mis ojos, desapareciendo el abismo y el globo de fuego que dentro de él giraba... ¡qué hermosa tierra!, ¡qué vegetación tan admirable!, allá en el fondo de aquel paisaje encantador se alzaba una montaña cubierta de flores hermosísimas... ¡qué diversidad y profusión!, y entre aquellas ramas floridas, vi dos figuras que no parecían seres humanos, pero tampoco eran irracionales, y dije:

-¿Si será este cuadro la formación de la tierra, y esos dos seres sus primeros pobladores?

-Y oí una voz que me decía:

-¡Insensata!, la tierra no se pobló en principio con una sola pareja, otras generaciones la poblaron antes, y ya que tanto deseas saber lo que hiciste ayer, mira cómo pecaron los demás.

Entonces... ¡cuántos horrores vi...! ¡cuántas generaciones cayendo y levantándose, disputándose palmo a palmo un pedazo de tierra, luchando como héroes, muriendo como mártires, y en medio de tantas violencias, idilios de amor, nidos de familia formados después de rudas batallas.

Presencié una matanza espantosa: ¡qué crueldad en los detalles!, ¡qué ferocidad en el fondo!, ¡qué ensañamiento en los combatientes...! ¡Que odio tan sangriento! Entre aquellos hombres que más parecían fieras sedientas de sangre, que seres racionales, descollaba una que era el terror de todos, parecía el símbolo de la destrucción; al levantar su brazo volteando una maza se quedaba rodeado de cadáveres, y era un hombre hermoso en medio de su fiereza y su crueldad; me fue simpático, porque tenía unos ojos que hablaba con ellos; estaba herido y se resistía a morir porque gozaba contemplando su obra de destrucción. Miró en todas direcciones, la satisfacción se pintó en su semblante al ver aquel campo sembrado de cadáveres, gozó en su triunfo, y después, como herido del rayo, cayó sobre un montón de muertos, y oí que me decían: "-Fíjate en ese hombre, tú que quieres saber lo que fuiste.

Después, sobre el caudillo muerto vi brotar otro hombre, feo, defectuosísimo, con la cabeza muy grande, andaba y se caía continuamente, y siempre que se caía decía, blasfemando: "-¡Y luego dicen que hay Dios!"

Aquel hombre no fue amado de nadie, y murió de una enfermedad contagiosa; en el lugar donde acabó sus días, le arrojaban piedras y escoria para que se muriera más pronto: ¡qué modo de morir!

Yo no sabía lo que pasaba por mí, quería correr... ¡imposible!, quería dejarme caer, menos todavía; no podía en manera alguna doblegarme; afortunadamente el llanto afluyó a mis ojos y mi cuerpo perdió su inmovilidad y entonces, ¡con qué alegría me dejé caer en el suelo!, no tenía fuerzas para ver tantos horrores; me quedé en reposo no sé cuanto tiempo y luego vi un campo fértil lleno de riachuelos; en las márgenes de los arroyos se levantaban varias chozas cubiertas de verde ramaje al que se enlazaban blancas florecillas; de una choza salió una niña y dije en seguida:

-"Esa niña fui yo, sus ojos son los míos." Quiso la niña cruzar a nado un ancho río; yo sentí que se arrojara, pero se lanzó resueltamente y al verla dentro del agua, me pareció un monstruoso reptil. ¡Ay!, ya no era aquella niña de los grandes ojos, era verdaderamente un reptil acuático que hacía mucho daño, mucho a otros cuerpos que flotaban en el río; al fin un salto de agua se tragó al reptil, y ¡cuánto me alegré de su muerte...!

Después, vi otra niña que nació en otro punto, tenía los mismos ojos, pero me fue muy repulsiva y yo decía: "¡Dios mío!, no quiero ver más, me basta con lo que he visto." Mas aunque no quería ver, vi todos los crímenes de aquella niña; fue mala hija, mala madre, mala esposa. ¡Cuántos crímenes, Dios mío...! luego vi otra niña muy hermosa, que me fue muy simpática, y dije:

-¡Dios mío!, ¿ya comencé a ser buena? Y oí una voz que me decía:

-Mira bien, no pierdas ni un detalle de esa existencia, que con más talento y más adelanto que en las anteriores, mucho bueno pudiste hacer y no lo hiciste.

Seguí mirándome y me encantó mi hermosura; vi cómo un pueblo me adoraba, cómo me concedía el premio de la belleza por mis irresistibles hechizos; vi después a un hombre venerable que me miraba encantado, admirando en mi espléndida hermosura la obra más perfecta de su Dios; adorador de la belleza, en mí veía una Divinidad, y yo aprovechándome de su adoración, vi cómo le vendí, cómo le engañé, cómo le entregué a la muerte: y oí cómo delante de sus jueces y de sus verdugos me decía: *¡te perdono!*

¡Ay!, en aquella existencia volví a ser el reptil acuático que tanto daño hizo; me lancé en el río de la vanidad y de la ambición, destruí sin piedad la obra más hermosa de aquel tiempo, por decir: "¡Mi hermosura es superior a todo!, la sabiduría se hunde y sobre ella levantaré mi trono." ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡qué insensata fui...!

Al fin dejé de ver, ¡demasiado había visto!, me levanté como pude y muy entrada la noche llegué a mi casa, cuyos moradores estaban inquietos por mi tardanza, en particular mi hermano, Marta y María. El primero se asustó al verme y se abstuvo de reñirme cuando le dije:

-No me riñas, mañana te contaré lo que me ha sucedido. Replicando mi hermano:

-En verdad soy yo el culpable dejándote salir sola, teniendo como tienes a esas dos mujeres que sólo desean estar contigo; desde hoy se acabaron tus escapatorias, saldrás acompañada.

Yo me callé y me acosté, estaba que no me podía tener; caí en mi lecho como una masa inerte y al otro día no pude levantarme; mi hermano muy solícito me pidió que le contara lo que me había ocurrido y yo le conté todas mis videncias y mis

audiciones; él me escuchó muy atentamente, riéndose después con la mejor voluntad, diciéndome entre chanzas y veras:

-¡Pobre hermana mía...!, lo que tú tienes es que apenas te alimentas, lo que tú comes lo llevaría un pájaro en el pico, y entre ayunos voluntarios y estudios superiores a tu sexo, has conseguido trastornar tus facultades mentales y a esto yo pondré remedio; fuera libros y venga en su lugar un buen régimen alimenticio, y verás entonces cómo no tienes esas alucinaciones.

-No son alucinaciones, hermano mío; cuando murió nuestro padre bien le vi, y bien le oí, como es verdad cuanto he visto, porque no te queda duda, yo he visto la realidad de la vida; hemos sido antes, somos ahora y seremos después.

-Desengáñate, hermana mía, no te metas en tales honduras, ya hay quien se ocupa de nosotros; ya nos dice nuestra religión que después de muertos nos iremos al cielo si hemos sido buenos cristianos, o al infierno si hemos quebrantado las leyes de Dios.

-Pues yo, hermano mío, creo en el ayer de mi alma y quiero vivir ahora para ser útil a los demás, y sufrir sin quejarme, todas las penalidades que por mi imperfección merezco; quiero regenerarme por el trabajo y por el dolor; no quiero que resulte aquel reptil que en forma de mujer hermosa atrajo a un hombre que quería ser la salvación de un pueblo, y cometió en él el crimen más nefasto, entregándolo atado de pies y manos a sus crueles enemigos, destruyendo con su muerte la mejor escuela filosófica del mundo.

-¡Pobre hermana mía!, eres un volcán de amor que no sabes dónde guardar sus preciosas llamas, y eres a la vez un cráter infernal que tú misma te inutilizas y te destruyes abrasándote con el fuego de los temores y de las alucinaciones; pero eres tan buena que hay que quererte y yo te quiero cada día más; me parece que no eres mi hermana, sino que eres mi hija, y cuando te veo tan exaltada temo perderte, temo que tu cabeza no funcione bien; creo que serás muy desgraciada, sólo te pido que no me ocultes nada de lo que te suceda, no te lastime mi risa, que de un padre se debe aceptar todo, porque todo tiene la envolvente de su amor.

Las frases de mi hermano me hicieron mucho bien, comprendiendo que mi padre le inspiraba, y si mucho satisface el cariño de los terrenales, mucho más alienta el amor de los que se fueron, porque es la continuidad de la vida, con sus afectos, sus protecciones y sus consejos.

La perpetuidad de la vida le dice a todos y a cada uno:

-¡Levántate y anda!, que nunca te faltarán seres a quienes amar y mundo que recorrer."

CAPÍTULO XLV

Con aquella promesa de mi hermano, se restablecieron mis fuerzas morales; hice esfuerzos por animarme y consolarme, pero mi espíritu no estaba satisfecho; quería, necesitaba comprender la grandeza de la vida, analizarla, estudiarla, comentarla, y nada de esto podía hacer; recordaba cuanto había visto, pero, ¡era tanto...!, tan variado, tan diverso, que me perdía en el mar de mis pensamientos y decía con angustia:" -¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será posible?, ¡yo he sido mala!, ¡yo he sido perversa!, ¡qué horror!, ¡qué vergüenza...!, he prometido ser buena, pero aún no lo soy, no; porque no trabajo, no corro de pueblo en pueblo llevando el consuelo

y la esperanza a las almas atribuladas, me estoy muy quieta en mi hogar gozando del cariño de los míos, y, ¿debo yo gozar de ese cariño?, ¿merezco tanta dicha?, ¡quién sabe!"

En estas y parecidas reflexiones pasaba largas horas, hasta que una tarde salí con Marta y María a visitar las obras del convento; mis compañeras, cada una por su parte, procuraban distraerme y animarme y su conversación me era muy grata. Marta, mujer experimentada y sufrida, tenía la amarga experiencia que da el infortunio, templada por el generoso sentimiento de la gratitud que se había despertado en su alma al devolverle yo la vida y la salud: gratitud que ella deseaba demostrarla cuidando enfermos y consolando a los afligidos; María, menos herida por la desgracia, porque la juventud rechaza los dardos del dolor, con la varita mágica de la esperanza, aceptó mi protección con esa dulce confianza del que cree que le dan lo que le pertenece; en poco tiempo se embelleció extraordinariamente y eso que no eran las galas las que la embellecían, pero tenía el lujo de la limpieza; sus manos finas y delgadas eran blancas como la nieve y ella se esmeraba en su conversación y cuidado; buena en el fondo, y bastante impresionable, mis curaciones le habían producido un efecto excelente, y sus sueños dorados eran ayudarme en mis trabajos; por eso durante el camino me decía:

-¿Cuándo iremos a ver a los que sufren?

-Ahora no es posible, porque otras atenciones me reclaman.

-Es que yo he sonado que íbamos las dos por un campo de batalla sembrado de muertos y heridos, y mientras vos curabais unos, yo también curaba a otros apoyando mis manos en sus abiertas heridas: ¿podré yo curar también?

-¿Y por qué no? Sí, hija mía; basta querer para obrar el bien.

-¿Y en el convento qué harán?-me pregunto Marta-, ¿se curará a los enfermos?, si se admiten enfermeras yo quiero ser la primera de la lista para consolar a los necesitados de esperanza, ¡se sufre tanto cuando sólo en la muerte se espera!

Llegamos al convento y encontré las obras adelantadísimas; el encargado de ellas, hombre muy inteligente, se apresuró a ponerse a mis órdenes, haciéndome notar la buena distribución de las dependencias, que en verdad la construcción y buen gusto de la obra corría parejas con la anchura de las celdas y la ventilación y claridad de sus largos claustros, lo espacioso de sus patios, y lo grandioso de su templo; pero a pesar de todo, yo encontraba el gran edificio mezquino, pequeño, muy pequeño, y así lo hice presente al que me guiaba en mi visita de inspección.

-¿Encontráis esto pequeño, señora?, pues si es de los conventos más grandes que se han construido.

-No os diré lo contrario; pero, ¿creéis que aquí puede habitar Dios?

-Señora, si Dios está en todas partes, también estará aquí, y creed que este edificio resultará suntuosísimo.

-¡Ay!, yo no deseo suntuosidad de afuera, yo quiero la grandeza de adentro, ¿qué oirán estas paredes?, ¿encontrarán aquí consuelo las almas doloridas?

-Señora, si las religiosas que aquí habiten son como vos, será éste un lugar de reposo y de amor.

Salí del convento tristemente impresionada, como salía siempre y sólo al encontrarme en mi casa y en mi aposento, tranquilicé, elevé mi pensamiento a Dios,

diciendo:

-"¡Dios mío...! Yo he sido mala; ¿y cuándo empecé a ser mala?, ¿cuándo nací?, ¿nací cuando el mundo era embrionario?, ¿y de dónde vino el mundo?, ¿lo tenía Dios en sus manos? ¡Qué he dicho!, ¡qué horror! Dios no tiene manos. Dios no tiene ojos, Dios no tiene cuerpo. Dios es una esencia flotante, pero, ¿y este mundo, era todo fuego?, ¿era todo fuego y luego se enfrió? Sí; así debe ser; y del calor de la superficie brotó aquella vegetación gigantesca y aquellas razas irracionales y luego... luego… aparecieron las almas; un alma será un pensamiento de Dios, y ¿qué hará un alma, Dios mío?, le diréis a un alma: "Toma fuego para saber lo que es fuego, toma agua para saber lo que es agua, toma luego la esencia vegetal, muévete más tarde, animando cuerpos más voluminosos." Y después... después, ¡Dios mío!, refiriéndose a mí, me hicisteis *ente racional,* y me dejasteis en una sociedad donde todo era grande y todo bello, y allí entre tantas bellezas morales y plásticas, allí perdí a un sabio, allí me burlé cínicamente de la sabiduría, pero... entonces, en aquella época y en aquel lugar, ¿yo sola fui mala?, no; otros lo fueron conmigo; muchos fuimos los verdugos que condenamos a un mártir, en medio de tanta luz, ¡muchos éramos los ciegos!, ¡sólo un hombre veía la grandeza de Dios! que sólo viéndola, puede decir la víctima a un verdugo: *¡te perdono...!* ¡cuánto valía aquel hombre!, parece imposible que pudieran estar en contacto su grandeza y mi bajeza, la sublimidad de su genio y la villanía de mi ignorancia, su inmenso amor y mi torpe ingratitud... ¡y Dios viendo todo esto...!

Cuando así pensaba y me exclamaba, mi espíritu se engrandecía y después de estos exámenes de conciencia, me dormía tranquilamente, como me dormí después de lo que he referido; viendo durante mi sueño millones y millones de estrellas, y a ellas pregunté repetidas veces: "-Decidme: ¿seré buena?" Después vi a mi padre frío y severo que me dijo:

-Niña, no te impacientes, tú buscas el porvenir como lo busco yo.

-No, padre mío; el porvenir lo tengo, porque el porvenir es el bien multiplicado por la ciencia.

-Tienes razón; tú ves más claro que yo, y eso que estás enlazada a tu cuerpo; y, ¡qué poco te costaría dejarle! el vuelo de tus pensamientos afloja los lazos espirituales de un modo sorprendente.

-Es verdad, que mi espíritu vuela demasiado; porque no debo dejar mi cuerpo; padre mío; es un aparato muy útil para mí.

-Otro encontrarías después, es el caso que aquí me encuentro muy solo y te necesito, créeme, te necesito, no me explico lo que soy.

-Pues yo, padre mío, tampoco puedo explicároslo, sólo sé que he visto lo que hemos sido; hemos sido malos, padre mío, ¡muy malos!

Mi padre se entristeció con mis palabras, se inclinó y me besó en la frente, sentándose junto a mi lecho; y yo, satisfecha de tener quien velara mi sueño, me sumergí en las ondas del reposo y de la quietud, mirando a mi cuerpo con el mayor cariño, ¡me servia tan bien!, ¡pobrecito!, al fin me desperté buena y tranquila, y tan contenta que quise escribir mis impresiones diciendo: "-¡Dios mío...!, ¡Dios mío...! ya no te adoro en la cruz, ni en la sangre que brota de tus heridas; ya no te adoro joven y hermoso con todos los esplendores de tu maravillosa juventud, ni como anciano sabio y venerable, iluminando al mundo con tu ciencia prodigiosa; te adoro en la

planta espinosa, en el arbusto florido, en el árbol centenario, en la peña combatida por las olas, en el valle, en e! abismo, en el granillo de arena, en la inmensidad del espacio, en la brisa que mueve las hojas secas, como el amor de Dios mueve las almas." ¡Qué bien escribí entonces...!, ¡sentía!, ¡amaba!, ¡esperaba!, ¡qué contenta me quedé de mi trabajo...!

Después me reuní con mi hermano, con mi segundo padre, que al verme tan risueña ytan animada, se regocijó con mi alegría; le hablé de mi último escrito y él me dijo:

-Bueno; ya lo leerás más tarde, que vendrá a vernos tu antiguo amigo el sacerdote, el cual desea descansar aquí algunos días porque no se encuentra bien.

Me alegró la noticia que me dio mi hermano, porque el sacerdote era uno de los muchos mártires que tiene la religión; que no sólo es mártir el que muere porque lo matan, hay martirios ocultos que nadie compadece, hay sacrificios que no agradece nadie, hay juramentos que son la muerte de la felicidad, y mi antiguo amigo era uno de esos mártires, para los cuales no tiene altares la posteridad.

Salí un rato de paseo pensando siempre en lo mismo, diciendo a mis solas: "¡Qué grande es Dios!, ¡qué hermoso es Dios...!, ¡sin cruces!, ¡sin martirios!, ¡sin miserias...!" Y como hablaba en alto, me oyó mi amigo el sacerdote que venía en mi busca seguido de mi hermano; el primero me dijo con dulzura:

-Siempre verás a Dios si sabes buscarle; y dejando asunto tan grande, te hablaré de mi viaje a la Corte, donde he visto a tu poderoso protector; está muy contento de ti, contentísimo, y me encargó mucho que te dijera que siguieras trabajando con el mismo ardor, que nunca desfallecieras, suceda lo que suceda.

-¡Pues si supierais...!, hace algunos días que creí volverme loca, he visto lo que jamás creí ver.

-Y lo que verás, ya sabemos lo que te acontece. Dios te ilumina y calcula tú lo que podrás ver; buscando tan buena compañía me decidí a venir, me encuentro bastante malo, no sé qué tengo, pero no estoy bien.

-Pues aquí encontraréis la salud perdida, pasearemos, hablaremos, discutiremos, y veremos si encontramos otros terrenos donde edificar.

-Justamente, traigo encargo de tu protector para decirte que ya que tu protectora levanta un convento de lujo, que más parecerá mansión real, que casa de oración, él se propone levantar conventos donde las almas cansadas de las luchas de la vida encuentren paz y olvido.

-¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿y a qué tantos conventos? más necesidad hay de hospitales y de casas para refugio de ancianos y de huérfanos; no hacen falta mujeres que recen, se necesitan mujeres que amen a los que sufren.

-Todo se andará, todo se andará, tú obedece y calla, ya que por otra parte exhalas tu sentimiento.

-Pobre de mí si no pudiera hacerlo, hoy mismo he escrito un himno a Dios, que no otra cosa son mis impresiones.

-Pues a leerlas-dijo mi hermano-, que ya te traigo tu cartera.

Y sentados al pie de un árbol frondosísimo leí mis impresiones; yo leía y lloraba, ¡qué llanto tan dulce!, aquella agua de mi sentimiento borraba la mancha de mis culpas; el sacerdote, inmóvil, con la cabeza baja mirando al suelo, ocultaba cuanto podía su emoción profunda; mi hermano, más sencillo y menos desgraciado,

manifestaba lo que sentía con la mayor ingenuidad, puesto que al concluir mi lectura, me abrazó y me besó, como si yo fuera su hija más querida, diciéndome:

-Vales más oro que pesas. El sacerdote me dijo gravemente:

-Lo que has leído es tan bueno, tan bueno, que es el fundamento de tus obras futuras; en todo estoy conforme, en todo menos en la separación que haces entre Dios y su martirio, su pasión y su muerte.

-Descuidad, estas expansiones de mi alma, por ahora a nadie las leeré, porque no me llamen hereje; muy pocos en nuestra época me entenderían y sería una imprudencia de mi parte entregarme de pies y manos a un martirio sin gloria; conviene más trabajar que morir a manos de los ignorantes.

Las sombras de la noche nos hicieron volver a casa, cenamos con buen apetito y después le dije a mi amigo:

-Ahora hablad, no como religioso, como hombre; contamos vuestra historia, vuestros amores, que indudablemente habréis amado.

¡Qué bien habló mi amigo!, ¡qué bien habló de la mujer, de los amores y del amor!, ¡qué bien definió el amor a Dios y el amor de las almas entre si...! Yo le pregunté si él había amado y el sacerdote se enjugó una lágrima diciendo al fin:

-He amado a las mujeres que aman a Dios y saben resistir las luchas terrenas.

-Yo he amado a los hombres de talento, sean creyentes o ateos. Comprendió mi hermano que la conversación se hacía demasiado íntima y dijo:

-Bueno, bueno, ya es hora de entregarnos al descanso; queda en pie la cuestión de los amores, y mañana yo también os contaré los míos. Mi hermano cortó muy a tiempo el diálogo comenzando entre el sacerdote y yo; que hablar de amores un hombre y una mujer, en la mejor edad de la vida, con alguna inteligencia y el imposible por medio ¡qué comprometido es...!, mi amigo y yo lo comprendimos así, y nos miramos al darnos las buenas noches, diciendo nuestras miradas lo que no habían dicho nuestros labios; miramos simultáneamente nuestros hábitos y sin hablar, los dos dijimos: "-El hábito no hace al monje; cuando el corazón late, y el pensamiento sueña, los manteos y las tocas están de más."

CAPÍTULO XLVI

Mientras permaneció en mi casa el buen sacerdote, era tanto su afán de dar expansión a su vida, deseaba tan vivamente tomar aliento y fuerza, porque en realidad lo necesitaba, que no dejaba sosegar a mi hermano, proponiéndole continuamente excursiones por las cercanías y partidas de caza por los montes y bosques, que mi hermano poseía; éste, que sin ser muy amable, era condescendiente en demasía, se dejaba llevar, y siempre estaba a la disposición de sus amigos; así es, que el sacerdote, mi hermano y otros cazadores, se aficionaron tanto a las caminatas y a las emociones que proporcionan las cacerías, que llegaron a estar más tiempo en el campo que en mi casa; yo, durante sus frecuentes ausencias, escribía, ordenaba mis trabajos, coleccionaba mis poesías, y visitaba diariamente las obras del convento que adelantaban bastante.

Estando una tarde con Marta y María a la puerta del convento, vi llegar a uno de los criados de mi hermano, que más que criado, era un compañero de aquél, por ser hermano de lactancia y haber crecido juntos sin haberse separado jamás; al

ver a Mateo me asusté porque le vi muy demudado, pálido como un difunto.

-¿Qué hay?-le pregunté.

-Una gran desgracia.

-¡Dios mío!, ¿cuál?

-Su hermano, cazando, él mismo se ha herido.

-¿Y dónde está?

-Ya lo traen, él me ha hecho venir.

-Vuelve, vuelve a su lado; yo también saldré a su encuentro.

Se marchó Mateo, espoleando a su caballo y yo me quedé aturdida, no sabía qué hacer, si correr al camino, o volver a mi casa cuanto antes, para prepararlo todo, pues calculaba que se necesitarían vendas, hilas, cabezales y paños de hilo, de todo lo cual había gran repuesto en casa, pues todos mis hermanos eran grandes cazadores, y en tales correrías se reciben más daños que satisfacciones. Cuando llegué al hogar de mis mayores, no podía tenerme en pie, me horrorizaba la idea que pudiera morir mi hermano mayor; porque muerto él, nadie me quedaba en el mundo, puesto que los demás individuos de mi numerosa familia, todos me llamaban la *religiosa renegada,* riéndose de mis planes, de mis curaciones, de mis escritos, de todo en fin, porque yo era para ellos un *ente* racismo que en justicia debía estar encerrado entre cuatro paredes.

Mi hermano tardó mucho en llegar, y aquellas horas de espera fueron tristísimas para mí. ¡qué sola me veía sin mi hermano!, he había acostumbrado tanto a sus consejos y a su compañía, que me espantaba pensando en su muerte. Al fin vi llegar a mi segundo padre colocado en unas parihuelas, rodeado de sus amigos; el sacerdote venía afectadísimo. Mi hermano en cuanto me vio, me dijo:

-No llores, esto no es nada, otras heridas he tenido peores. Ya había yo avisado a los mejores médicos de la población, cuya llegada casi coincidió con la de mi hermano, así es, que acto seguido le hicieron la primera cura; el sacerdote me obligó a salir del aposento, mientras los médicos cumplían con su deber, diciendo que las mujeres estorbábamos en todas partes donde hubiera peligro, por nuestra excesiva sensibilidad; pero yo no me conformé con su mandato, creí que no debía abandonar a mi hermano y volví a entrar dominando mi angustia y mi temor. El herido se quejaba hondamente y yo le animé muchísimo con mis frases de cariño: fijando en él mis ojos, sin perder por eso el menor movimiento de los médicos, que lo vendaron cuidadosamente, quedándose encargado del enfermo de más inteligente, hombre de mucha fama, y en realidad merecida, al que pregunté a solas qué le parecía la herida de mi hermano.

-Horrible, señora, horrible-me molestó con ruda franqueza-, es dudosa la curación.

-¿Quedará inútil?

-Poco menos.

Durante la noche, no quise a nadie en el aposento de mi hermano, excepción hecha a Marta que era mi sombra, pero ésta era una mujer tan prudente, tan callada, tan oportuna en todo, que nunca hablaba fuera de tiempo, ni hacía el menor ruido; despierta siempre, atenta a mi menor movimiento, era una compañera inmejorable para velar a un enfermo, y a un enfermo como mi hermano, que estaba entre la vida y la muerte.

Yo le miraba y vacilé mucho tiempo antes de decidirme a darle pases magnéticos; tenía miedo de perjudicarle en vez de aliviarle, pero recordando las curaciones que yo había hecho, mirando a Marta, comparando su estado actual, con su situación anterior, me dije a mi misma: "¡Dios mío!, a ti te encomiendo mi obra." Y temblando-lo confieso-, apoyé mis manos sobre la cabeza de mi hermano, y detuve después mi diestra sobre su herida, diciéndome el enfermo: "-Ahí, ahí, me duele; pero con tu mano me alivio." Seguí dándole mis pases magnéticos, abrió los ojos y se sonrió, viendo tan buenos resultados me animé y entonces puse mis manos sobre la herida, sin hacer la menor presión para no lastimarle, sintiendo a poco en mis manos un calor abrasador, parecía que las tenía sobre un hornillo ardiendo; materialmente me quemaba con un fuego que no veía y tuve que separarlas y agitarlas en distintas direcciones para que se me enfriaran, en tanto que mi hermano me decía:

-No me quites las manos por Dios, que al acercarlas a mi pecho me quitas todos los dolores. Seguí curándole suavemente, y ya no me quemé como al principio, diciéndole:

-¿Verdad que no quieres morir ahora?, ¿verdad que quieres velar por mi?

-Eres tú la que por mi velas-dijo el herido con la mayor dulzura-, ¡que bien me encuentro!

Y se quedó dormido sonriendo como sonríen los niños felices. ¡Qué contenta me puse al verle tan tranquilo!, me arrojé en los brazo» de Marta, y nuestras lágrimas se confundieron, en tanto que mi hermano reposaba después de tan horribles sufrimientos. A la mañana siguiente volvió el médico y se quedó asombradísimo, miró el vendaje que estaba intacto, puesto que nadie lo había tocado y me dijo:

-¿Qué habéis hecho?, vuestro hermano está mucho mejor, y no podía estarlo, puesto que su estado era gravísimo.

Le conté sencillamente lo que había hecho y él se sonrió con incredulidad diciendo:

-Las manos no hacen nada.

-¿Qué no hacen nada?, pues yo he curado a enfermos incurables sólo con la imposición de mis manos.

-Esas son preocupaciones religiosas, y extraño que una mujer como vos, crea semejantes patrañas.

Se apresuró a quitar el vendaje y se quedó maravillado, porque la herida estaba en vías de curación, lo volvió a curar, le vendó de nuevo y se marchó muy preocupada. Conocí que mi hermano volvía a sufrir, y le hice la misma operación que la noche anterior, dándole idénticos resultados, entregándose al sueño sin la menor agitación; viéndole tan tranquilo, encargué a Mateo que no se separa de él, y Marta y yo, ya muy entrado el día, nos fuimos a descansar, que bien lo necesitábamos.

Cuando me acosté, me sucedió lo que otras veces: desaparecieron las paredes de mi cuarto y vi ancho espacio, entonces dije:

"-¡Dios mío!, ¡Dios mío!, que yo pueda ser útil a mi hermano." Y me dormí, y entonces vi mi cuerpo muy desfallecido, mucho, pero esto no me importaba; lo que yo quería era ver a mi hermano, y le vi perfectamente, examiné su herida, y vi que le

había interesado el sistema respiratorio; el pobre sufría bastante, miré en torno mío buscando un remedio, y vi en el campo una planta espinosa, me pareció que aquella planta sería útil a mi hermano con su jugo, y saqué su jugo con mi voluntad y lo apliqué sobre la herida de mi hermano; después vi brotar de la tierra chispas luminosas que volaban y rodearon la cabeza de mi hermano; entonces oí una voz que me dijo:

-Basta, no des más vida, cierra la corriente.

-¿Cómo?, si no sé cómo la he abierto.

-Descansa.

Cuando volví al lado de mi hermano, lo encontré muy animado y muy alegre, diciéndome:

-Eres un ángel, durante mi sueno te he visto, y he visto cómo dabas a mi cerebro algo luminoso, y he sentido como si un bálsamo cayera sobre mi herida. El sacerdote me miraba asombrado y yo le dije:

-¿Estáis enfermo?

-Si, no sé que tengo.

Le puse la mano en la frente y él trató de separarse, mas yo le dije con imperio:

-Miradme bien; no confundáis lo espiritual con lo terreno; quiero curaros, quiero salvaros.

-Bien, estoy conforme; pero no me deis tanta vida.

-Sí, hombre, si; quiero ver en torno mío seres contentos y los enfermos nunca lo están; quiero que todos me debáis algo, para que todos me queráis. El sacerdote se sonrió y dijo:

-¡Cuánto valéis...!

Y habló admirablemente sobre la grandeza de Dios y sus sabias e inalterables leyes. Mi hermano estaba contentísimo y yo viendo a los dos en tan favorable disposición, les pedí que cuando volvieran al campo me dejaran ir con ellos, no para cazar, no para matar, sino para estudiar juntos en el gran libro de la Naturaleza.

Recordé la planta fea y espinosa, cuyo jugo cicatrizaba las heridas y concluí diciendo: "Las plantas son las letras de Dios escritas en la superficie de la tierra."

Volvió el médico y creció su asombro, curó y vendó, y no pudo explicarse tal milagro. Hablé con él a solas y le pregunté si aún veía gravedad y él me dijo:

-No veo peligro alguno, si la curación no es falsa; creo que a mi vendaje nadie le ha tocado, mas sed franca conmigo... ¿qué le habéis dado a vuestro hermano? porque la herida está casi cicatrizada, ¿qué le habéis hecho?

Le conté lo que hice durante su sueño, y el médico se rió mucho de mi relato diciéndome:

-Parece increíble que una mujer como vos, esté completamente alucinada.

-No lo estoy, no lo estoy; yo he visto la planta espinosa, yo he tocado su jugo, yo he visto el fuego que se dirigía a la cabeza de mi hermano, y he *oído* una voz que me decía: *-Basta: darías demasiada vida.*

-Bueno; si no habéis hecho otra cosa, iremos bien; y de seguir así, mañana la herida estará cicatrizada.

-Si que lo estará.

-¿Cómo lo sabéis?

-Porque yo la cicatrizaré, y delante de vos haré la cura.

Al día siguiente con qué afán esperé la llegada del médico. Si todos los libros religiosos hubieran dicho que yo no cerraría la herida, yo hubiera dicho: "¡La cerraré!" Vino el médico muy serio, quitó el vendaje diciendo:

-No es posible cerrar esta herida. Yo le miré y le dije:

-Pondré la mano cuando vos mandéis.

-Pues comenzad.

Le puse la mano sobre el pecho, me pareció que una fuerza poderosísima me arrebataba elevándome; poco tiempo estuve así, quité la mano y el médico lanzó un grito de asombro: la herida estaba cerrada.

-No lo entiendo-exclamó secamente.

-Yo tampoco lo entiendo; sólo sé que en mí siento una fuerza desconocida, y sé, que no una herida, sino un cuerpo entero abierto de arriba abajo, yo lo cerraría, porque en esos momentos me siento capaz de levantar un mundo.

-Entonces nada tengo yo que hacer aquí, disponed vos, señora, el vendaje es necesario.

-Si, si-dijo mi hermano conociendo que el médico estaba contrariado y humillado una cosa es lo desconocido y otra la ciencia médica, haced cuanto os parezca.

El médico lo vendó nuevamente, pero se conocía que estaba disgustadísimo y se marchó antes de tiempo; yo le dije:

-Hasta mañana.

-No-dijo él-; hasta nunca. Volvía al lado de mi hermano, y éste me dijo:

-Vete, que quiero vestirme.

Se vistió, se paseó, y estuvo contentísimo de su rapidísima curación. Al día siguiente no vino el médico, y yo me disgusté muchísimo; ya tenía un enemigo más; ¡y les temía tanto a los enemigos...!

-¡Dios mío!, ¡Dios mío!-exclamé-. ¿Por qué se ofende ese hombre? Y oí una voz que me dijo:

-Le has herido por tu temeridad, has humillado su ciencia, pero no es malo en el fondo, si tú vas a verle capitulará contigo, dile que vas a verle, porque él está enfermo y tú quieres curarle para bien de sus enfermos.

Obedecí inmediatamente y me fui a ver al médico; éste al verme me preguntó azorado:

-¿Qué tiene vuestro hermano?

-Sigue bien.

-Pues, ¿a qué venís, entonces?

-A quitaros el enfado.

-Si yo no estoy enfadado.

-Si que lo estáis y vengo a pediros perdón por si os he ofendido involuntariamente. Yo sé que sois un sabio, un hombre encanecido en el estudio, pero, ¿qué culpa tengo yo de manejar fuerzas que desconozco y de oír voces que me guían?, escuchadme, señor, y en vez de alejaros, estudiad en mí. Hablé con elocuencia sobre el organismo humano, lo miré después y él me dijo:

-No, no me miréis así, que algo tienen vuestros ojos, y...

-Pues quiero miraros porque estáis enfermo.

-Es verdad que lo estoy.

-¿Queréis que os cure?

-¿Y qué haréis?

-Poner mis manos sobre vuestra cabeza.

-Ponedlas.

Y me presentó su hermosa cabeza; apoyé mis manos sobre ella muy ligeramente y pronto sentí una sensación parecida a las que experimenté curando a mi hermano; sentí mucho calor en las puntas de mis dedos, y vi que el médico lloraba sin esfuerzo alguno, en tanto que rodeaba su cabeza una nube de impalpable humo; él me miró y me dijo:

-¡Qué bien me hacen vuestras manos y vuestros ojos; se me ha quitado de la cabeza un peso enorme!

Sin darme cuenta de lo que hacía, le puse la mano sobre el corazón y a los pocos momentos el médico lanzó un grito de alegría y de asombro diciendo:

-¿Qué es esto?, ¿qué es esto, Dios mío?, ¿qué es esto?, ¿qué es esto que no está en la ciencia?

-Lo estará, amigo mío, lo estará; y entonces serán los médicos los sacerdotes de Dios, pues conocerán las fuerzas de la naturaleza, y los específicos que hay en las plantas para curar todas las dolencias.

El médico se levantó radiante de satisfacción, me miró con respetuosa ternura y me besó una mano sin que yo pudiera impedirlo, diciéndome:

-Voy al templo a dar gracias a Dios del bien que me habéis hecho; después iré a ponerme a las órdenes de vuestro hermano y a felicitarle porque pertenecéis a su familia... ¿qué sois?, ¿ángel?, ¿mujer?, ¿santa?, no lo sé.

-Yo sí lo sé: he sido *muy mala...* y quiero ser *muy buena.*

El médico no comprendió el sentido de mis palabras, y en verdad que no podía comprenderlo.

CAPÍTULO XLVII

Cuando hube terminado mi tarea respecto al médico, me fui a mi hogar muy satisfecha de mi proceder, me había quitado un enemigo, ¡y yo les temía tanto a los enemigos!, ¡me habían hecho sufrir tan horriblemente...!

Pasé muchos días sin escribir, porque cuando tenía grandes crisis, cuando tenía que hacer uso de todas mis energías para un enfermo, aunque indudablemente no era sólo mis fuerzas las que yo empleaba, es lo cierto, que mientras estaba en contacto con el peligro era un Hércules, pero después... después era una sensitiva que el sol y el aire me hacían languidecer, y en ese estado de languidez extrema no podía escribir.

Mi hermano, entretanto, se restableció por completo y el sacerdote también parecía otro, se puso de mejor color, con la mirada más brillante y el cuerpo más erguido, parecía que le habían quitado diez años de encima; al ver a los dos tan contentos y tan satisfechos, le propuse a mi hermano que pasáramos un día en el monte, pero sin cazar; él accedió muy contento, y sólo me dijo:

-Déjame elegir el día.

Este llegó al fin; era un día hermosísimo de primavera, de esos días que

tiene España, de luz y calor, de pájaros y flores. Mi hermano convidó a varios amigos, y todos a pie nos dirigimos a un monte muy cercano a la ciudad. Llegamos a un punto agradabilísimo, y allí me esperaba una gran sorpresa: toda mi familia estaba reunida, sólo faltaba Benjamín; una de mis hermanas salió a mi encuentro diciéndome:

"-Acaben tus reticencias y sean tus brazos mi puerto y los míos el tuyo." Y atrayéndose con un franco ademán, me apretó contra su pecho y sus lágrimas y las mías se confundieron.

Desde luego comprendí que aquella reconciliación era obra de mi hermano mayor, pues yo sabía que toda mi familia me llamaba la *religiosa renegada,* la *loca romántica,* la *desfacedora de agravios* y la *arregladora de entuertos;* pero estaba mi alma tan ávida de luz y de amor, suspiraba tanto mi espíritu por el suave calor de la familia, que acepté como buenas las demostraciones cariñosas de mis hermanos y de sus hijos; los niños estaban muy bien aleccionados, porque todos me rodearon y me besaron con el mayor cariño. Mi hermano contemplaba muy complacido su obra y muy emocionado exclamó:

-¡Quiero que todos estemos unidos para yo estar tranquilo si muero mañana; sea este día, día de felicidad sin temores ni recelos, y gocemos todos de los benditos placeres que brinda la verdadera fraternidad. Ya que por hoy somos hermanos, cumplamos todos nuestro deber.

¡Cuánto hablamos unos y otros!, mis hermanas me asediaron a preguntas y yo les di buenas lecciones sobre moral universal y sobre los deberes de familia. Ellas se hacían cruces oyéndome; no me creían con mis cinco sentidos cabales; así es, que mis razonamientos las dejaban estupefactas...

Pasamos lo que se llama un día feliz, y cuando llegó la noche, todos sentimos que se concluyera un día tan hermoso, nos separamos unos de otros deseando volver a reunimos, y cuando llegamos a mi casa, me dijo mi hermano mayor, abrazándome:

-¿Estás contenta de mí?

-Mucho más de lo que tú te puedas imaginar.

-Me alegro, porque deseo tu tranquilidad; sé que te esperan días de lucha, y quiero que estés fuerte, contando siempre conmigo y tu demás familia.

-Gracias, hermano mío; me encuentro muy bien, parece que tengo nueva vida, mañana escribiré, estoy animadísima; veré también las obras del convento, y trataré de buscar otro terreno para edificar una casa de oración, ya que el convento que se está elevando, será más bien una casa de recreo.

Efectivamente; al siguiente día escribí con gran inspiración, en particular un pequeño poema dedicado a la familia, diciendo que la familia es el puerto de los que habitan en la tierra; quedé contenta de mi obra.

Pasé algunos días ordenando mis escritos, y cuando concluí dicho trabajo fui a visitar las obras del convento, que ya llegaban a su término: era un gran edificio sencillo y de risueño aspecto, porque todas sus paredes por dentro y por fuera eran blancas como la nieve; examiné detenidamente todas sus dependencias, y encontré que allí más se habían cuidado de las comodidades mundanales que del ascetismo religioso. Hícelo así presente al arquitecto y director de las obras, y éste me dijo:

-Señora, no le cause extrañeza, porque aquí vivirá la egregia dama que ha

costeado las obras y es necesario que viva como siempre ha vivido, con suntuosidad.

-¿Y si yo quisiera también vivir aquí?

-¡Ah!, señora, eso ni pensarlo, vos no cabríais aquí, ella es la religiosa de los ricos, y vos lo sois de los pobres; que no es posible que estéis de acuerdo jamás.

-Tenéis razón, por eso yo quiero levantar otro convento sencillo, modestísimo, pero limpio y alegre, con mucha luz y muchas flores para que embalsamen el ambiente.

Mi hermano me preguntó después qué parte tomaría yo en la ordenación de la comunidad, pues sabía que con la dama fundadora se retiraban varias señoras de la Corte.

-No sé-le dije-, cuando hable con ella te lo diré, me inspira miedo esa mujer, y francamente, creo que debo evitar todo roce con ella, es decir, sin faltar a los compromisos contraídos, y a las leyes sociales.

Mi hermano me alentó mucho, diciéndome que cuanto antes eligiera el terreno para levantar otro convento, en el cual yo sola dispusiera.

Cada vez me encontraba menos dispuesta para fundar comunidades religiosas, pero la corriente de la época me arrastraba, a pesar mío, y tenía también que atenerme a los votos contraídos; no podía retroceder sin escandalizar a mi familia, así es, que me resigné y en cuanto vino el arquitecto a ponerse a mis órdenes, nos pusimos en marcha para escoger el terreno. En mi acompañante rebosaba la satisfacción se conocía que estaba orgulloso del cargo que yo le había dado, y así me lo hizo presente, diciéndome:

-Estoy contentísimo de acompañaros para disfrutar de vuestra compañía, y convencerme una vez más, que la voz del pueblo es la voz del cielo.

-¿Qué queréis decir?

-Que el pueblo os quiere mucho, porque el pueblo sabe agradecer, os cree una santa y creo que lo sois en realidad.

-¡Ah!, no, eso no; en manera alguna, no quiero laureles que aún no he ganado.

-Estáis en un error, señora, cuando el pueblo os adora, es que habéis dado motivos para ello.

-No, no es eso; que el pueblo es muy bueno y ¿decís que me quieren?, ¿que me quieren? ¡Ah! cuánto me alegro; de lo que no me alegro es de que me crean santa.

Durante el camino el arquitecto me explicó lo que el pueblo decía de mí; decía que yo hacía milagros, milagros asombrosos, ¡y cuánto aumentaba el vulgo!, ¡qué modo de multiplicar!, de *uno* hacían *mil;* mas aparte de las exageraciones, me llenaba de alegría su relato, porque muchísimas mujeres pobres me querían: ¡me querían!, ¡qué mayor placer!

Llegamos al punto designado, que era la extensa planicie de una montaña; allí, dominando una extensión vastísima, el arquitecto me contó sus penas, sus pesadumbres, que eran originadas por su dilatada familia; y me decía: "-¡Ay!, señora, el alma debe alinearse, el alma debe ir siempre en línea recta, porque el alma torcida es un infierno."

Al día siguiente, hablé con mi hermano pidiéndole que me dejara salir con

Marta.

-¿Y dónde irás?

-Quiero hablar con las mujeres del pueblo, para desvanecer lo que se dice de mí: me llaman "la santa", y yo sé que no lo soy.

-Bueno, vete donde quieras, pero has de volver aquí por la noche, te lo exijo.

Le di la palabra de volver por la noche y acompañada de Marta, me dirigí al pueblecillo donde había recogido a María, a la pobre huérfana maltratada y hambrienta. Llegué al lugarejo, y le dije a Marta que se quedase en la posada, y sola me interné en la aldea; una mujer que estaba sentada junto a una fuente se levantó al verme, y me dijo:

-¡Ay!, usted es la misma que se llevó a la niña.

-Si, yo soy, me alegro que me hayas reconocido.

-¿Y cómo está la niña?

-Muy bien.

-Vinieron sus hermanos, y juraron que darían con ella, para mataros si la tratabais mal, y para serviros si habíais hecho una obra de caridad. ¡Si supierais...! la mujer que la tenía os maldice, y el pueblo entero os ha defendido, diciendo que una "santa" no puede hacer obras malas.

-Pues acompáñame, que quiero ver a esa pobre mujer. Llegamos ante el casucho de aquella desgraciada, y mi guía me dijo:

-No entre usted, señora, no entre usted; que está esa infeliz como rabiosa, se revuelve por el suelo; su cuerpo parece una pelota, no puede incorporarse, ¡y da unos gritos...!

Efectivamente, la aldeana no mentía; y por lo mismo entré resueltamente en aquel antro de miseria y de suciedad, y vi dando tumbos por el suelo a un bulto informe que espantaba, con el cabello suelto y enmarañado, medio desnuda, con la boca abierta, la nariz dilatada, los ojos, queriendo salir de sus órbitas, me vio y me conoció en seguida, y, dando un aullido de alegría feroz, se precipitó como pudo y llegó hasta mí, me cogió el manto y el vestido entre sus dientes y los hizo añicos, llenándome de insultos. Yo la dejé hacer mientras se entretuvo con la ropa, pero al quererme coger las piernas, le cogí la cabeza entre mis manos y le dije:

-¿Por qué me odias si yo no te he ofendido?

Quiso levantarse, pero no pudo y se dejó caer en tierra; yo traté de levantarla y oí una voz ronca muy desagradable que decía:

-No la toques, ¡huye! que va con ella quien te mataría. Yo no hice caso de tal advertencia y contesté:

-Vengo por la mujer, ¡levántate y anda!

Y aquella mujer se levantó, ¡pero qué modo de levantarse!, ¡se sostenía en el aire!, parecía una furia infernal, daba horror el mirarla; pero yo no me horroricé, y seguí diciendo:

-Serénate, mujer, mírame bien, quizá te causo espanto porque no me conoces.

-Si que te conozco, eres mi desgracia.

Y al decir esto, se hubiera desplomado en el suelo, si yo no la hubiese cogido, colocándola sobre un montón de paja.

-Sí, sí; eres mi desgracia.

-No lo creas, por eso he venido, para demostrarte que eres tú la que te creas la desgracia, porque eres tú la que te entregas a los malos genios. ¿Quieres venirte conmigo? ¿quieres ver a la niña?

Esto la conmovió mucho; de sus ojos brotó un raudal de llanto y murmuró sollozando:

-Veré a mi niña.

-Sí, pero no para castigarla.

-Ella me ha deshonrado, señora, y es lo que más he sentido.

Habló largamente sobre su sistema educativo. Yo la dejé hablar, pues necesitaba desahogarse aquella desventurada; cuando concluyó la dije:

-¿Queréis venir conmigo?

-No, no; eso no.

-Pues yo te daré para vivir; y ahora saldremos las dos a respirar el aire.

La infeliz me obedeció dócilmente se envolvió con una manta agujereada, y apoyada en mi brazo salimos las dos, y el corro de mujeres que se había formado a la puerta lanzó gritos de asombro al vemos. Hice sentar a la enferma sobre una piedra, yo me senté junto a ella y la dije:

-¿Quieres cambiar de vida?, yo contribuiré a tu tranquilidad. Le di varias monedas y le prometí volver al día siguiente.

-Mañana, le traeré a la niña y verás qué cambiada está, pues como ella ha cambiado, cambiarás tú, si sigues mis consejos.

Por toda contestación la enfermera trató de besarme la mano, mas yo se lo impedí abrazándola, y escuchando murmullos de admiración me dirigí a la posada llevando impresa en mi frente la figura de aquella mujer sostenida en el aire; no había visto cuadro igual; ¡qué poder el de los malos genios!, ¡y qué fuerza tan prodigiosa desplegaban a su vez los espíritus que hacían el bien!, ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, parecía que tampoco mis pies tocaban al suelo; Marta salió a mi encuentro a la mitad del camino y al verme con el traje y el manto desgarrados se abrazó a mí, diciendo:

-¿Qué os ha sucedido?, ¿qué ha pasado?

-Nada de particular: el bien ha vencido al mal. ¡Loado sea Dios!

CAPÍTULO XLVIII

Después de aquella jornada provechosa, al día siguiente volvía a ver a la infeliz enferma acompañada de María, de la niña tan deseada por aquella mujer. Durante el camino di instrucciones a María para que usara de la mayor prudencia, pues la verdad es que como no tenía muy buenos recuerdos de su primera protectora, temí que al verla no le guardara el respeto debido, pues la juventud es ingenua, y hay ingenuidades que matan; mas por mucho que le advertí a María, ésta al ver a la pobre mujer que cuidó de su infancia, se estremeció de espanto, se dejó abrazar por aquélla, que la estrechó contra su corazón con verdadero frenesí, sin corresponder a sus delirantes halagos, por más que yo le decía con voz apenas perceptible: "-Debes querer a esta mujer, olvida el pasado y piensa sólo en el presente."

La enferma miraba a María sin cansarse de mirarla, ¿qué pensaba aquella mujer?, ¡quién sabe!, su semblante, revelaba diversas emociones, alegría, pena,

rabia, despecho, amor, odio, todo a la vez. María comprendió que se cansaba y que sufría con el examen que de su persona hacía la enferma, mirándola y tocándole los hombros, el cuello y la cabeza, que en verdad era hermosísima, coronada de rubios cabellos naturalmente rizados, era la cabeza de un ángel; y como todo tiene su limite, y la paciencia es una de las cosas que dura menos, antes que María hiciera un movimiento brusco, la separé de la enferma, sentándome entre las dos, que a la vez se sentaron por indicación mía, lo que me valió una mirada de María, tan dulce, tan significativa, que me conmovió profundamente, ¡Pobre niña!, ¡cuánto me dijo con sus ojos!

Hablé largamente con la enferma haciéndole comprender que era imposible que la niña permaneciera a su lado, puesto que las aspiraciones de María eran servir a Dios, convertida en hermana de la Caridad.

-Pues que comience conmigo, ¿quién más pobre que yo ni más enferma?

-¿Acaso crees tú que tu pobreza y tu dolencia continuarán? estás en un error, tu miseria concluyó, y tu mal, si tú me ayudas, desaparecerá también rechazando las malas influencias de los genios invisibles.

-¡Pero estoy tan sola...! y ya no puedo trabajar, que el trabajo acompaña.

-¿Quieres estar muy acompañada? yo te llevaré a una Casa-Refugio, y allí pagaré tu manutención.

-Bueno, lo probaré, aunque soy pájaro de bosque, no me gustan las jaulas, conozco que tengo muy mal genio.

-No te apures por eso, el mal genio se pierde cuando no hay que luchar por la existencia, así es, que como yo te dejaré lo suficiente para que te cuides y te cuiden, te pondrás buena y entonces harás lo que tú quieras, mi protección no te faltará ni aquí, ni en el Refugio.

Al despedirnos, María besó en la frente a la enferma y ésta, se puso tan emocionada y lloró con tanto desconsuelo, que tuve que hablarle nuevamente y hacerle comprender que la misión de María era más grande, que tenía que trabajar para muchos. Al fin salimos a la calle, y casi todas las mujeres del pueblo nos esperaban para ver a María, que la encontraron hermosísima y eso que su traje era sencillísimo, sin el menor adorno, que para servir a Dios sobran las galas, basta con la limpieza en el cuerpo y en el alma, y María, era un espíritu bien preparado para dedicarse a una vida de lucha y de sacrificio.

Una viejecita, que apenas podía andar, me miraba y me seguía diciéndome:

-Venid mucho por aquí, señora, ¡cuánto bien haréis! ¡sois tan buena! Al oír esto me avergoncé y la dije:

-¡Yo buena...!; empiezo a serlo, aún no lo soy, pero haré cuanto pueda por todos vosotros, porque deseo en realidad ser buena.

La anciana se conmovió mucho con mis palabras y me miró con admiración. María por su parte, también me miraba entusiasmada y me decía:

-¡Qué buena sois!

-No me lo digas, hija mía, no, quiero ser muy buena, quiero hacer lo que vos hacéis, quiero difundir el consuelo y la alegría, con mis palabras, con mis hechos, con mis sacrificios. Y al decir esto, los ojos de María brillaban extraordinariamente.

-Bueno, bueno, no te apresures, aún eres muy niña, aprende primero, que hoy todo lo ignoras, y luego que Dios te inspire.

Cuando llegamos a mi morada, mi hermano me esperaba impaciente, ¡qué diferencia de un tiempo a otro!, antes era un estorbo mi presencia; después, sin mí, encontraba la casa vacía, y eso que había mucha familia y numerosa servidumbre.

Le di cuenta de mi excursión, y terminé diciendo:

-¡Ay, hermano mío!, ¡cuántas miserias he visto físicas y morales!, y me llama muchísimo la atención que en una nación como la nuestra, eminentemente católica, la religión no ampare a tanto desventurado; ¡¡qué poco hace la religión!!

-Es que la religión es *una*-dijo mi hermano-y la práctica es *otra;* los religiosos, hermana mía, explotan a los pobres, no los consuelan, por eso aplaudo que levantes conventos para albergar a mujeres pobres, que se salven de los horrores de la miseria.

-¡Ah, hermano mío!, levantaremos paredes de cementerios; pero albergues benéficos, no lo lograremos; el pan del encierro es muy amargo; al salir del horno lo endurece el régimen y la disciplina; en los conventos no reposan las almas, la desesperación de la inmovilidad, es la peor de las desesperaciones.

Algunos días después, llegó un mensajero de la Corte con un pliego para mí, en el cual se me daban órdenes imperiosas para levantar el nuevo edificio, diciendo al final del escrito: "Hay muchos obreros sin trabajo, y vale más dar trabajo que limosnas."

-¡Dios mío!, ¡Dios mío!-dije yo-no quisiera levantar paredes, pero no hay otro medio por ahora de dar ocupación a los necesitados, y, ¡hay tantos brazos en reposo forzado...!

Avisé al arquitecto, y éste me trajo los planos del nuevo convento, que me gustaron muchísimo, porque era aquel un hombre de tanto talento, que a cada uno le hablaba en su lengua; y como el comprendía perfectamente mis deseos y mis aspiraciones, trazó el proyecto de un edificio en el cual entraba el aire y el sol por todas partes, con paredes sólidas, pero con grandes ventanales, una iglesia sencillísima y una espaciosísima huerta; le hice presente mi aprobación y él se marchó muy satisfecho.

Llegó otro nuevo mensajero con un pliego de mi ilustre protectora, dándome instrucciones para la gran fiesta religiosa que debía celebrarse en el convento recién construido, al que ella se trasladaría con sus damas, y la comunidad por ella elegida, haciéndome especial encargo, que tuviera presente que vendrían con ella las primeras dignidades de España, y un enviado de Su Santidad.

Me sorprendió su advertencia y pensando, pensando, comprendí que me quería imponer silencio, para que no incurriera en la torpeza de escribir algo como lo hice cuando se puso la primera piedra del convento. En verdad que no necesitaba de tal mandato, porque como yo no escribía más que cuando sentía mucho, y en aquella ocasión no sentía nada, y lo que sentía no podía lanzarlo a los cuatro vientos, pues era una reprobación a tanto fausto y a tanta grandeza bien seguros que podían ser todos de mi profundo silencio, pues estaba como atemorizada, y, aunque trabajé mucho en la colocación de los muebles, y todo se hizo bajo mi dirección, trabajé por obediencia, por deber religioso, nada más.

Llegó el día de celebrarse la primera misa en la iglesia del convento, y acompañada de toda mi familia, me dirigí a la nueva casa de oración, escuchando durante el camino frases halagadoras del las mujeres del pueblo que decían al

verme pasar: "-Esa mujer será nuestra salvación."

-¡Ay, hermano mío!-decía yo-, no quiero que me adoren; tiemblo, cuando me dicen que soy buena.

Mi hermano se sonreía satisfecho y gozoso, porque él creía que yo era buena. Acudió la población en masa; con ser el templo muy anchuroso, resultó pequeño.

Para la muchedumbre; en lugar previamente reservado se colocaron las autoridades civiles y eclesiásticas; entre éstas últimas estaba el enviado de Su Santidad, que era un hombre alto y flaco, con anteojos, ricamente revestido, ostentando todas las insignias de su elevado cargo; observé que desde su sitial miraba mucho a las mujeres, parecía como si buscara una entre tantas; habló con un cardenal que estaba a su lado, y éste con mucho disimulo miró hacia donde yo estaba, que estaba en última fila, medio oculta por amplias colgaduras que adornaban las puertas laterales.

Hábiles organistas, hicieron prodigios en los dos magníficos órganos, que llenaron el templo con sus dulcísimas armonías, y cuando la música decía con su lenguaje:

"¡Gloria a Dios!", la fundadora del convento entró en el coro divino, seguida de sus damas y de la Comunidad; su aparatosa y triunfal aparición produjo mala impresión en la muchedumbre, se oyó un murmullo sordo, que ahogó muy a tiempo el sacerdote encargado de hablar en aquel solemnísimo acto; y por cierto que habló admirablemente, tuvo frases elocuentísimas para los ricos, para los pobres, para los sanos, para los enfermos, para las religiosas, para los religiosos, para las madres, para los hijos, para los limpios de corazón, para los manchados con la tinta imborrable de la culpa, parecía que por él hablaba el Espíritu Santo, ¡qué bien habló!, me enamoré de su elocuentísima palabra, y al dar las gracias a Dios y a los hombres por haberse levantado una casa y un templo, para en él adorar al Ser Supremo, dijo así:

-Noq uiero terminar sin dirigirme antes a una humilde religiosa, que será, sin duda alguna, honra y gloria de nuestra Iglesia y de la católica España.

Y llamándome por mi nombre, me dirigió su primera bendición, bendición que acogió la muchedumbre con pruebas innegables de alegría, porque se escuchó un murmullo que, aunque contenido por la santidad del lugar, era imposible hacer guardar silencio a un pueblo entusiasmado. Todas las miradas se dirigieron a mí, que sentada detrás de mi hermano, le decía a éste:

-No te muevas, que no quiero que me vean ni que me miren; son injustas estas alabanzas.

Mucho tardó el pueblo en salir del templo; esperaban la salida de las autoridades y demás comitivas, pero esperaron en vano, pues todos nos reunimos en un gran salón donde estaba la fundadora con sus damas y las altas dignidades eclesiásticas, el enviado de Su Santidad felicitó al orador sagrado, diciéndole además que se cuidara de mí, que era el designado para ser mi confesor, que inspeccionara todos mis trabajos, pues querían que mis obras fueran conocidas.

Todos enmudecieron; mi hermano fue el único que pidió la venia para hablar, y dio gracias en mi nombre y en el suyo, por la protección que me dispensaban.

El enviado de Su Santidad se dirigió a la fundadora, la felicitó por cuanto había hecho, y en nombre del jefe visible de la Iglesia le dio su bendición, que la ilustre dama recibió sonriéndose, dando muestras de impaciencia, pues deseaba que se terminara el acto oficial, y ella lo dio por terminado, hablando familiarmente con todos, y abrazándome con verdadero delirio, diciéndome:

-Yo he pagado todo esto, pero el alma de la obra sois vos.

Me alegró su felicitación, lo confieso, ¡había trabajado tanto...! Mi nuevo confesor, el orador admirable, se acercó a mí, diciéndome:

-Hija mía: quieren que yo sea vuestro confesor, creed que no encauzaré vuestros pasos, os seguiré y os admiraré.

Yo elogié su discurso y él se conmovió profundamente.

Se celebró después, no diré un banquete, pero algo parecido, pues aunque se le dio el modesto calificativo de *un refresco,* fueron tantos los manjares, dulces y golosinas, vinos y licores, que más parecía aquella lujosísima mesa celebración de bodas reales, que no una fiesta religiosa.

Se habló de todo, hasta de política; mi hermano se vio precisado y hablo también, y aunque era hombre muy pacifico, abogo por la causa del pueblo, y el enviado de Su Santidad le dijo que se lo llevaría a la corte, para que ante el rey expusiera sus quejas, de lo que yo me alegré mucho contando con ir en su compañía.

Nuevamente me hablo el enviado de Su Santidad, diciéndome:

-¿Escribís mucho?

-Sí, padre.

-¿Y lo que escribís, está todo en armonía con lo que manda nuestra Santa Madre Iglesia?

-No, padre; escribo mucho, y lo que no me gusta, lo que no está en armonía con mi razón, lo rompo; tanto escribo como rompo.

-Pues hacéis muy mal; pertenecéis a una orden religiosa y de esta orden, ¿lo entendéis?, es vuestro cuerpo y vuestra alma, de consiguiente no sois dueña de vuestros trabajos, son de la orden; recordad que os han dado un confesor sabio, ilustradísimo, y con él habéis de consultar todo cuanto sintáis y penséis.

-Padre, ¿todo lo he de confesar?

-Todo lo que se refiere a vuestros trabajos literarios y a vuestros planes de fundaciones religiosas.

Me dio a besar su mano, y la ilustre fundadora me pregunto que cuándo me instalaría en el nuevo convento. "-Pertenezco a mi confesor, señora", le dije con melancolía, ella se sonrió y me abrazo nuevamente.

Durante el camino, al regresar a mi casa, le dije a mi hermano:

-¿Sabes que aunque el confesor que me han dado es un sabio, me parece muy duro que sea dueño de todos mis pensamientos?

Al llegar a mi casa, entro también mi confesor en unión de otros señores, diciéndome con dulzura, al despedirse:

-Quiero ser vuestro maestro, para llevaros por el escabroso camino que conduce a la inmortalidad.

Cuando me quedé sola respiré mejor, ¡qué mal me encontraba yo entre los religiosos!, ¡y yo había pedido vivir con ellos...! "¿Qué me sucederá?-decía yo-,

¿qué será este confesor?, ¿qué será ese hombre para mí?, ¿motivo de lágrimas o de satisfacción?, en fin, lucharemos; y además, ¿qué soy yo en la religión?¿menos que un átomo?" Me acosté y no podía dormir; esto de no ser dueña de mis pensamientos me desesperaba; al fin me rindió el cansancio, vi mi cuerpo dormido y me dio lástima de él, ¡estaba tan decaído!, entonces dije:

-¡Dios mío!, ¡Dios mío!, fuerzas, fuerzas para trabajar y resistir. Y vi el espacio radiante de luz, y oí una voz dulcísima que me decía:

-*Quieres* ser útil y lo serás, ¡vencerás siempre!, solo un punto encontrarás que no podrás vencer; sólo el trabajo y el tiempo, allanarán el terreno que tu, por ahora, no podrás allanar.

-¿Y seré libre, Dios mío?

-Si, lo serás; cuando el alma quiere, nadie le quita la libertad, nadie la esclaviza, nadie la aprisiona, no hay tormento, no hay muerte que destruya lo indestructible, y el alma es una esencia, es una luz que nada ni nadie puede destruir.

CAPÍTULO XLIX

Pasadas aquellas impresiones, dediqué mi tiempo a escribir todo lo sucedido en la inauguración del convento, sin que se separara de mi lado mi nuevo confesor, que no era corto en preguntar, mas yo rehuí a darle cuenta de mis trabajos. Aun no se había ido mi antiguo amigo el sacerdote, y entre éste y mi confesor, había una amistad aparente; en el fondo... en el fondo se odiaban como se odian todos los religiosos unos a otros. Yo prefería a mi antiguo amigo, y aquella situación se hacía verdaderamente insostenible; mi amigo lo comprendió así, y se marchó impresionadísimo, y al darme su bendición, me dijo con el mayor cariño:

-Velaré por ti, porque creo que desgraciadamente necesitarás de todos tus amigos; preveo grandes males.

Yo traté de tranquilizarle, diciéndole:

-No temáis; sabré defenderme; tengo energías para vencer, y si mucho me obligan, buscaré la libertad de mi espíritu y les dejaré mi cuerpo en prenda.

-Mi hermano se sobrecogió en las palabras de nuestro amigo, y le dijo:

-Tenéis razón en temer, yo también temo, estemos sobre aviso y ganemos tiempo. Yo amo a mi hermana sobre todas las cosas de este mundo, y por ella me dejaré matar. Marchose el sacerdote y yo le dije a mi confesor:

-Padre, yo no puedo estar tantos días inactiva: necesito ver dolores y consolarlos; sólo siento que el pueblo es tan agradecido, que me llaman la mujer buena, la santa milagrosa, y cuentan mis hechos aumentándolos de un modo asombroso; decidme vos, qué debo hacer para no recoger por mis obras tan abundante cosecha de gratitud. Mi confesor me miró fijamente, y dijo con sequedad:

-Ya es bueno ocuparse de los pobres; hay pobres de cuerpo, pobres de alma, pobres de medios, o sean recursos materiales, y por regla general, todos los pobres, son pobres de conocimientos, y por eso sus alabanzas se asemejan a los caños rotos de una fuente: su abundancia mortifica y deja de ser beneficiosa. El bien apetecido no debéis prodigarlo tanto, los pobres no siempre son dignos de ser compadecidos, que los hay muy duros de corazón; no debéis tampoco entrar en las casas de los enfermos, ¿para qué?, esto os dará muchos disgustos, y ningún buen

resultado, ¿por qué?, ¿qué haréis vos?, nada provechoso, ¿qué estudios tenéis?, ¿qué ciencia médica poseéis?, ninguna, de consiguiente nada tenéis que hacer donde no os llamen, y como mis consejos en lo moral, deben ser órdenes para vos, no deis un paso sin consultarme.

El hombre hablaba muy bien, pero todos sus argumentos los deshacía mi razón, ¡y encontraba su caridad tan pequeña...! conforme hablaba, ¡cuánto se empequeñecía mi confesor...!, ¡qué pequeñito lo vi...! era un alma muy menguada, y al ver su insignificancia me crecí diciéndole:

-Bueno; seguiré vuestros consejos hasta cierto punto, y ganaré por esto una reconvención vuestra.

-Sí, tenéis razón, no una, sino muchas reconvenciones, y en último término, daré cuenta a la Superioridad eclesiástica de todos vuestros actos.

Al oír estas palabras comprendí que mi confesor era un espía, y ante tal espionaje me rebelé y le dije:

-Descuidad, haré cuanto pueda; por obedeceros; pero os digo, que para hacer el bien, libre y encerrada lo haré, y que yo no sirvo para dar limosna de dinero únicamente, doy la esencia de mi alma; decís, que, qué estudios he hecho, qué ciencia médica poseo, que una mujer no puede dar la salud. ¿Y si yo la diera?, ¿qué diríais a esto?, ¡qué no debo prodigarme!, y si puedo hacer el bien, ¿por qué no hacerlo? No respondo de mí; cumplid con vuestro deber, yo cumpliré con el mío.

-Y decidme-dijo mi confesor-, ¿me diréis la verdad de todo cuanto pensáis?, ¿me diréis en confesión lo que veis y lo que oís?

-Yo os diré que siento un amor inmenso por determinados seres, pero en confesión no os puedo decir ni lo que siento, ni lo que veo; ¿quién puede definir el infinito...?

-Pues yo os digo, que si un guía necesitáis y un consejero leal para hacer el bien, guía necesitáis para ver los genios del mal que indudablemente son los genios que veis despierta y dormida.

En aquellos momentos, si a mi confesor y a mi nos hubieran retratado, ¡qué pequeño hubiera quedado mi confesor...! Hablamos mucho, muchísimo, y le dije en conclusión:

-¿Sabéis lo que vale un alma y las relaciones que la enlazan con los seres invisibles? Yo veo a mi padre, tan bien como os veo a vos; recibo sus besos, escucho sus consejos, y le consuelo en sus desfallecimientos y en su soledad; y veo a otro ser hermosísimo, cuya hermosura de cuerpo y de alma no puedo describir; sólo os diré que sus ojos son la entrada de los cielos, porque hay en ellos todos los resplandores de los soles, toda la ternura de las madres apasionadas, todas las promesas de los eternos amores; y este joven hermosísimo se transforma en un viejo venerable, y este anciano se aleja... se aleja... cruzando un camino que tiene los colores del arco iris, y allá lejos, muy lejos, se detiene, se vuelve, me mira, y me dice: "¡Te perdono!", y he tenido que estudiar mucho para saber por qué me perdonaba. Decidme, vos que sois tan sabio, que habéis estudiado tanto, que cuando habláis parece que el Espíritu Santo os inspira, ¿podéis descifrarme estas evidencias? Mi confesor, lívido, trémulo de ira, me dijo:

-El genio del mal os rodea, os envuelve y os engaña; los seres que están en contra de Dios, tienen tanto poder como Dios, porque su orgullo los ciega, y Dios los

deja rodar concediéndoles poder bastante para que hagan el mal, y las almas prudentes si consiguen no dejarse prender en sus redes, son las elegidas para luego gozar las delicias eternas en el reino de los cielos. Existe la lucha del bien y del mal; así lo explica nuestra santa teología, así lo acepta nuestra santa religión...; nuestro credo nos ordena *creer,* no *saber;* investigar, preguntar, inquirir, analizar, es trabajo de herejes, y nosotros debemos huir del hondo, del insondable abismo de la duda y de la herejía:

Y habló mi confesor largamente, habló con el entusiasmo del fanático, pero su elocuencia... no convencía, porque sus argumentos no tenían base.

-Padre, os escucho pero no me convencéis, como no me convenció mi primer confesor; yo le dije calla, y calló, luego le puse la mano en la frente y habló; con vos no quiero hacer lo mismo, sé que no os convenceré, como sé que no me habéis convencido diciendo que los genios del mal son iguales en poder a Dios. Yo creo que la bondad de Dios nos ilumina eternamente, yo creo que el mal no existe porque la omnipotencia del mal sería la negación de Dios, y Dios *es,* porque la naturaleza lo manifiesta; Dios *es,* porque las almas piensan, siente y quieren; Dios *es* porque la vida *es.* ¡Y qué hermosas son las manifestaciones de la vida! Yo he oído hablar a las plantas, yo he visto a una planta espinosa cómo abría sus troncos y dejaba caer su savia benéfica sobre la honda herida que un hombre tenía en su pecho. ¡Si vierais lo que hacen las almas en el espacio...! las unas se aman, las otras se odian, la lucha existe allí como aquí, porque la lucha es la vida. ¿Qué haremos, Padre?, ¿queréis perderme?

-No.

-Pues entonces seguidme, estudiad conmigo, los dos estudiaremos, vos sois un sabio y aprenderéis más pronto que yo.

-No quiero perderos, no; pero veo que no sois lo que yo pensaba; creo que sois ambiciosa, y engañáis al pueblo; creo que queréis promover un cisma y preciso será corregiros. No puedo en manera alguna ser vuestro confesor, daré cuenta de cuanto veis, para que se estudien vuestras videncias, y os advierto que no hagáis alarde de vuestras virtudes, porque el tribunal religioso os castigará.

-Padre, siempre predicaré el Evangelio de Dios, aunque me llamen cismática y ambiciosa; y si la justicia religiosa quiere mi cuerpo, se lo daré sin regatear, mientras mi alma volará al espacio para seguir su eterna peregrinación. ¡Oh! ¡Iglesia!, ¡cuántas cuentas tendrás que dar ante el tribunal de los siglos...! porque tus grandes cabezas las inutilizas, y conviertes a tus eminencias científicas en miserables sayones. ¡Oh! ¡Iglesia!, que quieres ser la depositaría de las verdades eternas, y eres la propagadora de las más inicuas falsedades; padre, tenéis razón, no podéis ser mi confesor; y que Dios os perdone todo el mal que pensáis hacerme como yo os lo perdono.

Se fue mi confesor ebrio de rabia; yo le conté a mi hermano lo ocurrido y éste se impresionó muchísimo, temblando convulsivamente me estrechó en sus brazos y partió inmediatamente para la corte para contar a mi protector lo acontecido. Sentí deseos de marchar con él, pero... temiendo ser demasiado exigente con mi hermano, me callé, y al quedarme sola ¡cuánto lloré...! ¡cuánto...! diciendo: "¡Dios mío!, ¡Dios mío!, dicen que eres el genio del mal ¡qué horror!, ¡tú que eres la luz eterna!, al favor de tu luz veo aquel viejecito que me dice: "¡Te

perdono!" dicen que todo es obra del genio del mal, que todo cuanto veo es alucinación de mis sentidos. No, no; eso no puede ser; lo que yo siento, sólo se siente por la verdad; lo que tú me haces ver. ¡Dios mío!, son capítulos de mi eterna historia; entre aquel anciano y yo, hay... ¡no sé lo que hay!, pero hay una gran culpa de mi parte, y una piedad inmensa por la suya y entre el hombre hermosísimo cuyos ojos son los cielos de mi vida y yo, hay... un amor indescriptible por mi parte, y por la suya... ¡Ay! ¡no sé lo que hay por la suya!, que nunca lo humano puede comprender lo divino, y aquel hombre de los ojos de luz, ¡es divino!, ¿es tu hijo predilecto, Señor?, ¡qué hermosa es!, ¡cuánto debes amarle!, ¿verdad que le quieres mucho?, ¡yo también le quiero!, él es el amor de mis amores.

Hablando con Dios me quedé dormida, y a la madrugada oí que me decían:

No temas, ampara a los débiles, no temas.

-¡Señor!, quiero ver, prefiero ver a oír.

Y encontré en el espacio y vi al hombre hermosísimo, al amado de mi corazón, al dueño de mi alma, pero lo vi con sangre en la frente, en las manos y en el pecho.

-Esta sangre-me dijo-, es la sangre de la ley.

Y luego... luego lo vi sin sangre, con su blanca túnica, ésta se entreabrió hacia su costado izquierdo y le vi el corazón destrozado y El me dijo:

-Este corazón está destrozado por la ingratitud de los hombres, este corazón lleno de amor lo destrozó la ingratitud de un alma.

-Yo lo quiero hacer nuevo, ¡Señor!

-Cuando lo hagas nuevo, este corazón será de dos, tuyo y mío; recuerda que la ingratitud hiere más que la ley.

Durante muchos días vi por todas partes aquel corazón destrozado, ¡y qué daño me hacía verlo...!

Vinieron después tres sacerdotes con varios curiales eclesiásticos, y por orden superior se incautaron de todos mis escritos, hasta de mi pluma favorita y de mi tintero, ordenándome con la mayor severidad que no me atreviera a salir de mi hogar.

Después de aquella escena, me quedé triste, muy triste, ¿qué harían de mis obras?, en particular de mi dulce canto a Dios; más sentía el secuestro de mis escritos que mi prisión, ¡mis escritos!, ¡los quería tanto!, ¡ellos eran mis hijos, los hijos de mis purísimos amores, la delicada esencia de mi alma, la historia de mi actual existencia, la herencia de mis sueños, la realidad de la vida invisible! Para no perderlo todo, recité repetidas veces mi canto a Dios, y todos los días al levantarme lo entonaba para tranquilidad de mi ánimo.

Llegó después una gran señora de la corte, acompañada de dos damas; traía el encargo especial de visitarme en nombre de mi protector; era una mujer muy agradable, me habló con cariño, diciéndome:

-Os traigo muy buenas noticias, tenéis fama de santa, pero en la corte, como se habla de todo, unos dicen, que caeréis bajo el poder de la justicia religiosa, y otros aseguran que sabéis tanto, que os salvaréis de todos los peligros. El amigo de vuestro padre dice que nada temáis. Yo quiero ser vuestra amiga, vuestra confidente, quiero aprender y quiero enseñaros, quiero ser maestra y discípula a la vez, que hay en el mundo tantos abismos, que no basta ser bueno para salvarse,

hay que saber hacer valer lo que se vale.

Yo agradecí mucho sus palabras, porque la verdad es, que me encontraba muy abatida. Me pidió la señora que le mostrase algunos de mis escritos, y se quedó muy sorprendida cuando le conté lo ocurrido con ellos.

-¿Y sabéis dónde están vuestros escritos?

-No lo sé, señora.

-Pues yo lo encontraré y haré más aún, haré castigar severamente a los autores de tal atropello. Vos no sois una religiosa cualquiera, y hay que respetaros, no sólo por lo que valéis, sino por lo que os ampara la protección de Su Santidad.

Pasé un buen día, acompañada de tan ilustre señora; mientras ella se retiró a descansar, hablé con una de sus damas, que era una joven hermosísima, despierta y vivaracha; me contó que hacía versos muy malos, porque tenía un maestro muy ramplón, que le gustaría ser mi discípula.

-Pedídselo a la señora-me decía-, dicen que valéis mucho y yo quiero ser algo en el mundo.

-Por ahora no puedo complaceros, hija mía, tiempo habrá para todo si no me encierran.

-No lo quiera Dios, tengo empeño decidido en que seáis mi maestra.

-A mi también me agradaría, porque prometéis mucho, yo os enseñaré a escribir con el alma, no con la pluma. ¿Conocéis a los pobres?

-¡Ay!, si, demasiados hay en la corte, y creed que no me gusta mirarlos, ¡son tan repugnantes!, ¡tan asquerosos!, ¡huelen tan mal!

-¡Ay!, hija mía; no sabéis lo que son los pobres; son los escalones para llegar al cielo; porque son ellos los que nos impulsan al bien obrar, lo que nos hacen cumplir el mandamiento de amar al prójimo.

La hermosa joven se sonrió y cambió de conversación, ya no me repitió que quería ser mi discípula, ¡pobre alma!, era una de tantas flores sin aroma.

Se despidió la señora muy afectuosamente, y al día siguiente los tres religiosos que se habían llevado mis escritos, acompañados de fuerza armada, y de unos hombres vestidos de negro, tan feos y tan repulsivos, que yo no los podía mirar; uno de los sacerdotes me dijo que le siguiera; al oír su mandato perdí las fuerzas, miré en tomo mío y me alegré de no ver ni a Marta ni a María, habían salido a visitar enfermos, y así les evitaba un gran pesar; me hice cargo que no había más remedio que obedecer, y oí una voz que me decía: "-¿Por qué tiemblas?, no temas a la justicia, teme a la ingratitud."

Me hicieron subir en un coche acompañada de los tres sacerdotes y rodeado el carruaje de fuerza armada. Al salir de la ciudad, me vio Marta, quiso abrir la portezuela del coche y uno de aquellos hombres negros la cogió y la tiró a gran distancia, oí un grito... y allí quedó sin sentido mi fiel servidora.

-¿A dónde me lleváis?-pregunté.

-No tenéis derecho a preguntar, sino a obedecer.

Después de dos días de viaje, entramos en una gran ciudad, la muchedumbre, al vemos pasar, saludaba humildemente; llegamos a una plaza muy triste, rodeada de sombríos edificios, especialmente uno que parecía una inmensa jaula de hierro, porque sus grandes ventanas todas tenían triples rejas, y estas rejas estaban unidas unas a otras por gruesos barrotes de hierro que defendían los

ennegrecidos muros. ¡Qué mala impresión me causó aquel edificio!

Se abrió una puerta y el carruaje se detuvo en un patio anchuroso; me hicieron bajar y me obligaron a subir por una escalera muy ancha; cruzamos largos y sombríos corredores y entramos en un espacioso salón, donde sólo había un banco circular, y en el fondo un altar con la imagen de un santo. Me hicieron sentar, y a corta distancia se sentó uno de aquellos hombres negros, tan feo y tan repugnante, que tenía que cerrar los ojos para no verlo.

Al verme en aquel lugar tuve miedo, lo confieso, y dije:

-¡Dios mío!, ¿qué harán conmigo?, y como si hubiera oído mi pregunta, se presentó mi confesor para contestarme, diciéndome con ironía:

-Ya veis adonde os llevan vuestras videncias; lo habéis querido y justo es daros lo que merecéis; seguidme. Le seguí y él me dijo:

-Contestad con verdad a cuanto os pregunten; vuestros escritos son heréticos, y si no fuera porque sois una iluminada, se os daría tormento: Creedme, sed humilde, resignada, confesad sencillamente que no sabéis lo que escribís; no busquéis el tormento, que no queremos atormentaros; os trataremos con la mayor consideración, empezando por concederos horas de descanso en un cómodo lecho, entrad.

Y me dejó en una estancia tapizada de negro; el pavimento también lo cubrían bayetas negras; en un altar enlutado había un Cristo de tamaño natural clavado en la cruz, y cuatro velas verdes aumentaban con su oscilante luz las tinieblas de aquel sombrío lugar. Yo miré al Cristo y murmuré:

-¡Ay!, ¡tú también sufriste el martirio por decir la verdad!

Me dejé caer en un tosco sitial y oí distintas voces que decían: "Eres una hereje, una cismática, una bruja, una perdida; arderás en el infierno sin que tu cuerpo se queme, tendrás sed que nunca se te calmará, sentirás hambre que no saciarás jamás, los herejes están malditos de Dios, maldita estás por los siglos de los siglos."

Aquellas voces me impresionaron muchísimo, ¡sola...! ¡en aquella tumba tan negra...!, mirando al Cristo crucificado... tuve miedo y dando diente con diente me acosté, cerré los ojos... y entonces vi al alma de mi alma, al hombre de los ojos de luz que sonriendo dulcemente me decía:

-No temas, pronto saldrás de tu encierro.

Pero al mismo tiempo oía lamentos horribles, el ruido sordo de las largas cadenas arrastrando por el suelo, y voces que repetían: "¡Iras al infierno por toda la eternidad!"

-¿No oyes lo que me dicen?-decía yo angustiada.

-Si, todo lo sé; descansa; ¡tienes miedo!, ¿y eres tú el espíritu valiente que todo lo quieres sufrir por mí...? ¡pobre mujer!, duerma tu cuerpo y tu alma que ascienda y en su ascensión que me vea.

Y entonces si, le vi tan cerca como nunca le había visto, porque nuestros alientos se confundían. "-¡Quiero seguirte", le dije, y los dos juntos enlazados, no sé cómo, Porque nuestros brazos no se tocaban, y sin embargo, yo sentía el tibio calor de su ser; seguimos andando, no encuentro otra frase, y recorrimos campos para mi muy conocidos; entramos en un sendero muy estrecho donde arbustos floridos se cruzaban; llegamos a una fuente que yo había visto, y qué lugar tan encantador

aquél!

El se sentó y me dijo:

-Siéntate tú también. ¿Te acuerdas?, esta fuente te dio la vida, aquí naciste de nuevo, porque el agua que aquí mana, es el agua de la redención. ¡Bebe!, ¡sacia tu sed de infinito!, ¡bebe el agua de la vida!, ¡que eternamente vivirás!

-¿Me quieres?, ¡no me dejes...! ¡no me dejes más...! ¡ten misericordia de mí...!

-Ya vendrás, pero antes el agua del Evangelio, bebe el agua de vida eterna, bebe el agua de la verdad, para luego hablar como hablan las lenguas de fuego; tu palabra derribará los templos de piedra y edificará en los corazones sensibles, y levantará altares en los cálices de las flores y en los nidos de las aves.

CAPÍTULO L

Mientras mi cuerpo dormía, en el transcurso de aquella noche memorable para mi espíritu, se verificó un reconocimiento en mi estancia y en mi organismo; extrañando mis guardianes de que no me hubieran despertado los gritos amenazadores que en tomo de mi lanzaban aquellos sicarios sin corazón; al convencerme que yo no era víctima de ningún accidente, y que mi sueño era perfectamente tranquilo, me reconocieron minuciosamente, encontrándose con lo que no esperaban; creían que yo había traspasado los límites de la debida honestidad y vieron que no había deshonrado a mi noble familia; ¡cuántas miserias, Dios mío!, cuando estaban profanando con sus miradas mi cuerpo, oyeron aquellos malvados voces aterradoras que los acusaban de perjuros y asesinos y entonces realmente espantados salieron precipitadamente de mi prisión, no sabiendo a qué atribuir lo sucedido, pues bien sabían ellos que el genio del mal no existía, así es que, aquellas voces que los llamaban con sus nombres verdaderos, les causaron a todos asombro y temor. Al marcharse mis jueces, desperté y ya no sentí gritos; me levanté sintiendo un hambre devoradora, esperé algún tiempo y viendo que nadie venia, murmuré con espanto:

-¿Me dejarán morir de hambre?, ¡qué horror...!

Entonces se abrió la puerta de mi encierro y se presentó un hombre de agradable figura, que me preguntó:

-¿Qué necesitáis?

-Tengo hambre, un hambre horrible.

-Ya os traeré algo. Se fue mi carcelero dejando la puerta abierta, por la que se veía un largo corredor; sentí vivos impulsos de echar a correr pero me detuve pensando que era inútil mi tentativa, pues cuando habían dejado la puerta de aquel modo, era señal que aunque saliera de mi estancia estaba tan presa fuera como adentro. Volvió mi guardián con algunas viandas muy poco apetitosas, pero yo las encontré tan buenas que todo me lo comí, y terminado mi frugal banquete, le pregunté a aquel hombre:

-Por lo que veo, ¿sois mi carcelero?

-Aquí todos somos carceleros y jueces.

-Me alegro, así sabré más pronto qué delitos he cometido para estar aquí.

-No os apuréis, pronto sabréis cuáles son vuestros delitos.

-Es que yo no los tengo; lo que yo siento, es que si mis jueces tienen la

conciencia tan negra como estas paredes, entonces...

-¿Entonces qué?

-Entonces, ¡pobre de mí...!

Mi guardián cerró la puerta con estrépito, y me quedé sola paseando por mi estancia... ¡qué triste es estar preso...! con qué angustia recordaba mis largos paseos por el campo, mis afanes por ver la salida del sol, porque siempre fui muy madrugadora; me parecía que el sol merecía ser contemplado como principio de vida, y que no debía perderse ninguno de sus rayos, que debía seguirse con ávida mirada su majestuoso curso, puesto que él era en la tierra el símbolo de Dios! y allí... era mi negra prisión estaba encerrada en vida; y ¡qué triste es una tumba...! Recordé mi canto a Dios y lo recité para consolarme. ¡Qué alegría!, ¡todo lo recordaba! "-¡Dios mío!, ¡Dios mío!-exclamé-¡qué bueno eres dejándome la memoria!, cuan cierto es que el alma tiene luz y vida propia; ahora mi cuerpo está en la sombra, pero mi espíritu ve el gran laboratorio de la naturaleza, ¡y en él encuentra manantiales inagotables de eterna luz!"

Seguí paseando hasta que conseguí cansarme y entonces me senté en mi lecho y oí muchas voces juntas, se abrió la puerta, y vi que el largo corredor estaba invadido por muchos hombres cubiertos con una túnica negra llevando en la cabeza una caperuza de la que pendía un largo antifaz que ocultaba por completo su semblante, pues aunque a la altura de los ojos había dos pequeñas aberturas, no se veía por ellas el brillo de ellos, porque lo amortiguaba la luz de los cirios, que cada uno de aquellos enmascarados sostenía en su diestra y levantaba a la altura de sus ojos.

¡Qué procesión tan lúgubre...! sentí miedo y me quedé sentada; entró un enmascarado y me dijo bruscamente:

-Levántese la culpable, y reciba con más respeto al santo tribunal. Han llegado los momentos más graves de vuestra vida; si confesáis lealmente lo que sois, si es que en vos aún hay lealtad, o si el genio del mal no os impide hablar, estad preparada que se os concederá la gracia de escucharos.

-No me tengo que preparar, porque mi conciencia es un libro abierto.

-Ya lo veremos; seguidnos.

Nos pusimos en marcha y atravesamos muchos corredores, algunos de ellos interminables; por todas partes había enmascarados con antorchas o cirios, según la anchura del lugar, y eran verdaderamente tenebrosos aquellos claustro; allí todo era tétrico y amenazador; anduvimos tanto, que no me podía sostener y a tiempo entramos en un gran salón, donde me hicieron sentar cerca de la mesa del tribunal.

Con qué placer me dejé caer en el sitial, estaba rendida; ¡qué camino tan largo me había hecho correr...! ya sentada, miré en torno mío, y vi que el salón estaba decorado de magníficos tapices y riquísimos cortinajes de terciopelo negro, abordados de oro; en el fondo del salón, había un crucifijo, con un Cristo de tamaño natural, que es la mejor imagen que he visto en toda mi vida; ¡qué figura tan hermosa...! ¡qué expresión la de aquellos ojos!, le decían al afligido: "¡Confía en mí!, ¡yo soy tu puerto de salvación!, si tus jueces te condenan, ¡yo te perdonaré!"

Mirando aquella obra de arte, verdaderamente maravillosa, me olvidé por algunos momentos de lo crítico de mi situación, hasta que oí la voz del presidente

me decía a mi desleal confesor:

-Leed el informe referente a esta mujer.

Mi confesor se prosternó ante el crucifijo, y después de pronunciar la oración más inicua, se levantó y dio lectura a su informe que era un tejido de infamias; pero como era hombre de muchísimo talento, le supo dar a todas sus calumnias, a todas sus imposturas, tal viso de verdad, que se necesitaba tener la cabeza muy segura y la conciencia muy tranquila, para no creerse culpable el mismo inocente.

No entra en mi ánimo dar a este relato de mi vida grandes proporciones, por eso refiero únicamente aquello que es indispensable referir, que si a copiar fuera íntegra la acusación de mi confesor, habría asunto sobrado para escribir un gran libro, donde se admiraría el talento de un sabio empleado en el mal, ¡qué ingenio!, ¡qué astucia!, ¡qué sagacidad!, ¡qué sutileza!, ¡qué modo de volver lo blanco negro...!

Me acusó como religiosa profesa, que había roto mi clausura, dio cuenta de mis escándalos en el convento, arrojando al confesor que en él había, para poner en su lugar a un *íntimo amigo mío,* y tanto di que hablar a la comunidad, que me arrojaron del convento por ser piedra de escándalo y mantenedora de discordias entre las religiosas. Que no tuve otro remedio de refugiarme en mi casa, donde viví con un sacerdote dando escándalo por ser aquél tan hereje como yo; que había hecho muchas salidas sospechosas, fingiendo visitar enfermos, cuando en realidad, pagaba a gente de mal vivir para que éstas corrieran la voz de mis supuestos milagros; que saqué a una pobre mujer de su casa, que vivía tranquila con su enfermedad, consagrada a Dios, y que le quité su reposo y su religiosidad; que me hice dueña de una pobre niña, que con su trabajo era útil a su familia, y que la llevé a mi casa no se sabe con qué miras, pero que desde luego la niña perdida estaba, por mi mal ejemplo. Que tuve el capricho de amparar a un pobre y al colocarle en un asilo, porque la superiora no me permitía que allí escandalizara con mis continuas visitas, me vengué de ella quitándola de su puesto y poniendo a otra menos escrupulosa que la primera. Después se quejó de mis escritos, diciendo al fin, que en mi vida tenía hechos perdonables, pero que mis escritos eran heréticos en todos sus conceptos, que yo cantaba estrofas a Dios, pero que mi Dios no tenía cielos, ni templos, ni altares, que mi Dios estaba en todo, y que todo lo llenaba; y este Dios sin su corte celestial y su mansión de los justos, era el genio del mal, llenando los ámbitos del mundo, extendiéndose por todas partes, ya que no podía penetrar en el cielo. Se ocupó de mis cantos a los obreros, especialmente en uno que dediqué a la memoria de dos que murieron en las obras del convento últimamente edificado. Mis lamentaciones por la muerte de aquellos dos padres de familia que murieron en lo más hermoso de la juventud, decía mi confesor que eran mi mayor condenación, porque, ¿acaso, un edificio religioso no valía más con sus piedras benditas que toda una generación de obreros?, ¿qué era un obrero ante una obra religiosa? Se ocupó de mi canto a la familia, y entonces refirió, que mi familia me había repudiado, que todos me habían vuelto la espalda negándome su saludo, pero que al refugiarme en mi casa, con mis malas artes seduje a mi hermano mayor, que se convirtió en mi protector *íntimo,* que éste en una cacería se hirió, y yo insultando la ciencia, y faltando a todos los preceptos de la honestidad y de la moral, me constituí en su

enfermera curándole por medio de procedimientos diabólicos, y mi hermano, completamente seducido, hizo trabajos para conseguir que toda mi familia me admitiera en su seno, y como el genio del mal es tan astuto, mi hermano consiguió su intento, y la religiosa renegada, la mujer perdida consiguió como la mala hierba, brotar entre buenos sembrados; pues mi familia yo sola la había deshonrado. Leyó un fragmento de mi canto a la familia en el cual yo decía: "-¡Dios mío!, ¡Dios mío!, hoy es un día de luz para mí, cierro los ojos para no ver ningún defecto, y los abro para gozar de los dulces placeres de la fraternidad".

-Pensad bien-decía mi acusador-, pensad en la horrible herejía que encierra este canto. ¡Una religiosa pensando en su familia...!, ¡una religiosa soñando con el amor de sus deudos...! ¡olvidando que en cuerpo y alma pertenece a Dios...! ¿Y qué me diréis de su canto a la fundación de un convento...? en él dice que es muy fácil amontonar piedras... pero que es muy difícil edificar en los corazones, porque en éstos sólo con amor se edifica, y este canto está encerrado con otros pergaminos, y andando los siglos, cuando este edificio por cualquier evento se destruya, podrán decir los cristianos de las épocas venideras, que la Iglesia abrigó en su seno a una culebra de la herejía, que sin pudor alguno dejó su baba ponzoñosa junto a papeles sagrados.

Dijo que él creía muy conveniente, que se hicieran las obras necesarias, para extraer mi escrito del fondo de la tierra, arrojándole a la hoguera con todas mis obras, y en gracia a ser yo de una familia muy cristiana, que se me condenara a prisión perpetua, sin sufrir el menor tormento, únicamente la privación de papel, tinta y pluma; cuidando que las paredes de mi prisión fueran de ladrillos y piedras desiguales y salientes, y el pavimento fangoso, para que en ninguna parte pudiera escribir uno solo de mis pensamientos.

Su largo escrito no se abatió, porque continuamente miraba la imagen del crucificado y era tan hermosa, tan dulce, tan consoladora, que confiaba en él. Me preguntaron qué tenía que alegar para descargo, a lo que contesté: que si el tribunal era tan bondadoso yo hablaría.

Todos hablaron entre sí, y oí una voz muy débil, que parecía salir de debajo de la tierra que dijo así:

-Esa mujer no tiene que defenderse, sus delitos están probados, hay pruebas innegables, no perdamos el tiempo.

Entonces sí que temblé de espanto; porque aquella voz tan débil, tenía tal autoridad, que todos inclinaron la cabeza, más el presidente preguntó de nuevo:

-¿Creéis que esta mujer debe defenderse? Y uno de los jueces dijo:

-Debe dejarse a esta mujer que se defienda.

En aquel momento se me ocurrió lo que debía haber hecho mucho antes, me levanté y dije:

-Señores, llevo en mi una prenda que me garantiza, y es que llevo en mi mano un anillo con el sello real, que en mi natural modestia siempre escondo, y nadie repara en su sencillo aro de oro.

-¿Cómo no lo habéis dicho?

-dijo el presidente.

-Es que no me habéis dejado tiempo, y además, ¿qué mujer no se aturde ante el poder religioso?

-Hay que averiguar-dijo mi confesor-, si ese anillo lo adquirió lealmente. Y añadió la vocecita del juez invisible:

-No hagáis caso, esa mujer está enferma, no debe salir de aquí, que su enfermedad es contagiosa.

El presidente me quitó el anillo, lo examinó, selló varios papeles, corrió de mano en mano, hablaron todos en un extremo del salón, y al fin el presiente dio la orden que me volvieran a mi encierro. A la vuelta anduve mucho menos, y me convencí que para atormentarme y debilitarme, me había hecho dar vueltas a una noria gigantesca ¡en todo lo malo pensaban aquellos ministros de Dios...! desde lo más horrible hasta lo más leve, pero todo mortificante y perjudicial, ¡cuánta infamia!

Al verme sola en mi estancia me alegré, pero al pensar que me habían despojado de mi anillo perdí ya toda esperanza, pensé morir, y me di por muy contenta si allí me dejaban expirar; pensé en mi familia, en Marta, en María, di un adiós a todo cuanto había amado, y entré en un período de agonía delirante; repetí toda la acusación de mi confesor, y me defendí admirablemente, ¿dormía?, ¿soñaba?, no lo sé, me encontraba muy mal, ni podía moverme; así pasé muchas horas, muchas, no puedo precisar cuántos días, en los que me alimentó la fiebre, hasta que una mañana, oí voces, gritos, amenazas, ruido de armas que apoyaran contra el suelo, fuertes pisadas, ¡qué sé yo! borbotones de vida que llegaban hasta mi tumba; y entre tantas voces, creí reconocer una que gritaba: "-¡Abrid en nombre del Rey!" Era la voz de mi hermano Benjamín, que decía iracundo:

-Vengo por mi hermana.

-Es que la orden del Rey tiene que venir refrendada por el Papa.

Mi hermano debió mostrar la orden en toda regla, porque la puerta se abrió y Benjamín se arrojó en mis brazos y me besó con frenesí; cogió mis manos buscando en ellas lo que no encontró, y volviéndose como un león herido gritó:

-Que me den el anillo de mi hermana ¡Ay! del que lo retenga. El presidente que lo acompañaba se lo entregó y Benjamín, cogiéndome en sus brazos, sin dejar que mis pies tocaran a tierra, corrió como un loco, bajó la escalera como una exhalación y me depositó en un carruaje; él mismo cerró la portezuela, montó a caballo y poniéndose al estribo distribuyó su fuerza y escoltada por ella salí de la ciudad, y sin hacer parada en parte alguna llegué a mi casa al día siguiente, en las primeras horas de la mañana. Durante el viaje, se puede decir que estuve más en el otro mundo que en éste, porque había sido tan imprevista mi salvación, y estaba mi cuerpo tan rendido por la fiebre, que yo no me daba cuenta de lo que me pasaba, comprendía que había salido de mi prisión, que una fuerza poderosa me arrastraba, pero miraba sin ver, y oía sin entender. Cuando me hice cargo de mi situación, fue cuando Benjamín me cogió en sus brazos y me dejó en mi estancia. ¡Qué bien respiré entonces!, ¡qué hermosa me pareció mi casa!, ¡qué agradable la vida!, me asomé a una ventana que daba al campo y dije: "-¡Dios mío!, ¿por qué no me dejan adorarte aquí?, ¡este es tu templo!, las casas de piedra son las tumbas de los incautos." Vino mi hermano mayor y me estrechó en sus brazos diciéndome:

-Reposa en mí y en tu familia, que todos sus miembros te quieren, por lo mismo que te rodean tantos peligros; el clero te odia, las religiosas te murmuran y temo que el Rey hostigado por el Papa al fin ceda y te castigue cruelmente por herética y cismática.

Comprendí que mi hermano tenía razón y traté de tranquilizarle. Pasé después al gran salón, donde me esperaba toda la familia incluso Benjamín, que me dijo:

-Ahora me gusta la vida; porque puedo serte útil, te acusan, te injurian, te calumnian; tú eres una santa, y dicen que los arrancas de sus hogares para prostituirlos; pero yo que sé lo que eres, yo que te quiero sobre todo en la tierra, y eso que ya tengo mi prometida, pero por ti... por ti lo dejaría todo... ¡todo! y te juro que con mi espada te haré respetar y hasta el Rey se postrará ante ti.

Traté de calmar sus ímpetus; hablé con mis hermanas que, como es natural, estaban muy recelosas y muy atemorizadas, y todas con mis palabras se tranquilizaron y me colmaron de caricias, hasta el punto, que mi hermana mayor me desnudó, me acostó y no se apartó de mí hasta dejarme dormida. Mi cuerpo descansó muy bien, pero mi espíritu se fue en busca de mis acusadores, y se espantó de ver aquellos espíritus tan miserables; eran reptiles arrastrándose por el negro fango de los crímenes, mi espíritu buscaba a mi confesor, y al fin lo halló: ¡qué conmoción sintió mi cruel enemigo!, al ver a mi espíritu y le dijo:

-¡Siempre te odiaré!, ¡siempre!

-¿Por qué?, ¡yo no te odio!

-¡Mientes!, tienes que odiarme, te has de contagiar con mi odio; aparta, ser infernal, no disfrutarás de paz en la tierra y si hay algo después de la tierra, en la eternidad te odiaré. Y me convencí que aquel espíritu me odiaría eternamente, pero yo le dije:

-No me importa tu odio, yo te perdono como a mi también me perdonan. Me alejé; pero oí su voz que me decía:

-¡No te vayas tan lejos! Me acerqué de nuevo y otra voz me dijo:

-¿Así le dejas?, vuelve a mirarlo, el fuego del odio se apaga con la generosidad del alma, ¡quiérele!, ¡quiérele de veras!

-Acércate y dile, que si mañana vuelve a la tierra con la envoltura de mujer, si le gustará ser odiado.

-¡Ah!, no-dijo mi confesor-, si vuelvo a la tierra de mujer, quisiera que me amaran porque hace muchos siglos que soy un sabio, pero nadie me ama, ¡nadie!, por eso odio a la humanidad, y si tú llegaras a ser mi madre... ¡quizá...!, ¡quién sabe!, ¡tal vez te amaría...!

Volví al lado de mi cuerpo y lo encontré muy débil; ¡pobrecito!, ¡había sufrido tanto...!

Mi hermano mayor vino a decirme que una comisión de obreros deseaba verme, que no les contara mis penas para evitar complicaciones.

Más tarde hablé con los obreros, y aunque les oculté mis sufrimientos, uno de ellos me dijo:

-Señora todo se sabía; la religión es una camisa de fuerza que tiene puesta la humanidad hace muchos siglos, y hora es que se rompa con el esfuerzo popular.

-No amigos míos; empleemos el esfuerzo popular en un trabajo honroso, y cumpla cada cual con sus deberes, para más tarde hacer uso de sus derechos.

CAPÍTULO LI

Cuando se marchó la comisión de los obreros, mi hermano mayor,

Benjamín y yo, hablamos muy detenidamente sobre la situación en que yo me encontraba, que en honor de la verdad, era bastante critica; Benjamín con los bríos de su juventud y el arrojo adquirido con sus compañeros de armas, y más que todo, su ilimitado cariño hacia mi, estaba furioso con todo lo acontecido, y sin decirme una palabra, escribió a su jefe pidiéndole una licencia temporal para quedarse cerca de mí, con un pelotón de sus mejores hombres; diciéndome, con su ardor juvenil, que él bastaba para luchar, en mi defensa, con todo el clero católico, y que a sus fieles soldados sólo los quería para guardar las muchas puertas de nuestra casa.

Mi hermano mayor se reía bondadosamente de sus arrebatos, pero se alegraba mucho de tenerle en nuestra compañía por lo que pudiera sobrevenir, aunque al parecer, podíamos estar tranquilos; porque el amigo de mi padre, mi poderoso protector, desde la corte estaba decidido a protegerme en todo y por todo, ya que había conseguido que hasta el Rey se interesase en mi favor; pero mi hermano decía, y decía muy bien:

-No debemos confiar ni en nada ni en nadie, porque los tribunales religiosos no perdonan; lo que no hacen por los procedimientos de la ley, lo hacen por medio del soborno, de la astucia, de la calumnia, y hay que evitar en lo posible caer en sus garras; por lo tanto, hermana mía, para no buscar nuevos conflictos, te prohíbo, en absoluto, que salgas sola a ninguna parte, es decir, acompañada de tus servidoras: has de salir con Benjamín o conmigo, que no es ni aún decoroso volver a las andadas.

Mucho agradecí los desvelos de mis hermanos; ¡es tan grato verse querida! Me retiré después de mi estancia y allí di gracias a Dios por el cariño que encontraba en mis deudos, ¡era tan nuevo para mi aquel purísimo placer...! pero a mi felicidad le faltaba algo, le faltaba la exhalación de mi sentimiento, necesitaba escribir, necesitaba confiar al papel los secretos de mi alma, necesitaba leer mi confesión, y murmuré: "-¡No quiero que escriba!, ¡vano intento! yo escribiré porque quiero escribir, y en mis escritos probaré que no sé odiar." Y mirando las rojizas nubes del crepúsculo vespertino, escribí una poesía titulada *La puesta del sol.* Una puesta del sol, es *uñadlos hasta mañana;* un paréntesis entre la luz y la sombra, ¡luz!, ¡fuego de la vida!, ¡sombra!, ¡remordimiento del alma!, ¡ luz!, ¡sol!, cuando llega la aurora dice el Sol: "-¡Humanidad!, ¡yo soy la antorcha de Dios!, ¡yo soy el mejor amigo del hombre, porque yo vigorizo sus miembros, le ayudo en sus trabajos, y soy la fecundación y la vida!"

Escribí tanto y tan a gusto, que hasta la media noche no dejé mi trabajo, y entonces, oí una vocecita que me dijo: "-Bien has hecho en escribir, porque ya no te robarán tus escritos; después de muerta, entonces... si, te los cambiarán, según convenga a la Iglesia; pero luego, más tarde, tú escribirás de nuevo, y entonces resplandecerá la verdad, porque ésta no puede permanecer envuelta en las brumas de las mentiras religiosas."

Muy contenta y muy tranquila me acosté, y dormí tan profundamente, que me desperté muy entrado el día; los rayos del sol bañaban mi lecho, y al ver tanta luz y tanta vida, le dije al sol: "-¿Por qué permites que las piedras oculten tus rayos? ¡Ay! del mismo modo ocultan los hombres la luz de la verdad, con las piedras de sus fanatismos religiosos."

Estaba la mañana tan hermosa, que olvidando las órdenes de mis

hermanos, me dispuse a dar un paseo por el campo sin pedirle permiso a nadie, mas no contaba yo con la vigilancia de Benjamín, que lo encontré al salir de mi estancia, y que al verme cubierta con mi manto me dijo muy seriamente:

-No te alejes, no quiero que abuses de tus fuerzas, la casa la tengo sitiada para evitar que salgas, pasea por los patios, por los jardines y nada más.

-Eso es muy poco para mí, déjame respirar más libremente, ¿quieres acompañarme?, dame el brazo.

-¡Ah! eso sí; con mil amores, contigo iría al fin del mundo, aunque tuviera que hacer el camino de rodillas.

Contentos y gozosos como si fuéramos dos niños, salimos juntos recordando nuestros juegos infantiles, que siempre consistían en levantar edificios con piedrecitas que se caían continuamente por lo mal puestas que estaban.

-¡Ah!- le dije a Benjamín-. Después he levantado una casa fuerte donde vive una mujer que no es religiosa, ¿por qué esta casa antes de ser habitada, no se habrá caído como nuestros castillos de piedrecitas? Existe otro proyecto para levantar un nuevo convento, y puedes creer que ya no tengo aliento para construir otra cárcel de piedra; estoy herida por los niños y no sé qué sucederá, mas si el nuevo edificio se levanta, allí procuraré hacer verdaderas reformas morales.

-Bien, bien, dijo Benjamín, no hablemos tan en serio, hablemos de nuestra infancia, me gusta mucho recordar nuestras expediciones en las cuales tú hacías el papel de madre; te veo siempre en mi imaginación apartándome de los peligros; aún ahora, cuando cruzo una cordillera de altas montañas y ante mi vista se presentan hondos abismos, pienso sin saber por qué, en arrojarme en todos ellos, y en el instante que doy un paso para llevar a cabo mi disparatado proyectó, te veo a ti, hermosa y sonriente, diciéndome: "-No cometas locuras, ese cuerpo no es tuyo, ¡es de Dios!" Me quedó sobrecogido y me alejó rápidamente, y esto que te cuento me ha sucedido millares de veces; nunca en mis raptos de delirio me has abandonado, por eso te quiero tanto, tanto, que eres el amor de mis amores; ¡mi luz!, ¡mi cielo!, ¡mi Dios! ¡Ah!, si, si; no lo dudes, te quiero tanto... que no sé cómo expresarte mi cariño, y de lejos aún te quiero más, mucho más... Me habló después Benjamín de su prometida, me contó la sencilla y vulgar historia de sus amores, me describió su figura, era una mujer muy hermosa, y sobre todo, con la altivez de una reina, me pidió mi parecer sobre su amada y yo le dije:

-Amas a esa joven como ama el hombre en la plenitud de su juventud, la quieres... porque necesitas querer a una mujer, y tanto valdría ésta, como cualquiera otra. Me dices que ésta es noble y rica, y que iguala su altivez y su nobleza a su riqueza, y una mujer altiva a ti no te conviene; lo que hoy no te parece un defecto, mañana será una gran falta que hará de tu hogar un infierno; tú necesitas una mujer humilde y sencilla, porque una mujer orgullosa es una pesadilla para el hombre, procura separarte de ese abismo, busca una mujer buena, que una mujer buena es la luz del hombre, es su ángel tutelar, es su puerta de salvación.

Benjamín se escuchó en silencio y nada me contestó, lo que no me causó extrañeza, que no se borra el primer delirio tan pronto como se quisiera. Hablamos después de nuestro hermano mayor, maravillados de su cambio respecto a mí; y decía Benjamín:

-Estoy tan contento y tan satisfecho de su proceder, que por salvarle la vida

yo moriría feliz.

Cuando llegamos a casa, mi hermano nos riñó cariñosamente por nuestra escapatoria; y, ya a la mesa, le decía a Benjamín:

-Me extraña mucho que los religiosos no se ocupen de ésta, y su sile ncio no es prueba de olvido, que ellos por su desgracia ni olvidan ni perdonan a los que tienen valor de desenmascararlos.

-Me extraña mucho que los religiosos no se ocupen de ésta, y su silencio no es prueba de olvido, que ellos por su desgracia ni olvidan ni perdonan a los que tienen valor de desenmascararlos.

Algunos días después, vino a verme la señora que me visitó antes de que me llevaran presa, y vino muy contenta por haber yo recobrado la libertad; pero su alegría y su regocijo me helaba, no podía explicarme lo que me sucedía, pero aquellas demostraciones de afecto, tan extemporáneas, me hacía el mismo efecto que si un mal comediante expresara el entusiasmo de un héroe; pero como la buena educación obliga a que ocultemos lo que sentimos, traté de dominarme y lo conseguía a medias, escuchando con la sonrisa en los labios sus protestas de cariño.

-Os prometí-me dijo ella-, devolveros vuestros escritos, y os serán devueltos, juntos con el tintero y vuestra pluma, que los tribunales religiosos no cometen injusticias, y como era injusto lo que os han hecho, vuelven a vuestro poder los escritos, de los que yo me he quedado copia.

Sentí en verdad, lo que aquella señora me decía y la dije:

-¡Ay! de nada sirve leer un escrito si no se sabe *leer entre letras;* sin conocer el alma del poeta, no importa poseer sus trabajos.

La señora comprendió que no me había gustado que copiara mis escritos, y se mostró algo resentida, resentimiento que yo no traté ni de aminorar ni de desvanecer. Nos despedimos muy fríamente y yo me quedé muy triste pensando en la copia que habían hecho de mis trabajos, ¿para qué los quería?, mis hermanos me tranquilizaron diciéndome que no me apurara, que aquella señora quería pasar por literata, y estrofa de aquí y fragmento de allá, hilvanaba unas composiciones detestables y en su misma culpa, llevaba el castigo; pues el menos entendido conocía desde luego el mal arreglo literario de la noble señora.

No me gustó ni poco ni mucho el anterior relato; mis hermanos se reían, pero yo no; veía el ridículo en perspectiva y me mortificaba en sumo grado; por más que mis hermanos no veían motivo más que para reír, y es, que sólo aquel que escribe sabe lo que se aman los escritos, depositarios de nuestras penas, esperanzas, alegrías. Pasaron muchos días, y al fin me devolvieron mis escritos: ¡con cuánto cariño los recibí...! ¡hasta los besé! ¿y por qué no? ¡eran mis hijos...!, ¡los hijos de mi pensamiento!, ¡qué hermosísimos me parecieron!, ¡Dios mío...!, ¡Dios mío!, ¡cuánto me alegré al encontrar mi canto a Dios!, era mi poema favorito. ¡Conque cuidado los coleccioné!, pasé días y días corrigiendo algunos cantos, quería que mis hijos estuviesen con toda la perfección posible; las madres siempre pecan por carta de más queriendo a sus hijos; ¡yo también era madre!, ¡mis hijos eran mis pensamientos!

Vino a verme el arquitecto con los planos del nuevo convento; encontré muy triste a mi sabio amigo, le pregunté la causa y me dijo:

-¡Ay!, señora, me han amenazado de muerte si hacía estos planos.

-¿Quién se atrevió a tanto?

-Quien puede: una alta dignidad eclesiástica; obedecí porque mi familia necesita de mi, y obedecí a pesar mío; pues por lo mismo que en esta obra vos seréis la que mandéis en ella, yo estaba muy contento de complaceros y de trataros con esa intimidad de dos buenos compañeros que van a un mismo fin; pero cuando menos lo pensaba, recibo una orden terminante de vuestro poderoso protector, mandándome muy secamente que hiciera los planos sin pérdida de tiempo, y que ganara de noche los días que había perdido, pregunté al que me llevó la segunda orden, por qué había en este asunto tantas contradicciones, que unos me amenazaban de muerte si concluí a los planos, y otros me mandaban que ni durmiera, para concluir más pronto mi trabajo: y me dijo el enviado, que por causa vuestra, señora, que causa vuestra, había tales luchas, pues daríais mucho por hacer a los tribunales religiosos. ¡Ay! señora, procurad estar bien con unos y con otros, hacedlo siquiera por mi, que hago mucha falta a mi numerosa familia.

Traté de tranquilizar el arquitecto, aunque yo también estaba intranquila, viniendo muy a tiempo la visita de varios obreros que vinieron a pedirme trabajo para centenares de jornaleros que se morían de hambre.

Aquella petición animó al arquitecto y a mí, hasta el puntó que le dije al primero:

-La voz del pueblo es la voz de Dios, los trabajadores nos piden el pan de cada día, no se lo neguemos, mañana mismo se dará comienzo a las obras.

-Tenéis mucha fe, señora.

-Sí; tengo fe en Dios, fe en mí misma, y fe en la causa que defiendo, que es la más justa: dar de comer al hambriento.

Los obreros se fueron contentísimos, y yo al quedarme sola exclamé: "-¡Gracias, Dios mío!, levantemos templos que sirvan de refugio a los que quieran trabajar." Al día siguiente, cuando iba a salir para asistir al replanteo de la nueva obra, recibí un pliego del Rey, dándome órdenes terminantes para comenzar las obras inmediatamente, leí después una carta que me enviaba mi protector diciéndome:

"Mi bella protegida: Sin temor alguno trabaja en la construcción de la nueva casa de Dios; no cometas imprudencias y cuenta con los fondos necesarios para atender a los grandes gastos de la obra proyectada. Escríbeme diariamente, conviene que así sea."

Benjamín también recibió carta de su jefe concediéndole ampliamente lo que deseaba y ofreciéndole más hombres si los quería a su servicio.

Animados con tan buenas noticias, salimos juntos toda la familia y nos dirigimos al lugar donde debía hacerse el replanteo; y allí estaba el arquitecto rodeado de cien obreros jóvenes y robustos y de otros compañeros de su profesión. Cuando me vio, salió a mi encuentro y me dijo en voz baja:

-Preparaos, señora, que viene la nube.

Y me indicó disimuladamente que mirara al lado izquierdo; miré, y por un estrecho sendero vi que avanzaban unos veinte religiosos, el que venía delante era mi acusador. Al verle me estremecí, pero oculté mi turbación porque Benjamín, de un salto, se puso junto a mi, desafiando con su mirada a aquella bandada de aves

de rapiña; mi acusador me saludó fríamente, preguntándome enseguida si tenía las órdenes necesarias para dar comienzo a las obras; le mostré la orden del Rey y se quedó atónito; juntos fuimos a ver los planos, y mi acusador encontró muchos defectos, en particular la iglesia muy pequeña; le hice presente que yo no quería abusar de mis protectores, y él replicó:

-Es que en esta iglesia ¡quien sabe lo que se guardará!, si aquí, andando los siglos, se vendrá en peregrinación.

-No, padre; aquí no creo que se encierre ningún santo.

-Yo no afirmaré tanto, quizá una santa...-y mi acusador se sonrió irónicamente-. ¿Habéis escrito algo?

-No, padre; ¿para qué?, no quiero que mañana mis escritos sean motivo de hacer excavaciones para extraerlos del seno de la tierra.

-Pero, ¿y el nombre de los que costean las obras?, esos bien los haréis constar.

-Sí, padre; terminado el edificio, sobre la puerta principal figurarán como el mejor adorno.

-Encuentro poca comodidad en estas celdas, y la de la superiora es mezquina.

-Las celdas, que sólo sirven para dar reposo al cuerpo, no es necesario que sean tan anchurosas, es preferible aprovechar el terreno para otros fines más útiles.

-¿Y aquí os estableceréis?

-No, padre; cuando me decida a retirarme del mundo, volveré al convento donde profesé, esa será mi única casa religiosa.

-¿No queréis comodidades?

-No, padre; los religiosos no debemos buscarlas.

-Pues en vuestra casa bien las tenéis.

-Nací en ellas, señor, yo no las he buscado; no he llevado a mi casa solariega ningún mueble de lujo y es mi estancia, por mi gusto, la menos lujosa.

-Mis ocupaciones no me han permitido visitaros, pero os visitaré para que reanudéis vuestras confesiones, pues no habréis olvidado que por orden superior tenéis que confesarme vuestras culpas.

Nada le contesté, porque temí no poder contener mi indignación y él se marchó seguido de los suyos. Benjamín que no me perdía de vista, se acercó a mí que debí palidecer, y me preguntó con vivísimo interés:

-¿Qué te ha dicho ese hombre?

-Que vendrá a verme para confesarme.

-¿Sí...? pues te aseguro que yo creo que quien le confesaré a él seré yo.

CAPÍTULO LII

Nos retiramos de aquel lugar después del replanteo de las obras, y al llegar a mi morada me retiré a descansar, porque mi organismo estaba rendido; sea que con los años todo pesa más; o que la lucha era verdaderamente superior a mis gastadas fuerzas, es lo cierto, que el cansancio me rendía, y necesitaba estar sola sin que el rumor más leve me molestara para pensar y analizar los hechos de mis contrarios.

¡Cuántos pensamientos distintos se cruzaron en mi mente!, los unos me

reanimaban, me alentaban a la lucha, los otros me amilanaban, me desfallecían, dejándome sin vida; la verdad es, que si hubiera podido en aquellos momentos anular mi personalidad, me hubieran confundido con el polvo de la tierra; porque en realidad mis enemigos habían conseguido su objeto, estaba anonadada; que más daño hace la culebra que se enrosca a los pies, que una legión de furiosos combatientes en el campo de batalla; la lucha frente a frente es menos cruel, es menos homicida que la asechanza en la sombra de un enemigo que no lleva más arma ofensiva que su lengua y sus ojos. Hay palabras que atraviesan el corazón, hay miradas que hieren como el rayo. Aquella noche dormí muy mal y tuve sueños horribles, muy horribles; vi a centenares de espíritus que se reían a mis afanes y me decían: "-No llegarás, no llegarás a donde tu deseas, lo impediremos nosotros, la ignorancia ganará la victoria, retírate y desiste de tus planes, vete a los lupanares y no delires más."

¡Cuánto sufrí aquella noche!, ¡Dios mío!, ¡cuánto!, cuando me levanté no podía tenerme en pie, me tambaleaba como si estuviera ebria, y mi hermano mayor me dijo muy alarmado:

-¿Qué tienes?, tus ojos hundidos revelan el mayor sufrimiento. Le conté mis sueños y Benjamín exclamó:

-¡Ah!, pues no te pongas mala, te lo advierto, yo no quiero verte enferma, que si esa gente negra te preocupa y te quita el reposo, yo podré morir mal, pero te libertaré de ellos; porque no creas, son muchos los que están hartos de esa milicia sin armas, y el mejor día hay una degollina de todos ellos, y cree que yo no daré descanso al brazo.

En realidad, con Benjamín no se podía hablar, porque al momento se excitaba de tal modo, que había que apurar todos los medios de la elocuencia para disuadirle y apartarle de sus planes de exterminio; siempre estaba dispuesto a matar y muy en especial para libertarme de mis enemigos.

-Déjame que luche. Benjamín, déjame que luche, que si la lucha no se siente, ¿a qué luchar? Yo temo por el pueblo trabajador; para bien de los pobres, quiero yo el reposo de mi alma, porque sólo deseo que el pueblo viva tranquilo, contento con su suerte.

Pasé mal día, porque tuve que sacar fuerzas de flaqueza para tranquilizar a mis hermanos y en particular a Benjamín, así es, que cuando llegó la noche y me retiré a mi estancia, me alegré de estar sola para dejarme caer en mi lecho, tan cansada y tan rendida, como si hubiera andado una jornada recorriendo playas arenosas.

Como todo el día había estado Benjamín junto a mi, lo más cariñoso y lo más solícito que se pudiera desear, al verme sola, recordé sus menores palabras, sus tiernas atenciones sus desvelos, sus mimos para hacerme tomar algún alimento, y me acusé de mi indiferencia para con él, que tanto y tanto se sacrificaba por mí; y yo... ¡yo no le agradecía sus sacrificios!, era ingrata con él, ¡muy ingrata...! y mi ingratitud me sublevaba contra mí, porque no encontraba disculpa para mi mal proceder, y pensando en Benjamín, me quedé dormida temblando ante la idea de ser yo la causa de su muerte.

Quedó mi cuerpo inerte, frío y rígido como si fuera un cadáver, en tanto que mi espíritu, huyendo de sí mismo, se fue al espacio; mas no me valió la huida,

porque seguí pensando en Benjamín del mismo modo. Crucé campos bien cultivados y hondonadas cubiertas de asperezas, de zarzas punzantes que me lastimaban, y luego descendí a unas vertientes, donde había corrientes de agua cenagosa en abundancia, y plantas, muchas plantas manchadas de sangre, cuya vista me impresionó muchísimo. ¿De quién será esta sangre?, me pregunté con angustia, ¿será de Benjamín? ¡Ay! primero que se vierta la mía. Después vi una gran claridad, que iluminaba una vertiente lejana; hacia allí me dirigí y vi muchas flores blancas de gran tamaño, y sobre sus anchas y aterciopeladas hojas había gotas de sangre en abundancia; por todas partes veía sangre, ¡qué horror...! y allí... allí estaban Benjamín en actitud de lanzarse a un abismo; y yo le dije:

-¡No!, ¡no!, ¡no quiero que te mates!, ¡ten piedad de mí!

-Sí no es por ti-dijo él con aspereza.

Y resonó una horrible carcajada, que los ecos repitieron hasta perderse el último gemido, debilitado por la distancia; y digo gemido, porque las carcajadas de la desesperación son la manifestación de alegrías lúgubres; en vuestros días, uno de vuestros poetas ha dicho muy oportunamente:

Risas hay de Lucifer,
risas réprobas de horror,
que en nuestro mezquino ser,
como su llanto el placer,
tiene su risa el dolor.

El dolor de Benjamín era espantoso, yo veía a su cuerpo retorcerse como si hierros candentes le arrancaran sus miembros; dejé de ver y oí la voz de Benjamín que decía:

-"¡Te seguiré donde tú estés, no te dejaré jamás!" Después se aumentó la claridad, y vi a Benjamín con el cuerpo destrozado, sin brazos, sin piernas, y la cabeza casi desprendida del tronco; miré su rostro, y no era el semblante de mi hermano, no, era el de un monstruo que yo odiaba desde la noche de los siglos; quise huir, y oí una voz que decía: "-¡Desgraciada...! si Dios le quiere, si Dios le perdona, ¿porqué le odias tú...?" Entonces traté de acercarme y me dijo aquel infeliz:

-¡No me odies...!, ¡no me odies!, he sido muy culpable, pero, ¡soy tan desgraciado...!, ¡yo seré tu esclavo, tu servidor más fiel! Dominándome mucho, le dije:

-¡Te perdono...!, ¡te perdono!, ¡aunque me has hecho tanto mal...!

Resonó de nuevo la horrible carcajada: ¡qué risa tan espantosa!, ¡qué daño me hacía!, aquella segunda carcajada parecía que expresaba una burla sangrienta, era una acusación, ¡Dios mío!, por eso me hacía tanto daño, parecí a decirme con ella;" -¡Tú también vendiste a un inocente...!" ¡Dios mío...!, ¡Dios mío!, ¡qué culpable fui...!

Sufrí tanto en aquellos momentos, que no puedo dar ni una leve idea de mi dolor; hay dolores que se sienten, pero que jamás se explican. De nuevo oí la voz de Benjamín que me decía: "-¡No me odies! yo seré tu esclavo, ¡bórrense los odios...!" Quedé en la obscuridad y oí la voz de siempre que me decía: "-¡No seas ingrata,

atiende a ese infeliz que por ti ha vuelto a la tierra; no olvides tus deberes."

Como si me obligaran, volvía junto a mi cuerpo y lo encontré como muerto. "-¡Dios mío!, ¡Dios mío!-murmuré-, ¿qué será de mi en la tierra?, una mujer como yo es una hoja seca." Vino entonces mi padre y me dijo en tono de reconvención:

-No te aflijas, tú aumentas tus penas con tus preocupaciones y tus pensamientos, has ido a la tierra para implantar la verdad, no desmayes, escribe, avanza.

-Es que no veo el amor de mis amores.

-Tú tienes la culpa, nadie te ha quitado ni la luz ni la vida, eres tú la que te encierras en un circulo de sombra. Me desperté, y sin recordar nada, me levanté muy débil, saludé al sol diciéndole:

"-¡buenos días, sol de mi alma!, ¡bendito seas!, ¡bendito mil veces, porque alientas los cuerpos con tus rayos de luz...!

Miré hacia abajo, y vi a Benjamín al pie de mi ventana que me decía: "-Buenos días, te espero, necesito de ti, quiero hablar contigo." La voz de mi hermano me hizo estremecer, sentí que me hubiera visto tan pronto, pero bajé enseguida y lo encontré muy triste; Benjamín al verme me dijo:

-¡Ay, hermana mía!, ¡qué noche tan cruel he pasado!, la he pasado en una vertiente, lleno de sangre, con el cuerpo destrozado, me he visto sin brazos, sin piernas, con la cabeza fuera de su sitio, y no es esto lo peor, sino que tú estabas allí, y me decías, ¡qué no me querías!, ¡que me odiabas...! ¡qué horror...!, ¡qué horror!, y he soñado que no se muere; he visto mi cuerpo hecho pedazos, ¡pero mi alma vivía!, como que oía perfectamente que tú me decías: "-¡Te odio!" Entonces aproveché la ocasión para decirle:

-Has soñado la verdad, el alma no muere.

-¿No se muere? y... oye; ¿si nuestras almas se hubiesen encontrado antes, y tú no me hubieses amado, aun más, si me hubieses odiado...? entre tú y yo, habría un vacío, ¿no es verdad? pues mira, ese vacío existe entre tú y yo, vado que no me explico, porque yo ¡te adoro!, ¡eres mi Dios en la tierra!, y tú... tú has de quererme por fuerza; si no, yo enloquecería.

-No seas loco, Benjamín; yo te amo como una madre, no tengo tus arrebatos ni tus exaltaciones, pero te quiero como yo sé querer.

-Pues cree, hermana mía, que sabes querer muy poco; porque yo te quiero sobre todas las cosas de la tierra, te quiero como quieren los amantes más apasionados, pero sin desear tu cuerpo, eso jamás, si yo creyera en vírgenes y en santos, tú serías la virgen de mi altar y entre nubes de incienso te adoraría de rodillas.

Pasaron algunos días más en calma, cuando una mañana llegó una de mis hermanas muy dolorida, porque se estaba muriendo una de sus hijas. Mi hermano mayor la reconvino por no haber avisado antes y me miró como diciendo, "¿qué piensas hacer?" Benjamín, a su vez, con su impetuosidad de costumbre, me dijo: "-Corre, mujer, corre, quizá llegues a tiempo, no te conozco, ahora no haces nada." Me dejé llevar, y llegué a casa de mi hermana en la cual estaba toda la familia haciendo más estorbo que servicio; entré en la estancia de la enfermita, y ésta estaba en su lecho como muerta. ¡Pobre niña!, hasta tenía las manos cruzadas como si le hubiese pedido perdón a su padre de sus inocentes travesuras.

Era una niña muy hermosa, y la madre al verla, redobló sus sollozos en unión de otras muchas señoras que rodeaban el lecho de la tierna moribunda. Pedí quedarme sola con mi hermana y la enfermita, y todos salieron mirándome de un modo que parecían decirme: "-¡Tú estás loca!"

No me inquietó su desconfianza, al contrario, me dio más ánimo y me acerqué a la niña suplicándole a su madre que no me perturbara con sus gritos; la pobre mujer, aunque sin esperanza ninguna, se prosternó ante el lecho de su hija, y su ferviente plegaria debió resonar de mundo en mundo, porque era mi hermana una madre modelo. Yo mientras tanto di comienzo a mi curación por medio de pases magnéticos; mi hermana me miraba, y decía en medio de sus suplicas:

-¡Qué locura!, ¡si esta muerta!, toca esa frente, ¡está helada! mira esos ojos que Dios mismo le ha cerrado: creo que estamos haciendo una profanación. Yo que sentía latir el corazón de la niña, le dije imperiosamente:

-Mujer, no te desesperes, tu hija se despertará; y se despertará si tú te contienes y no me aturdes con tus gritos.

La pobre madre hizo un esfuerzo supremo y enmudeció; al fin la niña abrió los ojos y su madre al verla se desmayó, la rindió el placer, lo que no pudo conseguir el dolor; la niña entre tanto siguió luchando entre la vida y la muerte pero sus ojitos se reanimaron, se llenaron de lágrimas, se fijaron en mí, y tendiéndome los brazos me rodeó el cuello diciéndome:

-¡Ay, tía mía!, yo te llamaba y tú no venías, pero has venido ¡qué buena eres!, ¡qué buenos son tus ojos!, me dan la vida ¡mírame!, ¡mírame!, ¡qué buenos son tus ojos...!

Mi hermana creímos que se volvía loca de alegría, cuando vio a su niña sentadita en la cama pidiendo su muñeca favorita; me abrazó con delirio, no se cansaba de mirarme, me dirigió frases que jamás olvidaré, y se prosternó ante mí, diciendo:

-Sólo los santos pueden hacer milagros; yo para ti levantaré un altar. Entonces la abracé diciendo:

-No, hermana mía; si hay algo santo en la tierra es el amor maternal. Dios no tiene más ángeles en su gloria que las madres; las madres son los ángeles, en dondequiera que estén.

¡Qué bien me encontré después de aquella curación, me parecía que yo podría salvar a un mundo; mis hermanos me miraban con adoración, y yo sintiéndome feliz, escribí una pequeña composición dedicada a mi sobrinita: *A una niña dormida despertando en la tierra,* poesía que mi hermana guardó como si fuera una reliquia milagrosa, ¡qué diferencia!, antes me llamaban la religiosa renegada, y después creyeron de buena fe que yo era una santa, ¡qué lejos estaban de la verdad, antes y después!

Seguí visitando las obras del convento, cuidando mucho de que no hubiera desgracias; nunca me cansaba de tomar precauciones para evitar tragedias, los trabajadores se reían de mis temores, pero cuánta satisfacción revelaban sus francas carcajadas; al verme, se decían unos a otros, "Allí viene nuestra madre", ¡qué nombre más hermoso!, ¡madre!

Un día vi llegar a mi confesor, y no me inmuté, le recibí con la mayor serenidad, habían desaparecido mis temores, la curación de mi sobrinita me había

devuelto mis antiguas energías y luego se halagaba muchísimo verme tan querida. Benjamín era mi sombra; parecía el capataz de los trabajadores, hablaba con ellos por estar cerca de mí, así es, que a mi confesor le debió sorprender mi tranquilidad, porque me dijo con su ironía acostumbrada:

-Os sienta muy bien ver trabajar.

-¡Ah!, si; porque los obreros trabajando me parecen instrumentos de Dios que amasan el pan de la vida.

-Todos debemos trabajar, que todos somos obreros, no debemos contentamos con ver, hay también que ejecutar.

-Según y conforme, padre, porque a veces se trabaja, y los trabajos se vuelven armas ofensivas contra los que trabajaron.

-Eso no importa, a Dios rogando y...

-Si, padre; a Dios rogando y no ofendiendo ni perjudicando a nadie.

-He tenido muchas ocupaciones, y por eso no he ido a confesaros, que hace mucho tiempo que no confesáis.

-Os equivocáis, padre; he confesado hace poco.

-¿Quién es el osado sacerdote que ha tomado mi puesto? puesto que nadie puede ocupar; pues ya sabéis, que el delegado del Papa me nombró vuestro confesor.

-Padre, mi confesor está por encima de todos los Papas, todos los templos son pequeños para él, y todas las grandezas de la tierra son humo leve ante su poder, es el ser más hermoso de todos los seres, es el amor en acción, es el raudal inagotable de la vida.

-¿Y quién es ese conjunto de poderío y perfecciones?

-Es Dios: con El me confieso, y siempre me perdona.

-¿Y cómo lo sabéis?

-Porque al despertar y ver el sol, comprendo que al que ve la luz. Dios le perdona todas sus culpas.

-Todo esto está muy bien, pero hay que descender de las alturas, dejémonos de sueños y poesías, una mujer debe confesarse con un hombre.

-Pues ahora mismo, padre, por eso no os apuréis. Escuchadme; a una hermana mía se le estaba muriendo una de sus hijas, parecía una muerta y yo le devolvía la vida con la imposición de mis manos y mi gran voluntad.

-Bien, bien; ya sé que hacéis curaciones, ese es uno de vuestros muchos pecados; ¿no sabéis que esas curaciones son obra del diablo?

-No, padre; nunca me haréis creer tal absurdo, no puede el genio del mal consolar el dolor de una madre desesperada; no puede dar luz, lo que lleva en si la sombra, mis obras son buenas, porque llevan el consuelo.

-Bien, hablaremos, iré a vuestra casa, y allí si me convencéis levantaré la acusación que pesa sobre vos.

-Si, padre, venid, yo creo que estáis enfermo, y deseo curaros; ayer os creía un enemigo implacable, al servicio de un tribunal, más implacable aún. Después os he considerado como un enemigo personal, y hoy creo que estáis muy enfermo y necesitáis la curación del alma, curación que espero conseguir para bien de la verdadera religión.

CAPÍTULO LIIII

Aquella vez, ya no fue como la primera, volví a mi casa muy tranquila pensando en lo ocurrido con mi confesor, y tan embebida iba en mis pensamientos, que hablaba conmigo misma sin cuidarme para nada de los demás. "¿Por qué eres cobarde-me decía-, ¿ no ves como todo se allana?, ¿qué es ese hombre?, para mi, un gigante por su sabiduría y por su alta jerarquía social, ¿y qué es un gigante ante una fuente de sentimiento?, ese hombre tan respetado por todas las clases sociales, es, sin embargo, una armadura hueca; si el vacío existiera y pudiera fraccionarse, ese hombre sería una fracción del vacío, porque un sabio sin sentimiento, es una flor sin aroma." Y hablando conmigo misma, aceleré tanto el paso, que al llegar a mi morada vi que había dejado a mis hermanos muy atrás; comprendí que mi proceder no era correcto y volvía a salirles al encuentro; mi hermano mayor me reconvino dulcemente y yo le pedí perdón por haberme adelantado, abstraída en mis pensamientos, y entonces les conté cuanto habíamos hablado mi confesor y yo, y en su consecuencia, que le dejaran pasar libremente cuando viniera a verme. Mis hermanos no quedaron muy satisfechos de mi relato, y muy en especial Benjamín; éste torció el gesto y se alejó a buen paso murmurando y refunfuñando.

Yo no deseaba en aquellos momentos más que estar sola en mi estancia, porque nadie me comprendía, sólo mis pensamientos respondían acordes a mis deseos; porque yo me preguntaba con febril afán; "-¿Vencerás o serás vencida?, ¡qué me importa!, yo quiero vencer, no por hundir al coloso en mi presencia, sino por dar más luz a mi inteligencia; quiero demostrar a mi confesor que mi religión es la verdadera, quiero probarle con hechos, que en el reino de Dios, no existen pobres de espíritu, sino almas embriagadas por el divino amor; quiero decirle que no me cabe la menor duda que la posteridad no hablará bien de mi, porque los unos me calumniarán sin compasión, los otros me dará n virtudes y santidades que estoy muy lejos de poseer, y tan dañina es la mentira en sentido adverso, como en sentido favorable, porque santidad sin base, es piedra movediza que cae y desciende buscando su centro de gravedad; la verdad sencilla, es la única que resiste al empuje de los siglos, y al embate de todas las mentiras humanas. Yo le diré que mi Dios es la verdad irradiando en la naturaleza."

La esperanza de hablar largamente con mi confesor, me puso contentísima; yo reconocía su indisputable talento, pruebas me había dado de él en la acusación que contra mí formuló; obra maravillosa, donde no se sabía que admirar más, si la forma o el fondo; y si obra cimentada sobre tal artificio valía tanto, ¿qué sería cuando aquel hombre escribiera sobre bases más sólidas?, sus escritos podían ser la salvación de un mundo, y eso era lo que yo quería, dar a la causa de la verdad suprema un nuevo defensor. Como mi contento yo lo exteriorizaba enseguida, mi pluma corrí a velozmente sobre el papel saludando la alborada de un nuevo día: ese día era la victoria que yo esperaba conseguir haciéndole reconocer su error a uno de los hombres de más talento de aquella época.

Una mañana estaba yo en mi estancia ordenando mis trabajos, cuando sentí pasos, conocí que eran los de María, la que llamó a la puerta suavemente; aquellos golpecitos, sin saber por qué me impresionaron, porque tanto María como Marta, teñían su entrada libre en mi aposento, y aquel cambio en la niña hasta me contrarió, porque yo estaba acostumbrada a verla como una mariposa en tomo mío;

sin molestarme, iba y venia sin hacer ruido, y desaparecía velozmente como desaparecen las ilusiones en el otoño de la vida.

-Puedes entrar,-le dije con impaciencia. Entró María, y arrojándose en mis brazos me dijo:

-¡Soy muy desgraciada!-y al decir esto, lloró con el mayor desconsuelo.

En peor ocasión no podía llegar la niña a contarme sus congojas, porque mi pensamiento estaba bien lejos de las miserias de la vida, pero como yo quería mucho a María, dominé mi primer arranque de contrariedad y la dije:

-¿Qué tienes?, ¿qué te pasa?, cuéntame tus penas.

-¡Ay!, hace mucho tiempo que estoy en vuestra casa; me sacasteis de un infierno, es verdad, donde la miseria y los malos tratamientos eran mi único patrimonio; pero ¡ay! que aquí, si bien nadie me ha tratado mal, y he tenido alimento abundante y tengo ropa suficiente, nadie me hace caso, trabajo cuanto sé y cuanto puedo, y nadie me dice que esté contento de mí, y este aislamiento me desespera, me desespera hasta el punto que quiero irme de aquí.

¡Cuánto daño me hicieron las palabras de María! y me hicieron daño, porque la niña se quejaba con razón; yo que era la persona que más debía ocuparme de ella, era la primera que no me fiaba de sus trabajos, si bien en el fondo la quería y me gustaba verla crecer, trasformándose lentamente la niña en mujer.

-¡Ingrata!-le dije-, ¡ingrata!, tú también me acusas, cuando sabes lo mucho que te he querido y lo muchísimo que he tenido que sufrir por causa tuya.

-No lo niego, pero tampoco podréis negarme que yo me he ganado aquí el pan con el sudor de mi frente, que mi trabajo no ha sido visto ni apreciado, también es verdad, y ya estoy cansada de tantas indiferencias.

-Quieres ser independiente, por lo que se ve, y aún no es hora María, aún no es hora. Yo no me he ocupado de ti porque aún eres una flor en capullo, y te he dejado crecer y vivir, y si has trabajado es porque todos tenemos obligación de trabajar. Tú crees que te he olvidado y estás en un error, vienes a decirme que ya no me necesitáis, que eres fuerte. ¡Ay!, ¡cuántas luchas te esperan si te separas de mi!, si te vas, me causarás un gran disgusto, ¿crees que no te quiero porque no te lo repito? ¡Ay! no busques palabras, busca hechos, ¿crees que si yo te viera en un peligro, te abandonaría?, dime: ¿te has enamorado? si es así, yo apadrinaré tu boda, ¿quieres ser religiosa? yo te llevaré donde te traten bien.

-Es inútil cuando me decís, mi resolución está tomada.

-Lo siento por ti, no por mí; eres tan niña como el día que te recogí, pero yo no quiero esclavos junto a mi, podría retenerte a mi lado, poder tengo para ello, pero si te quieres ir, vete. Marta me miró fijamente y me dijo con amarga ironía:

-El mundo dice que sois muy buena, yo diré a su tiempo lo que sois. Si, diré que en vuestra casa he ganado el pan con el sudor de mi frente, que nada me habéis dado, porque entré aquí creyendo ser atendida, y sólo encontré en vos, desvío, indiferencia y olvido.

No supe qué contestar a María y ésta salió de mi aposento resonando sus pasos en mi corazón; comprendí que la niña se quejaba en parte con razón, que yo mirando constantemente al cielo; me olvidaba de los pobres seres de la tierra; y aquéllos que parecen más insignificantes, suelen encerrar un gran corazón. Mucho había yo hecho por María, es verdad, pero no había hecho lo bastante, y

hondamente preocupada llamé a Marta; ésta, en poco tiempo había envejecido mucho; al verme me quiso besar las manos y yo se lo impedí, la hice sentar y le conté lo que me había dicho María.

-No lo extrañéis, señora: la juventud es así, caprichosa y desagradecida, a su edad yo hubiera hecho lo mismo.

-Entonces, ¿tú apruebas su conducta?

-No la apruebo ni la desapruebo, porque todo es hijo de las circunstancias. Yo debo deciros, que en vuestra casa, señora, hay un *lleno* de comodidades, y hay un *vacío* moral extraordinario; aquí no hay calor del alma, no señora, dais mucha vida por fuera, os desvivís por los extraños, pero por vuestra servidumbre, por aquellos seres que os han visto nacer, ni siquiera los miráis una vez al año.

-Es que ésta, no es mi casa, es la casa de mi hermano mayor, y yo respeto el orden que él tiene establecido en ella.

-Para el corazón que siente, no hay respetos que valgan, señora; vos sois muy buena, habéis hecho en este mundo muchas obras de caridad, que me lo digan a mi, pero con todo y con eso, la distancia media entre vos y vuestra servidumbre, no habéis dado todavía ni un paso para acortarla; el orgullo de raza puede más que vuestras virtudes, y eso que son muchas.

-¿Qué?, ¿también tú estás quejosa de mí?

-No, señora, los viejos somos más indulgentes, no por virtud, por necesidad; también aquí yo tengo frío en el alma, pero si perdiera vuestro amparo ¿en dónde me queman? en ninguna parte, los viejos somos muebles inservibles, árboles secos que no retoñarán. Yo no os dejaré, yo, perded cuidado, pero... también, también aquí siento frío.

-Mi buena Marta, me has dado una lección que aprovecharé en lo que vale. Yo te prometo que daré calor en mi hogar.

Al marcharse Marta, recordé súbitamente que se cayó en la calle al verme pasar camino de la prisión, y yo... ¡ingrata, más que ingrata!, olvidé por completó su caída.

-Ven, Marta-le dije-, ven, ahora recuerdo que te caíste por causa mía, ¿te hiciste mucho daño?

-Así, así; me partí la cabeza.

Efectivamente, aún tenía la herida abierta. Temblando de vergüenza, apoyé mis manos en los bordes de la herida, y a poco dijo Marta:

-¡Benditas sean sus manos!, parece que me han quitado la mitad de los dolores.

Con cuánto afán curé a la pobre Marta... pensé en los obreros que me llamaban ¡madre!, y murmuré con desaliento: "-¡Juzgar por las apariencias!, allí me desvivo para que no sufran daño los trabajadores y en mi casa no me cuido de la infeliz mujer que por mi cayó en tierra, y eso que vi el choque de su cabeza contra el duro suelo." ¡También en mi alma tenía cabida la ingratitud! ¡qué lentamente se progresa, Dios mío...! ¡yo pasaba por buena...! y ¡qué lejos estaba de serlo!

Se fue Marta muy contenta diciéndome que ya no le dolía la herida, y yo salí tras de ella huyendo de mí misma; en un ancho corredor encontré a una viejecita muy atareada haciendo calceta; le pregunté por mis hermanos, y ella dejando su labor se levantó lo más pronto que pudo, diciéndome con voz temblorosa:

-Señora, yo nunca hablo con los señores, los mozos le darán razón donde están, esos suelen hablar con sus amos... yo no:

-¿Hace mucho que estás aquí?

-Fui niñera de vuestro padre, y os he visto nacer, vuestra santa madre me quería mucho, me dejaba meceros en la cuna, y erais entonces tan traviesa y tan voluntariosa, que me pasaba las noches enteras llevándoos en brazos para que vuestra madre pudiera dormir, porque erais muy llorona.

-¿Y por qué no me lo has dicho?, ¿por qué no has podido acercarte a mi?

-¡Ay!, señora, no es posible, hay una gran distancia entre los señores y los servidores; si vuestra santa madre hubiera vivido, hubiera sido otra cosa, porque ella me quería mucho; pero al faltar ella, se me puso el sol, porque vuestro padre no se cuidaba de los criados, vuestro hermano mayor menos; no nos falta que comer, eso no, aquí todo va de sobra, menos el cariño, y eso que yo no me puedo quejar, todos los criados me llaman la abuela, y le he tenido tanta ley a la casa, que pude casarme y por no dejar a vuestra madre, no me casé; porque tenía que irme muy lejos, y preferí quedarme aquí y haceros dormir en mis brazos.

-¿Y no deseas nada más que vivir aquí?

-Deseo otra cosa; no quisiera morirme sin haberos estrechado en mis brazos como cuando erais tan chiquirritita.

Aún no había concluido de hablar la anciana, cuando la estreché en mis brazos y la dije:

-Ven, ven a mi estancia y hártate allí de llamarme como quieras.

Con una ligereza impropia de sus años me siguió la pobre vieja, y cuando entró en mi aposento, con qué entusiasmo me abrazó diciendo:

-¡Hija mía...!, ¡hija mía!, ¡que seas tan buena como tu madre!

Mucho me conmovieron sus demostraciones de cariño; con una memoria prodigiosa, me refirió mis juegos infantiles, mis travesuras; aquel momento de expansión, esperado tantos años, ¡con qué afán lo aprovechaba la pobre viejecita!, la dejé hablar cuanto quiso, y a mi vez le pregunté cómo vivía la servidumbre:

-Bien-me dijo ella-, porque la mayoría son esclavos de alma, y mal, los que saben sentir como yo.

-Pues ahora vivirás muy bien; cambiaremos los papeles cuando sea preciso; tú velaste mi sueño en la cuna, yo te velaré cuando el dolor te postre en el lecho; nunca es tarde para hacer el bien y cumplir cada cual con su deber.

La anciana se marchó contentísima, y yo también quedé contenta de mi misma. Salí un rato a pasear y encontré enseguida a Benjamín, que me dijo muy secamente:

-¿Insistes en recibir a tu confesor?

-Si.

-¿Y por qué ese cambio? me pierdo en un mar de conjeturas y no sé a qué atribuirlo; ¿has olvidado sus infamias?, ¿no recuerdas que si no es por mi aún estarías en aquel calabozo negro como la conciencia de tus jueces?

-Nada he olvidado. Benjamín, sé lo mucho que te debo, pero escucha: ¿Te acuerdas de aquel sueño que tuviste cuando te viste rodando por un abismo?

-Bien, ¿y qué?

-¿Recuerdas que yo decía que te odiaba, y luego me pediste perdón y me

juraste que serías mi servidor más fiel?

-Déjate ahora de sueños; yo sólo sé que odio a tu confesor, porque es un miserable, porque ha formulado una acusación contra ti, la más inicua y la más infame que se pueda imaginar, y sin el menor remordimiento yo le mataría y al verle morir ¡ ah!, ¡ qué placer sentiría mi alma!

-¡Ah!, no. Benjamín, no hables de odios ni de muerte; en la historia de las inteligencias tú no sabes aún los misterios que hay; no creas que cada ser es un individuo independiente de los demás, hay a veces un parentesco muy estrecho entre dos rivales irreconciliables.

-El diablo que te entienda.

-Bueno, por ahora procura entender lo que yo te digo, no hagas nada contra mi confesor, ¿entiendes?

-Demasiado, pero es, que no quiero entenderte.

-Pues yo te digo que lo respetes. ¿No dices que me quieres?

-¡Con delirio!, ¡con locura!, ¡con idolatría!

-Pues entonces, respeta mi voluntad.

-Seguí esperando a mi confesor, pero este no venía; visité las obras del convento con la esperanza de encontrarle; mas siempre cuando yo llegaba, él se había ido; ¿huía de mí?, ¡quién sabe!

Una mañana recibí un pliego con una orden del delegado del Papa para que inmediatamente me pusiera en camino con dirección a la corte, acompañada de mis hermanos; éstos se sorprendieron muchísimo, pero enseguida nos pusimos en marcha; mi hermano mayor preocupadísimo y contrariadísimo, porque era un hombre que odiaba la corte con sus cinco sentidos, y Benjamín se creía humillado obedeciendo órdenes religiosas; mi hermano mayor dando rienda suelta a su enojo decía:

-Sobre nosotros pesa una mano invisible y nunca nos dejarán en paz. Dios sabe si daremos con nuestros huesos en la cárcel eclesiástica.

-¡Ah!, eso no-gritaba Benjamín-, la muerte antes que la prisión.

Yo me reía de sus temores, estaba muy tranquila; hasta el punto, que aún cuando me caí de mi cabalgadura al pisar las calles de la corte, aquel percance sólo sirvió para hacerme reír, pues no me hice daño alguno; Benjamín estaba furioso con mi hilaridad y solo se calmó cuando vio a un compañero suyo que le dijo:

-Por orden superior estoy aquí para acompañaros a vuestro alojamiento.

Seguimos un corto trecho y entramos en una casa antiquísima, cruzamos grandes patios hasta llegar ante una escalera anchísima, comenzamos a subir, cuando en lo alto de la misma apareció un señor ricamente vestido, seguido de numerosa servidumbre con hachas encendidas; mis hermanos y yo lanzamos un grito de júbilo, porque el alto personaje que salía a nuestro encuentro era mi poderoso protector, el amigo más íntimo de mi padre; entonces no pude menos que mirar a mis hermanos diciéndoles con mis expresivas miradas: "-Vuestros temores eran infundados." Y como los dos me querían tanto, se rindieron a discreción diciéndome con ternura: "-¿Qué quieres? ¡tememos tanto perderte!"

CAPÍTULO LIV

El amigo de nuestro padre, nos recibió con todo el cariño propio de un

hombre de sus grandes sentimientos, y más aún, recordando a su antiguo amigo, diciendo a mis hermanos que descansaran tranquilamente, puesto que ningún peligro nos amenazaba y que como sus ocupaciones eran innumerables, nos dejaría en reposo algunos días, para luego acompañarle en ciertos actos, en lo que a su entender, hacía mucha falta nuestra presencia.

Pasaron algunos días, y mis hermanos estaban aburridísimos, acostumbrado el mayor a su vida de señor de pueblo, independiente, y reposada, el bullicio de la corte le molestaba muchísimo, y Benjamín echaba de menos su casa señorial, sus excursiones al monte y su libertad de acción. Yo era la que estaba más contenta de los tres; tenía en perspectiva nuevos e ignorados acontecimientos, y mi carácter aventurero disfrutaba ante lo desconocido; por lo demás mi protector nos trataba como si fuéramos príncipes de la casa real, nos sobraban las comidas y el lujo, pues su morada era verdaderamente suntuosa.

Al fin de una mañana nos llamó a su despacho, para anunciamos que aquella tarde nos reuniríamos con él en un banquete casi de familia, una reunión íntima podía decirse, donde yo encontraría antiguos amigos, y dirigiéndose a los tres, dijo así:

-Os advierto que no os impresionéis, porque las impresiones nunca fueron buenas consejeras; lo que sirven en el continuo combate de la vida es la preparación para saber resistir, la resistencia es la válvula de seguridad con que cuenta el hombre para hacer frente a los grandes peligros.

Abrazó a mis hermanos como si éstos fueran sus hijos, y prosiguió diciendo:

-La tormenta se formó sobre vosotros, ¿quién lo duda?, pero sabremos resistirla y resistir es vencer. Ya veo, Benjamín, que mis palabras no merecen tu aprobación.

- No lo extrañéis, señor, es que no estoy en mi centro acostumbrado a mis compañeros nobles y francos, la hipocresía religiosa me irrita, me indigna, me enfurece, yo no sé resistir en la sombra; yo mato en buena lid, en campo abierto, presentando mi pecho con lealtad.

-También a mí me irrita la hipocresía religiosa, y de buena gana segaría la cabeza de la venenosa víbora, pero... no es posible, por ahora; esperen los hombres de armas, no se impacienten, que tiempo habrá para todo, y quizá no está lejano el día que lejos de la patria puedan los espíritus belicosos matar y morir con gloria; alégrate, Benjamín, que tal vez antes que tú lo pienses, darás un adiós a tu familia y vivirás a tus anchas. Benjamín se preocupó con la idea de marchar pronto, pues si por una parte lo deseaba, por otra sentía separarse de mí, pues según él, vivía rodeada de peligrosos enemigos; odiaba al clero con toda la energía de su espíritu, parecía que pisaba fuego cuando se veía rodeado de sacerdotes.

Llegó la hora de reunirnos a la mesa, que estaba colocada en un salón hermosísimo, donde el lujo rivalizaba con el arte y el buen gusto; presentaba la mesa un aspecto deslumbrador, rodeada de magnates, de jefes del ejército y de altas dignidades eclesiásticas; entre los invitados estaba mi confesor, mi protector presidió la mesa, sentándome a su izquierda, y a su derecha se colocó el delegado del Papa; mi protector animó a todos con frases cariñosas, rompió la muralla de hielo que se interpone siempre entre personas extrañas, reunidas en un momento dado; recomendó la franqueza y el olvido de las respectivas posiciones sociales, y

se dio comienzo al banquete que fue digno del invitante y de los invitados.

Pronto reinó entre todos la satisfacción y el contento que ante una buena mesa, sucede como en los viajes, se improvisan amistades; todos hicieron gala de su buen humor, contenido, como es natural, por el freno del tacto social; todos hablaron muy bien, y especialmente mi confesor, estuvo amable, elocuente, ingenuo, oportuno en sus chistes y agudezas y atento y expresivo conmigo hasta el extremo que sus miradas y sus palabras todas fueron para mí; era un hombre tan galante y tan cortés, que la dama más exigente quedaba satisfecha de su buen trato. Yo recibía su incienso tranquila y sonriente, idólatra del talento, admirada en aquel hombre sus excepcionales cualidades, sus vastos conocimientos, ¡lástima que aquella inteligencia tan desarrollada, estuviera al servicio de una iglesia tan pequeña!

Mi protector inició los brindis y dirigiéndose a todos, les hizo una franca confesión de sus ideas, que eran en verdad bastante adelantadas; brindó por la salud y la tranquilidad de sus contemporáneos, incluyendo en éstos a todos los elementos del país; abominó de la guerra por ser está la perdición de los pueblos, y terminó diciendo:

-Haced los sabios y los buenos todos el bien que podáis; tratad de acercaros a los pobres, consoladles con la palabra persuasiva, con la obra benéfica, con el buen ejemplo, y separad la cizaña del trigo en sazón, brindo por el ejército, por el clero, por el Rey y por el bien universal.

Fueron brindando los demás y entre ellos el delegado del Papa, que para ser representante de Su Santidad, era por su escasa inteligencia un cura de *misa y olla,* y se limitó a decir que ante todo se cuidara de aumentar los intereses y los bienes de la Iglesia.

Su brindis fue tan pobre, que desagradó a todos; brindó un bravo militar con tanta arrogancia y tanta decisión, que Benjamín se volvió loco de entusiasmo, todos brindaron, y entonces dijo mi protector:

-Yo deseo que ahora brinde esta mujer, y ojalá que como ella, hubiera muchas diseminadas por los pueblos de España; esta mujer es del temple de los héroes, es una voluntad de acero que ni se dobla, ni se rompe; la conocí casi niña, y ya se creció ante mí, sintiendo que yo menospreciara sus escritos, sus primeros ensayos, mas ya me ha perdonado, ¿verdad?

-¡Ah!, señor, no debéis dudarlo, mi gratitud es inmensa para vos.

-Así lo creo, por eso quiero que brindes, y brindes con franqueza, estás entre amigos; habla, pues.

Todos unieron sus ruegos a los de mi protector, había verdadera expectación, ¿no había de haberla?, si estaba allí casi en pleno el tribunal que me juzgó. Confieso que me estremecí de espanto, iba a hablar entre sabios y entre enemigos, y hablar... yo no sabía, pero me reanimé y ante lo fortuito de las circunstancias, dije así:

-Señores: todos sois muy buenos para mí, y en particular, vos-y me dirigí a mi protector-; os he debido el amor al estudio, el conocimiento de nuestra hermosa lengua, cuanto soy y cuanto algo es obra vuestra, mi gratitud será eterna; entre mis muchos defectos figura mi incorrecto lenguaje, no sé hablar, pienso y escribo; el don de la improvisación no lo poseo, por eso, señores, yo os prometo haceros partícipes

de mis impresiones de este día enviándoos a cada uno una copia de lo que yo escribiré mañana; hoy sólo os diré que los pueblos pueden ser grandes, cuando los grandes saben hacer pueblos; que los pueblos pueden ser religiosos, si los religiosos saben amar y proteger al pueblo. Yo he oído ayes muy hondos, gemidos espantosos. ¿Quién tiene la culpa?, no lo sé; consolar a un pobre es muy fácil; si se le da pan y abrigo, se da por contento; pero la limosna degrada, envilece, denigra, lo que hay que procurar es dar trabajo al pobre, ¡bendito el trabajo que dignifica al hombre!, mientras la miseria abunda, se desprecia el trabajo, y hay que combatir la pereza del hambriento, la indolencia del ignorante; es preciso procurar que el trabajador se acostumbre al trabajo. Yo he estudiado sobre el terreno, he visto a hombres harapientos, andrajosos, coger el pico para desmotar ribazos, y al poco rato sentarse hendidos de fatiga diciendo:" Casi, casi es preferible no comer, antes que acabarse de datar trabajando tanto." Pero si a aquel hombre no se le hostiga duramente y se le dice: "-Bueno, descansa un rato, y luego prueba otra vez, verás cómo, sin tú darte cuenta, el movimiento vigoriza tus músculos, y la esperanza de un jornal asegurado para mucho tiempo, te hace aficionarte al trabajo." ¡Y cuántos perezosos se vuelven activos si se los tolera y se compadece su ignorancia! Yo he visto la dignificación de muchos trabajadores. Yo presiento que las leyes del trabajo engrandecerán nuestro estado social, y espero días de independencias para mi patria, ¡qué horrible es ver a un pueblo envilecido en la miseria!, mas yo veo en lontananza las auroras de días de salud para mi amada España; demos trabajo para el cuerpo y demos instrucción para el alma, y entonces habrá en cada pueblo mujeres entusiastas consagradas al bien de sus semejantes. Yo estoy decidida a seguir las huellas del Redentor que nos decía:

"La tierra será un paraíso, cuando todos seáis limpios y sencillos de corazón." Yo seguiré sus luminosas huellas y daré pan al hambriento y salud al enfermo.

-Eso no; eso no-dijeron algunos sacerdotes.

-Bien-dijo mi protector-, no toméis la *letra* por el *espíritu,* tened más templanza, ella se refiere a los males morales.

-Es que también he curado los cuerpos.

-Habréis curado a los que tenían fe, ¿entendéis?-dijo mi protector mirándome seriamente.

-Si, señor, tenéis razón, he curado a los que tenían fe, y los seguiré curando, porque seré esclava de mis ideas y nunca me cansaré de hacer todo el bien que pueda; daré pan al pobre proporcionándole trabajo.

-Todo eso lo sabemos-dijo mi protector-, cumplís hace tiempo cuanto decís, pero hacéis las cosas mal, de tan bien que las queréis hacer; hasta el rey ha sabido que curabais, y como una mujer no puede curar, si no está poseída del demonio, y sois religiosa y dependéis de la Iglesia, y sois noble y dependéis de la nobleza, tenéis que ir con cuidado, que el que va por el atajo no ahorra tiempo ni trabajo; consolad a los pobres, que no parece sino que pertenecéis a ellos; tan enterada estáis de sus cuitas y quebrantos, dadles trabajo, que para eso ya os ayudaremos, pero en cuanto a lo demás, manos quietas y boca cerrada para evitar habilillas y falsos juicios.

Se levantó mi protector, y los demás convidados formaron distintos grupos,

y en cada uno se hablaba acaloradamente; los sacerdotes, no ocultaban su mala voluntad hacia mi, me miraban con desprecio, porque mi discurso les indignó, puesto que no tuve una frase para unir mis mentiras a las suyas; yo decía claramente que mi religión era la del Redentor, y la de ellos era la religión pagana, con la sola diferencia que en lugar de los dioses, habían colocado en sus altares vírgenes y santos, con exclusión absoluta del Dios verdadero.

Noté que mi confesor no hablaba con los suyos, y acercándome a él le dije:

-¿Cómo no habéis venido a verme?

-No he tenido tiempo disponible, y además, no necesitáis confesaros que ya os habéis confesado con todos, que bastante explícita habéis estado.

-No, padre; tengo mis dudas, y necesito de vos. Mis últimas palabras las oyó mi protector y me dijo sonriéndose:

-Ven mujer, yo quiero que te confieses conmigo. Mi confesor se mordió los labios y disimuló lo mejor que pudo su contrariedad, y yo seguí a mi protector a otro salón, donde nos sentamos en ricos sillones, diciéndome el amigo de mi padre:

-Has estado bien, pero excesiva como siempre, te franqueas demasiado; has pecado de carta de más, según tu costumbre y de lo que se piensa y se siente hay que ocultar de cuatro partes, tres, y la parte restante, dividirla en cuatro cantidades, y sólo una cantidad entregarla al dominio público; esta es la ciencia de vivir.

- Si, ya lo sé; pero yo soy así; conozco que si fuera hipócrita todos me querrían, y hasta creo que me llamarían santa.

-Eso tenlo por seguro; y si no en vida, lo que es en muerte, me atrevo a asegurar que te harán santa, pero tal santidad te costará en vida muchos sufrimientos; y te encargo sobre todo que no hagas curaciones, que éste es el caballo de batalla, y no derribes tú por un lado lo que yo te construyó por otro, ¿amas tu libertad?, pues procura no perderla.

En aquel momento entró Benjamín muy demudado, su jefe lo llamaba con la mayor urgencia y tenía que embarcarse para ir muy lejos; me abrazó llorando como un niño, y mi protector le dijo:

-Vete tranquilo, tu hermana queda muy bien guardada.

-Todo lo que queráis, pero no estoy yo.

-Pero si por ahora no hay temor alguno, si principia para tu hermana una era de triunfos; ya ves hoy en qué buen terreno ha quedado; tras de este banquete, que podemos llamar familiar, vendrá una solemnidad literaria precedida de una gran comida a la que el mismo rey asistirá, y después todos los ingenios de la corte leerán y declamarán, y en dicha reunión quiero que mi discípula figure en primera línea y ocupe el mejor lugar, y como estos torneos del talento necesitan su preparación, tu hermana dispondrá de un aposentó apropósito para despertar su amor al estudio y su entusiasmo por la buena literatura; y para que te convenzas, ven y lo verás.

Efectivamente, los tres cruzamos muchas y lujosas estancias hasta llegar a un saloncito donde no se veían más que libros, muchos libros, aves y flores, una gran mesa para escribir, papel, mucho papel, un tintero artístico, una verdadera maravilla del arte, y todo esto iluminado por los rayos del sol que a través de blancas colgaduras entraba por un gran balcón desde el cual se veía un bonito jardín.

Benjamín al verme en aquel retiro tan encantador se amenguó algo su tristeza y me abrazó de nuevo, diciéndome:

-No lo olvides, en cualquier peligro que te veas, llámame, que al llamamiento de tu alma, yo acudiré; si no puedo en cuerpo, mi espíritu estará contigo.

Cuando me quedé sola quise coordinar mis pensamientos pero no pude, ¡había recibido tantas impresiones…! la ausencia de Benjamín también la sentía, se iba muy lejos; los consejos de mi protector ya eran buenos, pero inútiles para mí, me enseñaba el procedimiento de la hipocresía, pero ésta, estaba reñida conmigo; fui recordando a todos los sacerdotes y sentía hacia ellos asco y repulsión; me miré a mí misma y mis hábitos me causaron inexplicables disgustos, sin saber lo que hacía me dejé caer en un blanco lecho; el crepúsculo vespertino cubrió todos los objetos de mi estancia con un manto de sombra indecisa, y sin darme tiempo a desnudarme, me quedé dormida por mi desgracia, porque tuve sueños espantosos; me vi perseguida por muchos hombres, a los que no pude verles la cara; salté abismos, escalé montañas, me hundí en un mar agitado donde las olas jugaban conmigo, como juega el viento con las hojas secas; al fin me desperté y encontré sobre mi mesa una preciosa lamparita de noche; por el silencio que reinaba comprendí que debía ser muy tarde; y me desnudé afanosa de encontrar reposo, porque estaba muy perturbada; me acosté y tan rendida estaba que pronto mi cuerpo quedó como inerte, mientras que mi alma seguía su eterna lucha.

Sentí la impresión que siempre experimentaba al separarme de mi cuerpo, y cosa extraña, me elevé, pero con mucha dificultad porque junto a mí iba otro cuerpo idéntico al que reposaba en mi lecho:

-¿Cómo es esto?-pregunté angustiosa-. ¿Cómo va otro cuerpo conmigo?

-¿No lo sabías? tienes dos cuerpos, uno se quedará en la tierra y el otro irá contigo.

-¿Cómo?, ¿no me remontaré al cielo?

-No; la que tiene caprichos, la que desprecia la envoltura que le facilita poder trabajar en su adelanto, es justo que comprenda que todo tiene su valor, y que no hay cuerpo despreciable, porque cada cuerpo es un instrumento de inestimable valía.

-¿Pero cómo iré al cielo con este estorbo?

-¿No fuiste a la fuente y allí bebiste agua?

-Sí, bebí, ¿y como bebí?, ¿con el espíritu o con el cuerpo?

-Tú dirás.

-Bebí con el espíritu, puesto que de aquella fuente manaba el agua de la vida, el agua de la redención, pero entonces, yo era más feliz que ahora, no veía mi cuerpo, y éste hoy me estorba, porque quiero ver al amor de mis amores.

Entonces, entre nubes luminosas vi al hombre-Dios, pero estaba muy melancólico, sus miradas eran tristes, me miraba con inmensa compasión, yo quería llegar hasta El pero no podía, y El me dijo con tristeza:

-¡Cómo vienes!, ¡qué marchita estás!

-Es que me pesa mi cuerpo.

-¿Te estorba ese cuerpo? pues mira, mira otros cuerpos.

Entonces vino hacia mí un cuerpo de mujer muy hermoso, pero muy ajado,

con las huellas del vicio y de la enfermedad, compañera inseparable del abuso, ¡qué repugnante me pareció aquella mujer!, ¡qué degradada!, ¡qué despreciable...!

-¿No te gusta?-dijo El-, ¿no te gusta ese cuerpo que fue tan hermoso? pues mira otros.

Vi otro, y otros cuerpos defectuosísimos y asquerosos, expresando el semblante de aquellos seres, la inferioridad de su alma.

-¡Piedad, Señor!, no quiero ver esos cuerpos tan feos y tan despreciables.

-Pues esos cuerpos son tus harapos pasados, los cuerpos que tú mancillaste y que te sirvieron para destrozar otros cuerpos víctimas de tu desenfreno. ¿No quieres el cuerpo de ahora?, pues mira tu ayer, ¡¡alma vanidosa!!, reconoce tu miseria.

-¡Ah!, Señor, reconozco mi yerro, y quiero ser grande; pero para serlo, necesito de ti, ¡Señor!, ¡por un instante llévame contigo!

-¡¡Ven...!! Al oír su voz, ésta fue tan potente, su grito fue tan distinto de otras veces, que en tomo mío todo experimentó un brusco movimiento; sentí como si la carne me la desgarraran, y ya sin peso alguno floté por el espacio, siempre ascendiendo; veía los mundos girar en tomo mío, entraba en un mar de luz y veía una isla donde las flores más bellas tapizaban el suelo, y otra isla más allá, y otra y otras, y El me indicaba el camino con su diestra luminosa; me pareció después que todos volaban, menos yo, ¡ yo no podía volar!

-¿Dónde está el cielo, Señor?, ¿dónde está el cielo...?

-¡No hay más cielo que la perfección del espíritu! Después... después... el amado de mi alma se detuvo, me miró con tristeza y yo le dije:

-No quiero separarme de ti, quiero ver eternamente tu espíritu.

-Mi espíritu-dijo El, con una voz que los ecos repitieron-, aún no lo has visto, has visto al hombre, ¡nada más que al hombre! al espíritu, han de pasar aún millones de siglos para que puedes verle; mira al hombre.

El amado de mi alma se alejó, y de joven le vi convertirse en viejo bajo una bóveda de arco iris; aquellas franjas luminosas formaron como un arco triunfal, y en el frontis del arco, se leía: "¡Te perdono...!", el anciano me miraba con dulzura y con tristeza a la vez, y yo le dije:

-¿Cuándo dejaré de ver al hombre para contemplar su espíritu? El anciano contestó alejándose lentamente sobre montañas de luz:

-Cuando por tus esfuerzos, todos los elementos que te rodeen estén en completa armonía, entonces vendrás conmigo, sólo entonces tu espíritu y mi espíritu en la luz vivirán..."

CAPÍTULO LV

Libre de las agitaciones anteriores, y pasadas las impresiones de sueños, audiciones y videncias, me quedé relativamente tranquila, y digo relativamente, porque cuando se trabaja en un círculo pequeñito, no hay peligro de que nos asaltasen temores de hacerlo mal, porque no hay nadie que sepa censurar debidamente, pero cuando se piensa en trabajos de más monta, es muy diferente, para hacer el bien sólo basta la buena voluntad, pero para tomar parte en un torneo de talento se necesita poseer vastos conocimientos y saber el valor de lo que se dice, por eso me asaltó un miedo terrible, miedo que jamás había sentido; yo quería

lucirme, pero... ¿podría yo lucirme? Miraba cuantos libros me rodeaban, hojeaba sus páginas con agitación febril y no sabía qué asunto escoger, porque en aquella ocasión yo quería lucir mi talento, no mi sentimiento para dejar demostrado a mi protector que sus lecciones las había aprovechado a pesar de haber sido tan escasas. Yo quería vencer a los demás poetas y escritores que tomaran parte en la fiesta literaria. A impulso del sentimiento se escribe muy fácilmente, pero como en aquella ocasión memorable, no era el sentimiento lo que me dominaba, mi pluma no corría como otras veces, antes al contrario, escribía con mucha lentitud, y rasgaba con gran prontitud la página escrita, ¡qué modo de tejer y destejer!, en fin, tras mucho luchar quedó satisfecha mi vanidad de escritora y mi vanidad de mujer; y cuando estuve contenta de mi trabajo, quise oír la autorizada opinión de mi protector, ¿querría oírme?, ¡quién sabe!, ¡eran tantas sus ocupaciones!, ¡era su vida tan agitada!, pero su criterio valía tanto, que a todo trance quise probar fortuna, ¡qué diferencia de un tiempo a otro! Cuando le conocí ¡cuánto me hirió su desprecio!, y años después, por leerle mi trabajo, por encontrarle, hubiera cruzado la tierra como ascético penitente sufriendo hambre y cansancio. Afortunadamente no tuve que ir tan lejos, le pedí hora y día para verlo, y al momento me hizo pasar a su presencia.

Cuando entré en su despacho iba temblando, salió él a mi encuentro y me hizo sentar inmediatamente, diciéndome con el mayor cariño:

-¿Qué quieres?

-Leeros mi trabajo.

-¿Quieres que te lo corrija, si lo necesita?

-Si, señor, para eso vengo.

-Pues lee, y lee sin temor.

Le leí mi trabajo, que se componía de buena prosa y de sonorosos versos, concluí mi lectura, y al ver que nada me decía, le dije:

-¿Qué os parece?

-Hay algunas incorrecciones, pero sólo en la forma, el fondo es inmejorable; has despertado mis más dulces recuerdos, tu trabajo está bien.

Al oír su voto de aprobación me volví loca de alegría y le pedí permiso para abrazarle.

-Abrázame, hija mía hazte cuenta que abrazas a tu padre. ¿Ves?, tu alegría de ahora es el fruto de tus enfados de ayer. ¿Te acuerdas?, ¿te acuerdas cuando ayer nos enfadamos los dos?, porque yo también me enfadé contigo, has de contar que me dijiste lo que nadie me ha dicho; pero de aquellas espinas han brotados estas flores.

-Conque, ¿no se reirán de mi?, ¿no haré el ridículo?

-No; aunque ahora recuerdo que hay un escritor, un poeta, que todo lo encuentra mal, muy especialmente el trabajo de las mujeres; los escritos de éstas, los critica siempre, y su critica es mordaz sobre toda ponderación, es epigramático hasta la crueldad, pero yo le hablaré para que te salves de su censura.

Me preocupó mucho el recuerdo de mi protector, y le temía al escritor satírico que pudiera ponerme en un ridículo, ¿sería obra de mi confesor?, ¿sería por mandato del delegado del Papa?, porque yo bien sabía que me criticaban en gran manera, porque no hacía vida monástica, y tuve dudas y recelos, porque no es todo uno batallas entre ignorantes y luchar con hombres de talento. Muy atormentada

estaba copiando y corrigiendo mi trabajo, cuando me avisaron que deseaba verme la señora, por cuya mediación me restituyeron mis escritos. La señora al verme me agasajó muchísimo, me colmó de elogios, hasta el punto que despertó mis recelos, porque alabanzas extemporáneas encierran el germen de una traición.

Empleando muchos rodeos, me vino a decir en conclusión que tomaba parte en la fiesta literaria dedicada al Rey, y me traía su trabajo a ver qué me parecía.

Me alegré al pronto para compararlo con el mío; comencé a leerlo y lo encontré largo, muy largo, interminable, y no era esto lo peor, sino que había reunido trozos y fragmentos de otros escritos y estaban tan mal coordinados, que los unos daban de bofetadas a los otros, sin citar el nombre de los autores, y como punto final, junto a unos versos vulgarísimos como un mal romance de ciego, había una plegaria mía, delicada como una sensitiva. ¡Qué infamia!, ¡qué audacia!, ¡qué desvergüenza!, ante tanto descaro me indigné, y le hice presente mi enojo; ella se enojó también, y conocí que su enojo me sería muy perjudicial, y entonces suavizando mi lenguaje, la hice comprender que se pondría en un ridículo, si no citaba el nombre de todos los autores de los cuales se apropiaba fragmentos de sus escritos, pues algunos de éstos, eran tan conocidos, que hasta los chiquillos de la calle los sabían de memoria. Ella entonces me pidió que le arreglara su trabajo del mejor modo que yo quisiera, que no me pesaría mi condescendencia. Accedí gustosa para poner cada nombre en su lugar, por más que no se me ocultaba que era un trabajo inmenso para mi, y mucho más que tenía muy poco tiempo de que disponer.

Mucho trabajé y a pesar de tener mi pensamiento tan ocupado, aún me quedaba un hueco para llenarlo de continuo con esta pregunta, ¿quién me pondrá en ridículo?, ¿quién empleará su sátira contra mi?

Quise ver a mi confesor por si podía traslucir algo de la intriga que tramaban para mi daño, y lo mandé llamar con urgencia; vino al fin muy contrariado y yo le dije:

-Necesito de vos, quiero que seáis mi confesor y mi amigo, ¿recordáis lo que os tengo dicho?, estáis enfermo y deseo curaros.

-Mirad-dijo él-, desde que os acusé, creo que me habéis tomado por blanco de vuestras burlas, y creed que las burlas se pagan muy caras. Me llamáis vuestro confesor, y ese es un hombre irrisorio, puesto que nunca os confesaréis conmigo, porque tenéis demasiada vanidad como mujer y como escritora; hacéis valer vuestra impunidad, porque hoy tenéis quien os proteja, mas creed, que os acusaré siempre pública y privadamente, porque vuestros actos religiosos son contrarios a la religión, y a su tiempo os haré ver mi poder.

-No me asustáis, padre, porque mi conciencia está muy tranquila, mis acciones todas van encaminadas al bien de los que sufren, y mis aspiraciones no pueden ser más dulces ni más puras. Yo sueño con una vida hermosa, en la cual, templando todos el arpa de la virtud, hará que todos sean felices. Yo quiero dulcificar la vida, porque es el único medio de aprender a vivir. Yo sueño con una vida armónica en la cual el trabajo sea moderado, lo mismo que el descanso. Vos creéis en la tentación del genio del mal, y yo os digo que tal tentación no existe, lo sé por mí; el que existe es un espíritu de amor con el cual yo hablo y me dice que luche, que trabaje, que investigue, aunque soy muy pequeñita. Yo no he visto al diablo

porque no odio a nadie, y, si el diablo me hablara, aunque fuera en forma de Jesucristo, si me dijera que odiara, yo le œnocería y le despreciaría. Yo creo en Jesucristo, pero creo en él ¡hermoso!, ¡sonriente!, ¡sin sangre!, ¡sin horrores! Yo le he visto y lleva una túnica hermosísima, ¡todo es luz!, parece que con El va el bien del mundo: sus ojos son dos arcanos eternos, y no dicen sus ojos "¡adórame!", dicen: "¡levántate y anda!" y El me enseña el camino porque anda también, pero ¡ay! ¡no le alcanzo...!, corro tras El pero inútilmente, y cuando me vuelvo loca de amor y de ansiedad, El más se aleja y al alejarse, se va transformando de joven en viejo y veo allá... allá... lejos, muy lejos, un monte luminoso coronado por múltiples *arco iris* y en la cumbre está El convertido en un anciano; tiene sus mismos ojos, aquellos ojos que derraman vida y me dice:

-No te turbes en el camino de esta existencia, y nunca olvides que, *¡te perdono!* Decidme, padre, ¿quién es este ser que me perdona?, éste no es diablo, no.

-¿Y a qué me lo preguntáis, si todo lo sabéis?, sois sabia, ¡muy sabia!, teóloga, virtuosa, religiosa, escritora, oradora, y mentecata también. ¿Decís que no es el diablo quién os inspira?, si pensáis que Jesús os inspira, estáis en un gran error. El ha hecho constar que un día resucitará para llevar a los buenos a la gloria, y a los malos a los infiernos, ¿y no veis que es altamente ridículo que Jesús se presente a vos, cuando Jesús aún lamentará su martirio? Todas vuestras inspiraciones son diabólicas y se presenta el diablo con tales atractivos, porque esa es la dedada de miel que se da a las mujeres vanidosas como vos, y esa transformación de joven a viejo, es que os quiere hacer creer que miráis al Padre Eterno, y que éste, es el que os perdona.

-Padre, padre, deliráis.

-¡Ojalá fuerais mi hija!, y siéndolo, siguierais mis consejos entonces si que seríais una gloria de la Iglesia, porque tenéis facultades para ello!, lástima, y lástima grande que estéis endemoniada.

-Sí, ya sé que me creéis endemoniada y como a tal me acusasteis, mas no destruiréis lo que yo veo en mis sueños, y ¡qué mal me comprendéis!; ¿quién os ha dicho que yo quiero ser una gran figura de la Iglesia?

-Si que lo queréis, a mi no podéis engañarme.

-No, padre; lo que quiero es hacer constar que no es el diablo quien me inspira y todos los confesores que he tenido tan conocido y se han persuadido que yo no mentía.

-¡Buenos habrán sido vuestros confesores...!

-¿Queréis que os pruebe, cómo se prueba la influencia del bien y del mal?, ¿Cómo es que el diablo edifica templos?, puesto que yo, por su inspiración los levanto, y mañana irá allí una congregación religiosa y habitará una casa levantada por el diablo, creo que yo no hago mal ninguno. ¿Qué quiere la Iglesia de mi?, decídmelo, pero que no me quiten la libertad de practicar el bien.

-Si no fuerais tan excesiva en todo, algo podríamos hacer todavía, si quisierais prosternaros y obedecer, seríais una gloria de la Iglesia, de lo contrario, vuestra terquedad os costará la vida.

-¡Ah!, eso es lo de menos, padre, no me importa morir, y no me importa, porque yo moriré después, como he vivido antes y contad, que al que me haya

asesinado no le haré mucho bien.

-¡Hola! ¿también vengativa?, eso os lo enseña el diablo.

-No, padre, es que vos me desesperáis, y me hacéis cometer locuras y decir lo que no soy capaz de sentir. ¡Señor!, ¿por qué la Iglesia sostiene a tanto ignorante...?

Tanto nos acaloramos él y yo, y tantos textos sacamos a relucir, que llegamos a reñir de veras; le dirigí durísimas recriminaciones, y él me llamó bruja, endiablada, y otros epítetos impropios de un sacerdote, y de pronto como si me hiriera un rayo, me caí al suelo. Mi confesor se asustó muchísimo al verse solo con una muerta, pues como tal me quedé; pidió auxilio, vinieron criados, médicos, que sé yo, y ninguno me quitaba el mal. ¿Cómo?, ¡si estaba magnetizada por un magnetizador invisible! Pasé muchas horas dormida, al fin desperté y mi confesor me dijo muy azorado:

-¿Sufrís mucho? al oírle me estremecí.

-¿Os causo horror?

-Sí.

-¿Me voy?

-No.

-¿Queréis morir?

-No, padre, aún no moriré. ¡Qué tristes son entre los dos las discusiones!, ¡un rayo me hirió!

-¿Veis?, sobre vos cayó el rayo, y yo estoy libre; ¿veis cómo la Providencia os enseña? y he de deciros para descargo de mi conciencia que ya no os aborrezco, os compadezco, creedme, escuchad los consejos de la Iglesia.

-Padre, ¿creéis que he perdido ya todas mis fuerzas?, no, padre, no las he perdido; lo que ha pasado, es que sentí por un momento odio hacia vos, y al odiar, recibí el justo castigo.

-Dejaos de cuentos y no olvidéis que dentro de la Iglesia seréis una gran mujer.

-Padre, dejemos tan enojoso asunto, olvidemos lo pasado entre los dos, ¿queréis leer mi trabajo?

-Ya lo he leído mientras dormíais, aproveché la ocasión de verlo en vuestra mesa; es bueno, pero no es éste el trabajo que debíais haber hecho; éste no es escrito de una mujer religiosa, y con el mismo trabajo seréis castigada. Se marchó mi confesor y temblé ante su amenaza, *con el mismo trabajo seréis castigada.* Sentí entonces hervir en mi pecho el odio, y oí una voz que me decía:

"-¿Qué haces...? ¿dónde vas con tus vanidades y tus odios...?" Aquella voz me hizo volver en mí y lloré amargamente, ¡cuánto lloré. Dios mío! Enterado mi protector de lo ocurrido, vino a verme, diciéndome:

-¿Qué tienes?, ¿ha estado aquí tu confesor?

-Sí, señor, ha estado.

-Y habréis discutido, ¿no es cierto?

-¡Ah!, si, y muy seriamente.

-Pero, ¿y quién te manda a ti discutir con esa gente? diles a todo que sí, y sigue tu camino, y ahora hablemos de otra cosa: el Rey no quiere que se celebre el banquete proyectado porque resultaría una fiesta interminable, así habrá más

tiempo para el torneo literario; quiero que para ese día estés alegre y contenta.

Llegó por fin el día deseado y temido, y mi protector quiso que le leyera otra vez mi trabajo, se lo leí y me dijo:

-No habrá otro escrito mejor que el tuyo, no lo olvides que yo te protejo, y siendo mi Protegida, vendrán a vestirte como debe vestirse dignamente una mujer de tu clase, sin olvidar por esto que eres religiosa.

Llegó el momento de trasladarnos al lugar de la fiesta, que era un palacio consagrado al arte, donde abundaban pinturas, esculturas, flores, tapices y todo cuanto bello crea el arte. Yo estaba encantada, lo confieso, era la primera vez que me veía rodeada de mujeres elegantísimas, de apuestos caballeros, y de cuanto noble y distinguido encerraba la corte. Se oyó un murmullo ensordecedor "¡el Rey! ¡el Rey!" éste llegó y se sentó, me pareció un pobre hombre. Un coro de niñas preciosísimas cantó un himno dedicado a las Musas, ¡qué bien cantaron!, a los músicos no se los veía, y así la ilusión era más completa, las niñas colocaron guirnaldas de flores en los escalones del trono. Después mi protector leyó un trabajo en prosa magnífico, leyeron otros muchos, entre ellos algunas damas se cantó de nuevo y luego me llamaron a mí.

No es todo uno leer en familia y leer en público, ¡y qué público!, me levanté, temblando miré mi escrito y no vi las letras; momentos de expectación general; comencé a leer de memoria, pero luego ya vi las letras no tal como yo las había escrito, sino mucho más grandes, y tan claras y tan hermosas que leí bien, muy bien, y aunque allí no se podía aplaudir, comprendí que mi trabajo había gustado mucho; cuando una gran masa aprueba lo que oye o lo que ve, se siente un rumor sordo agradabilísimo, yo lo sentí, y me senté muy satisfecha. Yo leí la última, sólo faltaba para terminar la fiesta que tres poetas muy celebrados improvisarán: al verlos, me fijé en uno que durante toda la fiesta no hizo más que mirarme y cuchichear con sus amigos; era un hombre de arrogante figura, podía pasar por ser un hombre hermoso, pero la expresión de su semblante era tan mordaz, tan burlona, al reírse miraba con tantos desdén y tanto desprecio, que me pareció el ser más antipático que había visto en mi vida. Improvisaron sus dos compañeros muy bien, y por último el poeta satírico se levantó, paseó sus miradas por todos lados y se oyeron murmullos de admiración.

-¡Ah!-decían unos-, ¡es un gran literato!

-Escribe con hiel-decían otros.

-Sí, pero, ¡su alma es de oro!-añadían aquéllos.

Al fin se cuadró y me miró fijamente, ¡cuánto daño me hizo su mirada!, y con voz entera y acentuada comenzó a improvisar magistralmente, ¡qué sátira tan fina...! atacó al gobierno, al Rey, al ejército y al clero, para todos tuvo una diatriba, pero dicho con tal gracia y con tal arte, que nadie se podía dar por aturdido, y cuando ya creía que iba a concluir y que me salvaba del naufragio, atacó a las *marisabidillas,* ¡qué modo de parodiar mi trabajo!, ¡con qué sutileza convirtió en epigramas mis hermosos pensamientos!, y a todo esto me miraba con tal fijeza y se sonreía con tal crueldad, que no sé cómo no perdí el sentido.

Concluyó su improvisación a pesar suyo, obedeciendo a mi protector que le hizo callar con su imperativa mirada. Terminó la fiesta y mi protector estaba furioso diciendo a cuantos le querían oír:

-Ese hombre es un miserable, odia a las mujeres, y los trabajos de ellas los encuentra despreciables; no hay una que se salve de sus garras, su proceder es inicuo, parece mentira que ese hombre tenga tanto talento y que sólo lo emplee para herir, porque se goza hiriendo a todos, mas día llegará que lo herirán de otra manera.

Yo quedé vencida y anonadada, estaba enferma, muy enferma, y muy arrepentida de haber ido a la corte; razón tenía Benjamín en presagiar la tormenta que sobre mi había caído.

Mi protector me animó muchísimo, diciéndome:

-Ahora a descansar, después volverás a tu hogar a prodigar el bien, cueste lo que cueste, y a escribir más que nunca. Sí, a escribir, no me mires atontada, no te acobardes, la burla sangrienta de ese miserable, que sea un nuevo motivo para engrandecerte.

¡Ay!, quedé muy mal herida, la sonrisa de aquel hombre no la había olvidado jamás, y al encontramos en el espacio, me ha dicho sin hablar: "Eres una pretenciosa y una vanidosa; cuanto has sufrido es justo."

¡Ay!, sólo el transcurso de los siglos puede borrar entre los espíritus las huellas de las burlas y de los odios, ¡Bendito sea el tiempo!, sólo el tiempo puede reconciliar efectuando una laboriosa reconciliación. ¡Cuánto cambian las expiaciones a los espíritus!, ¡los grandes de ayer son los pequeñitos de hoy!, los que ayer estaban hartos de sabiduría, hoy recogen las migajas que les arrojan los sabios... ayer, ¡todo lo sabían!, hoy, ¡todo lo ignoran!, pero empiezan a saber algunos que amar es vivir.

CAPÍTULO LVI

Pasadas las impresiones penosas que recibió mi protector en la fiesta literaria de la que yo guardé indeleble recuerdo, decidió el antiguo amigo de mi padre, retenerme más tiempo a su lado; mi hermano, por su parte, me manifestó la conveniencia de no irnos enseguida, pues parecíamos campesinos asustados y yo estaba tan rendida y abatida, que casi me alegré de aquella tregua que las leyes del honor, tal como se comprenden en la tierra exigía, puesto que mi hermano trató de convencerme de suspender la marcha, para tener tiempo de desafiar al poeta satírico y batirse con él, quedando ambos heridos, mi contrario levemente, mi hermano en un brazo, sin graves consecuencias. Mi protector felicitó a mi hermano, encargándole al mismo tiempo que nunca se enterara Benjamín de lo ocurrido, pues en su fiereza faltaría a las leyes de los hidalgos y mataría al poeta como se mata a un perro rabioso donde se le encuentra; que él por su parte; sin derramamiento de sangre, también heriría al poeta, pues siendo muy amigo suyo le retiraría su amistad, lo que sentía verse obligado a hacer, pues aparte de su fatal manía de ridiculizar a las mujeres literatas, era un hombre digno y capaz de sacrificarse en aras de la amistad. Mi protector me animó muchísimo para que escribiera, y en verdad que necesitaba sus manifestaciones cariñosas, porque mi ánimo estaba abatidísimo; así lo debió comprender mi protector, y como un padre cariñosísimo, diariamente me visitaba, me daba lecciones de literatura y me hablaba de un porvenir glorioso, y como coronamiento de sus paternales desvelos, me dio un banquete de despedida, al que asistieron sus mejores amigos; dicho banquete, al pronto me causó espanto,

tenía miedo a los cortesanos, pero mi protector me aseguró que nadie, absolutamente nadie me mortificaría. Y así fue; cuando entré en el salón donde me esperaban los convidados, sólo encontré hombres ya entrados en años, que me miraron con dulce curiosidad. Al pronto no conocía a ninguno de ellos, luego encontré a un anciano general que se dio a conocer como antiguo amigo de familia.

La compañía de todos me agradó, porque todos se esmeraron en hacerme gratas las últimas horas que pasé en la corte; se habló de todo, y en particular de la miseria que sufrían los pueblos; un anciano muy venerable me dijo que yo estaba llamada a ser fuente de vida y salud, y que los desgraciados tendrían en mi la mejor y más decidida protectora; que no titubeara en dar cima a grandes empresas, porque la protección de los potentados españoles, comenzando por el Rey, me ayudaría siempre en todo y por todo; que había en España muchos brazos inútiles y era necesario que yo los convirtiera en palancas poderosas que levantaran un mundo; y como garantía de que no eran ofrecimientos vanos los que en nombre del Rey me hacían, me entregarían un pergamino con el sello real, y los nombres de todos los que a mí se asociaban para proporcionarles trabajo a los pobres.

Yo quise hablar y no pude, la emoción me dominó, la benevolencia de aquellos hidalgos llenó de júbilo mi alma, y sólo puede exclamar:

-Todos vosotros viviréis en mi memoria, y mi gratitud será eterna. Mi protector muy conmovido, muchísimo, me dijo:

-Cultiva las letras, pero cultiva más tus sentimientos; en las letras hay muchas espinas, en las buenas obras abundan las flores; sé tú por tu talento luz de los pueblos, y ejemplo por tus virtudes que les sirvas de espejo a las mujeres.

Los convidados me estrecharon la mano paternalmente, diciéndome todos:

-¡Adelante!

Mi hermano estaba loco de alegría; me entregaron después el pergamino real, cuyo contenido era una poesía hermosísima elogiándome más, mucho más de lo que yo merecía, que en esa tierra, como ha dicho después uno de vuestros poetas-no existe el justo medio-, *¡todo demasiado lleno o demasiado vacío!*

Aún se conserva ese pergamino, pero no en poder de los religiosos. Al despedirme de mi protector, me besó en la frente, diciéndome:

-Te beso por si no te vuelvo a ver; la lucha de la vida me va rindiendo, pero ya no temo caer, te dejo en buena senda, conserva ese pergamino, porque en él está la esencia de las letras españolas, posees en él, lo mejor de lo mejor.

Nos dieron una gran escolta y al salir de la corte, pensé mucho en el poeta satírico; no le había vuelto a ver, es verdad que yo no había frecuentado ningún paraje público; durante mi permanencia en la corte, hice vida monástica, y casi, casi, sentía no haberle visto más, no podía olvidar a aquel hombre, ¡me había herido tan a fondo...!

Cuando llegué cerca de mi ciudad natal, se tranquilizó bastante mi ánimo; entramos por fin en nuestra casa, y al entrar recordé las quejas de la servidumbre, y en la mesa hablé a mi hermano de dicho asunto haciéndole presente que sus quejas eran bien fundadas, puesto que para los de casa éramos muy indiferentes; mi hermano me escuchó en silencio, diciéndome cuando terminé:

-En esto, como en todo, haz lo que tú quieras, yo seguiré tus huellas, sin perder por esto la autoridad y la severidad con que hay que tratar a la servidumbre,

que si antes no se la educa, confunde lastimosamente la condescendencia con la debilidad de carácter. Sé tú, hermana mía, manantial de consuelo y yo cuidaré que el manantial no rompa su cauce.

Me retiré después a mi aposento, que en comparación del que ocupaba en casa de mi protector, era muy pobrecito, pero yo lo encontré encantador; allí mi alma encontraba reposo, pero no tanto como yo esperaba, por el extraño suceso que relataré. Me desnudé, me acosté, y al acostarme, aunque no podía tenerme en pie, el sueño no cerró mis párpados, me dolían los ojos y no los podía cerrar, quise elevar mi pensamiento a Dios y no pude, en cambio con la mayor sorpresa, vi al poeta satírico, que junto a mi lecho recitaba versos magníficos, ¡qué bien los recitaba!, ¡qué entonación!, ¡qué vida!, al verle y al oírle le dije:

-¿Por qué me persigues?, ¿qué plan es el tuyo al mortificarme?

-Plan no tengo ninguno, es que sobran en la corte zánganos que viven sin trabajar, y emplean su holganza en apropiarse lo que no es suyo, engalanándose con las plumas del pavo real, y como ya tenemos bastantes poetastros que se lucen con el ingenio de los otros, no es justo que se aumente el número con las mujeres *literatas* que para lucirse, leen trabajos hechos y esmeradamente corregidos por sus sabios maestros, como tú hiciste leyendo lo que para ti escribió tu protector.

-Mientes, yo no soy capaz de tal miseria, te han engañado miserablemente.

-¡Si así fuera...!

-¿Qué?, ¿si así fuera me darías una satisfacción?

-Eso no; pero si escribiría algo que te consolará de tu derrota.

Yo no dormía, no; y le veía, sí, le veía de pie junto a mí lecho apoyado ligeramente en el espaldar de mi cama; su semblante no era entonces tan mordaz; una nube de tristeza apagaba el brillo de sus ojos, se desvió un poco y colocándose a los pies de mi lecho, dijo:

Ya que estoy aquí, déjame sentar.

-Se sentó en mi cama. Al verle sentado con la mayor naturalidad, me levanté temblando sin hacer el menor ruido; yo no sabía lo que me pasaba, pero sabía muy bien que no dormía; me vestí y oí la voz del poeta que me decía muy tranquilamente:

-No quieres discutir en el lecho, pues discutamos sentados en otro lugar-y se levantó y se sentó en una silla. Quise gritar y él me dijo sonriéndose:

-No grites, es inútil, si vienen, si acuden a tus gritos nadie me verá, y creerán que ya estás loca de remate, mi cuerpo duerme, y he venido aquí porque quiero ver tus trabajos, y si me convenzo que eres la autora de lo que leíste, yo te daré una satisfacción.

-Yo te juro que aquel trabajo era mío, lo leyó mi protector y mi confesor; el primero encontró bien mi escrito, el segundo me aseguró, que *con mi mismo trabajo sería castigada.*

-¿Eso dijo?, yo te prometo que si me convenzo que he sido juguete de un miserable, tendrás la debida satisfacción.

Sentí cómo se levantaba, se apoyó un momento en el respaldo de mi silla, oí claramente ese leve ruido que se produce agitando y removiendo papeles, después... me pareció que respiraba mejor, comprendí perfectamente que ya estaba sola, y entonces temblando de miedo y de frío me desnudé y me escondí en

mi lecho, pues todas las mantas me parecían poco para cubrirme hasta la cabeza, me quedé entonces profundamente dormida, mi cuerpo parecía de piedra, pero mi espíritu buscaba... no sé qué buscaba, al fin dije:

-¡Señor!, ¡cuánto tiempo hace que no te veo!, cuando sólo pensaba en hacer buenas obras entonces le veía, y ahora que lucho en el campo de las letras, ¡no te veo!, ¡Señor...! ya no escribiré más.

-Si, escribe-me dijo una voz-, tú no podrías vivir sin escribir, las letras son el diapasón del alma de los pueblos, escribe, que por todos los caminos llegan las almas hasta Dios.

Aquel consejo tranquilizó mi espíritu y entonces descansé hasta muy entrado el día; me levanté muy tarde, y encontré mi mesa con todos mis papales en completa revolución, parecía que niños traviesos se habían entretenido en removerlos todos; las cuartillas numeradas me costó mucho trabajo ordenarlas, porque habían confundido unos trabajos con otros. Llamé a Marta y ésta me juró por lo más sagrado que nadie entraba en mi cuarto sin que yo le llamara, pues hasta para limpiarlo esperaban mis órdenes.

Me devané los sesos pensando quién sería el osado que había tocado mis papeles que yo siempre, desde niña, había cuidado de ordenarlos esmeradamente, y como tenía tantos entre borradores, y copias, y notas, y apuntes, y máximas, representaba su arreglo el trabajo enojoso de muchos días: ¡qué extraño encontré aquel desbarajuste...!

Afortunadamente llegó en aquel momento mi hermana con la niña que yo le había salvado la vida, y era la niña tan agradecida y tan cariñosa, que siempre que me veía me comía a besos, porque me besaba con ansia de amor; su madre gozaba al ver lo que me quería, y cuando entró en mi estancia se apoderó de mí, y llegó muy a tiempo, porque sus caricias me tranquilizaron; se sentó en mis rodillas y me dijo:

-Tía mía; yo te quiero mucho más de lo que tú te crees; de noche siempre sueño contigo; ¡y te veo más hermosa...! ¡hermosísima!, y estás en un altar y te adoran los fieles, pero te falta una cosa, te falta una corona de flores, y he pensado hacer una fiesta infantil; muchas niñas cantarán y recitarán poesías tuyas, y luego... yo te coronaré, te debo la vida y yo quiero demostrarte mi gratitud; pero mira, yo quiero que tú seas nuestra maestra, porque todas queremos hacerlo muy bien.

Mi hermana por complacer a su hija, también estaba muy entusiasmada con la fiesta infantil, únicamente que opinaba que debía dársele un tinte altamente religioso. Y le dije entonces, que si la fiesta se hacía en la iglesia, parecería una fiesta de ángeles dentro de una tumba, que preferirla hacerla en el campo, y para que tuviera tinte religioso, llevaríamos en procesión una imagen del Niño Jesús, y a éste le pondríamos la corona para mi destinada; mi sobrina no se avino con esto, ella quería coronarme a mi, ¡niña inocente!, ¡no me faltaba otra cosa que su coronación!, ¡harto los religiosos me criticaban, y me hablan hecho tanto daño las murmuraciones!

Para consolarla, le prometí exprofeso pequeñas composiciones para las niñas y ante esta promesa, se fue muy contenta.

Sin descuidar el arreglo de mis papeles y las poesías de la fiesta infantil, acudí también a visitar las obras; el arquitecto y director de ellas, se alegró mucho de verme; lo encontré muy desmejorado; su familia era su tormento, y no porque sus

miembros fueran perversos, no; uno idiota, otro loco, y los tres restantes epilépticos, monomaniacos, insufribles, rodando siempre por el suelo, y su esposa tullida, sentada en un sillón y contemplando el desdichado cuadro que le ofrecía su familia. ¡Pobre familia! su jefe me quería mucho, muchísimo, pero como yo era un ser tan combatido, trabajando para mí, temía perjudicarse en su carrera. Yo por lo mismo le conté mis triunfos, le hablé del pergamino real y de la promesa de tantos potentados, para protegerme en mis empresas, el hombre me escuchaba con gusto pero... tenía sus recelos: ¡era tan desgraciado! Un día le dije:

-¿Queréis que yo vaya a vuestra casa?

-Me creería muy honrado, pero...

-Sed franco, ¿tenéis miedo de que la gente se entere de mi visita?

-Señora...

-Pues yo quiero ir a vuestra casa.

-¿Cuándo?

-Ya os avisaré, mas confesad que lo sentís.

-Sentirlo, no; eso no; pero...

-Pues tengo empeño, y empeño total en ir a vuestra casa, porque allí se llora, por eso quiero ir; allí tenéis imbéciles, locos, epilépticos, tullidos, y entre tantos... ¿no habrá uno que merezca ser curado? probemos. Dios va con los buenos intencionados.

El hombre, se dejó convencer, y algunos días después fui con él a su casa. Casa de arte y casa de lágrimas, era una verdadera joya artística conservada a costa de heroicos sacrificios, pues con el hospital que formaban sus deudos, el arquitecto gastaba lo que tenía y lo que no tenía; ¡era un mártir!

Entré en un saloncito y allí estaban todos; la madre sentada en un sillón su hijo mayor sentado junto a ella destrozando papeles y cañas, era el loco, pero un loco inofensivo; el imbécil, parecía una figura de movimiento, movía manos y pies, y gesticulaba riéndose ruidosamente, al verme, de un salto se lanzó sobre mi, y se tiró al suelo haciendo cabriolas; otro andaba a cuatro pies con la ligereza de un gato juguetón, y los otros dos, el uno rezaba y el otro hacía pajaritos de papel; la madre de aquellos desventurados al verme lloró y me dijo:

-¡Ay señora!, al principio de nuestro matrimonio éramos felices, nuestros hijos al nacer no presentaban síntomas de lo que hoy son, pero un día, entró aquí una mujer, con un fardo de telas preciosas, no sé por qué, las creí procedencia de un robo, y no quise comprárselas aunque ellas las tasó en poco precio; no sé si comprendió mi sospecha, que se puso furiosa con mi tenaz negativa y lanzó una maldición horrible sobre esta casa diciendo: "-¡Aquí caerán todos los males!", y todos, señora, ¡todos cayeron!

-¡Deliráis!, ¿creéis que los males vienen por la mediación de una loca desdichada? los males estos vienen de más hondo: aquí hay enfermos que pueden sanar, otros, no.

-¡Ay, señora!, ¡si yo me curara!, podría al menos ser útil a mis hijos y a mi pobre marido, que se está matando trabajando lo que ya no puede para mantenemos.

-¿Queréis curaros?

-¡Ay!, ¡si!, ¡si!

-Pues yo os curaré, pero al curaros, ¿creéis que una mujer os dio el mal, y otra mujer os dio el bien?

-Así mismo lo creeré.

-Entonces no os curaréis, habéis de creer que Dios es quien os cura, ¡levántate!, ¡apóyate en mí!

La mujer se levantó y anduvo llorando de alegría; la hice sentar para que reposara, y luego la hice andar sola; la infeliz no sabía lo que le pasaba, abrazó a su esposo, a sus hijos, y aprovechando un momento que me volvió la espalda, la envié tal corriente fluídica, que se volvió admirada diciendo:

-¡Señora!, ¿sois un Dios?, me siento fuerte y rejuvenecida. Su esposo estaba gozoso y aterrado; yo le dije:

-Parece mentira que un hombre como vos tenga miedo.

-No puedo remediarlo, lo tengo.

-Lo tenéis, porque le dais más cabida al mal que al bien; en cuanto a estos niños, tres pueden curarse, los otros no; hay uno que leo en sus ojos: *ha de ser un imbécil;* el loco, no quiere hacer el menor esfuerzo para mejorarse, pero en estos tres tengo esperanzas.

Los cogí, los dominé por medio del magnetismo, y el uno gritó aterrado, el otro rezó fervorosamente, y el tercero se revolcó por el suelo diciendo:

-Vete, que no puedes hacer más, demasiado has hecho. Levanté al niño, y dije imperiosamente:

-¡Dejadle!

Entonces se empeñó una lucha terrible; seres invisibles, fuerzas gigantescas quisieron destrozar al niño, yo pedí ayuda a Dios, y el niño se tranquilizó. Acudí al otro día, diciéndole:

-¡Mírame!

-No quiero.

-Pues me mirarás.

-¿Quién se atreve a mandar a un rey?

-Quien mandaría a un Dios.

El niño se despertó y se refugió en los brazos de su madre. El otro niño rezaba, y le dije con imperio:

-No reces, ya has rezado bastante.

-Rezo por mis hermanitos.

-¡Hipócrita!, vuelve a tu sacristía de donde en mal hora has salido. Se despejó el niño y yo dije a los invisibles:

-Desgraciados, que hacéis la desgracia de una familia, pensad que mañana si volvéis a la tierra seréis tan desventurados como desventurados habéis hecho a los otros.

-Decís bien-dijo un niño cerrando los ojos.

-¿Qué ves, hijo mío?

-La huida de los malos, y la llegada de los buenos.

-¿De los buenos?

-Si, de los ángeles, junto a ti hay uno ¡qué hermoso es!, ¡tiene unos ojos!

-¡Despierta, hijo mío!, ¡despierta!, venid los tres salvados, ¡llorad conmigo!

Y abracé a los niños sintiendo correr por mis venas la savia de la vida, ¡qué

hermoso es vivir para hacer el bien!

La pobre madre al ver a sus hijos enlazados a mi cuello, me dijo con el santo egoísmo maternal:

-¡Ay!, ¡señora!, ¿y aquellos dos no son hijos de Dios? hijos de mi alma, y no son malos, no.

-Ya lo sé, pobre madre, lo sé, pero desde que entré aquí comprendí desde luego que hay aquí dos condenados que se curarán... más tarde... más tarde...

-Si, si; más tarde-dijo el imbécil, tocando los platillos sobre sus mejillas y dejándose caer junto a su madre envolviéndose con su falda.

Para el loco todo había pasado indiferente; seguí reduciendo a pequeñas partículas el papel que estrujaba entre sus manos. Me senté algunos momentos, me sentí inspirada y hablé a los niños sobre el respeto que debía a su padre, y el amor que su madre les reclamaba. A mi voz todos prestaron atención; el imbécil asomó su cabeza por entre la falda de su madre, y el pobre loco suspendió su trabajo destructivo y me escuchó; el padre de aquellos inocentes me dijo al terminar mi peroración:

-Señora; me dejaré quemar por defenderos; mi casa era un infierno y gracias a vos, será desde ahora ¡un paraíso!

CAPÍTULO LVII

Después de aquel acto realizado en casa del arquitecto, cuando ya estuve sola en mi estancia, sentí satisfacción y tristeza a la vez, que no por hacer buenas obras está el espíritu en la plenitud de sus goces; para gozar se necesitan ¡tantas y tantas combinaciones!; para que un pensamiento amargo no destruya la miel de las satisfacciones, es preciso, es indispensable, que la obra realizada sea completa, y es tan difícil llevar a cabo una obra perfecta.

A mi me preocupaban muchas cosas; en primer lugar, no haber podido curar a los dos niños; en segundo término recordaba con inmensa amargura a la madre de aquellos desventurados, que a pesar de ser una mujer ilustrada, creía ciegamente que por la mala influencia de una mujer ofendida, toda una familia había gemido en el dolor; y no era esto lo peor, sino que su esposo, que era una notabilidad en su doble carrera, también creía lo mismo, era supersticioso en grado máximo, parecía imposible que tanta luz y tanta sombra pudieran hermanarse sin rechazarse la una a la otra, ¡qué unión tan monstruosa!, ¡Dios mío!, yo que era tan amante de lo bello, no podía tolerar aquel maridaje de la sublimidad del arte y de la más supina estupidez; allí donde había tanta sombra, yo quería inundaciones de luz, por eso deseaba tanto la curación de todos los hijos del arquitecto, de aquel padre desventurado, aplastado y humillado por la inmensidad de su dolor, por eso a mi satisfacción se unía estrechamente mi tristeza, por eso no sabía, no podía dar gracias a Dios de lo realizado; mi alma no era hipócrita, cuando quería más, no se contentaba con la parte concedida, quería el todo, porque conceptuaba que sin el todo, la parte perdía una gran parte de su valor; por eso pedí a Dios con verdadera insistencia diciendo: "-¡Dios mío!, ya sé que tus leyes son inmutables, pero... ¡Dios mío!, dame un rayo de esperanza para iluminar un cerebro enfermo, para dar aliento a un hombre digno y bueno, ¡es tan desgraciado!, mira si será desgraciado, que, amándote tanto como te ama, desconoce tu grandeza, y se pierde en el laberinto del

absurdo y del error más lamentable."

¡Cuánto rogué!, ¡cuánto!, no me cansaba de pedir; orando me venció el cansancio ¡físico y moral, y me quedé dormida profundamente; durante mi sueño, vi a un hombre joven y hermoso; todo su ser irradiaba una dulce claridad; yo le pregunté:

-¿Quién eres?

-Soy el *ayer,* el archivo de todas las grandezas y debilidades humanas. Yo me quedé algo contrariada, no estaba mi ánimo para simbolismos, y él me dijo:

--No te impacientes, mujer, no te impacientes, filosofemos y hablemos de las diversas existencias de los seres.

-¿Diversas existencias?

-Si, mujer, ¿no lo recuerdas?

-Bien, hablad.

-No hablemos; has invocado a Dios para terminar una buena obra, quieres curar a dos niños lamentando haberte detenido al final de tu camino sin poder continuar el trabajo comenzado; de cinco desgraciados has curado a tres, y los dos restantes que parecen incurables te apenan y te angustian; quisieras dar al padre de esos niños la dicha completa, ahora bien; en las diversas existencias que tiene el ser, unas veces peca el hombre con perfecto conocimiento del pecado y otras peca por ignorancia, y se hace el mal unas veces sin saber que se hace, y otras por malicia, por temeridad. Dios en su eterna justicia, no nos hace responsables de las culpas hijas de la ignorancia, pero en cambio, cuando por temeridad, por sistema, y por egoísmo, hacemos el mal, y gozamos haciéndolo, entonces pagamos punto por punto todo el daño causado, que la responsabilidad adquirida es igual a la inteligencia en el mal empleada.

¡Qué bien hablaba aquel hombre! yo me acercaba a él como el imán al acero, y él me decía:

-Tú no le das gracias a Dios de los dones que hoy tienes, creyendo que es tuyo cuando posees; y en verdad, que ya tienes tu patrimonio...mas... ¡cuánto te ha costado adquirirlo!, ¡cuántas humillaciones!, ¡cuántas torturas!, pero nunca te has rebelado; caíste, y al levantarte has querido ser grande, y comienzas a serlo, has luchado y has vencido.

-Es verdad, creo que ya comienzo a engrandecerme, pero lo confieso, no estoy contenta, no, mientras más avanzo más quisiera avanzar; de cinco enfermos curé a tres, y yo quiero curar a los cinco, completando de ese modo una buena obra. Yo he visto la tierra abrirse a mis pies, y de sus más hondos abismos brotaba el fuego de la vida, aquel fuego me envolvió, y si en fuego de amor me abraso, ¿por qué no puedo hacer todo el bien que yo quiero?

-¿Por qué?, ya lo sabrás mira. Miré, y vi a los dos niños enfermos, sus cuerpos reposaban, y vi que sus espíritus, (el uno me miraba con él mayor desprecio, y el otro me insultaba cruelmente. ¿Ves?-me dijo el *Ayer-,* no te quieren; por no querer ni tus beneficios, ¿cómo quieres curarlos? Yo entonces les dije a los dos espíritus:

-¿Os he hecho daño?, no me odiéis que quiero seros útil. Ellos nada me dijeron, y el *Ayer* replicó:

-¿Ves cómo no te quieren?

-Pues yo los quiero, quiero borrar odios.

El *Ayer* ordenó a los espíritus que se acercaran a mí, se acercaron y entonces los conocí; su odio era justificado, ¡yo les había hecho tanto daño!, ellos también a mí, el uno dijo, mirándome con el mayor desprecio:

-De ti, ni la salud quiero para mi despreciable envoltura; primero la romperé.

-Ni yo tampoco-dijo el otro.

-¿Tú quieres aún curarlos?-me dijo el *Ayer.*

-Yo, si, quiero curarlos, porque quiero borrar odios.

-Entonces... creedme, desdichados aceptad el beneficio de esa mujer, que si hoy lo rechazáis, mañana iréis en pos de ella, y querréis la luz que hoy rechazáis. Mujer, Dios te ha escuchado, porque Dios escucha todo lo que es justo, y tu ruego lo es; quieres borrar odios, y en tan hermosa obra no te faltará quien te ayude. Después de esta noche no vayas muy aprisa, que llegará un día de luz y de flores, y entonces irás a la casa de esos desventurados, y dirás: quiero que la salud y la alegría reinen aquí; y tu nobilísimo deseo se cumplirá. La figura del *A ver,* se hermoseó más y más, su semblante se dulcificó de sus manos se desprendieron ráfagas de luz, y entre nubes luminosas desapareció.

Al día siguiente me desperté tranquila; vagos recuerdos me acariciaban; recordé mis plegarias a Dios pidiéndole la curación de los niños, y cuando iban aumentando mis recuerdos, me anunciaron una visita: era un pobre religioso de figura vulgarísima pero de semblante risueño y trato sencillo, muy jovial y hasta chistoso; iba con la pretensión de hacer mi retrato pues se dedicaba al divino arte de la pintura, y lo enviaba una alta dignidad eclesiástica: para evitar dimes y diretes accedí a su deseo quedando convenido cuándo había de volver a empezar su trabajo; mi hermano se alegró y no se alegró en vano, porque el buen religioso haciendo mi retrato nos hizo reír a todos: tantos eran los aspavientos que hacía diciendo que mis ojos era imposible retratarlos bien, porque llevaba en ellos lo que no se podía copiar.

Vino un día mi hermana mayor a decirme, que la fiesta de mi coronación se acercaba, que su hija estaba impaciente y no quería esperar más.

-Está bien-la dije-, pero no olvides que no necesito coronas que me adoren, y en lugar mío quiero que se corone a una imagen del Niño Jesús que nuestro buen hermano me regaló hace tiempo.

Mi hermana accedió muy contenta, porque era muy devota al Niño Jesús, y a los POCOS días vino mi sobrina, y ésta, lo confieso, que me conmovió cuando me dijo:

-Tía mía, no quieres que yo te corone, y yo lo quiero, si no quieres que sea en público, yo vendré aquí, tía mía; lo he soñado y quiero cumplir mi sueño.

-Bien, hija mía, bien; pero a nadie se lo digas, ni aún a tu madre.

-No temas, es una felicidad exclusivamente mía, y no la quiero compartir con nadie.

¡Pobre niña!, ¡cuánto me quería!, era un espíritu muy agradecido y guardaba memoria de un beneficio que yo le hice en una de sus anteriores existencias devolviéndole la salud, ¡cuánto me quería!, ¡cuánto!

Una mañana salí al campo, ¡qué hermosa mañana!, era un día de primavera, la naturaleza ostentaba sus mejores galas, y ante cuadro tan encantador me

conmoví diciendo:

-¡Qué bueno es Dios!, la primavera es la poesía del tiempo. ¡Ay!, ahora recuerdo mis amores, ¡pero mis amores no están aquí...!, ¡mi amor está tan lejos...!, ¡tan lejos...! Le veo joven, ¡hermosísimo!, le veo viejo, venerable, pero siempre hermoso. ¿Por qué me hice religiosa, Dios mío? ¿Me haría hoy religiosa? No: hoy no; ¡me gustan tanto los niños!, ¡me atraen tanto esas casitas humildes donde viven dos seres consagrados el uno al otro, contándose sus penas y sus alegrías!, yo no tengo a quién contárselas, porque los confesores son los esbirros del alma, los esclavizadores de la conciencia, los tentadores de la juventud, sus frases no consuelan, no: perturban, despiertan, y se cae en el fango.

¡Cuántos pajarillos revolotean en tomo mío!, parece que me cuentan sus historias y me dicen dónde tienen sus nidos, y yo ¡Dios mío...! ¿con quién formaré mi nido? Y lloré mucho, mucho, lloré mis muertos amores. ¡Ay!-exclamé-, la primavera viene cada ano, la primavera de mi vida sólo vendrá después de mi muerte, ¡he de morir para renacer...!

Vino mi hermano a buscarme y me encontró tan demudada que se asustó.

-¿Qué tienes?, ¿qué te ha sucedido?

-Nada, me engolfé en mis pensamientos y creo que me he dormido y he soñado con mi porvenir.

-¿Qué?, ¿soñabas en morir?

-No, morir no; porque con morir no se llena ningún hueco, no se hace más que continuar la pesada jornada de la vida.

-Déjate de filosofías, mujer, que filosofar y sufrir es una misma cosa.

Al verme sola en mi aposento, escribí rápidamente todas mis impresiones y escribí un pequeño poema, que más tarde lo quemaron, haciendo esta pregunta: "-¡Dios mío!, ¿cuándo llegará la primavera?"

Pocos días después se celebró la fiesta infantil, que fue hermosísima, la imagen del Niño Jesús estaba preciosísima, porque le pusieron una túnica de flores, y la peana que lo sostenía se convirtió en un almohadón de rosas y azucenas, de lirios y claveles; ¡qué imagen tan preciosa!, ¡era el símbolo de la vida!, pero de la vida risueña, productora, era la niñez llamando a la juventud.

Las niñas iban encantadoras, y a ellas se reunieron, niños, jóvenes, ancianos, militares, religiosos, todos quisieron presentar la poética ceremonia; llegamos a la cumbre de un monte, y allí mi sobrina coronó a la imagen, diciendo con la franqueza de la niñez:

-Corono al niño Jesús, y en mi pensamiento corono a otro ser. Durante la fiesta estuve contenta, muy contenta, ¿por qué?, no lo sé, pero es lo cierto que gocé muchísimo al verme rodeada de tantas niñas, a cuál más cariñosa y expresiva. Aquella noche, dormí muy bien, pero al amanecer me desperté sobresaltado porque oí voces a la puerta de mi aposento, oí la voz de Marta que decía muy alterada:

-Nadie entrará en el cuarto de la señora hasta que ella llame.

-Pues yo entraré-dijo mi sobrina.

Y con la impetuosidad de sus pocos años, y las *alas* de sus *mimos,* pues era la niña mimada de toda la familia, empujó la puerta, y de un salto se subió a mi lecho, diciéndome muy contenta:

-Ya estoy aquí. ¿No me esperabas, eh?, pues yo he querido sorprenderte;

apenas he dormido esta noche, para levantarme muy temprano; vístete, vístete cuanto antes, no me hagas esperar, que hoy quiero coronarte.

-Bien, mujer, no te apures, todo lo haremos, me levantaré, me vestiré, tomaremos algún alimento, saldremos a pasear por el campo, y a la vuelta, nos encerraremos aquí y me coronarás.

-Qué buena idea has tenido, tía mía, de salir al campo, pues mira, en el campo te quiero coronar; no te asustes que nadie nos verá; ¿te acuerdas de aquella fuentecita escondida entre los pinos?, pues allí, allí te coronaré.

-No, mujer, no, que te verán ir con la corona.

-Descuida, yo me voy ahora, y yo mismo la esconderé entre los pinos y volveré por ti.

Así lo hizo la niña, que estaba radiante de felicidad; cuando volvió a entrar en mi estancia, salimos al campo, y mi sobrina estaba transfigurada, corría, saltaba, se arrojaba en mis brazos cansada y jadeante y me decía:

-¡Ay, tía mía!, ¡qué bien me encuentro a tu lado!, parece que tengo nueva vida.

Llegamos a la fuentecita escondida en un bosquecillo de pinos, y allí me hizo sentar, me rodeó de flores, cantó una dulcísima plegaria y me dijo:

-¡Qué hermosa estás!, no podíamos haber escogido mejor templo para tu coronación; el cielo azul te sirve de manto, las flores de alfombra, los pinos son los grandes sacerdotes que asisten a este solemne acto.

Llegó la hora, y con toda gravedad la niña colocó sobre mi cabeza una corona simbólica de flores, hojas verdes y muy relucientes y espinas, pero éstas, colocadas con tal arte por el jardinero, que se quedaban escondidas entre las hojas y las flores.

Me llamó vivamente la atención la combinación de la corona, y le pregunté quién la había hecho.

-Es idea mía-dijo la niña-, y el jardinero de casa la ha hecho bajo mi dirección.

-¿Y por qué has puesto espinas?

-Porque las religiosas, si son buenas, son mártires, las flores vienen después de la muerte, son la gloria de los buenos, y las hojas verdes son el símbolo de los años de la vida, donde cada cual escribe los capítulos de su historia, esta corona guárdala siempre, es decir, quiero que la coloques en la mesa donde escribes; tú me has dado la vida y yo te doy ese recuerdo simbólico y todo el amor de mi alma; porque créeme, tía mía, créeme que no miento te quiero, sobre todas las cosas, y sobre todos los seres de la tierra.

CAPÍTULO LVIII

Cuando se marchó mi sobrina me quedé muy pensativa, y al llegar la noche se aumentaron mis confusiones; estaba tan poco acostumbrada a días de paz y de amor, que no cesaba de preguntarme a mí misma: "¿A qué obedecerá el empeño de mi sobrina en coronarme?, nadie lo ha visto, es verdad, no ha sido una satisfacción pública, pero la gloria ha sido para mi; no he perdido ninguno de sus detalles, he saboreado todas sus delicias; en la tierra, cuando llegan las glorias se muere pronto, ¿me quedará poco tiempo de oír palabras cariñosas?, y mi sobrina,

¡es tan buena para mi!, ¡cuánto me quiere!, ¡cuanto!, no se cansa de mirarme; así deben mirar los niños buenos a su madre, ¡qué hermosos son los ojos de los niños!, ¡cuánto hablan sus miradas!, parece que todo el amor, y toda la elocuencia y toda la sabiduría, se asoman a los ojos de los niños, ¡qué hermosos son los niños!" Y pensando en mi sobrina, viendo su carita iluminada por la más dulce sonrisa, me quedé dormida, es decir; durmió mi cuerpo rendido por el peso de tantas emociones, en tanto que mi espíritu se lanzó a buscar el *por qué* de mi coronación, y me encontré en medio de un espacio luminoso, donde quiera que miraba no veía más que los rayos de un sol hermosísimo, mucho más ardiente que el sol que da vida a la tierra, contemplé aquella celeste maravilla, admiré aquel océano de luz, pero... me cansé de verme sola, y exclamé:

-¡Dios mío!, ¡qué bella es la luz...! pero, ¡qué triste es la soledad!, ¡no veo a nadie!, ¡a nadie...! Y entonces oí una voz que me dijo:

-Lo que estás mirando es el espejo de la gloria, la gloria es la luz, ¿te basta esa gloria?

-No; quiero ver a otros seres, la gloria para mi sola no la quiero.

-Tienes razón; la gloria para ser gloria, ha de ser compartida con seres amados, con ella, se han de iluminar las miradas de los que vean un cielo en nuestros ojos.

-Hablas muy bien, pero no te veo, y no me contento con oír, quiero verte.

-Hoy no puede ser, tranquilízate, cuida mucho de tu cuerpo, que muy decaído se encuentra, y reparte tu gloría con los que te rodean, y mientras más los ames y más te sacrifiques por ellos, más palpable verás cerca de ti el fantasma de la gloria, y al ser de todos amada, y en particular de tus deudos y de tus más íntimos amigos, será completa tu gloria.

Me desperté muy temprano, apenas clareaba, me encontré triste y abatida, recordé mi sueño y reflexioné mucho sobre lo que había oído; apareció el sol y bendije su aparición, porque para mi el sol era el símbolo de Dios, era el motor de la vida, la fecundación de cuanto existe; parece increíble que existan ateos en la tierra donde brilla el sol.

Para distraerme salí al campo, y allí las aves me dijeron: "¡Hay amor!, ¡hay selección!, si los humanos truncáis las leyes naturales, no tienen la culpa los elementos de la vida de que vosotros cerréis los oídos para no oír palabras de amor, y cerréis los ojos para no ver ese cuadro divino de la reproducción universal."

Esto me decían las aves; y yo contestaba a su intencionado canto orando fervorosamente, pero mis palabras no elevaban mi espíritu; al contrario, me entristecían, y a cada momento interrumpía mi forzada oración para mirar a dos pajaritos que dentro del nido daban de comer a sus diminutos pequeñuelos, la hembra en particular era un modelo de paciencia y de amor; aquel ser tan pequeñito, encerraba más ternura que todas las religiosas habidas y por haber. ¡Cuánto enseña el gran libro de la naturaleza!, dichosos aquellos que aprenden a leer en sus hojas palpitantes, que para ellos será el reino de los cielos.

Sentí cansancio, mucho cansancio, y pedí a Dios morir rodeada de mis deudos; la tierra no tenía el menor atractivo para mi. Marta vino a interrumpir mis reflexiones dándome aviso que el pintor me esperaba muy triste y compungido. Efectivamente, encontré al pobre religioso más muerto que vivo, y en él era más

notable su decaimiento, puesto que parecía una pandereta llena de sonajas, tanto ruido hacía con sus chanzas y sus risotadas.

Me causó mucha lástima, y le pregunté la causa de sus penas y el infeliz casi llorando me dijo:

-Es que me desprecian como artista, muy en particular el Prior de mi convento, dice que mis pinturas de cerca son detestables, y yo trabajo lo que puedo y lo que sé; tuve un maestro italiano que se murió a lo mejor, y me quedé tal como soy, un aficionado de buena voluntad, y el Prior me dice que sacaré un retrato de vos, que habrá que colgarlo al revés.

-¿Y puedo yo hacer algo en beneficio vuestro?

-Sí, señora, dejarme venir diariamente, porque me exigen que acabe pronto, acusándome de holgazán, y Dios sabe, señora, que no lo soy; es que vuestros ojos tienen un misterio, y yo no sé pintar lo que no se ve.

-Yo hablaré con vuestro superior.

-Pero habladle de cierta manera, porque si sospecha que me he franqueado con vos, creo que tardaré mucho tiempo en ver la luz del sol.

-¡Qué lástima me inspiró aquel infeliz!, era un alma sencilla y buena, amaba lo bello, ¡qué desgracia la suya!, ¡hubiera sido un buen padre de familia!, ¡Dios mío!, ¿es posible que la religión martirice a sus servidores?, ¿es preciso que los religiosos sean mártires de la tiranía religiosa, que es la peor de todas las tiranías?

Sin perder momento fui al convento de aquel desventurado, pregunté por el Prior y no se hizo aguardar, apareció un hombre alto y arrogante con luenga barba muy puntiaguda envuelto en un hábito ceniciento, llevaba los brazos cruzados dentro de sus anchas mangas, me miró con desagrado y me preguntó con sequedad:

-¿Qué se os ofrece?

-Tengo el tiempo muy tasado y vengo a pediros un favor; el pintor que está haciendo mi retrato, muestra vivos deseos de concluirlo y quiere venir diariamente a trabajar.

-¿Y quién le tasa el tiempo a ese mentecato?, si ese hombre es impaciente, no es culpa mía.

-Así lo creo, y porque lo creo así, vengo a pediros que le digáis que acceda a mi ruego de no ir tan aprisa. El Prior y yo nos miramos y nos entendimos, él me dijo con sus ojos *no me engañas,* y yo debí decirle *no cumples con tu deber. A* nuestro mudo lenguaje puso él término, diciéndome con dureza:

-Os advierto, que aquí no entran religiosas.

-Lo siento, porque vuestro carácter y el mío creo que simpatizarían.

-Estáis en un error, yo creo que las religiosas sois la peste de la religión, y aunque vos tenéis vara alta en todas partes, en mi convento nunca la tendréis.

Llamando un lego me indicó la puerta de salida lanzándome una mirada franca, en la que irradiaba el fuego del odio y creo que el de la envidia. Yo lo miré con lástima; más parecía un perdona vidas que un ministro de Dios. Confieso que me arrepentí de haber ido al convento y temblé por el pobre pintor, que no volvió a continuar su obra, ¿le habrían castigado? Pasaron algunos días y sentí verdadera inquietud por aquel desventurado, y cuando más abismada estaba en mis temores, me avisaron que el arquitecto me suplicaba que fuera a ver las obras. Acudí al

momento, y encontré a mi amigo muy pensativo, muy demudado; al verme me dijo con tristeza:

-Las obras pararán dentro de dos días, porque el pagador dice que no tiene fondos, lo que indica que hay que suspenderlas.

-Todo menos eso; las obras no se suspenden.

-Sería una verdadera lástima dejar a la intemperie los trabajos hechos.

-Pero, ¿quién piensa en tal cosa?

-Es que sin dinero nada se puede hacer.

-El dinero sobrará, y ¿vuestra familia?

-Bien, la mayoría; en cambio los dos niños enfermos están cada día peor, se ponen inaguantables.

-Pues creed que los trabajos de aquí continuarán, y volveré a visitaros, y al volver a vuestra casa, los dos niños se curarán. El pobre padre se entusiasmó con mis palabras y pareció volver de muerte a vida; en cambio yo cuando me vi sola en mi estancia temblé como una azogada, ¡ahí es nada lo que había prometido!, continuar las obras y curar a los dos niños... se necesitaba estar loca o tener una ciega confianza en mis protectores invisibles. Por lo tanto, hablé a mi hermano pidiéndole un anticipo para continuar las obras del convento, pero mi hermano que sabía contar, y era muy amigo de su dinero, me dijo:

-No corramos tanto, mujer, no corramos tanto; iré yo a la corte a ver qué hay sobre el particular, que en estas cosas de anticipar fondos, hay que ir con pies de plomo.

-Según y conforme, lo que es ahora hay que volar, porque es preciso que las obras continúen sin un día de interrupción.

Al día siguiente vino un delegado de mi protector con una carta cariñosísima y valores en abundancia para atender con largueza a todo lo necesario, pidiéndome mil perdones por el retardo ocurrido, hijo de un descuido sin importancia. Con la carta me fui enseguida a ver al arquitecto; ya cerca de su casa me detuve asustada, estremeciéndome al recordar la promesa que le había hecho de curarle a sus hijos, tuve miedo y quise retroceder, y entonces oí una voz que me dijo: "-¡Cobarde!, ¿para hacer el bien tiemblas?, ¡tiembla para herir, no para sanar!" Entonces, como si me moviera un resorte de fuego, llamé con tal fuerza a la puerta, que al arquitecto salió espantado, le entregué el pliego dominando a duras penas mi emoción y le dije:

-¡Leed!, ¡leed!, las buenas nuevas deben saberse cuando antes mejor.

-Es cierto, señora, razón teníais en esperar, valéis más de lo que yo creía.

Al oír mi voz acudieron los niños curados y su madre, todos me abrazaron, y me hicieron sentar para rodearme mejor; después acudió el niño loco, llevaba una pala en la mano, y venía dando golpes terribles a la pared, a las puertas y a los muebles. Al verme, se paró delante de mí, y riéndose burlonamente, me dijo:

-¡Cá!, ¡cá...! ¡no lo curarás! ¡no! ¡no!

Tuve miedo y oí la voz de siempre que me decía: "¿Por qué retrocedes si él se acerca?, ¡avanza! y cumple con tu deber." Yo miré al niño, y al mirarle la cabeza, dijo el loco con furia:

-No me mires que no quiero.

Y cayó violentamente al suelo. Su padre se precipitó hacia él y levantándolo

en sus brazos, dijo en el paroxismo de la desesperación:

-¡Dios mío!, ¡está muerto!

-¿Cómo lo sabéis?

-Porque lo sé. El niño abrió los ojos y yo le dije:

-¡Habla, hijo mío!, ¿no puedes?, despierta de tu locura, ¡despierta!

Los niños y su padre maquinalmente se postraron en tierra y oraron fervorosamente, yo recobré aliento con tan buena ayuda y comencé a darle pases magnéticos, y el niño lentamente, siempre en brazos de su padre, comenzó a estirar sus miembros y a entreabrir la boca con repetidos bostezos; el arquitecto creyó enloquecer y me decía:

-Creo que vos estáis loca y estáis tentando a Dios moviendo a un muerto.

-No deliréis, vuestro hijo está vivo, y en prueba que lo está, dejadle que se levante y se pasee, yo lo quiero, y mi voluntad es la ley.

El pobre hombre, dominado por mi acento de autoridad, aflojó los brazos y el niño se levantó y yo le dije en voz baja: *¡Conciliación! ¡Conciliación!* El niño me miró, cerró los ojos y dijo:

-Has conseguido lo que deseabas, la paz no existe, ¡pero has hecho tanto...!, ¡tanto!, que le acepto la razón que me das. ¡Dios nos reconcilia...!

-¿Ya no me tienes odio?

-No debo tenerlo; me has dado una salud que yo no deseaba, pero haré uso de ella para bien de todos-y abriendo los ojos se arrojó en los brazos de su padre diciéndole-: ¡Papá...! ¡te quiero mucho!

La madre creyó volverse loca de alegría, miraba a su hijo, lo estrujaba en sus brazos, y de pronto se fue corriendo y volvió diciendo:

-Pero aún queda uno, ¡el pobrecito simple!, ¡hijo de mi alma! Entró el niño rodando por el suelo como de costumbre, al verme me dijo:

-No quiero nada contigo, yo he de ser pelota toda la vida, quiero rodar siempre.

Todos me miraron, y como anteriormente, dominados por el más noble de los deseos, todos en actitud suplicante, yo me levanté y le dije al niño:

-¿Quieres que juegue contigo a ser pelota?

-Si es sólo para jugar, sí; hemos jugado mucho y siempre me hacías perder.

-Bueno, mírame bien, y dame la diestra y dime que dedo quieres que salga ganando.

-Este-y me señaló el Índice-, pero, ¡ah! tú me engañas, tú me oprimes el dedo y haces correr fuego por mis venas, ya te conozco, ¡déjame!, ¡no quiero!, quiero ser simple, quiero ser pelota.

-Pero yo quiero darte nueva vida.

-¡Vete!, ¡vete!, ¡vete muy lejos...! no quiero verte. Como si me empujaran salí del aposento, y entonces me dijo el niño:

-No te vayas tan lejos, mírame como tú sabes mirar. Miré al niño, éste tambaleó miró a todos lados, el llanto afluyó a sus ojos y se arrojó en los brazos de su madre llorando amargamente, y yo salí como si me persiguieran un centenar de locos; oía voces confusas, después oí maldiciones horribles, amenazas de muerte violenta, profecías espantosas de morir en la hoguera a fuego lento, años de tortura, emparedada, lecho de espinas, ¡qué sé yo...! todos los horrores que se han

inventado para atormentar a los débiles, todos me los fueron enumerando llegué a mi casa que no sabía lo que me pasaba, me encerré en mi cuarto y entonces oí la voz de siempre, pero más potente que me decía:

-¡Cobarde!, ¿por qué no has alejado de ti, a los que nada pueden hacer contra ti? ¿No sabes que cuando se quiere hacer un bien, se arranca un cielo y se coloca en otro lugar?

Unidos a estas palabras de consuelo, sentí ruidos infernales, ayes lastimeros, crujir de cadenas, creí volverme loca; abrí la ventaja de mi aposento y mirando al cielo dije con un arranque de indomable energía:

-¡Basta!, ¡basta de atropellos! ¿Acaso he hecho algún daño?, mi voluntad es más firme que vuestra bajeza y vuestra ruindad; ¡quiero ser amada!, ¡basta de odios!, ¡quiero ganar la gloria de los buenos!, quiero verme reproducida en mis hijos, no quiero que la sombra de un enemigo me persiga, y los buscaré por todas partes diciendo: *¡Conciliación! ¡Conciliación...!* Oí de nuevo la voz que me decía con la mayor ternura: "-Tranquilízate, tranquilízate, hay crisis inevitables, y la que has sufrido últimamente es una de ellas; entrégate al descanso que merecido lo tienes; has hecho una buena obra, tu gloria nadie te la arrebatará, duerme tranquila, repose tu cuerpo, que tu espíritu también reposará entre ondas de luz, y bajo una techumbre de arco iris; esta noche me verás."

CAPÍTULO LIX

Durmió mi cuerpo, y así, como si un ambiente dulce, suave, armonioso, atrajera a mi espíritu, con esa atracción inexplicable que domina en absoluto, me fui deslizando suavemente, hasta encontrarme en un sitio fértil, anchuroso, pero no era un paraje de la tierra, era un oasis encantador, no encuentro frases para describir su belleza: la frondosidad de su suelo, la transparencia de sus aguas que entre flores de gran tamaño levantaban una lluvia de diamantes. Montes floridos, con sedas bordeadas de unas florecitas de múltiples colores convidaban a subir hasta sus cumbres, y yo entusiasmadísima exclamé: "-¡Qué hermoso es todo esto! ¡Dios mío...! esas cuestas tan suaves parecen que dicen: ¡Sube!, ¡sube!" Y yo subía sin cansancio, sin sentir la menor fatiga, y me encontré a tanta altura, que me detuve y me vi sobre una cordillera de montes que no sé cómo describirlos, cada uno de ellos estaba cubierto de flores, pero unas flores distintas de las que yo había visto en la tierra, ¡qué colores!, ¡qué perfumes!, ¡que abundancia tan prodigiosa!, y las aguas formando juegos maravillosos, describían arcos, círculos, plumajes, qué sé yo. Yo no me cansaba de mirar aquel nuevo mundo donde todo era bello y seductor, porque no sólo la vegetación hermoseaba aquellos parajes, el arte en sus múltiples manifestaciones también estaba allí dignamente representado; edificios soberbios con torres gigantescas que parecían formadas de blancos y finísimos encajes, tan maravillosa era la labor de sus piedras, es decir, yo no sé de qué materiales estaban construidas, uso las frases del lenguaje humano para hacer comprensible mi relato; entre aquellas moles artísticas descollaba una más alta, más esbelta, sus muros eran transparentes y sobre sus cúpulas se cruzaban arcos luminosos, ¿qué templo será éste?, me pregunté, ¿será el templo de Dios?, y llegué al pie del templo, que estaba rodeado de magníficas graderías, ¿de qué eran aquellos blanquísimos escalones?, no lo sé, pero los pies se posaban sobre una materia blanda, que

exhalaba un perfume embriagador, llegaron entonces hasta mis oídos, ecos dulcísimos, melodías que cultivaban y despertaban los más dulces sentimientos. ¿Serán los fieles que entonan sus alabanzas a Dios?, quiero verlos, y entré en aquel suntuoso, en aquel maravilloso edificio, donde creí encontrar una multitud inmensa, y no encontré a nadie; dentro ya del templo; éste me pareció que se agrandaba, ¡qué inmenso era!, ¿tenía techo?, sí, pero el techo era luz, luz espléndida de múltiples colores, luz que nunca había yo visto otra igual, pero en medio de tantas maravillas no había nadie más que yo; la soledad me perseguía por todas partes, y ya comenzaba a entristecerme cuando sin hacer el menor ruido, vi que por diversas direcciones entraban multitudes de hermosas figuras, hombres arrogantes, envueltos en blancas túnicas los unos, y los otros con mantos de bellos colores; por un lugar más radiante de luz apareció la figura de un hombre hermosísimo, ¡era El!, ¡el amor de mis amores!, ¡el alma de mi alma!, ¡la vida de mi alma!, levantó su diestra y todos se sentaron, ¿cómo? ¿de qué manera?, ¿sobre qué artefacto?, no lo sé, pero los vi a todos sentados y yo me quise sentar también, pero no pude doblegar mi cuerpo, que en aquellos momentos también quedó convertido en blanca estatua, tal era mi inmovilidad; todos me miraron con extrañeza y asombro y me pareció oír un murmullo de descontento, pero El dijo:

-No miréis al que está de pie, miradme a mí. Yo dije entonces:

-¡Piedad, Señor!, no quiero estar de pie-pero El se sonrió dulcemente y me dijo:

-Estáte de pie-y mirando luego a todos prosiguió diciendo-: Después de luengos siglos viene hasta mí, mi espíritu predilecto; y es mi predilecto, porque entre los dos hay una historia. Me hizo la traición más horrible, y después ha sentido por mí el amor más inmenso que se ha conocido en la tierra, por mí sufrirá y ha sufrido todos los dolores terrenos; ese espíritu ha causado a muchos de vosotros grandes daños, pero hoy sólo quiere amor y progreso; hoy nos reunimos para que reciba una lección que de mucho provecho le servirá. Y al decir esto el elegido de mi alma, se abrió el templo, sus muros transparentes desaparecieron como por encanto, sus torres se convirtieron en bandadas de aves de hermosísimo plumaje, nada quedó de tanta maravilla artística, sólo un espacio inmenso, lleno de luz, donde millones de hombres trabajaban en diversas artes y oficios, y estudios y experimentos científicos, entonces El se acercó a mí y vi sus ojos que parecían dos soles de los más radiantes; cada vez que le veía encontraba más luz en ellos, ¡qué ojos tan hermosos, Dios mío!, el cielo está en ellos.

-Despierta-me dijo-, mírame bien, sacíate de mirarme, y mira al mismo tiempo a las generaciones que luchan por la ciencia y la sabiduría; ven conmigo, ven, y mira atentamente, ¿te cautiva este taller del infinito?

-¡Ah!, sí, mucho me cautiva, yo quiero trabajar aquí.

-Aun no es tiempo-y entonces me hizo observar la relación que existía entre los habitantes de la tierra y los moradores del espacio-. ¿Ves la relación que existe entre los trabajos de los unos y de los otros?, pues esto le probará que nadie trabaja solo, que hay perfecta unidad de miras entre las agrupaciones de espíritus que todos van a un mismo fin, al perfeccionamiento de sus obras. ¿Ves este grupo?

-Si.

-Pues ese grupo trabaja en la constitución de las religiones.

-No me gusta su ocupación porque crean sombra sobre sombra.

-Pues ese es tu trabajo de ahora, aunque menos sombrío; pero ven, aquí hay más luz, este grupo trabaja en la reforma de una religión, comienzan la elaboración de la verdadera religión.

Pero con todo, yo siguiendo las instrucciones de El, miré al fondo de aquellos cálculos teológicos y encontré allá en la última suma la cifra del egoísmo, allí también existía la mentira religiosa. Después me llevó ante otro grupo donde sólo había verdaderos sabios, aquel grupo era muy reducido. El los miró muy complacido y me dijo:

-Cada espíritu de éstos, podría levantar un mundo sin el menor esfuerzo-y se acercó a uno y le dijo-: Mueve un poco la masa fluídica que nos envuelve.

Entonces vi lo inexplicable y oí músicas lejanas, suspiros comprimidos, risas infantiles, juramentos de amor, la vida de un mundo pasó ante mi, ¡cuánto puede la ciencia, Dios mío...! Después me dijo El:

-¿Te acuerdas?, cuando yo era un ser pequeño te quise elevar hasta mí, seducido por tu espléndida hermosura; te hice entrar en uno de los talleres de la ciencia, y allí me vendiste, y allí abriste un abismo entre los dos, y ese abismo tienes que atravesarlo de parte a parte; ahora fíjate bien, y mira lo que hace aquel sabio, con sólo su pensamiento se mueve un mundo en formación. Miré y vi entonces fenómenos asombrosos.

-Esto te encanta, ¿verdad?

-Sí; esto es más bello que edificar templos religiosos; yo no quiero edificar más casas de piedra.

-Pues ahora te toca edificar así, mañana edificarás con sentimiento y con amor.

-Yo quiero ser sabio, porque los sabios son dioses; ¡mueven los mundos!

-Los sabios, no son dioses: son obreros en los talleres de Dios. Dios crea los mundos, deja acumulados en ellos todos los elementos de la vida, y el trabajo de los sabios es conocer las propiedades de todos ellos y aplicarlas y combinarlas para el sostenimiento de la vida y el embellecimiento de cuanto los rodea. No lo olvides, no hay dioses, no hay más que un solo Dios, El solo crea. Ahora ven, descenderemos a la tierra, y quiero que recuerdes cuanto has visto. Yo soy el único ser que atrae al polo del sentimiento, ve, edifica templos para dar pan a los pequeñitos, y al poner piedra, sobre piedra, pon también sentimiento sobre sentimiento; y no lo dudes, tiempos vendrán que la ciencia iluminará la tierra, y recuerda que después vendrás conmigo.

-¿Y cuando muera, me uniré a ti. Señor?

-No; tendrás que pasar por otros talleres, y entonces volverás a la tierra.

-¡A la tierra!, ¿a la tierra volveré, Señor?, ¿y qué haré?

-¿Qué harás?, serás un ángel de luz y de amor, y entonces, entonces no se matará en mi nombre, ni en mi nombre se atormentará.

-¿Y te veré, Señor?

-¿Qué si me verás?, si ahora me ves, calcula lo que será después. Entonces yo te abriré los montes, te allanaré los caminos, te calmaré los mares, y te daré generaciones que te respeten y te amen.

-¿Seré rey?

-No; serás el último servidor- y, entonces se fue alejando diciéndome-: No te entristezcas, no quiero tristezas ni adoraciones; quiero energías para el trabajo.

Me desperté completamente feliz; me parecía que era dueña del universo, ¡motivos tenía para ser dichosa!, había visto la realidad de la vida, las religiones con sus egoísmos y las ciencias con su poderío, y flotando sobre aquel conjunto de pasiones diversas, ¡la hermosísima figura de mi Dios!, ¡de mi amor!, ¡de mi vida!, porque El lo era todo para mí.

Pasé algunas horas en verdadero éxtasis; después descendí a la tierra y pensé piadosamente en mi pobre pintor, ¿qué sería de él?, supliqué a mi hermano que fuera en su busca, fue y volvió diciéndome que estaba enfermo, ¡pobre víctima de la tiranía religiosa!

Seguí visitando las obras del convento, que marchaban admirablemente, porque el arquitecto estaba tan contento viendo a sus hijos curados, que parecía que le habían quitado treinta años de encima; coma, se multiplicaba para estar en todas partes, y los trabajadores contentísimos con él, porque era muy bueno, hacían prodigios de actividad, para darle gusto y para obtener una justa recompensa, que ni él ni yo negábamos a los buenos obreros; parecíamos todos una gran familia; cuando yo llegaba todos descansaban, y me decían: "Ya recuperaremos lo perdido, ahora queremos oíros." Y todos me rodeaban llamándome madre, ¡Madre!, ¡qué hermoso nombre!

Cuando menos lo esperaba vino a verme un religioso de figura agradable y humilde, de rostro simpático y maneras distinguidas, pero unida a su natural distinción estaba la mayor sencillez, me saludó y me dijo:

-Soy un pobre religioso, un soldado raso de las filas eclesiásticas, quiero hablar con vos, sé que os combaten los unos y os aplauden los otros, y quiero ver cuál de los dos bandos tiene razón para yo entonces formar mi juicio.

Su modo de hablar me sorprendió, porque hablaba al parecer con sinceridad, y bajo tal supuesto, le dije:

-Tengo hambre de encontrar un religioso noble y digno.

-Creo, señora, que nos entenderemos los dos, y falta hace que nos entendamos porque se acercan tiempos calamitosos, que bien podremos llamar tiempos de horror.

Mucho hablamos sobre religiones y sobre la fundación de órdenes religiosas; tenía mi visitante buenos propósitos, muy buenos, y creyendo que yo tenía mucho valimiento, quería que yo fuese el alma de todo; diciéndome en resumen:

-Yo, a pesar de mi humilde posición, soy muy querido y muy respetado, me creen un sabio, y he llegado a formar buenos juicios teológicos, y como me respetan, respetarán nuestras relaciones religiosas. Os juro que no quiero perjudicaros, quiero, sí, saber si tenéis relaciones directas con Jesús, y si así no fuera haceros ver que estáis en un error perjudicial, sobre todo para vos.

-Bueno; si sois digno y leal como me parecéis, yo os diré mis sueños, mis videncias y mis éxtasis.

Muy conmovido y muy impresionado se separó de mí el religioso, y yo me quedé contentísima. ¿Si habría encontrado mi alma gemela para trabajar juntos?, ¡en medio de todo me encontraba tan sola...!, ¡y es tan triste la soledad!

Vino por fin mi pobre pintor, al verle le dije:

-¡Pobrecito!, ¡cuánto habéis sufrido!, ¿verdad?

-No, sí, no; no hablemos de eso, señora, el viento cuenta todo lo que se dice.

-No temáis, ¡pobrecito!, os quiero más alegre, más comunicativo.

-No puedo, señora, no puedo, que luego... luego todo se sabe. Hice que tomara alimentos y el infeliz recobró nueva vida, diciéndome:

-No tengo otra pena sino que no puedo pintar vuestros ojos, no sé que hay en ellos.

Al fin terminó su obra, y el infeliz temblaba pensando que su trabajo sería muy criticado... ¡pobrecito!, era un alma buena, digna del mayor respeto y de la más profunda consideración.

Volvió mi nuevo amigo el sacerdote; más contento y satisfecho que el día que le conocí; le hice hablar mucho y habló con gran elocuencia, diciéndome al final de su peroración:

-Ahora hablemos de vos, no pretendo ser vuestro confesor, porque creo que el alma sólo con Dios debe confesarse, yo quiero que me habléis de Dios, del modo que le comprendéis y le definís, quiero que me expliquéis lo que sentís cuando hacéis vuestras curas maravillosas, quiero sobre todo que me habléis de Dios, diciéndome todo lo que sentís.

-Bueno; os contaré toda mi vida-y le hablé de mi infancia. Aquel día al despedirse me dijo mi amigo:

-¡Cuánto os han calumniado!, ¡cuánto!, mas yo a su tiempo daré cuenta de la verdad, me habéis hecho ver una nueva faz de la vida, y me habéis convencido que el espíritu de la verdad se posesionará en la tierra y triunfará la verdadera religión, yo seré vuestro cronista.

-¿Escribiréis mi historia?, ¿y para qué?

-Para dar luz a los ciegos de entendimiento, que de ellos se componen las tres cuartas partes de la humanidad, la luz no debe esconderse debajo del celemín, luz es vuestra vida y yo la haré brillar por los siglos de los siglos.

CAPÍTULO LX

Quedé totalmente satisfecha de la visita del sacerdote, recobré inspiración y alientos, estaba contenta y agradecida a la Providencia, y como cuando el alma sonríe todo nos parece más bello, me dediqué con ardor a mis trabajos literarios, y escribí un opúsculo dedicado a mi nuevo amigo, preguntándole: "¿Eres ángel o sacerdote?, ¿serás mi perdición o mi alivio?, si vienes a ser mi consuelo, ¡yo te bendigo!, si vienes para mi daño, ¡yo te perdono!" En aquel escrito exhaló mi alma todo su amoroso sentimiento.

Seguí visitando las obras que tocaban a su término y me decía el arquitecto:

-¿Y luego qué haremos con estos centenares de obreros? los infelices están temblando que esto se acabe, pero son tan buenos y tan leales que trabajan a más y mejor para que se concluya pronto la obra comenzada.

-Pues ya les podéis decir que trabajo no les faltará.

Después de hacer tal afirmación, en mi interior sentía inquietud y malestar, porque yo prometía lo que no estaba segura de cumplir. Mi hermano estaba muy

contento de verme tan animada y yo le decía:

-Créeme, hermano mío, soy feliz porque Dios me quiere mucho, siento su benéfica influencia en torno mío.

Vino después mi pobre pintor muy decidido para hacer copias de mi retrato, suplicándome encarecidamente que al pintar mis ojos no me separará de él, pues siempre encontraba en ellos algo nuevo que arreglar.

Recobró en parte su buen humor, si bien me decía el pobrecito:

-Crea usted, señora, que hay momentos que creo estar entre demonios, ¡qué malos son aquellos religiosos...!

-¿Tenéis que estar en la comunidad por precisión?

-No, señora, no; no he profesado porque encuentran no sé qué inconvenientes para admitirme, y al mismo tiempo no me dejan en libertad para irme a otra parte.

-Entonces yo os salvaré a su tiempo, dejadme hacer.

-¡Ay, señora de mi alma!, ¡qué favor me haríais tan grande!, creo que entonces sabría pintar vuestros ojos.

Volvió mi nuevo amigo el sacerdote y lo encontré lívido, parecía un desenterrado.

-¿Sufrís?-le pregunté.

-Sí, estoy enfermo.

-Y creo que más del alma que del cuerpo.

-¿Quién os lo ha dicho?

-Nadie, pero lo veo, y es preciso que viváis porque tenéis mucho talento y los talentos tienen que dar luz; tenéis, pues, que luchar como yo he luchado, hacéis mucha falta en la tierra, a mí especialmente; ¿creéis que estoy contenta de haberos conocido?

El sacerdote me miró profundamente, quiso sonreírse, pero sólo debió sonreír su alma porque su rostro permaneció impasible, y me dijo, evitando contestarme:

-Estoy convencido que tenéis muchas fuerzas de que disponer, y observo que a vuestro lado se está muy bien ¿verdad que debo tener mejor semblante?

-Sí, sí, que estáis mejor, pero vuestro espíritu está enfermo.

-¿Pretendéis que me confiese con vos?, ya sabéis mi opinión sobre la confesión; sólo os diré que veo en nuestra religión, sombras, fuego, sangre, muerte, y esto me produce cansancio, desequilibrio, desmayo, escribo con desaliento, y creo que mis obras morirán sin dar fruto.

-¿Y nada os alegra?, ¿nada os dice que hay esperanza y amor?, ¿que hay vida, porque hay progreso? .

-¿Progreso?, no sé; yo sólo veo a nuestro Redentor sudando sangre y sufriendo por nuestra redención.

-¿Y no le veis más grande, más sublime, más inmenso en su gloria? Si yo no le viera así, renegaría de mi religión.

-¿Y cómo veis vos al Redentor?

-Tranquilizaos, que para oírme es necesario que estéis tranquilo. Yo no veo al Redentor como vos, yo sé que no es Dios, El me lo ha dicho, es un hijo de Dios-y miré fijamente al sacerdote.

-No me miréis así; me dais vida y sueño a la vez.

-¿Queréis dormiros?

-Sí, quisiera reposar, pero aquí... aquí no es posible.

Yo le miré y se durmió mi nuevo amigo no pudiendo resistir el invencible sueño que le dominó, parecía la imagen del dolor y de la sabiduría en completo reposo. Yo me quedé muy sorprendida al verle dormido, y más aún, cuando oí una vocecita que me decía:

-Pregúntale.

-¿Y si se despierta?

-No se despertará, tiene el sueño del espíritu y con ese sueño queda el cuerpo completamente insensible, pregúntale. Entonces me dirigí al durmiente y le dije:

-¿Cómo estáis?

-Gracias a Dios que me has preguntado.

-¿Cómo habláis dormido?

-Porque habla mi espíritu.

-¿Cómo?

-Hablando, ya te hablaré más después.

Yo no me podía explicar lo que estaba sucediendo, y, mirando al sacerdote, éste me dijo:

-Vendrán tiempos que los espíritus dirán que no hay más que un cielo, el cielo del amor de las almas. ¡Qué asombrada me quedé!, iba a despertarle, porque verle dormido me inquietaba, cuando oí la vocecita que me decía:

-No le despiertes, él se despertará.

-Pero, ¿qué es esto. Señor?, ¿qué embrujamiento, qué hechicería es ésta?

-Eso es el complemento de tu vida, aprovéchalo.

-¿Duermes?-le pregunté más animada.

-No, no duermo, veo lo que te rodea.

-¿Y qué me rodea?

-Una aureola de luz, producto de tus luchas y de tus desvelos. Siguió dormido y yo seguí inquieta, preguntándole con impaciencia:

-¿Qué miras?

-Déjame-al fin abrió los ojos, y me dijo, confuso y turbado-: ¡Qué sueño he tenido!, es muy extraño.

-¡Qué sueño, ni qué extrañeza!; habéis tenido lo que tengo yo.

-Decidme algo que alegre mi alma, leed alguno de vuestros trabajos, estoy triste, contrariado, enfermo. Le leí el opúsculo a él dedicado y dijo:

-Yo contestaré a ese escrito, pero después de haber leído mi contestación rompedla, que de las interioridades de mi alma nadie quiero que se entere, odio las profanaciones, leed, leed más-leí mi canto al sol y él me dijo-: Sois un arpa del cielo y un ángel le arranca sus sonidos melódicos; tenéis razón, el sol es el alma de este mundo; ¡qué hermoso es el sol! Me encuentro mucho mejor; a vuestro lado se vive, se siente y se espera. ¿Os gusta el campo?, a mí también, porque cada flor dice al hombre: "¡Dios es amor...!" Adiós y no temáis nunca al diablo, en vos no radica el diablo, porque sois ¡toda luz!

Me quedé muy contenta de cuanto me dijo el sacerdote, y eso que la

cuestión de su sueño me preocupaba; visité nuevamente las obras y el arquitecto me dijo:

-Pero podréis cumplir vuestro deseo, ya os podéis ocupar de amueblar las habitaciones y no olvidéis que los obreros todo lo esperan de vos.

-De mi no, de Dios es de quien deben esperarlo todo. Vino de nuevo el sacerdote y nos ocupamos con preferencia de nuevas fundaciones religiosas. ¡Qué bien!, yo había prometido trabajo a los obreros y mi promesa se cumpliría enseguida. Fuimos a ver el nuevo paraje para levantar otra casa para religiosos, y allí hablamos de todo lo concerniente a nuestros planes; mi hermano también fue de la partida, y le pedí al sacerdote las notas convenientes para el arquitecto. Pasamos por el campo, hablamos de mi protector, y al regresar de nuestro paseo dijo el sacerdote:

-Pobre visita hemos hecho.

-¿Pobre, decís, y nos hemos ocupado en darles pan a los pobres?, y el pan más sano, el del trabajo.

-Es que yo necesito algo más de vos. A mi hermano le chocaron sus palabras y me dijo cuando nos quedamos solos:

-¿Qué quiere ese sacerdote de ti?-y hablando de otra cosa-: ¿Qué harás tú mañana si yo muero?, yo quisiera que te establecieras con la nueva comunidad.

-¿Quieres que me encierre?-y lloré amargamente.

-No me entiendes, yo quisiera que tú fueras la Superiora de ese convento, porque tal como vives, no vives bien.

Nada le contesté, pero me disgusté muchísimo, encontraba en mi hermano algo extraño, ¿tendría celos de mi nuevo amigo?, pasé mala noche y al día siguiente le dije al sol: "¡Dichoso tú!, a ti nadie te quiere encerrar." Vino después el sacerdote con las notas que yo le había pedido, y su visita me contrarió más y más, temía el enojo de mi hermano, y como yo no sabía fingir, conoció mi amigo que me estorbaba y se marchó, de lo que yo me alegré y dije: "¡Dios mío!, si yo amo a ese hombre, ¿por qué me cela mi hermano?" Este me dio después una satisfacción, y yo le dije:

-¿Qué piensas de ese sacerdote?

-¿Qué quieres?, ¡se habla tanto...!, ¡y tan mal...!

-Pero si ese hombre es un sabio incapaz de descender a miserias terrenales, y has de saber que ese hombre necesita de mí el aliento, y yo de él, su sabiduría; yo le he dormido, ¡y si vieras qué bien habla! \

-No me gusta, hermana mía, no me gusta lo que me cuentas, cada vez lo entiendo menos, y para salir de dudas cuando él venga, avísame, y hablaremos los tres.

Volvió el sacerdote y llamé a mi hermano, éste acudió enseguida, hablamos mucho los tres, y al fin, mirando yo al sacerdote con fijeza, le dije a mi hermano sonriendo:

-Este señor se duerme.

-¡Yo...!

-Sí, sí, vos. El sacerdote quiso levantarse pero no pudo y se quedó profundamente dormido; mi hermano se quedó asombradísimo y más cuando yo le dije al durmiente:

-Cuéntanos lo que ves, mira a mi hermano. El sacerdote dirigiéndose a mi

hermano le dijo:

-No estás mal rodeado, porque eres bueno, pero no eres misericordioso; no vives como viven los caballeros, vives como viven los aventureros, necesitas justificar tu familia, dando tu nombre a los que antes diste la vida; y en cuanto a tu hermana, recibirá muy pronto un documento, por el cual podrá vivir donde quiera libre y tranquila, es decir, no muy tranquila, porque no todos sus días serán de flores, y para los días de lucha contad conmigo.

-¿Me calumniarán?

-No te importe, yo seré tu candor, tu historiador, tu cronista más fiel.

Mi hermano no sabía lo que le pasaba, le tranquilicé cuanto pude, pero él me decía:

-Ese hombre no sé quién es, pero me ha dicho horribles verdades.

-Escucha-dijo el sacerdote-, no basta dar pan a los hijos, se necesita dar nombre a los que se les da el ser.

-No admito consejos.

-Pues ya verás si he sido para ti un aviso del cielo. Se despertó y me dijo el sacerdote:

-¿Qué hacéis conmigo?, si me hacéis abdicar de mi voluntad no vendré a veros.

-Tenéis razón, replicó mi hermano, no es conveniente que os durmáis aquí, la maledicencia se cebaría en ella y en vos, y a la verdad que las apariencias se prestan a ello. El sacerdote me miró como reconviniéndome, y se marchó contrariado; mi hermano se retiró afectadísimo, yo lo busqué después para consolarle, porque lloraba como un niño.

-¿Qué tienes, hermano mío?

-Que entre todos me volveréis loco.

-¿Recuerdas lo que te ha dicho el espíritu?

-Déjate de espíritus.

-Pues cumple con tus hijos.

-No necesito consejos; mis hijos serían un baldón para nuestra familia. Algunos días después recibí un pliego de mi protector en el cual se me ordenaba que yo fuera la Superiora de la nueva comunidad, sin que esto me obligara a la vida claustral. ¡Qué contenta me puse! "¿Y qué mujeres escogeré?-me pregunté con afán-; nada más sencillo, buscaré religiosas descontentas, ¡hay tantas!" Hablé con mi hermano, y éste no secundó mis planes, diciéndome con enojo:

-Desde aquel día estoy enfermo.

-Lo creo, porque tienes enferma la conciencia.

-¡Calla...!, ¡Calla...!

-No debo callarme; porque quiero tu tranquilidad; y obligación tengo de trabajar para conseguirlo; piensa que tienes hijos, según dice el espíritu.

-Déjame de espíritus, aquel hombre era el que hablaba.

-Hablaba, pero no era él.

-Dejemos tan enojoso asunto.

-Es que tienes hijos.

-¿Pero tú no sabes que la madre de mis hijos es indigna de mi?

-¿Y por qué?

-Porque es plebeya.

-¿Y crees tú que después de muerto no te seguirá la deshonra?, valiera más que esa mujer la honraras en vida, para que la deshonra no te persiga más allá de la tumba.

-¿Pero sabes tú quién es esa mujer?, su sangre no puede mezclarse con la mía.

-¿Tú crees que tus hijos, son tus hijos?

-Eso si.

-Pues mira, cómo la naturaleza resolvió el problema lo que yo siento es no conocer a esa mujer, para decirle: ¡Hermana mía!, si has amado a mi hermano, ¡bendita seas!

Nos separamos muy disgustados el uno del otro, él no ocultó su enojo ni yo tampoco; porque lo repetí para que él lo oyera. "¡Nobles y plebeyos...! ante Dios todos somos iguales, puesto que todos nacemos de igual manera: sus eternas leyes no se alteran ni un segundo para evitar un dolor ni adelantar una sonrisa a los que se creen superiores a los demás, ¡sólo Dios es grande!"

Recibí muchas comunicaciones referentes a la fiesta religiosa en proyecto: entre las cartas recibí una primorosamente escrita, era de mi antiguo confesor, en ella me decía:

"Seréis Superiora de la nueva comunidad, y todas las dignidades de la Iglesia visitarán el nuevo convento; se le quiere dar gran resonancia a vuestra entrada en la Santa Casa, será una Fiesta digna de vos y de nuestra religión."

En la carta se notaba cierto tinte epigramático, y yo dije, al concluir su lectura:

"¡Ah!, sí, será una gran Fiesta, en ella quiero coronar a un ángel, ¡a mi sobrina!, ella me coronó en el campo, yo la coronaré ante el altar de Maria, comenzaré a ser reina y soberana para premiar a los "buenos." Y al envanecerme con mi nuevo cargo, y por verme tan atendida y tan respetada, oí la vocecita de siempre que me decía:

-Piensa en los pobres, ¡hay tantos que lloran...!

-¿Dónde?-pregunté temblorosa.

-Muy cerca de ti, hay una anciana que sufre y llora.

Recordé entonces a la antigua servidora de mi madre, cuyos brazos me sirvieron de cuna, y la hice venir inmediatamente, al verme, se abrazó a mí llorando con el mayor desconsuelo.

-Abrázame, pero no llores, ¿qué quejas tienes de mí?

-Muchas, vuestro desvío; no os fijáis en los pobres que os rodean, arregláis las casas de los otros, y dejáis la vuestra sin arreglar.

-¿Estás enferma?

-Sí, me duele el corazón de tanto sufrir.

-Pues ya no te dolerá.

Le puse mi diestra sobre el corazón, y ella me dijo:

-Basta, me dais demasiada vida.

-Bien, pues mañana y todos los días no te olvides de entrar en mi estancia, y decirme que te mire, sé tú la voz de mi conciencia ya que mi imperfección no me deja cumplir con todos mis deberes. Tienes razón, mujer, tienes razón; los que

quieren redimir un mundo, también son ingratos, háblame para que yo no lo sea.

CAPÍTULO LXI

Hay veces, que los que en la tierra se hallan siendo pequeñitos por sus condiciones de ser, son celosos, y más que celosos exigentes, en particular los ancianos, éstos se vuelven niños llorando con el mayor desconsuelo por lo más insignificante; quieren ser mimados y atendidos, y llegan hasta ser intolerantes con sus allegados y sus deudos; y digo esto, porque la antigua sirvienta de mi madre, se fue más consolada con mis palabras y yo conocí perfectamente que exageraba su dolencia y mi desvío, porque hay también que comprender que cuando atenciones imperiosas absorben por completo las horas de nuestra vida, no se puede atender a cuanto nos rodea, puesto que no se tiene más que un cuerpo de que hacer uso, y que además, las actividades de la inteligencia tienen sus límites.

Por regla general, cuando un ser es ingrato y orgulloso, los débiles que le rodean se callan humildemente y obedecen *sus* menores mandatos, y cuando el superior les da cariño y tolerancia, los servidores exigen más, mucho más de lo que reciben. ¡Ay!, en la batalla por la existencia, ¡cuánto hay que luchar. Dios mío!, es en la tierra todo tan pequeño, que hasta el amor se empequeñece, y sus manifestaciones son exigencias enojosas.

Cuando me retiré a descansar, pensé con angustia en cuanto me rodeaba y sentí cansancio, pero un cansancio inmenso. "¿Por qué todo me cansa, Dios mío?-exclamé acongojada-, ¿soy más mala que ayer?, yo creo que hasta el perfume de las flores me produce malestar, ¡miro en tomo mío y todo me falta!, ¡todo!, ¡no soy libre!, no; me falta lo más esencial de la vida, ¡la libertad!" Y el eco repetía mis palabras, y el eco me hacía daño, mucho daño; me aturdí por completo, y el aturdimiento no ilustra, al contrario, entorpece el trabajo de la inteligencia, y al sentir en mi mente el entorpecimiento dije indignada: "¡Dios mío!, hay veces que la vida cansa más aún, harta, si, harta, porque al fin y al cabo, ¿qué es la vida sino una lucha continua?"

Cuando yo así me expresaba, mi cuerpo estaba en completo reposo, reposo del que estaba muy lejos mi espíritu, porque a mis quejas insensatas respondió el rugir de la tormenta, ¿era la tormenta de mi alma que atrajo la tormenta de la naturaleza?, ¿dónde iba yo?, sentía llover a torrentes y yo decía: "¡Cómo llora el cielo!, ¡llora como llora mi alma!, ¡si las almas se deshicieran llorando...!" Y tanta era mi angustia y mi desesperación, que oí una voz satírica que me decía: "¿Y qué?, ¿a qué vienen ahora esos espantos y lamentaciones, si no has sembrado otra cosa qué quieres encontrar?"

Miré, y vi delante de mi una figura repugnantísima, de cabeza enorme y cuerpo enano, llevando su rostro abultado y en sus manos deformes, las huellas de enfermedades asquerosas; su mirada revelaba todas las bajezas y las lubricidades del vicio, me miraba y se reía con placer infernal, diciéndome:

-Cuanto sufres lo tienes merecido, porque tu alma, es orgullosa y ambiciosa.

-Mientes-le dije exasperada-, nunca he sido ambiciosa, lo que deseo es más luz y más nobleza en la humanidad.

-Mientes, y ante Dios no se debe mentir, ¡yo soy Dios!

-¡Miserable reptil!, ¡calla!, si tú representaras a Dios, yo negaría la existencia del Ser Supremo.

-¿Tú niegas a Dios?, me perteneces.

-No te pertenezco, no; eres el símbolo de todos los vicios y de todas las bajezas, no es extraño que exista en la tierra una Iglesia de Cristo prostituida, cuando en el espacio también hay mentira y prostitución; no me asustas, no me espantas, sé quién eres.

La figura cambió de forma, y se fue presentando con las más repugnantes desnudeces y las más horribles deformidades, hasta convertirse en una diosa bella y atrevida, pero comprendí que todo aquello era mentira, me brindó con luz y libertad, con amores y vida, y yo le dije:

-No te creo, eres el símbolo de mi pasado que quiere recuperar su presa, pero has hecho tarde, mi alma huye del fango y de la infamia, podré quejarme, pero no infamarme.

Entonces la figura aquella perdió sus atractivos, y comenzó a dirigirme los insultos más soeces, trató de indignarme recordándome mis infamias pasadas, apeló a todos los medios para desconcertarme, y yo le dije:

-Es inútil tu afán, te rechazo.

-No me rechazarás después.

Entonces un viento huracanado me hizo temblar y la simbólica figura se deshizo entre nubes cenicientas, nubes que formaron una pequeña flota de barquichuelos; dentro de ellos se oían muchas voces que decían: "Ya caerás en nuestro poder." Más súbitamente sentí una brusca sacudida y recobró mi espíritu su entereza y su lucidez; me encontré como otras muchas veces, en medio de un espacio luminoso, miré y vi que mi cuerpo dormía, lo que me probó que aún mi espíritu corría de *ceca* en *meca* buscando tropiezos y aventuras, y deseosa de recobrar mi calma perdida dije: "-¡Dios mío!, ¡amor de mis amores!, ¿por qué me dejas sola en la lucha?, atiéndeme, escúchame, contéstame." Y oí ecos lejanos que me decían:

-Te atiendo, te escucho, te contesto.

-¡Pero si no te veo!

-¿Cómo has de verme?, ¡si estoy contigo!, pero como te cansas y te hastías de todo, tú misma tejes la venda que te ciega. ¿No recuerdas que yo estuve en la tierra para tolerar a todos?, no me cuentes las miserias de los débiles, dime lo que has hecho por ellos; si tú te cansas, ¡cuántos se cansarán de ti...!

Me fui acercando a mi cuerpo, sintiendo vergüenza de mí misma, y entonces le vi a El allá, lejos, hermosísimo como nunca le había visto, resplandeciente como si todos los soles del Universo le enviaran sus resplandores, en su diestra llevaba su ramo de flores distintas, ¡qué flores aquellas!, sus perfumes llegaron hasta mí y me desperté más animada pidiéndole al sol su calor y su vida, porque él era la imagen de Dios.

Cuando elevaba mi plegaria al sol, vi entonces otra luz más bella que, como ráfaga luminosa, mariposeaba sobre las copas de los árboles; creí que era un efecto óptico de mis ojos deslumbrados, y me retiré de la ventana, pero al retirarme vi que la masa luminosa tomaba forma esférica, y entrando por mi ventana, trazó un círculo perfecto y se dejó caer sin el menor estrépito sobre mi mesa. Yo, admiradísima de lo

que estaba viendo me acerqué temerosa a mi mesa, y me atreví a tocar el globo de luz, que al contacto de mi mano se deshizo dejando en su lugar al ramo de flores que yo había visto en la diestra de El; ¡qué ramo tan precioso!, era preciosísimo, besé sus perfumadas flores diciendo: "¡Tú eres *un ramo del cielo!"* Y contemplándolo escribí una poesía titulada: *El ramo del cielo;* pero lo más extraño fue que aquellas flores me hablaron, la que descollaba en el centro, que era de vivos colores, me dijo:

-Yo soy la *vanidad,* reino en la tierra por mi gentileza y mi hermosura. Otra flor blanca y delicada, murmuró:

-Yo soy *la modestia ,* mi reino no es de este mundo. Otra flor de hermosos y aterciopelados pétalos exclamó:

-Yo soy *la fuerza ,* soy el alma de la vida. Otra flor añadió:

-Yo soy *la convicción, y* rara vez mi corola ostenta todos sus primores. Y muchas florecitas pequeñas dijeron a la vez:

-Nosotras somos las obreras de *la verdad,* hilamos el lino de su blanca vestidura, y nuestro trabajo nunca se acabará; por eso la verdad desde la noche de los siglos está desnuda y lo estará porque a *la verdad* su misma luz le da lo necesario para ser eternamente bella y atractiva.

¡Cuánto me hablaron aquellas flores simbólicas!, ellas me dijeron, que la verdad es la relación directa entre los espíritus y Dios, y que la grandeza de Dios se hace incomprensible para todos aquellos que les ciega la luz de la verdad. Después, oí muchas voces que me decían:

-El *ramo del cielo* estará siempre contigo.

-¡Gracias, Señor!, yo trataré de ser más buena de lo que he sido hasta aquí.

Fui después al encuentro de mi hermano que paseaba meditabundo por el jardín, procuré distraerle y en parte lo conseguí. Vino el arquitecto para hablarme de la campana mayor del nuevo convento. Campana que iban a fundir enseguida y mi buen amigo quería que llevara mi nombre, a lo que me negué rotundamente, ordenando que le pusieran el nombre de mi protector, que sólo a él, en justicia, le pertenecía, y advertí al arquitecto que siempre que me necesitara no titubeara en buscarme donde yo estuviera.

-¿Pues dónde estarás?-preguntó mi hermano con inquietud.

-En el convento, probablemente, donde tendré ocupaciones de sobra.

-No sé, encuentro en ti desvío.

-No lo extrañes, los hombres que abandonan a sus hijos, no merecen el calor de la familia.

El se enojó, y quedamos disgustados el uno del otro. Pasaron muchos días que invertí en hacer buenas obras entre propios y extraños; vino el pintor de mi retrato muy contento y muy satisfecho de su suerte, porque iba a vender una copia de mi retrato a muy buen precio.

-¿Y quién os lo compra?-le pregunté.

-No puedo decirlo.

-A mi sí.

-También es verdad, a vos se os puede decir todo, porque sois una santa.

-Eso no lo admito, nadie puede ser santo, porque nadie es perfecto, ya veis yo *soy* curiosa, y la curiosidad no es una virtud, y vamos, ¿quién es el que compra

mi retrato?

-El sacerdote que habéis conocido últimamente me ha dicho que para él, vuestro retrato será su mejor tesoro; os colocará entre los de su madre y su padre, y tanta prisa tiene por tenerlo, que hasta él mismo ha clavado el clavo que ha de soportar el peso de vuestra efigie, ¡y es más bueno para mi!, ¡si vierais!, me sienta a su mesa, me da cuanto necesito, y me sacará del infierno en que estoy, ¡es más bueno!

Se fue el pintor y mucho me hizo pensar su relato, aquel sacerdote era un enigma para mí y murmuré con pena: "-¡Dios mío...! ¡Dios mío!, ¿qué pasa por mi?, ¿qué siento?, ¿qué quiero? Tenía razón mi hermano, debo encerrarme, no debo descender al abismo de las pasiones humanas; no, no; ese hombre se duerme con mi voluntad, entre él y yo, existen lazos del alma, pero estos lazos si no pueden anudarse con lazada indisoluble, hay que tratar de deshacerlos a toda costa." Volvió el pintor para terminar la copia y se puso muy contentó diciéndome:

-¡Cosa más particular!, vuestros ojos en la copia están mejor que en el primer retrato, es verdad que habéis sido tan condescendiente que ni habéis pestañeado para que los copiara mejor; a mi mismo, me parece mentira lo bien que los he pintado, vuestra alma se asoma a ellos.

¡Razón tenía el pintor!, el amor hace milagros, tanto es así, que al llevarse mi retrato le dije:

-Decidle a ese buen sacerdote que guarde siempre mi pálida imagen en recuerdo de nuestra amistad.

Recibí después un pliego con instrucciones detalladas para la inauguración del convento y me decían que el orador sagrado sería un capellán de orden real; y al decirme su nombre me quedé completamente aturdida, mi nuevo amigo el sacerdote, no era un cura de misa y olla, era una alta dignidad eclesiástica, ¡qué sorprendida me quedé!, él me había dicho que era un pobre religioso y era... ¡un eminentísimo Señor!

No tardó mucho en presentarse el dueño de mi retrato, hablamos sobre el engaño que me había hecho y él dijo:

-Temí asustaros.

-Pero me habéis engañado y yo os he dicho cuanto he sentido y mañana si queréis acusarme vuestra acusación será artículo de fe.

-Callad, nadie me ha hecho en este mundo el daño que me acabáis de hacer; yo os haré justicia siempre, y si a reconvenciones fuéramos, yo debo reconveniros porque me habéis hecho dormir contra mi voluntad y, ¿creéis que yo puedo ser vuestro acusador? ¡Ah!, no; yo os veo en todas partes, ¡en todas!, ¿qué habéis hecho conmigo...?-y entonces me contó toda su historia, interesantísima por cierto, y me enseñó documentos importantísimos, por los cuales viene en conocimiento que mi amigo era un prócer de la Iglesia de los más encumbrados; como ya no tenía que disimular, me dijo con natural arrogancia-: Todo me sobra, mujeres, dinero, honores, y todo me falta desde que os conocí.

Traté de variar de conversación, y me fue muy fácil, teníamos tantos asuntos de que tratar referentes a la inauguración del convento, que hablamos largamente, y tanto hablamos, que no sé de qué modo le miré que él me dijo:

-¿Me arrojáis de aquí?

-Ah, no; yo no puedo arrojaros, ¿qué soy yo ahora ante vos?, una pobre religiosa que se encuentra decidida a encerrarse en el convento y a no recibir a nadie.

-Eso, allá lo veremos; conmigo tenéis que hablar, porque soy el encargado de escoger las religiosas para la nueva comunidad.

-¿Qué?, ¿queréis ponerme mujeres que me vigilen?

-Hemos concluido-dijo, y salió bruscamente mi enojado amigo.

¡Cuánto sentí lo ocurrido!, ¡cuánto!, ¡hubiera corrido en su seguimiento!, pero... ¡era imposible! "-¡Ay!-exclamé-, ese hombre no será mi acusador, pero será peor aún, él siente por mí, ¡yo siento por él!, ¡Dios mío!, ¿por qué la religión abre tumbas y destroza corazones?, ¿por qué hace vírgenes en vez de madres?, ¿por qué me hice religiosa cuando dormía mi alma?, ¿por qué él es religioso...? ¡si fuéramos libres!, ¿y por qué no podemos serlo?"

Mucho reflexioné sobre la esclavitud de los votos religiosos, y para distraerme hice venir a mi sobrina, y ésta al entrar en mi estancia lo primero que vio fue el *ramo del cielo* que en un jarrón de alabastro se erguía lozano, como si sus flores las hubiesen cortado momentos antes; la niña lo miró con deleite; aspiró sus diverso perfumes y me dijo:

-¿Quién te ha dado este ramo, tía mía?, mi corona a su lado, ¡qué fea está!

-No lo extrañes, esas flores son del cielo, por eso están tan lozanas.

-¿Del cielo?

-Si, aquí han entrado volando.

-Pues, ¿qué?, ¿las flores vuelan?

-No me abrumes a preguntas, hija mía; hablemos de otra cosa, quiero que el día de la inauguración, te pongas tu vestido de virgen y antes de colocar la imagen de la Virgen en su camarín quiero allí coronarte, como símbolo viviente de la pureza y de la inocencia.

-¡Ay tía mía!, ¿quieres que yo me muera?, sólo a las niñas que se mueren las coronan, y yo no quiero morirme.

-¡Ay, no, hija mía!, yo tampoco quiero que te mueras, y si tal ceremonia no te agrada, nada hay de lo dicho.

-¡Qué buena eres, tía mía, te convencen hasta los niños!, no pareces religiosa, la monja que me educa, jamás escucha las súplicas de mis compañeras, ni las mías por supuesto; tú si que eres buena, tú quieres a los niños; y mira, se me ocurre una idea: me vestiré de ángel con alas y todo... y te llevaré la punta de tu velo, simbolizando al ángel de tu guarda.

-Hija mía; los ángeles no son de la tierra; créeme, dejémonos de simbolismos, permanece con tu familia, y al ver pasar a la comitiva envíame un beso, y me quedaré contenta.

-Tampoco me gusta eso; no sé ni lo que quiero, quiero cosas de la tierra y suspiro por el cielo.

Vino después toda mi familia a despedirse de mí; ¡qué diferencia de cuando nos reunimos junto al lecho de muerte de mi padre!, ninguno de ellos se acercó a la hereje, a la mala religiosa, deshonra y baldón de la familia, todos todos me hicieron la señal de la cruz, y ¡tiempos traen tiempos!, la hereje, la perdida, la loca, años después daba a su familia, honra y esplendor, nunca soñados.

Mi hermano declaró violentamente que protestaba de mi encierro, y que tuviera cuidado con Benjamín, que llegaría para la inauguración, y si no me consagraba a él algunos días ya sabía yo sus intemperancias. Toda mi familia me abrazó, me agasajó, y mi sobrina, en particular, cogida de mi brazo me comía a besos.

Llegó la víspera del día esperado y se presentó mi protector, seguido de su corte de literatos, gentiles hombres, y altos dignatarios de la Iglesia. Benjamín llegó con sus hombres de armas y me abrazó con tal delirio y tal frenesí, que creí quedar ahogada en sus brazos. Mi protector procuró hablarme a solas y me dijo:

-Has llegado a la altura que tú mereces y que yo deseaba; ¿eres feliz? Yo me eché a llorar y él dijo:

-¡Ah!, ¡mujeres!, ¡mujeres!-no sé qué vio en mis ojos que añadió-: ¡Qué locura hicimos en hacerte religiosa...! tu alma se ha despertado, y al despertar llora su dicha Perdida, sus sueños evaporados. Oye, y el último sacerdote que te vino a encontrar, ¿qué te parece?

-Creo que es un gran hombre, y bueno sobre todo.

-Tienes razón, es buenísimo.

-¿Y lo mandasteis vos?

-Si, yo te lo mandé para que te diera buenos consejos y aprendieras hablando con él, ¿es buen confesor?

-No sé, nos hemos confesado los dos, hemos hablado como hablan dos amigos.

-Pues esa, esa es la mejor confesión.

-Tengo una pena.

-¿Y qué es ello?

-Que está enfadado conmigo porque quiero encerrarme.

-Ya comprendo todo; no pensé en que acercaba dos almas gemelas y al hallaros cerca el uno del otro ha sucedido... lo que debía suceder; pero, suceda lo que suceda, no me arrepiento de haberte hecho conocer a un hombre noble, digno y bueno; en contacto con un alma buena nunca habías estado, no te han rodeado más que envidiosos y traidores, ya era hora que sintieras el calor de un alma que no ha manchado la envidia ni ha envilecido la traición.

Aquella noche, ¡cuánto pensé en las palabras de mi protector!, cuánto me alegraba de que mi nuevo amigo fuera tan bueno. ¿Por qué me alegraba?, ¿por qué?, es lo cierto que apenas dormí, pero me levanté animadísima, fuerte y casi casi dichosa.

CAPÍTULO LXII

Antes de salir de la casa de mi hermano para ir al nuevo convento, durante toda la mañana apenas tuve tiempo de ponerme el traje que me habían hecho exprofeso, el lujoso hábito que me regaló mi protector, con el cual hablé largamente, oyendo de sus labios frases tan dulces, tan cariñosas, tan consoladoras, que el padre más amoroso, no las hubiera pronunciado más tiernas. Vístete, me decía, vístete pronto, para colocar en tu pecho la cruz roja sobre pétalo blanco, concedida por el Rey como distintivo de tu alta jerarquía religiosa.

Tan agradable coloquio lo interrumpió Benjamín, que al enterarse que yo

me iba a encerrar, se puso hecho una furia; me amenazó con hacer los mayores desatinos, comenzando por hacerme salir de mi clausura pegando fuego al convento; le dejé hablar para que su cólera perdiera una parte de su fuerza, y le dije después:

-Déjame seguir los impulsos de mi voluntad, que más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena; hazte cargo que no me encierro, y que no encerrándome, la calumnia clava en mi sus garras, y calumniándome cae la deshonra como lluvia de fuego sobre mi familia; a esto, ¿qué dices?

-Que tienes razón; yo te creo un ángel; pero ¡ay! que también eres mujer, ¡te has enamorado!... ¿Por qué lo has hecho tan tarde?

-¿Yo enamorada?...

-Tú lo has dicho.

-Tú deliras.

-No deliro; lo que no han dicho tus labios, lo han declarado tus ojos.

Debí sonrojarme, y Benjamín, conociendo que había ido demasiado lejos, cogió mi diestra, y besándola con el mayor respeto, murmuró: "¡Eres una santa!"

Me avisaron en aquel momento que la nueva comunidad me aguardaba, y me alegré mucho, para cortar una conversación que se iba haciendo enojosa. Pasé al gran salón y encontré a 150 esqueletos, que no otra cosa parecían aquellas pobres mujeres revestidas con diversos hábitos y cubiertas con largos velos. Mi comunidad sólo podrá constar de cincuenta monjas, ¿qué harían las demás? Mirándolas con inmensa compasión, las dije:-Hermanas mías, sólo una tercera parte del grupo que formáis puedo recibir en mi convento: no seré yo la que escoja; sed vosotras las que me busquéis; y me senté esperando la iniciativa de ellas.

Hubo un momento de pausa; todas se miraron a través de sus velos; pero ninguna se movió. ¿Qué esperáis?, las dije, ¿por qué no hacéis uso de la libertad que os concedo? Mirad al cielo: levantaos esos velos y no bajéis los ojos; estáis en mi casa; haceos cargo que no sois religiosas y que yo soy vuestra mejor amiga. A pesar de mis palabras, ninguna se movió, y llegué a impacientarme, hasta el punto que me levanté diciendo:-Creo que voy a prescindir de vosotras. ¿No me queréis? ¿Qué os han ordenado? Parecéis estatuas, mejor dicho, esqueletos; ¿y así servís a Dios?... Os lo repito, yo no os escogeré. Entonces una jovencita, dijo: ¡Madre! Y al querer andar, cayó desmayada; corrí hacia ella y la dije: Tú serás la primera entre todas: a ti confiaré mis penas y mis alegrías; tras de ella, otras muchas dijeron: ¡Madre!, en tanto que a la joven desmayada, mirándola fijamente, le decía yo en voz baja:-¡Toma vida, alienta y despierta, infeliz! La desmayada, le daré este nombre, me dijo con dulzura:

-¡Qué bueno sería morir!

-Aun no; eres joven; vive, que vida tienes. La joven se coloreó y me miró con infinita ternura; ¡cuánto decían sus ojos! Después, obedeciendo a mi mudo mandato, se colocó entre sus compañeras, las que se habían adelantado, en tanto que las rehacías situadas en segundo término, parecían sombras por su inmovilidad. Las que se habían adelantado, se fueron animando y dieron algunos pasos hacia mí; a las otras les pregunté de nuevo si alguna quería venir para completar el número; el pelotón de sombras se movió, y muchas lloraron amargamente. ¿Por qué lloráis?, las dije; comprendo que sois víctima de la religión; yo os prometo poblar a España

de conventos, para albergar en ellos a todas las religiosas que sufren; tenéis miedo ¡infelices! ¡pobres mártires! Yo haré que para vosotras también brille el sol de la libertad y del amor.

Se completó el número de mi comunidad, y las sobrantes se marcharon mudas y silenciosas, aunque la mayoría de ellas iban llorosas, ¡pobres mujeres! No se atrevían ni a demostrar su sentimiento; la religión que hace autómatas, no es religión.

Cuando me quedé sola con mi comunidad, las dije:-En mi tendréis una madre que quiere en torno suyo almas que vuelen, no que se sepulten en vida, yo adoro a Dios de distinta manera que la generalidad; por eso algunos creen que me inspira el Diablo. Al decir esto, todas se conmovieron, y yo repliqué: ¿Creéis que me domina el Diablo?-No, madre, contestó la *desmayada, con* vos iré al cielo, si lo hay, y si no, al lugar donde reposen las almas; hay en vos algo misterioso que os libra de todo mal. Las demás movieron la cabeza en señal de aprobación.

-Bien, hijas mías; no quiero que bajéis los ojos; quiero que miréis al cielo. Todas me miraron, y parecían espíritus que despertaban de un penoso letargo; les pregunté sus nombres, del siglo y de la clausura; las hice sentar y las obsequié con abundantes manjares, diciendo en resumen:-¡Hijas mías! Ahora sois libres y adoraréis a Dios, en espíritu y en verdad; quiero que seáis mis hijas; que tengáis mutua franqueza; no quiero hipocresías ni odios encubiertos: quiero paz y amor.

-¡Ay! ¡madre! ¡cuánto os amo!-dijo la *desmayada.*

-Bueno: pues ese amor no quiero que sea para mí sola; quiero que ames a tus compañeras; quiero que forméis una familia.

-Efecto de los buenos alimentos que tomaron y del aliento de mis palabras, como por encanto se abrieron aquellas bocas y hablaron... ¡cuánto hablaron! Se iniciaron las mutuas confidencias y salieron a relucir horrores, castigos y ayunos insoportables, ¡infelices! ¡Cuántos asesinatos se han cometido en nombre de la religión!

Se organizó por fin el cortejo, que era lucidísimo, porque iba en él la representación de la Iglesia, del Estado, del ejército, del pueblo, de la nobleza, de todas las clases sociales; las calles y los campos eran insuficientes para contener a la población en masa, que se agolpaba para vernos pasar. Yo, al ver los campos, murmuré con tristeza: ¡Ya no os contemplaré!... La *desmayada,* que iba a mi derecha, me decía: "¡Qué hermosa sois! Vuestro rostro y vuestro hábito, todo es luz". "-No, decía otra monja jovencita que iba a mi izquierda, no es luz, es incienso, una nube la envuelve; pero este incienso huele mejor, mucho mejor, que el que se usa en las iglesias; pero... ¿estáis triste?

-Triste, no; pero pienso si seré buena madre para vosotras.

-Lo seréis, y lo seréis inmejorable.

Hay momentos en la vida humana que no se pueden describir: los obreros me saludaban y me presentaban sus hijos para que recibieran mi bendición; los niños me tiraban besos y flores, y la comunidad que me rodeaba se quedó asombrada ante aquel homenaje de un pueblo agradecido.

Llegamos a la puerta del templo, y allí las autoridades religiosas cumplieron su cometido; llovieron bendiciones y se rociaron los muros con agua bendita, y las campanas las echaron a vuelo y hubo un momento que todo dijo: ¡Gloria! ¡Gloria a

Dios en las alturas! Yo me conmoví extraordinariamente: no sabía lo que me pasaba: todo era vida en tomo mío, y sin embargo, ¡llevaba el desconsuelo en mi corazón! Entramos en el templo y cada uno ocupó su lugar, comenzó la función religiosa y en su promedió subió a la cátedra del Espíritu Santo el orador sagrado, mi amigo el sacerdote, que no iba pobremente vestido como de costumbre, no: llevaba una vestidura digna de su elevado cargo, pero sin lujo desmedido, lo más sencillo que permitía su rango: ¡qué hermoso me pareció! Estaba muy serio, muy grave, ¡pero que interesante! Habló admirablemente sobre las religiones y las fundaciones religiosas, y muy especialmente de la vida claustral de las mujeres; y en un momento de entusiasmo, dijo: "Entre nosotros está la religiosa, la madre, la hermana, que no por sus votos religiosos, sino por la elevación de su alma, es digna de ser respetada y atendida y admirada de propios y extraños. Yo no la ensalzaré, yo no la elevaré, porque los que por si mismos se elevan, no necesitan encomiásticos elogios, las flores que tienen perfume, no necesitan que la ciencia se los dé. Aquí está esa mujer que todo lo llena con su aliento y su fuerza. Habló admirablemente sobre los atropellos cometidos conmigo, y dijo: "Y esta mujer que tiene alma de gigante y entereza de héroe y energías inquebrantables para luchar y vencer en el palenque de la vida, ¿se ha de encerrar aquí? ¿Aquí morirán sus iniciativas de darles pan al obrero y tranquilidad al pueblo? ¡Señor! Vos que representáis al Santísimo Padre en la tierra, ¿permitiréis que esta mujer se encierre aquí? Si el Rey quiere que su pueblo tenga pan, dejemos a esta mujer en completa libertad para hacer el bien. Yo lo pido de rodillas que esta mujer tengo poder para fundar nuevas comunidades y organizar ejércitos de obreros que vivan tranquilos y felices. Se dirigió después a la nobleza, recomendándole el amor del cristianismo, diciendo: "Nobles, si ayer decíais: cuanto miro, todo es mío, decid hoy: cuanto miro, todo es del pueblo; yo administro sus bienes." Y al dirigirse al pueblo, cuánto se suavizó su voz hablando sobre el amor divino; comentó el Decálogo de un modo elocuentísimo, anunciando días de gloria y de abundancia para el pueblo que, trabajando honradamente, tendría pan para hoy, y ahorros para el porvenir.

Para todos tuvo una esperanza y un consuelo, ¡qué bien habló!... Cuando terminó, todos le felicitaron calurosamente; yo estaba extática; junto al orador estaba mi antiguo confesor, que con sus miradas me decía: "¡Qué bien has preparado el terreno!" Sus miradas fueron una provocación continua. Después entramos en el convento y nos detuvimos en la Sala Capitular, donde pensaban los convidados encontrar las mesas preparadas para tomar dulces y licores; mas yo, aprovechando lo bonancible de la estación, que era un espléndido día de primavera, dispuse que en el patio mayor del convento, que era muy anchuroso, allí, bajo un toldo de follaje, comiéramos fraternalmente, sin etiquetas enojosas. Dejé a la comunidad libre para que repartiera las celdas a su gusto, y yo me reuní con los convidados, que estaban muy contentos del comedor, de los manjares y de la sencillez y franqueza que reinó entre todos; me dieron muchos plácemes de los que en justicia hice que participara el arquitecto director de las obras, y al terminar el banquete, no parecía que estuviesen allí reunidos los hombres más orgullosos de la nación española: todos hablaban familiarmente olvidando las miserias humanas.

El delegado del Papa me llamó aparte y me dio su bendición en nombre de Dios y de su Iglesia, diciéndome: "Tenéis absoluta libertad para salir y entrar;

nombrad una segunda superiora para que os reemplace y para que sin temor alguno podáis continuar vuestros valiosos trabajos."

-Gracias, Señor; yo os prometo que no me encerraré para ser el consuelo de los afligidos. Me arrodillé, y en aquel momento llegó mi antiguo confesor y me dijo:

"Os felicito, sí; os felicito porque habéis llegado donde yo no creía; vuestra obra tiene sus defectos; pero, vamos, valéis mucho."

La mirada de mi confesor revelaba el odio más profundo, contenido a viva fuerza por la presencia de sus superiores, y muy especialmente por la de mi protector, que en cuanto le veía cerca de mí se acercaba resueltamente y le miraba como él sabía mirar, y a mi me hablaba cariñosamente. En aquella ocasión hizo lo mismo, se acercó a mí y me dijo: "¡Qué bien luce en tu pecho la cruz roja!... ¡Y qué digno es tu pecho de llevarla!" Yo, en honor de la verdad, estaba aturdida entre tantos plácemes; pero me faltaba el principal, el de mi amigo, el sacerdote: éste nada me había dicho particularmente y había desaparecido; ¿dónde estaría? Todos se fueron marchando y en la Sala Capitular quedamos los más íntimos. Todos a una, me dijeron:

"Conviene que no os encerréis, hacéis falta en el mundo, y os lo mando que no os quedéis aquí. ¿Por qué queréis encerraros? ¿Qué teméis?

-Nada, Padre, nada temo, y os obedeceré.

-Ahora no mando: ahora ruego.

-¿Y acaso vuestro ruego no es un mandato para mí? Sí, os obedeceré y beberé hasta el último sorbo del vaso más amargo.

-Pero; ¿qué vaso es ese?-dijo mi protector. Yo le miré fijamente y él me comprendió al vuelo: me hizo una seña imperceptible, como si me dijera: "Sigue mi rumbo", y añadió, dirigiéndose al delegado del Papa, como el que le confía un secreto: "Es que ella ha recibido desengaños de familia: su hermano mayor la ha herido en lo más hondo". Yo aproveché la ingeniosa mentira y repliqué:

-Vivo muy mal con mi hermano, porque tiene hijos y no los legitima casándose con la madre de aquellos inocentes.

-Se casará-dijo el delegado del Papa-, perded cuidado; yo me encargaré de ese asunto. -En aquel momento llegó mi hermano, diciéndome: "¿Por fin te quedas aquí?"

-No; me voy contigo; espera un poco, que hemos de nombrar a la segunda superiora. Llamé a la *desmayada y* ésta acudió presurosa, la que al darle posesión de su nuevo cargo, se desmayó de nuevo, diciéndome al despertar: "Madre, estoy hastiada de la vida, y quisiera morir."

-No, hija, no; no eres tú la única que está hastiada de la vida; hay que vivir y hay que progresar.

Salimos del convento, y Benjamín iba junto a mi, muy contento y muy alborozado, contándome sus amores y su próximo casamiento, y hablando ya de la venida de su primer hijo, del cual me nombraba madrina. ¡Cómo volaba su imaginación...! Me alegré de sus planes, porque éstos le alejaban de su manía suicida: ¡tenía tanto miedo de que se matara! ¡Llevaba en sus ojos una historia terrible!

A pesar de la charla con mi hermano, yo no dejaba de mirar a todas partes

buscando a mi amigo el sacerdote; no le veía por ningún lado, ¡ingrato! ¿De qué me sirven tantos honores, si él me ha desdeñado? Estoy loca, él ha hecho lo que debía hacer; pero... en esto vi que nos seguía, recatándose de ser visto: se adelantó, retrocedió, volvió a avanzar, y lo vio mi protector, que cogiéndole del brazo, con rápido ademán, le dijo jovialmente: "¿Dónde vais?-No sé; creo que me he perdido." Mi protector se rió como un padre cariñoso, y le hizo entrar en mi casa; yo entonces corrí a mi estancia, y mi corazón latía tan violentamente, que me ahogaba: sentía alegría y tenía vergüenza, temía y esperaba; ¿qué sentía? No lo sé, me despojé de mi traje de ceremonia, y nunca he cometido más torpezas para vestirme. Marta me ayudaba, y la pobre mujer me miraba, sin saber qué pasaba por mí. Nos reunimos después de la mesa, y yo no pude hablar; en cambio, mi amigo habló largamente sobre las luchas y las batallas de la vida; habló sobre el torcedor de la conciencia, sobre los remordimientos, que son el cáncer que roe nuestras entrañas, y mi hermano se impacientó y dijo muy agriamente que es muy cómodo hablar de la conciencia ajena, y que los sacerdotes también sabía él que tenían historia. Mi protector trató de mediar en aquel debate, aconsejándole como un padre cariñoso la rehabilitación de sus hijos, que la nobleza debe tener asiento en el corazón, no en los pergaminos, y que los hijos sin nombre eran el odio y la vergüenza en acción.

Mi hermano llegó a conmoverse, porque mi protector le hirió a fondo, empleando la súplica más humilde, y al conocer que le vencían, se volvió a mí, y me dijo entre triste y enojado:

-Tú tienes la culpa de todo.

-Yo no, porque nada sabía; la culpa la tiene éste, y señalé al sacerdote, que al verse aludido demostró su contrariedad; y mi protector, interesado ya en el asunto, dijo impaciente:

-¿Pero qué hay aquí? ¿Qué misterios y qué culpas son esas?

-Es que este señor se duerme-dijo mi hermano.

-¿Que se duerme?

-Si, señor, que se duerme; y si no fuera quien es, le hubiera creído un miserable impostor, es decir, impostor, no; pero que yo a nadie le he concedido derechos para meterse en las interioridades de mi vida, y hubiera pagado caro su entremetimiento; pero al saber quién es, doblo la cabeza y no sé que pasa aquí.

-Yo tampoco lo sé-dijo el sacerdote-; pero diré lo que me acontece: cuando estoy delante de esta mujer, no sé lo que me pasa: junto a ella recuerdo hechos históricos, exploraciones de los sabios, combates sangrientos, luchas académicas, destrucción de ídolos, martirios, persecuciones, victorias, ¡qué sé yo! Y pensando en todos los acontecimientos que han dado nombre a los siglos, se quedó dormido y no sé más; dicen que habló; pero a mi no me queda el menor recuerdo de lo que habló dormido.

-Pues yo quisiera verle dormido-dijo mi protector.

-No, no; ese sueño me contraria y me humilla.

-Yo no veo tal humillación; lo que veo, que tanto tú, como ella, sois para mí unos ingratos: cuanto sois, a mi me lo debéis, y una gracia que os pido, me la negáis.

Mis hermanos, viendo el sesgo que tomaba la cuestión, se retiraron discretamente, y al quedarnos solos los tres, pasamos a mi estancia, nos sentamos,

y mi protector insistió nuevamente en su demanda diciendo:

-Si me queréis, dadme una prueba de vuestros trabajos, para engrandecer mis estudios. Miré al sacerdote, y éste se durmió instantáneamente.

-Bien, ¿y qué hacéis después?-preguntó mi protector con impaciencia.

-El habla.

-Pues que hable, que yo quiero estudiar en sus palabras; que hable, que ante mí se abre un nuevo libro, y quiero aprender lo que hasta hoy he ignorado; dile que hable, que nadie le escuchará con más atención que yo.

CAPÍTULO LXIII

El deseo de mi protector de oír hablar al sacerdote me llenaba de satisfacción, tanto, que él reparó en la alegría que debía iluminar mi semblante, y me dijo con cierta impaciencia:

-Parece que estas muy contenta.

-Si que lo estoy; ¿por qué negarlo? Y miré al sacerdote con el mayor cariño, porque en verdad estaba muy interesante.

-Lo que veo me sorprende mucho; esta cuestión es muy extraña; aquí hay algo muy importante; esto es muy serio, muy grave; se desarrollan fuerzas para *mi* desconocidas.

Y mirando al sacerdote, le preguntó:

-¿Dormís?

-No, no duermo, porque la inteligencia no duerme.

-¿Pero el cuerpo duerme?

-No duerme: está aletargado, en tanto que mi inteligencia brilla, porque está libre.

-¿Cómo? ¿Es posible que el alma se desprenda del cuerpo?

-Sí, la prueba la tienes en mí; soy la inteligencia que irradia, que brilla porque trabaja, descubriendo y arrancando los recónditos arcanos de la naturaleza.

-Pues si tanto alcanza vuestra inteligencia, yo que creo que sois incapaz de engañarme, decidme algo que yo no pueda comprender.

-¿Crees que al dormirme puedo decirte la verdad? Pues escucha, que quiero serte útil, sintiendo no serlo para todos. ¡Cuánto se lucha para bien poca cosa! Llevas muchos siglos luchando; la vida del alma es infinita; el alma forma su hogar como las aves su nido, lo trabaja, lo embellece, lo perfecciona, allí crea la *miel* y la *hiel, y* allí batalla sin darse jamás por vencida. Tú has sido hombre de gobierno, déspota de ayer. Hoy escuchas los campanillazos del tiempo, y comienzas a sentir las torturas del remordimiento. Hoy quieres saber el *porqué* de la vida, deseando vivamente conocer tu pasado, porque en tu sabiduría acumulada, y en tus vastísimos conocimientos, y en la energía de tus pasiones, y en tu ambición ilimitada, y en algo inexplicable que sientes en ti mismo, conoces perfectamente que en una sola existencia no hay tiempo suficiente para hacer acopio de todo lo que tú posees; tú adivinas la verdad, pero ocultas cuidadosamente tus adivinaciones, y haces bien, porque la fruta sin madurar es manjar indigesto: tú te pasas largas horas mirando a tu pasado, y de éste hoy no puedo hablarte: te hablaré de tu presente, que mucho vale, porque has sabido aprovechar el tiempo.

Y le contó a mi protector toda su existencia, sin omitir el menor detalle,

poniendo de relieve sus mas ocultos pensamientos, sacando a relucir sus afectos más íntimos, sus debilidades, sus delirios, sus sueños, lo más escondidos de sus ambiciones; cuerpo y alma quedó al descubierto, y mi protector tembló de espanto al ver desparramados todos sus secretos; yo creo que se arrepintió de su exigente curiosidad, mas ya no había medio de retroceder, y siguió escuchando al sacerdote, que le dijo:

-Tienes mucha sombra en tu vida, mucha, pero también tienes raudales de luz, porque sin luz no es posible la vida.

¡Qué bien hablaba! ¡Qué bien! ¡Parecía la conciencia del Universo hablando a la humanidad! Mi protector no ocultaba su asombro; como verdadero sabio, comprendía en todo su valor el nuevo libro que ante si tenía, y aunque sus letras eran formadas por agudas espinas, las deletreaba afanoso, sin temor de herirse, que hay heridas del cuerpo que sanan el alma. El sacerdote prosiguió diciendo:

-Nada hay casual: el menor acontecimiento, el encuentro de dos almas, todo obedece al desenvolvimiento de un plan eterno. Dios es amor y ciencia, y ha puesto a los hombres en contacto para complementarnos los unos a los otros. Ten bien entendido que el espíritu del mal, tan llevado y traído por las religiones, no tiene trono, ni lugar, ni ejército; no radica en parte alguna, y todos le llevamos con nosotros cuando obramos el mal y gozamos en el dolor ajeno; y muere el genio de la sombra, cuando el espíritu avanza y lucha y vence agitando la enseña del progreso. Dios no concede el premio de todos nuestros actos, en las consecuencias resultantes de los mismos; no tiene elegidos ni desheredados; todos los espíritus tienen por laboratorio el universo y el tiempo sin limitación por patrimonio; por eso, el que ayer era un reptil arrastrándose por la tierra, puede con su esfuerzo subir al pináculo de las grandezas humanas, y desde allí, dictar las tablas de la Ley, y puede decir al *marrajo de los odios:* ábrete, divide tus aguas y deja pasar a los ejércitos del bien, a las nuevas generaciones redimidas por sus sacrificios y sus heroísmos: Tú volverás a la tierra.

-¡Volveré! ¿Yo volveré?

-Sí, tú volverás para ser más grande que hoy, que has sembrado muy buen trigo y tienes que recolectar una gran cosecha; por esta vez has amado mucho a tu madre, y tu madre premiará mañana al buen sembrador. Sé clemente en todos tus actos, porque la clemencia es risa de Dios; haz beneficios, que muchos puedes hacer, porque el hombre que manda debe asemejarse a la Providencia. Nada hay casual: nuestro encuentro tiene su historia, la que continuará Dios sabe hasta cuándo. Mi protector, abrumado por tantas emociones, ocultó su rostro entre sus manos y lloró, lloró como lloran los culpables al comenzar su arrepentimiento; el sacerdote continuó diciendo:

-Llora, haces bien en llorar, porque hay lágrimas que purifican, te recomiendo el cuidado de tu cuerpo, porque Dios es el escultor que forma las envolturas apropiadas a cada espíritu; por eso el cuerpo vale tanto, y el hombre agradecido debe cuidarle y fortalecerle y darle todos los medios para conservar su robustez y su belleza. Dios nos dice que en todas partes está, porque todo está en El, y El está en todo. Aprende y estudia, que mucho tienes que estudiar y que aprender; ahora, por ejemplo, se te, presenta ocasión de hacer nuevos estudios; ya ves, soy un sacerdote en la tierra, que te debe gratitud y obediencia, y soy

desprendido de mi cuerpo, una inteligencia dispuesta a servirte y a enseñarte; ten mucha esperanza, aunque la duda te atormentará, porque tu sabiduría se rebelará ante lo desconocido; pero vencerá en ti el afán de saber, y el que quiere saber, camino encuentra para llegar hasta donde le llevan sus conocimientos y sus aspiraciones.

Después, el sacerdote se volvió hacia mí y me dijo:

-¿Por qué nos habremos puesto en contacto?

-Porque las almas se encuentran.

-¡Pero en qué situación y en qué circunstancias tan difíciles nos hemos encontrado!

-Quisiera saber qué circunstancias tan difíciles hay entre nosotros. El sacerdote quedó inmóvil, inclinó la cabeza y permaneció largo rato sin contestar. Al fin, murmuró como aterrado:

-Es imposible lo que veo! ¡Es imposible!

-¿Pero qué es imposible?

-¡Infeliz! ¿Cómo quieres que se aproximen las almas, si me odias?

-¡Odiaros! ¿Yo os odio?

-Sí, sí; me rechazas.

-Pero eso habrá sido antes. ¿Me veis como fui ayer?

-Si, te veo, y te veo en lugares horribles: tú eres espantosa como la peste asoladora y engañosa como la serpiente astuta; luego te veo hermosa, pero tu hermosura es tan grande como tu infamia.

-¿Y he sido tan mala, que no merezco tener un amor en la tierra?

-Ya tienes un amor: eres esclava de un amor inmenso, amor que se creó cuando eras bella y seductora; has sido muy mala, pero vas en pos de un ser superior, y luchando, vencerás.

Entonces oí que me decían:

-No seas temeraria, no preguntes lo que ya sabes.

-¿Pero no tendré una flor en mi vida?

-Es difícil contestar a tu pregunta; el alma es el jardinero que se cuida de cultivar las flores de sus existencias: pregúntate a tI misma, porque sólo tú sabes a lo que estás dispuesta.

Enmudeció el sacerdote; se pasó la mano por los ojos y los abrió diciendo:

-¡Cuánto habré dormido?

Y mirando el ramo de flores que yo tenía sobre mi mesa, exclamó:

-¡Qué hermoso ramo! ¡Qué lozano está! ¿Y qué ha sucedido?

-Nada, que sois un dormilón.

-Un dormilón que dice disparates, ¿no es verdad?

-No, no, no habláis disparates, al contrario, abrís nuevos horizontes en los cuales yo estudiaré-dijo mi protector.

-Pues de cuanto me sucede, esta mujer tiene la culpa; no creo que en ella esté el espíritu del mal; pero me domina, me fascina, y no sé lo que me pasa.

-Os aconsejo-dijo mi protector-, que no estéis solos para esta clase de trabajos: sois el sacerdote y la monja por vuestros votos, y el hombre y la mujer por vuestra naturaleza. No os miráis con malos ojos: os agradáis el uno al otro; tenéis que hacer uso de muchísima prudencia si queréis ser buenos religiosos; no tratéis

de uniros y de iros a lejanas tierras, que quizás os arrepentiríais al veros libres de vuestras acciones; hay deseos que vale más no satisfacerlos nunca, y el vuestro es uno de ellos. Ahora es preciso que trabajéis para la nueva fundación religiosa, y cuando marchen los trabajos, bueno será que os separéis, para evitar tentaciones y tropiezos.

Yo le dije al sacerdote:

-Habéis hecho elogios de mí en público; pero no en privado, entre vos y yo no ha mediado ni una sola palabra.

-¿Y qué queréis que os diga, si me domináis, si me dormís, qué más queréis de mi? Todo lo hacéis bien, menos mirarme y dormirme.

Mi protector se rió de su ocurrencia, y los dos se retiraron a sus habitaciones; yo, a mi vez, rendida por tantas emociones, me apresuré a desnudarme y me acosté enseguida; a poco quedó mi cuerpo en completo reposo, y mi espíritu se quedó mirando el ramo de flores del cielo, y habló con el ramo simbólico un buen rato, ¡aprendía tanto mi espíritu hablando con las flores! Cuando más animada era la conversación, oí un lamento muy agudo, y presurosa, me dirigí a la estancia de mi hermano mayor, que se quejaba dormido.

-¿Qué tienes?-le preguntó mi espíritu.

-¿Qué tengo? Que estoy harto de vivir: que entre todos me habéis deshonrado, y me moriré, si; me moriré violentamente; prefiero la turbación de un suicidio, a todas las amonestaciones de los necios.

-Tú deliras.

-Déjame tranquilo; ni dormir me dejas.

-¡Infeliz! Oí tus lamentos y acudí a ellos.

-Déjame, no te puedo ver; te odio. Y se despertó.

¡Pobre hermano mío! ¡Cuánto pueden las preocupaciones sociales! Me paseé después por toda mi casa; todos dormían tranquilos, menos el sacerdote; éste, al verme, dijo:

-¡Qué temeridad! ¿Por qué vienes hasta aquí?

-Vengo sin cuerpo.

-Pues mírame y me iré contigo: quiero saber dónde tomas tus fuerzas; quiero saber dónde vas, nada más que por curiosidad, no por ir contigo; porque te odio y no podré amarte nunca.

-Vuelve a tu cuerpo.

-No quiero, y no me mires más, que tu modo de mirarme me irrita.

Salí de la estancia del sacerdote, y me fui a contemplar mi cuerpo ¡pobrecito! Se agitaba convulsivamente, ¡pobre cuerpo mío! Aquel me dice que me odia, y ¿qué mal le habré hecho? Y oí la vocecita de siempre que me decía: "Mucho mal le has hecho, y créeme, tú solo quieres su cuerpo; ¡su espíritu y el tuyo nunca se amarán!"

Ante tal predicción, me enojé, y me fui a reanimar mi cuerpo desfallecido.

Desperté contenta y tranquila y miré las flores con adoración, diciéndome una de ellas en tono de dulce reproche: "¿Olvidas al sol?" "Sí, por miraros." "¿Y no sabes que sin el sol no tendríamos vida? No olvides nunca la causa por atender a los efectos, que de ahí provienen las desdichas humanas.

¡Cuan bien hablaban aquellas flores simbólicas!, que no eran otra cosa que las pasiones terrenales, que junto a mí se agrupaban bajo la forma más bella, bajo la

forma de flor. Me preocupó muchísimo el lenguaje de aquellas flores, porque al hablar, al salir la voz de sus cálices, se abrían y se cerraban sus hojas, y la vanidad sobre todas, se erguía, agitaba sus aterciopelados pétalos y me embriagaba con su perfume, en tanto que la modestia me decía con tono sentencioso: "No olvides que la sabiduría consiste en sostener la armonía universal."

Asombrada de aquella maravilla, contemplé largo rato el ramo del cielo, y después salí sola y me dirigí al campo a continuar mi diálogo con las flores; pero a mis preguntas, ninguna flor contestó. ¡Qué diferencia! Y entonces dije: "Símbolos son las flores del cielo, son el simbolismo de las pasiones humanas. ¡Gracias, Dios mío! ¡Cuánto te debo! ¡Bendito sea el ramo del cielo!, porque es un aviso perenne que me evitará caer de nuevo." Sentí sed, y llegué a la fuentecita donde mi sobrina me coronó; era un lugar cercado por piedras y árboles cubiertos de follaje; sus retorcidos troncos, formando una muralla impenetrable, porque las viejas zarzas con sus agudas espinas defendían aquel lugar de toda invasión; sólo una estrecha abertura daba entrada a aquel santuario de la naturaleza, sin más altar que la tosca fuente y algunas piedras sin orden ni concierto; pero donde el alma se solazaba pensandoe n sí misma. "¡Qué bien se está aquí!, murmuré, ¡cuánto dice el murmullo del agua! ¡Cuántas historias contará! Porque, bien considerado, todo habla en la naturaleza, y el trabajo del hombre es conocer el lenguaje de cuanto palpita en el Universo. Aquí reposa mi alma; aquí un ángel me coronó, ¡qué bien se está aquí!"

Seguí escuchando el murmullo del agua, cuando vi entre el ramaje una figura de hombre con la cabeza descubierta y envuelto su cuerpo con una túnica azulada, muy amplia, parecía un sacerdote de otra edad; quise reconocerle, recordando haberle visto no sé dónde; pero su rostro, y todo él en conjunto, parecía formado por una materia distinta de la nuestra, aunque le distinguía perfectamente; parecía que estaba envuelto en una nube de humo; se adelantó la figura y se sentó en una piedra, muy cerca de mi, dándome los buenos días. Yo me quedé muy sorprendida al oír su voz, que también quería recordar, y le dije:

-¿Cómo habéis llegado aquí, por donde no se puede entrar?

-No necesito abrir lugares; todo se abre ante mí.

-¿Quién sois?

-¿No me conoces?

Y la figura del sacerdote de otra edad rompió la nube que le envolvía; se despojó de su túnica azulada y quedó revestida de olas de luz. Yo, que en aquel momento no pensaba en El, quise postrarme a sus pies diciéndole:

-¡¡Señor!!

-No te muevas, mírame bien; ¿crees que tú llegas hasta mí, o que yo llego hasta ti?

-No lo sé. Señor; sólo sé que me creo indigna de ti.

-¡Mira!

Miré y vi que el lugar se cambió, encontrándome en la antigua fuente donde bebí el agua de mi redención.

-¡Señor!-exclamé-, creo que ya no soy digna de ti.

-¿Por qué? ¿por que amas a otro sin ser de la tierra?

-Sí, le amo.

-Pues esos amores son imposibles; mira a quien amas.

Y me presentó una figura horrible, un monstruo de iniquidad, que entre él y yo había una historia de sangre.

-¡Dios mío! ¡Qué horror! ¡Perdonadme, Señor! ¡Qué ingrata soy!

-Es preciso que trabajes: el tiempo que pierdes en tus cavilaciones amorosas, son días de hambre para los pobres que de tu apoyo y actividad necesitan; y toda el hambre que por tu causa sufran los necesitados, tú la sufrirás mañana, que aquel que hambre proporciona a los otros, hambre padece a su debido tiempo. No desmayes, vuelve a tu hogar y trabaja; mi visita te será muy beneficiosa, que hoy necesitas de mí, como yo un día necesité de ti. ¡Adiós!

Se fue alejando la nube luminosa, y yo entonces, volviendo en mí, reconociendo mi locura, mi extravío, dije:

-¡Señor! ¡Señor! ¿cuándo te volveré a ver?

-Cuando la luz sea en tu alma.

CAPÍTULO LXIV

Después que perdí de vista la figura de AQUEL y me quedé sola, experimenté una sensación dolorosísima, así como si me hubiesen quitado todas mis fuerzas y me faltara aliento para vivir; ¡qué aturdimiento!, ¡que incoherencia en mis ideas! ¡qué postración en todo mi ser! Quise levantarme y no pude; pedí a Dios ayuda, suplicándole que me concediera nuevas energías, que habiendo perdido la vida, de nuevo me la diera, y al fin me levanté haciendo un esfuerzo sobrehumano; miré cuanto me rodeaba y todo lo encontré marchito; contemplé el cielo y lo hallé sin brillo; me rehice después y exclamé: "¡Señor! La mañana es deliciosa: ¿por qué mi alma no sonríe? ¿Por qué donde todo es vida, sólo hay muerte para mi?..." Y como si hubiese pasado una enfermedad gravísima y saliera por primera vez en mi lánguida convalecencia, así anduve el largo trayecto que me separaba del hogar de mis mayores. Mi casa me pareció triste y sombría; mi habitación una tumba; me dejé caer en un sillón, junto a mi mesa, y allí, algo más tranquila, le pregunté a Dios: "¿Por qué estoy triste? Si he visto a mi amor, ¿por qué me falta esperanza? ¿Qué tengo, Dios mío...?" Y me contestó una de las flores del ramo del cielo:

-¿Sabes qué tienes? Que te han muerto tu amor en flor.

-¿Qué dices? ¿Sabes acaso quién es mi amor? Yo no lo sé.

-Tienes razón-dijo la flor de la vanidad-, quieres engañarte y lo consigues, y amas lo que no quisieras amar, porque amas lo humano y dejas lo sublime para después. Quise contestar a la flor, y oí una vocecita que me decía:

-¿Por qué no escuchas la voz de tu conciencia? Por ella te hablan las flores del cielo.

-¡Perdón, Señor!-murmuré-, creo que estoy loca; perdonadme, flores queridas, no me abandonéis. Y quedé sumergida en el abismo de mi desencanto, hasta que la voz de mi protector me hizo volver a la vida real; éste me preguntó cariñosamente qué me pasaba, porque me encontró desfiguradísima. Yo le conté cuanto me había pasado, y él me dijo sonriéndose:

-Vamos, vamos, no hay para tanto. Es verdad que te has despertado algo tarde; sueñas con el amor de una familia. ¿Por qué te hiciste religiosa? Sueñas con lo divino y con lo humano, y a pesar tuyo, te atrae más lo humano que lo divino, y te atrae porque la ley se cumple en ti, como en los demás seres; vuela el alma, pero no

vuela el cuerpo, y éste tiene sus exigencias, que únicamente el tiempo las anonada; aún no eres vieja, he ahí tu gran desgracia. Tu situación es violenta, muy violenta, y hay que gastar estas actividades de tu organismo en algo útil que compense la pérdida de una familia. ¿No es verdad que hace muchísimo tiempo que no visitas a los pobres? Pues mira: cada vez que sueñes con amores humanos, ve a ver a los desvalidos y cuando encuentres hijos sin padre, mujeres abandonadas por sus maridos, ancianos estorbando en todas partes, jóvenes marchitas lamentando su credulidad, reflexiona y considera y persuádete que de los gustos del cuerpo brotan estas excrecencias sociales que tanta lástima inspiran. Recuerda que un dolor muy profundo se cura radicalmente leyendo algunas páginas de la historia de la humanidad. Yo también he llorado mucho, porque también he amado y he amado imposibles, he mirado al sol, y el sol me ha cegado con sus rayos, y sólo me he consolado pensando en el porvenir de la humanidad. Si la vida es eterna, espera recompensas, hija mía. Yo sé que volveré mañana, pequeñito, muy pequeñito; pero en mi pequeñez seré dichoso, porque seré libre y viviré amado, pagaré una parte de mis deudas, pero tendrán una tregua mis ansiedades, mis ambiciones, mis temores y mis recelos.

Mucho habló mi protector sobre sus existencias futuras, y al despedirse me arrojé en sus brazos pidiéndole que no se marchara al día siguiente, que necesitaba su presencia y sus consejos. Me prometió quedarse algunos días más, y se marchó. Cuando me quedé sola, sentí de nuevo un gran desfallecimiento; mi aposento me pareció una prisión de las mas sombrías; miré mis papeles y exclamé: "Depositarios de los delirios de mi alma, ¿quién os guardará? ¡Nadie! ¡nadie! ¡nadie! Moriréis quemados; de mí nada quedará, ¡nada! Dicen que hay amores, ¡que hay maternidad! ¡Qué bueno será ser madre! A mi ya me llaman madre, ¡que irrisión! ¡Qué burla tan despiadada! Madre es la que amamanta a su pequeñuelo; la que llora en los males de su hijo, la que le enseña a rezar, la que sostiene sus primeros pasos, la que se consagra en cuerpo y en alma al fruto de sus entrañas; madre es la mujer que produce, la que por su fecundidad cumple la ley más hermosa de la naturaleza; mas no son madres las mujeres estériles, las infecundas religiosas. ¡Dios mío! ¿Porqué me hicieron religiosa? Yo no quería, obedecí, huí de la tiranía doméstica, di mi cuerpo a las fieras del ascetismo, y hoy me espanto de mi propia obra, y para olvidar mi locura iré a ver a los desdichados, que son los trastos viejos de pasados vicios; pero esto no me consolará, porque yo sueño con los ojos de un niño cuya boquita me diga: "¡Madre! ¡¡madre!! ¡¡madre!!...", y lloré amargamente al repetir tan dulce nombre; estaba desesperada, lo confieso, tanto, que no me di cuenta del transcurso de las horas, y llegó la noche sin haberme alimentado; sentí pasos y se presentó mi hermano mayor pidiéndome cuenta de mi retraimiento, quejándose amargamente de mi apartamiento, y me dijo con más suavidad:

-Te quiero siempre mucho; te creo impecable, y siento que te alejes de mí. No temas mi enojo, te quiero siempre.

-Pues no me quieres, te engañas; si me quisieras, harías lo que yo deseo.

-¿Y qué deseas?

-Que legitimes tus hijos.

-¿Otra vez con tal manía?

-Sí; y hoy te lo digo con más afán que nunca, porque hoy sueño con los

amores de la tierra; sé que no tendré hijos que me llamen ¡madre!, y esto ¡lo siento tanto! ¡tanto!... Mi hermano se conmovió mucho y me dijo:

-¡Pobre hermana mía! No sabes lo que pides; tú ignoras que en el vergel del amor todas las flores tienen espinas. Escucha: hace muchos años que me enamoré de una joven pobre y honrada y muy hermosa; padecía todas las inquietudes de un verdadero amor y sufrí todas sus consecuencias, porque la pasión pudo más que la reflexión; separé a mi amada de su familia, asegurando el bienestar de sus deudos, y a ella la conduje a una casa de campo donde ha vivido y vive separada del bullicio y de las tentaciones; mi amada prometió amarme, y durante algunos años me obedeció dócilmente; pero después de tener dos hijos, cambió totalmente su modo de ser, y se volvió exigente; quise educarla y no lo conseguí; tuvo el tercer hijo y entonces dijo a los dos mayores quién era yo; la madre conspiró con sus hijos contra mi; hemos tenido gravísimos disgustos: la madre inculca a sus hijos el odio hacia mí; el mayor, que ya tiene quince años, me mira con el mayor desprecio; la madre se embriaga, y cuando está ebria no es mujer, es una furia; ¿qué hago yo con esos seres? Trataré de hacerlos felices; pero... muy lejos de mí.

-Pues tú eres el autor de tanta desgracia.

-Pues prefiero la muerte, que estar junto a ellos.

-Y yo te repito que tu acción es infame, porque ella era honrada y tú la deshonraste; morirás maldecido de tus hijos y de su propia madre, y Dios sabe si el vicio de la embriaguez lo tomó como recurso para olvidar su desgracia, y sobre ti cae también su nueva degradación.

-No nos entendemos.

-Lo creo; tú quieres a tus hijos deshonrados y yo los quiero honrados. Ya íbamos a separarnos, cuando le dije a mi hermano:

-Oye: ¿estás bien de salud?

-No, estoy agitado; me agito siempre que hablo de mis hijos.

-Pues mira, hermano mío, yo quisiera verte feliz: piensa en mis palabras.

-Vamos a cenar y no hablemos más de tal asunto.

Durante la cena hablamos mucho y Benjamín celebró mis oportunas ocurrencias, porque yo, después de tanta lucha, recobré nuevas fuerzas y estaba animadísima, pues anima mucho defender a los inocentes. ¡Es tan bueno defender a los niños!

Cuando volví a mi estancia, oré con inusitado fervor, y vi a muchos niños que me decían: "Ya tendrás hijos, que buscarán tus ojos como los únicos soles de su vida."

Me acosté, y ¡cuánto debió luchar mi espíritu! Vi a multitud de familias que peleaban continuamente entre sí, y se odiaban encarnizadamente, por arrebatarse pingües herencias; vi a muchas madres desnaturalizadas y perdidas que arrojaban a sus hijos al montón de las inmundicias sociales, y me vi entre aquellas desdichadas, y al verme, comprendí que era justo cuanto sufría siendo religiosa y exclamé sollozando: "No puedo por ahora tener hijos, ¡los abandoné! ¡qué verdad tan amarga!, y ahora tengo que conquistar el amor de nuevos hijos; pues lo conquistaré siendo un ángel de la caridad, lucharé y venceré.

Me desperté fuerte y animosa, saludé al sol y luego hablé con las flores del cielo, y éstas me hablaron, las unas con sarcasmo, las otras burlándose de mis

cuitas, y todas me dijeron que eran el emblema de todas las afecciones humanas.

-Entonces, si sois el símbolo de todos los afectos, ¿cuál de vosotros simboliza el amor?

-Yo-dijo una florecita muy diminuta-, yo soy el Amor; sin mí, mis compañeras no tendrían perfume; aquí donde me ves tan pequeñita, soy la que derramo todas las esencias en el universo; sin mí, las flores no existirían, soy el alma de todo lo bello, de todo lo grande, y con el ser el soberano de todos los mundos, mira dónde me albergo.

Y en una hendidura del tronco que sostenía a las demás flores, por estar en el centro del ramo, desapareció la florecita que simboliza la esencia de Dios. ¡Cuan cierto es que lo que es verdaderamente grande, no necesita de pompas mundanas! Vive de su propia vida: el amor tiene vida propia, vive en todas partes, porque su calor es principio de vida eterna.

Pensé después en las obras del nuevo convento de religiosas; llamé al sacerdote y al arquitecto, para que me dieran cuenta de sus trabajos, y súbitamente me acordé de Benjamín, el cual, contra su costumbre, no me importunaba con sus visitas. Pasé yo a su estancia, y Benjamín quedó muy sorprendido al verme, igualando su contento a su sorpresa, y entonces habló de sus preparativos de boda; le pregunté si estaba realmente enamorado de su prometida, y me contestó:

-Sí, sí; la quiero; pero no la quiero más que a ti, al contrario, a ti te quiero mucho más que a ella.

-Calla y no desvaríes, y sobre todo que nunca se lo digas a tu amada; ¿y ella crees que te amará siempre?

-¡Oh! Si no me ama, peor para ella, porque cumpliré con mi deber acabando de una vez con su deshonra y la mía.

-¡Qué locura! Tras de una falta, ¡un crimen!

-Hermana mía: no filosofemos; filosofar es sufrir, y ahora quiero ser dichoso; me quieres tú, y me quiere ella, ¡soy feliz!

Cómo cambia los acontecimientos el destino de los hombres: ayer Benjamín era el eterno aspirante a suicida: ¡hoy es dichoso! Y en cambio, mi hermano mayor está al borde de un abismo. ¡Maldito sea el orgullo de raza!

Viendo que el arquitecto no venía, fui yo a su casa y lo encontré atareadísimo trabajando en los planos del nuevo convento; le pregunté por el sacerdote, si le había visto, y me contestó que no; mas como titubeó al contestar, le dije:

-No me engañéis: quiero saber la verdad de todo; ¿ha venido?

-Sí, pero sólo ha venido una vez, está enfermo.

-Estoy muy quejosa de vos.

-¿De mi? ¿Y por qué?

-Porque os eternizáis con esos planos, y los pobres obreros, ¡cuántos días sin trabajar! ¡cuántos días de hambre, Dios mío!

El arquitecto me prometió lo que yo quería, darles pan a los jornaleros sin pérdida de tiempo, y con esta promesa volví a mi casa más animada; mandé llamar nuevamente al sacerdote, y éste vino sin demora, en los momentos que mi protector me decía: *Adiós,* encontré al sacerdote, muy pálido; le reconvine por la poca prisa que se daba en dar comienzo al replanteo de las obras; mi protector también le hizo

cargosa mistosos, y él prometió en breve plazo emplear a centenares de obreros, se marchó y mi protector me preguntó:

-¿Quieres fundar otro convento de religiosas, o más bien asilos para niños y ancianos? Procura emplear tu tiempo en obras beneficiosas, que labrando el bien ajeno se labra el propio.

Y estrechándome en sus brazos, me besó con efusión, y con verdadera función evangélica me dio su paternal bendición, y muy conmovido se separó bruscamente de mí y se marchó con la mayor presteza.

Le vi partir con tristeza y recordé que él había sido el primero que me hizo llorar en el comienzo de mi vida, y sin embargo, exclamé: "¡Cuánto le he debido! Todo se lo debo a él, por eso le quiero tanto, como si fuera mi padre, quizás más aún, ¡ha sido siempre tan bueno para mí!

-Vino también el sacerdote para decirme que ya podían comenzar los trabajos.

-¡Cuánto me alegro!-le dije-, hay tantos pobres sin pan, que un día sin trabajar es un día de crimen.

Se hizo el replanteo de las obras, y algunos días después, visité el punto donde trabajaban centenares de obreros. ¡Con qué cariño me hablaron todos! Encontré después a muchas mujeres, esposas de los trabajadores, que llevaban a éstos su frugal alimento. ¡Con qué respeto me miraban todas! Algunas quisieron besarme la mano, y yo se lo prohibí terminantemente, ¡me veía tan pequeña ante ellas! ¡Las consideraba a ellas tan útiles y a mí tan inútil! Aquellas pobres mujeres aumentaban la gran familia humana, y yo, mísera de mí, la disminuía! Ellas daban hombres y mujeres a su patria; yo le robaba a la patria mujeres sin voluntad y las condenaba al celibato y las esterilizaba y las hacía insensibles, y las momificaba en nombre de una religión. En sana lógica, yo era la que debía postrarme ante aquellas mujeres valerosas que sabían luchar y vencer en el combate de la vida. Me llamó vivamente la atención una mujer joven, morena y agraciada, que llevaba en brazos a un niño, sosteniendo además un cesto, y otro chiquitín cogido a su falda gemía y lloriqueaba queriendo ocupar el puesto de su hermano. Entablé conversación con ella, y me contó sus cuitas, ¡cuánta miseria, Dios mío!: tenía cuatro hijos, todos pequeñitos, y sólo el marido, que casi siempre enfermo, era el que trabajaba sin poderse tener. Sin saber lo que me hacía, destapé el cesto, y encontré en él viandas tan poco sustanciosas y pedazos de pan duros y tan escasos, que comprendí cuan justas eran las quejas de aquella infeliz mujer; quejas humildes; no había en sus lamentaciones amargos reproches, no; ¡cuan inferior me vi ante ella! Le prometí aliviar su triste suerte, y en seguida fui a ver al arquitecto para pedirle que aumentara los jornales de aquellos infelices, que no ganaban para mantenerse; el arquitecto me miró con extrañeza y me dijo:

-Siempre han ganado lo mismo.

-Pues esa no es una razón para que continúe el abuso, antes al contrario, mientras más viejo es el mal, más obligación tenemos de arrancarlo de raíz; ¿qué es el progreso? El derrumbamiento de los viejos abusos y la creación de nuevas consideraciones y protecciones para la parte más débil de la humanidad, para los vencidos en el rudo combate de la vida.

-Es que no habrá dinero bastante.

-Lo habrá; haced lo que os digo y tendrá el nuevo convento los mejores cimientos, que serán las alegrías de los pobres.

Me fui muy contenta a mí casa, dándome palabra a mí misma de cuidarme de los necesitados, obedeciendo las órdenes y siguiendo los consejos de mi protector, que tenía mucha razón al decirme: *Recuerda que un dolor muy profundo se cura radicalmente leyendo algunas páginas de la historia de la humanidad.*

CAPÍTULO LXV

Recordando los buenísimos consejos de mi protector, me dirigí a los hogares de varias familias muy pobres, pobrísimas, con el único afán de pulsar, por mi misma, el sentimiento universal; quería ver cómo los pequeñitos pensaban y sentían, cómo los más infelices sobrellevaban la pesada carga de su vida.

Puedo decir que en mi excursión piadosa recorrí la *Calle de la Amargura*, en los hogares más pobres, eran sus habitantes la negación de la belleza y del sentimiento, ¡qué tipos! ¡qué almas! ¡qué conjunto de inmundicias y de asquerosidades! No sabía dónde había más pobreza, si en los cuerpos o en las almas. ¡Qué embrutecimiento tan absoluto! ¡Qué carencia de toda idea noble y levantada! Parecía imposible que aquellos seres estuviesen animados por un soplo divino; mi inteligencia se perdía en lo desconocido, y osaba a pedir cuentas a Dios mismo de aquel abandono, de aquel envilecimiento, de aquella pobreza tan desconsoladora. En los niños no había más que un deseo: ¡comer! Su ternura Filial la demostraba diciendo: "¡Ah!, mi madre nunca me deja sin comer." ¡A qué consideraciones tan amargas se prestaba cuanto veía y cuantas palabras escuchaba! Me llamó la atención un pobre niño casi desnudo, de rostro macilento, que me miraba con inocente curiosidad.

-¿Qué tienes?-le pregunté-, ¿estás enfermo?

-Sí, tengo mucho mal en la cabeza.

Y se acercó más a mí, para que se la viera. ¡Qué horror!... Tuve que armarme de valor para mirar aquel conjunto imposible de describir.

-¿No tienes madre que te cure?

-No tengo más que a mi abuela, y es tan vieja, que yo tengo que cuidarla a ella.

Y efectivamente, me llevó junto a su abuela, que ya era más del otro mundo que de éste, ¡pobre mujer!; hay pobres que se convierten en *cosas* por su escasa inteligencia, porque en los lugares donde el agua abunda, puede perder la miseria una gran parte de su horror; el agua todo lo limpia, y los pobres, no sé por qué razón, tienen en su mayoría aversión al uso del agua; y ese odio a la limpieza aumenta su infortunio y el número de enfermedades que de continuo les asedian. Razón tenía mi protector al decir que son los pobres una página de la historia humana, que da mucho que pensar, porque tienen cuerpo y alma como los demás seres; son entes racionales por su especie, y muchos de ellos parece que se empeñan en retroceder buscando su semejanza en otras especies de la escala zoológica. ¿Qué misterio es éste? ¿Qué perversión del sentimiento se opera en ellos? ¿Guardan quizá en el fondo de su alma un odio profundo a la humanidad, y gozan arrojando todas sus inmundicias sobre una sociedad que no se ha cuidado de ellos? La mayoría de los pobres recibieron mis dádivas con la mayor indiferencia; mis frases cariñosas no

encontraron eco en aquellos corazones petrificados; únicamente los niños me miraron complacidos, diciéndome con alborozo: "¡Cuánto vamos a comer!" ¡Infelices! Sólo pensaban en satisfacer su voraz apetito; ni uno solo de aquellos desventurados pensó en comprar ningún juguete; su vida no tenía otro objetivo que saciar su hambre; entre ellos y los irracionales, ¿qué diferencia había? ¡ninguna! ¡Ay! Qué triste me dejó mi visita a los pobres; me parecía que encontraba injusticia, y mi alma se sublevaba ante lo injusto. ¿Pero a quién acusar? El vuelo de mi razón me hacía temblar, y no quería pensar ni analizar, por miedo de ir demasiado lejos; porque, ¿quién era yo para juzgar las injusticias sociales? Visité después a muchas familias obreras, y, desgraciadamente, salí muy mal impresionada de todas las casas donde me detuve; sólo una casita encontré que parecía un pedacito de cielo, sólo una, entre tantas viviendas sucias, mal olientes, con los escasos muebles en desorden, las mujeres despeinadas y harapientas, y los niños jugando por la calle. Pregunté a muchas mujeres cómo vivían, y casi todas ellas hablaron pestes de su marido, diciendo que el jornal ganado en la semana quedaba depositado el sábado por la noche en las ventas y ventorrillos de las afueras de la ciudad; y yo mirando a aquellas mujeres mal habladas, peor vestidas, sin ningún encanto, sin el menor atractivo, las consideraba como la causa de los vicios de sus maridos. Traté de hacérselo entender así a una mujer joven y bella, a pesar de su abandono; le aconsejé que usará más aseo y más limpieza e n su persona y que hiciera un estudio especial para atraer a su marido, y ella me contestó: "¿Yo atraerle? Otro trabajo tengo, y además, cuando está en casa me maltrata de palabra y obra; conque así, mientras más lejos, mejor." ¡Qué cuadros de familia...!

Ya iba a regresar a mi casa triste y desconsolada, cuando acerté a pasar por una calle solitaria, donde hallé una casita blanca como la nieve, muy pequeña, de apariencia muy humilde, pero tan limpia... Encima de la puerta de entrada había colgado un jaulón, donde unos cuantos pajarillos de escaso valor picoteaban unas ramas verdes entrelazadas con los alambres de su prisión; junto a la puerta había un tosco asiento de piedra, y allí me senté para escuchar a los pajarillos, que cantaban ruidosamente, alegres y satisfechos. A los pocos momentos de estar allí sentada, salió de la casa una mujer joven y diligente; vestida con la mayor sencillez, pero revelando en todo su atavío el arreglo y la limpieza; al verme, se quedó muy sorprendida, pero se repuso pronto de su sorpresa, y me dijo:

-Entrad, señora, y os sentaréis con más comodidad.

-No, dejadme aquí; me gusta mucho ver cuanto me rodea y escuchar el canto de los pajaritos.

-Como queráis, señora, la voluntad me sobra; sé quién sois y os quiero mucho.

-¿Sí?... Cuánto me alegro.

-¿Y quién no os ha de querer, señora? Mi marido os tiene verdadera adoración, ¡hace tanto tiempo que por vos trabaja!

-¿Sí? ¿Y qué hace?

-Es... medio albañil.

-¿Nada más que medio?

-Nada más, porque no tiene mucha salud, y no puede subir a los andamies; se le va la cabeza, y es, como si dijéramos, un criado de los albañiles; pero, gracias

a Dios, sus compañeros le quieren mucho, y aunque el jornal es muy escaso, no nos falta el pan de cada día.

-Pues esta casita no revela la miseria.

-Es que no la hay, porque yo también trabajo.

-¿En qué trabajáis?

-Ya lo veréis.

Y entró en la casita, saliendo a poco con un pequeño telar donde se entrelazaban múltiples hilos y formaban un encaje preciosísimo: nunca había visto labor igual; parecía que manos no la habían tocado, tal era su blancura inmaculada.

-¿Quién os ha enseñado a producir esta maravilla?

-Mi madre; es una herencia de familia; mi bisabuela se crió en un convento, y allí le enseñaban muchos primores, entre ellos, éste.

-Pues nunca he visto ningún encaje que se pareciera a éste.

-Aquí nadie lo hace más que yo, y todo lo que yo hago se lo lleva un comisionado de una casa extranjera que pasa por aquí dos o tres veces al año; es un trabajo muy pesado; hago un palmo cada semana; pero me lo pagan bien, y así vivimos sin muchos apuros mi marido, ni niño y yo.

-¿Tenéis un niño?

-Si, ya le veréis, que le siento cantar.

Y efectivamente, apareció un niño hermosísimo, con una blusita muy limpia, con su carita blanca y sonrosada y su hermosa melena rubia, naturalmente rizada. Su madre, al verle, le dijo enseguida:

-Mira, hijo mío, esta señora es la que tu padre quiere tanto, la que él llama la madre de los pobres.

El niño me miró muy fijamente; no parecía que me miraba un niño, sino un pensador profundo, debió quedar contento de su mudo examen, porque se acercó más a mi y se apoyó en mi rodilla, como si me pidiera besos.

-¿Cómo te llamas?

-Juan.

-¿Y cuántos años tienes?

-¡Oh! ¡Ya tengo seis años!

-¿Sabéis leer?

-No, las monjas sólo me enseñan a rezar, y me dejan jugar cuanto quiero; dicen que soy muy bueno.

-Yo también lo creo así; pero es preciso que aprendas a leer.

-Yo también quiero aprender, y yo solo me enseño; ya conozco una letra.

-¿Sí? ¿Y qué letra conoces?

-La O.

-Principio quieren las cosas; y viendo que eres tan bueno, quiero dejarte un recuerdo-y le entregué mi bolsillo con varias monedas de plata-; con esto que tu mamá te compre una blusita, y cuando te la pongas, acuérdate de mí.

-Es que también me acordaría si me comprara dulces, me gustan mucho.

-Pues que te compren dulces y sea mi recuerdo para ti tan dulce como yo deseo-. Y dirigiéndome a su madre, añadí: -Decidme el nombre de vuestro esposo, que desde mañana ganará jornal doble, ya que los dos sabéis aprovechar el tiempo de vuestra vida, sois fieles guardadores del tesoro que Dios entrega a sus hijos; le

habéis aumentado con vuestras virtudes; en medio de vuestra pobreza, os sabéis amar y educáis a vuestro hijo... ¡Bendito sea este hogar! ¡Bendito sea!

La madre y el niño quisieron besarme las manos y yo les presenté mi rostro. ¡Con que afán me besaron los dos! Y en aquellos momentos, como si los pajarillos enjaulados tuvieran envidia de tanta felicidad, cantaron ruidosamente, como si dijeran: "¿Y para nosotros no hay nada?"

¡Qué bien impresionada salí de aquella casita! Era un cielo en miniatura; allí todo era armónico, risueño, encantador; aquella casita era el paraíso de mis sueños; ¡qué bueno será, decía yo, esperar la llegada de un hijo!... ¡y qué horrible no tener entendimiento y convertir la casa en un infierno! Y más horrible aún si un niño grita: ¡tengo hambre! ¡Qué mundo tan triste es éste. Dios mío! ¡Y tan alegre que podría ser!, si todos los moradores fueran como los habitantes de la casita blanca. Entre tantas mujeres y tantos hombres, sólo he hallado dos impecables. ¡Señor! ¿por qué tanto abunda lo malo, y tanto escasea lo bueno!

Cuando entré en mi estancia, la encontré deliciosa: mi camita tan blanca, mis muebles tan limpios, mi mesa tan simétricamente arreglada, mis flores del cielo siempre lozanas y olorosas, todo era bello, me dejé caer en mi sillón, y exclamé:

"¡Señor! Estoy sola, no tengo quien me estreche en sus brazos; pero aquí todo es paz y reposo, aquí todo es luz y armonía. ¡Gracias, Señor!

Me acosté tranquila y dormí muy bien; me levanté inspirada y me puse a escribir mis impresiones del día anterior: cuando describí la casita blanca, el pedacito de cielo arrancado del espacio por una mujer de entendimiento y de corazón, al pintar aquel lugar delicioso, lloré sin darme cuenta que lloraba, y me dijo una flor *del cielo:*

-Escribe y llora, que el llanto es la esencia del sentimiento; seguí escribiendo vertiginosamente, y cuando llegué a describir la mujer abandonada y embrutecida, me dijo la flor:

-Escribe, escribe, que para ti haces.

-¿Para mi?

-Sí, para ti, porque cuando dejes la tierra leerás tus escritos y falta te hará leerlos.

-Sí, porque nadie hará caso de ellos, ¿verdad?

-Y más te valdría si tal sucediera, porque harán de ti una mujer fanática, una iluminada, y no una mujer razonable, que es lo que tú eres en realidad, puesto que sabes buscar la razón de todas las cosas. Tus trabajos no serán comprendidos ni poco ni mucho, en tus escritos campea la verdad, y harán de ellos un tejido de mentiras.

Me reuní después con mis hermanos y estuve contenta, alegre y risueña. Mi hermano mayor también estaba de muy buen talante y terminada la cena, me dijo:

-Hace dos noches que, no sé si dormido o despierto, te veo tan clara, que no parece sino que entres en mi cuarto personalmente, y ¡me hablas con tanto cariño!... ¡y con tanta ternura!... Dime, ¿qué es esto? ¿Qué propósito tienes al consolarme? Me pones tu diestra en mi antigua herida, y siento un consuelo inmenso; te ruego que sigas viniendo, porque me das la vida.

-Pues yo, hermano mío, te juro que a Dios pediré serte útil. Cuando luego más tarde me acosté, rogué a Dios darme cuenta de mis actos. Yo adormida, me

trasladé al aposento de mi hermano, que era una cámara señorial, con un gran lecho, donde aquel se agitaba intranquilo, intranquilidad que se le aumentó al verme, diciéndome:

-Vete, no eres tú la que yo espero; tú eres la ponzoña de mi vida, la que me habla de honras y delitos; quiero que venga la otra; vete, vete de aquí. Me fui, y entonces oí a mi hermano que me decía:

-¡Ah!... Ya estás aquí: tú sí que eres mi hermana, ¡bienvenida seas!... Pero, Señor, dije yo, ¿qué es esto? ¿Cuántas personalidades hay en mí? Nadie me contestó y aturdida y contrariada, me entregué a un completo reposo; al día siguiente, pregunté a mi hermano qué había pasado, y él me dijo:

-¡Ah! ¡Si tú supieras! Vino otra antes que tú, es decir, ya eras tú, tal como te veo despierta, y luego viniste dormida y me hablaste con el mayor cariño; lo que no hiciste fue despedirte con ternura como otras noches; anoche, por el contrario, te fuiste rápidamente.

-Pero, hermano mío; es muy extraño lo que me cuentas, y no me explico cómo me presento a ti bajo dos formas distintas, ¿cuál de ellas seré yo? He aquí el gran problema. Me fui a mi estancia y pregunté a las flores *del cielo* sobre lo ocurrido, diciendo:

-¿Alguna de vosotras podrá decirme qué ha pasado esta noche con mi hermano, que me ha visto en dos figuras distintas?

Las flores se agitaron, cuchichearon entre sí, y al fin me dijo una flor, muy gravemente:

-No se trata de dos individualidades; se trata de la lucha entre lo humano y lo espiritual; tu hermano te ve revestido tu ser con las impresiones humanas, y cuando te colocas a mayor distancia, tus anhelos espirituales irradian mejor, y según te acercas o te alejas, así él te ve, con tus imperfecciones e intolerancias humanas, y con tu amor inmenso y tu abnegación sin limites empleada en el bien universal.

-Pero, ¿qué impera en mí, lo espiritual o lo humano?

-Impera el medio ambiente que te rodea; cuando te entregas en cuerpo y alma a las luchas de la humanidad, tu espíritu se subleva, quiere *desfacer agravios y enderezar entuertos* y te conviertes en un *mentor insoportable,* porque quieres realizar imposibles, quieres arrancar de raíz los vicios arraigados en las generaciones desde la noche de los siglos; pero luego, cuando tu cuerpo duerme, entonces tu espíritu hace un *recuento* de su ciencia adquirida, de sus trabajos regeneradores, de sus sacrificios por la redención humana; ve claros, muy claros, los horizontes ilimitados de la vida eterna; de ese modo te has acercado a tu hermano, no mirando en él a un pecador como muchos, sino a un espíritu que muy pronto habitará en los espacios y tú preparas su ánimo para las dulzuras espirituales; pero cuando no mides bien la distancia y te acercas antes de tiempo a tu hermano, éste te ve con tu envoltura terrena y te rechaza porque le has hecho sufrir; pero te alejas, te envuelves con otra vestidura más luminosa, más etérea, y él, al verle, te bendice, te adora, te cree su salvación; mas no es en realidad esa metamorfosis más que la consecuencia natural del trabajo realizado por tu espíritu, y así como los buenos obreros se visten el día de fiesta con sus mejores galas, así el espíritu, cuando se desprende de su envoltura terrena se engalana con las vestiduras que ha

ganado en buena lid, venciendo sus pasiones y trabajando para todos.

Calló la flor y yo me quedé muy pensativa, disgustadísima con las violencias de mi hermano, porque no era hombre de visiones ni ensueños. Por la noche nos reunimos todos a la mesa, y noté en los ojos de mi hermano algo extraño, tanto, que le pregunté:

-¿Cómo estás?

-Muy bien, ¿quién no está bueno teniendo a su lado un ángel como tú? Está visto que tienes manías, pensando siempre en males que no existen. Me acosté pidiéndole a Dios por la vida de mi hermano, y oí una voz que me decía:

"-Lo perderás a él y a otro." "-¿A otro?" "-Si, a otro, que está lejos." Durante mi sueño vi abismos profundos, mares irritados, volcanes en ebullición, ¡qué se yo!... Después vi a un viejecito que me preguntó:

-¿Dónde vas?

-Al cielo.

-Aun no puedes entrar.

-¿Y por qué?

-Porque no lo has merecido.

-Es que tengo mucho miedo de quedarme en la tierra; voy a perder dos seres muy queridos.

-¿Y qué? Si vinieron, bien se han de marchar.

-Pero me harán mucha falta sus fuertes brazos.

-¿Falta? ¿Y qué, acaso no te quedan los brazos de Dios?

-Decidme, ¿qué son las religiones?

-Son las andaderas de los espíritus en la ignorancia, no tiembles. ¿Por qué tiemblas? ¿No te quedan los brazos de Dios?

-Si; pero en la tierra se necesita una sombra de humana protección.

-Vuelve a tu cuerpo y vuelve tranquila, que sombra protectora no te faltará. Me desperté triste; pregunté al sol si se eclipsaría el sol de mi vida, y salí al campo buscando distracción; pero no conseguí distraerme. Por la noche pregunté de nuevo a mi hermano.

-¿Como estás?

-Mejor que nunca, mujer; qué manía de preguntar. Y aquella noche, a las doce, murió mi hermano, estrechando mi diestra, diciéndome: "¡Qué lástima! ¡Ya es tarde!" ¡Qué noche, Dios mío! ¡Qué noche! Su muerte fue instantánea. ¡Cuánto sufrí! ¡Cuánto lloré! ¡Cuánto!... porque una muerte repentina rompe violentamente los hilos misteriosos que enlazan a los seres de la tierra. Una enfermedad larga prepara el ánimo del paciente y de sus deudos, y la separación se efectúa sin violencia, sin gran dolor; pero cuando en el pleno goce de la vida se siente en el corazón la mordedura de la víbora, se da un grito aterrador, como lo dio mi hermano, grito que resonó en toda la casa, y más aún en mi corazón, y le vi desencajado, aterrado ante lo desconocido, diciéndome con la más horrible desesperación: *"¡Qué lástima! ¡Ya es tarde!"* ¿Para qué sería tarde, Dios mío?... ¡Qué angustia sintió mi alma! ¡Qué desolación más espantosa! Miré en tomo mío, y sentía el frío de la muerte, abrazando al cadáver de mi hermano, tocando su corazón inerte, me convencí, a pesar mío, que todo había concluido para él en la tierra, ¡todo!... Tanta vida, tanta fuerza, tanto amor, tanta solicitud, todo había desaparecido en menos de un

segundo. ¡Oh! Y no podía desaparecer, ¡imposible! ¡imposible! Yo miraba su cuerpo queriendo sorprender un estremecimiento, una contracción, y oí una voz que me decía: "Deja que vuelva a la tierra, lo que tierra es; q ue el espíritu a su tiempo te dará cuenta de su transformación"; bien escuché las palabras descritas, pero mi desconsuelo fue en aumento considerando mi soledad, mi aislamiento, que toda la familia universal no presta el calor que da un alma en contacto con nosotros; las miradas de cariño, los reproches de la experiencia, las advertencias de un ser que ama, son irreemplazables; en la tierra los cuerpos necesitan los otros cuerpos, la ley de las atracciones es tan justa, como lo son todas las leyes que rigen en el Universo.

CAPÍTULO LXVI

Difícil, muy difícil se me hace describir lo que sentí cuando la muerte de mi hermano; hay momentos en la vida humana que no tienen descripción posible. Me pareció que había perdido todas mis esperanzas, todas mis ilusiones y todas mis energías, ¡qué choque! ¡qué desastre! ¡que rompimiento tan inesperado de todos los vínculos de mi vida!...

Sequé mi llanto y me quedé contemplando aquel cuerpo que, con su aterradora inmovilidad: me decía: "¡Todo lo has perdido!" Benjamín, comprendiendo mi angustia, me cogió por el brazo derecho y me apretó con tal fuerza, que lancé un grito de dolor, y él me dijo irritado y celoso:

-Despierta, mujer, despierta: ¿yo no soy nadie? ¡Cuánto le querías! ¡Le querías más que a mí!...

-No; más que a ti, no; pero él fue nuestro padre, bien lo sabes; se interesó por nosotros más que nuestro padre mismo; deja que le llore y llora tú conmigo, que seríamos muy ingratos si no lloráramos por él.

Apoyándose en el brazo de Benjamín, salí de la cámara mortuoria y encontré a toda la familia, que acudió presurosa a rendir el último tributo a un hombre que para todos fue un padre, menos para sus hijos. ¡Qué misterios! ¡Qué anomalías! Cada espíritu es un mundo en formación, en algunos de ellos, ¡qué sobra de sentimientos y qué carencia de buen sentido! Bien se comprende que cada existencia es un capítulo de su eterna historia, por eso no hay enlace en los actos de su vida; no puede haberlo, porque todos ellos son hilos pendientes de otros acontecimientos, o continuación de pasadas luchas; no se comprende de otro modo que un hombre pueda ser la Providencia de muchos que no le necesitan y ser un tirano para aquellos que le deben el ser. Mi hermano fue uno de éstos.

Entre los recién llegados, había una sobrina, que se abrazó a mí, diciéndome:

-¡pobrecita tía mía! ¡Cuánto lo siento por ti! Tú has perdido más que nadie; por eso vengo a consolarte.

-Tú siempre llegas a tiempo, hija mía, y no olvides que nadie más que tú podrá consolarme, ¡eres tan buena! Al llegar a mi aposento, Benjamín se despidió y me abrazó llorando amargamente; su llanto me consoló, ¡sabía sentir! Sus celos habían muerto y renacía el más noble de los sentimientos, el amor fraternal. A solas con mi sobrina, ésta me hizo que le contara todos los detalles de la muerte de mi hermano, y yo, sin omitir ninguno, le di cuenta de todo, hasta de mis visitas en espíritu; me miraba muy sorprendida y me decía moviendo su preciosa cabecita:

-He de creerlo porque tú lo dices; pero... ¿habrá cosa más particular? Mira tú que eso de ir el alma y quedarse el cuerpo tan quietecito como si ya estuviera muerto... ¡Ah! tía mía, no hagas muchas visitas así, no sea que te entretengas por el camino y cuando vuelvas te encuentres con tu cuerpo... ¡muerto!... No te mueras, que si tú te mueres, me moriré.

¡Cuánto me quería aquella criatura! Era verdaderamente angelical; se marchó con harta pena, porque su gusto era estar junto a mí; pero su madre tenía celos, y yo no quería en manera alguna privar a mi pobre hermana de la gratísima compañía de su hija, que felicidad usurpada deja de ser felicidad.

Al quedarme sola, sentí un murmullo que fue aumentando, y era que se iba aumentando el número de los visitantes, y todos entraban a ver al muerto acompañados de Benjamín, que se multiplicaba, el pobrecillo, para estar en todas partes. De pronto sentí un grito agudo, en el cual se exaltaba el desconsuelo de una mujer, ¡qué grito aquél!... Tras de aquel grito oí muchas voces juntas y una voz suplicante que decía:

-Por Dios, dejadme entrar.

Y a su súplica siguió el llanto de la desesperación, y voces de mando impidiendo la entrada de aquella mujer; comprendí al momento quién sería ella y corrí al lugar donde se desarrollaba tan triste y tan violenta escena; al llegar yo, decía ella:

-Dejadme llegar hasta él, que me pertenece; él fue muy ingrato para mí, pero ¡es mío! ¿No sabéis quién soy yo? Yo me acerqué a ella y le dije al oído:

-Cálmate, mujer, cálmate; para todo habrá tiempo. Ella me miró airada, y yo proseguí diciéndole:

-Te repito que te calmes; yo también tengo derecho a él, le he querido como a un padre.

La infeliz entonces, comprendiendo quien era yo, perdió su altanería, diciéndome humildemente:

-Haced de mí lo que queráis, sé quién sois y lo que habéis hecho por mí, ¡todo lo sé!... La cogí de la mano y la llevé junto al cadáver, diciéndole:

-Mírale... y ora.

-¿Y besarle no podré?

-Sí, bésale cuanto quieras, que tus besos de ahora serán el prefacio de la segunda parte de vuestra historia de mañana.

La infeliz, sobrecogida de temor y angustia, le besó castamente en la frente y en las manos; aquellos besos me demostraron lo que aquella mujer valía, besos respetuosos y apasionados a la vez, besos que revelaban la pureza de su alma, besos que le ganaron mi admiración.

Comprendí que aquella escena debía tener un término, y enlazando mi brazo a su cintura, me la llevé a mi estancia; la infeliz, al entrar, tembló convulsivamente y me dijo:

-¿Y puedo yo entrar aquí? ¿Y qué haré en este santuario?

-¿Qué harás? Llorar por el amor de tus amores; llora y desahógate; llora y tranquilízate. ¿Pensabas quizá que yo te abandonaría? Estás en un error: llora... llora no te bebas tus lágrimas, que tienes que vivir para tus hijos.

Al oír aquella desventurada mis últimas palabras, como si se hubiese

desprendido una piedra que ocultara abundante manantial, y éste, libre de obstáculos brotara impetuoso, así de sus ojos brotaron ríos de lágrimas y de su boca amarguísimas quejas. ¡Cuánto lloró aquella infeliz! No tenía consuelo. ¡Qué frases las suyas! ¡Qué reconvenciones tan justas! El verdadero dolor es elocuente, y aquella mujer, dominada por la más horrible de las penas, hablaba con tanto sentimiento, que uní mi llanto al suyo lamentando su infortunio. Al fin se tranquilizó un poco y le dijo:

-Con nadie he sido ingrata, y contigo no lo seré tampoco.

-¿Sabéis toda mi historia?

-La sé en parte: en ella hay mucho bueno y mucho malo.

-No sé lo que hay, señora; yo no sé más que una cosa, que soy familia pobre y honrada; su hermano me quiso mucho, y yo... obedecí todos sus mandatos y accedí a todas sus exigencias, aunque accediendo a ellas tuve que separarme de mis padres, a los que di pan, mucho pan, a cambio de la honrra, que les quité; pero... ¡le quería tanto a él! Lloré cuando él lloraba, y hubiera dado mi vida por no verle llorar.

-Mi hermano, ¿lloraba?

-Sí, señora; lloraba la ingratitud de sus deudos, yo procuraba complacerle y animarle; pero no se consolaba y me decía: "Eres una pobre mujer, y nada más, ni consolar sabes." Cuando fui madre, se puso mucho más amoroso conmigo; quería con delirio al niño, lo quería más que a mí, ya lo creo; y siempre me encargaba que velase por él, y añadía: "Que nadie, ¿entiendes? que nadie sepa nunca que este ser es mi hijo." Aquel misterio y aquella orden me lastimaba, y huía de acariciarle, y entonces él me pedía cuentas de mi tibieza, y yo le decía: "Me parece que os estorbo cada día más, puesto que siempre os lamentáis de vuestra soledad; de continuo decís que estáis ¡tan solo!... ¿y yo no soy nadie? ¿soy una roca? "Una roca, no; un tronco, si" ¡Cuánto me hirió aquella frase! ¡cuánto! ¡yo era un tronco! Y cedí a sus halagos y abandoné a mi honrada familia, y viví únicamente para él... ¡Qué ingrato fue para mí! ¡qué ingrato! Tuve mis hijos y los quiso mucho, pero a mí me fue odiando, lentamente, yo lo conocía. Cuando estaba rodeado de sus hijos, si yo me acercaba, hacía un ademán de impaciencia y me decía: "Vete, quiero estar solo con ellos." Un día llegó furioso, ebrio de cólera, y cogiéndome por un brazo me dijo: "¿Qué has hecho, desventurada? ¿Has publicado el secreto de nuestros amores?", y yo le dije:

"Mientes y mientes como un bellaco, porque a nadie conté mi infortunio, que con nadie hablo, ¿no lo sabes? Procuro olvidar mi desgracia embriagándome, pero hablar, jamás." "¿Esas tenemos? ¿Conque te embriagas? Me alegra saberlo, porque te llevaré donde no veas el sol."

Mi hijo mayor, que ya tiene quince años, reconvino a su padre muy seriamente, empleando frases verdaderamente conmovedoras, pero su padre no se conmovió, antes el contrario, se irritó y se encolerizó horriblemente, tanto, que yo creo que aquel disgusto le ha costado la vida. Yo creí que no volvería más, pero volvió, y su hijo volvió a la carga, ¡cuánto lucharon los dos! Eran dos caracteres de hierro; mi hijo no cedía en su derecho; su padre no capitulaba, y tanto se desesperó un día, que dijo, loco de rabia: "Creo que tú eres mi hijo, quiero creerlo, ¿pero qué importa que seas mi hijo, si tu madre es una prostituta?"

¡Qué horror, señora! ¡qué horror! ¡Se quejaba de su propia obra! Mi hijo por poco le mata, y me puse por medio, y se fue el padre de mis hijos; desde aquel día todo cambió; cuando él llegaba, sólo salía a recibirle el niño más pequeño; los demás nos escondíamos; vino últimamente, y como si presintiera su muerte, nos llamó a todos, nos acarició, y llamando al hijo mayor, le abrazó diciendo: "Busco la forma para legitimaros, para daros mi nombre, mi nombre a ellos, no a ti, dijo mirándome con desprecio." Esta fue su última ofensa, señora. ¡Cuánto he sufrido! Vuestro hermano era muy grande por fuera y muy pequeño por dentro; pero yo le amaba, reconocía todos sus defectos, me mataban sus desprecios, pero ¡le amaba! ¡le amaba! ¡no podía vivir sin él!

Yo escuchaba a la pobre mujer y pensaba: "¿Y esto es vivir?" Para ser madre así, más vale morir, sí, más vale morir. Ser madre y merecer el desprecio, ¡qué horror! El desprecio del hombre adorado. ¿Y no se ha vuelto loca esta mujer?..." Y mirándola, le dije:

-¿Pensabas que de aquí yo te echaría? No; aquí estarás conmigo; para mí eres la viuda de mi hermano; te sentarás a mi mesa, en unión de tus hijos, hasta que se de lectura al testamento de mi hermano, y si éste no supo cumplir con su deber, yo nunca os abandonaré.

La pobre mujer no volvía de su asombro; hice venir a sus hijos, y mi familia respetó a los huérfanos y a su madre, que en honor de la verdad, no podía ser más prudente ni más humilde, y viendo su proceder, dije a los míos: "Si esta mujer tiene vicios, se los quitaremos, que los vicios que se adquieren para olvidar ingratitudes, son fáciles de quitar."

Llegó por fin el día de abrirse el testamento, y yo me dije a mí misma: "Si mi hermano no supo cumplir con su deber, y les daré a sus hijos mi herencia, me iré al convento, y allí nada necesito." Al pensar así, miré al *ramo del cielo,* se agitó una flor y me dijo: "Nada temas, el cielo se abre para las almas generosas."

Pasé al gran salón, que presentaba un aspecto importante; mi numerosa familia y parientes de cuarto y quinto grado, todos acudieron; la viuda y los huérfanos esperaban su sentencia en una cámara inmediata, desde la cual podían ver y oír perfectamente, entre los concurrentes había varios sacerdotes. Se comenzó la lectura, que fue larga y pesada, pues entre los bienes de mi hermano había varias capellanías y legados de otros parientes, con cláusulas enojosas para sus herederos, pues éstos tenían que ser religiosos, bajo pena de perder la pequeña herencia; seguían después pequeñas mandas para los servidores más antiguos, y por último me nombraba heredera universal de su gran fortuna, de los bienes exclusivamente suyos; y para una familia desgraciada, que era su mujer y sus hijos, dejaba una pequeña cantidad. Al resonar mi nombre, todas las cabezas se movieron movidas por el resorte de la envidia; todos me felicitaron hipócritamente, menos Benjamín, éste me dio un apretón de manos que por poco me las descoyunta. Yo pedí a todos algunos momentos de atención. Estupefacción general: ¿qué iría yo a decir? Pronto satisfice la curiosidad de los presentes, diciendo:

-Señores: Mi hermano no ha cumplido bien: para mí bastaba una pequeña suma para mis pobres; una familia es aquí la desheredada; como mi hermano murió repentinamente, no pudo en vida enmendar sus yerros, y ya que ha quitado un

nombre a sus hijos, yo les daré la fortuna que de derecho les pertenece.

Todos quedaron mudos, menos el escribano: éste se levantó radiante de alegría, y me dijo:

-No me engañé, señora, al creer que cederíais a los verdaderos herederos la fortuna; vos nada queráis del mundo.

-Sí que quiero, dije yo, quiero de este mundo el amor y la familia.

-Eso-exclamó mi sobrina-está en el cielo, que es donde está Dios.

Comprendiendo que la viuda y los huérfanos arderían en deseos de verme, me reuní con ellos, y nunca olvidaré la expresión de aquellos semblantes, ¡qué alegría reflejaban! El niño mayor, especialmente, con qué alegre arrogancia me miró y con qué ternura me dijo:

-¿Me permitís que os de un abrazo?

-Sí, hijo mío, uno y cien.

Al oírme, el adolescente se arrojó en mis brazos, y por un instante la cara del niño se transfiguró: me pareció ver el semblante de mi hermano; pero fue una cosa instantánea. Me dejé acariciar de todos ellos, y les dije:

-Mirad en mí a una segunda madre; para vosotros será mi herencia, y vuestro pequeño legado para mis pobres.

La viuda me pidió una protección muy directa, una vigilancia extremada, para que la fortuna de mis hijos no sufriera el menor menoscabo. Le prometí dárselo todo arreglado, y lo cumplí en breve tiempo, trabajando de noche y de día, para que los letrados, viendo mi actividad, trabajaran sin descanso. Fue de tal resonancia la cesión que hice de mi gran herencia, que hasta el trono llegó y recibí del rey su parabién. Trabajé en aquel entonces muchísimo, mucho más que fundando conventos, ¡cuántas dificultades para cumplir mi sagrado deber! Mayores males quitan pequeñas penas, y el trato con la viuda de mi hermano me sirvió de un beneficio inmenso, porque murieron en mi los deseos de tener un hijo, si teniéndolo había de oír a su padre que me dijera: "Quiero a mi hijo, pero a ti... te desprecio" ¡Ah! ¡qué horror! Si tal me hubiera sucedido, hubiese matado al padre de mi hijo. Sí, sí, yo le hubiera matado, avergonzándome de haberle querido.

Hablé después con *las flores del cielo,* les pregunté si iba por buen camino, y todas me dijeron que sí, que cumplir con el deber era hacer jornada doble. Mas ¡ay! luego me dijeron:

-Prepárate para sufrir otra pérdida.

-¿Y qué me quedará después?

-Te quedará-dijo la flor que simboliza la justicia-, tu propia historia.

-Tienes razón, me bastará con mi propia historia, y estaré satisfecha, porque ya estoy curada de mis locuras; ya no deseo tener hijos, no, no; porque sería horrible que el padre de mis hijos me dijera: "Quiero a mis hijos, pero no a ti, tú eres *¡un tronco!* ¡Qué palabra, Dios mío!... Todo el oro del mundo no es bastante para borrar su maldita huella, ¡pobre hermano mío!... ¡Cuánto te queda que sufrir!

Después visité las obras del convento, y el arquitecto me habló mucho del sacerdote, diciéndome que era muy bueno. "¿Bueno?, murmuré, dicen que es bueno, pues que le aprovechen sus virtudes." Después seguí paseando deseaba estar completamente sola, era feliz, estaba satisfecha de mi obra, ¿por qué negarlo? Pero lentamente se apoderó de mí la melancolía, y pisando las florecillas silvestres,

exclamé: "¡Pobres florecillas! Se os aplasta como se aplasta a las mujeres, ¡pobres mujeres! ¡y son las madres de los hombres!... ¡Señor! ¡cuánta ingratitud!... ¡Hombre! Con ser el hombre tan grande, es el ingrato de la Creación, ¡qué triste es vivir entre tantas miserias! Y sin embargo, quisiera ser hombre. ¿Seré hombre algún día?". "Sí, dijo una voz, serás hombre cuando hayas conseguido ser una mujer digna y buena." "¿No lo soy aún?" "El tiempo te lo dirá."

CAPÍTULO LXVII

Concluido mi paseo, me fui a mí casa; la preocupación iba creciendo en mi; quería distraerme y no podía; hay veces que el ánimo va perdiendo energías, y se empequeñece tanto, tanto, que no es posible recobrar las fuerzas perdidas en la ruda batalla del dolor. ¿Por qué estoy así? me preguntaba con temor. ¿Por qué veo los horizontes de mi vida envueltos en sombra? He perdido una palanca muy poderosa, podrán quererme muchos, pero como mi hermano, ninguno. ¡Valía tanto mi hermano...! No era carácter halagador ni complaciente; pero su sombra... ¡cuánta sombra me daba su sombra!

Nada me decía nada: las flores no me hablaban, el sol y el espacio tenían para mi densas nieblas, era mi abatimiento tan absoluto, que había días que no podía andar. Una mañana, mirando al campo por mi ventana, me decía a mi misma, dominada por el desaliento y la tristeza: "¡Qué mal me encuentro! ¡Dios mío! ¡Qué mal estoy! Nadie viene a verme, ¡nadie! ¡Qué soledad tan espantosa! Pero... no; mejor es así; debo consagrarme exclusivamente al recuerdo de mi hermano; mi luto debe ser el aislamiento; pero... ¡nadie viene a verme! ¡qué olvido! Cuando vivía mi hermano, todos me atendían, ¡todos!...Y ahora... ahora nadie se acuerda de mí, y lo peor es que tampoco podía salir, y aunque saliera, ¿qué me diría el campo? ¡Nada!...

Me senté junto a mi mesa queriendo escribir; pero mis esfuerzos resultaron ineficaces, porque mis ideas no podía encauzarlas, era de todo punto imposible; luchar con la impotencia era muy fatigoso, y ya mi paciencia tocaba a su limite, cuando me anunciaron la llegada de mi amigo el sacerdote, y me contrario su visita. ¡Misterios del corazón humano! Me quejaba de mi abandono, de mi soledad y al llegar un ser amigo sentí profunda contrariedad; me dominé cuanto pude y le recibí. ¿Qué vendrá a decirme? Nunca viene a tiempo. Pero cuando le vi, me impresioné muchísimo: estaba desconocido: las huellas de aguda dolencia las llevaba marcadas en su rostro lívido; sus ojos revelaban la más honda tristeza; me preguntó por el estado de mi salud, y le dije:

-Mi cuerpo está bien; pero mi espíritu está mal, muy mal; nunca he estado como ahora.

-Yo también estoy enfermo: habréis dicho que soy un desatento, un mal educado, un hombre sin sentimientos, sin corazón, pero, creedme, estoy enfermo, he sentido la muerte de vuestro humano, porque era un hombre digno de su patria y de su linaje, era todo un hijodalgo de la gloriosa España; quise venir a llorar con vos, pero no pude; empecé para languidecer, hasta quedarme postrado en un sillón, y en él he permanecido todos los días que de aquí he faltado, y en cuanto he recobrado el movimiento he venido a cumplir con mis deberes; palabras de consuelo no os dirijo, porque, ¿qué os podré decir? Vuestras ideas vuelan, y en su vuelo, ¡van tan

lejos!... Vuestro hermano, ¡se fue! Y nada más. ¿Por qué se fue tan pronto? ¿ha querido vengarse de nosotros? No lo sé; solo sé que sentimos su ausencia, que estamos abatidos, que nos falta su aliento, esto es todo cuanto puedo deciros. Recuerdo aquel día que aquí me dormí, me miró de un modo, que nunca olvidaré, ¿qué me decía con sus ojos? No lo sé, pero, ¡me decía tantas cosas con su mirada! Me reconvino, me acusó, me interrogó, me dijo cuanto hay que decirle a un hombre. Yo sé que me dormí sin querer, obedeciendo a fuerzas superiores a mi voluntad; tres veces me habéis dormido, y... ¡cuánto lo siento! No puedo definir lo acontecido, no me bastan mis profundos estudios para darme cuenta de lo ocurrido. Estudiando me duermo y despierto alterado y confuso; y ahora que estamos solos, ahora que nadie nos perturba, decidme, ¿qué es esto? Dadme la explicación de este misterio. ¿Por qué me dormís? Habladme, habladme, que me vuelvo loco.

Mientras él iba hablando, yo iba recobrando fuerzas, despojándome de mi abatimiento y de mi languidez, y muy animada, le dije así:

-Me pedís explicaciones que no puedo daros; vos tenéis más talento que yo, yo os domino; yo no hago nada extraordinario para apoderarme de vuestra voluntad; vos sois el que os dormís; yo sólo digo: "¡Dios mío, que se duerma!", y al veros dormido mi alma gozó, porque, ¡qué hermoso estabais dormido!

Al oír estas palabras, él se agitó violentamente, pero se dominó, y yo seguí diciendo:

-Si, estabais muy hermoso, y yo pensaba: ¿qué dirá? ¡Gusta tanto encontrar lo extraordinario! Y hablasteis, y le hablasteis a mi hermano de lo que ha tenido sus consecuencias, y si os hubiera hecho caso, ¡cuánto le hubiera valido a mi hermano! Yo lo ignoraba todo, todo; hablasteis después a mi protector, y ¡cuánto le habéis hecho pensar! Y yo... ¡cuánto me alegré al oíros! ¡La verdad! La verdad brotaba de vuestros labios como brota el agua del escondido manantial. Yo no os he inspirado, y yo los he visto.

-¿Vos los habéis visto?

-Sí, no precisamente a los que os inspiraban; yo he visto a los que habitan allá, y he visto más aún: he visto el origen de mi vida; he visto luchar a mi espíritu desde lo más abyecto y miserable hasta donde estoy ahora. He visto *el cielo,* que es un taller inmenso donde todos trabajan, y trabajando se regeneran y se engrandecen. Conmigo hablaban las almas, y me habla un alma que es ¡toda luz! ¡qué rostro! ¡qué ojos! ¡qué sonrisa! ¡Qué expresión la de su semblante! Lo más bello de la tierra es tosco y burdo ante él, y a ese mismo espíritu le veo después convertido en un anciano que me ha dicho muchas veces: "¡Te perdono, infeliz! ¡Te perdono!", y al hablar El, las flores y las aves, y los mares, todo me decía: "¡Te perdono!..." Cuando le he visto joven y admirablemente hermoso me ha dicho: "Ya vendrás con tus amores y serás en mí, cuando hayas pasado por los talleres del dolor, y a ese espíritu radiante de hermosura que todo él es luz, ¡yo le amo! ¡le amo! ¡¡le amo!! ¡Es mi Dios, es mi vida, es mi fe, es mi esperanza! ¡¡¡Es mi redención!!!

El sacerdote me escuchaba extasiado, y me dijo con fruición:

-¡Cuánto me alegro de lo que decís! Creo que cuando Dios permite que me duerma, valdré mañana despierto más de lo que nunca he valido. Mucho estudiaré, hermana mía, y ese estudio me dará a conocer la grandeza de nuestro Redentor y la de sus mártires y así sabré apreciar lo inconocido, lo ignorado, lo misterioso del más

allá. Ahora, ¿qué os diré respecto a vuestro duelo? Que vuestro hermano no ha muerto; así es que no os doy el pésame; y si vuestro hermano me escucha, yo le ruego que me perdone si involuntariamente le ofendí; y ruego a las almas que no me duerman; quiero ver despierto, despierto; no quiero dormirme, no; vos lo tenéis todo, mi sueño no os hace falta.

-Todo no lo tengo, amigo mío; necesito una fuerza, un hermano, una voluntad que vibre para mi, igual a la que he perdido.

-Yo os prometo esa fuerza y esa amistad, cuésteme lo que me cueste.

Se marchó y me quedé muy contenta, ¿por qué negarlo? ¡Ya no estaba sola! Y pensando en mi amigo, murmuré: "Este hombre me quiere y yo le quiero; pero he de hacer por quererle como a un hermano; entre él y yo pondré las palabras que le dijo mi hermano a la desgraciada madre de sus hijos. No quiero ser el *tronco* de ese hombre: eso jamás, jamás: antes morir que sufrir tal humillación; y ahora que ya estoy mejor, debo salir de esta casa; ya no es mía: debo irme a mi convento.

Y mirando las paredes de mi estancia, me despedí de ellas. Después me fui a visitar mi convento para anunciarle a la comunidad mi determinación. Me recibieron admirablemente. ¡Cuánto cariño! ¡Cuántas atenciones!; pero francas, espontáneas; aquellas mujeres no parecían las mismas. Entraron enfermas y estaban sanas, robustas, con buen color, con los ojos brillantes, muy abiertos y muy alegres, hablando, riendo; ¡qué contenta me puse al ver aquella transformación! La joven superiora, *la desmayada,* estaba radiante de satisfacción; cuando les dije que me iría a vivir con ellas, resonó un murmullo de contento, me recibían muy bien; sólo en la superiora noté un movimiento imperceptible de contrariedad, que supo dominar heroicamente; pero yo, para desvanecer recelos, la dije:

-Tú seguirás ejerciendo tu mando, porque yo saldré y viajaré, y donde menos estaré será aquí; por eso no es conveniente alterar el orden establecido, ya que con él os veo a todas buenas, fuertes, animadas y contentas.

Reuní después el Consejo de familia, y observé que todos mis parientes querían, sentían mi marcha, mi sobrina en particular me impresionó muchísimo, y yo la dije:

-¿Por qué te afliges así? Me verás del mismo modo; ten presente que no te olvido, hija mía, y siempre trabajaré por tu felicidad, para que cuando llegues a mayor edad seas completamente dichosa al lado del amado de tu corazón.

-¡Ay, tía mía! Yo no llegaré a la edad del amor. Miré a la niña y sentí espanto, porque sus ojos decían: "¡Quiero irme! ¡Dejadme marchar!

Me quedé después sola con Benjamín, y éste me dijo:

-Ahora me voy, pero al volver quiero estar junto a ti.

-Es imposible; en el convento no puedes tu vivir.

-Pero al lado, si; yo tengo mi plan; levantaré una casita junto al convento y verás qué bien estaremos todos.

Me despedí después de toda la servidumbre de mi casa, reiterándoles mi protección, y más de un anciano lloró a lágrima viva: todos habían conocido a mi padre y le habían visto crecer y formarse dos veces familia; a todos había dejado mi hermano lo preciso para vivir, con la condición que nadie podía echarlos de la casa señorial; allí quería que murieran sus leales servidores. Muy conmovida, me trasladé a mi convento y me pareció mi celda muy hermosa: tenía tres ventanas muy

grandes: veía el sol desde su oriente a su ocaso. ¿Dónde colocaré *mis flores del cielo?* Y me dijo una florecita:

-Puedes ponemos donde quieras.

-¿Os parece bien en la ventana del centro? Así tendréis sol todo el día.

-¡Si no hubiera otro sol más que éste!-murmuró una flor-, ¡pobres de nosotras!

Pasé algunos días muy tranquila; mi celda era hermosísima; ancha, ventilada, soleada, y desde sus ventanas se contemplaban variados paisajes, todos a cual más bello. Reinaba en la casa un orden admirable; la joven superiora era un modelo de actividad, de limpieza, de buen deseo; la comunidad estaba contentísima, comía con abundancia, sin olvidar a los pobres; no había exageración ni en rezos ni en ayunos; todos trabajaban en el cultivo de las huertas y jardines y vivían lo menos mal posible. Satisfecha, y tranquila viví algunos días, y cuando me disponía a comenzar de nuevo mis visitas piadosas, recibí un pliego, en el cual se me daba cuenta de que mi protector quería morir en mis brazos, que volara a su lado; mucho lloré ante aquel nuevo percance, pero oí la voz de siempre, que me decía: "Llorar no es acudir; no te entretengas."

Me despedí de la comunidad y de mi familia, y acompañada de varios criados de mi difunto hermano, emprendí mi viaje para la Corte; ¡qué viaje tan triste! ¡qué diferencia del que emprendí anteriormente con mis hermanos! ¡Cuánta pompa! ¡Cuántos hombres de armas! Iba a verme rodeada de lo más distinguido de la nación; es verdad que entonces me mordió una víbora, pero la vida me rodeaba, la esperanza me daba aliento, ¡qué hermoso, qué risueño me pareció el pasado, y qué triste, qué sombrío, qué fúnebre el presente! Llegué a la Corte y nadie me esperaba; me dirigí inmediatamente al palacio de mi protector, y desde la puerta hasta la estancia que ocupaba el enfermo, no vi más que a hombres llorosos y afligidos, caballeros que hablaban en voz muy queda, y algunas damas que oraban ante improvisados altares. Se conoce que todos me aguardaban, porque todos me abrieron paso respetuosamente, diciéndome algunos con sus miradas y sus ademanes: "Corre, corre, que vas a llegar tarde."

No necesitaba yo que me impulsaran: corría por los salones, los patios y las galerías con la velocidad del rayo, y al llegar ante la cámara del enfermo, dos criados levantaron las pesadas cortinas de terciopelo rojo bordadas de oro, y vi sobre el lecho una figura luminosa: era él, tenía su misma forma, pero cuerpo y ropaje todo era luz: me acerqué al enfermo y éste me dijo:

-Te esperaba, ¡bendita seas!

-¿Pensáis morir?

-Si, hija mía; escucha: ¿tienes algún recelo conmigo? ¿Nada queda en el fondo de tu alma?... Las mujeres... no perdonan.

-Señor, todo lo que yo soy, a vos os lo debo, ¿quién me ha salvado de todos los peligros? ¿Quién me ha hecho figurar entre las eminencias literarias del reino? ¿Quién me ha dado facultades para fundar casas de oración? ¿Quién me ha concedido libertad para vivir donde yo quiera, libre de toda traba religiosa? En el fondo de mi corazón, señor, sólo hay para vos amor y agradecimiento.

-Gracias, hija mía; si hay más vida que esta vida, yo te prometo velar por ti, aquí y *allá*.

Se oyó un murmullo sordo, y la estancia se llenó de sacerdotes y de caballeros enlutados; con la mayor solemnidad, la religión católica celebró una de sus ceremonias, dándole a mi protector la Extremaunción; el moribundo, como si hubiera esperado cumplir con aquel deber, sin hacer el menor movimiento, sin exhalar el más leve suspiro, quedó muerto; murió sin agonía; se conoce que su espíritu estaba ya poco menos que desprendido de su envoltura, porque sólo así se comprende que su cuerpo no se estremeciera ni poco ni mucho, cuando en sus ojos abiertos se apagó la llama de la vida.

Abandoné la cámara mortuoria, porque inmediatamente iban a revestir al cadáver con todas sus galas y a colocarle en el salón principal del palacio. Yo me retiré a una lujosa estancia, donde no pude dormir; veía el espíritu de mi protector, que flotaba en tomo mío y me decía: "¡No me olvides! ¡No me olvides!" Al oírle, dije: "¡Señor, creo que algo se llevan de mi ser!" Y oí la voz de siempre que me decía: "Da de lo que adquieras y siembra flores por donde vayas". "¡Quiero verte, Señor!" "Pues bien cerca estoy de ti." "¿Cómo? ¡si yo no te veo!" "Tuya es la culpa, mía no lo es; tú te envuelves con las sombras de tus impaciencias, ¡mírame!" Y entonces le vi, ¡qué hermoso! ¡qué espléndido! ¡Todo él era luz...!

-¿Tienes miedo ahora?

-No viéndote no tengo temor ninguno, déjame ir contigo, seré tu esclava.

-Yo no quiero esclavos; serás conmigo trabajando, progresando, pero nunca serás mi igual; siempre la eternidad estará entre tú y yo; aprovecha tu tiempo y tu actual existencia, que muy provechosa te será por su duración.

-¡Ay! ¿Llegaré a ser muy vieja, Señor?

-Mírate.

Y me vi como llegué a ser en los últimos días de mi vida; me vi, sí; asistí a mi muerte y me vi cubierta de flores, cayendo sobre mi cuerpo el roció bendito del llanto del dolor. Después, El se transformó como siempre, de joven arrogante, en anciano venerable, rodeado de arcos luminosos, de *arco iris* de bellísimos colores, y al alejarse me dijo con la mayor ternura: ¡Te perdono en la eternidad!"

CAPÍTULO LXVIII

Cuando desperté, me hice muchas y profundas reflexiones con respeto a lo que había visto y oído durante el sueño de mi cuerpo; era mi preocupación y mi seriedad tan grave, que nunca me vi tan dominada por mis recuerdos; tanto, que hablaba conmigo misma y me decía: "Aquí he venido a encontrar lo que tanto deseaba; he visto y he hablado a mi ser amado, ¡qué bien estoy cerca de El!... Y ahora, ¿qué haré yo aquí? Esperaré que pase el entierro y luego volveré a mis lares. ¿Qué haré yo aquí? Muerto mi protector, la Corte no tiene para mí el menor atractivo: aquí todos parecen felices, y yo... estoy tan lejos de la felicidad, que jamás podré alcanzarla. He sufrido dos pérdidas irreparables en muy breve tiempo; miro en torno mío y me voy tan sola, tan sin sombra, que ni la sombra que proyecta mi cuerpo me acompaña, pues no parece sino que mi organismo es de una materia distinta de los demás cuerpos humanos, que por ninguna parte consigo ver mi silueta.

Así estuve divagando, hasta que me hice cargo que no había ido allí a filosofar, y envolviéndome con mi largo manto, pasé al gran salón, donde un lujosísimo catafalco reposaban los restos de mi protector, rodeado de innumerables

sacerdotes que oraban junto a él, mientras otros celebraban misas ante varios altares, las que oían devotamente cumplidos caballeros. Yo no me ocupé en cumplir con ningún precepto de mi religión; me acerqué al muerto y allí permanecí contemplándole, hasta que una visita regia me obligó a retirarme a prudente distancia; el rey en persona fue a ver el cadáver de mi protector; se inclinó hacia él, le miró fijamente y lloró en silencio disimuladamente; después miró a todos lados, como si buscara a alguien, y al verme me hizo seña que me acercara; le obedecí, y al tenerme a su lado, me dijo con voz muy conmovida:

-Has perdido a un segundo padre.

-Es cierto, señor.

-He de hablarte antes de tu partida; no salgas de aquí antes de que yo te avise.

Saludó después a todos con una leve inclinación de cabeza y se marchó. Yo también me retiré a mi estancia, muy preocupada con lo que me había dicho el rey. ¿Qué querría decirme? ¿Me propondría quedarme en la Corte? Eso sería horrible para mí: primero me encerraba en el convento, que estar en este infierno. Quise volver al lado de mi protector, pero temí las hablillas cortesanas y las murmuraciones religiosas, pues todos los sacerdotes, al verme junto al cadáver, interrumpieron sus hipócritas oraciones para mirarme y cuchichear entre si; ¡qué religiosos! ¡Qué fervor en sus rezos! ¡Cuánta malignidad! Me quedé en mi estancia; pero poco tiempo estuve sola, pues vino a verme un anciano militar, íntimo amigo de mi protector. Mucho me alegré de verle: era uno de mis sinceros admiradores y yo le estaba muy agradecida a sus caballerescas deferencias; era uno de los caballeros que decía galantemente: "Donde están las mujeres, allí está el cielo." Me saludó con el más profundo respeto y la más tierna compasión; hablamos mucho de mi protector, y al final, me dijo:

-Mañana, después del entierro, vendré a buscaros para acompañaros a palacio, donde el rey os espera, el cual desea protegeros.

-Al día siguiente se verificó el entierro, que fue un verdadero acontecimiento; tal solemnidad revistió el acto, tantas fueron las comunidades religiosas, los militares y los empleados civiles que acudieron para acompañar el cadáver a su última morada. Concluida la fúnebre ceremonia, vino el anciano militar para mi, y llegamos a palacio, entrando por una puerta secreta, lo que me extraño; llegamos a una cámara suntuosísima, y allí esperé un breve rato, pasando después al despacho particular del rey; éste se hallaba sentado; me arrodillé ante él; le besé la mano y le expuse mi gratitud por su benevolencia hacia mi; el rey me hizo sentar junto a él, quedando entre los dos una mesa anchurosa cargada de papeles y de libros primorosamente encuadernados; el rey, sin andar con preámbulos, me dijo muy claramente:

-Tú situación es muy comprometida, y vives mal estando sola. Bien pudieras encerrarte en tu convento; pero esto no lo querría mi protector, ni yo tampoco; ¿quién podrá acompañarte de una manera definitiva? Un sacerdote, no puede ser en manera alguna, seríais los dos piedra de escándalo; pero tienes un hermano, y a éste le toca hacer un sacrificio siento tu salvaguardia; además, creo que se casa, y entonces le será menos penoso su obligado quietismo. Yo soy el encargado por tu protector, que fue uno de mis leales servidores, yo soy el

encargado, te repito, para distribuir tu herencia en bien tuyo y de los demás, nos pondremos de acuerdo y trabajaremos juntos; ahora dime tus propósitos.

Le dije cuanto pensaba hacer en beneficio de los niños y de los ancianos, fundando asilos en donde los primeros recibieran una esmerada educación aprendiendo un arte u oficio adecuado a las aptitudes especiales de cada uno, y los segundos, un albergue agradable donde morir bendiciendo a Dios. Le hablé también de las mujeres perdidas por el hambre, que por un mendrugo de pan pasan rápidamente de vírgenes castas a desvergonzadas rameras.

El rey aprobó mis planes y me dio instrucciones y medios suficientes para comenzar a realizar mis proyectos humanitarios; me habló largamente de la desmoralización que observaba en las órdenes religiosas, y que preciso era aprovechar mis iniciativas, ya que, afortunadamente, no me había contagiado con las miserias humanas.

-Gracias, señor- le dije-; cumpliré vuestros mandatos y daré consuelo en vuestro nombre.

-No; en mi nombre, no.; hazlo en nombre de la humanidad en nombre de Dios, en nombre de la justicia.

-Señor, yo diré lo que hacéis por vuestro pueblo. Y hablé mucho y con gran entusiasmo. Al salir me dijo mi anciano amigo:

-Valéis mucho; valéis más hablando que escribiendo; y, ¿cuándo os vais?

-Mañana mismo.

-No tan pronto, mujer, no tan pronto; quiero que nos reunamos unos cuantos amigos que os admiran y desean aprovechar una ocasión que quizá no se vuelva a presentar; así es que mañana, en mi casa, nos reuniremos: tendremos un banquete de familia; ya vendré a buscaros.

Al día siguiente, vino el anciano por mi; ya en su casa, me esperaba su distinguida familia y muchos amigos de ellos. Pasé un día agradabilísimo, rodeada de personas de talento, que se desvivieron por hacerme gratas las horas de aquel día; y en realidad lo consiguieron: ¡qué bien me encontraba entre ellos! Se habló de todo menos de política palpitante; alguien propuso que todos improvisáramos dedicando una corona poética a mi protector. Yo improvisé ocupándome de la mujer sola en la tierra; hubo improvisaciones admirables; ¡cuánto vale el talento! Mi improvisación gustó muchísimo; todos me felicitaron por mi triunfo; jamás me había sentido tan inspirada, así es, que quedé muy contento de mi inspiración.

Mi anciano amigo estaba ebrio de satisfacción: me miraba con paternal ternura y me decía:

-¡Valéis mucho! Sois la gloria y el orgullo de las mujeres españolas; ¡y pensar que sois religiosa!... ¡Qué lástima!... ¡Qué lástima! ¡Ay! Os advierto que aun no podéis iros; mañana tendremos otra reunión: no quiero que estéis enemistada con un amigo de vuestro protector.

Pensé enseguida en el poeta satírico, y le supliqué que no me pusiera frente a mi enemigo; pero el anciano se hizo sordo a mis ruegos, y al día siguiente me hizo ir a su casa y se verificó la reunión literaria; mi amigo exigió que reinará la más completa familiaridad, diciendo que el objeto de aquella reunión era para que cada cual se luciera improvisando en verso y en prosa, y así yo vería lo que valían los ingenios de la Corte; el poeta satírico no llegaba: a todos extrañó su tardanza, y yo

no sabía si alegrarme o sentir su ausencia. Al fin le anunciaron y yo temblé al verle; saludó a todos, y se inclinó ante mi con el mayor respeto; pero... reflejaba su rostro tanta ironía, tanta... que parecía que se estaba burlando de mi. Se habló mucho y se habló con sensatez; se escribieron varios temas para las improvisaciones; pero el poeta satírico no se brindó a improvisar, lo que extrañé mucho; pero me dijo mi amigo:

-No se apure, que ya improvisará.

Improvisaron muchos poetas y resultó agradabilísimo aquel torneo del talento. Yo improvisé sobre este tema: "Lo que es ser religioso, sin conocer bien a fondo lo que es la religión."

Las mujeres lloraron al o írme, porque hablé con elocuencia sobre las trabas de la religión, diciendo al terminar:

-Para mí no habrá besos ni amor; los besos son para las madres, no para las infelices que entran en los antros religiosos.

Todos me aplaudieron muchísimo, y al mismo tiempo me miraron con profunda lástima. Calmado el entusiasmo, el poeta satírico improvisó, ¡qué profundidad de conceptos! ¡Qué sublimidad de lenguaje! Se dirigió a mí y me dijo:

-¡Pobre mujer! Ayer creía que te vestías con ajenas galas, y hoy me persuado que eres un bello sentimiento flotando sobre la humanidad. Habló sobre la religión, diciendo:

-No hay más: uno se sujeta a morir cuando la experiencia no sabe descubrir los arcanos de la vida; y tú, mujer, no llores, no llores por no tener hijos; los hijos que no tienes aquí, te aguardan en los cielos; allí encontrarás lo que tu ceguedad te negó aquí.

Aquel hombre se impuso a todos hablando, ¡qué prosa la suya! Mientras él hablaba, reinaba un silencio tan profundo, que su voz resonaba de un modo admirable. Cuando terminó, los unos le aplaudieron, los otros le abrazaron, y él, acostumbrado a tantos triunfos, no hizo el menor caso de aquellas demostraciones de entusiasmo; se acercó a mi, y mirándome fijamente y sonriéndose como él solo sabia sonreír, me dijo:

-Sois un gran maestro.

-No tanto, señor, no tanto.

-Si, mujer, sí: valéis mucho, porque cuanto decís es de vuestra cosecha.

-No, yo soy el ruiseñor que canta, y vos, el sabio que habla.

-Me alegraría que cambiáramos impresiones, porque yo os herí la primera vez que nos vimos, y el orgullo herido de la mujer nunca perdona, y como hablando la gente se entiende, nos entenderíamos.

-Yo no tengo tiempo disponible para sostener correspondencia con un hombre como vos.

-¿Rehusáis mis cartas?

-Tanto como rehusarlas... no.

-Pues vos me escribiréis en verso, porque versificáis con una facilidad asombrosa, y yo os escribiré en prosa.

Incliné la cabeza en señal de forzado asentimiento, y cuando todos se fueron, sentí un miedo horrible, y tal espanto debió expresar mi rostro, que mi anciano amigo se asusto, y me dijo:

-¿Qué tenéis? ¿Qué os pasa?

-Nada, nada.

¿Cómo decirle lo que tenía? Imposible; se hubiera reído de mí creyendo que yo veía visiones, si le hubiera dicho que en realidad veía junto a un cortinaje la sombra del poeta satírico, que estaba rodeado de todos sus vicios simbolizados en flores muy hermosas, que llevaban dentro de su cáliz un hormiguero de gusanos; de todo su ser partían líneas luminosas que ondulaban hacia mi; el poeta estaba macilento, abatido: apoyaba su diestra con el pomo de su espada, y con la otra mano se oprimía el corazón, como si experimentara un dolor muy agudo. "¿Qué tenéis?", le preguntó mi pensamiento, "¿Qué tenéis?", y me dijo él con voz ahogada:

-¡Para otro tiempo será! ¡Para otro tiempo! Y se apretó de nuevo el corazón; ¡qué clara veía yo la sombra del poeta! Al fin cayó el cortinaje, y tras él despareció la sombra; entonces respiré, ¡qué horror me inspiraba aquel hombre! ¡Había tanta hiel en sus labios y en sus ojos!...

Al día siguiente, muy bien escoltada por hombres de armas, emprendí la vuelta a mis lares; iba triste, muy triste: mis viajes a la Corte me entristecían extraordinariamente, veía mujeres bellas, lujosamente vestidas, con sus padres, con sus esposos, con sus hijos, con sus prometidos; veía los goces naturales de la vida en todas sus fases, y me veía a mí, con mis negros hábitos, mi toca monjil, mi soledad separada de todos los placeres, desde los más inocentes, hasta los más embriagadores; para todos la vida, para mi la muerte; pero oí muy a tiempo una voz que me dijo: "No envidies, mujer, no envidies; entre esa multitud que tú crees dichosa, hay muchas mujeres convertidas en *troncos..."*

-¡Allí!... ¿También allí hay *troncos?*

-Si, y muy despreciables, y muy despreciados.

Cuando entré en mi convento, respiré mejor; encontré mi celda encantadora; allí nada tenía que envidiar; me hablaron las *flores del cielo* felicitándome por mis triunfos, y me dijeron en conclusión: "Ya vas colocándote en tu verdadero lugar: ni te crees tan grande como antes, ni tan buena, y ahora es cuando comienzas a ser grande, y ahora es cuando comienzas a ser buena."

CAPÍTULO LXIX

En la tierra nunca se quiere tanto el pequeño lugar donde se habita, como cuando se ha estado lejos del rincón hospitalario donde hemos reposado y hemos sufrido; por eso, mirando las blancas paredes de mi celda, me parecían éstas muros preciosos, que no los hubiera cambiado por jaspes y alabastros; miraba mi humilde lecho, y se me antojaba que era un niño formado por aromáticas flores; mi lecho no tenía colgaduras de púrpura, pero era ancho, cómodo, blando, limpio y suave, y sobre todo, ¡era mío! En él esperaba morir, ¡qué bueno es tener un lecho para morir! No quedó en mi celda objeto que yo no mirara con el mayor cariño; mucho quería a mi lecho, pero no quería menos a mi gran mesa-escritorio: era un recuerdo de mi padre, y en sus múltiples cajoncitos estaban encerrados los arcanos de mi vida, todos mis pensamientos, todos mis delirios, todos mis sueños, todos mis deseos. Miré mi sillón predilecto, en el cual tanto había meditado, tanto había soñado; miré los demás sillones donde se habían sentado mi padre, mi protector, mis más íntimos amigos, examinando cuanto contenía mi espaciosa celda, se fue tranquilizando mi

ánimo, hasta el punto que se apoderó de mi ser el más dulce sosiego, y gocé de mi plácida quietud; mas súbitamente sentí como un vago remordimiento, y murmuré: "¿Pero tengo yo derecho a tener sosiego, cuando hay tantos pobres sin pan? Tengo mi convento, mis monjas adictas, mis relaciones religiosas; pero... ¿esto es vivir? No; el mundo es otra cosa, donde unos viven para gozar y otros luchan desesperadamente para vivir, y hay otras delicias; además, hay mujeres que oyen las vocecitas de los niños que dicen: "¡Madre!... ¡Madre mía!" ¡qué bueno será oír la voz de un niño llamando a su madre! Y aunque la mujer sea tan desventurada que se convierta en *tronco, tronco,* será para el mundo; pero para su hijo será más que un *tronco,* será un árbol frondoso a cuya sombra se acogerá el niño; en la lucha de la vida habrá dolores horribles; pero también habrá sus compensaciones, sus deleites, sus goces embriagadores. Vivir en medio del mundo... eso, eso es vivir. Yo aquí podría escribir mucho, muchísimo; pero más vale escribir en el corazón humano. Ya no tengo afán por escribir para el mundo, porque ya no tengo a nadie que se interese por mis escritos ni mis cantares; lo que yo dejo estampado en el papel, lo quemarán, y lo que dejen sin quemar, harán en las estrofas de mis cantos tales mutilaciones, que todos a una conspirarán contra la verdad; y seré para el mundo una fanática alucinada, una mujer enferma soñando despierta, una monja andariega con ribetes de reformadora revolucionaria, que sólo los hijos saben respetar la memoria de sus padres; todo se prostituye menos el sentimiento de los huérfanos, mucho deben costar los hijos, pero se pueden dar por bien empleados los afanes, porque ellos son los únicos que respetan la voluntad de los que fueron; pero yo no tengo hijos, y buitres hambrientos de mi fama devorarán cuanto yo deje escrito.

Confieso ingenuamente que la suerte de mis papeles, depositarios de mis sueños, de mis plegarias y de mis amores, me preocupó muchísimo, siéndome muy dolorosa la persuasión que yo tenía del auto de fe que harían con ellos, y lo que era peor aún, el ridículo que arrojarían sobre todos mis borradores, los que se salvaran del fuego, que entre el fuego de la leña y el fuego de la maldad envidiosa y de la calumnia infame, es preferible el fuego que destruye, al fuego que mancha. ¡Cuánto sufría mi alma! ¡cuánto! Pasé algunos días luchando entre la idea de ser yo el verdugo de mis propias obras, destruyendo mis inspiraciones, o dejar que fueran pasto de la malicia religiosa y que emplearán sus malas artes volviendo lo *blanco negro y* lo *negro blanco.* Me aficioné a mi lecho, porque en él descansaba mi cuerpo blandamente y mi alma cesaba en su batalla levantándome contenta y risueña, mirando los árboles que se despojaban de sus hojas y crecían... crecían preparándose para dar nueva sombra y nuevos perfumes con sus flores; ellos eran la fiel imagen de la vida. Todo era inútil menos yo, y la idea de mi inutilidad me sublevó contra mi misma, y decidí salir de mi quietismo. Animada de los mejores deseos, salí una mañana del convento, y al verme en la calle, ante unas casitas que habían levantado frente a mi morada, sentí una especie de indecisión; no sabía si avanzar o si retroceder; opté por lo último, y entré en el templo de mi convento, que estaba decorado con artística sencillez, me fijé en todo aquello que lo embellecía y reparé en un altar que había dentro de una capilla, donde se veneraba una imagen de Cristo crucificado, regalo del arquitecto que dirigió las obras: era una obra de arte; admiré su belleza, cuando de pronto noté que la capilla se inundó de luz y la imagen

parecía que nadaba entre un mar luminoso. Yo creí que aquel buen efecto lumínico lo producían los rayos del sol atravesando los cristales de las altas ventanas, porque formaban caprichosísimos arcoiris que daban al Cristo distinta expresión, cuando se inundó de luz violácea, adquirió su rostro una expresión repugnante que yo no podía mirar sin experimentar repulsión; tanto es así, que exclamé en alta voz: "Si el orbe entero mirara esta imagen en estos momentos, renegaría de la religión del Crucificado; esta no es la imagen de Cristo, parece un facineroso. ¡Qué horror!" -¿Qué os pasa?-me preguntó el capellán del convento.

-Que no puedo ver al Cristo con esa luz violácea.

-Pues yo no veo nada, señora.

Al oír al capellán, comprendí que la diversidad de colores estaba en mi mente y varié la conversación, diciendo:

-Yo, cuando miro a Cristo crucificado, no lamento su dolor físico, lamento que fue un mártir de la ignorancia, no de la crucifixión.

-Yo, señora, creo que fue mártir en cuerpo y en alma, que no fue grano de anís la muerte que le dieron.

Sin saber lo que me hacía, me arrodillé y exclamé:

-¡Oh, mártir de la humanidad! ¿Cuándo te verán las gentes revoloteando por el espacio en vez de verte crucificado? ¡Dichosa la Magdalena! que te vio salir de tu sepultura y tú le dijiste: "Mujer, ve y diles a los hombres lo que has visto." Padre, ¿llegará un día que los hombres verán a Cristo, no en la infamante cruz, sino radiante de gloria?

-Eso será en el cielo, no en la tierra.

-¿Y por qué no en la tierra?

-Porque en la tierra somos malos, y sólo el día del juicio final será cuando la humanidad verá a Dios.

-Pero, ¿llegará el día del juicio final?

-No se, señora; yo no me explico eso del juicio final; creo lo que dicen y nada más; lo que si creo ahora es lo que ayer no creía; dicen que padecéis de alucinaciones, que unas veces os inspira el Diablo y otras los ángeles.

-¿Y qué creéis vos? ¿quién me inspira?

-No lo sé, señora; no lo sé; habéis tenido en esta crisis de todo; cuando habéis dicho que la imagen de Cristo tenía cara de facineroso, temblé por vos, señora.

-Y si os preguntaran, ¿qué diríais?

-Diría sencillamente lo que he visto; diría la verdad.

-Yo os prometo protegeros siempre, porque sabéis cumplir con vuestro deber.

-Pues para mí es lo más sencillo y lo más natural.

Me retiré a mi celda y dejé al capellán muy meditabundo; para él yo estaba alucinada, mejor dicho, *endiablada,* era *uno* más para el día de la quema de mis escritos. Al entrar en mi estancia me hablaron *las flores del cielo,* diciéndome una de ellas con marcada ironía: "¿Por qué te entretienes mirando Cristos de piedra? Corre a buscar los Cristos de carne y hueso que no tienen pan para sus hijos; no te costará mucho encontrarlos; están en todas partes los crucificados por la miseria.

Comprendí que tenía razón las *flores del cielo, y* al día siguiente salí al

campo sin objeto ninguno. Me fijé en un terreno muy productivo, y recordé el encargo de Benjamín respecto a la casita que él quería levantar cerca de mi convento; después llegué hasta el *arrabalito,* donde hallé anteriormente una casita que era un cielo en miniatura; no supe dar con la calleja donde aquélla estaba situada, y seguí andando hasta salir del arrabal, y al pie de una colina encontré sentado a un anciano: era muy viejecito, mucho, no se podía tener en pie; quiso levantarse, diciéndome:

-¿Vos por aquí, madre?

¡Madre! ¡Qué hermoso nombre si yo lo fuera!

-Madre sois, señora; vuestro traje revela que sois la madre de los desgraciados. Le hice sentar, y el anciano me dijo:

-Quisiera morir, porque ya estoy de sobra en este mundo; he perdido a mi hija, aquella que vos decíais que su casa era un cielo en miniatura; ella era mi ángel tutelar; muerta ella, yo estoy de más aquí.

Al oír las quejas del pobre viejo, desperté, me crecí, me sentí fuerte y tuve remordimientos por mi quietismo; me habían dado medios para todo, y yo no hacía nada: era un espíritu desagradecido; mientras más tenía, menos bien hacía; me avergoncé de mí misma, lo confieso, y sinceramente arrepentida, le hablé al anciano con la mayor ternura, y le dije:

-Dadme vuestras manos; dadme vuestros brazos, ¡pobrecito! Apoyaos en mí.

-¿En vos, señora?

-Si, en mí, ¿en quién mejor?

-No me habréis visto bien: estoy muy sucio y tengo sobre mi las inmundicias de la miseria.

-Pues por eso mismo urge poner remedio. Ya no moriréis solo y abandonado: dentro de algunas horas pareceréis otro, estaréis amparado y protegido; vamos, arriba.

No fue tan fácil levantar al anciano: su debilidad era tan extremada, que no podía tenerse en pie; pero yo me valí de mis mañas y lo levanté; pasé mi brazo por su cintura y el suyo por la mía; busqué el mejor camino y emprendimos la marcha; afortunadamente, al llegar al arrabalito, muchos niños nos rodearon, y uno de ellos, de cara inteligente y mirada chispeante, se apoderó de una punta de mi mano, diciéndome:

-Yo también vengo para ayudarle a llevarle, ¡pobre abuelo!

¡Cuánto me impresionó la acción de aquel niño! Afortunadamente, acudieron varios hombres y uno de ellos, joven y arrogante, me dijo:

-Señora: ya habéis hecho bastante; ahora nos toca a nosotros, y ante todo, debe descansar el pobre abuelo.

Y acto continuo, trajeron un viejo sillón, donde sentaron al anciano, que, en realidad, había agotado sus escasas fuerzas, y me miraba completamente desfallecido. Una mujer le ofreció algún alimento, y mientras el infeliz se alimentaba, todos hablaban a la vez, y entonces supe que aquel desventurado, en su juventud había sido rico; que había tenido grandes vicios y no pocas desgracias, pues de cinco hijos: sólo una hija le había permanecido fiel: los cuatro restantes le acusaron cruelmente por haber malgastado su caudal. ¡Cuántas miserias! Si se hubiera

tratado de un rico, todas sus torpezas se hubieran calificado *de gracias;* pero como que era un pobre, todos se creían con derecho para publicar su vergonzosa historia; sólo aquel joven guapo y arrogante, que me había dicho: "Señora, ya habéis hecho bastante", fue el único que no arrojó leña a la hoguera de la murmuración: antes al contrario, me miró fijamente y me dijo:

-Señora, sobre todos los templos que hay por estas tierras, se levantará mañana otro templo más alto que todos, y en ese templo estaréis en efigie, porque os adorarán como a una santa.

Me llamó mucho la atención el lenguaje de aquel hombre y su disposición: él dispuso que emprendiéramos la marcha, y con muy buen acuerdo, se detuvo un rato para que todos descansáramos, y entonces me preguntó:

-¿Y en dónde dejaremos a este pobre abuelo?

-Aún no lo sé, porque en el convento no hay albergue para los peregrinos; ¿podríais quedaros con él hasta que yo le prepare hospedaje?

-Pues para ese final, ¿a qué hacer tanto camino?

-Tenéis razón, estoy muy torpe para discurrir.

-No es extraño, señora: todos tenemos nuestras horas de confusión; pero recordad que si en el convento no hay lugar para albergar peregrinos, en la casa de vuestro padre hay sitio para albergar un pueblo, y muchos pobres han pasado allí la noche.

-Pero es que aquella casa ya no es mía: la ocupan otros parientes y no sé si querrán...

-¿Pues no han de querer?, si allí está todavía la antigua servidumbre, que es la que se entendía con los pobres.

-Pues probemos.

Y me dirigí a la casa de mis mayores; la servidumbre no sabía qué hacerse conmigo, y apenas indiqué lo que quería, el más viejo de mis antiguos servidores hizo entrar a mi protegido, diciendo:

-Señora, en esta casa hasta las piedras se alegran de veros, y sus dueños actuales se darán por muy contentos de serviros; no lo dudéis, señora: todos vuestros parientes tienen a mucha honra el complaceros. Mi anciano protegido, al ver que le iba a dejar allí, me dijo con acento suplicante:

-No me dejaréis nunca, ¿verdad?

-Nunca: tú serás la piedra angular sobre la cual edificaré un Asilo en el cual se refugiarán los ancianos y los niños, que son los verdaderos pobres, porque ni los unos ni los otros se pueden ganar el pan con el sudor de su frente.

-Me alegro-dijo el joven arrogante-, porque ya sé dónde podré morir cuando todos me falten.

-¿En qué trabajáis?

-En luchar con el Estado para defraudar sus intereses.

No os comprendo.

-Ni es fácil que me comprendáis, señora; hay hombres arriesgados, valientes, temerarios, que jugando el todo por el todo, conducen productos de un pueblo a otro, burlando la vigilancia de los empleados de Hacienda.

-O mucho me equivoco, o eso es robar, y yo no quiero que seáis ladrón. ¿No tenéis ningún oficio?

-No, señora; mi padre, desde niño, me llevó con él, y aprendí a burlar la vigilancia de bs empleados del Estado. Murió mi padre en la brecha, y yo he seguido el mismo rumbo para vengar su muerte.

-Dejaos de vengar una muerte justa y venid a verme, hablaremos y os proporcionaré ocupación más digna de vos.

El joven me miró muy sorprendido; en sus negros ojos apareció una lágrima que no llegó a caer, y me dijo con voz muy conmovida:

-Salvadme: sois un ángel en la tierra; salvadme y haré la vida del justo. Los demás hombres, envidiosos de mi predilección, me dijeron:

-¿Y para nosotros no hay nada?

-Si-les dije-, ya visitaré vuestro arrabal y haré en beneficio vuestro todo cuanto pueda.

Todos quisieron besarme las manos, y yo estaba tan abstraída en mis pensamientos, que les dejé hacer. Cuando me serené me encontré sola y vi el grupo que se alejaba, volviendo todos la cabeza para mirarme.

CAPÍTULO LXX

Cuando hubieron desaparecido mis acompañantes, a ruegos de la viuda e hijos de mi hermano, me quedé a pasar la noche con ellos: ¡cuánto me agasajaron! No sabían qué hacerse conmigo; todo les parecía poco; la viuda, en particular, me miraba con verdadera adoración; los hijos eran más reservados, más circunspectos, pero sus miradas decían lo que no expresaban sus labios.

La viuda, creyendo complacerme y honrarme, me llevó a la estancia donde murió mi hermano, y en su mismo lecho me acosté, contenta de ocuparle, pues me hice cargo que algo vería allí que me sirviera de estudio. Efectivamente, a poco de haberme acostado, me pareció ver a mi hermano, pero muy confusamente y muy lejano, tanta era la distancia, que yo no podía asegurar ni precisar su estado, pero presumí que estaba en la turbación. Le llamé, suplicándole que se acercara, y él volvió la cabeza huyendo presuroso; quise llamarle de nuevo, pero temí que le exasperara mi insistencia, y murmuré con tristeza: "¡Hasta muerto huye de mí!" Entonces oí una voz que me dijo: "No quieras nada a la fuerza." Al fin me dormí, que bien lo necesitaba, se rindió mi cuerpo, y mi espíritu recobró vida; ¡estaba tan debilitado! Al día siguiente, al despedirme de la viuda y de sus hijos, los tres me colmaron de bendiciones; antes de irme quise hablar a solas con la viuda, y le pregunté:

-¿Eres feliz? ¿No tienes ninguna pena que te atormente?

-¿Penas?... ¿Penas?... Yo creo que la pena es el ambiente que respiro, pero aparte de la pena principal, vivo bien; cuando me acuesto, pido *luz* para que ilumine al amor de mis amores, le pido a Dios salud para mis hijos y misericordia para mí. ¿Estáis contenta de mi proceder?

-Si, hija mía; estoy contentísima de ti; pero, dime: ¿No hay ninguna sombra en tu mente? ¿No ves algo confuso que te asusta y te hace temblar?

-¡Ay! ¿sois adivina? Leéis en mi alma, ¿por qué negarlo? De noche veo a nuestro hermano, y oigo que me dice: "Tú has sido mi desgracia." "Mentís, le digo yo." "Calla, desventurada, me dice él, tú has sido mi deshonra; huye de aquí, que esta no es tu casa, es de mi hermana; sal pronto de aquí."

-Pues no te asustes, tú no tienes culpa de nada: lo que me cuentas me demuestra que el alma de mi hermano aún está aquí.

-¡Aquí!... ¿Aquí está su alma?

-Sí, aquí está, anoche vi a mi hermano, está muy turbado, muchísimo.

-¿Creéis que es conveniente que se apliquen al descanso de su alma algunos centenares de misas?

-¿Misas? De esas yo me encargaré y tú conságrate al cuidado de tus hijos en cuerpo y en alma, sin acordarte que en la tierra existen hombres que te pudieran brindar amor. Tienes que vivir exclusivamente para tus hijos, por ellos y para ellos; cuando llegue el tiempo oportuno, los haremos hombres de provecho, y no te perturbe ningún temor, tuyo es lo que te di, disfrútalo tranquila, dando ejemplo de cordura y de templanza; ya sé que no tienes ningún vicio.

-¡Ah! No, señora; no me hubiera creído digna de vivir aquí, si hubiese buscado en la embriaguez mentidos goces, ¿qué menos puedo hacer que demostraros mi gratitud con el sincero arrepentimiento de mis culpas? Creedme, no volveré a pecar.

-Lo creo, hija mía, lo creo; eres digna de poseer lo que posees. Y abrazándola con el mayor cariño, salí de mi antigua casa solariega y me dirigí a mi convento. Durante el camino, que era bastante largo, fui contemplando cuanto me rodeaba, y me decía a mi misma: "¡Que pequeñitos somos! ¡Qué desnivel hay en nosotros!" Cerca ya del convento, pensé en el pobre anciano que había dejado en casa de mi hermano, y me acusé de no haberle recomendado a su viuda; ¡qué olvido tan censurable! "¿Qué pasa por mi?, exclamé; no resuelvo nada; ¿por qué esta indecisión? ¿Por qué este dualismo? Quiero ser útil y no lo soy; me sobra el oro y no lo sé distribuir. Me paso los días luchando conmigo misma y, ¡qué lucha tan inútil! Luego se dice uno: ¿Pero qué haces? ¿En qué piensas? Y el tiempo transcurre y no se da un paso de avance. Al Fin una mañana me levanté, y saludando al sol, dije: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué tengo? ¿Qué tengo, que quiero realizar grandes proyectos y no llevo a término ninguno? Y entonces oí una voz que me dijo: "Te falta amor, ese amor que une los cuerpos, ese amor que da luz, vida y movimiento. ¡Despierta! Estás turbada; te preocupa el deseo de tu goce para ti desconocido, y para seguir viviendo así, más te valiera morir."

-¡Ah!, si, debo despertar -murmuré-; pero... ¿qué delito he cometido para ser tan desgraciada? ¿Por qué me hice religiosa? Una cosa es la religión, y otra la negación de la vida, la negación de la reproducción y del amor: y yo quisiera oír una voz amiga; yo quisiera tener un ser a quien confiar mis penas y mis dudas; ¡y no tengo a nadie!... ¡a nadie! ¡Dios mío! Vendrá Benjamín, pero... le tengo miedo, mucho miedo: es violento, iracundo, exigente, para vivir bien con él, hay que estar a prudente distancia, y además, él se casará, tendrá nuevos afectos y no se podrá consagrar a mi. Hay un hombre en la tierra, ese si; ese sería el archivo de mis pensamientos; pero no puede ser, no le puedo decir que le amo, que rompería mis hábitos, que rasgaría mis tocas y me iría con él al fin del mundo; pero... esto es imposible, los dos pertenecemos a la Iglesia del fuego y del tormento, y adondequiera que nos refugiáramos, allí nos perseguirán, allí nos encontrarían, y nos harían volver aquí para escarnio y vergüenza de nuestra religión. ¡Imposible! ¡Imposible!... Los votos nos separan y me avergüenzo de pensar así. ¡Qué culpable

soy, Dios mío! ¿Cuántos amores hay en mí? Ni yo mismo lo sé, ni yo misma lo comprendo. Yo amo a Dios, si, le amo, le amo con locura; pero no le tengo a mi lado, le veo joven, hermosísimo: le veo convertirse en un anciano; pero sus ojos tienen siempre el fuego de su eterna juventud, mas siempre está lejos de mí, ¡muy lejos! No me puede ofrecer las satisfacciones ni los goces terrenales; no puede hacer reproducir en mí la esencia de su amor. Pienso en él y corrientes de fuego circulan por mis venas; le llamo y aparece y le tiendo mis brazos, y él, sonriendo dulcemente, me rechaza; y este amor que es mi vida, es a la vez mi muerte y mi martirio. ¡Cuánto hablé con el Sol! No sé las horas que pasé delirando: sólo recuerdo que vino una monja por mi, y que poco antes de venir me dejé caer en un sillón, y oí claramente la voz de mi padre que me decía: "¿Por qué retrocedes?" Y añadió mi protector: "¿Ya me has olvidado?" Y replicó mi hermano: "¡Ingrata! ¡ingrata!" "Eso no, exclamé exasperada, jamás he sido ingrata; pero no os tengo a mi lado; si de barro pudiera yo formar vuestros cuerpos, los formaría, y aunque estuvierais inmóviles, os tendría junto a mi; y tanto os miraría, que derretiría el hielo de la muerte, y viviríais para mi." En esto apareció la monja, y apoyada en su brazo, porque me caía como si estuviera ebria, nos dirigimos al refectorio, donde me aguardaba la comunidad para comer. A mi, durante las comidas, no me gustaban las lecturas y entablaba discusión con mis compañeras, por creerlo más higiénico para el cuerpo y más beneficioso para el alma. Aquel día se habló mucho de Jesús, y dijo una monja jovencita:

-Si yo viera a nuestro divino Jesús, como le ve nuestra digna superiora, yo me moriría de placer.

Miré a la joven y vi que la fe y el buen deseo irradiaban en su semblante, y entonces le dije:

-Tienes razón, es dichoso el que lo ve; pero yo he visto a Jesús de otra manera: no lo he visto crucificado ni desnudo: le he visto flotando en el espacio, rodeado de luz, de aguas balsámicas, de flores, de cuanto bello encierra la creación.

¡Con qué atención me escuchaban las monjas! La segunda superiora, que era un espíritu muy pensador, me miró fijamente y me dijo:

-¿Y cómo no le veis como murió? ¿No fue su crucifixión el trance más amargo de su vida? ¿No derramó entonces su sangre, y le clavaron clavos en su carne?

-Si, si, tuvo clavos: la ignorancia los clavó en la civilización, de la cual Jesús era el símbolo.

-¿Pero no fue hombre?

-¿Quién lo duda que lo fue?

-Pues si fue hombre, ¡cuánto debió sufrir en la cruz!

-Es que el sufrimiento físico está en relación con la elevación y grandeza del espíritu.

-Y él resucitó, ¿no es verdad?

-Si, resucitó, se apareció su espíritu, y para que dieran fe que existía, se presentó con su cuerpo triturado, porque de no haberlo hecho así, no lo hubiera creído: necesitó demostrar su costado abierto, su pecho rasgado, sus manos y sus pies agujereados, para que dieran fe a su resurrección; pero no necesitaba Jesús de su maltrecha envoltura para resucitar, y no la necesitaba porque no había muerto,

porque su espíritu había presenciado el tormento de su cuerpo, presa que arrojó a los hambrientos lobos del fanatismo religioso, mientras que su alma contemplaba el camino recorrido y el que tenía que recorrer. ¡Ciegos sois los que adoráis a Jesús manando sangre de su abierto costado: yo le adoro sin sangre, sin martirios, sin miserias, sin dolores; yo le adoro en su gloria, en su taller eterno, en su grandeza superior a todas las grandezas!

-Pues yo quisiera verle-dijo una monja-, como le vio la Magdalena, con su cuerpo lleno de heridas.

-¿Y con la cruz a cuestas?-la dije con ironía.

-No, sin cruz; pero con su cuerpo ensangrentado, porque así me parecería que era el Jesús que yo siempre adoré: desde niña así le vi, y así le amé.

-Pues le veréis aquí.

-¡¡¡Aquí!!!-exclamaron las monjas.

-Sí, aquí. Ya sé que muchas de vosotras creéis que el diablo me tiene alucinada; pues quiero que veáis los prodigios que hace el diablo. Mirad. Y señalé a una gran ventana abierta de par en par.

-Mirad fijamente, que por ella entrará Jesús.

Reinó un silencio profundo: las monjas contenían la respiración, y al fin una de ellas gritó:

-¡Dios santos! ¡Es El!

Y se postró, juntando las manos, llorando sin gemir. Las demás le fueron viendo, y yo vi perfectamente cómo su figura se desprendió de un globo luminoso y envuelta en un sudario blanco, manchado de sangre, se adelantó lentamente hasta colocarse junto a la mesa, y entonces dijo:

-Aquí me tenéis: ¿queréis ver mis heridas? Mirad.

Y se presentó sus manos taladradas, su pecho rasgado, su costado herido, sus pies triturados; todas las monjas, como movidas por un resorte misterioso, se acercaron temblorosas a El, y yo también me acerqué, más que las demás, y El me dijo:

-¿Quieres tocarme? ¿No te convences todavía?

-¡Señor! ¿Por qué no puedo estar junto a ti? ¿No sabes que necesito tu amor?

-Si, necesitas amor, ya lo sé; ten paciencia, el tiempo es el mensajero de Dios, y el tiempo te traerá lo que deseas; pero antes tienes que sufrir la lucha de amar y no encontrar tu amor en lo infinito; verdadero tormento de las almas impacientes, que han soñado y no han trabajado, que se han apresurado a recoger cosechas que no han sembrado.

Con asombro de las monjas, la figura y su largo sudario se cubrió de una espesa bruma, y rasgándose ésta, dio paso a un anciano muy interesante, cubierto con una túnica blanca.

-¡Padre! ¿Tú eres Dios?-dijo una monja.

-No-replicó El con dulzura-; soy el Padre y el Hijo en un solo espíritu: soy el hijo de vuestra ignorancia, soy el padre de la ciencia que os ilumina; pero no soy Dios: a Dios nadie le verá en hechura, se le ve en el sentimiento de la madre, en todos los amores heroicos, en cuanto vive en la creación. No digáis que me habéis visto, os martirizarían. Y se fue alejando, diciendo:

-¡Amadme! Vienen conmigo los que trabajan, los que aman, los que esperan con su progreso.

Cuando desapareció la Figura, dejó tras de sí una lluvia luminosa que duró algunos segundos, y las monjas, maravilladas de lo que habían visto, y excitado en gran manera su sistema nervioso, parecían cuerpos azogados moviéndose en distintas direcciones, gritando la mayoría:

-¡Señor! ¡llévanos contigo! ¡Sálvanos!

Confieso ingenuamente que me asusté al verlas tan exaltadas, y tratando de dominarlas con mi voluntad, las dije:

-Callad, callad, enmudeced: no sean vuestras imprudencias piedra de escándalo, no digáis a nadie lo que habéis visto, que nos acusarían de herejes y el fuego destruiría nuestro convento y seriamos víctimas de todas las calamidades, que la verdad no puede manifestarse hasta que la luz ilumine las inteligencias. ¡Ay de los primeros reformadores! ¡Ay de los que arranquen violentamente la venda de la ignorancia! Callad las que seáis débiles; callad todas, que aun no es tiempo de revelar lo que las inteligencias no pueden admitir; el fruto verde se le indigesta al niño travieso, y fruta faltada de sazón es la revelación de las almas que viven eternamente no estacionadas en un goce estéril, ni atormentadas por un dolor eterno: las almas viven luchando, sufriendo, avanzando y conquistando un nombre en la historia de la humanidad.

CAPÍTULO LXXI

Cuando hubo terminado aquella escena entre la comunidad y el *ser* que se nos apareció, nos quedamos todas un buen rato reflexionando, que en realidad mucho había que reflexionar; al fin rompí el silencio, y dirigiéndome a mis compañeras, y muy especialmente a la segunda superiora, dije así:

-Ya veis lo que acontece cuando menos se espera: vosotras lo habéis querido; ya os dije antes que he pasado y paso por *endiablada,* que mis éxtasis son obra del genio del mal: mañana, si os preguntan, si os interrogan decid lo que habéis visto, sin quitar ni poner; que una cosa es hablar fuera de tiempo demostrando asombro, y otra contestar a intencionadas preguntas. Ahora, decidme vosotras que habéis visto lo ocurrido: ¿tengo yo la culpa de estas apariciones? ¿Qué medios empleo? Ninguno. ¿Qué sortilegios pongo en práctica? Yo no sé más que amar a Jesús; si no fuera por El, si no fuera tan profunda la adoración que embarga mi ánimo, yo os digo ingenuamente que no persistiría en dominar mis pasiones y ser verdaderamente una mujer virtuosa; por El lucho y no me rinde la lucha que sostengo en mi organismo perfectamente equilibrado, sano y robusto; mis pasiones son vehementes, mis deseos impetuosos: hay desbordamiento de vida en todo mi ser, late mi corazón y funciona mi cerebro complementándose el uno al otro, y todo este sentimiento y toda esta elevación de ideas tengo que contenerlas dentro de un circulo tan pequeño, que me ahogo dentro; pero pienso en El, y vuelvo a tomar mi cruz y sigo caminando hasta llegar al fin de mi existencia, y este cumplimiento exacto de todos mis deberes, ¿creéis que pueda ser obra del Diablo? No lo creáis, que nunca árbol dañado dio frutos en perfecta sazón, y el sacrificio heroico de mi alma manifiesta que otra alma muy superior a la mía es la que me envía sus divinos efluvios, y yo os aconsejo que améis a Dios, porque es fuente de vida, y los que a El

se acerquen, no perecerán, y no perecerán porque no serán pecadores; si amáis a Dios, os toleraréis las unas a las otras, y trabajad, que trabajando se adora a Dios, en el templo del Universo y se le adora como debe adorársele, ofreciéndole un corazón sensible y un proceder intachable. Sin necia alabanza, os digo que sigáis mi ejemplo, que seáis mujeres honradas. Ya os he dicho, y os lo repito, que mi cuerpo no es de hierro, que mi cuerpo no es inerte; yo siento, yo amo, yo deseo: hay en mí todas las generosas palpitaciones de la vida, y sin embargo, no traspaso los límites de la decencia, de la moral, del virtuoso recogimiento. Si sentís pasiones y deseos, no hagáis lo que hacen otras comunidades religiosas, que se entregan a torpes y repugnantes liviandades que desfallecen los cuerpos y embrutecen las almas. Sed fuertes, trabajad mucho corporalmente, que cuando nos rinde el cansancio físico, duermen los deseos de la carne; y os advierto, que si encuentro en vosotras alguna mujer viciosa, la separaré de la comunidad, como se separa el fruto podrido, para evitar que con su contacto se pudran los que están sanos y en perfecta madurez. La verdad no tiene más que un camino, el vicio es repugnante en todas sus manifestaciones: por mucho que se le encubra, vicio es, y quiero mujeres virtuosas, sanas y tranquilas en torno mío; quiero que seáis buenas, buenas en todos sentidos, y que el perfume de vuestras virtudes sea el incienso que en aromática nube se eleve al espacio buscando a Dios.

Las monjas inclinaron la cabeza en señal de asentimiento, y me retiré a mi celda, donde me abismé en mis meditaciones, arrepintiéndome de haber ido tan lejos, hablando tan claro, pero haciéndome el pro y el contra, concluí por creer que había hecho bien diciéndoles a aquellas pobres mujeres lo que era el pan y lo que era el vino, ¡estaba tan harta de la hipocresía religiosa! Prefería la destrucción de todas las comunidades, a que fueran los conventos semilleros de asquerosas y repugnantes liviandades. ¡Oh! si, si; de muy buena gana hubiera abierto las puertas conventuales y les hubiese dicho a las mujeres: "Id y sed madres, que la maternidad es el sacerdocio de la mujer. "Y les diría a los hombres: "Salid, vestid el honroso traje de trabajador, y creaos familia y trabajad para ella. ¿Para qué tantos mártires? Basta de religiosos improductivos dominados por los deseos de la carne. Yo amo a Dios, si, le amo; pero no desdeño el amor del hombre. Ya no sirvo para el mundo: los votos religiosos no se rompen sin escándalo: he de continuar hasta el fin. ¡Dios mío! Para ti fue una corona de dolores. Yo amo, yo deseo, yo ansío amor, amor y vida, amor y reproducción.

Así hablé conmigo misma largo rato, hasta que cansada de tanto pensar y discurrir, me acosté y me dormí, es decir, durmió mi materia, que mi espíritu, más despierto que nunca, se detuvo junto a mi lecho y contempló mi cuerpo, que yacía rendido, por no hacer nada, y al verle tan maltrecho, murmuré: ¡Pobrecillo! ¡cómo te sacrifico! "Después me paseé por mi estancia, mirando detenidamente cuando ésta encerrada, muy en especial me fijé en mis papeles, y dije: "Debo escribir más, pero... ¿Y para qué? ¿Qué harán con mis escritos? ¡Destruirlos o deshonrarlos! Me apenaba contemplar mis papeles, y sin abrir puerta ninguna, salí de mi celda, y al contemplar el espacio, me consolé, ¡era tan hermoso cuanto veía!... Anduve mucho, mucho, y me extrañaba de ver mi cuerpo en mi lecho frió y rígido como un cadáver, y ver otro cuerpo que iba conmigo, o yo iba con él, cuerpo que no me molestaba en lo más leve, que no me pesaba como el otro que estaba en el lecho; el que iba

conmigo no me pedía nada, no tenía hambre, ni sed, ni cansancio, ni deseos volcánicos de amores imposibles, ¡me encontraba tan bien! En aquellos momentos era dichosa, muy dichosa, y disfruté de mi felicidad paseando, recorriendo los alrededores del convento; me detuve en el campanario y toqué la campana, y qué cosa tan extraña: la campana vibró suavemente, y yo, muy contenta de tal resultado, como niño travieso que se entusiasma con el feliz éxito de sus travesuras, toqué más fuerte, y se produjo tal sonido, que todos los habitantes del convento se levantaron azoradísimos, subió el campanero todo lo deprisa que le permitían sus muchos años, y al llegar y no ver a nadie, respiró el pobre hombre con inmensa satisfacción. Yo estaba sentada en la baranda que rodeaba la torre, y al ver al campanero que miraba por todas partes inútilmente, toqué con más fuerza la campana y el infeliz huyó aterrado llamando a todos los santos de la corte celestial. Después quise ver a todas las monjas en sus celdas para persuadirme de su honradez o de su degradación, y encontré a muchas de ellas entregadas unas con otras a satisfacer torpes deseos, ¡infelices! ¡desventuradas!, seres racionales a más bajo nivel que las bestias. Recorrí el templo, paseé por los claustros, y en todas partes reinaba la intranquilidad y el desasosiego, pedí recordar cuanto había visto, y muy especialmente el sonido de la campana, y entré en mi celda, donde encontré a mi padre, que me dijo:

-Vengo todas las noches a darte aliento.

-¡Qué bueno sois! ¿Y mi madre? No la he visto. Mi padre, al mirarme, se conmovía mucho. Al fin me dijo:

-¡Pobre hija mía! Tu existencia es muy combatida; pero luego que dejes la tierra, verás lo útil que te ha sido.

-Si, padre, me será de gran utilidad esta lucha sin tregua; pero sufro mucho, muchísimo, porque no quiero caer en el pecado, ¡y es tan difícil no caer!...

-Descuida, tú no caerás: tu padre vela por ti; ahora vete a reanimar tu cuerpo, que está exánime.

-Efectivamente, mi cuerpo carnal era un montón de nieve; le di calor y descansé hasta que los rayos del sol, iluminando mi lecho, me despertaron.

¡Qué alegría tan grande experimenté al ver los rayos del sol! Salté de mi lecho risueña y gozosa, y hablé con las *flores del cielo;* éstas me hablaron con dulzura, aunque me reconvinieron por mi desvío y frialdad; les pedí tolerancia y clemencia, y me dijo una de ellas en tono muy sentencioso:

-Tu entretienes mucho en vigilar miserias de la carne, y olvidas que hay muchos pobres sin pan y sin familia; no te entretengas con la comunidad, que sus vicios no los podrás corregir. Has movido una alarma aquí que es necesario que devuelvas la tranquilidad perdida a los moradores de este lugar: el pobre campanero está enfermo del susto y tienes que hablar claro. Ya sabemos que no sabes lo que haces, porque sueñas con amores imposibles: pero, mujer, convéncete que ya es tarde, ¡deseas hijos! ¿Y no sabes que los besos de los hijos dan más penas que alegrías? No quieras ser para el mundo, que en él morirlas de dolor, y morirías, porque otras veces has negado la familia, has abandonado a tus hijos, y justo es que hoy lamentes tu soledad. Todas las *flores del cielo* te queremos; si te reñimos es por tu bien.

-Gracias, flores queridas -les dije emocionada-, sois muy buenas para mí y

seguiré vuestros consejos.

Pasé después al refectorio, y todas las monjas me miraron asustadas, diciéndome la segunda superiora:

-¿Sabéis lo que ha sucedido? Y me contó lo ocurrido la noche anterior. Una monja me dijo:

-Yo os he visto esta noche: llevabais alas, y os vi en el campanario, y vi cómo tocabais la campana grande; el campanero está muy malo del susto que recibió; él no puede comprender cómo la campana tocaba sola.

-Y sin embargo, es la cosa más sencilla, y más natural, porque indudablemente mi espíritu, desprendido de su cuerpo carnal, se habrá ido por el espacio. Si, si; ahora súbitamente recuerdo mi excursión, y os diré que he visto todas las estancias del convento, y he visto escenas repugnantes, lo que he sentido mucho.

Las monjas, muchas de ellas, se ruborizaron; otras palidecieron, bajaron los ojos, y humildemente, sin ellas darse cuenta de lo que hacían, se fueron acercando a mí, atraídas por mi voluntad, que deseaba lo que conseguí, formar un estrecho círculo. La segunda superiora me pintó con vivos colores la mala noche que habían pasado, y concluyó diciendo:

-Hemos tenido mucho miedo; pero ahora nos creemos invencibles. ¡Madre! ¿Qué haremos para ser buenas?

Anunciaron en aquel momento la llegada del capellán, que venía a celebrar el santo sacrificio de la misa, y la segunda superiora me pidió que las acompañara, ya que nunca presenciaba ninguna ceremonia religiosa.

-Yo no voy a los templos, porque me parecen tumbas donde se ahogan los pensamientos. Yo adoro a Dios en el Universo.

-Bueno, adoradle donde queráis; pero... venid, madre, venid, yo os lo suplico; porque... la verdad, creo que Dios os inspira; pero a veces se me figura... que os acompaña...

-El Diablo, ¿no es verdad? Sé franca.

-No sé, madre, no sé.

-Por complacerte iré contigo. Y asistí a la misa. El capellán se asombró y dijo:

-¡Qué milagro!... ¿Vos aquí?

-¿También vos creéis que me domina el Diablo? Y, decidme, padre, ¿creéis que los buenos propósitos de amparar y socorrer a los débiles son obra del Diablo?

-¡Ah!... No, señora, eso no.

-Pues bien: si he consolado al huérfano, si he recogido al anciano, si he curado al leproso, si he dado trabajo al obrero, ¿creéis que haciendo tan buenas obras seré dócil instrumento del mal? Dios es amor, y yo practico su religión. Ya os he dicho que yo no pienso como los demás, que yo no veo a Cristo clavado en cruz, chorreando sangre por su costado, que yo le veo ¡grande! ¡sublime! ¡hermosísimo!, iluminado por el resplandor de todos los soles, revestido con su blanca túnica deslizándose sobre mares de luz; mirarle en la cruz me causa horror y digo: "¡Ah! no, éste no es El. El es vida, y esto es muerto."

-Vos, señora, miráis desde más alto, y todos no pueden mirar desde el mismo punto.

-Pues deberían mirar, y así no se hablaría tan mal como se habla de lo que ninguno entiende. Ya sé que me creen alucinada, más aun, *poseída, endiablada,* y que todos me calumniáis, ¡pobres murmuradores!

-¡Ah!, señora, quisiera hablar con vos más a menudo, porque así, cuando me hablen de vuestras alucinaciones, sabré responder.

-Ocupaos de vos, padre, que harto tendréis que hacer si os queréis mirar a fondo y si os tomáis el trabajo de contar vuestros defectos y sumar vuestras virtudes. Después hablé con la segunda superiora, y la dije:

-Aquí necesito una mujer, no una monja que crea que existe el Diablo. La monja lloró amargamente, y repliqué:

-Mírame bien.

-No me miréis así.

-Pues yo quiero mirarte y que me mires, para que comprendas lo que soy, quiero que me consideres en lo que valgo, y no me des maleficios que no existen.

Me retiré después a mi celda, y me encontré muy bien en la soledad; hablando como siempre conmigo misma, exclamé: "Dicen que estoy endiablada, ¡qué absurdo! Yo demostraré que Dios está conmigo; mis obras lo dirán." Me puse con mucho ardor a poner en orden mis papeles, y tres o cuatro hojas escritas volaron por la ventana y cayeron a corta distancia, quedándose escondidas entre unas matas de arrayán; las hice subir, y de nuevo volaron las hojas, aunque no hacía viento, y se fueron al mismo punto que anteriormente. Al ver volar mis escritos, me asusté, me sobrecogí, y me dijo una *flor del cielo:*

-¡Cómo vuelan las hojas de tus pensamientos! ¡Así vuelan las ilusiones! Tú quieres ir muy deprisa y la humanidad marcha muy despacio; te preocupas porque vuelan tus pensamientos escritos; no te apures por tan poco: tanto da que mañana vuelen convertidos en cenizas.

-Es verdad tenéis razón; pero, ¡se quiere tanto lo que se escribe!

Y muy afanosa me apresuré a guardar mis escritos condenados a muerte. Después pensé que no cumplía bien con mi deber, y me dije a mi misma: "De mañana no pasa, saldré sin demora y saldré a buscar dolores, ¿y dónde los encontraré? ¿Dónde? Donde ponga mis pies: el dolor es una hierba que siempre brota; y cuando vea a una madre abrazando a su pequeñito llorando porque no puede alimentarle, yo le daré pan para su hijo y tranquilidad para su alma.

CAPÍTULO LXXII

Al día siguiente salí animada de los mejores deseos en bien de mis semejantes, heridos por el dolor: me avergonzaba de mi inactividad, y me decía a mí misma:

"¡Señor!... Yo quiero ser buena, ¿por qué no lo soy? Maquinalmente, como iba sin rumbo fijo, me dirigí a la calle donde vivía el arquitecto, y al verme delante de su artística morada, me detuve temerosa; ¿qué iba a hacer yo allí? Me sabía mal desandar lo andado, y al fin me decidí y llamé a la puerta; pero llamé temblando. Abrieron enseguida y oí ese gorjeo inimitable de las voces de los niños, más grato a mis oídos que todos los salmos y canturías de las religiosas; los niños entonan continuamente el himno de la naturaleza: ellos son la prueba viviente de la continuidad de la vida. Los hijos del arquitecto, buenos y alegres, salieron a mi

encuentro, y todos a una, sin el menor respeto, con esa familiaridad innata en los niños, se colgaron de mi cuello y besaron mi rostro con el mayor cariño; ¡qué recibimiento tan agradable! A los gritos y algazara de los chicuelos, acudió su padre, que al verme palideció, tanto se emocionó, y me dijo con amistoso reproche:

-¿Vos aquí, señora? Ya os he llorado por muerta: me tenéis completamente abandonado; ya no queréis ver mis obras, y creed que me hacen mucha falta vuestras visitas, porque aunque no sabéis hacer planos, tenéis tan buen gusto, que una observación vuestra es un mundo de inspiración para mí.

-Me es sumamente grato cuanto me decís, y sobre todo el recibimiento que me han hecho vuestros hijos; aquí ahora todo respira alegría, ¡qué diferencia de antes!

-Ya os convenceréis por vos misma que habéis traído un cielo a mi casa; si señora: mi casa es hoy un cielo sin nubes, y yo quiero que estéis algunas horas contemplando vuestra obra; así es que espero ver honrada mi mesa con vuestra presencia.

-Habéis tenido una excelente idea: me quedaré a comer con vosotros.

-¡Colmáis mis deseos, señora! sois tan amable como buena; ¡qué día más feliz me espera! Muchas y perentorias son mis ocupaciones; pero hoy lo deje todo para hablar largamente con vos, porque, creedme, señora, tenemos mucho que hablar: tengo que deciros que hay seres que lloran por vos, que a pesar de ser tan buena como sois, hacéis sufrir.

-¿Yo hago sufrir?...

-Si, señora: aquí viene un ser que llora al nombraros.

-¿Es algún pobre trabajador, a quien no he proporcionado trabajo? ¿Tal vez un padre de familia que no puede trabajar? Hacedle ir a verme.

-No, señora, no es ningún pobre; la persona que llora por vos no necesita de nadie, es bastante rico y bastante considerado de todos; ya hablaremos después de sobremesa, que es cuando se habla mejor; mientras tanto, venid a ver mis flores: tengo muchas y muy raras.

-Bien se puede decir que vivís en la gloria.

-En estos instantes, si, porque mi gloria sois vos; sí, sois mi gloria, porque os debo la vida de mis hijos y la de mi esposa.

Mientras llegó la hora de comer, recorrí aquel pequeño museo, porque indudablemente el arquitecto era un verdadero artista, y todo cuanto le rodeaba era artísticamente bello; su buena esposa, ágil y diligente, secundaba a su esposo en su buen gusto, y todo en aquella casa era encantador. Cuando entré en el comedor, me sorprendió ver flores por todas partes, flores y frutas en abundancia en los cuadros, en los fruteros, en las rinconeras, en la mesa, hasta en los platos. Se empeñaron en cederme el puesto principal, y todos los niños querían estar junto a mí; al sentarme, noté que faltaba algún otro convidado o individuo de la familia, pues había un sitial vacío y un cubierto en la mesa; el arquitecto, con mucho disimulo, trató de ganar tiempo, hablándome sobre algunas frutas de lejanos países, que en artísticas pirámides exhalaban sus penetrantes aromas y lucían sus vivos colores. Yo, sin saber por qué, miraba a la puerta del comedor, deseando que llegase aquel a quien esperábamos; al fin, llamaron; poco después apareció mi amigo el sacerdote, ¡qué hermoso me pareció con su despejada frente!, frente que era, sin

duda el archivo de los más nobles y sublimes pensamientos. Saludó a todos con fría amabilidad, trazó una cruz en el aire, y dijo:

-En nombre de Dios, comamos y bebamos, y luego hablaremos.

¡Qué comida tan agradable! ¡Cuánto se habló!... El sacerdote, en particular, habló mucho y muy bien sobre la religión y sus ministros, y dirigiéndose a mí, dijo, entre otras cosas:

-Tengo hambre de un alimento que la tierra no produce, y tengo sed que agua divina; estoy harto y tengo hambre, y, ¿sabéis por qué? Porque hay mucho pan en este mundo, y a pesar de tanta abundancia, hay millares de hambrientos. Yo, al comer, me avergüenzo y siendo remordimiento pensando en los que no comen. ¿Por qué hay tanto pan de sobra y hay a la vez tantos hambrientos?

¡Cuánto vale este hombre!, murmuré mentalmente; vale mucho más que yo, porque yo, al comer, no pienso en los que no comen; no gozo comiendo, eso no, pero no miro más allá: éste sabe mirar adelante más que yo. Después me dijo él:

-¿Qué os parecen las obras de mi convento?

-Hace mucho que no las veo; ¿qué haré yo allí? Prefiero visitar a los pobres.

-Hacéis bien; y... contestadme con entera franqueza, ¿es verdad que como yo habéis comido, pero que os ha quedado un vacío que ningún manjar lo llenará nunca? ¿Y sabéis por qué? Porque ese vacío sólo se llenaría con un algo que se llama amor.

Abandonamos el comedor, y el arquitecto, el sacerdote y yo, pasamos a un saloncito lleno de maravillas artísticas; allí dijo el arquitecto:

-Ahora que estamos solos, hablaremos de las obras del convento, que se gasta mucho dinero, y es un dinero muerto.

-Dejad que se gaste-dijo el sacerdote -, que si las piedras son obra muerta, los brazos que las colocan son obra viva, y yo quiero hacer un templo que sea eterno, para que los trabajadores tengan pan durante muchos años; hay dinero que sobra, y yo quiero que los pobres vivan. Además, a nuestra religión le gusta ver piedras, muchas piedras; arcos, muchos arcos; bóvedas, muchas bóvedas; torres, muchas torres, y algunas de ellas muy altas, con grandes campanas que llaman a la conciencia de los pobres de espíritu. Yo quiero ver ejércitos de obreros, que trabajando ven a Dios arriba y la miseria abajo. ¡Ay de ellos y de nosotros si sólo miramos hacia abajo! Los pobres sin trabajar son la constante amenaza, son las lenguas de fuego que profetizan los grandes cataclismos. ¡Qué bien habló! Yo le escuchaba encantada y le dije:

-Yo también pondré piedras para dar pan a los hijos del pueblo.

-Si, hermana: los dos vamos por dos líneas paralelas; pero estas líneas están colocadas en un camino tan ancho, que nunca nos veremos yendo por ellas; jamás iremos juntos, aunque sea una nuestra empresa. Yo pienso levantar tantas piedras, que seré el asombro del sacerdocio español; pienso levantar un templo adornado con filigranas de jaspe, parecerá una obra de hadas; nuestra religión es poseedora de inmensos tesoros; justo es que esos tesoros sean bien empleados; y ahora, cambiando de asunto y aprovechando la oportunidad de hablar sin testigos, porque el arquitecto es de los nuestros, os diré que estéis preparada, porque día llegará, y no muy lejano, que me harán juez de vuestras obras poéticas: yo seré el censor eclesiástico de vuestros escritos, lo presiento, y mis presentimientos no

fallan, y cuando ese día llegue, preparaos para sufrir lo que no habéis sufrido todavía, porque yo seré la deshonra de vuestras obras, volviendo lo negro blanco, y lo blanco negro.

-¿Y por qué tendréis que destrozar mis escritos?

-Porque estamos en un país donde se adora a Dios de una manera grosera y material. A vos y a mi, nos respetan por nuestro talento, nos toleran por nuestra superioridad moral; pero nos envidian, y al envidiamos, nos odian; todo el clero nos aborrece, porque somos verdaderamente espiritualistas, porque adoramos a Dios como padre de todas las criaturas, y no como Juez iracundo e implacable castigando a sus hijos; los dos somos racionalistas, y la religión no admire el funcionamiento de la razón. ¡Ay, hermana!... No está lejano el día que se examinarán vuestras obras por segunda vez, y entonces os llamarán la iluminada, la poseída, la endemoniada, la engañada por el Diablo, y para defenderos, tendré que justificar que adoráis a Dios en la cruz, y que las innegables revelaciones que tenéis os han costado inmensos dolores, ahogando vuestros deseos y vuestras tentaciones mundanas; he de haceros aparecer como una monja fanática en éxtasis permanente, y sólo así podré salvaros de morir en la hoguera.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y vos seréis el llamado para desfigurar mis obras?

-Y gracias que sea yo el elegido, pues de no ser así, no os salvaríais de morir quemada a fuego lento. No por lo que os digo dejéis de escribir, escribid cuanto podáis: no os importe que se quemen vuestros escritos, el fuego de mi espíritu reanimará vuestras obras. No importe cuanto suceda. Ya sabemos, hermana mía, que se vive siempre; ¿qué nos importa que hoy representemos una comedia en el teatro religioso, y yo destruya vuestras obras, si mañana reanudaremos nuestros trabajos, y en vez de poner piedras sobre piedras, levantaremos nuestros pensamientos convertidos en inventos útiles, y volaremos, sí, volaremos, llevando en nuestros barcos aéreos la savia de nuevas ideas, que iremos a depositar en lejanos continentes?

-Será todo lo que queráis; yo también presentía el trágico fin de mis inspiraciones; pero al convencerme que mis escritos serán pasto de las llamas, y sólo quedarán las memorias de una monja loca, de una fanática histérica, ¡ah! esto es muy triste, porque vendrán otras generaciones más espiritualistas, y al leer lo que me quede de mis obras, dirán: "He aquí el fruto del ciego fanatismo religioso."

-Descuidad, yo haré todo lo posible para dejar intactos algunos de vuestros pensamientos, que no ataquen a la liturgia; por eso os digo que no dejéis de escribir, porque habiendo mucho en que escoger, me será más fácil conservar algunas páginas en las cuales fulgure vuestro pensamiento.

-Yo no sé si sería preferible matar el cuerpo o matar mis obras.

-El sacrificio sería completamente inútil: la Iglesia no quiere vuestras obras, porque su contenido es la muerte de sus ídolos, la excomunión de su comercio ilícito, la humillación de su impía soberbia, la luz disipando la sombra, el amor destruyendo los cálculos del egoísmo. ¡Ah! no, no; yo no quiero que os arrojen a la hoguera; no merecéis morir así: sois digna, sois buena, descuidad, yo os lo repito, en vuestras obras algo quedará de vos; serán como un ramo de flores medio deshojadas conservando su aroma.

Se levantó el sacerdote para marcharse, y al ponerse el manteo, se puso

lívido, se tambaleó y se apoyó en el respaldo de un sillón; el arquitecto lo notó y le dijo:

-¿Estáis malo? ¿Qué os sucede?

-No sé, pierdo la vista: traedme un cordial.

El arquitecto salió, y yo comprendí que el sacerdote no estaba enfermo, lo que estaba era dormido, y yo, rápidamente, le dije:

-¿Duermes?

-Si, necesito hablarte.

-Pues aquí no podemos hablar: creerían que estamos endemoniados.

-Pues es preciso que hablemos.

-¿Dónde?

-En cualquier parte: en tu convento.

-Allí no; en la casa de mi padre.

-Está bien; mañana por la mañana allí nos encontraremos.

Cuando volvió el arquitecto con un cordial, que él mismo había preparado, ya el sacerdote estaba despierto, aunque muy pálido; tomó algunos sorbos de la bebida tonificante y se marchó, saludándome con tristeza. El arquitecto me acompañó hasta dejarme en la puerta del convento, y yo me retiré a mi celda, ávida de reposo y soledad.

Sí, necesitaba estar sola para pensar en el hermoso día que había pasado; es verdad que el final había sido desastroso, pero en medio de tanta sombra, había una ráfaga de luz; el sacerdote ¡me amaba! No quería ver mi cuerpo consumido por las llamas y se empaparía en mis obras para salvarme, ¡las leería todas! ¡todas!... Mi trabajo no había sido estéril, que una inteligencia que sabe juzgar, vale más que el juicio de todo un pueblo: luego me ocupé de mi entrevista con el sacerdote en la casa de mi padre, ¡qué locura! ¿Con qué pretexto iría? Me acosté y me dormí; a la mañana siguiente me desperté y saludé al sol como tenía de costumbre: miré ansiosamente a las *flores del cielo,* que agitaban sus inmarchitas corolas, y les conté mis apuros de aquella mañana, pidiéndoles un consejo; una de las flores me dijo con acento cariñoso:

-Has dado tu palabra y justo es que acudas a la cita.

-¿Pero qué dirá mi familia? ¿No comprendes que una entrevista entre una monja y un sacerdote, da mucho en qué pensar?

-Daría que pensar si se celebrase a puerta cerrada; pero tú no, no tienes necesidad de encerrarte en ninguna parte, habiendo dilatados jardines en tus dominios donde pasearte y rezar por tus muertos, rezo al que te acompaña el mejor amigo de tu familia.

-Qué buena idea has tenido, flor querida; tienes razón. Y acto seguido salí del convento y me dirigí a mi antigua casa. Mis sobrinos me recibieron cariñosamente, diciéndome el mayor:

-Permitidme que os diga que cada día os quiero más, porque cada día comprendo mejor lo muchísimo que os debo.

-Y lo que me deberás, hijo mío, porque haré de ti y de tu hermano dos cumplidos caballeros.

-Qué día tan feliz es el día de hoy para mí.

-¿Por qué, hijo mío?

-Porque habéis venido, ¡tardáis tanto en visitarnos!

-Pues hoy vengo a cumplir una promesa que hice a tu padre, vengo a rezar por él en los jardines, y me acompañará en mis rezos un buen amigo del autor de tus días.

-¡Bendita seáis señora! Yo iría con vosotros; pero no me atrevo; si fuerais vos sola, si; pero el sacerdote que os acompañará me inspira un respeto rayano con el miedo.

-Tú, hijo mío, vete a mi antigua estancia, asómate a su ancha ventana y ruega tú también por el alma de tu padre.

Me interné en los jardines, y a poco apareció el sacerdote, que me dijo con mucha sequedad:

-No comprendo por qué hemos venido aquí.

-Pues es muy sencillo, porque ayer quedamos en venir.

Llegamos ante la fuentecita, y allí se dejó caer el sacerdote sobre una piedra, se recostó contra el añoso tronco de una encina y se quedó dormido; me senté cerca de él y el sacerdote me dijo:

-Escucha, que no tenemos tiempo que perder.

-No hables tan alto, que creen que rezamos.

-El eco de nuestras oraciones llegará hasta los que nos escuchan, que voluntad me sobra y medios tengo para ayudarte en tu inocente mentira. Ahora escucha: Yo soy aquel que te vendió y te persiguió, y se gozó en tu ruina y en tu completa degradación, y trabajó cuanto pudo para que no llevaras a cabo tu redención: yo soy aquel que envenenó tus días, que mancilló tu alma, que destrozó tu cuerpo, esto fue ayer, y entre el ayer y el hoy hay muchos siglos, y hay mi arrepentimiento, hay mi firme propósito de enmienda. Hoy, y al decirle hoy me refiero muchos siglos empleados en amarte, hoy te amo, ¡hoy necesito de ti!

-No te entiendo, ¿eres un alma?

-Si, soy un alma, pero tengo mi cuerpo en la tierra.

-¿Tienes tu cuerpo aquí?

-Si, y vengo a anunciarte mi muerte. No sé por qué, me acordé instantáneamente de mi hermano menor, y le dije:

-¿Eres el alma de Benjamín?

-Si, voy a morir en un desafío, pero aún vendré a verte en cuerpo; me verás muy feliz; pero hay un hombre que no quiere que yo sea dichoso, y nos batiremos: yo quiero matarlo a él, pero él me matará, y prefiero morir en desafío a morir despenado rodando de peña en peña, rebotando por los abismos: no hay muerte más cruel; y ahora dime: ¿es verdad que tú me amas? Necesito de tu amor, ¡hace tanto tiempo que te quiero! Dime que me querrás siempre.

-¿Siempre? Yo respondo de hoy, de mañana no sé.

-¿Que no sabes? Pues no te seguiré siempre, quiéreme como hijo, como hermano, como amante, como padre, como quieras, pero ámame, enlázame a ti, que yo no puedo vivir sin ti; éste que yo ocupo, también ha sido tu enemigo y hoy te ama, pero su amor no es tan violento como el mío; pero te ama, te ama. Cuando yo muera, no llores: piensa únicamente en mi alma y llámala. Vendrá una mujer hermosa a pedirte noticias de mi, consuélala, la he querido, la quiero; por ella he de morir, pero no la quiero como a ti; haz buenas obras con mi herencia: ampara a los

huérfanos en mi nombre, que los huérfanos son muy desgraciados. Adiós, voy a ocupar mi cuerpo, que está muy decaído. Se fue el espíritu y vi que el sacerdote aún dormía; tuve miedo y le pregunté:

-¿Duermes aún?

-Si.

-¿Quieres decirme quién eres?

-Soy el sacerdote; el sacerdote, que te ama: nuestro amor es una expiación; somos dos líneas paralelas que nunca se confundirán en una sola; no cruces mi camino, que no podemos unirnos aquí; haz bien, que mientras se hace el bien, no hay tentaciones.

¡Qué hermoso me pareció en aquellos momentos! Tanto, que no pude por menos de decirle:

-¿Por qué Dios te hizo tan hermoso?

-Para que tú sufrieras y yo también; porque quiero ser virtuoso; mi cuerpo es buscado, pero yo resisto; no pudiendo ser tuyo, no quiero ser de nadie. Se despertó y me dijo con dureza:

-Me habéis hecho dormir, ¡qué manía! Ayer me debisteis magnetizar.

-Yo os juro que no os magneticé.

-Por Dios os ruego que no me durmáis más; que bien pudiera suceder que vos no pidierais resistir, ni yo tampoco, y viviríamos luego en un infierno.

-Tenéis razón: sigamos cada cual nuestra línea sin tratar de encontrarnos, porque de nuestra unión no resultarla ningún beneficio para nuestras almas, ni placer duradero para nuestros cuerpos; expiemos nuestro ayer y esperemos en nuestra redención.

CAPÍTULO LXXIII

Salí de la casa de mis padres preocupadísima y me dirigí a mi convento, completamente impresionada, que no era para menos lo que acababa de oír y de saber; ya en mi celda, medité profundamente sobre lo que me había dicho el sacerdote respecto a la muerte de Benjamín; confieso que me desesperé y le pedí cuentas a Dios por la fatal estrella de mi pobre hermano. ¿Por qué habla de perderle? ¿Por qué habla yo de sufrir tantas pérdidas? ¿Por qué me habían de acosar tantos dolores? Si la tierra brindaba vida, ¿por qué en torno mío la guadaña de la muerte segaba las mieses sin piedad? ¿Por qué morir, Dios mío? exclamé en el colmo de la desesperación. ¿Por qué tanta sombra si debíamos vivir en plena luz? ¡Cuántas penas, Dios santo! ¡Cuántas angustias! Ya no puedo más.

Y en realidad no podía resistir tantas y tantas penalidades, porque si bien a Benjamín nunca le había querido con locura, ante la idea de perderle, se aumentaba de tal modo mi cariño hacia él, que lloré su prematura muerte con todo el sentimiento, con todo el desconsuelo de un alma herida por la inclemencia de su adverso destino. Aquella noche no dormí, deliré. Si, deliré: vi campos de batalla sembrados de cadáveres; vi a bellas desposadas buscando entre los muertos a los amados de su corazón; vi lupanares repletos de mujeres degradadas y de libertinos embriagados; vi hundimientos sociales, montones de escombros, que no otra cosa eran los palacios de los nobles y las chozas de los plebeyos, ¡qué sé yo lo que vi!... Me levanté enferma, muy enferma, estaba cansada de vivir, ¿por qué negarlo? Lo

estaba. Es verdad que el mismo rey me protegía; pero mientras de más alto viene la protección, menos consuela, porque entre el protector y el protegido hay tanta distancia, que nunca se acercan el uno al otro; el uno no desciende porque no está acostumbrado a buscar a nadie, y el otro no sube, porque no se atreve; he aquí por qué la protección del rey no me prestaba el consuelo de mi alma necesitaba, y en cambio mi hermano, con su carácter arrebatado, con el cariño delirante que por mi sentía, por el afán que tenía siempre que estar a mi lado, era para mi un defensor leal, en el cual yo tenía completa confianza; por eso, al considerar que iba a perder el único baluarte que me quedaba, pedí a Dios morir, y se lo supliqué de todo corazón. Sentada junto a mi mesa, lloré largo rato, y le hice presente a Dios que me faltaban fuerzas para luchar, y entonces oí una voz que me decía:

-Todo eso es tiempo perdido: levántate y anda.

Como movida por un resorte, me levanté y pasé al refectorio, donde encontré a todas las monjas, las que notaron mi turbación y desaliento. La segunda superiora estuvo cariñosísima conmigo: me acompaño a mi celda y me hizo tomar un cordial preparado por ella; dicha medicina me dio nueva vida, tanto, que me encontré con ánimo de salir, y salí en busca de nuevas tentaciones y de nuevos cuidados. ¡Qué sombrío me parecía mi porvenir!... Todas mis esperanzas se habían evaporado.

Salí al campo y anduve a la ventura, sin saber dónde detenerme; volví a la ciudad y maquinalmente me dirigí a la casa de mis padres; quise entrar en mi antigua estancia y la encontré cerrada; pasé a un salón y allí encontré a la viuda de mi hermano, la que, al verme, dio un grito de espanto, diciéndome:

-¿Estáis enferma?

-Si, lo estoy.

Y caí desmayada. Acudió la demás familia, mi antigua servidumbre y varios médicos, y oí que uno de ellos decía:

-Esto está muy mal: los dientes se niegan a dejar paso a las medicinas.

Por fin, después de muchas tentativas inútiles, pudieron darme unas cuantas cucharadas de un licor muy amargo y volvía a la vida; gracias en gran parte a las frases cariñosísimas que me dirigió el médico que se encargó de cuidarme; ¡necesitaba mi alma tanto cariño!... Me habló muy discretamente sobre la religión y la resignación, que era su hermana gemela; me hicieron acostar, y durante la noche, la viuda de mi hermano y el médico, me velaron con la más tierna solicitud; el médico parecía un padre de almas encargándome que procurara no pensar, y que si pensaba, que pensara en Dios, en sus ángeles y en los seres privilegiados que ocupaban un lugar en los cielos, al oír la palabra *privilegiados,* no pude por menos que mirarle, y no sé cómo le miraría, que el médico me miró y me dijo:

-¿Qué?, ¿dudáis que haya seres privilegiados?

-Si que lo dudo: mejor dicho, que no lo creo; ¡privilegiados! Si hubiera un ser privilegiado, éste sería la negación de Dios; yo creo que Dios es amor y justicia; siendo amor, tiene que amar a todos; siendo justicia, no puede ser injusto, y lo sería si tuviera privilegiados. Dios es amor y misericordia. El les dice a las humanidades: "Trabajad y me comprenderéis; trabajad y os engrandeceréis.

-Dios-dijo el médico-, tiene la altura que nosotros le damos; yo creo que Dios castiga a las almas culpables y premia a los justos.

-Creedme, a Dios no es posible definirle, ni darle figura ni sentimientos; no tiene forma conocida; sus leyes son inmutables; cuando hablemos sobre El es perder lastimosamente el tiempo.

Pasé el resto de la noche muy bien, y al día siguiente, desobedeciendo el mandato del médico, quise levantarme, y pagué muy cara ni desobediencia, porque sentí dolores tan agudos en todo el cuerpo, que me acosté de nuevo y no probé de hacer nuevas tentativas. Pasaron muchos días antes de que el médico me diese por curada, encargándome muchísimo que no abusara de mis gastadas fuerzas, pues podría quedarme tullida, ¡tullida! ¡qué horror! Me asusté muchísimo, y al volver a mi convento, observé cuidadosamente los mandatos del médico. Escribí mucho y bien: ¡escribí y lloré!... Lloré con gratitud, ¡estaba buena! ¡No estaba ni tullida, ni ciega, ni loca! Me puse en relación con todos mis parientes y antiguos amigos, con el único afán de allegar fondos para los pobres. Durante mi sueño, mi espíritu se paseaba alrededor del convento, pero sin querer ver más que lo bello. Un día que me hallaba más satisfecha que de costumbre, porque se habían emprendido nuevas obras, en las cuales trabajaban centenares de obreros, me anunciaron la llegada de Benjamín. Entró éste en mi celda y lo encontré muy pálido, más que pálido, lívido.

-¿Qué tienes?-le pregunté.

-Nada, que me impresiona verte dentro del convento.

-Pues aquí tengo la misma libertad que tenía antes; habla cuanto quieras, que únicamente yo te escucho.

Entonces Benjamín me habló de su vida, contándome sus ensueños de amor y sus contrariedades, anunciándome de paso su próxima boda, si lograba vencer una contrariedad que se le había venido encima.

-¿Qué contrariedad es esa? ¿Tienes algún rival?

-¿Quién te lo ha dicho? Siempre serás lo mismo.

-¿Pero es cierto que tienes un rival?

-¡Qué quieres! Soy muy desgraciado: toco la felicidad y ésta se convierte en fuego y me rodean las llamas; ¡qué quieres! Los abismos se han hecho para mi; siempre veo un abismo a mis pies, siempre lo veo, y siempre oigo una voz que dice: "Basta, ¡ya hay bastante!"

-¿Y tienes que entendértelas con tu rival?

-No hay otro remedio.

-¿Y tienes presentimientos de morir?

-Tengo la certidumbre de ser vencido.

-Entonces, ¿por qué te bates?

-Por el honor; un noble sabe morir.

Le hablé a mi hermano con la mayor dulzura; le recordé sus juramentos de amarme y de protegerme; y aquel hombre de carácter iracundo, casi feroz, se arrojó en mis brazos y lloró amargamente, diciéndome:

-¡No tengo otro remedio, no hay otra solución que morir!

Le hablé como una madre amorosísima y le preparé para morir dignamente; ¡qué angustia pasamos los dos! El lloraba como un niño: no quería morir, porque su amada le esperaba para hacerle dichoso; al fin se desprendió de mis brazos, y al despedirse me besó en la frente y me dijo:

-Recuerda este beso, y si hay otra vida después de la de aquí, recuerda que

mi espíritu te pedirá estrecha cuenta si me olvidas. Seré tu sombra, tu tormento, tu martirio, para vengarme de tu cruel olvido; y seré tu brazo fuerte, tu consuelo, tu ángel bueno, si al rezar te acuerdas de orar por mi alma.

Se marchó Benjamín, dejándome en un estado tan triste y tan angustioso, que llamé inmediatamente a mi amigo el sacerdote para suplicarle que no abandonara a mi hermano, para que al menos no muriera solo, sino en brazos de un ser amigo, ya que yo, por mi estado, no podía seguirle. El sacerdote me impresionó muchísimo con el relato que le hice de las desventuras de mi hermano, tanto, que con un arranque de verdadera desesperación, exclamó:

-¿Qué le habremos hecho a Dios? ¡¡Dios!! ¡Eterno arcano! ¿Por qué nacemos? ¿Por qué sufrimos? ¿Por qué hemos de morir? ¿Y acaso está en la muerte la solución del problema?...

Nos separamos disgustadísimos, y pocos días después me envió un pliego contándome detalladamente la muerte de mi hermano en el campo del honor; murió sin agonía; ¡pobre hermano mío!... Mientras leía el escrito de mi buen amigo el sacerdote, oí una voz que me decía: "¡No me olvides! Que si me olvidas seré para ti corriente de fuego y todo en tomo tuyo lo destruiré."

Con motivo de la muerte de mi hermano, recibí muchas visitas de pésame, tanto de mis deudos como de mis amigos; todos quisieron consolarme, y aunque ninguno lo consiguió agradecí sus desvelos; la que me conmovió profundamente fue mi hermosa sobrina, la niña adorable que me coronó en el campo; la bella joven se abrazó a mí llorando tiernamente, diciéndome:

-Vente conmigo: te quiero tener junto a mí, como lo está mi vestido y mi cuerpo; ¡te necesito, tía mía! ¡Te necesito!

-No, hija mía; ahora precisamente estás en una edad que no necesitas de nadie: ¡tu juventud te acompaña! ¡y es tan risueña la juventud! Ahora estás en lo mejor de la vida, ahora eres feliz.

-No tanto, tía mía, no tanto; claro está que cuanto me rodea es halagador, pero... no sé, tengo miedo de morir antes de ser completamente dichosa.

-¿Y en qué te fundas?

-En mis sueños, en mis sueños, que son tan continuos como originales: me veo muy hermosa, y me veo volando con mis alas muy blancas, y sobre mis cabellos hay guirnaldas de flores que parecen copitos de espuma; oigo una música muy suave, y llamo a una de las puertas del cielo; la puerta se abre, pero no me atrevo a entrar, porque allí todo es luz y belleza; yo me miro y me veo tan fea, que retrocedo avergonzada y desciendo de nuevo a la tierra, porque no me creo digna de vivir junto a Dios en el cielo.

Los sueños de mi sobrina confieso que me alarmaron, pero oculté lo mejor que pude mi mala impresión, y le hablé de sus castos amores, de sus ilusiones, de sus esperanzas: pero la niña movió la cabeza, diciendo con melancolía:

-Todo eso es muy risueño y muy halagador, pero yo no lo disfrutaré. Ya lo verás, tía mía, ya lo verás.

¡Cuántas emociones y ninguna buena! Pasé algunos días pensando de continuo en Benjamín; su muerte me causó una impresión que yo no esperaba; ¡me encontraba tan sola!... Una mañana me anunciaron la visita de una señora; entró ésta y vi una mujer joven, elegante y bella: vestía con gran lujo; su semblante no me

era del todo desconocido, pero me hubiera sido imposible recordar dónde la había visto; me miró con el mayor descaro, con la más insolente impertinencia, y me dijo:

-¿Me recordáis?

-No, señora.

-Pues debíais recordarme.

Y se acercó más a mí, mirándome fijamente. Entonces ahogué un grito de sorpresa: aquella mujer era María la niña que saqué del lodo, de la miseria y de las garras de un mujer brutal: la que se fue de mi lado quejándose de mi desvío: tenía un enemigo delante de mi. María, sin hacer caso del gesto de asombro que yo debí hacer, prosiguió diciendo:

-Felizmente, señora, ha llegado el día que yo os pueda preguntar cuánto dinero habéis gastado conmigo durante el tiempo que permanecí en vuestra casa, porque como nada quiero deberos, vengo a pagaros lo que sea. Como yo no estaba acostumbrada a un lenguaje tan grosero, le dije con sequedad:

-Podéis marcharos, que hemos concluido.

-¡Cá! No, señora, no hemos concluido; aquí está el importe de mi manutención. Y tiró una bolsa de seda roja, llena de monedas de oro, sobre mi mesa, diciéndome:

-Ahora comienza mi venganza. Yo seré quien os acuse, quien diga que sois una religiosa hipócrita, sois audaz, pero también sois cobarde, porque tenéis mucho por que callar. Yo, sin saber lo que hacía, me acerqué a una ventana y grité:

-¡¡Socorro!!

Y al momento se llenó mi estancia de monjas; la segunda superiora pidió explicaciones a María de su incorrecto proceder, y María se insolentó de nuevo y se abrió paso, diciendo que ella era la venganza de los débiles y diría al clero español lo que yo era; y salió triunfante, satisfecha de su inicua obra. ¡En qué estado me quedó! Recordé el lugar donde conocí a la niña harapienta, lleno su cuerpo de rasguños, heridas y sangre coagulada; recordé su miseria, su abandono y el tranquilo albergue que en mi casa encontró; su amor a los pobres, su deseo de ser buena, sus delirios por imitarme, y después... ¡quién sabe el rumbo que habría tomado aquella desventurada! Es verdad que hubo un tiempo que yo la desatendí, que la confundí con mis fieles criados, que en mi casa vivían con la mayor abundancia; ¿pero mi desatención merecía castigo tan cruel? Vino el médico, y otra vez tuve que guardar cama, dándole al médico y a la comunidad graves disgustos por mis constantes delirios; la fiebre no me dejaba ni de día ni de noche; un acceso alcanzaba a otro acceso, y según supe después, gritaba como una endemoniada, y no es extraño que gritara, porque lo que veía era un cuadro horrible. Veía la plaza pública; en el centro una hoguera inmensa, cuyas rojizas llamas se perdían entre las nubes, y en medio del fuego, mi cuerpo carbonizado, y veía a la multitud que danzaba alegremente alrededor de la hoguera, cantando canciones obscenas, diciendo como estribillo de las estrofas: Así deben morir las malas religiosas, la que recogía a los niños y luego los abandonaba; la que mentía diciendo que hablaba con Jesús; y luego... luego veía a mi Dios y le decía: "¡Llévame contigo!" Y él me contestaba:

"Vete, no te quiero. Ya ves lo que has conseguido; huye de mí, que no eres digna de seguir mis huellas."

Y allí dentro del convento veía las monjas tristes y macilentas; aquéllas no se alegraban de mi muerte; su duelo me consolaba, hablaban de mí, contaban muchas mentiras y algunas verdades, y concluían diciendo: "¡Pobrecita! ¡Se volvió loca!"

Con tales visiones, se comprende que gritara, porque me quemaban dos fuegos; la lona ardiendo quemaba mi cuerpo; la ingratitud más horrible quemaba mi alma, y como el alma no se reduce a cenizas, el dolor es más inmenso. ¡Pobre alma mía! ¡Cuánto padeció entonces! ¡cuánto!

CAPÍTULO LXXIV

Duró bastantes días la crisis de mi organismo; el delirio fue continuando; las medicinas que me daba el médico eran ineficaces; me dio por fin un accidente tan horrible, que cuantos me rodeaban creyeron que había llegado el último momento de mi vida; pero felizmente, aquel violentísimo sacudimiento me fue altamente beneficioso, porque comenzó mi mejoría con bastante rapidez, pero no tanto como el médico deseaba, que se desvivía por mi y no sabia estar fuera de mi estancia, esperando con afán que mi cabeza volviera a su estado normal; a fin, una mañana me preguntó temblando:

-¿Cómo estamos? Yo me sonreí y le contesté:

-Os reconozco.

-¿De verdad?

-Sí; sois el médico, el médico a quien tanto debo, porque habéis sido un padre cariñosísimo para mí.

-Nada me debéis; sólo habéis de pensar en mejoraros, que sufrís mucho y hacéis sufrir a los demás; creedme, se echan mucho de menos vuestras frases cariñosas, vuestras dulces sonrisas, vuestros sanos consejos, vuestros buenos deseos; habéis vuelto a la vida. ¡Loado sea Dios! No os agitéis, no os preocupéis, y pronto cantaremos victoria. Cuando se marchó el médico, pregunté a mi enfermera:

-¿He delirado?

-Un poquito, un poquito.

-No me creáis mala: no es cierto que yo esté endiablada.

-¿Y quién cree tal cosa?

-Gracias, queréis que me cure, y me curaré; hay quien me calumnia, pero también hay quien me hace justicia.

-No os fijéis en miserias humanas; no os canséis, no penséis.

-¿No pensar? Eso es imposible, porque pensar es vivir. Me rodeó después toda la comunidad, y dije a mis compañeras:

-¡Cuánto me alegro de veros! Y... decidme-pregunté a la segunda superiora:-¿He delirado, verdad?

-Si, si: habéis delirado.

-¿Y he hablado del diablo?

-Ya lo creo que habéis hablado.

-¿Y qué he dicho de ese ser imaginario?

-Muchas cosas; no es posible hacer una exacta relación, porque habéis hablado de mundos, de soles, de cielos, de infiernos, de glorias, de abismos, de espacios, de ayer, de mañana, de todo cuanto se puede hablar habéis hablado.

-Gracias, hermanas mías: veo en vuestros semblantes las huellas del dolor; ¿me habéis velado todas?

-Todas, y he tenido que imponerme para que fueran por turno, porque cada noche se hubiese quedado la comunidad en masa; ninguna monja quería irse a descansar.

-¡Cuánto os debo, hermanas mías!

-Hemos cumplido con nuestro deber-dijeron a coro.

Y todas a la vez rodearon mi lecho, mirándome con verdadera adoración; y como quien besa una preciosa reliquia, o la imagen de una santa, así todas me besaron en la frente, alejándose de puntillas para no hacer ruido.

Cuando me quedé sola, miré cuanto me rodeaba, y todo lo encontré bello; miré las ventanas cerradas y pensé en *mis flores del cielo,* ¡flores mías! ¡Cuánto tiempo sin hablar con vosotras! Pero os hablaré, porque aun tengo que vivir.

Siguió viniendo el médico, suplicándome siempre que tratara de reposar, porque le había dado miedo de mi cabeza.

-¿Pensasteis que enloquecería?-le pregunté con recelo.

-Si, hija mía; lo creí, y lo creí porque me sobraban motivos para creerlo; ¡qué modo de delirar! ¡Qué manera de sentir!

-Pues no temáis; no quiero llegar a la locura, y no llegaré; quiero curarme, quiero luchar, quiero vencer.

Aun pasaron muchos días sin poderme levantar, y cuando me levanté, el médico me suplicó con los ojos llenos de lágrimas que no pensara en escribir, que no me fijara en los colores, que sólo mirara al cielo; pero sólo un breve rato.

Tuve una convalecencia muy lenta, y en mi interior le daba la razón al médico, que no debía pensar, porque la idea más leve ponía en desorden mi cabeza, sintiendo dentro de ella sensaciones dolorosísimas. Cuando me vio más animada, me dijo un día:

-Estoy contento de vos, porque sabéis obedecer. Gracias, hija mía, ¡hacéis tantísima falta en la tierra! ¡Si vierais cuántos pobres han venido a preguntar por vos! A centenares venían, algunos llorando a lágrima viva, me preguntaban: "¿Pero se quedará loca?" ¡Cuánto os aman los pobres, hija mía! La mejor religión es el bien; el mejor culto a Dios consolar al triste, y vos sois una buena religiosa, porque os convertís en madre de los afligidos.

¡Cuánto me entusiasmó la relación de mi médico! Le pedí la mano, y antes que él pudiera evitarlo, me arrodillé y besé su diestra con amor filial; ¡cuánto se impresionó aquel sabio!... Quiso abrazarme, pero se contuvo y salió de mi estancia emocionadísimo.

Luego, al quedarme sola, pensé en la muchedumbre que había preguntado por mí, y dije: "¡Qué bien! Esa multitud no me creerá endiablada." Llamé a la segunda superiora y la dije:

-Decidme, ¿cuántos han venido a preguntar por mí?

-Es imposible decir tantos ni cuántos, porque han venido de todas las clases sociales, pobres, ricos, altos, bajos, militares, sacerdotes, emisarios del rey, chiquillos sin zapatos, mujeres harapientas y damas de la Corte; todos querían veros, y como eso no era posible, rezaban por vos en la iglesia, que siempre estaba llena de fieles.

-Y, decidme con entera franqueza, ¿creéis que mi enfermedad ha sido obra del Diablo?

-No, señora; estamos persuadidas que nada tenéis que ver con los genios maléficos.

-¿Y no tenéis la menor duda?

-No, porque un día dijisteis: "Me rodean las llamas del infierno, ¡qué horror! Pero... ¡qué alegría!, me he salvado; ya estoy en el cielo bajo una bóveda de *arco iris,* ¡qué hermoso paraje es la gloria! ¡Cuánta luz! ¡cuánta belleza!..." Al oíros, todos llorábamos, y al separarnos de vos, reunía a la comunidad y la dije: "Oremos por nuestra superiora; recordemos aquel día que Jesús apareció, que era Jesús no podemos dudarlo,-porque el perfume que aquel día aspiramos, no nos ha vuelto a embriagar; pues si aquí le vimos, pidámosle por nuestra hermana enferma": y todas nos pusimos en oración, en verdadera oración, y cuando con más fervor orábamos, os vi hermosa y sonriente revoloteando en el espacio, después descendíais y volabais en tomo nuestro, diciendo: "¡Gracias hijas mías! ¡cuánto os debo! ¡cuánto os amo!..." Y todas nos miramos y dijimos: "Yo he visto a la superiora, y yo, y yo, y yo"; ¡Todas os vieron! ¡todas! Yo dije: "¡Dios nos ha escuchado! ¡Qué bueno es Dios!..." Y entonces todas aspiramos un perfume delicioso, embriagador; caímos de rodillas y el techo desapareció de nuestra vista, y se oyó una voz que dijo: "Siempre se escuchan las buenas voluntades; cuando me llaman acudo; sed virtuosas, sacrificios por la humanidad"; ¡qué voz aquélla! Era un canto de ángeles, era una melodía celestial, y todos vimos una inmensidad sin límites; arcos luminosos formaban una bóveda interminable, y allá, allá muy lejos, estaba Jesús con su blanca túnica, flotando sobre olas de luz, y su voz dulcísima repetida por el eco, decía: "Sed buenas, sed buenas y llegaréis hasta mí, que de los buenos es el reino del porvenir", y todas nos preguntábamos: "¿Has visto a Jesús?" "Si, lo he visto." Entonces, ni está endiablada nuestra superiora, ni aquí dominan los genios del mal, es imposible, donde a raudales se vierte la vida, no puede haber las sombras de la muerte." Sois, pues, para nosotras un ser verdaderamente superior.

¡Cuánto bien me hizo la relación de la superiora! Cuando ella hablaba, yo veía también lo que las monjas habían visto.

-¿Y el capellán del convento, qué dice?

-¡Ay, señora! Ese nos cree a todas endiabladas.

Pasé el día pensando en la denuncia; ¿cuándo llegaría? ¿Me martirizarían? ¡Tenía miedo al martirio! Lo confieso, no tenía el heroísmo de los mártires.

Al día siguiente, me dio el médico permiso para abrir las ventanas de mi celda. Cuando abrí la del centro, vi a *mis flores* queridas, que aunque estaban lozanas como siempre, no exhalaban su penetrante aroma.

-¿Nada me decían?-las dije-. ¿Ya no me queréis?

-Calla-dijo una florecita-, no seas impaciente, que la impaciencia es tu expiación. ¿No sabes que nunca te abandonaremos?

-Pues dadme vuestros perfumes, los necesito, porque son mi vida.

-Toda nuestra fragancia es para ti.

Y agitando las flores sus corolas, aspiré con delicia sus penetrantes olores, ¡qué aromas tan embriagadores! Ellos me reanimaron extraordinariamente; tanto me reanimé, que fui al templo para oír misa y observar de paso al pobre capellán,

que al verme, palideció, me miro aturdido y celebró la misa lo más mal que pudo, diciendo disparates en vez de palabras latinas y sin saber lo que se hacía, ¡pobre hombre!

Cuando concluyó, no pude menos de decirle:

-¡Ay, padre! ¡cuánto habéis tardado! Y habéis pronunciado frases sin sentido ni concierto.

-Tenéis razón, señora; desde que caísteis enferma, no hay otra cosa más que disparates; aquí pasa algo muy extraordinario.

-¿Luego creéis que aquí está el diablo?

-Sí, señora, que lo creo; por eso no digo bien la misa.

-¡Qué absurdo! ¿Pensáis que Dios puede dejar abandonados a sus hijos? ¿Creéis que el Diablo puede luchar con el Supremo Ser? ¡Qué locura! ¡Qué falta de buen sentido! Si adoráis a Dios, ¿cómo creéis en el Diablo? No hagáis el mal, y tened fe en la divina justicia, que os abrirá las puertas de los cielos.

-Creed, señora, que estoy sufriendo muchísimo, y se calmarían mis temores y mis sufrimientos si quisierais hacer conmigo una buena confesión.

-¿Estáis en vuestro juicio? No necesito vuestros perdones; más bien vos necesitáis mi perdón, que os lo concedo de muy buena voluntad, porque sois un infeliz, un iluso, que creéis en absurdos inadmisibles; mas si tanto miedo os inspira el Diablo, idos de aquí.

-¿Queréis que me vaya?

-No; yo no lo quiero; pero es preciso que sepáis pensar, que un ministro de Dios debe saber discurrir, y seguid con vuestras misas, y vuestras confesiones y vuestras pláticas, y no temáis a lo que no existe.

Se retiró el capellán muy mohíno y cabizbajo, y yo me reuní con la comunidad diciendo:

-Sentaos, hijas mías, y sea para nosotras este día un día de verdadero regocijo, pensando en ser útiles a la humanidad. No basta que sintamos aquí dentro compasión por los que sufren: es preciso hacer el bien a los pobres muy prácticamente. Junto a este convento levantaremos un asilo para que en él se alberguen ancianos y niños desvalidos, y en tanto que se construye el edificio, habilitaremos algunas habitaciones para recibir a los caminantes enfermos y a los que necesitan una noche de reposo bajo un techo hospitalario. ¿Estáis conformes?

-Lo estamos-dijeron todas.

-Gracias, hijas mías. El que trata bien a los pobres, se trata bien a si mismo.

Después me fui a los jardines del convento, y allí oré fervorosamente: allí hablé con mi Dios. Al día siguiente hablé con el arquitecto y le pedí una lista de seres necesitados; me fui después a la casa de mis padres, y la viuda de mi hermano me abrazó con tal delirio, que creí me ahogaba; ¡cuánto me quería! ¡Sabia agradecer! Le di órdenes para que trabajara conmigo buscando enfermos y pobres, y su júbilo no tuvo límites, ¡Iba a trabajar conmigo! ¡Yo no la desdeñaba! ¡Qué alegría experimentó! ¡Aquella mujer era una santa!... ¡Cuántas santas habría en la tierra, si a las que caen las levantaran a tiempo! Visité después a mi hermana y pregunté enseguida por mi sobrina.

-Ha salido de cacería con su padre y su hermano-dijo mi hermana.

-¿De cacería? ¡Qué locura! ¿Qué entiende aquella niña de ciervos y

venados?

-Pues ahí verás, caprichos de la juventud y condescendencias de su padre; por mi gusto no va.

-Deja, que cuando yo la vea le quitaré esos caprichos.

-Creo que sólo de ti hará ella caso.

No sé por qué, me disgustó muchísimo la salida de mi sobrina; oculté a su madre mis temores y me volví al convento pensando en mi sobrina, ¡la quería tanto! Al llegar a mi celda, encontré sobre mi mesa dos pliegos, uno grande con el sello real, y otro pequeño: abrí el primero y vi que era una carta del rey, de su puño y letra; me felicitaba por mi curación, y me acusaba, amistosamente, por mi poca actividad en levantar conventos. El rey quería muchas casas de oración, muchas, para que en ellas orasen las almas buenas por las almas pecadoras. Abrí después el otro pliego, y en él me decían:

Ya sé que estás fuerte: ahora os delataré, tengo empeño en mataros, y os mataré: así sabréis lo que puede un *gusano.*

Al leer aquella amenaza, sentí en la cabeza un vértigo que me causó mucho miedo, pero me dominé enseguida y pensé que a un gusano se le aplasta. En aquel momento, como llovido del cielo, entró mi amigo, el sacerdote, al que no había visto ni en mi enfermedad, ni en mi convalecencia, ¡qué hermoso me pareció! Con su palidez, con su mirada lánguida, con su gentileza y su aristocrática distinción; pero estaba enojada por su larga ausencia, y le dije con marcada ironía:

-¡Qué desgracia tenéis! Siempre venís una hora más tarde: ya me podía haber muerto esperando vuestra visita; nunca venís a tiempo:

-Estáis en un error; siempre llego cuando hago más falta. Y con melancólica sonrisa me indicó los pliegos que había sobre mi mesa. Me apresuré a dárselos; los leyó sin manifestar la menor sorpresa, y me dijo con paternal ternura:

-No temáis: ya está presentada la denuncia hace muchos días y obra en poder del Tribunal del Santo Oficio; éste quiere hacer una información secreta; el secretario de la Comisión es uña y carne conmigo, y yo soy el encargado de revisar todos vuestros escritos; quieren también que os confeséis conmigo, y que hagáis una confesión general; vuestros escritos no permitiré yo que salgan de aquí. ¡Ya veis si llego a tiempo! ¿Os convencéis ahora?

-¿Verdad que no me harán daño?

El sacerdote miró a todos lados; cerró cuidadosamente la puerta de la celda, y acercándose mucho a mí, me dijo muy quedo al oído:

-¡Qué te han de hacer de **t**! ¡Antes me matarían a mí! Tienes *muchos gusanillos* que quieren roer el pedestal de tu gloria; pero los grandes de la tierra te quieren y te admiran y te salvaremos.

¡Cuánto bien me hicieron sus palabras! Le conté todos mis planes y él me reanimó cuanto pudo, diciéndome al retirarse:

-Trabajemos, vos en vuestra religión, yo en mi filosofía; cambiaremos impresiones cuando sea de imprescindible necesidad; nos olvidaremos al cambiarlas que somos un hombre y una mujer, y sólo hablarán la religiosa y el filósofo, preparémonos por una mañana, que el mañana es el despertar del alma de su letargo de ayer.

Cuando se fue, exclamé: "¡Dios mío! ¡Cuánto quiero yo a ese hombre! Bien

dice que debemos cambiar nada más que nuestras impresiones considerándonos únicamente, él a mí, como a una religiosa; yo a él, como un filósofo, olvidando por completo que somos un hombre y una mujer, pero... ¡Dios mío! ¡Dios mío! No es ningún delito: yo a ese hombre... ¡le adoro!"

CAPÍTULO LXXV

Una de las sensaciones más gratas en la vida humana es ser amado de verdad; y digo ser amado de verdad, porque los verdaderos amores en esta tierra de ingratitudes no tienen lenguaje; una palabra amorosa, un juramento apasionado, una promesa de un amor eterno, se presta al engaño, pero un acto práctico de amor dice más que todas las palabras melosas. Yo había recibido una de esas pruebas innegables; por eso con toda la efusión de mi alma, dije: *¡Dios mío!... No es ningún delito: ¡a ese hombre yo le adoro!* Y de aquella franca confesión quedé satisfecha; porque en ella exhalaba mi alma su amoroso sentimiento. ¡Amaba! ¡amaba!... Y aquel amor era mi vida.

En cuanto a mi denuncia, ya no me inquietó; él me había dicho que me quería, que me amaba, que sería mi Providencia; me había hablado de ¡tú! ¡tú! ¡Sílaba divina! Se puede sufrir toda una vida de martirio por escuchar una sola vez el sonido de esas dos letras unidas, ¡tú!... en mi hizo prodigios el escucharle; trabajé en los días siguientes con ardor febril; me multipliqué para acudir a todas partes, y nunca trabajé con más aprovechamiento.

Cuando más embebida estaba en mis trabajos de organización para el Asilo provisional que quería instalar en mi convento, me anunciaron la llegada de mi hermana, y enseguida recordé a mi hermosa sobrina. Al ver a mi hermana, comprendí enseguida todo lo ocurrido; la hice sentar y la dije:

-Háblame con entera franqueza: ¿ha muerto la niña? Dímelo de una vez.

-¿Quién te lo ha dicho?

-¡Tú misma! ¿Qué le sucedió?

-Que se le encabritó el caballo.: corrió desbocado y al fin tiró a la niña; esta cayó en la maleza y se le clavó una espina en un costado, con tal fuerza, que se incrustó en su carne, haciéndole perder el sentido; cuando lo recobró, ya se encontró en su lecho, y lo primero que hizo fue llamarte; creo que te está esperando para morir: sufre horriblemente; tú eres su única esperanza; pero el corazón le dice que no la salvarás.

Inmediatamente di las órdenes más precisas a la comunidad y me fui con mi hermana a ver a mi sobrina, la que, al verme, me dijo sonriendo con amargura:

-Ya lo ves: pueden más los ángeles, que los hombres; tantas veces los he visto que venían por mí, que al fin me llevan con ellos. No te empeñes, tía mía, en

darme la vida: tengo el cuerpo destrozado, y el dolor que tengo en un costado es irresistible; te ha llamado porque quería verte, porque quiero morir en tus brazos; por piedad, no me abandones: quiero verte hasta el último momento.

Y con febril angustia, quiso incorporarse, y no pudo. Rodeé su cuello con mis brazos, y ella dijo:

-Así, así moriré a gusto.

¡Qué días tan horribles aquellos! Mi pobre hermana arrodillada ante el lecho de su hija, quería rezar y no podía; su esposo, colocado a los pies de la cama, con la muerte en el alma, miraba a su hija, y sin darse cuenta, se bebía sus lágrimas, único alimento que no rechazaba, y yo, sentada a la cabecera, sostenía con mi brazo izquierdo la cabeza de mi sobrina, que no quería más almohada para su preciosa cabeza. ¡Pobre hija mía! Sufrió muchísimo, pero era tan buena, que no se quejaba; miraba a sus padres y me decía por lo bajo:

-¡Pobrecitos!... ¡Vela por ellos, tía mía! ¡Cuánto siento hacerles sufrir! ¡Son tan buenos! ¡Me han querido tanto!...

Una noche se incorporó mi sobrina; quiso abrazar a sus padres, pero no tuvo fuerzas; la sostuve en mis brazos y murió instantáneamente, y entonces, mientras mi hermana, su esposo y sus hijos fueron trasladados a otro aposento, y antiguas sirvientas se apresuraban a vestir a mi sobrina, yo vi el cuerpo de ésta reposando inerte, y vi a su alma con su luminosa envoltura flotando en torno mío. ¡Qué hermosa estaba!...

-¿Sufres?-la pregunté.

-Muy poco, tía mía; me voy muy lejos, muy lejos; así me lo dicen; sígueme con tus ojos, que tus ojos ven el más allá; siento que me viene sueño; llámame si ves que me equivoco de camino y dime entonces si estoy lejos de las puertas del cielo.

-Hija mía, en el cielo no hay puertas; mírame y no preguntes dónde están las puertas del cielo; el cielo está en tus ojos amorosos, en tu sentimiento y en tu inocencia. ¡Vuela, mariposa del infinito, y no me olvides en tu vuelo!

Y la vi volar, la vi cómo se perdía en el horizonte, y la vi cómo se volvió agitando su nevada diestra diciéndome: "¡Adiós!"

Cuando me convencí que el alma de mi sobrina se había ido lejos, muy lejos, me ocupé de sus padres, que estaban inconsolables; mi hermana, ¡pobrecita!, era una buena cristiana y se resignaba con los decretos de Dios; pero se resignaba negándose a tomar todo alimento; y su esposo, loco rematado, a duras penas se le pudo contener, que le dio por matar a todos los caballos de sus caballerizas; y el caballo que mató a su hija, éste quería quemarle él mismo. Me vi y me deseé para

hacer entrar en razón al padre de mi sobrina; al fin lo conseguí; le hice llorar a mares, y quedó rendido y dócil como un niño enfermo. Yo empleé todos los medios para consolarle, y le dije finalmente:

-No te impacientes de esa manera, ¿sabes tú acaso lo que Dios había escrito en la arena de la conciencia de tu hija?

-¿Pero qué haré yo sin ella? ¡Si era la luz de mis ojos!

-Pues para los grandes dolores son las grandes resignaciones.

-¿Y poder resignarse? Oye: ¿dicen que tú ves las almas? Te ruego que me perdones, yo he sido el primero en asegurar que tú hablabas con el Diablo.

-Si; yo veo grandezas inmensas: veo almas que sufren y almas que gozan; veo otros mundos donde las humanidades luchan con más ventaja que luchamos nosotros.

-Si, si; sí, lo dicen, que tú ves a los diablos; pero mi dolor me prueba otra cosa muy distinta: mi hija era un ángel y me decía que tú veías a las almas buenas, y ella también te veía entre *arco iris* y bosques de flores, y cuando ella te veía así, no tendrás tú nada que ver con el Diablo. Ahora dime si has visto a mi hija, y estaré más tranquilo.

-Bueno, pues siendo así, te diré que he visto el alma de tu hija en el momento que se desprendió de su envoltura carnal; la he visto partir, y me dijo: "Adiós", y se perdió en el horizonte.

-¿Tú la has visto? Quiero creerte y quiero creer en Dios; mi hija ya estará en el cielo, y confío que se acordará de sus padres.

Felizmente, en aquella ocasión, como en otras muchas, mi inspiración me valió de mucho; mi hermana y su esposo procuraron tranquilizarse, y yo me volví a mi convento para llorar a solas, que también estaba desconsolada. ¡Pobre niña mía! ¡Tan bella! ¡Tan amada! Me parecía sentir el calor de sus brazos en mi cuello y sus besos en mi rostro; pero me rehice pronto, necesitaba estar fuerte para luchar, que bien podía batallar siendo amada. Tengo quien me ame, decía yo muy satisfecha, y éste no morirá, no; él dará cuenta de mi; él me dejará en la fosa, no estaré sola en aquellos críticos momentos; no, no lo estaré; y entonces oí la vocecita de siempre, que me decía: "Adelante, no pierdas el tiempo; si tus obras escritas las mutilan, tus obras de edificaciones piadosas, esas... ¡no morirán!

-¡Gracias, Dios mío! Ya han vuelto para mí los buenos días; lucharé, sé lo que me espera. ¡Adiós ilusiones! Ante las realidades de la vida, comprendo lo que debo hacer. No debo deshonrar mi religión. ¡Dios mío! ¡Dadme fuerzas para ser buena!... Mi plegaria Dios la oyó: se inundó mi estancia de luz, y al ver aquellas olas luminosas, exclamé: Dios me responde: ¡Loado sea Dios! Y entonces desapareció mi estancia y me vi en la inmensidad del espacio, caí de rodillas y vi aparecer la imagen de Jesús. Yo, como si no tuviera cuerpo, volé hacia El y le dije: "¡Ingrato! Os he llamado y no habéis venido; he sufrido y no os he visto. Dicen que veo el diablo.

¡Señor! ¿Por qué me habéis dejado? ¡Estoy sola!... Quiero irme de aquí, porque este mundo es un nido de reptiles." El, al oír mis quejas, se acercó más a mí y me dijo:

-Te quejas sin razón, ¡mira bien!

Y miré, y me vi hermosa, coronada de flores, y a la vez me veía rodando por los abismos, fea, despreciable, envilecida, repugnante, y me vi de pueblo en pueblo buscando un Redentor; vi mi historia terrible, con mis innumerables caídas y mis propósitos de enmienda, y exclamé:

-Ahora lo recuerdo todo; os he hecho mucho daño, ¡qué horror! ¡Tened piedad de mí!

Y vi cómo Jesús se transformó en el anciano de siempre, y entonces comprendí mejor que nunca que entre Jesús y el anciano no había más que una substancialidad; y al elevarse me enviaba efluvios de vida, y yo le decía: "¡No me dejéis! Señor!" Y El murmuró con la mayor ternura: "¡Dejarte!... No hay sitio en la eternidad que tu lo encuentres sin mi aliento; donde quiera que vayas, allí me encontrarás."

Entró la segunda superiora en mi celda y exclamó:

-Aquí ha estado Jesús: siento su perfume embriagador.

-Si, aquí ha estado.

-¿Y qué os ha dicho?

-No lo sé.

-Yo le veo en mis sueños, y por reunirme con El iré al martirio

-No hay necesidad de martirio; lo que es más perentorio es trabajar en bien de los desvalidos; manos a la obra.

Y con la mayor actividad se concluyó el Asilo provisional, en el cual encontraron refugio muchos desamparados.

La segunda superiora estaba encantada; sus actividades, sus energías, sus sentimientos adormecidos en la monotonía de la vida claustral, se despertaron al movimiento de la vida humana, y me ayudaba en mi trabajo admirablemente. Una mañana me dijo muy conmovida:

-¡Cuánto bien hacéis, hermana mía! Entre los acogidos hay dos niños que me encantan; tienen unos ojos y unas palabras que me llegan al alma.

Al día siguiente conocí a los niños, y hallé en los ojos de uno de ellos algo muy sorprendente; les pregunté por sus padres y me contestó el mayor:

-¡Murieron de miseria, pobrecitos! ¡Maldita sea la miseria!

No blasfemes, hijo mío, que en cuanto ocurre en la tierra no hay más que el cumplimiento de una ley eterna; tú aun no comprendes que las culpas se pagan con penas; mas yo seré vuestra madre, yo velaré por vosotros y haré que sea risueño, si es posible, vuestro porvenir.

Los niños me miraron sorprendidos, y alentados por mí, me besaron, y el mayor, al besarme, me parecieron sus labios de fuego; sentí repulsión, horror inexplicable: el mendigo de hoy, era indudablemente el tirano de ayer.

Me cuidé mucho de las obras del Asilo para los pobres, porque tenía vivísimos deseos de verlas terminadas. Cuando menos lo esperaba, vino un sacerdote de muchas campanillas: era una alta dignidad eclesiástica, y para él se abrieron todas las puertas del convento, repicando las campanas, y se cantó un *Te*

Deum; era el secretario de la Comisión del Santo Oficio, que venía a comenzar su interrogatorio, que fue llevado a cabo con toda la mala fe posible: preguntas repetidas, cambios de asuntos, qué sé yo: la cuestión es que logró fatigarme y aturdirme; registró todo el convento, sin dejar el menor escondrijo, y por último registró mi celda; pero como en ésta había tantos papeles, tuvo que repetir su visita varios días, y eso que trabajaba con verdadero afán de concluir. Aquel hombre no estaba bien cerca de mí, ni yo cerca de él: nos fuimos antipáticos en grado máximo. Comenzó a leer mis poesías, y allí fue Troya. ¡Qué de admiraciones! ¡Qué de espantos! ¡Qué de asombros! *Mi modo de orar,* que era una composición racionalista, la encontró atea; mi canto Al Sol, porque al sol yo le decía luz de amores, él me replicó duramente que sólo Dios era luz de amor, que mi canto era un canto pagano.

-¿Sois poeta?-le pregunté.

-Amo la poesía; pero no soy poeta.

-¡Ah! Entonces, si no sabéis escribir, no sabéis que el pensamiento vuela...

-Me haréis creer que no sé leer.

-No, lo que os sucede es que tomáis la letra por el espíritu. Se fijó después en el escrito que hice cuando me coronó mi sobrina, y me dijo:

-¡Ah! Ya os tenemos vanidosa, vicio que lo tenéis muy encubierto, y no os coronaron de espinas: os hicisteis coronar de flores; ¡valéis más de lo que yo pensaba! Y me miró de una manera que me hizo temblar; comprendí que estaba perdida; pero en aquel momento entró mi amigo el sacerdote, que al verme lívida y temblorosa, me dijo muy quedo:

-¿Qué hay?

-Ese hombre es muy duro.

-¿Tienes confianza en mí?

-La tengo.

-Pues entonces no temas nada.

Y volviéndose con la mayor naturalidad, se acercó al secretario, se lo llevó al hueco de una ventana y allí hablaron largo y tendido rato, y aunque nada pude oír, comprendí que discutían muy acaloradamente, porque mi amigo, pálido de costumbre, se coloreó su semblante, y el secretario, que tenía muy buen color, concluyó por palidecer, y accionar con los puños cerrados.

Al día siguiente concluyó al interrogatorio; mi protector dispuso que se marchara el secretario con su séquito, y entonces, a solas conmigo el sacerdote, no el amigo, me dijo así:

-Con calma, con severidad, con método, contadme vuestras visiones.

Se las conté todas; me pidió después las revelaciones que había tenido; contesté a todo, contándole sencillamente la verdad; se enteró muy minuciosamente de las curas que yo había hecho con la imposición de mis manos; y cuando se hubo enterado de todo, me dijo muy seriamente:

-Si esto constara en la información que hará el secretario, ni el rey os salvará de morir en la hoguera; gracias que se ve en vos una buena voluntad; pasaréis por una fanática religiosa, algo débil de entendimiento; desaparecerá vuestra verdadera personalidad: no hay otro remedio para evitaros de ir al suplicio.

Se fue el sacerdote, y me reanimé tanto, que exclamé: ¿Qué me importa? Si

la Iglesia me anula, yo engrandeceré mi religión con mis buenas obras; y haré tanto por los pobres, que éstos me harán justicia. Morir en la hoguera no quiero; antes me mataría. Pero ese hombre que adoro me ha prometido salvarme, ¡y me salvará!

CAPÍTULO LXXVI

Para huir de mis malas impresiones, me dediqué por completo a consolar a los desvalidos, proporcionando de trabajo a los unos y albergue a los otros. Las obras del Asilo adelantaban rápidamente, porque las vigilaba de continuo, y como los obreros me querían tanto, por verme contenta, hacían prodigios; ¡pobrecitos! Los jornaleros del campo también encontraron en mí un gran apoyo, porque como mi familia era muy numerosa, y todos sus miembros eran ricos hacendados, de continuo enviaba a mis parientes trabajadores ansiosos de trabajar, y como si un genio invisible se complaciera en allanarme obstáculos, es lo cierto que trabajador que yo recomendaba, tenía el pan asegurado para mucho tiempo; así es que en muchas leguas a la redonda resonaba mi nombre entre los humildes y sufridos hijos del pueblo, que en su agradecimiento me decían la *Santa;* para ellos perdí mi nombre, y gané, en cambio, todas las virtudes, que la humanidad no es tan mala como la pintan los pesimistas; basta sembrar amor para recoger gratitud; dejando aparte a los seres desgraciados cuya inferioridad les pone a más bajo nivel que los irracionales: mas una mancha en el sol, no le quita su luz; de igual manera los reptiles escondidos entre los hombres, no les quitan a éstos la grandeza de sus sentimientos más o menos desarrollados, según la educación que han recibido y el medio ambiente que les ha rodeado. Yo puedo decir que a pesar de morderme algunas víboras, encontré en la mesa del pueblo verdadera admiración.

Lo que nunca me había sucedido, me ocurrió cuando menos lo esperaban yo que nunca había celebrado la fleta de mi santo, que jamás me había ocupado de esas expansiones íntimas, de ese día de plácemes y festejos, en que los parientes y los amigos se reúnen y cambian impresiones y aceptan recíprocamente dádivas y obsequios, aquel año pensé en el día de mi santo, y quise celebrarlo; aunque mi cuerpo estaba muy decaído y mi ánimo muy sobreexcitado, había un verdadero desequilibrio en todo mi ser; pero, con todo, sentí apego en mi misma, y quise gozar lo que nunca había gozado; pedí a Dios un día tranquilo, en que mi alma reposara en medio de mis buenas obras. Llegó el día deseado y me levanté muy temprano; abrí las ventanas, miré al cielo y el sol, que envuelto entre rojizas nubes rasgó súbitamente su hermoso manto, y lanzó sobre la tierra sus rayos de vida; me hirió tan vivamente su luz, que cerré los ojos maquinalmente; pero los abrí enseguida, animada de contemplar el astro del día, y entonces no vi un sol, vi muchos soles; creí al pronto que era una ilusión óptica; pero tuve que convencerme que había en mi celda un congreso de soles, a cuál más esplendente y más hermoso; uno, en particular, colocado sobre mi mesa, tenía su luz tantos cambiantes, que atrajo poderosamente mi atención; quise acercarme a él, choqué contra la pared y dije con despecho:

"¡Siempre las paredes estorban aquí!..."

-No siempre-dijo una voz-, tú has pasado las paredes. Y pasé y me encontré en la inmensidad, sin el peso de mi cuerpo. Entonces tuve miedo y dije atemorizada:

-¡Señor! ¡Misericordia! Quiero ser buena. Y oí la misma voz, que me decía:

-¿Quieres ser buena y no quieres llegar al martirio? ¿Y no sabes que sólo de los mártires es el reino de los cielos?

-Pues no quiero el martirio, que el martirio del cuerpo embrutece; quiero otro martirio más útil; no quiero el martirio del dolor del cuerpo.

-¿Quieres entonces el martirio del alma?

-Si, quiero curar leprosos, levantar tullidos, iluminar conciencias; quiero ser útil con todas las actividades de mi ser, con todas las energías de mi alma, con todos los esfuerzos de mi inquebrantable voluntad.

Entonces vi pasar ante mí, sostenidos por manos invisibles, muchos cálices de diferentes metales, desde el humilde plomo hasta el oro; todos ellos estaban llenos hasta los bordes de amarga hiel; al verlos, dije:

-¡Dios mío! ¿Esas copas son la alegoría de mi vida?

-Sí; esos cálices llenos de miel son las cantidades que aun tienes que beber; pero bebiéndolas serás útil, como deseas, a la humanidad; y cada gota de ese amargo licor hará brotar en torno tuyo una rosa sin espinas.

Aquellos cálices se fueron iluminando lentamente, hasta convertirse en globos luminosos, en mundos que se abrieron ante mí, y vi que estaban habitados por humanidades venturosas, ¡qué mundos más dichosos!... Un hombre en cuyo semblante irradiaba el contento y la paz de su conciencia, me dijo sonriendo:

-Ya vendrás con nosotros: aquí serás más feliz.

-¿Tardaré mucho en ir?

-¡Pobrecita! Para el tiempo de la tierra, algunos centenares de siglos; para nosotros, breves momentos.

Seguí mirando cuanto me rodeaba, y pronto sentí una sacudida y me encontré en mi celda. Al verme en ella, exclamé: "¡Gracias, Señor! Ya he visto mi porvenir; hoy amo, amo, y quiero ser buena cumpliendo fielmente con todos mis deberes."

Interrumpió mi monólogo la segunda superiora, que me abrazó muy cariñosamente diciéndome al oído:

-Hoy es vuestro santo.

-Sí, ya lo sé, y por cierto que siempre me ha pasado desapercibida la fecha de este día.

-Pues yo esta noche pensaba en vos y de la manera que mejor podríamos solemnizar este día; ¿queréis que hoy nos dediquemos fervorosamente a ver si viniera Jesús? No recibamos a nadie; ¿qué os parece mi plan?

-Impracticable; la mañana no se la podemos negar a los pobres; la tarde... esa sí, haremos que sea para nosotras.

La superiora se fue muy contenta con mi promesa, y durante la mañana recibí gratas visitas, entre ellas la de mi amigo el sacerdote; vino muy cariñoso, dispuesto a darme ánimo. Le pregunté:

-¿Qué hay? ¿Tengo que comparecer ante el Santo Tribunal?

-Sólo una vez, y no extrañéis que yo os haga una pregunta, si cuando oráis veis a Jesús; decidme la verdad, decid lo que veis, qué habláis con El, que a su día será verdad inconcusa en nuestra religión la relación que existe entre vos y Jesús.

Después me habló mi amigo con tanto cariño, que comprendí perfectamente que no era él el que me hablaba; al fin se levantó y me dijo:

-¡Bendita seáis! Decidme, si volvemos otra vez a la tierra, ¿verdad que no seremos esclavos como ahora? Yo veo en mis sueños el mañana, y nuestro mañana es espléndido: el talento del hombre no muere. Yo me veo reproducido en mis hijos, y veo a una mujer, que es mi cielo; su existencia y la mía no envejecen nunca, siempre somos jóvenes llenos de vida, de amor y de esperanza, y avanzamos por la senda del progreso venciendo todos los obstáculos; después veo talleres inmensos donde pueblos regenerados trabajan sin agotar sus fuerzas, y alguien me dice que el amor egoísta detiene al hombre en la tierra, y doy más extensión a mi amor, y la mujer de *mis* sueños se reproduce y la veo en los niños, en los ancianos, en los enfermos; ya no es mujer, es astro, es luz, es manantial de vida, repartiendo sus dones... es ella y no es ella, es ella por su hermosura, por su sentimiento, por su amor hacia mi; y no es ella porque se agiganta, porque se engrandece, porque es la suma de las perfecciones... ¡Qué sueños tan hermosos! ¡Bendita, bendita seáis! A su tiempo nos honrarán, no cabe duda; pero antes nos deshonrarán los nuestros; dirán que hemos pecado como pecan los hombres y las mujeres; pero la verdad brillara al fin, y el tiempo nos concederá el respeto debido, ya que vos sois una digna religiosa y yo un hombre que os considero en lo mucho que valéis.

Y saludándome cortésmente, se marchó.

¡Cuánto le amo!, exclamé gozosa; él también me ama; él ve en mi la encamación del sentimiento, y yo veo en él el símbolo de la filosofía.

Me reuní después con la comunidad y comimos tranquilamente, esmerándose todas en hacerme finezas y agasajos; terminada la comida, nos fuimos todas a los jardines; pero la tarde estaba tormentosa y tuvimos que entrar en el convento, reuniéndonos en la sala capitular, donde había un altar con una imagen de María, la madre de Jesús. Las monjas, sin yo decirles nada, comenzaron a cantar una invocación a María; yo las escuchaba sin tomar parte en sus cantos, porque nunca las canturías religiosas lograron conmoverme; pero aquella tarde encontré en las voces de mis compañeras dulces melodías, llegué a conmoverme y dije entre mi:

"Siempre he visto a Jesús, jamás a su madre, y Jesús la tiene." Mis compañeras seguían cantando, pintando los dolores de María al pie de la cruz, y algunas de ellas cantaban con tanto sentimiento, que me hicieron llorar y pensé y dije: "¿Si estará su espíritu entre nosotras? ¿Si estará aquí María? Quisiera verla." Y entonces, en medio del salón se fue formando una nube luminosa, y de la nube se destacó una figura con las manos cruzadas sobre el pecho; las manos se desunieron lentamente, extendió luego los brazos, y vi una mujer del pueblo vestida muy sencillamente, sin manto ni corona, pero con unos ojos hermosísimos que parecían dos soles, los mismos ojos que su hijo; al verla temblé y le pregunté:

-¿Eres la madre de Jesús?

-¿Por qué me llamas?

-No es capricho; te llamo porque creo que debes ser muy buena y debes reinar en los cielos.

-Todos somos reyes de nuestras obras; fui madre de Jesús, pero no estuve a la altura de mi hijo.

-Tu hijo debe adorarte.

-Los espíritus grandes no adoran; protegen, amparan, consuelan, aconsejan, velan por cuanto les rodea. Y al hablar así, el espíritu se iba acercando a mí, y me preguntó:

-¿Dudas que soy la madre de Jesús?

-No, no lo dudo; pero... siento... no sé lo que siento.

-Yo te daré una prueba.

Y me puso la mano en la frente y vi... ¡Dios mío! ¡Lo que vi!... Entonces exclamé sollozando:

-Si, sí, te conozco; tú eres aquella mártir. Y entonces se alejó diciéndome:

-Nunca me olvidarás.

-¡Ah! no, nunca te olvidaré, virgen y madre.

-¡Madre! Madre, sí; virgen... vírgenes llegaremos a ser cuando todos seamos buenos ante Dios.

Como yo estaba muy separada de la comunidad, y el salón era muy grande, ninguna se fijó en mí, tan entusiasmadas estaban todas con su canto; la aparición de María fue exclusivamente para mí; y se presentó, no como la pinta la Iglesia romana, sino como en realidad era: una mujer del pueblo, sencilla y buena, santificada por el dolor, engrandecida por el más horrible sufrimiento. No pisaba estrellas ni flotaba sobre nubes de colores; no llevaba su pecho atravesado por punzantes espadas; no llevaba ni manto azul, ni manto negro; la vi con sus ojos hermosísimos, con su rostro melancólico; me habló sencillamente, y no me quedó la menor duda que la madre de Jesús acudió a mi llamamiento.

CAPÍTULO LXXVII

Cuando hubo terminado aquella especie de visión mía, me acerqué a mis compañeras y les pregunté si habían visto u oído algo extraordinario, y todas me dijeron que nada les había llamado la atención; únicamente repararon en mi estado de completa abstracción, de místico éxtasis; pero como ya estaba acostumbradas a verme muy a menudo así, no se fijaron más en mí. Les conté entonces lo que había visto, y la comunidad dijo en masa que yo había visto muy poca cosa; y entonces les dije con amarga ironía:

-¡Ah! rutinarias, rutinarias, no os agrada lo que he visto porque se separa por completo de la farsa religiosa; y sin embargo, yo he visto la verdad, he visto a la madre de Jesús tal como es, no como la pinta nuestra religión; pero esa grandeza y esa omnipotencia, no es cierta, porque la madre de Jesús no es la madre de Dios, que si Dios tuviera madre, ésta tendría sus antecesores, y Dios no es una *creación,* es una eternidad, es una suma de todas las fuerzas, es el imán de todas las atracciones, es el manantial inagotable toda la vida, es el alma creadora de cuanto existe; no es una personalidad hija de padre y de madre; en la historia religiosa de

los pueblos, se encuentran grandes figuras que la ignorancia ha convertido en dioses, pero estas figuras han sido únicamente *Agentes, Enviados* que han llegado cuando debían llegar para despertar a las humanidades, y Jesús uno de esos *Enviados,* y como fue un hombre como los demás, por eso tuvo madre, y la razón acepta que Jesús tuviese familia como los demás mortales. ¿Fue su madre tan grande como él? ¿Estuvo a su altura? No lo sabemos: únicamente sabemos que fue un mártir y que sufrió resignada su martirio. Yo la he visto sin las espadas atravesadas en su pecho y sin aureolas luminosas en su frente; pero la he visto con sus ojos hermosísimos, llenos de lágrimas, llorando ingratitudes propias y extrañas. Yo recuerdo haberla visto antes de ahora, sentada al borde de un camino, esperando a su hijo, y después de tanto esperar, desfallecida por el dolor, su hijo ¡no pasó por allí! Yo la he visto llorando el abandono de todos, más grande, más humana, que como la pinta la Iglesia. Yo he visto la verdad, he visto a María santificada por el dolor, siendo mujer, mujer con sus dolores, mujer con sus desengaños, mujer con su amarga soledad; y así me parece más grande que revestida de mantos y nubes y coronas y angelitos a sus pies, que una madre llorando la muerte de su hijo, vale más que todas las vírgenes habidas y por haber. Yo creo que sin el llanto de las madres, la tierra sería estéril. Os quedáis atónitas por lo que digo, no lo extraño, porque yo veo la historia de Jesús de muy distinta manera que la ven los demás. Jesús es un Sol y su madre es un satélite. Jesús da vida, y su madre da consuelo, y da consuelo porque enseña a sufrir. Ya os he contado lo que he visto; ahora concluyamos de pasar el día tranquilamente, y quede en mi memoria un recuerdo imperecedero de esta día tan feliz único en mi vida que he celebrado la fiesta de mi santo. Concluyamos los cantos religiosos y cantemos, a mejores días, ¡días de luz! ¡días de redención! ¡días de amor! de reproducción, y aunque esto no esté en armonía con nuestra religión, lo está con Dios, con Dios que es amor, amor y vida eterna. Extáticas se quedaron mis compañeras. Después dije:

-Bebamos, bebamos; choquemos nuestros vasos: brindemos por los pobres.

Y tanto nos animó el sabroso vino, que parecía que lenguas de fuego habían caído sobre nosotras, porque todas hablaban mucho y bien. A la hora conveniente, di por terminada la fiesta de mi santo, y todas nos retiramos a descansar contentas y satisfechas. Yo pasé una noche muy tranquila: mi espíritu estaba contento de si mismo y sonreía viendo el día por mi soñado, sin encierros, sin votos, sin reglas monásticas, sin ayunos ni cilicios, sin templos de piedra ni altares con ídolos; sin mártires inútiles ni fariseos hipócritas, reinando la verdad con todas sus grandezas, con todos sus naturales goces; la humanidad rindiendo culto a

Dios con sus buenas obras, con sus investigaciones científicas, ¡qué día tan hermoso! Yo le vi en mi sueño, porque yo sabía leer en el porvenir.

Me desperté muy contenta, y pedí a Dios fuerzas para luchar; quise escribir, pero... no podía escribir, no; escribiría mi sentencia de muerte, mas... ¡si yo escribiera lo que había visto! ¡qué relato tan precioso sería!... Y no pudiendo refrenar mi deseo, me puse a escribir rápidamente, escribía y lloraba a la vez ¡qué bueno sería escribir para mañana!, pensaba yo; pero no me dejan escribir los *doctores de la Ley,* murmuré por lo bajo; inutilizarán mis obras, ¡qué lástima! ¡tan buenas queSERÍAN!... Y escribía con una velocidad asombrosa: yo misma me espantaba; apenas tenía tiempo de colocar nuevas hojas cuando inmediatamente ¡estaban llenas de renglones con letras desiguales. Sin yo sentir sus pasos, entró en mi celda mi amigo el sacerdote, y lo debí mirar de un modo tan extraño, que se acercó a mí y me dijo alarmado:

-¡Qué atareada estáis!

-Si; he escrito porque tenía el alma llena de pensamientos y he tenido necesidad de trasladar al papel lo que sentía.

-Sí; habéis escrito lo bastante para ir a la hoguera.

-¿Por qué? Si no he escrito nada malo.

-Veamos.

Y leyó con avidez lo que yo había escrito, y se fue preocupando tan hondamente, que leía y volvía a leer, y me miraba con estupefacción, y me decía imperiosamente:

-Numerad esas hojas pronto; no me hagáis esperar.

Y por último, pasándose la mano por la frente y por los ojos me dijo con más dulzura:

-Leedme lo que habéis escrito; yo me confundo leyendo: veo letras dobles y las oraciones pierden su natural sentido, no sé leer; leed, leed.

-Leeré si así lo queréis. Y leí, y conforme iba leyendo, él me decía:

-¿Os habéis fijado en esto? Esto no lo habéis escrito vos. Y acercó tanto su sillón al mío, que yo le dije:

-Y si nos ven tan juntos, ¿qué dirán?

-Dejaos de miserias humanas y leed, leed; esto es tan grande, que no es obra vuestra; no, esto no es vuestro, ¡imposible! Dadme esa hoja en que habláis de Dios, es un Dios nuevo por mi soñado, y que hoy le veo más grande, ¡más humano!, ¡más justo!, ¡más sabio!... Leed, leed.

Cuando concluí la lectura, me repitió:

-Esto no es vuestro: hay principios y conclusiones científicas que no caben en vuestra cabeza. ¿Qué haréis con estas hojas? Dadme ésta y aquélla, y la otra; y

las demás... quemarlas, es preciso.

-Las romperé y basta.

-No, no; que las destruya el fuego; pueden perderos.

-¿Y las hojas que vos os lleváis?

-Estas... no temáis, nadie las vendrá a buscar sobre mi pecho. Y hablando de otra cosa, ya sé que el día de ayer lo pasasteis muy bien; sé que tuvisteis una visión.

-¿Y cómo lo sabéis?

-Del modo más sencillo: me lo ha dicho, al entrar, la segunda superiora, que tiene en mi completa confianza. Al oírle, sentí que me hería el aguijón de los celos, y él, comprendiéndolo, me dijo:

-Me queréis tanto, que teméis perderme; no lo temáis, el religioso y la religiosa están encadenados para siempre, y ahora, acompañadme, para que veáis que nadie me espera a la salida.

-¿Por qué habéis leído en mi alma?

-Porque quiero leer en ella: tenéis celos, y yo os diré como dijo Jesús: mi reino no es de este mundo.

Y dándome su bendición, se marchó.

¡Qué lección tan merecida recibí! Después hablé con la segunda superiora, y queriendo leer en su pensamiento, hice elogios del sacerdote, y ella me dijo:

-¡Ah! si, sí; y además de sabio, es muy hermoso, tiene elegancia, gentileza, amabilidad, paciencia, tolerancia; como él no hay dos. Yo temblé al escucharla, y la dije:

-Os advierto que mi amigo el sacerdote es muy sagaz y podrá leer en vuestra alma.

-Y aunque lea, madre mía, ¿qué ha de leer en mi alma? Mi alma es un libro con las hojas en blanco.

Y se marchó sonriendo dulcemente. Al quedarme sola, exclamé con angustia:

"¡Dios mío! Yo tengo celos, sí; yo tengo celos, y los tengo porque te quiero; sí, le quiero; y él también me quiere; pero ella es más joven, es más bella, pero no tiene ni mi talento ni mi elevación; pero es más joven y más bella...

Me reuní después con la comunidad, y observé a la segunda superiora largo rato, tranquilizándome al fin, porque su mirada era tan serena, tan pura, que me arrepentí de mi locura, y al despedirme de ella la abracé con el mayor cariño pidiéndole perdón interiormente; ella se dejó abrazar y me besó la mano como de costumbre.

Aquella noche tuve sueños horribles: soñé que todo me lo quitaban, bienes, mi convento, mi comunidad, hasta mis hábitos, todo, y oía una voz que me decía:

"¡Cómo te entretienes, desdichada! ¡Cómo te entretienes!" Cuando me levanté, estaba rendida y fatigada; abrí las ventanas y saludé al sol, diciéndole: "¡Dichosa de ti...! Tú no tendrás celos; y ¡quién sabe! Hay otros seres más esplendentes que tú, y quizás tengas celos de la belleza de otros soles. Una de las florecitas *del cielo* me dijo con acento de reconvención:

-¿Por qué deliras? ¿Por qué te martirizas? ¿Temes que te quiten tu amor en la tierra? No temas, mujer, no temas; ¡y si tú vieras lo que es ese amor! Ese hombre

te ha odiado, y tú le has hecho también mucho daño; no os amáis, os atraéis por causas para ti desconocidas.

-Pero la segunda superiora puede amarle.

-No; es más fuerte y más casta que tú; cuando tú dejes la tierra te llamarán ¡la santa! ¡Qué nombre tan mal puesto! Porque te irás con los mismos vicios con que viniste; ella, en cambio, es más buena que tú; respétala, recobra la razón, no delires, que a nada bueno conducen los delirios.

-Gracias, florecita *del cielo,* a ti y a tus hermanas, ¡cuánto os debo! No tengo frases para expresarlo.

-Es justo el bien que te hacemos; somos las florecillas de la fuente; allí te regeneraste, y como vimos tu renacimiento, te seguimos en tu peregrinación.

-No recuerdo esa fuente.

-No importa; en una fuente se realizó tu redención; allí nació la nueva Eva, la mujer mártir, la mujer sedienta de vida eterna.

Seguí observando a la superiora, y no pude por menos que tranquilizarme, porque era una santa, y además, que mi amigo el sacerdote me exigió que saliera a recibirle y le despidiera hasta la última puerta; le hice presente que ya estaba tranquila; pero él me decía: "Callad y obedeced", y la verdad es que yo le obedecía muy contenta.

Una mañana entró la segunda superiora y me dijo:

-Ha venido una mujer con un niño enfermo; la pobre madre llora con el mayor desconsuelo, porque la han arrojado del barrio en que vive, temiendo que la enfermedad del niño los contagie a todos; da horror mirar a la infeliz criatura; tiene una fiebre espantosa, huele muy mal; y yo no he creído prudente recibirle sin tomaros parecer; ¿queréis verle?

-Ya lo creo, eso no se pregunta: vamos.

Llegué a la sala de espera, y efectivamente, al ver al niño, sujeto a duras penas por su afligida madre, comprendí que era un caso desesperado, y por lo mismo que lo era admití al pobre enfermito, que en la casa de Dios tienen más cabida los enfermos que los sanos; lo único que hice fue aislarle en una habitación, dejando que su madre lo cuidara y llorara con él. Cuando vino el médico, puso el grito en el cielo, diciéndome:

-¿Qué habéis hecho? Este niño tiene la peste negra; por eso le arrojaron del barrio donde vivía; a la noche le veréis como carbonizado, apestando su cuerpo más que un cadáver en completa descomposición.

-Pero, señor, ¿este niño no es un hijo de Dios? Pues justo es que muera en la casa de su padre.

Y efectivamente, murió como carbonizado, siendo su lecho un hormiguero de gusanos; se quemó cuanto usó el niño, pero a los pocos días se desarrolló la peste en el convento; varias monjas cayeron enfermas a la vez, entre ellas la segunda superiora, a la que cuidé como si hubiera sido mi hija; pero ella me decía sonriéndose:

-Llegó mi tiempo, madre mía, no os canséis, todo será inútil.

-No ha llegado tu hora, que yo lucharé.

-Lucharéis en vano; no tiene remedio mi enfermedad. Y efectivamente, se puso negra, apestosa, la cubrieron los gusanos, y murió diciéndome:

-Me habéis hecho un gran bien, y yo desde el cielo os bendeciré.

¡Ay!, pensaba yo, no me bendecirá, porque sabrá que tuve celos de ella y deseé su muerte. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Tened misericordia de mí!

De la comunidad únicamente se salvaron cinco monjas y yo; la peste se extendió por toda la ciudad y poblaciones cercanas; duró seis meses. ¡Qué días! ¡Qué noches! ¡Qué horas tan horribles! Los muertos insepultos por falta de enterradores; las casas abandonadas; cuantos venían a prestar socorro, si no morían, caían rendidos por la fiebre y el cansancio; se desarrollaron escenas verdaderamente crueles, la bestia humana se presentó con toda su ferocidad; los lazos de familia se rompieron, y no hubo hijos para padre, ni padres para hijos. ¡Qué repugnante! ¡Qué odiosa me pareció entonces la humanidad! Yo sentía fiebre, porque no descansaba auxiliando enfermos, y muchos murieron bendiciéndome; pero la peste me respetó; cuando ya iba decreciendo la epidemia, vino a verme mi amigo el sacerdote, y se asombró al contemplarme, diciéndome:

-¿Cómo estáis? ¡Pobre infeliz! ¡Cuánto heroísmo! Os respetó y os admiro.

-La peste también me respeta.

-No así a vuestra comunidad: ya sé que murió la segunda superiora.

-Si, y he sufrido mucho.

-Lo creo; era vuestro brazo derecho; no tendréis otra como ella, y por eso he sentido su muerte.

-¿Sólo por mí?

-Sólo por vos-me contestó muy seriamente.

-Tanto sufrí entonces, que envejecí de un modo asombroso; parecía una sombra; a mí misma me daba lástima verme; sólo me consolaban las bendiciones de los moribundos y de los supervivientes; nuevas religiosas llegaron a mi convento, pero tan fanáticas como ignorantes, ¡qué martirio! Al fin todo volvió a su estado normal, aunque no se veía más que gente enlutada; no hubo familia que no perdiera un deudo, fue una verdadera hecatombe. Cuando me tranquilicé, vino a verme mi amigo el sacerdote, y me dijo:

-Preparaos, que ahora viene la otra peste: tenéis que comparecer ante el Santo Tribunal de la Inquisición.

La noticia no me impresionó mucho, ¡tenía tanta confianza en él! Al fin llegó el día de mi presentación, y rodeada de esbirros religiosos, comparecí ante el Tribunal, que no lo describo, porque, con pequeñas variantes, era como el anterior: hombres enmascarados. Cristos agonizantes, luces trémulas y voces sepulcrales

que hacían temblar al más valiente. Allí me hablaron de una denuncia hecha por una mujer que había vivido conmigo, que si la reconocería al verla; dije que si, y mandaron entrar a mi acusadora. Cuando la vi, ahogué un grito de espanto, ¡qué horrorosa estaba! Nada quedaba de aquella hermosa niña, ni de la mujer encantadora que vi después: la peste había dejado en su rostro sus huellas indelebles: sus mejillas roídas, su nariz desfigurada; sus labios ennegrecidos; era un monstruo de fealdad; su cuerpo y su alma se habían fundido para hacer de una mujer hermosa un montón de carne repugnante; ¡pobre María! La infeliz estaba trémula, y habló con tal incoherencia, que no se tomaron en cuenta sus declaraciones. Me preguntaron si tenía visiones, y yo, siguiendo las instrucciones de mi amigo el sacerdote, conté sencillamente la verdad. Varios encapuchados dijeron:

-¡Blasfemia!

-¡Blasfemia! ¿Qué sabéis vosotros-grité indignada-, si no conocéis la grandeza de Dios?

-¡Amordazadla!-gritaron iracundos.

¡Qué miedo tuve entonces! Después deliberaron y dictaron mi orden de prisión; y aquellos sayones me ataron los brazos a la espalda y me condujeron a un calabozo, donde no había ni una piedra donde sentarse; una lucecilla moribunda, colocada dentro de un pequeño nicho, hacía más horrible aquella densa obscuridad. Al quedarme sola, me dejé caer en el suelo y grité: "¡Jesús! ¿cómo me has abandonado?..." Y entonces le vi más hermoso que nunca, y me dijo:

-No te abandono, si voy contigo. Tienes tan poca fe, que tu poca fe te impide verme.

-¿Verdad que no me quemarán?

-No; tu martirio no será del cuerpo, será del alma. Entre el fuego que quema la carne y el fuego de los celos, ¿qué fuego prefieres?

-¿Qué fuego abrasa más?

-El de los celos.

-Pero ya no tengo de quién tener celos.

-Los tendrás.

Mirando a Jesús, oí abrir la puerta, y se presentaron muchos enmascarados; uno de ellos se adelantó; comprendí que era mi amigo el sacerdote, y me postró ante él pidiéndole misericordia; él me dijo:

-¿Juráis de nuevo que habéis visto a Jesús y que habláis con él?-y añadió por lo bajo: "Decid que sí".- Entonces repetí lo que había dicho, y dije más aún, dije:

-Aquí, ahora mismo, he hablado con Jesús, le he visto y le he hablado.

-¡Qué horror!-dijo mi amigo-, pues moriréis quemada en la plaza pública y

se aventarán vuestras cenizas.

Todos se marcharon y me quedé hecha un mar de confusiones. ¿Me habría vendido? ¿Le habrían encontrado mis escritos? ¡Qué misterio tan horrible!... ¡Qué dudas tan crueles! ¡Qué horas tan interminables las de aquella noche! Me tiraron un mendrugo de pan negro; la sed me devoraba y bebí mi llanto, ¡que era más amargo que el llanto del desengaño!

Al día siguiente volvieron los enmascarados, me desataron los brazos y me sacaron del calabozo; y como la otra vez, me hicieron dar vueltas a una noria gigantesca, y cuando ya no podía tenerme, cuando iba a caer en el suelo, una mano poderosa me levantó y me hizo entrar en un salón muy hermoso, sin negros tapices, ni Cristos agonizantes, ni luces trémulas; entraba el sol por altos ventanales; rodeando una gran mesa, había muchos sacerdotes sin capucha ni antifaz; presidiendo aquel tribunal más humano estaba mi amigo el sacerdote. Me hicieron sentar en un sillón, me dieron un cordial, y me dijo mi amigo:

-Hablad sin temores ni recelos; no tembléis ante el tormento; no creáis que moriréis en la hoguera, hablad; estáis entre hermanos.

Y animada por sus miradas amorosas, conté mi vida, haciendo relación minuciosa de todas mis visiones y de las curas que había hecho. Duró varios días mi confesión general, y me dieron un hospedaje digno de una princesa; dos mujeres estaban a mi servicio, adivinándome los pensamientos; y durante las horas del interrogatorio, como sólo veía rostros amigos, hablé con elocuencia; expuse mis ideas con toda claridad, y cuando se dieron por satisfechos, vino a verme mi amigo el sacerdote, y me dijo muy conmovido:

-Si no fuerais religiosa, os abrazaría con todo mi corazón; habéis subido al cielo por vuestra relación; se han quedado asombrados, maravillados. ¡Cuánto he tenido que trabajar para salvaros! ¡Cuánto! ¡No querían reconocer la verdad! Pero al fin he triunfado y saldréis libre: y la Iglesia os guardará un altar para mañana.

-¡Qué hermoso estaba! ¡Con qué entusiasmo hablaba! ¡Me quería! Me lo había dicho, ¡me querría siempre!... ¡Siempre, sí! Y de pronto pensé en lo que oí en el calabozo, y murmuré temblando: "¡Ay! ¿Si tendré el tormento de los celos?"

CAPÍTULO LXXVIII

Por fin salí de aquellos lugares bien acompañada y mucho mejor impresionada; llegué a mi Convento y al verme sola en mi celda, caí de rodillas y lloré amargamente, me parecía un sueño horrible, una espantosa pesadilla todo lo que me había pasado. Miré después mi mesa y la encontré vacía, no había ni papel, ni tintero, ni pluma.-¡Todo me lo han quitado! (murmuré con desaliento), y han hecho bien; ya no puedo escribir; vi que faltaban todos mis recuerdos más queridos, porque en mi mesa todos los objetos que había eran páginas de mi historia, y al perderlos parecía que me arrancaban una parte de mi corazón; de pronto, se me ocurrió mirar los múltiples cajones de mi mesa, y allí encontré cuidadosamente colocados mi tintero, mis papeles, mi pluma predilecta, mis flores secas, mis piedras de variados matices, y otros adornos que me servían para sujetar y mantener en buen orden los muchos legajos que obstruían mi mesa, que aunque era muy grande;

toda estaba ocupada por libros, cuadernos de anotaciones, y multitud de hojas sueltas que servían de libro de memorias, donde apuntaba avisos y recetas de las medicinas que mejor efecto producían en los enfermos que me rodeaban. Mi mesa era el retrato fiel de mi vida, en ella se veían mezclados los pensamientos más grandes y las más sencillas vulgaridades; por eso cuando encontré todo lo que constituía el movimiento y entretenimiento de mi vida, sentí una alegría inmensa, y hablé a mi pluma diciéndole: Tú no puedes separarte de mí, tú irás conmigo siempre, porque dirigida por mí, dejarás en el papel mis pensamientos, ayudada por esa *savia negra,* que se llama tinta, ¡pluma mía!, ¡cuánto te quiero! y besé a mi pluma con la mayor ternura; después miré a las *flores del cielo,* y las encontré mudas y sin aroma, nada les dije, porque me preocupaba mi nueva Comunidad y traté de reunirme con ella cuanto antes. Encontré las mismas caras, revelando en ellas la escasez de su inteligencia, no les había sucedido como a las monjas anteriores, que a poco de estar en mi Convento cambió por completo la expresión de su rostro; éstas permanecían en el más lamentable estado de idiotismo, con los ojos bajos, sin decir esta boca es mía. De las cinco monjas que habían quedado de la anterior Comunidad, una de ellas me dijo con desparpajo:

-Durante vuestra ausencia yo he seguido vuestros consejos, gobernar sin abusar, gobernar sin herir ni lastimar, y he quedado muy contenta de todas, esperando que vos haréis lo demás, porque entre nosotras hay mujeres que valen más de lo que parece.

¡Qué bien me parecieron las palabras de mi compañera! Inmediatamente la nombré segunda Superiora, no sin preguntar antes a la Comunidad si estaban contentas de tal nombramiento, que yo no quería seres que obedecieran ciegamente, sino personas que pensaran y emitieran libremente su parecer. Todas las monjas me miraron muy complacidas diciéndome con sus ojos y con sus labios, que había hecho la mejor elección.

Animada por tan buen resultado, proseguí diciendo: Habladme todas, estamos en familia, yo no quiero figuras mudas, quiero inteligencias que vibren y que den forma a sus pensamientos; y entonces hablé con todas ellas una por una, y me contaron horrores de otros conventos donde habían estado, ¡qué perversión del sentimiento! ¡qué atrofiamiento de la inteligencia! ¡cuánta miseria moral! ¡pobres mujeres! habían sido engañadas villanamente. Yo les dije entonces: Aquí, bajo mis órdenes se ama a Dios, pero se le ama trabajando, haciendo el bien por el bien mismo, amparando al menesteroso, y cuidándole en sus horas de angustia.

Entre las monjas nuevas había una jovencita lánguida, tímida, pudorosa, que huía de acercarse a mí, pero yo me acerqué a ella y la dije:

Hija mía: Tú sueñas en un cielo que no está aquí, ese cielo se gana trabajando, luchando en bien de los pobres y todos los que necesitan de un cirineo para ayudarles a llevar su cruz.

-¡Ay madre! demasiado sé que no es la tierra el paraíso de las almas; pero además de ese triste convencimiento, tengo miedo, mucho miedo: me persigue un capellán y ha jurado que seré suya aunque me esconda en el centro de la tierra, que para él no habrá lugar sagrado.

-¡Mucho decir es eso! y ya veremos si se atreve a entrar en mi celda, donde dormiréis desde esta noche.

-¡Gracias, madre mía! sólo así estaré tranquila. Contenta con mi promesa, se reunió a mis compañeras, y yo me retiré a mi estancia para dar las órdenes necesarias y arreglar todo lo más preciso para recibir dignamente a la pobre monja asustada.

Al día siguiente y en los sucesivos, ya más tranquila me ocupé de los pobres acogidos en el nuevo asilo; muchos de ellos habían pasado la peste, y habían quedado horrorosos ¡qué mujeres tan repulsivas! hasta los niños ¡pobrecitos! parecían pequeños monstruos, con la cara hinchada y ennegrecida, y los ojos tan muertos, tan sin expresión, que todos aquellos infelices parecían idiotas sin serlo, porque la mayoría de aquellos desgraciados no se expresaban del todo mal. Yo al verlos tan feos, decía con amargura: ¡Dios mío! ¿y no habrá remedio para borrar estas huellas del mal? ¿qué será de estos niños? ¿qué será de estas jóvenes? ¿Quién los querrá cuando lleguen a mayor edad? quedarse tan horrorosos es peor mil veces que la muerte: la fealdad es una de las cruces que más pesan en la tierra, servir de hazmerreír al vulgo, es muy doloroso, y estos desgraciados son verdaderamente monstruos de fealdad.

Una mañana, al levantarme, saludé al Sol, y miré a un niño que paseaba por un patio, parecía idiota y no lo era, no; pero estaba tan feo el pobrecito que no se le podía mirar sin sentir espanto; miré a *las flores del cielo,* y me dijo una de ellas:

-Mucho te preocupas por esos infelices.

-Y tanto que me preocupo, ¡están tan feos!

-Pues escucha a una de mis compañeras. Miré al ramo con más atención y vi erguirse a una flor a medio abrir; sus pétalos verdosos y azulados estaban sostenidos por un tronco grueso y espinoso, entreabrió más sus hojas y me dijo:

-Con las flores de mi especie, se pueden hacer prodigiosos milagros, preparando agua, que durante algunos días sirva de leche a mis compañeras en especie, las que se desprenderán de sus hojas, y ablandándose su tronco, éste se despojará de sus espinas, y si tú quieres hacer la prueba ya te diré cómo has de emplear esa agua milagrosa.

-Ya lo creo que quiero hacer la prueba, ¿y dónde encontraré flores de tu especie? porque no he visto ninguna flor que a ti se asemeje.

-Estás en lo cierto, yo te diré dónde la encontrarás; y entonces me indicó dónde tenía que ir. No era empresa tan fácil, porque tenía que andar mucho, y aunque fuera en caballería, el camino era peligrosísimo entre abismos y montañas, y en el fondo de un torrente donde la planta humana no habla hollado sus florecillas, allí encontrarla las flores milagrosas para hacer con ellas el agua de la salud.

Me puse muy contenta, contentísima, con aquella revelación, y tanta fue mi alegría, que no pude menos que decir: "¡Dios mío...! ¿si será vanidad lo que siento? y yo no quiero ser vanidosa, no quiero que me llamen *la santa* porque yo bien sé que no lo soy. ¡Amor de mis amores! no te veo, ¡pero tus flores me hablan de ti! y durante aquella noche, no sé si soñando despierta o dormida, vi muchísimas flores, y todas me hablaban y me decían: Yo sirvo para curar este mal, y yo este otro, y yo aquel dolor, y todas, todas interceptaban mis pasos para decirme que eran útiles a la humanidad.

Entré en una senda muy pedregosa, perdí mis zapatos entre las zarzas, me vi los pies chorreando sangre, pero no me desanimé y anduve, anduve hasta

encontrar las flores que buscaba; pero ¡ay! guardando las flores había dos hombres muy feos que al verme dijeron:

-¿A qué viene esta mujer? en los dominios de la ignorancia no queremos a nadie; cara pagará su osadía, atémosla. Ante aquella amenaza desperté y me miré los pies que me dolían como si estuviera pisando espinas.

Al día siguiente me enteré minuciosamente del número de apestados que habían quedado desfigurados, y acompañada de algunos servidores de mi familia y de varios trabajadores entendidos emprendí el camino, que lo encontré muy largo y muy accidentado. Senderos obstruidos por piedras enormes que se desprendían de las montañas, murallas de zarzas espinosas que defendían la entrada del torrente, mis acompañantes quisieron disuadirme de que bajara al fondo del torrente, cuyo lecho estaba seco, que ellos bajarían y cogerían las flores, pero yo decía entre mí: ¿Y si no las cogen bien? hecho el ánimo de hacer una cosa, se debe llevar hasta el Fin; insistí en querer bajar y tuvimos que estar entre aquellos vericuetos algunos días con sus noches, hasta encontrar la pendiente menos abrupta para deslizarse por ella y llegar al fondo. Llevábamos cuerdas que nos sirvieron de mucho, a mí y a otros nos ataron por la cintura, y bien distribuidas nuestras fuerzas, los unos se quedaron arriba sosteniéndonos, y los otros descendimos con mil apuros, pero llegamos al fondo del torrente, ya en terreno firme, miré al cielo y me horroricé, parecía que allá arriba se juntaban las cumbres de las montañas, y murmuré con espanto: ¡Si luego no pudiéramos subir! ¡quedar aquí enterrados en vida...! ¡Qué muerte tan horrible...! pero no, no; Dios no premia así las buenas intenciones, y comencé a buscar las flores, y como me tranquilicé ya encontré aquel lugar deliciosísimo; brotaba el agua entre rocas, pero brotaba y se perdía de continuo dejando seco el lecho del torrente donde brotaban muchas florecillas. Ya iba perdiendo la esperanza de encontrar las flores milagrosas, cuando entre dos rocas muy salientes, vi que había una pequeña planicie cubierta de verde musgo; y entre el musgo se levantaban centenares de flores iguales a *las flores del cielo* con sus corolas medio cerradas, su tronco espinoso, muy espinoso, y sus pétalos verdosos y azulados; al verlas lancé un grito que el eco repitió a larga distancia; mis compañeros se quedaron maravillados ante aquel pequeño prado, y siguiendo mis indicaciones, se cortaron todas las flores que yo las iba echando en su saco; cuando las tuve todas en mi poder, confieso ingenuamente que me creía la reina de un cielo dando vida a mis protegidos, ¡benditas flores!

Si penoso fue el bajar, más penoso fue el subir, pero salimos bien de todo, reinando entre mis acompañantes tan franca alegría, tan viva satisfacción, me miraban con tanto cariño, que llegué al Convento contentísima. Me faltó tiempo para decirle a la *flor del cielo,* que me dijera nuevamente el método que había de seguir para hacer el agua de la salud; quiso que escribiera sus instrucciones para mayor seguridad y me dijo después:

-¿Y nada me dices?

-Tienes razón, ¡qué ingrata soy!

-No, no eres ingrata, eres olvidadiza, distraída y poco pensadora. ¿No has comprendido que fuerzas superiores te han ayudado en tu bajada y en tu subida? ¿No te has fijado que las cuerdas que llevabais y todos los demás medios de defensa, hubieran sido inútiles para descender y ascender a tanta altura, si otras

cuerdas y otros *brazos* no os hubieran sostenido sobre el abismo?

-Tienes razón, flor querida: ¡cuántas gracias debo dar a Dios!

-No basta dar gracias, hay que pensar en el bien que se recibe y del modo y forma que se recibe, para emplear nuevos medios de precaución y defensa. Se os apoya, para que sepáis buscar nuevos apoyos; se os alienta, para que emprendáis nuevas empresas; se os *facilitan facilidades* para que las estudiéis, para que las comprendáis para que las analicéis, no para que las adoréis, sin conocer ni apreciar su valor. Comprendí que *las flores del cielo* me habían dado una lección y juré aprovecharme de ella, e inmediatamente me ocupe de dirigir todos los trabajos necesarios para hacer al agua milagrosa. No dejé un momento de vista a las monjas empleadas en tales operaciones y se hizo el líquido que parecía un bálsamo, ¡qué tesoro tan precioso para mi era el agua de la vida! de la cual sólo se necesitaban algunas gotas que se mezclaban con una cantidad de agua que yo medía escrupulosamente, no encargando aquel trabajo a nadie, para que se hiciera exactamente lo que me había dicho *la flor del cielo:* de aquel líquido se tomaban pequeñas cucharadas a horas fijas, y se lavaba suavemente el rostro, humedeciéndole nada más: no se desperdiciaba ni una gota. Yo hice la prueba en un niño, y de negruzco y de horrible, se fue volviendo lentamente a su estado normal; que era un niño blanco y sonrosado; el niño, cuando yo humedecía su carita, me decía con ternura:

-¡Sois un ángel, madre mía! ¡sólo los ángeles pueden hacer tanto bien!

El resultado fue maravilloso; llamé a muchos desgraciados y de lejanos lugares vinieron para curarse con el agua milagrosa, y todos al hablar de mí decían: ¡es una santa! su agua da la salud. Cuántas veces llegó a mis oídos *¡El agua de la santa!* Mi amigo el sacerdote me visitaba con frecuencia y me decía con inmensa satisfacción:

-¡Sois una santa! ¡una santa!

-¿Creéis que soy santa, sintiendo como siento?

-Si, sois santa, y yo os abrazaría mil y mil veces.

-¿De veras?

-Es que no creáis, yo no abrazaría vuestro cuerpo, me llevaría vuestra alma y unida con la mía volaríamos juntos. Ahora contadme todo lo referente a la composición de esa agua milagrosa. ¡Qué contenta me puse! hablar con él, contarle mis impresiones, mis dudas, mis recelos, mis temores, mis esperanzas y mis triunfos, era mi gloria, ¡le quería tanto! ¡era tan entendido! ¡eran tan sabio! Todo se lo conté, y él dijo muy emocionado:

-Quiero besar a esa flor.

-No me beses, porque no soy flor, miramos los dos el jarrón donde estaban las *flores del cielo:* y sólo vimos tierra, tierra que después se agitó suavemente y apareció el ramo más lozano que nunca. Mi amigo quedó maravillado y me dijo:

-Sois un arcano, nunca llegaré hasta vos.

-Si que llegaréis, ¡sois sabio! ¡sois bueno!

-No, hermana mía; vos seréis la eterna sensitiva arrancando los secretos de la naturaleza, yo el cantor filósofo que diré a la humanidad las grandezas de Dios; volveré a veros; ¡bendito seáis!

Vino a verme mi médico atraído por el clamoreo general el *agua de la santa*

la examinó y me dijo:

-Decidme la verdad; mas... bien mirado, no me la podréis decir; ¡quién sabe de dónde habrá venido esta agua...!

-¿Pensáis quizá que es obra de un ángel o de un demonio? escuchadme: y le conté todo lo ocurrido; el hombre se hizo cruces porque no conocía tales flores; y eso que era un buen botánico, y me aseguró que él también iría donde yo fui.

Cuando me quedé sola, me dijo *la flor del cielo:*

-Cómo has engañado al médico.

-¡Yo...!

-Si, tú, porque ahora si va no las encontrará; esas flores sólo brotan en los días del año que tú fuiste, se abren al amanecer y al llegar la noche se desprenden de sus hojas rápidamente, y el tronco se retuerce arrojando sus espinas que vuelven a la tierra y renacen al año siguiente.

Volvió mi amigo el sacerdote con la mayoría de los jueces que me juzgaron últimamente; todos querían ver el *agua milagrosa,* y yo les dije: Esa agua es el producto del trabajo, no del milagro, el milagro se hace solo, sin intervención humana, pero esta agua hemos intervenido muchas personas que todos han trabajado para conseguir el fin que se deseaba; si hay aquí algún milagro, será el de la perseverancia en buscar la causa que había de producir tan buenos efectos.

-Bien, dijo uno de ellos, pero, ¿quien os ha dicho que existía esa flor?

-Esta flor, y les enseñé el jarrón que contenía *las flores del cielo* colocado sobre una pequeña cornisa que adornaba la ventana del centro de mi celda. Mi amigo el sacerdote me miró alarmado, diciéndome su mirada: ¡imprudente! ¿qué has hecho...? pero yo lo miré tranquilamente y seguí hablando con mis jueces; uno de ellos, muy pequeño de estatura, quiso subir sobre una silla para ver las flores más de cerca, se subió, miró con ansia el jarrón, y vio que no tenía una sola flor; se bajó de la silla y brotó el ramo de nuevo con sus más bellos colores; todos me miraron asombrados, pero como yo estaba bien lejos de la ventana se tuvieron que convencer que aquel juego de cubiletes no era obra mía, y mi amigo, aprovechando la ocasión de aquella sorpresa general, dijo con acento sentencioso:

-Esta hermana es un arcano que está protegida por Dios, no hay que dudarlo, porque sólo Dios produce el bien de sus hijos. Roguemos a Dios que nos la conserve largo tiempo para bien de nosotros y de toda la humanidad.

CAPÍTULO LXXIX

Cuando se marcharon aquellos sacerdotes, me quedé entonces sola y tranquila, a pesar de comprender que había obrado con sobrada ligereza hablando a mis enemigos de *las flores del cielo,* ligereza que mi amigo el sacerdote reprobó por completo; pues yo le vi contrariado y tratando de llevarse a sus compañeros antes y con tiempo, temeroso sin duda de las argucias de ellos y de mi sencillez harto perjudicial para mí, mas era yo tan apasionada de la verdad, que no sabía mentir, la mentira quemaba mi alma y abatía mi cuerpo; por eso me quedé tan satisfecha de haber dicho la verdad sin abrigar el menor recelo, antes el contrario, estaba contenta de mí misma, y cuando mi conciencia me hablaba a mi favor, hacía prodigios de actividad; estaba en todas partes, atendía a la Comunidad, a los pobres albergados en el Convento, en la planta baja, y a los que ya ocupaban algunas salas

del Asilo que no estaba concluido del todo, y eso que el arquitecto secundando mis deseos imprimía a las obras la mayor actividad posible. Yo lo admiraba y no podía menos de decirle algunas veces:

-Si no fuera religiosa os abrazaría.

-Yo también, señora, yo también haría lo mismo; ¡os debo tanto...! la salud de mis hijos y de mi esposa, la tranquilidad de mi casa, el bienestar y el progreso de mi familia: yo antes vivía en el infierno, y ahora vivo en el cielo, porque mi casa es un cielo; la única pena que tengo, es que vos no sois tan dichosa como yo quisiera, ¡os amo tanto...!

Las palabras del arquitecto me daban nuevos ánimos para hacer buenas obras, y sólo pensaba en buscar los medios para que los pobres no carecieran de trabajo; el arquitecto por su parte aguzaba su ingenio para cooperar al feliz éxito de mi humanitaria empresa, y me dijo un día muy entusiasmado:

-Hay que encauzar las aguas desparramadas por las vegas y otras que están contenidas en lagunas pestilentes, y de estas lagunas salen todas las pestes y calamidades que ya hemos sufrido; yo tengo un plan muy bueno, resultarán las obras un poco raras, porque hay que hacer grandes excavaciones hasta encontrar el punto donde el agua brota, pero descubierto el oculto manantial, beneficiaremos los campos sanearemos el ambiente y dotaremos a esta ciudad de una fuente monumental que yo bautizaré con vuestro nombre.

-Respecto al nombre ya hablaremos; la cuestión es hacer una mejora tan importante; habéis tenido una idea muy feliz.

-Es muy cierto, señora, el agua es la vida de los pueblos y hace falta mucha agua, es decir, el agua ya la tenemos, lo que se necesita es saberla aprovechar.

Las obras del Asilo me encantaban, porque todas sus dependencias eran anchurosas, ventiladas, claras, alegres, higiénicas, allí los pobres volvían de muerte a vida, tanto me entusiasmé un día contemplando aquel *puerto de salvación,* que me encerré en mi celda, y allí escribí una poesía preciosa titulada: *La casa de mis pobres.* Mis pobres eran mi vida, yo también era una pobre, si, un pobre de entendimiento; después de escribir me acosté y dormí tranquilamente.

Al día siguiente me levanté muy contenta, y a media mañana me anunciaron que había una señora que quería verme.

No sé por qué me estremecí, y pregunté con recelo:

-¿Quién es?

-No ha dado su nombre; viene cubierta con un velo negro y me parece que ha de ser muy fea.

-Tal vez sea una víctima de la peste, que pase.

Entró la mujer tapada, es decir, apareció en el dintel de la puerta y me dijo con voz insegura:

-¿Puedo pasar?

-Siempre la puerta de mi celda está abierta como están mis sentimientos, entrad. Entró la mujer y se dejó caer en un sillón, sin levantarse el velo, pero ya la había reconocido por el eco de su voz, y al conocerla... temblé, era mi acusadora, era María, la hermosa niña que arrebaté de la miseria y quizá de la perdición, y la que más tarde se convirtió en mujer hermosa sin corazón, perdiendo después su belleza no quedando en su rostro el menor vestigio de su espléndida hermosura.

Cuando se hubo sentado cobró aliento y me dijo:

-¿Me habéis reconocido?

-Si, infeliz.

-¡Perdonadme! (y se arrojó a mis pies).

-Perdón, ¿de qué?

-De mi acusación.

-No, infeliz, el mal tú te lo hiciste; ¿qué quieres?

-¡¡Piedad!! y se levantó el velo, ¡qué horrible estaba! entonces la miré y me dije a mí misma: quizás yo tuve la culpa porque de mi tierna solicitud, y... ¡quién sabe si la responsabilidad de sus actos caerá sobre mi! la infeliz fue vencida por la tentación, la dejé sola y... Maria alarmada por mi silencio me dijo con desesperación:

-¿Qué, dudáis en curarme?

-No, infeliz, no dudaba, pensaba en otras cosas muy distintas, y has de entender que si sólo quedara una gota sería para ti; sólo quisiera saber el por qué de tu odio hacia mi.

-No he venido a confesarme, vengo a curarme nada más, con mi amistad no contéis, no quiero ser hipócrita, os pido perdón por el mal que os he causado y nada más.

Entonces, me pareció oír una voz que me decía: "-Yo siempre te he perdonado; perdona tú también." Al oír aquel consejo, estreché en mis brazos a María, la besé en la frente y la dije: Te perdono con todo mi corazón; María, se conmovió y me pidió humildemente el remedio prodigioso, la di la botellita con el agua de la vida y la expliqué minuciosamente la manera de usarla. María temblaba como una hoja combatida por el viento y salió de mi estancia como si estuviera ebria, ¡infeliz!; de tanta desventura ¿quién sería responsable? y mi conciencia me contestó; pero me tapé los oídos para no oír. Después me pregunté temblando: ¿La he perdonado con espontaneidad? No; la perdoné porque oí una voz que me decía: "Yo siempre te he perdonado." Y era tan buena, no no lo era, y me llamaban ¡la santa...! ¡qué ciega ha sido siempre la humanidad!

Me fijé después en la monja que dormía en mi celda, la que a pesar de mis desvelos, se mostraba cada vez más recelosa conmigo, esquivaba mis miradas, y hacia todo lo posible por huir de mi presencia. Una mañana, la obligué a que me siguiera al huerto, la hice sentar bajo un emparrado y allí le dije con dulzura:

-No encuentro en ti confianza, no me cuentas tus penas, te miro y no me miras, te hablo y no me contestas; ¿qué hay en ti? y la miré tan fijamente que se arrojó en mis brazos y lloró amargamente; dejé que la infeliz se desahogara y la dije:

-Habla sin temor, habla, comprendo que además del miedo al sacerdote, tienes otros temores.

-Si que los tengo, el sacerdote de quien os he hablado ha estado aquí, me vio y no me habló, yo me estremecí y me escondí.

-¿Quién es ese sacerdote? aquí sólo viene uno; mas, ahora recuerdo que últimamente vinieron varios atraídos por la novedad del agua milagrosa, veamos si es alguno de éstos; y le fui describiendo, uno por uno, la figura de todos los que vinieron, dejando a mi amigo para el último, y cuando comencé mi descripción, me dijo ella:

-No prosigáis, ese, ese es mi perseguidor. Al oírla temblé de espanto, la miré fijamente, cogí sus manos entre las mías, y la pobre joven asustada, dijo:

-¡Ay, madre! vuestras manos queman, parecen de fuego.

-Sí, hija mía; hay fuego en todas partes, que la tierra, fuego era, y dime: ¿estás segura que ese sacerdote fue el que te dijo que donde estuvieras te encontraría?

-Segurísima; y la pobre joven me miró fijamente. ¡Ay! ¡decía la verdad! no había más que ver sus ojos abiertos, muy abiertos; límpidos, serenos, irradiando en ellos la pureza de su alma; eran ojos de santa.

Sin saber lo que me hacía, me separé de ella bruscamente, me encerré en mi celda, y allí, no lloré, no; allí grité, me desesperé, lancé las maldiciones más horribles, pedí misericordia, supliqué, pedí cuentas a Dios, no sé lo que hice, ¡qué sé yo...! al fin caí en mi lecho como una masa inerte y al día siguiente me desperté de tan mal humor que dije con febril impaciencia: ¿Aún estoy aquí? y oí una voz que me dijo:

-No abuses de tu dolor; no quisiste el fuego del cuerpo, y tienes en su lugar el fuego del alma; fuego por fuego, elegiste el que quema más.

¡Dios mío! ¡Dios mío! y si viene ese hombre, ¿qué le diré? le diré que es inmoral, muy inmoral; pero... ¿tengo derecho a reconvenirle? bien me decía él que nuestros amores no eran de la tierra. Ya lo creo; él persigue a una pobre niña, ¡es tan bella! pero él es un sacerdote y yo no debo tolerar tanta inmoralidad, no, no la toleraré; y con ánimo decidido me reuní con la Comunidad, todas me preguntaron si estaba enferma y la monja perseguida me hizo ir con ella al huerto y me dijo:

-¡Ay madre! quisiera morir.

-¿Por qué?

-Porque no quiero ser la desgracia de nadie.

-¿De quién eres tú la desgracia?

-De vos, madre, de vos; todo lo he comprendido. Me quedé espantada con la declaración de mi compañera, la llevé apresuradamente a mi celda y allí la dije:

-Hija mía, tú no eres mi desgracia, lo es mi expiación, la fatalidad que como losa de plomo pesa sobre mi destino; abrázame, hija mía, tú no eres mi desdicha ni mi desesperación; sólo te pido que no atentes contra tu existencia, porque leo en tus ojos las más funestas intenciones. Yo seré tu madre, ¿entiendes? tu madre.

-Si, madre mía, sed vos mi madre y así estaré tranquila, esta celda será mi casa paterna, aquí seremos madre e hija luchando y venciendo.

-Sí, hija mía, puedo estar orgullosa de llamarte mi hija, y dije entre mí: Pero, ¿yo seré digna de ser su madre?

Me quedé sola y traté de tranquilizarme, pero no lo podía conseguir; temblaba que llegase el día que él quisiera hacer uso de sus derechos y por cualquier pretexto separar a la joven de mi lado; tenía en la Iglesia poder para todo, ¡para todo! pero yo me opondría, si, me opondría, y jugaría el todo por el todo.

Cuando menos lo esperaba, se presentó mi amigo el sacerdote, disculpándose de su tardanza y yo le dije:

-No importa que hayáis tardado, porque llegáis como siempre muy a tiempo, y espero que vos me ayudaréis en una empresa que me ha propuesto llevar a cabo, y que sin vos no podría realizar, pero como en vos tengo un hermano, más que un

hermano, un padre cariñoso, confío alcanzar la soñada victoria.

El me miró queriendo leer en mis ojos lo que no decían mis labios, y yo proseguí diciendo: "-Existe en esta Comunidad una monja jovencita, bella como un ángel me ha confesado, que estando en otro Convento, un sacerdote la vio y se enamoró locamente de ella, tanto, que le juró que, dondequiera que fuera, él la encontraría y de grado o por fuerza sería suya; la tengo aquí en mi celda, porque la pobre niña no se cree segura en ninguna parte; y yo cuento con vuestra protección para ella, confío en vos, como en mi misma, seremos dos para salvar a un ángel de las garras del león. El me miró muy a hondo, sus ojos despedían fuego y me dijo con cierto desagrado:

-El lance es muy original, revela gran osadía.

-Y tanta.

-¿Y os ha dicho dónde lo ha visto?

-Si, lo ha visto aquí.

-¿Y os dijo cómo era? ¿os describió su figura?

-No. El respiró entonces como quien salta un abismo y me dijo con más serenidad.

-Procuraré saber quién es ese sacerdote.

-¿Verdad que vendréis a decirme que ese sacerdote os ha jurado no pensar más en esa pobre niña consagrada a Dios? El me miró fijamente (¡qué hermoso estaba entonces!) y me dijo:

-Yo os prometo que ese sacerdote cumplirá con su deber.

-Falta hace que los sacerdotes cumplan con sus deberes.

-¿No me acompañáis como de costumbre? dijo al levantarse.

-No, estoy muy cansada.

-Lo siento.

-No lo sintáis, os dejo más en libertad, los verdaderos amigos no deben ser exigentes.

Se marchó y al quedarme sola, grité desesperada: ¿cumplirá su palabra? sí, es noble, es bueno; no, no, ese amor es imposible. Yo le quiero a él ¡Dios mío! y si él no me quiere ¡si sólo me admira! ¿por qué he de querer un imposible? Este fuego me quema; ¡qué horrible es querer y no ser querido! es como abrir un mundo y destruirlo en el instante de admirar sus bellezas.

-¡Qué días aquellos! no atendía a nada ni a nadie, abandoné a los pobres al cuidado de la Comunidad, me negué a recibir a todos los que vinieron a visitarme, no comía, no dormía, no sosegaba, hasta que un día me dijo la monja perseguida:

-Madre, esto no puede continuar, queréis combatir, lo que no es posible vencer, me ha bastado una noche para saberlo todo; os habéis levantado, os habéis acercado a mi lecho, me habéis abrazado amorosamente, me habéis dicho ¡hija mía! me habéis besado en la frente y luego habéis gritado: ¡Huye! ¡huye que quiero estrangularte! y creed madre mía, queréis a ese sacerdote tanto como yo le odio, porque es un miserable.

-Calla, no blasfemes.

-No, madre, no callaré, es un miserable todo aquel que quiere arrebatar por la fuerza lo que no le dan de buen grado.

¡Ay! las palabras de ella ¡cuánto me hirieron! porque yo también era tan

miserable como él.

-Madre, prosiguió diciendo: yo me iré de aquí, y si este sacerdote se apodera de mí, yo me mataré, y desde el otro mundo le perseguiré eternamente con mi odio, no quiero veros sufrir.

Las palabras de la monja me reanimaron, traté de hacerle olvidar mi sueño, y la dije: "-No te separarás de mí, no quiero que me dejes sola, no hagas caso de mis sueños y sobre todo, nunca pienses en matarte, tu muerte sería mi condenación ¡ten piedad de mi!"

Faltándome aire para respirar abrí la ventana del centro, donde estaban las *flores del cielo,* y dijo una florecita:

-¿Cuándo se acabarán esas perplejidades? La monja tembló y me dijo:

-¿Hablan las flores?

-Sí, hija mía, yo tengo flores que hablan y dicen la verdad, no mienten como los sueños.

-Es que los sueños no mienten, replicó otra flor, la monja no oyó la réplica y se acercó más a las flores ansiosa de oír mejor, y la dijo una florecita:

-No te acerques tanto, puedes oírnos a larga distancia; somos las voces de la vida, los que quieren oírnos nos oyen en todas partes. Escucha: en esta existencia puedes estar contenta de ti misma, porque tienes nobleza y honradez, sé digna hija de quien te ha brindado ser tu madre, espera, confía, no odies, perdona, compadece, y día llegará que valdrás tanto como tu madre.

-¡Madre mía! ¡madre mía! yo os juro ser vuestra hija.

-No juréis, dijo otra flor, las buenas obras son los mejores juramentos.

La joven se impresionó tanto que dijo muy conmovida: ¡Dios mío! reconozco tu poder y creo que las almas son infames si no escuchan y atienden la voz de Dios. A Dios llamé y Dios me ha respondido. ¡Madre! seré vuestra hija.

La estancia se iluminó como si la luz del sol la inundara por completo, y yo sentí en mi alma un consuelo, que hacía mucho tiempo que no lo había sentido, el fuego de los celos convertía mi vida en un infierno, entre el fuego del cuerpo y el fuego del alma, elegí el que más quema, que es morir a fuego lento el querer un imposible.

CAPÍTULO LXXX

El entusiasmo de mi joven compañera fue bálsamo dulcísimo para mi corazón, aunque al compararme con ella me vi pequeña, muy pequeña, tenía yo entendimiento suficiente para comprender mi escasa valía, no me cegaban, los aplausos de la generalidad, por eso admiré en todo su valor a mi joven compañera, y me decía a mí misma: vale mucho más que yo; ella con poco ha comprendido la grandeza de Dios, y yo que tantas pruebas he recibido no he sentido nunca la emoción que ella ha experimentado, ¡es más buena que yo...! y mientras más días pasaban más aquella joven se iba creciendo y más pequeña me encontraba yo, sosteniendo con ella misma una verdadera lucha diciendo entre mi: "-Se dice que luchar para vivir es horrible, sin embargo, hay otra lucha más terrible todavía, la lucha de las comparaciones; cuando se está acostumbrado a ser superior a los demás, cuesta mucha pena descender del alto pedestal en que le han colocado las alabanzas de muchos y el convencimiento de uno propio, y esto me pasa a mi, no en

vano había resonado en mis oídos durante mucho tiempo "¡ahí va la santa! ¡por allá viene la santa!" Yo bien comprendía que estaba mi alma muy lejos de la santidad, pero aquel murmullo lisonjero era como aromática nube de incienso que halagaba mis sentidos, y al ver a otra junto a mi que en realidad valía mucho más que yo, ese destronamiento intimo, al que yo asistía, me producía un malestar sin nombre, y si tiene nombre, es un hombre tan feo, que más vale no pronunciarlo ni escribirlo.

De mi lucha interior nadie se enteraba, la única que hubiera podido enterarse era mi joven compañera, y ésta no pudo conocerla por dos motivos, primero porque como me admiraba y me creía un ser superior a los demás, no podía figurarse que en mi pensamiento se albergara nada mezquino, y segundo, porque su bondad no le permitía conocer lo que no era ella capaz de sentir, de consiguiente yo luchaba sola con mi bajeza y con mi pequeñez, mientras ella se iba agitando de un modo sorprendente; me adivinaba los pensamientos, leía en mis ojos mi menor deseo, trabajaba en bien de los pobres recogidos en el Asilo, y muy en particular en favor de los niños, como si todos aquellos pequeños fueran sus hijos; ¡con qué cariño, con qué dulzura los trataba a todos! cuando los niños la veían se colgaban a su cuello la besaban y la acariciaban con tanta confianza como si abrazaran a su propia madre. Yo por mi parte, cumpliendo con mi deber, nunca le hablaba de mis penas, y me complacía en enaltecer sus bondades; aconsejándole únicamente que metodizara su trabajo para que no sufriera alteración su salud, y ella me decía con frecuencia:

-Madre mía; no os apuréis, tengo mucha fuerza, porque en esta ventana están las *flores del cielo* y con ellas mi felicidad; quiero además ser como sois vos, útil a la humanidad; vuestro último triunfo ha sido el agua milagrosa, valéis mucho, y quiero valer tanto como vos.

-¡Qué bien hablaba ella! me entusiasmaba al oírla, pero al enumerar en mi mente sus bellezas, pensaba en mi amigo el sacerdote, y me parecía que éste me decía:

-Para esta mujer ¡todo! para ti... ¡nada! para ella mi amor, para ti... mi amistad.

No parecía sino que algún genio maléfico se complacía en atormentarme, porque la verdad es que yo sufría muchísimo luchando conmigo misma, y para no sufrir tanto, decidí irme a buscar nuevos dolores, que consolando los males ajenos se olvidan los propios; pero al mismo tiempo pensaba y decía:

-Si me voy, vendrá él para verme y la verá a ella, y... ¡qué horrible es querer y no ser querida! pero si no me quieren... ¿qué he de hacer? Ella es joven, y él ¡es tan hermoso!, si se tratan... ¡quién sabe...! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿y si ella llegase a quererle? No, no; no me voy; saldré y entraré, pero durante la noche no fallaré de mi celda; tal vez seré muy mal pensada; mas no me quiero engañar a mi misma; harto hago con ocultar lo que siento a los demás. Las luchas morales debilitan el organismo, y mi cuerpo que era de por si enfermizo, concluyó por perder sus escasas fuerzas, y tuve un buen pretexto para salir de nuevo a pasear acompañada de una de mis antiguas servidoras, mujer entrada en años que me quería muchísimo. Escuché nuevas quejas y nuevos clamores, me ocupé con verdadero afán en aliviar una parte de tantas miserias, y también visité a todos mis parientes, entre ellos a la viuda e hijos de mi hermano, dando las instrucciones necesarias

para que ambos adquirieran los conocimientos necesarios para entrar de lleno en la carrera diplomática. Estando una mañana en la casa de mis padres, me entregaron un pliego muy abultado con el sello real, pero el lacre no era rojo, era negro; abrí temblando el sobre y me encontré muchos papeles, entre ellos una carta muy extensa de despedida, pues se iba para no volver el poeta satírico que tanto me hirió en las Cortes, cuando mi presentación en el mundo de las letras, ¡Qué carta tan bien escrita! todo cuanto me decía era verdad, diciéndome en último término:

Al irme de la tierra no os pido oraciones, porque no me hacen falta; vuestros ojos me lo dijeron y vuestra inteligencia también, de vos aprendí a conocer que mi alma podría volar, leed esa poesía, es mi último canto y os lo envío, y al leerla vos, yo despertaré.

Leí la poesía que era hermosísima, ¡qué pensamientos tan amargos! ¡qué imágenes tan desconsoladoras! ¡qué profundo conocimiento de la farsa social! al terminar mi lectura, sin el menor esfuerzo de mi parte, cayeron dos lágrimas sobre el papel, y entonces, entre la carta y yo se interpuso el poeta; le vi claro, clarísimo: no me quedaba la menor duda, era él; al verle, le dije conmovida:

-¿Sois vos?

-Sí, ya he despertado, esperaba vuestras dos lágrimas para despertar; y me miró sonriéndose como él solo sabía sonreír, diciéndome después:

-Mañana nos volveremos a encontrar, y uniremos nuestras plumas para trabajar juntos; me voy de la tierra hastiado de todo, he tenido y no he tenido familia, que esa humanidad es muy poca cosa para mí, ¡es tan pequeña...!; por eso he vivido tan solo; por eso me he reído tan amargamente de las miserias humanas, pero no quería irme de este mundo sin gustar algo que no fuese acíbar, esperaba tus dos lágrimas, tus dos lágrimas me han hecho despertar.

Lentamente se fue alejando el poeta, volviendo la cabeza y sonriéndose como él sólo sabía sonreír. ¡Cuánto sentí que se fuera! ¡me era tan grato oír su voz! ¡qué promesa tan dulce me había hecho! ¡nos volveríamos a encontrar...!

Antes de la noche volví a mi convento, y ya en mi celda leí todos los pliegos que acompañaban al último canto del poeta, eran las críticas de mis trabajos, desde la burla más cruel, hasta el más cumplido elogio; y no sé por qué, muerto él la burla la encontraba más razonada que su elogio, ¡qué abismo tan hondo es cada ser...! Sentí mucho la muerte de aquel hombre ¡qué sola me iba quedando...!

Un día, cuando ya estaba dispuesta para salir, vino mi amigo el sacerdote, confieso que no me alegré de verle y él me dijo:

-No vengo a veros a menudo porque quiero evitaros violentos choques.

-¿Choques?

-Sí; cuando vine la última vez estabais celosa, y quiero que hablemos claro. Vos me dijisteis que una monja que teníais en vuestra compañía tenía un perseguidor, que era su perseguidor un sacerdote, ese sacerdote soy yo, y yo os digo que quiero a esa mujer, que es mi culto y mi adoración; yo le dije que fuese a donde fuese yo la encontraría, pero os advierto que nunca descenderé a las miserias humanas; me basta con ver, no necesito más. Hoy vengo a veros, que sois mi hermana, mi hija, pero vengo decidido a verla también a ella; y quiero verla a vuestro lado, su espíritu me atrae y su cuerpo me fascina, ¿tenéis inconveniente en que esté aquí con vosotras?

Mientras él hablaba yo pensaba en el poeta y en sus últimas palabras: "uniremos nuestras plumas y trabajaremos juntos." mi espíritu quería apartarse de la tierra, pero tuve que volver a ella y contesté con marcada ironía:

-Tenéis razón, antes éramos dos, y ahora seremos tres.

-Si; tres para estudiar; tres para aprender.

Llamé a mi joven compañera, y ésta al entrar y ver al sacerdote lanzó un grito y yo la dije: "-Ven, hija mía, este sacerdote ha sido mi protector, mi palanca más poderosa para resistir las asechanzas clericales, y ahora quiere protegerte a ti también, no quiere tu cuerpo, quiere tu alma."

-Eso, eso, dijo él, quiero seros útil a las dos en todos sentidos.

-¿Verdad, hija mía, que ya no le tienes miedo?

-Estando con vos no le tengo miedo, pero sola... no quiero estar con él; y mirando al sacerdote le dijo con la mayor certeza: No me pidáis amor porque me causáis horror.

-No temáis, sólo buscaba un ideal, si hubiera querido vuestro cuerpo, ya sería mío y con placer de entrambos, pero no es vuestro cuerpo lo que quiero, cuerpos ¡sobran! ¿decís que me odiáis? pues vuestro odio aumenta mi deseo, deseo que se verá satisfecho. Dios sabe cuándo; en la eternidad siempre sobra el tiempo. Ella le contestó con aspereza, pero es lo cierto que hablaron largamente sin que uno ni otro se cuidaran de mí; al fin al despedirse me dijo él:

-Me voy muy herido.

-Yo también estoy muy herida, le dije con amargura, vos estáis herido por ella, yo estoy herida por vos, y tú, hija mía, ¿por quién estás herida?

-Yo estoy herida por un ser invisible; porque sueño con él y me dice:

-Ya vendrás a mi, por medio del trabajo y del progreso; y el que así me habla es un ser hermosísimo.

Entonces me sentí herida de nuevo y murmuré entre mí: *¿Sí Aquel* también será ingrato, y nada me quedará ni aquí ni allá?

Al despedirse dijo el sacerdote: volveré más a menudo, y quiero que estemos juntos los tres; vivo muy mal y necesito consuelo y amor, ¿puedo esperar de mis amigas un poco de consuelo y compasión?

Las palabras del sacerdote nos causaron muy buen efecto, porque era un hombre que cuando quería, hacía sentir a las piedras. Cuando nos quedamos solas le dije a mi joven compañera: "-No temas ya, hija mía, la persecución ha cesado."

-Si, madre mía; ya estoy más tranquila, he oído aquí cosas asombrosas, me he convencido de las miserias humanas y sólo quiero pensar en las grandezas de Dios.

-¡Ay, hija mía! eres muy joven todavía y aun no sabes lo que pensarás.

-Si que lo sé, porque estoy muy desengañada, en mi propia familia hay esposas sin esposo, madres sin hijos, mujeres abandonadas por su seductor, miserias y miserias, escándalos y escándalos, torpezas y torpezas.

-Yo también pensaba como tú, pero créeme, no todo son miserias en la vida humana. Hay madres que adoran a sus hijos y pequeñuelos que ven el cielo en los ojos de su madre. Yo hubiera querido ser madre, hay existencias que uno vive con los astros, dando luz, aliento y fortaleza sin que a nadie se le ocurra apreciar en todo su valor los beneficios que reciben del astro solar; así he vivido yo y viven todos

aquellos que se consagran a cuidar de muchos; en cambio hay otras existencias que los placeres son recíprocos, pues Dios le dice a la mujer: Ama, ama al hombre y cúmplase entre los dos la ley de la producción universal; y entre dos que se quieren hay todas las bienaventuranzas que disfrutan los justos.

-Bien, madre, os escucho con el mayor placer, pero me llaman más la atención las dulzuras del cielo.

Seguimos trabajando cada una en su terreno, y ella siguió cuidando a los niños con maternal esmero, y aumentó más y más sus cuidados porque se desarrolló una ligera peste en la ciudad que sólo atacaba a los niños, no causando víctimas, mas si dejando a los enfermos un padecimiento en los ojos que les duraba más o menos tiempo, con lo cual mi joven compañera tuvo doble trabajo, y eran tan apasionada de los niños confiados a su cuidado, que ni de mi se fiaba; ella les lavaba los ojos y les aplicaba las medicinas que el médico del Asilo recetaba, y tanto trabajó, y pasó tantas noches en vela, que al fin adquirió la misma enfermedad que los niños, cerró sus hermosos ojos, y al cerrarlos lloró, se desesperó y me dijo:

-¡Madre mía! ¡no quiero quedarme ciega! ¿qué haremos? pregunto a las *flores del cielo, y* no me contestan.

-Pregúntales con calma que te contestarán; la joven me obedeció temblando y al hacer su pregunta le contestó una florecita:

-Amas mucho a los niños y justo es que los ames, porque los niños te han servido en otras existencias de gran consuelo.

-¿A mí? ¿en otras existencias?

-Si, si; a ti.

-¿Y de mis ojos nada decís? ¿No tiene el cielo remedio para mí?

-Búscalos primero en la ciencia de la tierra; y cuando ésta sea impotente acude a nosotros.

-¿No hay remedio para esos ojos? pregunté yo.

-Si, mujer, si tú puedes curárselos.

-¿Yo?

-Si, mujer, tú; sino que pensando en las miserias humanas, olvidas las inspiraciones del cielo. Ahora sólo piensas en amores terrenales; hubo un tiempo que fuiste amada, y vendiste miserablemente al ser que te amó; desde entonces has ido rodando de abismo en abismo, hoy tienes un organismo que es tu expiación, porque es como un arpa sonora cuyas cuerdas vibran al leve contacto de todas las pasiones más violentas; domínate que puedes dominarte y haz el bien al que para ti necesita.

Mi joven compañera nada oyó de cuanto dijo la flor, comprendió por mi silencio que algo meditaba y me dijo con tono suplicante:

-Tened piedad de mi, ¡madre mía! devolvedme la luz, yo no quiero quedarme ciega.

Pedí agua y sin saber por qué lo hacía, sumergí mi diestra dentro de la vasija llena de agua, y con mis dedos la estuve batiendo como si preparara alguna espuma para adornar un plato de dulce, lavé después suavemente los ojos de mi compañera, apliqué sobre ellos una venda mojada en aquel líquido, la desnudé y la hice acostar; al día siguiente pudo abrir los ojos; consulté sin embargo con el médico, y aunque ella no quería más medicina que mi agua batida, yo acepté los consejos

de la ciencia, pero la mejoría se hacía esperar, hasta que una mañana me dijo ella:

-¡Madre mía! ¡curadme...! ¡curadme! yo también os curaría, imponedme vuestras manos que con ellas habéis hecho milagros, haced uno más; por complacerla apoyé mis manos sobre sus ojos, y ella sintió como si le quitaran hierros candentes que oprimieran su cabeza. Dio un grito de alegría y me dijo:

-¿Veis, madre mía? vuestra manos, son las manos de una santa, ¡sois tan buena...!

-Si, somos buenas, muy buenas, y sin embargo... no comprendemos las grandezas de Dios.

-Madre, para todo habrá tiempo en la eternidad.

CAPÍTULO LXXXI

Los ojos de mi compañera, a pesar de todos los cuidados de la medicina y de la imposición de mis manos, no se curaban por completo, parecía una dolencia de expiación; y ella, al despertar por la mañana, y al entregarse al descanso por la noche, no podía menos que llorar amargamente, diciéndome con verdadera desesperación:

-¡Ya no volveré a ver como veía...! ¡qué horror! ¿Qué delito habré yo cometido...? ¡Señor!, ¡Señor!, ¡tened misericordia de mí!

Yo la escuchaba sin fijarme mucho en lo que decía, hasta que una mañana sentí un estremecimiento violentísimo en todo mi ser, ymurmuré entre mí: "-Verdad es que eso se prolonga demasiado; no empeora, pero tampoco mejora; y me dijo mi conciencia:"

-¿Te complaces en verla sufrir?

-¿Yo?

-Si, tú; dale lo que es tuyo. Estas palabras las oí temblando, porque una voz de trueno era la que me daba aquel aviso; entonces me acerqué a ella, y le impuse mis manos en la cabeza diciéndole: "-Ya estas curada, no quiero que sufras más." La enferma lanzó un grito agudísimo, diciendo con delirante exaltación:

-Si, si; ya estoy curada, se ha roto algo que me oprimía la cabeza, como garfios de hierros cadentes.

-Si, hija mía, sean tus ojos sanos, como sana es tu voluntad; y me pareció oír que decían: "-Ha sufrido más de lo que debía, su dolor caerá sobre ti convertido en lluvia de fuego."

Cuando me quedé sola caí de rodillas y exclamé: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué mala me he vuelto! ¿estaré a la vez enferma de cuerpo y de alma? y me dijo una voz:

-Lo que sientes, lo que tienes, es... ¡amor! ¡amor...!

-Sentí un amor maldito, porque me hace más mala de lo que yo he sido, ¿pero, cuántos amores tengo yo, Dios mío...?

-Tienes amores allá, y amores aquí.

-¿Qué amo en la tierra? ¿el talento? ¿la virtud? ¿la carne...? ¡qué vergüenza! ¡mas ay! el alma necesita en la tierra el rocío de la ternura: ¡estoy tan sola! me aman las mujeres, pero, ¿qué hago del amor de las mujeres? ¿qué me da a mi la religión? tormento, al vibrar los bronces de sus campanas no conmueven mi alma. Yo tengo dos amores, si, dos amores; Jesús es el amor de mi alma, y un

hombre es el amor de mi cuerpo, ¡de mi cuerpo...! si; soy mujer, y mujer apasionada, y mujer sensible, yo siento en mi los desbordamientos de todas las ternuras, de todas las afecciones humanas. Yo creo que Dios en su piedad suprema envía de continuo sus ángeles a la tierra; por eso los niños son tan hermosos, ¡porque son los ángeles que han rodeado el trono de Dios...!

Oía de continuo voces que me hablaban, unas veces con dulzura y otras con duros reproches; de día me encontraba mal, muy mal, pero de noche aumentaba mi malestar de un modo aterrador, porque durante mi intranquilo sueño, me levantaba llamando a mi amigo el sacerdote diciéndole:

-¡Ven! vámonos a lejanas tierras y allí viviremos libres y dichosos, donde las religiones no tronchen las flores sin abrir, ¡ven! no te detengas, la vida es breve y hay que aprovechar sus momentos; y corría por la celda como si quisiera alcanzar la sombra de mi amigo que yo veía a corta distancia. Una noche que mi carrera era más vertiginosa, mi joven compañera me estrechó entre sus brazos diciéndome con voz imperiosa:

-¡Despertad! Me desperté y como conservaba el recuerdo de mi delirio, dije entre mí: ¡qué oprobio...! ¡qué vergüenza...! ésta ya se ha enterado de mis flaquezas ¿se habrá enterado también la Comunidad? ahora si que creerán que estoy endiablada, ¡Dios mío!, ¡¡Dios mío!!, ¡¡¡Dios mío!!!, dame la muerte, esta vida es vergonzosa, ¡quiero morir! basta ya de locuras y de livianos deseos.

Mi compañera me comprendía perfectamente cuánto yo sufría, me acariciaba con la mayor ternura, me hizo sentar en mi sillón y me trajo un cordial compuesto por ella misma para que me reanimara, ¡qué suplicio! ¡ella tan buena! ¡tan buena y yo tan ingrata! porque yo no la quería mal, eso no; pero... no la amaba como ella por sus bondades merecía ser amada; siempre deseaba perderla de vista; su presencia me humillaba, ¡me veía tan pequeña ante ella!

Una mañana me fijé en las *flores del cielo, y* las encontré mustias y marchitas, ¡pobres flores! me incliné hacia ellas y las dije con profunda tristeza:

-¿Se acabó todo? y me contestó una florecita:

-No, no se acaba todo, ¿piensas morir? vana quimera.

-¿Y que haré aquí?

-Sufrir, has de beber hasta la última gota, y aun no has bebido las tres cuartas partes de la copa del dolor que te toca apurar hasta las heces.

-¿Y por qué Dios me ha dado un cuerpo lleno de pasiones, si estas no se pueden satisfacer? Dios entonces no ha hecho bien su obra.

-Escucha, el cuerpo exige lo que de la tierra es; tú quieres que luche el alma contra las leyes del alma; las leyes de Dios son inmutables, vosotros sois los reformadores temerarios que queréis destruir lo indestructible; las leyes de Dios son perfectas, de esto no tengas la menor duda.

-Pues yo soy obra suya y en mí la imperfección es manifiesta.

-No, no es eso, tú fiada en tu fuerza de voluntad, creíste que podrías luchar con el tormento de los celos; enemigos implacables de la dicha humana; has llegado en tu enfermedad al periodo álgido, a la crisis que decidirá de tu vida o de tu muerte. Si quieres salvarte, medita, reflexiona, compara, analiza las cosas y los hechos, y ganarás la victoria sobre ti misma, ¿quieres delirar? todo de cuanto bueno has hecho quedará destruido, porque una mujer celosa, es la hiena de la humanidad,

capaz de cometer todos los atropellos, y todos los crímenes, y como será mayor la suma de tus infamias que la de tus buenas obras, rodarás por la pendiente de las miserias humanas y una mujer como tú no debe rodar así. Hemos venido a tu lado para probarte que el reino de la verdad nadie lo destruye: y que tú estás en él porque merecido tienes permanecer donde impera la verdad. *Las flores del cielo* somos tus ángeles de la guarda. ¿Quieres vernos lozanas? pues vuelve en ti, y danos los buenos días todas las mañanas. Saluda al Sol como lo hacías en tus buenos tiempos, no delires, no digas que Dios ha hecho sus obras imperfectas, y cuanto más en aumento vaya tu tranquilidad, sentirás el fuego del amor de muy distinta manera que lo has sentido hasta ahora; tu amor y tu deseo terrenal se irá calmando y día llegará que necesitarás más compañerismo que fuegos amorosos; -y otra flor añadió:

-¡Pobrecita! llora, llora, llora conmigo; tu amor no está ahí en la tierra; escucha y mira? ¿oyes?

-Si oigo.

-¿Ves?

-Si veo.

-Pues bebe hasta la última gota de la hiel que a otro hiciste beber.

Entonces me pareció que me separaba de mi cuerpo, y vi bellezas indescriptibles en el espacio, cuadros maravillosos, paisajes encantadores, que no hay frases ni pinceles que describan ni copien los esplendores de los cielos. Me dejó caer en mi sillón y di gracia a Dios por tener tan cerca de mi a las *flores del cielo,* ¡qué ingrata soy, Señor! murmuré con tristeza, ¡cuánto me das... y cuan poco merezco...!

En aquel momento entró mi joven compañera llevándome algún alimento, que así lo hacia de hora en hora, tal era mi desfallecimiento, pero al entrar lanzó un grito de asombro, y cuanto llevaba en las manos rodó por el suelo quedando ella con las manos en cruz y postrada en tierra; de rodillas llegó hasta mí diciendo:

-¡Madre mía! ¡madre mía! ¡sois una santa! al entrar aquí, he visto un coro de ángeles; aun están, ¡qué hermosos son! os besan, os acarician, y dejan en torno vuestro nubes de incienso. ¡Madre mía! ¡madre mía! yo os adoro y no es de ahora...

-Yo también te quiero, hija mía, y mucho que te quiero.

-No; no; vos no me amáis, hay entre las dos una sombra negra, ¡maldita sea!

-No blasfemes, no maldigas a nadie, hija mía; que no hay nada maldito en la tierra, porque Dios no puede renegar de su obra.

En la noche de aquel día vi mi cuerpo en sueños: ¡pobrecito! dije al verle, tú no tienes la culpa de mi martirio, ¡pobrecito! tú debías ser fecundo y útil a la humanidad porque eres bien formado, sin el menor defecto para servir de cuna a nuevos seres ¡pobrecito! después vi a mi amigo el sacerdote, y oí que me decía: ¡Yo te amo! ¡mentira! contesté, sois un sabio y sois un miserable, si no fuerais un miserable no me hubierais dicho que amabais a una mujer y que queríais que esa mujer viviese junto a mi siendo mi martirio, viendo vuestro amor por ella; ¡idos de aquí! se fue la sombra del sacerdote y me tranquilicé, comencé a ver una claridad que se convirtió en un torrente de luz, y entre olas luminosas vi a mi espíritu amado, ¡a El! pero al verle, me dio vergüenza y atemorizada quise huir y El me dijo:

-¿Por qué huyes?

-Porque soy culpable.

-¡Pobrecita! ¡qué pequeñita eres aun! tú tienes el dolor de los celos, yo también sufrí en otro tiempo tu dolor. Te escogí entre muchos espíritus, fuiste la elegida de mi alma y me engañaste, y me vendiste y me entregaste a los enemigos del progreso; y no sentí el dolor del cuerpo, sentí el dolor del alma: ven conmigo, ven, ya no tengo celos, tú serás buena, tú seguirás mis huellas, serás mi espíritu predilecto, mi discípulo más querido, por lo mucho que me habrá costado tu redención. Al oírle, olvidé por completo las miserias humanas y le dije:

-¿Verdad que mi alma no está manchada? ¿que sólo a ti te quiere mi alma?

-Si, mujer, tu alma es mía, ¡mía...! y nunca te apartarás de mí. Yo te daré aliento vuelve a la tierra y lucha: es necesario que sientas una parte de los muchos dolores que tú has producido.

¡Qué hermoso vi a mi amor! ¡me miraba con tan tierna compasión! ¡había en sus ojos tanta dulzura! ¡tanta clemencia! sus miradas eran el perdón de todas las faltas; no he visto figura más hermosa; si Dios tuviera forma, si Dios tuviera hechura, yo diría que he visto a Dios; porque sólo Dios podía ser tan clemente y tan hermoso. Después de contemplarle largo rato, se fue alejando lentamente perdiéndose entre nubes blancas y rosadas. Cuando me desperté por la mañana, me encontré muy bien y mi compañera se puso contentísima al verme tan alegre, tan risueña, y tan tranquila. Aquel buen estado me duró muchos días, trabajé mucho en favor de los pobres, y todos cuantos me rodeaban estaban contentos de mí. Una mañana me trajo mi compañera un hermoso ramo de flores que ella misma había cogido; las pusimos junto a las *flores del cielo,* para ver la diferencia que existía entre unas y otras, y cuando más entusiasmadas estábamos hablando de botánica, me anunciaron que muchos sacerdotes pedían permiso para visitarme. Las dos nos miramos y temblamos, porque las visitas de los sacerdotes siempre eran anuncios de malas nuevas; me dijeron que traían a un enfermo en una litera, y entonces salí de mi estancia y me dirigí al salón donde me esperaban unos veinte sacerdotes que rodeaban una lujosa litera, de la cual colgaba un brazo cubierto con una manga de seda morada y entre encajes se asomaba una mano negruzca, áspera y como cubierta de escamas; aquella mano me causó mucho asco, pero oculté mi penosa impresión, y me dirigí a un sacerdote que parecía ser el jefe de todos ellos; éste me dijo con bastante sequedad:

-Acercaos al enfermo que apenas puede hablar; me acerqué y reconocí en él a mi primer acusador, al que trabajó cuanto pudo para que me sentenciaran a muerte; al verme me dijo con voz espirante:

-Vengo a morir aquí.

-No moriréis.

-¿Vengo a recobrar la vida? preguntó con voz anhelante.

-Si vos queréis, si.

-¿No me odiáis?

-No; y dije para mí: yo debo perdonar y te perdono. Después me incliné hacia él, vi su rostro cadavérico, sus ojos sin brillo, su boca entreabierta, de la cual salía a borbotones un líquido sanguinolento, le compadecí sinceramente, y le dije: "-Aquí reposaréis de tantas fatigas, confiad en Dios y en mí.

Di las órdenes convenientes, y el enfermo fue colocado en un lecho, mientras tanto me retiré a mi celda con mi joven compañera que era mi sombra, nunca me dejaba, ¡pobrecilla! se parecía al perro fiel que no abandona a su dueño aunque éste le trate mal. Yo no la trataba mal, pero en comparación de ella, yo era adusta y displicente; en cambio, ella, ¡era tan complaciente y tan buena! Cuando estuvimos solas la dije:

-¿Sabes quién es ese moribundo?

-Un príncipe de la Iglesia, y Dios me perdone, creo que el libro de su conciencia tendrá las hojas muy negras.

-No vas muy descaminada; ese fue mi primer acusador, el que trabajó con más empeño para llevarme a la hoguera; y yo en cambio le daré la vida. En aquel momento entró mi amigo el sacerdote y le dije:

-Venís como siempre, con oportunidad.

-¿Podríais resucitar a ese cadáver?

-Si, yo le resucitaré.

Asombrado se quedó mi amigo, y más sorprendido aun de vernos a las dos alegres y contentas mirándole sin recelo y hablándole con la mayor familiaridad: aquella calma le llamó vivamente la atención y él era entonces el que nos miraba receloso. Yo miré a*las flores del cielo, y* las vi más lozanas que nunca: todas tenían sus corolas abiertas, embalsamando mi celda con sus diversos perfumes; esto me animó y salí resueltamente seguida de ella y de él, dirigiéndome a la habitación del enfermo; este ya estaba en su lecho y los sacerdotes formando un medio círculo entonaban sus preces molestando bastante aquel zumbido de abejorros. Al entrar les dije: "-Hermanos míos; basta de rezos, la mejor oración es la elevación del pensamiento, es el buen sentimiento puesto en acción, callad, quiero silencio y verdadero recogimiento."

La mayoría de sacerdotes se alejaron de mí, haciendo la señal de la cruz con hipócrita disimulo, y sólo tres se quedaron junto al lecho del enfermo, yo me acerqué a éste y le dije imperiosamente:

-¿Queréis vivir?

-Quiero vivir.

-Vosotros, cuantos aquí estáis, ¿queréis orar mentalmente por el enfermo?

-Si es vuestra obra de Dios, si, dijo el jefe.

-De Dios es mi obra: y le dije al enfermo: ¡Yo te daré calor y vida! ¡yo te quitaré la fiebre que te consume! Y tal fue la corriente magnética que dirigía su cabeza hasta llegar a sus pies, tanta y tan potente era la fuerza de mi voluntad, que tres sacerdotes que estaban más cerca de mí, chocaron contra la pared, y seguí diciendo al enfermo:

-Tomad alientos.

-Los tomo.

-Tomad alientos.

-Los tomo: ¡sois un ángel!, sólo los ángeles pueden dar la vida...! En tanto los sacerdotes parecían autómatas: sus semblantes no revelaban la menor alegría al ver al muerto resucitado; eran cuerpos sin alma, y más aún, eran cuerpos sin corazón, no sabían sentir.

Viendo el buen resultado que había obtenido, porque el paciente parecía

otro, tan animados tenía los ojos, dije a los circunstantes: El enfermo necesita de mis manos, una en la frente, y otra sobre el corazón. ¿Me permitís que nadie contestara, dijo el enfermo con su tono de mando que no admitía replica:

-Yo os autorizo: poned vuestras manos sobre mí.-Las puse, y el enfermo ¡pobrecito! respiró libremente y dijo:-Vuestras manos ¡son las manos de Dios! y al decir esto, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero pudo más el orgullo del príncipe de la Iglesia, y ni una sola gota se desprendió de sus ojos, se quedó inmóvil, y yo para no mortificarle con mi presencia, me apresuré a salir dejando a su lado un solo sacerdote, encargando el mayor silencio, para que el enfermo se pudiera entregar en brazos de un sueño reparador. Al volver a mi celda, me dijo mi amigo el sacerdote:

-Creo que os equivocaréis, ese hombre morirá; ya está en estado de descomposición.

-Lo estaba; ahora no lo está; cuando yo me siento con esta fuerza, soy capaz de levantar un mundo, y ese hombre saldrá de aquí fuerte y animoso; yo lo sé, yo le veo abandonar su lecho. Me miró, movió la cabeza con incredulidad, me volvió a mirar y exclamó:

-Razón tengo yo en creer que no sois mujer; sois ¡una santa!

-¡Santa! ¡santa! la santidad no existe en la tierra, sólo tengo el afán de ser buena, perdonando a mis enemigos, devolviendo bien por mal, que es el exacto cumplimiento de la ley de Dios.

CAPÍTULO LXXXII

Al día siguiente de aquella jornada memorable, tan importante para mí, porque para mi tuvo gran importancia volver de nuevo a probar mis fuerzas y a producir milagros, y valga la frase, ya que no hay otra, para calificar hechos cuyas causas se desconocen y sólo se tocan sus efectos; al día siguiente, repito, me levanté al amanecer, antes puedo decir, porque aun las estrellas enviaban desde sus lejanas órbitas su misteriosa claridad. Me vestí apresuradamente y contemplé a mi joven compañera que dormía con el sueño del justo, ¡qué hermosa estaba! la miré como una madre mira a su hija y oí que me decían:

-No la quieres, no te esfuerces en mirarla.

-¿Cómo que no la quiero? si que la quiero.

-No es verdad: tú no la quieres.

-¿Por qué?

-Porque en justicia no puedes quererla, aun queda *algo* en ti, *algo* que se irá extinguiendo con el tiempo. Miré después a *mis flores del cielo, y* las dije:

-Buenos días.

-*Muy buenos días,* dijo una florecita recalcando mucho sus palabras.

-¿Y por qué son tan buenos estos días?

-Cuidado con el enfermo, replicó otra flor en tono sentencioso.

-¿Está muy grave?

-Sí, lo está, pero no es eso; es que hay quien quiere destruir tu obra; ten mucho cuidado, que tendrás que luchar a brazo partido.

Miré después a la estrella matutina y la encontré más bella que nunca, y oí que las *flores del cielo* murmuraban entre sí muy acaloradamente, formando un

murmullo, y un zumbido molesto, tanto que las dije con impaciencia:

-¿Qué ocurre? ¿qué habláis?

-Es que recogemos los malos pensamientos que en torno de ti se agitan, dijo una flor, y te presentamos este espejismo para que luego cuando veas en torno de ti las miserias humanas, estés sobre aviso y luches con ventaja; todo esto se relaciona con el enfermo.

-Es que yo al enfermo, curado lo dejé.

-No lo dejaste; porque tu trabajo lo han destruido todo cuanto han podido.

-No importa, yo lo curaré, su vida es la mía, me he propuesto devolver bien por mal, y si él muere yo moriré también, vida que no me sirve para mi enmienda, no la quiero. Las *flores* enmudecieron, y yo me quedé muy preocupada; la vida de aquel hombre me interesaba en aquellos momentos de tal manera, que por darle la salud no sabia qué pensar ni qué hacer. Miré después al Sol y le dije: ¡Tú que eres la imagen de Dios! ¡el calor de la vida! ¡la esperanza de las almas! ¡dame valor, que quiero vencer! y como si el sol respondiera a mi súplica, vi en su centro más fuego, más fuego de vida, de constitución, comenzó a esparcir chispas luminosas por el aire, y cada chispa parecía un mundo, porque se aumentaba su volumen, y aquella lluvia de mundos, se multiplicó fabulosamente, porque cada mundo esparció a su vez chispas lumínicas de variados colores, y ante aquel espectáculo maravilloso exclamé: Estos mundos, son las generaciones que trabajan buscando a Dios; y oí que me decían: "-¡Ama! ¡ama con toda la efusión de tu sentimiento! ¡ama! que el amor todo lo puede, todo lo vence, todo lo alcanza, y si encuentras sombras en tu camino, destrúyelas con tu potente voluntad." Me senté junto a mi mesa cada vez más agitada, se despertó mi compañera, y su primera mirada fue para el cielo; ¡qué mirada tan especial la suya...! no puedo menos que decir: el alma de esta mujer no es más buena que la mía; ¡qué modo de mirar el suyo! ruega y bendice con sus ojos; sólo los ángeles deben mirar así.

Mucho se sorprendió mi compañera de verme levantada, me hizo tomar algún alimento en su compañía, y con ánimo y temor ala vez, me dirigí a la estancia que ocupaba el enfermo en el piso bajo. Dos sacerdotes muy mal encarados guardaban la puerta, y al verme llegar me dijeron los dos con muy mal modo:

-No se puede entrar, madre, el enfermo está peor.

-¿Peor? ¿no quiere el enfermo verme? ¿es orden suyo?

-No, el Padre que nos manda así lo ordenó.

-Pues, decidle al Padre que quiero entrar, que la vida de ese hombre es la mía; que, o se salva conmigo, o me muero con él; y entonces se oyó la voz cavernosa del enfermo me decía:

-¡Dejadla pasar! ¡dejadla...! pero fue desoído su mandato o su ruego y salió el Padre, y encarándose conmigo me dijo con ira reconcentrada:

-Nunca creí que os atrevieseis a gritar de esa manera en la casa de Dios, el enfermo está peor y he decidido que no se le moleste más; basta con los auxilios de la religión.

-¿Me negáis la entrada?

-Si, os la niego porque hacéis cosas reñidas con la moral, porque tocáis a los hombres con el pretexto de curarlos, y la imposición de vuestras manos sólo sirve para avivar los muertos deseos de la carne, ¡idos de aquí!

-Y si vengo en nombre del rey, ¿me negaréis la entrada?

-Según.

-¿Según, decís?, y si ese hombre se muriera, ¿quién sería el culpable de su muerte?

-Retírese la madre, que aquí no entra nadie, y él mismo cerró la puerta con el mayor estruendo.

Sin saber si andaba por mis pies, o si alguien invisible me ayudaba, me volví a mi celda pensando sólo en morir si aquel hombre moría. Yo veía al enfermo, veía cuanto le rodeaba; comprendía perfectamente que en mis manos estaba su vida, que yo le salvaría! podía entrar, pero... ¿cómo estaría? y repetía con la tenacidad de una loca:

"Yo entraré, yo entraré." Miré a las *flores del cielo* y las encontré muy mustias y tan silenciosas que comprendí perfectamente que yo era la que debía tomar resoluciones. Llamé a mi compañera, y ésta acudió como siempre inmediatamente, le conté lo ocurrido, le pinté mis apuros, y las dos decidimos llamar a nuestro amigo el sacerdote; vino éste, salí a su encuentro y me dijo con severidad:

-¿Qué pasa? ¿qué ocurre? Le conté cuanto me había sucedido y me dijo con sequedad:

-Sí cuando vino el enfermo hubieseis despedido a los sacerdotes y sólo se hubiese quedado el con vos y conmigo, le hubieseis curado; pero ahora... ahora... renunciad por completo a su curación.

-¿Renunciar a devolverle la vida a mi mayor enemigo? ¿sabéis lo que decís? su vida es la mía, le salvo, o muero con él, aun tengo armas con que defenderme, aun puedo hacer valer mi voluntad; y saqué mi anillo y mi condecoración que me abría todas las puertas, porque aquellas insignias representaban al Papa y al Rey.

-No os conozco, estáis alocada por completo; sólo pensáis en producir escándalos, ahora sí que no estáis bien inspirada: yo os lo aseguro, recordad que vuestras violencias sólo conseguirán reduciros a prisión, prisión que será vuestras tumba. No os mováis de aquí, esperad mis órdenes y ¡ay de vos, si no me obedecéis! Se marchó el sacerdote y yo le dije a mi compañera:

-¿Ves, hija mía? todos los religiosos son lo mismo, orgullosos, pretenciosos y autoritarios.

-¡Ay! madre, no os apuréis tanto, dejad que hagan lo que quieran, al fin si se muere, se muere un miserable y bien muerto está.

-¿Estás loca? es que yo quiero curarle y le curaré. Entró de nuevo el sacerdote y me dijo:

-Veréis al enfermo, no le hagáis ninguna cosa, no intentéis cogernos por sorpresa, porque os advierto que del lecho del enfermo se va al calabozo, y del calabozo no podréis salir, y si salís, será para ir a la hoguera.

Me estremecí al oír sus amenazas y le seguí en silencio, pero al llegar a la estancia del enfermo, olvidé sus palabras y mis temores: sólo vi a la víctima y a sus implacables verdugos: todos los sacerdotes estaban allí, ¡qué caras aquellas...! eran otros tantos Judas ¡qué horror me causó verlos! Miré al enfermo, y dije resueltamente: Este hombre está mucho peor que cuando entró aquí; quise poner mis manos sobre su frente pero un brazo de hierro se opuso a ello y entonces dije: Ponedme una mordaza si queréis, pero aquí se está cometiendo un horrible

asesinato: a ese hombre se le asesina sin piedad. Al resonar mis palabras, parecía que una lluvia de fuego caía sobre aquellos miserables, y proseguí diciendo: Todos sois cómplices en este delito, todos queréis que este hombre se muera, le habéis dado un veneno, lo sé, lo toco, lo veo.

Al decir yo esto aquellos hombres rugieron como leones hambrientos, ¡con qué placer me hubiesen despedazado! dirigiéndome a mi amigo el sacerdote, proseguí diciendo: ¿Queréis que yo muera ahora mismo? moriré, sois muchos contra uno y un cuerpo pronto se despedaza; pero mi alma flotará sobre los verdugos de su cuerpo, y mañana... mañana... yo más fuerte que hoy derrumbaré vuestros templos piedra por piedra, y publicaré la historia de vuestros crímenes y las generaciones venideras os maldecirán.

Al resonar mis últimas palabras se sintió un ruido amenazador como si la tierra se abriera para tragarnos, se apagaron las luces, y sentí en torno mío brazos que querían destrozar mi cuerpo, me pareció sentir el contacto de la mano de mi amigo el sacerdote que me tapaba la boca, me sentí arrastrar, me sacaron de la estancia, y me llevaron a la celda que servia de reclusión; en mi Convento no había calabozos, todas las celdas eran claras y ventiladas, y como a nadie había yo castigado, la celda estaba sin amueblar; al entrar, uno de los sacerdotes que me llevaba me dio un golpe en la espalda tan violento que me hizo caer en el suelo y allí permanecí todo el día, ¡nadie vino a verme! ni mi amigo el sacerdote, ni mi joven compañera. Yo miraba al cielo que lo descubría por medio de altas ventanas y decía: ¡Bendita sea la luz! ¡quién me dijera cuando dirigí estas obras, que yo sería la primera que ocuparía la celda de reclusión...! tanto como yo le decía al arquitecto: que no falte la luz, que nadie como el preso necesita contemplar el cielo.

Todo el día pensé en lo mismo, en el enfermo, todo el da me lo pasé hablando y diciendo: quieren matarle y yo no quiero que muera, quédese aquí mi cuerpo que de regocijo servirá a mis enemigos, pero vuele mi espíritu a ver al enfermo, y tanto repetí mi súplica, y tan de veras pedí a Dios la vida de mi mayor enemigo, y tan ferviente fue mi ruego, para que mi muerte fuera útil al que de mi necesitaba, conservando mi espíritu toda su lucidez y toda su buena voluntad para realizar tan buena obra, que al fin mi cuerpo quedó inerte, estirado y rígido sobre el duro suelo, en tanto que mi espíritu conservando su segunda forma tangible, entró en la estancia donde agonizaba el enfermo; al verme todos los sacerdotes huyeron espantados haciendo la señal de la cruz, lanzando gritos y gemidos, y yo quedé sola con el enfermo; sin perder momento le registré el pecho y di nueva vida a su corazón, encontré que le habían envenenado, y del espacio saqué los átomos que debían servirle de antídoto al tóxico que le habían ido dando en pequeñas dosis, y trabajé con tanta prontitud y tanto acierto, que cesó el estertor de la agonía, abrió los ojos el resucitado y me dijo:

Dadme agua, ¡agua! ¡mucha agua! ¡que me abraso! quise coger un vaso que sobre una mesa había y él dijo horrorizado: No, no; esa agua es maldita; ¡tú! ¡tú! ¡dame agua! ¡tú lo puedes todo! y abriendo él la boca agité sobre ella mis manos fluídicas, y gotas de agua cristalina cayeron sobre sus fauces abrasadas, las gotas se convirtieron en hilos líquidos y el enfermo bebió con ansia y con placer inexplicable.

¡Momentos supremos! el enfermó cesó de beber, se llevó las manos al

corazón, se las pasó después por la frente, sus ojos vidriosos adquirieron inusitado brillo, y dijo con voz entera: Creo en el infierno, porque he estado en él; y creo en Dios, en su cielo, y en sus ángeles, porque te debo la vida. No te vayas aun, descuida, nadie vendrá, no quiero que me dejes sin antes abrazarme, quiero que me abraces como una madre abraza a su hijo, y este abrazo será nuestro pacto de alianza para trabajar juntos en la eternidad. En la tierra yo te prometo despedirme de ti con todos los honores que tú mereces; en el espacio yo te buscaré, y la vida que yo te debo, rayo de luz será para ti en el porvenir. Se incorporó el resucitado, me abrazó con el mayor cariño, y me besó en la frente, sin que yo sintiera la presión de sus brazos ni el hálito de su beso, me fui a mi prisión, y allí encontré mi cuerpo cadavérico, me abracé a él, y al despedirme, no sé el tiempo que tardaría mi espíritu en reanimar su envoltura; sentí pasos, abrieron la puerta, y dijo mi amigo el sacerdote:

-Levantaos y salid: salí sin poderme tener y llegamos a mi celda, era bien entrado el día, me dejé caer en mi sillón y me dijo con triste reconvención:

-¡Qué mal nos habéis puesto a todos!

-¿Pero qué he hecho yo?

-Callad; y oímos muchas voces que entonaban un himno de gracias y apareció a la puerta de mi celda el resucitado, revestido con su túnica de seda morada, pálido, más pálido, lívido, pero andando sin ayuda de nadie ni de báculo alguno; al verme me dijo: " -¿Me permitís que me siente? se sentó, miró a mi amigo y éste se apresuró a cerrar la puerta quedando solos los tres, mientras los sacerdotes se iban alejando con dirección al templo para allí entonar nuevos salmos en acción de gracias."

Como yo ignoraba lo acontecido, miraba al resucitado sin saber a qué obedecía su visita; ambos guardaban silencio y yo me perdía en conjeturas, mil recuerdos confusos se aglomeraban en mi mente, al fin, habló el resucitado diciendo:

-Os debo la vida; mi agradecimiento será eterno, miró después a todos lados y reparando en los dos lechos, preguntó:

-¿No dormís sola, madre?

-No, señor, me acompaña una religiosa que hace mis veces, es una joven muy buena, un ángel, es tan buena que toda la Comunidad la quiere con adoración.

-Quiero ver a toda la Comunidad.-Entraron las monjas y el resucitado las dijo:-Hijas mías, acercaos, quiero miraros una a una, las miró y siguió diciendo: Sois dignas de vivir al lado de la mujer que me ha dado la vida, siempre recordaré las horas que aquí he pasado, porque en ellas he visto los horrores del infierno y los amores del cielo. Salid, hijas mías y benditas seáis como bendita es la mujer que os sirve de madre.

Cuando nos quedamos nuevamente solos, se quitó un magnifico anillo y me lo entregó diciendo:

-Tomad, este anillo proviene del Papa, guardadlo en memoria mía, y si os vuelve a suceder lo que ahora os ha sucedido, si os niegan la entrada en alguna parte, presentad este anillo y todas, todas las puertas se abrirán ante vos.

-Pero, Padre, yo no merezco esta recompensa, porque yo no os he curado; quise curaros, es verdad, pero no me dejaron, me encerraron y allí me dejaron un

día y una noche, y hasta hace poco no he vuelto a mi celda.

-Callad, callad, todo lo sé, y todo lo comprendo.- Reparó después en *mis flores del cielo,* y le llamaron vivamente la atención sus bellísimos y variados colores; quise decirle el origen de aquellas flores, pero mi amigo varió al momento de conversación, y el resucitado al despedirse le dijo al sacerdote: "- Yo me voy a Roma, a ti te encargo esta mujer, entérate del estado de su salud diariamente, visitándola en mi nombre y no olvides que la vida de esta mujer es mi vida."

Se marcharon y al quedarme sola con mi joven compañera, ésta me abrazó con el mayor delirio y lloró con tan inmenso desconsuelo que me alarmé seriamente.

-¿Por qué lloras, hija mía? ¿qué nueva desgracia nos viene encima?

-¡Ay! ¡madre mía! querían quemaros a fuego lento, muy lento, para que vuestro martirio fuera horrible.

-¿Y cómo sabes tú eso?

-Porque lo oí todo, ¡todo! escondida detrás de un altar, y vuestro amigo, ese infame que queréis tanto, presidía el tribunal y lo aprobó todo, ¡todo...!

-Tú deliras, hija mía; si el sacerdote le habrá curado y le habrá hecho creer que he sido yo, y con los otros se habrá declarado mi enemigo para despistarlos mejor.

-No, madre mía, no, él no ha hecho nada, si ha sido el primero en asombrarse y hacerse cruces al ver al enfermo que él solo se levantó y solo se vistió llamando a sus servidores.

-Pues, hija mía, no sé qué habrá sucedido aquí.

-Ni yo tampoco, madre mía; sólo sé que cuando nos visitan religiosos, las iras y las furias del infierno se desencadenan contra nosotras. Si hubierais oído a aquellos miserables, todos querían hacer vuestro suplicio interminable ¡qué infames son!

Pasaron muchos días y yo seguí atontada, ¿qué habría sucedido? Una mañana le pedí al Sol que aclarase mis dudas, *las flores del cielo se* agitaron, y una de ellas me dijo:

-¿Qué tienes? habla, mujer, habla, te vas a volver loca.

-Tienes razón, flor querida y confiesa que motivos me sobran. Yo dejé al enfermo envenenado, por decirlo me encerraron, y luego viene el enfermo resucitado y me dice que me debe la vida, ¿pude yo curarle estando cerrada?

-Si, tú le curaste, se durmió tu cuerpo y tu espíritu voló libremente, porque el alma puede trabajar independientemente separada de su cuerpo, sin abandonar por esto al organismo de que se vale en la tierra para cumplir su misión; tu alma quiso salvar a un hombre de la muerte, quiso devolver a su primer verdugo *bien por mal* y como *quiso* hacerlo, encontró fuerzas en el espacio, que en el arsenal del infinito encuentran las almas todo lo que necesitan cuando les sobra voluntad para hacer bien a sus mayores enemigos; tranquilízate que a tu memoria acudirán todos los recuerdos de aquella noche verdaderamente memorable; para el resucitado, para ti y para tus verdugos, sobre tanta sombra flotó la luz, la luz fue tu firme voluntad.

-*¡Flores de mi vida!* os debo la razón; y ebria de contento salí como una loca, busqué a mi compañera y la encontré rodeada de niños, a los cuales les enseñaba a leer con la mayor dulzura; la cogí por el brazo, la llevé al huerto, busqué el punto más solitario y la dije:

-Ya lo sé todo; yo fui la que curé al moribundo.

-¿Cómo?

-Siéntate; y muy emocionada le conté todo lo ocurrido.

CAPÍTULO LXXXIII

Asombrada y maravillada se quedó mi compañera escuchando mi relato, y contentas y satisfechas con lo acontecido, terminamos el día y nos entregamos al descanso con perfecta tranquilidad; pero cuando yo ejecutaba una de aquellas obras, que la generalidad llamaba milagrosas, quedaba en mi una exuberancia de vida, un desbordamiento de actividades, que mi reposo tanto físico como inteligente, duraba muy poco, huía el sueño de mis ojos y la calma de mi mente, y sólo pensaba en andar, en correr, en volar; así es que me desperté de madrugada, y sin pensar que cometía una verdadera imprudencia, llamé a mi compañera, la besé en la frente y la joven me miró sorprendida diciéndome:

-¿Qué tenéis, madre?

-Nada; es que hoy quiero hacer algo extraordinario, vístete.

-Pero, madre, si aun es de noche, si estoy viendo las estrellas.

-Mejor que mejor, si es que quiero que nos marchemos al campo.

-¿Al campo? pues si ya vivimos en el campo.

-No importa; quiero respirar mejor, y las dos vamos a salir.

-Pero si yo no puedo salir, madre; ¿olvidáis que soy reclusa?

-No hay reclusiones para una firme voluntad, saldremos, iremos a casa de una familia obrera de toda mi confianza, allí cambiaremos de traje, y verás qué bien.

-Pero, madre, notarán mi ausencia.

-En eso tienes muchísima razón, llamaremos a la Comunidad y diremos, es decir, diré yo, que vamos a cumplir una penitencia.

-Muy bien pensando, pero, ¿y si nos preguntan dónde hacemos la penitencia?

-Es verdad; tú en todo piensas, fijaremos un punto, el sitio donde encontré las flores del agua milagrosa; llama a las monjas. Salió mi compañera y poco después volvió seguida de todas ellas, muy mal humoradas, por cierto, por haberlas hecho levantar una hora antes de lo acostumbrado. Al saber mi determinación casi se alegraron del madrugón, pues así disfrutarían todo entero un día de libertad, sin tener quien las amonestara, pues mi compañera parecía un misionero sermoneando a una y otras, para que cada cual cumpliese con su deber. Dadas las órdenes oportunas, salimos mi compañera y yo, que apenas clareaba, y nos dirigimos a casa de la familia obrera, cuyos individuos todos me creían, no una santa, eso para ellos era muy poco: ¡un Dios! pedí al jefe de la familia que nos acompañara, y apenas hube expresado mi deseo, dos hermanos de su esposa, me pidieron la gracia de que los dejase venir en nuestra compañía; accedí a sus ruegos muy contenta y mandé a llamar a la viuda de mi hermano, vino enseguida y le sorprendió en gran manera mi petición, pues le pedí dos trajes de mujer de los más sencillos que tuviera. No se atrevió a disuadirme de mi intento y se fue aceleradamente volviendo con lo más necesario para disfrazarnos. Más alegres que unas pascuas nos cambiamos de traje, y mi joven compañera mirándose en un mal espejillo dijo con alegría: "-¡ay madre! ¡qué hermosa estoy! ¡qué bueno es ser mujer!

porque las monjas no son mujeres, son momias mal ataviadas."

Salimos acompañados de nuestros tres servidores, y ellos se cuidaron de llevar algunos fiambres y todo lo necesario para una comida de campo. Mi compañera al verse en el bosque se puso tan contenta, tanto, que me dijo con la mayor naturalidad:

-Madre: ¿y si nos fuéramos para no volver? un Convento es una tumba.

-Tienes razón, hija mía; pero a las avecillas suelen perseguirlas los gavilanes.

-¡Ay madre! no volvamos, no volvamos más.

-Todo se puede arreglar, volveremos al Convento, y volveremos aquí con el pretexto de colocar aquí algunas piedras que sustenten, que sirvan de base a una cruz.

Llegamos al sitio deseado y allí nos detuvimos; amontonamos muchas piedrecitas y oramos ante aquel altar improvisado; después almorzamos con gran apetito, y mi joven compañera subió aceleradamente deseando llegar a la cumbre de la montaña; yo subí mucho más despacio y cuando llegué a la cima oí que decía: ¡Dios mío! ¿por qué nos encerramos para adorarte? ¡si tú tienes un templo tan hermoso...! y efectivamente, mi compañera tenía razón; porque aquel paraje reunía todas las bellezas imaginables y no hay templo en la tierra que encierre tantas maravillas como ostenta la naturaleza en los bosques, en las alturas, en los esplendores de los cielos, en el ambiente aromatizado, en todo cuanto vive de la creación.

Nuestros servidores con muy buen sentido práctico, se colocaron a prudente distancia, nos guardaban y no nos estorbaban con su presencia, que hay momentos que el alma necesita de esa soledad acompañada, en que dos almas forman una sola, y yo quería hablar con mi compañera, solamente con ella. Tomamos de nuevo algún alimento y paseamos pisando una alfombra de abundantísima hierba. Paseamos mucho por el bosque, y allí me sentí inspirada, y le hablé a mi compañera de Dios, ella me escuchaba sumergida en delicioso éxtasis, y de vez en cuando me decía: "-¡Ay madre! ¡qué bien habláis!"

Anduvimos largo trecho, y por fin, ante un promontorio de rocas nos detuvimos, extrañándonos mucho no encontrar ni una sola flor; había muchas plantas trepadoras que se enlazaban a los troncos de los árboles y a las piedras que acá y acullá formaban extrañas figuras, como si una legión de gigantes encolerizados las hubiesen lanzado sin orden ni concierto sobre el haz de la tierra. Mi compañera no se cansaba de mirar todo cuanto nos rodeaba y me decía con mucha gravedad:

-;Ay madre! la roca dura es la imagen de la ingratitud, y las plantas trepadoras son el símbolo de la vida, mejor dicho, de la humanidad, que se enlaza al tronco del amor, y a su sombra vive.

-Muy bellas son las plantas trepadoras, pero yo deseo ver flores.

-Allá lejos veo una flor roja, es muy hermoso, parece que está al borde de un abismo, voy a cogerla.

-No, hija mía, no quiero que te pongas en peligro por causa mía.

-Es que aquella flor me atrae, me parece que simboliza mi esperanza y quiero poseerla, ¡es tan hermosa!

-Es que yo no me sé explicar; yo quiero otras flores que veo en mi mente, que nacen instantáneamente; y antes de concluir de pronunciar mis últimas sílabas, vimos brotar flores pequeñitas, muy pequeñitas, que en línea recta formaban un estrecho caminito, un caminito precioso; yo estaba encantada viendo realizado mi deseo, cuando oí que mi compañera lanzó un grito diciendo:

-¡Ay madre! arrancan aquella flor que yo quería, un hombre la ha arrancado.

-Será uno de nuestros guardianes y ya verás cómo muy pronto la tendrás en tus manos.

-¡Ay madre! aquí también veo flores y no las había antes; ¡qué extraño es todo esto! Arrancó una de aquellas flores, se la acercó a la nariz y la tiró diciendo:

-¡ay madre! ¡qué mal huele!

-No tires ninguna flor, hija mía; que cuantas flores nos da Dios debemos respetarlas, que así como no hay ningún mortal que deje de poseer una virtud, tampoco hay ninguna flor que no guarde en su cáliz una gota de bálsamo para la humanidad; nuestro deber es buscar esa gota preciosa.

Como yo me había figurado, uno de nuestros guardianes, el más joven, oyó lo que dijo mi compañera, y corrió a buscar la hermosa flor, que se la presentó a la joven; ésta se apresuró a aspirar su perfume y la tiró lejos de sí, diciendo con enojo: ¡qué mal huele! parece mentira que siendo tan bella apeste de esa manera. El servidor que tanto se expuso para cogerla se sintió herido y cogió nuevamente la flor diciendo: ¡pobrecita! Yo la cogí de sus manos y se la entregué a mi compañera diciéndole:

-Llamabas a esta flor la flor de tu esperanza, si no huele bien, trabaja tu esperanza y la flor que hoy no tiene perfume lo adquirirá.

Mi compañera tomó más flores diciéndome con desaliento: ¡Ay madre! éstas son inodoras ¡qué lástima! ¡y son tan bonitas! Yo le cogí las flores, y cosa extraña: en mis manos adquirían dulcísima fragancia, lo que maravillaba a mi compañera porque no sabía cómo explicarse lo que sucedía, y no era ella sola, porque a mi también me pasaba lo mismo.

-¡Qué hermosa es la libertad, madre mía! ser libre es vivir.

-Si, hija mía; es muy hermosa la libertad, pero hay que trabajarla, estas flores de generación instantánea son la imagen perfecta de la libertad. La libertad por sí sola no tiene fragancia, y trabajada, la libertad adquiere los más deliciosos perfumes.

-Entonces vuestras manos serán la alegoría del trabajo, puesto que las flores inodoras en contacto con vuestros dedos exhalan penetrante aroma.

Mi compañera siguió disfrutando de tan hermoso día, haciendo verdaderas locuras infantiles, puesto que se echó al suelo y se fue dejando caer por la pendiente lanzando gritos de inmensa satisfacción; de pronto se detuvo, se coloreó su bellísimo semblante, sus ojos brillaron con todos los resplandores de la vida, se postró en la tierra y exclamó:

-¡Ay madre! ¡Qué hermoso es...! ¿no os arrodilláis?

Yo no me postré, me quedé en pie mirando al amor de mis amores, ¡qué hermoso estaba! ¡qué hermoso estaba mi amor...! se sentó sobre una roca, y la dije a mi compañera: sentémonos con El, tú a la izquierda, yo a la derecha. Nos sentamos y le dije:

-Señor, ¿nos perdonáis este día? y al mirarle ya no estaba entre nosotras, estaba de pie, algo más lejos, contemplándonos con amor inmenso y nos dijo con voz dulcísima:

-Dais aliento a vuestra existencia humana, hacéis bien.

-Señor, qué serio estáis; ¿no cumplimos con nuestro deber?

-Si lo cumplís: Y dijo mi compañera:

-Señor, yo quiero irme contigo, no quiero volver al Convento, no quiero.

-¡Ay hija mía! aun tienes que beber y apurar la copa de tu vida. Sigue amando a los niños que cuando besas a un niño me besas a mí.

-Padre, ¡me dais la vida!

-No me llames padre, llámame redentor; y dirigiéndose a mí me dijo: Para algo has venido tú aquí, pon tu dedo en esta roca. Lo puse en la juntura de dos enormes piedras y me dijo:

-¿No pides nada?

-¿Y qué pediré yo. Señor? pedid vos.

-No, pide tú, que para eso te dije que pusieras el dedo en la roca.

-Señor, ¡que brote agua! y brotó un manantial espumoso. Señor, ¡qué hermosa es el agua! ¡el agua es el manantial de la vida.

-Pues, pon el dedo de tu razón en la roca de tu conciencia y brotará el manantial de tu deber, que el cumplimiento de todos los deberes es la suma de todas las felicidades.

CAPÍTULO LXXXIV

Al aconsejarme que pusiera el dedo de mi *razón* en mi *conciencia,* desapareció el amor de mis amores, y me pareció que todo daba vueltas en torno mío; sentí como si me despojaran de mi envoltura corpórea, me encontré más libre, más ágil, más dispuesta a volar, y aquel cambio me impresionó hondamente, me encontré en mí misma, y dije: ¡Dios mío! ¿he muerto ya? y oí entonces la voz de mi compañera a la que llamaré Angélica, que me decía:

-¿No me oís, madre mía?

-Sí, te oigo

-¿Pero no veis que os mojáis?

-¡Ah! es verdad, ¡cuánta agua! ¡brota de mi dedo, brota de esta roca y El huyó...!

-¿Por qué se fue tan pronto, madre mía? yo le estaría mirando eternamente, sin El ya este paraje lo encuentro sombrío, marchemos madre, es muy tarde.

-Sí, sí, marchemos, tienes razón; pero yo no me movía; miraban el agua y me parecía que del agua aquélla brotaban chispas luminosas, toqué el agua y dije: "-Agua es, ¿verdad que antes no había aquí agua?"

-No, no la había, Jesús os dijo: Pon aquí tu dedo, y el agua brotó.

Llamamos a nuestros servidores, y uno de ellos, el que nos servía de guía, que era un hombre muy simpático por su finura y su buen sentido, al ver el espumoso manantial se hizo cruces diciendo:

-¡Qué extraño es esto...!

-¿Verdad que es muy extraño?

-Sí, madre, que lo es; aquí antes no había agua, yo conozco ese terreno

palmo a palmo, desde niño he recorrido estos contornos, y sé que aquí la sequedad era completa, por eso me ha sorprendido tanto el hallazgo de ese manantial, hasta me parece mentira que lo que veo sea agua; quiero beber de ella; y bebió y exclamó: ¡qué agua tan buena...!

-Pues, marchemos, que se va haciendo tarde.

-Sí, madre, marcharemos, pero quisiera volver mañana aquí; de todos modos no podríamos llegar esta noche a la ciudad, y a pocos pasos de este lugar hay una casita cuyas dueños me conocen mucho y nos darán albergue por esta noche, y mañana, madre, se lo ruego, quiero volver aquí; hay cosas que enloquecen, yo he maldecido a Dios cuando no tenía pan para mis hijos, y hoy me avergüenzo de haber dudado de la existencia de Dios, el agua de ese manantial me ha bautizado de nuevo, y siento en todo mi ser lo que no puedo explicar. Emprendimos la marcha y llegamos ante una casita muy pobre, pero muy limpia; en ella habitaban padres hijos y nietos, tres parejas que representaban los albores del día, el sol con sus rayos y el ocaso con sus sombras; aquellos seis seres nos recibieron muy bien, nos cedieron su mejor lecho y no sabían qué hacerse con nosotras. Angélica se acostó inmediatamente y se quedó dormida al punto: ¡dichosa ella! ni recordaba, ni esperaba; yo en cambio estaba muy desvelada, pensaba en todos los accidentes de mi vida y sufría y gozaba a la vez; ¡cuánto había luchado! ¡pero siempre había vencido! al fin me rindió el cansancio del cuerpo y del alma y me dormí tan profundamente, que a Angélica le costó trabajo despertarme. Ella se despertó muy temprano y se apresuró a llamarme diciéndome: "-Madre, madre, ¡madre mía! ¡qué bien se respira aquí! habría que destruir todos los Conventos para que nadie pudiera vivir encerrado; ¿quién inventó la clausura?"

Nos llamó nuestro guía y nos fuimos con él en busca del manantial, durante el camino me dijo: Madre, no he dormido; toda la noche he llorado pensado en lo que vi ayer; si aun brota el agua de aquella roca dejadme lavar con ella; que será el agua de mi redención; y tan inquieto estaba nuestro guía, que sin saber lo que se hacía se adelantó y mucho antes que nosotras llegó ante el manantial, y se arrodilló, y oró fervorosamente; allí permaneció largo rato, al fin se levantó y me dijo: "-Madre, ante los grandes debemos humillamos los pequeños; habéis hecho un milagro, dejadme adoraros de rodillas."

-No soy yo la autora de esta maravilla; es que vino El, el amor de mis amores y El me dijo: Pon tu dedo sobre esta roca, y pide lo que quieras; pedí agua, y el agua brotó.

-Madre, vuestro amor es Jesús, todos lo dicen, a Jesús le he pedido muchas veces aliento, y hoy ha respondido a mi llamamiento por vuestra mediación; el agua aquí, señora, es imposible que suba sin un milagro. ¡Jesús de mi vida! ¡Jesús de mi alma! aquí vendré todos los días de fiesta, aquí reposaré de mis fatigas, y Dios quiera que algún día pueda yo verte ¡Jesús mío!

Embargados por el más dulce sentimiento, mirábamos los tres el manantial, cuando el guía lanzó un grito de asombro, porque sin darse cuenta había desviado su mirada y había visto a un hombre que iba por un sendero, parecía extranjero, y como por aquellos parajes no se veía a nadie, a los tres nos interesó aquella aparición, que tan pronto estaba en la cumbre de una montaña como al borde de profundísimos abismos. Se va a caer, decía el guía con vos angustiada, ¡qué

imprudencia! ¡qué temeridad! ¿no veis? ya corre, ya vuela, sus pies no tocan la tierra, parece imposible que pueda correr tanto, ¿qué buscará este hombre por aquí? y el guía temeroso sin duda de que el extranjero pudiera hacer algún maleficio a la roca milagrosa, se puso junto al manantial. Llegó el extranjero, se descubrió y dijo a nuestro guía:

-¿Tenéis miedo de que yo agote el manantial?

-¿Cómo sabéis que aquí hay agua, si nunca la ha habido?

-Pues por ella vengo, para gozar de esa agua.

Me miró el extranjero, y vi que era El, sus ojos me lo dijeron, y exclamé alborozada: ¡Señor! ¡Señor! el guía me miró asombrado y creció su sombra cuando El le dijo:

-Me llamaste y aquí me tienes. Bebe, bebe mi agua, es agua de vida, de amor y de fe. Bebe, bebe ahora el agua de la tierra que de otra agua te daré yo en el cielo.

-¡Señor! quiero arrodillarme, y no puedo.

-No importa, los hombres en pie llegan a los cielos, los que se arrodillan se momifican; los que están en pie trabajan. Ven aquí, aquí formarás un pequeño lugar, aquí vendrán los enfermos y encontrarán alivio a sus dolores, pero no le llames a ese manantial del agua milagrosa, que nada tiene de milagroso este manantial. Mañana por la ciencia conocerás que no es imposible hacer subir el agua a una inmensa altura, lo que es más imposible es hacer brotar el sentimiento es un corazón seco.

-¡Señor! ¡Señor! ¡amor de mis amores...!

-Si, todos me llamáis *vuestro amor* cuando no *zozobra* la barca de vuestra vida; pero cuando sufrís, renegáis de mi amor. Acuérdate siempre de esta fuente, que otra fuente te recuerda; y efectivamente, vi otra fuente rodeada de follaje y sombreada por copudos árboles, y El me dijo:

-En aquella fuente encontrarás tú el agua de la vida, y en ésta queda el recuerdo de habernos visto aquí; y tú, dijo a nuestro guía, no olvides nunca que a tu llamamiento acudí.

Todos comprendimos que iba a desaparecer y Angélica exclamó: ¡Señor! ¡Señor! ¡ten piedad de mí! -No olvides a los niños, dijo El, que de los niños es el reino de los cielos, y besando a los niños me besas a mí.

-¡Señor! ¡Señor! gritó el guía, dejadme adoraros.-No quiero que me adoren, quiero que trabajen en mi nombre, y desapareció instantáneamente.

El guía estaba emocionadísimo y me dijo: Madre, hoy he vuelto a nacer; en mi vida pasada tuve momentos de verdadera desesperación, quise más de una vez matar a mis hijos para que no sufrieran los horrores del hambre; mas hoy de puerta en puerta iré pidiendo pan para mis hijos si no encuentro trabajo.

-Trabajo tendrás, yo te lo prometo.

Con harta pena nos separamos del manantial, que cada vez arrojaba con más fuerza el agua, que al chocar contra los riscos, levantaba caprichosas arcadas de blanquísima espuma; nos detuvimos de nuevo en la casita porque me pareció notar algo no muy agradable entre sus seis habitantes; hice que la joven me acompañara a dar un pequeño paseo y sondeé su corazón.

También en aquel rincón del mundo se agitaban las malas pasiones, los

viejos envidiaban a los pequeñuelos, éstos eran más acariciados que ellos, la miseria hacía más penosa la situación de todos, sólo el marido de la joven trabajaba para mantener a todos, y ella harto hacía en distribuir lo poquísimo que su marido ganaba. Para evitar a una pobre familia tantos sinsabores, di a la joven mi bolsa que estaba bien repleta, y ella se apresuró a vaciarla delante de todos diciendo: "-Nuestro Señor ha pasado por aquí." ¡Cuántas bendiciones recibí! me sustraje de ellas lo más pronto que pude, pero los dos niños me siguieron largo trecho, diciéndome: ¡bendita seas! ¡ya no tendremos hambre! ¡bendita seas!

Angélica corría gozosa por el camino, cantaba alegremente cogiendo flores, y yo contemplándola decía: Ella es mucho más buena que yo, sabe agradecer, y a mí que tanto me dan, no me puedo desprender de mis celos, de mis inquietudes, de mis pasiones; quiero ir al cielo y sin embargo me arrastro por el lodo del infierno. Si, sí; yo estoy endemoniada, me llaman madre, y este nombre me desespera; yo quisiera ser madre con un niño en mis brazos, porque un niño es un presente de la Providencia, un niño es para su madre el ángel que le dice: ¡Cree en Dios!

Como entramos de noche en la ciudad, me quedé en la casa de mis padres, y allí también encontré disturbios de familia: mis sobrinos se rebelaban contra su pobre madre, y entonces me convencí que el papel de madre tenía mucho que estudiar para saberlo hacer bien, que no era lo mismo enseñar a andar a un niño, que evitar que corriera cuando hombre. A la mañana siguiente muy tempranito, nos pusimos nuestros hábitos, y nos dirigimos al Convento; la Comunidad nos recibió muy bien, supe que mi amigo el sacerdote había ido los dos días a preguntar por mí, y encontré una carta de mi primer acusador, dándome millones de gracias por su completa curación. Angélica se movía como pajarillo recién enjaulado y me decía con impaciencia: ¡Ay madre! ¿cuándo volveremos a salir? yo me ahogo aquí dentro. Llegó mi amigo el sacerdote y me recriminó por mi salida, diciéndome:

-Encuentro muy extraño que una mujer como vos tenga que hacer penitencia, y creed que es escandaloso que salgan las religiosas.

-Pues contad que volveremos a salir, porque necesito respirar. Yo hice aquí un edificio claro y ventilado, pero aquí trajisteis las malas pasiones y os lo repito, necesitaba respirar.

-De buena os habéis escapado.

-Ya lo sé, sé que os unisteis a los vuestros y me condenasteis.

-Pero no debéis dudar de mi, recordad que os he salvado y siempre seré el mismo.

-¿Seréis siempre el mismo para mí? pues sois un ingrato. En esto llegó Angélica y muy alegre le dijo al sacerdote:

-¿Estáis aquí? pues en estos días no hemos pensado en vos.

-Ya lo sé; también vos estáis contra mí, mas sabéis las dos que la tormenta aun arrecia, y yo he tenido que luchar más de lo que podéis creer.

-Lo creo, dije yo; él creyó que me burlaba y se incomodó mucho; traté de disuadirle, y le demostré que estaba en un error, en tanto que Angélica le siguió hablando tan irónicamente que él la dijo:

-No os hago caso, porque perdono la burla de los niños.

-¡Ah! sí; vos perdonáis a todos menos a mí; a ésta, se lo concedéis todo, a mí... no me concedéis nada. Al fin se marchó el sacerdote y Angélica exclamó muy

contenta:

-¡Qué satisfecha estoy de haber enfadado a ese hombre!, ¡es un miserable!

-No lo es.

-Para vos, madre, que le amáis es muy bueno, pero yo que le aborrezco, sé hasta dónde llega su infamia. Hablamos después mucho de nuestra salida y Angélica estaba tan entusiasmada que me decía: "-Qué bien se está en el campo! ¡allí se vive! allí se ven hombres robustos, llenos de vida ¡cuánto valen los hijos del pueblo!" Yo escuché a Angélica, y al ver su entusiasmo dije entre mí: Esta alma despierta, hay que vigilarla.

Pasaron muchos días y Angélica siempre me decía lo mismo: "-Cuándo saldremos, madre? hasta podríamos llevarnos a los niños ¡pobrecitos! cómo correrían por el campo."

Recibí nuevamente carta de mi antiguo acusador, ¡qué carta la suya! ¡qué diferencia de su primera acusación! en su carta me decía: "-Nada temas, hija mía, estás bajo el amparo de una fuerza potente, eres mi hija, mi vida, mi ángel tutelar. Se hará una función religiosa en acción de gracias por mi completa curación; y te ruego que no faltes a ella, pues se hará en la iglesia de tu Convento, tu amigo el sacerdote es el encargado de la plática sagrada, cuento que te someterás a cuanto a ti se exija, no llames la atención, ni promuevas disturbios.

Llegó el día señalado y el templo fue muy pequeño para tanta concurrencia de Prelados, pues se puede decir que llegaron de toda España; hubo procesión general, y me hicieron entrar en la iglesia bajo palio, ¡cuánto sufrí con tanta mentira! de los que me rodeaban, la mayor parte hubieran llevado leña a la hoguera para en ella consumir mi cuerpo; callé para evitar escándalos y escuché al orador sagrado que estuvo elocuentísimo diciendo que había en mi Convento un agua milagrosa, y que la Comunidad era un coro de ángeles que por gracia divina había descendido a la tierra para curar a los enfermos, y que aquel príncipe de la Iglesia se había curado gracias a los desvelos de la Comunidad. ¡Cuánto mintió aquel hombre! ¡qué mal le inspiraba el Espíritu Santo! mentira y religión son sinónimos. Se acabó por fin tanta frase y a tiempo concluyó, porque yo no podía resistir más. Nos quedamos después los más íntimos, y hubo precisión de ofrecerles dulces y buenos vinos; allí comenzó de nuevo la comedia religiosa, y al decirme uno de los prelados:-Madre, aquí vendremos a curarnos cuando el mal nos acongoje; yo dije, cansada ya de tanta hipocresía:-Señores, no hay necesidad de venir aquí para curarse; el mundo es una casa de salud, porque la salud se encuentra donde se practica el bien; no es éste, ni aquel lugar, todos los parajes son buenos, todos; donde se hace el bien por el bien mismo, allí está la salud.

CAPÍTULO LXXXV

Salimos de aquella fiesta todos impresionados; pero ¡cuan diversas impresiones! yo no podía leer en todos los pensamientos, pero como por regla general, la cara es el espejo del alma, cada semblante era para mí una revelación, y por cierto, que no había dos rostros que expresaran lo mismo. ¡Cuánta es la grandeza de Dios! ¡qué variedad en las manifestaciones de su obra y qué unidad en el fin! Yo por mi parte confieso ingenuamente que estaba contenta de mí misma y orgullosa de mi todo de ser, no habiendo influido en lo más leve, en la comedia que

me hicieron representar los religiosos; no, eso no; las miserias humanas y las pompas sin fundamento jamás me causaron más que asco y desprecio; yo estaba orgullosa de mi lealtad; yo no sabía mentir, y no mentir en la tierra es una gran virtud; ya que la mentira es la moneda corriente que han hecho circular los hombres desde el momento que dos tribus se disputaron las aguas de un río, la leña de un bosque, o el fruto sazonado de un grupo de palmeras; desde el astuto esclavo al sagaz diplomático, todos han manejado a la perfección el arma de dos filos de la mentira, ¡pobre condición humana! Mi amigo el sacerdote que tanto valía por su talento, por su erudición, ¡cuánto había mentido en su discurso! ¡cuánto! se puede decir sin temor de equivocarse, que no había pronunciado dos palabras cuyo fondo fuera la verdad, cuanto había dicho todo era mentira, pero, ¡qué mentira tan llena de atractivos! ¡qué bien había hablado! ¡con qué vehemencia! ¡con qué sentimiento! ¡cuánto vale la elocuencia! ¡qué hermoso es tener talento! ¡qué discurso tan bello! cuando él hablaba, estaba yo tan encantada escuchándole, que decía entre mí: Ese hombre es tan bueno como sabio; y con mi pensamiento a cada uno de sus brillantes conceptos yo les ponía el punto final de un beso. Cuando me encontré en mí celda respiré mejor, y murmuré con pena: ¿Si se habrá ido? ¡de qué buena gana le hubiera dado un abrazo! no al hombre, al genio, al sabio, al artista de la palabra; y cuando más embebida estaba en mis pensamientos, entró mi amigo el sacerdote; le miré y le encontré muy pálido, más que pálido, lívido parecía un desenterrado.

-¿Qué tenéis? le pregunté solícita; él me miró con enojo, y dejándose caer en mi sillón murmuró con ira reconcentrada.

-Sois mi pesadilla en todo, en todo, en todo; creo que vamos al fin por vuestra irreflexión.

-¿Pues qué he hecho yo?"¿no he guardado todas las formas? ¿no he asistido a la función religiosa? ¿no he dejado que hicieran conmigo la más indigna de las comedias prodigándome honores que no merezco? ¿no he permanecido entre todos ellos, bien en contra de mi voluntad? ¿qué más se quiere de mí?

-Lo que nunca podréis dar: obediencia y sumisión; por eso cuantos han venido os odian, porque os dais a conocer, porque no sabéis ser buena religiosa. Durante el tiempo que habéis estado en la iglesia, habéis estado inquieta, impaciente, nerviosa, vuestra mirada en vez de fijarse en el altar, ha buscado anhelante... ¡qué sé yo lo que buscaba! y el rato que hemos estado a la mesa, habéis hablado poco y mal, rematadamente mal, queréis destruir el milagro y faltáis abiertamente a vuestros superiores.

-Pues yo no quiero mentir como mentís vosotros; cuando muera me haréis santa, y diréis mentiras sobre mentiras dándome virtudes que no he tenido, y milagrosidades que la razón rechaza, y yo no quiero mentir; vosotros queréis hacer de mi Convento una casa de explotación, y yo quiero que sea un puerto de salvación para los enfermos, ni más, ni menos: vosotros queréis el milagro que engaña, y yo quiero el trabajo que ahuyenta los vicios y la ciencia que demuestra que sólo Dios es grande; vosotros queréis lo maravilloso, lo sobrenatural, lo incomprensible, y yo quiero lo sencillo, lo natural, el resultado de la investigación en el gran taller de la naturaleza, donde todo es útil, desde la zarza espinosa hasta la flor más delicada y más aromática. Vosotros pobláis vuestros cielos de santos, yo quiero hombres sabios que sirvan de catedráticos en la Universidad de este mundo, el milagro

adormece las facultades del alma, el estudio despierta al más ignorante; mas dejando cuestión tan enojosa, dejadme que os diga que habéis estado admirable, ¡qué elocuencia! ¿por qué no habéis dicho la verdad...? y le miré de un modo que él dijo irritado:

-No me miréis así, no quiero que me dominéis.

-Pero si yo no quiero dominaros, ¡qué ingrato sois conmigo! ¡cómo me rechazáis!

-Os rechazo con dignidad.

-Pues os advierto que las humillaciones ya me van cansando, yo os brindo mi amor, pero mi amor a vuestro talento, a vuestro genio sin rival, no al hombre, porque como hombre no sois digno de mi amor; sois un ser inservible; si fuerais capaz de sentir me habríais amado por compasión. No en vano *alguien* me ha dicho: Ese hombre no es tu amigo, no puede amarte; y es verdad.

-Más me valiera no haberos conocido porque no me dejáis vivir ni descansar; cuando no os veo; quiero veros, y cuando os veo, quisiera huir de vos cielos y tierras. Antes de conoceros yo era grande por mí mismo, porque me propuse serlo y lo fui, y ahora no sé lo que pasa por mí, que por mandato de otro me he convertido en criado y vengo diariamente a preguntar por vuestra salud, teniendo tantos servidores a quien mandar.

-No mandáis a vuestros criados, porque os interesa venir a vos, es un buen pretexto para ver a otra mujer, venís por ella, no por mí; para ella son vuestras miradas y vuestros deseos no satisfechos, porque sois la gota de agua que queréis horadar la piedra, ahora os contenéis, os contentáis con esperar, porque el día de mañana es la esperanza que sonríe a todos los enamorados.

-Tenéis razón, vengo por ella, no quiero ser hipócrita.

En aquel momento entró Angélica con un ramito de flores, que me presentó gozosa, pero al ver al sacerdote se impacientó, y le dijo: Si os viera en el campo, creo que allí os abrazaría, pero al veros aquí dentro, no lo puedo remediar, os odio, ¡qué malos habremos sido los tres! vivimos disfrazados, nuestro traje es el sayal del esclavo, os miro y me miro, y me avergüenzo de no ser mujer, ¡qué traje más bonito es el que usan las mujeres del pueblo! las que vi el otro día ¡cuánto me gustaron! Muchas de ellas llevaban sus hijitos en brazos: allí... en el campo hay vida, hay amor, todo sonríe, todo dice ¡ama! ¡ama a Dios en su obra! que es la reproducción eterna.

El la miraba encantado, como yo encantada le miraba a él, y ella seguía hablando sin fijarse en la impresión que causaba en el sacerdote; como si la preocupara una idea fija prosiguió diciendo:-Si vierais, ¡qué bueno es estar en el campo! allí mi madre hizo brotar agua, puso su dedo en la roca y brotó agua, porque nuestro Padre que está en los cielos la hizo brotar; pero de esa agua, que es el agua de la virtud, no beberéis los religiosos que sólo sabéis mentir. El sacerdote se incomodó ante alusión tan directa y yo le dije:

-No hagáis caso de Angélica que a veces se convierte en una chiquilla mal criada; si queréis beber de esa agua, os diré dónde está el manantial y dónde vive el guía que nos acompañó, y allí beberéis hasta saciaros, que el agua de Dios es para todos sus hijos.

Se levantó el sacerdote y salió tan contrariado que ni siquiera nos saludó; y ya fuera de mi celda se alejó apresuradamente. Angélica volvió a insistir en salir al

campo, pero yo la hice comprender que era otra su obligación, que los niños la reclamaban, y como ella era muy buena en el fondo, se entregó con nuevo ardor a sus tareas ordinarias, sin dejar por eso de recordarme diariamente su deseo de pasar otro día en el campo, a lo que yo contestaba que tuviera paciencia, que con tiempo y sol maduraban las uvas; pero tantos y tan repetidos fueron sus ruegos, que al fin la dije:

"-Bueno, tal día saldremos, pero volveremos por la noche, fuera del Convento no podemos quedamos." Angélica se avino a todo, su cuestión era salir a respirar mejor, que en verdad lo necesitaba, porque la pobre pasaba su vida entre niños enfermos, a los cuales cuidaba como la mejor de las madres ¡era tan buena!

La víspera de nuestra proyectada salida, recibí varios pliegos, y uno de ellos me llamó la atención, por el sello que lo cerraba, en el cual había castillos y leones, bandas y cruces y una corona condal, todo del mejor gusto; al tener el pliego entre mis manos, le dije a Angélica: -Creo que esta carta nos impedirá salir mañana.-Pues leedla pronto, madre mía, y así saldremos de dudas. La abrí temblando sin saber por qué, y me encontré con una epístola admirablemente escrita, no había una sola falta ni en el fondo ni en la forma, siendo la letra de lo más precioso que yo había visto; la carta estaba concebida en los términos más expresivos y más cariñosos, en síntesis decía: ¡Madre mía...! ¡madre de mi alma! dentro de poco estaré en vuestros brazos, porque necesito que les devolváis la salud a mis hijos, firmaba la carta la condesa de Castro-Enríquez, título para mi completamente desconocido, y sin embargo, la condesa en su carta dejaba traslucir que me debía más que la vida porque me debía la salud y la belleza. Angélica se contrarió muchísimo y hasta me aconsejó que la hiciéramos esperar un día; mas yo la dije: Nunca esperes a mañana para hacer un bien; esta mujer espera que yo daré la salud a sus hijos, y cuanto antes debo hacerme cargo de esos desventurados, que si han nacido en dorada cuna, no por eso se han visto libres de una enfermedad horrible, que aunque no los he visto me lo figuro, pues cuando hasta aquí llegan, es señal que la ciencia los ha desahuciado; los pobres, los plebeyos, creen en el milagro, los nobles y los ricos no se toman ni el trabajo de creer.

La condesa no se hizo esperar, sentí el ruido de dos carruajes, y me apresuré a salir a su encuentro; de uno de los coches bajó una mujer hermosísima que se arrojó en mis brazos llorando amargamente y diciéndome: ¡Madre! os adoraré de rodillas, se acabaron mis infamias y mis traiciones; miradme, ¿no me reconoceréis?

-Sí, María, te reconozco; y tienes razón, una madre no puede ser infame; si eres madre, ya estás santificada; y estreché entre mis brazos a María, a la niña que recogí en su infamia, la que se vengó de mi indiferencia acusándome ante la Inquisición; pero ya era madre, y para mí era un alma redimida. Pasados los primeros transportes de la reconciliación, se volvió hacia un hombre entrado en años y con humildad me presentó a su esposo, que era un tipo elegante y distinguido; éste, quiso arrodillarse y besarme la mano; mas yo se lo impedí, y él me dijo:" -Madre, dejadme que os adore, porque espero de vos mi gloria en la tierra y mi salvación en el cielo; tenemos tres hijos pequeñitos que son mi tormento y mi desesperación, viven muriendo y de vos espero su renacimiento."

Angélica y otras monjas se habían cuidado de sacar a los niños del otro

carruaje ayudadas por dos criadas de María, y los habían colocado sobre blandos almohadones, entramos a verlos y me quedé espantada. ¡Pobrecitos! no eran feos, pero eran tres seres engendrados en el vicio, estaban como frutos podridos, apestaban los infelices, y eso que iban cubiertos de encajes y de finísima batista, miré a sus padres y les dije por lo bajo:-Habéis sido muy culpables, porque habéis satisfecho vuestros deseos sin pensar que vuestros hijos tendrían derecho a maldeciros.-Tenéis razón, madre, murmuró el conde con profunda tristeza, y aunque muy tarde he reparado mis yerros, al nacer mi último hijo di mi nombre a María, los dos hemos pecado mucho, pero es tanto, nuestra pena, que yo creo que Dios tendrá misericordia de nosotros. María me dijo: Sólo en ella confío, aquella mujer es una santa, yo la he visto hacer milagros. Madre, tened piedad de mis hijos.

Yo, mientras el conde hablaba miraba a los niños que al parecer estaban cubiertos de lepra, ¡pobrecitos! eran tres pequeños monstruos, y mientras más horribles me parecían, más segura estaba de salvarlos, así es, que le dije al conde:-Yo los curaré.-¿Cómo lo haré? no lo sé; pero yo los curaré, dejadme hacer, y vosotros podéis marcharos si queréis, que a los enfermitos no les faltarán tiernos cuidados.

-¡Ay, madre mía! dijo María abrazándome de nuevo, dejadnos permanecer al lado de nuestros hijos, si mueren queremos recibir su último beso, y si se salvan su primera sonrisa.

Encargué a Angélica que atendiera debidamente a María y a su esposo, y me retiré a mi celda a reflexionar; a poco entró Angélica diciéndome con el enojo de un chiquillo contrariado:

-¡Qué salida al campo, madre! ¡qué salida...!

-Sí, Angélica, saldremos al campo de la ingratitud y allí sembraremos buenas obras, cumpliré con un deber sagrado; a la madre de esos niños la desatendí en su juventud, no le di lo que ella necesitaba, la dejé abandonada a sus fuerzas y cayó en el abismo de la prostitución y del crimen; ella se vengó después de mi inconsciente desvío, me hizo todo el daño que pudo, gozó en mi tormento, más tarde le devolví su belleza perdida; hoy me pide la salvación de sus hijos, de cuyo infortunio yo también tengo un tanto de culpa, por no haber velado por su madre en su primera juventud. Confío salvar a esos niños, sé que los salvaré, pero tengo miedo, ¡mucho miedo!

Me acosté pidiéndole a Dios uno de aquellos arranques de inmensa fe, en los cuales mi voluntad levantaba las montañas de los desaciertos humanos y las reducía a polvo, libertando a los esclavos de su horrible esclavitud. Al día siguiente di mis instrucciones a Angélica, que era mi mejor auxiliar, porque me entendía sólo con mirarme, y di comienzo a la curación de los niños. He de advertir, que aunque parezca inverosímil mi relato, es rigurosamente exacto lo que refiero, y no porque escaseen seres dotados de cualidades curativas, dejan éstos de existir en mayor o menor número, y muchos existen que pasan completamente desapercibidos, y que únicamente os decís unos a otros: Junto a Fulano, o junto a Mengano, ¡qué bien se está! sin saber por qué, al lado suyo uno se tranquiliza, pues esos seres de buena influencia, harán con el tiempo lo que hice yo después de muchos siglos de trabajar en mi redención. Los hombres nacen no para vivir aislados, nacen para ser el complemento los unos de los otros; yo así lo tenía ya entendido, y curar era mi bello

ideal, y cuanto mayor era el mal, más se imponía mi espíritu la obligación de luchar y vencer; así es, que al entrar en el aposento donde estaban los niños enfermos y sus padres, impuse silencio y me acerqué al niño mayor que tenía cinco años, cuatro el segundo y tres el tercero. Le coloqué mis manos sobre su leprosa cabecita y le miré fijamente, pero a poco, noté con espanto que todo lo veía a través de un velo rojo, mientras que mis manos, cada dedo era una fuentecilla que arrojaba gota a gota un liquido amarillento muy apestoso. Ante aquel experimento me horroricé, y oí que me decían: "-Cura a esos desgraciados, cúralos." Volví a comenzar y se aumentó el mal de mis ojos, el velo rojo se trocó en velo negro, y las manos ya no destilaban la materia putrefacta, gota a gota: el líquido apestoso era más abundante, pedí agua, mucha agua, y me fui lavando hasta concluir la primera cura. Todos estaban espantados y yo la primera; pero oía de continuo: Cúrales, no temas, no te impacientes; pedí más agua y con ella rocié copiosamente a los enfermitos, reposé algunas horas que debieron parecer siglos a María y a su esposo, después pedí tres tinas, las que hice llenar de agua, y sucesivamente fui bañando a cada niño; el mayorcito decía:

-Madre, dejadme morir.

-No, hijo mío; ¡curado estás! y se lo dije con tal energía y tal convicción que todos lanzaron una exclamación de asombro. Cuando concluí de bañar a los niños, parecían otros completamente, ¡pobrecitos! ya no estaban horribles, había desaparecido la lepra y el mal olor, María me miraba contenta y aterrada, porque yo me puse horrible, y a toda prisa tuve que pasar a otro aposento y bañarme dos veces, porque sentía un malestar espantoso. María no se separaba de mí, y yo la dije:

-Ya ves lo que sucede:

-¡Ay, madre! si yo hubiera sabido lo que ha sucedido, no vengo, no; mucho quiero a mis hijos, son mi vida, pero no me creo con derecho a asesinaros.

-No temas, todos nos salvaremos; y durante tres días repetí los baños, con tan feliz éxito, que los tres niños quedaron curados, curados radicalmente, ¡qué hermosos eran! no los dejé partir, hasta pasado un mes; al verlos jugar y correr por el huerto, mi alegría era inmensa, y cuando más alegre estaba, oí una vocecita que me decía: "-Ya estás contenta, ¡qué pequeñitos sois! en el peligro siempre os quedáis tamañitos, siempre desconfiáis."

Es verdad, yo desconfié muchas veces, muchas; y no debía haber desconfiado, porque me adelanté a mi tiempo y realicé, sin saberlo, curaciones que entonces no tenía explicación, y que la ciencia más tarde se encargó de explicar.

Cuando María se marchó con sus hijos, no sabía cómo demostrarme su inmensa gratitud: su esposo no podía hablar, me abrazó con tal frenesí, que parecía mentira que un hombre entrado en años tuviera en sus brazos tanta fuerza. María me juró por lo más sagrado, que me adoraba como a una madre, como a una santa, como a la representación de la Providencia; y desde entonces fue mi más fiel aliada en la tierra y en el espacio; la salud de sus hijos me valió el perdón de la niña ofendida; ella en su juventud me pidió un cariño que yo sin saber por qué no le concedí, y más tarde me expuse a quedarme ciega por devolver la vida a sus hijos. María santificada por el dolor, y por el martirio supo agradecer mi sacrificio. Un enemigo menos es un rayo del sol en la eternidad, y María había sido un enemigo

terrible.

Cuando nos quedamos solas, Angélica me miró diciéndome: ¡Ay, madre...!

-No prosigas, mañana iremos al campo.

-¿Y si viene algún otro pliego esta tarde?

-No lo abriremos, tenemos ganado un día de Sol.

CAPÍTULO LXXXVI

Pasado aquel turbión en el cual luché tanto, cuando al día siguiente me di cuenta de lo ocurrido, me horroricé; porque hay crisis en la existencia, que si no fuera por la ayuda espiritual, ¿qué sería de nosotros? Mientras más pensaba en las curaciones realizadas, más pigmea me veía y al mismo tiempo más gigantesca me parecía mi insignificante figura. Maquinalmente me asomé a la ventana del centro de mi celda, miré al espacio y dije: ¡Dios mío! ¡qué grande eres! te vales de los átomos para hacer obras titánicas, maravillosas, aquellos niños traían inoculado en sus venas el veneno más mortífero que se conoce en la Tierra, y yo destruí la acción del veneno, yo renové aquella sangre putrefacta, yo arranqué de raíz aquel virus ponzoñoso, yo de monstruos informes, hice criaturas bellas y atractivas ¡Yo, Dios mío! ¡yo que nada! soy! yo que desconozco por completo los principios fundamentales de la ciencia médica. Yo, por ti ¡Dios mío! he sido un poderoso agente de la Providencia, ¿y qué es la Providencia? una demostración innegable de tu divina voluntad. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡yo te adoro! porque tú eres la verdad de la vida.

Oí entonces que la brisa murmuraba y decía: ¡Eres una santa...! ¡una santa! y yo dije con exaltación: "-No, no; yo no soy santa; en la naturaleza no hay más que un Santo y ese eres tú ¡Dios mío! por eso yo ¡te adoro! te adoro porque tú eres la verdad de la vida, ¡cuánto anhelo estar cerca de ti...!" y dijo *una florecita del cielo:*

-Basta, basta, aun no es hora de subir tan alto.

-Tienes razón, flor querida; perdona mi loco extravío.

-¡Ya te creces! ¡ya te creces!

-¡Ay, flor mía! ¡qué buena eres! a ti y a tus compañeras ¡cuánto os debo! sois para mí el cielo en la tierra, nunca os marchitáis, sois la imagen del amor de Dios; y caí de rodillas dominada por la más dulce y la más pura de las emociones; al verme arrodillada dijo *otra flor del cielo:*

-No tanto, no tanto, cuida de tener los pies fuertes, la cabeza erguida, y la voluntad firme, los extáticos no trabajan, y sin trabajo no hay vida; y como si alguien me levantara, me sentí levantar y me dejaron sentada en mi sillón, y allí lloré, lloré mucho, y aquel llanto me hizo mucho bien; porque equilibró mis fuerzas, que siempre estaban en desequilibrio. Entró Angélica y me dijo con la más tierna solicitud:

-¿Lloráis, madre?

-Oraba, hija mía.

-Os hablaban las flores?

-Si, me hablaban.

-¿Y a mi no me decís nada *florecitas del cielo?* Las *flores* no contestaron al pronto, después dijo una de ellas:

-Nada te decimos porque por ahora sólo puedes aspirar nuestros aromas; y

esparcieron entonces todas ellas sus delicados y variados perfumes.

-¡Ay, madre! con vuestras flores y vuestros rezos, os habéis olvidado de vuestra promesa; ayer me dijisteis:-Mañana saldremos-y... no hemos salido.

-No te impacientes, mujer, y da tiempo al tiempo y descanso al que descanso necesita; hoy yo no hubiera podido andar, mañana ya será otra cosa; prepáralo todo convenientemente; da las órdenes necesarias para que los niños no te echen de menos, y mañana muy temprano saldremos. Efectivamente, se cumplieron los deseos de Angélica, salimos al amanecer y ella lanzó al aire las más alegres y ruidosas exclamaciones diciéndome:

"Madre, ¡esto es vivir! aquí no hay muros como en el huerto del Convento, habéis hecho una prisión muy clara y muy alegre, muy espaciosa, pero prisión al fin; allí siempre se ve lo mismo; las mismas flores, los mismos árboles, las mismas caras, y gracias que hay el Asilo de los pobres, mas para ver miserias y pena más valiera no verlas.

Yo la dejaba hablar y me parecía un pajarillo escapado de la jaula, que piaba, piaba sin saber volar. Llegamos a casa de nuestro guía y lo encontramos en la puerta de su casa, al vemos, salió a nuestro encuentro diciendo:

-Ya os esperaba, madre, el corazón me decía que teníais que venir, y hoy me alegro más que nunca de su venida porque allá en la fuente hay una sorpresa.

-¿Una sorpresa? ¿y qué es ello?

-No puedo decirlo, me han exigido juramento de que no diga lo que hay allí.

-Bueno, pues cállate, de todos modos no pensaba ir hoy a la fuente.

-¿No? ¡Ay, madre! ¿por qué no vais a la fuente?

-Por hoy no puede ser.

-Es que allí hay hoy personas que habéis curado, y allí está también el sacerdote amigo vuestro, y por cierto que gracias a él, ya no padecerán mis hijos los horrores del hambre; por haberle guiado al manantial que brotó en la roca bajo vuestro dedo, me aseguró la existencia de toda mi familia, ¡qué bueno es! ¡qué bueno es, madre! ¿y de veras no queréis ir a la fuente?

-No, hoy pasearemos por otro sitio más cercano.

-¿Entonces no necesitáis mis servicios? ¡cuánto lo siento, madre! ¡cuánto lo siento!

-Pues no te apures por tan poco, que nos acompañarás.

-¿Queréis vestiros de mujeres del pueblo?

-Si, si; dijo Angélica, será mucho mejor.

Comprendí que mi compañera tenía razón; entramos en casa y pronto cambiamos de traje, quedando perfectamente disfrazadas, pues aquellas humildes ropas las llevábamos lo más mal posible. Salimos al campo y Angélica corría como un cervatillo; el guía la miraba sonriendo, y yo iba muy preocupada pensando en mi fuente, porque por un sentimiento, harto egoísta, me dolía que profanasen aquel lugar, donde se había verificado un suceso tan maravilloso. ¡Cuan pequeño era mi espíritu en aquella ocasión! ¡quería acaparar para mí sola aquel tesoro que gratuita - mente me habían dado! no en balde había pasado tantos años entre los religiosos; me contagié con su miseria.

El guía me dijo: "-En lugares cercanos no encontraréis ningún sitio que os agrade como aquel de la fuente; hay que ir más lejos para encontrar buena

vegetación; pero aquí cerca, sólo hay una vertiente en cuyo fondo de la misma tierra y entre matojos brotan algunos chorrillos de agua no muy limpia, y cerca de este lugar hay unas cuantas chozas de gente tan pobre como alegrota, que se pasa la vida cantando y renegando de Dios."

-Visitaremos ambos puntos, ya que están tan cerca el uno del otro; y efectivamente, comenzamos a descender por la vertiente, hasta encontrar los chorrillos del agua descritos por el guía; el agua brotaba algo turbia; allí nos sentamos y comimos tan a gusto que Angélica parecía una chiquilla hambrienta. Yo, sin poderlo remediar, estaba triste, meditabunda, y el guía me decía:

-¿Qué os parece esta agua tan turbia?

-Me parece una agua muy buena.

-¿Muy buena una agua tan sucia?

Yo me sonreí y me fijé en Angélica que corría y saltaba y trepaba como si fuera una chiquilla de pocos años, y tanto corrió y tanto saltó, que al fin le dije:

"-Te vas a caer."

-Pues si eso es lo que busco; quiero tener emociones fuertes, y es más, creo que aquí, aunque me cayera, no sentiría la menor molestia. En el cielo no puede haber dolores, y esto es un cielo; y como si la fuerza de los hechos se encargara de darle una lección, corrió de nuevo, se le quedó prendida la falda en unas matas espinosas, tiró de ella, y perdiendo el equilibrio cayó de cara contra un montoncillo de piedras Angélica quiso reírse, pero al llevarse las manos al rostro y verse éstas manchadas de sangre, rompió a llorar como niña mimada diciéndome: ¡Ay, madre! ¿también en el cielo se sufre?

-Pero por poco tiempo; creo que esta agua te curará.

-Serán vuestras manos.

-No, no; será esta agua; desde el momento que llegué dije entre mí: He aquí un tesoro escondido, y ahora lo veremos, sin perder tiempo le lavé la cara con aquella agua, y como por encanto, los rasguños y los arañazos desaparecieron. El guía nos miraba y decía:

-Madre, donde vos estáis milagro al canto.

-No, hombre, no; no hay más milagro que miro y encuentro lo que la generalidad no encuentra; desde que vi esta agua turbia, me hice cargo que era una agua mineral que contenía substancias aprovechables, quizá para curar muchos males.

-Pues yo creo que son vuestras manos, dijo Angélica, y... ¡si vierais, madre, lo que me duelen las rodillas...! ¡Ay, cuánto me duelen! El guía se alejó prudentemente, y yo le dije a Angélica: "-No quiero que te fanatices, acerca tus rodillas al chorro del agua: verás cómo sin la imposición de mi mano te curas, o al menos te alivias." Y así sucedió: Angélica no tenía fractura alguna, pero sí la carne de las rodillas magullada; al vérselas en tan triste estado lloró amargamente; la consolé cuanto pude, y la obligué a colocar las rodillas, de manera que el agua cayera sobre ellas, y sin yo tocarlas para nada, hizo el agua su maravilloso efecto: quitó la hinchazón y el color amoratado, quedándose únicamente un dolor sordo fácil de soportar y sufrir. Partí un pañuelo en dos, y mojando ambos trozos hice dos vendas improvisadas, con las cuales le vendé las rodillas, y Angélica se puso tan contenta al verse curada diciéndome:

-¡ay, madre! ¡qué amargo es el dolor! ni aún en el cielo cambia de sabor.

-No, hija mía, no; el dolor siempre es el mismo, porque por regla general, es el resultado de nuestras torpezas y de nuestras locuras, y siendo siempre la causa originaria la misma, tienen que ser los mismos sus efectos, porque las leyes de la naturaleza son inmutables. Ahora iremos a ver esas chozas, habitadas por gente pobre y alegre.

-¿Y qué haremos entre esa gente? ¿oír quejas y sandeces?

-No seas egoísta; ya has disfrutado toda una mañana, justo es pensar en los pobres.

Emprendimos la marcha y Angélica ya no corría, ya no quería recibir impresiones fuertes, antes al contrario, se apoyaba en mi brazo con dulce abandono.

Llegamos ante una choza y una mujer no muy vieja, pero sí muy encorvada, se asomó a la puerta, nos miró con impertinente curiosidad y nos dirigió una broma muy estúpida. Angélica se rió de sus insulsas palabras, y me dijo: parece un perro sentado; la mujer se incomodó por las risas y las frases de Angélica, entonces yo la dije:

-Calmaos pobre mujer, no hay para tanto.

-¿Y por qué me he de calmar?

-Porque debéis calmaros, porque quizá yo os pueda consolar.

-;Ah! ¿sí? ¿me daréis algo? Le di algunas monedas y la mujer miró codiciosamente las muchas que me quedaban.

-¿Por qué estáis así tan encorvada?

-Porque me sucedió una desgracia hace mucho tiempo; y me contó muchas mentiras, porque a la legua se le conocía que aquella infeliz era un saco de imperfecciones; y tratando de suavizar su voz y lanzando miradas codiciosas a mi bolsa, me decía por lo bajo: "-Entrad, entrad vos sola a mi choza y allí os contaré muchas cosas más, que quiero que sólo vos las sepáis." No temáis nada, que soy la mujer más honrada del barrio; y maquinalmente extendía su mano hacia mi bolsa; vamos, venid.

-No entraré en vuestra choza.

-¿Y por qué?

-Porque vuestra choza está sucia, como sucio está vuestro cuerpo y sucia vuestra conciencia. Al oír mis palabras la mujer se encolerizó, y llamando a unos chiquillos sucios y desarrapados, les dijo señalándome con su diestra: Esa, esa es una bruja que me ha insultado. Decir ella estas palabras, y caer una lluvia de pequeñas piedras sobre mi, todo fue uno; y yo entonces, sintiendo uno de aquellos arranques míos, exclamé: Mujer, tú me has apedreado y yo te devolveré piedra por piedra. ¡Enderécese tu cuerpo, y mira al cielo, que harto tiempo has mirado la tierra! y con la potencia de mi voluntad, aquel cuerpo encorvado se enderezó, y a pesar suyo, la mujer miró al cielo lanzando un grito de espanto y se refugió en su choza chocando su cabeza contra la puerta que ya era demasiado baja para su cuerpo estirado; lanzó una maldición y yo seguí mi camino diciendo: ¡Y a ese cuerpo lo anima un alma!

Las mujeres fueron saliendo de sus chozas y al vernos, todas se reían, porque en verdad Íbamos tan mal arregladas, que no preveníamos en nuestro favor,

y mal lo hubiéramos pasado a no ir con el guía; a éste le conocían toda aquella gente, y gracias a él tuvimos la fiesta en paz. Angélica se fijó en una joven que daba de mamar a un niño, y con su franqueza habitual se detuvo y exclamó:

-Venid, madre, venid, ¡qué hermoso es esto! ¡es la imagen de la vida! ¡qué bueno será dar de mamar a un niño! ¿le queréis mucho?

-Ya lo creo, si es mi hijo; ¡si será tonta esta mujer! ¿qué madre no quiere a su hijo? y la joven miró a Angélica con una sonrisa tan burlona que me hizo daño. Me acerqué más a mirarla y conocí que estaba muy débil, y la dije: "-¿Es verdad que cuando dais de mamar a vuestro hijo, a pesar de quererlo tanto, os duele la espalda y el pecho?"

-La joven me miró temerosa y dijo:

-¿En qué lo habéis conocido?

-En vuestra pobreza, ¿verdad que sois muy pobre? sois tan pobre como buena.

-Es verdad, no le he hecho daño a nadie, me casé muy enamorada, y tenemos sobra de amor y falta de trabajo, mi marido es muy desgraciado siempre busca y nunca encuentra donde trabajar.

-Pues ya ha encontrado, porque tu hijo necesita más alimento, y es lástima que se malogre un niño que promete mucho; yo haré que le den trabajo, ya lo verás como tu marido trabajará y tu niño prosperará, merece vivir porque valdrá mucho.

-Eso digo yo, dijo una anciana.

-¡Esa mujer lo sabe todo! replicó una muchacha muy andrajosa. ¿Si será una bruja?

-No soy bruja, pero tengo un talismán. Tal dije, todas me rodearon, todas querían saber qué males tenían. Se adelantó un viejo muy burlón y me dijo sonriéndose:

-¿Y yo qué mal tengo?

-Una vida trabajosa, y un vicio persistente, vicio que os debilita, que os hace doblar las rodillas, y apoyando mis manos en las rodillas del anciano, éste me miró se puso muy serio y me dijo:

-Perdonadme, soy muy incrédulo, pero ahora juro y creo que tenéis un talismán, porque me siento más fuerte; y anduvo algunos pasos rápidamente.

-El guía no estaba muy tranquilo entre aquella gente, tanto es así, que sin pensarlo que decía se acercó a mí y me dijo:

-Madre, ya es muy tarde, tenemos que irnos. Aquel nombre despertó la curiosidad general; comprendieron que el guía por su edad no podía ser mi hijo: y muchos dijeron: madre... madre... ¿qué madre será ésta? la joven del niño se acercó a mí y me dijo humildemente: ya me pareció que no erais una mujer del pueblo y adivino quien sois. No me olvidéis, madre, que cuando doy de mamar a mi hijo, se me llena la boca de sangre.

-¡Pobrecita...! disimuladamente le di muchas monedas, y repartí las demás entre los que me parecieron más necesitados, y emprendimos la marcha. Al pasar por delante de la choza donde vivía la mujer que curé, ésta se presentó amenazadora diciéndome¿ Tu me has puesto derecha, pero con buenas palabras me has llamado ladrona, y yo sabré quién eres; si piensas que me has hecho un bien, no te lo agradezco, porque yo vivía muy bien mirando al suelo; ya sabré quién

eres y te acordarás de mí. Angélica se asustó mucho, y yo le dije: "-Compadécela, esa infeliz es muy desgraciada, ¿quieres mayor desgracia que preferir la vida de los topos al vuelo de las águilas? esa mujer que hoy puede mirar al cielo y prefiere mirar al fango de la tierra, ella misma se condena a galeras, por los siglos de los siglos."

Llegamos a la casa del guía, y le pedí albergue por aquella noche; su familia vio el cielo abierto, todo les parecía poco para obsequiarnos; recibí muy contenta sus demostraciones de cariño y de respeto, el guía decía que nunca había soñado con recibir honra semejante, y Angélica estaba tan contenta entre aquellas buenas gentes, rodeada de cuatro niños, a cual más cariñoso, que me decía:

-¡Ay, madre!, ¡qué arrepentida estoy de ser monja!; cualquiera es más feliz que nosotras, ¡qué bien se está aquí!

-Bueno, bueno, piensa en descansar, que mañana muy temprano volveremos al Convento, recogeremos dinero y otras cosas, y volveremos a visitar las chozas, que allí tenemos mucho que hacer, y hoy no hemos hecho más que comenzar.

CAPÍTULO LXXXVII

Muy de mañana al día siguiente, nos dirigimos a nuestro Convento, y tan de mañana era, que aun dormía la Comunidad, recogí bastante dinero en oro y en cobre, y Angélica salió contentísima, porque al verse fuera del Convento no sabía lo que le pasaba ¡pobrecilla! ¡qué arrepentida estaba de ser monja!

Nos acompañó el guía, y por cierto que iba preocupadísimo; comprendí que volver al lugar de las chozas le contrariaba en gran manera; se lo hice presente y él me contestó con ingenuidad:

-Si, madre, ¿por qué negarlo? ¿qué haréis allí? ayer os apedrearon, y hoy no sé qué harán con nosotros, ni lo que yo tendré que hacer por allí hay gente muy mala; parece que se ha dado cita lo peor de cada casa.

Angélica por su parte iba a favor del guía, con el que hacía muy buenas migas, y animada por las palabras de aquel, me dijo resueltamente:

-Yo salgo para gozar, no salgo para sufrir.

-Si. para todo habrá tiempo.

-Si queréis, madre, iremos a otro punto, donde la gente no es tan mala, como ésta, y también son muy pobres, añadió el guía.

-Iremos a concluir la obra comenzada ayer, y hoy que vamos con nuestro propio traje, quizá no nos apedreen.

Angélica y el guía se miraron como diciendo: hay que obedecer, y emprendieron la marcha tan engolfados en una animada conversación que andaban y andaban sin cuidarse de mí; yo mientras tanto iba muy meditabunda pensando en lo inconocido, y oí la voz de siempre que me decía:

-Este, éste es el trabajo provechoso, ya debías haberlo hecho mucho antes, pero vamos, aun es tiempo.

-¿Y habrá mucho que hacer?

-No te preocupes, ¡has hecho tantas obras buenas! ¡y a donde vas puedes hacer un bien inmenso!

-¿Si? ¡cuánto me alegro! y... ¿me quieres mucho?

-Algo más de lo que se quiere en la Tierra.

-¿Y cuándo me iré de este mundo?

-No hagas semejantes preguntas.

-Es que estoy harta, muy harta de estar aquí.

-Buena preparación para hacer obras de misericordia.

-Es que estoy sola, muy sola; es que estoy triste, muy triste; el vacío se aumenta en torno mío, todos mis deudos y mis amigos se van...!

Llegamos ante las chozas, Angélica y el guía se detuvieron, y entonces sentí mucho frío, creí que mi amigo invisible se había separado de mi y sentí profunda pena; más de nuevo oí su voz dulcísima que me dijo: "-No temas, no estás sola." Con esto me animé, me puse entre Angélica y el guía y anduvimos hasta encontrar una plazoleta, donde había toscos asientos de piedra; allí nos sentamos a descansar, Angélica y el guía siguieron hablando, y yo pensaba en la eternidad de la vida y decía entre mi: Si no hubiera para las almas más patrimonio que lo que aquí se recoge, ¡qué triste sería vivir...! la vida entonces sería el peor de los castigos, el suplicio más horrible, la crueldad sin límites puesta en acción, la negación del amor supremo, y en Dios no caben negaciones.

Los habitantes de las chozas, fueron abriendo las puertas de sus pobres viviendas, y el despertar de aquellos infelices era lo más repulsivo que yo había visto; los chiquillos parecían un enjambre de moscardones, los unos lloriqueando, los otros blasfemando, los menos riendo destempladamente, las gracias de la infancia parecían negadas a aquellos pobres seres, ¡infelices! ¡lo que puede el abandono, la miseria, la falta de aseo! ¡los niños! los niños que son lo más bello de la naturaleza, allí parecían todos feos, ¡pobrecitos! y algunos de ellos no lo eran, tenían un conjunto agradable, ¡pero estaban tan sucios...! ¡olían tan mal! a la legua se conocía que huían del agua como de la peste; uno de ellos más atrevido se acercó a mí, me besó la mano con mucha timidez, y después se revolcó por el suelo con pasmosa ligereza, y vino a cobrar el precio de su trabajo, pidiéndome dinero.

-Acércate más.

-No, no: que voy muy sucio y os mancharé el manto.

-No importa.

-¿Pero no me dais dinero?

-No, hijo mío, yo no doy nada.

Angélica cogió al niño y le dio una moneda de cobre, y éste enseguida se familiarizó con ella, diciéndole: Tú eres más buena, tú das algo, aquella no da nada, y haciendo un gracioso mohín, se alejó el chiquillo, con una serie de piruetas; tras de aquél, vinieron todos los niños del lugar, todos nos pedían dinero y Angélica seguía dando monedas de cobre, mas como todas no eran del mismo valor, encargaba al niño que le tocaba en suerte mayor cantidad, que la cambiara en moneda más pequeña y la repartiera entre sus compañeros, pero aquellos niños, ante el dinero ya no eran niños, eran hombres viciosos, pedigüeños y pendencieros; y se robaban los unos a los otros, con una destreza, con una ligereza y una habilidad, que parecían ladrones consumados: los despojados no se contentaron con el papel de víctima, y pronto las piedras volaron por el aire, y un niño cayó muy mal herido, y su madre salió diciendo: ¡Malditas monjas! ¿a qué habrán venido? ¡fuera de aquí! A los gritos de la mujer salieron varios hombres, los unos con cuchillos, los otros con palos y se armó tal barahúnda que nadie se entendía; varios de aquellos hombres

nos insultaron, pero a prudente distancia; parecía que una barrera invisible los separaba de nosotros: el guía los reconvino diciendo: ¿Por qué no respetáis a estas personas que no sabéis el bien que os pueden hacer? En esto salió la mujer que el día anterior me tiró piedras y yo en recompensa enderecé su cuerpo, que parecía un cayado, me miró airada y me dijo:

-Hoy no saldrás de aquí, que has venido a promover pendencias por cuatro miserables ochavos. Nada le contesté, porque sentí en torno mío algo inexplicable, parecía que brisas suaves refrescaban mi frente, al mismo tiempo los hombres se fueron retirando a sus chozas, muchas mujeres los siguieron, y mi enemiga se fue quedando como petrificada, diciéndome de vez en cuando con voz que no parecía la suya: Maldita ¡maldita seas...!

-¿Por que me maldices?, ¿porque te he puesto derecha?

-¡Si, maldita seas! por haberme puesto derecha; yo vivía antes muy bien mirando al suelo, y ahora los malos espíritus van conmigo desde que miro al cielo.

-¿Quieres que se vayan?

-Si.

-Pues prepárate, a ti nada malo te sucederá, pero por ahora enmudecerás, y te quedarás en pie sin poderte sentar, y efectivamente, aquella furia enmudeció y se quedó inmóvil, revelando su semblante el mayor asombro. En aquel momento se detuvo ante mí un grupo de hombres ya viejos, y aunque sucios y mal vestidos, parecían más decentes, en particular uno de ellos, que era el representante de la autoridad en aquel villorrio; el hombre me saludó torpemente y me dijo:

-Le suplico que se marchen de aquí vuestras mercedes para que no se repitan estos disturbios que a nada bueno conducen.

-Pues yo le digo al representante de la justicia, que no ha sido nuestro ánimo promover disturbios, sino muy al contrario, y tanto es así, que no ha sido otro mi objeto al venir aquí, que distribuir dinero y en prueba de ello ahí va mi bolsa; y le entregué mi bolsillo lleno de oro al representante de la autoridad. Comprendí que el pobre hombre quedó deslumbrado, al ver por entre las mallas relucir las monedas, y conocí que hubiera deseado quedarse con todo diciéndome al Fin:

-Pero, madre, para repartir hay que cambiar este dinero, porque si no se reparte por igual, habrá negras disputas y mayores desgracias: lo mejor será que yo lo guarde, y cuando tenga proporción de cambiar estas monedas por plata menuda, entonces lo repartiré.

-Eso no puede ser, porque hoy mismo quiero que se haga el reparto, y mirando al guía le dije:

-Id a cambiar ese dinero.

-Pero... ¿solo, madre?

-Si, solo; ¿tenéis miedo?

-Miedo no, madre, pero... ¿volveré a veros?

-Volveréis sano y salvo porque llevaréis quien os acompañe.

El guía me miró: cinco o seis viejos se fueron tras de él y todos marcharon a buen paso; cuando los perdí de vista tuve miedo y murmuré: ¡Dios mío! ¡qué imprudente he sido! ¿si le matarán? y oí mi voz querida que decía:

-No temas, volverá sano y salvo.

-Ante aquella animación me tranquilicé, y me ocupé de la mujer que había

enmudecido y que parecía una estatua de piedra; los chiquillos y algunas mozuelas le dirigían algunas chanzonetas, y yo, haciendo uso de mi voluntad, sin decirles una palabra les fui separando de aquella infeliz. Angélica impaciente y contrariada me dijo:

-Madre, ¿no os acordáis que no hemos comido? yo tengo hambre.

Algunas mujeres se apresuraron a presentarle sus pobres viandas, que ella aceptó, no sin repugnancia, yo nada tomé, porque en verdad nada necesitaba. De pronto sonaron gritos desgarradores, y era una pobre madre que llevaba en brazos a un niño herido por una pedrada; se paró ante mí diciendo; -¡Mi hijo se muere! y le dijo el representante de la autoridad:

-Pues si se muere lo enterráis y volvéis por otro; yo hice señas a la pobre madre que se acercara más a mi, se acercó, miré al niño y vi que tenía la cabeza partida; le quité un lío de trapos y la sangre brotó en abundancia, pedí agua y lavé la herida arrojando después sobre ella el claro líquido, y oí entonces mi voz amada que me decía:

-No tires más agua, podrías matarle; ponle tu mano y la herida se cerrará: le puse la mano y sentí como si chocaran las astillas de los huesos al juntarse, la herida se cerró, y aun no me explico cómo hice aquella cura verdaderamente prodigiosa, porque parecía imposible que boquete tan enorme se pudiera cerrar con la imposición de mi mano, aunque el mismo Jesús sustituyera mi mano y pusiera la suya. El niño se quedó como muerto, y me dijo la misma voz: Despiértale: le desperté, y el niño entonces se sonrió ¡pobrecito! le dije entonces a la madre:

-¿Queréis dejarle que repose vuestro hijo en mis rodillas?

-Si, madre, mi hijo es vuestro.

Lo coloqué sobre mis rodillas, le besé en la frente y en la boca; y el niño se reanimó y probó de levantarse, se quedó sentadito en mi falda mirándome con mucho cariño, y yo le dije:

-¡Pobrecito mío! ¿te hirieron porque tú querías monedas?

-Si, por eso; porque cogí una moneda chiquilla.

-Pues yo te daré, no una moneda, te daré dos.

-¿Dos me darás? ¿dos...? Apoyé de nuevo mis manos sobre su cabecita, y dije: quede cerrada para siempre tu herida; y el niño saltó al suelo, le di dos monedas y se abrazó a su madre gritando alegremente: Ya tengo dos monedas, ¡dos...! la madre se quedó como alelada, ni supo darme las gracias. Inútil es decir que con la curación obtenida, acudieron todos los heridos, ya nadie nos maldecía, se acercó uno de los heridos, y le dije:

-A ti no te puedo echar agua, sólo te impondré mi mano.

-¿Y así curaréis mi herida? y se rió burlonamente.

-Así te curaré, y la herida se cerró herméticamente. Yo estaba maravillada, nunca había hecho tales milagros.

-La mujer que se había quedado inmóvil, comenzó a dar señales de vida, diciendo con voz muy ronca:

-Estamos hartos de estar aquí y esta mujer rodará.

-No rodará.

-Si que rodará, porque somos los reyes del infierno.

-No hay reyes en el infierno, mentís como unos bellacos, sois únicamente

malos espíritus, víctimas de vuestra ignorancia.

-Pase que seamos malos espíritus, y para entretenernos jugaremos con ella; y levantaron el cuerpo de la mujer en el aire.

-Concluyamos: si ella quiere, yo os alejaré, y no os alejaré si ella no quiere: mas de pronto me sentí dominada por una fuerza superior y exclamé con imperio: "-Basta, basta ya; yo quiero que esta mujer quede libre de vosotros y libre quedará." Los espíritus levantaron su cuerpo, su intención era arrojarlo a gran altura, pero mi voluntad venció a la suya, y lentamente el cuerpo descendió y sin golpe violento quedó tendido en el suelo como masa inerte. La contemplé y exclamé con energía sin rival: ¡Libre estás! ya nunca te dominarán los malos espíritus; le puse las manos en la cabeza y la infeliz se despertó llorando, me miró asombrada y me dijo:

-Vengo del infierno, y por vos entraré en el cielo. Tengo sed, ¡mucha sed! dadme agua, mucha agua, pero la quiero beber en vuestra mano; le di el agua tal como ella la quiso, y al apoyar sus labios en el hueco de mi mano, parecía que ascuas candentes me las abrasaban. Bebió hasta calmar su ardiente sed; y vómitos horribles concluyeron su curación. ¡Infeliz! parecía mentira que en un cuerpo flaco, cupiera tanta inmundicia, pidió más agua y vomitó de nuevo, y al sentirse curada me quiso besar las manos y la estreché entre mis brazos, ¡pobre mujer! parecía otra.

El representante de la autoridad me dijo muy asombrado: Madre, sois una mujer muy buena, tenéis fuerzas humanas, y otras fuerzas que no sé si son de Dios o del diablo.

-¿Creéis que mis obras no son de Dios, cuando difundo la salud y la vida?

Bueno, pues, si son de Dios, éste debe querer a sus hijos por igual, ¿yo no podría hacer lo que vos hacéis?

-Lo haréis, cuando no ambicionéis las bolsas llenas de oro.

-¿Cómo lo sabéis?

-Vuestros ojos me lo dijeron.

-Yo os prometo, que de hoy en adelante seré bueno. Vino una mujer muy pobre y me dijo:

-Venid conmigo; tengo un hijo que se me está muriendo, haced otro milagro. Angélica me miró asustada y me dijo:

-No vayáis, madre.

-Espérame tú aquí; y me fui con la pobre mujer. Llegamos a su choza que era la más ruinosa de todas, y en el fondo de ella, sobre paja podrida, había un niño que apestaba; comprendí que allí dentro nada haríamos de bueno, y pedí que sacaran al niño a la puerta de la choza: muchas mujeres se brindaron a llevarlo, y por fin, sobre unas mantas y unos trapos limpios colocaron al niño que se deshacía por momentos. Cuando le vi con la luz del día me horroricé, era un esqueleto putrefacto, le miré y me miró, y sus ojos me lo pidieron todo, diciéndome además:

-Sacadme, ¡sacadme de aquí!

-¿Quieres curarte, hijo mío?

-Si que quiero.

Seguí mirando al niño, que me miraba con toda su alma, y comencé a darle fluido muy suavemente, el niño murmuraba:

-¡Ay! ¡Ay! ¡dame más! ¡dame más!

-Basta, basta por ahora.

-Es que no estoy curado.

-Ya lo sé, hijo mío.

-¡Miradme, madre! ¡miradme! ¡así! ¡así! y el niño me miraba sin pestañear; al fin oí que me decía la voz del cielo: Dale tu aliento, dale tu aliento, y qué mal no tendría el niño que al acercar mis manos a su cuerpecito, se me pusieron como cuando curé a los niños de María; pero no me asusté, seguí trabajando y únicamente me sacudía las manos, que parecían fuentecillas de agua pestilente, en tanto que el niño me decía:

¡Ay, madre! ¡ahora si que estoy bueno! Seguí mi curación hasta que mis manos dejaron de absorber aquel licor sanguinolento, el niño lanzó gritos de alegría y mis manos se quedaron limpias, ¿quién me las había limpiado? no lo sé, pero limpias me las vi con gran asombro mío.

-¿Qué sientes, niño?

-¡La vida, madre, la vida! Me quise ir y el niño rompió a llorar con el mayor desconsuelo diciéndome: Madre, no te vayas.

-Volveré.

-No volverás, quien iré a verte seré yo, dime dónde estás; y no tuve más remedio que darle las señas de la casa del guía, para que éste le acompañara al Convento; el niño me besó con el mayor delirio, y me dijo: "-Si no volviera a ver tus ojos ¡me moriría!"

Me separé de aquel inocente verdaderamente emocionada; aquellos ojos... no sé lo que me recordaban aquellos ojos. Al volver a la plazoleta todos los niños me rodearon, todos me tocaban el manto como si yo fuera una santa.

Llegaron por fin al oscurecer el guía y sus acompañantes, noté que el guía venía muy contento y muy satisfecho, y me dijo:

-Madre, hemos venido muy bien acompañados, hemos encontrado a unos hombres forasteros, nadie los ha conocido, sólo a uno de ellos me parece que lo he visto en sueños, es un hombre muy arrogante, les dimos las buenas tardes, y ellos nos saludaron sin hablar, han seguido nuestro mismo camino, y al llegar aquí, han desaparecido: ¡cosa más rara!

Se procedió acto continuo al reparto del dinero, y todos recibieron la misma cantidad, resonando un murmullo de satisfacción; muchos de ellos, indudablemente, no habían tenido nunca en su poder tanta cantidad de dinero.

-Sin que nadie les hiciera la menor advertencia, algunos de ellos encendieron grandes fogatas, para que tuviéramos luz en el camino; nos acompañaron largo rato y al separamos llovieron bendiciones sobre nosotras. ¡Cuan cierto es que hasta la dura roca se conmueve al recibir un beso de amor!

Angélica, sin embargo de haberse empleado tan bien el día, le decía al guía confidencialmente:-¡Qué caprichos tiene la buena madre! para hacer estas jornadas prefiero no salir del Convento. Yo entonces la dije:-Angélica, no seas egoísta: el tiempo debe repartirse entre todos para que sea bien aprovechado; mañana tempranito volveremos al Convento, y allí te haré comprender que las verdaderas religiosas, sólo haciendo buenas obras cumplen con la ley de Dios.

CAPÍTULO LXXXVIII

A la mañana siguiente, llegamos a nuestro Convento a descansar de

nuestras fatigas; es decir, Angélica durmió la noche anterior, yo no; así es, que al entrar en mi celda dije a mi compañera: Hoy no recibo a nadie, quiero estar completamente sola, si no acudo al Refectorio no me llaméis; Angélica me miró sorprendida, me besó la mano con veneración y se fue cerrando la puerta muy quedito; era un ser que me comprendía admirablemente, y conoció que me quería entregar a mis meditaciones.

Cuando me quedé sola, me dejé caer en mi sillón, y pensé mucho en lo hecho el día anterior, pues aunque estaba acostumbrada a producir milagros, valga la frase, pues en la tierra a los hechos que parecen sobrenaturales, así se les llama, no me preocupaban tanto las curaciones verificadas, como los insultos que había recibido. ¡Me habían apedreado...! y hasta habían querido asesinarme aquellos hombres que desde lejos amenazaban con sus largos cuchillos, ¡qué horror! ¿qué me pasaba? tenía un duelo en mi alma tan terrible que me ahogaba la pena, ¿qué lugar de maldición era la tierra? unas veces persiguen los malos religiosos a los que quieren implantar la verdadera religión, otras veces los pueblos envilecidos miran el oro, y aunque tienen los rayos del Sol, que es el mejor oro que Dios da a sus hijos, éstos, por una miserable moneda se matan despiadadamente. Esto no es vivir entre inteligentes, esto es vivir entre fieras hambrientas. ¡Cuánto debiste sufrir, Dios mío! ¡cuánto debiste sufrir cuando estuviste en la tierra...! y oí que me decía una voz del cielo:-¿Qué dices insensata? ¿Dios localizado en la Tierra? ¡qué locura! ¡qué desconocimiento tan completo del Ser Supremo!

-Tienes razón, estoy loca, Dios no pudo descender a la Tierra, pero un ser muy bueno si.

-¿Muy bueno? ¿y quién es muy bueno?

-No lo sé, pero yo no me creo mala, ¿seré un salvaje de buena intención?

-Eso, eso, un salvaje de buena intención, repitieron muchas voces burlonas.

-Seré lo que queráis, pero me aburre la vida, quisiera que mi cuerpo fuera fuego, fuera agua, y que se deshiciera.

-¿Ves cómo aparece? ¿*a bestia y* te inmutas porque te llaman salvaje?

-Yo, Dios mío, recuerdo que he ascendido, que he estado entre obreros, y allí no me llamaban ni *la bestia* ni *el salvaje.* Y oí entonces otra voz muy entera que dijo:

-Basta, basta, ¿hasta cuándo durará esto? ¿y tú quieres ser algo grande?

-Si que quiero ser grande.

-¿Pues por qué te espantas?

-Señor, quiero ser grande, necesito pasar por encima de mi misma.

-Pues pasa; y miré mi cuerpo y le vi fosforescente, y oí que me decían:

-¡ven! y vi que en mi estancia todo se derretía, y me encontré en un mar de fuego, pero aquel fuego no quemaba. ¡Ven! repitió la voz, y llegué a la ventana del centro y oí que me decían las *flores del cielo:*

-No te muevas, para ir no necesitas moverte; y caí en mi sillón; es decir, cayó mi cuerpo, y mi espíritu corrió huyó, voló, y me vi dentro de un inmenso globo azul; veía cielo por todas partes: allí no había ni *arriba* ni *abajo,* todo era una luz azulada. ¿Dónde estoy?, pregunté con asombro:

-Sosiégate, dijo la misma voz, fijé la mirada, y me dijeron:

-No mires, que tus ojos están allá, sosiégate, cálmate, tranquilízate; y

entonces me vi en el espacio rodeada de múltiples aureolas de diversos colores, y vi a millones de seres que me decían: ¡Dame tu amor! ¡dame tu savia! ¡dame la salud! ¡dame la vida! y vi a una mujer joven que yo había conocido, la que me presentó su pequeño hijo, diciéndome con la mayor angustia:

-¡Sálvame! ¡sálvame...!

-¡Salvada quedas! la dije con tal autoridad que yo misma me asombré; en tanto la multitud que me rodeaba producía un ruido ensordecedor imposible de describir, y entonces mis manos daban a todos fuentes de vida, y mientras más repartía mis dones, más seres acudían, y no sabiendo a quien dirigirme primero, agité mis manos en todas direcciones y dije:-Para todos, para todos, y... asustada de lo que decía, repetí involuntariamente:-Para todos, para todos; luego espantada de mi misma murmuré: ¡Dios mío! ¿para todos podré ser útil? ¿para todos?

-Para todos, si; dijo la voz del cielo, para todos será tu amor, tu sacrificio, tu abnegación, tu martirio, tu progreso, tu ascensión a los cielos; y todo desapareció, y me encontré sentada junto a mi mesa; pero para que no dudara de lo que había visto y oído, seguí escuchando:

-Para todos; para todos; y me dijo una *flor del cielo:*

-¿Ves lo que has hecho?

-¡Ay! si, me ha comprometido, y he dicho lo que no debía.

-El alma no se comprende haciendo el bien; y otra florecita replicó: Y *la bestia y el salvaje,* ¿ya no te preocupan?

-No, no; creo que el alma ha sido creada para ser inteligente y saber, ¡siempre más! ¡siempre más...! gracias *flores del cielo,* compañeras de mi vida: ¡benditas seáis...!

Me fui quedando muy tranquila, se fue acabando porque encontró mi celda llena de ráfagas luminosas enlazadas las unas con las otras formando caprichosísimas figuras. ¡Madre! exclamó ¿ya estáis en la gloria?

-No lo sé, hija mía, sólo puedo decirte que hoy ha sido día de ayuno para mi cuerpo, y de hartazgo para mi alma.

Aquella noche si bien mi cuerpo descansó, lo que es mi espíritu siguió escuchando cantos místicos, cantares obscenos, rezos, gritos, blasfemias, maldiciones ¡qué se yo! niños abandonados me seguían por doquiera, me fijé en uno muy harapiento y le dije: No quiero que sufras, y el pordioserito se transformó en un ángel sonriente.

Me desperté tranquila, con el cuerpo ágil, y me levanté, saludé al sol y a *mis flores* que me ofrecieron sus más delicados perfumes; llamé a Angélica y ésta abrió los ojos, me miró y los volvió a cerrar diciéndome:

-¡Ay, madre! ¡qué bien estaba ahora!

-¿Soñabas con los ángeles?

-No, madre, soñaba con un hombre joven y hermoso que me tenía sentada sobre sus rodillas, y me besaba con delirante afán.

-Calla, calla, esas son locuras de la naturaleza.

-Madre, pues esas locuras me preocupan cada día más. ¡Qué triste es vivir sin besos de amor!

La besé en la frente y ella me dijo: Vuestro beso, es el beso de una madre, ¡gracias madre mía...! pero no es el beso de un amante.

-¿Estás loca?

-No, madre, loca no; pero arrepentida de ser monja, si; y os lo digo: Si yo viera llegar el hombre que he visto esta noche, con él me iría, madre, con él me iría. ¡Ah! ¡si viniera!

Mucho me preocupó lo dicho por Angélica; y aquel día no me separé de ella un instante, la ayudé en todos sus trabajos, pasamos revista a todo el Asilo, y Angélica comprendiendo mi deseo de distraerla, me dijo: ¡Ay... madre! cómo hoy se quema mi corazón, comprendo ¡cómo el vuestro se habrá quemado! ¡pobre corazón...! lo debéis tener triturado, convertido en cenizas.

-Si, hija mía, pero así como los volcanes bajo capa de ceniza conservan en su seno el fuego central, así el corazón de la mujer honrada, conserva el fuego de sus amores bajo las cenizas de los desengaños y de las exigencias sociales.

Aquella tarde quise ver acostar a los niños. Angélica era la encargada de acostarlos, ella los desnudaba, los besaba con el mayor cariño y con sus blancos dedos les trazaba una cruz en la frente; y era tan buena, que lo mismo besaba a los enfermos que a los sanos, y a los primeros con más ternura. Angélica era un ángel; me fijé en un niño que tenía unos ojos divinos, grandes negros, rasgados, miraba de una manera que parecía la mirada de un filósofo en perspectiva. No pude menos que mirarle y volverle a mirar, le di un beso en la frente y le dije:

-Duerme bien.

-Si, madre, y esta noche dormiré mejor, porque me habéis mirado, y esta noche volaré mejor.

-¿Tú vuelas?

-Si, vuela mi espíritu, y me voy a la casa que tenían mis padres antes de morir, y ellos me dicen: vuelve a tu cuerpo y ama mucho a las santas mujeres que te han recogido, que son muy buenas, y mi madre se viene conmigo, y los dos nos paseamos por el Convento, y a usted madre superiora la he visto fuera de su cuerpo, y pregunté a mi madre: ¿Qué es eso? ¿esa monja tiene dos cuerpos? y mi madre me dijo: No; lo que ves es su espíritu, como ves el mío; esta noche, madre, dormiré muy bien porque me habéis mirado, y se quedó dormido diciendo: Hasta luego, madre, hasta luego.

-¡Ay! madre, ¿se morirá este niño? preguntó Angélica.

-No, no: no se morirá, es que irá muy lejos, también nosotras podemos ir con él.

-Yo no quiero ir, yo quiero soñar con el hombre de anoche.

-No, esta noche irás con el niño y conmigo, y los tres iremos juntos, ya lo verás.

Angélica se acostó a la hora de costumbre, y me dijo sobresaltada: ¡el niño está aquí!

-Pues ese niño es el hombre de tus sueños; y oí la voz del niño que me decía:

-¿No os dormís, madre? hay que aprovechar los instantes.

-No te impacientes, que el tiempo es un reloj que no sufre retrasos ni adelantos, Dios es un relojero y su obra es perfecta como todas las suyas.

Arreglé mis papeles pero tuve que dejar mi trabajo, porque una mano invisible los cambiaba de lugar; miré a las estrellas, me acosté y me dormí

enseguida, y entonces "vi a Angélica y al niño que la acariciaba; ella decía: Yo no quiero estas caricias. Súbitamente me sentí impulsada, miré fijamente a Angélica, y ésta se volvió niña, y los dos niños se besaban con la mayor ternura, parecían hermanos, después los cubrió una nube y oí que él le decía: Yo seré tu esperanza, yo seré tu amor; yo responderé a tu alma, tus votos se romperán cuando muera la Superiora, entonces yo seré un gran Filósofo. Yo quise entonces alejarme, pero el niño me detuvo diciéndome: No, no: esta noche estaremos juntos los tres, y habló el niño admirablemente sobre filosofías y misterios religiosos. Angélica le escuchaba extasiada, y se acercaba más y más a él, y el niño le decía:

-Así, así, alma mía, te quiero, así; muy junto a mí. Yo seré tu esperanza, tu felicidad, por ti he venido a la tierra, por tus amores, yo recogeré tu último suspiro y para mi serán todos tus deseos divinos y humanos.

Blancas nubes envolvieron a los dos espíritus, y yo me desperté contenta y tranquila. Después de aquella noche, Angélica volvió a su estado normal; no pensaba más que en sus niños y en sus enfermos. Mi amigo el sacerdote me visitaba diariamente, pero como su visita era obligada, no le satisfacía, le humillaba la obediencia que tenía que tener, y yo para no mortificarle, procuraba alejarle, o bien le hablaba de la Comunidad teniéndole al corriente de todo cuanto ocurría.

Angélica cada día quería más al niño de los ojos de fuego: lo besaba con delirio y me decía: ¡Ay, madre! yo me vuelvo loca; él me pide un beso, y yo le doy ciento.

-Cuidado, cuidado con tus exageraciones, que vas a despertar los celos de los demás.

-No lo creáis, todos los niños le quieren tanto que se desviven por él; ¡si les dice unas cosas...! parece un hombre, y un hombre muy sabio.

Me llamaba la atención que Angélica no volvió a hablar de salidas, yo si le hablé, y entonces ella me dijo:

-Si pudiéramos ir a la fuente y llevarnos el niño.

-Sería cometer una injusticia, o salen todos los niños o no sale ninguno.

-Es verdad, tenéis razón, pues que salgan todos, los sanos y los enfermos que puedan andar, y quizá bebiendo de aquella agua se pondrán buenos.

-Tenemos que pedir consejo a nuestro amigo: éste llegó muy displicente, y Angélica le habló del proyectado paseo que se haría procesionalmente, saliendo toda la Comunidad; él se irritó y dijo:

-¡Qué locura! la Comunidad no puede salir de aquí.

-Pues saldremos la Superiora y yo.

-La Superiora saldrá si le place, vos no.

-Decís bien, nuestra religión tiene manga ancha para unos, y estrecha para otros.

-Vamos, padre, dije yo, venid con nosotras y arregladlo de manera que los niños puedan ir a la fuente y nosotros oraremos en el monte.

-¿Pero qué motivo tiene esta salida? allí no hay ninguna imagen a quien adorar... Si se fuera a poner una piedra.

-Se puede ir a bendecir aquel manantial, dijo Angélica resueltamente.

-Pero si aquel manantial está bendito, si allí se obró un verdadero milagro. ¿No pusisteis el dedo en la roca y el agua brotó?

-Yo no veo en esto ningún milagro.

-Tenéis razón, allí el agua brota, porque a su tiempo tenía que brotar, esto lo cree el hombre, pero no debe creerlo el sacerdote en esta ocasión; y mirando a Angélica como miran los hombres a las mujeres que aman, la dijo con voz muy conmovida: "-Se hará la procesión, se bendecirá el agua, y los niños saldrán porque vos lo queréis."

Como cuando un hombre quiere, realiza milagros, mi amigo el sacerdote hizo prodigios, y en poco tiempo se organizó una verdadera peregrinación, en la que iban representadas todas las clases sociales, todas, músicos, religiosos, músicos populares, coros de niñas, coros de niños, típicos danzantes, ¡qué sé yo! era una romería poética, porque todos los niños llevaban ramos de flores. Salió toda la Comunidad, pero a las monjas no se las veía más que los ojos, ¡pobres mujeres! llevaban un largo capuz. Angélica me decía: "-¡Ay, madre! ¡esto es hermoso! ¡qué movimiento! ¡qué vida! pero yo me ahogo aquí dentro, parecemos espectros que hemos dejado la fosa.

-Calla, calla, le decía yo: lleguemos hasta el fin. Se celebró la misa en la misma roca donde brotaba el agua, y uno de los mejores oradores de aquella época, no mi amigo el sacerdote, otro muy renombrado, pronunció un sermón alusivo al manantial, y nunca orador sagrado dijo más disparates; ¡qué tormento! en su entusiasmo exclamó: Esta agua, es la única fuente que Dios mismo ha puesto en el mundo, y ningún hombre agotará este manantial; podrá Dios en su cólera divina destruir la tierra, pero sobre sus escombros caerán eternamente las gotas cristalinas de esta agua milagrosa; y como si los hechos quisieran desmentir las palabras del sacerdote, el agua comenzó a disminuir de un modo visible; la blanca espuma que formaba, al chocar sobre las rocas desapareció, porque sólo gota a gota brotaba y descendía por entre las yerbecillas adheridas a las piedras. Esto que quizá acontecía periódicamente. y que nadie había visto, por ser aquel lugar muy poco frecuentado; fue un mentís que dio la naturaleza a la mentira religiosa, con verdadera oportunidad, y produjo tal efecto, que no es posible describir el tumulto que se originó; allí una vez más levantó su bandera victoriosa la ignorancia del pueblo, allí se dijo: que el Diablo había destruido la obra de Dios, y que había triunfado porque monjas herejes le habían ayudado con sus conjuros, y hubo mujeres desmayadas, niños atropellados, hombres contusos, heridos y aun muertos, ¡qué Fin tan desastroso! todos corrían como locos huyendo del Diablo; y aquel lugar tan apacible y tranquilo donde yo vi al amor de mis amores, apareció ante el vulgo como un sitio maldito donde el Diablo le había dicho a Dios: ¡Yo puedo mas que tú...! ¡qué de absurdos...! ¡qué de barbaridades! ¡qué de atrocidades se dijeron...! los mismos religiosos eran los que más disparataban.

Llegamos al Convento dispersos, maltrechos, Angélica desesperada porque muchos niños habían desaparecido; mi amigo el sacerdote irritadísimo me dijo:

-¿Qué habéis hecho?

-¡Yo...! pobre de mi, nada sé, volved mañana y hablaremos. Angélica al acostarse me decía: "-¡Ay, madre! yo estoy aterrada, ¡qué jornada! ¡qué jornada! ¿si no manará más el agua? si no mana más el agua nos perseguirán como a herejes, lo que es ahora, no nos escapamos de la hoguera." Al día siguiente me dijo una de

las *flores del cielo.*

-No hagas más procesiones.

-Pero, ¿no manará más el agua?

-El agua te la dieron a ti, porque de ella harías un raudal de vida estudiando sus propiedades, haciendo experimentos para ver cuándo era más útil su aplicación si cuando brotaba buscando la altura, o cuando descendía por entre las yerbecillas recogiendo de éstas, substancias beneficiosas, o aplicando las mismas yerbecillas mojadas sobre tumores endurecidos e incurables; el agua te la dieron a ti para auxiliarte en tus curaciones; no brotó el agua para aumentar las mentiras religiosas.

-¿Pero sigue manando el agua?

-Sigue y seguirá. En esto llegó el sacerdote muy abatido, se dejó caer en mi sillón, que era su sillón favorito, y yo le dije:

-¿Qué tenéis que decirme?

-No me habléis, ayer estábamos todos locos, el agua sigue corriendo.

-¿Y hubo muchos heridos?

-El agua no ha cesado de correr, el guarda de aquel punto, que es un hombre incapaz de mentir, me ha jurado que el agua no cesó de correr, y que él ha notado que unas veces saltan los chorros a gran distancia, y otras caen perpendiculares fecundando las plantas trepadoras que cada día están más lozanas.

Entró Angélica y le dijo al sacerdote: "-¡Qué día el de ayer! ¡qué día! ¡tengo más niños enfermos! ¡qué religión la vuestra! ¡Qué religión! ¿de qué sirve si no sabe precaver los tumultos?"

-Cuidado con lo que decís, que os vais volviendo muy insolente.

Angélica se fue llorando, y él dijo fuera de si: El orgullo de esa mujer yo lo aplacaré algún día.

CAPÍTULO LXXXIX

Nos quedamos solos, mi amigo el sacerdote y yo, hablamos largamente sobre lo sucedido en la fuente, que llamaban milagrosa; él estuvo muy expansivo, muy comunicativo, y me aconsejó la línea de conducta que había de seguir, diciéndome en conclusión:

-Yo no quiero para vos ningún perjuicio, no os amo, hay que hablar claro para que nos entendamos mejor, no os amo, no, no puedo amaros; pero en cambio, os venero con tan profundo respeto, que se puede confundir mi veneración con la adoración que los creyentes sienten por sus santos preferidos; para mi sois algo que ya no pertenece a este mundo, así es, que mis consejos no pueden ser más puros y más desinteresados; y yo os digo: "-No metáis ruido, estad tranquila, dedicaos a escribir cuanto queráis, y del modo que mejor os cuadre, porque ya nadie examinará vuestros escritos ni profanará vuestros secretos; la época de la persecución ya pasó; escribir cuantos pensamientos broten en vuestra mente, y dejad vuestras escandalosas salidas, no abandonéis las paredes de vuestro Convento, que aquí tenéis todo lo necesario para una vida tranquila y regalada, y si salís, decídmelo antes.

En aquellos momentos, le escuchaba con la mejor voluntad y al mismo tiempo con la mayor amargura, porque ¡había tanta hipocresía en sus consejos...!

tanta... tanta, que le dije:

-Hablemos claro, la libertad que me concedéis para escribir me es completamente inútil, porque sé lo mismo que vos, que de mis escritos, cuando yo me muera, la Iglesia hará tiras y capirotes, y de mis endechas, de mis plegarias, de mis lamentaciones, no quedará ni la sombra más leve, por eso ya no tengo afán de escribir. ¿Para qué? sé que lo mezquino del dogmatismo religioso profanará las expansiones de mi alma, y perderé un tiempo precioso, que puedo emplear en algo más útil para la humanidad y para mí; por eso ya no quiero escribir. Me impedís que salga, y al querer impedírmelo, demostráis que no me conocéis, no. Ya no os amo, pero quiero vuestro talento, quiero vuestras energías, lo que no quiero, lo que detesto, es la capa que os envuelve de hipocresía religiosa. Me impedís que me mueva, y yo reniego de una religión que todo lo cohíbe, que corta todas las alas, que convierte a todos los seres pensantes en autómatas. No me conocéis; no: queréis que mantenga la luz debajo del celemín, sois de los que no quieren seguir los consejos de Jesús, el grande entre los grandes, el héroe de los héroes, y en cambio nosotros, ¡qué vergüenza! somos más pequeños que los pigmeos. Si, amigo mío; entre nosotros no hay más que *muertos en el espíritu.* Mientras más me dicen que esté *quieta y tranquila* más se avivan y se engrandecen mis pasiones intelectuales, pienso en los que lloran y recuerdo lo que dijo Jesús: "Bienaventurados los que lloran, porque de ellos será el reino de los cielos", y yo uniendo mi pensamiento al de Jesús digo: Bienaventurados los que compadecen a los que lloran, porque de ellos será el reino de la gratitud. Yo me siento atraída por los que lloran, me habéis dicho que cuando quiera salir os pida consejo, y yo os digo que saldré sea el consejo cual sea; yo saldré cuando quiera salir, porque sé que cuando salgo enjugo muchas lágrimas, y para hacer el bien no hay que pedir consejo, lo que hay que hacer es ir por el camino más corto, para llegar más pronto al lugar donde gimen las víctimas de la miseria y del dolor.

-No me comprendéis, me juzgáis como los demás religiosos.

-No, valéis más que todos ellos juntos, pero ocultáis la luz debajo del celemín, y sois egoísta, porque no hacéis todo el bien que pudierais hacer.

-Eso es lo que no sabéis: pues tened entendido, que hago muchas obras de caridad, muchísimas; pero las hago en silencio, no a son de trompeta, tengo mis pobres, mis protegidos, y creed que están muy contentos de mí.

-Pues no basta eso, no; la historia os juzgará muy favorablemente porque sois una lumbrera de la Iglesia romana; no tendrá nada de particular que os haga hasta santo, pero cuando estéis fuera de este mundo, os miraréis con horror, porque entonces conoceréis que habéis hecho el bien de la cantidad de un grano de mostaza, pudiéndolo hacer en la suma de granos de arena que pudieran caber en la tierra. Hace falta el ruido que produce el mártir, el bien esparcido a los cuatro vientos es mucho más útil que el que se prodiga en la sombra, el buen ejemplo que se da es otro bien que se hace sin el menor sacrificio, presentar modelos de amor universal entre una humanidad, que se venden y se deshonran los unos a los otros por un plato de lentejas, es hacer una obra verdaderamente humanitaria, porque se llama a las puertas de los corazones de granito, y se despiertan entendimientos que duermen en las sombras del egoísmo. A mí también me llamarán santa, probablemente, y la Iglesia hará de mi existencia una historia mentirosa, pero mi

supuesta santidad será más útil que la vuestra; las generaciones se harán devotas de mi credo, las mujeres especialmente se fanatizarán con mi historia, y sea, como sea, entre abundantes mentiras y escasas verdades, yo seré útil a la humanidad, porque habré producido mucho ruido, y entre tantos seres curados y consolados por mí, algunos habrá que me recordarán eternamente; vos, en cambio, ni ahora ni después seréis útil a vuestros semejantes, y andando los siglos me diréis: ¿Por qué no me guiasteis mejor? y yo os diré entonces, lo que os digo ahora; que nunca se puede convencer a un sabio necio; un ignorante de buena fe escucha, un sabio pretencioso se hace el sordo, y no hay peor sordo que aquél que no quiere oír.

-Terminemos la conversación, porque veo que nunca nos entenderemos ni nos pondremos de acuerdo; yo seguiré con mi silencio, y haré el bien lo más sigilosamente que pueda.

-Pues yo seguiré haciendo todo el ruido que me sea posible; abriré las puertas de mi Convento para todos los enfermos, para todos los lisiados, para todos los que sufren hambre y persecución de la justicia.

-¿Y seréis capaz de hacerlo?

-Ya lo creo que lo seré, para mi la inacción es la muerte, y yo tengo obligación de conservar mi vida hasta que Dios disponga de ella. ¿Es acaso algún delito desear vivir haciendo el bien?

-Mi amigo se levantó, me miró con amargura y salió de mi celda, le acompañé hasta la puerta de mi Convento y allí le dije: "-No me guardéis rencor, y no olvidéis, que comienzo a quereros como deben querer las madres a sus hijos." Al escuchar mis últimas palabras, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y él las dejó correr sin detener su descenso, inclinó la cabeza salió del Convento tambaleándose: el volcán de su mente hacía daño a su cuerpo, nunca he visto reunidas en un hombre tantas irradiaciones y tantas sombras.

Me volví a mi celda y me pregunté, no sin temor: ¿He sido imprudente? No, no; no me arrepiento, el bien debe ser como el huracán, que se deja sentir en todas partes, el bien en silencio, es la mitad del bien. Dicen que quiero la popularidad, si que la quiero; no por mi gloria, sino por la gloria que pueden alcanzarlos demás que sigan mis huellas e imiten mis hechos. Yo quiero hacer mucho bien por mi mismo, y por los esfuerzos de los demás, quiero ver rostros agradecidos, porque la sonrisa del agradecimiento es la sonrisa de Dios, sembrar el bien es continuar su obra, es indudable que Dios no nos ha dado la vida, con el propósito de que nos convirtiéramos en Caines; si no se muere nunca ¿nos habría creado para la eternidad del mal? no; los cielos de que nos hablan las religiones, no deben ser otra cosa que la fraternidad de los pueblos, hacer el bien por el bien mismo; amar hoy más que ayer, y mañana más que hoy, y ¡siempre más! ¡siempre más! que siempre más se van encontrando en la naturaleza las fuentes de la vida en los infinitos mundos que cada día van descubriendo los sabios.

Sentí ruido como si retumbara el trueno allá muy lejos, miré al fondo de mi celda, que era muy grande, y vi al amor de mis amores, deslumbrante de hermosura, pero de hermosura humana; parecía un hombre de carne y hueso, envuelto en una túnica morada muy amplia, me quedé maravillada de verle tan humanamente hermoso, con sus grandes y rasgados ojos, con su espaciosa frente, con sus blandos cabellos, con su nariz perfecta, con su boca sonriente, con su sedosa y

abundante barba, con sus manos blancas y transparentes, cuyos dedos parecían hojas de azucenas. No me cansaba de mirarle y le dije:

-¡Qué hermoso estáis! ¡Señor! ¡quién pudiera veros siempre así! ¡¡siempre...!!

Aquella bellísima figura se adelantó y se acercó hasta apoyar su diestra en el alto respaldo de mi sillón y me dijo:

-No me mires humanamente, mírame de otra manera, que es como debes mirarme; y al decir estas palabras, quedó envuelto en una especie de nube blanquecina y luminosa, pero tan sutil, tan tenue, que le dejaba verde cuerpo entero, pero ya no era el hombre de carne y hueso, era el habitante de los cielos con sus ojos divinos, con su cabeza admirable, con su sonrisa celestial. Me miró con la mayor dulzura y prosiguió diciendo: "-Te excedes en tus palabras porque no puedes resistir la hipocresía religiosa, que está tu alma a más altura. Vengo a darte una buena nueva: ya no me separaré de ti.

-¿Moriré pronto, Señor?

-No; no morirás aún; quieres subir al calvario, y al calvario subirás; tu martirio no será como el mío yo sembré lo que aun los hombres no han querido recoger. Tú también sembrarás ya que quieres subir el calvario, ¿crees que ya estás en él?

-No lo sé. Señor; sólo sé que sufro.

-Si te quejas no eres buen discípulo, porque quieres recoger lo que no has sembrado aún; no quieras que los días lleguen antes de tiempo, que la impaciencia de los injustos deseos, no adelanta ni el resplandor de la aurora, ni la sombra del ocaso. Ya te verás respetada, no adorada.

-¡Ah! ¡Señor! ese es mi sueño, pero aquí ¡vi vo tan sola...,! ¡no me aman! ¡no me aman!

-¿Te quejas de que no te aman? ¿y acaso sabes tú lo que es amor? Amor es aquello que se quiere en lo eterno, el amor es la constitución de todas las grandezas del espíritu. Cuando conmigo estás crees que soy tu amor de los amores, y cuando más avances, me querrás menos y me amarás más y más en esencia de mi ser.

-¿Pero el amor de los espacios no une a dos almas?

-Deja tan estrechos moldes, el amor es como el conjunto de los soles, éstos irradian en el Universo eternamente también el amor irradiará a su tiempo en todas las almas.

-No te entiendo. Señor, no te entiendo.

-Ya me entenderás; y lentamente se fue deshaciendo la figura fluídica, pero quedó mi estancia llena de arcos luminosos, que formaban como un templete en cuyo centro estaba yo sentada en mi sillón junto a mi mesa.

-¡Señor! ¡Señor! murmuré ¡no me dejes! ¡me veo tan pequeñita!

-Así, así, cuanto más pequeñita te ves, más te engrandeces.

Me levanté maquinalmente y me acerqué a la ventana del centro donde estaban las *flores del cielo,* éstas, más lozanas que nunca, exhalaban sus más penetrantes perfumes, las avecillas que anidaban en los árboles cercanos, revoloteaban y cantaban ruidosamente delante de mi ventana; y aves y flores todo decía: ¡Vida! ¡grandeza! ¡amor! Oí una voz muy sonora que me dijo con amorosa

compasión: ¡qué pequeñita te ves! pero ya crecerás.

CAPÍTULO XC

Quedé fortalecida en extremo, con lo sucedido durante la videncia que tuve, la suma de fuerzas que en mí se acumularon me reanimaron de tal manera, que me sentía fuerte y animosa como en los mejores días de mi juventud, y bien considerado, con mucha más energía que en mi primera edad; porque lo que me prestaba nueva vida y nuevo aliento, era el fluido de otras almas que desde el espacio velaban por mí, y tan de cerca velaban, que puede decirse que habitaban conmigo, porque en mi celda todo vibraba, todo se movía, los muebles sin hacer el menor ruido, oscilaban, se alzaban del suelo y volvían a caer sin producir estrépito; los objetos que tenía colocados sobre mi mesa, parecía que bailaban una contradanza, y Angélica que observaba aquellos continuados fenómenos, me decía con cierto temor:

-¿Qué os parece de todo esto, Madre?

-No lo sé, tanto sé yo como tú; sólo puedo decirte que me encuentro muy fuerte, muy ágil, con una exuberancia de vida extraordinaria; tanto, que con mis brazos levantaría un mundo, no sé en realidad qué pasa por mí, yo si que puedo decir que he nacido de nuevo, y que mi cuerpo no me pesa ni un adarme.

Durante muchos días, mi amigo el sacerdote sólo preguntaba por el estado de mi salud deprisa y corriendo, huía de mi a ojos vistas; y de pronto se me ocurrió dormir al que sin motivo huía de hablar conmigo: y un día que se preparaba a marcharse, le supliqué que se detuviera algunos momentos, pues tenía que hablarle de asuntos importantes. Se sentó visiblemente contrariado y me dijo con bastante sequedad:

"-Y bien, ¿qué tenéis que decirme?"

Yo comencé a tomarle parecer sobre la enseñanza que debían recibir los niños en el Asilo, y él me miraba muy escamado, como diciéndome: ¿y a mi qué me cuentas? ¿acaso desciendo yo a semejantes pequeñeces? se veía que estaba muy molesto, pero yo no hice caso de sus movimientos de impaciencia; con mi potente voluntad hice que se durmiera muy a pesar suyo. ¿Por qué tenía yo tanto empeño en dormirle? ¿para hablarle de mi amor? No, yo no quería amarle, pero quería que me hablara dormido, quería sondear de nuevo aquella mente donde germinaban tan encontrados pensamientos, desde los más sublimes, hasta los más vulgares; desde los más puros, hasta los más groseros; al quedarse dormido perdió su semblante la expresión de disgusto que tenía al sentarse; sus hermosas facciones adquirieron de nuevo aquella expresión de suave majestad, una leve sonrisa entreabrió apenas sus labios, y permaneció en calma, yo quería que él me hablara primero, y obedeciendo dócilmente a mi voluntad, me dijo con voz muy reposada:

-¿Qué quieres?

-Quisiera leer en el fondo de esa alma a ver si está dispuesta a ir al cielo, o al infierno.

-¿A qué me hablas de cielos y de infiernos, si sabes que no hay más cielo que un alma sin remordimiento, ni más infierno que la consumación de los crímenes?

-¿Por qué huyes de mi? ¿en qué te he ofendido?

-Te diré; como hombre, y como sacerdote estoy enfadado contigo, que motivos tengo para ello; en cambio, como alma no lo estoy, como alma quisiera ir contigo.

-Trabaja para conseguirlo.

-No puedo, no sé qué hacer; te he visto como alma y estás adorable, te harán santa, y lo siento, porque esa santidad será una cadena que te hará sufrir.

-Ya lo sé que me harán santa, y aunque la Iglesia no lo hiciera, santa me harán los pueblos, que santas son todas las almas que cumplen con sus deberes, y yo he tratado siempre de cumplir con los míos. Por otra parte, cadena no será para mí la santidad, porque no hay más cadena para el alma que el orgullo, y yo no soy orgullosa.

-Es verdad, en ti el orgullo no ha tenido cabida, y eso que levantas almas y revolucionas pueblos.

-No, no; yo no levanto más que arranques de tosca gratitud, mañana me adorarán, porque la humanidad no sabe más que levantar ídolos para su eterna desgracia, y de ese embrutecimiento tienen la culpa.

-¿Quién tiene la culpa de eso?

-Vosotros, los malos sacerdotes que no seguís la religión de Cristo, y empleáis en cambio todas las malas artes, como son el engaño, la torpe lujuria, y todos los vicios que degradan al hombre.

-Cansas mi cuerpo con un sueño tan prolongado.

-Mientes, tu cuerpo está completamente tranquilo, fíjate en mí.

-Me fijo.

-¿Qué observas en mí?

-Una fuerza ilimitada, tan potente es tu voluntad que todo lo puedes hacer.

-Entonces te puedo mandar donde yo quiera.

-No, no; no me separes de mi cuerpo.

-¿No te atreves? ¿Dónde está entonces tu sabiduría? ¿te halaga la miseria de aquí?

-¡Por Dios! despiértame.

-Te despertaré, no pases cuidado, pero te quiero más espiritual, con más sed de infinito, ¡qué miedo tienes a separarte de tu Iglesia! en cambio a mí no me espantan todas las religiones juntas.

-También te has espantado; acuérdate cuando le temías al fuego de las hogueras de la Santa Inquisición.

Entró Angélica en aquel momento y al pronto me contrarié, pero súbitamente cambié de parecer, la hice sentar y la dije, sonriendo y señalando al sacerdote:

-¿Qué te parece?

-Veo que duerme, ya habréis hecho de las vuestras.

-¿Quieres dormir como él?

-No, madre, no.

-Te gustará descansar, ya lo verás; y apoyando mi diestra en su frente, Angélica lanzó un hondo suspiro y se durmió, pero con sueño intranquilo, su cuerpo se agitaba, mas obedeciendo a mi mandato, se quedó inmóvil y relativamente tranquila, diciéndome en son de amistoso reproche:

-Madre, ¡qué cosas tenéis!

-¿Sufres por ventura?

-No, madre, no sufro; el que sufre es el capellán; despenadle.

-No sufre, no; y además, no te ocupes de lo de aquí, quiero que dejes tu cuerpo.

-Pero madre, es que yo no quiero morirme.

-Yo tampoco lo quiero, pero afloja un poco las ligaduras que unen tu alma y tu cuerpo, no tienes que desprenderte de tu envoltura corpórea, no, al contrario, has de mirarla como miras cuando estás despierta la ropa que te has de poner o la que tienes puesta.

-No habléis más, ya os he comprendido; y qué bien se está así, madre, ¡qué bien se está!

-¿Podrías separarte sin dejar de ver tu cuerpo y trasladarte a la fuente que llaman milagrosa?

-No tengo que moverme, madre, todo lo veo.

-Pues contempla las chozas donde estuvimos últimamente, y mira al niño que curé a la puerta de su choza.

-Aquel niño no está allí.

-¿En dónde está?

-Muy cerca de aquí.

-¿Muy cerca?

-Si, muy cerca del Convento.

-¿Y qué efecto hizo nuestra visita?

-¡Ay, madre! aquellas gentes son gusanillos roedores: ¡qué malos son! ¡qué malos! el dinero que les disteis, ha sido motivo para nuevas riñas: se han robado los unos alos otros, se han herido sin piedad, son mucho peor que los irracionales; más dañinos, desde luego que lo son; parece increíble que sean obra de Dios.

-No lo insultes, Dios es justo en sus obras.

-Yo no lo niego, madre, pero, ¡se ven unas cosas! ¡qué cosas, madre! ¡qué cosas...!

-No mires más a esos desventurados, aléjate un poquito, un poquito nada más, y dime lo que ves:

-¡Qué lástima que aún estéis en la Tierra, madre! ¡qué lástima!

-¿Dónde estás?

-¡En otro mundo, qué bien se está aquí! ¡cómo me miran! Aquí nadie riñe, les parezco un ente muy raro; aquí están dispuestos a trabajar siempre, no existe el cansancio ni el aburrimiento.

-Entonces, ese lugar será el cielo.

-No, los cielos son la indignidad de las religiones; me dicen los moradores de aquí, que no hay cielos, que no hay más que mundos donde buscan su perfección las almas.

-¡Quién pudiera volar también!, dijo el sacerdote.

-Vuela con ella, ¿quién te lo impide?

-Mi inferioridad; ni puedo ir con ella, ni puedo ir contigo, somos tres átomos que nunca nos uniremos, cada uno de nosotros va en el espacio por distinto camino, en la tierra los tres pertenecemos a una misma Iglesia, pero están nuestras almas

tan distantes unas de otras, que jamás nuestros destellos se confundirán; quiero despertar, ya he dormido bastante.

-Los dos despertaréis, recordando lo que queráis recordar.

-Yo recordaré algo para que me sirva de estudio, dijo el sacerdote.

-Pues yo no quiero recordar nada, replicó Angélica, porque me moriría de miedo y no quiero morir.

Los dos se despertaron y me miraron con marcado enojo; él me saludó contrariadísimo y se marchó pretextando ocupaciones urgentes; ella más franca, más sencilla, me dijo con gravedad:

-Madre, no hagáis otra vez lo que habéis hecho hoy.

-Pues ten en cuenta que el alma no debe contentarse con la vida de la Tierra, necesita ascender y relacionarse con los seres que habitan en los espacios.

-Ya lo veremos cuando nos llegue la hora, yo no encuentro esa necesidad de buscar lo que no se ve.

Desde aquel día, Angélica me miró con miedo, hasta el punto que no entraba en mi celda, más que a la hora de acostarse y al hacerlo me decía:-Aquí veo el ángel de mi guarda, y en realidad, me decía una mentira dominada por el miedo; y como aquella situación se iba haciendo violenta, la dije una noche muy seriamente:-No temas, no te dormiré más; tu espíritu no quiere volar, no se parece al mío. Yo quisiera que fueras mañana lo que yo soy en la actualidad y lo que seré después, pero veo que no quieres y te lo repito, no te molestaré, duerme tranquila, no huyas de mí, recobra tu calma habitual, que como el tiempo es eterno, tú buscarás mañana lo que rechazas hoy.

Mi amigo el sacerdote también me cobró miedo, no quería estar a mi lado ni dos minutos; me convencí que ninguno de los dos quería ser mi discípulo, y pensé en buscar en mi Comunidad alguna mujer que siguiera mis huellas, porque me parecía un crimen, que tanta luz, que tanta vida, que tanta grandeza como contemplaba mi alma, se ocultara conmigo más o menos tarde en la cripta de un templo, y sólo quedara de mí, la farsa, la mentira, la exageración, la parte ridícula, la santidad grotesca, el absurdo inadmisible. Yo quería iniciar a un alma en mis secretos, en mis aspiraciones, en mis videncias, en mis diálogos con Jesús, en todo lo grande, en todo lo maravilloso, en todo lo divino, que me rodeaba. Quería hacer luz, ¡mucha luz...! y como el avaro busca con mirada ansiosa la doblilla de oro que se le ha perdido, así yo fui mirando a las pobres mujeres que me rodeaban. ¡Pobrecitas! ninguna de ellas quería volar, no había más que verlas y oírlas que convencerme que miraba en vano; cuando me fijé en una jovencita, casi niña, que amparada por la Comunidad, se encontraba dispuesta a seguir el camino que le indicaran, ¡qué alegría tan inmensa experimenté...! me refugié en mi celda para dar gracias a Dios por semejante hallazgo, y al entrar en mi estancia, la encontré iluminada por completo; sobre un fondo luminoso vi una pizarra de nácar, y sobre ella hablan escrito con tinta de flores las palabras siguientes:

Ha llegado la hora que dejes en ese mundo una sucesora digna de ti. Dios es justo, y tú sabrás cumplir sus leyes.

CAPÍTULO XCI

Pasados algunos días más, Angélica recobró su tranquilidad habitual, cesó

su miedo y por la noche me miraba al acostarse como si yo fuera el ángel de su guarda y me decía:

-¡Qué buena sois, madre! ¡qué buena sois! ¡qué energía tenéis para hacer el bien! Hasta siento no haberme querido dormir y haber seguido vuestras huellas en el espacio.

-Pues no te preocupes por seguirme *allá,* me basta y me doy por muy contenta con que me sigas *aquí, y* le advierto por centésima vez, que no te dormiré nunca más.

Angélica cuando estaba tranquila de espíritu, era una de las mujeres más activas y más trabajadoras que yo he conocido; jamás se cansaba de su continuo trabajo, era el alma del Asilo benéfico, así es, que pasábamos los días enteros sin vernos, y sólo nos reuníamos para comer y dormir; yo por mi parte, aprovechaba mi tiempo en escribir, bien sabía que mis escritos eran reos condenados a muerte, y a muerte horrorosa, o quemados o descuartizados, pero... ¡me gustaba tanto escribir! yo era dichosa cuando cogía la pluma y el papel, miraba el tintero, y de su negro fondo me parecía que salían figuras luminosas que cruzaban la Tierra, anunciando a los pueblos días de redención. ¡Qué bueno es Dios! decía yo sumamente conmovida, me da una pluma y con ella tiendo mi vuelo, me da papel y tinta y trazo en el papel la carga geográfica del universo: carta que estudian las almas que me rodean, yo no escribo para los terrenales, no; yo escribo para las almas, un escrito es la esencia del pensamiento, las almas me hablan, me alientan, me comprenden, y con ellas hablo yo: la tinta es el mar rojo que bautiza a los pueblos. ¡Cuánto bien se puede hacer, con una pluma, papel y tinta, manejados hábilmente por una buena voluntad! Y yo escribía con verdadero deleite; era feliz escribiendo. Una mañana me encontré tan bien, que dije entusiasmada: ¡Qué bueno es tener una conciencia tranquila! desde que vi la última vez el amor de mis amores, soy dichosa, pero en la Tierra no tiene uno derecho a ser feliz, habiendo tantos seres desgraciados; la dicha es sinónimo de egoísmo, y yo no quiero ser egoísta; aquí se viene a luchar, a vibrar, a sufrir, a pelear sin tregua ni descanso y oí una voz que me decía: "-No te impacientes, mujer, no te impacientes, tú buscas penas, ya las hallarás ellas son las plantas trepadoras que se enlazan en los muros de los palacios y se enredan en los tejadillos de las chozas."

-Y... ¿quién eres tú que así me hablas?

-Quien soy y quien puedo.

-Sé más explícito.

-Soy la representación del tiempo, de la historia, del trabajo, de la lucha, de la inteligencia universal.

-¿Pero no eres una personalidad?

-No; no soy una personalidad.

-¿No eres tú el alma de mis amores?

-¡Qué pobres son tus amores!

-¿Pobres mis amores cuando amo a Jesús?

-Si, pobres, porque amas a Jesús únicamente, y le amas porque es hermoso, porque lo ves con todos los atractivos y todos los encantos humanos y divinos; y el amor de las almas es otra cosa; amar a un alma es muy poco, es lo menos que se puede amar, cuando hay tantas y tantas almas que están esperando

un beso de amor. Pedías hace poco nuevos azares; pues prepárate para nuevas campañas, para batallas y luchas, en las cuales tuya será la victoria. Yo no me separo de ti, yo te doy aliento y vida para que tú prodigues esa vida entre los necesitados; no puedo separarme de ti porque soy la imagen de los amores universales; y tú ya no debes pecar amando a uno solo, tienes que amar a los buenos, porque merecen ser amados, y a los malos, porque necesitan la medicina del amor.

Aun resonaba la voz del ser invisible en mis oídos, cuando entró Angélica en mi celda muy azorada diciéndome: "-Madre, madre, tenemos el Convento rodeado de fuerza armada, pero vienen con bandera blanca, porque sirven de escolta a varias carrozas donde vienen damas y caballeros, que han echado pie a tierra y piden entrar para veros y pediros la salud."

-Mucho pedir es; se hará lo que se pueda; hazles entrar en la Sala Capitular, que allá voy yo. Sin perder momento, sin preparar mi espíritu con ninguna plegaria, me dirigí a la Sala Capitular, y allí encontré damas de palacio, y cortesanos, presididos puede decirse por un anciano muy respetable, que yo recordaba haber visto en casa de mi protector, lo mismo que la mayoría de sus acompañantes. En cuanto entré en la Sala, el anciano salió a mi encuentro y me besó la mano, los demás hicieron lo mismo, y yo les dejé hacer como si mi cuerpo no me perteneciera. Me senté al fin, los miré a todos, y no recordando lo que me había dicho Angélica, me pregunté con extrañeza:

-¿Qué querrán?

-El anciano leyó en mi pensamiento y me dijo cortésmente:

-Venimos a conoceros, porque la fama de vuestras virtudes es universal, y luego venimos a curarnos, porque unos y otros estamos enfermos.

Yo escuchaba en silencio, porque el anciano siguió prodigándome alabanzas, y aunque yo era enemiga de elogios inmerecidos, en aquella ocasión no parecía que fuese yo misma, porque le dejé hablar, sin tomarme el trabajo de desmentirle; y el anciano, algo impacientado sin duda con mi obstinado silencio, recalcó las siguientes palabras:

-Madre, tened en cuenta que venimos a curarnos el cuerpo y el alma.

-Debéis partir del principio, señor mío, que yo no doy la salud, pero si tenéis deseos de curaros, quizá os curaréis, y será vuestra fe la que os curará.

-No, no será nuestra fe, será la imposición de vuestras manos.

-Es que mis manos no siempre dan la salud.

-Pues yo quiero la imposición de vuestras manos, y quiso arrodillarse.

-Señor mío, no os arrodilléis más que delante de Dios; y poniéndole mis manos sobre sus hombros, extendidas hacia las espaldas, le dije: Miradme dulcemente, como un padre mira a su hija. El anciano me miró con la mayor ternura, en sus ojos sin brillo, brilló la vida y exclamó alborozado: Tengo calor, mucho calor, y eso que siempre me muero de frió, me dais la vida, me rejuvenecéis, ¡bendita seáis...! ¡bendita!

-No, no os alucinéis; no soy yo la que os devuelve la juventud, es vuestra sana voluntad la que os cura. El anciano, más ágil y más animado, se dirigió a una dama muy altiva y muy hermosa, le habló en secreto, y la dama se acercó a mí, mirándome desdeñosamente, pero al fin se humanizó y me dijo:

-Estoy enferma, tengo enfermo el pecho.

-Tenéis más enferma el alma.

-¿El alma?

-Si, el alma; pero probemos, que por probar, nada se pierde; y poniéndole mi diestra sobre su corazón, la dama dio un salto como una pantera herida, y dijo con el mayor desprecio: No quiero que me curéis; dos hijas de la enferma, se apresuraron a decirme en voz baja y angustiada:

-¡Por piedad, madre! por piedad curad a nuestra madre que no se puede vivir junto a ella; si no la curáis, moriremos todos de dolor y de rabia a la vez.

-¡Pobres niñas! también vosotras estáis enfermas, y yo os curaré porque los ángeles son muy fáciles de curar; sólo con mi voluntad he roto las mallas de la red que os envolvía ¡benditas seáis en el nombre de Dios! Las jóvenes, sin saber lo que hacían, lloraron, rieron, se abrazaron estrechamente, se arrojaron en mis brazos, y me besaron con el mayor entusiasmo, repitiendo en mi oído: ¡Por piedad, curad a nuestra madre...! Yo entonces miré a la altiva dama y le dije con el mayor imperio: "-Dormid hasta que yo os despierte; la dama se durmió muy a pesar suyo, y yo repetí:

¡Dormid! ¡dormid! tenéis muy enferma el alma, y sólo durmiendo os curaréis. La dama quiso rebelarse, trató de levantarse, pero no pudo, y al fin un sueño tranquilo quitó de su hermoso semblante la dura expresión: su pequeña boca se entreabrió y suspiró dulcemente; sus hijas asombradas se sentaron junto a ella, y por el movimiento de sus rosados labios, comprendí que oraban, eran dos ángeles aquellas hermosas niñas, mejor dicho eran dos santos, y santas mártires.

Todos me fueron contando sus cuitas y a todos fui sanando sin el menor esfuerzo, no me sentía el peso de mi cuerpo, y cuando imponía mis manos sobre algún paciente, me encontraba más ligera aun. Llegó Angélica, y como la puerta de la Sala estaba entornada, me dijo:

-Madre, ¿se puede entrar?

-No entres.

-Es que es muy entrada la noche y no habéis comido.

-No hay noche para el alma que trabaja; y pasé el resto de la noche curando a mis hermanos enfermos y nadie me pidió de comer, había en aquel recinto una atmósfera refrigerante, algunos se durmieron en sus sillones con la mayor tranquilidad; yo no me dormí, yo vigilaba a todos, al fin amaneció, la aurora extendió su manto de rojizas nubes y yo grité: Hermanos míos, despertad, que una salida de Sol es una sonrisa de Dios ¡Moveos! ¡vivid y bendecid la misericordia de Dios! y acercándome a la dama dormida la dije:

-¿Has visto la salida del Sol?

-Si; y rompió a llorar amargamente.

-¿Quieres ver otra salida de Sol?

-Si; la quiero ver.

-Pues cambia de conducta.

-Haz que se retiren todos y me confesaré contigo.

-No, confiésate con Dios en el retiro de tu estancia, que es el único confesor que debe tener la humanidad.

-¿Quedará curada nuestra madre?

-No, hijas mías, del todo no: sed para ella ángeles de amor.

-¡Nos ha hecho sufrir tanto...!

-Lo sé, hijas mías, lo sé; hasta os ha puesto las manos encima. Compadecedla, que la madre que castiga a sus hijos, está muy lejos de reconocer la grandeza y el amor de dios; y dirigiéndome a la dama la dije:

-¿Quieres despertar?

-No, no quiero, estoy muy bien así.

-Pues yo te despertaré y te haré cambiar de rumbo.

-No es posible.

-Si es posible, porque yo lo quiero; no tienes derecho a ser la desgracia de tus hijas.

-Pues que se mueran; ¡si tú supieras lo que estas hijas representan...!

-Señores, todos estáis curados, menos esta señora, porque su alma no quiere curarse. Despierta, mujer, y despierta con dulce sonrisa.

Se despertó, se restregó los ojos, se sonrió mirando a sus hijas y dijo:

-¿Dónde he dormido?

-Aquí, señora; aquí hemos pasado todos la noche; no olvidéis nunca la salida del Sol que habéis visto hoy. Ahora id todos a descansar, después de tomar los alimentos necesarios, que mi segunda os servirá en unión de otras monjas con la mejor voluntad; y mañana id todos a beber en la fuente milagrosa, que aquella agua es agua de vida. Salí de la Sala, di órdenes necesarias a Angélica y me retiré a mi celda, me dejé caer en mi sillón, y allí estuve sin pensar en nada hasta que entró Angélica llorando amargamente, creyendo que yo la había desairado no dejándola entrar en la Sala Capitular. La abracé con el mayor cariño, la besé, la acaricié como a una niña mimada y la dije: "-No llores más, hazte cargo que cuando estoy en esos momentos, soy yo, y no soy yo; que cuando recibo tantas corrientes de salud, que cuando me dan tantos manantiales de vida, no puedo distraerme, no puedo romper la red que me envuelve, podría morirme en el acto, porque no puedes comprender el estado de mi alma y el estado de mi cuerpo; éste no me pesa, no lo siento, me parece que me sostengo en el aire, que mis pies no tienen punto de apoyo, no siento ninguna necesidad orgánica, la sed no me atormenta, el hambre no me atosiga, y ya que tantos bienes recibo, yo quiero prodigarlos sin tasa, déjame cuando me veas practicando el bien, que el bien es el maná que Dios envía a las almas; obsérvalo; el asesino suele comer tranquilamente ante el cadáver de su víctima; el libertador de un náufrago no necesita en aquellos momentos más cordial que el dulcísimo recuerdo de la buena obra que ha llevado a cabo." Ahora, que soy yo, solamente yo, iré contigo al Refectorio, y efectivamente apoyada en el brazo de Angélica, llegué a donde estaba reunida la Comunidad, comí poco y deprisa y me fui con Angélica al huerto del Convento, y allí junto a una fuentecilla me senté, y le dije a mi compañera: Déjame aquí reposar un ratito y vuelve por mí. Se marchó Angélica y yo cerré los ojos, pero no dormí, vi en cambio, cuadros admirables y paisajes encantadores, vi pasar innumerables generaciones que pasaban y me decían:-Te recordaremos.-No me recordéis como a un ídolo, les decía yo, recordad mi trabajo y proseguid mi obra, ¡mueran los Ídolos! ¡y renazcan los trabajadores de buena voluntad! Pasaron después muchos hombres muy respetables, de luengas barbas, revestidos con negras togas y mucetas blancas, todos me miraban

intencionadamente, y yo les dije:

-¿Quiénes sois?

-Sacerdotes de una religión a la que tú has pertenecido y tus obras deshonraron, y como hoy te muestras tan ufana venimos a recordarte tu pasado.

-Pues si el caldo se levanta por su propio esfuerzo, ufano debe estar de su victoria, como yo lo estoy adorando a Jesús.

-¿Y crees tú servirle?

-Si, porque en su nombre practico buenas obras; y aquellos hombres, se transformaron en otras Figuras más hermosas, más resplandecientes, todos llevaban amplias túnicas blancas, todos me miraban bondadosamente, y uno de ellos me dijo:-Seguimos tus huellas y seremos sacerdotes de Cristo; extendió uno de ellos su diestra, plegó sus dedos y sólo dejó extendido el índice, seguí la dirección de su mano y aquel dedo se alargó volviéndose luminoso, se prolongó hasta descansar en la cumbre de una montaña, donde vi la hermosísima figura de Jesús que me dijo:

Vosotros sois mi Iglesia, mis fíeles son los que nunca se cansan de trabajar, los que no dejan tras de si ni odios, ni rencores, ni hogueras, ni patíbulos; seguí mirando y oí la voz de Angélica que me decía:

-Madre, ¿qué tenéis? ¿qué os sucede? ¿qué os pasa? ¿dormís con los ojos abiertos?

-¿No ves lo que hay en torno nuestro?

-Yo no veo nada.

-Pues duerme como yo y verás; y Angélica se durmió y me dijo:

-¡ay madre! ¿por qué me habéis dormido?

-Calla y mira, ven conmigo y verás a Jesús.

-¡Qué hermoso es, madre...!

-Si, si, ¡es hermosísimo! mira sus manos, parecen fuentes de vida, de salud y de amor; y oí una voz que dijo: Basta por hoy. Nos despertamos y Angélica decía:

-Cosa más particular no la he visto nunca; me dormí al llegar junto a vos.

-¿Y qué has visto?

-¡Le he visto, madre! ¡le he visto! ¡qué hermoso! ¡qué hermoso es! Vino después mi amigo el sacerdote, y le dije: "-Tengo que pediros un favor."

-¿Y qué es ello?

-Que acompañéis a los nobles enfermos que aquí se albergan a la fuente milagrosa mañana a primera hora.

-Yo no voy; no suceda lo que el otro día sucedió.

-No temáis, yo no iré y habrá tranquilidad.

-¿Completa?

-Es decir; alguno de los enfermos, al beber el agua le parecerá que bebe fuego.

-¿Por qué me enredáis en vuestras obras? ¿no sabéis que yo no quiero escándalos?

-Hoy necesito de vos, como tal vez mañana necesitaréis de mí. Obedeció mi mandato, se unió a los enfermos, comprendió la importancia del papel que representaba y marchó contento y satisfecho, porque al fin, iba con los suyos, con los nobles por sus pergaminos, no por sus virtudes.

En la tarde del día que se marcharon los enfermos vinieron algunos frailes, capitaneados por uno que pidió a Angélica el verme cuanto antes.-Bueno, le dije, hazle entrar a él sólo y no te separes de mí. Cuando entró el fraile me llamó su reina, su ángel, su madre, su cielo, su salvación, ¡su todo! era aquel pobre fraile el que algunos años antes había hecho mi retrato, era un alma agradecida y recordaba que hice por él cuanto pude para salvarle de sus opresores. Fue franco, me dijo:

-Madre, yo no estoy enfermo, he hecho el papel que lo estaba para venir con ellos y veros y hablaros, y bendeciros; mis compañeros quieren la salud esperando que con la imposición de vuestras manos sanarán del cuerpo.

-¿Y del alma?

-No sé si la tienen, madre. Pasamos a la Sala Capitular y allí ordené que comparecieran todos los frailes y todos entraron con su sayal ceniciento y sus capuchas caladas, que apenas se les veía la cara. Angélica estaba junto a mí, mirándome con mucho azoramiento; la miré de un modo significativo y se tranquilizó a medias: Yo miré a los encapuchados y les dije:

-¿Todos estáis enfermos? y todos inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Hablad, repliqué con impaciencia, que el silencio en algunas ocasiones nada dice: hablad claro, levantad la frente y miradme cara a cara, que los topos son los que miran al suelo, los hombres están en pie para estar más cerca de los cielos.

-No venimos a buscar predicaciones, venimos a buscar la salud, dijo un fraile con tono muy desagradable.

-Es que la salud también se recibe con la palabra, si el que escucha quiere oír.

-Poned manos a la obra que será mejor.

-Aceptado, y tú Angélica puedes ayudarme.

-¡Yo...! ¿y qué he de hacer?

-Lo que yo haga, ponte tú a la izquierda y yo a la derecha, y demos comienzo a imponer nuestras manos sobre los hombres de estos enfermos y a pedir a Dios la salud de sus cuerpos y la salvación de sus almas.

Dimos comienzo a nuestra humanitaria tarea, y el primer fraile que quise curar, al sentir mis manos sobre sus hombros, dio un salto hacia atrás y dijo como si estuviera alocado:

-No quiero la salud si proviene de esta casa.

-Pues salid, que aquí sobráis.

-Sobraremos todos, replicó otro, no queremos brujerías.

-Sois todos unos desagradecidos, y aunque rechazáis la salud del cuerpo, perdida por vuestros abusos, yo os la doy sin imposición de manos, y sólo por la fuerza de mi voluntad, sano tendréis el cuerpo, ¡yo lo quiero! en cuanto a la salud del alma, vais más enfermos que cuando llegasteis. ¡Dios tenga misericordia de vosotros!"

CAPÍTULO XCII

Después de haber salido los frailes del convento, me fui con Angélica a mi celda, y allí me dijo ella:

-Por Dios, madre, no me hagáis hacer lo que he hecho yo, porque yo no

sabía lo que
me pasaba.
-No te preocupes, mujer, no te preocupes, que muchas veces, yo tampoco sé lo que
me hago.
-No hay punto de comparación entre vos y yo, madre, os aseguro que nunca olvidaré el día de hoy.
Seguimos hablando, cuando de pronto entró una religiosa gritando:
-Madre, madre, fuera del convento hay hombres muertos, los frailes, los frailes han muerto muchos de ellos como heridos por un rayo.
Angélica me miró aterrada temblando convulsivamente, y yo la dije como si no advirtiera su turbación ni su espanto:
-Atiende a tus ocupaciones ordinarias, que ahora no te necesito.
Angélica vio el cielo abierto al escuchar mis palabras y se marchó apresuradamente sin volver la cabeza, seguida de la religiosa; yo también salí de mi celda y me dirigí a las puertas del convento, traspasé dos de éstas, y al llegar a la tercera y última, quise salir a la plaza que había delante del convento, pero una mano invisible me detuvo imperiosamente, puesto que clavó mis pies en el suelo y no pude moverme, mirando sobresaltada a varios frailes que yacían en el suelo sin movimiento; el fraile que airadamente me había dicho: "-No venimos a buscar predicaciones, venimos a buscar la salud", se acercó a mi con ademán amenazador diciéndome iracundo:
-Mirad vuestra obra; de ella daréis cuenta a Dios, si antes no os la pide la justicia humana, que hora es ya que paguéis lo mucho que debéis. Yo temblé, lo confieso, pero traté de dominarme y dije:
-Vivos salieron de aquí despreciando la salud que mi buena voluntad les ofrecía; recordad que ellos dijeron: *No queremos la salud de esta casa;* pues si no la querían, nada de común hay entre ellos y yo.
-Dejémonos de vanas palabras, y vamos al grano, quiero que los muertos queden depositados ahí dentro.
-No; no-replicó otro fraile-, no entremos, no sea que todos muramos ahí dentro.
-Vos haréis lo que se os mande; y estos siervos de Dios no pueden quedar a la intemperie mientras no se procede a su entierro.
Y franqueando la entrada ordenó a los atemorizados frailes que cogieran a sus compañeros, para colocarlos dentro del convento; yo me situé delante de la primera puerta y le dije al que hacía de jefe de los religiosos:
-De aquí no pasarán, que no es el convento depósito de cadáveres.
-Es que aquí estarán como perros.
-Yo estaré con ellos.
-¿Y que haréis con estos muertos que vinieron a buscar la salud?, ¿qué disponéis?
-Que salgáis todos, todos...
-En esto los muertos se levantaron, y los vivos huyeron despavoridos; los muertos se miraron unos a otros, y dijo uno de ellos:
-¿Qué sueño habrá sido éste?

-El peso de vuestra conciencia que aplastó vuestro cuerpo, y ojalá que al despertar tengáis remordimiento de haber pecado. El que todo lo puede ha sido clemente con vosotros, ¡idos!, que nunca volváis aquí, ¡marchad!

Los resucitados, como si los moviera un resorte mágico cayeron ante mí de rodillas, y como si se ahogaran se echaron la capucha sobre la espalda y sus cabezas descubiertas tocaron el polvo de la tierra, sus compañeros más repuestos del susto se reunieron a ellos, y todos prosternados dieron gracias a Dios por el milagro realizado, diciendo el jefe:

-Emprendamos el camino y entonemos alabanzas al que todo lo puede.

-Si: si; marchad, desventurados, marchad, pobres infelices, marchad, pobres ciegos del mundo. No son tus religiosos. Señor, ¡no son estos!-y tranquila y serena me retiré a mi celda. A poco llegó Angélica diciéndome:

-¡Ay, madre!, ¡de buena nos hemos escapado!, ¡qué susto he tenido!, no me llega la camisa al cuerpo.

-No temas. Dios por medio de Jesús me ha dicho que me salvaré de morir violentamente; y estoy persuadida, que aun estando muertos los frailes, los hubiera resucitado. Jesús resucitó a Lázaro.

-Y... ¿quién sabe si Lázaro estaba muerto? Jesús podría crear un mundo, pero no dar vida a un cuerpo en completa descomposición, donde todos sus componentes están desorganizados, donde la cohesión ya no existe porque cada partícula busca separadamente su centro de atracción.

-¿Quién te enseña esas cosas, Angélica?, ¿de cuándo acá, tan incrédula y tan sabia?

-No lo sé; mas... dejadme sentar, madre.

-Tambaleando se acercó a mi sillón y se dejó caer en él, quedándose dormida como un ángel, pero tan instantáneamente, que me quedé asombrada, y más aún, cuando me dijo Angélica con dulcísimo acento:

-Óyeme, tú has visto mucho en sueños y en videncias, nosotras, las almas, nos comunicamos por medio de otros seres. Tú en otras ocasiones has dormido a Angélica para que ella hablara y viera lo que tú veías, y hoy la duermo yo para hablar por medio de ella.

-¿Quién eres?

-Para otro daría un nombre:-pero tú... ¡mírame!

Entonces... lancé un grito de júbilo, júbilo imposible de poderlo explicar porque vi ante mi a mi adorada sobrina, a la hermosísima niña que un día me coronó de flores, pero en medio de mi alegría me asaltó un temor y exclamé:

-¡Hija mía!, ¡bendita seas!, pero, ¿qué has hecho del espíritu de Angélica?

-¡Mírale!, está de centinela junto a su cuerpo.

Efectivamente, me fijé en Angélica que dormía con el mayor reposo, y junto a ella, apoyado en el respaldo del sillón estaba su espíritu que tranquilamente me miraba.

-¿Estás enfadada?-pregunté temerosa a Angélica.

-No, no lo estoy; aprovecha la ocasión, y habla con ella.

Entonces, ¡cuánto hablé con mi adorada sobrina!, ¡qué hermosa estaba!, ¡qué hermosísima!, toda ella era luz y perfumes, ¡qué figura tan celestial!, yo la dije:

-Tú dejaste para mí una corona que aun conservo, flores me diste ayer, y

nuevas flores me das hoy.

-Si; flores de más valía; hoy vengo a enseñarte que a los muertos no se les puede resucitar, que Jesús no resucitó a nadie, porque las leyes de la naturaleza nadie las puede truncar.

-¿Entonces, miente el Evangelio?

-El Evangelio escrito por los hombres, sí; el verdadero Evangelio no; ¡es tan breve!, no dice más que esto: *Hacer el bien por el bien mismo.*

-Admiro cuando me dices, hermosa mía.

-Admite mis palabras porque son la verdad. No has hecho ningún milagro, no has hecho más que demostrar los hechos naturales de leyes aun no conocidas. Esos frailes, no estaban muertos, estaban magnetizados, no olvides mis palabras, *magnetizados;* y dentro de pocos siglos, el magnetismo será una ley conocida de todos, y el magnetismo servirá lo mismo para curar enfermedades, que para descubrir recónditos arcanos, será un auxiliar poderosísimo para determinadas ciencias, y desaparecerá el milagro ante la demostración de la verdad científica. Tú te has adelantado, tía mía, a esos días de luz, déjame que ponga mis manos sobre tu venerable cabeza, quiso darte más vida, más aliento, más esperanza, mira hacia abajo, mira.

Miré y vi una figura grande, majestuosa, que quise reconocer, y luego vi a un niño hermosísimo que me debió la vida y grité:

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Me volveré loca?

-No, no te volverás loca.

-Déjame besarte, hija mía.

-Aquí en la tierra, no hay besos para las almas: ya nos besaremos en el espacio. Angélica se despertó muy sonriente mirándome con grata sorpresa y diciéndome:

-¿Me habéis dormido otra vez, madre?

-No, hija mía; yo no te he dormido, tú te dormiste y me has dicho cosas y me has hecho revelaciones que nunca podía yo esperar de ti.

-Os creo, madre, os creo, me encuentro muy bien y con mucho apetito, pasemos al refectorio.

Así lo hicimos, y luego visité el asilo, los niños me recibieron como siempre, con *palmas y olivas* el niño filósofo me acarició más que los demás y me dijo con tono sentencioso:

-Madre, no es tiempo aun de que yo vuele, estoy esperando la hora.

-Pues no tienes motivos para quererte ir, aquí todos te quieren, y hasta te quieren demasiado, porque te miman más que a los demás.

-Sí yo no me quejo, madre, demasiado sé el valor de cuanto me dan, pero esto no me impide esperar la hora de mi libertad, no con impaciencia, pero si como el cumplimiento de una promesa divina.

Fatigada de tantas emociones, me retiré a pensar dentro de mi celda en todo lo que me había dicho mi sobrina, que mucho había que estudiar. "Los muertos no resucitan-me dije-. Dios creó leyes inmutables, nadie puede resucitar a un muerto; y estas *flores del cielo,* ¿qué misterio encerrarán?, para ellas no hay invierno ni primavera, siempre están lo mismo. Jamás una gota de agua ha humedecido la tierra que cubre sus raíces, nunca las he tocado, he temido tocarlas.

¿Porqué?, no lo sé, ¿y por qué no son como las demás flores? ¿Me atreveré a tocarlas?"

-Tócanos, si quieres-dijo una florecita-, que flores hallarás sin que haya flores.

-¿Cómo es eso?

-Toca-dijo otra flor-, procura persuadirte, y encontrarás troncos, y tallos, y hojas.

Las toqué, y efectivamente, encontré cuanto me dijeron, pero sin flexibilidad, no eran las flores de la tierra, aunque exhalaban suavísimos perfumes; y al tocar el jarrón que las contenía, éste arrojó sonidos metálicos que formaban una especie de armonía.

-¿Qué es esto, flores mías?

-Ya te has convencido que somos *flores*-dijo una flor-, pues somos almas, almas que bajo la forma de flores junto a ti estamos; nuestra forma es tomada de los elementos que hay en esta atmósfera; no brotamos de la tierra, somos agrupación de substancias que los sabios buscarán en el porvenir. Dios le ha dicho al hombre: "-Tú serás grande por la ciencia, tú crearás como yo, porque yo te daré elementos para ello; no serás como yo, pero serás el continuador de mi obra. No serás nunca Dios, porque no crearás las primeras substancias, pero si te valdrás de todos los elementos que encuentres en la naturaleza, para imitar a la naturaleza misma. El hombre que llegue a creerse tan grande como Dios, en su misma locura llevará el castigo, porque el sabio orgulloso y pretencioso pierde todo su valor, es una flor sin perfume, su hálito envenena; es un árbol cuya sombra produce la muerte; quiere volar y el fuego de su osadía y de su audacia quema sus alas, es un hijo que reniega de su padre, es un alma ingrata y de los desagradecidos es el reino de las tinieblas." Te damos esta lección porque merecida la tienes, porque cuando eras Iris, la mujer más hermosa de tu época, cuando un sabio te daba estas mismas lecciones, tú te enorgulleciste por tenerle a tus pies, y le vendiste para demostrar que la sabiduría, que todas las ciencias juntas, sirven de juguete a una mujer hermosa que enloquece con sus ojos y hechiza con sus palabras; que la materia y sólo la materia será la eterna reina del mundo; esto pensaste al entregar al sabio a sus verdugos; esto pensaste cuando acumulaste sobre su cabeza todos los crímenes que te sugirió tu bajeza y tu infamia; cayó el cuerpo del sabio, pero su alma se libertó de la muerte porque ningún alma puede morir, y luego cuando viste a lo que quedó reducido el mágico poder de tu hermosura, entonces volviste los ojos de tu entendimiento al sabio sacrificado, a su escuela por ti dispersada; los resplandores de su genio inmortal te iluminaron, y le amaste, y le pediste perdón humildemente, y le seguiste amando porque cada día se aumentaba su gloria y tu envilecimiento, mientras más él brillaba, en más densas tinieblas te envolvías; pues aun cuando él te decía de tiempo en tiempo. *Te perdono,* su mismo perdón engrandecía su figura y empequeñecía la tuya. Tu orgullo quedó Justamente castigado. De tiempo en tiempo le has visto hermosísimo, con todas las bellezas de su sabiduría y de su amor, y volverás a él, cuando tu espíritu sea tan sabio y tan bueno como aquel que tú vendiste desconociendo su inmensa sabiduría y su elevado sentimiento.

-¡Qué amargas son las verdades de la sabiduría!

-No; la sabiduría es la esencia de Dios, y no puede ser amarga; es el manjar

de los dioses; lo que si acontece, que las almas pequeñas con la tuya, aun no le encuentran su delicado sabor.

-Y cuando se encuentran dos sabios iguales, ¿qué hacen?, ¿cómo se complementan?, ¿los sabios también se aman?

-Sí: y amando ascienden, buscan nuevas grandezas, nuevos horizontes, nuevas fuentes de vida, preguntan, inquieren, investigan y emplean su tiempo mejor cada día; mas ahora no preguntes sobre lo que no comprendes, porque lo que te decimos no puede satisfacer tu curiosidad. ¡Es tan pequeño el horizonte que miras...! Tú no sabes más que dos almas se aman y se complementan, pues mira, los amores están en consonancia con lo que se trabaja; dos almas solo amándose, ¿qué SERÍAN en el universo?, dos átomos luminosos, pero muchas almas amándose entre si, son muchos soles que llenan el espacio. Un amor, es el producto de muchos sacrificios, un amor, es el resultado de muchas abnegaciones y martirios, y el conjunto de muchos amores, es la vida de las humanidades.

-Pero unid a los amores la poesía-dijo otra flor-, el alma es el niño eterno de Dios, si se remonta, si se engrandece, es porque la poesía le da sus alas, ¿qué sería un alma sin el instinto de lo bello, de lo armónico, de lo sublime?, ¿qué es un sol?, ¿por qué es luz?, esto preguntan los sabios, pues un sol, es una prueba del arte de Dios, porque un sol desarrolla la vida con todas sus bellezas, con todos sus atractivos. ¡Si supierais lo que vale un sol...! vuestro mismo planeta, ¿sabéis lo que es?, no; pues entonces no conocéis lo que es la poesía de Dios. ¿Sabéis lo que son las letras?, la impresión fiel de los cantos de las almas. ¿Hay letras en la naturaleza? Si, cada mundo es una letra del alfabeto del infinito, y la poesía, que es la sonrisa de Dios, une esas letras, y forma vocablos que las humanidades van leyendo y descifrando. Dios nos dice por medio de la poesía: "¿Oyes los cantos de los pajarillos en los bosques guardando sus nidos?" También canta el hombre junto a la cuna de sus hijos. Dios es el amor, y la ciencia eterna, y la poesía, el lenguaje divino que usa el hombre para hablarle a Dios.

-¡Bendito sea!, ¡bendito sea Dios!

-Si, repite siempre que Dios sea bendito, y repite también: ¡Bendita sea la poesía!, porque es la intermediaria entre Dios y el hombre.

-Gracias por vuestra lección, ¡flores mías!

-Alienta, trabaja, y no olvides que hay muertos que sirven para despertar las energías del alma: pero esos muertos no lo están en la carne, lo están en el espíritu, los muertos en la carne pertenecen a los gusanos, los muertos en el espíritu, son los que resucitan, son los que se levantan cuando escuchan una voz del cielo que les dice: "¡Levántate y anda!"

-Jamás olvidaré vuestra lección. En esto llegó Angélica y me dijo:

-¡Ay! madre, descansemos, es muy tarde, ¡tengo un sueno...!

La miré y encontré en su rostro una expresión de atontamiento que no me gustó nada, y la dije con severidad:

-Pues procura no dormirte cuando el sueño te atormente en pleno día, que no siempre conviene dormir, hay que estar despierto para luchar con las asechanzas de los que vemos y de los que no vemos.

CAPÍTULO XCIII

Después de algunos días, vino a verme mi amigo el sacerdote, y aunque siempre nos peleábamos, lo echaba mucho de menos cuando no venía; así es, que al verle me alegré tanto, que experimenté una alegría infantil, de la que hice la más ruidosa demostración, diciéndole con el mayor cariño: "¡Cuánto me alegro que hayáis venido!, ¡cuánto!" El me miró con recelo, tenía formada tan mala opinión de mí, que me temía, siempre creía que yo llevaba segunda intención. Yo no me preocupé por sus miradas recelosas, y le conté cuanto había ocurrido durante su ausencia, diciéndole al Final de mi relato:

-¿Qué será de los pobres frailes?

-Es que hacéis unas cosas extraordinarias.

-¿Qué se dice?, ¿ya sabíais lo acontecido?

-Si, lo sabia; y se dicen, ¡tantas cosas...!, que no es posible decir lo que *dicen.*

-¡Pobrecitos frailes!, ¡qué lejos están del reino de Dios!

-¿Qué decís?, ¿ellos lejos de Dios?, ¿los humildes siervos religiosos?, ¿qué locura?, ¡qué insensatez!, parece mentira que vos digáis semejantes disparates.

-Vamos, padre, sed franco conmigo; en realidad, vos no me queréis mal, sois arisco como todos los sabios lo son, pues les parece que la sabiduría está reñida con la amabilidad, lo que no deja de ser un error; dejad por un momento vuestro hermoso y honroso papel de sabio y hablemos como dos buenos compañeros. ¿No es verdad que no hay nada más hermoso que la verdad?, y el reino de Dios, ¿qué otra cosa es que la verdad?, o sea el conjunto de todo lo más sencillo y más puro; por eso los hipócritas religiosos, están tan lejos del reino de Dios. Nosotros, los que vestimos burdo sayal, decimos temblorosos: "¡Allá está Dios!" y doblamos las rodillas e inclinamos la cabeza y cerramos los ojos. ¿Por qué este miedo? ¿No corre el niño buscando a su madre lanzando ruidosos gritos?, pues, ¿por qué no corremos nosotros buscando a Dios si Dios es nuestro Padre?, cuando no corremos hacia El, es porque somos delincuentes.

-Luego vos queréis que Dios sea como un padre de la tierra.

-Si. señor, Dios es nuestro Padre, no es nuestro tirano, el amor de Dios no niega nada a sus hijos, nos da siempre, siempre, siempre; yo lo veo en mi, cuanto más le pido más me da. ¿Creéis que yo curo a los enfermos? No; es el amor de Dios, que me da sus inagotables raudales, y me dice:

"-¿Quieres dar vida?, pues toma vida", y El lo hace todo, todo. Yo le digo: "-¡Amor mío!, dame los manantiales de tu bondad", y sobre mi los vierte, como los derrama sobre todos sus hijos, que libres en su albedrío, hacen el uso que mejor les parece de los bienes que poseen; que pierden su capital y se declaran en quiebra, no importa, *el banquero del infinito* les vuelve a dar medios para vivir, y bien considerado, no hay un solo pobre en la creación: la pobreza es el resultado de los vicios, nunca su causa originaria; Dios reparte por igual sus dones, por eso debemos considerarle como Padre amantísimo.

-Bien, bien, vuestra filosofía es grandiosa, es sublime, pero no se la puede dar a las generaciones.

-¿Y por qué?

-Porque la humanidad no puede digerir manjar tan exquisito, y hay que poner murallas entre los grandes y los pequeños.

-Volvemos a las mismas, nunca nos podremos entender.

-¿Qué queréis?, yo os escucho como escucho el canto de los pájaros, muy dulce, muy grato, muy armonioso, y nada más.

-Eso no; eso no; hay en mí más que el canto del ave.

-Creedme, hablemos de otra cosa, los cortesanos que vinieron buscando la salud, ya están en marcha.

-¿En marcha?, pues por ser cortesanos poca educación han tenido.

-No prosigáis, que por ellos vengo delegado para haceros presente su agradecimiento. ¡Al fin, mujer!, ¡qué contraste!, tan pronto subís a los cielos del más puro y encantador idealismo, como bajáis a la tierra con sus miserias y rencillas. Nunca he visto tan cerca uno del otro al gigante y al pigmeo, en vos se tocan y se confunden formando un todo incomprensible. Y ahora, quien debo darme por ofendido soy yo, pues en nada tenéis cuanto yo he trabajado para conseguir valiosos resultados.

-No os incomodéis, ya sé lo que habéis hecho, me habéis elevado hasta el cielo de vuestra Iglesia, pero ese cielo no lo necesito, porque ese cielo da esplendores a los poderosos y miseria a los desvalidos.

-Pues os advierto muy seriamente que nunca volveré a serviros en nada.

-Escuchadme: vos servís a vuestra Iglesia, y yo a la mía; la vuestra es muy pequeña, la rodean altos muros, la mía es la inmensidad.

-Nunca nos entenderemos.

-Sí que nos entenderemos: vos me queréis.

-De eso os valéis, os quiero a pesar mío como una creación divina, no como creación humana.

-Pues mirad, ahora quiero una cosa y la conseguiré.

-¿Qué queréis?, ¿algún nuevo capricho?

-Capricho, no, quiero que vuelvan aquí los cortesanos antes de llegar a la corte y volverán.

-Imposible, si van directamente a la corte.

-Pues volverán, porque entre ellos va una mujer que necesita de mí.

-¿Los haréis volver?

-Yo no; ellos volverán.

-Me alegro mucho de saberlo para no venir en unos cuantos días.

-Ya vendréis, ya vendréis mañana, os espero.

Cuando me quedé sola me encontré muy contenta, contentísima, ya no quería su amor, pero si su sabia protección, ¡era tan sabio...!

Seguí pensando en los cortesanos y los califiqué de groseros, porque lo eran en realidad. Donde se encuentra la salud, ¡qué menos puede dejarse que una sonrisa de gratitud...! Vino Angélica y hablé mucho con ella, que me preguntó:

-¿Y los cortesanos?

-Se han marchado.

-¿Qué decís?

-Lo que oyes, pero volverán.

-Volverán, ¿y cuándo?

-Tal vez muy pronto.

Llegó la noche, nos acostamos y Angélica se durmió enseguida, yo no, porque estaba viendo sin moverme de mi lecho, cómo avanzaban los cortesanos en sus carrozas rodeadas de sus servidores. Al fin llegaron ante el convento, pidiendo hospitalidad, se la concedí, dejando para el día siguiente nuestra última entrevista; quise dormir, pero no pude: y al amanecer me levanté, y saludé al sol diciéndole:

"¡Bendito seas!, porque tú eres la mirada de Dios. tú eres el representante del tiempo", y al salir de mi celda oí una voz que murmuró en mi oído: "-¡Pobrecillos!, ¡qué sería de vosotros sin un rayo de sol!" Salí al huerto y allí me reanimé; sin saber por qué estaba contenta de mi misma. Angélica se reanimó conmigo y me dijo:

-Los huéspedes ya están levantados y quieren visitar el asilo.

-Pues juntos lo visitaremos.

-Esperad un poco, madre, que hay algo que arreglar.

-Te equivocas; los grandes deben ver cómo viven los pobres, no hay que tapar las llagas sociales, hay por el contrario que descubrirlas, no ocultemos las espinas, que como hacen daño se recuerdan; en cambio, el perfume de las flores se evapora, hay que impresionar, no hay que halagar.

Me llamaron los cortesanos, y al verme, ¡cuántas mentiras dijeron!, ¡cuántas alabanzas!, ¡cuántas exageraciones!, sólo dos niñas, las hijas de la dama incurable me abrazaron con toda su alma diciéndome las dos a la vez:

-Madre, nuestra madre no se cura.

-Si curará, si curará, ya lo veréis.

-Nos hará morir.

-No, hijas mías: vuestra madre cambiará muchísimo, os respetará, y casi, casi os amará.

En esto llegó la madre de las niñas, y al ver que éstas me tenían abrazada, nos miró sorprendida y dijo con sequedad:

-¿Qué hacen mis hijas?

-Ya lo veis, me quieren, son muy cariñosas, son dos ángeles y debéis aprovecharos de sus virtudes, que los ángeles no abundan en la tierra; ahora, hijas mías, dejadme sola con vuestra madre, que las dos tenemos que hablar.

Las niñas me obedecieron, y al quedarnos solas, la dama me miró de un modo muy extraño, sus hermosos ojos se enrojecieron, su rostro se coloreó y palideció al mismo tiempo, su pequeña boca se cubrió de blanquísima espuma y comenzó a hablar de un modo tan insolente, tan provocativo, tan insultante, que dije:

-¿Con quién habló?

-Con nosotros.

-¿Luego, sois más de uno?

-Si: somos varios los que poseemos este cuerpo.

Al decir esto, tiraron a la dama al suelo, sin que yo pudiera evitarlo, y entonces, ¡qué de gritos lanzó aquella mujer!, juramentos horribles, blasfemias espantosas, amenazas, improperios, las palabras más soeces salían de aquella pequeña boca, que arrojaba de continuo oleadas de espuma; todos los cortesanos acudieron al oír sus gritos, pero a ninguno le dejé entrar en el aposento en que nos hallábamos, sólo sus hijas rompieron por todo y entraron, pero las hice marchar

diciéndoles: "-Idos, hijas mías, que sobre todas las malas voluntades, está la voluntad de Dios." Entró Angélica y a ésta no la despedí, al contrario, la dije imperiosamente:

-Ponte junto a la cabeza de esta mujer, mira y habla.

-¡Ay, madre!, ¡despenadme por el amor de Dios!, aquí hay muchos hombres armados, quieren ahogarme, me amenazan y quieren rodearme... uno, uno viene dispuesto a ahogarme.

-No temas-le dije, y le pasé mi mano por la garganta con tal fuerza y tal empuje, que Angélica lanzó un suspiró de satisfacción abriendo repetidas veces la boca.

-Habla, habla, que ya puedes hablar sin temor.

-Aquí hay hombres horribles, espantosos, hay uno que parece un gigante, y éste envuelve a la dama con una capa rojiza, es una de tela transparente.

-Pues rompe esa capa.

-Rómpela tú-dijo una voz sarcástica, con la más cruel ironía.

-No necesito romperla yo, ella la romperá porque yo lo quiero.

La dama lanzó un rugido tan rabioso, que me hizo estremecer, yAngélica dijo débilmente:

-¡Ay!, ya he roto la capa, pero me han arrancado el corazón.

-Nada te han arrancado, levanta a esa mujer. La dama se levantó, abrió los ojos y dijo:

-¡ay, qué sueño tan extraño!

-Dame tu mano.

Me la dio y se quedó como extática, la hice salir de la estancia: Angélica aun dormida la seguía muy de cerca, llegamos al huerto y junto a la fuentecita nos sentamos, y Angélica me dijo:

-¡Madre, despenadme por piedad!

-Bueno, retírate, y al despeñarte no te acuerdes de cuando ha sucedido, que no quede en ti más recuerdo que una íntima satisfacción, el goce que deja como herencia divina una buena acción.

Me quedé sola con la dama, la desperté y la dije:

-Hablemos, hablemos como si toda la vida nos hubiéramos tratado; sois madre, y las madres deben ser soles sin eclipse para sus hijos; no sois un espíritu malo, pero estáis dominada por malos espíritus.

-¿Malos espíritus...?

-Si; malos espíritus, porque vuestro loco orgullo los atrae, vuestra vanidad os ciega, y os domina de tal manera, que creéis que todos los grandes de la tierra deben humillarse ante vos, y de los pobres no hablemos, para vos son peores que esclavos; no les concedéis ni aún alma, son *cosas* que se mueven y nada más; vinisteis aquí buscando la salud, fuisteis a la fuente, bebisteis su agua milagrosa, y nada satisfactorio habéis obtenido; porque para curaros tenéis que cambiar radicalmente de vida. La dama quiso llorar, miró a todos lados, suspiró acongojada y yo la dije:

-Bueno es suspirar, tras de los suspiros viene el deseo de ser bueno. ¿Queréis hacer confesión? No la necesito, todo lo sé.

-¿todo?, ¿todo?, ¡por Dios, callad!

-No temáis, aquí nadie nos oye -y le conté varios pasajes de su vida, que una voz iba relatando en mi oído. Ella temblaba convulsivamente y yo seguí diciendo-: Vuestras hijas son el testimonio de vuestra infamia: sin embargo, debéis amarlas porque ellas son inocentes, ellas no se han manchado con el lodo de la culpa, ellas no sospechan la criminalidad de su madre, las habéis querido matar más de una vez, para cubrir vuestra debilidad con el más horroroso de los crímenes, ¡matar a un inocente...! ¡a dos inocentes que han vivido dentro de vuestras entrañas!, y en esos momentos que os habéis colocado a más bajo nivel que las fieras, es cuando los malos espíritus han batido palmas y se han apoderado de su presa, y vengando pasados agravios, han dicho: "Ya eres nuestra, para ti no hay salvación posible." Tenéis muchos enemigos, señora, porque vuestro orgullo y vuestra vanidad los ha creado, porque nunca habéis compadecido el dolor ajeno, y el que no compadece, justo es que sufra las consecuencias de su impiedad; pero todo tiene su término cuando el espíritu quiere que lo tenga reconociendo su flaqueza. Vos al venir aquí, por algo habéis venido, y por algo me fijé mas en vos que en todos los demás. Yo os aliviaré y os daré aliento, quiero que améis a vuestras hijas, aunque la una os recuerda a un capitán de bandidos y la otra a un ejecutor de la justicia; no importa, ellas son vuestras hijas y debéis amarlas porque son, no lo olvidéis, los dos únicos seres que os aman en la tierra.

La dama se abrazó a mi con tal delirio, que parecía imposible que fuese la misma mujer de algunas horas antes, me dirigió las frases más apasionadas y más agradecidas, hasta me llamó madre y reina de los cielos y yo la dije:

-Poco a poco, no soy ni *madre* ni *reina;* soy un alma que os quiere y desea vuestro bien *aquí* y *allá.*

-Madre, yo os juro que os obedeceré en todo y por todo.

-¿Queréis entregaros a mí con absoluta confianza?

-Si, quiero.

-Pues dejadme hacer sin pronunciar una sola palabra. Y, según me fueron inspirando, pues yo obraba sin saber lo que hacía, la limpié de malos fluidos, dándole después fluidos de amor, la magneticé con tal energía que la dama se transfiguró por completo, ¡qué hermosa estaba!, y cuando me di por satisfecha de mi trabajo, la dije:

-Quiero que seas buena, y si no lo fueras, que te mate un rayo, que no hacen falta en la tierra los miserables. Ahora bebe agua de esta fuente, esta agua es el agua del pacto que haces con la virtud, y con la verdad. Recuerda el martirio de Jesús, y ten la completa seguridad, que esa agua te dará la salud del cuerpo y la salud del alma y esa agua buscando más tarde la fuente de tus ojos, de ellos brotará convertida en benéfico rocío, recoge en el hueco de tus manos sus preciosas gotas, y cuando tengas cantidad bastante, vierte aquel liquido divino sobre tu cabeza, quesera tu bautismo en la tierra y tu purificación en los cielos.

Mis palabras produjeron en la pecadora un efecto mágico, lloró a mares, parecía que sus grandes ojos iban a disolverse en agua, la dejé llorar sir decirle una sola palabra, antes al contrario, me alejé a prudente distancia y la dejé sola hablando con su conciencia: cuando se tranquilizó vino en mi busca, y me abrazó estrechamente diciéndome:

-¡Madre!, ¡madre!, nunca os olvidaré ahora dejadme reposar.

-Ya reposaréis, he de concluir mi trabajo.

Y que quiso que no quiso, la hice recorrer todo el asilo, le conté historias interesantísimas de niños huérfanos, de ancianos abandonados; y conforme yo iba hablando, la mujer redimida me miraba anhelante, y así como antes me seguía a la fuerza, después de oírme, ella se adelantaba; cogía a un niño en sus brazos y me decía: "¿Y éste, qué historia tiene?" Cuando concluimos de visitar el asilo me dijo la dama:

-¡Ay!, madre, quisiera quedarme aquí de hermana de la caridad.

-Es imposible; tenéis dos hijas y éstas reclaman vuestros maternales cuidados. Una madre es la mejor hermana de la caridad, la madre que abandona a sus hijos, es indigna de servir a los huérfanos.

La redimida me abrazó sollozando, acudieron sus hijas y las cuatro formamos un grupo de amor. ¡Pobres niñas!, ¡con qué delirio me besaban!, cuando se fueron dije a la dama:

-Nunca volveréis a sentir la dominación de los malos espíritus, y vosotras, hijas mías, dad gracias a Dios que en su piedad os ha devuelto el amor de vuestra madre ¿lo entendéis?, vuestra madre os ama, ayer estaba enferma, hoy ha sanado y sano está su cuerpo y sana está su alma: decid conmigo, hijas mías: ¡Bendita sea la misericordia de Dios!, ¡bendita sea!

CAPÍTULO XCIV

Pasado ya lo accidentado de todos aquellos momentos en los cuales había empleado todas mis energías, procuré en lo posible darme cuenta de mi situación, y logrando mi propósito, me encontré tan pequeñita, que me parecía imposible sostener tantas batallas; que si mucho arredra y espanta luchar con adversarios que se ven, pelear con enemigos invisibles es muy distinto. "¡Voluntad me sobra!-exclamé, acongojada-pero: ¡ay, Señor!, que no todo lo puede la voluntad, ¿quién soy yo? ¿Señor?, me aterra mi pequeñez; ¿quién soy? Y oí una voz que me dijo:

-¿Quién eres?, un algo que mañana puede ser un mundo; porque no eres un algo orgulloso: te ves pigmeo, pero llegarás a ser grande.

-Señor, ¿puede dejar el alma de ser?, me aturde mi porvenir. Yo soñadora de los tiempos, idealista del amor divino, ¿qué será mi porvenir?, tengo miedo, tengo espanto.

Y oí otra voz que me dijo con gran energía:

-Levántese el pigmeo, que es suyo el porvenir. Sentí tanto consuelo con aquellas palabras que pregunté más animosa:

-Señor, ¿en dónde está la felicidad?, ¿está en el canto de las aves?, ¿está en la contemplación de las innumerables bellezas que encierra el universo? -dije, y me contestó otra voz:

-¡Felicidad!, ¡felicidad!, el alma es feliz cuando no comete ningún delito y cuando conoce las leyes inmutables que rigen los mundos.

Me conmoví tanto, que lloré mucho, mucho lloré y me sentí sin fuerzas, me espantaba la lucha de la vida, y murmuré con la mayor angustia: '¡Cuántas luchas, Dios mío!, ¡cuántas luchas!" Y oí una vocecita muy dulce que me dijo:

-Hoy eres un ciego del universo, haces el bien sin ver, mañana verás claro y

dejarás de ser ignorante. Cuando podías aprender, destruiste sin compasión los cimientos de la primera escuela filosófica de ese mundo, y ahora *a ciegas* vas construyendo, sin saber ni conocer el valor de lo que construyes; mañana construirás y sabrás medir los codos que tengan tus construcciones.

-Me contento por hoy con mi papel de ciego, pero quiero ser el ciego del bien, quiero ser útil a mis semejantes, y cuando despierte iré aprendiendo, ¡tengo tanto que aprender!

Me quedé después como dormida y quise volar, pero una mano de hierro me detuvo, y una voz me dijo:

-¿A dónde vas?, no puedes aún volar, tienes que aprovechar tu existencia.

-¿Y el bien que hago, me lo agradecerán?

-¿Y qué te importa el agradecimiento?

-¿Pero no soy digna de que me tengan agradecimiento?

-Aun no; recogerás la semilla de la gratitud cuando sepas edificar tu entendimiento, cuando sólidamente levantes el edificio de tu razón, trabaja y espera.

Me desperté y me encontré muy bien, mis fuerzas quedaron equilibradas, había pasado la crisis, y con nuevo ardor me dediqué a mis habituales tareas, en las que me ayudaba con la mejor voluntad Angélica, que cada día me quería más, lo mismo que la comunidad, que desde la primera hasta la última, todas ellas me demostraban su afecto, tanto es así, que un día de sobremesa, dije a mis compañeras:

-Creo que voy a morir, me queréis tanto que no me creo acreedora a tanta felicidad, este estado tan feliz no puede durar mucho, es imposible.

-Madre-dijo una monja-, estamos identificadas con nuestra voluntad, somos vuestras hijas, mandad.

-Gracias, hijas mías, ¡cuánto bien os debo!, ahora escuchadme atentamente:

Deseo que como a mí me queréis, os queráis las unas a las otras: es mi único deseo, que os améis, porque sólo en el amor mutuo está la felicidad-las miré, y todas bajaron los ojos, y repetí con energía-: No quiero que me améis a mi sola, quiero que os améis las unas a las otras. Miraos, os lo exijo-se miraron, pero sus miradas no revelaban el cariño, y repliqué-: Adormeced vuestros malos sentimientos y miraos sin rencores-pero no pude conseguir mi deseo, y dije a Angélica-: ¿Ves?, estas mujeres no se miran como tú y yo, entre ellas hay desconfianza, ¿qué puede esperarse de una agrupación que no se ama...? Una comunidad es una familia en embrión que debe buscar la perfección. A ti y a mi nos quieren, ¿por qué no se quieren ellas así? Vosotras sabéis que yo amo a Dios de verdad, por eso me queréis, ¿por qué no me imitáis? Para las buenas obras todas estáis a la misma altura, ¿por qué para quereros no habéis de estarlo también? ¿Tenéis celos unas de otras?, no tenerlos; que todas valéis, todas tenéis virtudes-todas me miraron y enmudecieron y yo las dije-: No quiero vuestro silencio, quiero vuestra confianza. Hablad, ¿me amáis?, lo sé, vuestros ojos lo dicen. ¿Os amáis vosotras?, no; vuestras miradas revelan que no os queréis. ¿Os creéis humilladas las unas por las otras? Confesaos conmigo-nadie habló, todas se miraron con recelo y yo dije-: ¿Queréis que yo os pregunte a una por una?

-Madre, no nos obliguéis a decir nuestros pecados.

-Es que el alma debe ser leal y decir lo que siente, lo que desea, lo que sueña; dime, tú que has hablado: ¿de qué te quejas de tus compañeras?, y vosotras pensad en corregiros, hay que armonizarse, habla tú-y habló la monja quejándose de sus penosas y humildes ocupaciones, y confesó que ya estaba harta de tanto sufrir.

-¿Y cómo estamos de celos?

-Madre, tengo celos de todas, perdonadme. Fueron hablando todas, y a todas hice la misma pregunta. "¿Y cómo estamos de celos?", y cada una fue contestando: "Madre, tengo celos de todas", sólo la última que habló me dijo:

-Estoy contenta de todo.

-¿Y de celos cómo estamos?

-Madre, no conozco esa enfermedad, si tuviera que morir por mis compañeras, moriría gustosísima; sólo tentó celos de las almas que ya están en el reino de los cielos.

-Hijas mías, miraos bien, una comunidad es una familia, he tenido que preguntaros si teníais celos, porque no hay corazón sin ellos. ¿Cuál de vosotras quiere llegar a mi primero?

-Yo, yo, yo-gritaron todas.

-Pues miraros sin celos y venid todas a mis brazos, quiero que seáis buenas las unas para las otras-todas me abrazaron con el mayor cariño, habláronme con la más dulce confianza, y yo les decía-: Así, así, hijas mías, así quiero veros. Después me retiré a mi estancia con Angélica, a la que dije:

-Quiero que me avises cuando te parezca oportuno para que repita mi amonestación de hoy, porque suelo atender a lo de fuera, y desatiendo a lo de adentro, tengo ese defecto, y es un defecto capital.

Me quedé sola, y enseguida comencé a Filosofar diciendo:

-¡Qué triste es vivir, Dios mío...! ¿cuándo la humanidad será un solo rebaño con un solo pastor?"

-Jamás-dijo una voz-, la lucha será eterna, la virtud luchará contra el vicio, la sabiduría con la ignorancia, la actividad con la indolencia; la ascensión eterna es la vida, la escala universal es el símbolo del progreso indefinido de todo cuanto existe en la creación.

-¿Y yo sabré subir, Dios mío? ¿Podré hacer el bien...? En aquel momento entró mi amigo el capellán, al que le dije:

-¡Cuánto me alegro de veros!

-Me alegro que os alegréis.

-¿No estáis bien?

-Nunca lo estoy.

-¿Estáis enamorado?

-¿Qué decís?, ¿acaso puedo yo enamorarme?

-Bien me lo habéis dicho en otras ocasiones; y no es ningún disparate, sois un hombre, y los hombres aman.

-Hablemos como queráis, pero... ¿las paredes oyen?

-No, no oyen.

-Pero, ¿a qué hemos de hablar de amores?

-Pues, por la sencilla razón de que es muy natural hablar de amores. ¿Pueden acaso los votos religiosos endurecer y petrificar el corazón? Vos que habréis oído tantas confesiones, ¡cuánto habréis amado! Yo confieso que si hubiera tenido que confesar a un hombre que me hubiera gustado, le hubiese amado, que la flaqueza va unida al hombre, y la tentación de querer lo prohibido es innata en la raza humana. ¿Queréis que hablemos de las pasiones en sentido ambiguo?, tenemos mucho que hablar, muchísimo.

-¿Y qué nos dará asunto sobrado?

-La Comunidad que tengo a mi cargo.

-¿Queréis analizar sus pasiones?

-No; yo no quiero ir tan al fondo; sólo trato de que la moral más pura impere en ella, por eso la obligo a trabajar, para que el cansancio del cuerpo evite los abusos degradantes que hay en otras comunidades; os quiero hablar de lo mucho que me quiere la comunidad.

-Eso ya lo sabía, decidme algo más nuevo.

-¿Qué haríais vos para curar los celos que existen entre ellas...? vos sois maestro en esto de los celos, los conocéis a fondo, y los recelos también, por eso os pido un consejo. ¡Ah!, antes que se me olvide, ¿qué esperáis vos del mundo y de la religión?

-Pero, ¿dónde vais a parar con tantas preguntas? Del mundo espero desengaños, de la religión espero un nombre, un titulo de grandeza y un lugar privilegiado en la historia.

-¿Creéis que os harán santo?

-No pienso en eso, mas creo que la religión reconocerá lo que valgo.

-Pues entonces, os hará santo, porque vos brilláis y llamáis mucho la atención, y nuestra religión santifica a los intrigantes, no a los mártires, no a los que sufren hambre y sed por no manchar su conciencia. Yo de mi Iglesia no quiero más que justicia, si es que puede hacer justicia un atajo de ingratos que todo lo falsifican y con todo comercian. Escribirán mi historia y... ¡cuánto mentirán...! yo mientras tanto lucharé en el espacio por mi eterno progreso.

-Mas, ¿queréis decirme, a qué viene tanto divagar?, ¿dónde se quedan mis recelos y mis celos?

-Tenéis razón, mas no os apuréis, que para todo habrá tiempo, volvamos, pues, a tratar el asunto de los celos. Tenéis celos de mí, y recelos de Angélica.

Pues es verdad, lo habéis adivinado; tengo celos de vuestra gloria, de vuestro nombre que será inmortal, y de Angélica tengo recelos porque quiere a un hombre, yo lo sé.

-¿De veras?, cuánto me alegraría que ella fuese dichosa, ¡es tan buena!, ¡quiere tanto a los niños!, ¡es tan complaciente con los ancianos!, ¡señalan buena madre de familia!

-Pues, cuidado con lo que hacéis, que según veo, seríais capaz de pedirle al Papa la libertad de Angélica; y tened entendido que yo la quiero, que sueño con ella, porque ella es mi vida.

-¡Ah...! ¿ya no os asusta el confesar que estáis enamorado? ¿veis cómo sobre todos los votos religiosos están las pasiones humanas?

-Es que yo respetaré a Angélica en la clausura, pero si por vos sale del

claustro, entonces ya veríais de lo que sería capaz mi amor.

-Recordad que ella os odia.

-No me importa; el odio entre las mujeres y los hombres es un problema, que soluciona el tiempo de un momento a veces no esperado; cuidad que no se separe de vos, porque creedme, haría lo que no pensáis, puedo mucho, ya veis si os respeto, renuncio a mi gloria terrena, a la satisfacción de mis deseos, porque veláis por ella. Cuando se fue mi amigo, dije resueltamente:

-Queda en pie mi tesis anterior: sobre todos los votos religiosos están las pasiones humanas, está el poder de la naturaleza, está la ley de la eterna reproducción. ¡Religiones!, ¡religiones!, ¡qué poco valéis!, y desdichada la causa sacerdotal que vive mintiendo, que vive negando la más hermosa de las leyes, la ley del amor, la ley de la reproducción universal.

CAPÍTULO XCV

Terminada la entrevista entre mi amigo el sacerdote y yo, me quedé dudando como siempre. El era más sabio que yo, pero yo tenía más inspiración. Cuando hablaba con él, me quedaba muy pensativa: pensé luego en mi comunidad, todas las monjas me querían, todas, y a ellas yo también las quería, trataba de consolarme con su cariño, pero pensaba en mi clausura, y mi clausura me entristecía, pensé mucho en Angélica y en el sacerdote, recordé lo que Angélica gozaba mirando a las madres de familia y me pregunté: "¿Si tendrá ella amores?, si se va me quedaré muy sola, ¡me quiere tanto...! ella es la alma de este convento; pero si la retengo seré egoísta, y no debo ser egoísta."

Traté de hablar con Angélica cuanto antes, le hablé de amores, y le pinté las glorias de la maternidad. Ella me miró asombrada y me dijo:

-Madre; si fuerais más joven diría que os queríais fugar.

-No, hija mía; yo hablo de las jóvenes, de ti por ejemplo.

-Pues bien, madre, yo sueño con los niños y la maternidad, y sueño con un hombre joven y hermoso, vigoroso y gentil, pero recuerdo que yo también he visto familias desgraciadísimas, y temo ser yo también desventurada: y en esta enojosa duda, prefiero vivir junto a vos.

-Angélica, hija mía; quiero que seas franca conmigo. No quiero rodeos ni subterfugios. ¿Amas a un hombre?

-Si, madre; estoy enamorada de un imposible, el hombre a quien yo me refiero, es casado y con hijos.

-¿Te ha dicho que te amaba?

-No es necesario hablar, madre, los ojos hablan. El me miró, yo le miré, y él me dijo con su mirada: "¡Sería un crimen nuestro amor...!" y yo le respondí sin hablar:

"Tenéis razón, ¡es imposible!" No os apuréis, madre, a vuestro lado he aprendido mucho, y me he salvado de cometer muchas locuras, hubiera sido feliz un segundo, para tener después una eternidad de dolor; así es, que a vuestro lado he aprendido a beber gota a gota el cáliz de la amargura; quien mucho ama, mucho padece, y vos, madre mía, padecéis mucho, porque amáis al sacerdote, y cada vez que viene, ¡cuánto, cuánto sufrís...!

Me abrazó Angélica con la mayor ternura y se fue. Muchísimo pensé en mi

compañera, pero no encontré el medio de hacerla dichosa. Los imposibles en la tierra no tienen más solución que el martirio y Angélica tenía que ser mártir.

Pasaron algunos días y volvió el sacerdote muy contento, muy dispuesto a discutir, pero yo al verle no sé lo que sentí; su alegría me hizo daño, y le dije con desabrimiento:

-Hoy no estoy para filosofar.

-¿Y por qué?, ¿qué os sucede? Yo sin poderme contener lloré amargamente y él se conmovió mucho diciéndome:

-¿Qué tenéis?, si os he ofendido, perdonadme, tened compasión de mí.

-No me comprendéis, no me ofendéis, no hay más sino que llevamos rumbo distinto, vos estáis apegado a las mentiras religiosas y yo le rindo culto a la razón: sólo en un punto estamos acordes, en que los dos bebemos un licor muy amargo, aunque en distinto cáliz. El se quedó muy triste al escuchar más sentenciosas palabras, y yo le dije:

-Diréis que estoy loca, porque siempre os hablo de amores, y de amores imposibles. Decidme, ¿me queréis como si fuera vuestra hermana?

-No digo como a una hermana, como a una hija.

-Más amor quiero yo, más amor.

-Yo os amo como se ama lo ideal, lo que va directamente al cielo, sois el imán de mi alma, os quiero... hasta cierto punto, hay algo que me detiene.

-Decidme: ¿A mi personalidad la rechazáis?

-No, porque vuestro cuerpo, no lo considero cuerpo de carne y huesos, os respetó y os venero, como se venera a una santa.

-¿Y qué pensaréis después de mi muerte?

-No habléis de muerte.

-Es que yo me iré antes que vos, tengo una sed de amor inextinguible, deseo oír una voz que me diga: "¡te amo!, ¡te amo!, ¡te amo!" y esa voz no la escucho aquí.

-¿Habéis dudado de mi lealtad?, ¿queréis que os diga que os quiero? Pues os amo como a una hija rebelde, como a una hermana incorregible, como a una madre, más aún: como se ama el ideal más hermoso, que encierra en sus mallas de oro todas nuestras doradas ilusiones.

-Pues yo os amo más aún: yo os amo como se ama en la tierra y en el cielo.

Entró Angélica y me miró sonriendo melancólicamente, diciéndome con su significativa sonrisa:

-¡Madre! ya estáis bebiendo el cáliz de la amargura. El miró a Angélica de un modo, que ella le dijo:

-¿Por qué me miráis así?

-No sé cómo os miraba, estaba distraído, a veces se mira sin ver, si os he ofendido, perdonadme, como yo os perdono.

-Mentís, vos no sabéis perdonar; ya he visto lo que hicisteis cuando estuvieron aquí vuestros compañeros: no la hicisteis morir entonces-y me señaló con su diestra-, porque os fue imposible, y sé que si ella muriera me haríais morir a fuego lento si no cedía a vuestras impuras exigencias.

-No os castigo como merecéis porque vuestra madre os salva, pero si ella muere, tenéis razón, yo venceré a la leona.

-No me venceréis, la leona sabrá defenderse de todos los tigres religiosos. Oídme bien; ¡os odio!, ¡os odio!, ¡os odio!, y no sé por qué; aquí somos tres, que los tres sufrimos y sufriremos, ¡siempre!, ¡siempre...!

Y como si escuchara una voz lejana que la llamase imperiosamente, salió Angélica de mi celda corriendo velozmente.

El sacerdote quedó como aterrado con las frases de Angélica, y murmuró con desaliento:

-¿Qué misterio hay aquí?, entro contento y ¡salgo llorando! Se fue sin decirme adiós, y yo me quedé triste, muy triste, arrepentida, muy arrepentida de mis exigencias, de mis delirios, de mis locos deseos. ¡Ay! Toda una humanidad podrá decir a un espíritu: "¡Te amo!, ¡te amo!, ¡te amo!", pero aquel espíritu tan amado seguirá sintiendo el mismo vacío, porque entre tantas voces amorosas falta una, la que encuentra eco en su pensamiento y en su corazón; y toda una humanidad enmudeciendo, y un solo ser diciendo: "¡te amo!"; aquel *¡te amo!,* hace de la tierra un cielo. ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿qué soy yo?, mi alma ama a dos seres a la vez; uno está en el cielo, y otro está en la tierra; ¡el del cielo es tan hermoso...! ¡pero el de la tierra también me atrae, el del cielo no se enoja conmigo, el de aquí... qué pequeño es!, ¡yo no sé cómo le amo...! Miré después, y vi lejos, muy lejos al amor de mis amores; ¡qué hermoso estaba!, trabajaba con las generaciones, yo veía muchedumbres que rompían la endurecida tierra con herramientas luminosas, otras multitudes escribían en grandes hojas de pergamino y El hablaba con unos y con otros, se multiplicaba porque le veía en todas partes, pero estaba tan lejos, era tan inmensa la distancia que de El me separaba, que dije con la mayor angustia:

-¿No puedo llegar hasta ti?

-No te apresures, correr no es progresar.

-Pero, ¿me amáis? ¿Y qué hago, sino esperarte? Dice que me espera, pero no me ha dicho que me amaba, y le pregunté de nuevo:

-¿Me amáis...?

-¿cuándo he dejado de amarte?, mi amor le guarda, mi amor te eleva-y le vi cómo se acercaba lentamente y nos encontramos los dos en la fuente de mi redención y El me dijo:

-Mi amor es tu vida; ámame, pero ámame con el martirio que me hiciste sufrir en otro tiempo. ¡Te amo!, ¡te amo!

Yo creí que nacía de nuevo, aquel *te amo,* repetido, me hizo sentir lo que nunca había sentido, sensación inexplicable que jamás podré definir, que nunca el lenguaje humano podrá interpretar los goces divinos.

Bebí agua de la fuente, que me pareció el néctar de los dioses, y en rústico vaso de tosca piedra le ofrecí agua, al que con sus palabras me había dado la vida. El bebió y me dijo:

-¿Ves?, tu vida es ésta, dar agua a los sedientos de amor y de verdad.

-Déjame ir contigo.

-No puede ser aún, no puedes venir.

-Entonces acompáñame.

-¿Dónde?

-A mi convento. Me vi en mi celda y El me dijo:

-¿Qué más quieres?

-Déjame adorarte como a Dios.

-No delires, cuando comprendas la grandeza de Dios, ¡entonces! te convencerás de que yo soy únicamente uno de los hijos de Dios.

CAPÍTULO XCVI

Debido a las emociones que sentía mi espíritu ante las videncias que continuamente tenía, desarrollándose en mi alrededor escenas interesantísimas, tomó mi ser humano una corriente verdaderamente peligrosa, porque sólo anhelaba mi espíritu huir cuanto antes de la tierra. Yo quería vivir, en relación directa con todo aquello que me atraía, que me seducía, que me arrebataba de la tierra, y con aquel voraz deseo que me consumía, cuanto me rodeaba lo encontraba triste, muy triste; mi celda aunque era muy hermosa, a mí me parecía una mazmorra. Yo en mis momentos de lucidez reconocía que no tenía razón para quejarme y decía acongojada: "-¡Cuántos pobres quisieran vivir como yo vivo!, pero, Señor, a pesar que todos los desvalidos se darían por muy contentos con poseer lo que yo poseo, yo me canso. Señor, de este encierro, yo necesito ancho espacio para vivir, y seguir los impulsos de mi corazón. Yo, Dios mío, quiero honrarme y honraros, me dais un mundo de mendigos. ¿Qué importa que entre esos mendigos haya hombres de talento?, si esos hombres mienten hipócritamente. Me dan un Cristo clavado en cruz y yo no quiero ese Cristo, yo quiero el Cristo que yo veo, ¡grande!, ¡hermoso!, ¡sublime!, dando vida a las humanidades con su aliento, enseñando a los pueblos el camino de la perfección por medio del trabajo y del mutuo sacrificio. Yo quiero hablar de su espléndida hermosura, y ¡no puedo!, no puedo ni escribir ni hablar, mis juramentos, mis votos me lo prohíben. Yo quisiera decir ¡amo a un hombre!, mi corazón es sensible a las dulzuras inefables del amor, y... ¡no puedo decirlo...! una religiosa no puede amar más que a sus ídolos. ¡Esto no es vivir, Señor!, ¿siempre viviré así?, ¿siempre viviré temiendo el fuego de la hoguera?, es que el fuego que quema la carne, no es tan voraz como el fuego que abrasa al espíritu."

Muchas fueron mis lamentaciones, muchas, innumerables, y adquirí una melancolía, una tristeza, un abatimiento, que no me podía sostener en pie. A veces caía de rodillas y le pedía a Dios morir, que cuando no hay esperanza, ¿a qué vivir…? y tanto se lo pedí, y tanto le supliqué, y tan fervorosamente pedía que viniera la muerte, que un día al hacer mi petición todo tembló en mi estancia; rugió el trueno, serpientes de fuego atravesaron el espacio, pero no me asusté, la luz de los relámpagos me daba aliento, la vida se manifestaba en aquel movimiento y yo vivía sintiendo aquel estruendo amenazador, voces broncas llegaron hasta mi diciéndome:

-¿Qué quieres?, ¿quieres la destrucción?

-No, no quiero destruir nada, pero quiero salir de la tierra buscando en lo eterno la grandeza que yo necesito. Aquí no hay más que corazones ruines.

Como por encanto se serenó la atmósfera, mejor dicho, yo me serené, porque la tempestad sólo estaba en mi pensamiento y en mi corazón. Miré las *flores del cielo,* y las encontré mustias, marchitas, y con amarga ironía les dije:

-¿Aun estáis ahí?-el jarrón que las contenía, se movió lentamente, se separó del punto que le servía de apoyo y flotó por el aire, recobrando las flores su lozanía. Al verle flotar grité: ¡Flores mías!, ¡piedad!, ¡piedad!, ¡no os separéis de mi!,

¡piedad!, ¡piedad!

-No te dejaremos-dijo una flor-, no somos tan ingratas no te abandonaremos hasta que tú te alejes de la tierra, que ya no nos necesitarás; tu fascinación te hace ver visiones.

-¿Nada me queréis decir?

-Nada; no es hora de cambiar impresiones.

-¿Estáis enfadadas?

-*Las flores del cielo* no se enfadan.

-¿Y las de la tierra, si?

-Si, las de la tierra, si; pero aun no sabes lo que son las flores.

Aquella contestación me lastimó, hirió mi amor propio; tan ignorante me consideraban que ni siquiera me concedían que supiera conocer y apreciar a una flor. A veces, cuando menos se piensa, una palabra desdeñosa le vuelve a uno a la vida real, y así me sucedió a mi: el tono despreciativo de la flor me conmovió, miré en torno mío, y me acordé de Angélica, de mi buena y cariñosa compañera, me pareció que había pasado mucho tiempo sin verla, y murmuré: "Esto es muy extraño, si ella duerme aquí ¿cómo no la he visto?, ¿habré perdido la noción del tiempo?, la verdad es que no sé medirlo, ¿qué ha pasado?, ¿qué me habrá sucedido?, la verdad es que yo me encuentro muy cansada, lo mejor será que me acueste", y me acosté pidiéndole a Dios paz para mi alma.

Me acosté, pero no pude dormir pensando en Angélica; llegó la media noche y entró Angélica en mi celda sin hacer ruido, llevaba un vaso en la mano con un liquido lechoso que agitaba con una cucharita, se acercó a mi lecho, me entreabrió la boca con la mayor delicadeza y me echó en ella una cucharadita del liquido que llevaba en el vaso, no me supo mal y lo paladeé, haciendo un movimiento con los labios y la lengua, movimiento que advertido por Angélica la hizo lanzar un grito de júbilo, me miró fijamente, me abrazó y al ver que yo correspondía a sus caricias, lloró, lloró como lloran las almas que saben amar. Al verme con los ojos abiertos, gritó alborozada:

-¡Madre!, ¡madre!, ¿ya estáis en posesión de la razón?

-Pero, ¿la he perdido?

-No, perderla precisamente, no; fue un desmayo muy largo.

-¡Ay, Dios mío!, ¿pues cuánto tiempo ha durado mi muerte aparente?

-No lo sé, madre, no lo sé, ¡cuántas noches!, ¡cuántos días sin oír vuestra voz!, ¡sin ver el brillo de vuestros ojos!

-Oye, y en estos días, ¿qué he dicho?, ¿qué he hecho?

-Parecía que os queríais morir.

-Dios no me quiere todavía.

-Es verdad, Dios aun no os quiere.

-¿Me querrá el diablo?, ¿qué te parece a ti?

-No existe el diablo, madre, en vuestro delirio bien lo habéis demostrado, haciendo ver que lo han inventado los malos sacerdotes, pero aunque habéis negado su existencia, la comunidad ha creído que aquí se alberga el diablo, y que era el genio del mal el que os atormentaba.

Con la dulce compañía de Angélica volví de muerte a vida, y en las horas de aquella noche se verificó en mi un cambio tan favorable y tan beneficioso, que por la

mañana me sentí completamente restablecida; mas siguiendo los buenos consejos de Angélica tardé algunos días en salir de mi celda, porque la cabeza la tenía algo debilitada.

Una mañana le pedí a Angélica que me contara todo lo ocurrido y me dijo:

-¡Ay, madre!, no removamos el fuego, no sea que salte alguna chispa y de nuevo comience el incendio.

-No temas nada; estoy completamente bien.

-Es que no sé cómo explicarme: os quedasteis en éxtasis, con los ojos muy abiertos fijos en el cielo, y así estuvisteis las horas muertas, después os levantabais, os paseabais presa de una violenta agitación, hablabais de Cristo, decíais después que amabais a un hombre y que queríais iros con él: renegabais de la religión, de los sacerdotes, de los votos religiosos, retabais al diablo, y os reíais diciendo: "¿Veis cómo no viene?, no viene porque no existe; porque no ha existido jamás": y una noche se llenó vuestra celda de una luz rojiza, hubo momentos que vuestra celda parecía una estancia del infierno, porque en medio de aquella atmósfera de fuego, se veían monstruos horribles, reptiles gigantescos, se oía el aullido de rabiosas fieras; ¡qué sé yo!, rugía el trueno, silbaba el rayo y vos decíais: "-¡Señor!, ¡quiero morir!, no quiero más encierros, no quiero la esclavitud religiosa." La comunidad se espantó, y en vuestra celda sólo entraba yo; vino el capellán del convento y se horrorizó, y todos han dicho que habéis perdido la razón, que el diablo ha vencido a Jesús. No extrañéis que la comunidad al veros haga la señal de la cruz, creen que estáis endemoniada.

Cuando me quedé sola pedí a Dios clemencia y reposo para mi alma, lamentando amargamente mis extravíos que yo no había querido provocar Salí de mi celda y las monjas muy en contra de su voluntad me besaron la mano; pero luego vi que hacían la señal de la cruz, y muchas de ellas se limpiaban los labios, humedeciendo la punta de sus dedos en una fuentecilla que había en uno de los claustros. Salí al huerto y me encontré muy triste, al convencerme que me creían endiablada, ¡pobres mujeres!, ellas si que estaban embrujadas por la ignorancia. Me dirigí aun bosquecito donde había una fuente y sintiendo mucha sed bebí agua en abundancia, observando que las monjas me miraban tras de las celosías de sus ventanas. "-¡Dios mío!-murmuré-¿por qué me creerán endiablada?, me vigilan sin duda para ver si hablo con el diablo.

-Tú tienes la culpa-dijo una vocecita.

-¿Yo?

-Si: por tus exigencias, por tus impaciencias, por tus delirios, huyes de la normalidad de la vida y en tu imprudencia encuentras el castigo merecido. Miré, y dijo la voz con tono más entero:

-¿Quieres ver?, ¿y para qué?, no te hace falta ver a nadie.

-Pues, dejadme sola.

-¡Sola!, ¡sola!, ¡qué sería de ti si estuvieras sola...! quieres matar tu cuerpo, mientras tu cuerpo pide, tu alma rechaza, ¡pobre de ti si estuvieras sola!

Me levanté y me paseé por el huerto, siendo espiada por las monjas que no me perdían de vista; al fin entré en el convento y vi que las monjas huían de mí. Pasé al refectorio y allí vi al capellán del convento que se sentó al extremo opuesto de la mesa frente a mí, y antes de darse comienzo a la comida elevó una oración por

los míseros mortales que estuvieron endiablados, para que no molestaran a nadie ni produjeran escándalo. Terminada la comida el capellán repitió la oración pidiendo la misericordia para los desdichados endiablados, se levantó el capellán y se dispuso a marcharse, cuando le dije:

-He visto que os habéis sentado junto a mi mesa, y ese sitio no lo debéis ocupar, y necesito saber quién os ha autorizado para ello.

-Las circunstancias me han obligado, por estar la superiora con la razón trastornada; si queréis más explicaciones os espero en el confesionario.

-La superiora os espera en su celda, que no necesita acudir al confesionario la que tiene bajo su dirección a esta comunidad.

El capellán se sonrió irónicamente y se marchó; las monjas le siguieron como almas en pena, deslizando los pies sin hacer el menor ruido; sólo Angélica se quedó a mi lado pálida y convulsiva diciéndome con voz acongojada:

-¡Ay, madre!, esto se pone muy malo, aquí se respira muy mal, yo me ahogo.

-Pues mira, hija mía; no te ahogues en tan poca agua, quieren enloquecerme, pero yo te aseguro que desgarraré en mil jirones las nubes de la ignorancia que nos envuelven. Ahora ya estoy en mi elemento, en la lucha, en la pelea por la verdad. No quiero dirigir comunidades de hipócritas, quiero tener bajo mi custodia mujeres con entendimiento y las tendré. Fuera de aquí, ya creerán mis adversarios que estoy endiablada, que el capellán se habrá dado buena maña para hacérselo creer así; pero yo haré comprender a mis enemigos que mi razón funciona perfectamente, nadie está libre de tener una enfermedad, si yo la he tenido, ya estoy curada; lo único que me hace delirar, es que no quiero religiones mentira, quiero una religión que sea verdad; quiero que se adore a Dios sin necesidad de encerrarse dentro de cuatro paredes: quiero que se comprenda la obra humanitaria de Jesús, y se reconozca su grandeza y su trabajo incesante. No quiero maderos manchados de sangre, ni cuerpos desgarrados por el martirio; quiero espíritus hermosos dirigiendo los trabajos de los pueblos, quiero mujeres amamantando a sus hijos, quiero hombres fuertes labrando la tierra, no quiero vírgenes sin corazón y encapuchados sin sentimiento; quiero una humanidad que se ame, que se proteja, que se aumente para embellecer con sus descubrimientos la tierra. No quiero conventos, quiero talleres, quiero una humanidad libre, dichosa, no quiero momias insepultas.

-Es muy hermoso cuanto decís, madre mía; pero eso no es de este tiempo y creedme, si no queréis que os crean endiablada, enmudeced.

-¿Enmudecer?, jamás, los precursores no pueden ocultar la verdad debajo del celemín.

-¿Y la hoguera, madre?, ¿y la hoguera?

-Si en la hoguera se quema el cuerpo, en el espacio revolotea el alma; y si me hacen morir antes de tiempo, peor para ellos, porque añadirán un crimen más a sus muchos crímenes.

CAPÍTULO CVII

Cuando me quedé sola, reflexioné muy mucho sobre todo lo acontecido, que se pasan momentos en la existencia humana que hay que buscar un centro, un

punto de apoyo para los pensamientos, y una ilusión ordenada en los hechos, mas no encontrándola, me pregunté acongojada: "-¿Estoy loca?, los míos me dejan, huyen de mi haciendo la señal de la cruz. Un pobre hombre, el capellán del convento se ha atrevido a mirarme con lástima y desprecio; sólo Angélica me quiere, es la única que no se santigua al verme: ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿a dónde voy?, ¿qué tengo? ¿Es acaso un delito, que una mujer tenga un cuerpo que le pida carne, y un alma que le pida cielo?, ¡qué saben los que me motejan y los que me insultan de estas luchas cruentas! Como ellos no han luchado, como ellos han caído, no comprenden lo que cuesta no caer. ¿Qué haré, Dios mío?, si cedo y represento una farsa indigna, reñida con mi franqueza y mi lealtad, con más motivo se ensañarán en mi, y dirán que he estado endemoniada y ese nombre no lo perderé aunque me rocíen con agua bendita. ¿Tengo yo la culpa de mi trastorno intelectual?, ¿tengo yo la culpa que mi cuerpo luche con violentos deseos de vida, de amor, de sentimiento, de algo que el ser humano necesita? Yo no soy culpable, no; y como no lo soy, no quiero ceder a sus injustísimas exigencias. Cambiaré el personal que me rodea: pero... y fuera de aquí, ¿quién habrá hecho atmósfera contra mí?

Hay momentos en la vida que los pigmeos se convierten en gigantes, pero luego... luego viene el desmayo, que hay luchas terribles como son las de la inteligencia, mucho peores que las luchas de fieras hambrientas. Hay veces que el número de los enemigos ocultos espanta, porque en la sombra se aumenta el volumen de todas las cosas.

Sufrí crisis verdaderamente horribles: ¡cuántas veces me levantaba alborotada y decía: "-¡Yo me ahogo!, ¡me falta aire!, ¡me falta libertad!, ¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿me habéis abandonado? ¿Por qué ya no me habla la naturaleza con su elocuente lenguaje? ¿Qué he hecho?, ¿he faltado, porque siento, a mis deberes religiosos? ¿Y qué es una religiosa de ahora, comparada con la eterna verdad de la vida? si mi vida es eterna, ¿por qué han de pesar tanto en mi balanza más protestas de hoy contra imposiciones tan injustas como crueles? ¡No amar!, ¡no sentir!, ¡tener todo lo necesario para cumplir las leyes que cumplen las demás especies, y tener que convertirse en un cuerpo muerto!, ¡qué horror!, ¡qué crueldad!"

A pesar que mis pensamientos en su incesante lucha absorbían por completo mi atención, fui observando con extrañeza y sentimiento, que hasta Angélica me fue abandonando poquito a poco, hasta el extremo que una noche no la vi entrar en mi celda para entregarse al descanso. ¡Qué noche más larga!, encontré sus horas interminables: me levanté al amanecer y saludé al sol diciéndole: "-¡No me abandones!, ¡tú que eres la única verdad!" Y oí una voz que me decía con aspereza:

-¿A dónde vas, desdichada?

-No lo sé, ¡Dios mío!, dadme fuerzas, recuerdo mis comunicaciones contigo, después mis delirios, mis curaciones, y ahora no sé qué hacer. ¿Daré un escándalo?, la Iglesia en tal caso es la que lo quiere. Sentí después el rumor de muchas alas, aunque nada vi, y poco a poco me fui tranquilizando, siempre preguntándome:

"¿Qué harás?, ¿qué harás?" Y me decía a mi misma: "Calma, calma; la lucha principal está en mi."

Vino después Angélica con mi desayuno, y al entrar la miré de un modo, que

mi compañera dejó caer lo que llevaba en la mano y se postró a mis pies diciendo:

-Madre, creo que estáis loca y me haréis volver a mí.

-Siéntate aquí conmigo. ¿Conque todos creen que estoy loca?

-Si, madre; aquí no hay más autoridad que vuestros enemigos y los *míos.*

-¿Mis enemigos?, ¿y quiénes son mis enemigos?

Entonces me crecí, me vi otra vez grande y potente y Angélica al verme tan reanimada, creyó que tenía un nuevo acceso de locura, y al verme dispuesta a salir de mi celda gritó:

-¡Madre...! ¡Madre...! no salgáis de aquí, vuestros ojos me asustan.

Quise ver mi rostro, lo miré reflejado en un diminuto espejillo, y efectivamente, me encontré desconocida, no parecía la misma.

-¿Si estaré loca en realidad?-murmuré con espanto; y mirando a Angélica la dije aparentando tranquilidad-: Vete, hija mía, ya saldré yo a buscarte.

-No, madre, por Dios, no salgáis, que si salís no volveréis a entrar aquí.

-¿Por qué?

-Porque os quieren atar, estáis aquí presa, y yo he podido conseguir que aquí dentro os respeten y no os aten.

-Bueno, vete, necesito estar sola.

Se fue Angélica, y fue aquel día el día más horrible que tuve en aquella existencia. ¡Cuántos pensamientos surgían en mi mente y cómo se atropellaban los unos a los otros! ¿Si me habrán dado algún tósigo para trastornar mis facultades mentales?, decía yo con angustia indecible; ¿si algún brebaje habrá conseguido desequilibrar mi cuerpo y mi alma? Antes, yo disponía de las fuerzas acumuladas en la naturaleza, y ahora... ahora no dispongo de mi misma. Pasé muchos días verdaderamente horribles, mis videncias e ran espantosas, no veía más que campos de batalla sembrados de cadáveres, ciudades incendiadas, barcos siendo juguete de las olas, montañas de nieve cayendo sobre míseras aldeas, muchedumbres alocadas por el terror; mi celda cuando tenía estas visiones se llenaba de una luz rojiza, y cuantos se acercaban a mi estancia, decían que veían figuras informes, cuerpos sin cabeza, cabezas sin cuerpo, manos crispadas, ¡qué sé yo!, ¡qué sé yo!

Una mañana me levanté más tranquila, creí que me había llegado la hora de morir, y antes de irme, quería saber de qué enfermedad me moría, y en cuanto entró Angélica le dije:

-Quiero que venga mi antiguo médico, es muy anciano, pero, solamente en él tengo completa confianza. Salió Angélica, y a poco rato volvió diciendo:

-Vuestro médico ha muerto.

Comprendí que mentía, pero me callé, que no estaba yo para sostener ninguna reyerta, y la dije:

-Pues bien, ya que ha muerto mi médico del cuerpo, que venga mi médico del alma, quiero confesarme, que venga nuestro amigo el sacerdote. Salió Angélica y volvió diciendo:

-Nuestro amigo el sacerdote está enfermo y no puede venir. Comprendí que era mentira lo que me decía, mas no me di por entendida y la dije:

-Pues necesito que venga un confesor, y ninguno mejor que el que aquí manda. Salió Angélica y al volver noté en ella gran turbación cuando me dijo:

-Dicen que nada tienen que hacer con vos.

-Pues quiero que venga un confesor, sea cual sea. Con tal autoridad hablé, que Angélica inclinó la cabeza y salió velozmente, volviendo a poco rato con un sacerdote de figura vulgar, que al entrar en mi celda hizo asustado la señal de la cruz, mirando a todos lados con horror: al fin trató de serenarse y me dijo con voz gangosa:

-Aquí me tenéis, hermana.

-Sentaos, padre, y hablaremos.

-No tengo tiempo que perder, despachad pronto. Me levanté sin poder y le dije:

-Ya veis si os respeto que me pongo en pie.

-¿Y no de rodillas?

-No, de rodillas no; que yo sólo debo arrodillarse ante el Santo Padre.

Nos miramos y nada dijo; yo sin poderme tener derecha, caí de rodillas y él no me levantó; yo hice un esfuerzo supremo diciendo entre mí: "¡La vida o la muerte! Señor, este hombre quiero que me obedezca, quiero que ejecute dócilmente lo que le imponga mi voluntad", y con el mayor disimulo, haciendo muy a pesar mío el trabajo de las serpientes, sin poderle mirar cara a cara, le miré de soslayo diciendo entre mí: "Quiero que sea mío, mío"; y el sacerdote, sin saber lo que le pasaba dijo casi sonriendo:

-Si, si; si, si.

-¿Queréis sentaros, padre?

-Si, si-y se sentó.

Yo me acerqué a él cuanto pude, tratando de envolverle en la red de mi voluntad, y él me obedecía ciegamente, se estremeció y se dejó dominar sin oponer resistencia alguna; yo vi que ganaba terreno y animada con tan buen resultado le dije:

-Padre, como todos somos pecadores, yo también he pecado. Padre, y estos extravíos llegan a formar montañas que nos aplastan. Padre, yo confieso mis extravíos, pero yo no estoy loca.

-Loca, no; loca, no estáis; os haremos pasar por loca, eso si. ¡Cuánto me horroricé al oír su afirmación...! pero reprimí mi terror y le dije:

-Padre, dejadme salir de esta estancia, así me pondré buena, y si salgo de aquí se hará un milagro.

-¡Milagro!, ¡milagro!, esa es vuestra desgracia, los milagros.

-Padre, dejadme salir de aquí, venid conmigo si queréis, iremos a una fuente y allí beberé un agua milagrosa y me curaré.

-Si, si; yo os acompañaré-y salió el sacerdote en un estado difícil de explicar, porque se iba cayendo de sueño.

Me hubiera sido muy fácil dormirle; pero no me quise aventurar a tanto, pues tan pronto tenía las energías de un Hércules, como los temores de un niño sin madre.

Al quedarme sola pensé, "¿si volverá?". Esperé, esperé en vano porque no volvió, y la noche la pasé sin dormir, recordé a todos mis deudos y todos fueron pasando ante mi, diciéndome cada cual frases muy poco halagadoras. Al pasar mis padres, éstos se detuvieron y me dijeron:

-¿Por qué te entretienes en pequeñeces?, ¿no recuerdas que tienes la llave

en tu mano?

-¿Qué llave?, ¿qué llave es esa?

-Desdichada; has tenido en tu vida energías, pero no has tenido paciencia-y el eco fue repitiendo: "¡Paciencia!, ¡paciencia!, ¡paciencia...!"

- Pero no me dejéis así; ¿qué llave es esa?, ¿la muerte?

-¡Infeliz!, ¿has llegado a pensar en el suicidio...? has tenido en tu vida sobra de energías, pero jamás has tenido paciencia. Y volvió el eco a repetir: "¡Paciencia...!, ¡paciencia...!, ¡paciencia...!" Al día siguiente volvió el sacerdote que me había confesado y me dio a besar su mano diciéndome:

-No sé qué tengo; desde que entré aquí, creo que el diablo me ha tentado.

-¿También vos creéis en el diablo?

-Si, si que creo. ¿Y qué tenéis en la frente?, ¿sangre?

-¿Sangre?, no lo sé.

-¡Y qué bien os sienta esa sangre!, de cada gota brotan chispas de luz; estáis hermosa, muy hermosa-y me miraba de un modo que me causó asco.

-Padre, ¿y no iremos a beber el agua?

-Si que iremos, y no iremos solos; nuestro superior quiere hacer la última prueba.

-¿Qué prueba en esa?

-Ya lo veréis, ya lo veréis.

Entonces, oí la voz de mi padre que me decía: *"¡Paciencia!,* ¡paciencia! Si no tienes paciencia, no llegarás al punto que deseas"; y yo dije entre mí: "Lo que yo quiero es salir, que cuando me vea libre nadie me volverá a encerrar."

-¿Y cuándo saldremos?

-Pronto, muy pronto, mucho más pronto de lo que os podéis figurar. Y se fue sonriéndose, luchando con el sueño que se iba apoderando de él. Al verle en aquel estado di gracias a Dios, porque aun había en mi algo de lo mucho que había poseído en otro tiempo; energía y fuerza de voluntad suficiente para luchar con mis implacables enemigos; que no me podía perdonar la Iglesia el haber nacido antes de tiempo; mi impaciencia me llevó a la tierra en una época que no se permitía ni pensar ni discutir, no había más que creer o morir, y yo no creía ni en la religión, ni en la muerte; por eso me hicieron piedra de escándalo.

CAPÍTULO XCVIII

Hubo momentos en el breve espacio de tiempo de que dispuse para estar sola en mi estancia, que me parecieron aquellos instantes interminables siglos de sufrimiento, porque el tiempo, según está el ánimo, parece muy largo para llorar y muy corto para reír.

¿Qué me mortificaba?, la lucha que sostenía mi alma; estaba sola, nadie me entendía; la sinceridad de mi alma unos no la comprendían, y otros, no la querían comprender, ¡querían que pasara por loca...! y no hay nada más horrible que tener la razón sana. y que los demás quieran que esté enferma.

Pensaba con fruición en mi próxima salida y decía con alborozo: "¡Mañana saldré, Dios mío!, ¡mañana...!" quise dormir para recuperar fuerzas, pero no se duerme cuando las ideas luchan sin tregua ni descanso, y dije desesperadamente:

"¡Dios mío!, ¿tanto he pecado, que no merezco un momento de reposo?" Y

una voz me contestó desde muy lejos:

-¿Por qué pierdes la calma?, ¿no quieres salir de ahí?, pues espera, que el tiempo no altera jamás su curso. -¡Piedad!-murmuré con desaliento.

-La piedad existe en lo eterno; lo que te falta es la serenidad suficiente para esperar.

Es verdad, nunca supe esperar, siempre mi imaginación adelantó los sucesos, siempre quise coger la fruta sin madurar, por eso sufrí tanto, por eso en el pecado llevé la penitencia.

Mi intranquilidad iba en aumento, hasta que al fin entró Angélica en mi celda, y al verla, sentí un placer tan inmenso, que ella me miró con la mayor ternura diciéndome:

-¿Orabais, madre?

-Si, oraba.

-Pero orando no vivíais aquí.

-¿Cómo lo conoces?

-Vuestros ojos me lo dicen, como tenéis ojos de iluminada, ellos revelan todo cuanto vos sentís; ahora alimentaos-y me presentó un sencillo refrigerio-; alimentaos, madre mía, y recobrad fuerzas.

-¿No has notado que al verle sentí un júbilo inmenso?, ni a una hija la hubiera mirado con más placer.

-Si, madre; ya lo advertí, porque antes de entrar oí que decíais: "¡Hija!, ¡hija mía!" Y... ¿saldremos mañana, madre?

-Si, saldremos.

-¿Saldremos, o saldréis?

-Creo que saldremos, donde voy yo vas tú, bien lo sabes.

-Hablemos muy bajo, madre mía, que yo creo que nos espían-y al decir esto Angélica, se levantó sin hacer ruido y se asomó a la puerta de la celda para reconocer el terreno, y no viendo a nadie, se acercó nuevamente a mi, y me dijo con voz baja-:

Madre mía, sois víctima de mí; quisiera matarme y no puedo, no tengo valor para separarme de vos.

Aquella revelación inesperada, me hizo un efecto tan prodigioso, que como por encanto adquirió mi entendimiento su antigua lucidez y la dije con serenidad:

-¿Hablas de suicidio?, ¿hablas de muerte violenta? No; tú no, tú no puedes morir más que a su debido tiempo, y tu muerte debe ser la muerte del justo.

-Madre, es que yo tengo la culpa de todo cuanto os sucede, de todo cuanto os atormenta, y no debo vivir. Os he preguntado si saldremos mañana, porque sé que mañana no me dejarán salir.

-¿Qué dices?

-Lo que habéis oído, ¡hay aquí un enredo...! ¡hay aquí un embrollo...!

-No, Angélica, aquí no hay más que una pasión violenta y un procedimiento infame. El hombre a quien yo amo, y tú aborreces, te ha obligado a rendirte, tú le has dicho que le odiabas, que nunca serías de él, y en castigo a tu desobediencia y a tu rebeldía, me ha cogido a mi como instrumento para obligarte a ceder a sus volcánicos deseos. El sabe el entrañable cariño que nos une, y cree que tú no consentirás que me tratasen como a una loca. Ahora lo comprendo todo, ahora

comprendo por qué no viene a verme, por qué ese hombre ante mi pierde su voluntad, lo duermo a mi antojo y me cuenta sus más íntimos proyectos. Ese hombre que tanto me gusta contemplar su arrogante figura, ese hombre quiere perderte y perderme; ¡cuánta infamia, Dios mío!, ¡cuánta infamia! Parece increíble que un cuerpo tan hermoso, esté animado por un espíritu tan miserable. Dime cuánto sepas, no temas, sabré guardar tus secretos.

-Pues he sabido que hay urdida una trama horrible contra vos. Bien sabéis que muy cerca de aquí, hay un convento de monjas cuya superiora es la mala religiosa que vos arrojasteis de un asilo de pobres por tratar a aquellos infelices peor que a perros sin dueño; dicha superiora puesta de acuerdo con mi perseguidor, quiere ocupar vuestro puesto, y que vos por vuestra locura, quedéis reducida a prisión bajo su custodia; ya veis si el plan es inicuo, si el proyecto es infame, esa mujer quiere vengarse de vos, y yo que podría evitar tantas infamias no las evito, madre, no las evito, ved si tengo razón para querer morir.

-No, hija mía; tú seguirás cumpliendo con tu deber como mujer, y como religiosa, porque la mujer digna jamás se prostituye, y la buena religiosa no falta a sus votos; en cuanto a mi enemiga no la temo, las bajas intrigas no merecen la menor inquietud. Cuando a esa desdichada la hice salir del asilo, cumplí con un deber de humanidad, y no pesará más en la balanza divina el odio de un espíritu vengativo, que las bendiciones de muchos ancianos y de muchos niños que en aquella ocasión los salvé de una muerte segura, porque vivían aquellos infelices rodeados de todas las miserias, de todas las asquerosidades, del abandono y de la suciedad. En aquel entonces fui justa, cumplí con un deber de misericordia; y estoy tranquila porque a ella no le hice ningún mal, y podía habérselo hecho; podía haberla castigado hasta con la prisión; pero como el castigo no hace más que irritar al culpable la dejé libre, separada de los pobres para que no cometiera nuevos abusos. ¿Te crees vencida, Angélica?

-Si; por eso he pensado en el suicidio; rompiendo mi cuerpo se apagarán los deseos de ese hombre que tanto odio me inspira.

-¿Y crees tú que al perderte, no cometería yo un crimen?, ¿crees tú que no sentiría ese hombre todo el peso de mi justicia?, aun puedo mucho. No delires, hija mía, no delires; si se empeñan en quitarme el cargo que hasta hace poco he desempeñado, tú me reemplazarás. Angélica, tú serás la superiora, y yo haré nuevos trabajos en bien de la humanidad.

Angélica me miró sorprendida y gozosa, que al fin era mujer, y desempeñar un primer papel siempre halaga.

-Sí, hija mía, me encuentro serena, tus revelaciones han llegado muy a tiempo, no creas que quiero luchas y venganzas, admitiré las imposiciones que me hagan hasta cierto limite, y ahora trataremos de dormir, que mañana necesitamos estar fuertes.

Nos acostamos, pero yo no dormí, pensaba en mi antigua enemiga, recordaba su inicuo proceder con los pobres, y me decía a mi misma: "-Yo nunca he tratado mal a ningún pobre." Y muchas veces me contestaron diciendo: "-Es verdad, es verdad, los pobres, ¡te bendicen!" Y oí la dulcísima voz de mi sobrina que me decía:

-¡Tía mía!, ¡tía mía!, no temas; yo te coroné y no puedes descender de tu

alto pedestal.

-¿Por qué no te veo?

-Porque no conviene que me veas, pero recibe un beso-y sentí su beso en mi frente, y al sentirlo se aumentó el deseo de verla.

-Yo quisiera verte, hija mía.

-Te conmoverías demasiado. No tiembles que volverás a ser columna firme de tu Iglesia.

-Quiero verte-y oí que me decían:

-No insistas que tienes más de lo que te mereces. Se despertó Angélica diciéndome:

-¡Ay, madre!, ¡qué noche!

-¡Óyeme!, quiero que vivas, que jamás pienses en el suicidio, ¡cuánto habrás sufrido!, ¡pobrecita mía! Yo te brindo el reino de los cielos, pero quiero verte animosa y fuerte, muy fuerte.

La abracé con tanto entusiasmo, que Angélica gritó:

-¡Madre!, ¡qué fuerza tenéis!, vuestros brazos parecen barras de hierro.

-Es que quiero comunicarte mis energías; no temas que te encontrarás bien.

-Tenéis razón, madre, me encuentro más fuerte que nunca, me habéis dado la vida.

-Yo no doy la vida, pero sé agradecer los sacrificios que hacen por mí. Ahora vete para no infundir sospechas de que estamos de acuerdo.

Se fue Angélica y yo saludé al sol, miré *las flores del cielo,* que estaban más lozanas que nunca, pero las hallé inmóviles y mudas. "-¿Nada me decís?-las pregunte-, ¿es que se acerca la hora decisiva de mi vida?, pues dejadme que bese a una de vosotras." Y subiéndome sobre una silla acerqué mi rostro al jarrón que contenía *las flores,* pero aquél se desprendió del punto de apoyo que le sustentaba y se detuvo en el pretil de mi ventana. Al ver aquel cambio tan rápido me sorprendí y dije con tristeza:

-No merezco besaros, ¿verdad?

-No es aquí donde debes besarnos-dijo una flor-, pero ya que lo quieres, bésanos.

El jarrón por si solo, se trasladó desde la ventana a mi mesa, y allí se quedó quieto, entonces quise besar a una flor, y al acercarme, sentí una fragancia tan embriagadora, un perfume tan fuerte, tan penetrante, que me quedé aturdida y tuve que retroceder, al ver mi brusco movimiento dijo una flor:

-¿Ves cómo te besamos?, has querido besarnos, ¿y no sabes que no somos más que esencia?, mentira parece que seas tan material: somos la esencia de todas las pasiones, y es inútil que quieras tocarnos porque la esencia no tiene forma consistente.

-¡Flores mías!, ¡cuánto os debo!

-Recuerda-dijo una flor-, que le falta filosofía a la mal llamada santa. Necesitas más filosofía, más grandeza de alma, más elevación de sentimiento.

Entonces, retembló todo en torno mío, el jarrón de *las flores del cielo* se colocó en su antiguo lugar, y mi confesor que estaba a la puerta de mi celda, se quedó atónito, aterrado, quería huir y no podía, se pasaba las manos por la frente,

se tocaba todo su cuerpo a ver si estaba sano y salvo, y yo comprendiendo su natural sobresalto, me acerqué a él y le dije:

-Padre, ¿venís por mí?

-A esta estancia no se puede venir.

-¿Por qué, padre?

-Porque este arte de brujería tiene que terminar.

-Padre, ¿qué tenéis?

-No lo sé: pero siempre que entro aquí no sé lo que me pasa. Madre, aquí suceden cosas muy extrañas.

-¿Y no salimos, padre?

-Si, a eso venía, para que saliéramos.

-Pues retiraos algunos momentos, que me vestiré convenientemente, y enseguida os llamaré.

Quise salir lo mejor ataviada posible, y sacié mi vanidad de mujer, hasta el punto que dije: "Aun no estoy vieja." Y oí que me decían: "-Recuerda que una flor cuando no da aliento a otra flor, se marchita más presto." No sé por qué tenía yo aquel día hasta el deseo de parecer hermosa, tenía el presentimiento que tenía yo que representar un gran papel. Salí de mi celda, y no sólo encontré a mi confesor, sino que encontré a un enjambre de religiosas de diversas comunidades, que al verme me dijeron:

-Por aquí, madre, por este camino debéis de ir.

-Ese camino no es el que debo seguir: pero, ¿y mi segunda, dónde está?, ¿dónde está Sor Angélica?

-Está muy ocupada-dijo mi confesor-, no puede acompañaros.

Aquella negativa, al pronto me desconcertó, me entristeció tanto, que ya perdí la ilusión de mi tocado monjil, y volviendo a mi celda me quité una toca de finísimos encajes, recuerdo de mi sobrina, que me la hizo estrenar cuando me coronó, pero mi tristeza se desvaneció como nube de humo, y saliendo nuevamente de mi celda dije a los religiosos que me impedían andar:

-Paso, paso; el que se oponga a mi paso, se opone a la voluntad del Sumo Pontífice y del monarca reinante, que de ambos llevo objetos que acreditan mi alta dignidad eclesiástica.

Les presenté mi diestra con los dos anillos que revelaban mi jerarquía como princesa de la Iglesia; y tan majestuoso fue mi ademán, y tan importante me presenté, que los sacerdotes y los monjes y los frailes, me abrieron paso y pasé triunfante, recorriendo todo el convento, llamando a Angélica. Toda aquella turba me seguía a prudente distancia; visité el asilo anexo al convento, y comprendí que todos los asilados me creían loca, menos los niños; éstos me rodearon y me dieron quejas porque nunca los visitaba. Mucho me conmovieron las caricias de los niños, eran los únicos que en su inocencia me hacían justicia. Recorrí el huerto, me detuve en la fuentecita y me pareció que el agua me decía al caer: "-Bien; bien." Salí del huerto y entré en la iglesia, y allí, en un rincón junto a un confesionario vi a Angélica que postrada de rodillas rezaba fervorosamente.

-¿Qué haces aquí?

-Madre, cumplo la penitencia que me han impuesto.

-¿Y por qué tienes tú que hacer penitencia?, ¿qué pecado has cometido?

Mientras yo formulaba mi pregunta se abrió el confesionario y de él salió mi *amigo* el sacerdote; al verle me horroricé, temblé convulsivamente, perdí todas mis fuerzas, todas, no me caí por milagro, y dije con voz entrecortada:

-Padre, si hubiera sabido que erais vos el que aquí mandaba, hubiera obedecido en todo.

El me miró muy sorprendido, no esperando tanta humildad, y con acento compasivo me dijo:

-Madre, volved a vuestra celda y luego más tarde ya saldréis.

Quise irme a mi celda, di algunos pasos vacilantes, porque apenas podía tenerme en pie, y oí una voz potente que me decía: "-¡Cobarde!, ¿así retrocedes...?" "-Es verdad-exclamé-, Angélica sufre penitencia por mí y yo no debo abandonarla." Y volviéndome a un sacerdote que me seguía le dije:

-Decid a vuestro jefe -porque éste ya había desaparecido-, que no me puedo mover de aquí, que estoy clavada en este sitio.

-¿Si?, ¡pues yo os desclavaré!-dijo el sacerdote en son de mofa.

Y cogiéndome brutalmente por la cintura, quiso llevarme a mi celda; pero yo, que ya estaba en el pleno goce de todas mis fuerzas, y ayudada indudablemente por aquel que me había llamado cobarde, y me había impedido retroceder, rompí violentamente el cerco de sus brazos, y le tiré al suelo con tal empuje, que no pudo levantarse, quiso moverme, ¡imposible! quiso levantar sus brazos, ¡vano intento!, sólo su lengua quedó libre para gritar rabiosamente: "-¡me ha cogido el diablo!, ¡el diablo...!"

A sus desaforados gritos, acudieron todos los religiosos, todas las monjas, todos los asilados, pero nadie se atrevió a tocar al sacerdote que rugía como fiera hambrienta, ni nadie tuvo valor para acercarse a mí, se contentaban todos con hacer la señal de la cruz. Yo aprovechando aquella confusión y aquel desconcierto, me acerqué a Angélica y la dije: -¡Levántate y anda!, y si aquí se desconocen las fuerzas de Dios y se admiten las del diablo, que no ha existido jamás, sea el diablo el que te arranque de aquí." Y levantándola como si Angélica fuera ligera pluma, salimos las dos del templo, en tanto que aquella muchedumbre de hipócritas no se cansaba de hacer la señal de la cruz.

¡Lo que puede la violencia de una pasión!, ¡un hombre era la causa de todo aquel alboroto...!, de toda aquella farsa ridícula, de todos aquellos atropellos inferidos a la religión. Si al diablo se le pudiera dar forma, si la personificación del mal existiera, podría representarse en un religioso dominado por la soberbia y la lujuria. ¡Cuántos crímenes se han cometido!, ¡cuantas infelices han ido a la hoguera purificando el fuego lo que el vicio y el desenfreno manchó...!

¡Cuántos reptiles se han arrastrado por la tierra!

CAPÍTULO XCIX

Fue tal la perturbación que se apoderó de todos los que esperaban mi salida del convento, que casi se la puede clasificar de perturbación extraordinaria y desconcierto sin limites. Para que comprendáis y os forméis un concepto aproximado de lo que allí aconteció, os diré que entre centenares y centenares de religiosos que debían haberme acompañado, y gente del pueblo que había acudido de toda la comarca, se contaban por miles los espectadores. Mi voz potente resonó

dentro y fuera del templo, y parecía como si todos los ecos que existen en ese mundo, repitieran mis palabras, porque se produjo una confusión indescriptible, que se aumentaba con los gritos de la multitud; centenares de seres decían a un tiempo: "-El diablo se ha apoderado de la superiora del convento y el diablo tira a los hombres al suelo y los mata." Los religiosos huían despavoridos del convento; muchos hombres decían:

"-Es mentira, la superiora no está endiablada, los buenos no se endiablan." Y la ola popular crecía y nadie conseguía ser escuchado. Yo mientras tanto llevé a Angélica a mi celda y a tiempo llegamos, porque mi compañera quedó desmayada y yo me sentí fuerte y gozosa; ¡había vencido!

Muchos fueron los religiosos que llegaron hasta la puerta de mi estancia, pero ¡nadie entró...! yo me ocupé de Angélica con toda tranquilidad diciéndola:

"-¡Despierta!, no hay que temer." Y tal fue la fuerza de mi voluntad, que Angélica se levantó y me miró como aturdida, estaba la pobre joven atontada, la coloqué en su lecho y la dije:

-¿Sufres mucho?

-Mucho, madre; y... ¿por qué me habéis despertado?, yo quería dormir el sueño eterno.

-¿Sueño eterno? ¿y acaso existe el sueño eterno?

-Me esperan horas crueles.

-No temas, despiértate bien y serénate, que cuando arrecia la tempestad, es cuando hay que tener más serenidad para luchar con los elementos.

Me acerqué a la puerta de mi celda, y los religiosos que llenaban el anchuroso claustro, huyeron a la desbandada, unos cayeron por las escaleras, otros atropellados brutalmente, recibieron golpes terribles contra los muros, se oyeron lamentos y maldiciones, y yo dije consternada: "-¿Qué es esto?, ¿quién manda aquí?, ¿quién promueve estos atropellos?, ¿por qué acuden a este lugar tantos imbéciles y tantos hipócritas?" Quise salir, pero no pude andar, una fuerza superior a mi voluntad me detuvo, retrocedí junto a mi mesa y pregunté a mi compañera:

-¿Cómo estás?

-Bien-dijo y lloró silenciosamente,

-¿Bien, y lloras?, ten valor mujer, ten valor.

-No, madre, creedme; ya estoy bien.

-Pues levántate, siéntate y hablaremos; ¿crees que estoy loca?

-No, madre: no estáis loca.

-¿Estás segura de lo que dices?

-Segurísima.

-No extrañes mi pregunta; necesito cerciorarme de mi estado. Mírame bien. ¿Notas algo en mis ojos? Ella me miró fijamente y me dijo:

-Vuestros ojos son como la esperanza que abre unos horizontes que no tienen fin; de igual modo vuestros ojos, hay en ellos mundos de luz y de amor; ¡qué hermosos son vuestros ojos, madre mía...!

Yo miraba a Angélica muy satisfecha, en sus ojos irradiaba la verdad, y muy contenta la dije:

-Pues si no estoy loca, y tú estás fuerte, ¿qué hemos de temer...? Tantas cosas la dije, que logré reanimar a Angélica hasta el punto que la hice reír y bromear,

pues me dijo:

-¡Ay, madre!, con qué gracia me sacasteis del templo, pronunciasteis una palabra mágica, y creed que nadie entrará aquí, todos ven en esta celda el infierno, y ahora siento un desfallecimiento que me recuerda que hace muchas horas que no hemos comido, ¡muchas!, voy a buscar algún alimento.

Pero al querer salir, se presentó mi *amigo* el sacerdote, diciendo con acento irónico:

-¿Puedo entrar, madre?

-Siempre ha estado franca la entrada para vos.

-No siempre.

-¿Es que teméis, quizás, entrar en el infierno y que os quemen sus llamas eternas?

Al escuchar mis palabras, me miró el sacerdote de un modo que me hizo temblar de espanto; se echó a reír, y su risa era mefistofélica. ¡Qué pequeño se me presentó entonces aquel hombre! Cayó la venda de mis ojos y dije entre mi: ¿Y yo he amado a este hombre tan vulgar y tan miserable?, ¡qué insensata he sido!, ¡qué insensata...!

Traté de serenarme y repetí en tono jovial:

-¿Por qué no entráis?, ¿tenéis miedo?

-Es que no he venido a entrar, he venido a dar órdenes, me habéis provocado y lo siento; porque me habéis provocado y me habéis puesto en ridículo: y esto no lo puedo ni tolerar, ni olvidar. Antes, cuando no estabais loca, yo me complacía en hablar con vos, pero ahora no; ahora tengo que dar órdenes que obedeceréis. Su lenguaje me hacía crecer, mis energías aumentaban, y oía voces que me decían:

"-Aquí de tu filosofía y de tu paciencia." Aquellas palabras templaron mi audacia, y le dije:

-¿Podéis más que yo?, pues mandad y os obedeceré. ¿No queréis entrar?, pues yo llegaré hasta vos-y me acerqué a él. El tembló visiblemente, y algo conmovido me dijo muy bajito:

-Sois una mujer imprudente.

-¿Y vos?

-Yo... el hombre más insensato. Ya os diré mis órdenes.

-Hablad, ya os escucharé pacientemente, siquiera por lo mucho que os he amado.

-¿Qué me habéis amado?

-Si; os he amado, amaba al hombre eminente, amaba al profundo sabio de mi Iglesia; hoy no puedo querer al sectario dominado por la concupiscencia, me habéis hecho perder todas mis hermosas ilusiones, vuestro amor insensato, mejor dicho, vuestro carnal apetito, ha promovido todo este escándalo-y le señalé a Angélica que escuchaba en silencio-. Ahí la tenéis, pero no os dará la felicidad, como yo no la he hallado en vos, que sois hermoso, ¡muy hermoso!, pero tenéis corazón de tigre; parece increíble que encubra un exterior tan atractivo, tantas miserias como encerráis en vuestra mente, porque aquí, que nadie nos oye, os diré que sois un miserable, y que me causáis compasión. ¿Sabéis por qué? Porque no seréis siempre lo que sois ahora, porque volveréis a la tierra convertido en mísero

pordiosero, y todo el gran papel que hoy representáis en nuestra Iglesia, quedará reducido mañana a ser el último sacristán de la Iglesia más pequeña y más ruinosa. La vida es eterna y todo se paga: hoy estáis pecando mucho, estáis abusando cobardemente de dos mujeres indefensas, sabéis mi estirpe, lo que yo representé en la Iglesia, la protección que he tenido, y todo lo pisoteáis por satisfacer vuestro deseo y vuestra vanidad; gozáis viéndome sufrir, tanto y tanto le dije, que de sus grandes ojos se desprendieron dos lagrimas que resbalaron por sus pálidas mejillas, conseguí conmoverle y continúe diciendo: Vuestro llanto es el preludio de la paz.

-Esperad mis órdenes-y tambaleándose como si estuviera enfermo se alejó, y Angélica me dijo:

-Madre, tanto he rogado mientras hablabais con ese hombre, que he visto al Amor de nuestro mares, ¡qué hermoso es!, he visto su diestra y de sus dedos brotaban raudales de luz. ¿No le habéis visto?

-No.

-Pues aun está El aquí, ya se aleja, ¡qué hermoso es...! me ha dicho: "-No temas; las mujeres honradas siempre llegan hasta mi"; ¿pero no le veis?, parece que estamos en el cielo, aquí no hay paredes.

-Pues, nada veo, hija mía: estoy demasiado adherida a las miserias que nos rodean; por ti me he contenido, hablando con ese hombre; he llegado a temer por ti al observar sus miradas, ¡qué expresión tan siniestra!, un hombre con pasiones y con poderío, es temible.

-No temáis, madre mía, tengo la convicción, que si llega al atropello de la profanación de mi cuerpo, llegará mi muerte, le entregaré un cadáver.

-¿Persistes en morir?

-No; yo no me mataré, moriré a tiempo, nada más os puedo decir; y ahora, madre, hay que pensar en alimentarnos, voy a traer lo más necesario. Salió Angélica y yo dije:

-¡Dios mío!, ¿pero este tormento va a ser eterno?-y oí que me decían:

-Así, así conviene reflexionar.

Oí que pronunciaban mi nombre, y lo pronunciaba una voz muy desagradable, volví la cabeza y vi cerca de la puerta de mi celda, a una religiosa muy envuelta en un largo velo, por el que no se podían distinguir apenas sus facciones.

-¿Por qué no entráis?, mi puerta está abierta para todas las hermanas de la comunidad: ¿qué queréis?

-Es que no soy una hermana de aquí.

-Pues entrad, si no tenéis miedo a las llamas del infierno-dije sonriéndome.

-Pues, por eso mismo os llamo, que si hubiera querido entrar, no necesitaba pediros permiso. Vengo a deciros que soy la nueva superiora de esta comunidad, que estáis, por consiguiente, bajo mis órdenes, no podéis salir de aquí sin mi autorización; ya os llamaré cuando se hayan hecho los exorcismos suficientes en vuestra estancia.

-Pues yo necesito más formalidades para respetaros como a superiora, ¿quién os autoriza?-ella pronunció el nombre de mi enemigo y yo la dije-: Mucho me alegra saber quién os envía, es muy amigo mío.

La religiosa me miró como asombrada y me volvió la espalda en el momento

que llegaba Angélica con algunos alimentos. Al dar la media vuelta la religiosa, conocí quién era: era mi feroz enemigo, la que arrojé del Asilo por su mal proceder.

Angélica me dijo:

-¡Ay, madre!, hay que confesar que se está muy mal aquí, nadie me quería dar lo más indispensable para alimentarnos, sólo una religiosa se ha compadecido de nosotras, y me ha dado lo que traigo, encargándome mucho que lo comiéramos enseguida, porque la comida fría se indigesta.

Mientras Angélica hablaba, una voz murmuraba en mi oído: "-No comas, no comas", yo le dije a Angélica:

-No comas, no comas, que alguien me dice que no comamos.

-¡Ay, madre!, ¿nos moriremos de hambre?, ¿y mañana qué haremos?

-Mañana ya veremos si se vive o si se muere.

Llegó la noche y estábamos desfallecidas: es muy cruel el tormento del hambre, nunca lo había sufrido; nos íbamos a acostar, cuando de pronto oímos canturías religiosas, y nos estremecimos al oír que daban dos golpes muy fuertes en la puerta de mi celda. Abrió Angélica y vi un sacerdote que me dijo:

-Hermana: salid de aquí, por orden del Santo Oficio.

-¿Sola?

-No; con vuestra compañera. Salimos y le dije a Angélica:

-No temas, confía y espera.

Al salir pensé en *mis flores del cielo, mas* luego recordé que no siendo flores de la tierra ni las verían siquiera; sentí cómo en tropel entraron en mi estancia, y cómo sin pérdida de tiempo quemaron cuantos papeles encontraron: mi mesa quedó limpia, sólo quedaron dos plumas porque no las vieron, desaparecieron todos mis recuerdos, ¡todos!, ¡cuánta iniquidad!

Mientras llevaban a cabo tan loable hazaña, nos hicieron entrar nuestros aprehensores en una estancia pequeña donde se hallaba reunido una parte del Santo Tribunal. Allí no se despachaban más que las primeras diligencias, por eso no había negros tapices, ni cirios verdes; entré tranquila y serena, al vemos dijo el presidente:

-¿Cómo queréis estar?, ¿de rodillas o de pie?

-Yo de rodillas-dijo Angélica, y se postró humildemente.

-Yo de pie-dije resueltamente.

-La que se pone de rodillas demuestra arrepentimiento, la que está de pie, manifiesta soberbia. Estáis acusadas de brujería, de endiablamiento, de herejía, de sostener un comercio ¡licito con las potestades del infierno!

-Nada diré, porque sé que no me habréis de escuchar.

-Haced lo que queráis.

Nos acusaron cuanto quisieron, mintieron y disparataron a su sabor, y terminada la acusación, nos separaron y nos llevaron a distintas prisiones, que habilitaron provisionalmente en los sótanos del convento, construidos para uso muy distinto, porque en mi convento no había ni prisiones ni escondrijos, todo era claro, limpio y alegre, allí no había más sombra que la intolerancia y la ignorancia religiosas y la envidia y todas las bajas pasiones de los hipócritas.

Al entrar en la prisión, que era obscurísima, oí que me decían: "-¡Paciencia!, ¡paciencia!" Recordé entonces mis extravíos, mis delirios, mis amores, y dije: "-Me

he dormido sobre mis laureles y recojo el fruto de mis impremeditaciones." Fui tocando las paredes y no encontré silla ninguna donde poder sentarme, ni camastro donde reclinar mi debilitadísimo cuerpo, y cuando ya me había echado en el suelo, entraron dos religiosos con un tabladillo diciéndome:

-Dormid aquí, y así sobre las duras tablas mortificaréis vuestro cuerpo, que bien lo necesita, ya que tantos gustos le habéis dado en compañía del diablo.

-Nada contesté, ¿para qué?, me dejé caer y murmuré hasta con deleite: "-Mi alma es libre, quiero volar y volaré, quédese aquí mi cuerpo, que por lo maltrecho ya no me sirve." Y el sueño del cansancio y del desfallecimiento más completo se apoderó de mi organismo, mientras mi alma se preparaba para tender su vuelo, pero sentí una voz imperiosa que me decía:

-Ten paciencia, no estropees tu cuerpo, que aun tienes que servirte de él, y está muy gastado, y muy desfallecido y muy desequilibrado. ¿No has tenido vanidad de pasar por santa y virtuosa?, ¿y de qué modo has sido virtuosa y santa?, ¿no ha entrado en mucho el querer ser superior a los demás?, ¿no te ha engreído la vanidad más de una vez?, pues tienes que sufrir las consecuencias de tu pecado.

-Pero, ¿siempre estaré así?, ¿moriré en esta obscuridad?, ¿no volveré a ver el sol?, ¿no respiraré el ambiente embalsamado de las mañanas de primavera?

-Respecto de tu porvenir no te preocupes, descansa, han querido y tú lo has querido, que te hagan santa en vida; y te han hecho daño porque la santidad es una usurpación que se hace a la eterna igualdad de la naturaleza; y de las transgresiones de la ley, hay que sufrir el choque que producen. Después de muerta te harán de nuevo santa, y será tu santidad más duradera y mejor ganada, y no tengas la menor duda que serás una gran figura de la Iglesia.

-¿Moriré en la hoguera?

-No; tendrás otro fuego que fortifica el alma. No se pasarán muchos días sin que tengas que firmar obras que tú no has escrito, cuyo contenido es indigno de ti, y si tú no las firmas, otro las firmará. Pasarás por esposa amantísima de Jesús, por alucinada, por enamorada, por extática, por histrión de tu Iglesia.

-No me contéis más, no quiero saber el fin que me espera.

-¿No querías saber tu porvenir?, pues oye y recuerda que todos tus tormentos son justos, porque tu pasado es horrible, y gracias que hay un ser que vela por ti y jamás te abandona.

-¡Ah!, si; si; no dudo que el amor de mis amores me asiste en todas mis tribulaciones-y oí que otra voz me decía: "-Si, si: si cumples con tu deber."-. ¡Cumpliré!, ¡cumpliré!, venga a mí el martirio, deshonrada por mis obras, que eso es por que la deshonra de mi cuerpo, todo lo sufriré: pero más tarde yo diré a los habitantes de la tierra cuáles son mis obras, y así se sabrá la verdad, que resplandecerá a través de los siglos, porque Dios es justo.

Quedó todo en silencio y mi alma se acercó a su cuerpo y retrocedió porque no vio el cuerpo de la desfallecida monja; mi cuerpo estaba transformado, era una mujer muy hermosa, pero mal vestida, casi harapienta, yo la miraba y decía:

-¡Esa soy yo, aquella mujer que al conocer la verdad, siguió de rodillas al que la redimió!, ¡de rodillas subí al monte!, ¡de rodillas crucé los arenales!, ¡de rodillas le he seguido siempre!, ¡porque le amaba! Porque me une a El lo que me avergüenzo de recordar; si; sí; mi pasado es... ¡horrible!, pero El me ha perdonado

siempre.

-¡Y te perdonará!-dijo una voz.

Yo miraba el cuerpo de aquella mujer y me gustaba mucho, era muy hermosa, sus harapos los prefería a mis hábitos de religiosa, aquella existencia me pareció mucho más digna que la que tenía actualmente y dije con desesperación:

-¡Maldita monja!, ¡maldita!, no has hecho nada bueno, no has hecho más que enloquecer y escandalizar. Y una voz potente gritó:

-¡Tu martirio de ayer y tu martirio de hoy, te levantarán el monumento donde resplandecerás mañana!

CAPÍTULO C

La realidad se impone, y cuando se está en una estancia cerrada, para el que está encerrado es noche eterna. Después de mi videncia, me desperté y dije: "-Vuelvo a estar sobre mi, vuelvo a la vida real, y siento de nuevo todas mis imperiosas necesidades; ¡tengo hambre!; ¡y qué horrible es el hambre!" Traté de levantarme y fui tentando las paredes hasta encontrar la puerta; mas perdí la orientación, di repetidas vueltas y caí al suelo lanzando un grito espantoso: ¡era tan terrible mi situación!, toda la eternidad de una vida de luz, desaparece ante un momento de obscuridad. A mi lamento de agonía nadie contestó, y grité con desesperación: -¿A qué me reducen? ¿qué se proponen hacer conmigo?" Yo quería animarme y sacar fuerzas de flaqueza, pero la realidad de un momento de sombra, puede mas que una eternidad de luz. El hambre me devoraba, la sed me hacía sentir una ansiedad inexplicable, y era tal mi desesperación, que grité de nuevo: "-¿Por qué no me matáis, asesinos? ¡Maldita sea la religión a cuya sombra se cometen tantos crímenes!"Y golpeando los muros de mi prisión, exclamé con angustia: "-Paredes que levanté llena de esperanza, ¿por qué no dais paso a mi voz?, ¡piedras!, ¡sed más piadosas que los hombres...!" Mis palabras las repitió el eco, y abrieron por fin la puerta de mi prisión; abrirla y precipitarme sobre mi carcelero, fue obra de un segundo, y le empujé con tal violencia, que cayó al suelo cuan largo era, y yo saltando por encima de su cuerpo, salí al corredor diciendo: "-No me encerrarán más estos bandidos", y mirando la luz del día grite: "-¡Bendita sea la luz!, ¡bendita sea! ¡Miserables!, me empujáis a que me tire por una de estas ventanas huyendo de vosotros, pero no lo haré porque aun amo a Dios." Y caí de rodillas porque el vértigo del hambre me hizo caer.

Al verme en el suelo se aumentó mi desesperación y exclamé: "-¡Venid!, ¡acabad conmigo!, ¡venid, furias infernales!, habéis querido el infierno, y el infierno está aquí por vuestra iniquidad. Aquí muere una religiosa, y muere ¡de hambre...! ¿nadie me escucha?, ¿nadie me oye?" Miré a todos lados y vi a una religiosa que me miraba desde prudente distancia. Al verla la dije: "-¡¡Piedad!!, ¡¡piedad!!, yo no he sido mala para vosotras, y si lo he sido, matadme de una vez."Y caí medio desmayada.

Muchos religiosos llegaron de uno y otro lado; la religiosa a la cual imploré compasión, se acercó resueltamente a mi, me tocó la frente y dijo con terror:

-¡¡Muerta!!

-No estoy muerta, me muero. La monja al oír mis palabras salió corriendo y volvió presurosa diciéndome:

-O salvaros o morir-y trató de incorporarme.

-¿Me vienes a acabar de matar?

-No, madre; con vos quiero morir o salvaros.

La miré, y vi en sus ojos la lealtad, me dio a beber un bálsamo y me reanimé, me senté reclinada contra la pared y ella me dijo muy quedito:

-Es una infamia lo que se hace con vos, y me juego la vida por salvaros. Quise levantarme y no pude, y vi a un religioso de los que se llaman hijos de Jesús y le dije:

-Si sois religioso, si amáis a Dios, si no tenéis entrañas de tigre, llevadme a un punto donde pueda reposar.

-¿Y no echaréis serpientes por la boca?

-Como no sea el hambre la que me forme serpientes.

-No me creo más porque el techo se hunde, veo que se inclina la techumbre...

Al oír estas palabras todos los religiosos huyeron y se promovieron nuevos escándalos y nuevas desgracias, atropellándose los unos a los otros.

-Vete, hija mía-dije a la religiosa-, si el techo se hunde, vete.

-No, madre; aquí lo que se hunde es el sentido común.

-Tal vez muera aplastada por mi obra, vete, hija mía, vete.

-Madre, cuando lleguéis al reino de los cielos, acordaos de mi.

-Hija mía, estoy muy lejos aun del reino de Dios.

Se fue la religiosa algo atemorizada, y yo oí voces que me decían: "-Anda, anda, vete a tu estancia, que puedes andar."

Efectivamente, la gran cantidad de bálsamo que había bebido me había reanimado hasta el punto que pude levantarme, y pasando muchas fatigas llegué a la Sala Capitular, que tan buenos recuerdos guardaba para mí de otras épocas, y desde allí, oí mejor cómo los religiosos rodaban por las escaleras lanzando maldiciones. ¡Qué tristeza sentí ante tantos atropellos!, pero no pude entregarme a mis tristes consideraciones, porque la misma voz más imperiosa me decía: "-A tu estancia, a tu estancia." Llegué ante mi celda y la encontré cerrada, "-¿cómo entrar?", murmuré con desaliento. "-Empuja la puerta-replicó la voz-, ¿ya no tienes voluntad?" Animada con el consejo, empujé con tal fuerza que la puerta se abrió violentamente y al faltarme su punto de apoyo caí al suelo con tal rapidez, que mi rostro chocó contra el pavimento causándome varias heridas por las que manó sangre en abundancia, pero yo no sentí entonces dolor alguno; estaba en mi celda, en mi celda, donde entraba el sol por siete ventanas muy grandes. Tanta luz me sirvió para ver que en mi estancia no había ni una silla donde sentarse; todos los muebles habían desaparecido. Me acerqué a la ventana central y vi mis *flores del cielo* más lozanas que nunca, mientras tanto una turba de religiosos quería entrar para prenderme de nuevo, pero ninguno se atrevía; al fin entró mi enemigo el sacerdote diciendo:

-Esto se ha de concluir.

-Esto mismo deseo-dije, y oí la voz de una flor que me decía: "-No te separes de la ventana y enlaza tus brazos a la columna en que te apoyas."

-No busquéis la violencia, y entregaos buenamente, vendrán hombres forzudos y os arrancarán de aquí aunque tengan que romperos los brazos.

-¡Así tratáis a las religiosas! ¡Si el rey lo supiera...! ¡si supiera lo que hacéis conmigo!

-Pues no me irritéis, no seáis así; sed humilde; y no os faltará alimento, ¿no me queréis seguir?

-No quiero.

Al oír mi contestación, entró una avalancha de -religiosos dispuestos a apoderarse de mi; pero apenas entraron huyeron despavoridos gritando:

-¡El techo se hunde!, ¡las llamas salen de aquí!

-Pero, ¿qué hacéis?, ¿qué hacéis?, ¿por qué formáis un infierno que no existe?, yo no veo tales llamas, que mi alma es para vuestra alma.

-¿Vuestra alma, para la mía?, ¿de qué modo?, ¿de qué manera?, ¿qué sabéis vos de la aproximación de las almas?, ¡temblad!, que todavía os puedo dormir.

El se volvió, y a los pocos religiosos que se habían quedado guardando la puerta les dijo:

-Idos que hay peligro-y al verse solo conmigo me dijo con ira-: ¡Dormir!, ¡dormir!, si me dormís, contad que moriréis: el haberme dormido ha sido vuestra desgracia, porque he visto otra vida muy distinta de la de aquí, porque he llegado hasta cerca de Dios para caer después en el abismo de la duda, más que de la duda, de la negación, porque he de aparentar creerlo todo, y por vos no creo en nada: porque he estado a punto de enloquecer, y vos tenéis la culpa de todo. No me durmáis, que no sabéis lo que puede suceder.

Al oírle me sentí fuerte, su mandato me impulsó a la desobediencia; me desprendí de la columna, y cogiendo sus manos por sorpresa se quedó dormido instantáneamente, murmurando con voz sepulcral: "-Haré tu voluntad." Me sentí de nuevo fuerte y le dije: "-Pues ve y ordena que todo vuelva su estado normal." Y se fue el sacerdote gritando: "-A reunirse, a reunirse."

Al verme sola me acerqué a mis flores y lloré silenciosamente. ¡Cuánta lucha!, ¡cuánta violencia!, ¡cuánto me entristecía todo lo ocurrido!, sentí sordos murmullos y oí que a la puerta de mi celda gritaban:

-No, no, no entraremos, que se los busque ella.

-Pues idos y dejadnos en paz-dijo la religiosa que tuvo compasión de mí.

Y entró con varias hermanas de la comunidad en ni celda, colocando mis muebles con el mayor cuidado. Todas las monjas me miraron con ternura y yo les dije:

-¿Tenéis miedo de mí?

-No, madre.

-Pues queredme, yo seré vuestra madre.

Tal fue mi fuerza de voluntad para atraerlas, que todas me llamaron madre, y lloraron al verme tan desfigurada, trabajando con ardor para dejar mi celda arreglada. Mucho me alegré cuando vi mi lecho; pero mi alegría no tuvo limites al ver mi mesa: ¡hasta la besé!, que nunca se alegra uno tanto de poseer un objeto, como cuando se le ha llorado perdido. De pronto, sentí una punzada en el corazón, recordé a Angélica y me avergoncé de mi ingratitud, ¡no hay alma que no sea ingrata!, y la mía lo fue alegrándose de recuperar sus muebles perdidos sin echar de menos a lo que yo llamaba la mitad de mí misma, me apresuré a enmendar mi yerro

y dije:

-¿Y Angélica?, yo no puedo vivir sin ella; ¿dónde está?

-No está aquí-dijo una religiosa.

-¿Que no está aquí?, ¿pues dónde está?

-Se la llevaron.

-Pues yo no quiero vivir sola; decidle al encargado de velar por la comunidad que quiero verle.

Salieron a cumplir mi mandato, y volvió una religiosa diciendo:

-Está muy delicado, no tiene alientos para moverse.

Conocí que había cometido una torpeza, porque en realidad mi enemigo estaría sufriendo una crisis horrible, y sólo obedecía a mi potente voluntad trasmitida directamente por mi enérgico deseo. Le llamé con mi pensamiento y se presentó; al verle me horroricé, aquel hombre no era él, era un autómata que obedecía mi voluntad; pero resuelta a todo le dije con imperio:

-¿Y Angélica?

-Está muy segura.

-¿Ha muerto?

-Aun no.

-Yo la quiero aquí.

Salió él y yo dije entonces: "-¡Qué modo de vivir tan angustioso!, si este hombre manda, comete innumerables crímenes, y si yo mando secuestro a un hombre, porque me apodero de su voluntad, lo inutilizo mentalmente; ¿podré dominarlo siempre?, ¡imposible...! ¿Me es grato dominarle?, no; amo demasiado la libertad de pensar, para gozarme en esclavizar el pensamiento de otro, pero ahora es preciso llegar hasta el fin." Y esperé impaciente la llegada de Angélica que tardó mucho en llegar: al fin me trajeron cadavérica en unas parihuelas; al verla no pude menos que gritar: "¡Asesinos...!" Todos huyeron menos mi enemigo; al verle dije: "¡Despierta!" Y se despenó aterrado; miró a todos lados y rugió como un león hambriento al ver a Angélica.

-Ahí tenéis el resultado de vuestro crimen-y le señalé a mi compañera.

-Ya nos veremos-dijo, y se dirigió a la puerta.

-¡Alto!, hemos de terminar de una vez.

-¡Ay!.. ¡si nos hubiéramos entendido...!

-¿Por qué queréis lo que es imposible?, ¿porqué no tratáis de obtener con ternura lo que el terror no puede conseguir?

-Porque la amo con locura, porque al decirme que me odiaba, juré que sería mía y mirándola con adoración murmuró-: ¡Muerta!, muerta no te quiero, ¡te quiero viva...!, ¡si no para ser mía, para adorarte desde lejos!

-¡Ay!, ¡cuánto la quería!-murmuré muy quedo-, felizmente ya no le quiero tanto.

-¡Despenadla!, ¡despertadla!-suplicó él. Le rocié el rostro con agua, y de cada gota brotaban chispas luminosas.

-¿Qué hacéis?, eso no es agua, eso es fuego. ¿Qué hacéis con el agua? La llamé con ternura y se despenó; al verme lanzó un gritó diciendo:

-¿Esto es un sueño?-pero al ver al sacerdote gritó resueltamente-: ¡A morir!, ¡a morir!

-No; no, hija mía, vive para mí, yo quiero que tu sigas mi obra: ¿qué sería de mí sin ti?, necesito de tus cuidados, de tu cariño, de tu ternura, de tus consejos, aun quiero trabajar mucho en bien de la humanidad, y si te pierdo perderé mi brazo derecho.

Tanto hablé sobre mis planes del porvenir que el sacerdote lloró como un niño, y me dijo:

-¡Cuánto la amamos los dos!

-Pues si la amáis, ¿por qué la martirizáis?

-No lo sé, no lo sé.

-Por ahora salid de aquí, para que ella esté tranquila.

Salió él y yo procuré alimentar a Angélica como yo lo había hecho anteriormente, que no comí, devoré los manjares que me trajeron; ¡cuan bueno es comer cuando el hambre azota!, ¡cuan bueno es beber cuando la sed con sus garfios de hierro nos oprime la garganta sin piedad!, yo no me cansaba de beber vasos de agua: el agua es el verdadero néctar de los dioses.

Angélica no comió con la avidez que yo comí, estaba la infeliz muy enferma; al día siguiente me dijo:

-Madre, ¡qué sed tengo!, me ahogo, me falta aire para respirar.

Le di agua, poniendo antes el vaso entre mis manos un corto rato; cuando me pareció le dije:

-Bebe.

-Madre, ¿qué agua es ésta?, esto no es agua, esto es elixir de vida, ¡qué poder tenéis!, no es extraño que os crean endiablada, los que no creen en la existencia de Dios.

Le di después agua y ella bebió gozosa. ¡Pobre Angélica!, tenía los pies destrozados, hinchadísimos, con algunas llagas, que yo se las curé con agua calentada entre mis manos; Angélica estaba asombrada, maravillada al ver cómo al caer las gotas de agua sobre sus pies, éstos se deshinchaban y adquirían movimiento. "-¡Madre!-gritaba entusiasmada-, ¡me dais la vida!" Y corría por mi celda como si fuera niña traviesa. Yo, la verdad, cuando vi el feliz resultado de mi obra di gracias a Dios diciendo: "Mis manos hacen del agua un elemento de vida, ¡aun puedo hacer el bien!, ¡aun soy útil a los que sufren!, ¡aun mi voluntad es potente!

Pasaron muchos días y nos pusimos las dos buenas, y entonces la dije:

-Ahora, cada una a cumplir con su deber.

-Madre, parece un sueño lo pasado; ¿y si vuelven los días del terror?

-Venceremos, que aun tengo voluntad para vencer.

-¡Voluntad!, ¡voluntad!-dijo *una flor del cielo-,* aun eres vanidosa, aun crees que tu voluntad lo puede todo. ¡Ingrata...!, pides auxilio a Dios, y cuando Dios te concede fuerza y valor, entonces dices: "¡Mi voluntad lo ha conseguido todo!" Pues no olvides que aun te falta lo mejor.

-¿Qué me espera?-pregunté con temor.

-Prepárate debidamente para comprender mejor lo que es tu actual existencia.

Me impresioné tanto, que le dije a Angélica:

-Ve a ver qué hacen los niños. Al quedarme sola quise orar pero no pude, yo

no sabía orar; sólo pude decir:

"Señor, me reconozco culpable, tened piedad de mi." Recordé en aquel momento mi canto. "¡Cuan grande es Dios...!" y cogiendo una pluma lo estampé de nuevo en el papel, diciendo: " -¡Cuan grande es Dios!" Quise leer lo que había escrito, y me preguntaba con extrañeza: "-¿Yo escribo: Cuan grande es Dios?, pues aquí hay conceptos que no son míos, ¿quién escribe esto?, el canto está grabado en mi memoria, pero no en el papel, en el papel hay otros pensamientos más profundos, más elevados, más sublimes. ¡Cuan grande es Dios!, éste será el poema de mi existencia, mientras más se estudia la grandeza de Dios, más pequeñas se encuentran las miserias humanas."

Salí de mi celda, y todo lo encontré como estaba anteriormente, las monjas, muchas de ellas, me besaron la mano y yo las abracé, al encontrar a Angélica la dije:

-¡Cuan grande es Dios!

-Si, madre, ¡cuan grande es Dios!, los ojos de los niños lo dicen, los niños son ángeles y los ángeles son los mensajeros de Dios.

Al día siguiente saludé al sol muy emocionada y le dije: " -¿Quién eres tú?" Y súbitamente pensé dedicarle un nuevo canto al sol, habían quemado todos mis escritos, pero yo tenía en mi mente una biblioteca para la cual no había medios de destrucción, que las ideas han sido siempre incombustibles, y aunque quemaran mi cuerpo, mi alma conservaría todos sus recuerdos, todas sus aspiraciones. Ya en aquella época, mucho más atrasada que la vuestra, tenía yo el intimo convencimiento que la muerte destruía los cuerpos, pero que para las almas la muerte no existía; y no existiendo, mis sueños, mis delirios, mis cantos, mis amores, todo me seguiría en mi eterna peregrinación. ¡Cuan sabia y cuan justa es la obra de Dios!, ¿por qué se quiere tanto a lo que brota de nuestra mente? ¡Los hijos del pensamiento, son tan amados!, grande es la maternidad del cuerpo, pero no es menos grande la maternidad del alma. Yo amaba mis obras, confieso mi debilidad, y al encontrar que las llevaba conmigo repetí con entusiasmo: "¡Cuan grande es Dios...!"

CAPÍTULO CI

Escribí mi poesía al sol, y recordé perfectamente la misma que había escrito mucho antes, con la sola diferencia, que al concluir cada estrofa me decía: "¡Qué grande me parece el sol!, cada vez lo veo más grande." Cuando concluí mi canto, lo uní al que había dedicado a Dios y dije con tristeza: "¿También ahora os quemarán?" Y oí una voz que me decía: "-También; ¡se quema tan pronto el papel...!" Cuánto me contrarió aquella respuesta, pero oí luego la voz de mi sobrinita que me decía: "¿Acaso el músico recoge las notas que produce en un instante de inspiración?, el arte está en el entendimiento; cien veces que quemen tus escritos, ¿podrían destruir tu memoria?, recita tu canto. ¡Cuan grande es Dios!" Obedecí su mandato, y paseando por mí estancia fui repitiendo todas sus estrofas, siendo mi alegría inmensa al convencerme que todo lo recordaba: en mi mente estaban grabados todos mis cantos, mi memoria era verdaderamente prodigiosa.

Entró después Angélica y me contó muchas miserias y muchas tragedias, los niños, ¡pobrecitos...! sufrieron durante mi enfermedad y el cautiverio de mi compañera, los horrores del hambre, la superiora interina, ¡qué mala era!, gozaba

haciendo sufrir. Angélica horrorizada me dijo:

-Si volviera la nueva superiora, todo quedaría destruido, ¡todo!

Sus palabras me hicieron tanto daño, tanto, que súbitamente sentí un dolor irresistible en los ojos. Temblé por mis ojos, tuve miedo, mucho miedo, le pedí a Angélica que me pusiera agua en la palangana, sumergí mi diestra en el agua y me la pase después por los ojos, cesó el dolor y recobre la vista, ¡qué hermoso me pareció el sol...! ¡qué hermosísimo...! pensé enseguida por qué me dolerían los ojos, y murmuré con espanto:

-Me habrán dolido porque he sentido odio hacia la nueva superiora... ¡pero pensar que esa mujer pudiera volver por aquí...! que el vicio, que el crimen domine a la virtud, ¡sería horrible!, ¡los niños llorando!, ¡pobrecitos niños!, ¿y los ancianos?, los ancianos merecen respeto, amor y solicitud, que todo el mal caiga sobre mí, ¡Dios mío!, y que no sufran los desvalidos.

Angélica me miraba tristemente, y yo la abracé con la mayor ternura diciéndole:

-No temas, los vicios y las infamias nos rodean, pero nos salvaremos, indudablemente nos salvaremos. Tú amas a los niños, por eso has visto al que decía: *Vengan a mi los niños.* Tú con tus obras pronuncias sus mismas palabras: sigue amando a los niños, y ama también a los ancianos porque son los niños de ayer, y los indefensos de hoy.

-Madre; con vos iré hasta el martirio, sin vos la muerte.

-No, no; la muerte por violencia, jamás; el alma debe resistir hasta su última hora, su deber es luchar, no es morir.

Salimos después y nos dirigimos al refectorio, y las monjas me recibieron muy bien, menos algunas que me miraron con cierto recelo, y a estas últimas las dije:

-¿Por qué no os llegáis hasta mi?, ¿me creéis endiablada?, miradme bien; no soy vuestra hermana, soy vuestra madre, tened confianza en mi, porque yo os quiero bien, y sé olvidar las ofensas.

Una de las monjas retraídas se acercó a mi llena de terror y me dijo muy quedo:

-¡Madre!, ¡me quemo...!

-¿Dónde te quemas?, ¿en qué parte de tu cuerpo sientes más dolor?

-Todo mi cuerpo me duele, como si tenazas candentes se hundieran en mi carne.

-¿Te queman tal vez tus remordimientos?, ¿fuiste tú quizá, la que envenenaste mis alimentos?, ¿te quema la idea que tuviste?

-Madre, la idea no fue mía, me la mandaron hacer y obedecí.

-¿Conservas aun algo del veneno que empleaste?

-Si no me castigáis, hablaré, porque me ahogo.

-¿Acaso yo castigo?, yo siempre perdono; sólo pido franqueza y verdad. Si te exigieron que nos hicieras daño, te perdono; ¿tienes aun el resto del tósigo?, yo iré a buscarlo.

-No, madre: yo os lo entregaré, y tened sumo cuidado, que cada gota es una sentencia de muerte; me dijeron que pusiera cuatro gotas, yo sólo puse una, creedme-y se arrodilló llorando amargamente.

La comunidad, viéndonos hablar en secreto se fue alejando, y yo deseando quedarme sola con la declarante, las di orden de que todas fueran al huerto, así lo hicieron, y entonces abracé a la pecadora diciéndola:

-¡Pobrecita!, te dijeron que pusieras cuatro gotas y tú pusiste una sola, ya hiciste una obra buena.

-No, madre; una sola gota dicen que mata como el rayo; ¡me horrorizó al pensar lo que hice!

-No pienses más en ello, y aprovechando que estamos solas, ge por la botellita.

Se fue la monja, y a poco volvió, entregándome la botellita, que al tenerla entre mis manos temblé convulsivamente, y oí una voz que me decía: "-Esta botella es muerte y es vida, que la substancia que contiene bien administrada, empleando cordura en el método de usarla, puede dar la vida al débil, no lo olvides.

La monja me miraba asustada de mi silencio, hasta que al fin la abracé y la dije:

-Hija mía, más vale morir que matar.

-Madre; os obedeceré, antes la muerte que el crimen. Yo no he vivido estos días, ¡cuánto he sufrido...!

Dueña de la botellita que contenía un liquido azulado muy transparente, no sabía qué hacer con ella; ¿dónde la escondería?, pensé en diferentes sitios, y concluí por guardarla en un cajón de mi mesa, cuya llave me colgué al cuello pendiente de un cordoncito negro. Yo no olvidaba lo que había oído: "Este liquido da la vida y la muerte." Sentí de nuevo dolor en los ojos, pero un dolor muy vivo, realmente insufrible, y dije entre mí: "¿Y si pusiera una gota de ese veneno en una cantidad de agua, por ejemplo, una gota por mil, y con ella me lavara los ojos? Probaré." Y enseguida puse de nuevo agua en la palangana, que era muy grande y muy honda, eché cuidadosamente una gota, y tomó el agua un color azulado precioso, me lavé los ojos cuidando escrupulosamente, que sólo ellos se bañaran en aquel pequeño mar azulado; y al pronto sentí un ardor irresistible, pero después, al calor le sustituyó un bienestar inmenso, cesó por completo el dolor y se me quedaron los ojos más brillantes que nunca; mas, a pesar del éxito obtenido, miraba el cajón de mi mesa con cierto recelo, hasta que *una flor del cielo* me dijo:

-No temas; ¿no estamos aquí?

-¡Gracias, flores mías!, ¡cuántos beneficios os debo! Entró después Angélica, muy preocupada, y me dijo:

-Madre, ¡qué cosas pasan...! ¿habéis visto cuántas infamias se han cometido aquí?, aunque nada he oído, lo he comprendido todo, y... ¿recogisteis el sobrante del veneno?

-Si, lo recogí y lo tiré.

-Habéis hecho muy bien, madre, quien quita la ocasión, quita la tentación-y en los ojos de Angélica brillaron dos lágrimas.

Pasaron días, muchos días, y yo siempre miraba el cajón de mi mesa y oía que me decían: "-No temas, aun está ahí."

Una mañana me anunciaron la visita de muchas monjas. "-¿Monjas?-dije con extrañeza-, pues, que pasen. "E inadvertidamente las hice entrar en mi celda que se llenó por completo de religiosas de distintas órdenes; al ver las en tan gran

número, dije a la que las capitaneaba:

-El objeto de vuestra visita debe ser muy importante, cuando tantas venís.

-Si, madre, nuestra misión es muy grave y no estamos bien aquí, puesto que no hay dónde sentarse.

-Tenéis sobrada razón, pasemos a la sala capitular y todas estaremos bien.

Pasamos al lugar mencionado, las hice sentar a todas, y yo me senté en mi sillón abacial. La capitana de aquella tropa religiosa, me dijo con desfachatez:

-Estáis sentada en un lugar que hace poco ocupó otra superiora, la que hoy no le ocupa por encontrarse enferma, pero de ella traemos órdenes que debéis cumplimentar.

-Si sois madre de una orden, ocupad desde luego mi lugar: sentaos, pues.

-Si así lo queréis, tanto me importa antes como después-y se sentó en mi puesto diciendo-: Convenceos que este sillón lo ocupo en nombre de la nueva superiora, porque la que antes había tiene una significación diabólica que atestiguan los padres de la Iglesia, y ¿creéis, hermanas, que cumpliremos con nuestro deber sustituyéndola?

Nadie contestó, sólo una monja anciana, pero sin la majestad de la vejez, por ser muy pequeña y muy obesa dijo:

-Procedamos en justicia, e interinamente ocupe otra monja su lugar.

-Pues que sea la monja más anciana-dijeron varias religiosas.

Entonces, la anciana que había propuesto proceder en justicia, me dijo socarronamente:

-¿Me obedecerá la antigua superiora?

-No: sólo por la fuerza dejaré mi lugar. La nueva superiora se irritó y se levantó diciendo:

-Calle la blasfema, que es indigna de estar en la Casa de Dios la que tiene pacto con el diablo.

-¡Qué más diablo que vuestra figura y vuestra mala intención!-todas se amotinaron y yo las dije-: No me obliguéis a que os arroje de aquí violentamente: si habéis venido, os he escuchado, y sé que habéis venido con el propósito deliberado de producir escándalo; salid de aquí como deben salir las religiosas, con humildad cristiana. No provoquéis disturbios que a nada bueno conducen. Yo sé que en España el poder religioso es su ruina, porque todos los religiosos son conspiradores. Yo no conspiro contra nadie, dejadme aquí con mis niños y mis ancianos, idos de aquí y acusadme cuanto queráis, que yo en cambio pediré a Dios que os ilumine.

Mis palabras anteriores fueron el *botafuegos,* aquellas mujeres no eran monjas, eran fieras rabiosas; una de ellas tuvo la avilantez de darme un tremendo bofetón, y entonces, lo confieso, *cegué y no vi;* porque hay ofensas que una mujer de elevada estirpe no puede sufrir; surgió una idea en mi mente y me dije a mi misma: "¡Mátala!" y extendí mis manos para estrangularla, mientras otras decían al ver mi ademán hostil: "-¡Arrastrarla!, ¡arrastrarla!" Mi comunidad se puso a mi favor, y unas y otras luchaban furiosamente, y o í una voz que me decía: "-¡Imprudente! ¿Y tu paciencia?, evita una catástrofe, te ayudaremos." Y entonces dominé aquel tumulto extendiendo mis brazos, tocando con mis manos a las más revoltosas, que se quedaban inmóviles, sin poder dar un paso. Cuando las tuve tranquilas, las hice bajar ordenadamente y las hice sentar, esperando mis órdenes, todas se sentaron,

haciendo la señal de la cruz, y yo mandé abrir la puerta principal del convento para ver quién había fuera, y vi a mucha fuerza armada, y a un grupo de oficiales a corta distancia; a ellos me dirigí resueltamente, y uno de ellos salió a mi encuentro saludándome con el mayor respeto, diciéndome:

-¡Ay, madre!, ¡qué vieja os habéis puesto!, aunque bien mirado, lo extraño es que aun estéis viva. ¡Tenéis tantos enemigos...!, si vivieran vuestros hermanos no tendríais tantos. ¡Pobre madre!, ¡cuántos enemigos tenéis!

-Ahora saldrán las monjas.

-¿Y queda ahí la que os sustituye?

-Ninguna queda, porque yo no quiero.

-Hacéis mal, salid del paso por ahora, quedaos con una, y así evitaréis una nueva invasión.

Vi que el militar tenía razón, y lo hice entrar conmigo en el locutorio, diciéndole a la monja más joven, muy hermosa por cierto:

-Te quedarás tú.

-¡Yo...!-Dijo la joven-, ¿estáis loca?, tenéis mucha más edad que yo, ¿cómo os he de mandar?

-No importa: aquí os quedaréis.

Todas las monjas se fueron haciendo la señal de la cruz, y la que se quedó como quien dice en rehenes, no le llegaba la camisa al cuerpo, me siguió muy a pesar suyo y la hice entrar en mi celda, a poco de haber entrado, se restregó los ojos diciendo con impaciencia:

-Pero, ¿qué es esto, Dios mío?, entrar aquí y dolerme los ojos ha sido todo uno, no lo entiendo, pero mi dolor aumenta. ¡Ay, Dios mío!, ten misericordia de mi-y me miraba con terror. Angélica al verla sufrir tanto se compadeció de ella, y me dijo:

-Madre, curad a esa infeliz.

-Bueno, distráela tú mientras yo preparo el agua.

Angélica le prodigó frases de consuelo, mientras yo sacando la botellita eché una gota en el agua, cuidando de que Angélica no viera la operación, porque aquella botellita era la vida y la muerte, y Angélica, tenía tantos deseos de acabar de una vez.

La monja se resistía a dejarse lavar los ojos, pero por momentos se le inyectaban de sangre y se le hinchaban, así es que Angélica la sujetó, y yo se los lavé, encontrando la paciente un gran alivio hasta el punto que desapareció el dolor y me dijo muy satisfecha. -¡Ay!, ¡qué bien tengo los ojos!, y ahora, madre, ¿qué he de hacer?

-Sois la nueva superiora, y mi celda os dejaré.

-Eso no puede ser-dijo Angélica resueltamente-, vos no podéis salir de aquí, si salís, no respondo de mí.

Mucho me conmoví con el cariñoso arranque de Angélica, y le dije a la monja forastera:

-¿Qué quieres hacer?

-Salir de aquí cuanto antes.

-Pues pasa la noche aquí, y mañana hablaremos, que eres muy joven y aun tienes mucho que hacer en el mundo.

A la mañana siguiente muy temprano, llamó la monja a la puerta de mi celda,

y me dijo muy asustada:

-Madre, yo no puedo estar aquí, he pasado una noche horrorosa, he visto serpientes de fuego, fieras hambrientas, torbellinos de llamas, ciudades en ruinas, ¡qué sé yo!, quiero irme.

-Antes tomarás el desayuno.

-No, no; nada quiero comer aquí.

-Haces mal, ¿no recuerdas que aquí te has curado los ojos?

-Es verdad; tenéis razón... pero... yo quiero irme.

En aquellos momentos el sol abandonaba perezosamente su lecho de fuego; y Angélica, la monja y yo, nos acercamos a la ventana central, y yo saludé al sol diciendo:

-¡Bendito tú!, ¡tú eres la imagen de Dios! ¡Tú eres la vida! ¡Tú eres el amor universal, puesto que a los malos y a los buenos das tu calor y tu luz!, ¡tú eres la divina igualdad!"

Orando de esta manera, de mis ojos brotaron algunas lágrimas y vi que la monja lloraba también.

-¿Por qué lloras?

-Porque me ha conmovido vuestra oración matutina.

-¿Te ha gustado?

-Si, mucho, pero si yo orara así en mi convento, dirán de mí lo que dicen de vos, que estáis endiablada.

Una flor del cielo murmuró: "-¡bien has orado...!" la monja al oír aquella salutación tembló diciendo:

-¿Esa flor ha hablado? Madre, yo quiero irme de aquí.

-Dejadla salir, madre, no veis que no es alma que os pueda comprender.

-Hoy no; pero mañana, ¡quién sabe!, vete en paz, hija mía, y te perdono de antemano las acusaciones que me hagas.

Salió la monja escapada, y volvió Angélica diciendo:

-Madre, ya estamos solas, pero vendrá de nuevo la avalancha y vendrá con más horrores.

-Tienes razón, las monjas son muy envidiosas, porque su círculo de acción es muy pequeño, y hay que defenderse a todo trance de la envidia religiosa.

-Si, madre; hay que defenderse, ¡si pudiéramos salir! ¡qué hermoso es salir!, ¿os acordáis?

-Si, Angélica; tú quieres salir para ver un imposible.

-Si, madre; un imposible que está grabado en mi corazón.

-No seas loquilla, no podemos salir, nos espían.

-¿Entonces estamos prisioneras? ¿Y vos de qué servís?

-¡Yo...!

-Si, madre, vos, inventad algo, ¿no podéis dormir a alguien que pida auxilio?, dormidme, madre.

Sin saber lo que me hacía iba a dormirla cuando me dijo una *flor* "-No emplees medios tan pequeños."

-Angélica, ve a cumplir con tu deber.

Mi compañera se fue muy contrariada, y yo me quedé sola pensando qué haría y pensé en mi enemigo el sacerdote, y dije: "-Si hay un perjuicio sirviéndome

del arma del sueño, que caiga sobre él y no sobre Angélica." Y oí una voz que me decía: "-¡Qué bueno es tu Evangelio!, para tu adversario el daño, cuando debía devolver bien por mal.

No hice caso de la amonestación, pensé con insistencia en mi enemigo, y vino el sacerdote contrariadísimo, diciéndome:

-Hemos de concluir, madre.

-Pues, concluyamos-y le desperté rápidamente, y él me dijo:

-He venido no sé por qué; indudablemente me habréis hecho venir.

-Si; os he hecho venir, para que luchemos la fuerza con la razón.

-¡Luchar!, con vos no puedo luchar.

-¿Y que sería de mí si así yo no obrara? ¿Por qué no sois bueno para mí?, ¿por qué no sois mi amigo?

-Yo no estoy bien, no estoy para luchar, separémonos.

-¿Separarnos?, eso no puede ser; porque cuando Dios nos llame ajuicio, si vos sufrís, yo iré donde vos estéis para sufrir con vos. Eso no lo haréis conmigo, si os pidiera agua me daríais un veneno que me quemara.

-Eso no.

-Eso si; todo lo sé. Recordad el tiempo pasado, cuando nos conocimos; recordad al amigo que a los dos nos protegió y que desgraciadamente hemos perdido, busquemos en su recuerdo un poco de claridad, un tribunal que nos juzgue, y si eso es poco, aun tenemos amigos religiosos de valía, busquemos su consejo, así no podemos seguir.

-Despejadme; poned vuestras manos sobre mi frente y sobre el corazón; dejadme libre, ahora si que estoy bien para discutir.

-¿Y qué decís de mi proyecto?

-Que es una locura, que nada tenemos que hacer; yo no os persigo, sois vos la que os perseguís y la que me persigue.

-Veo toda vuestra ruindad, y quedan rotas nuestras relaciones.

-¿Rotas...? y cuando salga de aquí saldré quizá con las andaderas que continuamente me ponéis.

-¿Creéis en Dios?

-Si, creo.

-Pues el verdadero religioso no cree en poderes misteriosos; yo creo en Dios y Porque en El creo no me gusta dominaros.

-¿Os reconocéis culpable?

-No, culpable no; pero veo que no queréis hacer un pacto conmigo y hacéis mal, porque yo haré que seáis vos el trompetero que diga en todas partes el trabajo que hacéis con el Santo Oficio.

-No, no; eso no; lo que yo quiero es otra cosa, no os molestaré más si me obedecéis, firmando unos papeles que os traeré. Tenéis fama de santa, el pueblo ya os ha santificado; millones de enfermos os han bendecido, centenares de hambrientos os llaman su salvación; con mucho menos se puede proclamar santa a una mujer, pero como vuestros escritos y vuestras acciones no están dentro del molde religioso, los padres de la Iglesia, amigos y conservadores del dogma, no queremos vuestra historia con sus sueños y sus delirios gentilicios, con su adoración a los astros, en menoscabo de los santos mártires; no queremos, no,

vuestra verídica historia, por eso hemos quemado vuestras obras, y quemaremos cuantos papeles toquéis y en ellos dejéis vuestros pensamientos; pero consecuentes con nuestro credo, y fieles servidores de la Iglesia, hemos escrito una historia, que pasará por auténtica, digna de vos; os haremos santa, teóloga, doctora, todo lo que se puede ser de grande dentro de nuestra Iglesia.

-Pues yo no firmaré semejante historia, antes me dejaré cortar la mano.

-No importa, si no la firmáis otro la firmará, ya se ha falsificado vuestra letra, parece que la historia está escrita por vos.

-Robáis la voluntad de mi alma, ¿y seréis vos el encargado de escribirla?

-Yo no, pero está muy bien escrita; si la leyerais, os gustaría; sed razonable, y firmad.

-¡Nunca!

-Pues yo os llevaré la historia, leedla, y creed que esa historia, será la historia que conocerá la humanidad: de vuestros cantos estampados en el papel, el viento hace tiempo que esparció sus cenizas.

Se fue sin yo detenerle, y entonces lloré amargamente ante tanta felonía y tanta maldad. ¡Mi historia!, ¡un tejido de fábulas ridículas!, ¡mi santidad!, ¡mi santidad fundada sobre irrisorias mentiras!, y mis dulces poesías, mis inspirados himnos, las emanaciones de un alma digna y honrada, ¡todo destruido!, ¡Dios mío!, ¡quieren deshonrarme en vida y santificarme en muerte...!Pero el tiempo es eterno y día llegará que yo publique mi verdadera historia; hasta que lo consiga, hasta que pueda reivindicar mi memoria entre los terrenales, yo padeceré todos los martirios que Dios quiera imponerme, y los sufriré gozosa soñando en el día que yo pueda decir:

"La santa que adoráis, no ha existido jamás; el que ha existido y existirá eternamente, es un espíritu que cayó en el fango y se levantó, y luchó, y progresó porque allá lejos un espíritu de luz le decía: "-¡Ven a mí!, ¡tu alma es mi alma...! por eso, por tus culpas pasadas, *¡te perdono!"*

CAPÍTULO CV

Se pasaron muchos días, en los cuales una profunda tristeza embargaba mi espíritu; mi cuerpo perdía su habitual vigor, y mi espíritu hasta se atontaba, si cabe emplear esta expresión. Mis fuerzas físicas se agotaron al fin, cedí al peso del mayor abatimiento y una mañana me quise levantar y no pude. Angélica no había perdido el menor detalle de mi aniquilamiento físico y moral, pero confiaba tanto en mi fuerza de voluntad, que no le dio toda la importancia que tenía mi extraña enfermedad; pero al verme postrada en el lecho sin alientos para hablar, se alarmó extraordinariamente, haciendo venir a un médico sin pérdida de tiempo.

Angélica, con su talento habitual, nada me dijo de su alarma, así es, que al ver al medico me sorprendí como si despertara de un profundo letargo. El médico me inspeccionó detenidamente, fijándose mucho en el movimiento anormal de mi corazón, y le dijo a Angélica al escribir la receta:

-Que todo se haga corriendo.

-¿Qué?, ¿me voy?-le pregunté.

-¿Os queréis morir?

-Yo no.

-Pues entonces, ¿por qué os convertís en momia?

-Antes que eso... ¡morir! ¡Qué extraño!, vos me hacéis una pregunta que responde a lo que me sucede, porque pienso y no sé pensar, es decir, quiero pensar, y no brota en mi mente un pensamiento.

-¿No habéis tomado algo para entonteceros y dejar la vida lo más tranquilamente posible?

-Yo no lo he hecho, pero... ahora pienso que otro lo puede haber hecho. ¡Salvadme!, yo no quisiera morir así, no quiero morir embrutecida-pero me atonté de nuevo y añadí-: El caso es que no es malo morir así.

Trajeron la medicina y el mismo médico me dio la primera toma y se sentó al lado de mi lecho mirándome fijamente y contando los latidos de mi corazón. Yo estaba como un niño atontado, pero debido quizá a que el médico en su reconocimiento me oprimió con su diestra el corazón, ello es que al fin, sentí un dolor tan agudo como si me arrancaran las entrañas y lancé un grito aterrador. El médico recetó otra nueva medicina y dominado por la más dolorosa ansiedad me abrió bruscamente los ojos; y no sé que vería en ellos, que gritó con desesperación:

-¡Malditos!, ¡malditos...!

-¿Qué?, ¿me han asesinado?

Me quiso dar nuevamente medicina, pero mis dientes convulsivamente encajados, se negaron a dar paso al remedio, y él repitió: "¡Malditos!, ¡malditos!" Yo luchando con las ansias de la muerte pude al fin gritar:

-¡Agua...! ¡agua...!

Me trajo agua y bebí con avidez mucha agua; llegó Angélica, y oí que le decía el médico:

-¡todo es inútil!, ¡todo!, ¡la habéis asesinado...!

-¡Mentís!-gritó Angélica desesperada.

-Pues ya veréis si se vuelve a levantar.

Angélica, al oír mi sentencia de muerte, miró a todos lados con azotamiento, quiso llegar hasta mi lecho, dio algunos pasos tambaleándose y cayó como muerta.

-¡Tú también!-gritó el médico.

Y se quedó el pobre hombre como anonadado, que el caso no era para menos. Se repuso en cuanto pudo y trató de auxiliar a Angélica, que volviendo en sí, pidió ¡agua!, ¡mucha agua!, el médico la dejó beber cuanto quiso y salió de la celda gritando:

-¡Venid, todas!, ¡venid! Acudió la comunidad, y a las primeras monjas que entraron les dijo el médico:

-Ahí tenéis vuestra obra, ¡¡las dos están envenenadas...!! ¡¡las dos!! Podréis acusarme al Santo Oficio, pero es vuestra la obra-y salió como un loco.

Yo que todo lo veía y lo sentía, sufría horriblemente, sufrimiento que ocasionó violentas convulsiones y me tiré al suelo, y Angélica y yo rodábamos y nos retorcíamos como serpientes; las monjas, unas lloraban, otras maldecían, y otras se lanzaron como furias en seguimiento del médico, que volvió el infeliz medio arrastrado por las monjas. Al verle traté de levantarme pidiéndole ¡agua!, ¡mucha agua! Angélica también pedía lo mismo. Tanto bebí, que sentí náuseas, ansias horribles, y apoyada en mi lecho, arrojé agua, sangre y materias putrefactas con tal abundancia que daba espanto; Angélica también tuvo vómitos de sangre, y el médico no sabía a

quien atender primero, diciendo: "-¡Qué horror!, ¡esto es irresistible!"

Quedé al fin como inerte y me colocaron en mi lecho, lo mismo que a la pobre Angélica que parecía un cadáver; ¡pobrecita!, el médico volvió otra vez a tocar mi cabeza y mi corazón, me abrió los ojos y lloró como un niño diciendo:

-¡Aun hay esperanza...! ¡bendito sea Dios!

-Mandad; ¿qué hay que hacer?-dijo una monja-, no nos calumniéis, que no hemos tomado parte en este crimen: lo juramos por Jesús Crucificado.

-Bueno, bueno; dejaos de juramentos y traed dos tazas de caldo si lo tenéis.

Trajeron el caldo y el médico volvió a luchar de nuevo con Angélica y conmigo; la primera volvió a tener abundantes vómitos de sangre, trajeron nuevas medicinas, y el médico y las monjas cumplieron como buenos, no se les podía exigir más cuidado ni más asiduidad. Yo abrí los ojos y le dije al médico:

-¡Cuánto trabajáis!, ¡qué bueno sois! A Angélica también le dio medicina y le preguntó:

-¿Tenéis sueño?

-Si; el sueño de la muerte; ¡qué triste es morir y no morir!

-Ahora suplico a las dos enfermas que traten de dormir; un reposo absoluto puede salvar la situación.

Renuncio a referir lo que el médico y las monjas tuvieron que sufrir con Angélica y yo; mi joven compañera, de naturaleza muy endeble en comparación con la mía, no levantaba la cabeza, estaba herida de muerte, era un lirio marchito sin haber exhalado su perfume. Yo más fuerte y de más edad, resistí mejor los efectos del veneno, y después de muchos días pudimos levantarnos y volver a mirar el sol pero sin salir de mi celda porque no nos podíamos tener en pie, y porque también necesitábamos un completo aislamiento; las monjas sólo entraban en mi celda de dos en dos, sin hablar ni hacer el menor ruido: tal era nuestro abatimiento y desaliento; y como si no fuéramos bastante las dos enfermas para dar trabajo, en aquellos días llegaron a la hospedería del convento varias familias procedentes de la corte, acompañadas de una celebridad médica, de un doctor famoso que quería ver la fuente del agua milagrosa, a ver de qué substancias se componía aquella agua y la de otros manantiales cercanos al convento; y sobre todo, quería ver por si mismo los milagros que yo hacía milagros que su ciencia negaba, pero que como era un verdadero sabio, no quería negar públicamente, sin antes haber estudiado en secreto.

Muy cariacontecidos debieron quedarse los excursionistas al llegar al convento y mucho más que entre ellos venían algunos enfermos incurables, se dispersaron por las cercanías, y cada familia entretuvo el tiempo lo menos mal posible, menos el doctor; éste, enterado por mi médico de lo ocurrido, no quiso separarse de nuestro lado, aprobó lo hecho por su compañero, pero tomó a su cargo nuestra completa curación. Era el doctor un anciano muy agradable, poco hablador, pero un observador tan profundo que encantaba su penetración. Como era un verdadero sabio no tenía ni asomos de fatuidad, era un maestro que siempre estaba en clase enseñando a los niños con la mayor sencillez. Mi médico estaba contentísimo, porque yo creo que aprendió más en aquella temporada que en todos sus años de estudios.

El doctor me trataba con verdadero cariño, y a Angélica la miraba con

inmensa compasión, endulzando su lenta agonía con medicinas tan acertadas, que mi compañera recobró el color de sus mejillas, el dulce brillo de sus ojos, pero habla algo en su semblante que decía: *me iré pronto...* Yo estaba curada, mi fuerza de voluntad había arrojado cuanto de nocivo había en mi estómago, pero parecía un esqueleto andando, y me decía el doctor riéndose:

-Madre, yo vine atraído por la fama de sus milagros, no creyendo que el milagro quien lo haría sería yo; porque sin jactancia alguna, si yo no vengo las dos hacéis el milagro de iros al cielo antes de tiempo. Y a propósito, madre, qué mal gusto habéis tenido de vivir por estos andurriales. ¿No sabéis que en la corte también hay conventos, y una mujer de vuestra clase no debía estar en este destierro? ¿No sabéis que en los destierros abundan los reptiles?, en la corte hay fieras, pero más vale luchar con fieras que con reptiles. ¡Pobrecitas!, las dos estáis envenenadas y lo han hecho lentamente, con una sangre fría aterradora. Angélica está herida de muerte; al infame que os ha envenenado, si yo fuera Dios no le perdonaría; eternamente le haría sufrir el dolor de la agonía.

-Doctor, eso sería demasiada crueldad, ¿por un delito queréis una eternidad de pena?

-Si; porque el envenenador es el más criminal de los criminales, mata a sangre fría, se goza en su obra, y escapa a la persecución de la justicia, porque no se le encuentra el arma homicida ni el menor rastro de su crimen. Y hablando de otra cosa, he pensado seriamente que aquí estáis muy mal, aquí no he visto más que reptiles, exceptuando a Angélica, ¿queréis venir a la corte?, allí hay conventos dignos de vos, allí os respetarán y os concederán todos los derechos que por vuestra clase merecéis, pensadlo.

-No he de pensarlo. ¿Yo a la corte para qué he de ir? ya no tengo allí a nadie; no quiero irme de aquí.

-¿Queréis morir entre reptiles?

-Reptiles o no, aquí me quedo.

-Lo siento; ¡valéis tanto!

-¿Cómo lo sabéis?

-Por vuestros ojos, que son mundos mudos, vuestros ojos pueden levantar muertos; he visto mucho, y sé que el alma que asoma a esos ojos es capaz de regenerar a un mundo; aquí lucharéis con reptiles y os vencerán.

-¿Queréis escuchar un secreto?

-Hablad.

-¿Decís que he sido envenenada?

-Si: los reptiles envenenan, las fieras matan.

-Escuchadme, yo bien sé que tengo adquirida mucha celebridad, y quieren deshonrar mi historia.

-La historia no se deshonra, madre.

-Si, se deshonra; figuraos, si vos escribís una obra, y ésta la destruyen y ponen otra en su lugar, ¿no es una deshonra?

-No madre, no: que hagan de mis obras de medicina lo que quieran si con mis consejos curan, si guiados por mis instrucciones hacen el bien en la forma que quieran. ¿Cuáles son vuestras obras?, ya he visto una parte de ellas aquí levantadas, y esas obras morirán, madre, porque las piedras caen bajo el peso de

los siglos, pero si habéis consolado, si habéis curado por vuestra voluntad, eso no se oí vida, eso pasa de padres a hijos, y las generaciones van guardando el recuerdo milagroso que resiste al poder del tiempo. Yo ya sé que habéis hecho innumerables curaciones, unas veces por buen deseo y otras por vanidad, sé que habéis escrito mucho. ¡Pobrecita!, ¡pobrecita! En España sólo hay almas ruines, y las mujeres tenéis la culpa, porque siempre habéis adorado ídolos y habéis desatendido los deberes de la familia. El dogma religioso es el eterno judío que roba siempre renombre, fortuna y libertad; sé que habéis escrito mucho y sé que vuestras obras morirán, si ya no han muerto: venid a la corte, creedme, allí lucharéis con fieras, que es preferible luchar con fieras que luchar con reptiles.

Vacilé, dudé, pero luego dije:

-No, no: ya es tarde.

-Pensadlo bien.

-No, no; me quedo.

-No os he hecho conocer a las familias cortesanas que aquí llegaron atraídas por vuestra nombradla, respetando vuestro estado alarmante, y como éste ha durado tanto tiempo, mañana han resuelto marcharse y yo con ellos; y como ya estáis fuerte, si queréis os las presentaré, pero cuidado con lo que hacéis, que vienen algunos enfermos incurables.

-Y si yo pudiera hacer un bien, ¿me dejaríais hacerlo?

-No: no quiero en manera alguna que hagáis el menor esfuerzo, porque entonces si que os vais a la corte, pero será a la Corte Celestial.

-Os obedeceré; y para que os convenzáis que quiero obedeceros, no os separéis de mí.

-Así lo haré, porque si he de seros franco, no me fío mucho de vos. Me ofreció su brazo el buen doctor, y me llevó a la Sala Capitular, me hizo sentar, él se quedó en pie junto a mí, y fueron entrando damas y caballeros; allí estaban las fieras de la corte; los hombres me miraron con vaga curiosidad, les debí parecer un vejestorio inútil, las damas me miraron con desdén y algunas con desprecio; de pronto, me fijé en una jovencita vestida de blanco, que andaba muy despacio, sostenida por los brazos de dos honradas dueñas que la miraban con el mayor respeto: verla y levantarme todo fue uno, me acerqué a la jovencita y pregunté a una de sus dueñas:

-¿Qué tiene esta niña?

-Está ciega.

-Ciega, si-dijo la joven con amargura-; he perdido el mundo al perder la vista; yo vine aquí a buscar un prodigio, un milagro de los muchos que aquí se han realizado, pero me han dicho que la madre que los hacía ya no tiene fuerzas para nada. Yo vine a buscar la luz y... ¡me voy sin ella...!

¡Cuánto me conmovió aquella niña...! tanto, que me acerqué al doctor y le dije:

-¿Me queréis dejar hacer una travesura?, ya que decís que soy una chiquilla malcriada; aquí hay una niña, ¡dejadme que la cure!

-Es imposible: la ciencia ha pronunciado su última palabra y cuanto se quiera hacer será inútil, sólo conseguiríamos atormentarla.

-Dejadme hacer mis travesuras.

-Ya os he dicho que es imposible, sólo Dios puede hacerlo, y no lo ha hecho y no será por falta de ruegos y promesas.

-Por Dios, dejadme hacer, venid vos con ella; yo os juro que no haré el menor esfuerzo, sólo deseo hablar con esa niña.

-Pues idos a vuestra celda, y yo sin decir nada a nadie para no promover un conflicto iré después con la niña, os lo prometo.

Me fui contentísima a mi estancia, en aquellos momentos me sentí fuerte y animosa, miré a *las flores del cielo y* las dije:

-¡Hermosas mías!-y una de ellas me dijo:

-¡Adelante! ¡Adelante!

-Casi me habéis dejado morir.

-Pero no te has muerto. ¡Adelante!, ¡adelante!

Pensé en el veneno que yo guardaba para echar una gota en el agua y lavarle los ojos a la niña y me dijo una flor: "-No emplees tal substancia, agua sola, agua sola y en abundancia, sin temor a impresiones." Al oír aquellas palabras me animé tanto, que estaba segura de mi próxima victoria.

Entró el doctor con la niña que le preguntaba, ¿a dónde vamos?

-A hacerle una visita a la buena madre.

-Cuánto me alegro, aun no he perdido del todo la esperanza.

La cieguecita extendió sus brazos como si buscara los míos, yo la estreché contra mi corazón, la besé en los ojos y la hice sentar frente a mi pidiéndole noticias de la corte y hablando de mil asuntos triviales; la niña hablaba mucho y bien, en su semblante irradiaba la esperanza, y el doctor viendo mi tranquilidad se tranquilizó, no sin decirme: "-Cuidado con lo que hacéis." Yo seguí hablando mirando fijamente los ojos de la niña que eran muy grandes, y los tenía muy abiertos, pero no brillantes, parecía que una gasa los cubría; miré, miré fijamente aquellos ojos entelados y dije a la niña:

-Yo veo en vuestros ojos algo que me parece que se puede romper, vos no estáis ciega, tenéis como un transparente que os cubre los ojos y si os fijáis bien, a través de esa delgadísima tela debéis ver la luz muy velada, pero la debéis ver, veamos, volved la cabeza, así, de cara al sol, ¿verdad que veis un reflejo luminoso?

-Si, que lo veo.

-Pues entonces-dijo el doctor-, a ver si veis un cuerpo opaco en medio de ese destello de luz-y puso él su mano.

-Si, que lo veo, no distingo bien lo que es, parece...parece una mano, ¿es la vuestra doctor?

Este me miró asombrado y me dijo muy quedito:

-Seguid... seguid.

Yo apliqué mi diestra sobre sus ojos y así la tuve un buen rato, sintiendo mi mano bañada de un agua pegajosa, tanto que de las puntas de mis dedos caían gotas que parecían de leche aguada, el doctor estaba inmóvil, la niña también, al fin separé mi mano y la niña gritó:

-¡Ay! ¡veo!, ¡veo!, ¡que veo...!

-Vendadle los ojos-gritó el doctor fuera de si-vendádselos porque se volvería loca.

-¿Loca decís?-y sin pensar en nada más, cogí la palangana llena de agua y

todo su transparente liquido lo arrojé sobre la cabeza de la niña diciendo -: ¡Luz para sus ojos!, y ¡luz para su entendimiento!

Hay escenas que no pueden describirse, y ésta es una de ellas, porque la impresión que recibió la niña con el agua y con la luz, es indescriptible: el doctor la rodeaba con sus brazos creyendo que la niña se caería, pero ésta abriendo desmesuradamente sus hermosos ojos, miró a todos lados; no se cansaba de ver y de mirar, miró al sol, al doctor, a mí, a mí con verdadero arrobamiento diciéndome:

-No es extraño; vuestros ojos pueden dar luz a muchos ojos enfermos; ¡qué ojos tan hermosos tenéis, madre...!

El doctor no se cansaba de mirar a la niña, que le acariciaba y le decía: "-¡Os debo más que a mi padre!, ¡bendita sea la hora en que me habéis traído aquí!"

El doctor estaba verdaderamente asombrado, pero temeroso al mismo tiempo, me pulsaba y me decía:

-¡Qué extraño es esto!, vuestro pulso no tiene la menor alteración; ¡sois una santa?, sólo los santos pueden hacer milagros reñidos con la ciencia.

La niña entretanto había dado trescientas vueltas por mi celda, todo lo miraba, todo lo tocaba, todo lo cambiaba de lugar, hasta que llegó a mi mesa; allí no se escapó ni un papel de sus manos, todo lo revolvió, y revolviendo encontró mi canto al sol; lo leyó y dijo:

-Madre, me daréis este canto; ¡es mío!, porque dice en una de sus estrofas: "-Si no te viera, ¡qué sería de mi!" Madre; por este canto, si hay un Dios, y si hay un cielo, yo iré a pedirle al Eterno un sitio para vos junto a su trono.

CAPÍTULO CIII

Mucho me conmovieron las palabras de aquella niña tan entusiasta; era tal su alegría y su satisfacción al leer mi canto, su júbilo, era tan inmenso, que el doctor estaba verdaderamente conmovido y asombrado; miraba a la niña y no acababa de convencerse de que ésta había recobrado la vista sin perder la razón. Toda su ciencia no había podido conseguir durante mucho tiempo lo que yo había conseguido en menos de una hora. Al fin trató de dominar su emoción y me dijo:

-Ahora hay que ser muy precavidos-y dirigiéndose a la niña replicó-: Iremos a dar un paseo los dos solos y te daré algunas instrucciones para que no te molesten ni te fatiguen exigiéndote detalles de lo ocurrido, y vos, madre, esperadme, que volveré y hablaremos.

-Se fueron, no sin que antes la niña me abrazara con la mayor ternura besándome con tal delirio que el doctor se asustó, mas yo le tranquilicé encontrando muy natural la exaltación de la niña que había vuelto de muerte a vida, porque vivir sin ver, ¡no es vivir! Al quedarme sola sentí entonces haberme desprendido de mi poesía, porque no me quedaba copia; pero la llevo en mi mente, murmuré, y puedo copiarla; quise recordarla y recité sus primeras estrofas, pero las últimas se habían borrado de mi memoria, y eso me contrarió vivamente, sintiendo muchísimo que la niña se hubiese llevado mi canto al sol, mas luego dije: "-¡Dios mío!, ¡qué egoísta soy...! y más que egoísta, ¡injusta! Esa niña guardará mi poesía con verdadera adoración: mientras que estando en mi poder el fuego la devorará más tarde: ¡qué mala es aun mi condición, Dios mío...!"

Sentí pasos y vi entrar a Angélica, pálida, más que pálida lívida, pero había

en su semblante una animación extraordinaria, una sonrisa divina entreabría sus labios y me dijo con agitación:

-Madre, ¡soy muy feliz!

-¿Por qué?, ¿qué tienes?

-En todo el convento no se habla más que de vos y dice el doctor a voz en grito:

"Esa madre vale mucho, es una mujer que es más del cielo que de la tierra."

-¿Pensabas tú quizás que había perdido la fuerza de mi voluntad?, no; ni tú ni yo hemos hecho daño a nadie y por eso recobramos nuestras fuerzas para hacer el bien.

-¡Ay, madre!, si me muero antes que vos, que sean vuestros besos los últimos que se impriman en mi frente. ¡Ay, madre!, cuánto siento que el médico dijera que yo os había envenenado. Madre; yo no he sido, y las monjas juran y perjuran que ninguna de ellas se ha prestado a cometer tan horrendo crimen. Dormidme, madre, a ver qué digo.

-¿Estás loca, chiquilla?, ¿cuándo he dudado yo de ti?, lo que hay aquí, son tres amores que son nuestro martirio. Tú amas, yo amo, él ama, y ama con vehemencia aterradora, y nuestros tres amores son la trinidad del dolor.

-Madre, repetidme muchas veces que me besaréis después de muerta.

-¿Qué obstinación es la tuya?, no quiero que mueras, ¿entiendes...? no quiero que mueras, no lo quiero-y oí una voz que me decía:

-Despiértala.

-¿Está dormida?

-¿No lo ves?, despiértala, pero con mucha suavidad. Así lo hice, y Angélica abrió y cerró los ojos varias veces y me dijo:

-¿Me habéis dormido, madre?

-No, hija mía; yo no te he dormido, entraste aquí dormida.

-¡Y qué hermoso era mi sueño!, soñaba que ya estaba muerta, mi alma revoloteaba libre, enteramente libre.

-Pues yo no quiero que mueras, y ahora ve a cumplir tus obligaciones que mucho tienes que hacer, quiero que emplees todas tus horas en el trabajo, que el trabajo es el mejor compañero de la mujer; trabajando no te dormirás, que no te conviene dormir durante el día.

Angélica me miró, extrañando mi lenguaje frió y seco, pero era necesario emplearlo así para separarla de nuevos peligros y de nuevas murmuraciones, pues si la comunidad la veía dormida, gritarían que había una endiablada más.

Se fue Angélica dejándome muy preocupada, su obstinación de querer morir y hablar continuamente de su muerte, emancipándose hasta el punto de abandonar su cuerpo en pleno día: ¿me amenazaba otra nueva catástrofe?

Cuando más embebida estaba en mis tristes reflexiones entró el doctor preguntándome:

-¿Estáis sola?

-Sola estoy.

-Pues hablemos. Me afirmo en mis ideas: vuestros ojos valen mucho; habéis hecho un acto de gran resonancia, habéis hecho una curación prodigiosa; esa niña es muy buena, y como está tan agradecida a vos, será la trompeta de la

fama. que dará a los cuatro vientos la relación del milagro en ella operado; y como esa niña es de estirpe casi real; porque su padre es príncipe y su madre tiene más títulos ella sola que la mitad de la nobleza de España: sus palabras serán creídas, y basta la voz de esa niña para santificaros: y ella, creedme, os adoraría de rodillas porque es un alma muy agradecida; no así su madre, esa cree que todo se lo merece, por su egregio linaje, os cree santa, eso si: pero santa obligada a rendirle vasallaje.

-Es una fiera de la corte, doctor.

-Fiera, si; pero preferible a los reptiles de aquí. Escuchadme, valéis mucho, mucho más de lo que creéis, ¿queréis uniros a mi?, ¿queréis ser mi aliada, aliada poderosísima, para hacer el bien? Aquí vivís entre víboras que muerden y a las víboras hay que aplastarlas y vos no servís para aplastar, por eso vivís en el peor lugar que podríais estar, y... ¡se vive tan bien en otros lugares...! Yo pertenezco a una sociedad consagrada a hacer bien, venid a la corte, y os iniciaré en ella, así no tendréis rivales como aquí, allí no moriréis sola como moriréis aquí. En mi sociedad seréis respetada y querida, allí podréis escribir sin miedo alguno, vuestros compañeros archivarán cuanto escribáis, y a su debido tiempo la sociedad se encargará de publicarlos sin anotaciones ni mentiras, y el mundo leerá vuestros cantos tal como los habréis escrito. Pensad en esto que merece ser pensado, con lo sucedido me detendré algunos días más aquí, en unión de los enfermos incurables; quiero que los miréis, y sin llamarlos como habéis hecho con la niña, me diréis a mi lo que debo hacer; sed mi aliada, hija mía, que toda mi ciencia no vale una mirada de vuestros ojos. Mucho me conmovió el lenguaje del doctor, y así se lo manifesté diciéndole:

-Gracias, padre mío; me dais la vida, pero no iré a la corte, no; mis enemigos allí también me perseguirían, la Iglesia es una fiera que no abandona su presa, aunque esté harta.

-Se conoce que no tenéis la menor idea de la sociedad a que yo pertenezco; su poder tiene alguna semejanza con el poder de Dios, los reyes de la tierra, los príncipes de la Iglesia, los dueños de fabulosos tesoros; allí no son nada más que instrumentos de otra voluntad más poderosa que la de todos los grandes de la tierra; pensadlo, os lo repito.

-Yo os ayudaré a curar los enfermos que habéis traído y contad siempre conmigo para hacer el bien.

-Pensad en cuanto os he dicho, madre; aquí vais a morir sin provecho, el vulgo hablará de vos, y nada más; en la corte, creedme, no sucedería así, pensadlo bien.

-Doctor, soy invariable en mis propósitos, y aquí me quedo.

Se fue el doctor, y me quedé muy triste; oía voces que me decían: "-Vete, vete con él." "-No te vayas-decían otras-, aquí puedes hacer más bien que allá." "-No me aturdáis-grité desesperada-, dejadme a solas con mi razón." Y huyendo de mi celda, donde parecía que todo hablaba, me fui al huerto y allí me paseé tranquilamente, nadie me espiaba por las ventanas, ya no me temían: llegué a la fuentecilla y allí me senté murmurando: "-¡Ay...! las miserias humanas me alejan de ti, ¡amor de mis amores! ¿Crees que te olvido porque amo a un hombre en el mundo?, desde el cielo donde moras, ¿no ves que te amo siempre?, en la tierra

también amo a un hombre y al mismo tiempo le aborrezco; ¿qué amo en ese hombre?, ¿su cuerpo?, su cuerpo, no; amo su talento, su erudición, su elocuencia. ¿Te ofende mi franqueza?, pues yo soy así. Tu me atraes por tu amor, por tu bondad, al de aquí le amo por su sabiduría." Y entonces oí que me decían:

-Por despreciar el inmenso valor de la ciencia perdiste a un hombre y con él a su escuela filosófica, y ahora queriendo a la ciencia en la forma de un hombre, tú te pierdes.

-¡Señor!, yo quisiera saciar mi sed de sabiduría, yo quiero tener ciencia mía, porque ahora doy luz a los ciegos y movimiento a los tullidos; pero lo que doy no es mío, son fuerzas de otros seres despojados de su carnal envoltura. ¿Qué horrible delito habré cometido contra la ciencia, cuando hoy busco la ciencia y no la encuentro...?

Creí sentir pasos, miré, y oí la voz de siempre, aquella voz que no se confundía con ninguna otra, que me dijo:

-¿No me miras de frente?, ¿tienes miedo?

Miré y le vi sentado junto a mi; el borde de su larga túnica descansaba sobre el borde de mi anchuroso manto, ¡qué hermoso me pareció el amor de mis amores!

-¿Sois mi Dios?-exclamé.

-No soy tu Dios, porque Dios no es una figura. Dios es la esencia universal. Yo no soy Dios, pero yo entiendo a Dios mejor que vosotros-y agitó su diestra y se agigantó su figura, y parecía que de sus manos y de sus cabellos brotaban mundos de luz; ¡qué semblante el suyo...! no he visto a ningún otro ser que se le asemeje.

-¿Tu eres *el sabio.* Señor?

-Yo no soy *el sabio, soy* uno de los muchos aprendices que hay en el universo.

-Pero debes ser uno de los aprendices más aventajados, porque yo te he visto en los cielos, en la tierra, en los talleres del infinito, en los templos de la gloria, ¡háblame!, ¡háblame!, ¡siempre te sonríes y nada me dices!, ¿es que no comprenderé el valor de tus palabras?

-Ya hablaré, hablaré las palabras de ayer.

-¿De ayer?

-Si.

Se transformó en un anciano digno y venerable cuyos ojos decían: "¡Yo soy la luz del mundo!, porque soy un intérprete de la sabiduría infinita. "Y no estaba solo, no, le rodeaban muchos hombres jóvenes y viejos que le contemplaban con verdadera adoración y le decían: "¡Maestro, habla!, que tus discípulos esperan oír tu divina palabra."Y él hablaba y les daba instrucciones filosóficas, y les hacía demostraciones científicas y mientras más hablaba más elocuente y más persuasivo era su lenguaje y decía: "¡Vengan a mi los que quieran llegar al templo hasta vos una joven para coronaros."Y llegó una joven hermosísima y yo dije con regocijo: "¡Esa mujer fui yo..."! y la vi con una corona en la mano, pero ¡ay!, en aquella corona había las flores de la envidia, de la hipocresía, de la maldad más horrible, de la traición más infame. El sabio me miró como mira Dios a sus hijos, y oí una voz lejana que me decía: "-Esa corona es tu corona del presente, y esa corona será tu martirio del porvenir" y vi que la multitud que rodeaba al sabio se dispersaba despavorida, mientras el anciano se retorcía entre horribles convulsiones.

-¿Yo le he asesinado?-pregunté aterrada.

-Tú lo has dicho-dijo, y vi de nuevo al amor de mis amores más hermoso que nunca y le dije:

-¿Sois el mismo?, ¿el viejo y el joven?

-Yo soy el símbolo de la vida, que es la transformación eterna: y de la esperanza, que es el beso de Dios, yo soy el depositario; los que en algo esperan siguen mis huellas. Cometiste delito, pero nunca me has odiado, siempre llegas a mí, yo te espero siempre, te espero para que vengas conmigo, ¿oyes?, conmigo.

-Si. si; con vos: pero, ¡qué sed tengo!

-Bebe-dijo, y acercó su mano a mi boca.

-Esto no es agua.

-No: tu sed no es sed de agua, es de amor, tu alma necesita el calor de la mía.

-Pero, ¡ay! mi sed no se sacia.

-Dame tú de beber a mí.

-¡¡Yo!!, ¿y cómo?

-Como me diste de beber en otra fuente.

Sin moverme, me encontré en otro lugar más agreste, más pintoresco, más solitario, una fuente hecha por la naturaleza embellecía aquel paraje. El estaba junto a la fuente, y yo también, pero no con el hábito de religiosa, presentándole un tosco vaso de piedra lleno de agua, diciéndole:

-¡Bebed, Señor!, ¡bebed el agua de la vida!-y El me dijo:

-¿Ves cómo me has dado de beber?, pues ahora bebe tú-y bebe hasta quedar satisfecha.

-¡Qué bueno eres, Señor!

-Cuando yo me vaya recordarás y entenderás mejor todo cuanto has visto.

-Y yo os seguiré de rodillas. Señor, yo quiero seguiros.

-No puede ser aun, yo vendré a buscarte cuando hayas llegado al periodo álgido de tu martirio; entonces serás conmigo en las inmensidades de los cielos.

CAPÍTULO CIV

Me separé de la fuente tambaleándose mi cuerpo, porque mi cabeza parecía que volaba por el aire, pero traté de dominarme y dije: "¿Por qué lloro?, ¿por qué quiero obtener lo que no he ganado?" Y me vi más infeliz que nunca, porque nunca pesa tanto el infortunio como cuando se ha vislumbrado el sol de la felicidad.

Al regresar a mi celda encontré a Angélica que me dijo:

-Os buscaba, ¿dónde fuisteis?

-A la fuente, a beber agua, tenía sed en mi cuerpo y en mi alma.

-¿Y habéis bebido?, ¿habéis satisfecho vuestra sed?-y me miró muy intencionadamente.

-Si. la he satisfecho.

-De seguro que no habréis pensado en mí cuando os eleváis, ¡nadie os hace falta! Vi en Angélica celos de mis éxtasis, y la dije:

-Mañana iremos las dos juntos a la fuente.

-¿Le habéis visto?

-Si, le he visto tan hermoso como siempre.

-Mañana también le veremos, madre.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque yo entraré mañana en su reino.

-¿Estás loca?

-No, madre; conozco que me voy: siento lo que jamás he sentido y veo lo que nunca he visto, veo ráfagas luminosas, cielos de fuego, pero un fuego que no quema y veo una figura hermosísima que me dice: "¡Te espero...!"

-Despierta, hija mía, despierta.

-Madre, duermo y velo a la vez.

Traté de reñirla, de amonestarla, pero no tuve valor para ello y la dije:

-Y si tuvieras lo que deseas, ¿querrías morir?

-Si aun pudiera ser feliz... ¡quién sabe...!

Yo traté de hacerla amar la vida, y empleé todos los medios imaginables para conseguirlo; hasta mentí diciéndole que el hombre a quien amaba estaba en vísperas de quedar libre, mentí para que no muriera, para que no quisiera morir, y concluí diciéndola:

-Tú aun puedes ser feliz, yo no; porque yo amo a un imposible, peor aun, yo amo a una personificación de la ingratitud.

-¿Decís que morirá pronto la mujer del hombre a quien amo?, pues casi lo siento. ¡Pobrecita!, ¡qué triste será morir viéndose amada!, si muere, su sombra será una sombra entre él y yo; él también me ama.

-¿Cómo lo sabes?

-Las almas que se quieren, se entienden, madre, y se buscan durante el sueño y en sueños hemos hablado muchas veces.

Pasó aquel día, y la noche la pasé inquieta, muy inquieta: al fin me dormí a la madrugada. y me desperté muy entrada la mañana, y eso porque Angélica me despertó diciéndome:

-¿Estáis enferma?

-Enferma no; decaída sí.

-¡Ay, madre!, vivimos mal, porque vivimos dos vidas, una del cielo, y otra de la tierra.

-Pues vivamos la vida de la tierra.

-Si, madre, si; la vida de aquí, que es la que vemos y la que tocamos.

-Pero... ¿se puede vivir deteniendo el pensamiento y la inspiración? Yo a pesar mío, recuerdo una fuente situada en un sitio agreste, sembrado de peñas informes, sobre las cuales crecía verde hojarasca; junto a esa fuente, veo a una joven aldeana y a un hombre muy hermoso que le pide agua, y ella le dice: "-Bebe tú también el agua de la vida." Y él le dice a ella: "-Bebe tú también el agua de la vida." Y aquel hombre tan hermoso, tan joven y tan arrogante, se vuelve viejo, y la aldeana quiere seguirle y el viejo le dice: "-Aun no puedes seguirme, sino por el camino del martirio que tú me hiciste sufrir."

-Qué enigmático es todo eso, madre.

-Lo es, y no lo es.

-¿Es que el alma vive muchas veces en la tierra?

-Yo creo que si; porque si así no fuera, ¿qué haría Dios con las almas

rebeldes?, el infierno no existe, porque si existiera sería la negación de Dios.

Angélica se fue moviendo la cabeza como si dudara de mis afirmaciones y yo me quedé viendo ráfagas luminosas que formaban como un juego de aguas y yo entusiasmada exclamé: "-Escribiré una poesía a ¡la fuente de mi esperanza!" Y con rapidez vertiginosa comencé a escribir: mas la llegada del doctor interrumpió mi trabajo, lo que mucho me contrarió, porque cortarle al pensamiento sus alas, es como caer a plomo desde el cielo a la tierra, el golpe es violento y la sacudida es terrible, pero... el doctor era muy bueno y no merecía un mal gesto de desagrado, por eso cuando me dijo:

-¿Se puede entrar? Yo le dije:

-Ya sabéis que la enferma siempre espera al médico.

-Pues mi enferma no está bien; sois una mujer enigmática, en vuestros ojos hay un cielo y en vuestra cabeza un infierno. ¿Qué sois?, ¿qué pensáis?, ¿qué queréis? Por última vez os digo, que vengáis conmigo a la corte, aquí moriréis loca de remate-y me pintó un plan de vida muy agradable, diciéndome con la mayor ternura:

-No debéis morir mártir, meditadlo, os espero. Dejadme un plazo, yo haré por vos lo que se hace por un hijo muy querido.

No pude menos que llorar de gratitud, aquel sabio me quería de verdad; luché entre irme y quedarme, y él prosiguió diciéndome:

-¿No tendréis inconveniente en relacionaros con vuestros huéspedes?, aunque ya los habéis visto, bueno es, que os presente a los que han venido buscando un consuelo. La curación de la niña ha llamado vivamente la atención, y eso que he tratado de desvirtuar el hecho parabién vuestro; porque la milagrosidad os sería perjudicial entre la gente de la Iglesia y volveríamos a las andadas.

-Gracias, ya sé lo que me queréis, y lo que valéis, y os perdono de buen grado las mentiras empleadas en mi provecho. ¿Por qué no os habré conocido muchos años antes?, me hubiera ahorrado indudablemente los mayores tormentos de mi vida.

Se fue el doctor y seguí escribiendo mi poesía a la *fuente de mi esperanza.* Escribí mucho, mucho, leí después las estrofas y leyéndolas me entusiasmé, exclamando: "-*¡La fuente de mi esperanza!* ¿Donde está esta fuente?, ¿en la tierra? No: en la tierra no está. ¿Que no está? Si que lo está, porque en la tierra es donde el alma trabaja para su engrandecimiento: donde se cae, es donde tiene que hallarse la rehabilitación.

Volvió el doctor, y mientras yo me ponía las insignias de mi poder eclesiástico, él leyó la poesía diciéndome:

-¿Dónde está esa fuente?

-Es la fuente de mi porvenir.

-Enigmática como siempre-miró después *mis flores del cielo* y me dijo:

-Son poquitas, pero buenas; son muy bonitas, y sobre todo, muy lozanas, son preciosas.

-Más de lo que pensáis, esas flores me hablan.

-¿Que os hablan?, ¿enigma tenemos?, hablaremos después.

Salimos de mi estancia y llegamos a la Sala Capitular; allí me esperaban los cortesanos, que ya no me miraron como a un vejestorio inútil, la decoración había

cambiado, con la curación de la niña se había despertado la curiosidad y todos me hicieron grandes y cumplidos agasajos. El doctor habló de mí con el mayor encarecimiento, y sus palabras fueron muy bien recibidas. Yo me senté y hablé a la concurrencia en términos generales, me dije después en la niña que había recobrado, la vista y la pregunté:

-¿Veis bien?

-Si, madre; perfectamente, creo que cada momento que pasa veo mejor.

-Como os veo tan quieta.

-Me inspiráis tanto respeto, más que respeto, veneración, que no me atrevía a llegar hasta vos.

-Pues ven, hija mía, que te estoy esperando.

La niña corrió anhelante y se arrojó en mis brazos, me besó con delirio, ¡era tan cariñosa!, yo correspondí a sus caricias y apoyándome en su brazo paseé por el salón, la niña me presentó a su madre, y encontré a una mujer muy hermosa, y muy orgullosa, tanto, que me dijo con bastante frialdad:

-Madre, yo no encuentro en la curación de mi hija tanto de milagroso.

-Tenéis razón, señora; los milagros no existen, sólo Dios puede hacer milagros.

Aquí han venido muchos enfermos y Dios ha concedido el don de la salud a los que la merecían.

-Esas son verdades muy añejas; y sobre los merecimientos, ¡hay tanto que hablar...!

-¡Sobre muchas cosas hay que hablar, señora! ¡Cuántos van por el mundo ciegos teniendo vista!, ¡cuántos tropiezan con la mole del orgullo y caen...! y no se vuelven a levantar, hasta que su remordimiento les dice: "-¡Levántate y anda!, ¡y lava con lágrimas las manchas de tu pasado!"

-¿Y hay quien riega con lágrimas su camino?

-Si, señora; y hasta que la tierra endurecida se ablanda, caen de nuestros ojos lágrimas de redención.

La dama me miró sonriendo con amarga ironía; y mandó a su hija que no se moviera de su lado; ya que no podía herirme de otra manera, se vengaba reteniendo a su hija que tanto cariño me demostraba. La miré con lástima y seguí mi paseo, fijando mi atención en una joven muy bella y muy elegante, que parecía estar muy contrariada. Nos miramos y nos entendimos, yo la pregunté sin hablar: "¿Qué tienes?" Y ella corrió hacia mí y me dijo muy quedo:

-¡Ay, madre!, quisiera hablar con vos antes de irme.

-Tiempo habrá, ya buscaremos la ocasión.

-Cuanto antes es mejor, madre, porque me encuentro muy mal.

-Pues yo me iré a mi celda y vos cuando pase un ratito id a verme porque si salimos las dos juntas es llamar demasiado la atención.

Encontré al doctor al paso, le conté lo ocurrido, y me dijo:

-Tened cuidado, que la joven que os quiere hablar no tiene su razón sana; cuidado con lo que hacéis, que de una loca tranquila, no la convirtáis en una loca furiosa, que los locos son temibles; no creáis nada de cuanto os diga, porque está loca rematada, pero es una loca inofensiva, no hace daño a nadie; al contrario, es muy caritativa, muy buena con los pobres, y de una vida muy ejemplar.

Pase a mi celda y esperé a la joven que llegó poco después; miró mi estancia con la mayor extrañeza, encontrándola muy pobre, muy desmantelada, indigna de mí, y yo la dije:

-¿No sabéis que la riqueza no da la felicidad?, con tener lo necesario basta, lo superfluo sobra, pues yo me encuentro muy bien con lo poco que poseo.

-¡Dichosa vos!, ¡dichosa mil veces si vivís tranquila...! Madre; no perdamos tiempo que no quiero que sospechen que he venido a hablaros, soy... ¡muy desgraciada! - y se arrojó a mis brazos llorando con inmenso desconsuelo.

Yo la tranquilicé cuanto pude, la hice sentar junto a mí, la miré fijamente, y me convencí que aquella infeliz no estaba loca. Ella me miró con ternura y me dijo:

-¿Habéis mirado bien a la madre de la niña que habéis curado?, porque vos la habéis curado; cuanto ha dicho el doctor es falso, a mi me gusta dar a cada uno lo suyo. ¿Habéis mirado bien a esa mujer?, es una arpía, me roba...

-¿Qué?, ¿el cariño de vuestro esposo?

-Ya lo habéis dicho; esa mujer me roba el amor de mi marido, hace más de un año que tuve un hijo, y ese hijo me lo arrebataron, y murió, murió asesinado, porque no quieren que yo tenga sucesión, quieren que mi matrimonio sea un árbol sin raíces, quieren separarme de mi esposo, quieren que pase por loca; lo sé, ¡todo lo sé!, madre; ya sé que sois una santa y vengo a pediros vuestras preces para que algún día yo salga del infierno, porque yo iré al infierno. ¿Sabéis por qué?, porque quiero vengarme de esa mujer, y os ruego, madre, que roguéis a Dios por mí. Esa mujer y yo, no cabemos en el mundo; una u otra tiene que desaparecer.

Yo me horroricé, porque la joven me contó tantas infamias cometidas con ella, que me parecía imposible que fuera cierto cuanto me decía; y no sé de qué manera la debí mirar, que la joven se levantó, me miró con el mayor desprecio diciéndome con ironía:

-¡Vos también me juzgáis loca...! ¡y dicen que sois santa...! los sabios deben ser seres superiores, y en vos... no encuentro tal superioridad. ¿No veis que me ahogo?, dadme un consejo, no quiero hundirme en el infierno, no quisiera ser criminal, y todo lo que me rodea me dice: "¡Mata!, ¡mata!" Porque me han robado mis ilusiones de niña, mis alegrías de mujer, mi santidad de madre, mi dignidad de esposa; en mi casa todos me señalan con el dedo, el último lacayo me dice cuando paso: "Ahí va la loca."

-¿Creéis en Dios?

-Si, madre; creo en Dios, pero cuando veo tantas injusticias, dudo de su existencia. ¿Cómo siendo la Suma Bondad, es tan inclemente para mí?

Yo entonces le hablé de Dios a mi modo, a mi manera, le hablé de otras vidas, del enlace de las existencias, le negué el infierno con sus llamas eternas y le pinté las existencias de expiación y estas últimas, con tan vivos colores, que logré conmoverla; le supliqué por la memoria de su hijo asesinado, que no matara, que no se vengara, que no añadiera un eslabón a la cadena de sus pasados desaciertos. Ella tembló, le aconsejé que tuviera piedad de su rival, que no se creyera la más desventurada de las mujeres, porque ella había tenido una época dichosa, se había unido con el hombre de sus sueños, habían resonado en sus oídos palabras de amor, había sentido todas las dulces emociones de la vida terrena, se había sentado a la mesa de la dicha y había gustado de sus manjares: para ella había

brillado el sol, poco tiempo, es verdad, pero ¿y los desventurados que no han tenido un momento de felicidad?, ¿y los que han llorado siempre y han saciado su sed con sus lágrimas?, ¿y los que han amado y su amor no ha merecido ni la compasión siquiera? ¡Ah!, señora-la dije-, sed cristiana, enseñad a vuestro esposo que la ley del perdón, es la ley de los que aman; perdonad, compadeced: con matar a esa mujer ¿recobraréis el cariño de vuestro esposo? No; lo que harán entonces será encerraros, y la sombra de la muerte, será vuestra compañera y sentiréis sus ayes y sus maldiciones, y...

-¡Callad, madre!, ¡callad!, entre un infierno de remordimientos y el martirio de una existencia, prefiero mi martirio: antes que matar, me mataré.

-No tanto, hija mía, no tanto; porque no es licito matarse; nadie tiene derecho a disponer de lo que no es suyo; lo que de Dios proviene, a Dios vuelve a su debido tiempo, sed cristiana ante todo, señora, los verdaderos cristianos ni matan ni se matan; sufren y esperan. La joven me abrazó sollozando, me miró fijamente y me dijo:

-Tenía razón, ¡sois una santa...!-y aquella mártir salió de mi estancia mucho mejor de lo que había entrado.

Cuando me vi sola, exclamé: "-¡Dios mío...! me quejo y no debo quejarme, porque no he sufrido lo que ha sufrido esta mujer." Entró Angélica y me dijo:

-Madre; ¿no iremos a la fuente?

-Si, vamos; allí te contaré una historia, por lo cual verás qué horrible es interponer entre el amor de dos seres la sombra de un crimen. Salimos y encontramos al doctor que me dijo muy satisfecho:

-Sois un gran médico, creo que curaréis a muchos de los que aquí han venido.

-Así sea.

-Pero creo también que aquí sucumbirá quien tenga que sucumbir.

CAPÍTULO CV

Llegué con Angélica a la fuente, nos sentamos, y con una autoridad impropia de mi carácter la dije:

-Te has empeñado en venir aquí, y aquí debemos hablar muy seriamente.

-Hablemos, madre, como vos queráis.

-Las dos estamos enfermas de una misma enfermedad, las dos luchamos no contra el destino, luchamos contra nosotras mismas. Repasemos las dos nuestra conciencia. ¿Qué has hecho tú?, mal, ninguno; tu alma es delicada y sensible, tan sensible, que te irías al espacio sin dificultad alguna, por estar ya medio desprendida de las miserias terrenales, no eres un ángel, porque los ángeles son todo su espíritu, pero vas en camino de serlo. Dejar el cuerpo no te conviene todavía. Yo lo pudiera haber dejado, pero al intentarlo alguien me ha dicho: "-Las existencias deben aprovecharse." Y he visto muchos caminos, pero todos al final eran lo mismo, y al contemplarlos me convencí que no por irme de aquí se cambiaba la faz de mi destino, ni sufría la menor alteración mi modo de ser. Las dos amamos a la irradiación de un alma y esa alma nos dice: "-Si resistís la lucha, conmigo seréis en el reino de los cielos." Y las dos le hemos dicho: "-Ya vendrás más tarde." Y nos ha presentado moradas deliciosas, mundos de luz, y en aras de esa divina luz

debemos resistir con heroica firmeza todos los embates de la vida. Tú faltas porque quieres morir, tú dices que tus fuerzas flaquean. Dime con entera confianza si es verdad que te sientes morir. Dímelo, dímelo, y si la ley de la fatalidad se impone, dímelo, quiero saber si me espera el golpe más rudo que yo puedo recibir, dime si presientes tu muerte o si tocas la realidad, dime, dime cuanto sientas, no te calles, no me ocultes nada, dime si te matas o si te mueres, y yo te diré: "-Dios siempre grande, nos dará la luz que nos sea necesaria."

-Madre-dijo Angélica con la mayor seriedad-, yo no me mato, me muero: Yo amo la vida, porque la vida es obra de Dios, ¿cómo no amarla?, yo amo al cielo con sus nubes tornasoladas, yo amo a las flores, con sus colores y sus perfumes y sus espinas, yo amo a las fuentes porque con sus manantiales fecundizan la tierra, yo amo a las tempestades porque sanean la atmósfera, yo amo a las aves porque con sus cantos me dicen que hay un cielo; yo amo cuanto existe porque todo tiene el sello de su divino autor; yo amo cuanto me rodea, el alma, que es una niña eterna, tiene que amar siempre, porque los niños aman, los niños aman y juegan, mi alma es una niña traviesa, quisiera jugar, correr, gritar, dar al viento sus infantiles deseos. Este mundo es muy triste, aquí todos mienten, ¡qué pena, madre...!, ¡qué pena!, aquí todos dicen lo que no sienten. Yo quisiera jugar y sonreír, quisiera oír palabras amorosas, quisiera correr y caerme, como aquel día, madre, cuando me lastimé las rodillas y auque unos brazos amantes me levantaran, y que una voz apasionada me dijera:" -¡Te quiero!, ¡te amo!, ¡te adoro...! ansío para ti todas las felicidades, y que tú me hagas participe de ellas, que no exista entre los dos separación de cuerpo ni de bienes, ¡tú eres mía!, ¡yo soy tuyo...!" ¡Qué hermoso será escuchar esas palabras, madre mía...! Yo no me mato, yo me muero; noto en mis entrañas algo muy extraño, y tengo unos sueños... en mis sueños veo mi cuerpo rígido y helado, ¡pobrecito!, ¡cuánto hubiera jugado!, ¡cuánto hubiera trepado por las montañas buscando los senderos más escabrosos! ¡pobre cuerpo mío!, ¡era tan joven!, ¡tan sano...! Ya sé que iré a los cielos, pero allí no jugaré, nuestro Dios no es un niño travieso.

-¿Tan mal estás?

-Si, madre; tan mal estoy; dentro de mi ser se desprende algo. Yo lo creía porque sabía que Angélica no sabía sentir, pero sus ojos no revelaban su sufrimiento, y esperanzada con la brillantez de sus ojos toqué su cabeza, su cuello, su pecho, y al poner mi diestra sobre su corazón. Angélica ahogó un gemido, quiso sonreírse y me dijo:

-¿Qué?, ¿queréis curarme? Madre, hay venenos que matan, y lo que ellos destruyen, no hay manos que lo reconstruyan: dejadme madre, todo es inútil, yo lo sé.

-¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¡qué sola voy a quedarme!, empezará la agonía de mi muerte cuando ella se vaya...-y oí una voz que me decía:

-No te opongas al cumplimiento de las leyes, deja que se cumplan, no te opongas a la ley que sufrirás las consecuencias.

-No acabéis de enloquecerme-dije con angustia-, sólo oyendo la voz de El me resignaré-y me acerqué a la fuente, y allí escuché su voz, allí estaba el amor de mis amores que me dijo:

-No te opongas, no te opongas.

-¡Pero voy a quedarme tan sola...!-y oí la voz de mi sobrinita que me dijo:

-¡Tía mía!, ¿acaso te he dejado yo nunca sola?, deja que se cumplan las leyes, déjala tranquila, no te empeñes en hacer imposibles.

Miré a Angélica que estaba inmóvil, y me dijo mi sobrina: "-Llévatela a tu estancia y cúmplase la ley de Dios." Obedecí el mandato, y acercándome a Angélica la dije:

-Vamos, hija mía, aquí no estás bien.

-No, madre, no lo estoy; parece que por dentro de mi ser corre plomo derretido. Enlacé mi brazo a su cintura, y cada piedra que iba pisando me parecía una lápida mortuoria; ¡qué triste es quedarse sola!, ¡con Angélica había vivido tan bien...! Con ella había hecho la mayoría de mis excursiones, habíamos hecho el bien juntas, habíamos corrido por los campos, habíamos vivido algunas horas la vida de los pájaros libres y dichosas; con ella se iban mis mejores recuerdos, los últimos resplandores de mi vida. Con mucho trabajo pudimos llegar a mi celda; avisé por el camino al doctor, y éste vino inmediatamente; entre los dos colocamos a Angélica en su lecho, él la miró y me dijo:

-No creí que se fuera tan pronto. La moribunda abrió los ojos y dijo:

-Doctor, esto se acaba: no me toquéis, no me atormentéis; dadme agua, la última que beberé en este mundo.

-El agua os dará vómitos.

-Dadme agua y dejadme morir sin esta sed que me ahoga.

El doctor le dio agua que bebió con avidez, la recliné de nuevo y quedó inerte. El pobre anciano verdaderamente acongojado, la miraba a ella, me miraba a mí, le tocaba la frente, le abría y le cerraba los ojos, y por último dijo: "-¡Dios te perdone...! ¡Dios te perdone...!" Caí de rodillas, y oré como nunca había orado; el doctor me hizo sentar, me miró los ojos y me dijo: "-Tenéis los mismos síntomas, pero se hará esperar el desenlace, aun tardará la crisis en presentarse." Pedí al doctor que diese a la comunidad la fúnebre noticia y las monjas sintieron mucho la muerte de Angélica: sólo una monja dejó de acudir a rezar delante de la muerta. Yo salí de mi estancia y la encontré petrificada: nada la dije entonces y me volví junto a Angélica, que a las dos horas de haber expirado, no quedaba ni el menor vestigio de su angelical belleza, su cuerpo se ennegreció, sus facciones se abultaron, y de sus ojos, de su nariz y de su boca brotó un liquido sanguinolento y apestoso. Al día siguiente se verificó el entierro con la mayor solemnidad; los mismos que la habían asesinado, no perdonaron rezos ni salmodias, y mi enemigo el sacerdote, cumplió su cometido con triste gravedad. Cuando lo vi junto al cadáver, me pareció que mis pies no tocaban la tierra, y vi dos almas: la de Angélica y la del sacerdote que iban juntas para no separarse jamás. Terminado el entierro, me retiré a mi celda y al contemplar el lecho vacío de Angélica, ¡qué sola me encontré...! sentí frío, mucho frió, y me dejé caer en mi sillón sin fuerzas, sin alientos, había perdido lo que más amaba: bien sabía que me rodeaban otras almas, pero en la tierra se necesita un cuerpo a quien acariciar, una voluntad que se imponga a la nuestra, unos ojos que nos miren, una boca que nos sonría, unos brazos que nos estrechen; ¡Señor!, si de carne somos, de carne necesitamos. ¿Viven los peces fuera del agua?, cada especie vive en su centro, y el centro de los terrenales es el amor, es el cambio de afectos; un alma sola en el cielo, pediría irse al infierno, porque la soledad es el infierno de las almas. ¡Ya estaba sola!, ¡nadie me quería! Angélica se había llevado

mis últimos consuelos, mis postreras alegrías. Pensando en mi abandono, oí la voz de mi enemigo el sacerdote que me dijo:

-¿Puedo entrar?

-Abierta está la puerta.

-Es que yo no entro donde no se me llama.

-Haced lo que queráis-el entró receloso y yo le dije:

-¡Qué sola estoy...! ¡mas valiera que hubiéramos muerto las dos!

-Es verdad, pero vuestra soledad tendrá remedio, ya vendrá otra joven a daros su compañía, tan bella y tan risueña como la que se fue. Yo sí que tengo un duelo en mí alma que nunca se acabará.

-Pues este duelo lo habéis provocado vos.

-¿Yo...? veremos a ver quién es aquí la envenenadora.

-¿Qué decís?, ¿seréis capaz de acusarme?

-Negra está mi alma y negro será el expediente de acusación que de mis manos salga. Yo he perdido lo que más amaba, yo no le he envenenado, porque esto hubiera sido envenenar mi vida.

-Pues entonces es preciso que hagamos confesar a la comunidad.

-Eso no, eso no, sería el mayor de los escándalos.

-Pues vengan mil escándalos si éstos han de esclarecer la verdad.

-Además, sería un escándalo inútil, la comunidad no hace uso de tan malas artes.

-¿Qué no?, yo os presentaré la prueba que no son estas ovejas tan mansas como parecen, puesto que una de ellas me entregó esta botellita-y le enseñé la botellita que guardaba en el cajón de mi mesa.

-¿Quién os ha dado eso!-gritó aterrado.

-Una monja, una infeliz-y queriendo buscar la verdad le dije: -quién sabe si la monja mintió para conquistar mi cariño, mi confianza, mi protección: ¡se emplean tantos medios en este mundo para llegar al fin que nos proponemos...! quizá esta botella no contenga más que agua clara, probaré-y al quererla destapar para acercarla a mis labios, él me la arrebató y la tiró por una de las ventanas diciendo:

-No, no; basta de crímenes que me harán enloquecer, porque yo he perdido lo que más amaba-y salió como un loco lanzando gritos y maldiciones.

Me quedé sola, miré el lecho de mi compañera y al verlo vacío pensé en las palabras del sacerdote y exclamé: "-Vendrá a darme compañía una joven tan bella y tan risueña como Angélica, ¿será una nueva celada?, ¿tendrán la osadía y la infamia de profanar la memoria de un ángel poniendo en su lugar a una mujer pagada que me espíe?, tal profanación no la consentiré. Ahora, tengamos serenidad, es preciso saber dónde está el cabo de esta madeja enredada." Salí de mi celda y me dirigí a la monja que no quiso rezar ante el cadáver de mi compañera.

Esperé que todas estuvieran recogidas y entonces llamé muy quedo a la puerta de la culpable, ésta abrió y se quedó muy sorprendida al verme, más que sorprendida espantada y temblorosa, no acertaba a mirarme, ni a decirme que me sentara; yo me senté, la hice sentar, y la dije:

-He observado que no habéis ido a rezar junto al cadáver de sor Angélica, ¿teníais con ella algún resentimiento?

-No, madre, no.

-¿Nada teníais con ella y tembláis al oír mi pregunta?

-Es por veros en mi estancia, me creo tan indigna de tal honor.

-No finjamos, hermana, no finjamos; vos sabéis que Dios lo sabe todo, si le teníais .mala voluntad, pedidle perdón, no sea que su alma venga aquí a pediros cuenta.

-No; si ya la he perdonado, y creo que ella me habrá perdonado también.

-¿Y de qué os tenía que perdonar?

-Bien mirado de nada, porque yo... por mi voluntad no la he ofendido, pero a veces... se hacen cosas... que una no quiere... y las hace... ¡que no venga!, ¡que no venga su alma!, pedídselo vos, madre, ¡que no venga...! Sino lo decís a nadie yo os lo diré todo, porque estoy que me ahogan con un cabello desde que se murió esa infeliz. Yo le hice daño, es decir, se lo hice yo, y no se lo hice yo, porque si yo puse en las tazas del desayuno lo que puse, fue porque la nueva superiora que vino aquí me lo mandó bajo pena de la vida, y como yo he pertenecido a esa mujer, como tiene sobre mi derecho de vida y muerte, me dijo: "-Mata..." y... ¡maté! Ella viene aquí cuando quiere, cuando vos llamasteis creí que era ella.

-¿Y por dónde entra?

-Por una puertecilla del huerto que ni el jardinero hace uso de ella.

Al recibir la confesión de aquella desgraciada respiré mejor, no era él el autor de tantos crímenes, aun merecía ser amado; aunque, si bien se consideraba, él había puesto al verdugo junto a las víctimas, y ¡cuánto me pesaba reconocerlo culpable!

Salí de aquella estancia dejando a la monja verdaderamente aterrada, mirando a todos lados como si esperara ver la sombra de Angélica filtrándose por la pared. Ya en mi estancia respiré mejor, pensé en hablar con él y decirle: "-La culpa ha sido vuestra, le abristeis la puerta a esa mujer y ella ha sido el instrumento de vuestra desesperación, en la sombra queríais herir y la sombra os ha envuelto. No quiero creeros asesino porque me avergüenzo de amaros, quiero saberlo todo, y... ¡quiero ignorarlo todo!"

Miré el lecho de Angélica y exclamé: "-¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡ahora quiero vivir!, si, si; ahora quiero vivir porque quiero luchar y desenmascarar a los hipócritas. ¡Dios mío!, dadme fuerzas que quiero vencer."

CAPÍTULO CVI

Una vez en mi estancia, fue tal el número de pensamientos malos que me asaltaron, que tuve una verdadera crisis, pero una crisis de espantosa desesperación. Ahogué mis gritos para evitar un nuevo escándalo, y tal fue la violencia que tuve que emplear para contenerme, que arrojé mucha sangre por la boca, con tal furia que me mordí los labios. Mi turbación era tanta, que no la puedo describir, porque hay turbaciones y turbaciones; y la mía era de las más horribles. Veía en mi pensamiento seres malignos que me miraban y se sonreían cruelmente, y yo decía: Os aplastaré, ¿seré orgullosa?, ¿querré ser más justiciera que Dios? Si; quiero serlo, porque hay infamias que no se pueden tolerar. ¡Pobre Angélica! ¡morir tan joven! ¡ella tan pura! ¡tan buena! ¡Ah! yo he de vengar su muerte. Gracias que amaneció y me tranquilicé bastante diciendo: ¡Dios mío...! yo he querido que me perdonen y no sé perdonar. ¡Insensata de mí! ¡Asesinos! ¡asesinos...! ¡Ay Dios mío!

¡qué modo de saludarte! pero mi arrebato no me impide adorarte. ¡Yo te adoro. Señor! ¡yo te adoro! y oí una voz potente que me dijo-¡Mientes! no adora a Dios, quien maldice a sus hijos.-Señor; ésta es una fuerza superior a mis gastadas fuerzas; ¡estoy tan sola! ¡todo para mí está vacío...! y una *flor del cielo* me dijo:

-¿Ya no nos necesitas? pues nos iremos.

-No, por Dios; si os vais seréis mi muerte.

-¿Pues por qué te desesperas? ¿no estamos aquí para consolarte? contigo estaremos hasta que dejes este mundo y contigo nos iremos.

-Gracias, flores mías; habladme mucho, mi situación es horrible, ¡tened piedad de mí!

-Tranquilízate, duerme, reposa, que de mucho reposo necesitas; aun no has pasado el momento más amargo de tu existencia; ¿qué harás cuando llegue?

-¿El más amargo no lo he sufrido aún?

-No, aun no; quieren deshonrarte y deshonrarte por completo; cuando tu espíritu contemple desde el espacio lo que has sufrido, te parecerá imposible haber tenido fuerzas suficientes para resistir tanto.

-¡Ay, flores mías! sois inflexibles para mí: ¡qué poco me consoláis!

-Es que somos la verdad: y la verdad no consuela, la verdad enseña a resistir los rudos embates de la vida. Ahora vete a descansar.

Obedecí dócilmente y me acosté, quedándome dormida tan profundamente, que muy entrado el día fue cuando me desperté, sin acordarme de nada. Salí de mi celda, y me fui al Refectorio, donde me rodearon las monjas, y una en nombre de todas me reiteró el cariño de la Comunidad. En frente de mí, estaba la monja que me dio la botellita. Yo la dije:

-¿Por qué no te acercas a mí?

-Porque me creo indigna de vos.

-Todas son iguales para mí. Entonces ella se acercó temblando y yo la dije: "-Queredme todas, que de todas necesita mi alma, y entre todas cuidad a los niños ya los ancianos aquí recogidos; hasta que se nombre la segunda Superiora, velad por los débiles y seréis gratas a Dios.

Todas se fueron retirando y me quedé sola con la que se creía indigna de mí, que me miró y la dije:

-¿Qué tienes? ¿por qué me miras así?

-Porque tengo remordimientos, madre; la muerte de Sor Angélica me ha herido de muerte, tengo sueños horribles.

-No temas; tú no tienes responsabilidad. ¿Verdad que el capellán te dijo que lo que nos dabas era para curarnos?

-Si, madre; él no me dijo que os envenenaba, sólo me encargó que echará cuatro gotas, y yo, temerosa y dudando, sin saber por qué dudada, no eché más que una, extrañándome mucho que muriera Sor Angélica después de tanto tiempo, a no ser... que después... otra completara mi inicua obra. Porque después lo comprendí todo, por eso os di la botellita, para no pecar más.

-Sobre todo tranquilízate, y que ningún día deje de verte, porque no quiero que sufras. En realidad, aquella infeliz me inspiraba profunda lástima porque no era la aliada de mi terrible enemiga. ¡Mi enemiga...! no se me ocultaba el gran peligro que para mi había, entrando aquella mujer en mi Convento; esto era necesario

evitarlo a todo trance; mi enemiga entra por la noche, es preciso que ella misma se evite la entrada, quiero que ella misma se destruya.

Visité los Asilos y me detuve en el departamento que ocupaban las ancianas; allí encontré a la religiosa aliada con mi enemiga, hice que se saliera conmigo al huerto, y allí me dijo:

-Madre; yo me muero de dolor, la sombra de Sor Angélica me persigue ¡es mi propia sombra...!

-Pues yo quiero que te tranquilices, porque al fin, de la culpa no te corresponde más que una parte pequeñísima; contéstame a todo cuanto yo te vaya preguntando; y entonces me contó que ella era la que esperaba a mi enemiga en el huerto, y me enseñó la puertecilla por donde entraba, que se dirigía inmediatamente a una estancia donde sólo había muchos muebles viejos, blancos y tablas para arreglar altares improvisados, que allí se encerraba y permanecía en aquel lugar a veces días enteros. Descansamos junto a la fuente, y allí di mis instrucciones a mi compañera diciéndole: Cuando venga mi enemiga la recibirás de igual manera, y ¡ay de ti...! si le das a entender que yo estoy en el secreto de todo. La pobre religiosa me juró fidelidad y comprendí que no mentía, ¡sufría tanto!

Me retiré a mi celda tranquila y contenta, estaba en mi derecho; asaltaban mi morada y justo era que me defendiera de los malhechores. Quise escribir y dudé, diciéndome una voz muy conocida, la de mi sobrina:

-¿Por qué no escribes?

-En mi situación de lucha, dime, ¿qué te parece? pienso encerrar a mi rival en su habitación, y allí al irla a buscar promover el escándalo que produce la captura de los ladrones y asesinos.

-Muy lejos vas en tu plan, y tiembla ante las represalias. No te ocupes en esto, tía mía.

-Eso no, hija mía; quiero luchar, quiero castigar a los culpables y quiero vencer.

-Pues no olvides que la impresión que recibirás será terrible.

-Es que si yo fuera mala la encerraría en un calabozo, y la daría un veneno lento... como ella me envenenó; pero eso no lo haré; la encerraré únicamente, la daré el susto nada más. Después que la dé una lección pensaré en mi misma, que no quiero morir en turbación.

Seguí reflexionando, y reparé que dentro de mi estancia había continuos relampagueos, oí el ruido de los truenos, miré y vi que el cielo estaba sereno, aquella tempestad sólo rugía en mi alma, vi caer un rayo delante de mí, me acobardé un poco y me acosté, cerré los ojos pero seguí viendo el fuego de los rayos y exclamé: "-¡Dios mío! ¿por qué me dejas tan sola? ¡me horroriza la soledad!"

Me quedé medio aletargada, terminó la tempestad, y me encontré en un camino llano y espacioso, camino que me gustó muchísimo y dije muy satisfecha:

-Este es mi camino, pero apareció un hombre muy grave y muy severo que me dijo:

-Este no es tu camino; los que piensan vengarse como tú, no pueden ir por un camino llano. ¿Crees que es justo turbar a un espíritu por un tiempo indeterminado?

-¿Quién eres?

-La ley y la justicia eterna.

-Yo no hago mal a nadie, castigo lo que es justo castigar.

-¡Ah, hipócritas! llamáis justicia a la satisfacción de vuestras venganzas.

Me desperté intranquila, pensé en lo que había visto y oído, y pensé que en la noche siguiente sería el triunfo de mi justicia.

Pasé el día muy tranquilo, me visitó el doctor y me dio cuenta de que las familias que se habían alarmado con la muerte de Angélica, creyendo que había sido víctima de la peste negra, por lo ennegrecido que quedó su cadáver, había logrado tranquilizarlas y aun permanecerían en la hospedería del Convento algunos días más; y de pronto, dándole otro giro a la conversación me dijo:

-Ya que habéis perdido lo que más amabais, veníos conmigo, aquí no os quieren, la Comunidad miente cuando os dice que os profesa afecto, os temen, les dais miedo, y nunca el miedo fue amor.

-No me importa; aquí he de terminar una lucha, después iré a otro punto donde sus aguas arranquen de mis entrañas lo que aun guardo del veneno que me dieron, y me curaré, si, me curaré, y luego volveré aquí, porque aquí quiero morir como yo debo morir, sin temor por mi pasado, ni miedo por mi porvenir. El doctor se alarmó al verme tan exaltada, me pulsó y yo le dije:

-No temáis, estoy bien.

-¿Y qué nueva lucha tenéis? confesaos conmigo.

-Yo no me confieso más que con Dios, sólo con El tengo confianza; hasta en mis sueños huyo de confesarme si alguno me interroga.

-Contadme al menos vuestros sueños. Miré fijamente al doctor y vi en su semblante algo que me impresionó tanto que le dije:

-Recuerdo que me habéis dicho que yéndome con vos, una sociedad muy poderosa me protegería.

-Os lo dije y os lo vuelvo a repetir; rama sois, desgajada del árbol de la vida, y dentro de la sociedad a que yo pertenezco, seríais árbol con raíces tan profundas, que a través de los siglos, vuestras raíces retoñarían convirtiéndose la rama seca en bosque frondoso a cuya sombra buscarían consuelo los peregrinos fatigados. Hablad; no titubeéis, sed dócil alguna vez. Le conté todo mi plan y el doctor me dijo:

-Os advierto que esa mujer estará muy bien guardada al entrar aquí, y contad que el Tribunal de la Santa Inquisición se apoderará de vos, porque aun no pertenecéis a mi sociedad; venid conmigo cuanto antes mejor.

-Lo pensaré, doctor.

-Comprendo que haréis lo que pensáis.

-Tenéis razón, doctor, lo haré; no acostumbro a retroceder jamás.

Vino después mi enemigo el sacerdote, y me anunció con mucha sequedad, que se harían suntuosos funerales por el alma de Angélica. Espero, replicó, que tendréis durante el acto un proceder correcto.

-Lo tendré.

-Estamos entendidos.

-Hace mucho tiempo que lo estamos; y con mi ademán le di a entender claramente que daba por terminada nuestra entrevista; él me miró algo sorprendido de mi indiferencia y se marchó, que era lo que yo deseaba; porque quería estar sola

para madurar mi plan, que es la venganza un manjar que mientras más se saborea, mejor gusto se le encuentra.

Llegó la noche, y se desencadenó una tempestad horrorosa ¡que noche tan hermosa para impresionar a los criminales...! Aquel movimiento atmosférico me reanimó, me encontré fuerte como en los mejores días de mi juventud, y salí al huerto a pesar de la lluvia, a esperar a mi enemiga, y cada vez que retumbaba el trueno y brillaba el rayo, yo decía: "-Este es el símbolo de la eterna justicia."

Al fin sentí cómo abrían la puertecilla, oí cómo las dos mujeres cambiaron algunas palabras sobre la inclemencia del tiempo, y cuando me acerqué a ellas el resplandor de un rayo nos iluminó a las tres, mi enemiga lanzó un grito horrible y yo lad ije "-¡Aquí estamos las tres... '"pero ella no oyó, porque cayó al suelo como masa inerte, y su cómplice cayó también aterrada de su obra; pero yo con fuerzas hercúleas, sintiendo en mi ser plenitud de vida, levanté a las dos mujeres, y obligué a la religiosa que me ayudara a sostener a mi enemiga hasta entrar en el Convento; ya bajo techado dejé a mi enemiga en el suelo, mientras la monja murmuraba palabras incoherentes, yo la dije:

-No tiembles inútilmente y trae un jarro de agua.

-¿Para qué? ¡si está muerta...!

-Calla y obedece.

Se fue la monja y a la débil luz de una lámpara, contemplé a mi enemiga que en realidad parecía una muerta, pero tenía yo tantos deseos de reanimarla, que, aunque hubiera estado su cuerpo en la más completa descomposición, creo que momentáneamente la hubiera hecho vivir; que hasta sus átomos diseminados por la tierra, los hubiera unido a la potencia de mi voluntad; quería luchar frente a frente con aquella fiera, en aquel ser se encerraban todos los vicios, era un monstruo la iniquidad, quería verle de cerca, quería tocar el fuego de la infamia humana, quería ver la distancia que existía entre ella y yo.

Volvió la religiosa con el jarro de agua y lo tiré sobre la cabeza de mi enemiga sin la menor contemplación, diciéndole con mi pensamiento:

-¡Levántate y anda! se despertó mi enemiga y al verme me dijo con ironía:

-Me habéis cogido.

-No, os habéis cogido, vamos a la estancia que aquí ocupáis sin derecho alguno.

-No iré.

-Iréis de grado o por fuerza, por vuestros pies o arrastrada por mí: ¡escoged!

-Pues vamos; y las tres nos dirigimos hasta la estancia de mi enemiga; al llegar a la puerta le dije a la religiosa: Retírate a tu celda, y ¡ay! de ti si a nadie dices lo sucedido esta noche; la monja inclinó la cabeza, y apoyándose en la pared desapareció. Entramos en la habitación, cuya puerta yo cerré, diciendo mi enemiga.

-¿Me vais a matar? decidlo para encomendarme a Dios.

-Tú te matarás por el remordimiento que sentirás en tu conciencia, porque has asesinado a un ángel.

-Mentís.

-No miento, bien lo sabes; tú me odias porque te arrojé de un Asilo donde martirizabas a indefensos ancianos y a inocentes niños, castigando a éstos tan brutalmente, que apenas había alguno que no tuviera, por tus crueles tratamientos,

un brazo o una pierna rota; aquellas infelices criaturas eran mártires de tu infame proceder, todas estaban lisiadas por tu causa, los ancianos dormían en un hormiguero de inmundicias, y no porque faltaran medios para atender decorosamente a aquellos desvalidos; pero tú gastabas las rentas destinadas al sostenimiento del Asilo, en impuras bacanales, cometiendo, bien lo sabes, todos los excesos de la gula y de la lujuria, y yo en nombre de la caridad y de la justicia, te impedí que continuaras cometiendo tantos crímenes, no dándote un castigo ejemplar como merecías, no encerrándote en un calabozo para toda tu vida, sino dándote tiempo para que te arrepintieras de tus culpas en un convento donde no conocieran tus infamias.

-Pues yo he empleado ese tiempo que me concediste en odiarte y en maldecirte: y tanto te odio, que si en el cielo había de encontrarte, preferiría vivir en el infierno si allí estaba seguro de no hallarte. Te odio, te odio con todas mis fuerzas, te llaman Santa y eres una prostituta, una ramera mística, ya sé que eres la manceba de ese gran sacerdote que tanto poder tiene, ya sé que eres la encubridora de las nobles rameras que aquí vienen pretextando enfermedades, y a lo que vienen es a solazarse místicamente, sé todos tus vicios, todos, que son en gran número; tantos, que puede decirse que ninguno te falta.

-Habla, habla, así me gusta: que una vez en la vida nos quitemos la careta, gozo escuchándote porque veo cómo se exhalo tu alma, ahora sólo te diré que no quiero que entres más aquí.

-Pues déjame salir, y te prometo que no volveré a entrar.

-No tan pronto: quiero saber lo que guardas aquí, pues cuando vienes no será para entregarte a la meditación; veamos, registremos.

-Eso jamás. Silbó de nuevo el rayo; se abrió violentamente una ventana, y se apagó la luz. Yo no me desconcerté, abrí la puerta y salí; salió ella también gritando:

¡¡socorro...!!

-¿Callarás?, ¡miserable!, ¿callarás? y la cogí con tal ímpetu, que la tiré violentamente contra la pared, y cayó al suelo como muerta. Busqué nueva luz, entré en la celda, cerré la ventana, y salí al corredor arrojando nuevamente agua sobre la cabeza de mi enemiga; al despertarse la levanté porque estaba sin fuerzas y la llevé a la celda. imponiéndole obediencia con mi voluntad, pues comprendí que su deseo era matarme, pero yo la tenía sin movimiento, sólo su lengua se movía para decir:

-¡Maldita seas! ¡maldita seas...!

-Maldice todo lo que quieras, pero yo he de ver todo lo que hay en esa estancia, tú siéntate, y ¡ay de ti! si te mueves. La hice sentar y entonces vi que tenía una pequeña herida en la cabeza, se la lavé y la ordené mentalmente que no se moviera mientras yo fui examinando los muebles que había allí; en particular me llamó la atención un gran armario que yo no recordaba haber visto en el convento; lo abrí y allí encontré muchos legajos de papeles, muchos; cogí uno de ellos y leí: Historia escrita por ella misma; y estaba mi nombre al pie, pero tan bien imitada mi letra, que me horrorice.

-Tú lo has querido; dijo ella irónicamente.

-Sí; yo lo he querido, porque yo presentía que aquí estaba lo más inicuo,

más infame, lo más vil que se puede hacer contra una persona. Has falsificado mi firma ¡miserable! y habrás falsificado mi vida ¡mi vida de martirio...! de lucha...de dolores cruentos que tú habrás convertido... en acciones infames, en locuras y en arrebatos incalificables.

-Ya lo has visto todo, ahora déjame salir.

-No, todo no lo he visto, aun queda una rinconera donde veo muchos botes.

-Eso no tiene la menor importancia, son untos que yo hago para curar heridas. Sin hacerle caso me acerqué a la rinconera y fui destapando todos los botes, que en realidad contenían diversos ungüentos, también había pequeñas botellas, pequeñísimas, las fui destapando y observé que ella pugnaba por romper sus invisibles ligaduras, y no podía; y al destapar la última botellita sentí un sacudimiento horrible en el brazo y la botella cayó al suelo produciendo una especie de humareda... y ella consiguió levantarse gritando: ¡Corramos! ¡corramos...! Yo pensando abrir la puerta, abrí la ventana y me asomé a ella huyendo de ahogarme con el humo que cada vez era más denso: mi cuerpo completamente quedó vencido sobre el petril de la ventana, ni sé cómo me sostuve, quise retirarme y abrir la puerta para que circulara libremente el aire, pero no pude moverme, me quedé clavada en aquel lugar sin poder hacer el menor movimiento, ¿qué pensaba? ¿qué sentía? no lo sé, miraba al cielo y observé que la tempestad había dejado limpio el horizonte, el alba comenzaba a alborear, pude al fin moverme y me separé de la ventana, miré hacia dentro y me horroricé, mi enemiga estaba en el suelo y no era ella, ¡era un monstruo! ¡su rostro estaba teñido de azul turquí, los dientes le habían crecido y no cabiéndole en la boca las dos hileras estaban fuera de su lugar, los ojos desmesuradamente abiertos pugnaban por salirse de sus órbitas, sus manos retorcidas querían oprimirse las sienes, estaba horrorosa: todas las furias de todos los infiernos, parecía que se habían complacido en desfigurar aquel cuerpo y aquel rostro donde había brillado la hermosura; sentí espanto, un espanto indescriptible, quise rezar, quise llorar: quise hacer algo útil para aquella mujer y al fin exclamé: ¡Dios mío...! ¡muerta! y oí una voz potente que me dijo: "-Tú lo has querido, es tu obra."

CAPÍTULO CVII

Aquellas palabras hicieron en mi espíritu un efecto aterrador, miré al espacio con avidez, iba clareando poquito a poco, y la claridad me parecía rojiza, se me antojaba ver un raudal copiosísimo de agua que al caer se convertía en sangre y llenaba un lago inmenso; mirando aquel lago rojo, me sentía inclinada fuera del petril de la ventana, creí caerme de gran altura, pero hice un esfuerzo y caí hacia dentro y oí que me decían:

-No te aterres: no mueres aun, quise levantarme y no pude, y me dijeron:

-Levántate.

-No puedo moverme, ¡imposible!

-¡Levántate...! Tan imperiosa era la voz, que me levanté y me apoyé de nuevo en la ventana. El día apareció espléndido y dije: ¡Dios mío! ¡qué hermoso es el día...! Señor, tú sabes que no soy criminal, me quieren matar dejándome fuego en las entrañas, y no sé por qué me odian tan cruelmente; porque yo no atento contra ellos; si se mueren en su infame lucha, no es culpa mía: ellos sucumben abrumados

bajo el enorme peso de sus horrendos crímenes. Brilló el sol y me sobresalté, miré nuevamente el cadáver de aquella infeliz y murmuré: ¿Qué hago, Señor? ¿saldré? ¿dejaré encerrada a la muerta? veamos, y abrí la puerta, y me encontré a un hombre que ya había visto la noche anterior, que era un fiel servidor de mi enemiga, especie de guardián que ella dejaba en su ausencia; al verle le dije:

-¿Qué hacéis aquí?

-Esa mujer que está ahí muerta, me colocó en este lugar, soy el perro fiel que la guardaba y todo lo sé.

-Así podréis declarar la verdad de todo lo sucedido: quise salir y él me dijo:

-No saldréis de aquí, vida por vida.

-¿Tú quieres la más injusta de las venganzas? pues si todo lo sabes, ¿no ignoras que no es mía la culpa de su muerte? así es, que tengo derecho a la libertad, y si tú no me la das yo me la tomaré. Quieto aquí, enmudece, y nada dirás de lo que has visto y has oído: y fue tal el empuje de mi voluntad, que se quedó inmóvil, recostado contra la pared, y yo, apresurando el paso llegué a mi celda y les dije a mis *flores del cielo:*

¿Llegó ya mi último momento?

-No temas: has sido muy imprudente, pero no temas, eres una chiquilla voluntariosa, tú quieres encontrar la justicia y no podrás hallarla hasta que las almas sean más dignas.

Me senté y quise pensar, pero no pude unir dos pensamientos, pasó tiempo, y por fin pude encauzar mis ideas pensando qué debía hacer, diciéndome a mi misma: Si despierto a aquel hombre hablará, y si no habla, creerán que él la ha muerto, y que ha enmudecido de espanto. ¡Ah! eso no; yo no debo consentir la condenación de un inocente; si me matan, moriré sin remordimientos; y salí decidida a despertarle. Estaba en el mismo sitio que lo dejé, inmóvil, recostado contra la pared. Toqué su frente y sus manos con mucha suavidad y le dije: Despierta; se movió y me dijo:

-Dejadme más libre.

-¿Más libre para dar paso a vuestras malas intenciones?

-Dejadme salir.

-Salid en buena hora, y que Dios os ayude.

Dio algunos pasos, y mirándome con un odio terrible, después de haber mirado a su protectora, me dijo sonriendo como deben sonreír los condenados: "-¡Hasta luego...! ¡hasta luego...!"

Sin perder momento me dirigí al Refectorio y allí encontré reunida a la Comunidad; pregunté a varias monjas si habían oído algo la noche anterior, y todas bajaron la cabeza sin contestar; al ver tanta hipocresía las dije:

-Comprendo que todo lo sabéis, me alegro; mientras vivió Sor Angélica aquí se vivía bien, reinaba la paz y armonía. Poco antes de morir ella, agentes extraños han traído aquí la perturbación, me han hecho pasar por loca, por endiablada, trajeron otra nueva Superiora, lo que ésta hizo en su estancia no lo sé, sólo sé que allí está su cadáver, ella se mató por lo que allí encerraba. Decidme si me creéis capaz de cometer un crimen, ¿creéis que yo pueda haber cometido un asesinato? Todas callaron, sólo una monja dijo:

-Yo no os creo capaz de cometer ningún crimen. Miré a la comunidad y la

dije:

-Vuestro silencio me acusa, ¡infelices! ¡os perdono! y me retiré a mi celda seguida de la única religiosa que me creía inocente, la que al entrar en mi estancia me dijo:

-Madre, con vos iré hasta el martirio.

-Hay que avisar al doctor.

-No hay quien le avise, madre; porque no pudiendo yo salir por mi voto de clausura, nadie en el convento os obedecerá, no os expongáis a nuevos desaires, yo os lo ruego; y salió llorando la pobre religiosa. Yo me asomé a la ventana central y exclamé:

¡Dios mío...! ¡qué comunidad me habéis dado! esas mujeres me creen culpable; ayer me llamaron Santa sin merecerlo, y hoy me lanzarían a la hoguera sin merecerlo tampoco; ¡qué juicios tan erróneos forma siempre la ignorancia...!

Rendida de tanto sufrir, me quedé dormida hasta que oí una voz desconocida que me dijo:

-¿Se puede entrar?

-Abierta está la puerta y vi entrar a un hombre alto y arrogante con toga negra y birrete de igual color, llevando en su diestra una vara, la que a su extremo tenía un remate de plata. Me miró aquel hombre sin altanería, diciéndome:

-¿Sabéis a lo que vengo?

-No, señor.

-Pues vengo a deciros que estáis presa.

-¡Yo presa...! ¡sois un agente de la Santa Inquisición?

-Soy un agente del Rey que se avergonzará de haberos concedido los honores que os concedió.

No supe qué contestar, y *una flor del cielo* me dijo:

-No temas, sigue adelante.

Seguí al agente y salí del convento: subimos a un coche viejo y desvencijado, nos rodeó un pelotón de hombres armados y llegamos a la ciudad cercana, donde me esperaba una inmensa muchedumbre; ¡qué pronto corren las malas nuevas...! unos decían, ¡qué muera! ¡no esperemos el fallo de la justicia, al fuego con ella!, otros gritaban: ¡es una Santa! los impostores la deshonran. Un hombre del pueblo se abrió paso y llegó hasta la portezuela del coche diciéndome: "-Madre, perdonadlos que no saben lo que se hacen."Yo me vanaglorio de decir que nunca lo habéis sido ni seréis criminal, y que si aun no sois Santa, vais en camino de serlo.

Llegamos a la Casa de la Justicia, y allí comparecí ante un juez de agradable figura; era un anciano venerable, me pidió declaración muy cortésmente, y yo le conté todo lo ocurrido, sin omitir el menor detalle. El juez me escuchó muy atentamente, y al concluir mi relación me dijo:

-Hay que proceder a buscar pruebas de cuanto me habéis dicho, aunque en vuestros ojos leo la inocencia. Yo no os condenaré, otros os condenarán; por ahora tendréis por cárcel la casa de vuestros mayores. ¡Ah! si vivieran vuestro padre y vuestros hermanos, no se os acusaría injustamente, tenéis enemigos terribles, no tratéis de evadiros porque sería peor, no deshonréis vuestra casa.

-Eso jamás; y le miré con la mayor ternura, agradecida de que me diera mi

casa por cárcel; cuando llegué a la morada de mis mayores, se desarrolló una escena verdaderamente conmovedora; nunca me pude imaginar que la viuda e hijos de mi hermano me quisieran tanto; los que dejé niños ya eran mozos apuestos y gallardos, y el mayor me dijo con vehemencia:

-Tía mía, yo me jugaré la vida por vos, porque sé que sois inocente.

-No, hijo mío, no; tú tienes que vivir para tu madre. Dios me juzgará, no quiero que ni tú, ni nadie se sacrifique por mí; no quiero sacrificios, no quiero más que justicia, y en justicia no pueden condenarme.

Yo creí que me darían toda la casa por cárcel, pero no fue así, quedé recluida en un aposento de los más humildes, que servia de dormitorio a uno de los criados de mi hermano, y a la puerta se situaron dos guardias para mi custodia, la única consideración que me guardaron fue que no me dejaron incomunicada. Cuando me quedé sola entorné la puerta de mi estancia y me entregué a pensar qué me sucedería. No pienses, me dijo una voz, ¿para qué quieres pensar?

Pasaron dos días, y al tercero sentí pasos y oí una voz conocida, era la del doctor, que entró diciéndome:

-No me esperabais, ¿verdad?

-No.

-Tenemos que hablar, hablemos de lo que os propuse la última vez, ¿qué habéis pensado? ya sabéis cuanto os dije: ¿queréis venir a la corte? en definitiva, ¿queréis venir? aquí moriréis mal, moriréis deshonrada, ya os dije que en la Corte lucharéis con fieras: aquí.. aquí... os aplastarán los reptiles: tal es su inmensa cantidad, que podrán más que vos.

-No tengo fuerzas ya para ir a ninguna parte.

-Os advierto que hay aquí una intriga horrible, venid conmigo que en la Corte triunfaremos, decid que si, que después de triunfar, volveréis aquí si tanto lo deseáis.

-De ese modo, si; si me dejáis volver, me voy con vos. Se fue el doctor, y al no verle me arrepentí de lo que había dicho: ¿qué has hecho? me pregunté asustada, este hombre dice que pertenece a una sociedad enemiga de mi religión, ¿qué dirán de mí? ¿dirán que en realidad me he entregado al diablo? Malo es el punto religioso donde estoy; pero. ¿quién me asegura, que esos incrédulos no están en punto peor? sombríos son los templos, tumbas son los conventos, ¡pero puede tanto el hábito y la costumbre...! y como yo desde niña había estado rodando por los conventos, tenía cierto apego a aquellos tristes caserones. Esperé dos días con bastante impaciencia, queriendo y no queriendo que viniera el doctor por mí; al fin, oí rumor de varias voces, me estremecí, porque conocí la voz de mi enemigo el sacerdote, entró y lo encontré muy desfigurado, muy pálido, con los ojos muy abiertos como si buscara algo que sólo estaba en su pensamiento. Sin mirarme siquiera me dijo:

-Tenemos que hablar.

-Yo tengo un placer en ello, que para las ocasiones son los amigos, ¿no lo creéis así?

-No es ocasión de hablar aquí con tanta ironía: le disputa la carne el tigre al león, veremos quién vence aquí. Mandó retirar a los guardias y cuando nos quedamos solos me dijo secamente:

-Hemos de hablar de una manera descarnada, abierta.

-Mucho hemos hablado ya.

-Pero nunca con franqueza y hemos de tratar asuntos del mayor interés para los dos.

-Hablemos.

-En confesión os pido que me digáis cómo murió Angélica.

-¡¡Yo!!

-Vos debéis saberlo.

-Bien sabéis que vos y esa mujer que ha muerto, sois bs que sabíais el veneno que dabais.

-Es que tengo datos que vos envenenasteis a Angélica.

-Bien sabéis que una monja me dio la primera botella, que de muerte sería su contenido, cuando vos la tirasteis espantando.

-¿Eso habéis creído? pues aquella botella contenía agua para enloquecer si se tomaban muchas gotas de una vez, y despertaba deseos sensuales administrada con método en pequeñas dosis, pero la monja no se enteró bien del modo de usarla.

-¡Ah! queríais que Angélica os quisiera, y que yo os obedeciera dócilmente... soñando con alguna recompensa... ¡cuánta infamia! sois verdaderamente un miserable.

-Decidme, decidme; ¿es verdad que por celos habéis sido criminal? no lo neguéis, ya está hecho; yo sé que me queréis con locura.

-Si que es verdad; pero yo amo en vos el talento, la sabiduría que os distingue, amo la magia de vuestra palabra cuando habláis a vuestros fieles; entonces os creo un *Enviado,* un *Elegido,* me parece que os he querido antes y que unidos hemos evangelizado a las gentes, y que juntos hemos repartido el pan del amor divino; pero yo matar a la mujer que más he querido en este mundo para quitar el estorbo que había entre los dos, ¡eso jamás! mil veces me hubiera quitado la vida, antes que tocar a un solo cabello de aquella mujer que tanto me quería, que adivinaba mis pensamientos, que me hacía amar la vida, porque era el único ser que se interesaba por mi existencia y que no envidiaba mi gloria. Ella era carne de mi carne y huesos de mis huellos: sin ella, mi vida es un infierno, y no he puesto fin a mis días, porque acato la voluntad de Dios.

-Pero si vos me habéis querido sobre todas las cosas, si me habéis dominado a pesar mío, si me habéis hecho soñar y soñando os he tenido entre mis brazos ebria y palpitante de placer...! Yo no sé cómo explicarme mis sueños, porque después de haber sido mía, os he visto convertida en ángel luminoso, y desde muy lejos me habéis dicho: "-¡Infeliz! no puedes llegar hasta mi." Entre los dos ha de mediar un infierno, seréis la víctima y lo seréis porque os obstináis en negar.

-Haced lo que queráis.

-Si, si, seréis la víctima; en vida y en muerte os haré mártir. Os haré santa; pero una santa imbécil, alucinada, loca, ya veréis vuestra historia.

-Ya la he visto.

-¿Dónde?

-Donde estaba el cadáver de aquella mujer.

-¡Ah! ¡qué bien...! ya tengo lo que deseaba; visteis vuestra historia y os

vengasteis envenenando a aquella mujer; os acusaré, os acusaré y me creerán.

-Haced lo que queráis; cuando se ama, se sufre todo se soporta todo; pero... no me acusaréis.

-¿Quién lo impedirá?

-Yo, os lo impediré, porque os amo y no quiero que os hundáis en el infierno, porque sería vuestro crimen tan horrible, sería vuestra ingratitud tan espantosa, seriáis un criminal tan miserable, que el fuego del infierno sería poco para atormentaros eternamente; y en vos mismo, en vuestros recuerdos, tendríais un torcedor irresistible, todos los tormentos inventados, serían juegos de niño, comparados con vuestros remordimientos; yo os quiero tanto, que no os dejaré que me acuséis, ¿por qué os quiero? no lo sé; ¿por qué me interesa vuestro porvenir? lo ignoro; pero no quiero que colméis la medida de vuestros crímenes con el más horrendo, con la acusación que queréis hacer contra mí.

-Nos veremos.

-Si, nos veremos; nos veremos siempre el uno al otro: ¡quién sabe si para acusarnos o compadecernos! que nuestra historia no acaba aquí, tengo la certeza de ello; no se ama ni se odia tanto en una sola existencia. ¿Qué hemos sido? ¿qué seremos? ¡Dios lo sabe! El solo sabe dónde empiezan los amores y dónde acaban los odios. Se fue mi enemigo, y yo dije: "-¡Dios mío! ¡qué contrasentido! ¡cada vez le quiero más! ¿por qué? ¿por qué? ¡no lo sé!" No quisiera el encierro, ¡ay! eso no; si me llevan a un calabozo negro, creo que enloqueceré, y no quiero enloquecer para salvarle, para dominarle, para que no pronuncie su sentencia de muerte eterna, que lo hagan otros, que otros sean mis verdugos si es necesario que yo muera, pero que él se salve, ¡Dios mío! ¡qué el se salve!

Pasé un día muy triste; al día siguiente vino el doctor y me dijo: "-Obedeced sin replicar a cuanto se os mande."

Me despedí de mi familia, la que me hizo llorar con sus demostraciones de verdadero cariño; el doctor me hizo subir en buen carruaje, y se sentó frente a mí, demostrando su semblante, honda preocupación; llegamos a un pueblecito, y allí me dijo: "-Tenéis que esperar aquí dos días, los necesito para vencer algunos obstáculos; recordad de lo que es capaz vuestra religión." Sus palabras me impresionaron tristemente y le vi marchar con profunda pena. Esperé dos días, y cuando ya me habían indicado que me dispusiera a continuar mi camino, se recibieron nuevas órdenes y entonces temblé como nunca había temblado, porque los esbirros del Santo Oficio se apoderaron de mí."

CAPÍTULO CVIII

Grande fue la impresión que recibí al observar que no continuaba mi viaje a la Corte y quedaba en poder de las fuerzas del Santo Oficio. Perdí toda esperanza, me vi perdida para siempre; hasta me sonreí como se sonríen los idiotas y dije: ¿Y qué? ¿por qué me apuro? ¿porque me van a matar? ¡qué bueno será morir...! pero luego me rehice y exclamé: No quiero morir así; ¿por qué me anonado? ¡Pobre de mí! ¡cómo pierdo los alientos...!

Pasaron muchas horas; mi estancia tenía vistas al campo y me consolaba mirando las tierras labradas, nadie se cuidó de alimentarme, sentí hambre y sed, llegó el Sol a su ocaso y se aumentó mi desfallecimiento; la puerta de mi estancia

estaba entornada, la entreabrí y pedí a gritos agua y pan, pero nadie me contestó; reparé entonces que no tenía en dónde acostarme, pero me resigné pensando que en otro lugar estaría peor, porque no vería el Sol; pero como la angustia que produce el hambre es tan irresistible, salí de mi estancia, sin darme cuenta que salía, buscando a mis carceleros; los encontré sentados en el portal jugando a los dados, les pedí pan y agua y nadie me contestó; llegué a exasperarme y quise salir al campo, pero no me dejaron pasar, les reconvine duramente, diciendo en último término: "-Decidme algo, decidme cómo debo morir; traté nuevamente de salir y entonces uno de aquellos esbirros me dio un empellón y caí de rodillas; logré levantarme y volví a mi estancia como mejor pude, porque la cabeza se me desvanecía y andaba sin ver." Cuando me encontré en mi prisión, quise asomarme a la ventana pero lentamente caí al suelo, mi cuerpo no podía resistir tantas horas sin alimento, ni mi espíritu tantas humillaciones; la mano que el esbirro había puesto en mi espalda me había producido la misma impresión que un hierro candente; no sé cómo no terminó entonces mi martirio. No sé el tiempo que estuvo sin conocimiento; al fin acudieron mis carceleros y me dieron algún alimento, pero era un brebaje tan mal condimentado, que al comer me puse mucho peor, y creí llegada mi última hora, pero oí una voz muy imperiosa que me dijo:

-Aun no, aun no. Aquella voz me dio nueva vida, me pareció que se refrescaban mis labios con agua purísima, y dije:

-¡Gracias, Señor! veo que no me habéis abandonado.

-¡Ingrata! replicó la voz. No, no soy ingrata, es que estoy más vieja y más débil. Me sentí de pronto más fuerte y animosa, tanto que pude levantarme y asomándome a la ventana, dije:

-¡Señor! no soy ingrata ¡tened piedad de mí! ¡tengo miedo...!

-¡Ingrata! ¡te acabo de levantar y tienes miedo...!

-Tenéis razón Señor; ya puedo resistir, ya puedo resistir, y me pareció que el eco repetía mis palabras. Sentí rumor de voces, y de nuevo vacilé y de nuevo me reanimé; sentí después pasos muy quedos, y entró un hombre con una linterna, sin saber por qué, sentí horror, le miré y se aumentó mi terror, en aquel semblante todos los vicios habían dejado sus huellas; me preguntó si quería comer y beber y al mismo tiempo acercó la linterna a mi rostro, y no sé que leí en la mirada de aquel hombre, que al fin me dijo con cruel ironía:

-Mañana pasaréis un gran día.

-¿Será el último de mi vida?

-El último no, pero uno de los últimos, sí. Mañana os harán buscar a Dios, ya que sólo os entendéis con el diablo, y buscaréis a Dios con los ojos llenos de sangre, ahora podéis echaros en el suelo, que para los perros de la Iglesia ya es bastante, y se retiró; al quedarme sola traté de sentarme y apoyar la cabeza en la pared, pero me dejé caer por completo, mi cuerpo buscaba la tierra, y mientras mi cuerpo quedó inerte sobre el duro suelo y la brisa de la noche acababa de entumecer mis ateridos miembros, mi espíritu buscó como nunca la justicia de Dios, y al verme libre en el espacio dije con anhelo:

-¡Dios mío...! dame noción exacta de lo que soy para saber resistir, y volé hacia un punto fosforescente, pero me turbé, retrocedí, adelanté nuevamente y encontré a una jovencita que iba con paso muy ligero, no le podía ver la cara y la

llamé, se volvió y me dijo:

-¡Siempre la misma! ¡siempre impaciente...!

-¡Te encuentro...! ¡Angélica de mi alma! no te dejaré marchar, no.

-Me detengo, porque mucho nos debemos la una a la otra.

-Dame tus brazos.

-Tomadlos.

-La abracé y la dije: ¡qué fría estás...!

-Es que aun soy una muerta, no he podido entrar en el cielo.

-¿Y crees que entrarás en el cielo?

-Si, porque he visto el Amor de nuestros amores y me ha dicho: "No te apures por aligerar el paso, no te esfuerces, anda, *¡ven!* ya me alcanzarás, y voy andando."

-¿Pero no has comprendido que esa palabra *¡ven!* no significa que entres en el cielo? Te dice con ese *¡ven!* que trabajes, que luches, ya lo verás como es así; porque le llamaré; y le llame y le dije: ¡Amor de mis amores! ¡ven...! ¡ven...!

-Madre, ¡qué fuerza tenéis! ya está aquí, ¡qué hermoso es...!

-¡Ay, yo no le veo...! ¡Impaciente! ¡siempre impaciente! dijo El, ¡Mírame! le miré y le vi como nunca le había visto, tan pronto me parecía joven, como viejo, llevaba en su diestra un tronco de un árbol partido en dos trozos, uno más largo que el otro, en forma de cruz.

-¿Me presentáis el símbolo de mi martirio?

-No; es el símbolo de tu rudeza, de tu historia de ayer.

-¿Me dais esa cruz?

-No, la conservo, para enterrarla más tarde en la tumba del olvido y entonces quedará borrada la cruz que clavaste en el pecho de un hombre, que al recibir la herida te perdonó.

-¡Dejadme ir con vos...!

-¡Ya vendrás! ¡ya vendrás!

-¿Y para mí no hay nada? preguntó Angélica.

-Contémplala ahora, que no has podido contemplarla todavía, dijo El. La miré.. y dije: ¡¡Tú!! ella me miró y exclamó: ¡¡Tú!! ¡brilló la luz de la eternidad! y la dije: yo iré contigo, y El me dijo:

-Mira, aun llevo tu cruz.

-Comprendo, ¡aún me pertenece esa cruz...! y sentí... sentí... lo que no es posible describir, ¡placer! ¡dolor! ¡esperanza! ¡desaliento! aquella cruz era el símbolo de la rudeza de mi espíritu y aquel tronco aun era muy resistente... ¡Cuántos siglos tendrían que pasar para que aquella cruz pudiera El enterrarla en la tumba del olvido... ! ¡Qué hermosa es la eternidad cuando sonríe la esperanza de nuestra redención!; pero ¡ay! qué interminable es el tiempo que hay que emplear en hacer de un tronco fuerte y rudo, un ramo de sensitivas...! Volví a mi cuerpo, y lo encontré exánime ¡pobrecito! lo desperté, me levanté y me asomé a la ventana, el alba tenía el cielo con sus tintas de grana: ¡Qué hermoso es el Sol! exclamé, ¡en todas partes eres el mismo! ¡tú eres el renacimiento! ¡tú eres la vida! ¡tú eres la imagen de Dios...! Sentí ruido, vi muchos hombres de armas, todos a caballo, al verlos me reanimé;

sentí ruido, mucho ruido, toque de cornetas y de clarines, y tan distraída estaba que no sentí la entrada de un hombre en mi estancia, me tocaron muy débilmente en el hombro con la mayor suavidad, tanto que no me asusté, me volví y vi a un hombre que quise reconocer pareciéndome que era el primer magnate de España, el respeto selló mis labios y enmudecí, y él me preguntó muy quedito:

-¿Cuánto tiempo hace que estáis aquí?

-Creo que tres días.

-¿Cómo os han tratado? ¿os han atropellado? ¿no os han dado los alimentos necesarios?

-Si, señor, si, me los han dado.

-Pues vuestro semblante me dice que no habéis comido, decidme la verdad, que yo tengo sobrados derechos para saberlo todo.

-No sé, no sé, no hagáis caso de mí, ni sé lo que me digo.

-Dadme vuestra mano; ¡qué mano tan fría! parece la mano de una muerta, miradme bien, ¿no me reconocéis? ¿donde habéis dormido?

-No sé, señor, no sé.

-Pero ahora observo que en esta estancia no hay donde sentarse. Mandó traer dos sitiales, cerró la puerta y me hizo sentar, él se sentó junto a mí diciéndome:

-Os pido que me seáis franca, decídmelo todo, todo.

-Gracias, señor; ¿verdad que no me dejaréis perecer? ¿verdad que velaréis por mi? y con voz muy queda le conté mis pesares. El se conmovió y me dijo:

-Yo os prometo y os juro por la memoria de vuestro buen padre, que nadie tocará un cabello de vuestra cabeza.

-Gracias, señor; yo seré vuestra esclava, y siempre rogaré por vos.

-Volveréis a vuestro convento, y volved tranquila que nadie os insultará. Yo besé su mano, él besó mi frente y se marchó. Me asomé a la ventana y vi alejarse a mi regio protector; él me miró, yo le miré hasta que le perdí de vista y salí gozosa de mi estancia. No encontré a nadie; mis carceleros habían desaparecido, salí al campo, y vi venir a gran número de hombres armados a caballo; uno de los jefes de aquella fuerza, echó pie a tierra y me saludó respetuosamente diciéndome: "-Madre; cuántos me acompañan darán su vida por vos, si necesario fuera, y yo el primero; ahora os traerán alimentos, descansaremos un poco, y en marcha."

-¿Y si nos fuéramos mañana al amanecer?

-Como queráis.

Registraron la casa y se hallaron habitaciones amuebladas, en una de ellas pasé la noche durmiendo en una buena cama, y al día siguiente, salí al campo muy tempranito para dar gracias a Dios de mi libertad. Al verme libre dije:

-¡Dios mío! ¡qué bueno eres!, y oí la voz de mi padre que me dijo:

-*Si, si;* Dios es muy bueno cuando nos complace en todo lo que le pedimos.

-¡Ay, padre mío! ¡soy tan pobre todavía.!

-Si; es verdad que eres muy pobre, pero yo soy más pobre aún.

-¡Vos!

-Si, hija mía, si.

-¿Y no os dirigís a Dios?

-Si que me dirijo a El, pero como Dios es justo, no puede separar la sombra

del delito que persigue al delincuente.

Nos pusimos en marcha, yo iba en un coche, pero como el camino era tan malo y yo iba tan debilitada, los continuos vaivenes de mi carruaje destrozaban mi cuerpo. El joven oficial que galopaba junto a la portezuela, me recordaba a mi hermano Benjamín. Como él, era gentil y apuesto, y de carácter impetuoso, tanto que me dijo:

-Madre, vamos muy despacio, este camino es fatal, y temo que nos alcance la tempestad.

-¿La tempestad, y no se ve una nube?

-Madre, es que por aquí hay muchos bandoleros, tomad este puñal por si tenéis que defenderos. Lo tomé y maquinalmente besé la cruz que había en el mango, y murmuré: "-Dios dijo: *-No matarás", y* dejé caer el puñal en el fondo de mi carruaje. Llegó la noche, se oyeron muchos silbidos y todos los caballos relincharon ruidosamente: oí gritos, maldiciones, lamentos y quejas, y los que rodeaban mi coche me dijeron:

-Madre; ¡rogad a Dios!

-Si rogaré, que es el arma mejor que se puede emplear en el rudo combate de la vida. Oí que decían que el primer jefe de mi numerosa escolta estaba herido, bajé del coche y busqué al joven oficial, que ya lo habían colocado sobre un montón de hojas secas.

-Madre, dijo el herido: Aun hay peligro, y juré salvaros, volved a vuestro coche.

-Volveré contigo. Vi cómo le curaron y vi que la herida no le interesaba el corazón; con este motivo abrigué la esperanza de curarle con la imposición de mis manos sobre la herida. ¡Pobrecito! ¡era tan joven! indudablemente una mujer le esperaría anhelante, y yo quería salvarle para que fuera feliz en brazos de su amada.

Tras las muchas idas y venidas, nos pusimos en marcha; yo coloqué al herido en el mejor asiento de mi coche, y apoyé mi diestra sobre su pecho, logrando con mi voluntad que se durmiera; ¡pobrecito! ¡cómo me recordaba a mi hermano Benjamín! Amaneció y llegamos a un mal pueblucho; me pareció muy triste; porque todas las casas estaban cerradas; el segundo jefe de mi escolta, pronto puso en movimiento a la mayoría de aquellos lugareños pidiendo alojamiento para su gente y camas para los heridos, que eran varios; la cuadrilla de bandoleros que nos asaltó, ya que no encontró qué robar, hizo todo el destrozo que pudo, pagando muy caro su atrevimiento, pues según oí decir, murieron muchos bandidos.

La gente se fue colocando, los heridos encontraron lecho donde reposar, y yo acompañada del segundo jefe busqué también albergue para descansar; pero noté con dolorosa sorpresa que los campesinos me miraban con ira, me amenazaban cuando el oficial no los veía, y me hacían la señal de la cruz. Nos detuvimos ante una casa y dos mujeres que había en la puerta me miraron con el mayor desprecio, y aunque yo les hablé con dulzura, ellas me contestaron con rabia reconcentrada, diciendo una de ellas:

-Entrad, entrad; tenemos que tenerla por fuerza.

-¿Pero en qué os he ofendido? decídmelo, ¿de qué me conocéis?

-Tenéis muy buena fama. Se acercó el oficial y yo le dije:

-Vamos a otra parte.

-¿Os han tratado mal esas mujeres?

-Yo os ruego y os mando que me llevéis a otra casa.

-Pues a donde queráis.

Seguimos paseando y me detuve delante de una casa muy blanca y muy pequeña; salió un anciano y le pedí hospitalidad, me la negó y entonces yo le dije:

-¿Pero qué es esto? ¿nadie me quiere aquí?

-¡Nadie!

-¿Por qué?

-¿Por qué? porque os creen endiablada y embrujada, porque de noche matáis en vuestro convento a mujeres indefensas, y huís del convento con muchos diablos. El oficial me miró asombrado y yo le dije:

-Ya veis lo que es el pueblo, ya sabéis quién me protege, por curar a los enfermos, por dar abrigo a los ancianos y a los niños, por dar pan al hambriento, ¡así me acusan! ¡qué iniquidad!

El viejo me miró y conocí que estaba medio arrepentido de su negativa, tanto que me dijo:

-¿Queréis descansar un poco?-Entrad, me dijo el oficial, que no parece mal hombre; yo me quedaré fuera de centinela hasta nueva orden. Entré, me senté, que bien lo necesitaba, y el anciano se sentó junto a mí, y viendo que yo no hablaba, me dijo en tono jovial:

-Madre, no se está mal a vuestro lado, y yo que ya estoy con un pie en la sepultura, no quiero irme con la pena de haber sido injusto.

-¿Y no pensáis que pueda ser el diablo el que os da ese bienestar estando junto a mi?

-No quiero pensar en el diablo, y a propósito, mientras se levantan mis hijas, comed pan y fruta, que el pan es tierno y la fruta madura; y el pobre viejo me sirvió con paternal solicitud, y al ver que yo comía se restregó las manos de contento y me contó su vida y milagros. Era un verdadero patriarca, con una veintena de hijas y un centenar de nietos, y conforme se iban levantando los chiquillos me los iba presentando, diciéndome sus malas y buenas cualidades, hasta que me enseñó a un niño que tendría unos seis años, todo contra hecho, los pies hacia dentro, la cabeza torcida y todo su cuerpecito formando una interrogación hacia el lado izquierdo. "-¿Veis?, este pobrecito tiene una cruz, nació bien, pero se cayó de un ribazo, dio contra una piedras y se quedó tal como lo veis." Estamos esperando a un pastor que arregla los huesos, a ver si le cura.

-¿Y si se curara antes? ¿y si yo le curara?

-¿Vos...?

-Yo, o sea el diablo.

-No os burléis, madre, que burlarse del dolor no es cristiano.

-Yo no me burlo.

-Pues si le curáis, yo diré que sois una santa, porque el diablo no hace buenas obras.

Cogí al niño y le dije:

-¿Eres bueno?

-Si.

-¿Quieres ser más bueno?

-Si.

-¿Quieres correr?

-Si, madre; curadme.

-¿Por qué me dices madre?

-Porque mi ángel me dice: que te cure tu madre.

-Curadle por Dios, replicó el anciano, mi nieto no miente, muchas veces me ha dicho que de noche habla con su ángel.

Cogí al niño entre mis brazos, miré su carita triste y macilenta y vi en sus ojos algo que me conmovió profundamente, fui tocando dulcemente su cuerpecito, en particular el lado más imperfecto, y según me fueron inspirando, le di pases magnéticos, apliqué mis manos sobre su cabeza torcida, sobre su cuello que parecía que iba a romperse, empleé cuantos medios me parecieron útiles, y el niño a cada momento me decía:

-Madre, me ponéis bueno; lo coloqué sobre mis rodillas, lo estreché contra mí corazón, cubrí su carita de apasionados huesos. Comprendí que aquel ser había vivido en mis entrañas. ¿Cuándo? ¿en qué fecha? ¡qué importa la fecha! encontraba a un pedazo de mi alma que me estaba esperando, su ángel se lo había dicho, *que te cure tu madre* ¡y le cure!; el niño al verse derecho tuvo miedo de andar, pero yo le dije:

-¡Anda, hijo mío! y el niño anduvo y el anciano quiso arrodillarse ante mi, yo no se lo permití, estreché sus callosas manos con la mejor voluntad y él me dijo solemnemente: Madre, con vos no va el diablo; me iré a la tumba tranquilo porque habéis salvado a mi nieto más querido, ¡es tan bueno! ¡era justo que a un ángel lo curara una Santa!

CAPÍTULO CIX

El anciano aquel, procuré contenerle en sus entusiasmos y le dije:

-Vos sois digno de respeto y de consideración, porque habéis sido cariñoso padre y abuelo amantísimo; queréis entrar en el reino de Dios, y el reino de Dios lo lleváis en vuestra conciencia; porque habéis empleado una existencia de amar a vuestros semejantes con alma, vida y corazón; y quien da a los demás todo el cariño que le alienta, está en gracia de Dios. El anciano estaba loco de alegría, miraba a su nieto vuelto a la vida, y reía y lloraba a la vez; yo le dije:

-Procurad que este hecho no tenga resonancia.

-Yo nada diré, madre, si así lo queréis, pero el niño corriendo por la calle lo dirá todo; el hecho es tan maravilloso, madre, que no hay que alabarlo; el sólo se alaba.

Cuando salí de aquel pueblo, todos me señalaban con el dedo, unos decían:-¡Es una Santa! otros gritaban:-Es una embaucadora, tiene cara de embrujada; y yo decía entre mi: ¡Dios mío! ¿qué he recordado al curar a ese niño? no lo sé; pero ese niño ha dicho algo muy trascendental a mi alma. ¡Cuánto me ha impresionado la curación de ese niño! ¿Cuándo le llevé en mis entrañas? ¿cuándo sus labios buscaron en mi seno las fuentes de la vida? que yo le he tenido entre mis brazos, hace mucho tiempo, no me cabe la menor duda; el amor materno no se extingue jamás; la curación de ese niño me ha causado más júbilo que todas mis

curaciones juntas. Noté que íbamos muy deprisa y le pregunté al segundo jefe de mi escolta si había peligro.

-Peligro, no; contestó el oficial, pero hay que aprovechar el tiempo para no pernoctar en el camino.

-¿Y el oficial herido? ¿cómo no le colocaron en mi coche?

-Para no molestaros tanto; la herida se le ha cerrado, pero tiene un dolor interno que le vuelve loco.

-¿No haremos ninguna parada?

-Sí; una muy breve para tomar un bocado.

-Pues entonces quiero ver al herido.

-El también lo desea, porque sufre mucho.

El sufrimiento de aquel pobre joven, me contrarió sobremanera, pues yo creía que ya estaba curado, y entonces me acusé de vanidosa, por creerme una potencia de primer orden, me arrepentí de mi locura y dije: ¡Qué pequeña soy! mi vanidad me persigue como un demonio tentador; vuelvo a mi convento y allí está la sombra de una mujer que murió por mi intolerancia. ¡Dios mío! ¿cómo continuaré mi existencia? ¿emplearé mejor mi tiempo? Por clemencia divina no voy a la hoguera, ni me han atormentado cruelmente; ¿qué haré, Dios mío, para engrandecerme y demostrarte mi gratitud? ¿Soy religiosa? sí, lo soy; pues quiero hacerme digna de mi religión y de ¡El! del Amor de mis amores, del sabio de los sabios, del bueno de los buenos, del grande de los grandes.

Hicimos parada, y acto continuo visité al oficial herido, que estaba colocado en una camilla improvisada; en cuanto me vio, quiso incorporarse, pero no pudo; se alegró mucho de verme, y yo sin perder momento apoyé mi diestra en su frente ordenándole que se incorporara y se sentara, pero no me pudo obedecer, lanzó un grito agudísimo al quererse, mover, le dije entonces:

-¡Duerme! y se durmió instantáneamente; entonces procedí a curarle, le levanté el apósito y vi que la herida estaba cerrada, es decir, a medio cerrar, y sus bordes estaban irritadísimos; coloqué mis manos suavemente sobre el sitio lastimado, y pronto se tiñeron de sangre negruzca; al verme con aquellas manchas murmuré con tristeza: "-Esta es la mancha de mi crimen." ¡Pobrecito! él expuso su vida por mí; ¡Dios mío! permíteme que le devuelva lo que por mi perdió. Seguí limpiándole la herida, y terminado mi trabajo le dije: ¡Despierta! se despenó el herido y respiró con entera libertad, sin sentir el más leve dolor, se sentó rápidamente, diciéndome con el mayor asombro:

-¡Madre! ¿qué habéis hecho conmigo? estoy bueno; ¿qué habéis hecho, madre? no sois para mí la madre religiosa, sois la madre de mi alma ¡qué alegría! me siento tan fuerte que podré ir a caballo.

-No, hijo mío; irás conmigo en el coche, del cual no debías haber salido.

-Por mi gusto no salí, madre mía.

Subimos al coche y hablamos largo y tendido, llegamos a mi ciudad natal y pedí pasar la noche entre mi familia, la que me dio muestras de su cariño y de su gratitud; en particular mi sobrino mayor, que me abrazó con verdadero delirio.

Durante aquella noche, pensé en todos los accidentes de mi agitada vida; y muy en especial, en la coronación que me hizo mi sobrina, extrañándome mucho no oír su agradable vocecita; la evoqué y me dijo una voz: "-No seas caprichosa, tu

sobrina te hablará cuando sea necesario, no cuando tú por pasatiempo la llames." Agradecí la lección que me dieron, y seguí pensando en cuanto me rodeaba. Me despedí de la casa de mis mayores, creyendo que no la visitaría más, y a la mañana siguiente, me despedí de todos mis deudos, rogándoles a todos ellos, que no vinieran a verme, porque quería consagrarme por completo a la vida del claustro.

Mi sobrino mayor puso mala cara con mi determinación y me dijo: " -Tía mía, si llegáis a estar en peligro, yo echaré abajo las puertas del convento, y las del mismo cielo si allí peligrarais."

-Dame un abrazo, hijo mío; y adiós, adiós hasta que nos encontremos en un paraje donde no hay reclusiones ni para las almas, ni para los cuerpos.

-Llegamos a mi convento y las religiosas me recibieron con profundo respeto, pero el respeto no es el cariño, y comprendí que mi llegada las contrariaba mucho. Entré en mi celda y no encontré a faltar nada en nada; saludé a mis *flores del cielo* diciéndolas jovialmente:

-Ya estoy aquí.

-Te esperábamos; dijo una de ellas.

Salí después, y hablé con los oficiales, diciéndoles que estaba muy agradecida al Rey, y a ellos, y a la demás gente que me había escoltado.

-Madre, dijo el primer oficial, tenemos orden del Rey de acuartelarnos cerca de aquí y de dar guardia al convento, para mayor tranquilidad del Rey y de vos.

Me sorprendió tal medida, pero viniendo del Rey acaté su voluntad, y me paseé por todo el convento hablando las monjas, las que todas me contestaron con marcada frialdad; quise observar a la monja que me había jurado dar la vida por mí, y ésta me dijo con rodeos:

-Madre, aquí hay honda perturbación, estoy contenta de vuestra vuelta, a ver si lográis tranquilizar los ánimos.

-Yo seré con vosotras lo que no he sido antes, seré una verdadera religiosa, y quiero que me rodee la justicia y la verdad.

-Gracias, madre, no somos malas, somos fanáticas, hemos creído que estáis entre Dios y el diablo, porque hemos visto en torno vuestro cosas horribles; pero si estáis entre nosotras, nos creceremos felices; desde aquel día fui pulsando el gran cuerpo de la comunidad, y me enteré minuciosamente cómo se trataba a los ancianos y a los niños, y todos a una me decían: "-Madre, se conoce que os acompaña el alma de Sor Angélica, sois tan buena como ella." Esto me consolaba, mi espíritu se fortalecía, mi cuerpo no; éste se debilitaba lentamente, pero estaba contenta de mi misma, y reconocía, aunque tarde, que yo me había buscado todos mis males y todas mis luchas, porque viviendo como las demás monjas, nadie se ocupaba de mí, ni para bueno, ni para malo; pero es indudable que cada cuál sigue escribiendo su historia y yo seguí escribiendo la mía, continuando lo que ya tenía comenzado.

Cuando más tranquila estaba, recibí la visita del primer oficial que guardaba las cercanías del convento, y me dijo:

-Tenemos relevo, y las nuevas fuerzas han traído este pliego: lo abrí y en él me decían que pronto vendría la segunda Superiora, que era una monja recién profesada.

-Madre, me dijo el oficial, me voy muy contento de vos, porque si bien recibí

una herida en el cuerpo, habéis curado mi cuerpo y mi alma; y tanto os quiero, madre mía, tanto, que esta noche, temeroso de que os viniera encima una nueva desgracia, abrí el sobre de ese pliego para conjurarla si era posible, sin que vos tuvierais conocimiento de ello: perdonadme, madre mía, en gracia de mi buena voluntad; me voy tranquilo porque veo que es el mismo Rey el que os envía un abrazo fuerte para ayudaros. Pasados algunos días, llegó la Segunda Superiora acompañada de otras monjas; las recibí y las atendí como era debido: me pareció reconocer a la segunda Superiora, ¿dónde la había visto? debería ser muchos años atrás, y eso no era posible, porque Sor Angélica era muy joven. Cuando nos quedamos solas le di posesión de su celda. Águeda entró en ella sin fijarse en su nueva habitación, lo único que me dijo con bastante sequedad, que deseaba quedarse sola, porque el cansancio la rendía. Me hirió su tono desabrido, ella lo conoció y me dijo con más dulzura:

-Madre, estoy muy emocionada, vos que habéis sufrido mucho, comprenderéis que necesito reposo para el cuerpo y para el alma.

¿Cómo sabía ella que yo había sufrido mucho? Al día siguiente, comencé una nueva lucha con el capellán del convento, que me acusó de no cumplir con las ceremonias de la Iglesia, puesto que en ninguna misa estaba, como era debido, todo el tiempo que aquélla duraba.

-¿Qué queréis? será el diablo que no me deja.

-Yo no digo tal cosa, aunque todo pudiera ser.

-Pues no olvidéis que soy la Superiora que ordena y manda, y vos no tenéis más recurso que obedecer. Aquí quiero que se haga el bien, y el bien es la mejor oración que pueden elevar las religiosas a Dios. El capellán murmuró algunos latinajos y se fue refunfuñando de mi impiedad.

Viendo que Águeda no acudía al Refectorio, fui a buscarla y me recibió muy bien; me contó que hacía pocos días que había profesado; me aseguró que me obedecería en todo y por todo, por lo cual me puse muy contenta. Pasamos al Refectorio, y allí todas las monjas miraron a Águeda con marcada curiosidad.

Empleé el día en enseñarle todas las dependencias del convento, y al ver el departamento ocupado por los ancianos, Águeda dio muestra de gran satisfacción; visitamos después a los niños, éstos agasajaron mucho a mi nueva compañera y Águeda me dijo:

-Aquí no hay ociosidad, ¡cuánto me alegro! aquí se puede trabajar en bien de la comunidad.

Seguimos visitando el convento y llegamos al aposento donde murió aquella infeliz, y yo temiendo que hubiera mala atmósfera en aquel recinto, entré primero, suplicando a Águeda que se esperase en el corredor. Entré yo, y abrí la ventana, llamándola entonces; a ella le chocó lo que yo hice, y me dijo:

-¿Es ésta la mansión del castigo?

-Aquí no se castiga a nadie; y como yo no sabia mentir se lo conté todo a mi nueva compañera. Mucho la sorprendió mi relato, salimos, y ella quiso volver a entrar, lo miró todo, palideció visiblemente, miró a un rincón con mucha fijeza y me dijo:

-Madre, ¡qué plan tan vasto tenían...! de buena os habéis librado. Noté que ella tenía algo particular en los ojos, despedían rayos de luz y la dije:

-¿Qué tenéis?

-Callad, madre y dejadme, que con mucha frecuencia me quedo en un estado incomprensible.

Pasaron muchos días y Águeda se impuso a la comunidad; sabía mandar, yo nunca supe mandar ni hacerme obedecer; en cambio ella tenía una gracia especial; mandaba siempre y todas se apresuraban a cumplir sus órdenes, la llegaron a querer, y yo me alegré mucho de haber hecho tan buena adquisición. Ya podía morir tranquila, dejaba en mi lugar a una mujer que valía mucho más que yo.

Una mañana me pidió un religioso una entrevista, y ya me puse en guardia temiendo nuevos disgustos. Entró un hombrecito enclenque y consumido, con las manos cruzadas en el pecho, mirando al suelo y con voz muy queda me dijo:

-Madre, vengo a daros una mala noticia.

-Ya estoy acostumbrada a todo.

-No, no es para mortificaros ni encarcelaros, es para deciros que un hombre, al que habéis querido mucho, está muy malo, en peligro de muerte, y os pide la salud.

-¿Y qué puedo yo hacer?

-Curarle, ¡es tan bueno...! dice que si vos queréis se curará.

-¿Pero quién es ese hombre?

-¿No lo adiviná is? torpe estáis, y pronunció el nombre de mi enemigo el sacerdote.

-Decidle que haré cuanto pueda por él, salir de aquí no puedo, eso no.

-Si que podréis salir.

Se fue el religioso y perdí la calma, pensé que él se moría y quise salvarle a toda costa; ¿pero de qué modo? ¿de qué manera? oí voces, ruidos, carcajadas, lamentos, maldiciones, ¡qué sé yo lo que oí!; pero mientras los seres invisibles se empeñaban en distraerme, yo con más firmeza y más decisión pensaba en ir a verle. "¿No puedo salir? pues si saldré; ¿sola? sola no puedo ir." Luego pensé en salir por la puertecilla de la que había hecho uso mi enemiga, y esperé a la noche, pero no conté con los perros que ladraron desaforadamente al sentir mis pasos; tuve que retroceder, y pensé que al salir encontraría a los centinelas. Pasé la noche luchando, no me acosté, hasta que al amanecer me fui a ver al oficial de guardia y le dije:

-Tengo que pediros un favor.

-¿Favor? no madre, quien puede mandar no tiene necesidad de pedir, ordenad y obedeceré.

-Pues preparaos para acompañarme, que he de visitar a un moribundo. Hablé luego con Águeda y ésta se sorprendió mucho de mi salida, pero luego dijo:

-Si vais a practicar el bien, el bien es útil en todas partes. Salí, y me conmoví mucho; me parecía que todos los que encontraba me decían:

-Corre, vuela; vuela a buscar al Amor de tus amores. Yo corrí, corrí tanto, que mi acompañante tuvo que correr también; llegué a la mansión de mi enemigo, que era una magnifica casa solariega, pero triste y sombría; el hombrecillo que fue a buscarme parecía que me esperaba; yo sin haber estado en aquella casa, adiviné dónde estaba el enfermo y entré en su habitación temblando como una azogada. Oí débiles lamentos y corrí hacia el lecho del moribundo; estaba desconocido, era un esqueleto de color verdoso, ahogué un grito de angustia y le dije:

-Me habéis llamado y aquí me tenéis.

-Que Dios os lo premie; con que vos me miréis ya tendré bastante.

Me serené algún tanto y miré al enfermo para hacerme cargo de la situación, pero mientras más lo miraba más difícil veía su curación; ¡si se estaba muriendo...! Pedí agua, y colocando mi diestra dentro del jarro, dije:

-Si basta el poder de la voluntad, que lleve esta agua toda la fuerza de mi amor al ser próximo a morir y que se salve, aunque su salvación me cueste la vida. Oí entonces una voz que me dijo:

-Si le das mucha agua lo matarás, dale pequeñas dosis, muy pequeñas. Le di una cucharada de agua diciéndole:

-Bebed, que ésta es el agua de la vida.

-Sólo de vos puedo recibirla.

La bebió, y tuvo vómitos de sangre; le seguí dando todo el día cucharaditas de agua, hasta que conseguí que se le contuvieran los vómitos; al retirarme por la noche dejé al hombrecillo encargado de continuar mi obra, y al verme al oficial me dijo sonriéndose:

-Madre, sacerdotes buenos no existen; ¿por qué se apura tanto por lo que nada vale?

Le conté cuanto había hecho y él me dijo: "-Ya se salvará, un padre de familia se moriría, pero esos padres de la Ig lesia tienen mucha suerte."

Cuando me vi en mi celda di gracias a Dios, diciendo: ¡Dios mío! estoy contenta de mi proceder. ¡Le quiero tanto...! no quiero su cuerpo, no; le quiero por su talento, le quiero por su sabiduría, cuándo me miró ¡cuánto habló con sus ojos...! Al día siguiente volvió el religioso diciéndome que el agua ya se había concluido, que el enfermo estaba mejor, y que volviera para arreglar más agua. Volví y me dijo el enfermo:

-Os debo la vida.

-Más de una vez me la debéis.

-¿Cómo?

-Cada vez que os he dormido, porque al no despertaros a tiempo hubierais despertado en el espacio.

-Luego, con vos tengo una cuenta pendiente.

-Si; la tenéis; y me senté junto a su lecho diciéndome:

-Dejadme veneraros, dejadme contemplaros, ¡os quiero tanto...!

-Bueno, os concedo que me curéis, pero no que me mortifiquéis.

¡Cuánto me hirieron sus palabras! arreglé el agua y vi que de ésta brotaban partículas luminosas, de diversos colores, le di una toma y él me dijo:

-¡Me dais la vida!

-El médico ha terminado su trabajo.

-¿Ya no volveréis más?

-No; cuando estéis mejor os enviaré otra agua, y luego, id a la fuente milagrosa, a la fuente de la vida y allí encontraréis por completo la salud. Ya en el dintel de la puerta me dijo él:

-Venid; y corrí como una chiquilla que acude gozosa al llamamiento de su padre y él me dijo:

-Os admiro... ¡y nada más! ¿por qué irán unidos nuestros destinos...? ¿por

qué... os admiro... ¡y nada más!? Al salir, me dijo el oficial:

-Madre, estáis triste.

-Al contrario, he salvado al enfermo.

-Lo creo; pero al salvarle, pensáis en las nuevas mortificaciones que os dará.

CAPÍTULO CX

Puesta ya en mi estancia, tuve una alegría inmensa; ¿por qué sentía tanta alegría? me preguntaba a mi misma. ¿Por qué estoy alegre? ¿qué he hecho para estar tan satisfecha? He curado al hombre que más daño me ha hecho en este mundo, y al que yo idolatro; ¡qué locura! ¿Vendrá agradecido hasta mí? ¿creo que esto sea posible y por eso estoy tan contenta? No, no es eso; no me explico por qué ahora soy tan feliz, pero es el caso que lo soy. ¿Es que conservo alguna esperanza? no; su cuerpo y mi cuerpo chocan con dos cosas antitéticas. En lo corpóreo, yo le hubiera querido, lo confieso ingenuamente; pero él y las circunstancias lo han impedido. Yo le admiro y le quiero, porque su alma es más grande y más sabia que la mía. ¿Por qué mi alma sonríe? ¿es que espero que su alma comprenda a la mía? ¿me dará algún día satisfacciones? No, no las quiero; y mi felicidad, casi, casi me causaba enojos, porque ignoraba su causa. ¿Por qué estaba contenta? ¿vislumbraba que algún día su alma se enlazaría con la mía? La eternidad del tiempo concede a las almas lo que más desean. ¿Adquiriría mi alma sabiduría? sentir, siente mucho, pero del saber sé poco. ¿Llegaré algún día a discutir con los sabios? ¿seré tan grande como ellos? El alma es pequeña, si no posee las grandezas de la sabiduría, el alma es buena sintiendo. Yo quisiera sembrar de flores el mundo, saturarlas con mi sabiduría y colorearlas con mi amor. Yo necesito saber. ¿Será que mi alma huye ya de lo rutinario de una creencia? ¿Iré buscando la manera de comprenderme? ¿Será este hombre el sabio que yo sueño? ¿Será este hombre el gran sabio de mañana? El sabe profundizar, ¡alcanza tanto! No con sus palabras, y eso que él posee la elocuencia, desarrolla sus pensamientos admirablemente, yo adivino en él lo que no ven los demás; quizá por eso le quiero tanto, le quiero... cada día más; y este amor ¡es inmenso! olvido sus ofensas... y sólo pienso en amarle. ¿Dónde irá él. Yo nunca le olvidaré, y dondequiera que me llame yo acudiré a su voz.

Me llamaron y me reuní con la comunidad; observé que las monjas estaban muy contentas, y mi segunda me dijo que las religiosas me echaban mucho de menos, de lo que me alegré sobremanera, pues mi solo deseo era ser amada. Concluida la comida, propuse a mi compañera que paseáramos un rato por el huerto.

-Más tarde, madre, me dijo Águeda, que aun tengo mucho que hacer.

-¿Puedo ir yo con vos?

-Con ello cumpliréis un deber; y os advierto, madre, que los asilados necesitan una corrección. He observado que hay quien abusa, que el fuerte humilla al débil. He preguntado a unos y a otros, todos callan, pero su silencio no quita el peligro de la tempestad.

-Vuestro trabajo es muy útil y os felicito por ello; ¿y qué habéis hecho para conjurar la tormenta?

-He castigado a dos niños y a seis ancianos.

-¿Castigados?

-Si, aislados los unos de los otros.

-¿Y qué se conseguirá?

-Ya lo veréis; el tiempo os demostrará que no he obrado mal. Los castigados me han pedido perdón por su falta. Vos preguntadles ahora por qué paseaban, haced uso de vuestra autoridad, que un establecimiento benéfico sin buena dirección, es obra muerta.

-Veo que sois vos la verdadera superiora.

-No, madre; vos sois el poder moderador, y yo la ley que impone la pena. Yo os quiero con el alma, y porque os quiero, quiero la buena marcha en este Asilo. No lo olvidéis, madre, suelen ser los pobres desagradecidos, y no aprecian los beneficios que reciben, porque prestan toda su atención a buscar los defectos de sus bienhechores y a publicarlos a son de trompeta, que la gratitud es la carga más pesada para la humanidad.

Pasamos revista a los Asilos, y todo lo encontré en el mejor orden, no así mi compañera; ésta riñó a una anciana por su falta de aseo, y la pobre viejecita se me quejó con amargura de tanta severidad. Águeda también se arrepintió y hasta lloró lamentando su sequedad, pero... no daba más de si. Visitamos las estancias de los niños, y a éstos los encontré muy serios, no estaban tan alegres como cuando vivía Angélica. Águeda era una mujer muy severa. Al fin, con gran contento por mi parte, terminamos la visita y nos fuimos al huerto y allí le dije a mi compañera:

-Los asilados os temen.

-Ya lo sé, madre, y no me importa que os amen a vos y que me teman a mí. Yo soy así; mi padre era militar y me enseñó la ordenanza en toda regla, me educó como a mis hermanos; él decía que la bondad hacia muy *buenas migas* con la severidad; mi madre era un alma llena de amor, pero obediente a la voluntad de su esposo, también inculcó en mí los principios de mi padre, que tenía fama de ordenancista; y yo criada en medio del mayor orden, sentí la vocación de mandar, pero no a un reducido número de individuos, no; deseaba tener mucha gente a mis órdenes, y la muerte de mis padres me impulsó a ser religiosa y lo soy de corazón. Enlazó mi sentimiento al buen régimen, y he venido cerca de vos muy contenta; para que me enseñéis a ser buena; que quiero ser hoy más buena que ayer, y mañana más buena que hoy.

Águeda tenía para mí el don de la atracción, su alma me atraía, era aquella mujer un carácter, había en ella el rigor de la justicia atemperado por el mejor deseo de ser útil a la humanidad, hablé con ella largamente, y la pedí que diera libertad a sus presos y los hiciera pasar a mi celda. Cuando me vi sola en mi estancia, recordé cuanto había hablado con Águeda y reconocí cuánto valía, pensé en mi enemigo el sacerdote y murmuré: "-¿Si conocerá a mi compañera? ¿si estará también enamorado de ésta? porque no hay duda que es una mujer hermosa, no es angelical su belleza como lo era la de Angélica, pero tiene todos los atractivos que seducen y encadenan.

Entraron después los ancianos castigados, y Águeda tenía razón no se reflejaban en ellos las mejores intenciones; les di buenos consejos y creo que me escucharon como quien oye llover. Los niños entraron después, y se abrazaron a

mis rodillas; en sus caritas se adivinaba algo bueno, aun la miseria y los desengaños no los habían envilecido; ¡qué hermosos son los niños...! los acaricié y se fueron alegres y satisfechos, y poco después Águeda me pidió permiso para entrar, como su compañía me era muy grata, traté de retenerla a mi lado un largo rato, y le fui enseñando cuanto contenía mi celda; al mirar las *flores del cielo* se sorprendió, y me preguntó de dónde las habían traído.

-Ellas vinieron solas, y ellas mismas se han dado el nombre *de flores del cielo.*

-*Será* que alguien las habrá cogido en alguna tumba o en la cumbre de una montaña y por estar cerca del cielo, les habrán dado tal nombre.

Comprendí que cuanto yo le dijera sería inútil; Águeda era buena y entendida, pero no era espiritual como Angélica, que estaba más *allá* que *aquí:* en cambio Águeda no pensaba más que en lo de aquí, y estaba enamorada de su cargo de segunda Superiora, que lo desempeñaba a las mil maravillas, pensando siempre en cuanto la rodeaba; tanto es así que me dijo: "-Madre, ya os diré los planes que tengo; haremos grandes funciones religiosas, en las cuales los niños representarán un gran papel."

Esto ya no me gustó; yo no quería que los niños se acostumbraran a canturrear en la Iglesia, quería que se educaran y se instruyeran, no que tomaran la religión como un medio de vivir sin trabajar. Cuando más entregada estaba a mis reflexiones, después de haberse despedido Águeda, me dijo una *flor del cielo:*

-No te preocupes por tu compañera, ya le hablaremos a su debido tiempo.

-¿Hablaréis con ella?

-Si; hablaremos con ella y con toda la Comunidad.

-¡Ay! ¡flores de mi alma! comprendo que no *son flores,* sino que sois almas que veláis por mí, y os presentáis en la forma más hermosa y más poética; aunque tarde, comprendo lo que valéis.

-Si ahora comienzas a reconocer la verdad, y por cierto que bastante tiempo te ha costado; tu niñez te ha durado casi toda la vida.

-Entonces... ¿me moriré pronto?

-¿Ves? ya saliste de la seriedad, para caer de nuevo en la tontería, mereces un correctivo. Por hoy hemos concluido.

Pasaron días y días y Águeda se fue apoderando de mi voluntad, me hacía estar con ella en la Iglesia, y allí escuchaba los cantos de los niños, que algunos parecían ángeles, y cuanto mejor lo hacían, me producían más tristeza las voces de aquellos inocentes.

Águeda me tenía tan atareada siempre que no me daba cuenta del tiempo que transcurría; una mañana recordé a mi enemigo el sacerdote y dije: ¿Qué será de él? ¡qué ingrato...! no ha venido siquiera a darme las gracias; y en aquel momento entró Águeda diciéndome:

-Madre, un sacerdote muy arrogante, al parque venerable, pregunta por vos, es una alta dignidad eclesiástica, bien se conoce.

-¿Le conocéis vos?

-No, madre, no le conozco, ¿es quizá vuestro confesor?

-No; es un antiguo amigo de mi familia, que pase.

Entró el sacerdote y lo encontré muy bueno: había resucitado, y lo había

hecho con ventaja; me saludó muy ceremoniosamente y yo le dije:

-¡Qué grave estáis!

-Grave, no; triste, si; y lanzó una mirada al sitio donde había estado el lecho de Angélica ahogando un suspiro.

-¿Seguís enamorado?

-No os riáis de mis amores, y hablemos de esta *Casa* religiosa, porque vos nunca habéis sabido mandar, ni vuestra Comunidad ha estado dispuesta a obedecer; ahora es cuando se empieza a obrar en justicia.

-Es muy cierto que la segunda Superiora sabe cumplir con su obligación, pero nunca ha faltado aquí el amor y la piedad.

-¿Sabéis que he estado en la fuente milagrosa?

-¿Y habéis bebido mucha agua?

-Si, he bebido bastante; y a propósito: ¿Por qué la llamáis la fuente milagrosa?

-¡Qué desmemoriado estáis! ¿acaso no fuisteis vos quien le dio tal nombre?

-Es verdad; ahora lo recuerdo todo, y por cierto, que el guarda de aquel paraje os quiere con la mayor veneración, pero a quien adoraba era a Angélica; dice que todo ha muerto para él, después de la muerte de ella.

-¡Pobrecito...! ¡quién sabe si se encontrarán sus almas!

-Todo pudiera ser, porque él adora su memoria.

-Antes que os marchéis, decidme qué opináis de la muerte de aquella mujer. ¿Me creéis culpable?

-No lo sé; sois un pozo sin fondo, sois un enigma en acción; sois muy buena, y sin embargo, hay algo en vos que repele, que os forma el vacío; si el cielo y el infierno estuvieran muy cerca el uno del otro, se diría que vos estáis entre esas dos mansiones y que sois ángel y demonio a la vez. Yo tengo la denuncia de vuestro crimen, escrita por un testigo que todo lo oyó, y yo guardo esa denuncia. Si la hubiera presentado ¡ay de vos...!

-¿Y por qué guardáis esa acusación hecha por un miserable impostor?

-Porque siempre es bueno tener armas de que hacer uso cuando llega la ocasión. Yo creo que al entrar allí visteis vuestra historia que os hace más religiosa y más fanática de lo que sois en realidad; despechada sin duda, tratasteis de mataros con ella, incendiándolo todo para que desapareciera el manuscrito, mas luego tuvisteis miedo, abristeis la ventana, y ella murió porque no se pudo mover, ya que la teníais atada con vuestra voluntad: éste es el hecho, y no repliquéis más. Luego me sentí morir, os llamé, y acudisteis con buena voluntad, me disteis lo que no sabéis y me curé; esto me obliga a estaros agradecido, pero no quiero en manera alguna que cuando yo venga aquí, me mortifiquéis con alusiones y palabras de doble y triple sentido; convenceos que nunca nos entenderemos. En cuanto a vuestra historia, la conocerá el mundo tal como la Iglesia quiera, pertenecéis en cuerpo y en alma a la Iglesia Romana, la Iglesia necesita figuras sobresalientes, vos seréis una santa que dará honra y provecho a nuestra Iglesia.

-Es que yo no quiero la santidad que me dé esa Iglesia, porque santos no existen ni han existido jamás. Yo adoro a Jesús, pero yo no adoro al Jesús crucificado, yo adoro a Jesús consolando a los pobres, curando a los enfermos, dando vida a los pueblos con su divina palabra. Yo pregunto a las flores, a las aves,

a los árboles, a los ríos, dónde está Dios, y todo me dice: que Dios está en TODO, y que Dios no puede ser crucificado ni personalizado en ningún hombre; por eso yo no me abrazo a la cruz del martirio de Jesús, que no es su martirio lo que me hace adorarle, es su ciencia, es su amor, es su progreso, yo conozco a Jesús antes de ahora; por eso abomino de esa historia que me convertirá en ilusa fanática abrazada a una cruz ensangrentada; a Jesús para verle grande no hay que buscarle entre el populacho muriendo como un asesino. El es más grande que todo cuanto pueden haber inventado para engrandecerle.

-Calmaos, calmaos, yo me retiro agradecido de cuanto habéis hecho por mí, poco os visitaré de hoy en adelante.

-Lo siento.

-No mintáis.

-No miento, me atraéis.

-Sois incorregible en vuestros amores.

-Vos también lo sois, vos también sois incorregible en ellos.

-Es verdad; los miramos allá... allá... ¡muy lejos! ¡Qué Iglesia, qué religión y qué religiosos nosotros...!

-Tenéis razón, pero no es nuestra la culpa, la tiene la religión, que embrutece a sus sacerdotes, y hace de los hombres, seres viciosos, repugnantes, sodomitas; y de las mujeres, pobres histéricas, madres avergonzantes y criminales que ahogan al nacer el fruto de sus deseos. Si hubiéramos sido libres, vos hubierais sido un grande hombre, hubierais hecho a una mujer dichosa, y yo hubiera sido una mujer digna y buena, una madre modelo, hubiera vivido, que siendo religiosa, no he conocido de la vida más que el sufrimiento.

-Tranquilizaos, tranquilizaos; advierto que estáis muy bien guardada.

-¿No lo habéis pedido vos?

-Yo nunca pido el auxilio de la fuerza armada; me voy y os diré en conclusión que os encuentro más elocuente que antes.

-Algo se me habrá pegado de vos.

-Entonces conviene que nos veamos más a menudo.

-Si, si; venid con más frecuencia.

Cuando se fue murmuré: ¿Me llegará a querer un día? ¡Ay! si me quisiera un poquito ¡qué feliz sería yo...!

En esto llegó Águeda, y yo la dije: "-os advierto, que en uso de mi derecho y de mi deber, he estado escuchando cuanto habéis hablado con ese sacerdote; vamos al Refectorio y después os diré por qué he escuchado vuestra conversación."

Mucho me contrarió lo hecho por mi compañera: ¿qué veía yo en el fondo de aquel espionaje? no lo sé, pero mi alma se sublevaba ante medios tan ruines, tan despreciables, ¿cabían dentro de la religión procedimientos tan miserables? Si, cabían: la Inquisición ordenaba que el padre expiara a sus hijos y éstos a su padre, la delación mutua mantenía el fuego de las hogueras inquisitoriales, y todas aquellas infamias y traiciones se cometían ¡en nombre de Dios!

CAPÍTULO CXI

En el transcurso de una existencia, y cuando ya los años abruman con su peso, una traición produce muy mal efecto, por eso, aquel espionaje me impresionó

dolorosamente. Un espíritu que espía no puede ser bueno; y tanto me indigné contra mi segunda, que la dije muy severamente:

-Pues habéis hecho muy mal, y que sea ésta la última vez que cometáis una acción tan indigna y tan miserable, ni conmigo ni con nadie bajo ningún pretexto.

-Ya os he dicho, madre, que después del Refectorio os diré por qué he escuchado vuestra conversación con ese sacerdote, y cuando tan franca he sido, comprenderéis que no tengo mala intención.

Después de la comida me dijo así:

-Madre, que me creáis o no, he tomado tan a pecho el destino que el Rey me ha dado cerca de vos, interesándome vivamente por la conservación de vuestra vida, creí muy natural y muy lógico, escuchar lo que os decía ese sacerdote para saber a ciencia cierta qué terreno pisaba, que para descubrir verdades no hay nada mejor que estudiar en la sombra; además; yo desde niña estoy tan acostumbrada al espionaje, que espiando he crecido. En el convento donde me eduqué, desde muy pequeña me enseñaron a sorprender secretos. Todas las educandas hacíamos lo mismo, y en las horas de asueto, cuando nos reuníamos para jugar, las unas a las otras nos contábamos cuanto habíamos oído; y luego las maestras se encargaban de preguntamos lo que más interesaba, y así sabían los menores pensamientos de las educandas y de las religiosas.

-¡Cuánta miseria de miras...! ¡cuánto envilecimiento en la conciencia!

-Será todo lo que vos queráis, pero así me educaron y así he seguido; mas ya que vos no lo queréis, dejaré de espiar, y en nombre de Jesús os digo que no ha sido mi ánimo ofenderos, dadme vuestra mano y... perdonadme. ¿Me perdonáis...?

-Sólo Dios perdona, y sólo me resta deciros que no quiero espías a mi lado.

Cuando se fue Águeda respiré mejor, y examiné detenidamente las paredes de mi estancia, a ver si había rendijas o agujeros que sirvieran para facilitar el ruin trabajo de los espías. Muy atareada estaba yo inspeccionando los muros, cuando oí una voz que me dijo: "-No te detengas en pequeñeces." "-Es que no quiero que me vigilen"; y tal daño me causó la acción cometida por mi compañera que durante algunos días estuve tan asustada y tan temerosa, que hasta durmiendo sentía sobresalto y me despertaba gritando: ¿Quién hay ahí?

Águeda se fue haciendo cada día más cariñosa, y un día me dijo: "-Madre, llega la mejor época, la más bella del año, la estación de las flores, y deseo que hagamos un homenaje a la Virgen María." Los niños han aprendido un cántico.

-Ya lo sé; los he oído, sólo hay una dificultad, y es que el canto de los niños es más armonioso en el campo, porque les hacen coro los pájaros; en cambio en el templo los niños se asustan y su canto es forzado y fatigoso.

-Os concedo la razón, pero complacednos un poquito, venid a la Iglesia, que vuestra presencia se hace necesaria, después habrá dos comidas extraordinarias, y luego jugarán los niños y los ancianos, habrá danzas y juegos de cintas, y serán premiados los niños y los ancianos que formen las combinaciones más caprichosas; por la noche habrá iluminación general y cánticos en el templo; ya veréis madre, ya veréis.

La escuché con gusto, y la prometí asistir a cuanto se hiciera. Águeda me suplicó encarecidamente que estuviera con ella hasta la noche, para que yo entonara el *Ave María.* Cuando me vi sola murmuré con desaliento: ¿Y esta fiesta

es buena? ¿es útil y provechosa para los ancianos y los niños? ¿No será mayor el cansancio y el hartazgo que el placer? Pasaron muchos días, y fui languideciendo, pero languideciendo a marchas dobles; los recuerdos se aglomeraban en mi mente y exclamé con tristeza:

Otoño de la vida, ¡cómo vas compareciendo...! tras del otoño viene el invierno. ¡Flores mías! mi cuerpo languidece, y me dijo una *flor del cielo:*

-¿Y hay nada mejor que languidecer para transformarse y progresar? bueno es cambiar de forma cuando el cuerpo, como cerradura enmohecida, se niega a funcionar, en tanto que el alma, que es eterna vibración en el universo, sigue sus incesantes investigaciones, porque para el alma no existe el sueño, ni la inacción: un alma en reposo sería la negación de la vida.

-Gracias, flores mías; lo que me decís, me prueba que el alma está con Dios porque trabaja siempre. ¿Yo conozco a Dios?

-Claro está que lo conoces, porque conoces y admiras lo grande, lo bello, lo armónico, lo justo, lo sublime, lo maravilloso, por eso le conoces, porque oyes su voz que le dice:

-¡Ven, alma mía! trabaja, lucha y vence.

-¿Y tú no me dices nada?, le pregunté a otra flor, y la flor me dijo:

-Yo te doy lo que hoy da la estación, perfumes; y aspiré con fragancia tan embriagadora que me reanimé por completo; entonces me dijo otra flor:

-Estás en el otoño de la vida, es verdad; el otoño será breve; vendrá pronto el invierno, y en el invierno caen los cuerpos; caerá el tuyo, para reaparecer después con nuevas energías.

El perfume de las flores me reanimó muchísimo; llegó el día de la fiesta y la función de la Iglesia dejó mucho que desear, resultó poco agradable, porque los niños se asustaron, desafinó uno, y los demás desafinaron uno tras otro. Águeda estaba contrariadísima, yo no; porque sabía que concierto de niños y de pájaros para ser bueno, tiene que ser improvisado, porque no hay nada más desobediente que un niño y un pájaro; ¡aman tanto la libertad...!

Cuando llegó el momento de comenzarse el sermón, quise salir de la Iglesia, porque las pláticas religiosas me eran muy enojosas, ¡todos los oradores sentaban principios tan falsos! pero Águeda me suplicó que me detuviera un poquito; y mucho me sorprendí al ver a mi enemigo el sacerdote, que subía al pulpito, tan majestuoso como siempre, diciéndome mi compañera: "-Madre, sabía que este orador es el que más os gusta, por eso le he hecho venir." Miré a mi segunda a ver cuál era su intención, pero no lo pude conseguir porque sus ojos, cuando ella quería, parecían ojos de cristal que nada decían.

El orador habló muy bien sobre la grandeza de la Virgen María, y tanto, tanto se fue entusiasmando, que en el calor de la improvisación dijo que la Virgen era el ser más grande del Universo, y al oír tales palabras me levanté precipitadamente y salí del templo, no podía oír tantas mentiras religiosas, me refugié en mi estancia y allí exclamé: Si la Virgen ha existido, será una buena madre, pero no un ser superior a los demás; cuanto se diga de la Virgen en otro sentido es absurdo, es erróneo, es quitarle su santidad de Madre, que le basta a una mujer ser madre para ser santa por el sufrimiento; y los pájaros que cantaban en las copas de los árboles que rodeaban el convento, decían: Verdad, verdad y una *flor del cielo*

exclamó: Verdad, verdad; las mujeres cumpliendo con sus deberes maternales ¡qué grandes son...!

Vino luego Águeda entusiasmadísima, diciéndome:

-¡Ay madre! ¡qué buen orador! nos ha hecho llorar a todas, razón tenéis en amarle, porque es un hombre de gran talento.

-No profanéis mi espiritual sentimiento.

-No es profanación reconocer que ese hombre vale mucho y que demostráis tener un gran talento cuando le apreciáis en lo que vale y le amáis.

-¿Qué?, ¿también le amáis vos?

-Yo... yo, madre, le admiro; ¿queréis que venga siempre a predicar?

-No vendrá, es enemigo de sermonear, le gusta mucho más al escribir.

-Asistiréis a la comida ¿verdad?, presidirá la mesa el orador.

Cuando me quedé sola dije con extrañeza: No me lo explico, se queda a comer y nada me ha dicho, asiste a la fiesta religiosa y no me envía el menor aviso, siempre será el mismo: ¡ingrato...! ¡ingrato! ¡ni siquiera ha venido a verme...! y sin poderme contener me dejé caer en mi sillón, y lloré amargamente, no secándose mis ojos hasta que sentí sus pasos desde muy lejos; cuando le vi entrar le dije con la mayor ingenuidad:

-¡Gracias a Dios!

-A Dios sean dadas, por el bien que hacéis.

-Yo no hago bien alguno, yo no curo, soy un instrumento y nada más. Dios es el único que hace el bien, de Dios emanan todas nuestras alegrías.

-¿Queréis refutar mi discurso?

-Si; habéis dicho que la Virgen María era la madre de Dios, superior a todos los seres en amor, grandeza y virtud, y eso es despreciar el sacrificio de tantos mártires, de tantas madres que han visto morir a sus hijos en los cadalsos infamantes, en las batallas sangrientas, en los naufragios horribles, es renegar de la grandiosa lucha que han sostenido las generaciones.

-Tenéis razón; me arrepentí en el momento de haberlo dicho.

Tan exaltada me encontraba que ni siquiera le dije que se sentara; él se sentó, y me dijo:

-¿Os sorprende mi venida?

-No me sorprende, porque sé que tenéis aquí muy buenas relaciones.

-Pues no he venido antes, porque la última vez que estuve aquí, tuve un gran disgusto.

-¿Os lo di yo?

-No; pero recibí un gran disgusto; porque supe que nos habían espiado. Al oír estas palabras sentí una alegría inmensa, tanto que le dije:

-Os abrazaría de todo corazón.

-¡Siempre seréis chiquilla!

-Creo que mi segunda os quiere demasiado.

-No es extraño, esa mujer me conoce desde niña, tiene una historia.

Miré al sacerdote y una sospecha cruzó rápidamente entre mis pensamientos, y me figuré que entre Águeda y el sacerdote había un perfecto parecido sobre todo de perfil. El me miró y no sé qué leyó en mí que se levantó enseguida y me dijo:

-Me voy a orar.

-¿A orar...? ¿y qué se consigue orando? ¿es trabajo la oración?

-Es que orando se piensa, y del pensamiento nacen todas las actividades.

Nos reunimos después en el Refectorio y la comida fue una verdadera fiesta infantil; los niños jugaron cuanto quisieron, saltaron, corrieron, gritaron, y yo decía:

"-Así serán las fiestas de la familia; ¡qué hermoso es esto...!"

Las fiestas de la tarde fueron deliciosas, sólo un niño jorobadito se cayó y se hizo bastante daño, pero era tan sufrido y tan filósofo, que dijo sentenciosamente: Entre tantos que gozan, uno solo que llore es poca cosa; que reine la alegría y tomaré de ella toda la parte que pueda; y haciéndose superior a su dolor cantó y gritó como los demás.

La cena fue muy alegre, todos estaban contentos, viejos y niños: la iluminación fue espléndida y Águeda no cabía en si de gozo, porque todo aquel regocijo era obra suya y tan bien ordenada, que no hubo el menor desmán, y eso que los manjares y los vinos abundaron; hay que confesar que Águeda era una gran mujer por su disposición, por su actividad, y por su rectitud admirables.

Los niños, fuera de la Iglesia, cantaron con la mayor afinación y el más dulce sentimiento; llegó la conclusión de la fiesta y tuve que entonar el *Ave María,* pero esto me pareció tan frió en comparación de la emoción que yo sentía, que le dije a mi segunda:

-Un *Ave María* ¡es tan poco!

-Pues hablad, madre, que es lo que todos esperan. Esto acabó de animarme y hablé con tanto entusiasmo, que Águeda me dijo con disimulo:

-Madre, no habléis más, que no os creerán católica romana. Comprendí que mi segunda tenía razón y di la bendición en nombre de Dios a todos los que me rodeaban. Quise salir porque estaba emocionadísima y dijo Águeda:

-Esperad, madre, que aun no se ha concluido.

-Pues, ¿qué falta?

-Lo mejor; ya lo veréis.

Los niños desfilaron delante de mi tirándome besos y diciéndome muchos de ellos ¡bendita seas! una niña me presentó una corona de flores y hierbas del campo, que tenía el gran mérito de ser los niños, los que habían cogido las flores y los que habían formado la corona; como que era obra de ellos, todos se creyeron con derecho de estar cerca de mi y me rodeó un enjambre de pequeñuelos, casi todo lisiados; ¡pobrecitos! El niño que se cayó por la tarde, el jorobadito, salió de entre filas diciendo: "-Que se ponga la corona la buena madre, porque esa corona es la fiel expresión de la gratitud que sienten por ella todos los asilados."

Águeda me miró diciéndome sus ojos: "-Si te mortifiqué con mi espionaje, hoy te doy la más cumplida satisfacción." Mucho me sorprendió aquella prueba de cariño de los pequeñuelos; ¡era tan delicada y tan poética su ofrenda! florecitas del campo, ramitas de zarzas y de campanillas blancas, entrelazado todo sin gusto artístico, pero ¡era tan buena la voluntad! todos los niños me rodearon pidiéndome que me dejara coronar, cedí a sus ruegos, y dos niñas colocaron la corona sobre mis sienes queriendo afianzarla sobre mi frente; pero como en la corona había ramitas de zarzas, se conoce que no habían quitado bien las espinas, y al colocarla sobre mi frente, mientras mejor la querían poner para que no se cayera, más me

clavaban aquellas inocentes criaturas las espinas de su amorosa ofrenda; y tanto se me clavaron las espinas, que aunque yo quise ocultar mi dolor, cedió la carne flaca y lancé un grito de angustia. Águeda acudió presurosa y me vio el rostro lleno de sangre que manaba de mi frente, donde agudas espinas habían hecho brotar el licor de la vida. Con admirable presteza me quitó la espinosa corona diciendo:

-¡Ay, madre! ¡qué imprudencia han cometido estas criaturas...!

-No, hija mía; lo que ha ocurrido es un acto de justicia.

CAPÍTULO CXII

De resultas de las heridas producidas por las punzantes espinas de la corona, aunque procuré resistir y hacerme fuerte, me venció el dolor tan agudo que sentía, y me desmayé. Mucho tiempo debió durar mi desvanecimiento, porque cuando volví a la vida clareaba el alba. Mi segunda estaba a mi lado y varias religiosas rodeaban mi lecho; Águeda estaba impresionadísima, comprendí que había llorado mucho y le pregunté:

-¿Por qué habéis llorado tanto?

-Porque nunca creí que pudierais sufrir tanto por mi causa.

Sus palabras me conmovieron, la atraje a mis brazos y la dije: ¡Bendito sea tu dolor, hija mía! porque él me reconcilia contigo; si aun dudara de tu cariño, desde este instante quedarían mis dudas desvanecidas. ¡Llora, hija mía! ¡llora! hay lágrimas que regeneran al que las vierte y sacian la sed del que las ve brotar.

Águeda, reclinada en mis brazos, lloró mucho, y al fin me dijo: "-Madre, podéis estar contenta porque todos os aman, cuantos os rodean han procurado aliviaros, madre mía, todos, ¿entendéis? todos." La comprendí perfectamente y me alegré, y tanto me reanimó aquella agradabilísima noticia, que hasta quise levantarme, pero Águeda no lo consintió y yo en realidad tampoco podía levantar la cabeza de la almohada porque sentía en el cráneo dolorosas punzadas. Ya muy entrado el día se presentó el médico del convento, y su visita me sorprendió bastante, pero como era hombre de talento, supo motivar su visita haciendo entrar en juego la casualidad; entró Águeda y disimuló perfectamente que estuviera en inteligencia con el médico; éste me aconsejó con la mayor naturalidad que no tuviera prisa en levantarme porque al fin y al cabo, los pinchazos que había recibido eran tan hondos y como hay zarzas que suelen ser venenosas, bueno era observar sin impacientarse los dolores que me torturaban la cabeza.

Me dejé convencer muy fácilmente, porque en realidad no podía moverme, y porque sorprendí miradas de inteligencia entre Águeda y el médico, lo que me demostró que yo estaba más enferma de lo que creía y mientras él y ella hablaban con mucho disimulo haciendo el papel que me arreglaban una medicina, yo me entregaba a mis pensamientos y decía entre mi: ¿Estaré muy mala? el cráneo me duele horriblemente. ¿Moriré pronto? quizá, y más me vale morir, porque ya nada espero y todo me cansa; ¡se vive aquí tan mal...! luchar y dar la vida por la vida ¡qué amarga verdad...! ¿Soy religiosa? No; pronuncié votos, pero... los votos no son una religión, pienso en morir y me complace morir.

El médico entretanto me miraba, miraba a mi compañera y los dos se inclinaban sobre mi lecho para verme mejor, yo entonces le dije al médico:

-¿Qué veis en mí?

-Un espíritu antes muy fuerte y ahora muy débil.

-Tenéis razón, los entusiasmos se acaban; mas no, no; no se acaban, aun quiero vivir, aun quiero sonreír y esperar.

-Si, madre; vivid, vivid; ahora tenéis quien os quiere; aquí tenéis a una mujer que es un gigante para velaros y para cuidaros sin que la rinda el cansancio; Angélica os quería mucho, pero era una sensitiva que se doblaba antes de arreciar el viento, y Águeda es una encina que desafía a todos los huracanes, y todos sus desvelos y buenos deseos son para vos.

Miré a mi compañera con avidez, y efectivamente, leí en sus ojos tanto amor que la dije: "-¡Ven a mis brazos, hija mía! ¡si tanto me quieres que Dios te bendiga!"

Cuando me vi sola, di gracias a Dios por verme tan amada y exclamé: "-¡Dios mío! la vida sin amor espanta; ¡qué bueno es ser amado! y ser querido de los íntimos, es lo mejor." Ahora si me espían será por amor; y ante certidumbre tan consoladora me puse muy contenta, y me pareció ver que todo cuanto me rodeaba se movía, y exclamé: ¡Dios mío...! un alma que no es sabia se pierde en el infinito. Yo quiero ver a Dios ¡y no le veo! y las vibraciones del espacio me dijeron: "-No corras, no te apresures, goza de lo que tienes y no quieras más." Miré después a la ventana central donde estaban las *flores del cielo y* dije:

-¡Ay! como está la ventana cerrada no puedo hablar con ellas.

-Si que podemos hablarte, dijo una flor, ¿qué nos importan los muros?

-Entonces decidme; ¿moriré pronto?

-Deja vanas preguntas; te hemos dicho que estaremos contigo y que te cubriremos de flores, porque nosotras nos multiplicaremos para darte un sudario de flores. ¿Crees que has hecho malas acciones?

-A sabiendas, no.

-Es verdad; mal ostensible no has hecho, sólo tienes un punto oscuro, sólo has echado un borrón en tu existencia, y es la muerte de aquella mujer.

Cesó la voz y todo quedó en calma, y entonces dije: Cuando las flores hablan así, me iré pronto, pero no quisiera irme aun, porque no dejo arreglados mis papeles; lo que queda es aquella historia malhadada. ¿Qué dirán de mi las comunidades religiosas? unos me llamarán la histérica, la iluminada, la endiablada; ¡si al menos me hicieran justicia...! en la desdichada religión a que pertenezco, el escándalo es su arma de combate porque lo explota; en mi religión todo es puro negocio, el vicio más desenfrenado corroe las entrañas de los religiosos; ¡qué prostitución tan espantosa reina en los conventos...! En el mío no ha reinado por misericordia divina, pero en cambio... otras malas pasiones se han agitado. Yo no quisiera que me llamaran la histérica. Yo amo a Jesús en el cielo, pero también amo a un hombre en la Tierra y lo amaré hasta mi último suspiro. Cierto que amo a Jesús, dirán que he sido su esclava, es verdad, mi alma lo ha sido, pero esto no me ha impedido sentir todas las pasiones terrenales. Si antes de morir me hicieran un poquito de justicia, ¡cuánto me alegraría...!

Tanto y tanto me entregaba a mis pensamientos, que me debilitaba de un modo alarmante; el médico me siguió visitando y un día me dijo contrariadísimo:

-¿Qué demonios tenéis en esa cabeza que no me ayudáis a curaros?

-Pues yo quiero curarme, pero me sucede que recuerdo toda mi vida... y ...

-Pues eso, eso es lo que no os conviene; pensad sólo en el porvenir.

-¿En el porvenir? no sé, no sé lo que pasa por mí, dadme algo para no pensar.

-Es que si no pensáis con el cuerpo, pensaréis con el alma y me dejaréis el cuerpo, sois una niña con el cuerpo viejo, aun podéis sonreír, los niños esperan mucho de vos; si con su corona de espinas ocultas os hirieron, esperan ser grandes para coronaros con sus pensamientos, porque todos los niños os quieren muchísimo.

-Madre, dijo Águeda, concédeme un honor.

-¿Un honor? ¿y qué honores puedo yo conceder?

-Si, madre; muchos podéis otorgar; concededme un lecho a vuestro lado, como se lo concedisteis a mi antecesora.

-Es que se lo concedí a Angélica, porque un gavilán la amenazaba; y a ti te lo concedo para que me vigiles y me espíes bien de cerca. Águeda me abrazó con tal fuerza, que casi me lastimó, y acto continuo hizo trasladar su lecho a mi celda, y lo colocó junto al mío; y desde aquel día fue mi segunda mi ángel tutelar, porque siempre se ocupaba de mi, alimentándome con tanto método, que al fin pude levantarme y sentarme en mi sillón, gracias a ella, que le daba lecciones al médico y a la Comunidad entera; distribuyó su trabajo entre muchas monjas para que los asilados estuvieran bien cuidados, y ella se consagró a mí con un celo admirable; era una perfecta enfermera, se hacía obedecer sin fatigar y si los muertos a fuerza de cuidados pudieran abandonar sus ataúdes, con una enfermera como Águeda, la resurrección de los cuerpos hubiera sido una verdad. Y yo puedo decir que gracia a ella resucité. Una mañana me dijo mi segunda:

-Vais a tener una visita.

-¿Si? ya sé quién es.

-Vendrá esta mañana, y no habrá *ecos,* madre; no los habrá.

Por toda contestación la estreché en mis brazos y la dije: "-Yo para ti no tengo secretos; me alegro de verle, porque habrá un deslinde entre los dos; si él quiere arreglará mi historia."

Águeda se desprendió de mis brazos y se fue aceleradamente; a poco sentí los pasos de mi amigo el sacerdote, mi corazón me decía que ya no era mi enemigo, y apareció en la puerta, conocí que estaba impresionado y se lo dije.

-Si; impresionado vengo, porque hasta ayer no he sabido las consecuencias de aquella dichosa fiesta; emprendí mi vuelta a la Corte aquella misma noche, y he ignorado hasta ayer la gravedad de lo ocurrido, caso que deploro y que me preocupa.

-Nunca os he visto tan amable, todos ahora me quieren, y creo que me voy a morir; tanto lo creo, que entre los dos ha de haber ahora un contrato de conciencia.

-No os fatiguéis; cesaron todas nuestras cuestiones y reyertas, que harto tiempo han durado; decidme tranquilamente qué clase de contrato queréis hacer conmigo.

-Vos habéis escrito mi historia.

-La he borroneado nada más.

-Bueno; la habéis inspirado y me habréis pintado como una mujer histérica, alucinada por mi amor a Jesús. Yo he adorado a la naturaleza y he cantado sus

maravillas, y vos habréis dicho que abrazada a un crucifijo sangriento escribí mejor dicho, recibí inspiración para mis poemas, y eso no es verdad. Yo adoro a la naturaleza porque en ella encuentro a Dios, ¡vivo! ¡palpitante! ¡hermosísimo! fuente inagotable de magnificencias infinitas, y no quiero nada con los cadalsos y el hombre-Dios descoyuntado y sanguinolento.

-No os agitéis, no os fatiguéis, calma, calma; ¿queréis que se rompa cuanto se ha escrito?

-Si, si, yo quiero que el pueblo me conozca tal como soy.

-Como medida de salud que traigan los pliegos; y acto continuo llamó a mi segunda, y poco después cuatro monjas dejaron a mis pies muchos legajos atados con cintas azuladas y rojas. Al verlos me estremecí, y él me dijo:

-Romped cuanto queráis, pero con la condición que no leáis una sola hoja.

-Eso es imposible.

-Pues no os conviene leer, y si no, escuchadme; y leyó un pliego. Conforme iba leyendo yo me iba exaltando: ¡cuántas mentiras! ¡qué modo de presentarme...! me bastó con un pliego y le dije:

-Tenéis razón, que otros rompan esos papeles. ¡Cuánto os amo!

-Pues amadme y creedme; sé que amáis en mi, mi sabiduría, y si yo pudiera, os daría toda la ciencia que poseo, porque la sabiduría nos acerca a Dios.

-Y yo, en cambio, después de mi muerte os seguiré amando.

-¿Después de muerta aun me perseguiréis? y palideció visiblemente.

-No os asustéis; ¡éstos son los sabios...! se asustan del amor de un alma; porque hay sabios que no saben lo que es un alma, porque no han podido pesarla en los platillos de su balanza.

-No os elevéis, ni os perdáis en las regiones inexploradas, estaos aquí quietecita; vendré a veros diariamente, y para evitar que os exaltéis os acompañaré breves momentos.

-Me bastará con veros para reanimarme, porque quiero decir. El se marchó y yo me quedé muy contenta, pero oí una voz que me dijo:

-¡Pobre! ¡pobrecilla! ¿y crees tú que dirán la verdad?

-¿No lo dirán?

-No pueden ni quieren decirla; sólo cuando la religión a que perteneces se hunda en el polvo, entonces será cuando los hombres sabrán lo que tú has sido; pero antes que llegue ese día, la religión hará titánicos esfuerzos para sostener sus templos y conservar sus cuantiosos tesoros; levantará altares de piedra y colocará en ellos santos de cieno, quemará a los herejes descamisados, y rendirá parias a los herejes que se sienten en un trono. Cometerá todas las vilezas y todas las iniquidades, antes que confesarse vencida; pero el tiempo es el vencedor de todos los tiranos, y las tiranías religiosas, quedarán reducidas a ese polvo impalpable que se lleva el viento y entonces, y sólo entonces, resplandecerá la verdad. No te impacientes, el tiempo es el juez que hace eterna justicia, porque el tiempo es el mediador entre Dios y los hombres.

Se extinguió la voz, y vi entrar a mi segunda seguida de un hombre que quise reconocer, me llamó mucho la atención que Águeda viniera acompañada y nada me dijera; tanto, que la dije:

-¿Cómo vienes con un hombre y no me lo presentas?

-¿Un hombre? ¡madre! ¿deliráis?

Yo seguí mirando a aquel hombre que se convirtió en un foco luminoso, dentro del cual apareció El, ¡el alma de mi alma yo le veía tan bien, no podía creer que Águeda no le viera, y la cogí la mano diciéndola:

-Pero mujer, ¿no le ves? y tal fue mi deseo que le viera, que mi compañera se estremeció y dijo:

-¡Jesús! ¡es Jesús! y cayó sin sentido. Yo en aquel momento no me ocupé de ella, sólo estaba para El y grité:

-¡Señor...! ¡señor! ¡qué hermoso eres...!, ¡cuánto tiempo hace que no te veía! ¿Vienes por mi? ¿me voy ya de la tierra?

Jesús se sonrió y se fue alejando pausadamente dejando tras de si un rastro luminoso, y cuando la luz se fue extinguiendo, escuché una voz lejana, muy lejana que decía:

-¡Te espero! ¡te espero!

CAPÍTULO CXIII

Cuando hubo pasado aquella impresión me fijé en mi compañera; pero como yo estaba tan extenuada, no pude emplear mis fuerzas magnéticas para reanimarla, y sólo haciendo un penoso esfuerzo la dije: "-¡Levántate, hija mía! ¡levántate!" Ella se levantó perezosamente, la miré, y me pareció que había sufrido una gran transformación, no podía moverse, andaba con tanta dificultad, que la hice sentar, temerosa de que nuevamente se cayera, observé que tenía los ojos cristalizados, parecía una muerta con los ojos abiertos, que pedía una mano piadosa que se los cerrara. Al verla en tal estado, saqué fuerzas de flaqueza y le fui explicando cómo el alma podía estar en relación con Jesús; hablé mucho y bien, porque no era yo quien hablaba; y entre otras muchas cosas la dije:

-Jesús en un altar nada le dice al pensamiento, pero Jesús en el espacio, dice a la humanidad:

-Mi código es el amor a todas las razas; Águeda al oír mis palabras lloró, y yo la dije:

-Llora, llora, hija mía; no hay alma que no sea pecadora, todos hemos pecado, y sobre las sucesivas existencias del alma hablé mucho, especialmente sobre la impresión que nos debe de causar la historia de Jesús, que no debemos verle aterrando a los hombres con su cruento martirio, sino que debemos procurar oír sus palabras cuando dice:

-Yo soy el hermano mayor de vuestra raza y os espero con los brazos abiertos para llevaros a la presencia de nuestro Padre que está en los cielos.

-¡Ay! madre, exclamó Águeda conmovida, si es verdad que he visto a Jesús, yo le diría:

-¡Señor! iré a ti de rodillas, perdiendo carne y huesos en las escabrosidades de mi camino, que no me importa destrozar mi cuerpo si se purifica mi alma, y me hago digna de tu excelso amor.

-Estás en un error, hija mía; en busca de Jesús se va de frente, bueno es admirarle en el calvario, que todo sacrificio admiración merece; pero luego busquémosle en el templo de la ciencia, porque Jesús simboliza el progreso y no hay que buscarle clavado en la cruz, sino en los laboratorios de la ciencia; El nos

dijo que todos teníamos que renacer, y sólo se renace sabiendo por qué se vive. Anímate, hija mía y abrázame. Se levantó mi compañera y me abrazó con la mayor ternura y yo la dije:

-Así, así debemos ir en busca de Jesús; la visión te ha trastornado, pero a la vez te ha dado vida.

-No lo sé, madre, lo que me ha dado, pero todo el cuerpo me duele, ¡qué indigna soy! yo estoy lejos, muy lejos de Jesús.

-No lo creas; la misma impresión que te ha causado demuestra que sabes sentir.

-Pues yo os confieso ingenuamente, que no quiero ver a Jesús más que muerto, vivo me hace sentir demasiado. Y... ¿si no fuera Jesús el que hemos visto? ¿y si fuera el diablo?

-¿Lo dices eso seriamente? ¿crees que yo estoy endiablada?

-Madre, os digo lo que siento; tengo dudas y temores, no tengo valor para mirarle; sólo a la hora de mi muerte quisiera ver a Jesús.

-Dime: ¿has visto tú al diablo en alguna parte? si el diablo existiera ¿dónde estaríamos los religiosos? ¿qué más diablo que nuestros votos? porque los mal llamados religiosos estamos dominados por la envidia, por la codicia, por la lujuria, por todos los apetitos y pasiones humanas, y todo lo encubrimos con preces y cánticos; ¿qué más diablos que nosotros? No dudes, desecha vanos temores, has visto a Jesús y, ¡qué hermoso es! Tú has dicho que si fuera Jesús el que has visto, te irías tras de El, aunque tuvieras que dejar tu carne y tus huesos entre las rocas del camino, y yo debo decirte que hay otros sacrificios más cruentos: los que hace el alma ahogando sus pasiones, destrozando su cuerpo con la abstinencia de todos los placeres naturales, de los cuales gozan todas las especies menos los hombres obcecados por la ignorancia religiosa. Me parece increíble que tú hayas creído ver al diablo disfrazado de Jesús. ¿Acaso existe el diablo? ¡que aberración...! Dios no pudo crear el engaño permanente de sus hijos. Yo creo que el hombre ve a Dios en el primer estado de su inocencia, cuando el alma no ha dado un solo paso ni en el bien ni en el mal y vuelve a encontrar a Dios mucho más tarde, cuando el alma se embriaga estudiando los problemas de la sabiduría. A su debido tiempo, cuando yo deje esta tierra y tú cierres mis ojos, acuérdate que yo no he practicado el mal con mis obras; por eso cuando en mis angustias he dicho: ¡Dios mío! ¡ten piedad de mi! he visto a Jesús subiendo a los cielos, he visto al sabio hablando con sus discípulos. Lo he visto bajo la figura de un viejo venerable instruyendo a las generaciones y llevándolas por el camino de la perfección, y luego el viejo se ha vuelto joven y me ha pedido agua en una fuente y yo le he dicho:

-Bebed, Señor, el agua de la vida, y El me dijo:

-Dame de esa agua, que de esa agua necesito porque un día me la quitaste, y no dudes jamás que he visto a Jesús en una larga peregrinación por la tierra; ¡siempre grande! ¡siempre noble! ¡siempre hermoso! ¡siempre llevando en sus ojos la luz del infinito! siempre diciendo:

-Yo, al igual que los otros ¡soy un hijo de Dios!

-Madre, yo creo cuanto decís, creo que sois una santa, pero... no me habéis convencido, vuestras palabras las recordaré siempre, las analizaré constantemente, pero... no quiero engañaros ni quiero engañarme; me han enseñado a querer a

Jesús crucificado, y fuera de la cruz, ya no me parece grande. Conozco que estoy dentro de una Iglesia muy pequeña, pero en ella nací, en ella me educaron, y abrazada a la cruz moriré; y ahora dejadme un momento libre para dar órdenes a la comunidad.

Al quedarme sola exclamé: ¡Qué poco he estudiado en este mundo! con mis ojos dominé a muchos, pero... no he sabido hablar a tiempo, ni enmudecer con oportunidad... ¡cuántos años he vivido inútilmente! ¡cuántas palabras he pronunciado que han sido más estériles que la lluvia sobre la roca!; veamos si puedo levantarme; ¡qué mala estoy! ¡si pudiera escribir! al menos me distraería, cogí papel y pluma y dije con desaliento: ¿Y qué escribiré...? En otro tiempo hubiera escrito para mi Iglesia un tratado de poesía, de sentimiento, de dulzura, pero ahora... ¡que todo se acaba...! y miré al cielo como si esperase una contestación que no se hizo esperar, pues oí la dulcísima voz de mi sobrinita que me dijo:

-Escribe.

-¿Y qué escribiré?

-Escribe. Una vida que se extingue.

-¿Es la mía?

-¿Y qué te importa?

-Es que no sé qué decir, díctame tú.

-Entonces no será tuyo el escrito; dilo tú, dilo tú.

-¿Tú lo quieres? pues sea; escribiré una vida que se extingue; y escribí una poesía muy dulce y muy triste, ¡una luz que se extingue...!

-Pero se reanimará en el infinito, me dijo una voz; y otras muchas voces me hablaron tanto, que dije:

-¿Qué es esto? ¿vacilan mis sentidos?

-No; es que vas oyendo lo que debes oír. Entró Águeda, me dio alimento y se quedó parada como si escuchara.

-¿Qué?, ¿oyes voces?

-Si, madre, oigo muchas palabras confusas.

-No te aturdas, que no es obra del diablo.

-¿Qué tenéis, madre? os habéis puesto muy pálida.

-No sé, no sé que tengo, y al decir esto, tuve un vómito de sangre, Águeda se espantó, yo me emocioné mirando al suelo manchado de sangre negruzca, recordé al médico de la Corte y murmuré:

-Los venenos... siempre son venenos, siempre dejan huella, mi cuerpo se gasta, esto es indudable; y mientras yo me entregaba a mis tristes reflexiones, Águeda salía y entraba en unión de otras monjas, hasta que vino el médico y me dijo:

-Cuanto aquí sucede es muy extraño, vos que dais vida a los demás, ¿por qué no hacéis el mismo milagro con vos?

-Es que hay sacudidas terribles, y mi cuerpo ha sufrido tanto...

-Pues hay que animarse, y levantarse y salir.

-¿Y si me muero por ahí?

-No importa; la cuestión es buscar vida sea donde sea, porque aquí dentro la perdéis.

Me hicieron acostar y dormí bien aquella noche; al día siguiente me levanté,

me senté en mi sillón y me anunciaron que venía mi amigo el sacerdote. Al entrar él, nos miramos, y él le dijo al médico muy azorado:

-¿Qué?, ¿está muy mala?

-No.

-¿Cómo estáis? dijo acercándose a mí.

-Dispuesta a confesarme y a morir; y al decir esto, tuve un vómito de sangre tan abundante, que se manchó el manteo del sacerdote y yo le dije: "-Ya veis, mi sangre os ha manchado, todos los ríos buscan su curso."

El sacerdote palideció y me dijo muy conmovido:

-Por ahorraros el verter una gota de sangre, yo daría toda la mía.

El médico trajo una botellita de agua azulada, igual al veneno que yo había tenido en mi poder, y al darme unas cuantas gotas de aquel líquido para que se me contuvieran los vómitos, no pude menos de decir en alta voz el recuerdo que aquella medicina evocaba en mi mente; el sacerdote me miró fijamente, vi que temblaba de espanto, y al momento varié el tema de la conversación, y tanto logré dominarme, que conseguí hacer reír al médico y al sacerdote; y cuando este último me dijo: "-Hasta mañana", me apreció aquel *hasta mañana,* tan dulce, tan armonioso, tan consolador, que no pude ocultar mi alegría y mirándole fijamente con mis ojos le dije todo lo que sentía mi alma.

Águeda y el médico hacían prodigios para rodearme de esas atenciones y delicadezas que tanto y tanto agradece el enfermo, el médico venía al amanecer, diciéndome con la mayor ternura:

-Vengo antes que salga el Sol.

-¡Qué bien! le dije un día; el Sol y el médico son hermanos gemelos, porque los dos dan vida.

-Animaos, madre, aun saldréis a beber vuestra agua. Volvió mi amigo el sacerdote, y me dijo:

-Vengo a daros un gusto, y sacó un papel, es decir varios papeles, y leyó una poesía preciosa, era un pequeño poema de amor y de justicia, preguntando en aquellas estrofas admirables por lo bien rimadas y mejor sentidas, si después de la muerte nos encontraríamos, siendo yo tan dulce, tan amorosa, tan abnegada, y si él seguiría siendo tan seco, tan híbrido, y en un arranque de sentimiento decía: Si mañana me pierdo, ¿tú me salvarás? y yo entonces contesté con el mayor entusiasmo:

-¡Qué hermosa poesía! si mi alma, como espero, un día irradia, donde estuvierais allí iría yo; y mis perfumes y mis dulzuras, y mis amores, para vos SERÍAN.

-No esperaba menos de vos, y creed, madre, que al decirme todo cuanto me habéis dicho, confío en la mañana.

-También mi alegría es inmensa.

-¿Queréis mi poesía?

-No; me haría sufrir, hay manjares que no pueden gustarse más que una vez; grabada ha quedado en mi mente vuestra poesía, no necesito leerla porque está conmigo.

-¡Adiós...! me dijo él; y aquel *adiós* ¡cuántas cosas prometía!

Siguió viniendo el sacerdote diariamente, y ya que yo no podía escribir

porque me fatigaba, él escribió mi adoración a Jesús, poema en varios cantos. Yo le decía:

-Eso es muy místico, demasiado místico.

-Si queréis, decía él muy complaciente, le quitaré este tinte de arrobamiento y misticismo, ya veis cómo quiero cumplir vuestros deseos.

-¡Ay! eran muy tardías aquellas condescendencias, y demasiado comprendía que aquellos cantos no serían ni la sombra de los míos.

Quizá deseosa de escribir nuevamente y de trasladar al papel mis impresiones, ayudé al médico y a mis enfermeras queriendo aliviarme y me alivié tanto, que el médico me dijo: "-Pronto beberéis de vuestra agua."

Al fin llegó el día deseado; el sacerdote y el médico se pusieron de acuerdo con mi segunda para hacer una sencilla fiesta religiosa en acción de gracias por mi restablecimiento, acompañándome toda la comunidad hasta *la fuente milagrosa.* No sé si efecto de haber tenido que estar en la Iglesia un buen rato oyendo canturías, o si me mareé al verme rodeada de tanta gente, es lo cierto que al llegar a la fuente perdí el sentido, y tuve un gran vómito de sangre. Al volver en mí, lo encontré todo tan triste, tan muerto que tuve que hacer grandes esfuerzos para no llorar; me parecía que ya estaba dentro de mi tumba y que las monjas eran almas en pena que me pedían cuenta de mi proceder con ellas. Las monjas entonaron de nuevo sus cánticos y me hacían el mismo efecto que un oficio de difuntos; ¡qué enojosos me parecieron! me parecía que profanaban aquel santuario de la naturaleza, y lamentaba que hasta allí me persiguiera la farsa religiosa. El médico lo comprendió así, y me dijo:

-Vamos, madre, bebed de vuestra agua.

-No es mía, es de Dios. Recuerdo aquel momento solemne cuando puse un dedo en la roca y brotó el agua; y al hablar así; uní la acción a la palabra, puse mi dedo en la roca y el agua dejó de brotar. Todos se maravillaron, en particular el médico que repetía maquinalmente:

-Bebed, madre, bebed.

-Ay doctor; ¡el agua ya no corre! ¡en la fuente no hay agua! y este suceso es la simbólica alegoría de lo que ponto me sucederá. También mi vida llega a su fin, ¡no brota el agua de la roca! ¡tampoco los pensamientos brotarán en mi mente! ¡Agua! ¡pensamiento! ¡tú eres la vida de tierra! ¡tú eres la vida del alma! ¡Ya no hay agua en esta roca! en roca se ha convertido mi mente... pero Dios con su varita mágica, hará brotar, a su debido tiempo agua en las peñas y pensamientos en los cerebros endurecidos; y cuando llegue ese día, entonces yo cantaré mis amores con Jesús; ¡amores castos! ¡purísimos! ¡amores que no han sido profanados, ni con arrobamientos místicos, ni con las concupiscencias de la carne! ¡han sido amores del alma! ¡amores del infinito! ¡amores que nacieron al calor del sentimiento más sublime! El dijo:

-¡¡Yo te perdono!! y contestó mi espíritu:

-¡Y yo te amaré con todos los amores que sienten las almas en todos los mundos que se agitan en el universo!

CAPÍTULO CXIV

Se haría mi relato interminable, si describiera el estupor que se apoderó de

todos, al ver que la fuente no manaba agua. Todos hablaban a la vez, sin entenderse los unos a los otros, y hubo quien dijo muy cerca de mí:

-¡Maldita sea la hora que vino esa mujer aquí! si con su funesta venida había de secarse el manantial milagroso. Se formaron dos bandos, unos a mi favor y otros en contra; de estos últimos se componía la mayoría; sentí entonces los escalofríos de la muerte y dije con angustia: -¡Qué horror! ¡morir así...! y oí una voz que me dijo:

-Otros que han valido más que tú, han muerto en peores condiciones.

Me sobrecogí más y más al oír aquella triste y profunda verdad; pero hice un esfuerzo y le dije al que me hablaba:

-Tienes mil razones, no te lo niego; pero cada cual es como es, y yo ¡Dios mío! ¡Jesús mío! yo no soy como tú, yo no sé decir como tú dijiste:

-Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen. Yo tengo miedo de morir entre seres hostiles e ignorantes, porque su hostilidad me lastima y su ignorancia me avergüenza.

-Tal fue el tumulto que se armó entre todos, que se apoderó el pánico de unos cuantos alborotadores, y corrieron a la desbandada en busca de la tropa que guardaba las cercanías del convento. Vino la fuerza armada con pasmosa velocidad y el oficial que mandaba se puso a mis órdenes diciéndome con verdadero interés:

-Madre, ¿qué os ha sucedido?

-Nada de particular; se ha hecho una procesión en acción de gracias por mi vuelta a la vida, y el pueblo se ha soliviantado porque se ha secado la fuente milagrosa a nuestra llegada; siento que os hayan molestado, pero a la vez me alegro de veros, que en los tumultos populares conviene a veces que la razón se imponga con el aparato de la fuerza.

Las mujeres entre tanto vociferaban a más y mejor y decían entre otras cosas: "-El agua tiene que volver, si ella es como debe ser." Mi amigo el sacerdote, se conocía que estaba contrariado con aquel alborozo. Águeda me miraba pintándose en su rostro la consternación, otros sacerdotes me rodeaban como queriendo defenderme de aquellas pobres mujeres que gritaban y chillaban pidiendo el agua que curaba a sus hijos. Yo, serena en medio de tanto desbarajuste dije a los míos: "-Yo vine aquí un día y poniendo mi dedo en la roca brotó el agua, hoy he vuelto por mandato facultativo, y el agua ha cesado de brotar, poniendo mi dedo en el mismo lugar." Vos, amigo mío, que tanto me conocéis, decidme: "-¿Qué hago? ¿me retiro o me quedo aquí? ¿queréis que todos roguemos a Dios para que vuelva a brotar el agua?"

Todos se miraron y nadie me contestó, me miraron con lástima tan manifiesta, que a mi vez los compadecí y les dije con ligera ironía:

-Vamos, ¿qué hacemos...? en otro tiempo yo hubiera dicho:

-De la roca haré agua, pero hoy... hoy no puedo, no tengo fuerzas.

-Madre, vamos, dijo mi amigo el sacerdote; cuando el agua no mana, es que Dios no lo quiere. Se oyeron de nuevo voces que decían:

-¿Qué santidad es esa, que un día hace milagros y otro día los deshace? ¿qué religión es esa, que a lo mejor se vuelve atrás? Sin yo poderlo remediar me lastimaban aquellos dicharachos, y me separé cuanto pude de la multitud, diciéndole a mi segunda que me seguía:

-¿Por qué no eres tú como tu antecesora? cuando aquí brotó el agua. Angélica estaba conmigo. Tú que no crees en Jesús, que crees que es el diablo el que yo veo, no me ayudas como me ayudaba Angélica con su inmensa fe; ¿por qué no serás como ella? y la abracé buscando en sus brazos consuelo.

-¡Ay. madre! no me abracéis así, que me ahogáis; si la fe os ayudara, yo os la doy entera, es decir, cuanta poseo.

-No; Águeda; tú no crees en Jesús, tú crees que es el diablo el que hoy detiene el curso del agua que aquí brotaba. Tú das más valor al diablo que a Dios y yo digo: "-Roca, volverás a brotar agua." Águeda me miró, y maquinalmente hizo la señal de la cruz y yo repliqué:

-¿Crees que es el diablo el que detiene el curso del agua?

-Madre, no puedo más; no sé lo que pasa por mí; la duda me aterra, y vuestra fe me espanta, me asombra, me admira, y uniendo mi voluntad a vuestra voluntad, y mi deseo a vuestro deseo, y mi ruego a vuestro ruego, y mis palabras a vuestras palabras, digo:-¡Que venga el agua! y cayó desvanecida sin hacerse daño alguno, porque yo le impedí el golpe dejándola caer suavemente, y volviéndome a los que me rodeaban les dije:-¡Ella pidió agua! y yo digo: El agua aquí brotará sin secarse el manantial aunque la sequía convierta en páramos los valles floridos, y puse de nuevo mi dedo en la roca y el agua brotó con tal violencia que hizo retroceder a cuantos me rodeaban; y entonces el pueblo, siempre iluso, siempre impresionable, siempre desequilibrado, se agolpó sobre el manantial queriendo beber todos a la vez.

-Madre, ¿despejo? me preguntó el oficial.

-No, no; no empleéis vuestra fuerza en atropellar a *niños grandes,* dejad que el pueblo se sacie hoy de agua, que mañana haremos que se sacien con las verdades del evangelio.

-Madre, me dijo un sacerdote, ¡qué milagro habéis hecho! ¡es maravilloso!

-No lo creáis; Dios es el autor de todo cuanto habéis visto, yo no he tenido más parte que mi vehemente deseo de admirarle una vez más en sus obras.

La multitud se hartó de agua, y satisfecha y tranquila se fue alejando repartida en grupos que iban diciendo:

-¡Qué buena es el agua del milagro!

De los míos ninguno se atrevió a decirme que bebiera; hasta el médico estaba receloso, comprendí que tenían miedo de que yo quisiera beber y se repitiera lo sucedido: ¡cuánta ignorancia en unos y en otros! miré al médico sonriéndome y le dije:

-¿Qué hago, doctor? ¿bebo o no bebo?

-Bebed, si queréis; a vuestro lado pasan cosas tan extraordinarias, que ya no sé qué decir ni qué desear.

Me acerqué al manantial, apoyé mis labios sobre la roca, perdí el mundo de vista por un momento, sentí un estremecimiento muy doloroso en todo mi ser, y en vez de beber, arrojé sangre por la boca con mucha abundancia; mi sangre no manchó la roca porque no resbaló, quedó detenida en las múltiples hendiduras de las piedras, y en las yerbecillas que en ellas brotaban, y al ver mi sangre coloreando las verdes hojas, me conmoví profundamente, me pareció que todo cuanto me sucedía era simbólico y murmuré: "-Aquí queda mi sangre, mañana volveré sin duda

a buscar en esta roca las partículas de mi vida; y aquí... ¡Dios sabe el monumento que levantaré! esta agua habrá aumentado y con ella tal vez seré útil a la humanidad, porque entonces... sabré más que ahora, mi religión será la ciencia, y mi oración el trabajo."

Águeda, convenientemente auxiliada, se había repuesto de su desmayo y se acercó a mí abrazándome con el mayor cariño, pero sin atreverse a mirar a la fuente. Caía la tarde, y emprendimos la vuelta al convento; contemplé el cielo, y exclamé:

-¡Sois mío! ¡qué hermoso eres! llegas a tu ocaso, yo también llego; tú brillarás mañana, yo... ¡quién sabe...! Me sentaron en una silla de manos y muy despacio corrimos el camino; durante el trayecto me empeoré, y ya en mi celda el médico me preguntó afanoso:

-¿Qué sentís?

-Deseos de arrojar sangre, la boca se me llena del licor de la vida.

-Pues no penséis en lanzarlo, sino en retenerlo.

-Es que no puedo; y arrojé nuevamente bastante sangre. El médico se impacientaba, se desesperaba, y más cuando sentí una punzada en el corazón tan espantosa, que no pude contenerme, y lancé un grito tan agudo, que todos se alarmaron extraordinariamente, y cuando dije: ¡Ay doctor! ¡cuánto sufro! ¡cuánto! aquel pobre hombre enloqueció, me ordenó que no hablara ni una palabra. Águeda le cogió las manos, y él movía la cabeza desalentado; las monjas, ¡pobrecillas! mudas, inmóviles, miraban a mi segunda esperando sus órdenes y en todos los semblantes se retrataba el dolor. Yo mientras tanto seguía luchando con la muerte a brazo partido; las punzadas en el corazón no eran tan horribles, pero si más frecuentes; el médico no me dejaba un solo momento, dándome pequeñas dosis de una medicina que sin duda era un calmante, porque tomarla y respirar mejor todo era uno. Vi entrar a mi amigo el sacerdote, me miró, se limpió los ojos, ¡¡¡lloraba!" y yo dije entre mí: "-¡Llora!; pues, es porque comienza a quererme; ¡qué bueno es esto! ¡esto es lo más hermoso de mi vida! ¡Ya me quiere! ¡ya me quiere!

El médico y el sacerdote hablaron muy quedito; y se pelearon por darme la medicina, pero el médico no cedió sus derechos alegando que un movimiento brusco podía ahogarme; y tenía razón, porque no podía tragar una gota de agua, y él se veía y se deseaba para darme la medicina, y yo en medio de mis horribles sufrimientos, gozaba lo indecible, viendo a mi amigo el sacerdote dando vueltas en torno de mi lecho, hablando con el médico, imponiendo silencio a las monjas dando órdenes a mi segunda, revelando su semblante el dolor más profundo. Cerca de tres días estuve entre la vida y la muerte; al fin, el médico restregándose las manos me dijo con inmenso júbilo:

-¡Hemos triunfado! os he visto en eminente peligro de muerte, pero ya estáis salvada; y ahora todos nos vamos a descansar, ya os dejaré buenas enfermeras; el sacerdote no se quería ir, ni Águeda tampoco, y tuvo el médico que hacer uso de su autoridad facultativa, diciéndole al sacerdote:

-Vos más que nadie tenéis que buscar el descanso del sueño, porque estáis enfermo del cuerpo y del alma, y yo decía entre mi: "¡Qué bueno es morir así...!

Ninguno de los tres se quería ir; Águeda se entretenía arreglándome la ropa del lecho, cuando de pronto sintió algo sobre su cabeza, la movió asustada, y cayó

sobre mis manos una flor.

-¿Qué es esto? dijeron todos, ¿qué es esto...? El médico cogió la flor que era blanca y rosada y aspiró con delicia su perfume diciendo:

-¡Qué fragancia tan delicada! ni en el cielo la habrá mejor; y al decir esto, cayeron sobre su calva cabeza muchas florecitas blancas y azules. Yo viendo aquella profusión de flores, me puse muy contenta y le dije al sacerdote:

-¿Y para vos no hay?

-Para mi no, por lo que se ve; y al decir esto, una flor blanca muy bonita golpeó su frente y el sacerdote se inmutó y cogió la flor con sumo cuidado mirándola con asombro: yo llamé a mi segunda y la dije muy bajito:

-¿Crees que esto es obra del diablo?

-No, madre, no; no sé lo que por mi pasa; y los tres se fueron a descansar que ganado lo tenían, quedándose tres monjas para cuidarme, rivalizando en buen deseo y amabilidad.

Pasaron muchos días, muchos, y al fin una mañana recibí orden de levantarme y sentarme en un sillón, pero moverme y sentir la punzada en el corazón todo fue uno, pero pude resistir sin lanzar gritos. Cuando me vi sentada, miré a las flores del cielo, que estaban erguidas y lozanas y de pronto las vi mustias y marchitas. ¡Flores mías! exclamé: ¿me anunciáis mi muerte? nunca me habéis engañado: el jarrón de las flores se balanceó y yo las dije: No; no me dejéis aun, y las flores recobraron su lozanía; el médico entretanto estaba muy atareado preparándome una medicina que al dármela me dijo:

-No os separéis de mis órdenes.

-Creo que pronto me separaré.

-¿Cómo? ¿pues y eso?

-Porque la ciencia es impotente ante la muerte.

-¿Quién os ha dicho que vais a morir?

-Las flores, y señalé a las *flores del cielo,* que tan pronto estaban lozanas, como lacias y deshojadas.

El médico movió la cabeza muy contrariado, y quedó muy sorprendido al sentir sobre su limpia calva una lluvia de flores menuditas, blancas, rojas y azules.

-¿Qué es esto?

-Son los jirones de mi existencia que caen convertidos en flores, para simbolizaros mi gratitud.

-Águeda se asustó porque cayeron muchas más, y el médico dominando su emoción me dijo:

-¿Y si estas flores fueran la alegoría de vuestro renacimiento?

-Gracias, doctor; sólo puedo deciros que muero muy contenta, porque Dios no me abandona. La última vez que hablé con el Amor de mis amores, me dijo:

-¡Te espero...! ¡Te espero...!

-Pero en realidad, ¿habéis visto a Jesús, madre?

-Si que lo he visto, y también lo ha visto la comunidad. ¿Queréis verle?

-No, no; no estoy yo para ver visiones. Mientras el médico hablaba, vi entrar a un hombre al que reconocí enseguida y dije:

-Doctor, ¿qué hombre es ese que ha entrado aquí? el médico se volvió azorado, y como la figura de aquel hombre se fue hermoseando, y en torno suyo

irradió la luz, el médico cayó de rodillas murmurando:

-¡Perdón...! ¡perdón...! Jesús se fue acercando a mí y yo le dije:

-¡Señor! ¿ya estáis aquí?

-Tengo sed; dijo El con voz dulcísima.

-Yo ahora no puedo daros agua, bien lo sabéis.

-Ya me la darás en el infinito; y tocando la frente del médico le dijo:

-Tú vendrás con ella, ¡te espero!

-¡Ya voy, Señor! ¡ya voy...! Me quise ir tras de El, pero me cerró el paso una montaña de flores, que al deshacerse llenó mi celda por completo; parecía que brotaban del suelo y de las paredes y que caían del techo, y que entraban por las ventanas, desaparecieron todos los objetos ante mi vista, no vi más que flores olorosas, flores hermosísimas que toda me cubrían. Yo estaba encantada, no sabía qué pasaba por mí: si ya había dejado mi cuerpo, o si aun le animaba mi alma; en aquel éxtasis hubiera permanecido muchas horas, si no hubiera oído una voz que me recordó otro tiempo: voz que me hizo estremecer, porque me dijo: "-¡Sálvame, hermana mía...!

-¿Qué es esto? dijo el médico como si despertara de un sueño; ¿qué veo? ¿qué oigo?

-Que me llaman; y oí de nuevo la voz más angustiosa que decía:

-¡Hermana mía! estoy en el fondo del abismo hace muchos siglos, ¡¡Ven!!

-Voy, ¡voy, hermano mío! y abandoné mi cuerpo y llegué al abismo y allí lo encontré, y sentía deseos de decirle: ¡Infame! ¡infame! ¡en la sombra debes vivir! pero oí una voz que me decía:

"¡Cuidado con lo que haces! ¡Ay de ti si le abandonas! y descendí de nuevo al abismo y le saqué de aquella horrenda sima donde todas las espinas brotaban a porfía, y al vernos en plena luz, le dije: ¡Adiós!

-¡Ah eso no, eso no puede ser; y oí entonces la voz del Amor de mis amores que me dijo: "-¿Acaso te he separado de mi, cuando has ido en mi seguimiento? déjale que te siga, que el que quiera ser perdonado, tiene antes que saber perdonar."

CAPÍTULO CXV

Las grandes crisis determinan el nuevo derrotero de una existencia, y aquella crisis decidió en parte de mi porvenir. Mi razón quedó completamente trastornada, así lo comprendió el médico y cuantos me rodeaban. Mi segunda, la pobre, perdió su cuerpo toda su energía y su rigor; siempre la veía llorosa y yo la decía con el mayor cariño:

-¿Por qué estás triste?

-Porque tengo los ojos malos.

-Te pondré mis manos sobre ellos y se las ponía, sin que surtiera efecto el remedio, porque ya mis manos no tenían *virtud.* No podían tenerla, pertenecían a un cuerpo que ya no reunía las condiciones vitales. Un día pregunté a mi querida compañera:

-¿Cuando ya esté muerta, qué harás?

-No lo sé, no lo sé; no quiero ser madre en ningún convento, no quiero gobernara nadie, prefiero que me gobiernen. Yo la animaba en mis horas de lucidez

y ella me decía:

-Si yo conociera dónde comienza la tentación, y dónde se puede encontrar fuerza para resistirla, lucharía, pero ignorándolo todo, no tengo valor para luchar. Yo me complacía en despertar aquella inteligencia y le preguntaba:

-¿No tienes fe en Dios?

-Si la tengo, pero no me habléis de muertos, viva os idolatro, pero muerta no me habléis.

-Pero, ¿qué crees tú que es un alma hablando? es esto, mira, y extendí mi mano y del espacio recogí una flor y la dije: aspira su aroma. Águeda aspiró con delicia su perfume, se entusiasmó y me dijo:

-Madre, si el mundo entero negara vuestra santidad ¡yo os proclamaría santa!

-Guarda esa flor en una cajita y siempre que te acuerdes de mi, mira esa flor que te embriagará con su penetrante fragancia. Le hablé después de Dios y la dije: Dios no es el pobrecito Jesús que vemos en una cruz descoyuntado y chorreando negruzca sangre: a Dios nadie lo puede crucificar, porque entonces los hombres serían más grandes que Dios lo único que puede hacer el hombre, es presentarle a Dios los frutos podridos de su ignorancia, pero crucificarle... es el mayor de los absurdos; los hombres en su pequeñez, han empequeñecido a Dios, ¡a Dios! que es el amor inmenso... ¡al amor sin limites! ¡el perdón eterno...! Yo aun no he sabido perdonar y ¡me llaman santa!

-¿Queréis que os ayude a perdonar?

-Hija mía, no hay ayuda para eso, porque el perdón se concede cuando el alma adquiere el profundo convencimiento de que no debe odiar a nadie. Yo aun no sé perdonar, oigo una voz que me dice:

-¡Perdón, hermana mía...! y yo le perdono, pero... no es verdad mi perdón; perdonan mis labios, pero no mi alma.

-¿Será el diablo al que no podéis perdonar?

-No, hija mía; el diablo no existe, oigo la voz de un ser que me dice: "-¡Hermana mía...! sé que es mi hermano, le quiero, y no le perdono; ¡hay para volverse loca...!

Hablé mucho también con el médico sobre ciencia, y hablaba yo admirablemente, parecía que el Espíritu Santo hablaba por mi boca, el médico se extasiaba escuchándome cuando yo le decía:

-El amor, es el arpa del sentimiento, del amor brotan todas las armonías, y nacen todos los sacrificios, pero la ciencia dice:

-¡Dios es grande! y la ciencia es el idioma de Dios, la ciencia es un Sol para el cual nunca llegará el ocaso, la ciencia siempre iluminará a los mundos, y por ella las humanidades conocerán un día la grandeza de Dios. Yo quiero a todo trance ser sabia, yo quiero poseer la sabiduría. Iré lejos, muy lejos, hasta encontrarla, porque sin ella no se vive. Hablé también mucho con mi amigo el sacerdote y yo le decía:

-Cuando me muera estaréis tranquilo.

-No, madre, no puedo estarlo.

-¿Y por qué no? sois mi heredero, sois el responsable de mi historia, ¡me haréis santa! ¡qué de milagros me achacaréis! vos seréis el responsable de esa gran mentira... pero después, mucho más tarde, seréis el encargado de decir la

verdad de lo que he sido, me quitaréis la santidad de la que nunca fui poseedora, y me daréis la dignidad, la discreción, y el buen sentido que una religión me negó. Yo en todo tiempo os amaré, siempre vos huiréis de mí, y yo os seguiré eternamente, porque eternamente os amaré. Hoy es amo, amo al hombre y amo al sacerdote por su talento, por su erudición, por su elocuencia, porque es un genio: ¡lástima grande que su inteligencia se ahogue bajo las bóvedas de un templo...! El sacerdote lloró, lloró sin ocultar su llanto y le compadecí, cuando le vi más sereno, continué diciendo: "-Vos después de mi muerte haréis crueldades, porque nuestra Iglesia es muy exigente y os obligará a mentir de un modo vergonzoso." Volvió él a llorar y yo le dije:

-¿Por qué lloráis? ¿tenéis algún remordimiento? al oír mis frases procuró serenarse y me dijo:

-Madre, haré cuanto vos queráis después de vuestra muerte.

-No mintáis ante una moribunda; demasiado sabéis vos que tenéis que desfigurar mis hechos, lo que demostrará una vez más, vuestro talento admirable, no mi valía, ni mis condiciones de una mujer superior.

-Dejadme marchar, madre.

-Idos en buena hora; antes de morir quiero haceros mi último regalo ¡una flor! ya le he dado la suya a mi segunda, y guarda otra para el médico, y para la comunidad dejo el eco de las campanas que tocaron solas.

-Se fue mi amigo el sacerdote tambaleándose como si estuviera ebrio y yo entonces me confesé con Dios diciéndole sencillamente la verdad, que no sabía perdonar; al terminar mi confesión oí la voz de mi padre que me dijo:

-Tú eres grande, pero al mismo tiempo muy pequeña porque no sabes perdonar.

-Padre, por ahora no puedo.

-Pues es preciso; escucha y atiende, que te conviene enterarte de cuanto yo le diga: y me explicó toda la existencia de los miembros de mi familia: hizo hincapié en lo mucho que siempre me había querido Benjamín, me recordó sus juegos, sus travesuras y sus desvelos por mí: después me contó toda la historia de Jesús muy detalladamente, hasta el momento de la traición de Judas y al llegar a tal punto de suyo tan interesante, le dije delirante: "-¡Todo! ¡todo! ¡dímelo todo...!" De pronto, mi padre enmudeció.

-¡Habla! le dije con impaciencia.

-No puedo, se ha cerrado el horizonte; y *oí* una voz que me dijo:

-Despeja tú el horizonte: y oí la voz del médico que gritaba desesperadamente:

-¡Venid! ¡venid! ¡que se muere!

Aquella exclamación me hizo volver a la tierra, y vi al médico tan cerca de mí, que casi su frente tocaba a la mía; leí en sus ojos el casto deseo de darme un beso y le dije:

"-Besadme, es una obra piadosa besar a los muertos." Me besó en la frente, y yo correspondí a su beso dándole un abrazo, y al abrazarle le vi rodeado de una aureola tan resplandeciente que le dije: "-¡También tú morirás pronto...!" y el médico dijo:

-¡Dios mío! ¿qué siento? ¿qué veo? ¡cuánta sombra!

-¿Tú también ves sombras? ¿quién eres...? y me dijo un nombre: ¡qué nombre! Aquel nombre levantaba una punta del velo que cubría mi pasado, y me recordaba un ser muy querido, por eso le dije alborozada:

-Nos iremos juntos.

-Si; nos iremos juntos, pero te has de llevar también a éste; y vi a mi hermano Benjamín que me decía:

-De ti depende mi salvación ¡hermana mía...! y el médico me dijo señalando a mi hermano:

-Ahí está la ciencia que tanto deseabais encontrar y que para buscarla queríais ir tan lejos.

-¿Qué tiene que ver mi hermano con la ciencia?

-¿Qué más ciencia quieres que saber perdonar?

-Es que no puedo, no puedo, no puedo llevarle conmigo.

Todo volvió a su estado normal y vi al médico firme en su puesto a la cabecera de mi lecho, contando atentamente mis pulsaciones; agradecida a sus constantes desvelos, le dije con el mayor cariño:

-Para vos será mi última flor.

-¿Y tendrás fuerza para arrancarla?

-Si, la tendré; y resonó entonces una carcajada que me hizo temblar.

El médico hizo traer nuevas medicinas, le disputaba a la muerte su presa con una tenacidad asombrosa. Pedí que viniera mi amigo el sacerdote, y se presentó cadavérico, yo le dije muy quedito: "-Os recomiendo mi historia, hacedla lo más racional que podáis, os lo suplicó, os lo imploro."

El pobre no se podía tener de pie, le pedí su mano y la encontré helada, hice un esfuerzo y cogí en el aire una pequeña florecita que puse en su diestra diciéndole:

-Conservad mi flor.

-La conservaré.

-No, no la conservaréis, la flor se marchitará cuando hayáis terminado mi historia.

El médico quiso que toda la comunidad rodeara mi lecho y yo dije a mis compañeras: "-Si en algo os he faltado, no me odiéis, que el odio es una mancha indeleble que conserva el espíritu millones de siglos." Las monjas lloraban en silencio, y se retiraban sin hacer el menor ruido; parecían una legión de sombras, y esto acabó de entristecerme, quise ver a los niños y a los ancianos! Águeda se opuso a ello temiendo que me emocionara demasiado y apresurara el desenlace por todos temido, pero yo me empeñé en ver a los ancianos y a los niños y fueron entrando en mi celda, por grupos de diez. ¡Cuántos niños y cuántos viejecitos recibieron mi bendición...! Sentí mucho cansancio y pedí que viniera Águeda, y a ella y al médico les dije:

-Soy una luz que se apaga, pero antes que se apague del todo, quiero recoger una flor muy hermosa para el que tanto se ha desvelado por mí, y oí una voz que me dijo:

-Si me perdonas tendrás la flor.

-¡Te perdono...¡-exclamé, y la flor fue en mi mano, flor bellísima de vivos colores, en forma de lirio; se la di al médico diciéndole-: No sé si tiene perfumes.

-Si, los tiene, embriagadores. ¿Qué sucedió entonces?, no lo puedo explicar: sólo sé que rugió el trueno, silbó el rayo, los relámpagos se sucedían los unos a los otros con tal rapidez que había una luz vivísima en tomo mío; se desencadenó la más horrible y ruidosa tempestad; y oía voces que me decían: "-Maldita seas! ¿Ya estás aquí?" Y otras voces más lejanas repetían: " -¡Hosanna...!, ¡hosanna!, ¡bienvenida seas! ¿Por qué has tardado tanto...?" Pero yo no me detenía a escuchar ni los insultos ni las alabanzas, ¡volaba!, ¡volaba!, volaba con una idea fija, sabía, sin ver dónde estaba el término de mi viaje en aquellos momentos. No podía precisar si ascendía o si descendía, yo sólo pensaba en llegar, y ¡llegué!, ¡llegué hasta el fondo de insondable abismo y allí encontré a mi hermano Benjamín lleno de sangre y le dije gozosa:

-¡Vengo por **t**!, la flor que tú me has dado ha sido el pacto de nuestra reconciliación. No me has negado el último deseo que he tenido en la tierra, me has dado una hermosa flor, ¿de qué substancias la formaste?

-Con la sangre de mis sacrificios, por eso eran tan vivos sus colores.

-¡Ven conmigo!

Y abandonamos el abismo donde brotaban las espinas y nos encontramos en un arenal sin flores ni abrojos, donde una luz vivísima nos hizo vemos mutuamente tal como éramos. Contemplé a mi hermano y le dije:

-Tú y yo, somos dos culpables, tan miserables hemos sido el uno como el otro. Tú, traicionaste a un hombre, yo también lo traicioné antes que tú, los dos hemos sido traidores, en diversas épocas, los dos escogimos la misma víctima para faltar traidoramente a nuestro sacratísimo deber. Luchemos los dos para ser grandes, tú ve a un punto, yo a otro, y siempre que nos despojemos de nuestras vestiduras terrenales nos reuniremos para darnos cuenta mutuamente de nuestros adelantos y para llorar juntos nuestros desaciertos; y si durante el reposo de nuestro cuerpo necesitamos prestamos fuerzas el uno al otro, ven a mí, que no te rechazaré, que entre dos traidores no debe reinar el odio, sino el deseo vehementísimo de borrar con nuestros sacrificios nuestro crimen de ayer.

Miré después a la tierra y vi en mi convento una verdadera revolución; mi celda se llenó de flores, las campanas tocaron a muerto, sin que manos de hombres las tañeran, la Iglesia celebró honras fúnebres suntuosísimas, se mintió mucho, las mentiras se multiplicaron de un modo prodigioso; y, mientras en la tierra me elevaban altares, yo me ocupaba en el espacio, en estudiar la ciencia más difícil, ¡el saber perdonar!

* * * * * * *

Doy por terminadas *mis memorias,* las que comenzaron con el nombre de Iris; cuantas omisiones encontréis en mi relato dignas de atención, dispuesta estoy a daros explicaciones sobre ellas, porque quiero que ante todo resplandezca la verdad.

El Espiritismo ahora está en sus primeros albores, estudiadle, profundizadle, en él encontraréis muchas historias, que muchos son los espíritus que desean contaros sus cuitas para enseñanza de incautos y escarmiento de fanáticos. Yo también, a ser posible, os daré nuevas instrucciones, que concluido no está mi

trabajo; mas para ello, hay que esperar ocasión propicia, que como el tiempo no tiene fin, lo que no se hace en una existencia queda pendiente para otra, y con los mismos elementos que hoy he contado, contaré mañana, y con ellos seguiré mi trabajo, que mucho tengo que decir y mucho que aconsejar, y mucho que corregir respecto a las comunidades religiosas. ¡Seguid estudiando el Espiritismo, pues sólo estudiado sus fenómenos, sus transmisiones, sus presentimientos, sus intuiciones, sus videncias, todo cuanto en él se encierra de maravilloso, que no es otra cosa que la vida en acción, sólo así llegaréis a conocer la verdad inconcusa de la grandeza de Dios!

IRIS

* * * * * * * *

APÉNDICE

No hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla, y pagada está ya la deuda moral que contraje voluntariamente con el espíritu de Iris, y le doy este nombre, ya que ella lo recuerda al terminar su historia e instructivas *Memorias,* que las conceptúo un buen tratado de Espiritismo, ya que en ellas tanto se ocupa Iris de sus portentosas mediumnidades. Enseñar deleitando es el gran modo de escribir y el espíritu de Iris lo ha conseguido, logrando despertar el sentimiento, avivando la curiosidad, promoviendo polémicas más o menos apasionadas. ¿Es su obra perfecta?, no lo es ninguna que pasa por las manos de los hombres, y las comunicaciones de Iris han sido dadas por un médium parlante y anotadas al vuelo por mi atención, y escribía con la mayor rapidez, y pedía a Iris su cooperación para copiar y ampliar más tarde las notas escritas durante la sesión. ¿Estas múltiples trasmisiones, no se prestan a cometer faltas que por involuntarias que sean, faltas son? Decía Cervantes, que las obras traducidas le parecían tapices de Flandes vueltos del revés, y esto mismo puede aplicarse a los trabajos mediunímicos, no diré en su totalidad, porque hay otras bellísimas dadas por los espíritus, pero yo comprendo perfectamente que, en las *Memorias de Iris,* hay falta de unidad en muchos de sus episodios, lo que no encuentro extraño, porque se comenzaron a publicar el 18 de Febrero de 1897, concluyendo su publicación el 23 de Noviembre de 1899.

Durante ese tiempo se tuvieron que interrumpir tres veces las sesiones medianímicas por diversas causas, y aunque el espíritu reanudaba muy bien su relato, ¿los dos médiums que recibíamos su inspiración, estábamos siempre en buenas condiciones para recibirla? No; porque habíamos estado enfermos, y el espíritu, más prudente que nosotros, bien hacía constar que estaba muy agradecido a nuestros buenos deseos, pero que era conveniente esperar. Yo bien comprendía que al espíritu le sobraba la razón, pero yo tenía tanto afán de saber la conclusión de sus luchas, y penalidades y eran tantos también los espiritistas que me preguntaban continuamente por las *Memorias de un Espíritu,* que sacaba fuerzas de flaqueza, y en realidad me sentía más fuerte escuchando al médium parlante y copiando al vuelo sus palabras; pero no son éstos los mejores procedimientos para

hacer trabajos literarios; por eso las *Memorias de un Espíritu,* distan mucho de ser una obra perfecta, aspiración que indudablemente no la tuvo tampoco el espíritu de Iris, porque de haberla tenido, hubiera buscado otros intérpretes para sus pensamientos, mas ella bien claramente lo dijo: le bastaba nuestra buena voluntad, para demostrar lo fácil que es caer en el abismo del crimen y lo difícil que es ascender a la cumbre de la virtud, de la abnegación y del sacrificio.

La síntesis del trabajo de Iris es ésta: ¡Ay del que cae gozando en su caída!, porque para él *será el crujir de huesos y el rechinar de dientes, y* como desgraciadamente son muchos los que gozan encenagados en el crimen, bien se necesita hablar muy alto y presentar ejemplos para demostrar que en la eterna vida del espíritu el criminal se condena a sí mismo a trabajos forzados millones y millones de siglos.

Respecto a las religiones, todo aquel que tiene sentido común comprende que las religiones han sido en todos los tiempos las parodias de la religión, porque no hay más que una religión sacrosanta, el amor a la humanidad. No hay mejor religión que la religión de una conciencia honrada. Los deberes religiosos del hombre son éstos: el *resistir,* el *reformar* y el *adquirir.* Resistir los embates de la vida, reformar nuestras costumbres, y adquirir grandes conocimientos para comprender la grandeza de Dios irradiando en la naturaleza, y de estas racionales enseñanzas ha hecho uso Iris tan acertadamente, que ha destruido los cielos, los infiernos, y ha desenmascarado a los santos, ha demostrado que los milagros no son otra cosa que las manifestaciones de leyes desconocidas para la vulgaridad y ha dado a los espiritistas lecciones muy provechosas, siendo su última desencarnación asunto de profundo estudio, profundísimo, para todos aquellos que piensan que al dejar la tierra se codean con los espíritus superiores y se van por esos mundos de Dios, los que creen en la pluralidad de mundos, y en la pluralidad de existencias del alma.

Mucho hay que estudiar en las *Memorias de un Espíritu;* dichosos de aquellos que al estudiarlas digan: -¡Qué fácil es caer...! ¡y qué difícil es levantarse...! ¡qué resbaladiza es la pendiente del crimen...! ¡qué pedregosa es la cuesta de la abnegación y del sacrificio...! ¡Señor!, ¡qué malo es ser malo...! ¡Gran Dios...! ¡qué bueno es ser bueno...!

El 23 de Noviembre de 1899, escribí el principio de este apéndice; desde entonces han transcurrido cerca de cinco años, y al leer nuevamente las *Memorias de un Espíritu,* creo que debo ampliar mis consideraciones sobre la obra medianímica que obtuvimos juntos el médium parlante del centro "La Buena Nueva" y yo.

Las *Memorias de un Espíritu* hay que saberlas leer, hay que buscar en ellas no lo que *dicen* precisamente, sino lo que quieren *decir,* porque si bien cuando refieren respecto a los fenómenos producidos por las poderosas mediumnidades de Iris, son relatos verídicos, porque en nuestros días continuamente se dan a conocer médiums que ofrecen flores y plantas y aves, y se obtienen comunicaciones en las cuales los médiums no emplean ni el lápiz ni la pluma, sino que entre dos pizarras atadas cuidadosamente se oye cómo el lápiz corre sobre el papel que está entre las dos pizarras, y el espíritu, contesta a preguntas mentales o a temas escritos encerrados y lacrados dentro de un sobre, y se fotografía a los espíritus y se materializan los seres de ultratumba, hasta el punto de que hablan y estrechan la

mano de los asistentes a la sesión, y no queda la menor duda a la familia de los aparecidos, de que han visto y han hablado con sus deudos, y la ciencia afirma y demuestra con pruebas y con experimentos científicos, que tras de la tumba se desarrolla la verdadera vida, la vida del alma con sus recuerdos imborrables, con sus amores profundos y con sus odios violentos: todo lo referente en las *Memorias de Iris* a su poder magnético, a su fuerza de voluntad y a las diversas mediumnidades que poseía todo puede admitirse como artículo de fe, porque todo responde a las leyes naturales de la vida, que no por ser ignoradas la mayoría de ellas dejan de haber existido y de haber funcionado por medio de seres preparados por sus condiciones especiales para producir fenómenos, que en realidad no son tales fenómenos, no son otra cosa que manifestaciones de fuerzas desconocidas por la generalidad, energías ocultas que trabajan activamente cuando encuentran quien las haga trabajar.

En la noche de los tiempos, cuando no se conocía otra luz que ahuyentara las tinieblas, que las antorchas de resinosa tea, si entonces hubiera sido posible hacer uso de la electricidad como en nuestros días y lámparas de gran potencia hubieran iluminado los bosques, ¿qué asombro no se hubiera producido...? ¿qué espanto no hubieran sentido los que creían que no podía haber otra luz que la que ellos usaban? Y sin embargo, en la tierra existían todos los componentes necesarios para producir lo que se ha producido muchos siglos después.

Cada mundo es un laboratorio, en el cual hay todos los elementos para hacer experimentos científicos, y los trabajadores van llegando cuando hacen falta. Iris llegó a la tierra en su última encarnación, en una época de fanatismo religioso muy acentuado, sin que ese fanatismo fuera óbice para que, a la sombra de la religión del Crucificado, se cometieran grandes infamias, se atormentara sin piedad a los librepensadores, y unos por temor, y otros amedrentados por la tiranía clerical, abdicaban de su voluntad y se constituían en mansos corderos para tener derecho a la vida, y poder vivir tranquilos lejos de las hogueras del Santo Oficio.

Reinaba en absoluto el soberano de las tres coronas, la tiara del Santo Padre era el imán de todas la miradas, las comunidades religiosas eran numerosos rebaños de humildes corderos, donde no faltaban lobos disfrazados con la piel de oveja, que cuando no veían satisfechos sus impuros deseos o su afán de mando, levantaban falsos testimonios a los desobedientes y se llenaban las cárceles religiosas de un sinnúmero de infelices, que morían víctimas de sus delatores.

El miedo a la muerte hacía cometer muchos desaciertos, y las mujeres se prostituían para obtener la gracia de la vida fuera del modo que fuera; las unas en las celdas de los monasterios, las otras en su hogar, la cuestión era vivir, era libertarse de los autos de fe.

La hipocresía se enseñoreaba de las naciones donde imperaba el poder de Roma, y en España, tan fanática entonces, nació Iris.

En tal país debía pagar una de sus deudas de ayer: es innegable que tuvo buena elección, demostrando poseer un gran talento encamando en un país infestado por la peste religiosa, siendo ella un espíritu adelantadísimo, que por lo mismo que habéis pecado mucho tenía gran conocimiento de la ciencia de la vida; y sabía por experiencia que no hay más que un Dios cuya ley es el amor universal, y que si bien las religiones al dar sus primeros pasos habían moralizado a los pueblos,

después sus sacerdotes fueron vencidos por la lascivia, dominados por la ambición de bienes terrenales y en nombre de Dios se cometieron horribles delitos que llenaron de espanto a los pueblos. Y cuando se llega al colmo de la degradación, cuando las creencias religiosas en vez de levantar al espíritu de su postración, lo hunden y lo encenagan en los vicios, cuando hacen falta reformadores, éstos llegan; por eso llegó Iris, con su clara inteligencia, con su amor a la verdad, con su adoración a Cristo, con sus maravillosas mediumnidades. con su voluntad inquebrantable, con su culto a la justicia divina, con su material desvelo por los desheredados, con sus múltiples energías para no desmayar ante las infamias de los grandes y las ingratitudes de los pequeños; y para cumplir su gran misión, para regenerar a los demás, era necesario que encontrase en ella misma cualidades excepcionales, condiciones especialísimas para producir los fenómenos que producía, que eran la admiración de todos, dándole a ella el íntimo convencimiento, la lógica certidumbre de la continuación de la vida, con sus odios, con sus amores, con sus deseos, con sus esperanzas, con sus desalientos; era necesario que se convenciera de que la muerte no es más que un telón que cae en el escenario de la vida, un cambio de decoración y nada más, que *allá* como *aquí* se odia y se ama, que *allá* como *aquí* el espíritu trabaja para su progreso o para su estacionamiento, según las aptitudes y su voluntad y el desarrollo de su inteligencia.

El que duda, no puede imponerse a los demás; hay que creer, para hacer creer a los otros; por eso Iris trabajó con tanto aprovechamiento porque creía en la supervivencia del alma y en su progreso indefinido, y creía porque ella encontraba en si misma motivos poderosos para creer. ¿Cómo no creer?, ¿cómo no aceptar aliados de ultratumba, cuando producía verdaderos milagros (valga la frase), sólo con su voluntad? Y aun cuando ella desconociera muchas leyes cuyos efectos se manifestaban por su mediación, tenía el suficiente raciocinio para no admitir el poder de las influencias diabólicas, su clara razón le decía que en el universo no hay más poder que el de Dios, y sus leyes eternas, leyes emanadas de su sabiduría, leyes justas, leyes inmutables, leyes que son la base indestructible de todas las ciencias, auxiliares incansables de todos los sabios, que hacen descubrimientos importantísimos en las entrañas de la tierra, en el fondo de los mares, en las inmensidades de los cielos, ¿y todo a qué obedece? A la grandeza de Dios, a la perfección de su obra; el hombre no necesita más que querer para encontrar cuanto sueña su acalorada fantasía. Iris estaba persuadida de que sólo una fuerza actuaba en el universo; la omnipotente voluntad de Dios, amaba a Dios porque en si misma hallaba algo, divino que emanaba de El, y como le *veía* tan de cerca, creía en su poder y en su amor superior a todos los amores, por eso Iris fue en su esfera de acción una verdadera reformadora de las costumbres religiosas y como tal, sufrió la persecución que merecía su obra meritoria. ¡Ahí es nada!, ¡decir la verdad donde imperaba la mentira!, ¡arrancar el antifaz a los enmascarados inquisidores!, ¡derribar los ídolos y adorar a un solo Dios...! ¡Crear asilos para los pobres, en vez de levantar suntuosas catedrales...! Por mucho menos se llevaba a los racionalistas a la hoguera; y en medio de todo, suerte tuvo Iris de poder morir en su lecho rodeada de seres cariñosos que aunque no comprendían lo que ella era, pues tan pronto la creían iluminada por el Espíritu Santo, como poseída por el mismo Satanás, veían en ella lo que no veían en nadie más, y como todo lo *sobrenatural*

atrae y para las gentes de aquella época, Iris o era una santa, o era una bruja o una endemoniada, pero que de todos modos era un ser excepcional, que inspiraba curiosidad, interés, miedo, algo distinto de lo que inspira la generalidad, lo cierto es, que hubo manos piadosas que cerraban sus ojos, que las flores cubrieron sus restos, que la Iglesia romana elevó sus preces, y más tarde la hizo *santa* atribuyéndole todos los milagros habidos y por haber: cuando en realidad no fue más que un espíritu de larga historia, culpable en muchas existencias, que a fuerza de sufrir se decidió a enmendar sus yerros, empleando todas sus energías para engrandecerse, como antes las había utilizado para degradarse.

En mi concepto las *Memorias de Iris* son de gran enseñanza para los que nos dedicamos al estudio del Espiritismo, y para los que creen todavía en la utilidad que dan a los pueblos las comunidades religiosas.

La vida de Iris como fundadora y reformadora de las órdenes y asociaciones religiosas, es digna de estudiarse para convencerse de que las religiones no q uieren vivir en la luz, sino en la sombra: son los topos de los siglos, que trabajan siempre debajo de tierra, y acostumbrados a la obscuridad, la luz les ciega. Por eso Iris fue víctima de los ciegos que la rodeaban, que no podían comprenderla lo bastante para amarla, pero si lo suficiente para envidiar su grandeza y la elevación de su alma. Entre los miserables, siempre han servido de estorbo los espíritus superiores, porque con sus relevantes virtudes han puesto de manifiesto la inferioridad de los seres degradados y por envilecido que esté un hombre, no quiere que los demás conozcan su degeneración; y como Iris era un espíritu admirable por su amor al bien, por la rectitud de su conciencia, por sus hábitos de justicia, por el profundo conocimiento que tenía de las leyes de Dios, leyes que ella practicaba con el mayor entusiasmo, porque veía en ellas todo lo grande, todo lo bueno, todo lo sublime que puede reinar no solamente en la tierra, sino en todos los mundos que giran en el éter, porque no hay más que una ley: el amor universal, y en los mundos más felices no tiene la felicidad de sus habitantes más cimientos que el amor mutuo, la prueba la tenemos en la tierra. ¿Qué seres el que ama más en este planeta? La madre. La madre, aunque reconozca los defectos de sus hijos, los oculta cuidadosamente y, si llegan a ser criminales, muchas madres se han declarado culpables para salvar del cadalso a sus hijos; y en el hogar donde reina una madre, aunque la desgracia extienda sus negras alas, siempre hay momentos de relativa tranquilidad y si esto sucede en un lugar donde la mayoría de las familias se compone de enemigos irreconciliables, que se unen para extinguir odios y para comenzar el difícil ensayo de quererse recíprocamente, si en medio de tantas espinas el amor de las madres hace brotar algunas flores, ¿qué no sucederá en los mundos donde no se conozcan ni las enemistades, ni los celos, ni las envidias, ni los rencores, ni ninguna de las malas pasiones que se agitan en la tierra? Serán verdaderos paraísos, oasis encantadores, donde las virtudes de todos sus moradores serán la mejor garantía de su progreso y de su felicidad.

Iris, con su doble vista, con su profunda experiencia adquirida en muchas encarnaciones, presentía, adivinaba, mejor dicho, *veía claramente* la vida del mañana, vida de paz, vida de amor, vida de inalterable felicidad, vida que para gozar de ella bastaba únicamente cumplir la ley de Dios, por eso ella la cumplía: porque sabía lo que la esperaba después, no al dejar este mundo precisamente; porque en

la vida eterna y en el progreso indefinido del espíritu, los plazos son muy largos, los siglos son menos que segundos en el reloj de la eternidad, ¿pero qué importa?, "no hay deuda que no se pague, ni plazo que no se cumpla"; de consiguiente, cuando el espíritu se despoja por completo de su manchada vestidura aunque cuente muchos siglos de existencia, es tan niño como si acabara de nacer, porque si puede contar siglos que ha vivido, no podrá hacer la suma de los siglos que vivirá, vino del infinito y al infinito va; a ciencia cierta no se sabe en qué época empezó a sentir, y no sabrá jamás cuándo la luz de la esperanza dejará de vibrar en su pensamiento. El espíritu adelantado, el que sabe emplear bien su tiempo, sabe únicamente que vivirá siempre, esto lo sabía Iris, por eso empleó tan bien su existencia y supo resistir las emboscadas y las traiciones de sus enemigos; enemigos que necesariamente tenían que atormentarla, porque no hay redentor que no crucifiquen, y más si el redentor se ocupa de asuntos religiosos, porque las religiones todas ellas se han creído con derechos indisputables para esclavizar a los pueblos, apoderándose de los hombres en la cuna, y no dejándolos libres de su servidumbre hasta que han enterrado sus restos. Los religiosos han sido consecuentes para ejercer su poderío y su tiranía, han empleado tantas y tan malas artes para ocultar la luz de la verdad, que si todos sus esfuerzos los hubieran empleado en practicar la ley de Dios, la tierra sería hace muchos siglos uno de los mejores talleres del universo, uno de los grandes laboratorios donde encontrarían los sabios todos los elementos indispensables para estudiar la grandeza de Dios en la naturaleza, y los buenos, los humildes, los limpios de corazón, hallarían raudales de amor con que saciar su sed de infinito.

Iris sabía todo esto, conocía la perniciosa enseñanza de las religiones, sabía también que el que conoce la verdad tiene obligación de hacerla conocer a los demás, y cumplió religiosamente su cometido con sus palabras y sus hechos, ella bien sabía que la tenían por hechicera, por bruja, por endemoniada, porque hacía cosas que no hacían las demás gentes, puesto que con la imposición de sus manos curaba a los leprosos, daba vista a los ciegos y hacía andar a los tullidos; pero ella hacia el *bien* por el *bien* mismo, sin inquietarse por las tribulaciones que sobre ella caerían, ¡qué alma tan grande!, ¡qué altruismo tan verdadero era el suyo!, ¡qué valor tuvo para encarnar en aquella fanática España!

¡Cuan firmes fueron sus propósitos de enmienda!, ¡la Iglesia la hizo santa, y en verdad que si el heroísmo puede ser calificado de santidad!, ¡santa fue!, porque supo resistir todas las asechanzas de sus enemigos, y desenmascaró a muchos padres de la Iglesia, haciéndoles comprender las responsabilidades que adquirían para el porvenir.

Luchó valerosamente con sus pasiones, porque era una mujer de carne y hueso como las demás, y amaba a Jesús con su alma; pero su cuerpo era del mismo barro con que están formados los terrenales, y soñaba con el amor de un hombre, y con los besos de los tiernos seres, que hubieran sido carne de su carne y huesos de sus huesos, encarnando en sus entrañas.

Iris no era una histérica, no era una mujer enferma y desequilibrada, hubiera sido una esposa modelo y una excelente madre de familia, si la religión no la hubiera obligado a ser madre sin hijos, y esposa sin esposo.

Iris sufrió verdaderamente el tormento de Tántalo, se veía amada y tenía

que rechazar el agua de la vida, ¡tantas familias como supo unir con sus buenos consejos, y ella tuvo que vivir íntimamente sola!, rodeada de seres envidiosos, que no le podían perdonar su elevación moral e intelectual, y solo después de muerta, cuando no les podía hacer sombra, sino muy al contrario, ellos se engrandecían reconociendo su grandeza, entonces sobraron las alabanzas, entonces se la consideró como madre de los afligidos, entonces se rindió tributo de admiración a sus proyectos de reformas religiosas, entonces le restituyeron una mínima parte de lo mucho que le había usurpado de sus bienes espirituales; entonces no fue bruja, ni hechicera, ni endemoniada. entonces fue una santa milagrosa, y entonces mintió la Iglesia como ha mentido siempre; porque Iris no fue ni hechicera ni santa, fue una médium admirable, un enviado del infinito para dar luz a algunas inteligencias, para allanar el camino a los espiritistas del porvenir, su poder magnético hizo prodigios, la potencia de su voluntad atrajo a innumerables espíritus que por ella se manifestaron en forma de flores, de focos luminosos, de nubes de colores, de figuras angélicas y terroríficas, según la clase de espíritus que la rodeaban; porque los médiums muy desarrollados tropiezan con muchos inconvenientes; no todo son glorias, hay también sus escollos, y escollos peligrosísimos, porque como no hay nadie en este mundo que no tenga enemigos, cercanos o lejanos. Iris los tenía, porque era muy natural que los tuviera, puesto que había vivido mucho, y no siempre había empleado su tiempo en obras de misericordia, y aunque lo hubiese empleado, basta ser superior a los demás, para despertar envidias o recelos; sólo las medianías, sólo los individuos insignificantes, son los que se ven libres de la malevolencia de los envidiosos, y como Iris era una verdadera notabilidad, y cuando quiso ser buena llegó al heroísmo, naturalmente fue el blanco de todas las envidias, de los terrenales y de los de ultratumba. Sus compañeros de otro tiempo no querían soltar su presa, creían que debía pertenecerles por toda la eternidad, y por eso la rodeaban de continuo y la atemorizaban simulando rayos y truenos, en tanto que sus enemigos más cercanos, celosos de su elevación moral e intelectual la hacían el blanco de las calumnias más crueles, y como ella no se arredraba ante la lucha, y mientras más obstáculos encontraba a su paso, más firme y más enérgica y más potente era su voluntad, su vida hubiera sido un verdadero infierno, a no estar también rodeada de espíritus superiores; si no hubiera sido por ellos... ¡pobre Iris!

Todos sus buenos propósitos de enmienda se hubiesen asemejado a los fuegos fatuos, que brillan unos momentos sobre las tumbas: cual burbujas de jabón espumoso, se hubiesen desecho al menor soplo de la brisa; pero nunca están solos los buenos trabajadores: y no lo están, porque su actividad, su perseverancia, su afán, su deseo de progresar atrae a los obreros del espacio; las almas dispuestas al sacrificio, a la abnegación sin límites, al verdadero heroísmo, siempre encuentran quien las ayude a llevar su cruz; por eso Iris nunca estuvo sola, y en los momentos más críticos de su azarosa existencia, siempre resonaron en su oído palabras de consuelo y de esperanza, siempre vio ante su vista al amado de su alma, ¿no había de verle?, si le llevaba fotografiado en su imaginación, si vivía en él, si era su gloria y su esperanza, y necesitaba recordar su pasada infancia para no cejar en su empeño de purificarse y de engrandecerse.

Y en verdad que supo cumplir su cometido, luchó heroicamente con el obscurantismo de su época, con el fanatismo religioso, que es el peor de todos los

fanatismos; y sin embargo, ante la eterna vida del espíritu, su existencia de religiosa, con sus angustias, con sus desengaños, con sus persecuciones, con sus martirios, no pudo inclinar el platillo de la balanza donde se pesan eternamente las obras buenas y malas de los espíritus. Iris al dejar la tierra se encontró en un arenal donde no brotaba una flor, ella misma lo refiere diciendo así:

¿Qué sucedió entonces?, no lo puedo explicar: sólo sé que rugió el trueno, silbó el rayo, los relámpagos se sucedían los unos a los otros con tal rapidez que había una luz vivísima entorno mío; se desencadenó la más horrible y ruidosa tempestad; y oía voces que me decían: "-¡Maldita seas! ¿Ya estás aquí?" Y otras voces más lejanas repetían: "¡Hosanna...! ¡hosanna!, ¡bienvenida seas! ¿Porqué has tardado tanto...?" Pero yo no me detenía a escuchar ni los insultos ni las alabanzas, ¡volaba!, ¡volaba!, volaba con una idea fija, sabía sin ver dónde estaba el término de mi viaje en aquellos momentos. No podía precisar si ascendía o si descendía, yo sólo pensaba en llegar, y ¡llegué!, llegué hasta el fondo de insondable abismo, y allí encontré a mi hermano Benjamín lleno de sangre y le dije gozosa:

-¡Vengo por ti!, la flor que tú me has dado ha sido el pacto de nuestra reconciliación. No me has negado el último deseo que he tenido en la tierra, me has dado una hermosa flor. ¿de qué substancias la formaste?

-Con la sangre de mis sacrificios, por eso eran tan vivos sus colores.

-¡Ven conmigo! Y abandonamos el abismo donde brotaban las espinas, y nos encontramos en un arenal sin flores ni abrojos, donde una luz vivísima nos hizo vemos mutuamente tal como éramos. Contemplé a mi hermano y le dije:

-Tú y yo, somos dos culpables, tan miserables hemos sido el uno como el otro. Tú traicionaste a un hombre, yo también lo traicioné antes que tú, los dos hemos sido traidores en diversas épocas, los dos escogimos la misma víctima para faltar traidoramente a nuestro sacratísimo deber. Luchemos los dos para ser grandes, tú ve a un punto, yo a otro, y siempre que nos despojemos de nuestras vestiduras terrenales, nos reuniremos para damos cuenta mutuamente de nuestros adelantos y para llorar juntos nuestros desaciertos; y si durante el reposo de nuestro cuerpo necesitamos prestamos fuerzas el uno al otro, ven a mí, que no te rechazaré, que entre dos traidores no debe reinar el odio, sino el deseo vehementísimo de borrar con nuestros sacrificios nuestro crimen de ayer.

Miré después a la tierra y vi en mi convento una verdadera revolución; mi celda se llenó de flores, las campanas tocaron a muerto, sin que manos de hombre las tañeran la Iglesia celebró honras fúnebres suntuosísimas; se mintió mucho, las mentiras se multiplicaron de un modo prodigioso, y mientras en la tierra me elevaban altares, yo me ocupaba en el espacio, en estudiar la ciencia más difícil: *¡El saber perdonar!*

La vuelta de Iris al espacio encierra tan profunda enseñanza, que no encuentro frases para hacer resultar todo su valor; los espiritistas, especialmente, son los que más deben fijarse en ella, porque muchos creen, que con una existencia consagrada al bien, han borrado todas las manchas de sus culpas anteriores y al dejar la tierra van a salir a su encuentro ángeles y serafines entonando cánticos celestiales: los que tal creen, están en un error, pero como es un error tan agradable, no quiere la generalidad analizarlo, porque la lógica y el sentido común, parece que son enemigos irreconciliables de la humanidad que tiene total empeño en

alimentarse con sofismas y mentiras.

El Espiritismo no lo estudia; la mayoría de los llamados espiritistas creen que existen los espíritus, porque hacen danzar las mesas, porque hay obcecados que gritan y vociferan en un idioma que no es el suyo, porque cambian los muebles de lugar sin que nadie los toque; reconocen la existencia de fuerzas ocultas, y aquí paz y después gloria. Y en honor a la verdad, el Espiritismo merece un estudio más profundo y más detenido, y a él nos invita las *Memorias de Iris,* narración interesante, que *enseña deleitante,* porque describe con lujo de detalles la lucha de un espíritu ávido de progreso y de verdad; espíritu animoso que no le concede valor alguno a la palabra *imposible;* para él no existe el imposible en ningún sentido; si existiera, si Dios le hubiese dicho a un hombre de *ahí no pasarás,* sobraba el lugar donde la planta humana no pudiera posarse, o sobraba el hombre que tenía que ignorar lo que deseaba saber.

En mi concepto. Iris ha hecho un gran servicio a la causa del Espiritismo, con la relación de algunos sucesos de su larga y accidentada historia; porque ha demostrado que, por mucho que se luche, y se trabaje, y se alborote y se vocifere para ensalzar un credo religioso, filosófico o político-social, si el propagandista tiene en su hoja de servicios algunas notas desfavorables, no entrará al dejar la tierra en el reino de los cielos, no; eso se queda para las religiones, que con un minuto de contrición, y un *yo pequé* lleno de lágrimas y de babas, ya es lo suficiente para sentarse a la diestra de Dios Padre, pues dicen muy formalmente que mientras más grande es la ofensa, es más grande el que perdona.

¡Palabras y palabras, nada más! La verdad y la justicia miden de otra manera el tiempo y penetran más a fondo en la conciencia del hombre.

Bueno, muy bueno, buenísimo es trabajar en las moralizaciones de las costumbres; bueno, muy bueno, buenísimo es aconsejar el olvido de las ofensas, pero si el que aconseja recuerda de continuo las que ha recibido, al llegar al espacio se encontrará en un *arenal sin flores ni abrojos,* pero inundado de una luz vivísima que le hace verse de cuerpo entero, como se vio Iris.

Aquí nos engañamos los unos a los otros muy fácilmente; y hasta nos engañamos a nosotros mismos; que nos pasa lo que acontece a los embusteros de profesión, que llegan a creer que dicen la verdad, pronunciando una sarta de mentiras; *pero allá se* hila más delgado; *allá* los pensamientos más recónditos son descubiertos; *allá* no se miente; la mentira no tiene raíces fuera de la tierra.

Aconsejo a los espiritistas que estudien las *Memorias de un Espíritu,* y digo que las estudien, porque hay que leer entre líneas; leídas como se lee una novela (que se lee de corrido), parecerá una historia más o menos interesante, pero fijándose en lo que quieren decir ciertos párrafos, escritos en sentido metafórico, se encontrarán profundas enseñanzas sobre la supervivencia del alma con sus vicios y sus pasiones, con sus odios y sus simpatías, con sus creencias religiosas, con su disolvente panteísmo y su ateísmo sin esperanza.

En sus páginas encuentra el afligido un consuelo a sus dolores: el indolente despierta de su letargo y trabaja en su regeneración; el culpable recobra nueva vida al ver que en el universo no hay puertas cerradas para los hombres de buena voluntad, que con el trabajo y el agua de los siglos se borran todas las manchas causadas por los crímenes, y que los espíritus más enfermos recobran su salud

moral perdonando y olvidando las ofensas; mientras se recuerde el nombre del enemigo, el espíritu más adelantado, el que parezca más perfecto, por su religiosidad y por sus conocimientos científicos, irá de mundo en mundo como el *Judío errante* de la leyenda, sin encontrar una piedra donde reclinar su cabeza. El recuerdo de las ofensas es la semilla del odio, y hay que arrancar de raíz tan maléfica semilla.

Cuando nos entreguemos a la oración, que no hay espíritu que no ore (cada cual a su manera), si nos asalta el recuerdo del daño recibido, no sigamos orando, nuestra oración será un conjunto de palabras sin sentido: no profanemos el lenguaje de las plegarias; para dirigir nuestra suplica a Dio, tenemos que estar como los niños: *limpios de corazón,* lo que en realidad es muy difícil, dificilísimo; porque parece mentira, pero es verdad, que la memoria sea el álbum de nuestros recuerdos más lejanos. En la lucha de la vida, suele olvidar el hombre lo que hizo en la hora anterior, pero recuerda perfectamente lo que le aconteció en su infancia; y si se recuerdan hechos insignificantes, con mucha más razón se recordarán los agravios recibidos; ¡hacen tanto daño...! ¡desgarran tan cruelmente nuestros corazones...! Y no solamente sentimos las heridas que nos causan directamente, sino que sentimos también las que infieren a nuestros amigos, y en el primer momento de ver la desolación de nuestros compañeros más queridos, quisiéramos exterminar a los culpables para que no causaran más víctimas con su inicuo proceder.

Ya dice un antiguo refrán: *no comas con el enemigo,* esto es, no le trates, no estés en contacto con él; no te arrimes demasiado al fuego, que puedes abrasarte; ni emprendas jornada cuando esté nevando, que puedes resbalar y caer. Todo esto aconsejan los hombres experimentados, que han naufragado en el golfo agitado de la vida; pero estos hombres, indudablemente desconocían por completo la supervivencia del alma y la continuación de su historia; sólo se referían a una sola existencia; creyendo que en la tumba terminaban todos nuestros anhelos y contratiempos, pero no es así; el alma sigue en peregrinación eterna; las encamaciones se enlazan unas a otras, porque así lo exige la historia de cada espíritu, que son muy frecuentes los casos de volver juntos y vivir bajo un mismo techo varios individuos que formaron una familia, familia que vuelven a formar cambiándose únicamente los papeles y el sexo, pues, sabido es, que la madre autoritaria de ayer, suele volver convertida en hija sumisa y obediente, y así sucesivamente van los espíritus aprendiendo en la práctica de la vida a ser prudentes, a ser honrados, a ser respetuosos, a no desear bienes ajenos, y a contentarse con lo que les cupo en suerte poseer.

Y no sólo encarnan juntos los espíritus que repetidas veces forman familia, sino que a veces, el enemigo más implacable, cual lobo hambriento busca el rebaño de sus víctimas, y encama en una de ellas para comenzar juntos el trabajo más difícil, el más imposible de realizar, el que se unan por medio del amor la víctima y el verdugo.

Las familias formadas por enemigos irreconciliables, abundan tanto en la tierra, que no hay números suficientes para formar la suma de ellas, y lo mismo en los palacios de los Césares, que en las chozas de los esclavos, se desencadenan tempestades horribles, los odios de los unos chocan con la indignación de los otros, y más de una vez hay padres que matan a sus hijos, y éstos cuando se dejan llevar

de sus perversos instintos, matan a sus padres y se dice: "-¡Qué horror!, ¡qué infamia!, ¡desatar así los lazos de la sangre...'" ¡Palabras vanas!, los que unen a los seres, son los lazos del espíritu: éstos si que nunca se rompen; los de la carne se deshacen fácilmente, no hay más que visitar los *almacenes de niños,* como llamaba Eusebio Blasco a las inclusas, o sean las casas de maternidad, y todos aquellos infelices antes de nacer ya son huérfanos, son hijos de la lasciva, del vicio, de las prostitución, sin que el amor espiritual se haya ocupado de ellos ni un segundo.

Por lo mismo que es lo más difícil para el espíritu, olvidar las ofensas que recibe y con su olvido perdonarlas; por eso todas las comunicaciones de los buenos espíritus, y todas las obras espiritistas que sirven de fundamento al Espiritismo, cuando se ocupan del adelanto y del progreso de los terrenales, todos los escritores de *aquí* y de *allá,* dicen lo mismo: Sin el perdón de tas ofensas no se pueden escalar los cielos, hay que compadecer a nuestros enemigos y hay que hacer más aun, hay que amarlos. -¡Imposible...! ¡imposible! decimos los que tenemos siquiera la virtud de la franqueza; no todos vienen para ser Cristos en este mundo.

Para eso venís, nos dicen los espíritus buenos. ¿A qué pensáis que vino Cristo?, a enseñaros el camino que debíais seguir, a serviros de ejemplo; su misión no fue otra que demostraros con hechos la virtualidad de sus palabras; porque si las palabras no van acompañadas de las obras, de nada sirven, son como la lluvia que cae fuera de tiempo, que no beneficia los campos.

¿A qué pensáis que es debido el desprestigio de todas las religiones?, a que la mayoría de sus sacerdotes dicen desvergonzadamente: *"Haced lo que os digo, mas no lo que hago,* que no hay hombre que no sea falible y no esté libre de caer en tentación."

¡Vanos subterfugios...! la tentación se rechaza cuando se quiere rechazar, lo que hace falta es querer. Dios no nos pudo crear para ser eternamente juguete de nuestras pasiones, por eso nos dio el infinito del tiempo para educamos, para instruimos, para fortalecemos y regenerarnos.

Lo que mucho vale, mucho cuesta, dice un antiguo adagio, y es una gran verdad; por eso nos cuesta tanto olvidar las ofensas y amar a los que nos hieren; y el caso es, que no tenemos otro camino que recorrer más que el del olvido y el del perdón, si queremos asegurar nuestra dicha venidera, si no queremos estar expuestos continuamente a que nos pidan hospitalidad lobos disfrazados con piel de oveja, que más tarde conviertan nuestro hogar en un infierno.

Los que conocemos el Espiritismo, debemos huir de ese peligro, el más terrible de todos, el odiar a uno de nuestros hijos, o a nuestro padre, conviniéndonos a veces en un nuevo Caín, asesinando a nuestro hermano, no precisamente haciendo uso del puñal homicida; hay algunos modos de matar, hay miradas que matan como el rayo, hay palabras dichas con tanto encono, que producen la locura al infeliz que las escucha, y hay que huir de formarnos familia de enemigos, y de esta desgracia nadie nos puede librar, aunque cada día encarnara en la tierra un redentor y todos ellos se sacrificaran pasar salvar a la humanidad; los que guardaran en el fondo de su corazón un átomo de odio a su enemigo, esos no se salvarían, para ellos sería nulo el sacrificio de los redentores.

Esto es muy triste, muy desconsolador si se quiere, porque hay personas que todo lo esperan de los demás, pero esperan en vano; los redentores señalan el

camino que deben seguir los pecadores, ni más ni menos: y el pecador anda, corre, vuela, o se detiene en mitad de la jornada, haciendo uso del poder de su voluntad; irremisiblemente tiene que progresar, pero no a plazo fijo; puede emplear todo el tiempo que necesite su actividad o su indolencia, esto es todo, pero la redención es obra de uno mismo, y así debe ser, porque nadie lleva más carga que la que le pertenece y nadie está obligado a librarse de su peso, más que aquel que con sus malas artes se hundió en el fango de la iniquidad.

Por esto el estudio del Espiritismo lo rechazan muchos, en particular los que se creen grandes por su ciencia, o por sus virtudes de relumbrón, de los que hay que decir:

El señor don Juan de Robres
fundó este santo hospital
(pero antes hizo los pobres).

Todos aquellos que se han acostumbrado a ser *celebridades,* no quieren tratos con los espíritus, es natural, nadie que se cree rico quiere convencerse de que es pobre, y los espíritus son muy hábiles para desenmascarar a los enmascarados, ya pueden estos usar trajes de brocado y mantos de púrpura orlados de armiño y ceñir sus sienes con áureas coronas, que les dicen cuando llega el caso la sombra que hay en su pasado y las tribulaciones que les reserva el porvenir; pero como la verdad se impone y el Espiritismo es verdad, y las comunicaciones de los espíritus son innegables, y ha sonado la hora en el reloj de los tiempos, señalando el momento solemne de la comunicación entre los *muertos y* los *vivos,* los primeros han lanzado el grito de alerta y los segundos han tenido que oír a pesar suyo el toque de llamada, y quieras que no quieras se han formado centros espiritistas, y muchos sabios se han dedicado al estudio de los fenómenos del Espiritismo y los unos negando la existencia de los espíritus, y los otros fotografiando, el resultado final es que los *muertos* hablan con los *vivos,* y no brevemente, sino muy al contrario, sus conversaciones suelen durar años enteros: prueba de ello son las *Memorias de Iris,* en las cuales un espíritu, *pequeño* ayer, y *grande* hoy, relata una parte de su azarosa vida, en la que luchan encontrados sentimientos, recuerdos sombríos y esperanzas luminosas, firmes propósitos de enmienda y desfallecimientos y desilusiones de pecador reincidente, y por último, una desencarnación gloriosa y un despertar sin gloria; porque vio a la luz del *día del infinito,* que a pesar de haber hecho tantos prodigios, y de haber asombrado al mundo con sus curaciones milagrosas, y de haber escrito inspirada por el *Espíritu Santo* y de haber sido la admiración del mundo por su talento sin rival, por sus excepcionales virtudes, por haberle dado un nuevo rumbo a la nave de la Iglesia, por haber sido la reformadora de las congregaciones religiosas; a pesar de tanto saber y de ser, al parecer, un alma *privilegiada,* al llegar al espacio ¡cuan grande fue su sorpresa!, al ver que aún tenía que estudiar la ciencia más difícil: *¡el saber perdonar!*

* * * * *

Estudiemos el Espiritismo, que es la ciencia de la vida, porque el Espiritismo ¡es la verdad!